ulio
1914

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

¡CUANTA FELICIDAD!

es para los parientes ver a sus niños sanos, robustos y bien conformados. Qué dicha hay más halagadora que la de tener niños bien criados que se parezcan a flores primaverales, con semblantes sonrientes y hermosos.

¡NADA MAS TRISTE!

que la de tener niños raquíticos y mal conformados. No hay mayor pena para los parientes que la de ver a sus niños desarrollarse en condiciones deficientes: es un tormento seguido, es una calamidad sin igual.

COMO CONSEGUIRA USTED LO PRIMERO:

sencillamente alimentando sus niños con el ya tan afamado alimento **"LA TISPHORINE"** que merced a su buen gusto y composición de fosfatos, féculas y leche concentrada, criará sus niños que dará gusto de admirarlos.

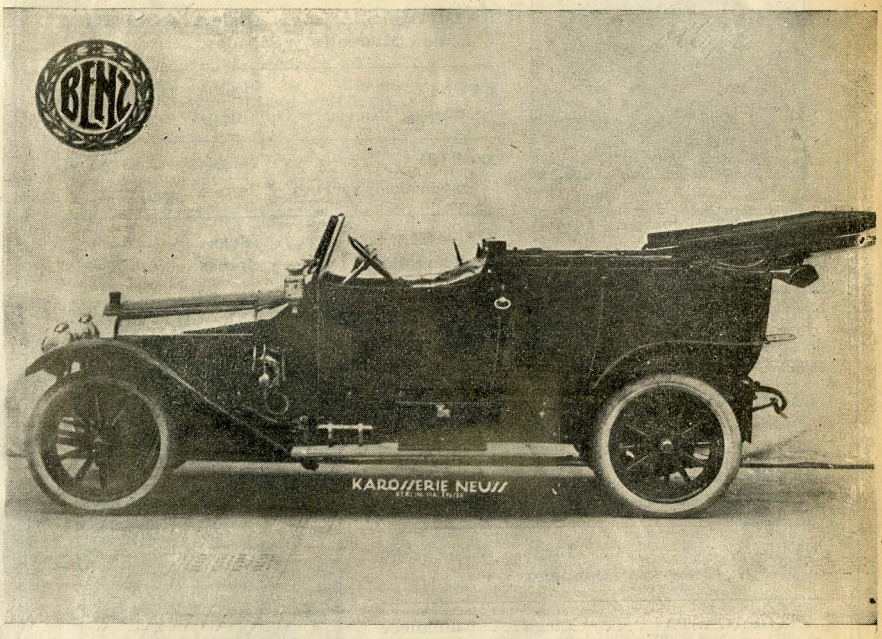
COMO SUCEDERIA LO SEGUNDO:

dejándose engañar con la multitud de alimentos que no llevan más que el nombre y que con el uso de ellos se entorpece el crecimiento de los niños, dejándolos por consiguiente raquíticos y feos que da miedo y lástima de verlos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas. Agentes para Chile: ALEX ARDITI y Cía., Agustinas 814, Casilla 78-D., SANTIAGO.

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: *ALBERTO LIEBE*

Garage Central

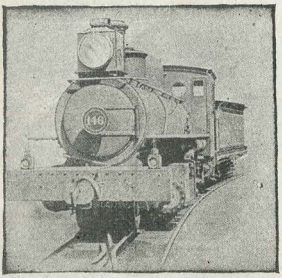
Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

*

Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

SERVICIO DIRECTO Y RAPIDO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ



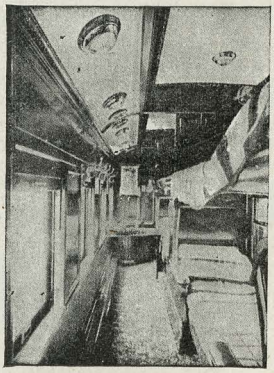
Este grabado representa una de las locomotoras de Antofagasta y demuestra la diferencia de la trocha de 2' 6" y la trocha normal de Europa, de 4' 8½".

TRENES DE SUBIDA

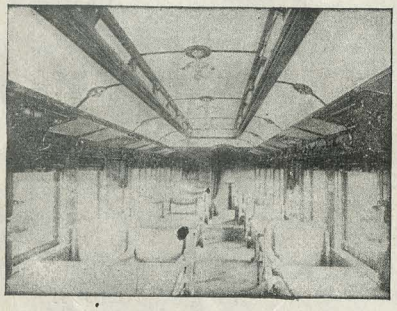
ANTOFAGASTA	Sale..	**8.40 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados.		
UYUNI	Llega.	**7.30 P. M.**
Martes, Jueves y Domingos.		
ORURO	Llega.	**7.40 A. M.**
Miércoles, Viernes y Lunes.		
LA PAZ..	Llega.	**4.10 P. M.**
Miércoles, Viernes y Lunes.		

TRENES DE BAJADA

LA PAZ..	Sale..	**1.00 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados		
ORURO	Llega.	**8.27 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados		
UYUNI	Llega.	**7.55 A. M.**
Martes, Jueves y Domingos		
ANTOFAGASTA	Llega...	**amanece**
Miércoles, Viernes y Lunes.		



Interior de Carro-Dormitorio



Interior de Carro-Comedor

NOTA.—Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y Norte.

El precio de un pasaje de primera clase:
De Antofagasta a Oruro es de £ 3-8-8½, y
De Antofagasta a La Paz £ 4-14-5.
El boleto de cama por cada noche importa £ 0-12-1.
Y en un viaje a Oruro o La Paz, debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa Salitrera (Sección Chilena) salen de Antofagasta diariamente a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los Sres. VORWERK y Cía, en Valparaíso, y con la Administración General en Antofagasta.

Overland

Completamente equipado con arranque eléctrico y generador $ 6.500 oro 18-d.

Un valor más grande - Un precio más bajo

El año pasado hemos vendido 40,000 coches Overland. Fueron la sensación del año, en tamaño, fuerza elegancia, acabado y perfección.

Este año manufacturamos 50,000 coches. En cada particular el coche de este año es un coche más perfeccionado y más grande que el coche del año pasado y su precio es más bajo.

La fuerza es más grande, **pero el precio es más bajo.**

La base de las ruedas es más larga, **pero el precio es más bajo.**

Los pneumáticos son más grandes, **pero el precio es más bajo.**

El nuevo coche Overland tiene alumbrado eléctrico en todas partes, aún bajo del tablero, **pero su precio es más bajo.**

El cuerpo está diseñado según modelos europeos, con tablero en forma de capucho, puertas en forma de la letra U, con charnelas invisibles, **pero el precio es más bajo.**

El acabado es muy atractivo, de color verde "Brewster", con estribo y ruedas correspondientes, los ornamentos de níquel repulido y aluminio, **pero el precio es más bajo.**

No vacile usted. Los precios y el valor de los coches Overland son los más remarcables.

Examínelo usted en nuestros depósitos locales. Si no es hoy, que sea lo más pronto posible.

DETALLES:

MOTOR.—105 por 115 mm.
BASE DE LAS RUEDAS.—2.90 m.
PNEUMATICOS. 615×105mm.
DIRECCION CENTRAL.
EJE TRASERO.—Tres cuartos flotantes.
CARROCERIA.—Acero sobre bastidor de madera.
ALMOHADILLA.—Cuero tufado.
PUERTAS.—Anchas en forma de la letra U, colgadas en frente con charnelas invisibles.
ACABADO.—Verde "Brewster" con rayas verde claro. Ornamentos de níquel y aluminio repulido.
EQUIPO.—Completo. Comprende seis lámparas eléctricas, bocina eléctrica, acumuladores, capota con funda, para brisa. Velocímetro Stewart, último modelo, Porta-llantas, herramientas, etc.

AUG. O. BOHME, Santiago, Huérfanos 710. Casilla número 109-D.

THE WILLYS OVERLAND COMPANY, TOLEDO, OHIO. E. U. A.

Manufactureros de los afamados camiones OVERLAND, Camiones "GARFORD" y "WILLYS-UTILITY". Informes detallados a solicitud

MODELO 79 T
Coche de Turismo para 5 asientos

ALIRO PARGA

ABOGADO

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831

Casilla número, 2046, SANTIAGO

Agentes y Comerciantes Ganan Dinero

negociando con nuestras **Amplificaciones de Retratos al Oleo. Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniaturas, Convexas,** etc. **Oleografías, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas, Postales, Molduras, Marcos, Obgetos de Arte y varias otras Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

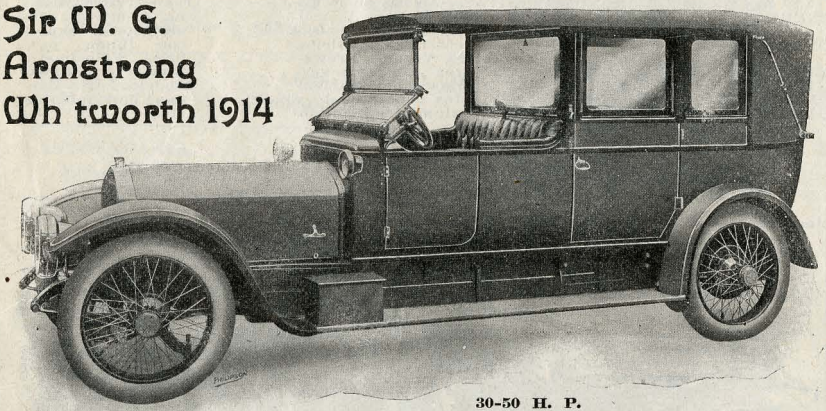
Consolidated Portrait and Frame Co.
1029—Dept. A-4, W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

ALBERTO I. DE MONACO

El principado de Mónaco, tan exiguo en superficie territorial y número de habitantes como famoso en todo el mundo por la benignidad del clima y naturales encantos, que atraen anualmente a multitud de forasteros, ha celebrado con animadas fiestas, del 15 al 28 de Abril último, el 25 aniversario de la exaltación al trono del actual príncipe Alberto Honorato, que en 1889 sucedió a su padre el príncipe Carlos III, de la casa de Grimaldi-Goyón. Alberto I es conocido de sobra en los círculos científicos de ambos mundos por sus meritísimos trabajos de exploración oceánica. Entre los varios festejos del jubileo se cuenta la inauguración de un monumento erigido por subscripción popular en honor del príncipe; un concurso de hidroplanos, que aventajó en importancia a los de años anteriores, habiendo ganado en él la copa Schneider el aviador Gixton, por su pericia en el manejo del aparato, y un coso aéreo, cuyo vencedor fué el ya célebre aviador Garrós, que tantas proezas lleva realizadas en los dominios del aire. El gran número de premios en metálico ofrecidos a los vencedores en los diversos deportes y ejercicios atléticos fué parte a que se presentaran a disputárselos deportistas de toda nacionalidad, siendo uno de los premiados el español, marqués de Salamanca, que tomó parte en el concurso de canoas automóviles.

Tenemos listos para entregar los Automóviles

Sir W. G. Armstrong Whitworth 1914



30-50 H. P.
Doble Cabriolet

HUTH y Cia.

Monjitas 812
SANTIAGO

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pulientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES..	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133.255 21

JOSE PASTOR

Apodera do y Gerente

SUMARIO

Páginas

PINTURA MODERNA. . . *De una conferencia de Backhaus* 3
Ilustraciones artísticas
EL JAPONES . . . . . *Joaquín Díaz Garcés* 19
Ilustraciones de Sepúlveda
LOS ORIGENES DEL CONFLICTO MEJICANO. *Luis Aldunate* 29
Ilustraciones fotográficas
DIARIO INTIMO . . . . . *Alone* 41
DIME QUE PUERTA DE CASA TIENES, Y TE DIRE QUIEN ERES 45
Con fotografías
LA LOCURA DE LA VERDAD. . . *Miguel de Fuenzalida* 47
Ilustraciones de Gordon
FUGITIVA (poesía) . . . . . *J. Lagos Lisboa* 61
DON GONZALO BULNES. . . . . *F. Santiván* 63
Ilustraciones fotográficas y autógrafos
EL PRINCIPE AZUL (Comedia) . . . . . *Pedro E. Gi* 73
FELIZ ENSAYO DE UNA VIEJA TENTATIVA 85
ALGUNAS CARACTERISTICAS DEL CLIMA DE CHILE . . . . . *J. B. C.* 87
"PACIFICO MAGAZINE" Y SUS LECTORES 93
UN PINTOR POPULAR 94
DESCRIPCION DE LA INSTALACION HIDRO-ELECTRICA DE LA FLORIDA ALTA 97
Ilustraciones fotográficas
UN COMEDIOGRAFO DEL AMOR . . . . . *Domingo Melfi* 104
EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK (Folletín) 107
Con ilustraciones

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

Cómo atacan los microbios hostiles

Desde que el gran Pasteur realizó el descubrimiento del antrax, ha ido creciendo la importancia del papel que desempeñan los microbios en el universo, hasta el punto de que algunos hombres de ciencia han llegado a considerarlos como los principales factores de la vida.

Como todo el mundo sabe, las plantas toman carbono del gas ácido carbónico que se encuentra en la atmósfera y lo convierten en féculas, celulosa, azúcares y grasas, almacenando así energía. Al ser ingerida por un animal, la planta le proporciona grasas que a su vez se convierten en trabajo muscular. La energía que de esta suerte se pone a disposición de los seres vivientes procede, en primer lugar, del sol; pero puede aprovecharse principalmente gracias a los microbios. Los microbios preparan el terreno para la vegetación y la agricultura y acumulan en la tierra el nitrógeno que nosotros absorbemos al comer cereales. También ayudan los microbios a deshacer las rocas, con lo cual se obtiene tierra capaz de ser labrada; y, finalmente, figuran entre los agentes de la fermentación y la digestión.

A pesar de todo esto, los microbios tienen muy mala fama en su mayoría, y casi todo el mundo los mira más como enemigos de la vida que como ayudantes y amigos. Esto se debe en gran parte al comportamiento de una clase relativamente pequeña entre ellos, que son agente y causa efectiva de ciertas enfermedades mortales por razón de los venenos o toxinas que fabrican en el organismo. Baste mencionar los bacilos de la tuberculosis, de la difteria y de la viruela y el vibrión del cólera, para demostrar lo terrible que es su obra en este respecto. Y, sin embargo, estos temidos agentes de la muerte no son en sí más que unas especies a las cuales la lucha por la existencia, de la que no se libra ningún organismo, ha dotado de armas que ellos usan contra nosotros. En su mayoría son parásitos que no pueden vivir sino a expensas de un anfitrión animal o vegetal y en un medio que ellos mismos tienen que crearse. Pasteur demostró que su virulencia podía ser disminuída y hasta abolida con sólo proporcionarles otro medio en qué vivir, y el reverso de la medalla quedó de manifiesto cuando otro investigador consiguió producir bacilos patógenos o causantes de enfermedades, introduciendo en el peritoneo de los conejos microbios cuya función normal es reducir a sus componentes químicos lo más rápidamente posible los tejidos de las plantas secas.

Los caminos de los microbios son muchos y variados. Mediante picaduras de insectos pasan a la sangre los microbios que producen la fiebre amarilla, las palúdicas y las enfermedades del sueño. Otros entran en el tubo intestinal por medio de los alimentos que contienen bacterias de putrefacción, producidas o depositadas en ellos por las deyecciones de las moscas, y últimamente se ha visto que el aire contiene gran cantidad de microbios dañinos. Los señores Trillat y Fouassier manifestaron recientemente en una comunicación a la Academia de Ciencias de París que las pequeñas vesículas o gotas de agua presentes en la atmósfera constituyen un medio en el cual pueden multiplicarse y desarrollarse muchos microbios patógenos; y M. Bordas ha expresado la opinión de que esta es una de las principales rutas para la transmisión del bacilo de la fiebre tifoidea. Este microbio, que es el mismo que causa el tifus, probablemente se halla siempre en nosotros, pero ejerce poco efecto, salvo en los cuerpos debilitados y en los que sufren lesiones de los tejidos. Se desarrolla con más rapidez en el aire húmedo y tranquilo y parece incapaz de reproducción si el aire está seco y agitado.

Las investigaciones que se están haciendo acerca de sus medios de transmisión, pondrán en claro indudablemente los procedimientos de ataque de este y otros microbios; por lo pronto puede decirse que una de las causas del aumento de su número es el hacinamiento de la gente. El agua filtrada y la abstención de ciertos alimentos se recomiendan muy acertadamente como medidas profilácticas; pero es muy posible que en las ventanas abiertas, en las cuales bien caldeadas y en la evitación de las muchedumbres, tengamos medios de protección aún más eficaces contra tan desagradables huéspedes.

A LA MEMORIA DE DOS BENEMERITAS MUJERES

El monumento de Mme. Boucicaut y de la baronesa de Hirsch, por Paul Moureau-Vauthier

M. Osiris había dejado en su testamento un legado de 100 mil francos para la ejecución de este monumento, que según sus indicaciones debía ser "en mármol blanco, y representar a las dos bienhechoras en los rasgos de la Bondad y de la Caridad". La ciudad de París organizó un concurso en que tomaron parte cincuenta estatuarios franceses.

El escultor premiado hubo de vencer infinitas dificultades: le era necesario componer un grupo simbólico, pero de carácter moderno, mezclar la alegoría a la realidad presente. Las figuras se inclinan con igual impulso hacia un pequeñuelo que ha subido las gradas que ellas bajan a su vez para descender hacia la miseria. Y la miseria las aguarda abajo, personificada en forma conmovedora por una pobre mujer que aprieta entre su regazo a su hijo, dolorosamente.

PACIFICO MAGAZINE

+ Qué ayer | VOL. IV.—Santiago de Chile, Julio de 1914.—NUM. 19 | —Qué mañana

PINTURA MODERNA

Conferencia leída en el Ateneo de Santiago, por don José Backhaus.

Ilustraciones Fotográficas

Señoras, señores:

Antes de comenzar me veo obligado a implorar la benevolencia del honorable auditorio del Ateneo para este conferencista que no es un escritor ni un conferencista.

Sólo el deseo de contribuir en lo que me sea posible al desarrollo de las artes en Chile, me ha hecho aceptar una tarea que está por encima de mis fuerzas.

En esta conferencia no podré ofrecer al público del Ateneo ni la bella declamación, ni el bello lenguaje que está acostumbrado a oir. Sólo podré exponer mis ideas de manera penosa e incompleta. Por esto ruego al auditorio que haga el sacrificio por una vez, de seguirme, perdonando la incorreción del lenguaje y los mil defectos en que he de incurrir, tomando en cuenta que mi deseo, al hablar ante el público de Santiago sobre la pintura moderna, es únicamente el de exponer algunas ideas que puedan inducir a otras personas a estudiarlas de una manera más completa y más elocuente.

Hablar sobre las artes de una época, en la época misma de su formación, es tarea más difícil de lo que aparece a primera vista. Las mil corrientes que se cruzan y que hasta se niegan a veces entre sí, las falsas salidas de escuelas que se extinguen antes de llegar a su desarrollo impiden a veces ver claramente la línea general del pensamiento, que es la traducción del carácter de la psicología de nuestra época.

"La lavandera" (estudio) por Besnard

Cada época deja marcada la expresión de su carácter en las artes de su tiempo. Las costumbres, los gustos de cada siglo, imprimen sello en la pintura, en la música, en la literatura y éstas son siempre una resultante de aquéllos.

Si observamos un

cuadro de Watteau, de Fragonard o de Boucher; una melodía de Lulli o una pieza de Beaumarchais, la vida del siglo XVIII se nos muestra de una manera mucho más evidente que a través de las descripciones de la historia, porque en cada obra de arte ha quedado impresa una parte del alma de su autor y por consiguiente una parte del alma de la época.

Dos pequeñas bruniaes, por Besnard

Cuando la belleza de una obra de arte del pasado se comunica a nosotros, nuestra sensibilidad vibra por un momento en la misma atmósfera de su autor y se puede decir que vivimos por un instante en el siglo en que fué ejecutada.

Un fresco del Angélico, de Sanno di Pietro, de Bernozo Gozoli nos habla más del misticismo, ingenuo y ferviente del cuatrocientos italiano que todas las descripciones que se quisieran hacer de él. Las Decoraciones del Palacio Ducal nos cuentan la riqueza y la opulencia de Venecia en la época de los Dogs, de una manera mucho más elocuente que las cifras que nos ha dejado la historia sobre las fortunas que poseían los mercaderes venecianos.

Las artes son el eslabón que nos comunica al pasado y por medio de ellas los hombres que vivieron en épocas anteriores, nos cuentan su historia íntima, la historia de sus pasiones, de sus pensamientos y de sus sensibilidades.

También nuestra época dejará de ser el presente y el porvenir nos relegará al pasado. Los hombres que vendrán leerán también en nuestras artes nuestro carácter íntimo. Y es de esperar que su juicio sea favorable y de que podrán encontrar en la producción de nuestro tiempo grandes cualidades que poder aplaudir. Creo que nuestra época es una gran época de arte. En los últimos veinte años se han producido obras que resistirán la acción de los siglos y que podrán afrontar más tarde la comparación con las obras maestras del pasado: obras nuevas en el pensamiento y en la técnica, siendo al mismo tiempo basadas en las más puras tradiciones de las más bellas épocas del arte.

Este resurgimiento de la pintura creo que se debe al mayor sitio que ocupa el pensamiento, la intelectualidad, por decir. lo así, en la obra pictórica moderna. Plinio el Viejo decía en una ocasión refiriéndose a la pintura decadente de los Romanos:

"Los pintores de nuestro tiempo han

DOLOR, POR COTTET

dejado de pintar las almas, por eso han olvidado la manera de pintar los cuerpos".

Una obra de arte es un organismo semejante a nosotros mismos, compuesto de una parte intelectual y una material que deben estar en equilibrio para que sea perfecto. La parte material es la forma que debe revestir el pensamiento y mientras más elevado sea éste, la forma debe ser más pura y más bella.

Un bello pensamiento no puede estar desligado, en la obra de arte, de su bella expresión, porque si así fuera dejaría de existir como obra de arte. Un bello chalet, dice Charles Blanc, me interesa más que una catedral pretenciosa y de mal gusto, pero es preciso convenir también que el más admirable de los chalets del mundo no podrá alcanzar nunca la belleza que puede alcanzar un palacio o una gran iglesia.

Plafón de "Las Ciencias conquistando el Espacio y el Fuego", por Besnard

Los que no tienen fuerzas para ascender a las altas cumbres, hacen muy mal en intentar de escalarlas, porque en los planos bajos hay terrenos fáciles y fecundos que pueden cultivar con éxito, pero los que han nacido con alas más poderosas, deben subir a buscar los terrenos más áridos, pero de un material más precioso.

La pintura moderna ha intentado la ascensión de las altas cumbres, los grandes pensamientos han vuelto a ocupar el sitio que les corresponde en la obra plástica.

Esta evolución no se ha producido de un día a otro. Ha sido preciso una serie de vacilaciones para llegar a la fórmula pictórica moderna.

Estudiaremos rápidamente el desarrollo de la pintura desde el principio del siglo para darnos cuenta, así más claramente, de la formación de nuestro arte.

La Revolución Francesa y después las guerras del Imperio de Napoleón conmovieron a todo el mundo y transformaron la psicología de los hombres. Las costumbres fáciles y amables del siglo XVIII desaparecieron para dar paso al fausto ampuloso del Imperio.

La pintura también se transformó y de pastoral y almibarada que era, se convirtió en clásica y pretensiosa.

David impuso su fórmula seca y estatuaria; Prudhomme, Girodet, el barón Gros e Ingres fueron sus continuadores. El romanticismo nació después: Gericault y Delacroix se impusieron; hubo grandes luchas entre clásicos y románticos. Cada uno defendía su fórmula negando la de su contendor. Ingres pintó la "Apoteosis de Homero" al mismo tiempo que Delacroix pintaba la "Entrada de los Cruzados a Constantinopla", dos obras diametralmente opuestas, que se pueden ver hoy una frente a la otra en uno de los salones del Louvre. Las luchas por estas dos fórmulas igualmente erróneas no dieron por resultado sino su propio debilitamiento y entonces Paul Delaroche consiguió imponerse con su pintura falsa y teatral.

La pintura anecdótica y de fórmula invadió los salones de aquel tiempo. La vida dejó de observarse y los cuadros se hacían con el auxilio de recetas aprendidas en las Academias.

Esta pintura falsa y pretenciosa cansó luego y trajo por consecuencia una violenta reacción opuesta. Se negó toda in-

telectualidad para la pintura. Manet proclamó a Velásquez el rey de los pintores e hizo de él su Dios y su guía, como Ingres había hecho pocos años antes con Rafael. La "Olimpia" y el "Almuerzo en la yerba", fueron muy discutidos; el salón les cerró sus puertas, pero a pesar de la Academia la pintura de Manet se impuso y formó una escuela de pintores sanos, enamorados del color y de la vida, que pintaron cuadros sencillos sin pretensiones de composición, temas vulgares, demasiado vulgares a veces, pero siempre ricos de material y de oficio. Manet y su escuela prepararon el terreno para la primera evolución impresionista.

Esta evolución es una de las más curiosas que jamás se hayan producido.

El impresionismo es sin duda una escuela de transición muy incompleta, pero que hizo nacer gérmenes que fructificaron y se desarrollaron ampliamente. El impresionismo negó todas las fórmulas anteriores; hasta el dibujo y el modelado sufrieron con ello alteraciones considerables y sólo el color fué objeto de sus preocupaciones. Mil bellezas nuevas nacieron con esta escuela. Mil efectos de luz, de atmósfera, de armonía, hasta entonces desconocidos en la pintura, fueron interpretados por estos artistas entusiastas de novedad.

Las "plañideras", por Bernard

Bailarinas de Jodpur (fragmento) por Bernard

La técnica misma de la pintura la transformaron para poder obtener los efectos que deseaban. El puntillismo y la descomposición del color es obra exclusiva de ellos y se puede decir que son los introductores de la atmósfera y de la luz exterior en la pintura. Antes de los impresionistas la pintura al aire libre no existía. Se pintaba generalmente en el taller con fondos de paisajes convencionales, cuando el cuadro necesitaba ser situado al exterior. Ellos son los primeros que observaron los reflejos azules del cielo, las diferentes coloraciones de la luz del sol, y los primeros que situaron las figuras y los objetos de un cuadro en su atmósfera correspondiente.

A los impresionistas se debe la invención, por decirlo así, de todos estos nuevos elementos que tendrán su desarrollo más tarde.

Al mismo tiempo que los impresionistas trabajan en estas investigaciones sobre el color, hacía estudios en otro sentido un hombre que persigue un ideal inmenso y que ha dejado la obra más grandiosa que se ha producido desde el Renacimien-

to hasta nuestros días: Pierre Puvis de Chavannes.

De estos dos elementos, el impresionismo y la obra de Puvis, nació nuestra escuela. Los jóvenes de aquel tiempo, que son hoy nuestros artistas más célebres, aprendieron de los impresionistas a observar la luz y el color en la naturaleza y Puvis les hizo comprender la importancia inmensa que tiene el pensamiento en la obra de arte.

El estudio de estos artistas, que son ya universalmente reconocidos como los representantes de la pintura de nuestra época nos hará ver cuál es el pensamiento moderno y cuáles son sus tendencias.

Estudiaremos primero la obra de Albert Besnard, que es sin duda el pintor más poderoso de nuestro tiempo.

Besnard es ante todo un colorista y un sensual, es una fuerza innata de la naturaleza, que nos da la vida en sus manifestaciones más opulentas. La tierra parece haberle comunicado el secreto de su exuberancia y de su fuerza. Todo en su obra es poderoso y apasionado. Los efectos más originales, las dificultades más atrevidas han sido dominadas por este pintor extraño y audaz. Su obra es una de las más fecundas que existen.

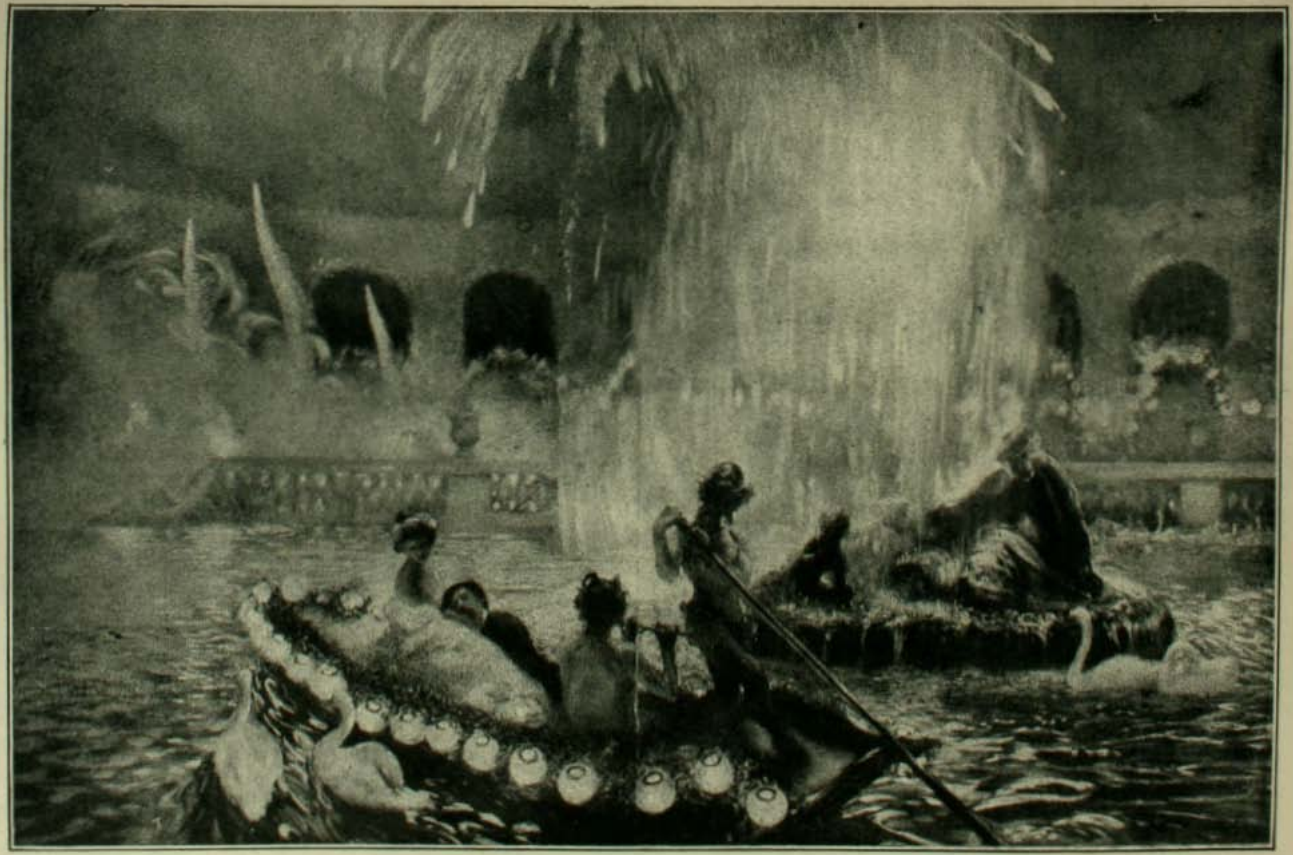
Ha tratado todos los géneros de la pintura con igual éxito. La decoración monumental, el cuadro de género, el retrato, el trozo, el paisaje han tenido en él uno de sus más poderosos intérpretes. Sus grandes composiciones decorativas pueblan los palacios y los edificios públicos de París. En el Hotel de Ville, en la Sorbonne, en el Petit Palais, en el Palacio de las Artes Decorativas, en el Teatro Francés, se puede admirar una parte de su obra monumental.

El plafón de la sala de las Ciencias del Hotel de Ville (que podemos ver en esta proyección), es una de sus obras más características. El atrevimiento de la composición y la fuerza del color desorientan en el primer instante, pero luego la obra se impone y se hace admirar. En este plafón Besnard ha representado a las ciencias conquistando al espacio y al fuego.

"Cabeza de mujer", por Besnard

¡Cuánta pasión vehemente hay en ese grupo de mujeres entrelazadas que se lanzan a través del espacio conquistando lo desconocido! Este grupo caracteriza muy bien nuestra ciencia, audaz, intrépida, enamorada de lo que parece imposible, casi visionaria en sus concepciones que parecen ser guiadas por un genio oculto. El dibujo, la composición y el color, llegan en este cuadro al colmo de la maestría, sobre todo porque el espectador no se siente inducido a pensar en ellos al contemplarlo. No se nota ninguna vacilación en el oficio, pero tampoco hay ningún alarde de conocimientos. Todo está subordinado a la expresión y ningún trozo está hecho por el placer de ser pintado o de hacer lujo de habilidad.

"El oficio, le he oído decir a Besnard en varias ocasiones, debe ser un medio y



"FIESTA EN LA NOCHE"
POR GASTON LA TOUCHE.

no un fin"; nos debemos servir de él para expresar lo que queremos decir y no para hacer ver que hemos aprendido en la escuela a dibujar, a pintar un brazo o a agrupar figuras con perfección. Es preciso que el pintor sepa de tal manera su oficio que pueda pintar como se habla o como se anda, es decir, que no necesite pensar en él. La menor preocupación del oficio por el oficio, destruye el sentimiento de una obra y la hace antipática.

Este principio lo ha aplicado Besnard en toda su obra a pesar de haber nacido dotado de cualidades maravillosas de habilidad y ejecución. Veremos más tarde cómo esta teoría es seguida por todos los grandes pintores modernos, pasando a ser por esto una de las características de nuestra pintura y tal vez de toda gran pintura.

"La Cenicienta", por La Touche

La decoración del anfiteatro de Química en la Sorbonne, es una de las más vastas composiciones de Besnard. En este panneau ha representado la evolución de la materia. El Sol generador de vida y la materia simbolizada por una mujer muerta, ocupan el centro del cuadro. Del pecho de la materia nace un río, que atraviesa las capas inferiores de la tierra y que surge en seguida para fecundar la vida que se muestra en un paisaje sereno y apacible. Una pareja humana disfruta en este paisaje de las bellezas de la naturaleza.

El desarrollo pictórico de este tema tan eminentemente científico es una novedad en la pintura. Hasta hoy los problemas de la ciencia no habían suscitado la inspiración de los artistas y la aridez de estos temas hacía creer imposible su interpretación, pero Besnard nos prueba con este cuadro que para un artista de genio no hay temas imposibles.

Una composición de índole enteramente opuesta a las anteriores es la "Isla Feliz", del Palacio de las Artes Decorativas. Este tema que hizo producir la obra maestra del siglo XVIII: "El embarque para Citerea", de Watteau, ha tenido un nuevo intérprete en Besnard. Su interpretación es más sana, más robusta que la del admirable artista del siglo XVIII.

"La Isla Feliz" de Besnard es una apoteosis a la vida, a la alegría de vivir: una invitación a nuestra época demasiado intelectualizada y neurótica, a respirar el perfume vivificador de la tierra. Todo el cuadro está envuelto en una atmósfera cálida de país tropical. En el primer plano los habitantes de Citerea coronados de laurel y de viña forman grupos alegres. Ninfas y amores danzan al son de las flautas tocadas por faunos.

Del fondo parten mil embarcaciones que se dirigen hacia Citerea. Una de las ninfas invita, desde la orilla, a los viajeros que se acercan y que miran soñadores hacia la isla desconocida.

La ejecución de este cuadro es como en todas las obras de Besnard un prodigio de habilidad y de color comprendido como armonía. Cada nota está puesta al servicio de las demás, formando en su conjunto una verdadera sinfonía de colores. Los azules profundos del agua hacen valer los amarillos lejanos del cielo y se ligan con los verdes de los árboles y del terreno. Las notas claras y coloreadas de las ropas realzan los tonos sombríos del paisaje y dan vida al conjunto.

El "Plafón del Teatro Francés", "La Cúpula del Petit Palais", la "Escuela de Farmacia", etc., son otras tantas obras maestras de la pintura decorativa, que deberíamos estudiar detenidamente, pero el tiempo no nos lo permite y debemos contentarnos sólo con mencionarlas.

La obra de caballete de Besnard es tan importante como su obra monumental.

"En colaboración", por La Touche

Su visión extraordinaria del color lo ha hecho producir algunos trozos que quedarán entre los más bellos que se han pintado en nuestra época. El desnudo del Museo del Luxemburgo, es tal vez el trozo más fino de color que se ha pintado jamás y las cabezas de mujeres que se complace en pintar en armonías extrañas son prodigios de ejecución.

En el retrato, el paisaje y el cuadro ha

producido páginas admirables. Ultimamente, después de un viaje a la India, exhibió en la Galería de George Petit, una serie de cuadros anotados durante el viaje. En ellos nos cuenta con entusiasmo juvenil todas las visiones que tuvo en ese país feérico, desde Ceylán hasta Benarés. Con la pasión del enamorado que ve el objeto de su amor bajo un aspecto nuevo nos habla de esa naturaleza ardiente, quemada por el sol; de esa raza milenaria que no ha podido ser doblegada a nuestra civilización y que conserva las costumbres y las tradiciones de un pasado que se pierde en la noche de los tiempos.

"Es aquí, escribe Albert Besnard, en donde he tenido mis más grandes sorpresas, mis mayores entusiasmos, viendo un pueblo en todo el esplendor de su movimiento libre."

Ya en 1881 Besnard había visitado la España y Marruecos y en 1883 la Argelia.

Las páginas que trajo de estos viajes hacían presentir el partido que este colorista insuperable podría obtener del Oriente. Por esto todo París esperaba inquieto la exposición prometida y cuando los salones de la Galería de George Petit se abrieron al público el entusiasmo fué delirante al ver que el resultado sobrepasaba a todas las esperanzas.

Jaques Copeau dice en su artículo, del número especial que dedicó a la obra de Besnard la revista "Art et Decoration": "quisiera estar obligado a callar, porque sé que toda palabra escrita no podría agregar nada a la elocuencia de las cosas pintadas". Los que visitaron la exposición de Besnard se puede decir que hicieron un viaje a la India, más provechoso que si lo hubieran hecho efectivamente. La penetración profunda de este gran artista nos dió la síntesis de la raza indú en cuadros llenos de vida y color. Todas las castas sociales de la India están representadas en estos cuadros: las Bayaderas, los Bramanes, los Coolís, Los Babus, los Fakires, y para cada uno supo encontrar el movimiento, el rasgo fisonómico característico. Todas las escenas que encuentra a su paso las anota con mano segura; Las danzas en Jotpore, las portadoras de agua en Naduras, el Moharam y el Langar en Hyderabad. Las abluciones sagradas en Benarés, las lavaderas en Triquinópolis y las "pleureuses" del lago de Udaipur.

Sus cuadernos de croquis y la relación escrita de su viaje que publicó el Figaro completan esta obra admirable y nos permiten seguir al artista con todo el entusiasmo de sus emociones.

Esos siete cuadernos, cubiertos de dibujos rápidos a la pluma o ligeramente lavados al acuarela, nos hacen vivir las emociones del artista, tanto o más que los cuadros. Los dibujos y los bocetos están rápidamente esquizados bajo la fiebre de la primera emoción. Cuando la pluma o el pincel no alcanzan a expresar rápidamente lo que desea, los completa con notas escritas que indican los colores, los movimientos o los detalles de los vestidos. Su mano sigue su pensamiento con igual prontitud, dejando impresas en el papel todas las emociones de su cerebro.

El gran éxito de esta exposición le valió a Besnard su consagración oficial. La Academia ha sido siempre refractaria a los artistas de genio y raras veces los ha acogido entre sus miembros, pero esta vez aunque tardíamente supo rendir a este gran pintor el homenaje merecido desde hace mucho tiempo, nombrándolo miembro del Instituto y dándole la dirección de la Ville Médicis, en Roma.

En su conjunto la obra de Besnard es una obra panteísta y sensual. Ama la materia y la vida con pasión, pero también sabe que el fondo de la vida está en el pensamiento y que ella no podría existir sin él.

Otro de los más interesantes artistas modernos es Charles Cottet. Este pintor ha perseguido en casi toda su obra dos grandes sentimientos: el Dolor y la Muerte.

El país del mar y el pueblo bretón le han servido generalmente de tema para expresar su ideal. En Bretaña la muerte vaga en el espacio. Ese país árido y desolado tiene el aspecto de un vasto cementerio y sus costas erizadas de rocas sostienen un mar sombrío y siempre dispuesto a desencadenar sus iras.

El pueblo vive en la constante incertidumbre de saber si volverán los que partieron a los lejanos mares de Islandia.

Tantos son los que no vuelven que cada

Día de duelo en Bretaña, por Cottet

partida tiene casi el carácter de un último adiós.

En el tríptico que hoy posee el Museo de Luxemburgo, Cottet nos pinta la escena emocionante de una de estas comidas de adiós, la espera de las mujeres en la costa bretona y la nostalgia de los marineros en los altos mares. "Hay en el Luxemburgo, dice Leonee Berenice en su artículo sobre Cottet de 1911, un cuadro que ocupa todo el fondo de una pequeña sala en la extremidad de una galería, delante del cual siempre se detienen los visitantes con un primer sentimiento de sorpresa grave que se convierte pronto en atención conmovida. El turista de pasaje, el obrero de los domingos que viene a pasear su pequeña familia tanto como el artista curioso o el diletante, todos, cualquiera que sea, suspende su marcha cuando llega a este rincón de sala para contemplar largamente la escena representada en este vasto panneau. Este cuadro es la gran composición de Cottet: "En el País del Mar", está concebido en tríptico, forma sinfónica adoptada a menudo por los pintores contemporáneos para reforzar la significación del asunto principal por una especie de acompañamiento expresivo. En el centro una mesa está servida, una mesa muy modesta, la de una familia de pescadores de uno de esos pequeños rincones perdidos de Bretaña, en donde la existencia de los hombres se pasa en lucha perpetua contra el mar, y la de las mujeres se reduce a esperar o a llorar. Allí están agrupadas una quincena de personajes bajo la luz fuerte de un quinqué de petróleo. Están allí todos, la vieja madre soñadora que ha visto tantas de estas partidas y que vuelve a ver siempre en su imaginación a aquellos que no volvieron; las jóvenes parejas de esposos o de prometidos que cambian las últimas palabras o más bien las últimas presiones de manos y las últimas miradas; pues el silencio reina en la pequeña asamblea y la emoción enmudece todas las gargantas.

Uno de ellos apenas se levanta con el vaso en la mano y se siente que va a traducir en algunas palabras bruscas y lentas la angustia que oprime todos esos pechos. El formula el adiós de los que se van, de aquellos que vemos en el panneau

de la izquierda huir en la sombra sorda de la noche sobre las olas turbulentas a través de la inmensidad de ese mar eterno, tentador y eterno enemigo que alinea su manto de índigo a lo largo de la composición que parece abrazar, y que se percibe sombrío y cruel tras los vidrios de la ventana. Se creería que está brindando el adiós de los que parten en la noche y responde al pensamiento de las "que se quedan", de aquellas que vemos ahora en el panneau de la derecha, ansiosas o resignadas: las viejas madres, las esposas o las prometidas, con los ojos quemados de *interrogar vanamente al mar*. Se olvida aún por un instante que se está en un museo, no se piensa ni en la pintura ni en el pintor. Se comparte simplemente la emoción sencilla y profunda de esos seres humildes y valientes."

Este es el más bello elogio que se puede hacer de la obra del artista y esto demuestra cuál es la potencia comunicativa de su pensamiento. El nos sitúa no solamente en la realidad, sino también en la atmósfera de los sentimientos que ella hace nacer. El se dirige no solamente a nuestros ojos, a nuestro espíritu, a nuestra reflexión, sino que también abre la puerta de las regiones secretas del alma, del santuario escondido del sentimiento y de la emoción. Es sin duda este cuadro una obra esencialmente pictórica, pues el efecto no está obtenido por ningún artificio extraño a la pintura; la fuerza de la sugestión es exclusivamente debida a los medios propios de la pintura: es por el carácter de la composición, por la gravedad de la armonía, por la sencillez austera de la ejecución, por el acento vigoroso de verdad local y de verdad moral, por la imponente unidad de todos los elementos constitutivos del cuadro que él obra sobre nuestra imaginación. Pero es, ante todo, una obra de ideas generales y humana, una obra que es hecha para todos y que puede ser comprendida por todos. Esta es su principal originalidad y lo que explica la atracción a la cual no escapa ningún visitante.

Además de este tríptico ha pintado Cottet una larga serie de cuadros bretones, en los que vaga siempre la idea de la muerte como una amenaza, como un recuerdo o como la interrogación al misterio desconocido del más allá: "Los Fuegos de San Juan", que es considerado por muchos como su obra maestra, obra enigmática y profunda que hace vivir una vieja tradición bretona conservada por ese pueblo desde un pasado lejano. Obra mística que evoca el recuerdo de las viejas razas que tuvieron mayor comunicación que nosotros con el más allá.

"El Dolor en el País del Mar", que hace pensar en el Cristo llorado por las mujeres: *Drama profundo y grandioso* en el que el sacrificio y el dolor están expresados con una comprensión honda y serena.

Las series de "duelos", las escenas del "Perdón" y tantas otras páginas admirables en que el pueblo bretón le ha servido de pretexto para expresar su pensamiento, y el país mismo, sobre todo las costas desoladas de la Bretaña le han inspirado esa serie de marinas que él se complace tanto en pintar. "Es tan bello el mar, tan variado", le he oído decir muchas veces. Cottet ama el mar y sobre todo ese mar sombrío, misterioso, de las costas bretonas y ha sabido pintarlo como nadie hasta hoy lo había hecho. Algunas de estas marinas tienen la sugestión de un drama: la costa erizada de rocas deja ver las huellas de las luchas que ha sostenido con el agua ahora dormida y que extiende su espejo nítido hasta el horizonte. En la calma enigmática del mar se presiente que está pronta a reanudar en poco tiempo su lucha salvaje.

La España es el otro país que ha dejado en Cottet trazas profundas. Sus viejas ciudades medioevales, Avila, Segobia, Búrgos, Toledo, etc., le impresionaron por el aspecto abrupto y severo que han conservado hasta hoy.

La España antes de Cottet era considerada en Europa únicamente como el país del sol, de las manolas, de los toreros, de la alegría y de las danzas; él es el primero que ve la España medioeval, la vieja España robusta y salvaje, con su arquitectura pesada, arrogante, que mantiene hasta hoy el recuerdo viviente de la España dominadora que tuvo en un tiempo el cetro del mundo en sus manos.

El "panorama de Avila", la Catedral, "El Puente de Córdoba", la "Plaza de

LOS FUEGOS DE SAN JUAN
POR COTTET.

Segobia", son obras típicas en las que todo el carácter de España está impreso en la tela y que quedarán para la historia como uno de sus más bellos recuerdos.

Toda esta pintura tan sugestiva, en que el pensamiento tiene una parte tan considerable, está expresada por medio de una técnica llevada al extremo de su perfeccionamiento. Sus medios de expresión son siempre esencialmente plásticos y la pintura literaria está muy lejos de ésta. El sabe que la condición indispensable de un cuadro es que esté bien pintado y que tenga cualidades de materia y de visión; por eso estudia siempre desesperadamente su oficio y trata de renovarlo y de adquirir nuevas cualidades que enriquezcan la parte material de su obra.

Hay muchos cuadros de Cottet que son simples estudios de materia y son éstos los que él más aprecia y los que conserva con más cariño en su taller. En sus conversaciones habla raras veces de la parte intelectual de un cuadro y en cambio se exalta al describir la belleza de un tono, de un modelado, de una forma.

Independientemente de su intelectualidad y del poder impresionante de su obra, Cottet es un pintor de raza que ama la pintura por la pintura y que desea ante todo que sus obras sean bellas, plásticamente bellas.

Gastón La Touche

Una muerte prematura acaba de arrancar, en la más bella época de su producción, a este artista adorable. Pocos meses antes había exhibido en la Sociedad Nacional tres de sus más bellos cuadros, "La lección de Anatomía", "La Fiesta Nocturna" y "El Ensueño". Latouche había llegado ya a la plena posesión de su manera y de su oficio. Se esperaba aún de él una larga serie de sus cuadros brillantes y encantadores que hacían la alegría de nuestra pintura, cuando una muerte repentina detuvo su mano y nos arrebató a éste, uno de nuestros más bellos artistas.

La obra de Gastón Latouche es amable, fácil y brillante; los grandes problemas no le interesan, sólo piensa en la vida, en la alegría de vivir, en el encanto del color, en el brillo de la luz. Es un vasto poema al placer de vivir, de respirar el perfume fácil de la existencia. Sus personajes son siempre amables, intuitivos, sus mujeres son pequeñas coquetas risueñas, encantadoras, que viven como las flores, sin otra preocupación que la de exhalar su perfume.

Una gota de ironía amarga se desliza a veces en sus cuadros para hacer ver que no todo es felicidad en la tierra. Pero el placer vuelve pronto a conquistar su temperamento. Esta manera de sentir lo une a los pintores del siglo XVIII, pero su técnica y su manera particular de expresarse, hacen de él un pintor netamente moderno y original. El brillo de su color, la virtuosidad prodigiosa de su técnica hace de sus cuadros verdaderas joyas; a veces parecen enjambres de piedras preciosas engastadas en oro y plata. Los temas más vanales se hacen interesantes a través de su visión. Su fantasía y su pasión por el color lo arrastran a veces a pintar cosas imposibles, pero su virtuosidad lo salva siempre y nos hace aceptar lo que no aceptaríamos de ningún otro.

La exposición general que hizo de su obra en 1898, fué una de las más bellas manifestaciones de arte que se habían hecho hasta entonces. Es inolvidable el placer que producía la visita de esas tres grandes salas atestadas de cuadros claros, brillantes, de un sentimiento risueño que hacían soñar en un mundo feérico de vida deliciosa. Sus obras más importantes son su decoración para la sala de fiestas del Elíseo y las del Ministerio de Agricultura.

Como decorador, sus cualidades toman más amplitud. Sabe sacrificar su virtuosidad al efecto del conjunto y orquestar sus colores y sus formas en totales armoniosos.

René Ménard

La originalidad de un artista no consiste en que su producción sea enteramente diversa a la producción de todos los demás. Esta concepción de la originalidad es simplemente imposible. Los conocimientos de los hombres, lo mismo que sus sentimientos, están ligados al pasado por cadenas inquebrantables y no podemos inventar nada sin basarnos en la tra-

dición y en los estudios hechos en épocas anteriores. Los apasionados de originalidad, que quieren inventarlo todo, negando el pasado, no han conseguido nunca traducir otra cosa que obras incoherentes. En todas las épocas ha habido representantes de estas teorías y hoy se llaman cubistas, futuristas, etc.

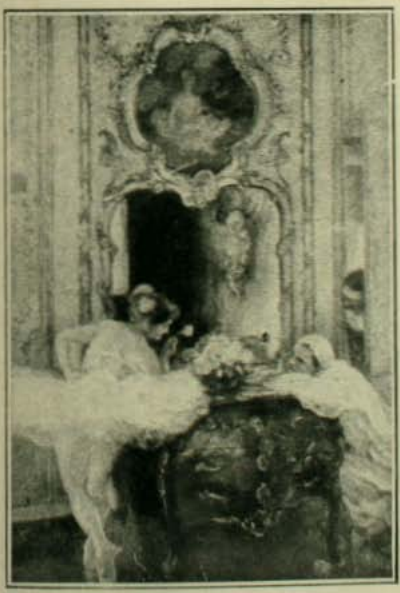
El resultado obtenido por estos pintores nos hace ver las exageraciones a que se puede llegar cuando se persigue la originalidad por la originalidad.

Los artistas más originales que han existido han sido siempre los que han respetado más la tradición. La obra de Miguel Angel, por ejemplo, que es la obra más poderosamente original que existe, tiene sus raíces en el Signorelli, en el Donatello y en los griegos.

Los que han visitado la Catedral de Orbieto podrán darse cuenta de la influencia que tuvo el Signorelli en Miguel Angel.

La originalidad consiste en agregar algo a la tradición del pasado, apoyándose en ella y no en negarla.

La obra de Ménard está muy basada en la tradición del siglo XVIII francés, pero es al mismo tiempo una obra original y



"Comedia italiana", por La Touche

"El viejo modelo" por La Touche

moderna, porque ha agregado a esa tradición el sello de su personalidad y los Poussin y Claudio de Lorena fueron sus maestros, los que le enseñaron a ver la naturaleza de una manera profunda y serena, pero él supo encontrar en ella su expresión propia.

La serenidad y la grandeza de la naturaleza es el sentimiento que caracteriza la obra de Ménard. En sus paisajes la naturaleza aparece siempre en toda su majestad imponente, en toda su fuerza enigmática. De las regiones del mundo que ha recorrido, es la Grecia el país que le ha impresionado más. Las ruinas de la antigua Grecia y el recuerdo de esa civilización maravillosa, le han inspirado cuadros admirables y una composición decorativa que es una de las obras maestras de nuestra época. En esta composición ha reunido todas sus emociones de la Grecia en ocho panneaux sintéticos que evocan la Grecia antigua.

El tiempo no me permite continuar estudiando en esta conferencia a los demás pintores modernos que han producido una obra característica y personal. Sería preciso dedicarles todo el tiempo de una con-

ferencia a cada uno de ellos, tan interesantes son sus obras.

Por el momento me limitaré sólo a mencionarlos. En Francia los pintores más caracterizados son Lucien Simon, Aman Jean, Henry Lessidaner, Henry Martín, Max Cence y Maurice Denis.

En Inglaterra Brangwin, Sargent, Solomon, Shanon, Sttot, Clausen, Lavery y entre los paisajistas Eaest; Stanhoup y Forbes.

En España Zuloaga y Sorolla.

En los Países Bajos, Claus, Frederic y Bartson.

En Italia, Boldini y Balistrieri.

Alemania y Austria, Noruega y Rusia, también tienen grandes artistas que los representan muy dignamente.

En general se nota, como una de las principales características de la pintura moderna, una gran preocupación, por las cualidades intelectuales y emotivas. La pintura por el placer de pintar, de rendir la materia de las cosas pierde terreno cada día y se hace insuficiente. Nuestra cultura es demasiado compleja para que las cosas sencillas nos impresionen. Necesitamos de problemas más difíciles de descifrar y en los que nuestra inteligencia entre en juego a la vez que nuestra sensibilidad y nuestra visión.

La naturaleza y la vida nos sugieren mil pensamientos que queremos ver representados en la tela y exigimos por lo tanto de los pintores una intelectualidad más completa. No basta para ser un buen pintor moderno tener ojos sensibles y una mano hábil, a pesar de que estas cualidades son primordiales y absolutamente indispensables. Es preciso que la habilidad de la técnica sea puesta al servicio de la emotividad de nuestro sér y que sea el medio de expresión y no el fin.

También ha tenido influencia en nuestra pintura la vida agitada que llevamos los hombres modernos; nuestra pasión por los viajes y por la ejecución rápida de las cosas. La febrilidad de nuestra vida se traduce en nuestras artes y sentimos en ellas el mismo deseo de ejecutar cosas imposibles, de expresar sentimientos extraños y diversos, de pasar de un gran proyecto a otro sin dilación, con el deseo de abarcarlo todo y de imprimir su sello en todas partes.

Los viajes y las facilidades de intercambio de conocimientos han unificado nuestras artes y se puede decir que han hecho de todo el mundo civilizado una sola gran escuela, uniendo así los esfuerzos de cada nación hacia un mismo fin.

También se han producido cambios considerables en la parte plástica de la pintura moderna.

Las condiciones decorativas tienen una importancia preponderante y tienden a desarrollarse cada vez más.

La pintura mural vuelve a obtener el sitio que tuvo en las grandes épocas de arte. Las investigaciones sobre la armonía de los colores y de las formas y la percepción más justa de los valores al aire libre, son otras tantas cualidades que caracterizan nuestra pintura.

He dicho.

EL JAPONES

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Sepúlveda.

Allí estaba, pequeño, insignificante, con sus ojos oblicuos, su palidez amarillenta, un vestón algo raído, algunos escasos pelos negros sobre el labio superior, con un sombrero de Panamá de bordes deshilados y fuera de servicio, mirando con desconfianza hacia el fondo del largo pasadizo que una alfombra roja cubría, prometiendo hospitalidad más benigna y cálida en el interior. Un perro, un *fox-terrier* travieso, había llegado en repetidas ocasiones a ladrarle, retrocediendo con sus patas delanteras tiesas, y el ademán provocativo. En el fondo se oían dos voces argentinas que gritaban: "Es un japonés, papá" y una de ellas agregaba: "Es un japonés igual al mono del álbum". El silencio volvió a reinar cuando los chicos se alejaron o una puerta se cerró tras ellos sofocando sus voces.

Era un silencio profundo; pero hospitalario. Hay silencios hostiles; hay otros que prometen paz. El japonés miraba hacia el fondo donde una vidriera, a mitad cubierta por cortinas, dejaba una mancha de la verdura del jardín que anunciara la extensión de la propiedad y la holgura de sus habitantes. El *fox-terrier* volvía, sin embargo, con esbelto trote y como mandado por sus amos a ladrar al solicitante retrocediendo en seguida por precaución. Los chicos de nuevo gritaron "papá, acuérdate del japonés" y, un instante después, uno de ellos de pelo rubio ensortijado, corría acompañado del perro para decirle con graciosa media lengua: "que espere un momentito que ya van a venir." El japonés sonrió como sonríen los de su raza y quedó inmóvil esperando. De arriba, al través del entablado bajaban amortecidos los sones de un piano, inseguramente tocado por manos infantiles. Era una de esas sonatas de Clementi, simples y encantadoras, que inician al principiante en los primeros secretos de la música y las notas, tal vez desconocidas para el peregrino, lo hacían sonreir una vez más de manera enigmática.

Por fin, resonaron en el piso algunos pasos más pesados y un señor alto, correctamente vestido, mirando al través de lentes gruesos, avanzó con aire apresurado, se detuvo sorprendido ante la figura lastimosa del cliente y se inclinó para saludar con reserva. El japonés se había descubierto, a su vez, sin apresuramiento, pero con visible respeto y luego, en detestable inglés, comenzó a balbucear su demanda. Venía de la patria lejana a tentar la fortuna en Sud-América; un barco lo había dejado en ese puerto del norte donde encontraba ciertas dificultades para ganarse la vida. Había sido mal recibido en todas partes. Le faltaba ya el diario sustento y como no acostumbraba mendigar había pedido en una casa inglesa la dirección del chileno más acaudalado de la ciudad y venía a proponerle sus servicios. Habría agregado algo más el infeliz; pero un movimiento amplio del brazo del señor, seguido de un significativo encogimiento de hombros, le probaron que había muy poco que esperar. "No tengo nada amigo; mi servicio está completo, mi presupuesto es limitado. Siento mucho...."

—Para mí se trata de vivir,—interrumpió con más audacia el japonés,—no pido sueldo. Busco un rincón donde pueda dormir y el sobrante de la comida de sus sirvientes para no morirme de hambre. Ayudaré a los doméstico, haré lo que se me pida...

El dueño de casa lo miró fijamente. Había sido dicho todo esto con aire tan sincero y tan humilde que era imposible negarse. Esa sonrisa oblicua, esa serenidad dentro de la

situación desesperada que revelaban sus palabras, la vocecilla escasa y vacilante con que eran moduladas, eran excesivamente originales para el abogado rico, favorito de la suerte, perezoso y vividor. El japonés sería causa de conflictos en su casa; tal vez valía más la pena darle algunos billetes, una libra esterlina y desembarazarse de tan incómoda petición: pero luego, cierto aire de dignidad natural en esa especie de mendigo, lo retuvieron. ¿Cómo decir que no había en su casa ni un rincón con techo ni un mendrugo de pan? Sería un compañero del *fox-terrier* y ciertamente más barato porque no exigía sirvientes que lo llevaran a paseo.

Los chicos se habían acercado por curiosidad y el perro también, esta vez en silencio, esperando adivinar en un gesto del amo si debía insistir en sus manifestaciones hostiles o adoptar otro procedimiento. Está bien, dijo el abogado, está bien; puede usted venirse desde esta noche. Aquí tiene usted algún dinero..." y extendió la mano empuñada. Y como notara cierta vacilación en el asiático, agregó: "Trate de procurarse otro calzado y sombrero. Venga esta tarde."

El japonés sonrió, alargó su mano para recoger el anticipo, hizo una venia más profunda y respondió que volvería. La mampara se cerró tras él y un momento después volvía a predominar la sonata de Clementi en la silenciosa morada.

El señor Benavides había llegado a Antofagasta, como tantos otros, a ensayar fortuna, en ese momento en que la profesión de abogado podía ser una fuente de riquezas, siempre que el hombre de leyes se desdoblara en un comerciante audaz y resuelto. Se trataba de juicios salitreros, de mensurar y ubicar concesiones de estacas, en esa región favorecida por la naturaleza con el único gran yacimiento natural de nitrato de sodio del mundo. Era conveniente contar con la buena amistad del juez y ciertos apoyos políticos en la capital; de esta manera la concesión podía recorrer muchas leguas buscando el mejor terreno para posar sobre él sus alas de papel sellado. Así Benavides había logrado hacer surgir de un papel roñoso encontrado por una viuda en el cajón del escritorio del finado, en momentos en que pesquisaba quizá las pruebas de sospechadas infidelidades, la famosa pertenencia de "La Viuda", vendida a los ingleses por trescientas mil libras, de las cuales, la verdadera, es decir, la viuda de carne y hueso había podido apenas reunirse con tres mil, las cuales declaraban en un recibo debidamente protocolizado "le correspondían por generosidad del señor abogado don Melitón Benavides, ya que había declarado antes de la ubicación contentarse con la mitad."

Su mujer era una excelente persona, nacida en Santiago, de familia pobrísima. Naturalmente se le había subido la fortuna a la cabeza y durante cierto tiempo no vivía preocupada sino de asustar a las demás mujeres del puerto con sus vestidos audaces y originales, que avanzaban siempre algo sobre la moda. Pero todo fatiga y una vez conquistado el predominio en el reino de los trapos, se había dedicado mansamente a la maternidad, dando al ubicador de "La Viuda" dos ángeles rubios y rollizos.

Ni el abogado ni la mujer intervenían mucho en los detalles administrativos de la casa. Habían llevado de Santiago, como llavera a una de esas viejas sirvientas que tanto conocemos en Chile, modelo de fidelidad, de mal humor, de caprichos y de honestidad. Era la *mama* del señor Benavides, es decir, sino le había dado propiamente su pecho al nacer, a lo menos lo había tenido en brazos y cuidado durante muchos años. Desgraciado el chileno que no ha tenido *mama;* ése no ha conocido todos los mimos y los regalos, ése no ha podido violar, contra las expresas prohibiciones de su madre, los más reservados escondrijos de las golosinas; ni, más tarde, ocultado las malas notas del colegio; ni, mucho después, encontrado la puerta abierta cuando las primeras recogidas tarde de la noche merecían especiales vigilancias; y, por consiguiente, no ha tenido experiencia para impedir que sus hijos tengan *mamas* como único medio de que salgan bien criados y puedan después mandar en sus casas y no estar sujetos a la tiranía de una vieja gruñona aunque con ribetes de venerable abuela.

La Sabina, que así se llamaba la fiel criada, era una mulata rubia, es decir, una mestiza de blanco y africana con todas las características de esta raza; pero con el cabello crespo y apegado a la cabeza, de color más claro que los tipos de su especie. Recordaba todavía cómo "el niño",—que así llamaba al abogado,—cuando había sabido que llegaba a la casa una sirvienta mulata hija de blanco y negro había preguntado con su media lengua si era de "cuadritos como el tablero de ajedrez". Habitaba en el fondo de la casa un cuarto

poblado de recuerdos que atestiguaban su lealtad. Sobre una cómoda de caoba, legado de los viejos Benavides, se veía el fanal de vidrio con el niño Jesús de cera, un marco de madera esculpida con una virgen quiteña pintada en cobre y diversos retratos de familia. Allí se acurrucaba en sus enfermedades, allí pasaba sus berriches, allí había que buscarla para darle explicaciones por las ofensas que en la creciente susceptibilidad de criada de confianza y vieja, creía recibir de sus patrones.

Bajo la férula de su Sabina quedaba José, el sirviente de la mesa, un gordete, satisfecho de la vida: borracho una vez al mes, aficionado a cortejar, el *lacho* del sur transportado a la pampa salitrera, con su vocablo de campesino enriquecido por

la frecuentación de peruanos y obreros de diversas naciones. En seguida, venía en orden de consideraciones, de rango y de sueldo, la *señora* Adela, la cocinera.

La llamaban *señora* por la escasez de buenas cocineras en el norte, por el terror del matrimonio de perder una criada que si no era un "cordon bleu" merecía francos elogios de los convidados. Después aparecía una especie de "miss", una chica flaca y anémica, hija de inglés y peruana, cuidadora de los niños. Este era el personal de la servidumbre y en él cayó el pobre japonés como puede caer un castor en medio de una jaula de conejos.

José comprendió pronto, con ese espíritu práctico y acomodaticio de nuestro pueblo, el partido que podía sacarse de un hombre que no pedía nada por su trabajo y que, al amanecer, apenas despuntaba el alba estaba ya de pie tratando de servir en algo. Desde luego, era necesario lustrar el calzado de los señores y el del mozo de mesa; esta condición la puso inmediatamente el mismo José sin objeción alguna del resignado y sonriente huésped que alojaba en el último rincón de la casa sin más compañía que el perrito. Nunca anduvo criado alguno con más relucientes zapatos que el de esa casa, y ésto le sirvió para ganar no poca consideración entre los criados del vecindario.

Por su parte la señora Adela le traspasó el lavado de los platos y el aseo completo de la vajilla. Era tan rápido el japonés; no sabía decir no a nada, como ese bárbaro de José; era tan silencioso y tan bueno!

La Sabina declaró sin rodeo alguno que mientras estuviera en la casa ese hereje no saldría de su pieza. Pero como uno de esos días enfermara y el comedido llegara de prisa a ofrecerle un remedio infalible para la tos y resultara en efecto curada en un santiamén, la vieja se dejó asear el cuarto, sacudir los cuadros y fotografías, y comenzó a servirse también del encantador.

La "miss" no abusaba de esta docilidad; pero si los chicos, quienes no desperdiciaban momento para conducir al cuarto del japonés el automóvil de cuerda descompuesto; la muñeca a la cual se le había cortado la cabeza; y un día al mismo gato que se quejaba de dolores desconocidos y que resultó ser gata y parir bajo los cuidados paternales del asiático dos pares de gatitos hechiceros.

Luego, el mismo señor Benavides comenzó a notar que el aseo de la casa que jamás estaba hecho antes de las diez de la mañana y ésto en forma incompleta, quedaba terminado antes de que nadie se levantara y todo bajo el paso silencioso y los saltos de felino del japonés que frotaba cada jarrón, florero, estatuita u objeto mínimo de adorno, por dentro y fuera, con prolijidad de relojero. ¿Cómo podía este hombre tener tiempo para todo? José declaraba que si el japonés se iba de la casa él no se quedaría un solo momento, porque el trabajo era muy pesado y análogas amenazas formulaba la *señora* Adela.

Pero una noche José no se recogió y la policía avisó al día siguiente que el incomparable cortejador estaba mezclado en un vago asunto de rapto. El japonés recibió sin pestañear el anuncio de que quedaba investido con el alto rango de mozo de mesa, con encargo de hacer el aseo de determinadas partes de la casa y abrir la puerta, con la mitad del sueldo que ganaba su honrado antecesor. Desde entonces el japonés dejó de ser compañero del perro para tomar sitio en la cocina por derecho propio, comer en los mismos platos de la servidumbre y recibir directamente las órdenes de la señora.

La Sabina comenzaba a dejarse ganar de franca simpatía hacia este ser, "mitad hombre, mitad animal" como decía como transacción con su conciencia y tradiciones. Se había propuesto convertirlo; pero como la pobre mulata era más fuerte en supersticiones y conjuros que en religión, su enseñanza corría riesgo de desequilibrar completamente la moral sintoísta del asiático y dejarlo muy lejos de una creencia completa y sana. Así por ejemplo, un día en que ambos estaban en el fondo de la casa y reinaba completo silencio, se oyó como el rumor de pasos cerca del muro divisorio. El japonés tendió el oído e interrogó con su mirada a la vieja.

—Son ánimas,—le dijo ésta.

—¿Animas?

—Sí, ánimas de condenados que vienen a pedir misas.

—Dale misas,—repuso tranquilamente el japonés.

—No; las misas no se dan, se mandan decir. Además yo soy pobre y no tengo con qué pagarlas. Cuando se sienten ánimas si uno no quiere sufrir algún mal hay que decir las palabras redobladas. ¿No dicen las palabras redobladas allá... en la China?

El japonés no sabía nada de ánimas ni de conjuros para espantarlas; por lo demás pareció divertido con el ruido y con la expli-

cación porque dejó oir su breve risa y todo quedó después en silencio.

—No hay que reirse de las ánimas,—agregó sentenciosamente la Sabina,—las ánimas son muy serias y hay algunas enojonas.

—Será el ánima de don José, exclamó el asiático.

—Pero si José no ha muerto; para ser ánima hay que morirse

Y la vieja comenzó a enseñar a su amigo

a recitar con devoción las palabras redobladas tal como las recordaba, tal como se las habían enseñado cuando niña, allá muy al sur, en la hacienda del viejo Benavides, con el prestigio de un conjuro probado en casos de peligro y de embrujamientos.

"Amigo, dígame una. Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

"Amigo, dígame dos. Las dos tablas de la ley, por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles antes de Jerusalén. Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

"Amigo, dígame tres. Las tres Marías. Las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles antes de Jerusalén. Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

"Amigo, dígame cuatro. Los cuatro elementos. Las Marías. Las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles antes de Jerusalén. Una no es ninguna y siempre la virgen pura.

"Amigo, dígame cinco. Los cinco evangelios..."

Y seguía hasta llegar al fin:

"Amigo, dígame doce. Los doce apóstoles. Las once mil vírgenes. Los diez mandamientos. Los nueve meses. Los ocho cielos. Las siete cabrillas. Las seis candilejas. Los cinco evangelios. Los cuatro elementos. Las tres Marías. Las dos tablas de la ley, por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles antes de Jerusalén. Una no es ninguna y siempre la virgen pura."

"Amigo, pásese a trece para que reviente ése."

Y la Sabina aseguraba que al llegar a este punto desaparecían las ánimas y reventaban los brujos, duendes y chonchones.

Así aprendió el japonés lo que era el Chonchón, el basilisco, la Calchona y cuanta leyenda popular se había guardado en esa arca sin fondo de la fantasía de la mulata.

Un cataclismo perturbó la tranquila vida de la casa. La *señora* Adela enfermó misteriosamente y exigió sus sueldos y pasaje para regresar al sur. *Misiá* Josefina, que así era el nombre de la mujer de Benavides, lloró desesperadamente, colocó un aviso en el periódico de la localidad; pero llegó fatalmente el día de la partida de su cocinera y nadie se había presentado.

—Si la señora quisiera, había dicho el japonés con tono humilde, podría suplir a la señora Adela, porque la he visto hacer la comida.

—Ensayemos, se dijeron todos, no sin desconfianza.

Desde ese día comenzó para el asiático una vida semejante a la de Frégoli, o cualquier otro célebre transformista en escena. En la mañana aseaba la casa entera, dando algunas carreras a la cocina para encender el fuego y colocar ciertas materias que necesitaban más largo cocimiento. A medio día el almuerzo estaba listo y, el cocinero cambiado en mozo de mesa, servía sin que nadie le prestara la menor ayuda. En la tarde abría tranquilamente la puerta, introducía la clientela o las visitas y misteriosamente la comida quedaba arreglada a las ocho. La mulata lo había declarado "chino brujo" y le rezaba las palabras redobladas a ver si reventaba. La señora tenía miedo que se aburriera y le daba explicaciones diariamente con promesas de relevarlo, pero el japonés aseguró que podía hacerlo todo fácilmente. Y en realidad ¿quién había probado jamás mejor cocina chilena que la que daban en casa de Benavides desde la partida de *la señora* Adela? El japonés corría por la casa como una sombra fugaz, silenciosamente, sonriendo siempre, sin ocupar lugar y desempeñando con perfección el puesto de dos sirvientes sin consumir otra cosa que el sueldo de uno solo. Benavides sonreía y se jactaba en el club de su hallazgo. Algunos viejos filósofos sacaban consecuencias pesimistas de la inmigración japonesa y casi no había noche en que no se tocara el punto de "el peligro amarillo". "Me río yo del peligro amarillo", vociferaba el abogado. El peligro amarillo era para él gastar cuatrocientos pesos en estar mal servido y no podía serlo economizar la mitad para tener el más perfecto servicio que fuera dable imaginar.

Poco a poco el japonés comenzó a darse tiempo en el día, tal era su expedición para todo, con el fin de renovar sus juegos con los chicos. Como la *Miss* resolviera casarse, una sirvienta del país entró a ocuparse del simple aseo de las piezas y Kio, que así dijo llamarse el asiático, aseguró que podría sacar a los niños a los dos paseos diarios por las calles que tenían costumbre de hacer.

Durante tres meses Kio asumió todas las funciones, con excepción de las sagradas e intangibles de la Sabina que consistían en gruñir a toda hora. La pobre mulata se iba desmoronando poco a poco; pero no perdía el hábito de encontrar a don Melitón derrochador, a doña Josefina poco cariñosa con los niños, al japonés capaz de envenenar un día la

comida y matarlos a todos. Así debía pasar en la China y no se podía fiar de un hombre que sonreía siempre, que no tenía jamás un dolor, que era capaz de servir a la mesa, hacer la comida, sacar a los niños a paseo, sin encontrarse alcanzado de tiempo. La mulata no conocía un hombre que pudiera pasar tres meses sin emborracharse siquiera una vez al mes. "Lo malo era ser *seguidor*", es decir beber sin detenerse, durante una semana. Para la Sabina el chino tenía una máscara; habría que verlo por dentro. La máscara sonriente la desesperaba; pero al mismo tiempo como servidora fiel respetaba el apego a sus señores que demostraba Kio y el poco dinero que les consumía.

Por fin llegó una cocinera del sur que aprendió del japonés la cocina

chilena y el secreto de guisar con tan poco gasto y tanta limpieza. Pero junto con aparecer la nueva cocinera comenzaron a flotar sus pelos tiesos y salvajes en los caldos o a notarse falta de sal o exceso de lo mismo y hasta olvido de ingredientes indispensables.

Una mañana Kio se acercó al estudio de don Melitón y señalándole la máquina de escribir que estaba abandonada por una infidelidad del empleado, díjole con simplicidad y con la eterna sonrisa de su faz amarillenta:

—Déjame aprender a escribirte.

El tiempo que había dedicado a la cocina lo consagró a pegar sobre el teclado de la Remington copiando de los diarios. Sus golpes torpes y espaciados fueron ganando en solidez y vigor y a los quince días don Melitón se encontró con un escribiente que si no podía dar una plumada sobre el papel sabía copiarle los escritos a máquina y hasta recibir dictados lentos y muy bien silabeados.

Los compañeros del Club y sus clientes admiraron el nuevo milagro que había convertido al cocinero en escribiente. Muy pronto comenzó Kio a ir al Juzgado a notificarse de las providencias o a presentar los escritos y don Melitón no pensó en deshacerse jamás de este hombre prodigioso.

Así pasaron los meses y los meses, hasta que la Sabina cayó enferma.

Como el perro grande, guardián de la casa que, cuando se siente enfermo y adivina la cercanía del fin, se oculta en el último rincón del huerto para morir en paz, así la pobre mulata amaneció un día vuelta en su lecho contra el muro, resuelta a no hablar ni quejarse. Una vela ardía en la vieja palmatoria frente al fanal objeto de su devoción. El resplandor llegaba hasta la virgen quiteña resbalando en la superficie pulida de la pintura y contribuyendo a dar carácter de vetustez al cuarto de la mama. El médico se encogió de hombros, movió con aire pesimista la cabeza y recetó un calmante. No había nada que esperar de una reacción en ese organismo que la edad atacaba con toda la fuerza de la destrucción, por varios puntos a la vez.

Kio había comunicado la mala noticia con su frase ingenua: "La mama se muere". Para Kio la Sabina era la *mama* común, la mama de todo el mundo, de tal manera había penetrado en el fondo de ese hogar y se había encariñado con todos sus miembros.

La fiebre subió y con ella los labios de la mulata se desplegaron para hablar. Todos los recuerdos de la juventud volvían en tropel a su imaginación exaltada, de africana. Cuando entraba don Melitón le hablaba de sus padres, de la hacienda, de muchos viejos amigos desaparecidos. Un día cantó con infinita dulzura y a media voz una tonada que Benavides no había oído desde hacía más de cuarenta años, una tonada que cantaba en la era, en las noches de luna su hermana, una bellísima muchacha muerta en la adolescencia. Otra vez recordó un pleito de aguas olvidado ya en la memoria del hijo, que había perturbado los últimos años de los viejos.

La muerte resucitaba en la fiel sirvienta todo el pasado de fidelidad y de silenciosa adhesión. Hablaba sin cesar de cosas íntimas llenas de tristeza o dulzura, del matrimonio desgraciado de una niña a quien le asesinaron al novio en los brazos en la primera noche de desposados en épocas en que los bandidos asolaban los campos del sur, de la fiesta del bautismo de los hermanos de don Melitón conservando exacto recuerdo de los padrinos, de los trajes, de los obsequios hechos, del nombre de los servidores que acompañaban a caballo los coches hasta la parroquia. A medida que se acercaba el fin los recuerdos eran más nítidos, los detalles más precisos, los colores más vivos; todo parecía ocurrido el día antes. El médico anunció una tar-

de que quedaban pocas horas y a la noche volvió el sacerdote a auxiliarla.

Este había manifestado su extrañeza de oir al japonés masculiando en mal castellano de asiático las extrañas frases de las palabras redobladas con que el pobre Kio cuidaba de que los brujos no se acercaran al lecho de su vieja amiga.

Nacido en nuestros tiempos no conservaba la leyenda popular que los años han borrado. Menos podía comprender por qué causa un japonés hacía tan extrañas plegarias en que entraban invocaciones cristianas.

Recordando a sus viejos patrones y bendiciendo a sus hijos se extinguió la fiel Sabina. Kio no manifestó en su sonrisa ningún pesar; pero expresó su duelo a Benavides con sencillez elocuente.

Kio había pasado a ser un verdadero amigo, el auxilio más grande del abogado. Su apacible calma en todos los momentos, su amabilidad para servir y complacer, su inteligencia extraordinaria y capaz de adaptarse a todas las situaciones le habían ganado el cariño del matrimonio, de los hijos, de la servidumbre y de sus relaciones.

El pobre infeliz, macilento y desarrapado, que llegó a esa casa tres años antes a pedir una verdadera limosna, había juntado todos sus salarios, con excepción de unos pocos pesos. Su extraordinaria facultad de economía le daba ya un capital que había pasado por manos del abogado a invertirse en bonos. Era casi increíble que ese hombre no hubiera gastado en ropa, en espectáculos, en placeres de ninguna especie. La admirable potencia de su raza consiste en usar de todas esas cualidades entre los blancos o los negros, bajo el clima tropical o el más frío.

La noticia de la guerra había llegado a Chile y venía transmitida por telégrafo a lo largo de la costa. Todas las naves japonesas que atravesaban el Pacífico iban llenas de hombres amarillos que obedecían a una orden partida de allá, de la patria lejana, donde el bronce llamaba a los soldados con su golpe sonoro y misterioso desde los templos, desde las fortalezas, desde los cuarteles, en los puertos y en las ciudades interiores y en los campos. De San Francisco, de Panamá, de Guayaquil, del Callao, de Valparaíso, de Punta Arenas, de todas partes corrían los pequeños japoneses movidos por un solo impulso a embarcarse para volver a la tierra que los prestaba a otros países para que no murieran de hambre y los reclamaba, para salvar a la raza, en la lucha con el enemigo formidable. Kio amaneció un día con el breve equipaje hecho. También partía en un barco de la "Toyo Kishen Kaisha" que había anclado el día anterior en el puerto e iba directamente a su patria. Sin más despedidas que una sonrisa y algunas palabras entrecortadas y el abrazo que, con espontáneo movimiento le acordaba su patrón, Kio salió de la casa a pasos apresurados y, sin volver la cara, sin mostrar emoción alguna llegó al muelle, saltó a la chalupa en que había ya otros de sus compatriotas y se alejó... para siempre.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Tal vez profesor de una Universidad, como decía con ironía uno de los predicadores del peligro amarillo: tal vez uno de la multitud, ejemplar selecto de la raza: nadie sabrá decirlo. Igual a cien mil de sus compatriotas, ningún blanco podrá más tarde decir que fué éste o aquel el servidor fiel que aprendió a vivir en Chile, a entrar al interior de un hogar chileno, aprender los secretos de la cocina del país y también las más antiguas tradiciones de la tierra.

No sabemos si Kio murió heroicamente en la guerra. Pero si vive y llegan estas líneas hasta sus ojos, que recuerde al menos el cielo tranquilo de este país y no manifieste antipatía por sus hombres.

Capilla en el Monte Amecameca

Peregrinos indígenas dirigiéndose a adorar la imagen milagrosa de la Virgen que se venera en esta capilla.

(Costumbres mejicanas).—Armando al gallo para la pelea

Los Orígenes del Conflicto Mejicano

Por

LUIS ALDUNATE

Ilustraciones Fotográficas

Para poder apreciar debidamente el complicado **imbroglio** mejicano y darse cuenta aproximada de los factores que han contribuído a envolver esa nación hermana en un doble y gravísimo conflicto, exterior e interno, es indispensable remontar a los últimos años de la administración del glorioso dictador don Porfirio Díaz y estudiar allí, en su origen, los móviles que impulsaron al pueblo mejicano a sacudir el yugo de Díaz, así como la participación que en esos trastornos y en sus sangrientas y desastrosas consecuencias ulteriores, haya cabido al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos.

Están tan íntima, tan estrechamente ligadas las distintas etapas de la revolución mejicana, con sus complicaciones externas, que sería imposible analizar las unas, sin contemplar, al mismo tiempo, las otras y que no lograríamos formarnos juicio respecto del desarrollo del proceso revolucionario, si no lo observáramos a favor de las claridades que proyecta en su fondo, la política americana desarrollada en Méjico de algunos años a esta parte.

La ola de anarquía que ha invadido a Méjico, la crisis profunda porque atraviesa ese desgraciado país, tienen, en primer término, causas de orden interno que conviene recordar.

El aparente bienestar de que gozara la nación mejicana durante la larga dictadura del célebre general Díaz, de 1876 a 1910, sin otra interrupción que la del período comprendido entre 1880 y 1884, había contribuído a engañar a la América

y a la Europa sobre la verdadera situación del país.

Cuando en 1907, el entonces Secretario de Estado norte-americano, Mr. Root, visitó a Méjico, quedó maravillado de sus progresos y, aprovechando la ocasión que le brindaba un banquete dado en su honor, exteriorizó sus sentimientos en las siguientes frases, que merecen ser ahora repetidas, como un ejemplo de lo que va de tiempo a tiempo y como una lección de lo que pueden influir los acontecimientos en el juicio de los hombres aún los más eminentes.

Dijo Mr. Root: "De cuantos personajes " he conocido, creo que el Presidente don " Porfirio Díaz es el más digno de admi- " ración. Si fuera poeta cantaría sus " alabanzas en mis versos. Si fuera músi- " co entonaría en su honor himnos triun- " fales. Si fuera mejicano pensaría que " no sería mucho guardarle hasta la " muerte una fidelidad inquebrantable en " pago de todos los servicios hechos a mi " patria."

¡Qué amarga enseñanza envuelven esas frases, si se considera que sólo tres años más tarde, el mismo Gobierno cuyo portavoz oficial era el famoso estadista americano que las pronunciara, habría de contribuir con su influencia más o menos oculta, con su oro y con su apoyo moral, al derrocamiento del anciano mandatario que, según propia confesión, era modelo de gobernantes y de patriotas!

1910 presenció, a la vez, la apoteosis y la agonía de la omnipotencia "porfirista". Méjico celebró ese año, en suntuosas fiestas, el primer centenario de su vida de nación independiente y los representantes de las potencias extranjeras que asistieron a ellas, pudieron admirar los adelantos de ese país: el resurgimiento de sus finanzas, el gran desarrollo de sus fuerzas productoras y de su comercio exterior, la extensión de sus ferrocarriles, el establecimiento del padrón de oro, la creación de líneas telegráficas, la ejecución de importantes trabajos en los puertos, las obras de saneamiento de la ciudad de Méjico, etc., progresos todos de que la nación era deudora al talento, a la energía, a los incesantes desvelos del hombre superior que regía sus destinos.

Por desgracia, si brillante era el cuadro que Méjico presentaba a los ojos deslumbrados del extranjero, no ocurría lo mismo dentro de la casa. El reverso de la medalla era muy otro. Díaz se había impuesto por la fuerza y por la fuerza se mantenía en el poder. Para cimentar su autoridad sobre bases sólidas, se había visto obligado a confiar la administración del país, a tiranuelos, sus criaturas, que con el nombre de "Jefes políticos" gobernaban las provincias despóticamente y cometían toda clase de exacciones y de vejámenes amparados por la complicidad del poder central.

En los primeros tiempos de su dictadura, Díaz, hombre de voluntad indomable y de mano de fierro, supo contener y castigar, en ocasiones, los desbordes de sus agentes, pero vinieron los años y con los años su energía y su vigor cejaron, su vigilancia se relajó y los abusos de sus subalternos tomaron nuevo vuelo, exasperando al pueblo que hasta entonces había soportado, con más o menos mansedumbre, el oprobioso látigo de sus mayorales. Así fué como, la política exclusiva y tiránica del general Díaz que había sido, en un principio, una suprema habilidad de su parte, perdió su prestigio que era su razón de ser y se trocó en un verdadero peligro para su gobierno.

De otro lado, si Díaz había conseguido, valiéndose de la fuerza, someter el país a su autoridad y poner a raya el bandolerismo, esa eterna plaga de Méjico, había descuidado, en cambio, problemas de vital importancia para el progreso y la felicidad de sus compatriotas. La condición del bajo pueblo, compuesto en su mayor parte de indios, era muy desgraciada. Ignorantes, semi-bárbaros, arrastraban una vida de esclavos, debido principalmente a la defectuosa constitución de la propiedad agrícola, compuesta de vastos dominios concentrados en pocas e inhábiles manos, verdadero remedo del régimen feudal.

Díaz no desconocía, sin duda, la gravedad del problema agrario y los inconvenientes del analfabetismo de las clases bajas, pero, fuera impotencia o mal entendida conveniencia política, lo cierto es que no dedicó a remediar esos males, sino esfuerzos interminentes y poco eficaces. Mucho más que de la suerte del indio del campo, se preocupó del desarrollo de la industria y como el pueblo mejicano no estaba directamente interesado en ella, ya que las minas y las fábricas pertenecían en su mayor parte a extranjeros, nadie le agradecía sus esfuerzos en ese sentido.

El pueblo ignorante y rutinario, no estaba en situación de apreciar los beneficios que el progreso de las industrias, habría de reportar al país; veía sólo que sus salarios no aumentaban sino en ínfimas proporciones y que el oro producido se marchaba al extranjero, a pesar de haber sido amasado con sus sudores. Si a esto se agrega que se acusaba al Presidente y a los hombres de su círculo de corrupción y de venalidad, asegurando que recibían gruesas comisiones de los capitalistas europeos y americanos, se comprenderá que el descontento popular iba preparando, lenta pero seguramente el terreno, a un estallido que trajera por tierra el régimen de tiranía imperante.

Un hombre surgió, entonces, que se hizo el adalid de las reivindicaciones populares y que condensó en un libro, publicado en 1909 y que tuvo un éxito extraordinario, todos los cargos que estaban en la con-

Un típico revolucionario mejicano

ciencia pública contra el Dictador y su gobierno.

Ese hombre fué Francisco Madero, miembro de una antigua familia mejicana que poseía grandes dominios en el Estado de Coahuila, espíritu generoso y soñador. La acogida que encontró su libro en todas las clases de la nación, lo envalentonó y lo indujo, más tarde, a presentar su candidatura a la Presidencia de la República.

Su programa de gobierno en el cual figuraba todo lo que puede seducir a un pueblo oprimido: la igualdad política, la reforma del régimen agrario, el mejoramiento de condición de las clases obreras, etc., produjo gran entusiasmo al rededor de su nombre.

Díaz se alarmó, hizo apresar a Madero y no consintió en devolverle la libertad, sino a condición de que abandonara el país. Madero se trasladó, entonces, a Texas, en los Estados Unidos, no sin antes haber preparado un levantamiento en Chihuahua.

En Noviembre de 1910, Madero apareció, de nuevo, en Coahuila y constituyó un gobierno revolucionario, con el carácter de provisorio, del cual se proclamó Presidente. Díaz habría sofocado fácilmente ese comienzo de revuelta, si los rebeldes no hubieran encontrado un decidido apoyo de parte de los financistas yanquis y del Gobierno de los Estados Unidos.

Y aquí es donde aparece, por primera vez, la fase externa del problema mejicano.

¿Qué móviles impulsaron al Gabinete de Washington y a los capitalistas norte-

americanos, a avivar la hoguera revolucionaria recién encendida en Méjico y a contribuir a la caída del gobernante que fuera durante tantos años el constante y fiel amigo de los Estados Unidos?

Para poder contestar esa pregunta, es menester tener presente las miras imperialistas de la política americana.

El "pan-americanismo" tal como lo entiende el Tío Sam, obedece, a la vez, a razones económicas y militares que se confunden y se mezclan estrechamente. El Canal de Panamá no es tan sólo una vía estratégica de primer orden, que permitirá a la escuadra americana pasar del Atlántico al Pacífico y vice-versa, según las necesidades de su defensa militar; es, además, una ruta nueva y de las más importantes para los Estados Unidos, ya que ha de facilitar, a su comercio, la conquista de nuevos mercados.

Las necesidades de la defensa del Canal, debían, pues, inducir al Gobierno de la Casa Blanca, a apoderarse de ciertos puntos del golfo de Méjico y a someter a su influencia a todos los países independientes que se interponían entre su frontera sur y la zona de aquella gran vía inter-oceánica. Tal ha sido la política constante de los Estados Unidos, respecto de las pequeñas Repúblicas de la América Central, sobre las cuales ejerce, de hecho, un verdadero protectorado. De entre ellas hay algunas, como Nicaragua por ejemplo, que puede ya considerarse como una simple factoría yanqui.

Pero, ¿y Méjico? Méjico era un serio obstáculo a los ambiciosos proyectos de la Unión. La extensión de su territorio, el gran número de sus habitantes, los dolorosos recuerdos de la expedición de Téjas de 1846 a 1847 y muy principalmente la rudimentaria organización del ejército norte-americano, indujeron al Gobierno yanqui a orillar la dificultad en vez de abordarla de frente.

Durante toda o casi toda, la dictadura "porfirista", los Estados Unidos, se concretaron a consolidar su preponderancia económica y política en Méjico, tratando, por todos los medios, a someter a este país a su tutela financiera y a hacerlo marchar por el camino de sus conveniencias.

Si exceptuamos los tres o cuatro últimos años de su Gobierno, el Presidente Díaz se mostró, en general, dócil a las sugestiones americanas.

Pronto veremos cómo la presión del sentimiento nacional que instintivamente rechazaba la ola formidable de las imposiciones yanquis y la mal disimulada simpatía del Gabinete de Washington hacia el movimiento revolucionario que empezaba a diseñarse en el horizonte de Méjico; influenciaron en su espíritu para hacerlo cambiar de rumbo y orientar su política en un sentido adverso a los propósitos americanos.

Los Estados Unidos construyeron la mayor parte de los ferrocarriles mejicanos, y, de preferencia, los que más favorecían los intereses de su comercio. Con toda habilidad vieron modo de encauzar hacia su frontera las riquezas de Méjico, olvidándose de abrir vías de comunicación que permitieran la salida de los productos de ese país, hacia el Este y el Oeste, hacia el Atlántico y el Pacífico.

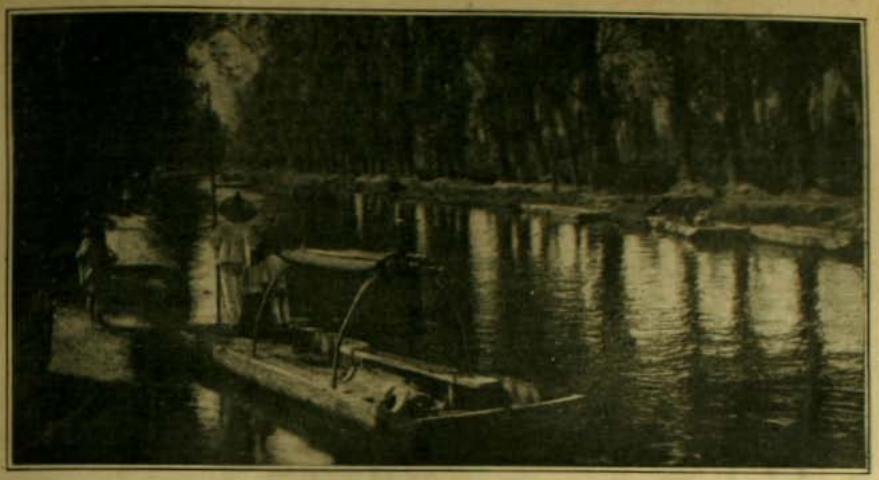
Capitales americanos se adueñaron, asimismo, de casi todas las minas y fundiciones de Méjico, y llegaron a absorber cerca del 70 por ciento de su comercio exterior. Las exportaciones a los Estados Unidos, que en 1901 fueron de ciento cuarenta y dos millones de pesos mejicanos, aumentaron sin interrupción hasta 1910, alcanzando en ese año a la respetable suma de doscientos cuarenta y cinco millones de aquella moneda.

La cifra de los capitales americanos invertidos en Méjico, sería, según una estadística de Washington, de mil cincuenta y ocho millones de dólares. Según esa misma estadística, la suma de los capitales ingleses y franceses introducidos en Méjico, no llegaría a la mitad de aquel guarismo.

Y la misma complacencia que con los hombres de negocio americanos, solía gastar el Presidente Díaz en satisfacer algunas exigencias de la Casa Blanca en el terreno de la política internacional. Así fué cómo, aprovechándose de la atmósfera de cordialidad y de simpatía creada por la visita de Mr. Root a que hicimos referencia más arriba y, a raíz de esa visita, obtuvo el Gabinete yanqui la celebración de un Tratado que podía tener serias consecuencias para Méjico. En virtud de ese pacto, se reconocía a los Estados Unidos el derecho de crear una estación carbonífera en la bahía de la Magdalena, situada en la costa occidental de la Baja California y de dejar allí, a permanencia, durante tres años, dos buques carboneros. Se autorizaba, al mismo tiempo, a la escuadra norte-americana para que pudiera hacer ejercicios de tiro dentro de la bahía.

La opinión pública mejicana no acompañaba al Dictador en su deferente actitud hacia los Estados Unidos. Los avances cada vez más significativos y menos encubiertos de la política imperialista yanqui, habían concluído por despertar sus suspicacias y por irritar su amor propio.

El espíritu de resistencia a las imposiciones del temible vecino, fué ganando poco a poco terreno hasta alcanzar a las clases dirigentes y llegar al Gobierno. Díaz se dejó insensiblemente contagiar por el medio ambiente y sus relaciones con el Gabinete de Washington se



En el Canal de la Vega, cerca de la capital

resintieron de esta especie de hostilidad latente, que partiendo del fondo del alma mejicana, había logrado abrirse camino hasta la altura.

La transición de la política de miramientos a la política de resistencia, empezó a manifestarse, aunque tímidamente, con posterioridad a la celebración del Tratado relativo a la bahía de la Magdalena.

En Octubre de 1909, los Presidentes Taft y Díaz se encontraron en la ciudad de El Paso, situada en la frontera américo-mejicana y si bien se prodigaron en esa entrevista manifestaciones de amistad, se adivinaba fácilmente que esas protestas no eran sinceras, que la antigua cordialidad estaba trizada, si no rota, y que una era de dificultades, o, cuando menos, de asperezas, se abría para las relaciones de los dos países. El viejo dictador había visto con marcada irritación, en el año anterior a esa entrevista, el envío de tropas americanas a la frontera, con motivo del intento de revuelta que tuvo lugar en el norte del país por aquella época.

A su vez, el Gobierno de Washington se daba perfecta cuenta del enfriamiento de la antigua amistad y empezaba a encontrar sospechosa la actitud de Díaz en los asuntos de Nicaragua.

Al iniciarse los trabajos del Canal de Panamá, era Presidente de Nicaragua el general Zelaya, hombre de gran prestigio en su país y poco afecto a los Estados Unidos. Temeroso el Gobierno de la Unión de que Zelaya pudiera dar oídos a las sugestiones de alguna potencia o de algún grupo de grandes capitalistas europeos para intentar la construcción de obras análogas, valiéndose del antiguo proyecto de canal inter-oceánico a través del territorio de esa pequeña República, resolvió **reemplazarlo** en el poder por algún personaje de su amaño. Zelaya derrotado y fugitivo, estaba a punto de ser hecho prisionero, cuando don Porfirio Díaz, en un hermoso arranque de altivez y de solidaridad latino-americana, le dió asilo en su yacht presidencial y lo hizo conducir sano y salvo a Méjico, pasando por entre las naves norte-americanas.

La reacción operada en el ánimo del anciano gobernante y que debía arrastrarlo a su pérdida, hizo que empezara a mirar con verdadera inquietud la invasión de su país por los "business men" americanos y que tratara de ponerle atajo, dando, en lo sucesivo, la preferencia, en igualdad de condiciones, a los capitalistas europeos. Las ocasiones no tardarían en presentársele.

La concesión de la línea del Istmo de Tehuantepec, a la Sociedad Inglesa "Pearson and Son Ltd.", fué un rudo golpe asestado a la influencia yanqui. Ese ferrocarril, que une a Coatzacoalcos (Puerto Méjico), situado en el golfo de ese nombre, con Salina Cruz, en el Pacífico, es una amenaza para el porvenir comercial del Canal de Panamá.

Ofrece, en efecto, ese ferrocarril, una gran economía de tiempo y de dinero, especialmente para las mercaderías enviadas desde Nueva York a Australia, y al Extremo Oriente. Esta sola consideración bastará a probar el interés de los Estados Unidos por adueñarse de esa importantísima vía de comunicación con el Pacífico.

y el despecho con que ese Gobierno debió ver su entrega a manos extrañas y rivales de su comercio.

La preferencia acordada por Díaz, a capitales ingleses y franceses para la explotación de los riquísimos yacimientos petrolíferos descubiertos en Méjico el año 1910, ahondó mucho más, todavía, el desacuerdo entre los dos países y excitó en alto grado la cólera de los financistas americanos.

Los yacimientos de petróleo de Méjico, son de tal importancia que este país ha llegado, en dos o tres años, a ocupar el tercer lugar entre las naciones productoras de esta substancia. Los Estados Unidos tenían tanto más interés en apropiárselos, cuanto que sus propios yacimientos están en vías de agotarse y que el consumo del petróleo está tomando y tendrá que tomar, cada día, mayor desarrollo en la América del Norte, debido al empleo que de él se hace en los ferrocarriles y hasta en la marina de guerra.

Dos grupos se disputaban la concesión. El "Standard Oil", el todopoderoso trust de Rockefeller y un sindicato anglo-francés, llamado "Compañía de Petróleo El Aguila", filial de la Sociedad Inglesa de Pearson y cuyo jefe es Lord Cowdray.

Esta firma, en cuyo favor se inclinó el Presidente Díaz, burlando, una vez más, las expectativas americanas, posee actualmente en la costa oriental de Méjico, entre Tampico, lugar célebre por el incidente que motivó hace poco la intervención armada de los Estados Unidos, y Tuxpan, un yacimiento cuya producción ha alcanzado en ocasiones y durante semanas enteras, a cien mil barriles por día. Mientras tanto, los mejores pozos californianos del trust yankee, no han llegado jamás a un rendimiento superior a cincuenta mil barriles diarios.

Como si todo esto no fuera bastante a marcar un profundo distanciamiento entre el dictador mejicano y la opinión y el Gobierno yanqui, la visita de la escuadra japonesa a las costas del Pacífico, que tuvo lugar en los últimos meses de 1910, vino a agregar más combustible a la hoguera.

Se aseguró, con motivo de esa visita, que estaba a punto de pactarse una alianza defensiva y ofensiva entre Méjico y el Gobierno del Mikado y ese rumor, verosímil o no, provocó alarmas en la opinión norte-americana y estimuló, seguramente, en el Gabinete de Washington, el deseo de contribuir a la caída de Díaz y a la elevación del hombre en cuya amistad y complacencia confiaba.

Con o sin razón, los Estados Unidos se preocupan de las relaciones entre Méjico y el Japón, y siguen con ojo atento el desarrollo de la evidente buena inteligencia que une a esas dos naciones.

Están frescos, todavía, los recuerdos de la irritación que provocaran en aquel país las concesiones de terrenos hechas en 1911 y 1912 al Gobierno japonés en la california mejicana.

Los americanos de la Unión, manifestaron, en esa oportunidad, su voluntad de no permitir que ninguna potencia extranjera se instalara en Méjico, declarando que se opondrían terminantemente a toda tentativa de esa especie, no ya en virtud de la doctrina de Monroe, sino sencillamente en virtud del derecho de legítima defensa, tal como lo hiciera el secretario de Estado, Seward, contra la Francia en 1866.

Y fuerza es reconocer que están dentro de la lógica, si no de la equidad y del respeto al derecho ajeno. Cuando se preparan a recoger los beneficios de sus esfuerzos y de los sacrificios hechos para horadar el Istmo de Panamá, es natural que no consientan en abandonar su política tradicional respecto de los Estados que circundan el golfo de Méjico, ese nuevo mar americano. Quieren ejercer en Méjico un control más cuidadoso aún, que el que tienen establecido en las pequeñas Repúblicas de la América Central, porque ese país es más fuerte, más rico y capaz de un crecimiento peligroso.

El derecho que invocan, es el que, en todas las edades, se han atribuído los pueblos fuertes. La cuestión está en saber hasta dónde irá esa protección que pretenden imponer; si se limitará a una tutela afectuosa como la que ejerce Inglaterra en Portugal, o si ha de convertirse en una verdadera toma de posesión como la de la misma Inglaterra en el Egipto, o la de Francia en Túnez y en Marruecos.

Ojalá que los Estados Unidos se contenten con seguir el primero de esos ejemplos, porque, dadas las miras cada vez más ambiciosas del imperialismo norteamericano, es lícito temer que se deje llevar de la tentación. Y no habrían de faltarle confesores que lo absolvieran de ese pecado. Mr. Archibald Coolidge, uno de los más notables profesores de la Universidad de Haward, decía, no ha mucho, arrastrado por sus sentimientos imperialistas y con entonación profética: "Cuando de dos Estados que poseen una larga frontera común, uno tiene sobrante de vigor y de juventud, y crece rápidamente, en tanto que el otro es dueño de territorios ricos, envidiables, pero escasamente habitados y sacudidos por constantes revoluciones, el primero tendrá inevitablemente que intervenir en los asuntos del segundo. **Es la ley de los vasos comunicantes.**"

El Presidente Díaz, (volviendo a la enumeración de los cargos que el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos iban acumulando contra el viejo dictador) puso, por último, a dura prueba la paciencia de la cancillería americana, negándose a consentir en la renovación del tra-

Un antiguo puente en el camino de Amátlán

tado que le concedía a ese país el uso de la bahía de la Magdalena, ajuste que había sido celebrado por un período de tres años, que estaba a punto de expirar. La contrariedad que esa negativa causaba a los Estados Unidos era grande, y, hasta cierto punto, justificada, porque necesitaba de la bahía de la Magdalena, ensenada amplia, abrigada y fácilmente fortificable, para que le sirviera de estación naval, de base, de punto de apoyo para su escuadra, entre San Francisco y Panamá.

El gobernante mejicano había sembrado vientos y debía prepararse a cosechar tempestades. Sus actos de resistencia a la política imperialista yanqui, sus veleidades de independencia, que la opinión pública norte-americana calificaba de audaz insubordinación y de los cuales no he citado sino los más importantes, bastan para hacer comprender los sentimientos que el Gobierno de Washington y los capitalistas americanos abrigaban hacia el general Díaz, en los últimos tiempos de su presidencia.

El éxito del movimiento revolucionario encabezado por Madero, la caída del man-

datario que durante más de treinta años guiara a Méjico con paso firme por la senda del orden, de la tranquilidad, del progreso, se deben, pues, en parte pequeña, a los vicios inherentes a todo Gobierno cimentado en el despotismo y en la fuerza, y en parte principalísima a las inevitables dificultades de su política exterior, al noble afán que lo arrastraba a oponerse a las tiránicas exigencias de su peligroso vecino, que lo inducía a levantar vallas contra la diplomacia imperialista y la diplomacia del dólar, a mirar por los fueros de su patria, que amenaza sucumbir al empuje de esa doble invasión.

Por eso cayó Díaz, por eso acaba de caer Huerta, y, por eso, y, como ellos, caerán en lo sucesivo, todos los que intenten poner un dique al torrente incontenible.

Lo que ha pasado en Méjico, lo que continúa ocurriendo en ese infortunado país, debería hacer meditar a la América del Sur. La avalancha puede seguir creciendo y arrollar todos los obstáculos que se encuentren a su paso. El prodigioso desarrollo contemporáneo de los Estados Unidos, que recibirá su consagración suprema con la próxima apertura del canal de Panamá, es un hecho que nos invita a reflexionar profundamente acerca de las consecuencias que, en un porvenir, más o menos próximo, ha de traer para los latino-americanos del Pacífico, esta marcha triunfal de las energías de una raza pletórica de fuerzas, de riquezas y de audacias.

Sería menester cerrar los ojos a la luz para no ver en los acontecimientos que hoy se desarrollan en Méjico, el propósito decidido de conquista política o comercial que dirige los actos de los gobernantes de Washington. Y ese propósito no es de hoy, viene de antiguo y esos gobernantes, ya sean demócratas o republicanos, no son sino los dóciles instrumentos de la voluntad nacional, que tiende a la absorción de Méjico y de las pequeñas Repúblicas de la América Central, que sueña con la dominación del Mar Caribe y que no se dará reposo mientras no avance sus fronteras hasta las riberas del Canal, con que, a costa de gigantescos esfuerzos, ha unido dos océanos, ha abierto vastísimos horizontes a su comercio y facilitado grandemente sus medios de defensa militar.

El imperialismo yanqui, que se ha infiltrado ya en las Antillas y en la América del Centro, extiende, ahora, sus tentáculos en Méjico, y, desde Panamá, se alzará mañana formidable frente a las Repúblicas de la América Meridional.

Madero triunfó gracias al apoyo moral del Gobierno de Washington, y a la ayuda material de los financistas americanos, como lo dejó plenamente comprobado la comisión de investigación nombrada por el Senado de los Estados Unidos, y, aún cuando, tanto él como sus partidarios, hicieran gala de sentimientos anti-americanos y publicasen proclamas en que incitaban a matar a Díaz y a "sus amigos yanquis", es lo cierto que tenían acreditado ante la Casa Blanca, en el carácter de **agente confidencial**, a un hermano de Madero y que recibían, en abundancia, armas y dinero de los grandes trusts de la Unión.

La movilización de tropas americanas hacia la frontera de Méjico, efectuada en Marzo de 1911 y que, según el Presidente Taft, era una simple medida de protección, contribuyó a desprestigiar a Díaz y a precipitar el desenlace. Los revolucionarios, que sabían muy bien a qué atenerse, se fingieron alarmados por esa medida e hicieron circular por todo el país, la especie de que ella había sido solicitada por el anciano dictador.

La llegada al poder de don Francisco Madero, después de la caída y de la fuga del general Díaz, que tuvo lugar el 25 de Mayo de 1911, y de la corta presidencia provisoria del distinguido diplomático mejicano señor de la Barra, que duró hasta el 2 de Octubre de ese año, lejos de devolver la tranquilidad al país, no hizo sino aumentar el desorden y la anarquía.

El nuevo Presidente tuvo que luchar, a un tiempo, contra los elementos conservadores desposeídos por la revolución, y contra sus propios partidarios, que no se creían suficientemente recompensados de sus servicios.

El bandolerismo, por añadidura, asomaba de nuevo la cabeza. La Guardia Civil, **los rurales**, que eran los únicos guardianes del orden en los campos, habían sido incorporados por Díaz al Ejército regular, que combatía a las bandas maderistas. Grandes extensiones de territorio quedaron, por ese motivo, abandonadas a su propia suerte. Los **peones**, que así se llaman también en Méjico, se aprovecharon de esa circunstancia, para sublevarse contra los administradores de las haciendas y para entregarse a todo género de excesos. Un aventurero de la peor especie, un verdadero bandido, Emiliano Zapata, reunió a un gran número de esos desalmados y organizó con ellos varias partidas que atacaban las propiedades y los trenes, asesinaban a los viajeros y a los campesinos, exigían gruesas sumas por el rescate de los extranjeros o de las personas de fortuna que tenían la desgracia de caer en sus manos, que sembraban, en fin, el espanto y la muerte en todo el vasto radio de sus correrías.

El Estado de Morelos, la rica región azucarera del sur de Méjico, fué el que

El monte Orizaba visto desde la meseta, a 9,500 pies

más tuvo que sufrir a consecuencia de esas depredaciones.

Madero no estaba, por desgracia, a la altura que la situación requería. No supo cumplir las promesas hechas a sus amigos, ni poner a raya a los miserables que asolaban el país. No supo, tampoco, rodearse de hombres de verdadero mérito.

En vez de perseguir a Zapata, que exigía para deponer las armas una repartición de tierras entre sus afiliados, quiso tratar con él, lo que le valió la desaprobación universal y la defección del general Orozco, su principal lugarteniente en la campaña revolucionaria, quien levantó contra Madero bandera de insurrección.

El general Huerta fué enviado, entonces, a combatir a Orozco, y aunque dió pruebas de ser un brillante soldado, no logró reprimir el nuevo pronunciamiento debido a las escasas fuerzas de que disponía.

Los Estados Unidos, satisfechos de ver en la Presidencia de Méjico a un hombre bien dispuesto en favor de su política, no escatimaron a Madero su apoyo, por lo menos oficial. Uno de los principales adversarios de éste, el general Reyes, fué arrestado, en el mes de Diciembre de 1911, por las autoridades norte-americanas, y el 2 de Mayo de 1912, una proclama del Presidente Taft prescribía una estricta neutralidad a los ciudadanos de la Unión y a los extranjeros residentes en su territorio. Con anterioridad a esa proclama, en Marzo de aquel año, Mr. Taft, de acuerdo con el Senado, había prohibido el envío de armas y de municiones a Méjico.

No deja de ser sugestivo el hecho de que el Presidente americano se viera en la necesidad de dictar una medida de esa especie, muy fácil de burlar, por lo demás, si se tiene en cuenta lo extenso de la frontera que separa a los dos países. Ello está indicando, a las claras, de dónde sacaban los insurrectos mejicanos los recursos que habían menester para alimentar la guerra civil que sostenían contra Madero.

Es que, en efecto, son numerosos los capitalistas americanos interesados en mantener la anarquía en Méjico, cualquiera que sea su Gobierno, a fin de ver modo de provocar una intervención militar, que estiman muy preferible a la diplomacia del dólar y de resultados más inmediatos y más eficaces. Pero, el Presidente Taft, espíritu reposado y recto, no se prestó a las intrigas de los "anexionistas" y del partido militar; antes bien, al día siguiente de la elección de Madero, ordenó el retiro de las tropas que se encontraban en la frontera.

Su sucesor en la Casa Blanca no ha dado pruebas de la misma serenidad de criterio. A haberla tenido, no se habría lanzado, con corazón ligero, en la aventura que significaba el desembarco en Vera Cruz y la toma de esa ciudad. El

Ejército de la Unión no está aún suficientemente preparado para una guerra de invasión en Méjico. El Presidente Wilson, que representa la corriente puritana del imperialismo yanqui, hubo de reconocerlo así y de aceptar gustoso las ofertas de mediación de las tres grandes Repúblicas sud-americanas, que tan oportunamente interpusieron sus buenos oficios en pro de la paz y de la civilización.

Apenas si es necesario recordar los acontecimientos que precipitaron la caída del desgraciado Presidente Madero, y que llevaron al Palacio de Gobierno de Méjico, al general Huerta, quien, más afortunado que su predecesor, que rindió la vida en la demanda, es hoy, sin embargo, un fugitivo y mañana será un proscripto.

El 19 de Octubre de 1912, el general don Félix Díaz, sobrino del antiguo dictador, se sublevó en Vera Cruz contra el Gobierno, contando con la adhesión del Ejército federal. Madero, valiéndose de astucias, logró apoderarse de su persona y lo hizo encerrar en la penitenciaría de Méjico, junto con su lugarteniente Mondragón mientras se les hacía comparecer ante un Consejo de Guerra por el delito de alta traición.

Cuatro meses más tarde, Díaz, Mondragón y el general Reyes, que también se encontraba detenido, se fugaron de la prisión, se dieron a conocer en las calles de Méjico y asistidos por cadetes de la Escuela Militar y por una partida de soldados descontentos, se apoderaron de la ciudadela, y, desde allí, dominaron la ciudad.

A ese acto de audacia se siguió una lucha que ensangrentó, inútilmente, durante más de diez días, la capital mejicana. Si la posición de Díaz y de los suyos era inexpugnable, no tenían, en cambio, fuerzas suficientes para tomar la ofensiva. La población, presa del espanto, había huído u ocultádose en los sótanos de las casas. Se anunciaba el saqueo y el incendio de la ciudad y la llegada de Zapata al frente de sus foragidos.

El resto del país continuaba, mientras tanto, sumido en la anarquía.

Fué en tan crítico momento, cuando los jefes más caracterizados del ejército federal, los generales Huerta y Blanquet, resolvieron hacer causa común con don Félix Díaz, y obligar a Madero a presentar la renuncia del alto cargo, para cuyo desempeño había manifestado tan escasas aptitudes. Huerta, considerado como el único capaz de dominar la situación y de contener el ejército, se hizo cargo del poder mientras se lograba restablecer la tranquilidad para llamar al país a elecciones.

Por desgracia, el nuevo régimen se inauguró con un crimen. En la noche del 22 de Febrero de 1913, Madero y el ex-Vice-presidente de la República, Suárez, fueron cobardemente asesinados en la calle pública, mientras se les trasladaba de una prisión a otra. No faltó quiénes achacaran ese crimen al general Huerta. En todo caso el inicuo atentado no hizo sino agravar el caos que reinaba en el país.

Los maderistas organizaron en el acto una nueva insurrección, en los Estados del Norte, bajo la dirección del general Carranza, un fiel amigo del mandatario asesinado. Esa insurrección, a la que no se atribuyó gran importancia en un principio, fué extendiéndose y ramificándose gracias a la valiosa ayuda de los Estados Unidos y a la energía y pericia de sus caudillos, entre los cuales se destaca, en primera línea, la pintoresca figura del general Villa.

Una a una las ciudades del norte de Méjico han ido cayendo en poder de estos curiosos insurrectos, que se dan, a sí mismos, el nombre de constitucionalistas. Hoy se encuentran a pocas jornadas de la capital y su sola aproximación ha obligado al general Huerta, que no disponía ni de dinero ni de armamentos que oponerles, a despojarse de su investidura presidencial en favor de su Ministro de Relaciones Exteriores, el señor Carbajal y a marcharse al extranjero, acompañado de su familia y de algunos de sus amigos.

El triunfo de Carranza es el triunfo de los Estados Unidos.

Huerta tenía a los ojos de la nación americana el mismo pecado de que se hizo reo don Porfirio Díaz en los últimos años de su administración: sus tendencias nacionalistas. De ahí el que resolviera sembrarle de dificultades el camino hasta derribarlo del poder.

El Presidente Taft se negó a reconocer el Gobierno del general Huerta, mientras una elección popular no ratificara lo hecho por los autores de la conspiración contra Madero. ¡Como si en un país convulsionado por la guerra civil, por el bandolerismo y por la más espantosa de las anarquías, se pudiera hacer al pueblo árbitro de los acontecimientos!

El Presidente Wilson fué mucho más lejos todavía. Hizo del no reconocimiento de Huerta, una cuestión de principios, una cuestión de moralidad. Declaró que los Estados Unidos no podían cultivar relaciones con un Gobierno nacido de un golpe de Estado, con un hombre que había escalado el poder sólo para satisfacer sus ambiciones personales. ¡Como si la investidura de Madero, del caudillo que surgió gracias al consentimiento tácito del Gobierno de Washington y a la cooperación franca, desenmascarada, de los capi-

talistas americanos, no hubiera tenido el mismo espurio origen!

En un próximo artículo examinaremos, con algún detenimiento, el período, tan agitado como interesante, de la presidencia de Huerta, que empieza en Febrero de 1913 y terminó hace sólo pocos días. Allí veremos las dificultades de todo orden, que ahora hemos apenas insinuado, con que tuvo que luchar ese enérgico y astuto hombre de Estado, hasta caer vencido por las circunstancias. Dedicaremos especial atención a las complicaciones bélicas que acarreara el incidente de Tampico y a la obra de mediación llevada a cabo, con tanto acierto como altruismo, por la República Argentina, el Brasil y Chile, intervención pacífica que es un timbre de honor para esos países y para sus gobernantes y una nueva página de gloria en la historia de las prácticas internacionales.

LUIS ALDUNATE.

Una joven mejicana que ha desempeñado por varios años el cargo de nodriza y luego el de enfermera en las ambulancias.

EL "JURO" DE LOS NUEVOS CARDENALES DEL ULTIMO CONSISTORIO, EN LA CAPILLA SIXTINA

Tres días después del consistorio secreto del 23 de Mayo último en que Pío X creó catorce nuevos cardenales, se desarrollaban en público las grandiosas ceremonias que acompañan la imposición del capelo. Nuestra fotografía representa uno de los episodios salientes de la ceremonia: la prestación del juramento solemne, que tiene lugar ante el impresionante fresco de Miguel Angel, "El Juicio Final".

Los cardenales, revestidos de la *cappa magna* de púrpura cuya cola se despliega reluciente tras ellos. Por grupos han ido a arrodillarse al pie del altar en que el día del cónclave irán a depositar sus votos. Allí, en presencia de tres cardenales decanos de la orden de los obispos; de sacerdotes y de diáconos, han pronunciado a invitación del cardenal-canciller, con voz lenta: la doble fórmula del juramento: primero el de fidelidad al Papa, y después el de observancia de ciertas constituciones apostólicas que les han sido leídas.

Solamente después de esto, el Papa, traído sobre la silla gestatoria; rodeado de flabelli; hace su entrada y abre el consistorio público propiamente dicho.

DIARIO INTIMO

(*Fragmento*)

Por ALONE

Febrero 8.—He caminado todo el día por la orilla del mar. Antes del alba sólo se veía la oria de espuma que se agitaba, como una inquieta serpiente, a lo largo de la playa; más allá era una confusa montaña de niebla. Al salir el sol, vi sobre una arena desierta una bandada de pequeñísimos pájaros corriendo detrás de las olas, con pasos tan menudos, que parecían rodar sobre la húmeda superficie; y al volver la marea, retirábanse a escape, perseguidos de cerca por el monstruoso océano, en un jugueteo idílico que tenía algo de las primeras edades del mundo. Ahora es de noche y desde mi ventana siento el rumor eterno y miro centellear las estrellas sobre la inmensidad. Estoy solo.

Febrero 9.—Vive en mí un antepasado que fué un gran aventurero y corrió mucho mundo, porque me encanta andar y andar sin término ni razón. Una vaga atracción me impulsa a iniciar la marcha y un deseo creciente me empuja a proseguirla. Si el paisaje es hermoso, me deleito en ir viéndolo pasar; si monótono, el mundo interno despliega sus mirajes y gozo con los caminos polvorientos y las murallas iguales. Andando se aleja la obsesión de la inutilidad de la vida, de la ociosidad de todo trabajo y, por lo menos, mientras no es preciso regresar, uno se forma la ilusión de que va a llegar a alguna parte. Desde esta caleta tranquila donde me he detenido se puede salir a muchos sitios hermosos y desconocidos en los cuales no hay nadie. Hoy vagué toda la tarde por los breñales de la costa y estuve en un bosque muy extraño escondido en el fondo de una quebrada. Eran árboles parecidos a los olivos, viejos y casi negros, con troncos retorcidos y anudados como brazos humanos, y ramajes de hojas menudas que caían en guirnaldas formando arcos, galerías y pórticos caprichosos. Al volver encontré un pueblo de gente sentado en la playa; pero era de noche así que no distinguí a nadie. Me dicen que son veraneantes; no me imaginaba que esta caleta de pescadores pudiera atraer tantos.

Febrero 10.—Un amigo me vino a buscar esta mañana, me llevó por fuerza a almorzar a su casa y me presentó a sus ocho hermanas, que son extremadamente parecidas entre sí. ¿Cómo las iré a distinguir? Después quisieron que fuera a un paseo a que "yo estaba convidado". Me asombré y me explicaron que me habían visto pasar la noche anterior por la playa, y una de las niñas agregó que en el pueblo se hablaba mucho de mí. Yo que deseaba conservar mi soledad y mi tristeza "como guarda el avaro su tesoro"...!

Febrero 11.—Muy temprano pasé por la iglesia, creyendo encontrarla desierta; pero estaba llena de mantos negros y velitos transparentes, como en Santiago. Después de la consagración, esa meditación de Schumman que me hace soñar y llorar, esa especie de lamento que atraviesa por la noche, entre los árboles, se dejó oir tocada en un pequeño armonium no del todo desafinado. Al salir, encontré a una de las hermanas de mi amigo con el Traumerai en la mano. Conversamos brevemente en el pórtico: la capilla está sobre una colina que domina el pueblo y desde donde, por encima de los techos se ve el mar. Bajamos hasta la playa juntos, con esa confianza súbita y completa que se forma en los balnearios, entre personas de la misma clase y al separarnos, díjeme: He aquí una que no confundiré con las otras.

Febrero 12.—De vuelta de una de mis solitarias excursiones por los cerros y las

rocas del mar, me encontré con el coro de las ocho hermanas que volvían del baño. Me contaron las pequeñas cosas que suceden en el pueblo: una niñita lindísima a quien ha pololeado todo el mundo.... menos yo, un muchacho que casi se ahogó por darse un baño demasiado largo. De pronto, la más chica, atrevióse a preguntarme:

—¿Y Ud., por qué sale siempre tan solo? ¿Por qué no va con alguien?

Le contesté:

—¿Y Uds. creen que saliendo acompañado iría menos solo?

Me contemplaron extrañadas, sin comprender.

Febrero 13—Una señora, en un corrillo, me pidió que tomara parte en una fiesta de caridad y hasta me insinuó muy discretamente el papel de Jesucristo para no sé qué farsa evangélica. Me horrorice y negúeme con toda el alma. Ella insistió, asegurándome que todo el pueblo me encontraba parecido. Me alejé emocionadísimo y estuve dos horas paseándome junto al mar; al retirarme, me sentí abrumado por la insistencia de las olas, por ese golpe incansable que cae y se deshace.

Febrero 14.—Las vi pasar desde mi ventana: creo que la que iba delante y sola era la misma...

Febrero 15.—Conversamos sentados sobre las rocas, como en una novela romántica. Tiene el rostro ovalado, color mate y el aire marino le ha tostado el cutis dándole un incitante sonrojo de salud. Sus ojos negros miran mucho, con una mirada larga, de una coquetería ingenua y terrible. En medio de la gente, delante de todo el mundo se queda mirándolo a uno de hito en hito y de pronto hace en alta voz cualquiera observación personal. Es muy chiquilla.

Febrero 16.—Paseo en bote. Rehusé todo lo que pude; pero ella se me acercó y me rogó de una manera.... que hubiera resistido más aún para que siguiera rogándome. Su gesto de ella consiste en inclinar la cabeza a un lado y mirar... Inconscientemente conoce de tal modo su encanto en esa posición, que la he visto adoptarla siempre cuando desea conseguir algo y en verdad que así sus ruegos adquieren una fuerza irresistible. Fuimos quince en un bote largo y angosto. A ella la sentaron en la proa y la hicieron cantar; pero con el balanceo de las olas empezó a marearse y se calló. Luego se puso pálida, después amarilla y se marchitó, se dobló como una flor, en los brazos de sus hermanas. La probrecita! Sentí una compasión profunda, una ira del mar, un impulso de levantarla entre mis brazos y protegerla.

Febrero 17.—Comí en su casa y después salimos por la única calle del pueblo, llevando cada uno su farol. Es curioso este pueblo, compuesto de ranchos miserables y de cuyas puertas salen personas conocidas, jefes de grandes familias que habitan palacios en la capital. Asombra cómo viven algunos millonarios; les parece que con el veraneo cesa la civilización. Ella contó con mucha gracia el paseo del día anterior y me conmovió su relato de las gaviotas. Al llegar a la isla adonde nos dirigíamos, una bandada de los pájaros blancos se elevó en el aire y empezó a ejecutar una especie de danza exhalando carcajadas breves y ásperas. Poníase en esos momentos el sol y aquello parecía una ceremonia para despedir al astro. A mí me irritaron esos incomprensibles movimientos y esas risas serias y sarcásticas: ella descubrió, no sé cómo, que unos pescadores habían estado robando nidos de las gaviotas y esa reunión y esos gritos eran las quejas de los padres desesperados.

Febrero 16—Me interné por una quebrada y encontréme con un vallecito cubierto de vegetación. Bajo los maitenes armoniosos y al rededor de fuentes estancadas, las amapolas blancas alzaban al sol sus caras redondas y puras. Corté un gran ramo y se lo llevé a su casa, galantemente. Me lo agradeció con esta frase:

—¡Qué encanto! Tanto tiempo que no veía flores... Y traérmelas Ud., de allá de donde todos vuelven rasguñados y quejándose por lo largo del camino!

Febrero 17.—He mentido diciendo la verdad. Me preguntaba por qué no pololeaba a una niñita que se expresó muy bien de mí y le contesté:

—"No pololeo con nadie". Luego encontré tan vulgar la frase, que añadí con toda la sinceridad de mi corazón y un acento que la hizo callarse:

—"Hay en mi alma un misterio y un secreto en mi vida."

En seguida agregué:

—No crea, no crea. Soy como todo el

mundo, el sér más común. Mi rareza no pasa de ser un gran deseo... Ah! sí, eso sí: yo querría inmensamente ser como no es nadie. Desgraciadamente...

Febrero 18.—Fuí a su casa después de comida. Estaba conversando con una de sus hermanas, cuando ella atravesó el comedor contemplándonos con una sonrisa tan coqueta, tan maliciosa que yo miré a mi compañera—una muchacha muy inteligente—y nos entendimos sin palabras. Ella se detuvo en la otra puerta y desde allí prosiguió mirándonos de aquella manera perversa y enervante, los ojos semi-entornados, inclinado el rostro sobre el hombro y toda la expresión interrogadora. Me reí. Ella me preguntó en el acto:

—¿Por qué se ríe?

Tomó una silla, sentóse enfrente y repitió:

—A ver. Dígame ¿por qué se ríe? No me voy mientras no me lo diga.

Naturalmente que no se lo dije en toda la noche.

Febrero 19.—Al ir al baño me encontré con un señor de quien todos se ríen. Me preguntó cómo "me iba" con ella.... dándome a entender que el compromiso era tenido por público. Lo interrumpí tan bruscamente, que se cortó un poco y me pidió disculpas. Al entrarme al mar me interné demasiado, nadando, con un verdadero deseo de ahogarme, de confundirme con el agua profunda y disolver en el océano mi inquietud, mis contradicciones, mi ceguedad. Al vestirme, sentí primero una llamarada de calor en todo el cuerpo y luego un frío interno, de muerte. Salí de la casucha y no vi del mar sino un resplandor ardiente y deslumbrante; anduve algunos pasos y caí sobre la arena, sintiendo que me moría, que se hundía el mundo bajo mi cuerpo.

Febrero 20.—He huído de ellas; la extrañeza de su mirada me ha conmovido profundamente.

Febrero 21.—Esta mañana la vi comulgar. Vestía un traje negro, ceñido, con cuello vuelto, blanco; el transparente velo oprimía sus cabellos castaños. Estaba muy pálida. De rodillas, ante el ara, parecía una Virgen y era tan celeste su actitud, traslucíasele de tal modo el alma cándida en la arrobada expresión, que murmuré con el sacerdote:

—Señor... yo no soy digno.....

Febrero 22.—No. No tengo el derecho de inquietarla. Creatura de equilibrio y de pureza, cree con fe profunda y al orar siente la presencia divina en su corazón. La proximidad de su alma ha sido para mí como una gran luz que me ha hecho ver cuán llagadas tengo las entrañas; he sentido las huellas de las antiguas heridas, la vergüenza de los pecados cometidos, las bajezas y los perversos pensamientos cuya mancha no se lava. Voces que yo creía apagadas hánse alzado en el fondo de mi sér y tengo miedo. Quiero irme. Yo sólo puedo andar todos los caminos; pero jamás, jamás arrastraré a nadie conmigo.

Febrero 23.—Me dijo:

—Estoy ensayando una Ave-María para cantarla el Viernes, a las ocho de la mañana. A esa hora la capilla está sola.

Febrero 25.—Hoy es Viernes. El mar amaneció azul e inmenso. Hay veces en que el mar está pequeño, como un alma oprimida por la pesadumbre. Hoy las olas empenachadas de espuma se balancean hasta distancias infinitas y en la lejanía se ven como filas de cisnes blancos que juguetearan, saltando y desapareciendo. Fuí a la capilla y la encontré rezando. Me miró. Un instante después persignóse y se sentó al armonium. Empezó un preludio largo y bajo que eran como muchos pasos iguales que internaran a una selva. De pronto, el instrumento y ella alzaron la voz, cantando; la primera nota partía de la tierra y ascendía lenta y serenamente hacia el cielo. En la celeste región, se desenvolvió la melodía con una tristeza sobrehumana. El rostro levantado y las pupilas dirigidas hacia el lejano altar, ella parecía una virgen primitiva que exhalara en su cántico el dolor que aún no se ha sentido, la aflicción por los males ajenos y por la irremediable fatalidad de las cosas que tienen que suceder. Era más que una plegaria, un lamento de infinito e inconsolable pesar, que subía, subía haciéndose cada vez más intenso. Al tocar a las últimas exclamaciones, tembló la voz cargada de tal nostalgia, de tal sentimiento de aspiración a lo imposible que un hielo me corrió por la sangre y experimenté esa opresión de la garganta que acompaña a las grandes emociones y precede a las lágrimas. Cuando el instrumen-

to calló, la vi arrodillarse a sus pies y cubrirse el rostro con las manos.

Febrero 26.—Es preciso, es preciso que me vaya. Se me ha ocurrido irme por mar y he hablado con unos boteros para que me lleven. Parece que se podrá. Como me amenazaron con el peligro de ahogarme, exclamé:

—Ojalá.

Febrero 27.—Y sin embargo, yo querría quedarme. Sentado a mi ventana, miraba al mar agitado; batallones de olas se formaban en la remota lejanía y avanzaban unas detrás de otras, coronadas de espuma, enormes y erguidas. Pensaba en ella, en su dulzura, en su cariño. Es buena. Cuando uno está a su lado siente su afecto como una caricia tibia y blanda y se presiente el hogar, la esposa, la mujer que proyecta en la obscuridad de la casa la luz de las lámparas veladas por una pantalla. Posee el arte de las pequeñas atenciones. Junto a ella las tardes pasan y uno querría fijar eternamente su breve instante. Yo no sé qué dije; pero sus palabras se difunden por las venas como una fuerza nueva y cesa la inquietud y el deseo de andar y andar sin término.

Febrero 27.—Mañana me voy; hablé de una partida próxima, por el mar, pero no me creyeron.

Esta noche—la última—estuvimos sentados en el corredor de su casa; una docena de visitantes, cada uno con un farol en la mano y ella cantó canciones de despedida.

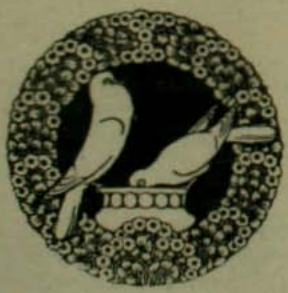
Con su voz ligera y transparente, decía versos llenos de tristeza, que hablaba de cómo la vida está consagrada a llorar:

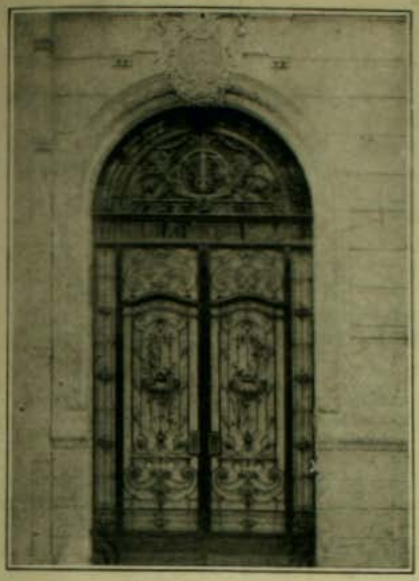
"A los que se mueren
Y a los que se van".

Cantaba vuelta hacia mí, mirándome con una confianza... Hubiera querido pasar toda la vida bajo el viejo corredor.

Febrero, 28.—Temprano, el sirviente me despertó: por la ventana del dormitorio vi balancearse sobre el mar el bote de vela. Cerré los ojos, hundí la cabeza y pensé precipitarme en un abismo de sombra, sin fondo. Hube de levartame al cabo, y de tomar desayuno y salir con mi saco de peregrino a la espalda. Los remeros esperaban listos para partir y apenas salté, con un vigoroso impulso apartaron la playa y empezamos a bogar. El sol brillaba sobre las olas mansas, que besaban la borda del bote, suavemente; en la lejanía, los pájaros marinos volaban a flor de agua. Lejos de la orilla tuvimos viento; cuando la gran ala blanca palpitó e hinchóse, los remeros descansaron y se tendieron en el fondo de la embarcación para dormir. Sólo el que llevaba la dirección quedó sentado en la popa, con el cordel de la vela en la mano. Para contemplar mejor el agua impregnada de sol, yo me coloqué en la proa, donde la vela me apartaba de los demás, dejándome aún más solo, mientras con un silencio y una suavidad de ensueño avanzábamos sobre el mar infinito empujados por la fuerza invisible del viento.

ALONE.





1.—Puerta de la Rue *, París

2.—Puerta de la Avenida Breteuil 27, París

Dime que puerta de casa tienes y te diré quien eres

No hay nada que contribuya más a formarse idea del carácter de un propietario que la puerta de su casa. Es verdad que, en muchos casos, y en Chile como en ninguna parte, el que habita una casa no la ha construído o no es su propietario. Pero ¿quién puede negar que hay puertas francas y puertas hipócritas, puertas avaras y puertas generosas, puertas gruñonas y puertas alegres, puertas austeras y pudorosas y puertas algo coquetas y livianas?

La puerta contribuye, a pesar de ser una, tanto como las ventanas que son varias a la belleza de la fachada y al carácter que el arquitecto y el propietario han querido darle. Durante mucho tiempo la puerta no ha tenido en Chile mucha importancia. La tuvo, allá en tiempo de la colonia, cuando se conocía el gran portón claveteado con enormes cabezas de cobre o hierro de Vizcaya. Porque este portón era realmente característico y noble. Dentro de él se abría la pequeña puerta y había que pasar los pies sobre el alto umbral. El portón se abría para dejar pasar la carreta cargada con cosechas de la hacienda y equivalía a la gran puerta del castillo feudal, en proporciones reducidas.

Más tarde, fuera de las cuatro grandes casas hechas en Santiago por un arquitecto de valer, las buenas puertas desaparecieron y se perdió el gusto y hasta el recuerdo de ellas. Comenzamos a ver las estúpidas puertas de las casas de arriendo, mal concebidas, desproporcionadas, incómodas, sórdidas. Hechas al por mayor, hay en la ciudad no menos de mil puertas iguales, probablemente de la misma madera, pintadas del mismo color y salidas de la misma fábrica. Hay

puertas que no están ni siquiera colocadas donde debieran, que se abren mal, estorban la entrada y por las cuales no puede introducirse ni un miserable sillón sin desarmarlo.

Pero las nuevas construcciones han traído la puerta de reja. Como la imitación es nuestra vida y nuestra alma y nuestra única capacidad, todos tendremos puertas de rejas en poco tiempo más, pero serán rejas impuestas por el ferretero y no dibujadas ad-hoc por el arquitecto.

El número 1.° de las ilustraciones que explican estas líneas representa una puerta de la casa de la rue Euler 8 de París. Es una reja finísima, de estilo irreprochable, con un cristal o vidrio catedral detrás de ella, de tal manera que iluminado de noche el vestíbulo o pasadizo, la reja parece un verdadero encaje. Tenemos en Santiago aplicado el vidrio en uno o dos casos; pero las rejas son pesadas.

El número 2 de la Avenida Breteuil, representa una puerta de hermoso dibujo, de madera tallada, con dos ventanuelas con reja de hierro y la ventana superior de la pieza del conserje de madera tallada y fierro muy bien combinados. Esto necesita originalidad y no esperamos ver lo mismo en Santiago, donde se copia al vecino y el vecino se deja guiar por el fundidor.

El número 3 que se refiere a una puerta de la calle de Lota, nombre chileno que hace recordar en París la fortuna de la familia Cousiño, es una reja italiana sinesa del más hermoso efecto, probablemente más barata que otras y de un resultado artístico satisfactorios.

Finalmente, el 4 hace ver una de las muchas puertas en madera originales y bien dibujadas conforme al estilo de la casa.

Habríamos deseado colocar alguna de mal gusto; pero el análisis habría sido largo y salido de los límites que el director del "Pacífico Magazine" nos ha trazado.

H. W. CH.

3.—*Puerta de la Rue de Lota 8, París*

4.—*Puerta de la Avenida Friedland 18*

La Locura de la Verdad

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

I

El vasto océano resplandece bajo los rayos violáceos de la luna llena de Octubre. Cielo purísimo, atmósfera tibia y serena. De cuando en cuando el soplo de una brisa perezosa, intermitente, moribunda. Allá en los confines del horizonte algunos estratos negruzcos rompen violentamente las últimas y misteriosas claridades del crepúsculo...

El mar está casi inmóvil, durmiendo soberano en calma majestuosa. Sólo junto a la playa se percibe apenas el eterno murmullo del gigante en reposo. Más allá, en el seno de la inmensidad, reina el silencio.

Hace mucho más de un siglo, y era el mismo mar y el mismo golfo de ahora. Allá entre las brumas del sur, se destacan las caprichosas siluetas del morro de Coquimbo; el agudo perfil de la punta de Teatinos, corta el horizonte hacia el tibio septentrión. Es en la bahía de la Serena y en el año de gracia de 1780; pero el mar no conoce el tiempo; los siglos se devoran a los siglos, pero la pálida luna, los cambiantes reflejos, las acres emanaciones del océano, la brisa que se extingue, el oleaje que rompe en la ribera, todo es inmutable como la eternidad.

Junto a la húmeda vega, embriagada de enervantes perfumes, reposa en su lecho de amores la vieja villa colonial. La luna inunda las calles desiertas, los vetustos caserones sombríos, los largos tapiales. El lúcumo coposo se destaca aquí y allá en manchas negrísimas sobre la suave claridad del cielo.

Hacia la parte baja de la ciudad, junto a un camino desierto y encharcado por lluvias recientes, se alza la casa de don Jerónimo de Zuazagoitia. El edificio es como su dueño: rudo y hosco. Ancho portalón, pocas y muy pequeñas ventanas, guarnecidas de polvorientos barrotes... Aquello tiene algo de caja de fondos y de claustro.. ¡Los ideales del tiempo y de la raza!... Dinero, místicas esperanzas, felicidad callada, disciplina rígida y austera.

Cuatro cañones de piezas, bajas, uniformes encierran un patio empedrado. Del lado de la calle, las bodegas y junto a la esquina el negocio, mitad pulpería y mitad agencia de usuras. A la derecha las cuadras, el estrado y el oratorio; al fondo las piezas de dormir.

A espaldas del edificio se extiende el huerto por la suave ladera hasta la vega cubierta de totorales... Más allá resplandece el mar infinito.

La luz de la luna penetra a raudales por las estrechas ventanas que miran al huerto y al mar. Tras de las barras de hierro de una de ellas, encerrada en las cuatro paredes de una estancia fría, severa, sórdida, una mujer dirige hacia el espacio inmenso sus grandes ojos negros, soñadores.

Es una niña adolescente apenas, pequeñita, delicada. Su hermosísimo rostro está impregnado de suave melancolía. Al verla se hubiera creído que un genio infernal la hubiera desterrado de algún lejano paraíso, a esa cárcel obscura. Por eso sus ojos parecen devorar el mar y los cielos,

buscando en el infinito el secreto de cierta informe quimera.

Sobre el tranquilo mar que apenas turban las últimas ráfagas del viento de la tarde, se desliza un bosque a velas desplegadas. La hija del usurero ha visto ese buque.

¿De dónde viene? ¿Qué clase de hombres le dirigen sobre el mar? Allá, al otro lado del vasto océano misterioso, la niña se imagina un mundo brillante, de flores y de amores, de caballería exquisita, de cantos y de versos.

Al otro lado del vasto edificio, tras de la puerta medio entornada de la pulpería, alumbrados por la mezquina luz de una vela de sebo, don Jerónimo de Zuazagoitia hace su tertulia cotidiana.

Alto, delgado, vestido de saya gris, los ojillos avaros bajo cejas espesas y desgreñadas, el viejo usurero era la encarnación de la prosa de la vida. Nunca se detuvo a contemplar las bellezas de una noche, ni las galas de una flor. Algo de más fuerte e intenso llena su existencia.

Había llegado a Chile cuarenta años atrás. Era entonces un mozo. La miseria lo había azotado cruelmente en el pobre pueblecito de Vizcaya. Un día la familia recibió una carta del tío de América. En ella se hablaba de Chile, pero no de su cielo, ni de sus montañas cubiertas de flores, ni de sus brisas suaves, ni de sus puros amores. El tío de don Jerónimo Zuazagoitia nada tenía de poeta. En Chile había como trabajar, con un poco de tezón y menos aún de capital se ganaba allí dinero, se acumulaban onzas, se adquirían tierras muy vastas, pobladas de ganados...

Aquella noche, el muchacho soñó por primera vez en su vida. Se contempló a sí mismo muy lejos tras de un mostrador cuajado de frutas exóticas, alineando sobre un libro inmenso, cifras que representaban ganancias inverosímiles.

Y así llegó a América don Jerónimo Zuazagoitia. Honrado lo fué siempre. Era incapaz de apropiarse el dinero de nadie, cumplidor de sus deberes, religioso de corazón, severo para consigo mismo como para los demás... No cometía pecados... en la Colonia, la usura y la avaricia no fueron pecados. Así juntó peso tras peso, sin hacer el mal ni el bien, metido entre las cuatro paredes de su pulpería.

Se casó ya entrado en años; su mujer pobre criolla sin mucho más horizontes que él mismo, murió al darle una hija, la encantadora Carmen. Esa niña al crecer, hizo germinar en el corazón del viejo el primer sentimiento a que el dinero no se mezclaba para nada. Le quería con toda el alma, hubiera deseado verla reina de España, emperatriz del mundo. Su rostro se iluminaba al verla.

Pero el pobre viejo no podía dar lo que no poseía. La felicidad de su hija, ese sueño de sus sueños, también lo traducía en onzas... "Cuando yo muera, se decía, Carmen será una gran señora... tendrá cientos de miles de pesos...".

II

La noche en que comienza nuestra narración, don Jerónimo tenía dos tertulios: el uno era nada menos que el corregidor de la Serena don Nicolás de Menchaca, viejo empapelado de pergaminos de quien se decía era más rico que Creso.

El otro era don Julián Pineda, hombre de treinta y cinco años, derecho como un uso, limpio y atildado en el vestir, de modales suaves e insinuantes en que se traslucía cierta afectación. Era sin embargo un hombre de bien, trabajador como un negro, y sin la más leve sombra de mancha en el libro de su vida.

—He recibido aviso de Totoralillo, dijo don Jerónimo en tono misterioso.

—¿Va todo bien? preguntó el corregidor.

—Perfectamente, repuso el viejo avaro. Desde que S. M. don Carlos III a quien Dios muchos años guarde, se sirvió otorgar a sus reinos de América el derecho de comunicar libremente con la península, no ha llegado a Chile un cargamento de más precio que el que nos trae la fragata "Santísima Trinidad".

—Don Julián es hombre de excelentes ideas, observó el corregidor, golpeando amigablemente el hombro del aludido.

—La idea es de todos, dijo Pineda con la más amable de sus sonrisas. En materia de negocios honrados, y yo no haré jamás sino de estos, es este de los buenos. Hasta ahora los comerciantes de la Serena hemos surtido nuestros almacenes en Santiago y hasta en Lima. ¿Por qué no hemos de importar directamente los géneros de

Una mujer dirige hacia el espacio inmenso sus grandes ojos soñadores

España? Compraremos, pues, su cargamento..

—¿Todo entero? preguntó el corregidor...

—De eso iba a hablarles, dijo don Jerónimo, sin abandonar su tono de misterio. Hoy a medio día recibí copia de los conocimientos. El buque trae toda una fortuna, o mejor dicho varias fortunas. Si hemos de atenernos a los precios de plaza he calculado su valor en doce mil onzas de oro... Desearía ahora saber de qué parte de él están Uds. dispuestos a comprar...

Esta pregunta quedó por de pronto sin respuesta. No eran aquellos hombres de jugar sus cartas de primera intención.

—Veremos primero los géneros, dijo Julián Pineda, con tono reflexivo... Lo justo sería hacer la negociación por terceras partes... Si ello conviene, es entendido.

—¿Aportaría Ud. entonces cuatro mil onzas? preguntó el viejo, clavando en Julián sus ojos de mochuelo. Lijero va el mundo. A la edad de Ud. me habrían ahorcado por la cuarta parte de esa suma.

—Es en realidad una fuerte suma, observó el aludido sin inmutarse.

—¿Habrá que pagarlo todo al contado? preguntó el corregidor. Porque entiendo que algo ha de valer nuestro crédito.

—En la Serena mucho, muchísimo señor de Menchaca, y sépalo desde luego, si yo tuviera esas onzas, podría Ud. disponer de ellas ahora mismo, pero el dueño de ese cargamento reside a miles de leguas de aquí, no ha comerciado nunca con esta plaza. Póngase Ud. en el caso de él..... ¿Otorgaría Ud. crédito a un don Fulano de Tal residente en Filipinas?

El buen sentido del corregidor supo hacerse desde luego cargo de lo atinado de la observación...

—Pues bien, dijo, tomaré mercaderías por dos mil quinientas onzas... Es de lo que puedo disponer por ahora... Sin embargo, allí está mi estancia del Peralillo... Si Ud. señor don Jerónimo la acepta como garantía y me facilita las otras mil quinientas onzas, dispuesto estoy a tomar el total que me corresponde.

El viejo avaro frunció el ceño.

—Ya se lo he dicho, señor don Nicolás, contestó, cuanto tengo está a su disposición, pero en este momento me sería imposible complacerle... El desembolso de cuatro mil onzas dejará vacías mis cajas...

—Lo comprendo, dijo sonrojándose el corregidor... pero es una lástima que no tomemos todo el cargamento. Vamos a pagar falso flete por el buque hasta Lima si no lo despachamos por completo aquí en Coquimbo...

—Es una lástima, en efecto, repitió don Jerónimo en tono ambiguo.

—No pasen Uds. cuidado, dijo Julián Pineda, yo tomo el resto.

Don Jerónimo quiso hablar pero las palabras se le anudaron en la garganta. Aquel mozo acababa de cogerlo en mala forma. Había declarado que no podía disponer sino de cuatro mil onzas, con la intención de tomar para sí más tarde aquel saldo de negocio. ¿Cómo desmentirse a sí mismo?

—¿Cinco mil quinientas onzas en dinero sonante y contante, don Julián? balbuceó.... ¿Tiene Ud. mina?

—Sí, señor, cinco mil y quinientas onzas, pero no en dinero, sino en lo que lo vale... tengo en bodega cuatro mil quintales de cobre en barra... Supongo que la "Santísima Trinidad" no se volverá á España de vacío.

—Entiendo, entiendo... masculló don Jerónimo liando un cigarrillo.

Tras de la máscara inmutable de la fisonomía de Julián habría podido leerse este pensamiento:

—Crees entender, pero te equivocas, viejo ladino... comienzo a saber tanto como tú...

III

Mientras dentro del recinto de la pulpería desfilaban sumas y restas, engaños y malicias, allá en medio de la bahía, las tranquilas aguas del mar chapoteaban suavemente, bajo el casco de la "Santísima Trinidad".

Sobre la cubierta, bebiendo a plenos pulmones la fresca brisa nocturna se hallaba un joven, tan embebido en la contemplación de aquel majestuoso panorama, que ni siquiera paraba mientes en los afanes de la tripulación, en la difícil maniobra de la arribada.

Las velas toda de la fragata caían casi

"No ha llegado a Chile un cargamento de más precio"...

a plomo desde las vergas. Sólo de cuando en cuanto un soplo perezoso, tibio, casi moribundo, hinchaba por un momento los gigantescos papahigos: estremecíase la arboladura, crujían las jarcias y la "Santísima Trinidad", como fatigada se balanceaba dulcemente hacia adelante.....

¡Era el sueño de aquel hombre!...

Había nacido con una alma de fuego, preñada del ansia de una vida intensa, cuyo escenario fuera el mundo entero, con sus contrastes, sus variados climas, sus luces y sus sombras.

Juan de Miranda era español. La casa solariega de su familia bañada casi por las olas del Cantábrico, se alza todavía junto al puerto de Gijón en Asturias.

Su padre, don Lope de Miranda, pobre hidalgo acribillado de deudas se había casado con Isabel O'Carroll, jovencita de origen irlandés que aportó al matrimonio una dote bastante regular. Desde entonces vivió Medina tranquilamente en su viejo caserón solariego, sin otra precupación que la de educar a su hijo único. Como enviudó muy pronto y sus gustos eran sencillos, la modesta fortuna que le legara su mujer bastaba a la satisfacción de todas sus necesidades. Pero, si no era ambicioso para sí, lo era y mucho para su hijo. Ya sea le cegara el amor de padre, ya sea que en realidad el muchacho prometiera, el hecho es que en opinión de don Lope había dado el ser a un hombre extraordinario destinado a dar brillo en el mundo a la vieja estirpe de los Miranda.

Desde los cinco años, el muchacho no se parecía en nada a los demás niños. Sus principales características eran por una parte un espíritu de salvaje independencia, y una imaginación que para cualquiera que no fuera un padre, podía calificarse de enfermiza. Creía por otra parte cuanto le contaban por inverosímil que fuese.

En su alma existía ciertamente un extraño vacío: los hombres tienen todos, cual más, cual menos, algo de escépticos, pero Juan de Miranda no dejaba de creer en nada. Su extraordinaria fantasía no podía concebir que alguien mintiese.

Hizo estudios excelentes, en su pueblo natal primero y en seguida en la Universidad francesa de Montpellier. Lo aprendió todo con facilidad pasmosa, aunque ni él mismo hubiera podido afirmar a qué profesión iba aplicar en la práctica sus conocimientos.

Griego, latín, filosofía, ciencias naturales, matemáticas, física, todo estaba ordenado en su cabeza con más método de lo que hubiera podido esperarse en un hombre de su índole. En el siglo XVIII el caso no era raro porque se sabía entonces mucho menos que ahora y abundaban los hombres enciclopédicos o que por tales se tenían.

Concluídos sus heterogéneos estudios, se dió a viajar, costumbre muy generalizada entonces entre los mozos recién salidos de las Universidades. Pero en aquellos tiempos el turismo refinado de ogaño no era conocido. Los estudiantes viajaban a pie, sin más gastos extraordinarios que el de las suelas de sus zapatos. Alojábase en los pueblos, en posadas tan ruines como poco dispendiosas, y en los campos en la cabaña de algún miserable labriego. Se iba pues muy lejos con poco dinero.

Miranda recorrió así casi toda la Europa, y algunos países del Oriente y fué a dar al fin con sus huesos a París. El cómo pudo llevar allí una vida elegante y de cierto tono, fué entonces para todos un misterio. Algunos le creían jugador y otros tramposo. En realidad, Miranda no fué en la capital de Francia, sino un Gil Blas honrado y moderno a quien le proporcionara protectores su despejo natural, sus vastos conocimientos y la extraordinaria simpatía de su persona.

Sin embargo, el joven asturiano no gustaba de hacer recuerdos de París. Su estadía allí formaba sin duda parte del enigmático programa de su vida y nada más.

Cuando don Lope de Miranda volvió a ver a su hijo no sufrió desilusión alguna. Bello, arrogante, de finísimas maneras, de conversación exuberante, su imaginación optimista, su variado saber, la igualdad de su carácter, la delicadeza exquisita de sus sentimientos, hacían de él un hombre excepcionalmente interesante.

Sin embargo, quedábale al viejo una duda, que emponzoñaba sus ilusiones para el porvenir. Aquel mozo refinado y distinguido no era hasta entonces en verdad sino un hidalguelo desconocido, de fortuna escasa, y sin medios por tanto de hacer brillar su luz en el mundo.

No era abogado, ni médico, ni ingeniero, no tenía vocación para la iglesia, y le faltaban empeños para entrar con esperanzas de éxito en la carrera de la administración o de la política. En cuanto a hacer de él un hombre de negocios y de industria era pensar en lo excusado.

Don Lope cavilaba no poco alrededor de este problema poco menos que insoluble, pero no se decidió sino con repugnancia a hacer a su hijo confidente de sus mortificantes dudas.

—Y tú... le dijo por fin una noche en que se paseaban juntos por las orillas del Cantábrico, ¿qué piensas ser o hacer en el mundo?

El arrogante muchacho se sonrió:

—No le comprendo a Ud., padre, repuso.

—Ha llegado el tiempo, continuó el viejo, de pensar en tu porvenir.

—Mi porvenir, dijo Juan, está en el ancho mundo. No hay miedo de que sea demasiado pequeño para mí.

—Pero, quisiera saber, balbuceó don Lope, qué carrera vas a adoptar...

—¿Carrera?... y ¿para qué? La verdad que nunca había pensado en eso.

—¡Demonios! ¿Y qué piensas hacer entonces?

—Vivir... Embriagarme con el mundo, recorrerlo en todos sentidos, gustar de todas las emociones, aprender cuanto sea posible aprender... En una palabra, padre, no creo que mi vida de mañana sea distinta de mi vida de hoy y de ayer..

—Para ello se necesita dinero. Tú sabes que somos bastante pobres. Con doce mil reales de renta, y esto es cuanto tengo, no hay para gozar mucho en el mundo.

—Lo que hasta ahora nos ha bastado a los dos continuará bastándonos...

—Veo que no eres ambicioso.. Pero al-

gún día pensarás en establecerte, en formar un hogar... Es la ley de Dios y supongo que no tienes vocación para clérigo.

—No, por cierto, pero Ud. se casó también.

—Así fué mi vida de pobre y menguada. Yo sueño para ti un porvenir más alto y brillante.

—No sueñe Ud. padre... déjeme soñar a mí. Casi basta ello a mi felicidad y no cuesta dinero. Tengo ojos y oídos para gozar de las luces y de las armonías de la tierra sin necesidad de comprar vanales placeres... Pero, yo quiero suponer que Ud. tenga razón, mi deber de buen hijo es escuchar sus consejos y seguirlos dócilmente. Es indudable que no tengo una carrera, y a los 24 años no es tiempo ya de emprender ninguna... ¿Qué quiere Ud. que haga? ¿Me dedico al comercio?... ¿Me arriendo como mancebo de tienda en casa de un pulpero?.... Ud. ve que eso sería demasiado absurdo.

—Tienes razón... demasiado absurdo.

—Para algo ha de servirme haber estudiado lógica. Mi porvenir es un dilema..... En el peor de los casos, continuaré siendo lo que Ud. ha sido... En el mejor...

Juan de Miranda se detuvo.

—Pero, continúa, le dijo su padre... ¿Qué otra cosa mejor puedes llegar a ser?

—Todo lo que de grande y feliz puedan reservarme las sorpresas del mundo. Los bienes y los males no van siempre a quien los busca. Es preciso creer en ese influjo misterioso que se llama el hado... Por ahora tengo lo bastante para no morirme de hambre mientras el hado llegue.

—¿Cómo ha de llegar hado alguno a este pobre rincón?

—No padre, si no pienso esperarlo sentado... Le buscaré... Precisamente de eso pensaba hablarle... Conozco la historia de nuestra familia, y yo no soy bastardo... ¿Fué médico o legista Fortun de Miranda que ganó a los moros la villa de Tomellosa? ¿Se dedicó al comercio o a sembrar papas aquel don Rodrigo de Miranda, privado que fué de don Alvaro de Luna?... Ello no les impidió ser grandes señores.

—Pero los tiempos han cambiado, hijo mío.

Su extraordinaria fantasía...

Una noche que se paseaban juntos por las orillas del Cantábrico

—Para los que dan vueltas a la vida vulgar, como el asno uncido a una piedra de molino... Yo voy a ser un Miranda de los viejos siglos...

—Acuérdate de don Quijote... La caballería andante ha muerto...

—Disculpe Ud. padre, no ha muerto; ha variado de formas y eso es todo. En el fondo la humanidad continúa siendo la misma. El error del héroe de Cervantes no consistió en querer resucitar el pasado, en vivir tiempos que no eran los suyos. Don Quijote creía en duendes, vestiglos, hechiceros y princesas encantadas... No había tales cosas en su época, ni las hubo antes tampoco... Ellas existieron sólo en la imaginación del pueblo y de los poetas. Pero los Miranda de antaño fueron seres reales. Nosotros estamos aquí para dar testimonio de ello. Cortés, el conquistador de Méjico, el gran capitán Gonzalo de Córdoba y tantos otros héroes del amor o de la guerra no son tampoco creaciones fantásticas...

Don Lope permaneció pensativo. Aquel pobre hidalgo creía únicamente en que su hijo podía ser un Cortés, o un gran capitán, y cuanto se le viniera a las mientes. Los insensados discursos de su hijo encontraron pues en él, terreno propicio.

—¿Y cómo piensas dar comienzo a tu carrera? le preguntó con la mayor formalidad.

—¿Queda entendido que no será empleándome en el comercio?

—Naturalmente.

—Pues bien... Pasado mañana, parte de Gijón con rumbo a América la fragata "Santísima Trinidad". Con su permiso y bendición yo partiría en ella. Su capitán es Diego de Torres, nuestro antiguo conocido... Conviene en llevarme... ¿Qué le parece a Ud., padre?

—¿Pero qué vas a buscar a América? ¿Te imaginas acaso que ese es un país de caballeros andantes?

Por el contrario, creo como Sancho que todo el mundo es uno. Pero, como Ud. decía muy bien, hay que comenzar de algún modo la carrera...

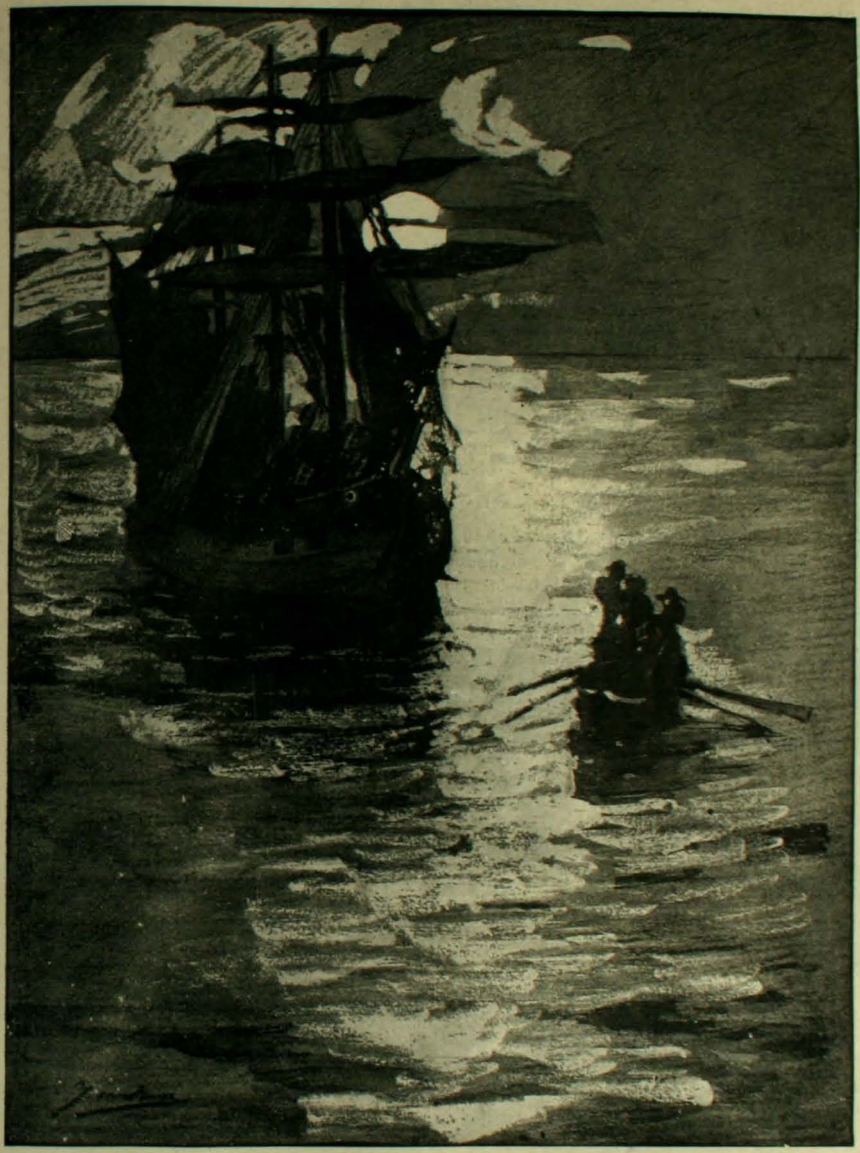
—¡Hijo mío! dijo solamente don Lope, te quiero más que a mi vida y nada me duele tanto como el separarme de ti, pero Dios te ha destinado para algo muy grande y muy noble... Sigue pues tu estrella... Mi bendición irá contigo...

Y así fué como Juan de Miranda se embarcó para América en la "Santísima Trinidad".

IV

A la mañana siguiente de la llegada de la fragata a la bahía de Coquimbo, cuando el sol no había logrado aún disipar la bruma matinal, un pequeño bote tripulado por sólo dos personas, surcó velozmente las tranquilas aguas del mar en demanda del buque.

Sentado en la popa de la ligera embarcación, dirigía el timón nuestro antiguo conocido don Jerónimo de Zuazagoitía. El viejo avaro devoraba con la vista la es-



Un pequeño bote, tripulado por sólo dos personas, surcó velozmente las tranquilas aguas del mar en demanda del buque

bella silueta de la fragata, pero no era la elegancia de su corte ni los opalinos reflejos del mar, el objeto de su beatífica contemplación... Sus ojos parecían querer medir y sondear el rico cargamento que contenía entre sus flancos de madera el esperado bajel.

Algunos minutos más tarde, encontrábanse en la cámara de la "Santísima Trinidad", el negociante vizcaíno, el capitán

Diego de Torres y... Juan de Miranda.

—Mi sobrecargo, señor de Zuazagoitia, dijo el capitán presentando a aquel último.

El caprichoso muchacho había querido, como decía, conocer a un tío de Indias auténtico y en funciones.

Como no había nada que a Miranda no pareciera muy interesante, la conversación mercantil del capitán y del viejo Zuazagoitia fué para el fingido sobrecargo manantial de inagotables observaciones.

Poco a poco el desarrollo de esa verdadera escaramuza, en que había ardides y sorpresas como en la guerra, halagos como en el amor, le cautivó por entero. Cosa curiosa, Zuazagoitia le interesaba aún más que su antiguo amigo el capitán. Sentía una profunda pero respetuosa compasión por aquel viejo que con tanto ahinco deseaba la ganancia, que concentraba en aquel objeto todas las fuerzas de su alma, cuya vida parecía pendiente de algunas sedas de más o de menos, de el precio de la pieza de algodón.

Pero no era el temperamento de Miranda como para permanecer espectador impasible de aquella contienda. Una y otra vez hubo de intervenir, ya para suavizar una discusión demasiado viva, ya para interceder por el viejo serènense ante su amigo.

Tres horas duró aquello. Al fin los interlocutores se pusieron de pie. El capitán Torres sacó de la alacena una botella de generoso vino de Málaga y los tres bebieron una copa en señal de conclusión del negocio.

—Lo dicho, dicho, repitió Zuazagoitia, quedamos en que el cargamento corre por nuestra cuenta... Son ciento setenta y dos mil pesos y cinco reales, pagaderos en oro o plata...

—O también, añadió el capitán, en barras de cobre, a razón de noventa y dos pesos el quintal español...

—Bien paga Ud. el cobre, balbuceó don Jerónimo palideciendo...

—Es cosa convenida, insistió el capitán, convenida con el señor Pineda.

—¿Pero ha estado aquí Pineda?

—Anoche, señor, el me anunció la visita de Ud.

—Ese diablo de muchacho irá muy lejos, masculló entre dientes el usurero...

Al despedirse sobre cubierta, el señor de Zuazagoitia se había serenado.

—Espero señores, dijo, que Uds. tendrán la bondad de hacer penitencia esta tarde conmigo... Yo como a las dos.

Los jóvenes se inclinaron en señal de asentimiento.

V

Han pasado muchos días.

La "Santísima Trinidad" aún se balancea suavemente sobre las aguas de la bahía de Coquimbo que una nueva luna ilumina.

Allá en tierra, entre las espesuras de las huertas, resplandece el blanqueado caserón de don Jerónimo Zuazagoitia. Abajo deslizándose por la vega, sube oculta por los arbustos y protegido por las sombras indecisas, la esbelta figura de un mancebo, avanza cautelosamente hacia el vetusto edificio...

Destácase de pronto entre el follaje, blanca y delicada silueta. Después suspiros, caricias, frases entrecortadas de pasión ardiente, dos corazones que laten juntos y al unísono, embriaguez inefable y un largo, un infinito beso de amor.

—Serás mi mujercita, te lo juro, repitió Juan de Miranda al despedirse... No existe ni en la tierra ni el cielo poder capaz de impedirlo... Dios mismo, desde la eternidad me hizo cosa tuya, me creó para tu felicidad y para quererte... Ese decreto de lo Alto me trajo hasta aquí, al través del mar inmenso... Ten fé como yo la tengo.

—Padre quiere que sea la esposa de don Julián Pineda balbuceó Carmen entre sollozos.

—¿Y quién es ese miserable mercachifle para ponerse entre tú y yo?... ¡Julián Pineda!... ¿Sabrá manejar la espada tan bien como la vara de medir?... No se conquista así el amor, ni la dicha, ni las caricias de un ángel, como se trampean cuartas de indiana en el rincón de una pulpería... ¡Julián Pineda!... Encontraste tu hombre, vas a experimentar tu primera derrota.

—La voluntad de mi padre, insistió Carmen débilmente.

—No hay voluntad, ni fuerza, ni autoridad sagrada que sea más poderosa que el

Destácase de pronto entre el follaje...

amor.... Tu eres mía, yo soy tuyo.... Esta es la única verdad absoluta... la única cosa seria, profunda, que hay en el mundo... No temas, chiquitina mía.... Sé que voy a realizar una empresa sublime... Voy a rescatar un alma... Impídalo si puede Julián Pineda...

. . . . . .

Al día siguiente el intrépido muchacho, llamaba a hora temprana a la puerta de la pulpería de Zuazagoitia.

El viejo avaro salió en persona a abrir.

—Adelante señor, dijo a su visitante. Felices los ojos que le ven a Ud.—Tome asiento... Y... ¿Cuándo es viaje?

—Todavía no es cosa resuelta, señor de Zuazagoitia, contestó el mancebo... Antes tengo yo que arreglar con Ud un asunto de suma importancia... ¿Puede Ud oirme?

—Con mucho gusto, señor, repuso el viejo, dirigiendo sobre Miranda sus ojos huraños e inquietos...

—No tenga Ud. miedo caballero, porque no soy mercader, ni vengo a proponerle negocio alguno, ni a pedirle dinero prestado; el asunto que me trae es de muy distinta naturaleza... podría arreglarse en dos palabras... No admite trámites ni retruécanos, ni argucias, es sencillo y grande como un día de sol en alta mar... Yo espero que se dignará Ud. tratar de él conmigo, recordando en todo momento que ambos somos hidalgos, cristianos y caballeros, que Ud. sabrá guardarme los debidos miramientos...

—Al grano, al grano, interrumpió don Jerónimo, a quien el lenguaje de su visitante le parecía cada vez más extraño e ininteligible... Recuerdo que el tiempo es oro...

—El tiempo vale a veces algo más que

el oro, y creo que nunca ni Ud. ni yo lo Labremos aprovechado mejor en la vida. Es el caso señor don Jerónimo que amo a su hija Carmen y que, seguro de ser correspondido, vengo a pedírsela en matrimonio.

Ni un rayo caído a sus plantas hubiera espantado más que las anteriores palabras al viejo vizcaíno. Por algunos momentos permaneció en silencio, incapaz de formular sus confusos y coléricos pensamientos. Se contuvo, sin embargo: la arrogante y severa actitud de su interlocutor le imponía apesar suyo...

—Soy un caballero y creo no haber dado a Ud. motivo alguno de queja, continuó Miranda. Amo a una doncella con fin honesto y vengo a pedírsela a su padre.... Es esto lo más correcto y natural del mundo...

El viejo hizo un esfuerzo sobre sí mismo y habló...

—A una demanda hecha con tanta cortesía, no puedo menos de contestar en forma igualmente franca y cortés... Lo siento infinito, señor de Miranda, pero he dispuesto ya de la mano de mi hija..... Ayer me ha dirigido la misma petición que Ud. mi amigo don Julián Pineda y Carmen es ya su novia...

—Permítame afirmarle, señor don Jerónimo, repuso Miranda con igual serenidad, que Ud. padece un error en este momento... La señorita Carmen ha jurado ser solo mía o de Dios...

—Ud. la ha seducido indignamente, gritó el viejo incorporándose sobre su asiento.... ¡Salga Ud. inmediatamente de mi casa!... ¡Fuera! le digo...

—No señor, no saldré de su casa..... Preciso es que Ud. me oiga antes... El asunto es demasiado serio para resolverlo arrebatadamente... Yo creo que Ud. no podrá menos de convenir en ello. Ud. es padre y deséa la felicidad de su hija... Somos dos a desearla... Ud. la busca por un camino y yo por otro... Pero nuestro fin es el mismo. ¿Pierde Ud. algo con oirme?...

El viejo usurero se sintió dominado por primera vez en su vida.

—Hable Ud.; ya le escucho...

—Va Ud. a oir sólo la verdad, señor mío... la señorita Carmen, se lo repito, ha jurado ser solo mía o de Dios... la señorita Carmen no se casará con don Julián Pineda... antes que consentir en ello se encerrará en un convento... ¿Es esa la felicidad que sueña Ud. para su hija?... Vamos, yo quiero oir su opinión...

—Carmen no tiene otra voluntad que la de su padre, balbuceó el viejo.... En cuanto a mi opinión no tengo por qué dársela... He dado ya una respuesta franca y categórica a la única pregunta que Ud. tenía derecho de hacerme...

—Debo recordarle, señor don Jerónimo, que no estamos tratando ningún negocio. Sus palabras en nada pueden comprometerle.... Pero Ud. es dueño de su silencio y nada tengo que objetar. Voy, sin embargo, a dirigirle otra pregunta... ¿qué puede don Julián Pineda hacer por la felicidad de Carmen, que yo no sea capaz de hacer?

El viejo permaneció en silencio.

—Quiero creer, señor, continuó Miranda, que Ud. se abstrae de contestar por consideración a mí. Voy pues yo mismo a traducir su pensamiento. Don Julián Pineda es un joven modelo, buen cristiano, de excelente carácter, sin vicios, honrado a carta cabal, de ilustre cuna, y posee una fortuna cuantiosa que, merced a su rara capacidad para los negocios crecerá de día en día como la espuma. Sin exageración, don Julián es un partido como pocas veces puede encontrar un padre para su hija.

Don Jerónimo asintió por vez primera, durante aquella extraordinaria entrevista.

—En cuanto a mí, reconozco que no poseo todas esas dotes. En nacimiento nada cedo al señor Miranda, téngome también por hombre honrado y cristiano, y carezco de vicios... Mi fortuna es si algo inferior a la suya, y tengo muy pocas probabilidades de aumentarla.

—Muy pocas... interrumpió vivamente don Jerónimo, como que le he oído a Ud. veinte veces, con franqueza que la honra, que ni tiene Ud. amor al trabajo, ni deseo de ganar dinero, ni capacidad para los negocios, y que no concibe Ud. a un hombre que no gaste toda o casi toda su renta... Con tales principios, no irá Ud. muy lejos en el mundo.

—Y yo lo confieso, señor don Jerónimo... Mi locura es decir la verdad, y Ud. va ahora a acabar de oirla. Don Julián sabe lo que yo no sé, es decir ganar dine-

"Mi locura es decir la verdad, y usted va ahora a acabar de oirla ..

ro, pero ignora algo que al menos para la que sea su mujer es muchísimo más importante...

—No comprendo a qué se refiere Ud. joven, preguntó el vizcaíno, curioso y extrañado.

—Don Julián no sabe gastar, señor mío, y no sabiendo esto quisiera oir qué puede importarle a su hija que gane o no gane dinero. Uds. los comerciantes gozan sacando sus cuentas, haciendo negocios, viendo acumularse en la caja las onzas sobre las onzas, los créditos sobre los créditos... Muy bien; yo, aunque parezca mentira, comprendo el gusto de Uds. La vida del hombre es lucha, el dinero es difícil de ganar; es justo pues que se goce en conseguirlo.... Pero a la mujer del comerciante, a Carmen en el caso de don Julián, no alcanzan semejantes satisfacciones... ¿Cree Ud. señor mío, que la felicidad de Carmen consista en oir de cuando en cuando a su marido... "Hoy tengo tantos miles de duros más que el año pasado?" Valdría mucho más para su felicidad el que pudiera decir "Este año he po-

dido gozar por muchos más miles que el anterior".

Indescriptible era la estupefacción de don Jerónimo de Zuazagoitia. Jamás había oído cosas tan estupendas ni que chocaran más de lleno no sólo con sus propios sentimientos, sino con las ideas corrientes en que reposa la sociedad.

—Pero todo eso es insensato... dijo por fin... Ud. se recomienda como un derrochador, un calavera...

—Me recomiendo por lo que soy, señor don Jerónimo. Mi manera de ver las cosas es acaso nueva, pero estoy convencido de que es la verdadera. No soy yo sino Ud. el iluso y el fantástico... El dinero es para Ud. sólo cifras en un libro de cuentas. ¿Hay algo nuevo, real y más ilusorio? Con un poco de imaginación y teneduría de libros yo puedo ser mucho más rico que Ud. Me bastaría alinear todos los días nuevas ganancias en un libro de Caja Hipotético, y confiéselo Ud. señor, sus utilidades no le sirven a Ud. más de lo que podrían servirme las mías.

—Está Ud. loco...

—Quiero convenir por un momento en ello, aunque la verdad sea dicha, hasta ahora he tenido el buen sentido de no hacer locuras: me limito a decirlas. En cuanto al cargo de derrochador lo rechazo terminantemente. Tenemos con mi padre tres mil pesetas de renta y casa en que vivir; no hemos ahorrado jamás un maravedí, pero tampoco debemos nada a nadie....

—¡Tres mil pesetas de renta!..... ¡Buena fortuna por cierto! observó irónicamente el viejo avaro...

—Sí, señor, tres mil pesetas... Julián Pineda aún cuando llegue a casarse no gastará nunca ni la mitad de esa suma y aquí en América, donde todo es mucho más caro que en España... Su hija de Ud. será pues mucho más rica casándose conmigo que con él, porque lo repito ¿De qué le servirán las pesetas que atesore su marido?... De nada....

—La verdad es que no he oído jamás un cúmulo mayor de desatinos...

—Pues bien señor, en obsequio de Ud. y del amor que profeso a su hija, voy a hacer el mayor de los sacrificios, el de mi concepto de la vida, el de mi ideal... Seré razonable... Me comprometo a que su hija pase a mi lado una vida tan miserable, como la que pasaría al lado de don Julián Pineda... Ud. mismo fijará la suma y estoy cierto de que no ha de faltarme dinero para cumplir su programa.

—Basta ya, rugió don Jerónimo, no pronuncie Ud. una palabra más... Mi hija...

No pudo continuar.

Lo que había oído era más fuerte que su corazón y que sus nervios y que toda la estructura de su ser. Le pareció que el mundo giraba en opuesto sentido, que el plan de la naturaleza se había trastornado.

—Su hija, prosiguió el audaz mancebo, sin dinero o con él, será feliz conmigo. Conozco los secretos del drama del mundo, todo cuanto él encierra de interesante y de bello... Sí... yo la enseñaré a vivir... Carmen será la crisálida transformada en mariposa... Volará más allá de las sórdidas paredes de una pulpería. Será libre, será amada, tendrá alas... Deshacer un encanto era mi sueño... La princesita de mis quimeras estaba aquí, encerrada en este caserón ruin y sombrío... bajo la figura de una cenicienta... Vaya, señor... es tiempo ya... ¡que el encanto cese!... ¡que Carmen sea feliz!....

—¡Que sea feliz!... repitió el viejo.. ¡Haremos esta locura!...

—Sin locuras como ésta, suegro mío, la vida de los hombres sensatos no valdría la pena de ser vivida, añadió Miranda, arrojándose en brazos de Zuazagoitia.

FUGITIVA

"La vida pasa y el mundo rueda
y siempre hay algo que se nos queda
de tanto y tanto que se nos va."
PEZA.

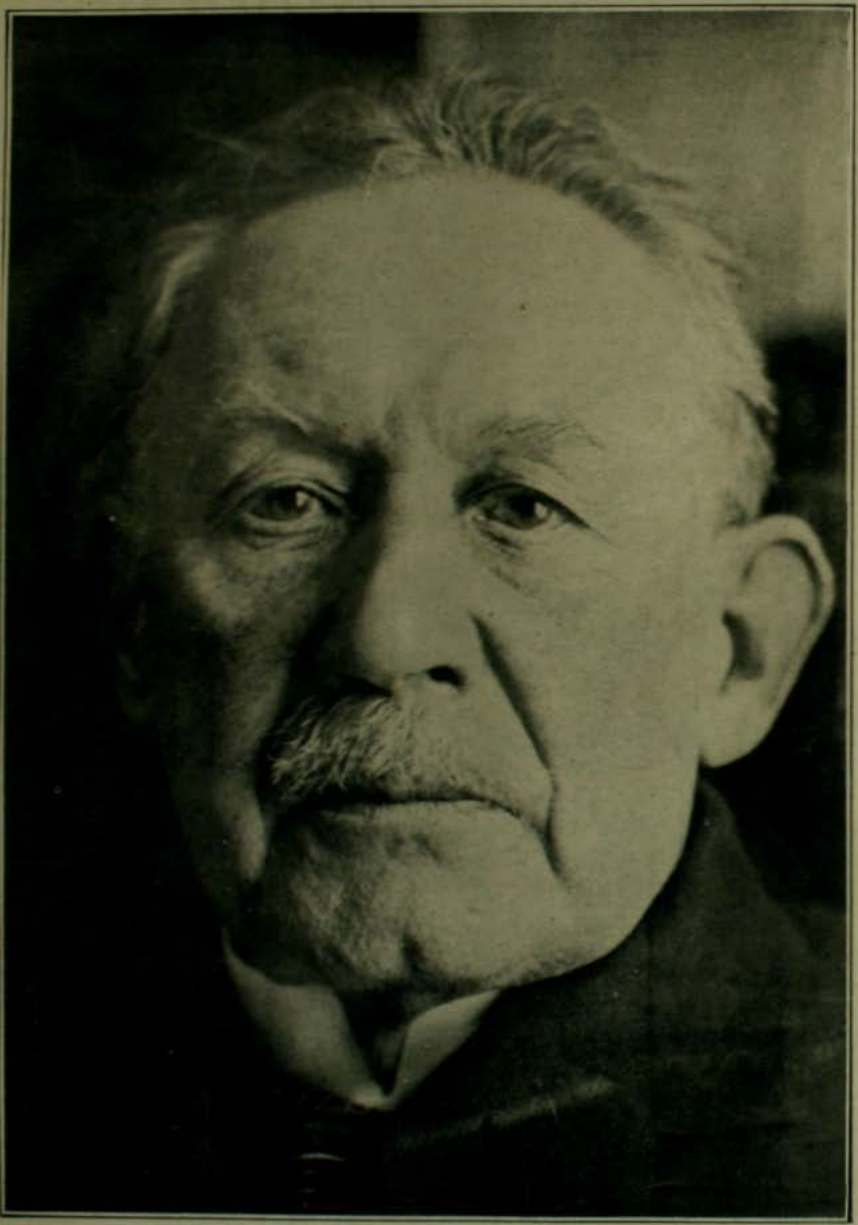
Virgen ensueño de otras edades,
flor que a lo bello lo triste añades
rayo de luna que en lo alto estás,
¿te apenan rudas adversidades?
¿Por qué te alejas? ¿Por qué te vas?
Tal vez te aflige la eterna historia...
racha de duelo.... visión de gloria....
Tú me comprendes.... ¡Hablo de amor!....
Tal vez tú sufres y en tu memoria
flota un delirio, llora un dolor!
En tu alma enferma, descolorido,
triste recuerdo, como un perdido
pétalo errante vaga tal vez...
Quizás el acento de algún gemido,
quizás la sombra de algún ciprés...
¿Por qué te alejas? Tus labios rojos
callan.... mas dicen cosas tus ojos
que las comprende quien sufre así.
Donde hubo encantos siempre hay abrojos....
¡Se sufre tanto, pues, niña, aquí!
¡Te vas! Y el tiempo que agosta y veda
tu blanca imagen nebulará,
Tu nombre, acaso, borrarlo pueda....
mas *"siempre hay algo que se nos queda*
de tanto y tanto que se nos va."
De tus aromas, lís de montaña,
de tus quimeras, alondra azul,
fija en las almas que el llanto baña,
quedará siempre como una extraña,
pálida estrella, rima de luz.
Vendrán mañanas de más primores
que, ingrato, el tiempo sepultará;
pasarán versos, morirán flores,
pero la esencia de tus amores
nunca ese tiempo la llevará.
¡Qué triste queda tu jazminero!
Las golondrinas, bajo el alero,
no sé qué dicen.... hablan de tí!
Parte y olvida.... Ya ves, no quiero
mirarte mustia, mirarte así.

. . . . . .

"...todo se muere, todo se va".

¡Ha mucho tiempo! Fué en primavera,
sobre un escaño, bajo una higuera,
cuando esos versos la hizo mi fe.
Estaba el campo verde, florido,
Yo estaba triste, pero en mi oído
cantaba un ave cuando se fué....
¿Era el ensueño? Tal vez sería...
Yo estaba triste, pero sabía
ver de lo triste la idealidad.
¡Hoy.... el Invierno! Todo está helado....
el huerto, estéril.... ¡Tanto ha nevado
sobre el paisaje la soledad!
Ella en un pueblo lejano ha muerto....
¿Y quién lo sabe? Puede que el huerto....
Quizás por ella murió el jazmín
Bajo el alero no hay golondrinas.
¡Miran mis ojos la casa en ruinas
y ven que todo se acaba al fin!

J. LAGOS LISBOA.



DON GONZALO BULNES

Don GONZALO BULNES

A propósito de la publicación de la Historia de la Guerra del Pacífico.

Por

F. SANTIVAN

Ilustraciones fotográficas y autógrafos

En la vida periodística, como en todos los ramos de la actividad humana, existen sus problemas característicos, más o menos difíciles.

Uno de ellos suele ser el que se refiere a entrevistas con grandes hombres, el reportaje que se relaciona con asuntos de alguna transcendencia.

Los personajes de figuración son por naturaleza o por necesidad, reservados, graves; algunos llegan a adquirir proporciones de impenetrabilidad sistemática, tal vez porque tienen mucho que ocultar, o porque no tengan nada.... los tontos graves abundan en todas las esferas, desde las más humildes, hasta las más elevadas.

No es este el caso en que nos vamos a referir. Don Gonzalo Bulnes, la víctima designada por nuestro director, pertenece a la clase de políticos comunicativos que poseyendo, por sus estudios o por su largo comercio con los hombres, ideas definidas sobre la mayor parte de los asuntos que se relaciona con la vida nacional, exponen su pensamiento sin embozos, con la misma naturalidad con que se hablaría de las cuestiones más sencillas de la vida doméstica.

Antiguo periodista, concede a la prensa la importancia que merece; recibe a sus representantes más humildes con la afabilidad espontánea que pudiera tener un viejo camarada para uno de los cadetes de la profesión.

En el caso presente la dificultad consiste no en la entrevista, sino en la obtención de ella misma. ¿A qué horas encontrar a don Gonzalo para solicitar un momento de conversación? Político, escritor, hombre de negocios, naturalmente debe compartir su tiempo para abastecer a todas las solicitaciones que lo asedian. Por otra parte, es nuestro hombre una naturaleza exuberante que cambia constantemente de sitio con la despreocupación y naturalidad con que podría hacerlo un joven en la plenitud de sus fuerzas.

Id a buscarlo a su casa por la mañana a la hora en que la mayoría de los habitantes de Santiago se entregan a las delicias del último sueño. El portero os dirá—y será verdad—que don Gonzalo ha salido ya con rumbo desconocido. ¿En dónde encontrarlo? Probablemente ha ido a la imprenta a revisar las pruebas de su última obra; tal vez conferencia en ese momento con algún político madrugador, y lo más seguro es que charla en su camino con algún amigo o con cualquier transeunte que se le acerca a solicitar un favor.

No utiliza para sus excursiones ningún vehículo de transporte, ni carruaje, ni automóvil, ni tranvía. Camina de a pie, con pasos ágiles, erguido como un militar, sin llegar por eso a la rigidez, ni preocupado ni ausente de sí mismo, con la seguridad del que siempre camina por terreno conocido.

¿A qué hora volverá? El portero os comunicará con aire confidencial que el caballero no regresa hasta la hora de almorzar, invariablemente, entre 11 y media y 12; pero que no es esa hora oportuna para detenerlo.

—¿Entonces creè Ud. que después de almuerzo?—le consultamos.

—Con toda seguridad.

—Y si no viene a almorzar.

—Oh, eso no. Yo no he visto nunca que el patrón se quede fuera.

Con estos datos ya os creeréis seguros. Os haréis la reflexión que almorzando a las 12 no se levantará de la mesa hasta la 1 P. M. y a esa hora volveréis a vuestro puesto. ¡Qué error! Podríais volver a las 12 y media, a las 12 un cuarto, y el portero os diría sonriendo.

—El patrón acaba de salir. ¿Será posible? ¿Os engañará el portero? No, el buen hombre habrá dicho la verdad.

Don Gonzalo es hombre frugalísimo. No gusta de los excesivos deleites de la mesa. No carga los fondos con materiales innecesarios. Y de ahí proviene seguramente, su liviandad para la movilización. Tan pronto como se levanta de la mesa vuelve a sus excursiones por la ciudad, de a pie, desdeñoso de las comodidades antihigiénicas que ofrece la civilización a los hombres de su fortuna. Es tan andariego como el "Huascar" en tiempo en que estaba en poder de los peruanos, y como él, siempre camina con rumbo desconocido... para el enemigo!

Una espera interesante

Después de algunas tentativas infructuosas, resolveréis quedaros sin almorzar para sorprender al hombre en el momento en que se levanta de la mesa.

Don Gonzalo, menos piadoso que otros hombres públicos, no destina antesala ni sala de espera a los numerosos e imprescindibles solicitantes. Sus íntimos o los personajes de categoría pasarán directamente a sus habitaciones interiores o a su bufete; los demás deberán estacionarse de pie bajo el portal, en la calle o donde mejor les acomode; es una astuta medida para librarse de los importunos.

Obligados por las circunstancias, (no hay peor tirano que la necesidad), debimos formar parte de la no escasa fila de la hoterogenea e interesante multitud que monta guardia en tales momentos: alguna antigua maestra de escuela que solicita la reposición en su perdido empleo; un provinciano que finge soltura de cuerpo y que oculta bajo su mal cortado chaquet las pretensiones a una ocupación decente en pago de obscuros servicios electorales; un estudiante pobre con cara de hombre y de ansiedad... ¿para qué seguir enumerando esa lista penosa y vergonzante que conoce todo el que haya debido hacer antesala a los puestos de cualquier personaje influyente?

Una intimidad vista por el ojo de la cerradura

Nada hay más revelador que la observación del carácter y actitud de un sirviente para conocer el modo de ser de sus amos. Si son respetuosos, si altaneros, si despreocupados, siempre podréis deducir alguna observación relacionada con el modo de ser de los dueños de casa.

Interrogado el portero si podría pasar nuestra tarjeta a don Gonzalo, nos observa con tal mezcla de asombro, respeto y temor que comprendimos que en aquella casa la voz del amo debería ser respetada como la orden del día de un general en jefe, en forma inflexible; pero al mismo tiempo la inflexión de voz nos indica que esa férrea disciplina no es humillante para el inferior, porque está endulzada por el cariño y la admiración que inspira un gobierno patriarcal.

Patriarcal: esa es la impresión que deja al visitante la fisonomía de todas las cosas que se relacionan con la persona del señor Bulnes, desde los sirvientes de faz sumisa y bondadosa, hasta la severa portada del palacio antiguo que ocupa en la calle Compañía; caserón enorme, de dos pisos con sólidas pilastras de piedra maciza en el frontis, ancho zaguán resguardado por la reja, portón de dimensiones respetables que da paso al patio andaluz pavimentado de finas piedrecillas de río cubiertas de musgo fino; todo da la impresión de la sobria y honrada vetustez que caracteriza la época más sana y digna de admiración de nuestra historia na-

cional, época de sencillez y de verdad, de orden y de autoritarismo, de orgullo y de pureza de corazón; época en que todo respondían a su aspecto exterior, tanto las almas como las cosas...

Más tarde, al penetrar al amplio gabinete de trabajo del historiador, pudimos anotar los mismos detalles: lujo austero exento de frivolidad y snobismo, el retrato de los antepasados presidiendo los actos de su descendiente desde las testeras de honor, ricos muebles antiguos, cuadros evocadores de glorias pasadas, chimeneas de mármol macizas como altares, caldeadas por las nobles brasas del espino!

Tal es el marco en que se presenta la figura del ilustre hombre público que íbamos a visitar.

En presencia del hombre

Después de una espera no muy larga—ya sabemos que los placeres gastronómicos no constituyen una debilidad del señor Búlnes,—el portero anuncia a las personas que forman séquito en el zaguan:

—¡Ahí viene!

En efecto, se escucha la voz breve y segura en los angostos corredores que rodean al patio como una plataforma enrejada, y, en una de las pequeñas escalinatas de piedra, aparece la figura de don Gonzalo.

Es de tamaño mediano, más bien bajo que alto, recio y derecho, de sólida cabeza bien asentada en los hombros por el cuello corto. Su actitud, la posapostura militar y cierto movimiento del brazo característico que lo hace llevar la mano sobre la abotonadura del chaquet gris, sobre el pecho, hacen recordar vagamente la figura vigorosa e inolvidable del gran corso.

Los rasgos fisonómicos de don Gonzalo Búlnes poseen aún mayor relieve. Es un rostro ancho, que enmarcaría fácilmente en las líneas regulares de un cuadrilátero. Las mejillas cruzadas de rojos vasos capilares a flor de piel caen sin flojedad en dos ligeras papadas laterales, lo cual le presta un perfil que se copia en el de su ilustre padre el Presidente Búlnes y constituye uno de los rasgos más salientes de la familia entera. La boca, de labios pronunciados muestra al sonreir una dentadura completa flanqueada por dos comillos que le presta expresión socarrona que se completa con los pabellones de los oídos avanzando hacia adelante en cierta actitud maliciosa.

Para concluir el retrato toscamente trazado, solo faltaría animar esta fisonomía por los ojos vivaces, relativamente pequeños, cortados hacia las cejas en circunflejo, ojos penetrantes, llenos de vida, claros, francos y alegres en el mirar; ellos parecen animar todos sus movimientos de la intensa y exhuberante vida interior que agita a su dueño.

Esto en cuanto a su figura física, al alcance del que la desea ver; su figura moral es más difícil de delinear para quien, como el que esto escribe, solo puede juzgar por hechos aislados.

Don Gonzalo Búlnes en su gabinete de trabajo. Junto a él se vé uno de los estantes que guardan su riquísimo archivo histórico.

La base del carácter de don Gonzalo Búlnes parece ser una educación espartana recibida en el hogar de un militar severo y pundonoroso como fué el general Búlnes Prieto. Nacido en los momentos en que su padre abandonaba la Presidencia, en 1851, debió conocer la atmósfera elevada en que se debaten las grandes cuestiones que afectan el país. De ahí proviene, sin duda, y de su conocimiento íntimo de la historia, la familiaridad con que el señor Búlnes considera a los más grandes hombres y las cuestiones más abstrusas y complicadas de la vida nacional.

Después de hacer sus primeros estudios en los Padres Franceses y en el Instituto Nacional, cuando apenas contaba veinte años, partió a Europa en viaje de instrucción; volvió el año 74 después de tres años de estadía en el Viejo Mundo.

Cuatro años más tarde, el 78, inició su carrera de escritor con la publicación la "Historia de la Expedición libertadora del Perú" y la "Historia de la Campaña del Perú en 1839", temas que debió conocer mejor que nadie por estar en condiciones escepcionales para ello. Más tarde aseguró su buena fama de historiador concienzudo con la "Historia de las últimas campañas de la Independencia del Perú". Con tales preliminares que le aseguraban un conocimiento amplio de los negocios del Perú y de Bolivia en sus primeros años de nacionalidad independiente, se comprenderá que se preparaba para seguir con interés el desarrollo de los asuntos que motivaron la guerra del 79 y para escribir más tarde su obra más sólida: la "Historia de la Guerra del Pacífico".

En 1882 fué diputado y luego después Intendente de la provincia de Tarapacá, puesto que debió ser delicado y laboriosísimo, conocida la situación de provincia nueva en donde latían aún las últimas rebeldías de una nación vencida y los bullentes negocios de una región inmensamente rica. Allí seguramente pudo conocer la labor hecha por uno de sus antecesors, don Patricio Lynch, a quien hace amplia justicia en su historia.

En 1891 parte nuevamente a Europa como Ministro Plenipontenciario en Berlín y en Roma, y esta vez permanece ausente de la patria hasta 1897, seis años de residencia en el extranjero que deben de haber sido magníficamente aprovechados por un hombre de su viveza intelectual y de sus condiciones escepcionales de observación y de amor al estudio.

Desde 1897 hasta hace muy pocos años, alrededor del 1900, don Gonzalo Búlnes permanece retirado de la vida pública, entregado, seguramente, a reconstruir su fortuna asaltada en diversas ocasiones por esos golpes que hacen desmayar a naturalezas no bien templadas; pero que a él, hombre de acción, solo ha servido para fortificar y endurecer las fibras de sus recios tendones morales. El hombre que no ha tenido ocasión de medir sus fuerzas con la adversidad, quien no ha luchado ferozmente, incansbalemente, dando y recibiendo codazos, para alcanzar los puestos codiciados en donde se respira el aire puro y se recibe la bendición del sol, quien no ha tenido ocasión de rendir tributo a la inexorable ley de la selección, se encuentra incapacitado para conocer a fondo a sus semejantes en sus grandes cualidades y en sus mezquinos defectos. Sólo el libro de la vida bajo la cruda luz de la intemperie, puede proporcionar la gran lección, la inolvidable, aquella que da el derecho a juzgar y a perdonar el resto de los hombres.

Apesar de su educación y de sus naturales condiciones de intelijencia, se nos imagina que solo después de las múltiples luchas que ha debido librar don Gonzalo Búlnes para consolidar la situación que en el día ocupa, ha podido alcanzar la plenitud de su desarrollo moral.

Es por eso que en el presente se destaca a nuestra vista con el relieve inconfundible de los hombres destinados a dominar e imprimir rumbos a sus connacionales.

Después del triunfo de su vida privada, surje a la luz pública, como el héroe mitológico después de tocar la madre tierra, más joven y más fuerte que nunca. Sus primeros pasos después de su reaparición constituyen triunfos positivos y brillantes: publica los primeros tomos de la "Guerra del Pacífico" en que se revela un cerebro ágil, claro y preciso; y obtiene la senaturía de la provincia de Malleco.

En el Senado se impone entre sus colegas con la seguridad del que viene a ocupar el puesto que le corresponde de derecho.. Su voz es respetada y más de una de sus campañas ha impreso rumbos decisivos en la opinión del país.

Es rápido en la comprensión de los pensamientos y de las situaciones, sintetiza con facilidad, y una vez en acción, ejecuta sus ideas en forma rápida, precisa y segura.

El conocimiento de los antecedentes históricos de la nación, base del presente, y su penetración sicológica en el trato de las gentes que lo rodean, le dan en los grandes momentos una seguridad *en sí mismo* que lo coloca en envidiable situación.

Dos páginas del "diario de Solomayor", documento rarísimo que se encuentra en poder de don Gonzalo Bulnes.

Y si sabe manejarse con sus iguales, tiene el don de arrastrar simpatías y admiración entre los pequeños. Sobrio y familiar en sus maneras, da a cada cual lo que le corresponde sin herir susceptibilidades ni quebrantar esperanzas en forma violenta.

Conversando con el escritor

De un solo golpe de vista abarca el conjunto de solicitantes que aguardan en el portal de su casa y con una rapidez que hace pensar en la práctica de un prestidigitador, despeja el campo en muy pocos minutos, danod a cada cual una respuesta precisa y categórica.

—Fulano ¿cómo está?... Yo, bien, gracias. Su asunto marcha, tan pronto como pueda se lo despacharé.

—Zutano... vamos mal. Me acordé de Ud. e hice lo que pude con el Ministro. No hay esperanzas; para otra ocasión será. La plaza está ocupada...

—Amigo mío: arreglado; hemos conseguido lo que necesita... No hay de qué.. cuando se le ofrezca.

Por fin nos llega el turno, y esta vez el escritor, al conocer nuestras pretensiones semi-inofensivas, nos hace pasar amablemente a su sala de trabajo.

Una vez cogido don Gonzalo, el reportaje no es difícil; habla con llaneza, sin darle importancia a sus palabras, con la serena exhuberancia del hombre que no necesita economizar sus ideas para conservar su prestigio.

Sentados en amplios y cómodos sillones, la charla se desliza interesante y tranquila, envuelta en las volutas de un buen habano cuyo humo sube pansadamente en la atmósfera quieta hasta confundirse con el de una batalla naval pintada por Casanova Zenteno.

En un ángulo de la gran sala nos llama la atención una pequeña mesa de cubierta ovalada, una de esas mesillas frágiles y esbeltas que reciben comunmente el nombre de "centros". Es la mesa de trabajo del historiador. Cualquiera pensará al hojear esos grandes volúmenes de la Guerra del Pacífico, que han sido escritos en una mesa enorme como un altar. Don Gonzalo traslada su mesilla donde la acomoda, junto a la ventana cuando requiere la luz del día, junto a la estufa en las tardes frías de invierno. Disemina sus documentos históricos en grupos, por las sillas, sobre la gran mesa que ocupa el centro de la sala, en la plataforma de la chimenea, mientras toma sus apuntes.

Verdad es que para escribir y concentrar sus pensamientos necesita a veces huir de la capital e irse a su fundo de Chagres (si no me engaño) o a sus tranquila residencia de Viña del Mar. No de

otra manera se concibe que pueda llevar a término un trabajo que requiere tranquilidad y que estas condiciones son imposibles en medio de la agitación de los negocios y de la política.

Le interrogamos sobre las fuentes de información que le han servido para rehacer en gran parte la Historia de la Guerra del Pacífico y responde señalando tres grandes estantes antiguos, de madera negra, atestados de papeles amarillentos..

—Tengo ahí casi toda la correspondencia de Pinto a Sotomayor y la de Sotomayor a Pinto, la de Vergara a Pinto y de Pinto a Vergara: la correspondencia de Lynch, de Santa María, Baquedano y Escala. Aparte de esto, las memorias de Sotomayor, que arrojan una gran luz en muchos puntos obscuros de nuestra historia.

—La figura de Sotomayor aparece enorme, presentada por Ud.—le interrumpimos—En cambio Baquedano desciende en escalón de su pedestal de héroe popular.

—¿Qué quiere Ud. que le haga?—responde don Gonzalo encogiéndose de hombros—No he podido hacer otra cosa que presentar los acontecimientos y los hombres tal como se destacan de los documentos que he tenido el cuidado de estudiar minuciosamente. Baquedano es digno del cariño de sus conciudadanos. En un momento dado, fué el hombre de la situación y merced a su fijeza de planes, su inflexibilidad para mantener la disciplina en un ejército que comenzaba a demoralizarse, su buen tino para escuchar los consejos de los militares inteligentes que lo rodeaban, se puede decir que se convirtió en en nuestro salvador... Apesar de eso, no puedo concederle cualidades que no tenía y que la imaginación popular ha debido atribuirle.

La labor de nuestro Ministro de la Guerra en campaña, en cambio, ha sido deficientemente apreciada hasta hoy. Por ejemplo, nadie podrá negar que fuera de los hechos de armas más culminantes que forman nuestro orgullo nacional, el acontecimiento más digno de admiración de la Guerra del Pacífico es la preparación sistemática y tesonera de nuestras armas. La penetración en el desierto desde Ilo a Tacna, obra colosal para nuestro ejército improvisado y sin la que no hubieran sido posible ninguna de nuestras victorias posteriores: la batalla de Tacna, el asalto al Morro y la misma campaña a Lima, es obra exclusiva de Sotomayor, que seguramente nadie sinó él hubiera podido realizar.

Los militares extranjeros siguieron de cerca los movimientos de nuestra escuadra y de nuestro ejército por motivos especiales: era la primera vez que peleaba un acorazado, el Huáscar, en la guerra moderna, y la primera vez que se utilizaban las granadas explosivas y los materiales Krupp. Pues bien, los ingleses especialmente, han manifestado su admiración ante esa proeza de la penetración en el desierto.

Ultimamente, en la guerra del Africa, un ejército de 15,000 hombres ha necesitado la ayuda de 5,000 camellos para movilizarse en una extensión menor que la que dista de Ilo a Tacna, y no han logrado hacerlo en las condiciones en que nosotros internamos más de 10,000 hombres con 1,000 mulas.

Don Gonzalo Búlnes abunda en reflecciones para demostrar cuan grande era la figura de nuestro Ministro en campaña y las condiciones guerreras escepcionales de los hijos de nuestro suelo. Su palabra, como su historia, reconforta y llena el espíritu de sagrado optimismo patriótico.

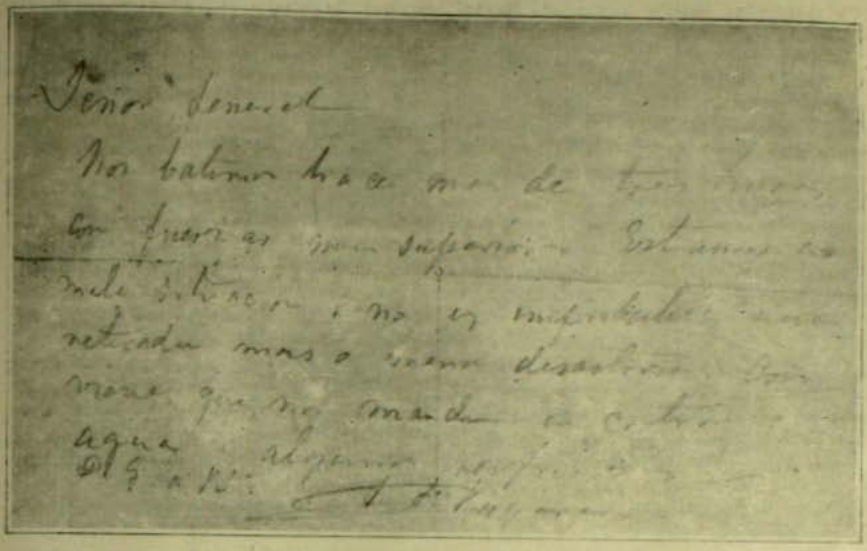
Insensiblemente se desliza la conversación hacia el terreno de la política internacional con la cual está tan íntimamente ligada la Historia de la Guerra del Pacífico.

El señor Búlnes piensa que nuestro gran aliado en Sud-América es el Brasil. De su Historia se desprende que la sola neutralidad del barón de Cabo Frío impidió que la Argentina no se aliase al Perú en nuestra contra ¿Qué más sería si existiera alianza de Chile y el Brasil?

—¿Y el A. B. C.?—le interrogamos.

El señor Búlnes se manifiesta reservado a este respecto, Parece que desconfía de la amistad argentina y teme que en un caso dado, establecida la alianza de las tres potencias del A. B. C. ella sea la llamada a insinuar a Chile el arreglo de nuestras cuestiones con el Perú por medio del arbitraje, por ejemplo. ¿En qué compromisos se vería Chile en tal caso?

A nuestras preguntas se limita el señor Búlnes a responder:



Archivo del señor Búlnes.—Nota escrita por don J. F. Vergara en la batalla de Chorrillos, con lápiz, sobre el caballo, en un momento en que creyó perdida la batalla.

—Creo que debemos mantener nuestras buenas relaciones con Argentina las cuales imagino que no se turbarán fácilmente... Pero el Brasil es nuestro gran aliado.

—¿Y Bolivia?

—Ya habrá visto en mi historia lo que resultó de la famosa "política boliviana" sustentada especialmente por Santa María y por gran parte de nuestros hombres de gobierno. Es difícil que nos entendamos con Bolivia, más por culpa de ellos que de nosotros. Pienso que no debemos contribuir que se levante a nuestro lado una nueva potencia marítima. Sería un quijotismo, tal vez de fatales consecuencias para nosotros: tanto Perú como Chile estan interesados en el mismo sentido y me imagino que en este punto estaríamos de acuerdo con nuestros rivales del norte, aún en el caso de un conflicto armado. El equilibrio Sud-Americano se vería seriamente perturbado con algunos buques que pusiera Bolivia en la balanza.

—Ud señor, ha sido siempre un enemigo de Bolivia. ¿Habrá heredado del destructor de la Confederación Perú-Boliviana...

Don Gonzalo sonrió.

—La verdad es que los bolivianos me quieren bien poco. La prensa de Bolivia me ha dado una popularidad increíble. Casi no hay día en que no me dedique frases de alta presión... Don A. Gutiérrez dedicó un libro para denigrar mi personalidad y atacar el primer tomo de la Guerra del Pacífico. Ha sido un gran honor para mí...

—¿No fué este caballero su contradictor en una polémica de prensa famosa?

—Precisamente. En 1897 o el 98, no recuerdo bien. A mi regreso de Europa. Con mis artículos creo haber contribuído a dar un golpe de gracia a la "política boliviana"..

—¿Cómo así?

—Barros Borgoño, que era Ministro de Relaciones en ese tiempo, convino un tratado con Bolivia según el cual se concedía a esta nación el puerto de Arica....

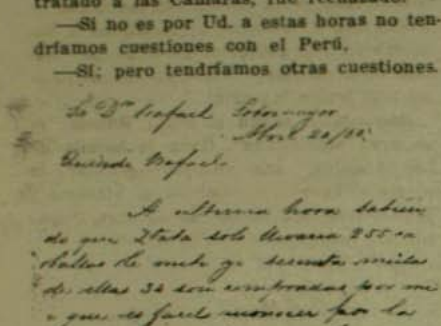
—¡Arica!

—Ni más ni menos. El tratado, negociado con el mayor sigilo, se aprobó por la Cámara de Diputados y la de Senadores de Chile en sesiones secretas y solo se libró el negocio por una casualidad. Al discutir la redacción en la Cámara boliviana se hizo hincapié en un párrafo que se había dejado en la obscuridad por precaución, y fué devuelto a Chile para que se modificara. Transcendió el negocio a un

círculo, tuve conocimiento de él, e hice entonces una activa campaña de prensa en "La Tarde" y "El Ferrocarril", la cual puso a la opinión de mi parte. Vuelto el tratado a las Cámaras, fué rechazado.

—Si no es por Ud. a estas horas no tendríamos cuestiones con el Perú.

—Sí; pero tendríamos otras cuestiones.



Archivo del señor Bulnes.—Carta de don Patricio Lynch a don Rafael Sotomayor.

—Así es que Ud. cree que el Brasil debe ser nuestro mejor amigo?

—En Sud América, sí. Fuera de ella Estados Unidos. Así me lo expresó en repetidas ocasiones el ex-presidente Roosevelt en las largas conversaciones que tuvimos durante el viaje al sur. Roosevelt es el hombre más grande que he tenido ocasión de conocer en mi vida, y creo que ya no conoceré otro que lo sobrepase. Pues bien; Roosevelt piensa que Chile está geográficamente constituido para ser un amigo leal de los Estados Unidos en esta parte del Continente. Los chilenos solo podríamos esperar beneficios de ellos. Creo que Roosevelt ha sido sincero en esa declaración.

Es difícil reproducir en todos sus puntos una conversación de don Gonzalo, siempre interesante, y en muchos momentos, sin que él pareciera darse cuenta de ello, de un carácter trascendental.

Ahora, creo que es tiempo que recordemos un poco su

Historia de la Guerra del Pacífico

que es la que motiva especialmente estas líneas, por haber aparecido últimamente el 2.o Tomo ,que se refiere al período de la Guerra comprendido entre las campañas de Tarapacá y la toma de Lima. El tercer tomo deberá referirse a la ocupación del Perú y al tratado de Paz, época casi desconocida hasta hoy por nosotros y que el historiador develará en forma amplia y completa.

No es nuestro ánimo presentar aquí una crítica de la obra del seeñor Búlnes; tarea es esa que corresponde a escritores más preparados y a plumas más autorizadas.

Nos limitaremos solamente a señalar las cualidades sobresadientes y la impresión general que ha despertado en nuestro ánimo el 2.o Tomo de la Historia de la Guerra del Pacífico.

Ante todo se impone el exámen del lector las grandes figuras que se destacan con nuevo y singular relieve.

Sotomayor se agiganta, toma proporciones colosales, a medida que avanza la narración. Su gran espíritu aparece como la encarnación del patriotismo, de la Patria misma; se cierne sobre el ejército como una sombra invisible que vela paternalmente por su bienestar.

Sotomayor no tiene en nuestros paseos públicos un monumento. Creo que no lo necesita después del que ha levantado con letras de molde don Gonzalo Búlnes.

Como espíritu organizador, como patriota, como heroismo cívico, ocupa desde ahora un puesto junto a Portales, si no lo sobrepasa en algunos peldaños en la escala de la importancia histórica.

Su tenacidad, su prudencia, su dedicación infatigable y humilde en la preparación de la campaña, la convierten en una

de las figuras ejemplares para las generaciones del presente y del futuro.

Plutarco no hubiera desdeñado colocarlo entre sus grandes hombres; los espartanos más ilustres y los preparadores de la grandeza de Roma no hubieran desdeñado saludarlo como a un compañero.

Pero si es verdad que a su lado todas las figuras que actúan en la Guerra del Pacífico empalidecen, no es menos cierto que en conjunto forman un séquito digno de su grandeza.

Chile entero aparece bajo la sujestión del señor Bulnes como una familia unida, laboriosa y austera, que prepara el bienestar de la hacienda común.

La figura bondadosa del Presidente Pinto es como la del patriarca que vigila la suerte de sus hijos: á este lo respeta, lo admira y delega en él sus facultades, a este otro lo reprende, al de más allá le proporciona los vestidos necesarios y las armas para que emprenda una expedición. El lenguaje mismo de la correspondencia privada da la impresión de un intimidad familiar. El Presidente, los Ministros, los generales, los capitanes de buque, todos son amigos, se consultan mútuamente, vacilan, yerran, se corrijen, y avanzan en conjunto formando un grupo severo e imponente. Todos arden en el mismo ardor patriótico desde el más encumbrado hasta el más humilde soldado que contribuye personalmente al éxito de la campaña. Es un espectáculo que hace saltar las lágrimas a los ojos de puro orgullo, al ver a los jefes, a los batallones enteros, antes de emprender el ataque al Morro de Arica, disputándose los puestos de mayor peligro. El "cara y sello", apenas los deja conformes, a regañadientes.

Cada batalla es una fiesta; cada comisión arriesgada es un honor que todos envidian.

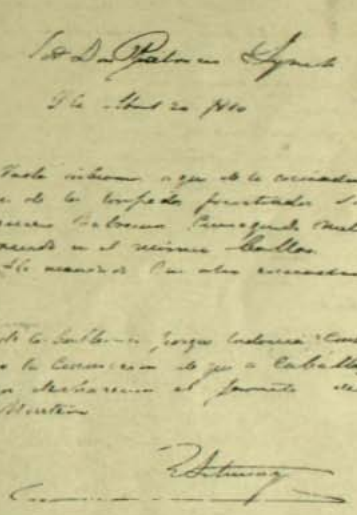
¡Oh, Chile, que feliz se siente uno de haber nacido en tu suelo cuando se contemplan semejantes hechos!

La muerte de Sotomayor, víctima de su trabajo, bajo el sol de la Pammpa, narrada sobriamente por el historiador, es una página tan emocionante, o más, que aquella en que relata la epopeya de Iquique.

El mismo Escala, rodeado de una camarilla que lo perturba, aparece con su relieve simpático en la Historia del señor Búlnes y el lector le compadece porque no tuvo el honor de llevar al combate las huestes chilenas.

Santa María, obsesionado por la política boliviana, yerra mucho y arrastra con su prestigiosa y brillante personalidad a los miembros del gabinete, pero no por eso deja de presentarse con todo su patriotismo y su buena intención.

Baquedano, según el señor Búlnes "es un gran afortunado". Gana la batalla de Los Angeles, por ejemplo,—porque la suerte lo favoreció,—porque el Atacama y Torreblanca son como cabros para trepar por los acantilados infranqueables. Pero



tenía una cualidad: la fijeza de propósitos, su valor personal, su carácter disciplinario y la falta de ambiciones. Aceptó el puesto de general en jefe con la misma sencillez con que habría obedecido si le ordenan la más obscura de las comisiones en el ejército. Supo escuchar los consejos de militares inteligentes como Velasquez y Lagos y llevó a cabo sus planes con la inflexibilidad de una bala.

"Lo dispuesto, lo dispuesto..." Y no había más discusión, tanto en Los Angeles, como en Tacna, como en Arica o en Chorrillos. Tuvo también el talento de saber desentenderse de la autoridad civil en un instante en que esta se prestaba a disturbios.

Vergara es también una gran figura y junto a el tenemos a Lynch, a Lagos y Velazquez. Hablar de cada uno de ellos sería relatar de nuevo la Historia de la Guerra.

En general, la Historia de la Guerra del Pacífico es una obra alentadora que viene a hacer un gran papel en estos momentos de pesimismo en que se olvidan hasta nuestras mejores cualidades. Es una lección viva de las virtudes chilenas y es lógico el entusiasmo avasallador que se apodera de la juventud que recorre sus páginas.

Algunas lecciones

se desprenden de la obra del señor Búlnes que conviene anotar aunque sea sumariamente.

En primer lugar, se llega al convencimiento de que Chile debe conservar la supremacía naval a toda costa en las costas del Pacífico. Nuestra tranquilidad depende de este hecho. Oportunamente nos abrió las puertas de Lima y nos evitó la guerra con Argentina en 1879.

2.o La política boliviana ha sido funesta para nosotros y continuará siéndolo, salvo trastornos de transcendencia en el continente Sud-Americano.

3.o Aún cuando no existieran los EE. UU. de Norte América, ni la doctrina Monroe, nada tendríamos que temer de Europa en ninguna emergencia. Bismark lo consignó con una frase célebre que el señor Búlnes repite oportunamente: "Alemania no intervendría en la Guerra del Pacífico en compañía de las demás potencias porque los gastos de una empresa semejante serían para el Imperio muy superiores a las utilidades que podrían reportar."

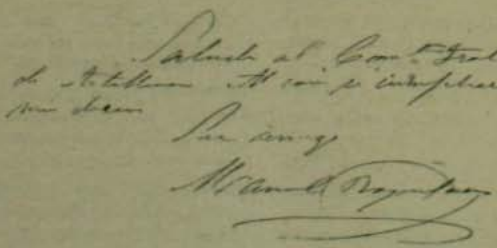
4.o Que Brasil es nuestro aliado natural y el que nos conviene en toda eventualidad importante.

A estas hay que agregar dos lecciones de política interna, una de carácter general y otra eventual:

1.o Que la opinión pública es poderosa en Chile y que hay que contar con ella en ciertos momentos históricos.

2.o Que la intervención y dirección del elemento civil en el desarrollo de una campaña militar puede ser de fatales consecuencias. Se esplica en la época de la Guerra del Pacífico, porque ahí todo hubo que improvisarse, generales y soldados; pero no sería perdonable en los momentos actuales.

Con estas consideraciones que como simples lectores nos hemos permitido evidenciar; otros con mayor preparación podrán extraer lecciones de mayor importancia. Esperamos su opinión.



Autógrafo del general Baquedano

El Príncipe Azul

COMEDIA EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO, ORIGINAL DE PEDRO E. GIL.

PERSONAJES:

Elvira, sobrina de don Pío, 18 años.
Narcisa, hija del mismo, 35 años.
Dionisia, criada, 17 años.
Don Pío, 60 años.
Eduardo, 27 años.
Cirilo, 30 años.

LA ACCION EN SANTIAGO Y EN NUESTROS DIAS.

ACTO UNICO

Sala de recibo en casa de don Pío, amoblada con lujo burgués. Puerta al foro, que se supone da al vestíbulo, una lateral a la izquierda y balcón a la derecha. (1)

ESCENA PRIMERA

D. Pío, *solo, entrando por el foro con un folleto en la mano*

La verdad es que si los amigos se enteran de este nuevo capricho que se me ha metido en la cabeza, van a creer que estoy chiflado de remate. Bueno ¿ y a mí qué? Ya pueden pensar y decir lo que les dé la gana. ¡Valiente caso hago yo de sus cuchufletas y de sus sonrisitas de compasión! La estupidez humana no tiene límites. ¿Qué van a ser ellos, pobres espíritus rutinarios, capaces de comprender este sagrado amor a la ciencia, que arde en mi pecho desde que mis ojos se abrieron a la luz de la inteligencia gracias al silabario de Sarmiento... y a los palmetazos del maestro de primeras letras? (*Pequeña pausa*). Yo he bebido en la leche esta pasión por los descubrimientos científicos. Mi nodriza era hija de un sujeto que perdió la chaveta tratando de descubrir el medio de aprovechar los estornudos como fuerza motriz. El pobre señor, de tanto estornudar, se volvió al fin loco perdido, y en el Manicomio no hacía sino exclamar a cada cuarto de hora: ¡Jesús, María y José! ¡Jesús, María y José! hasta que dió el estornudo final... Dios le haya perdonado! (*Pausa*). De modo que mi afición a la ciencia y a sus maravillas, me viene a mí por la vía láctea, como si dijéramos.

¡Los años que me he pasado yo metido entre libros y revistas científicas, saturándome de conocimientos universales! Es así cómo los últimos portentosos inventos del siglo pasado, y los del presente, me son familiares. ¿Los rayos X, el radium, la fotografía en colores, la marconigrafía, la navegación aérea, la navegación submarina, el sistema reintegrativo, el cuento del tío? Patarata! Me los conozco al dedillo. Si hasta yo mismo he inventado un aparato para volar, y esto sin aparato ninguno, quiero decir, sin echarme viento, porque, eso sí, soy modesto, como debe serlo todo sabio que se respete. Cierto es que ser inventor no tiene en Chile gracia ninguna, porque aquí, cual más, cual menos, todos lo somos: Aun problemas ante los cuales se ha estrellado vanamente desde hace siglos la penetración humana, los hemos resuelto nosotros en un periquete. ¿La piedra filosofal? La han descubierto nuestros "congresales" emisionistas que son capaces de sacar oro, no digo de una piedra, sino hasta de un pedazo de papel de estraza. ¿El movimiento perpetuo? Lo hemos descubierto y bautizado con el nombre de crisis ministeriales. ¿Qué no hemos inventado nosotros? La pólvora, y es lo único, y eso porque otros nos ganaron por la mano, que si nó...

Pero me voy por los cerros de Ubeda. El caso es que ahora se me ha puesto entre ceja y ceja aprender el esperanto. ¡Ah! ¿por qué tuve yo tal nodriza? ¿Por qué no me criaron con biberón? La leche de vaca no hubiera infiltrado en mi organismo esta sed inextinguible de saber, que me devora. A lo sumo, me habría transmitido la epizootia. (*Pausa.*) ¡Qué admirable invención esa de la epizootia, digo, esa del esperanto! ¡La lengua universal! Porque, vamos a ver, ¿qué es lo que hasta ahora ha impedido a los hombres acercarse y entenderse mutuamente? ¿Las distancias geográficas? ¿La diferencia de religiones o de hábitos políticos? ¡Quiá! no, señor: la

(1) Derecha e izquierda, las del actor.

falta de una lengua común, que no fuera la francesa, ni la alemana, ni la malaya, ni la lengua mechada. Una lengua nueva y sabia, al par que sencilla, que estuviera al alcance de todos y libre de la crítica de las malas lenguas. Todo eso y mucho más es el esperanto. Se me dirá que se ha formado con raíces de todas las demás lenguas, pero ya he dicho que es una lengua sabia, ¿y acaso la mayor parte de los sabios no se alimentan de raíces? Está dicho: desde mañana comienzo mi aprendizaje del esperanto. Hoy debe venir un profesor que me ha proporcionado el Comité de Esperantistas de Chile, para que me ponga en posesión del nuevo idioma. ¡Valioso conocimiento! El día en que todo el mundo hable el esperanto, la comunión de las razas va a ser un hecho. Además, qué satisfacción poder decir ¡animal! a un boquiabierto que nos reviente un callo de un pisotón, y ver que todo bicho se entere del piropo. (*Sacando el reloj*). Las nueve. Es, me marcho a la calle. Debo estar pronto de vuelta para encontrarme aquí con mi profesor que ha quedado de venir por la mañana. El amor a la ciencia no excluye el cumplimiento de nuestros deberes. (*Coge su sombrero y su bastón y vase foro derecha.*)

ESCENA II

DIONISIA, *de delantal y con un plumero en la mano, entra por el foro; izquierda, como buscando algo por el suelo.*

Es inútil, no aparece por ninguna parte. Lo he buscado hasta dentro de las zapatillas del caballero... y nada, el dichoso papelito parece que se lo ha tragado la tierra. Como no haya ido a parar a manos del patrón y luego se arme en esta casa la de Dios es Cristo.... Pero, Señor ¿en dónde tenía yo la cabeza para perder ese papel a la media hora de recibirlo? (*Pausa, durante la cual busca de nuevo.*) Verán ustedes, volvía yo del Mercado esta mañana con las provisiones para el día, cuando se me acerca un futrecito muy pintiparado, y me dice: "¿Es usted, niña, si no me equivoco, la que sirve en la casa número tantos de la calle tal?—Sí, señor, la misma: ¿qué se le ofrece a usted?—Poca cosa: que me haga usted un pequeño favor.—Usted dirá.—Que entregue usted este papel a su señorita, pero a ella sola ¿eh?, de modo que no se imponga ninguna otra persona. Y por lo pronto, acepte usted esta friolera, que le servirá para polvos de arroz". Y me alargó los dos papelitos, primero el que se me ha perdido, y luego estotro (*saca del corpiño un billete de banco*) que no se me perderá tan fácilmente. Después que me le hube guardado, le pregunté: "Bueno ¿y a cuál de las dos quiere usted que se lo entregue? Y me abrió unos ojos tan espantados que me tenté de la risa. —¿A cuál de las dos? repitió; a la señorita ¿a quién quería usted que fuese, mujer, por Dios?—Es que hay dos señoritas: la hija y la sobrina del patrón.—¿Cuál es la hija?—La más vieja.—¡Pues entonces a la otra, por todos los santos! Y yo que creía que la vieja era la madre! ¡Valiente escabeche para perder tiempo y papel escribiéndole versitos!—¡Ah! ¿son versos los que usted manda a la señorita Elvira?—¿Se llama Elvira? ¡Precioso nombre! Sí, hija mía, son unos versos que no tienen nada de particular, y que, por lo tanto, ni a ella ni a usted pueden comprometer. Vamos, lléveselos usted de una vez, y cuente con que en la primera oportunidad le hago a usted también unos versos de rechupete.—¿Versitos a mí? le dije riéndome. Prefiero lo que llevo guardado en el corpiño.—¡Y yo también! me contestó" y se marchó riendo a carcajadas... yo no sé por qué. (*Pausa*). Póngase cualquiera en mi caso: ¿cómo no hacerle el gusto a un joven tan amable y tan rumboso? Me vine, pues, a casa dispuesta a hacerle el pequeño servicio que me pedía, y ahora resulta que el papelito se me ha hecho humo. Y lo peor es que no tengo cara de presentarme a la señorita Elvira a darle el recado de palabra, porque sin la prueba del papelito no me va a creer, y aún corro el peligro de que me ponga en mitad de la calle. ¡Menos formalota y enemiga de pololeos había de ser ella! ¡Vaya, voy a encender un velón a Santa Elena a ver si consigo dar con ese papel de mis pecados. (*Vase foro izquierda.*)

ESCENA III

NARCISA y ELVIRA, *por la izquierda*

NAR. (*que lleva un papel en la mano.*)—¡Ay, prima mía, (*en tono declamatorio muy ridículo*) no sé qué alegría celestial embarga en estos instantes mi tierno corazón! Soy feliz hasta donde puede serlo la humana criatura. Yo, que no había experimentado nunca las deliciosas sensaciones del amor, amo en este momento con todo el fuego de mi alma virgen. ¡Oh, mi príncipe azul, tanto tiempo esperado: hé aquí que al fin llegas! (*Besa la carta con apasionadas demostraciones.*)

ELV.—Pero, vamos, tú que hasta la fecha no has divisado a tu príncipe ni las narices, ¿cómo puedes haberte enamorado de él de esa manera?

NAR.—¿Y estos versos, Elvira, no me lo revelan de cuerpo entero? ¿No me dicen ellos con su apasionado ritmo, que es joven, bello y de ilustre cuna? ¿Acaso un sér despreciable y vil sería capaz de concebir estas exquisitas estrofas? Desengáñate, Elvira, sólo un sér superior, dotado de todas las perfecciones espirituales y físicas, puede remontar tan alto el vuelo de su estro poético. Y luego ¿no me anuncia aquí mismo que va a venir presto? Corta será mi angustiosa espera y efímera tu temeraria duda: lo veré y lo verás.

ELV.—Lo veremos ¿Y cómo vino a parar a tus manos el mensaje de tu príncipe?

NARC.—De un modo providencial: acababa de

incorporarme en el lecho para hacer mi parvedad matinal, que Dionisia había depositado sobre la mesita de noche, cuando al mirar al suelo diviso un papel atado con una cinta verde, color de la esperanza....

ELV.—(Y de la alfalfa).

NARC.—... metido en uno de mis zapatos.

ELV.—¡Vaya un buzón original!

NARC.—El corazón me dió un vuelco en su estrecha cárcel, y desde ese momento lo olvidé todo: el café, que enviaba al espacio su aromático vaho; las tostadas, relucientes de rubia mantequilla, hasta el romadizo que cogí ayer tarde en la retreta. En una palabra, me sustraje a todo el prosaico aparato con que la vida gusta de rodear a las criaturas sensibles y románticas como yo. Temblando de emoción, abrí la misiva y leí su contenido. Recorrí la postrera línea y miré el reloj: eran las ocho treinta y siete minutos y nueve segundos. Desde ese instante psicológico, amo. (*Se lleva las manos al corazón.*)

ELV.—Bueno, ¿y qué dicen los versos?

NARC.—Escucha y arrópate, digo, arróbate.

ELV.—Ya me arrobo.

NARC. (*leyendo*).

"Criatura gentil, yo te adoro.
En mis horas de ensueños extraños
me he creído señor del tesoro
con que brindan tus bellos veinte años."

ELV.—(Ante el ídolo el príncipe absorto,
ha marrado su vista de lince,
pues quedóse en sus cálculos corto
ya que pudo agregarle otros quince).

NARC.—"Yo rondé tu balcón noche y día
condenado a mi sino fatal..."

ELV.—¡Si tu príncipe azul, prima mía
servirá en la Brigada Central!

NARC.—¡Calla, prima, por Dios! No permito
que te burles así de su amor.

ELV.—(Para mí, que es el tal principito
un tunante de marca mayor).

NARC.—"Tu figura gentil me conquista
y hoy fallezco de amores por tí..."

ELV.—(Si este pillo no es corto de vista
¿cómo ensarta mentiras así?)

NARC.—"Yo te adoro, mujer. Necesito
con mis labios los tuyos sellar...."

ELV.—(¡Caracoles con el principito!
¡No está malo para comenzar!)

NARC.—(*Con arrobo*).

¡Oh, qué dicha, sentir en mi boca
de sus labios la ardiente presión!...

ELV.—Pero, vamos, mujer, tú estás loca:
¿si lo pringas con el bermellón?

NAR.—No me alcanza tu frase blasfema,
hoy que amor me elevó a su curul.

ELV.—Anda, prima, concluye el poema.
¿qué más dice tu príncipe azul?

NARC.—"Quiero verte de cerca; expresarte
mis anhelos postrado a tus pies...."

ELV.—(Si lo pilla mi tío, lo parte,
y no deja la cama en un mes).

NARC.—"Me devoran mis ansias. Y arrostro
de tu padre la cólera atroz,
para ver más de cerca tu rostro,
para oír embriagado tu voz...."

ELV.—(Si va en pos de tamaños regalos,
bien merece que en un dos por tres,
me le den una tunda de palos....
y le casen con ella después.)

NARC.—"En indigno disfraz me presento.
Alma mía, ¿tendré tu perdón
hoy que libro al azar de un momento
el sosiego de mi corazón?"

ELV.—Por supuesto que le habrás perdonado en seguida. ¿No trae firma?

NARC.—Nó; habría sido un detalle prosaico después de esa arrebatada explosión de lirismo.

ELV.—Bueno, en verso no está del todo mal. A ver cómo se maneja después con la prosa vil. Porque supongo que no hablará tambien en verso.

NARC.—¿Y por qué nó? Un hombre que posee tan profundamente la intuición de la poesía....

ELV.—Pero, formalmente ¿piensas recibirle?

NARC.—¿Y qué puedo hacer? ¿Cómo resisto a su apasionado ruego?

ELV.—Por otra parte, ya sabes cómo las gasta tu padre. Si os sorprende juntos, el galán y tú váis a pasar un mal rato. Como que mi tío es capaz de cambiarle el color a tu príncipe y de azul dejarlo verde, o ponerlo de oro y azul.

NARC.—Todo lo sufriré en aras de mi pasión. Mi suerte está decidida y nada es capaz de cambiar el curso de mi destino. Te dejo, prima; voy a prepararme para recibirlo. ¡Oh, corazón mío (*ridículamente*) no me traiciones en la hora solemne que se acerca! (*Vase izquierda*).

ESCENA IV

ELVIRA, *luego* DIONISIA *por el foro*

ELV.—¡Pobre Narcisa! Las novelas románticas han concluído con el poco seso que tenía. Pero ¿quién será ese truhán que se entretiene en tomarle el pelo?

DION. (*cautelosamente*).—¡Todo lo he oído!

ELV.—¡Ah, tonta, qué susto me has dado! ¿Y qué es lo que has oído?

DION.—Toda la conversación que han tenido ustedes. Y los versos.... Es claro ¿qué iba yo a encontrarlos si los tenía ella?

ELV.—Pero, mujer ¿de qué estás hablando? ¿Harás el favor de explicarte?

DION.—Lo que hay es que esos versos no son para ella. (*Señalando a la izquierda*), sino para Ud.

ELV.—¿Cómo es eso?

DION.—Lo que digo. Esta mañana me los entregó en la calle cierto caballerito para que se los diera a usted de su parte. Y a lo mejor se me perdieron, y aunque puse la casa patas arriba buscándolos.... claro ¿qué los iba a hallar? Se me caerían en el cuarto de la señorita Narcisa al llevarle el desayuno, ella los ha encontrado, y ¡claro! ha creído que eran para ella. Ahí tiene usted explicado todo el asunto.

ELV.—¿Y cómo te has atrevido a ofrecerte

para traer recados de esa naturaleza de parte de cualquier desconocido?

DION.—Como él me dijo que no tenían nada de particular.... Es claro. (*Saca disimuladamente el billete de su corpiño y lo contempla a escondidas de Elvira.*)

ELV.—Es claro (*imitándola*). Y ahora yo debería ponerte de patitas en la calle. ¿Hase visto desvergüenza igual? (*Pausa larga*). Y qué clase de.... persona fué la que te entregó ese recado?

DION. (*guiñando un ojo*)—(Hola, hola! ¿A que ya no me echa a la calle?) Pues, un joven muy elegante, con una cadenaza de oro que le colgaba del chaleco. Ah! también llevaba en un dedo, ahora no recuerdo en cuál.... Sí, era en el de esta mano.... nó, en esta otra.... tampoco, era en esta... eso es... (*Elvira da muestras de impaciencia*) llevaba que echaba chispas. También llevaba un bastón...

ELV.—(*impaciente*).—¿Alto?

DION.—Así. (*Hace la demostración*).

ELV.—¡Cómo!

DION.—¿No me pregunta usted por el bastón?

ELV.—No seas simple. Te preguntaba por... el caballero.

DION.—Sí, señorita, alto.

ELV.—¿Moreno?

DION.—Sí, señorita.

ELV.—¿De poco bigote?

DION.—No reparé, pero se lo puedo ir a preguntar.

ELV.—(¡Qué estúpida es esta pobre muchacha!)

DION.—Ah, sí! Ahora recuerdo: tenía a un lado....

ELV.—¡Cómo! ¿No tiene bigote más que en un lado?

DION.—Digo que tiene a un lado un lunar con... pelos...

ELV.—Tienes un modo de explicarte.... (Es el mismo, no me cabe duda.) Bueno ¿y qué te dijo al entregarte la carta?

DION.—Nada; que se la entregara a usted en propia mano.

ELV.—¿Y no habrás entendido mal y la carta sea para mi prima? (*Dionisia se echa a reir*). ¿Por qué te ríes?

DION.—Claro, ¿no me he de reir si él se creía que la señorita Narcisa era su mamá de usted? (*Ambas se echan a reir*). ¿Le conoce usted a ese joven?

ELV.—Nó... sí... es decir, le veo pasar con frecuencia por esta calle. Por las señas que tú me das, es el mismo. (*Pausa*). Oye, no cuentes nada de esto a mi prima ¿sabes? No habría objeto. Ah! puedes dejar para tí aquellas zapatillas de cuero ruso que tanto te gustan; te las regalo. (*Se acerca al balcón mirando hacia afuera.*)

DION.—Muchísimas gracias, señorita, que Dios se lo pague. Y descuide usted; la señorita Narcisa no sabrá nada por mi boca. (Aquí hay gato encerrado. ¿Se estarán peleando entre los dos al futrecito del lunar? Pero lo que es la rifa se la saca ésta. ¡Es claro, con esa carita de muñeca!... Mientras tanto, yo soy la que sale ganando: cinco pesos esta mañana, y ahora las zapatillas, que están flamantes... Si así llueve, que no escampe. Mayormente ahora, que he hecho perder la pista a Cirilo, ese calavera de mi hermano, que se tragaba todos mis ahorros. Ahora no me encuentra ni con candil. (*Vase foro izquierdo*).

ESCENA V

ELV.— (*sola, volviendo a la escena*).— Ya me lo había figurado yo: esos paseos calle arriba y calle abajo, frente al balcón, todo el santo día... Y esas miraditas, y ese... ¡Tenía ganas de pololeo el mocito! Y eso que nunca le he alentado ni con una mirada de esas que dicen.... lo que una quiere que digan. Detesto esos amoríos callejeros, que me parecen de una frivolidad inaceptable. Pero ¡qué atrevimiento! Presentarse en esta casa donde nadie le conoce. ¿Y con qué disfraz vendrá? ¡Luego esa pobre prima que cree que viene por ella! ¡Menudo chasco se va a llevar! Me huelo que en esta casa se va a armar un enredo de padre y señor mío, que sabe Dios en qué irá a parar al fin. (*Pausa*).

Si he de ser franca, el mozo no me disgusta. No, señor, ni mucho menos. Y su misma audacia me le hace más simpático. Si de todo esto fuera a resultar... No, no nos pongamos a fabricar castillos en el aire; Dios dirá. Entretanto, esperemos los acontecimientos. (*Vase izquierda.*)

ESCENA VI

CIRILO, *entrando por la derecha del foro. Traje sórdido.*

Si no me equivoco, es aquí. ¡Qué lejos estará mi hermanita de sospechar que he dado con su nuevo escondite! Pero ¡qué poco cariño por la familia demuestra la chica! Vuelvo ayer en completa derrota de mi viaje a Valparaíso, adonde me había marchado con la esperanza de mudar de fortuna corro a casa de sus antiguos patrones, y allí nadie me sabe dar noticias de su paradero. Por supuesto que ella, llevada de su cariño fraternal, ¡me quiere tanto!, habrá encargado de que me oculten su nuevo domicilio. ¡Esa buena Dionisia! Sólo que no había contado con mis narices. Esta mañana, por una feliz inspiración, me largué al Mercado, y cuando me desojaba tratando de descubrir a mi hermana entre el ejército de sirvientitas que iban de compras, cata ahí que la diviso en una de las salidas de la Plaza, pico a pico con un futrecito. Vi que él la dió primero una carta y en seguida un rollito, que, o esta mañana tenía yo telarañas en los ojos o era un *congrio* de a cinco pesos. ¡Vaya, vaya, de qué distinguidas relaciones se ha hecho la niña durante mi ausencia! Me alegro, porque iremos a partir de utilidades. Pues señor, seguí observándoles sin que ella lo notara y ví que al fin se separaron riendo. En el momento en que me acercaba a saludarla, nada más que a sa-

ludarla, ¡paf! se mete ella en un tranvía y me deja plantado en la acera con un palmo de narices. ¿Qué hacer? ¿Subir también al tranvía? A cualquiera se le hubiera ocurrido: a mí también se me ocurrió, pero... no tenía ni los miseros cinco centavos para el pasaje en la imperial, y como aún no soy diputado, no me está permitido viajar de gorra. Mientras me lamentaba de este modo, el carro echó a andar... y yo eché a correr detrás, como perro a quien le van enseñando una zanganiza. Y así fué que me sopié una zanganiza de cuadras, que de recordar lo que corrí, aún me tiritan las piernas. Cuando Dionisia se bajó del tranvía, yo estaba una cuadra más atrás sobándome las tibias (*Hace la demostración.*) Me fijé atentamente en la fachada del edificio en que había entrado, y me disponía a hacerlo a mi vez, cuando tuve una idea. La verdad es que para venir a pedirle que me armase con unos cuantos patacones, andaba yo en una facha poco adecuada. Vamos, que resultaba en ese momento demasiado decente para el objeto. Apunté el número de la casa, regresé a mi alojamiento en un jesús, y cambié por estas las ropas que llevaba puestas. En este traje—llamémoslo así—puede uno, sin que la víctima se ofenda, pegar un sablazo de cinco pesos, y aún rebajar algo, si llega el caso. (*Pausa*). Lo cierto es que a veces me da un poquito de vergüenza andar detrás de esta pobre chica en demanda de dinero... para ponerlo a las patas de la sota. Aunque no debiera decirlo yo, capacidad no me falta para desempeñar un empleo, porque algo entiendo de libros... aunque ahora sólo lea en el de cuarenta hojas Pero los empleos públicos, que son los que me convendrían por lo descansados, están verdes para mí. Atrapar una colocación, así fuese de portero de oficina, yo que carezco de apoyos políticos... y de trajes sobre medida, sería como echar la sota en puerta, que es mi carta favorita. De todos modos, este es el último clavo que le meto a esta pobre muchacha. Si con los cinco patacones que me va a largar—porque eso de que me los larga es para mí cosa sin vuelta... y para ella también—si con ellos, digo, obtengo de la sota una ganancia decente, mañana organizo una sociedad anónima, o planto un almacén por el sistema reintegrativo. (*Pausa.*) Y a todo esto ¿por dónde andarán las gentes de esta casa? ¿Si se habrán figurado que voy a andar a sablazos con todas ellas que nadie asoma las narices por aquí? (*Va a dirigirse a la puerta de la izquierda a tiempo que se presenta en ella Narcisa.*) Hola, parece que ya comienzan a dar señales de vida.

ESCENA VII

CIRILO, NARCISA

NARC.—(¡Es él! Me lo dice el corazón ¡Y qué bien le sienta el disfraz!)

CIR.—(¡Quién será esta lechuza?) (*Saludando.*)—Señora... usted excusará si...

NARC.—(*haciendo dengues.*) Llámeme usted señorita...

CIR.—¿Aún permanece usted en ese grado? (¡Cómo se conoce que con las mujeres no reza la ley sobre retiro forzoso! Pues bien, señorita, yo...

NARC.—Vamos, hábleme usted sin temor; estamos solos. Píntame usted su pasión de viva voz. ¡Repítame usted al oído lo que me dice en esos primorosos versos que llevaré eternamente sobre mi corazón! (*Con arrebato.*) ¡Repíteme que me amas!

CIR.—(*Qué habrá hecho gestos de extrañeza.*) (Pero, qué divertida es esta señora! ¿por quién me habrá tomado?)

NARC.—Yo te presentía. En mis sueños virginales te he visto muchas veces como te veo ahora: joven, bello, cubierto de galas...

CIR.—Señora, ¿sufre usted de miopía?

NARC.—Sí, sí, ya sé que te has disfrazado para llegar hasta mí, como hacen todos los príncipes de las leyendas de hadas, y en mis sueños tú eras mi hermoso príncipe y yo la *Bella Durmiente del Bosque.* Sólo hoy despierto a la vida y al amor.

CIR.—Señora, digo, señorita, créame usted, yo no tengo la culpa de haber interrumpido su sueño. Y a lo que parece, usted ha estado una barbaridad de años en brazos de Morfeo...

NARC.—Desde que nací.

CIR.—(¡Ya lo decía yo!)

NARC.—Perdí a mi madre cuando era una niña.

CIR.—Buen rato debe de hacer de eso.

NARC.—Mi padre, entregado a sus lucubraciones científicas jamás se preocupó de mí. He crecido sin una sola afección.

CIR.—Yo nó: cuando muchacho tuve una afección al hígado, que por poco me echa al hoyo.

NARC.—¡Qué bromista eres! Y dime ¿cómo te llamas? Debes de llevar un nombre muy poético.

CIR.—¡Ya lo creo! Me llamo Cirilo. (A ver dónde le encuentras la poesía.)

NARC.—¡Cirilo! ¡Hermoso nombre! Pero yo haré de tí mi Sirio.

CIR.—¿Pascual?

NARC.—No; Sirio, el nombre de una estrella.

CIR.—¡Ah, ya! (Esta señora me está haciendo ver estrellas.)

NARC.—Yo me llamo Narcisa.

CIR.—(Habrá que pagarla el cumplido). ¡Bello nombre! Yo haré de usted mi narciso.

NARC.—¿Narciso?

CIR.—Sí, el nombre de una estrella, digo, de una flor.

NARC—Gracias (*Pausa*) ¿Sabes tú, Cirilo mío lo que es crecer en la orfandad, no tener a nadie que escuche nuestras íntimas confidencias, y sentir al propio tiempo el alma rebosante de ternura? Eso he sido yo hasta ahora: una planta delicada, que no conoció jamás los cuidados de amoroso jardinero.

CIR.—(¡Mala yerba! ¿A qué hora se le

ocurre ofrecerme a mí la plaza?) Ah! Sí, señora, comprendo lo que ha debido usted sufrir, porque yo también...

NARC.—¿Por qué no me tuteas?

CIR.—Me contiene su.... la... eso es, el respeto.

NARC.—(*Mimosa.*) ¿Tan vieja te parezco?

CIR.—Demasiado...

NARC.—¿Eh?

CIR.—Demasiado comprendes que no. Y bien, sí, Narcisa mía, yo también he sufrido y sufro aún esa misma triste orfandad. (Voy a seguirle el juego a la jamona, porque si consigo atrapármela.... Sota en puerta). ¡Ay, ay! (*Se lleva el pañuelo a los ojos.*)

NARC.—¿Lloras, Cirilo? ¿Quién te causa ese quebranto?

CIR.—Tú, que me recuerdas a mi madre. (*Narcisa hace un gesto*).

NARC.—Ven, sentémonos, y cuéntame tus cuitas. (*Se sientan en un sofá que habrá a la izquierda de la puerta del foro.*) ¿No conociste a la que te llevó en su seno?

CIR.—No, por mi desdicha. Murió cuando yo era pequeño.

NARC.—¡Qué coincidencia en el infortunio! ¿Y al autor de tus días?

CIR.—Tampoco. Sólo conocí al editor de mis días; el autor dicen que era otro.

NARC.—¡Pobre Cirilo! Con que también la suerte te ha sido adversa.

CIR.—Ah! si tú supieras. La sota, digo, la suerte, me ha castigado a veces con harta crueldad. (A poco más suelto un desatino).

NARC.—Pero, consolémonos, Cirilo mío.

CIR.—Consolémonos, Narcisa mía.

NARC.—El porvenir es nuestro, Cirilo.

CIR.—El porvenir es nuestro, Narcisa.

NARC.—Ya nada ni nadie nos separará.

CIR.—Comillas por debajo.

NARC.—¿Qué quiere decir eso?

CIR.—Que digo lo mismo que tú. Así ahorramos palabras.

NARC.—¿Piensas pedirme pronto?

NARC.—(*Distraído*) En el acto; dame todo lo que tengas.

NARC.—¿Qué dices?

CIR.—Nada, que me lo des todo: tu cariño, tus pensamientos, tus... tus... (Voy a concluir por meter la pata de veras.)

NARC.—Dime ¿soñabas a veces conmigo?

CIR.—Siempre. Anoche, sin ir más lejos, tuve una pesadilla atroz.

NARC.—¿Cómo es eso? (*Ofendida*).

CIR.—Soñé que te veía... que te veía casada con otro.

NARC.—Ah! No dudes de mí, Cirilo. Jamás pertenecerá a otro hombre!

CIR.—Ni yo tampoco, te lo juro.

NARC.—¿No tienes por ahí algún retrato tuyo que me lo dejes para que me acompañe siempre?

CIR.—Precisamente, en el Puerto me hice media docena. Aguarda un poco. (*Mete la mano en un bolsillo interior y saca un naipe cuyas cartas se desparraman por el piso*). (Estaban en la otra blusa. Al fin metí la pata en regla.)

NARC.—¿Qué es esto?

CIR.—Que... (¿Qué le digo yo ahora?) que como este traje es de mi mozo, (*recogiendo las cartas*) a quien se lo pedí para disfrazarme... y como el muy pícaro es un tahur de primera... ¿Comprendes tú? (A ver si te la tragas). (*Se sienten pasos por el foro*).

NARC. *levantándose muy azorada.*—¡Cielos, mi padre! ¡Huye, Cirilo mío, salva tu preciosa existencia, que ese hombre es una fiera! (*Vése precipitadamente por la izquierda, cerrando la puerta tras de sí.*)

CIR.—¡Demonios! ¿Y por dónde salvo yo ahora mi preciosa existencia de las garras de la fiera padre? ¡Ay, amor, cómo me has puesto! ¡Ah! (*Se dirige a abrir el balcón a tiempo que entra Eduardo.*)

ESCENA VIII

CIRILO, EDUARDO *en traje de artesano*

CIR. *volviéndose a Eduardo.*—Caballero, perdone usted, yo no he tenido.... (¿En dónde he visto yo esta cara? Y para ser el papá está bastante bien conservado).

ED.—(Este debe ser de la servidumbre, aunque por su facha, más parece un ladrón de gallinas). ¿Está en casa tu patrón?

CIR.—(Ah, ya caigo! Es el futrecito de esta mañana, el pololo de Dionisia. ¡Qué dichosa casualidad! Ahora le doy un susto y no no tiene más remedio que aflojar la pepa.)

ED.—(Cómo me mira este imbécil! ¿Sí sospechará a lo que vengo?) Vamos ¿no has oído? ¿Está en casa tu patrón?

CIR.—(Pero ¿por qué anda ahora en esta traza?) Oiga usted... ¡¡yo soy su hermano!! (*Gritándole casi al oído.*)

ED.—¿Tú? ¿Mi hermano?

CIR.—Nó, señor: el hermano... de mi hermana, y no se haga usted de las monjas.

ED.—(¿Será algún escapado de la casa de Orates?) Vamos, hombre, explícate: ¿a qué hermana te refieres?

CIR.—¿A cuál ha de ser? A la mía. ¿Acaso tengo otra?

ED.—¿Yo qué sé de tus líos de familia?

CIR.—Ea, basta de disimulo. ¿No conoce usted a mi hermana y *pololea* con ella públicamente?

ED.—(¡Dios mío, hermano de Elvira este pobre diablo!) ¿Tú... es decir, usted, es su hermano? (*Mirándole de alto abajo.*)

CIR.—Sí, señor. ¿y eso qué? ¿Le choca a usted mi traje? Es claro: ella tan peripuesta y yo como un mendigo... Tiene razón para no reconocerme como pariente. ¿Y qué culpa tengo yo?

ED.—(Debe de ser verdad, porque a pesar de su facha no se expresa mal. Aquí debe de existir un drama de familia.) Vamos, perdone usted, amigo mío, mi rudeza de hace un instante. Sí, confieso que galanteo a su hermana, pero es con buen fin ¿sabe usted?

CIR.—Tanto mejor. ¿Piensa usted casarse con ella? Porque aunque ella aparente desconocerme, yo debo velar por la honra de la familia. ¿me entiende usted?

ED.—Sí, sí, descuide usted, yo no soy un mal sujeto, y lo dicho, dicho: me casaré con ella. Creo que no habrá obstáculos.

CIR.—Ninguno, créamelo usted. Por lo demás, la chica es juiciosa, honrada y trabajadora. Usted va a pedir su mano y no le pesará, porque tiene unas manos...

ED.—Sí, ¿eh?

CIR.—¡Qué platos!

ED.—(¡Diablos! ¿tan grandes las tendrá?)

CIR.—Fabrica unos guisos que es para chuparse los dedos.

ED.—Es una buena recomendación. (*Sonriendo.*)

CIR.—¿Recomendaciones? Las tiene excelentes, de todas las personas que han ocupado sus servicios.

ED.—(*Extrañado.*) Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Qué enredo es éste?

CIR.—No se haga usted de nuevas, querido cuñado, y venga un abrazo. Se lleva usted una muchacha que vale un Perú. (*Le abraza, mientras Eduardo hace gestos de extrañeza*).

ED.—(Esto me da mala espina. Pero yo desenredaré esta madeja, no sea que vaya a caer en alguna trampa.)

CIR.—Y ahora en confianza ¿tiene usted por ahí algo de...? (*demostración de dinero con el índice y el pulgar.*) Como puede decirse que es usted ya de la familia, no tengo vergüenza en manifestar que ando así, escaso de fondos...

ED.—(Me gusta la frescura! Sin embargo, me conviene tener a este bellaco de mi mano, porque me puede servir). Tome usted (*pasándole algunos billetes*) y excuse la cantidad. No traigo en este momento.

CIR.—(*Guardándose el dinero.*) (Sota en puerta. Esto es lo que se llama un pariente rumboso.) Gracias, querido cuñado: ya devolveré a usted esta friolera. (Puedes esperar hasta el día del juicio.)

ED.—Pero ¿no hay nadie más que usted en esta casa?

CIR.—Llame usted a esa puerta. (*señalando la de la izquierda.*) Lo que es yo me retiro: ya he hablado con mi hermana. (Volveré más tarde a arreglar cuentas con ella. Por lo pronto, tengo ya bastante para poner a las patas de la sota.) Vaya, adiós, querido.... ¿Cómo se llama usted?

ED.—Eduardo.

CIR.—Hasta luego, querido Eduardo. (*Le da la mano.*) Ya nos veremos con frecuencia. (Con más frecuencia de la que tú te figuras. He encontrado aquí hermana, mujer y cuñado. Si estoy diez minutos más en esta casa me brota una media docena de hijos.—Sota en puerta!) (*Vase silbando un aire callejero.*)

ESCENA IX

EDUARDO, *luego* ELVIRA

ED.—Tipo más raro! ¿Y qué habrá de verdad en todo lo que me ha dicho? ¿Será realmente hermano de Elvira? ¿Qué sombrío misterio encierra esta casa?

ELV.—*Por la izquierda*:
(¡Ya está aquí! ¡Virgen bendita, ármame tú de valor!)

ED.— ¡Ella! ¡Palabra de honor, nunca la vi tan bonita!)

ELV.— (Le noto así... vacilante... ¿Le habré parecido fea?)

ED.— (¡Lástima grande que sea hermana de ese tunante!)

ELV.— (¿He de hablarle yo primero.)

ED.— (Hombre ¿será sordo-muda? Voy a salir de la duda:) Señorita...

ELV.— —Caballero...

ED.— Es mi deber comenzar implorando su perdón...

ELV.— (Es querer la absolución aún antes de confesar.) Ya está perdonado usté. ¡(Confesor más complaciente...!)

ED.— ¿Le entregó a usted la sirviente el recado que la envié?

ELV.— ¿Un recado de usted a mí?

ED.— Me tomé esa libertad.

ELV.— ¡Bien reprensible, en verdad.

ED.— Reconozco que fué así. Pero a mi audacia la abona la intención que la dictó. ¿Le ha recibido usted?

ELV.— No. —

ED.— (¡Me ha *fregado* la fregona!) Si el billete se ha perdido debo explicarme, y espero...

ELV.— Es inútil, caballero: Conozco su contenido.

ED.— (¡Me quita un mundo de encima!) En todo caso no atino..

ELV.— El billete erró el camino... y lo recibió mi prima.

ED.— ¡Pero eso no puede ser! ¡Pero si eso es imposible! ¡Si no era para esa horrible pesadilla hecha mujer!

ELV.— Caballero, le prohibo que en tal forma se permita...

ED.— Perdone usted, señorita, mi entusiasmo... negativo. Mas, si sufrió la criada tan grave equivocación ¿no me encuentra usted razón si enmiendo su... inocentada? ¿No es justo mi desconsuelo al ver que la suerte esquiva tuerce el rumbo a una misiva que iba dirigida al cielo, y que una mano indiscreta la haya profanado por...

ELV.— Por culpa del portador, que equivocó la estafeta. (*Sonriéndose*).

ED.— Pero, acabe esta cuestión, que es pueril que así me queje. Es hora ya de que deje hablar a mi corazón.

ELV.— (No sé qué impresión me altera de zozobra y regocijo. Y va a decirme, de fijo, lo que hace poco escribiera.)

ED.— (*con pasión*)
¡Elvira, adorada Elvira,

no sé qué pasa por mí,
que me miro junto a ti...
y me parece mentira!
Tal vez mi vista embriagada
no admite que puedas ser
la misma que vió hasta ayer
al través de la calzada.
¡Si a los modos adoquines
pudieras interrogar,
cuál te habrían de contar
mis amorosos trajines!
No diez, semanas son,
lo confieso sin sonrojos,
las que pasé con los ojos
puestos en ese balcón.
Cuando tu mano entreabría
sus hojas por un instante
y asomaba tu semblante
detrás de la celosía,
¡Oh visión encantadora!
cual si surgieras del orto,
en ti saludaba absorto
la aparición de la aurora.
Pero, cuando indiferente
cerrabas la celosía,
era para mí que huía
el sol por el occidente,
que ora al dejarte admirar,
ora al desaparecer,
para mí llegaste a ser
el celeste luminar.
Hoy de cerca desafío
la luz de tus ojos gayos.
¡Quiero abrasarme en sus rayos
antes que morir de frío!

ELV.— Todo en sus frases acusa
al poeta. ¡Qué lirismo!

ED.— De ti recibo el bautismo,
puesto que tú eres mi musa.

ELV.— Y dijo, ¿cuando mi prima
miraba, y no yo, hacia afuera?

ED.— Era peor que si me hubiera
caído un chubasco encima.

ELV.— Ja, ja, ja, pobre Narcisa!
¿No le tentaba a usted... ni eso?

ED.— ¿Tentarme? Sí, lo confieso:
me tentaba... de la risa.
Pero apartemos, mejor,
este asunto baladí.
¿No es más agradable dí,
que hablemos de nuestro amor?
Digo *nuestro*, y digo mal,
que aún no sé si hay en tu pecho
algo que me dé derecho
para expresarme en plural.

ELV.— (Quiere aclarar la cuestión
gramaticalmente. ¿Y bien?
A mi vez pondré también
la gramática en acción.)
Pues... del sustantivo... vamos,
el que usté y yo discutimos,
si en género diferimos...
en número concordamos.
(*Con coquetería*)

ED.— ¡Y es *amor* el sustantivo!
¡Y *amar*, el verbo inmortal!
¡Un hurra por el plural
del presente indicativo!
(*La abraza*)
Veo en mi dicha llegar
el galardón a que aspiro,
y ya junto a ti me miro
de hinojos ante el altar.

ELV.— De prisa vas. (Huy, qué loca;
lo he tuteado!)

ED.—(*sonriendo*). Mi deseo
colmaste, que ese tuteo
me sabe a gloria en tu boca.

ELV.— Tengamos formalidad.
Si tú me amas....

ED.— Duda es esa..

ELV.— Yo estoy convicta y confesa
de la reciprocidad.

ED.— ¡Oh, Dios...! (*quiere abrazarla*)

ELV.— —¡Quieto, o alboroto.

ED.— Bueno, no me moveré
de aquí, aunque supiera que...
va a venir un terremoto.

ELV.— ¿Cuál va a ser el desenlace
de esta mutua simpatía?

ED.— ¿Que cuál va a ser, vida mía,
el desenlace? ¡El enlace!
¡Dueño soy de mi albedrío,
gozo de cierta fortuna....
No creo que haya ninguna
dificultad....

ELV.— ¿Y mi tío?

ED.— ¿Crees tú que pueda poner
tropiezos a nuestra dicha?

ELV.— No sé, mas, si se encapricha,
bien pudiera suceder.

ELV.— El fué de mi orfandad
noble y cariñoso amparo.
Jamás fué conmigo avaro
de su generosidad.
He crecido en la quietud
de este asilo que respeto.
Su dueño tiene completo
derecho a mi gratitud.
¿Y no es dable que se aflija
al ver que, en brazos amantes,
esta casa abandone antes
su sobrina que su hija?
¿Acaso tengo derecho
a infligirle tal pesar
si con esto he de mostrar,
la ingratitud de mi pecho?

ED.— De tu afecto sin quebrantos
el linde transponer quieres,
ya que a afligirle, prefieres
quedar para vestir santos.
Ello es muy digno de loa,
¿pero es que llevas tú encima
la culpa de que tu prima
sea un mascarón de proa?

ELV.— Pero, mi tío...

ED.— —¡Dios mío,
dejémosle donde está,
porque esto, hija mía, ya
parece el cuento del tío!
Aunque tu tío arme un lío
me he de salir con la mía.
Si él dice que ¡no hay tutía
Yo digo que ¡no hay tu tío!

(*Se sienten pasos en el foro*)

ELV.— ¡El es! No se me despintan
sus pasos.

ED.— —Aquí lo espero.

Vamos a ver si es tan fiero
el león como lo pintan.

. . . . . .

ESCENA X

Dichos y don Pío

Pío.—Uf, vengo deshecho! El temor de llegar atrasado.... (*Reparando en Eduardo*). (Ya está aquí mi profesor. Se habrá aburrido esperándome.) ¡Hola, buenos días! (*A Eduardo.*)

Ed.—Muy buenos días. (Tiene trazas de ser un bendito.)

Pío.—¿Mucho he hecho esperar a usted?

Ed.—Eh! poca cosa. (¿Por quién me habrá tomado?)

Elv.—(¿Con quién lo confundirá?)

Pío.—Pero mi sobrina le habrá dado a usted un poco de conversación. ¿Verdad, niñita?

Elv.—Sí, tío; hemos conversado un poco con este caballero. (Supieras tú de lo que hemos conversado...)

Pío, *confidencialmente a Eduardo.*—Le estaría usted enseñando la lengua.

Ed.—¿Eh?... ¿Yo?... ¿La...?

Elv.—(¿Qué le dirá en secreto?)

Ed.—(A este viejo le falta un tornillo).

Pío.—Sí, hombre, sí, y muy bien hecho. No hay que descuidar la propaganda.

Ed.—(¿Qué querrá éste que propague yo? Como no sea la especie....)

Pío.—Vuelvo a pedirle excusas por la espera. Pero esos malditos tranvías ¿quién cuenta con ellos? Una cada veinte minutos, y para eso, los pasajeros van sentados hasta en el moño de la cobradora. Coches, ni para remedio. En fin, ya estoy aquí, aunque molido por el trote que he traído por esas calles. Pero, tome usted asiento don... ¿su gracia?

Elv.—(Hacer el amor a hurtadillas.)

Ed.—Eduardo Fernández.

Elv.—(Ni siquiera sabía su nombre).

Pío.—Siéntese usted, señor Fernández. (*Se sienta y Eduardo hace lo propio.*)

Elv.—(No comprendo una palabra, pero me retiro, por lo que pueda venir.) Tío, con permiso, voy dentro.

Pío.—Anda, hijita, anda.

Elv.—Caballero.... (*saludando a Eduardo*).

Ed.—Señorita... (*Id, a Elvira. La sigue con la vista hasta que desaparece por la izquierda.*) (Se marcha, y me deja a solas con el tío... que sabe Dios qué clase de tío será.)

ESCENA XI

Dichos, menos Elvira

Pío.—Pues sí, amigo mío, estoy resuelto. Tal vez usted extrañará que a mis años se me haya ocurrido esto, y pensará en una chifladura. No hay tal. En primer lugar, no soy tan viejo: sesenta años no cumplidos y a los sesenta años puede uno aspirar todavía... ¿No le parece a usted?

Ed.—(¡Qué oigo! ¿Si esta momia querrá casarse con su sobrina? He aquí por qué Elvira me decía que...)

Pío.—Pero, ¿no me responde usted nada?

Ed.—Ah, sí! Pensaba.... reflexionaba.... que tal vez sería mal visto...

Pío.—Ya lo sé. Mis amigos se burlarían de mí. Justamente por eso quiero llevar la cosa con el mayor sigilo.

Ed.—(¡Un matrimonio secreto! ¡Y tal vez abusando de los generosos sentimientos de esa criatura, de su gratitud....)

Pío—Y espero que usted me ayudará a guardar el secreto.

Ed.—(¡Es demasiado!) (*Levantándose bruscamente*) ¡Pués, mi señor, se equivoca usted! Yo no puedo ser cómplice suyo en semejante iniquidad!

Pío.—*Levantándose también.*—Hombre, toma usted la cosa demasiado a pechos. Si no es para tanto! Si usted se empeña, daremos la noticia a algunos de mis amigos, entre los cuales creo que también hay algunos aficionados...

Ed.—(¡Este hombre me quema la sangre!) Pero ¿está usted en su juicio, caballero, o trato con un....

Pío.—Eh! (*Amostazándose y alzando la voz*) poco a poco, que estoy en mi casa, y no permito... (Esto no es un hombre: es un polvorín). Vamos a ver ¿qué es lo que le incomoda a usted? Le propongo llevar el asunto en silencio, y protesta furioso; me resigno a hacerlo público, y coge el cielo con las manos. ¿Y qué le importa a usted, después de todo, si cabalmente le voy a pagar para eso, para hacer mi voluntad?

Ed.—¡Oh, esto ya pasa de raya! ¡Comprarme a mí. Retire usted ese insulto, o bien.... (¡No sé cómo me contengo y no le revuelto las narices!)

Pío, *fuera de sí.*—Pero ¡con veinte mil de a caballo, ¿no es usted el profesor?

Ed.—¿El profesor? ¿Qué profesor? (*Con extrañeza.*)

Pío.—¡Otra! ¡El profesor de esperanto, que debía presentarse aquí precisamente a esta misma hora!

Ed.—(¡Me he lucido! Y ahora, ¿cómo salgo yo de este berenjenal?) En efecto, soy... (Mentira, no soy) justamente... yo... eso es... y usted perdone si..... (Estoy acabando de echarla a perder.)

Pío.—(¡Hum! Este es tan profesor de esperanto como yo capuchino. Entonces ¿qué habrá venido a hacer a mi casa? Ya lo sabré.) Bien, pues entonces venga usted conmigo a mi escritorio y hablaremos. Aquí no nos dejarían mucho rato en paz. (*Se dirige al foro.*)

Ed.—Como usted guste. (¡Y yo que creía que trataba de casarse con Elvira! Buena la he hecho. Ahora no sé cómo me las voy a componer para salir de este atolladero. Es, de alguna manera ha de ser.)

Pío.—¿Viene usted?

Ed.—Voy, voy.

ESCENA XII

DIONISIA, *luego* NARCISA

DION., *entrando por el foro.*—Le he visto encerrarse con el patrón en el escritorio. A pesar de que viene muy menos futre que esta mañana, le he reconocido por el lunar de pelos. (*Pausa*). Como el patrón se entere de que le pololea a su sobrina, y de que yo ando en el enjuague.... se arma aquí una pelotera ¡Jesús María! (*Pausa*). ¿A qué se habrán encerrado allí?

NARC. asomándose cautelosamente por la izquierda.—Apenas me atrevo a salir.... ¿Si conseguiría escapar a tiempo? No hay nadie... Ah! ¡Dionisia! (En voz baja).

DION.—¿Señorita?

NARC.—¿Se marchó ya?

DION.—¿Quién?

NARC.—El ... mi novio. (Estoy segura de que ésta fué la que trajo la carta.)

DION.—Su... (Ah, es verdad! Esta es otra novia en candelero. ¡Señor, la que se va a armar aquí si el diablo tira de la manta!)

NARC.—¿Qué me dices?

DION.—Que en este momento está con el patrón.

NARC, *avanzando a la escena.*—¡Con mi papá! Sin duda se ha visto sorprendido y no ha tenido más remedio que pedirle mi mano en el acto.

DION.—(Como si lo estuviera viendo).

NARC.—¡Ay, Cirilo!

DION.—¿Se llama Cirilo?

NARC.—Sí; es un nombre muy poético.

DION.—(¡Qué casualidad! Lleva el mismo nombre de ese tarambana de mi hermano. Como se le parezca también en las hazañas, tu primita va a hacer un pan como unas hostias.)

NARC.—¿Qué dices?

DION.—Yo, nada.

ESCENA XIII

Dichas y Don PIO

PIO, *desde el foro.*—Lo he cogido. No sabe palote de esperanto, esta es la verdad. Ya lo había sospechado yo.

NARC.—Aquí viene papá.

DION.—(Va a descubrirse el pastel. Yo esquivo el bulto, p r lo que pu da (ronar.) (*Vase por el foro.*)

PIO.—Pero, señor ¿qué demonios habrá venido a hacer este hombre a mi casa?

NARC.—(Habla de Cirilo. ¿No se habrá atrevido a manifestarle?...)

PIO.—Como no haya venido a enamorar a mi....

NARC.—Papá... (*Con mimo ridículo.*)

PIO, *volviéndose.*—¿Eh? ¿qué quieres tú?

NARC.—Perdónele usted, papá. Ha venido por verme, porque me ama, y ha adoptado ese disfraz para poder entrar en casa con cualquier pretexto.

PIO.—¿Conque esas teníamos? (Pues, no le alabo el gusto).

NARC.—Sí, papá, no es lo que parece: pertenece a una distinguida familia, y como me adora...

PIO.—(¿Pero ese hombre no tiene ojos en la cara...)

NARC.—Me escribió una carta ternísima, apasionada, pintándome su amor.... y yo.... ¿qué iba a hacer? También le amo.

PIO.—Es claro. (No faltaba más si no que se hiciera la regalona.)

NARC.—Vamos, papá, sea usted bueno. ¿Le concederá usted mi mano?

PIO.—¡Ya lo creo! (Como que si no te embarco en ésta...) Pero se traía tan desesperados propósitos...

NARC.—¡Oh, papá! Desesperados... (*quejoso*).

PIO.—Perdona, no sé lo que me digo. Si traía tales intenciones ¿a qué andarse por las ramas?

NARC.—Es que como es tan corto de genio...

PIO.—(Sí, y de vista.) Bueno, voy a traértelo. Le he dejado un momento en mi escritorio. (*Dirigiéndose al foro.*) ¡Vaya con el mocito! Cualquier día me iba yo a figurar....

ESCENA XIV

NARCISA, *luego don* PIO *y* EDUARDO

NARC.—¡Qué bueno es mi papá! Y yo que creía que iba a poner obstáculos a mi felicidad. ¡Qué contenta estoy! Ahí vienen. ¡Cómo me salta el corazón!

PIO, *que trae a Eduardo cogido de una oreja.* —Venga usted acá, picaronazo, venga usted acá. ¿Conqué venía usted por la chiquilla y no quería soltar prenda? ¡Ah, pillo! Ea, ahí la tiene usted. (*Lo empuja hacia la izquierda, donde está Narcisa.*) Y ahora, arrullarse con toda confianza, que yo doy mi permiso.

(*Narcisa, que ha dado la espalda a los dos, se vuelve en este momento y queda frente a frente a Eduardo. Ambos se contemplan un instante con el más cómico asombro. D. Pío permanece cerca del foro con los brazos cruzados.*)

ED.—(¡Horror, es el espantajo de la prima!)

NARC.—(¡Cielos! ¿quién es este hombre?)

PIO.—(Mi presencia los cohibe. Y la verdad es que estoy demás entre este par de tórtolos). (*Se encamina al foro.*)

NARC.—¡Papá!

ED.—¡Caballero!

PIO.—¿Eh? ¿Qué se les ofrece ahora?

NARC.—¡Que no es él.

ED.—¡Que no es ella!

NARC.—¡Esta es una burla! (*Lloriqueando.*)

ED.—¡Este es un fraude! (*Indignado.*)

NARC.—¡Una mofa cruel!

ED.—¡Un engaño atroz!

PIO, *que ha mirado alternativamente a los dos a medida que hablaban:*) ¡Por los clavos de Cristo! ¿se explicarán ustedes alguna vez? ¿qué demontres es lo que pasa?

NARC.—¡Que yo creía que era el otro!

ED.—¡Y yo creía que era la otra!

PIO.—Pero ¿quién es el otro y quién es la otra, por María Santísima?

NARC.—¡Cirilo!

ED.—¡Elvira!

PIO.—Elvira... Cirilo.... ¿Luego usted venía por mi sobrina? (*A Eduardo.*)
ED.—Naturalmente. Usted no podía suponer que... (*Mirando intencionadamente a Narcisa.*)
PIO.—(Claro, yo no podía suponer que...) (*Id.*)
NARC. a EDUARDO.—Ni usted tampoco podía suponer que... (*Airada*).
PIO.—¿Y de dónde has sacado tú a ese dichoso Cirilo? (*A Narcisa.*)
NARC.—Espere usted. Yo he de poner en claro esta tramoya indigna. (*Vase foro.*)

ESCENA XV

Don PIO, EDUARDO

PIO.—Uf, tengo la cabeza como un bombo con todas estas historias! Por lo visto, en esta casa se ha desarrollado una verdadera epidemia de matrimonios. Habrá que fumigarla, porque de lo contrario, hasta yo mismo puedo pescar el contagio.
ED.—(A la vejez viruelas...) Oiga usted, yo tengo una punta de la madeja.
PIO.—¿Sí? Entonces, ya puede usted irse a la punta... de la madeja.
ED.—Allá voy. El caso es que el billete que yo me permití enviar a su sobrina de usted, cayó, debido a no sé que circunstancias, en manos de su hija de usted, la cual lo estimó dirigido a ella, gracias a la vaguedad de la dirección. Y de ahí resulta el lío presente.
PIO.—Pues, quedo tan enterado como antes.
ED.—¿Cómo es eso?
PIO.—Es claro: ahora falta saber por qué y por dónde sale a bailar el cerero ése.
ED.—¿Qué cerero?
PIO.—El novio de mi hija.
ED.—Dirá usted el Cirilo.
PIO.—Lo mismo da.
ED.—Ella ha prometido averiguarlo. Esperemos.
PIO.—Entretanto, vamos a efectuar un careo que puede darnos alguna luz en el asunto. ¡Elvira! ¡Elvira! (*Asomándose respectivamente a las puertas de la izquierda y del foro.*)
ELV. *adentro.*—¡Tío!
ED.—(¡Señor! ¿qué intringulis será éste. Si el dichoso Cirilo será el... Nó, nó, no puede ser).

ESCENA XVI

Dichos, y ELVIRA *por la izquierda*

ELV.—¡Aquí estoy, tío.
PIO.—Oye ¿sabes tú que este caballero viene a pedir tu mano?
ELV.—El derecho...
PIO.—No, la derecha.
ELV.—Digo que el derecho de contestar corresponde a usted.
PIO.—¡Esta es buena! ¿Es que soy yo quien se va a casar con él?
ELV.—Pero mi voluntad es la suya, tío, y jamás consentiré...
PIO.—¡Basta de tonterías! ¿Te gusta él a tí? ¿Le gustas tú a él? ¿Sois dignos el uno del otro? Pues, a casarse, y a tener hijos para la patria....
ELV. *confundida.*—¡Tío Pío!
ED.—¡Tío pisísimo!
PIO.—¡Eso, eso es! Soy un tío, ya lo sé, pero también soy Pío, de nombre y de condición. Soy Pío en toda la extensión de la palabra. ¿Creíais que mi chifladura por la ciencia había secado en mí corazón las fuentes del... de la... de... Nó, no sirvo para hacer discursos. Ea, venga un abrazo.
ELV. y ED. *abrazándole.*—¡Querido tío!

ESCENA XVII

Dichos, NARCISA *y* DIONISIA *por el foro*

NARC.—¿Era éste? (*A Dionisia, señalando a Eduardo.*)
DION.—El mismo.
NARC.—Pero no es Cirilo.
DION.—Eso no es cuenta mía.
PIO.—¡Por las once mil vírgenes! ¿le hallaremos al fin la punta a este ovillo? ¿Quién es ese Cirilo, a quien Dios confunda? (*A Dionisia.*)
DION.—Yo no sé nada.
NARC.—¡Dios mío, yo me vuelvo loca!
PIO.—Creo que ya lo estás. Y tú ¿qué sabes de ese novio duende? (*A Elvira*).
ELV.—Que no estoy mejor enterada que los demás.
PIO.—¡Esto es para perder la cabeza!

ESCENA ULTIMA

Dichos y CIRILO

CIR. *por el foro, como buscando algo.*—¡Adiós, congrio mío! Ya pierdo la esperanza de dar contigo.
NARC.—*Abalanzándose a él.*—¡Al fin, Cirilo mío! (*Todos se vuelven*).
DION.—(¡Mi hermano!)
CIR.—(Hombre, si es mi novia!)
NARC.—Papá, te lo presento. El es.
ED. a ELV.—¡Tu hermano!
ELV.—¿Qué dices? (*Extrañada.*)
DION.—(Aquí se va a armar el *boche padre.*)
PIO a NARC.—¿Pero estás loca, mujer? ¿Tu novio este títere?
CIR.—¡Caballero...! (No hay duda: aquí me linchan.)
NARC.—Papá, considera que ese traje es un disfraz.
PIO a CIRILO.—¿Quién es usted? ¡Responda!
DION.—Mi hermano.
ED., PIO, NARC.—¡Su hermano!
ED.—Ahora me lo explico todo.
ELV.—¿Qué farsa es ésta? (*A Eduardo.*)
ED.—Ya te lo contaré despacio.
PIO.—¿De modo que usted, miserable, se ha

valido de su parentesco con esa muchacha para introducirse en mi casa y seducir a mi hija?

ED. a ELV.—¡Vaya una conquista!

ELV. a ED.—Y un conquistador!

CIR. a PIO.—Caballero, poco a poco: es ella quien me ha hecho el amor a mí.

DION. a PIO—Señor, yo estoy inocente de todo, y ya se lo explicaré a usted. (*Cirilo la mira con aire amenazador.*)

PIO a NARC.—¡Hija mía, has querido manchar las pocas canas que le quedan a tu padre!

NARC.—¡Ay, me muero! (*Finge desmayarse y don Pio la sostiene.*)

DION., *aparte a Cirilo.*—¡Aprisa, lárgate; o dejas aquí el pellejo!

CIR.—Pero esa mujer, que me adora...

DION.—Es una loca, una loca furiosa, y en cada acceso que le da, es capaz de extrangular a un toro.

CIR.—¡Adiós! (*Vase corriendo por el foro.*)

DION.—(Pasó el nublado.)

NARC. *volviendo en sí.*—¿Se ha marchado?

PIO.—Sí, y creo que no te quedará gana de volver a las andadas.

NARC.—Voy a entrar a un convento. (*Vase por la izquierda.*)

ED. a ELV.—Ya era hora.

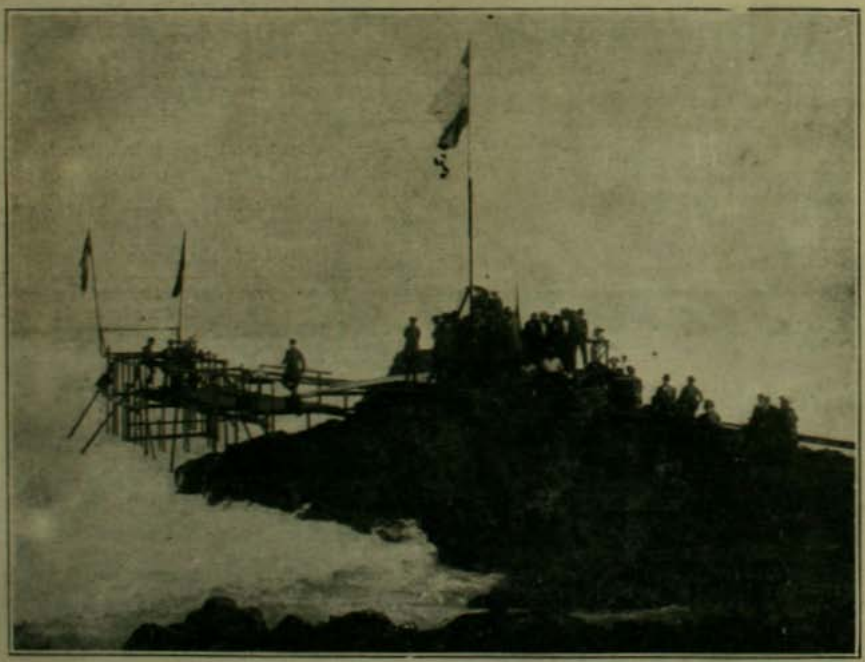
ELV.—¡Pobre prima!

PIO a DIONISIA.—Y tú, vete adentro. Ya ajustaremos cuentas.

DION.—(Ya no hay peligro). (*Vase foro.*)

PIO, *al público*:

La comedia, señores,
ha terminado.
Con que si les parece
venga un aplauso.



La "Bomba Marítima", instalada en la playa de Antofagasta

Feliz ensayo de una vieja tentativa

UNA BOMBA MARINA NACIONAL

Si dijéramos que puede llevarse agua de mar a cierta altura con el impulso que nace del mismo oleaje, muchos sonreirían recordando la vieja utopía del movimiento perpetuo; el mito de la serpiente que se muerde su propia cola. Pero si presentamos el testimonio de un público numeroso entre el cual no faltaban las personas ilustradas y aún profesionales, y agregamos el testimonio todavía más evidente de la información gráfica para demostrar que en Chile acaba de hacerse algo serio en esta materia, es posible que el escepticismo general apague su sonrisa y abra más los ojos.

En efecto, a fines del mes pasado se procedía en Antofagasta a la prueba oficial de una máquina hidráulica basada sobre el principio de la fuerza del oleaje como único motor. El inventor es un artesano chileno, el señor Julio Arce Ramírez, que ha dedicado gran parte de su vida a poner en práctica sus ideas sobre el importantísimo problema de la "energía automática" por decirlo así. La instalación hecha en la playa de Antofagasta, gracias a la cooperación pecuniaria de un hombre entusiasta, tiene capacidad para elevar el agua contenida en tres cañerías de tres pulgadas cada una, a una altura no menor de diez metros. Ensanchadas proporcionalmente las instalaciones, el inventor espera poder elevar un caudal suficiente de agua de mar a 80 metros de elevación, con el fin de proveer a la alimentación de los servicios de alcantarillado de los pueblos del norte, al riego de sus calles, a las necesidades industriales, solucionando de una vez tantos problemas que afectan al progreso y a la salubridad de la región costera del norte del país.

Las pruebas realizadas manifiestan un estudio serio de las dificultades mecánicas que hay que vencer para llegar al aprovechamiento de la fuerza marina. El invento ha llegado al punto preciso en que su éxito final depende del apoyo que encuentre entre los capitalistas.

El inventor es pobre, no hay para qué repetirlo. Pero esto del aspecto comercial de la cuestión no nos atañe. Preferimos interesarnos en la forma cómo las autoridades de las poblaciones del norte, sus municipalidades, hayan tomado esta promesa de hacer cesar la amenazadora situación en que permanecen agrupaciones tan importantes, sin el recurso salvador del agua abundante y barata para sus servicios higiénicos.

Las tres cañerías, funcionando

Son entonces las municipalidades las que debieran en primer lugar interesarse en dar vida al invento nacional, auxiliando al inventor en la implantación de sus maquinarias en grande escala.

Los velos caen: dos jóvenes otomanos se han descubierto la cara para una colecta de caridad

Valle de Putre

Algunas Características Interesantes del Clima de Chile

Por J. B. C.

Ilustraciones fotográficas

Los textos de geografía y los libros de viaje repiten con uniformidad pasmosa ciertas afirmaciones sobre el clima de nuestro país, que pasan por incontrovertibles aforismos.

Pocos chilenos dejan por otra parte de comulgar con tales supuestas verdades y ello no es raro: porque hasta estos últimos años, el clima que es entre todos los factores naturales de riqueza, el de mayor importancia práctica, no ha sido objeto entre nosotros de ningún trabajo de conjunto. Por eso no dudo que los hechos que voy a recordar, interesarán profundamente a los lectores de "Pacífico".

Chile se extiende entre los paralelos 17.° y 56.° de latitud austral. Geográficamente se designa con el nombre de zona tórrida la comprendida entre los trópicos, esto es entre el paralelo 23.° 30′ de latitud norte y el paralelo 23.° 30′ de latitud sur. Las provincias septentrionales de Chile: Tacna, Tarapacá y la mayor parte de Antofagasta, están pues incluídas en este sentido, dentro de la zona tórrida. El trópico de Capricornio pasa exactamente por sobre el morro Moreno, aquel cerro sombrío y de formas regulares que guarda la entrada de la bahía de Antofagasta. El resto del país pertenece a la zona templada austral.

Muy pocos se dan cuenta del enorme desarrollo de Chile en el sentido de la latitud. Si nuestro país estuviera situado en el Viejo Mundo, alcanzaría desde Edimburgo, en la fría y nebulosa Escocia, has-

ta las playas ardientes de la Senegambia. En Norte-América el territorio de nuestro país cubriría todo el espacio comprendido entre las tierras polares del Labrador hasta la isla de Jamaica.

Los que conocen estos hechos únicamente por el mapa se imaginan que Chile debe contener casi todos los climas de la tierra. En efecto, por lo que al calor y al frío respecta, la Jamaica goza al nivel del mar de una temperatura media de 26.° que es típicamente ecuatorial, y el Labrador está por el mismo concepto en condiciones análogas a las de los casquetes polares.

Así Hoffenthal, cuya latitud es la misma que la del archipiélago fueguino, sólo alcanza una temperatura media de cinco grados bajo cero. La diferencia entre ambas estaciones es tan grande como la que existe entre Guayaquil y la Groenlandia, entre el Ecuador y el Polo.

En Chile no existen tales contrastes. Arica que se encuentra en la misma latitud que la Jamaica, y al nivel del mar sólo alcanza una temperatura media de 18.° 6', análoga a la isla de Sicilia en Europa, en cuanto el grado de calor, en tanto que Punta Arenas tiene la temperatura media de Berlín, ciudad situada más o menos en su propia latitud.

Todo el mundo ha oído hablar de la corriente de Humboldt que baña las costas de la América del Sur, y que viniendo del polo, refresca, según se dice el clima de todo Chile. Esto último es un error: el clima de Chile solo es más fresco de lo que corresponde a su latitud, en la parte septentrional y central; más al sur de la isla de Chiloé la acción de la corriente de Humboldt es muy débil en ese sentido, y es nula ya en las vecindades del estrecho de Magallanes. Podría decirse que aquel mismo río de aguas polares, refresca tanto más el clima, cuanto más cerca llega del Ecuador. Por eso la diferencia entre la temperatura media de Arica con la de Punta Arenas, es solo de 12° centígrados.

Tampoco es efectivo que aún en las provincias del norte y del centro la acción de la corriente alcance a todo el ancho del territorio de la República. Muy lejos de eso: solo las partes más vecinas a la costa están influenciadas por las aguas frescas del Océano. A muy pocos kilómetros hacia el interior de las tierras, el clima de Chile es independiente, en cuanto a su temperatura de la corriente de Humboldt.

La mayor parte de los observatorios metereológicos de Chile están situados no solo en la zona litoral, sino en la inmediata vecindad del mar, instalados como se encuentran principalmente en los faros. Falsifican pues en cierto sentido la verdadera temperatura del país, porque ya a pocas cuadras tierra adentro, el clima varía por completo.

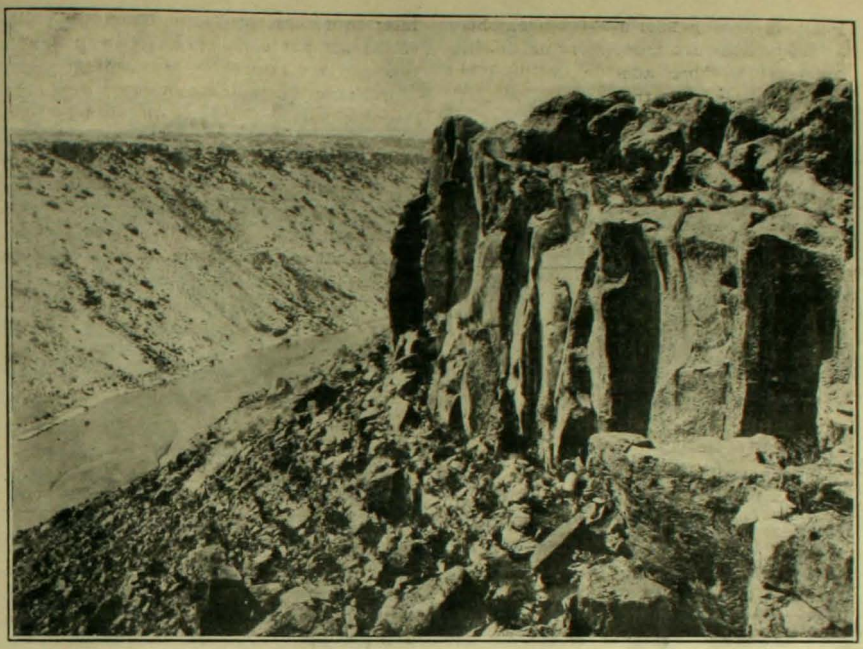
Nada hay en el mundo a orillas del mar de más parejo y suave que la temperatura de la región litoral de Chile. Puede decirse que en ella no hay verano, ni invierno. Se sabe que en la latitud de Santiago y Valparaíso la uva no recibe bastante calor para madurar en la inmediata vecindad del mar. En cambio, el invierno es tan dulce que en Viña del Mar, por ejemplo, se cultivan al aire libre casi todas las plantas de adorno de los trópicos.

Y sin embargo Viña del Mar goza de verano más fresco que los de Edimburgo. Es cierto que para encontrar sus inviernos habría que irlos a buscar en Europa a la Sicilia.

En todo el mundo la diferencia entre el mes más frío y el más caliente crece con la latitud. Junto al Ecuador no hay verano ni invierno, en tanto que en las vecindades de los polos, se experimentan tremendos contrastes de temperatura. Para no citar sino ejemplos de localidades situadas junto al mar, recordaremos que en la isla de Jamaica, cuya latitud es la de Arica, el mes más cálido goza de una temperatura media de 27.8 grados y el más fresco de una de 24.4 grados. En cambio, en el Labrador, la temperatura de Enero es de 12°.3 grados sobre cero y la de Julio de 24 grados bajo cero. La diferencia es de 3.4 grados en el primer caso y de 36.3 grados en el segundo.

Nada de parecido se observa en Chile. La diferencia entre el verano y el invierno es casi exactamente la misma en Arica y en el Cabo de Hornos.

Si la corriente de Humboldt no ejerce su acción sino dentro de una estrecha zona litoral ¿cómo es, se preguntarán algunos, que no existen en Chile, ni aún dentro de los trópicos localidades cuyo cli-



Valle del Maury

ma pueda compararse por lo ardiente, con el de países situados en análoga latitud?

La respuesta a esta pregunta es muy sencilla. El territorio de Chile, sobre todo en las provincias del norte y del centro presenta un desnivel muy considerable. Ahora bien, es un hecho conocido que la temperatura media de un lugar baja con la altura, y por eso en todas las latitudes y en el Ecuador mismo, las montañas se encuentran cubiertas de nieves perpétuas, más arriba de cierto nivel.

Es en los pocos valles bajos que existen en Chile a cierta distancia del mar donde puede estudiarse prácticamente la escasa o ninguna influencia de la corriente marítima a pocos kilómetros de la costa. En Quillota o en La Ligua, por ejemplo, se producen casi todas las frutas tropicales. En Petorca a 500 metros de altura, pero ya más lejos del litoral los paltos alcanzan tamaño colosal y puede cultivarse el banano. Sin embargo, si la corriente de Humboldt extendiera su influencia hasta Petorca, el clima de esta ciudad sería de 11.9 esto es el del sudoeste de Inglaterra.

Si la Pampa del Tamarugal en la provincia de Tarapacá estuviera sometida a la acción de la corriente fría, su temperatura variaría entre 10.5 y 13.7 grados. Sin embargo en Pisa, a 1,300 metros de altura se produce allí todavía el mango que es uno de los frutos tropicales más exigentes.

Putre, en el departamento de Arica, constituye un valle fértil y productivo a 3,530 metros de altura. Si la temperatura de Putre estuviera como la costa bajo la acción de la corriente fría, se encontraría ya en medio de nieves perpétuas.

No puede pues decirse, como se repite todos los días, que el clima de Chile es más frío que el que le corresponde por su latitud. Eso solo es verdad, como hemos dicho, para una estrecha faja en las inmediaciones del mar. Fuera de esa faja el clima de Chile es más o menos el normal para países situados a la misma distancia del Ecuador... En la cordillera la temperatura, por el contrario, es muy superior a

la que le correspondería normalmente. Los Andes chilenos son tropicales por su clima como por su flora, aún en latitudes bastante lejanas de los trópicos.

Podemos presentar a este respecto un ejemplo típico: el límite superior del cultivo del trigo es exactamente el mismo, (3,200 metros) en la República del Ecuador, bajo la línea equinoccial, que en la provincia de Coquimbo a los 30° de latitud (valle superior del río Elqui.)

Las indicaciones termométricas concuerdan con las proporcionadas por los vegetales. La temperatura del mineral del Teniente (provincia de O'Higgins) reducida al nivel del mar, sería de 21.6 grados, esta es la misma que la de Santos, en la costa del Brasil, y junto al trópico de Capricornio.

El conocimiento de esta verdad puede ser de una gran utilidad práctica. Muchas gentes piensan desdeñosamente de los fundos de cordillera. Se imaginan que son muy fríos, que las frutas deben madurar allí muy mal, y que solo puede emprenderse en ellas el cultivo de plantas muy poco exigentes. Profundo error: no hay en Chile un sol más luminoso ni que desarrolle mejor los aromas y las esencias de las plantas que el de la cordillera de los Andes. Las vides y los duraznos de los altos valles de Coquimbo lo están demostrando.

Hay otra zona del país cuyo clima nos reserva, sin duda, sorpresas de lo más agradables. La constituyen los territorios mediterráneos al Sur de Chiloé. La República Argentina posee un observatorio metereológico en la Colonia 16 de Octubre (Alto valle del Palena). Las lluvias son allí moderadas y bien repartidas, y los veranos muy cálidos. Ninguna parte de la América del Sur se acerca más que esta al tipo ideal del clima europeo, es decir el más propicio del mundo para el desarrollo de la agricultura de los países templados. Es probable que tales condiciones se prolonguen, aunque en menor grado hasta la latitud del Seno de la Ultima Esperanza.

La distribución de las lluvias en nuestro propio territorio, es también muy conocida por la generalidad de los chilenos. Se cree, por ejemplo, que el Norte carece en absoluto de lluvias lo que es un error. Las provincias de Tacna, Tarapacá y Antofagasta son completamente áridas en la costa y en los valles bajos, pero en las cordilleras de esa zona llueve con bastante abundancia.

Se sabe que en los países tropicales del oriente de América del Sur las lluvias caen principalmente en verano, mientras que en el centro de Chile la estación húmeda es el invierno.

Ahora bien, la región de los Andes del desierto en Chile suele participar de ambas estaciones lluviosas, la de verano que avanza desde la meseta boliviana y la de invierno que alcanza hasta esas latitudes, por lo menos en la región montañosa.

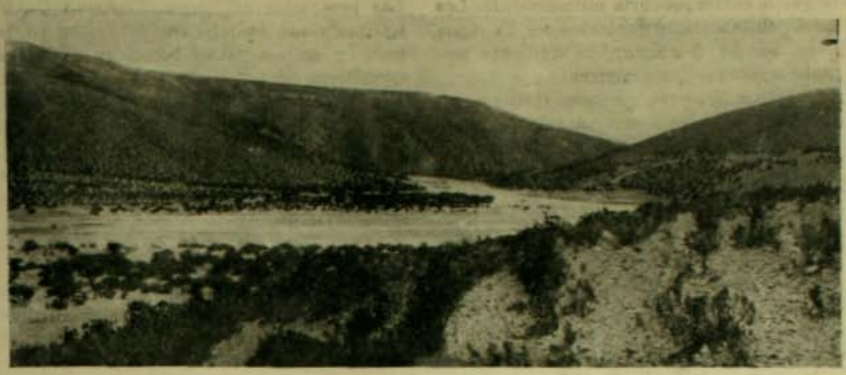
El problema de aprovechar las aguas andinas en el regadío de las comarcas bajas del desierto habrá de plantearse un día u otro, porque las lluvias caen allí en regiones altas, frías, de difíciles comunicaciones, y poco aptas por tanto para la agricultura. El mejor provecho que puede sacarse de esas lluvias es aprovechar los ríos y corrientes de agua, que descienden de los Andes para perderse inútilmente en el desierto.

Acompañamos una fotografía que representa el pueblo de Putre, en el departamento de Arica. Los campos cultivados que allí se ven no son obra del regadío sino de las lluvias. Lo repetimos: no todo el norte de Chile es un desierto.

Otro error general en Chile es el de creer que las lluvias aumentan sólo en dirección de Norte a Sur y que, dentro de una misma latitud su distribución es más o menos uniforme.

Aunque no existen observaciones completas, puede afirmarse que, en la costa las lluvias aumentan paulatinamente desde el desierto hasta Valdivia, que disminuyen en seguida hasta Chiloé para aumentar más al sur. El máximum pluviométrico de Chile en la costa debe encontrarse en la zona comprendida entre el archipiélago de los Chonos y el Estrecho de Magallanes. En el Cabo Raper (península de Taitao) han caído en 1912, cerca de seis metros de agua, o sea más del doble que en Valdivia.

En esa región y en general al sur de Chiloé el verano es tanto o más húmedo que el invierno. En el Cabo Raper el mes más lluvioso fué Diciembre con 789 mili-



Valle del Caqueno

metros, y el más seco (si tal puede llamarse) Agosto con 303 milímetros; es decir que en ese mes "seco" cayó allí tanta agua como la que cae en Santiago en todo un invierno normal.

Dentro de una misma zona del país, las lluvias están muy lejos de ser uniformes. Así en Valparaíso llueve un cincuenta por ciento más que en Santiago. Puede establecerse como regla general que las lluvias aumentan desde la costa hasta las faldas de la cordillera marítima, donde se produce un primer máximum. La explicación de este hecho es muy sencilla. Las nubes cargadas de humedad llegan como se sabe desde el noroeste y se estrellan, por decirlo así, contra la cordillera de la costa, sobre cuyos flancos vueltos hacia el mar depositan una buena parte de las aguas que contienen.

Ya en Peñuelas, muy cerca de Valparaíso, la cantidad media de lluvia caída anualmente en el período 1902-1912 ha sido de 729 mm. contra 563 mm. en el puerto. Más al interior el fenómeno debe acentuarse más todavía. El hecho es que en muchos puntos de la cordillera de la costa pueden observarse bosques que recuerdan por su aspecto a los del sur. En Marga Marga, por ejemplo, al interior de Quilpué, se encuentra el Copihue en estado silvestre.

Si los flancos marítimos de la cordillera de la costa son lluviosos, en cambio los opuestos, en la dirección del valle central son muy secos. Los cerros de la costa forman como un paraguas a las tierras que protegen contra los vientos húmedos del noroeste. La aridez de los campos del Tabón que todos cuantos viajan por el ferrocarril de Valparaíso a Santiago han podido observar, no reconoce otra causa.

En el Llano Central las lluvias aumentan hacia el Oriente en grandes proporciones a medida que se debilita la influencia del paraguas protector formado por la cordillera de la costa. Así en Santiago, cayeron en 1912, 290 milímetros, y en Apoquindo, muy pocas leguas hacia el Este pero ya al pie de los Andes, 813 milímetros, o sea casi tres veces tanto.

Las lluvias aumentan considerablemente en las faldas de los Andes, pero su magnitud varía mucho con la situación de las diferentes localidades y con la altura. Los Andes chilenos son tan lluviosos como secos los correspondientes de la República Argentina. La cordillera es un paraguas mucho más grande y eficaz que los cerros de la costa. Sobre sus flancos se precipita casi toda la humedad que traen los vientos marítimos, y las provincias andinas de la República Argentina quedan secas y desiertas.

En el Volcán (Cajón de Maipo) a 1,500 metros de altura cayeron en 1904 y 1905, 2,913 y 2,224 milímetros de agua respec-

tivamente, esto es cantidades comparables a las de Valdivia. El agua caída en Santiago esos mismos años fué 686 y 615 milímetros, y en Valparaíso 1,087 y 1,077. Estas cifras, aunque incompletas por tratarse de un número tan pequeño de años, bastan sin embargo para establecer con una aproximación grosera la proporción de las lluvias en el llano central, en la costa y en el cajón de Maipo a media altura de la cordillera. En Valparaíso llueve una y media vez tanto como en Santiago, y a media falda de los Andes cuatro veces tanto.

✣ ✣

Pacífico Magazine y sus Lectores

En el número de Mayo de **Pacífico Magazine**, se ocupaba uno de los redactores de esta revista de la hermosa significación que tienen en la cultura de un pueblo actos a primera vista platónicos, pero de transcendencia práctica enorme, como ocurre con la protección a los pájaros, el amor de las avecillas. Ilustraban ese artículo interesantes fotografías de habitaciones construídas en los árboles y otros sitios, por mano del hombre, para ofrecer asilo y alimento en las ciudades a los pájaros que pudiéramos llamar sociales, por su constante vecindad a nuestros hogares.

Esas palabras fueron a conmover dos bellos corazones de niños, impulsándolos a la imitación de la obra europea, en un medio tan indiferente cuando no hostil como el de las ciudades chilenas. Construyeron casitas de madera, siguiendo en lo posible los modelos que les ofrecían nuestras ilustraciones, y al cabo de pocos días llevaban su iniciativa a la prensa, a las autoridades y al público.

Oscar y Alejandro Farías tienen las simpatías de todas las gentes cultas. Su ejemplo ha de ser seguido por otros niños, y con tan buenos padrinos, ¿qué pueblo no ha de sentirse influenciado para enmendar su indiferencia o su hostilidad hacia los pájaros?

La progresista Alcaldía Municipal ha dado la aprobación oficial a esta tarea, apoyando el proyecto de instalar palomares en el Santa Lucía. Después repoblaremos la Alameda y el Parque Forestal y todos los jardines de la ciudad. Las avecillas hurañas y escasas hoy, volverán a ejercer su doble ocupación de policía higiénica y de orfeón callejero, apenas el hombre cese de hostilizarlas.

---

higiénica y de orfeón callejero, apenas el mismo redactor trataba de otra noble iniciativa, debida a un modesto sacerdote, el señor Romaní, para redimir a esos fuertes auxiliares de la prensa, que llamamos suplementeros. Nuestro aplauso fué a suscitar las cordiales simpatías y los aplausos de un delicado corazón, femenino esta vez, para la obra del señor Romaní.

Pacífico Magazine recoge con legítima satisfacción estos ecos de su obra.

"Valparaíso, 28-VI-1914.—Rev. Padre Romaní.—Santiago.—Reverendo Padre:

Es la lectura de un artículo titulado: ¿De dónde vienen, a dónde van? en el último número del Pacífico Magazine, por el señor Díaz Garcés, la que me impulsa a dirigirle estas líneas. ¡Si supiera cuán intensa impresión ha causado en mi alma la obra que Ud. lleva a cabo! ¡Cuánto le admiro! ¡Qué anhelo he tenido siempre, desde niña, de hacer algo en bien de esa bandada de seres errantes, que se llaman suplementeros! Por eso yo hoy, más humilde e insignificante que ninguna, me permito dirigirme a Ud. pidiéndole acepte los votos de admiración y estímulo más

sinceros que mi corazón de niña le envía. Su tarea es noble, más noble que ninguna. ¿No son acaso ellos, los suplementeros, los más desamparados? ¿Por qué tanto abandono para esos séres vagabundos? ¿Acaso no pudo nacer en ellos, como en tantos, la luz radiosa de la fe, del amor a todos, de los nobles ideales, en fin? ¿Y acaso ellos no lloran y sufren su desventura cuando unidos, unos a otros, se agrupan para pasar las frías noches de invierno en algún portal, formando una madrépora humana? Siendo que ellos, pobrecitos, son séres desprovistos de todo afecto, de todo cariño, de toda ternura; ¿debemos admirarnos de su jesto extraño, de sus labios lívidos, mudos a todo agradecimiento, de su carrera de perdición y vicio? Es esto, Rv. Padre, lo que me he preguntado a menudo, cuando veo a uno de estos niños gritando al transeunte los diarios del día, cuando los veo cruzar las calles con su cara demacrada, cantando, tristes, la canción del hambre. En mi humilde condición, mis mayores desvelos han sido procurar un momento de felicidad a estos infelices niños, doblemente infelices, porque son desgraciados, y porque son niños. Voy a referirle un caso. Yo trabajo de corresponsal en una oficina. Todas las tardes, el pan, las galletas de mi té, los reservo para un chico sucio y harapiento que entrega en la oficina "El Mercurio". ¿Y sabe? Por más que lo he intentado, con dulces, con frases cariñosas, jamás he conseguido que este chico, con una palabra, con una sonrisa, con una mirada siquiera, me corresponda. ¿Es que ya su alma, su almita que fué blanca como la de todos los niños, es insensible al goce o al dolor?...

Todo esto, Revdo. Padre, me ha gritado imperiosamente escribirle y ofrecerle, en cuanto fuera posible, mi ayuda y colaboración. Yo he sentido siempre un cariño innato por la prensa y los periodistas, y, naturalmente, éste sólo se ha extendido a los pequeños suplementeros, siendo ellos, como son, difundidores de la luz celestial del Pensamiento y la Instrucción.

Debo pedirle excusas por haberme extendido tanto; pero es la primera vez que sé de alguien que se conduele por ellos. ¿Si Ud. la menor cosita necesita de este puerto para propagar su magna obra, me concedería la dicha de serle útil?

Mientras tanto, en mi plegaria a Dios, oraré por su persona y su obra.

Le saluda respetuosamente.—E. V. B. —Casilla 381, Valparaíso.

Un pintor popular

(Recuerdos de un discípulo de M. A. Caro)

Amable o impaciente lector, seguramente no conoces a don Juan Magallanes. No es culpa suya. Pero al menos habrás visto por ahí reproducciones de los cuadros de Caro: "La Cueca" y sus animados grupos de chingana a la antigua, o "La abdicación de O'Higgins" y sus personajes populares en medio a la solemnidad del acto. Ahí está don Juan Magallanes. En segundo término en el cuadro de la jarana, inclinado galantemente sobre la tocadora, puestos los sentidos en el tamborileo de sus dedos ágiles. ¡Ah, tenía entonces hartos años menos! En la Abdicación es siempre un hijo del pueblo, que rompe en aplausos espontáneos al noble gesto del Dictador.

Nos es penoso confesar que tampoco nosotros lo sabíamos. ¿Qué es un modelo? Admirando una buena pintura nos parece que el artista hubiese vaciado toda la vida del individuo que tuvo al frente, y que este naciera únicamente para cumplir esa misión. Habrá que aceptar, sin embargo, que esa criatura peregrinó largamente por el mundo, que sintió y sufrió, y que tal vez fué precisamente la huella de sus penas o de sus pensamientos trazada en su semblante, lo que le hiciera aparecer interesante a la adivinación del pintor.

En 1873, Caro, que había vuelto de Europa en 1866, reunía con frecuencia en su taller de la plazuela de la Matriz, de Valparaíso, a aquellas de sus relaciones que le parecían más apropiadas para el cuadro que pensaba ejecutar. Con el espíritu igualitario común a los artistas, buscaba sus amigos allí donde un rasgo físico o un rasgo de inteligencia le interesaba. Menudo, vivaracho, ocurrente, aquel que sus íntimos llamaban "Carito" se había propuesto trasladar al lienzo la más típica escena de las diversiones populares. Los elementos de fondo, la chingana de la época, la tenía al alcance de su vista en sus variados aspectos, cada Domingo de paseo por los cerros o las quebradas del puerto, o en los días de las fiestas en la pampa que hacía de campo de Marte... y de Venus.

Hijo de gente acomodada, pues su padre don Victorino Caro administraba un estanco y era propietario de la casa en que vivía y de otras más, este joven que había logrado realizar el viaje a Europa con que sueña todo artista americano, costeándolo con el peculio paterno, sentía decidida vocación por el estudio del medio social más humilde y gustaba de rodearse de los tipos del pueblo. Hay motivos para creer que no había en esto puramente un egoísmo de pintor que busca sus asuntos o sus modelos donde los encuentra. Caro hacía más que eso, los hacía sus amigos y seguía su carrera a través de las vicisitudes de la vida.

A este número le tocó incorporarse a Juan Magallanes. Medio carpintero, medio pintor, no supo cómo la fortuna lo llevó a casa de Caro. Los rasgos hoy todavía firmes y el cuerpo ágil del modelo, nos dicen que debía parecerle un rico tipo de "lacho" (como se decía entonces) al maestro. Las figuras de la variada comparsa que se

El "falte" en un puesto de licor, por M. A. Caro

requería desfilaban un día y otro por el taller. El propio hermano del pintor, Pedro albino Caro, debió hablarle al oído durante muchas sesiones a la cantora. Magallanes fué a la primera insinuación a ocupar con orgullo y vagas esperanzas, el puesto de acción que se le señalaba, y pronto llevó al taller a un amigo, al guaso aconcagüino auténtico que se necesitaba.

¿No era él también pintor? Muchas veces al cubrir una pared con sus tierras de colores le había cosquilleado la tentación de diseñar vagos crepúsculos rosados sobre mares de añil que hacían fruncir el ojo al propietario. Había ciertamente diferencias en los pinceles y en los asuntos, pero Magallanes sentía ya en su interior que no había nacido para manejar siempre la brocha sobre los andamios de una pared mal enlucida. El pintor de asuntos populares iba a engendrar espiritualmente al pintor popular, nacional y primitivo no sólo por los asuntos que tratara, sino también por la técnica y por el espíritu. No ya el pintarrajeador que nos escandaliza desde un anuncio comercial, con sus figuras de pesadilla, sino el ingenuo intérprete de los paisajes de la tierra y de las costumbres de aquella época en que su imaginación era más fresca e impresionable..

En el amplio taller de Caro, donde este recibía a sus discípulos y sus modelos, había un oído atento a sus palabras. El maestro recomendaba sin descanso el tomar apuntes de cuanto vieran, y Magallanes afilaba tímidamente su lápiz y se iba a trazar diseños a Playa Ancha o al Barón. En su vida andariega de años después debía llenar así cuadernos de cuadernos, con rincones de todas las provincias centrales de Chile.

Un día el maestro se impone del trabajo espontáneo de aquel aficionado, que hasta entonces por amor al arte y simpatía personal se había prestado al molesto oficio de posar. Magallanes relata gráficamente el caso:

—"Cópieme esto", le dice Caro señalándole una primera copia de un maestro

El lego limosnero, por M. A. Caro

de París.—Me pareció aquello un mamarracho, a decirle verdad... Aquel revoltijo de colores en que no distinguía nada. Lo hice, señor: con dolor de mi corazón lo hice. "¿Le parece horrible, no?" me preguntó él cuando lo tuve terminado. "Aléjese, mírelo ahora", me dijo.—Aquello cambió, señor. Era de lo que llaman género impresionista. Después me gustó. Lo comprendí, pues.

De la charla pintoresca de Magallanes, extrañamente salpicada de referencias pictóricas, geográficas y hasta mitológicas, surge la figura de Caro viviente y simpática. Nos recuerda su manera de pintar, dedicándose por entero a un trozo del cuadro, sin esbozar siquiera el resto de la composición, "que ya veía él", sin embargo. Reconocemos su rapidez en las líneas generales del dibujo y su paciente dedicación a los detalles. Luego, el tirar los pinceles entre expresiones de disgusto por haber escogido una profesión que no costeaba sus gastos, y los propósitos nunca realizados de hacerse comerciante en cualquiera cosa que todos los artistas se imaginan como el único medio de ganar dinero, y que por desgracia algunos descubren sin dejar los pinceles.

La necesidad de dar sustento a una familia separa al discípulo de su maestro. Magallanes se va al sur, y sólo muchos años más tarde puede darse el gusto de pasar a saludar a Caro en su casa de Quillota, donde el pintor ya maduro se ha recogido a fundar un hogar burgués y bucólico. Han pasado los días del trabajo rudo, de los premios oficiales y los aplausos del pueblo, y sus cuadros han emigrado bajo el brazo extranjeros fieles al recuerdo de Chile, que no quisieron retornar a su patria sin llevarse esas características escenas de nuestra tierra.

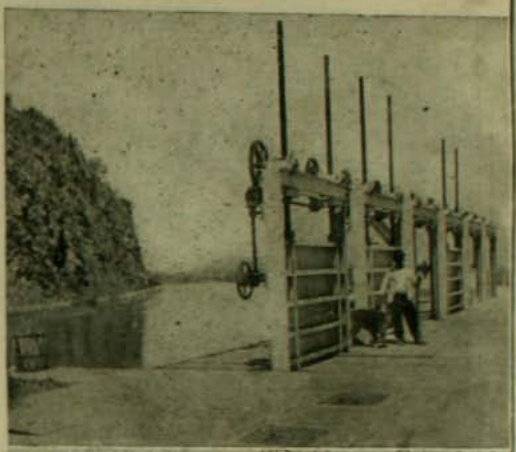
Don Juan Magallanes volvió a sus andanzas, recogiendo aquí y allá algún corte de riachuelo, o un rincón montañoso en el rasgo de su lápiz, inexperto como el de un escolar, pero no falto de comprensión de nuestro ambiente. Ha pintado iglesias de pueblo por ganar su vida en esas escapadas de su casa que hacía por invencible vocación de artista bohemio. Y a los sesenta y seis años, con el pelo blanco, la espalda algo cargada y la memoria, como las piernas, no muy ágil, nos declara sencillamente:

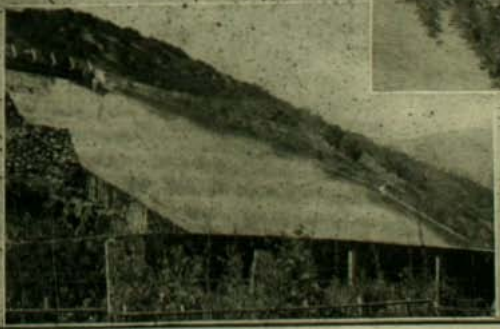
—Ahora es cuando voy a comenzar a dedicarme nada más que a la pintura. Haré una exhibición en algún almacén del centro, porque, la verdad, tampoco mi oficio me ha dado para sustentarme en la vejez. Las revistas me darán a conocer y no me faltarán encargos de paisajitos o tal vez algún retrato. (Y con soberbia ingenuidad termina mostrándonos sus cuadros:) Estos son los más bonitos que tengo.

M.

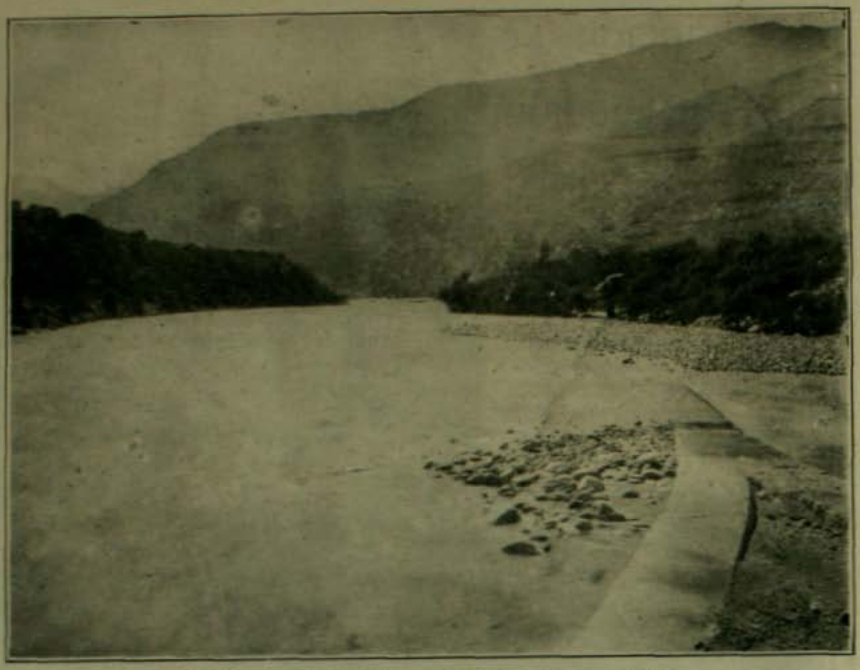
✦ ✦ ✦

Descripción de la Instalación Hidro-Eléctrica de la Florida Alta





1. Compuertas de admisión de los tubos de admisión (cámara de agua).—2. Vista de la casa de máquinas desde la cámara de agua (Florida Alta).—3. Casa de la turbina con desagüe.—4. Vertedero de la cámara de agua en forma de cascada.



Río Maipo, espigón de la boca-toma del canal San Carlos.

Para el servicio de tranvías, luz e industrias de la ciudad de Santiago, dispone la Chilian Electric Tramway & Light C.°, Ltd. de una fuerza hidráulica instalada en la Florida Alta y de una instalación a vapor ubicada al oriente de Santiago.

Descripción general de la instalación hidro-eléctrica

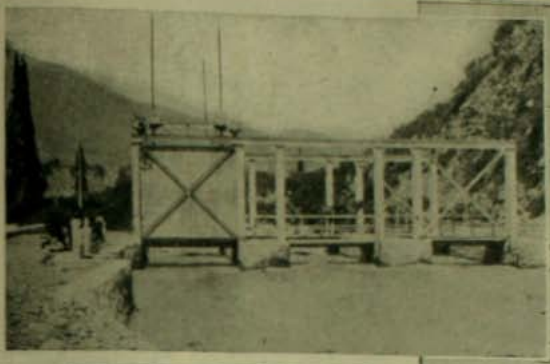
Las obras hidráulicas constan de la toma de las aguas en el río Maipo, su conducción por un canal derivado del canal San Carlos hasta la Florida, de la caída de 100 metros, de la instalación de la estación primaria en La Florida; y del canal de desagüe. La fuerza o energía producida en Florida es conducida a Santiago por cables subterráneos, éstos se reparten en Santiago en 3 sub-estaciones, y en donde se transforma la corriente para su uso ordinario.

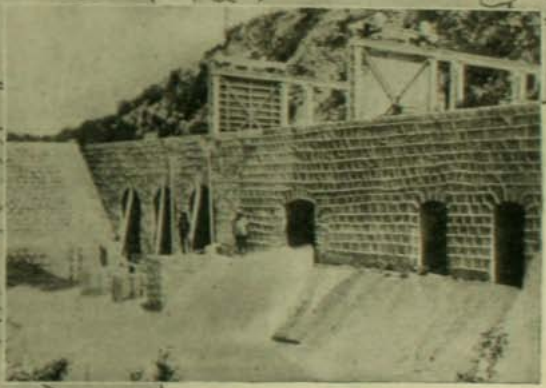
Descripción detallada de las obras hidráulicas

Las aguas son captadas en el río Maipo por la boca-toma del antiguo canal San Carlos en las cercanías del lugarcito denominado La Obra; esta toma fué modificada substancialmente por la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad, constructora de las obras en descripción. El agua captada sigue el curso del canal San Carlos y a más o menos 4 kilómetros aguas abajo en el punto llamado Puente Negro, se deriva el canal de La Florida por medio de compuertas de tranque en el San Carlos y de admisión en el de la Florida. La sección transversal del canal de la Florida es la siguiente:

Ancho de la cuneta en el fondo. .	7	m.
Ancho superior de la cuneta. .	12.20	"
Profundidad total de la cuneta. .	2.60	"
Profundidad aprovechable. . . .	2.20	"

La pendiente del canal es de 0.5 por mil, admitiendo un caudal de agua en máximo de 20 m3. seg., su dotación es de 870 regadores del canal de Maipo. Para el cómodo tráfico de los fundos vecinos se han construído 11 puentes y para el libre curso de las aguas de las quebradas existen va-

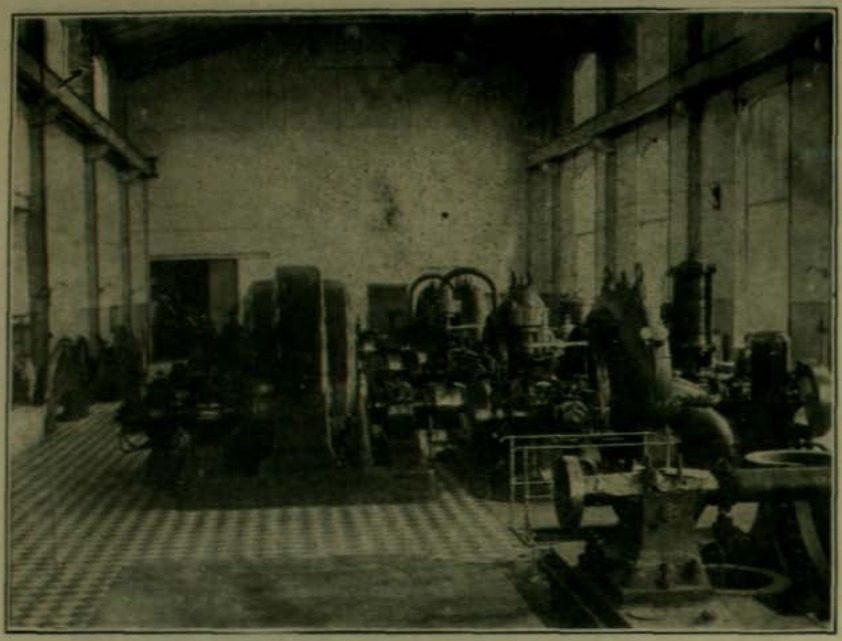




rias alcantarillas, siendo la principal la de Las Viscachas de 90 m. de longitud. Hay además 10 canoas de fierro para el paso de las aguas de regadío de los fundos ubicados más arriba. El canal tiene una acequia de desagüe de las aguas lluvias que corre a lo largo del borde oriente y se desagua a las quebradas que lo atraviesan y éstas a su vez por alcantarillas por debajo del canal. El largo del canal desde Puente Negro a los clarificadores es de 8 kilómetros.

A causa que el río Maipo arrastra mucha materia sólida, como ser principalmente arena, es menester clarificar las aguas en estanques de decantación. Estos estanques funcio-

1. Compuerta corrediza de las cámaras de los tubos de desagüe.—2. Sección tubos de desague y pequeñas compuertas de desagüe.—3. Compuerta de desague, 200,000 más; abajo de la boca-toma



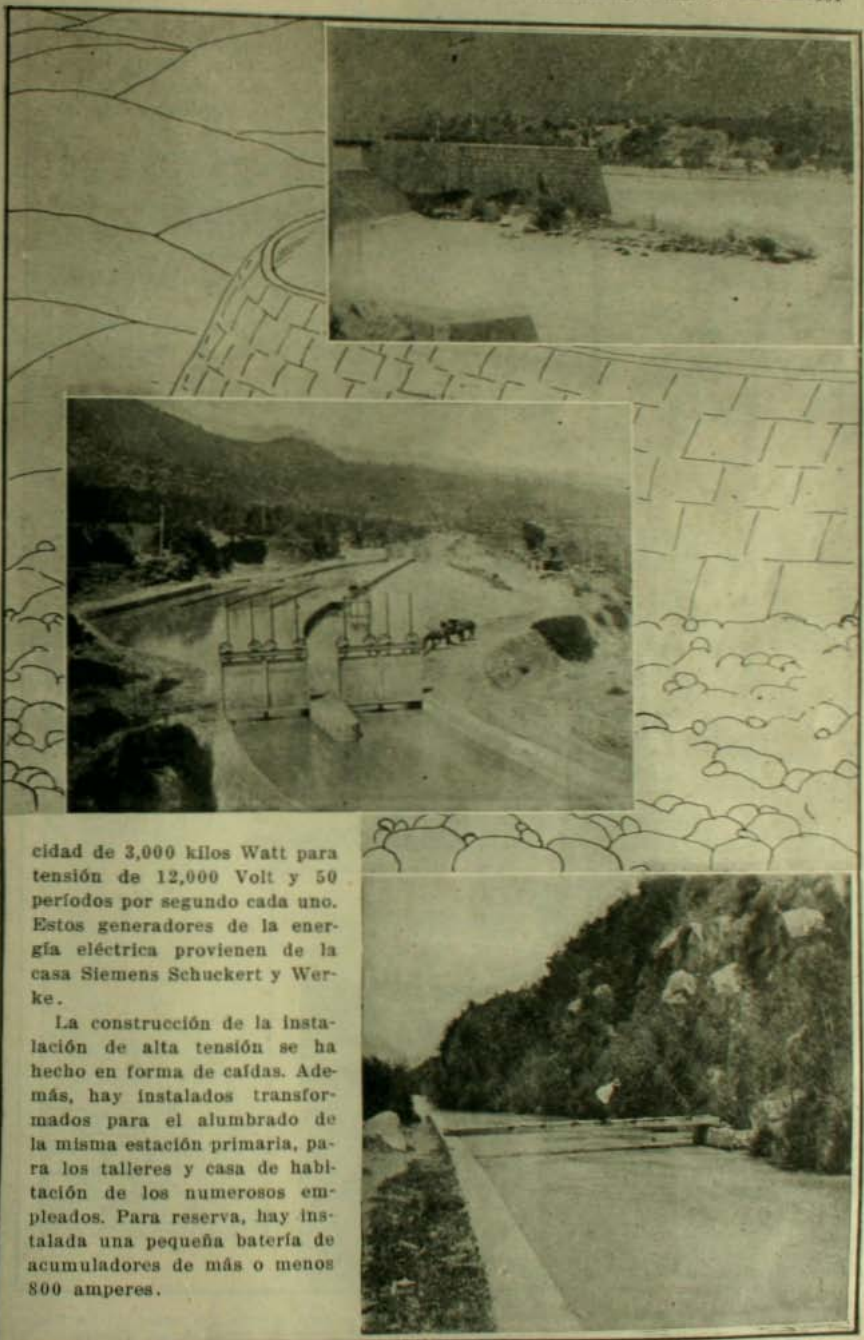
Interior de la casa de turbinas (5 turbinas de 4,000 P. S. c|u.)

nan automáticamente en lo que concierne a la extracción de la arena del agua por medio de la gravedad. Al entrar el agua en estos estanques la velocidad se destruye por medio de tabiques longitudinales y transversales. Así el agua en estado de sosiego se decanta de los granos de arena los cuales por gravedad se van al fondo en donde hay varios orificios; estos desembocan en canales abovedados visitables. Los canales abovedados se reunen después en uno solo de fuerte pendiente y las materias sólidas son arrastradas al canal de desagüe. Estas aguas espesas se reunen a las útilizadas por las turbinas más abajo y son entregadas al canal San Carlos para su regadío en la misma forma en que fueron tomadas en la toma de Puente Negro.

Las aguas así clarificadas son conducidas por un canal de albañilería de 4 m. de ancho y 2.60 m. de profundidad por un mil de pendiente a la cámara de agua distante de 600 m. de los clarificadores. La cámara de agua es un depósito de cierta cantidad de agua que representa una cierta reserva para las fluctuaciones del consumo. En esta cámara hay 6 departamentos con su respectiva compuerta y de los cuales arrancan las cañerías de presión. Anexo a la cámara hay un vertedero de 60 m. de largo con su compuerta de desagüe de fondo, que permite que se desalojen las aguas sobrantes. Estas se escurren por un canal en forma de cascada y van a dar al antiguo canal San Carlos.

Hay 5 tubos de presión instalados, son de acero Siemens Martín; tienen 500 m. de largo. El diámetro arriba es de 1,430 m|m y abajo de 1,280 m|m por 10 m|m de espesor de las paredes. La caída aprovechable es de 98 m.

En la casa de turbinas desembocan las cinco tuberías en igual número de turbinas, cada turbina tiene por consiguiente su tubo aparte. Las turbinas producen cada una una fuerza efectiva de 4,000 caballos. Dos de las turbinas son de la casa Escher Wyss de Zurich, Suiza, y las tres restantes de la casa J. M. Voith Heidenheim, Alemania. Acoplados al eje de las turbinas están los generadores de corriente triface de capa-



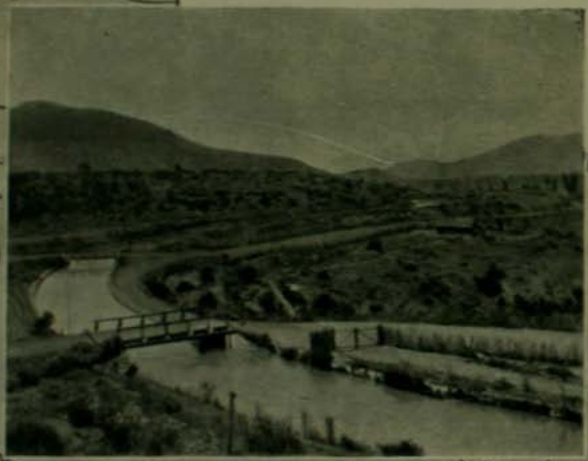
cidad de 3,000 kilos Watt para tensión de 12,000 Volt y 50 períodos por segundo cada uno. Estos generadores de la energía eléctrica provienen de la casa Siemens Schuckert y Werke.

La construcción de la instalación de alta tensión se ha hecho en forma de caídas. Además, hay instalados transformados para el alumbrado de la misma estación primaria, para los talleres y casa de habitación de los numerosos empleados. Para reserva, hay instalada una pequeña batería de acumuladores de más o menos 800 amperes.

1. Radios de la boca-toma del canal San Carlos (15.00 de ancho).—2 Clarificadores de arena (desarenadores)—3. Una sección del canal San Carlos, marcador principal de la obra (capacidad máxima 45 metros cúbicos por segundo).

Las aguas después de haber dado impulso a las turbinas y por consiguiente después de haber sido utilizadas en la producción de energía eléctrica, caen por tubos de desagüe, éste desemboca en el antiguo canal San Carlos, las aguas se reunen a las sobrantes y a las espesas de arena provenientes del vertedero y clarificadores y así juntas y perfectamente mezcladas, siguen su curso por el canal San Carlos hasta el río Mapocho.

La transmisión de la energía producida en Florida Alta se efec-



1. Tipo del puente y canoa sobre el canal de La Florida.—2 Una sección del canal de La Florida (capacidad máxima de 20 m3 por segundo.—3. Derivación del canal de La Florida.

Compuertas de admisión del canal San Carlos

túa por medio de cables subterráneos probados con corrientes alternativas de 40,000 Volt. Desde la estación primaria de la Florida hay tendidos 6 cables colocados a un metro de profundidad hasta la sub-estación Victoria. La sub-estación Victoria dista de la Florida 19 kilómetros. De la sub-estación Victoria salen 4 cables para la sub-estación Mapocho con una longitud de 5.65 klm. y 2 cables para la sub-estación Unión Americana con una longitud de 4.45 klm. Se han tendido por lo consiguiente 125 klms. de cables de los cuales 90 klms. han sido suministrados por la casa Siemens Schuckert Werke y el resto de 35 klms. por la Allegemeine Electricitapts Gesellschft. Berlín. La cuarta sub-estación Villavicencio está en construcción y estará habilitada para el servicio en la primavera entrante.

Para el buen servicio existe una red de teléfonos.

Un comediógrafo del Amor

(EL TEATRO DE MARIVAUX)

("J'ai guetté dans le cœur humain toutes les niches où peut se cacher l'amour lorsqu' il craint de se montrer, et chacune de mes comédies a pour objet de le faire sortir d'une de ces niches...")—*Marivaux.*

Vivió Marivaux en un siglo de galantería y de voluptuosidad. Su teatro de ensueño, que no tiene parecido con el de ningún país y de ninguna época, sólo pudo florecer en Francia, al margen del teatro cruelmente humano de Molière. El autor de **Tartufo**, subrayando lo que hay de universal y de eterno en los "caracteres", hasta producir esquemas aislados y fijos, parecía haber dado la medida en el teatro, en una pintura clara y precisa de las costumbres, pero amarga e incisiva en cuanto al ridículo con que revestía sus creaciones. En él palpitaba aún el embrollo de la farsa italiana introducida por el regocijado Larivey, en Francia; retorcía la intriga sus hilos invisibles, como una araña; la desvergüenza y la rudeza de expresión soplaban chuscadas innobles y a menudo el lenguaje tenía la aspereza impúdica con que se expresaban en las viejas farsas de la **Commedia dell' Arte**, las máscaras italianas. Molière incrustaba los caracteres, fijándolos como por la imperiosa voluntad de un conjuro; cada carátula, esculpida cual un alto relieve, eterniza en su perfil una pasión universal: avaricia, hipocresía, cinismo... Así sobre el fondo ondulante de sus comedias de costumbres, los tipos esbozaban en el conjunto un rictus cruel y severo. La agria amargura de sus creaciones arrancaba de una concepción demasiado precisa de la vida. Había vagado y sufrido atrozmente; había auscultado todos los vicios y miserias de su tiempo; el carro errante de la farándula lo había llevado como un bufón de feria, de pueblo en pueblo y los duros menesteres como el frecuente comercio con los hombres, habían destilado sobre su corazón la impiedad del pesimismo y en sus pupilas el cansancio desolado y brumoso de las jornadas inclementes... Con Molière la simple "comedia de intriga" canallesca y regocijada, hecha con los elementos extraídos de los sub-fondos sociales, se transformaba en una comedia que era análisis y sátira descarnada de las costumbres, con caracteres definidos, con un estudio claro y demoledor de los vicios del espíritu y de la sociedad. Se comenzaba a anatomizar el corazón humano y el teatro marchaba por sucesivas etapas hacia un estudio sistemático del hombre. Molière agotaba este análisis, pero los caracteres que movía en sus comedias estaban destinados a ser de todos los tiempos, por la amplitud de sus líneas y la fijeza de sus carátulas. Teatro cruel, amargo, de una ironía sangrienta. Lo cómico se desprendía a veces chorreando sangre del flanco de sus víctimas—como en **Jorge Dandin** y en el **Señor de Pourceguac**—agobiados por el sarcasmo y el ridículo. Voceaban sus miserias; pero el lenguaje tenía rudezas innobles, giros ásperos, hipérboles erizadas de desvergüenzas.

❦

El teatro de Marivaux es el reposo. Es a modo de la floresta encantada de las viejas leyendas por cuyos parques umbrosos discurre un tropel de marquesas enamoradas y de caballeros galantes. El teatro francés se detiene un instante como fatigado de analizar miserias y satirizar vicios. Igual que una hamadríada perseguida por sátiros, se refugia junto a una fuente, palpitante el seno, desceñido el cabello, entreabiertos los labios, pero en las pupilas una expresión indefinible muestra de picardía y de inocencia... Este

teatro alado y encantador en el cual se copia la sociedad de ese tiempo con fidelidad admirable, es un teatro de amor y de ensueño, de análisis y de voluptuosidad. El arte francés reconoce en él, el santuario femenino, el templo en el cual la mujer tiene su culto y oficia sus ritos. Eros y Psiques son los hierofantes de este recinto sagrado.

Sólo en Racine existe este culto a la "inconstante" dentro del antiguo teatro francés. Molière se cuidó bien poco de asignarles el lugar que de hecho les correspondía a las mujeres. Motivos aislados y secundarios, concurrían en sus comedias a realzar las líneas del tipo principal, del "carácter" en el cual había condensado toda la levadura de su análisis. Marivaux en medio de una sociedad galante, como era la sociedad de fines del siglo XVII y cuyos secretos no le eran desconocidos, consagró su esfuerzo a la necropsia del corazón femenino con una minuciosidad hasta hoy no superada. Parecía querer agotar por derecho propio el estudio del alma femenina. A modo de un mago del Renacimiento, filtraba en sus retortas misteriosas los sentimientos y las ideas hasta precipitar quintaesencias tan etéreas y vaporosas que el más leve contacto con las groseras realidades las hubiera desvanecido. Marivaux comentaba este análisis con un lenguaje florido y complicado. Es el florecer de las rosas de una selva encantada, sus giros y perífrasis semejan el vuelo de mariposas multicolores. Estilo bizarro, caprichoso a veces, pero siempre ágil, siempre elegante, siempre sedoso. Hace pensar en los recamados vallosos de ciertos tapices venecianos o en las figuras finas y nerviosas cinceladas por orfebres florentinos en el pomo de los estiletes.

Los contemporáneos le reprocharon duramente este refinamiento en la expresión y en las ideas, este "preciosismo", que iba a transformarse en un vicio. Pero Marivaux venía después de Molière y los sentimientos que analizaba eran los de una sociedad fastuosa y complicada. Hasta una palabra idearon entonces para censurar estos vicios de expresión—**marivandage**—Con ella expresaron su desdén hacia las bizarrerías del estilo. Sin embargo, este lenguaje metafísico era en cierto modo el producto de la sociedad de ese tiempo. El arrullo sedoso como el crujido de una falda que parece percibirse bajo la superficie transparente de este decir, ¿no era acaso el crujido que se desprendía de la falda de la Pompadour cuando cruzaba el umbral de la alcoba fastuosa?... La sensación de galantería infinita que se desprende de sus diálogos, el aroma de elegancia graciosa, ¿no era acaso como un eco perdido conservado en la redoma mágica, de los diálogos que sostenían los concurrentes al salón de la marquesa de Lambert, cuyos umbrales de seguro franqueó el autor de **La Surprise de l'Amour** y de **Les Fausses Confidences**? Marivaux ha conservado en sus comedias el perdido encanto de una época galante y voluptuosa. Su estilo singular y caprichoso a veces respondía a una necesidad de ambiente; la bizarrería de sus ideas, ingeniosas y sutiles, eran el producto de estados de alma comunes en la sociedad de ese tiempo. Sus comedias, que son comedias de ensueño por la deliciosa vaguedad de sus heroínas, pero asentadas en la base firme de la realidad, por el enorme acopio de observaciones, sólo podían ser bordadas con un lenguaje en el cual los giros ondulantes y las perífrasis atrevidas como el corolario de esa sociedad que el comediógrafo movía en sus obras. Molière, por Corneille y por Racine; dejaba atrás las pinturas toscas y audaces de los autores primitivos, a **Jodelle** y **Odet de Turnebe**, a **De Ambroise** y **Pedro de Lerivey**—que hacían desfilar por su teatro alcahuetas y rufianes, clérigos licenciosos y cortesanos innobles—y concretaba su esfuerzo a la pintura de un mundo exquisito y sensible, deliciosamente apasionado, un si es no es libertino... Pero en la pintura de las pasiones y en el análisis del corazón, el estilo es siempre singular, eso decía Marivaux cuando se atacaba los refinamientos de su lenguaje.

Ahora bien, en su teatro, los motivos dramáticos y los "incidentes" se subordinan, se funden en la lógica interior de los personajes de manera que los frecuentes estados de alma van desenredando la acción de dentro hacia afuera. El estilo es así, una suerte de precipitado del alma del personaje. En sus comedias parece que un soplo de dulzura y un perfume

de poesía mueve a sus personajes en deliciosa girándula. La intriga es delicada; las escenas se complican suavemente. Marivaux desconoce los resortes de embrollo de las viejas comedias. La acción sigue un curso tranquilo; apoya a modo de comentario el análisis, un análisis fino, minucioso, profundo. De aquí que la acción sea interna y los conflictos fluyan paralelamente con el estudio del alma.

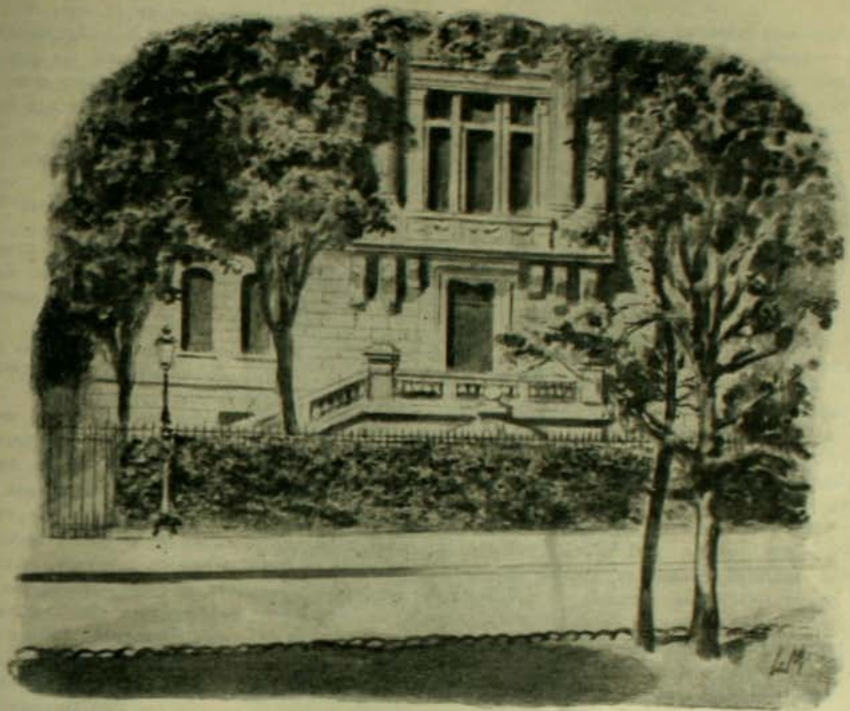
No existen en teatro alguno mujeres más bellas y más espirituales que las que pasean el reposo de sus comedias. "Hermanas de las de Shakespeare", ha dicho Saint-Víctor. Y en realidad, ¿en qué otro teatro sino en el del "pintor de eternidad", pueden encontrarse figuras tan deliciosas, tan evocadoras, tan tiernas, como la Marquesa de **La Surprise de l'Amour**, o como Silvia de **Le Jeu de l'Amour et du Hasard**, o bien como Araminta de **Les Fausses Confidences**? Marivaux es el comediógrafo del amor; del ensueño. Su escalpelo diseca los corazones y en cada oculto resquicio descubre ternuras nuevas, sensaciones curiosas, latidos inspirados, lágrimas perdidas. No hay secretos para esta pupila observadora que hurgonea el obscuro reino interior con serenidad admirable. Se diría un mago del amor al cual las hadas benéficas dieron la varita encantada de las leyendas azules. A veces vierte ironía, pero es tierna e indulgente; se burla en otras donosamente de los pedantes y entonces hace florecer sonrisas. Recuérdese al profesor **Hortensius** de **La Sorpresa del Amor**, objeto de la burla del pícaro criado **Lubin** y de la deliciosa **Lisette**.

En el teatro de Marivaux hay una poesía de las cosas invisibles; un culto de los sentimientos infinitos y minúsculos; una labor serena y meticulosa de araña. El imperio de lo que flota por encima de la vida, esa mezcla de tristeza y de alegría, se condensan en este teatro único en el cual el alma francesa se copia fielmente como en un espejo. El ha puesto en sus obras lacayos espirituales, sutilmente ingeniosos. El **criado** de las comedias clásicas, cínico y desvergonzado, arroja su capa miserable al transponer el umbral de este teatro silencioso y penetra de puntillas, temeroso de turbar el sosiego de las almas que en él sueñan. Ha refinado las pasiones y los sentimientos que poblaron el teatro francés desde Jodelle a Molière. Con él se filtra en la escena un sentido nuevo de la vida, más poético acaso, más novelesco tal vez, pero despojado de los horrores de un análisis que se complacía en los vicios y en las miserias. Su teatro tiene un valor transcendental en la escena francesa, no sólo como documento de observación minuciosa y espejo de costumbres, cuanto por el culto que en él se rinde a la mujer.

Con Marivaux la mujer ha penetrado en el teatro francés y su alma será objeto de los más tenaces y porfiados análisis. Pero ya no estará relegada como antaño a los segundos términos. Será el resorte, el enigma viviente que moverá las pasiones y hará ondular los sentimientos. Su imperio comienza ahí, y su carátula misteriosa que llora y sonríe, que burla e increpa, que anima y enerva, moverá a una legión de analistas que corren de Diderot a Beaumarchais y de Beaumarchais a Porto-Riche...

DOMINGO MELFI DEMARCO.

Santiago, 1914.



La casa estaba vacía, o al menos pasaba por tal porque los dueños viajaban por Europa

EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK

Por A. K. GREEN

PRIMERA PARTE

I

Un descubrimiento

No soy curiosa por naturaleza, pero aquella calurosa noche de Septiembre, al oir el ruido de un carruaje que se detenía cerca de mi puerta en Gramercy Park, no pude resistir a la tentación de saltar de mi lecho, y, escondida tras de las cortinas de mi ventana, echar una ojeada a la calle.

La casa vecina se encontraba deshabitada, o al menos pasaba por estarlo, porque la familia propietaria, viajaba, según se decía, por Europa. Ahora bien, el carruaje se había detenido precisamente delante de la casa vecina. El reverbero destinado a iluminar aquel rincón de calle se encuentra a una veintena de me-

tros más lejos, al otro lado de la calzada, de modo que no pude distinguir sino las siluetas confusas de un joven y de una joven, de pie en la acera. Un momento después, los desconocidos habían subido rápidamente los peldaños de la escalinata, mientras el coche se alejaba.

Era de noche, como lo tengo dicho, y no pude reconocer a la joven pareja; sin embargo, cuando la vi penetrar en la casa pensé que el joven debía ser Mr. Franklin, hijo mayor de Mr. Van Burnam, y la joven alguna pariente suya. El hecho de ver a un personaje tan escrupulosamente correcto como Mr. Franklin Van Burnam conducir a una mujer, a una casa desprovista de todo lo más indispensable para satisfacer al menos exigente de los invitados, constituía un verdadero misterio, sobre el cual me apresuré a ir a reflexionar a mi lecho.

No conseguí, sin embargo, dar con la clave del enigma, y al cabo de una decena de minutos, cuando ya estaba quedándome dormida, nuevamente, me sorprendió oir cerrar la puerta vecina. Me llegué a la ventana, justamente a tiempo de ver al joven alejarse a grandes pasos en dirección de Broadway. La joven no lo acompañaba, y pensando que debía haberla dejado en esa gran casa vacía, sin luz, y ciertamente sin compañía, me preguntaba si éste podía ser el modo de conducirse de Mr. Franklin. El rasgo era mucho más propio de su hermano Howard, aquel desastrado que, algunos años antes, había contraído matrimonio con una damisela de discutibles antecedentes, y que en consecuencia había sido rechazado por la familia. Haciéndome estas reflexiones, me quedé dormida en los momentos en que el reloj daba las doce y media de la noche.

La mañana siguiente, tan pronto como mi modestia natural me permitió asomarme a la ventana, examiné el Hotel Van Burnam. Todo estaba herméticamente cerrado. Tengo el hábito de levantarme temprano y así no experimenté por de pronto inquietud alguna. Pero al constatar después de almuerzo, que la gran fachada no daba todavía ninguna señal de vida, me sentí conturbada. Nada hice sin embargo, hasta medio día, hora en que tuve ocasión de bajar al jardín. Notando que las ventanas posteriores de la casa Van Burnam, permanecían tan herméticamente cerradas como las delanteras, me puse tan inquieta que detuve al primer guardián que pasó, y le pedí que llamara a la puerta.

Nadie respondió.

—Llame otra vez, persistí.

El volvió a llamar, sin más éxito que la vez primera.

—Ud. ve que la casa está vacía, gruñó el guardián. Hemos recibido orden de vigilarla, durante la ausencia de sus dueños.

—Hay una mujer en la casa, insistí, y estoy convencida de que han pasado en ella cosas graves anoche.

El se encogió de hombros, y creyó de su deber continuar su paseo. Al mismo instante, vimos los dos a una mujer del pueblo que se detenía frente a la casa. Llevaba un paquete bajo el brazo, y su rostro más encendido de lo que era natural, tenía una expresión aterrada, muy notable en esa cara que parecía de madera y que en las circunstancias ordinarias de la vida, debía carecer de toda expresión. Aquella mujer no me era desconocida, sin duda. Y la había visto ya entrar y salir a la casa de los Van Burnam. Sin darme tiempo para dominar mi emoción, bajé apresuradamente la escalinata y abordé a la recién venida.

—¿Quién es Ud? le pregunté... ¿Trabaja Ud. para los Van Burnam? ¿Conoce a la dama que llegó anoche?

La buena mujer, espantada, sea al verse interpelada repentinamente, sea por el tono de mi voz, acaso un poco brusco, retrocedió vivamente, y sin la presencia del guardián, habría ciertamente tratado de huir. Permaneció, sin embargo, allí; pero el vivo encarnado de sus mejillas, se encendió más todavía. Su rostro era absolutamente escarlata.

—Soy la cuidadora de la casa, afirmó. Vengo a abrir las ventanas y a dar aire.

Observé que no respondió a mi segunda pregunta, e iba a repetirla, cuando intervino el guardián:

—¿Va a regresar la familia? preguntó.

—No lo sé... lo supongo, dijo la mujer.

Se veía que a su respuesta le faltaba convicción.

—¿Tiene Ud. las llaves? le preguntó al ver que se llevaba las manos a los bolsillos.

Ella no respondió. Una expresión burlona vino a reemplazar su aire inquieto de un momento antes. Me volvió la espalda.

—No veo que pueda importarle todo esto a los vecinos, murmuró mirándome malignamente.

—Si Ud. tiene las llaves, vamos a entrar para ver si todo está en orden, dijo el guardián.

Ella se estremeció, lo que no hizo sino aumentar su emoción. Si algo había ocurrido de anormal en ese Hotel Van Burnam, deseaba asistir al descubrimiento. Las primeras palabras de la mujer, me arrancaron esta esperanza.

—Nada me importa que Ud. entre, dijo al guardián, pero no quiero entregar las llaves a esta señora... ¿Con qué derecho entraría ella en la casa?

Me pareció oirle murmurar algo, parecido a "Una solterona metiéndose en todo lo que no le importa."

La mirada del guardián confirmó mis apreciaciones.

—La señora tiene razón, declaró.

Y apartándome sin ceremonia, bajó la escalera que conducía a la puerta de la bodega. Pronto desapareció en el interior de la casa, seguido por la cuidadora.

Esperé afuera. Comprendía que tal era mi deber. Los transeuntes se detenían un instante para mirarme, pero yo no abandoné mi puesto. Erame imposible entrar en mi casa para dedicarme a mis quehaceres habituales. Quería antes asegurarme de visu que la joven que había visto entrar por esa puerta a media noche, estaba en buena salud, y que su retardo para abrir las ventanas, procedía simplemente de su pereza de mujer de mundo. Me fué preciso, sin embargo, una buena dosis de paciencia y no poco valor, para permanecer en mi puesto de observación. Transcurrieron muchos minutos; después vi abrir las persianas del tercer piso.

Muerta! exclamaba, ¡Socorro! ¡Al asesino!

Después de un intervalo, todavía más largo, una de las ventanas del segundo piso, fué abierta por el guardián, quien se contentó con arrojarme una mirada rápida, para desaparecer en seguida.

Entre tanto, tres o cuatro personas se habían detenido en la acera, presintiendo que muy luego iba a juntarse allí una verdadera muchedumbre, comenzaba a encontrar muy caro el precio de mi virtuosa constancia, cuando se abrió violentamente la puerta principal, y pudimos distinguir el semblante extenuado de la cuidadora, temblando de pies a cabeza.

—¡Está muerta!—exclamó—¡está muerta! ¡Socorro! ¡Al asesino!

—Habría dicho más, si el guardián no la hubiera arrastrado hacia el interior, con un gruñido que pareció juramento.

Hizo ademán de darme con la puerta en las narices, pero yo me lancé hacia adentro con la rapidez del rayo, antes que él hubiese podido detenerme, lo que fué por cierto una circunstancia feliz, porque la cuidadora, palideciendo a ojos vistas cayó de pronto sobre el parquet del vestíbulo. El guardián, no era, por cierto, de aquellos que conviene tener junto

a sí en momentos de crisis. Parecía no saber qué hacer en esa conjetura, y se contentó con verme obrar a mí.

La mujer se había desmayado, y nos fué preciso arrastrarla lejos del umbral. A pesar de mis buenos deseos de servirla, cuando llegué a la altura de la salita, vi un espectáculo tan terrible, que no pude menos de dejar en tierra a la pobre cuidadora.

En una semi-obscuridad, porque la pieza no estaba alumbrada, sino por la puerta en que yo me encontraba, yacía un cuerpo de mujer medio oculto por un mueble derribado. No se distinguían sino las faldas y los brazos extendidos en cruz; pero, por el aspecto de los miembros rígidos, era fácil ver que la mujer estaba muerta.

Sentí que el corazón me faltaba, y habría yo también concluído por encontrarme mal, si no me hubiera sostenido la idea de que me encontraba allí sola con un hombre, que no tenía aire de ser muy listo.

Hice un esfuerzo para dominar mi debilidad, y volviéndome hacia el guardián, que dudaba entre la cuidadora y el cadáver, le grité vivamente.

—Vamos, amigo, a la obra. Esa mujer está muerta y está viva. Busque Ud. pronto un jarro de agua fresca en la cocina, y en seguida vaya por los auxilios necesarios. Yo permaneceré junto a esta mujer, para ayudarla a volver en sí. Es robusta y no será largo.

El rostro del agente mostraba una expresión cavilosa.

—Vaya a buscar Ud. el agua, exclamó, y mientras tanto yo gritaré por la ventana para hacer venir un inspector y un agente de pesquisa. No puedo dejar esta habitación mientras uno u otro no hayan venido.

No pude menos de sonreirme ante tan exagerada prudencia, pero de acuerdo con mi regla invariable de no discutir con hombre alguno, a menos de tener probabilidades de vencerlo, ejecuté sus recomendaciones, por penoso que me fuera abandonar, siquiera por un instante, aquel sitio de misterio y de infortunio.

—Suba pronto al segundo piso, me dijo, y llámelos pronto, porque, si abrimos la puerta, toda la gente se nos colocará adentro.

Subí gravemente los peldaños de la escalera. Abrí la ventana y pude ver que la muchedumbre había aumentado hasta llenar casi la mitad de la calle.

—¡Un guardián! exclamé con todas mis fuerzas... ¡Llamad a un guardián! Ha ocurrido un accidente, y el agente que se encuentra en la casa, pide que vengan un inspector y un empleado de la Seguridad.

Me retiré entonces de la ventana y busqué agua en mi rededor.

Estaba en un dormitorio de mujer, probablemente en el de la mayor de las niñas, pieza deshabitada desde hacía muchos meses, y en la que faltaban, naturalmente, los objetos que me hubieran sido útiles en aquellas circunstancias. Ni el menor frasco de agua de Colonia sobre el tocador, ni sales sobre la chimenea. Había, sin embargo, agua en las llaves, y un pequeño vaso en el lavatorio. Lo llené, y me dirigí presurosamente hacia la puerta. Al ejecutar esto tropecé con un pequeño objeto, que reconocí ser una pelota para alfileres.

La recogí, porque detesto el desorden, y después de colocarla sobre una mesilla, continué mi camino.

La cuidadora yacía aún al pie de la escalera. Le arrojé agua al rostro y pronto volvió en sí.

En el primer momento, pareció estar a punto de abrir la boca para hablar, pero se contuvo, lo que me pareció sospechoso. Me cuidé, sin embargo, de manifestar mi desconfianza.

Mientras tanto, arrojé una mirada por el salón. El guardián no se había movido de su sitio. Permanecía de pie ante el cadáver, con los ojos fijos en él.

El carácter misterioso de esta aventura me fascinaba, a pesar mío. Abandoné a la cuidadora, que ya estaba perfectamente bien y me adelantaba hacia el saloncito, cuando me detuvo un grito terrible.

—¡No me abandone Ud! Nunca he visto nada tan terrible. ¡La pobrecita!... ¡La pobrecita! ¿Por qué no le quitan todo lo que tiene encima del cuerpo?

Hablaba no solamente del mueble caído sobre la víctima, y que era algo como un ropero, con compartimentos en la parte inferior, y tableros más arriba, sino de

los muebles *bibelots* que yacían en tierra, rotos en varias partes, al rededor del cadáver....

—Lo harán luego, muy pronto, le repuse. Se espera la llegada de alguien que tenga más autoridad, de un inspector, de un agente... ¿Entiende Ud?

—¿Y si por si acaso no está muerta? Esos objetos pueden ahogarla... Quitémoslos... Yo puedo ayudarle... No estoy tan débil como para no hacerlo.

—¿Sabe Ud. de lo que se trata? le pregunté entonces, porque su voz me parecía traicionar aún más emoción de la natural en aquellas circunstancias, por terribles que fueran.

—¿Yo? repitió ella, bajando los ojos, a pesar de cuantos esfuerzos hizo para sostener mi mirada.... ¿Cómo quiere Ud. que lo sepa? He entrado con el agente sin acercarme más que ahora... ¿Qué puedo saber yo? Soy la cuidadora, y no conozco sino de nombre a las personas de la familia.

—Me había parecido notar en Ud. mucha emoción, repuse, encontrando sospechosa la desconfianza que ella mostraba, desconfianza de un carácter tan marcado, que su actitud se había transformado en un abrir y cerrar de ojos del terror a la astucia y a la reserva maligna.

—¿Quiére Ud. que no me emocionara al ver a una pobre joven aplastada bajo ese montón de vajillas?

El doctor había permanecido inclinado junto al cadáver

¡Llamar vajilla a esos vasos del Japón, que valían centenares de dólares, a aquel péndulo de Bowle, a esas figuritas de Sajonia, con más de doscientos años de fecha!

Los salones de los Van Burnam comunicaban por una especie de puerta con cristales. A la derecha de esa puerta y en el rincón fronterizo a la calzada principal, yacía la muerta. Ahora que mis ojos comenzaban a acostumbrarse a la obscuridad, miré en torno y noté dos o tres pequeños detalles, que no advirtiera hasta entonces. Por de pronto la mujer se hallaba de espaldas, con los pies hacia la puerta del vestíbulo. No se distinguían, además, en ninguna parte de la pieza salvo en la vecindad del cadáver, señales de lucha. Cada cosa estaba en su sitio, y todo presentaba esa apariencia de orden que reina en mi propio salón, siempre que no lo perturban las visitas. No podía, es verdad, distinguir con nitidez los objetos de la sala vecina, pero también me parecieron encontrarse en orden.

Mientras hacía estas observaciones, la cuidadora se perdía en conjeturas sobre las causas del accidente. Parecía querer explicarlo con la caída del ropero.

—¡Pobre niña! ¡Pobre niña! Ha debido caer debajo. Pero, ¿cómo ha entrado en el palacio?... ¿Qué pudo traerla a esta casa vacía?

—¿Qué hace Ud. allí? gruñó el agente... ¡Levántese Ud! Nadie sino el inspector tiene derecho a tocar nada aquí.

—No hacía ningún daño, protestó la mujer con voz extraña y entrecortada. Quería ver solamente cómo está vestida la pobrecita. ¿No es un traje azul? agregó, volviéndose hacia mí.

—De sarga azul, repliqué, un traje de confección, evidentemente, pero de muy buena calidad. Debe venir de la casa Allman o de la casa Stern.

—No tengo costumbre de ver tales cosas, murmuró la mujer, incorporándose torpemente.

Parecía haber perdido la poca presencia de espíritu que le había quedado.

—Es muy joven la pocrecita. ¿No es así? preguntó con voz que traicionaba cierta vacilación.

—Creo que es mas joven que Ud. y que yo, me dignó contestarle. Esos zapatos con suela puntiaguda, revelan que aún no había llegado a la edad de la discreción.

—¡Pobrecita! Da pena, ¿verdad? Es triste que semejante desgracia haya herido a una jovencita así... Si nosotros estuviéramos en el mismo caso, nadie se preocuparía mucho, pero una damita como esta...

Esta observación no tenía nada de cortés para mí, y lo iba a dar a entender claramente, cuando se levantó en la calle un prolongado rumor. Oímos frente a la casa pasos precipitados, seguidos de un fuerte campanillazo.

—Es el detective, dijo el guardián con voz tranquila. Abra Ud. la puerta, señora, o pase al vestíbulo si prefiere que la abra yo.

Era ésta una nueva descortesía, y de las menos merecidas. Pero reflexioné que yo era testigo demasiado importante para molestarme por tan poca cosa. Devoré pues mi indignación, y me dirigí, con ademán digno, a la puerta de calle. Recuérdese que los tres habíamos entrado por la puerta de servicio, y se comprenderá la atención con que observé aquella puerta principal, por donde habían entrado y salido los actores del drama, cuyo desarrollo probaba aquel cadáver.

II

Algunas preguntas

Distinguí los murmullos de la turba, que reclamaba la entrada a la casa. Pero por ruidosos que fueran, no me impidieron notar que la puerta no había sido cerrada con llave cuando el joven salió la noche antes. Apenas dí vuelta la perilla, se abrió y pude ver la turba confusa, y sobre el umbral dos señores que esperaban se les abriera. Miré a la multitud frunciendo el ceño, y después me volví sonriendo hacia los dos señores, de los cuales, el uno era corpulento y de aspecto bonachón, y el otro seco y serio, pero ambos, en todo caso, igualmente refractarios a la urbanidad, porque me lanzaron una mirada tan desagradable y fría, que permanecí asombrada. Puede que se dieran cuenta, desde entonces, que yo iba a ser un estorbo para todos los

La cuidadora se había desmayado

que se iban a mezclar en aquel asunto.

—¿Es Ud. la mujer que ha gritado desde la ventana? preguntó el más grueso de los desconocidos, cuyo empleo por de pronto yo no pude precisar.

—Sí, yo fuí, respondí con calma imperturbable. Vivo aquí al lado, y mi presencia aquí se debe al vivo interés que me inspiran mis vecinos. Tenía todas las razones del mundo para sospechar que había ocurrido en esta casa algo de anormal, y no me equivocaba. Dénse ustedes el trabajo de echar una ojeada por la salita.

Estaban ya en el umbral de la pieza y no tuve que repetirles mi invitación; el más fuerte de ambos entró el primero, y el otro le siguió, y más atrás yo, pisándoles materialmente los talones. El espectáculo era horrible; pero aquellos hombres no manifestaron la menor emoción.

—Creía que la casa estaba vacía, observó el segundo de los desconocidos, que era visiblemente el médico.

—Lo estaba, en efecto, hasta anoche, comencé yo a decir.

Y me disponía a contar lo que sabía, cuando sentí que me tiraban de la blusa. Me volví y observé que la advertencia venía de la cuidadora, que se encontraba cerca de mí.

—¿Qué es eso? pregunté en voz alta, porque no comprendí lo que quería, y nada tenía yo que ocultar.

La cuidadora, con una astucia que no era de esperar en una mujer de su clase, esquivó la respuesta, mostrando con el dedo a la muerta, y diciendo vivamente.

—Pero, ¿no van Uds. a sacar ese mueble de encima? ¡Es un pecado dejarlo como está!... Piensen que la pobrecita puede no estar muerta.

Sin hacer caso de sus palabras, el detective se volvió hacia mí.

—¿Qué quería Ud. decir, preguntó con tono brusco e imperioso, al afirmar que la casa estaba vacía hasta anoche?

—Precisamente eso acabo de decir... Estuvo vacía hasta media noche, hora en que dos personas...

De nuevo sentí que me tomaban de la chaqueta, pero esta vez con más prudencia. ¿Qué podía querer esa mujer? No atreviéndome a mirarla, porque esos hombres no estaban sino demasiado dispuestos a encontrar malo cuanto yo dijera, retiré dulcemente mi chaqueta, y continué mi narración, como si no hubiera sido interrumpida.

—Dos personas, debí decir un hombre y una mujer, llegaron en coche a la casa y entraron aquí. Los he visto desde mi ventana.

—¿Verdad? murmuró mi interlocutor, a quien tomé sin dudar un momento por un agente de policía... ¿Esta es la mujer? prosiguió mostrando con el dedo a la pobre criatura tendida a mis pies.

—Sí... Así lo creo... Completa seguridad no tengo. No vi el rostro de la mujer en la noche, pero era joven, ligera como un pájaro y ha subido alegremente las escaleras del pórtico.

—¿Y el hombre? ¿Dónde está el hombre? No lo veo aquí.

—Ello no me sorprende en absoluto. El hombre volvió a partir diez minutos más tarde, por lo que recuerdo. Esto fué lo que me hizo sospechar, y por eso invité al agente a visitar la casa. No me pareció natural, de parte de un Van Burnam, dejar sola de noche a una mujer en una casa vacía.

—¿Conoce Ud. a los Van Burnam?

—No con mucha intimidad, pero esto nada quiere decir. Sé que son personas bien educadas.

—Pero Mr. Van Burnam está en Europa.

—Tiene dos hijos.

—¿Viven ellos aquí?

—No: el uno es soltero y vive en Long Branch, y el otro con su mujer vive en algún punto del Connecticut.

—¿Y cómo ha podido entrar anoche la pareja? ¿Había alguien aquí para abrir la puerta?

—No; el hombre tenía la llave.

—¡Ah!... ¡Tenía la llave!...

El tono con que pronunció estas palabras lo volví a recordar más tarde, pero, por de pronto, presté más atención a un ruido particular que sentí tras de mí. Era algo como un suspiro y comprendí que provenía de la cuidadora. Por curioso que ello me pareciera, el suspiro era evidentemente de alivio y de satisfacción... Ahora bien, ¿qué podía haber producido satisfacción o alivio en aquella mujer? Cambiando de sitio lo suficiente

para estudiar su rostro, proseguí con la fría resolución que constituye el fondo de mi carácter:

—Cuando el hombre salió, se retiró a grandes pasos, porque el coche no lo había esperado.

—¡Ah! murmuró mi interlocutor de nuevo.

Recogió uno de los fragmentos de porcelana que yacían en el pavimento, mientras yo examinaba, atentamente, el rostro de la cuidadora.

Miss Butterworth

Revelaba ésta una mezcla de emociones diferentes que no me dejó de intrigar.

Mr. Gryce, más tarde supe que se llamaba así, se apercibió igualmente de ello, porque le dirigió sin pérdida de tiempo la palabra, sin dejar de mantener fijos los ojos sobre el pedazo de porcelana que tenía en la mano.

—¿Por qué vino Ud. hoy a hacer el aseo? preguntó. ¿Va a volver luego la familia?

—Sí, señor, repuso ella, disimulando muy hábilmente su emoción, en cuanto se dió cuenta de que la miraban, y hablando con una volubilidad que nos sorprendió a todos.... Sí señor, se les espera de día en día... Yo no lo supe sino ayer... Sí... Fué precisamente ayer... No... Antes de ayer... fué cuando el joven Mr. Franklin, así se llama el hijo mayor, un joven muy cumplido, muy gentil, me hizo saber por una carta que era necesario tener la casa lista. No es la primera vez que me habían encargado este trabajo, y en cuanto los empleados me dieron la llave de allí abajo, vine y trabajé todo el día en limpiar los "parquets" y asearlo todo. Habría continuado mi trabajo hoy en la mañana, pero mi marido cayó enfermo. Me vi obligada a ir al dispensario a buscar medicamentos, y sólo llegué aquí a medio día. Encontré entonces a esta señora delante de la puerta con un guardián, una dama muy cumplida, muy gentil, señor, a quien respeto profundamente (al decir estas palabras me hizo una reverencia a estilo teatral), y me tomaron la llave, y el guardián abrió la puerta... Subimos, registramos todas las habitaciones, y al llegar a ésta...

—Será Ud. citada como testigo del acto, el Jurado del juez de Instrucción dijo el otro a la mujer, teniendo cuidado de dirigir su observación al trozo de porcelana que volvía y revolvía en la mano. Como no puedo deciriles a qué hora tendrá lugar el interrogatorio, haría Ud. bien en permanecer aquí hasta la llegada del juez de Instrucción que no tardará... Lo mismo esta otra mujer.

Por el término "esta otra mujer", entendía designarme a mí, es decir a miss Butterworth, a una descendiente de los primeros colonos ingleses, que ocupaba cierta situación en el mundo. Me guardé, sin embargo, muy bien de manifestar mi resentimiento, porque pensé que en mi calidad de testigo, yo era, delante de la ley la igual de la cuidadora, y sin duda Mr. Gryce me consideraba bajo ese aspecto.

Era éste, como he dicho, de estatura más bien elevada y de aspecto bonachón: nadie lo habría tomado por un policía. Sin embargo, sabía imponerse, cuando lo juzgaba necesario.

—Sírvase, señora, contarme una vez

más lo que vió anoche desde su ventana. Es probable que me encarguen el estudio de este negocio, y me agradaría saber todo cuanto Ud. tiene que decir al respecto.

—Me llamo miss Butterworth.

—Y yo Gryce.

—¿Agente de Seguridad?

—Ud. lo ha dicho.

—¿Ud. debe encontrar muy serio este asunto? pregunté.

—Una muerte violenta es siempre una cosa seria.

—¿Ud. no considera entonces esta muerte como accidental?

En su rostro se dibujó una sonrisa que parecía decir "No sabrás hoy lo que yo pienso acerca de ello."

"Y tú tampoco sabrás lo que yo pienso", repliqué en mi interior. Me guardé, sin embargo, de decir nada en alta voz, porque Mr. Gryce tenía setenta y cinco años a lo menos, y se me ha enseñado el respeto de la ancianidad. Hace cincuenta años a que practico esta virtud.

—Aquí viene el juez de Instrucción. Cuéntele Ud. la historia como una buena mujer franca que Ud. parece ser.

—No me agradan los cumplimientos, repuse con sequedad. Soy miss Butterworth, y deseo que no se me hable como a una mujer del pueblo. Con mucho gusto le repetiré lo que he visto anoche, porque no es un secreto, ello no me hace daño y a Ud. puede serle útil.

Inicié, pues, nuevamente mi relato y entré en muchos detalles que no había tenido intención de referir, tan insinuantes eran sus maneras y tan hábiles sus preguntas. Sin embargo, ambos evitamos cierto punto escabroso; la extraña actitud de la cuidadora. Puede que él no hubiera notado nada: en todo caso, no hablándole de ello, tomé sobre él una ventaja que me condujo a resultados de la mayor importancia.

III

Se presenta Amalia

Existe en un extremo del palacio Van Burnam una salita en la que me refugié después de mi entrevista con Mr. Gryce. Después de escoger el sillón que me pareció más cómodo, me instalé en él para reflexionar a mis anchas, y quedé sorprendida al constatar que estaba yo misma muy divertida, a pesar de los mil deberes que me llamaban desde mi humilde morada.

Sentíame feliz al encontrarme sola con mis pensamientos, pasando en revista los sucesos. Hasta entonces no me había dado cuenta de que yo tenía talentos especiales. Aunque a nadie le faltan mil preocupaciones personales, no podía apartar mi pensamiento de los detalles de la tragedia. Convencida de haber notado mil pequeños hechos, de los cuales era posible sacar conclusiones, me entretuve en anotarlos sobre el respaldo de una factura que llevaba conmigo.

Estas notas no pueden contribuir a explicar el drama, porque están basadas en indicaciones insignificantes, pero son interesantes, y muestran cuánto había ya trabajado mi espíritu.

Están dispuestas en tres columnas, y responden a tres preguntas:

—1a. ¿La muerte de la joven fué causada por un accidente?

—2a. ¿Se trataría de un suicidio?

—3a. ¿Sería un asesinato?

En la primera columna escribí:

Razones que me impiden creer en un accidente:

1a.—Si, a consecuencia de un accidente, la persona hubiera ella misma hecho caer el mueble, se la habría encontrado con los pies vueltos contra el muro en que el mueble estaba colocado. Ahora bien, los pies estaban vueltos contra la puerta, y la cabeza bajo el mueble.

2a.—Las ropas estaban dispuestas al rededor de sus pies con decencia, aún más, con un cuidado escrupuloso, lo que hace insostenible la hipótesis de un accidente.

En la segunda columna.

Razones que se oponen a la teoría de un suicidio:

No se la habría podido encontrar en la posición indicada más arriba, sin que ella misma se hubiera acostado en el suelo estando aún viva, y entonces. ¿Cómo habría podido hacer caer el mueble?

En la tercera columna:

¿Por qué es difícil creer en un asesinato?

Hubiera sido preciso mantener a la jo-

ven en tierra, mientras se hacía caer el mueble, lo que es imposible, a menos que ella estuviera desmayada.

En seguida de lo cual agregué:

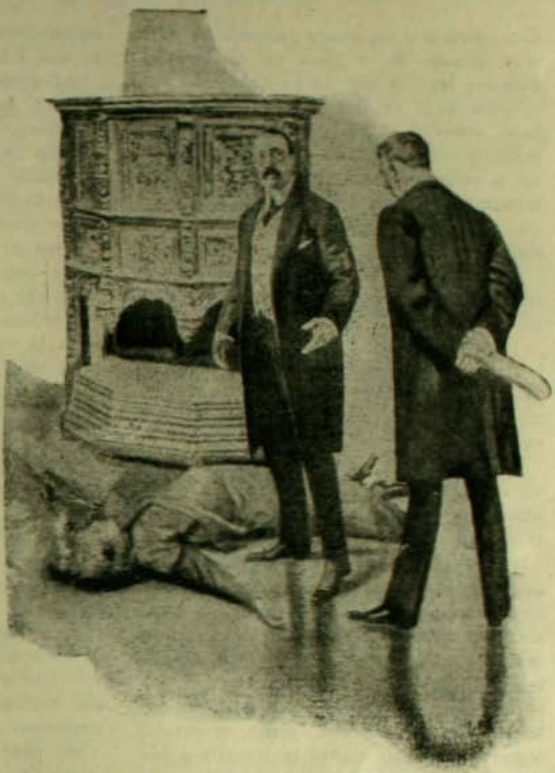
Razones que me harían aceptar la hipótesis de un asesinato:

1a.—El hecho de que la mujer no entrase sola a la casa; que un hombre entrase con ella, y después de permanecer sólo diez minutos, saliera como impaciente por huir.

2a.—La puerta de calle, cerrada antes con llave, quedó sin ella después de la partida del desconocido. Sin embargo de que nada se oponía a su regreso, el hombre no había vuelto a la casa.

3a.— La dispersión de las ropas, traicionaba después de la muerte, la obra de una mano extraña.

Nada de bien claro, como se ve. Todo era dudoso; sin embargo, yo me sentía dispuesta a creer más bien en el asesinato.



¿Quiere Ud. tener la bondad de hacer llamar otro médico?

Había almorzado antes de intervenir en aquel asunto, y tuve por qué felicitarme de haberlo hecho. Eran más de las tres cuando fuí llamada a comparecer ante el juez de Instrucción.

Se encontraba éste en el salón en que yacía la muerta, y al dirigirme hacia allá, sentía que me invadía el mismo sentimiento de debilidad que casi me arrojara en tierra la vez primera. Me reprimí, sin embargo, antes de traspasar el terrible umbral.

Muchos señores estaban reunidos en el salón, pero yo no fijé mi atención sino en dos, uno de los cuales me pareció ser el juez de Instrucción; el otro era mi interlocutor de la mañana, Mr. Gryce. Al ver la animación de este último, comprendí que el interés del asunto, era más vivo ahora bajo el punto de vista policial.

—¡He aquí la testigo! ¿No es así? preguntó el juez de Instrucción al entrar yo en la sala.

—Soy miss Butterworth, respondí con calma, Amelia Butterworth. Vivo al lado y estaba presente cuando fué descubierta esta pobre mujer asesinada.

—¡Asesinada! repitió él. ¿Por qué dice Ud... asesinada?

Por toda respuesta, saqué del bolsillo la factura en cuyo respaldo había borroneado mis conclusiones.

—Vea Ud. esto, le dije.

Evidentemente intrigado, tomó el papel que le alargaba, y después de mirarme con no poca sorpresa, se dignó hacer lo que le pedía.

Lo leyó muy excitado, e hizo pasar el papel al agente de seguridad.

Este, que había abandonado su trozo de porcelana para coger un lápiz todo mor-

dido, dirigió a su nuevo juguete un gesto muy cómico y lo puso en el bolsillo. Después leyó lo que yo había escrito.

—He aquí ya dos para el mismo trabajo, observó el juez de Instrucción con maligna sonrisa. Temo tener que rendirme a vuestras fuerzas aliadas. Miss Butterworth, se va a levantar ese mueble... ¿Se siente Ud. capaz de soportar un espectáculo lúgubre?

—Todo puedo soportarlo, desde que se trata de los intereses de la justicia, fué mi respuesta.

Hicieron levantar primero el péndulo y los restos de porcelana esparcidos por el parquet, al rededor del cadáver. Al colocar el péndulo sobre la chimenea, alguien exclamó:

—He aquí algo que habría podido ser un testigo precioso, si hubiese estado andando, a la hora en que fué derrumbado el mueble.

Pero era evidente que estaba parado desde meses atrás, y nadie se dió el trabajo de responder. Mr. Gryce no se dignó siquiera mover el reloj. Sin embargo, todos pudimos ver que las agujas marcaban las cinco menos tres minutos.

Me rogaron sentarme, pero ello me fué imposible. Al lado del agente, vi colocar el enorme mueble contra la muralla y descubrirse lentamente la parte superior del cuerpo hasta entonces oculta.

El juez de Instrucción, cruzando su mirada con la mía, me mostró con el dedo a la pobre víctima.

—¿Es ésta la mujer que Ud. vió entrar aquí anoche?

Miré el traje y pude notar la pequeña pelerina corta, amarrada en torno del cuello, por un grueso nudo de cintas, e incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Me acuerdo de la pelerina, dije, pero, ¿dónde está el sombrero? Ella llevaba un sombrero... Veamos si puedo descubrirlo.

Y cerrando los ojos, traté de recordar la vaga silueta que había entrevisto. Tan bien me ayudó mi memoria, que al cabo de un instante pude declarar que su sombrero me había hecho el efecto de ser de fieltro flexible con una pluma o un nudo de cintas al lado.

—En ese caso, dijo Mr. Gryce, está establecida la identidad de esta mujer con la que Ud. vió entrar anoche aquí.

Al decir estas palabras, se inclinó retirando de debajo del cuerpo de la joven un sombrero que se parecía lo bastante al que yo había descrito, para que todo el mundo quedara convencido.

—¡Como si fuera cosa de ponerlo en duda! exclamé.

Pero el juez de Instrucción, explicándome que se trataba de una simple formalidad, me hizo signo de dejar sitio al doctor, que parecía deseoso de aproximarse a la muerta. Iba a obedecer, cuando tuve una idea súbita. Tendí las manos para que me pasaran el sombrero.

—Permítame examinarlo un instante, dije a Mr. Gryce.

Este me lo pasó inmediatamente, y yo lo examiné con cuidado en todos sentidos.

—Está famosamente destrozado, dije, y no presenta un aspecto muy alegre, pero, sin embargo, no ha sido usado sino una sola vez.

—¿Cómo sabe Ud. eso? preguntó el juez de Instrucción.

—Diríjale Ud. esa pregunta a mi colega, repliqué fríamente, devolviendo el sombrero a Mr. Gryce.

Se produjo a mi alrededor un murmullo de burla o de cólera; no me detuve a profundizar su naturaleza. Iba ya a hacer un nuevo descubrimiento, y no me cuidaba de lo que pensaran de mí.

—Además, continué, no hace mucho tiempo que lleva ese vestido. No diré otro tanto de los botines. No son viejos, seguramente, pero han hecho ya algún conocimiento con las calles, lo que no es el caso del borde de estas faldas. Las manos no tienen guantes: han transcurrido, pues, algunos instantes entre la llegada de esta joven y el crimen: el tiempo para quitarse los guantes.

—¡Bravo! murmuró a mi oído una voz mitad admiración, mitad burlona, en la cual no me costó trabajo reconocer la de Mr. Gryce... Pero, ¿está Ud. segura de que llevaba guantes cuando entró en la casa?

—No, respondí con franqueza, pero una dama tan bien vestida no habría entrado a una casa como ésta con las manos desnudas.

—Hacía mucho calor anoche, observó alguien.

—Eso no significa nada... Uds. encontrarán sus guantes como encontraron el sombrero, y con los dedos vueltos, como han debido quedar al sacárselos. Hago esta concesión al calor de anoche.

—Así, por ejemplo, dijo a mi lado una voz tranquila.

Me estremecí, porque, al mismo tiempo, una mano avanzó por encima de mis hombros, poniendo un par de guantes delante de mis ojos.

—Sí, sí, exclamé, lo confieso, con un acento de triunfo demasiado marcado. Absolutamente como éstos... ¿Los ha cogido Ud?... ¿Son los suyos?

El otro sonrió, no a mí, sino al par de guantes, y me vino la idea de que él creía hacerme decir cuánto quisiera. Cerré, pues, resueltamente la boca y me puse en guardia.

—Esto no tiene importancia, afirmé... Todo quedará claro después del interrogatorio.

Mr. Gryce hizo un gesto de asentimiento, metiéndose los guantes al bolsillo. Parecía haber perdido no poco de su bonhomía y de su paciencia.

—Todos estos hechos estaban establecidos antes de que Ud. entrara, dijo.

Recibí esta afirmación con beneficio de inventario.

El doctor, que no había dado señales de vida durante este pequeño tiroteo, y que continuaba arrodillado junto a la cabeza de la joven, se incorporó de pronto.

—Me veo obligado a pedir que se llame a otro médico, dijo... ¿Quiére Ud., señor juez, tener la bondad de hacer pedir uno?

Retrocedí un paso. El juez de Instrucción se adelantó y me dijo al pasar junto a mí:

—El interrogatorio tendrá lugar pasado mañana en mi oficina. Esté Ud. lista para asistir. La considero uno de mis principales testigos.

Le aseguré que me tendría a sus órdenes y me dispuse a retirarme.

En ese momento, se hizo oir un violento campanillazo. Me detuve.

—He aquí un nuevo testigo, o un despacho para el juez de Instrucción, murmuró a mi oído el actuario.

La puerta se abrió, y cuando vimos al visitante, quedamos muy contentos de haber obedecido a nuestros instintos de urbanidad.

Era uno de los jóvenes Van Burnam, Franklin, el mayor y el más serio de los dos hermanos.

Parecía agitado y rojo de cólera.

Al entrar, se volvió para arrojar a su espalda una mirada furiosa. Vi entonces que acababa de detenerse frente a la casa un carruaje repleto de bultos. El joven no volvía sólo al techo paterno.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué quiere decir todo esto? fueron las palabras que nos dirigió, al cerrar la puerta tras de sí, y encontrándose en presencia de una media docena de extraños, entre los cuales, el actuario y yo, estábamos en primera fila.

Mr. Gryce, surgiendo sabe Dios de dónde, fué el único en responderle.

—Un acontecimiento de los más penosos, señor. Una mujer joven ha sido encontrada muerta aquí, aplastada por uno de los muebles de su salón.

—¡Aquí! ¿En esta casa vacía? repuso el joven, ¿qué mujer? Una vieja querréis decir... ¿No es esto? La cuidadora o la...

—No, señor Van Burnam, quise decir lo que he dicho; aunque puede ser habría sido mejor llamarla "dama"... Está vestida con mucha elegancia.

—¡Demonios!

No... A la verdad no puedo repetir la propia palabra de Mr. Van Burnam. Si le perdoné entonces su momentáneo olvido de las conveniencias, no quiero perpetuar su recuerdo en estas páginas.

—Se encuentra aún tendida en la posición en que la hemos encontrado, continuó Mr. Gryce, con su voz tranquila y casi paternal... ¿Quiére Ud. verla? Acaso nos podrá decir su nombre.

—¿Yo? dijo Mr. Van Burnam con tono escandalizado. ¿Cómo se imagina que yo la conozca? Alguna ladrona, sin duda, que se ha muerto al registrar los muebles.

—Bien puede ser, fué la unica respuesta de Mr. Gryce.

—¿Cómo puede Ud. convenir en semejante cosa? exclamé. Ud. sabe que si vino aquí, fué traída anoche por un joven que le abrió la puerta con llave, y que

en seguida la dejó sola en la casa vacía.

Varias veces he logrado producir sensación con mis palabras, pero nunca como entonces.

Inmediatamente todas las miradas se volvieron hacia mí, excepto la de Mr. Gryce, que continuaba fijo sobre las chucherías colocadas encima de la puerta.

Debo agregar que esa mirada era famosamente severa, pero que se transformó cuando el joven se lanzó hacia mí y me preguntó con ímpetu.

—¿Quién ha dicho eso?... Pero, ¡Es Ud. miss Butterworth! Temo, señora, no haberla comprendido bien.

Repetí mis palabras, con mucha calma esta vez, mientras el agente de Seguridad continuaba mirando, con el ceño fruncido, el bibelot de bronce al que había hecho confidente de sus pensamientos íntimos. Cuando hube terminado, el rostro de Mr. Van Burnam había cambiado de expresión y su actitud no era ya la misma. Se mantenía tan erguido como antes, pero sin ningún aire de provocación. Su prisa y su impaciencia persistían, pero no eran del mismo género.

—Es una singular circunstancia la que Ud. me comunica, observó Mr. Van Burnam, dirigiéndome el primer saludo que yo hubiera recibido de su parte. No sé qué pensar. Sin embargo, estoy dispuesto a creer que se trata de una ladrona.... ¡Muerta!... habéis dicho. ¿Verdaderamente muerta? Habría dado con mucho gusto quinientos dólares porque tal cosa no hubiera ocurrido en esta casa..

Diciendo esto, seguía avanzando hacia el salón, donde concluyó por entrar. Inmediatamente Mr. Gryce se puso a su lado.

Sin embargo, antes que la puerta se cerrara de nuevo, oí una frase pronunciada por Mr. Van Burnam, y entreví por un instante su rostro.

Las palabras eran las siguientes:

—¡Pero si está tan desfigurada! ¿Cómo podría reconocerla?

En cuanto al rostro... ¡Bien! ese rostro me mostró un hombre mucho más profundamente agitado de lo que se quería mostrar, y esa agitación estaba en contraste absoluto con las palabras que iba a pronunciar.

IX

Silas Van Burnam

La campanilla resonó de nuevo, y abrieron la puerta.

Mr. Franklin Van Burnam salió de la salita, en el momento en que su padre, Mr. Silas Van Burnam, hacía su entrada en el vestíbulo.

—Padre, dijo en tono de reconvención, ¿no podría Ud. esperar un poco?

El recién venido, que venía directamente desde a bordo, se enjugó la frente con ese gesto irascible que yo había observado en él en no pocas circunstancias.

—¡Esperar! con una turba amotinada aullando en mis oídos. Isabel al lado mío reclamando sus sales, y Carolina mostrando al rededor de la boca esas manchas azules que hemos aprendido a temer en tiempo de calor... No, amigo mío, cuando sucede algo de anormal, deseo saber lo que es, y es claro que aquí ha ocurrido algo de anormal. ¿De qué se trata? Howard ha vuelto a...

Pero el hijo, cogiéndolo por el brazo y empujándolo hacia adelante, dijo al viejo:

—Entre, pero no vaya a impresionarse demasiado. Ha ocurrido un triste accidente, y tiene que prepararse a ver sangre...

—¡Sangre! Nada me importa la vista de la sangre, siempre que Howard...

El resto de la frase se perdió en el sonido que hizo la puerta al cerrarse.

Ahora, dirá el lector, era el momento de irse, y tendrá razón. Pero la empresa era difícil al través de ese vestíbulo repleto de gentes. No se me tomará, pues, a mal que permaneciese allí todavía algunos instantes.

Se oía hablar alto en el salón, pero pronto las voces callaron, y cuando salió el propietario de la casa, tenía un aire perplejo, que me chocó tanto como antes el cambio de la fisonomía de su hijo. El viejo estaba tan absorto en sus reflexiones, que no se apercibió de mi presencia, aunque casi topó conmigo.

—Que no dejen venir a Howard, decía a su hijo con voz baja y misteriosa. Que se lo impidan hasta que estemos seguros de...

Estoy íntimamente persuadida de que en ese instante su hijo debió apretarle el brazo, porque se detuvo de pronto, y miró en torno con expresión aturdida.

—¡Ah! exclamó con un tono de gran contrariedad; he aquí la mujer que ha visto...

—Miss Butterworth, papá, interrumpió la voz inquieta de su hijo.

El joven se inclinó. Yo hice otro tanto, e iba en fin a abandonar mi puesto al pie de la escalera, cuando, por tercera vez, sentí que me tiraban de la blusa.

—¿Va Ud. a sostener lo que ha dicho? murmuró una voz junto a mi oído, respecto del joven y de la dama que vinieron aquí anoche?

—¿Mantener lo que he dicho? repuse dulcemente, reconociendo a la cuidadora que se me había acercado en la semiobscuridad; pero, si es la verdad... ¿Por qué no lo mantendría?

Un pequeño castañeteo difícil de describir, pero, muy significativo, se escapó a la mujer.

—Ah! bien se ve que Ud. es valerosa, dijo. No sabía que existieran mujeres de esta especie.

Y con un nuevo castañeteo lleno de satisfacción, y una mirada de entusiasmo que nada había hecho yo por merecer desapareció de nuevo en la obscuridad. Había en los modales de esa mujer algo de extraño, que valía la pena de ser profundizado.

V

No conozco a esa mujer

Al día siguiente supe la escena dramática que se había desarrollado en la casa de pompas fúnebres, donde fué transportado el cadáver, y voy a tratar de describirla con imparcialidad.

Al subir al cupé al lado de Howard, Mr. Gryce notó: primero, que el joven se encontraba presa de un vivo terror y segundo, que no hacía esfuerzo alguno por ocultarlo. El detective no le dió ningún detalle. Sabía solamente que lo buscaban por todas partes desde el medio día, y que lo necesitaban para establecer la identidad de una joven que habían encontrado muerta en la casa de su hermano. Aparte de esto, lo ignoraba todo, y sin embargo no parecía experimentar ningún sentimiento de curiosidad, ni manifestaba la menor sorpresa. Aceptaba buenamente la situación, y se encerró en un mutismo absoluto, hasta que llegaron a su destino. Entonces pareció recobrar todo su valor y se atrevió a hacer esta pregunta.

¿Es Ud. la mujer que ha gritado desde la ventana?

—¿La joven, como ustedes dicen, se ha muerto?...

El detective, que en su larga frecuentación de los criminales y gentes sospechosas, había visto todo género de hombres y encontrádose en mil situaciones diversas, experimentó, sin embargo, al escuchar estas palabras, un movimiento bien natural. Volviéndose a medias hacia su interlocutor, se permitió alzar los hombros, y dijo fríamente:

—La encontramos bajo un mueble, bajo un armario que Ud. debe recordar, a

la izquierda de la chimenea... Una muerte extraña, ¿no es así? En mi larga experiencia no conozco sino un caso del mismo género.

—¿Hemos llegado? preguntó el joven temblando. Siento mucho que hayan creído necesario que yo la vea. Estoy seguro de no descubrir ningún signo que me permita reconocerla.

Mr. Gryce se inclinó, observando que no se trataba sino de una simple formalidad, e introdujo al joven a la casa primero, y en seguida al sitio en que se encontraba el cadáver. Dos médicos y tres o cuatro personajes oficiales examinaban este último, y el joven los miró con aire de interrogación, antes de dirigir los ojos al sitio que Mr. Gryce le indicaba.

Pero esos rostros nada tenían de tranquilizadores, sin duda, porque volviéndose repentinamente, Howard se trasladó al otro extremo de la sala, y vino a situarse junto al agente de Seguridad.

—Estoy cierto, comenzó, de que no es mi mujer...

Al mismo tiempo, retiraron el cuerpo, y el joven lanzó un suspiro de alivio.

—Bien se lo decía, agregó fríamente, no conozco a esa mujer.

El suspiro encontró un doble eco al lado de la puerta. Mirando en esa dirección, Howard percibió las figuras de su padre y de su hermano mayor. Se dirigió hacia ellos.

—He hecho mi declaración, les dijo... ¿Quiéren que espere afuera a que Uds. hagan las suyas?...

—Ya hemos dicho cuanto teníamos que decir, repuso Franklin; hemos declarado que no conocíamos a esa mujer.

—Entendido, entendido, dijo el otro. No comprendo por qué pretenden que la conozcamos. Es un caso vulgar de suicidio de parte de la desconocida, que ha creído la casa vacía... Pero, ¿cómo ha podido entrar?

—¿No lo sabe Ud? dijo Mr. Gryce... Había olvidado contárselo. La puerta le fué abierta anoche por un joven de talla mediana.

Y al hablar así, medía con la mirada la esbelta estatura del joven que tenía delante.

—El joven la ha dejado en la casa, agregó, retirándose poco después... Tenía llave...

—¿La llave?... Pero, Franklin...

Una mirada de este último le detuvo...

Volviendo sobre sus talones, exclamó en tono ligero:

—Poco importa. La joven nos es perfectamente desconocida y creo que después de afirmarlo, hemos satisfecho todas las exigencias de la ley, y que ahora podemos retirarnos. ¿Vas al círculo, Franklin?

—Sí... pero escucha una palabra antes.

Y el hermano mayor, acercándose al otro, le murmuró algunas palabras al oído. Howard se dirigió de nuevo hacia la parte de la pieza en que se encontraba el cadáver.

—¡Qué idea! había dicho Howard después de escuchar a su hermano.

Dió en seguida un paso hacia la muerta, y, después otros más hasta que estuvo junto a ella.

Sus manos, como lo hemos dicho, no habían sido alcanzadas por el mueble, y hacia ellas se dirigieron las miradas del joven.

—Se parecen a las suyas ¡Dios mío!... ¡Se parecen a las suyas! gimió de nuevo... Pero, ¿dónde están sus anillos? No hay anillos en estas manos, y ella llevaba cinco, contando con el de compromiso.

—¿Habla Ud. de su mujer? preguntó Mr. Gryce, que se había acercado dulcemente.

El joven se había dejado coger de improviso.

Enrojeció bastante, pero respondió valientemente y con aire de franqueza.

—Sí: mi mujer ha abandonado ayer a Haddam para venir a New York, y no la he vuelto a ver después. Naturalmente me vino a las mientes la idea de que esta desgraciada víctima pudiera ser ella. Pero no reconozco ni sus vestidos ni su estatura; las manos tienen, sí, algo de familiar.

—¿Y los cabellos?

—Los cabellos son del mismo color que los de mi mujer, pero es un color muy común. Nada de lo que veo me permite afirmar que sea mi mujer.

—Le llamaremos de nuevo cuando el

doctor termine la autopsia, dijo Mr. Gryce. Puede que entonces la señora Van Burnam haya dado alguna señal de vida.

Esta reflexión no pareció dejar muy satisfecho a Howard Van Burnam. Se alejó pálido y abatido. Al reunirse con su padre, ensayó en un principio dominar su emoción, afectando la indiferencia del hombre de mundo, pero la mirada de su padre estaba fija en él. Howard se turbó y dijo con vivacidad febril:

—Si es ella, lo juro por Dios, su muerte es un misterio para mí. Habíamos tenido una querella, en este último tiempo, y me he dejado llevar para con ella, a movimientos de mal humor; pero no tenía ella ningún motivo para desear la muerte, y estoy dispuesto a jurar, a pesar de esas manos, que se parecen evidentemente a las suyas, a pesar de ciertas semejanzas curiosas, que es una extraña la que yace allí y que su muerte en nuestra casa es una simple coincidencia.

—Vamos, vamos, es preciso esperar un poco, dijo Mr. Gryce con tono de conciliación. Aguarden en la pieza del lado y confíenme sus órdenes acerca de la casa. Velaré para que sean bien servidos.

Los tres caballeros no encontrando pretexto para rehusar, siguieron al discreto agente, que les condujo a otra sala, y la puerta se cerró sobre los médicos y sus investigaciones.

VI

Algunos hechos nuevos

Mr. Van Burnam y sus hijos, después de un simulacro de cena, conversaban animadamente, como les sucede siempre a las personas que no desean tratar juntas de un asunto determinado. De pronto se abrió la puerta y penetró Mr. Gryce.

—Tengo, dijo, el sentimiento de informarles que este negocio es mucho más serio de lo que habíamos creído en un principio. Esa joven estaba ya muerta cuando el armario cayó sobre ella. Se trata, pues, de un asesinato: la cosa no presenta la menor duda; si no yo no me permitiría expresar semejante opinión, antes que el juez de instrucción haya empezado sus investigaciones.

¡Un asesinato! Esta palabra basta para hacer temblar el corazón más robusto. Mr. Van Burnam padre, se levantó a medias, vacilando, y su hijo Franklin mostró una emoción igual. Pero Howard, encogiéndose de hombros, y como aliviánado de un peso inmenso, miró alegremente en torno suyo, exclamando:

—En este caso no puede ser el cuerpo de mi mujer. A nadie se le habría ocurrido asesinar a Luisa. Voy a ponerme inmediatamente en su busca.

El agente abrió la puerta e hizo señas al doctor que murmuró algunas palabras al oído del joven. Estas palabras no produjeron evidentemente sobre éste el efecto esperado. Howard se sorprendió, pero repuso con tono indiferente:

—Sí: Luisa tenía una cicatriz de ese género. Si es cierto que esa mujer está marcada en la misma forma, se trata de una simple coincidencia. Nada me hará creer que mi mujer haya podido ser víctima de un asesinato.

—¿Por qué no va Ud. a echar un vistazo sobre la cicatriz en cuestión?

—No: estoy de tal modo seguro de lo que he dicho, que no puedo ni siquiera admitir la probabilidad de un error. He examinado los vestidos que lleva esa mujer y no hay uno solo que pertenezca al guarda ropa de la mía. Es, por otra parte, inadmisible que mi esposa haya podido, como lo ha hecho esta desconocida, entrar de noche en una casa solitaria y en compañía de un hombre que no es su marido.

—Entonces, ¿Ud. rehusa en absoluto ir a reconocerla?

—En absoluto.

—Mr. Gryce pareció dudar; arrojó una mirada hacia los perturbados rostros de los Van Burnam, y dijo con tono significativo:

—Uds. no me han preguntado el medio de que se valieron para matarla.

—Eso no me interesa en lo más mínimo, dijo Howard, con tono seguro.

—Se trata de un medio muy extraño, y del todo nuevo para mí.

—Ello me es igual, repuso el otro.

Mr. Gryce se volvió hacia el padre y al otro hermano.

—He dicho que las circunstancias son de lo más extrañas. Ella ha recibido un golpe, pero no con un puñal. La herida

era tan pequeña, que es un milagro haberla visto. Ha sido producida, enterrando no sé qué instrumento finísimo en...

—¿En el corazón? dijo Franklin...

—Naturalmente, naturalmente, dijo el policía. ¿Qué otro sitio es bastante vulnerable para producir la muerte?

—¿Existe alguna razón para que no partamos? preguntó Howard, sin notar, aparentemente, el extremo interés con que los otros seguían los detalles.

Pero el agente no se dignó responderle.

—Un golpe rápido, un golpe seguro, un golpe fatal. La pobre mujer no ha debido exhalar una queja.

—Pero, ¿cómo explica Ud. esos objetos que la aplastaban?

—He allí el misterio. Su agresor debe haber sido tan astuto como seguro de sí mismo.

Howard continuaba sin manifestar el menor interés.

—Voy a enviar un telegrama a Haddam, declaró al ver que nadie hacía finta de contestar su última observación.

Era en Haddam donde él y su mujer pasaban el verano.

—Ya hemos telegrafiado a Haddam. Su esposa de Ud. aún no ha regresado.

—Puede estar en otra parte, insistió él en tono de desafío. Sabré encontrarla si me dan ocasión para ello.

Mr. Gryce se inclinó.

—¿Haré entonces transportar el cuerpo a la Morgue?

Era ésta una observación inesperada, y en el primer momento, Howard no se mostró insensible a ella. Pero supo recobrar muy luego su sangre fría, y, aunque evitando las penosas miradas de su padre y de su hermano, respondió con una indiferencia de muy mal tono:

—Yo no tengo nada más que ver en esto. Hagan lo que les parezca.

Mr. Gryce comprendió que acababa de experimentar una derrota, y no supo si admirar el carácter resuelto del joven o aborrecer su cinismo. No tuvo, por otra parte, la menor duda de que el joven enviaba a la ignominia de la curiosidad pública el cadáver de su propia mujer.

VII

Mr. Gryce descubre a Amelia

Vuelvo ahora al resultado de mis propias observaciones. Estaba yo tan ignorante de lo que deseaba saber a las diez de ese día memorable, como lo estuve a las cinco, pero había tomado la resolución de no permanecer en esa ignorancia. A las diez salí de casa de puntillas y llamé a la puerta de la casa vecina. Había visto entrar a Mr. Gryce algunos minutos antes, y estaba resuelta a tener una conferencia con él.

La lámpara del vestíbulo se hallaba encendida y pudimos examinarnos el uno al otro cuando él abrió la puerta. Es posible que mi rostro manifestara diversos sentimientos, pero el suyo, en todo caso, era digno de ser observado. No esperaba, evidentemente, encontrarse a esa hora con una mujer de mundo.

—¡Cáspita! exclamó con sequedad.... Tengo a mucho honor, miss Butterworth!...

Pero no me invitó a entrar.

—Lo creo, contesté... Lo he visto entrar aquí y he venido tan pronto como me fué posible. Tengo algo que decirle.

A estas palabras me hizo señal de que entrara. Comprendiendo que no podía mostrarme tal como soy, le dirigí la palabra con toda lealtad.

—Señor Gryce, comencé, cuénteme Ud. lo que ha hecho en compañía de Howard Van Burnam, y en cambio yo le diré lo que he observado en el curso de las investigaciones de esta tarde.

Ese viejo, conoce a las mujeres, sin duda alguna, pero no me conoce a mí. No tuve de ello la menor duda, al verlo volver y revolver los anteojos entre las manos. Hice un esfuerzo para ayudarle.

—He notado hoy una cosa que para Ud. debe haber pasado inadvertida. Es un indicio tan débil que la mayoría de las mujeres ni siquiera hablarían de él; yo se lo comunicaré a condición de que me cuente lo que todos los diarios traerán mañana.

Mi proposición pareció agradarle. Miró sus anteojos en todos sentidos y aún les dirigió una sonrisa, como la de un sabio que acaba de efectuar un descubrimiento.

—Servidor de Ud., dijo, y me pareció que la hija de mi padre acaba de merecer justicia por la vez primera en su vida.

Sin embargo, no me hizo demasiadas confidencias... Ah... No... Es un viejo muy astuto. Afectando una gran locuacidad, encontró medio de no comuni-

carme gran cosa. Lo que me dijo bastó, sin embargo, para hacerme comprender que las cosas iban mal para Howard. La muerte de la joven no podía explicarse ahora ni por un accidente ni por un suicidio.

—Ahora, ¿qué tiene Ud. que decirme? preguntó, interponiéndose hábilmente entre mi persona y la puerta de la calle.

—Solamente esto... Interrogue seriamente a esa cuidadora. Sabe algo... Su actitud me ha dado mucho en qué pensar, insistí. En caso de que yo fuera detective, sabría arrancar su secreto a esa mujer costase lo que costase.

Se echó a reir. Ese hombre maduro, viejo, casi decrépito, se distrajo hasta el punto de reirse. Pero, después de un momento de reflexión, cambió de modales bruscamente, y asumió el tono serio que convenía a las circunstancias.

—Ud. ha expuesto esta tarde una conclusión, miss Butterworth sobre la cual yo desearía tener una explicación. Al examinar el sombrero de la víctima, Ud. observó que sólo había sido usado una sola vez. Yo estoy de acuerdo con este hecho, pero sin duda mis razones son diferentes de las suyas. ¿Quiére tener la bondad de decirme en qué se fundaba su afirmación?

—No se veía sino un agujero de alfiler en el sombrero, respondí. Si Ud. examina cualquier sombrero de mujer, comprenderá el valor de este detalle.

—¡Sapristi! No hay como las mujeres para desenredar los negocios de las mujeres... Le debo infinitas gracias, señora... Ud. acaba de resolver un problema muy importante... ¡Un alfiler de sombrero! murmuró entre dientes. Cuando un hombre tiene el demonio en el cuerpo, no se detiene fácilmente a medio camino. Aún un simple alfiler de sombrero le basta, cuando no se le presenta por delante algo mejor.

Acaso porque ya envejece, Mr. Gryce dejó escapar estas palabras. Pero, una vez dichas, no intentó en manera alguna retirarlas. Al contrario, me hizo una nueva confidencia.

—La herida encontrada en el cuerpo de la víctima, había sido hecha con un instrumento largo y muy delgado. No habíamos pensado en un alfiler de sombrero, pero ahora, después de oir a Ud., me inclino a creer que el asesino se ha servido de un alfiler de esta especie... Cuando Ud. examinó el sombrero, ¿no tenía dentro ningún alfiler?

—No; estoy segura que no.... Examiné ese detalle con cuidado especial.

—Este fragmento de alfiler, ya que de alfiler se trata, ha sido encontrado en la herida. Hemos buscado por todas partes el otro fragmento, el que debió quedar en manos del asesino, y no hemos podido encontrarlo. No está ni en el suelo del salón ni en el vestíbulo. ¿Qué piensa Ud. que hubiera hecho de semejante instrumento un hombre bastante ingenioso para servirse de él?

Yo aproveché la ocasión para enderezar el péndulo

Decía esto, seguramente para burlarse de mí. Pero no me dí cuenta de ello por de pronto. El negocio en sí me interesaba demasiado.

—Me lo habría llevado consigo, razoné brevemente, y sobre todo no lo habría llevado muy lejos. No lo ha arrojado al bajar a la calle, porque yo seguí sus movimientos tan de cerca, que lo habría visto con toda seguridad hacerlo. El fragmento de alfiler está, pues, en la casa, y probablemente en el salón, aunque Ud. no lo haya encontrado en el suelo.

—¿Acaso deseará Ud. asegurarse de ello? preguntó en tono serio.

No sabía yo entonces que cuando usaba de ese tono serio, era menos digno de confianza y menos franco que nunca.

—Ya lo creo, repliqué.

Y como soy esbelta, y más ágil de lo que corresponde a una mujer de mi edad, esquivé el movimiento que hizo para impedírmelo, y entré en la salita antes que él hubiera vuelto de su sorpresa.

—¿Supongo que han retirado las mesas y buscado debajo de los muebles?

—No hemos dejado de examinar un solo centímetro cuadrado del suelo, señora.

Mis miradas se dirigieron hacia la chimenea, medio cubierta por mis faldas. Estaba cerrada. Me incliné y la abrí. Debajo había una caja de latón y al fondo de ésta, la cabeza redonda de un alfiler de sombrero.

Jamás en todo el curso de mi existencia, no me he sentido tan orgullosa. Levantándome y mostrando con el dedo la chimenea, dejé traslucir una parte de mi alegría, pero no toda, porque no estaba entonces bien segura, y no lo estoy tampoco ahora, de que Mr. Gryce no hubiera hecho antes el mismo descubrimiento y que quería simplemente poner a prueba mi perspicacia.

Sea lo que fuere, avanzó con viveza y logró, después de algunos esfuerzos infructuosos, retirar el fragmento de alfiler que examinó con curiosidad.

—Esto debe ser lo que buscábamos, dijo.

Y a partir de ese momento, me manifestó la deferencia a que yo tenía derecho.

A propósito, me dijo, su talento de mujer, puede auxiliarme acerca de otro punto. Si Ud. no tiene miedo de quedar sola un momento en esta pieza, le traeré un objeto sobre el cual desearía conocer su opinión.

Le aseguré que no tenía miedo de nada, con lo cual me hizo otro de sus saludos enigmáticos y pasó a la sala vecina. No se detuvo en ella. Abriendo la puerta que conduce al comedor, desapareció en él. Me encontré, pues, un instante sola en la pieza, lo que aproveché para acercarme a la chimenea y enderezar el péndulo que habían puesto allí recostado.

No sabría decir lo que me indujo a obrar así. Soy naturalmente amiga del orden, y hay gentes que se califican de intrusas. El hecho es que no me agradaba ver un objeto de ese valor fuera de su posición natural. Apenas hube enderezado el péndulo, cuando éste se puso a caminar. Si los punteros no hubieran estado en la misma situación que cuando mis ojos se fijaron por vez primera sobre aquel cuadrante, cuando el péndulo yacía al lado de la muerta, habría creído que le habían dado cuerda después; pero los punteros indicaban ahora, como entonces, las cinco menos pocos minutos, y la única conclusión a que pude llegar, fué la de que el péndulo debía estar andando cuando cayó, por extraordinario que fuera.

Por otra parte, si habían dado cuerda al reloj en ese mismo momento, y no se había detenido sino al caer en tierra, ¿cómo podían los punteros indicar las cinco y no media noche, esto es, la hora en que se produjo el accidente? Esto me pareció que merecía reflexión. Para no ver a Mr. Gryce intervenir en mis pensamientos, volví a poner el reloj en la misma situación en que lo había encontrado, y aún tuve el cuidado de colocar los punteros todos como estaban cuando los puse en movimiento. Si Mr. Gryce no había visto esta misteriosa circunstancia... tanto peor para Mr. Gryce.

Apenas había vuelto a mi sitio junto a la chimenea, se abrió la puerta del comedor y vi reaparecer a Mr. Gryce. Me sorprendió ver que tenía en la mano un sombrero de mujer.

—¡Bien! dije, ¿qué puede significar esto?

El sombrero era de buen origen y de la última moda. Se veían en él cintas, flores, alas de pájaros. Presentaba en las hábiles manos de Mr. Gryce un aspecto que muchos habrían juzgado encantador, pero que para mí era simplemente grotesco.

—¿Es un sombrero de la última primavera? preguntó.

—No lo sé, pero parece recién salido de casa de la modista.

—Lo he encontrado con un par de guantes metidos dentro, sobre una tabla

vacía del repostero, al lado del comedor. Me ha parecido muy nuevo para ser un sombrero abandonado por el uso de las señoritas Van Burnam. ¿Qué piensa Ud?

—Pásemelo, le dije.

—Oh, repuso sonriendo, ha sido llevado muchas veces, y el alfiler le viene perfectamente.

—Es otra cosa lo que deseo ver.

Me tendió el sombrero.

—Debe pertenecer a una de esas señoritas, declaré. Es obra de Mole, en la Quinta Avenida, modista, cuyos precios son simplemente exorbitantes.

—Pero hace cinco meses que esas señoritas están de viaje. ¿Es posible que ese sombrero haya sido comprado antes de su partida?

—No es imposible, porque es un modelo venido del extranjero. Pero, ¿por qué lo han dejado así en esa forma? Ha debido costar veinte dólares, si no treinta, y si por una razón u otra, su dueña decidió no llevarlo consigo, debía haberlo puesto en lugar seguro. Son insufribles las jóvenes del día: no tienen sino hábitos de desorden y derroche.

—La tercera pieza de este piso bajo sirve de comedor, y guardan la cristalería en el gabinete en que he encontrado estos objetos. La presencia de este sombrero en semejante sitio es un misterio; pero sin duda las señoritas Van Burnam van a resolverlo. En todo caso, es poco probable que tenga nada que ver con el crimen cometido en esta casa.

—Muy poco probable, en efecto.

—Tan poco probable, continuó él, que pensándolo mejor, no le aconsejo hablar de este asunto a las señoritas, a menos que se presente un motivo especial.

—Muy bien, repliqué, sin dejarme engañar en lo más mínimo.

Como él tenía la mano sobre la perilla de la puerta, en una actitud significativa, anudé mi velo bajo mi barba, e iba a retirarme, cuando me detuvo.

—Tengo aún un servicio que pedirle, miss Butterworth, dijo con una de sus sonrisas más amables. ¿Le molestaría velar hasta media noche durante algunos días?

—De ninguna manera, respondí, si hay para ello alguna buena razón.

—Esta noche, a las doce, un señor entrará en esta casa. Si Ud. quiere observarlo, desde su ventana, se lo agradeceré infinito.

—¿Para ver si es el mismo de anoche? Lo examinaré, pero...

—Mañana en la noche se repetirá el experimento, continuó imperturbable, y Ud. tendrá la bondad de mirarlo, de nuevo, pero sin preocupación...

—No las tengo, comencé.

—Si no se lo advierto que la prueba ha terminado en dos días; así no es preciso apresurarse demasiado para poner la mano sobre su hombre, como se dice vulgarmente. Y ahora, buenas noches, nos volveremos a ver mañana.

No tenía nada más que agregar; me despedí, pues, y me marché rápidamente. Aprovechando la ocasión que se me había presentado, sabía ahora mucho más acerca de este apasionante suceso, que cuando había salido de casa.

Al llegar a ella, eran las once y media, hora bastante avanzada para franquear mi austera puerta; pero las circunstancias justificaban de sobra mi pequeña fuga, y con el corazón ligero y la conciencia tranquila, subí a mi salón, donde me instalé para pasar la media hora que faltaba para las doce.

Como sentía la necesidad de reponerme, hice te y comencé a beberlo.

Durante ese tiempo, desvié de mi espíritu, el asunto que me preocupaba para ensayar el poner de acuerdo la indicación del reloj con mi teoría acerca del asesinato. Pero me fué imposible llegar a ningún resultado. La mujer había sido muerta a media noche y el péndulo caído a las cinco. ¿Cómo conciliar estas dos cosas? En la imposibilidad de hacerlo, ¿a cuál dar la preferencia? ¿A mi teoría o a la del péndulo? Las dos parecían indiscutibles, y sin embargo una era falsa. ¿Cuál?

Pronto oí el ruido de un carruaje, mientras mi reloj daba las doce. Me levanté apresuradamente de mi sillón, apagué la lámpara, y me puse en acecho junto a la ventana.

El carruaje se detuvo poco a poco frente a la casa vecina. Vi a un caballero bajar de él, atravesar rápidamente la acera y subir el pórtico del hotel. Su aspecto no

era el del hombre que había visto entrar allí la noche precedente.

VIII

Lo que dice la prensa

A pesar de mi vigilia, estuve en pie muy de mañana, a la hora en que me trajeron el periódico. Se comprende el entusiasmo con que cogí "La Tribuna" y me devoré sus columnas. Se podía juzgar por el encabezamiento, la importancia atribuída al crimen.

EXTRAÑO DESCUBRIMIENTO EN GRAMERCY PARK

EN EL HOTEL VAN BURNAM

Una joven encontrada muerta bajo un armario caído.—Indicios que demuestran que fué asesinada antes de la caída del mueble.

ALGUNOS CREEN QUE SE TRATA DE LA SEÑORA HOWARD VAN BURNAM

Crimen atroz rodeado de un misterio impenetrable

Lo que dice Mr. Van Burnam.—No reconoce a su esposa en la dama asesinada

—¡Ya! ¡Ya! Se hablaba, pues, de su mujer. No lo había yo esperado... ¡Vamos a ver!...

Interrumpí estas reflexiones para repasar en mi espíritu todo lo que había oído decir a unos y otros acerca del matrimonio de Howard Van Burnam.

No era un hogar feliz. La joven era ciertamente bastante bonita, pero no había recibido la educación de una mujer de mundo, y los demás miembros de la familia nunca habían consentido en recibirla. El padre, sobre todo, había rehusado ver a su hijo después del matrimonio. Llegó a amenazarlo con liquidar el negocio en que estaban asociados. Peor aún, se había hablado de mala inteligencia entre Howard y su mujer. No se entendían bien, siempre, y nadie sabía por culpa de quién. Las opiniones eran diversas al respecto. He aquí, poco más o menos, cuanto yo sabía sobre la pareja en cuestión.

Prosiguiendo la lectura del periódico, supe que se ignoraba el sitio en que podía encontrarse la señora Van Burnam; que había abandonado a Haddam para venir a New York, un día antes que su marido, y que no la habían vuelto a ver. Sin embargo, Howard confiaba en que la publicidad dada por los diarios a la desaparición de su mujer, no tardaría en dar resultados favorables.

La tendencia general del artículo era la de hacer recaer las más graves dudas sobre la verdad de Howard Van Burnam, y supe que los diarios menos escrupulosos, no se limitaban a expresar estas dudas, sino que hacían las alusiones más claras, sobre la identidad del hombre que yo había visto penetrar en el Hotel Van Burnam. En cuanto a mi nombre, se encontraba mezclado en toda esta historia en la forma menos lisonjera. Se hablaba de mí en uno de esos diarios (una amiga se apresuró a referírmelo), como de "esa miss Amelia, a quien tanto le agrada entrometerse en todo". Y sin embargo era a mí a quien debía la policía la única indicación útil, para poder establecer la identidad del culpable.

Mr. Gryce vino a verme temprano, y tuve mucha satisfacción en poderle decir que su visitante de la noche antes no me había producido la misma impresión que el joven de la noche del crimen. Recibió mi declaración sin pestañear, y juzgué, aún más, por su actitud que la esperaba. No permaneció conmigo sino cinco minutos. A media noche me senté de nuevo junto a la ventana. En el vecino hotel, las luces brillaban desde las diez, y yo esperaba de minuto en minuto ver aparecer el visitante nocturno que me habían anunciado. Llegó a la media noche justa, bajó de un salto del carruaje, cuya puerta cerró ruidosamente, y atravesó la acera con rápido paso. Su silueta no era ni bastante parecida ni bastante diferente a la del asesino presunto, para permitirme opinar con seguridad, si era o no era él. Me acosté, pues, perpleja y atormentada con la responsabilidad que me incumbía en este asunto.

(Continuará).

Agosto
1914

PACIFICO
MAGAZINE

Pre
UN

PODEROSO ACELERADOR DE LA NUTRICION GENERAL

TRATAMIENTO DE LA

TUBERCULOSIS y de las

ENFERMEDADES CONSUNTIVAS

HISTOGÉNOL

NALINE

Medicación con base

Arsenio-Fosforada orgánica de Nuclarrina

EXPERIMENTADA con éxito en los HOSPITALES DE PARIS

Comunicados en { la ACADEMIA DE CIENCIAS
la SOCIEDAD DE BIOLOGIA
la SOCIEDAD DE TERAPEUTICA

FORMAS:

Emulsión, Elixir granulado: 2 cucharadas soperas al día

Ampollas: Inyectar una ampolla cada día

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unicos Concesionarios para Chile:

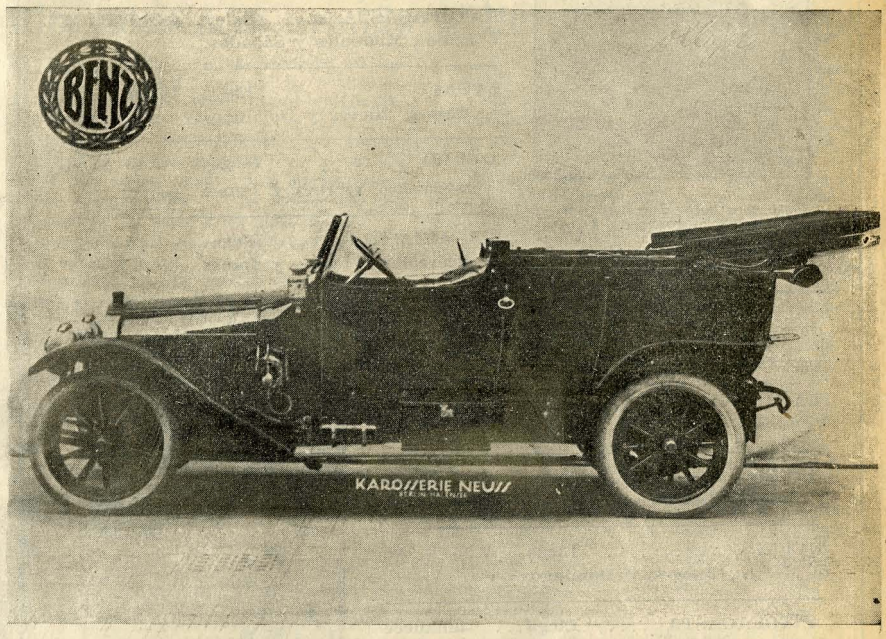
ALEX ARDITI & Cía.

Casilla número 78-D

Agustinas 814, Santiago

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ***ALBERTO LIEBE***

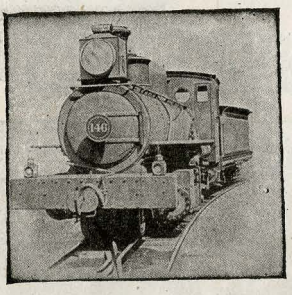
Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

SERVICIO DIRECTO Y RAPIDO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ



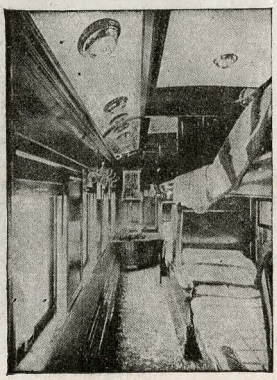
Este grabado representa una de las locomotoras de Antofagasta y demuestra la diferencia de la trocha de 2' 6" y la trocha normal de Europa, de 4' 8½".

TRENES DE SUBIDA

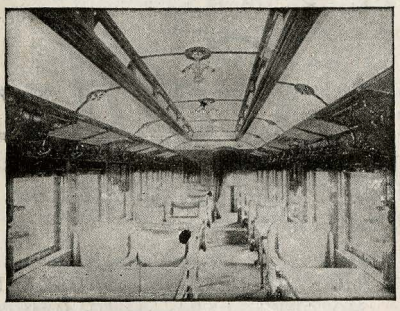
ANTOFAGASTA	**Sale..**	**8.40 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados.		
UYUNI	**Llega.**	**7.30 P. M.**
Martes, Jueves y Domingos.		
ORURO	**Llega.**	**7.40 A. M.**
Miércoles, Viernes y Lunes.		
LA PAZ..	**Llega.**	**4.10 P. M.**
Miércoles, Viernes y Lunes.		

TRENES DE BAJADA

LA PAZ..	**Sale..**	**1.00 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados		
ORURO	**Llega.**	**8.27 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados		
UYUNI	**Llega.**	**7.55 A. M.**
Martes, Jueves y Domingos		
ANTOFAGASTA	**Llega...**	**amanece**
Miércoles, Viernes y Lunes.		



Interior de Carro-Dormitorio



Interior de Carro-Comedor

NOTA.—Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y Norte.

El precio de un pasaje de primera clase:
De Antofagasta a Oruro es de £ 3-8-8½, y
De Antofagasta a La Paz £ 4-14-5.
El boleto de cama por cada noche importa £ 0-12-1.
Y en un viaje a Oruro o La Paz, debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa Salitrera (Sección Chilena) salen de Antofagasta diariamente a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los Sres. VORWERK y Cía, en Valparaíso, y con la Administración General en Antofagasta.

BOYA TELEFONICA

PARA SUBMARINOS

Trátase de una boya telefónica que tiene por objeto establecer la comunicación entre los tripulantes de un submarino náufrago y los que acuden en su salvamento. Al ocurrir al sumergible un accidente que le impide volver a la superficie, se suelta la boya telefónica, la cual no sólo sirve para señalar el sitio donde se halla el barco sumergido sino que, como queda dicho, permite la comunicación telefónica con la superficie.

Los que llegan en auxilio de los náufragos se acercan a la boya, la destapan y sacan de su interior el instrumento telefónico que les pone en contacto inmediato con los que se hallan en el fondo del mar.

Inútil es insistir en la utilidad que puede prestar este aparato en muchas ocasiones, y teniéndolo en cuenta créese que dentro de poco no habrá submarino que no esté provisto de tan sencillo como necesario elemento. Los detalles del invento constituyen, naturalmente, un secreto.

ALIRO PARGA

ABOGADO

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831

Casilla número, 2046, SANTIAGO

Agentes y Comerciantes Ganan Dinero

negociando con nuestras **Amplificaciones de Retratos al Oleo. Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniaturas, Convexas,** etc. **Oleografias, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas, Postales, Molduras, Marcos, Objetos de Arte y varias otras Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

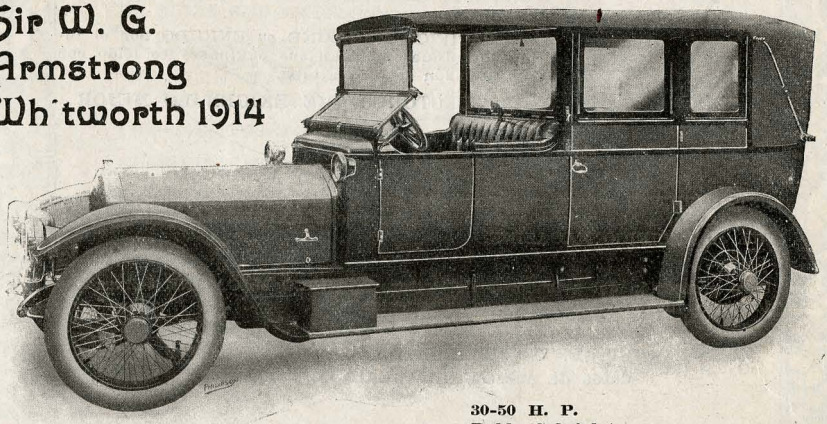
Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

Consolidated Portrait and Frame Co.

1029—Dept. A-4, W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

Tenemos listos para entregar los Automóviles

Sir W. G. Armstrong Whitworth 1914



30-50 H. P.
Doble Cabriolet

HUTH y Cia.

Monjitas 812
SANTIAGO

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pulientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

SUMARIO

Páginas

"EL CREPUSCULO" DE JOSE CLARA . . *Richon-Brunet* 131
Con una reproducción fotográfica
EL ESCULTOR, ... *Jules Lemaitre* 133
Ilustraciones de Oliver-Merson
LIEJA, NAMUR, BRUSELAS, DINANT, AMBERES . . . 142
[illegible] fotografías
LA HISTORIA DEL "ESCORPION" . *Joaquín Díaz Garcés* 145
Ilustraciones de Gordon
UNA VISITA A LA TUMBA DE DANIEL RIQUELME, *Violeta Blanca* 159
LOS PRIMEROS ACTORES DE LA TRAGEDIA EUROPEA 162
Fotografías
PIO X. (su vida y su familia) 164
Ilustraciones fotográficas
INAUGURACION DEL CANAL DE PANAMA 167
COMPAÑIA GUERRERO-MENDOZA 168
Con fotografías
POR APUESTA, ... *Rafael Maluenda* 170
Ilustraciones de Gordon
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA *Alberto Edwards* 174
DON BOSCO 177
EN PROVINCIA . . . . . *Augusto d'Halmar* 179
Ilustraciones de Sepúlveda
EL DIFUNTO HEREDERO DE AUSTRIA 185
Con fotografías
LOS QUE TRIUNFAN . . . . . *Fernando Santiván* 188
LA GRAN GUERRA DE 1892 (El pronóstico aplazado) . 191
Con ilustraciones
CENSURA TEATRAL, ... *Philo-Chile* 193
LOS VETERANOS . . . . . *M. J. Ortega* 196
Ilustraciones de Luco
TRIUNFO DE UN CHILENO EN FRANCIA 206
LA SUIZA SUD-AMERICANA . . . . . *Fco. Lobos* 209
Ilustraciones fotográficas
LA CARICATURA Y LA GUERRA ACTUAL 215
Caricaturas alemanas, francesas, belgas e italianas
"EVA TRIUNFADORA" . . . . . *Juan Rojas Segovia* 221
LA MADRE DEL TRAIDOR . . . . . *Máximo Gorki* 225
Con ilustraciones
POR LAS TIERRAS DE ASIS . . *Fernando Bruner Prieto* 230
Ilustraciones fotográficas
CLASIFICACION ZOOLOGICA DEL HOMBRE *Julián Doble* 243
Dibujos de Alvarez
EL VENENO DE LAS SERPIENTES . . . *Luis Castillo* 248
Con fotografías y dibujos
EL CRIMEN DE GRAMERCI PARK (folletín ilustrado) 253

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133,255.24

JOSE PASTOR

Apoderado y Gerente

LA EMIGRACION Y EL IMPERIALISMO

Llevaba yo en mi libro de notas los datos que me había proporcionado el sobrecargo del *Victoria Eugenia* sobre los emigrantes que había transportado el buque en otros viajes. los que ahora registraba, país de destino, y otros datos de interés. Las cifras eran claras, pero no tan elocuentes como el espectáculo que ofrecían los emigrantes desparramados en las cubiertas de proa y de popa del gran transatlántico que nos llevaba a la América del Sur. El *Victoria* conducía 479 emigrantes, recogidos en los puertos de Barcelona, Málaga y Cádiz. De ellos eran varones 221, mujeres 139 y niños 79.

Esta masa de emigrantes no era la bandada de golondrinas que cruzan el Océano en busca de los trigales y maizales de la Argentina, bandada que retorna a sus nidos de Europa cuando ya las espigas están segadas. La bandada que contemplaba en las cubiertas del buque, era de esas golondrinas que no vuelven, la de los amores perdidos que cantó el poeta. Al primer golpe de vista, se comprendía que las cifras denotaban la emigración por familias y no por individuos dispersos: las mujeres y los niños no iban a segar las mieses para volver después, sino a sembrar, a cuidar el campo durante la vegetación, a recolectar, a vivir y tal vez morir junto al árbol que plantasen o el campo que roturaran.

Muchas de las mujeres, acompañadas de sus hijos, iban a la Argentina llamadas por sus maridos; bastantes de los barones que interrogué me decían que pensaban llamar más tarde a su familia. No todos iban ya orientados o preparados para algo seguro; la aventura era su guía: preferían correr los riesgos de un azar en tierras ajenas a tener que sufrir en el propio país las inclemencias de la tierra que jamás era suya y de los hombres que nunca fueron hermanos.

Apenas entrada la noche, los emigrantes se echaban sobre las sillas de lona, que a bordo llaman plegantes, se cubrían con unas mantas para preservarse del frío y así pasaban la noche, alumbrados por un reflector eléctrico.

Allí estaban apiñados hombres, mujeres y niños. Era el material humano, lo que escasea en los países nuevos y proporcionaba la densa Europa.

Los mayores no olvidarían el suelo natal: estaban ya muy hondas las raíces del árbol del viejo solar para poder arrancarlas en un momento, pero los niños, los que tan pronto olvidan, dentro de pocos años no amarán más tierra que aquella en donde crecen y se forma su espíritu. El éxodo que contemplaba era un doble problema: la expansión de la raza que aseguraba la perpetuidad de un pueblo en la tierra, pero también la debilitación política y nacional, por de pronto, del país de origen. Era una antítesis formidable la que se planteaba entre el derecho a la emigración, el derecho a la vida de la población y los supremos intereses del Estado. El conflicto estaba allí representado en toda su potencia gráfica: hombres míseros que iban en busca de la vida llevando consigo, desgarrándolo de la patria, el tejido humano, a tanta costa logrado durante muchos años.

Los estados europeos han comprendido el problema, sobre todos aquellos que han dado y dan un gran contingente a la emigración. Alemania, Italia y España, son países de emigración en proporción elevada. Saben los buenos estadistas, que no hay derecho a prohibir la emigración, por más que capciosamente las leyes la dificulten, pero también comprenden que si el individuo abandona el suelo natal y se fortalece en la emigración, el país de origen no siempre gana, porque nadie le asegura la repatriación de la sangre que salió ni de los capitales ganados por el emigrado.

Cierto que el trabajo de la población emigrada determina una importación de rentas en el país de origen y hasta de capitales, pero siempre en el saldo definitivo se suele perder población y los valores que la fuerza de trabajo emigrada ha creado y han quedado incorporados en el país de emigración. En Alemania se piensa así recordando la labor de los emigrados germánicos en Norte-América; lo mismo ocurre en Italia y en España, cuando se reflexiona sobre lo realizado por el trabajo español en la Argentina y otras repúblicas de la América del Sur. No obstante, la emigración no puede, ni debe prohibirse, pues tal medida equivaldría a condenar a muerte a los menesterosos que pueden resurgir potentes en los países de amplias posibilidades, asequibles a toda iniciativa, por anónima que sea.

No les queda otra solución a los pueblos de emigración que la conquista de tierras nuevas. Esta es una de las finalidades declaradas por el imperialismo en Europa.

El imperialismo europeo se dirige a la Tripolitania para poder fundar colonias de establecimiento en ella: en Marruecos tiene el mismo objeto. Italia y España, abstracción hecha de la significación política y militar de las zonas del Norte de Africa recientemente ocupadas, piensan hacer derivar la corriente emigratoria hacia territorios propios, labor larga, costosa, difícil, pero necesaria. Es la misma preocupación que embarga a Alemania cuando se bate en el Oeste Africano y estudia la colonización del Kilimancharo, la cadena de nevadas montañas que en Africa ha de ser el asiento de una nueva Alemania.

No es el colonismo capitalista sediento de elevadas ganancias que rememoren los tiempos heroicos del colonismo holandés en Asia, lo que guía la expansión imperialista de Europa, sino el afán de defender la población de la absorción emigratoria, ofreciéndole tierras nuevas.

Por uno y por otro camino, la humanidad avanza, y siempre por senderos de espinas.

VICENTE GAY.

PIERROT

Pálido como un cadáver, blanco como un fantasma, Pierrot, ese sér mudo y triste que sólo concebimos noctámbulo, a la luz de la luna llena, nos causaría pavor si su aspecto clownesco no nos hiciera reir. Pierrot, personificación francesa de uno de los más insignificantes personajes de la comedia italiana, parece representar la tristeza y la amargura disfrazadas bajo la máscara de una alegría que a la vez participa de la alegría del necio y de la del ingenuo. Pero todo ello no es más que apariencia; si Pierrot no es ingenuo ni necio, tampoco es la amarga misantropía el rasgo saliente de su carácter. En realidad, este misterioso personaje, envuelto en su amplio traje de impecable blancura, con su fisonomía estúpida coronada por el casquete negro bajo el cual asoman sus orejas como dos asas, es un sér maligno y holgazán, glotón y ladrón, dotado de todos los vicios y capaz de todos los crímenes.

Pierrot no tiene amigos, ni mujer, ni familia ninguna. Al servicio del bello Leandro, sirve de mediador, por conveniencia, en sus amores; pero cuando su amo es muerto por Arlequín, aprovecha la ocasión para vengar a talonazos su tiempo de servidumbre. Incapaz de ningún buen sentimiento, muestra tanta humildad ante los vivos que pueden más que él, como orgullo ante los muertos, que ya no pueden castigar su cobarde insolencia.

Pálido, flaco, famélico, vaga Pierrot por el mundo de la pantomima, silencioso, taciturno, dejando apenas advertir sus sensaciones sobre su rostro blanco y frío; y mientras Arlequín, Colombina, Casandro se mueven en torno suyo y se esfuerzan por salir de mil situaciones difíciles, para él no encierra la vida otro problema que el de decidir si robará o no robará un pastel para calmar su gula nunca satisfecha.

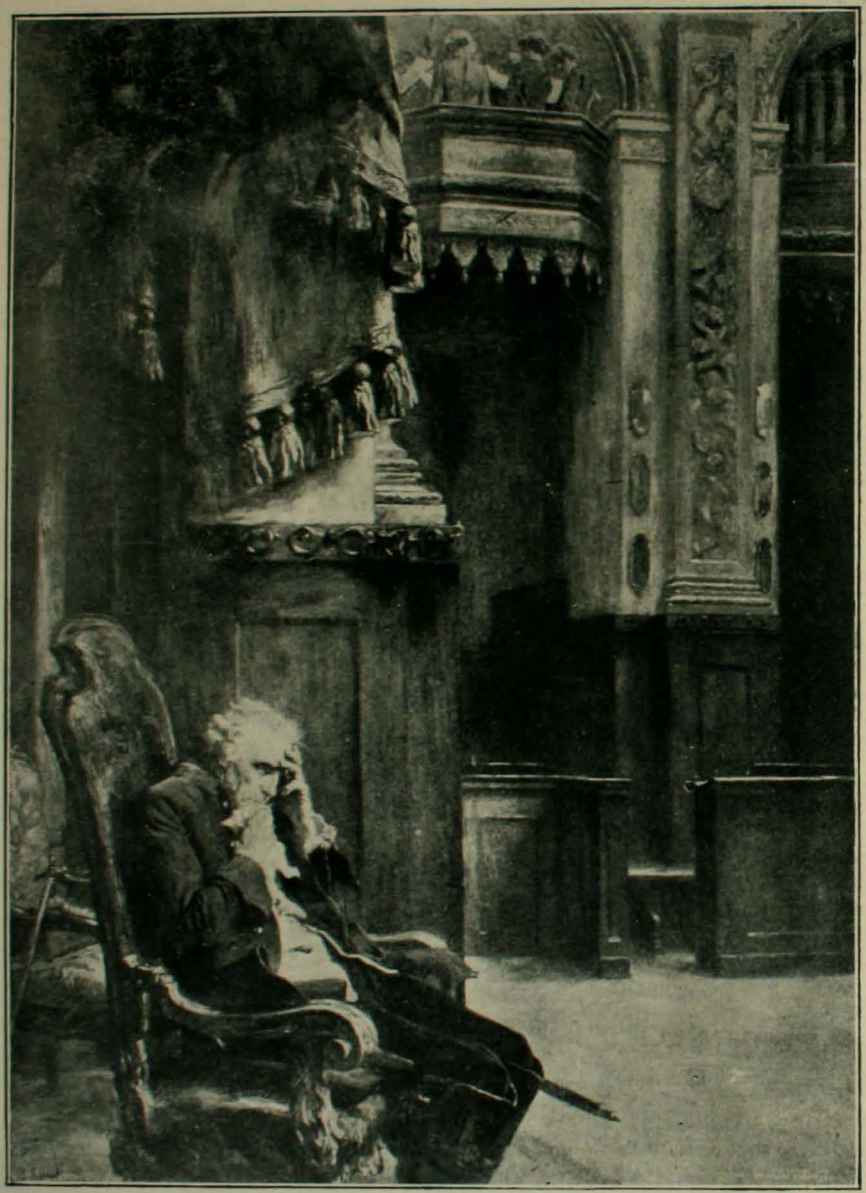
¿Por qué viste Pierrot de blanco? ¿Por qué lleva blanqueado el rostro? ¿Acaso es molinero? No; Pierrot es demasiado holgazán para trabajar, demasiado glotón para que pueda confiársele la harina. Además, no le gusta el pan; prefiere los pasteles y las cremas. Si fuese molinero, molería arroz; haría polvos de arroz para obsequiar a Colombina. ¿Será tal vez albañil? Tampoco. Pierrot es simplemente, en primer término, una mala persona, y luego es algo poeta, pero un poeta que sabe desempeñar toda clase de papeles y que tiene toda clase de vicios. Su papel favorito, sin embargo, es el de enamorado; nadie sabe decir: "te amo" como él, con las dos manos sobre el pecho, bien abiertas. Y como en este mundo, de poetas y de locos, que a la locura equivale el enamoramiento, todos tenemos un poco, llamamos al hipócrita enharinado nuestro amigo y repetimos, con el vate francés:

Au clair de la lune
Mon ami Pierrot...

Tal vez esta pretendida amistad ha influído también en que el traje clásico de Pierrot, más o menos adulterado con cintajos y colorines, haya venido a ser uno de los disfraces de rigor en esos días del año en que a la humanidad, por benévola tolerancia de las costumbres, le es permitido abandonar su habitual indumentaria y tomar la de aquello que más le agrada o con lo que más profundamente le halagaría compenetrarse. Pierrot es figura tan obligada en el moderno carnaval como en la antigua comedia francesa. Lo que hay, que a lo mejor una gran mayoría de los que adoptan su vestimenta de albañil o de molinero ni siquiera saben quién fué ni qué representa el pálido personaje; muchos lo confunden con un vulgar payaso, y otros, hoy los más, porque lo han visto pintado, como en el verso famoso "au clair de la lune", le dan un valor dulce y trágicamente romántico que probablemente jamás tuvo la personalidad de aquel bribón de siete suelas.

Y bien pudiera ser que, después de todo, el que de Pierrot se viste no lo haga sino por lo fácil y cómodo que resulta cubrirse su amplio traje sobre la ropa de abrigo.

✣ ✣



FEDERICO EL GRANDE DESPUES
DE LA GUERRA DE SIETE AÑOS.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. IV—Santiago de Chile, Agosto de 1914.—NUM. 20 | — Que mañana

"El Crepúsculo"

De José Clará, en el Museo de Bellas Artes.

El Museo de Bellas Artes ha recibido el mes pasado, y colocado en el sitio de honor que le corresponde la estatua del maestro español Clará, el "Crepúsculo", cuya reproducción acompaña estas líneas.

En la Exposición del Centenario, el modelo en yeso de este admirable trozo, se había impuesto de una manera tan soberana que la comisión de compras, de acuerdo con la opinión unánime, resolvió por unanimidad encargar la ejecución en mármol al escultor que por lo demás, acababa de ver su reputación consagrada y bien cimentada en París, donde reside desde hace tiempo, por una serie de éxitos brillantes y repetidos.

Recibió el encargo del Comité Chileno, don José Clará, puso manos a la obra y pudo presentar, el año pasado, en el Salón de París, su "Crepúsculo" que tomando en el mármol su forma definitiva, obtuvo un éxito tan completo que el Estado francés ofreció al autor adquirir la obra, para el Museo del "Luxembourg" en un precio doble del convenido con el Gobierno de Chile. Pero don José Clará, dando un hermoso ejemplo de hidalguía y de lealtad, quiso cumplir su compromiso con Chile y nos mandó la estatua, apenas clausurado el Salón de París. Estos detalles me han sido comunicados por el ex-comisario general de la Exposición, don Alberto Mackenna Subercaseaux, quien, encontrándose en Europa, en esa época, estuvo al corriente de todas las gestiones hechas entonces.

La estatua el "Crepúsculo" es una valiosísima adquisición para el Museo de Bellas Artes, pues no solamente constituye el más importante trozo de escultura extranjera al lado de las grandes obras de los escultores nacionales, sino que presenta una admirable muestra de la evolución de la escuela artística moderna, no solamente española, sino mundial.

Concretándome al punto de vista español, dije, en el tiempo de la Exposición del Centenario, cuando en su primera forma en yeso, la obra estaba lejos de haber adquirido la autoridad y la amplitud que le diera el mármol, dije pues, que si se hubiera buscado, a propio intento la manera de sintetizar la evolución, la para mí, feliz evolución de la escuela artística española no se podría haber encontrado una obra más apropiada para el objeto, colocada al lado de las esculturas de otro gran artista de fama mundial, el ilustre Benlliure.

Con Benlliure teníamos el más completo y talentoso representante de la escuela española de ayer, con sus resabios de un amaneramiento que, nacido en la innumerable cola de los imitadores de Fortuny, había pasado de la pintura a la escultura, llegando a su apogeo con el desgraciado y malogrado Susillo. Con José Clará al contrario, nos presentaba en toda su fuerza la evolución de las ideas y de los ideales.

Es indudable que Clará sólo forma un eslabón de la cadena de la evolución y que una influencia superior vino a dirigir sus aspiraciones e indicarle el camino: negar la filiación de José Clará con Rodín, sería negar la luz del sol; pero eso no quita nada al mérito del artista y a la importancia de la manifestación, tanto más que a tra-

"El Crepúsculo", de José Clará.

vés de Rodin, es al maestro de todos los escultores de la escuela moderna que llegamos a encontrar, a Miguel Angel!

En esta forma de arte, nada de detalles amanerados o rebuscados: la idea del artista se ensancha y busca la expresión en la amplitud y la nobleza de las líneas, en la sencillez de los planos, en la armoniosa distribución de la luz. He nombrado a Miguel Angel y a Rodin: es imposible no pensar en estos dos colosos delante del "Crepúsculo" de Clará, y precisamente, porque se piensa en los dos, se comprueba que el escultor español no imitó ni a uno ni a otro, sino que se impregnó del Arte, del arte superior a las fórmulas de estos genios, y por eso, el observador consciente y encantado, divisa en la hermosa obra que ha venido a enriquecer el Museo de Santiago, algo nuevo, algo personal, algo que presentándonos una espléndida realidad, permite concebir además las más magníficas esperanzas para el porvenir del gran artista que la ejecutó.

RICHON-BRUNET.

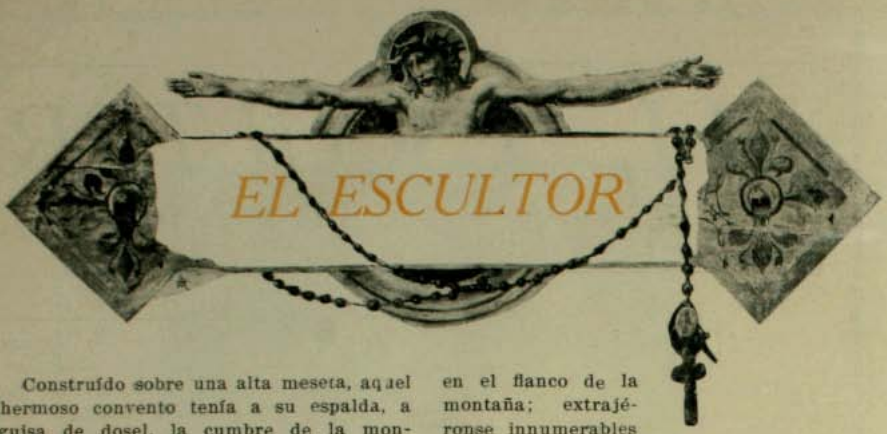
EL ESCULTOR

Por JULES LEMAITRE

Lemaitre había pasado por la Escuela Normal Superior, de donde han salido tantos hombres de ciencia como artistas. No había en él asomos de esa pedantería normalizante del dómine, y su erudición se aligeraba con ironía y escepticismo. Es una malicia algo femenina la que anima sus encantadoras narraciones de viejos asuntos, en "Myrrha", "Serenus" y "Al margen de los libros antiguos". Lemaitre no nos da precisamente la intuición del "espíritu" ancestral, como Anatole France; más superficial, más colorista, infunde una vida moderna, hecha de pequeñas preocupaciones, de astucias de todos los tiempos, a las sombras clásicas que al fulgor de la lámpara que alumbra las vigilias laboriosas, el erudito va desprendiendo de los pergaminos como descoloridas calcomanías...

En el Agora de la literatura francesa de su tiempo, Lemaitre fué el que subscribió la ley que condenaba al ostracismo a Jorge Ohnet. Algunos piensan que dictó una sentencia de muerte; pero el mundo está hecho de tal modo, que es de temer que la novela cursi sobreviva a la novela erudita. Los escritos de Lemaitre son gratos a las gentes que han llegado a cierto refinamiento y que se hallan tan alejados de lo melodramático como de lo realista. Galante sin crudeza, filósofo sin sistema; ligero, sonriente, simpatizando con las almas ingenuas como el hombre ajado por las asperezas de la vida con la inocencia del niño, Lemaitre ocupa en las letras francesas un puesto muy suyo, si no de los más eminentes.

El cuento que va en seguida es una de sus obritas características. Las ilustraciones, pequeños retablos admirables, obra de Luc Oliver Merson, están en poder del señor don Ramón Subercaseaux.



Construído sobre una alta meseta, aquel hermoso convento tenía a su espalda, a guisa de dosel, la cumbre de la montaña cubierta de pinos; los techos puntiagudos y las torres de la santa casa se recortaban sobre este fondo sombrío. Abajo... un ancho valle, viñas, trigales, praderas orladas de álamos, y allá más lejos, una blanca aldeita a orillas de un río sereno y transparente.

Entre los monjes habitantes de la santa casa había un joven religioso, llamado Norberto, que era excelente escultor; ya con granito, ya con piedra, o bien con simple arcilla, que él pintaba luego primorosamente, construía tan bellas imágenes de Jesús, María y de los santos, que los Padres y las personas piadosas venían a verlas desde muy lejos y las compraban a precios elevadísimos para hacer con ellas ornato de sus templos u oratorios.

Norberto era muy piadoso; sobre todo, tenía por la Virgen una devoción extraordinaria, y era también un gran soñador. Cuando a la hora del crepúsculo veía desde lo alto de la terraza extinguirse el sol en el horizonte, poníase inquieto y triste. En aquellos momentos hubiera querido irse lejos, muy lejos, y ver otras tierras diferentes de aquel rincón solitario, donde su vida languidecía.

❦

Los monjes eran muy caritativos y como estaban ricos, llegó un día en que no hubo ni un solo pobre en la comarca. Entonces resolvieron construir junto al convento una iglesia que asombrara por lo magnífica.

Al efecto, hicieron venir los obreros a centenares; abriéronse canteras profundas en el flanco de la montaña; extrajéronse innumerables bloques de piedra, que fueron en seguida labrados con gran arte, y todo el convento quedó envuelto en una polvareda, blanca como nieve cernida. Aquello parecía, en medio de soledad tan grande el colosal zumbido de una colmena humana. Cada obrero al tallar su piedra para la catedral futura, ignoraba dónde aquella piedra sería colocada, y hasta si sería vista de los fieles; pero no ignoraba que sería vista de Dios, y todos a una se alegraban de coadyuvar a la obra santa. Y bien pronto, piedra a piedra, lentamente la iglesia subió, subió hasta el cielo.

❦

Uno de los antiguos Padres de la comunidad, muerto en olor de santo, había escrito estas palabras en un libro de meditaciones piadosas, que había bautizado con el título de **Imitación de Jesucristo:**

"No discutáis los méritos de los bienaventurados. Estas investigaciones dan lugar a polémicas tan frecuentes como inútiles, alimentando además el orgullo y el ansia de vanagloria, base de las envidias y disensiones.... El exámen de semejantes asuntos, lejos de aportar ningún fruto, disgusta altamente a los santos."

Los monjes faltaron a este precepto una tarde que conversaban entre ellos en la terraza del convento, después del **Angelus.**

Tratábase de saber bajo qué advocación la iglesia se colocaría, y cada uno emitía su parecer, sosteniéndolo con ardor.

El prior, hombre de gobierno y de tradición habló el primero:

—Cumple a nuestro deber que la iglesia sea consagrada a San Onofre. De otro modo, los fieles creerían que ha habido otro santo más ilustre que el glorioso anacoreta que ha instituído nuestra Orden, y esto podría perjudicarnos.

El sub-prior dijo:

—Los santos más venerables no son otra cosa que pálidos reflejos de Cristo, su modelo. Si siguiérais mi opinión, consagraríamos esta iglesia a Nuestro Señor Jesucristo, Redentor de los hombres y origen de toda santidad.

El monje Alcuín, de más de cien años, tan delgado y tan encorvado por la edad que su blanco hábito flotaba en amplios dobleces como una sábana puesta a secar sobre un sarmiento nudoso, tomó a su vez la palabra:

—Yo propongo al Padre Eterno. El es quien ha creado el mundo. Durante más de cuatro mil años, los hombres no han tenido otro Dios.

Eguinardo, un monje de treinta años, de facciones imperiosas y rudas, dijo con voz fuerte:

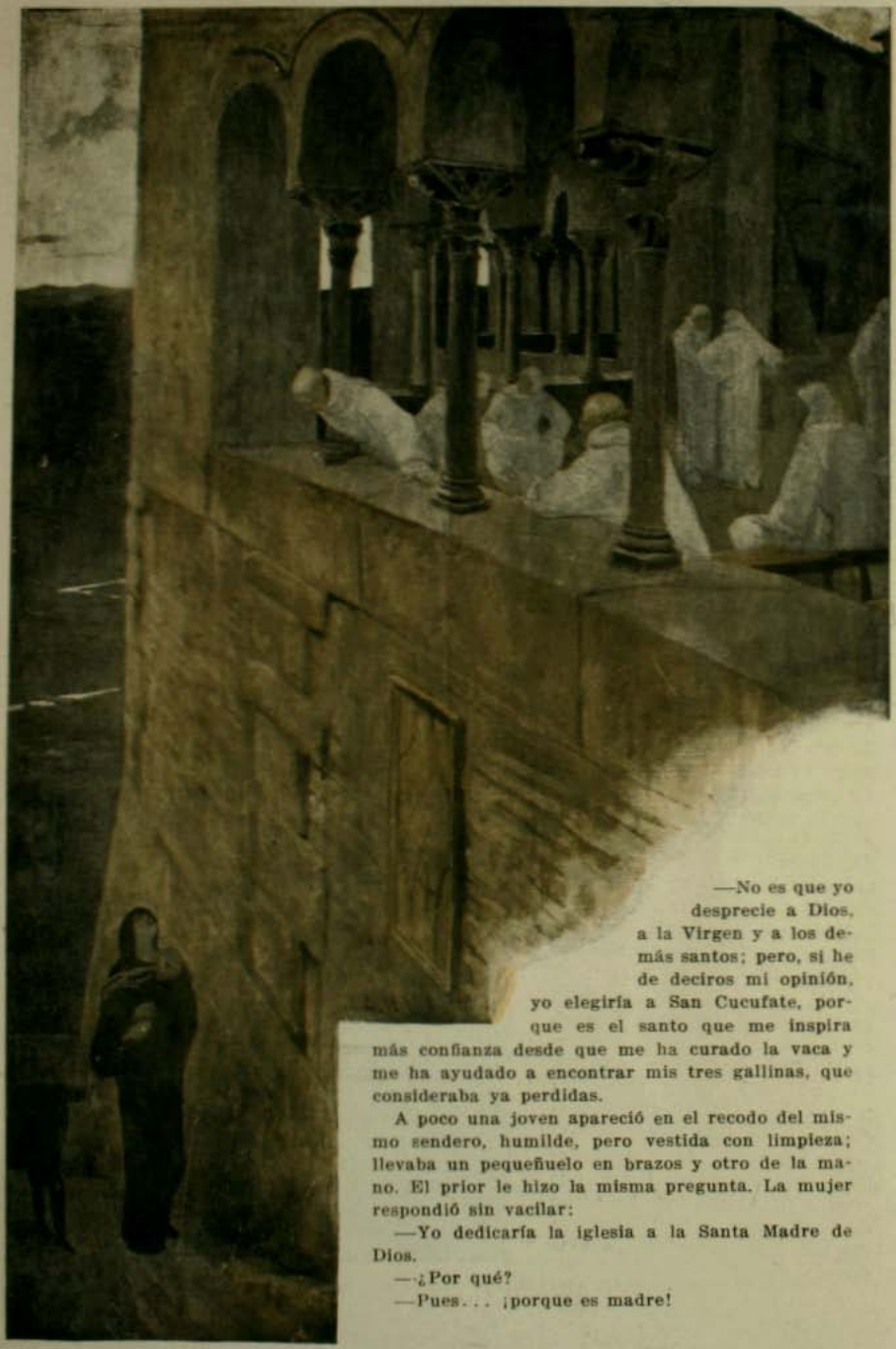
—Al que yo elegiría con gusto es al papa San Gregorio. ¡Ese sí, ese sí que ha sido grande y poderoso! ¡Comprendía que la fuerza material, que, como todas las fuerzas, emana de Dios, es el medio de acción más eficaz en manos de sus servidores y poniéndolos en vigor, al mismo tiempo que salvaba la Humanidad, ha hecho subir el poder de la Iglesia mucho más alto que el de emperadores y reyes!

—Yo, dijo el hermano jardinero, prefiero a San Fiacro, porque este santo ha sido un infeliz que durante su vida sólo procuró dos cosas: cumplir sus deberes y vivir constantemente en gracia de Dios. Y como la mayoría de los hombres son también unos infelices, de ahí que convenga ofrecerles el ejemplo de virtudes que esté al alcance de sus inteligencias.

En este instante pasaba por el sendero, al pie de la terraza, un aldeano con un niño sobre los hombros. El prior lo llamó y le dijo con mucha política:

—Si tú fueras lo suficientemente rico para construir una iglesia, ¿a quién la dedicarías?

El aldeano respondió:



—No es que yo desprecie a Dios, a la Virgen y a los demás santos; pero, si he de deciros mi opinión, yo elegiría a San Cucufate, porque es el santo que me inspira más confianza desde que me ha curado la vaca y me ha ayudado a encontrar mis tres gallinas, que consideraba ya perdidas.

A poco una joven apareció en el recodo del mismo sendero, humilde, pero vestida con limpieza; llevaba un pequeñuelo en brazos y otro de la mano. El prior le hizo la misma pregunta. La mujer respondió sin vacilar:

—Yo dedicaría la iglesia a la Santa Madre de Dios.

—¿Por qué?

—Pues... ¡porque es madre!

Norberto había permanecido callado hasta entonces. Meditabundo miraba palidecer el oro y las púrpuras del sol poniente. Al oir la respuesta de la aldeana:

—¡Oh! mujer, exclamó, has dicho bien. Pero yo no es a María, Madre de Dios, sino a la Virgen María a quien consagraría este templo. Es por ser inmaculada, es por haber permanecido extraña a toda pasión carnal por lo que ella adora a la Humanidad entera y por lo que ha merecido ser la Madre de Dios.

De repente, el tesorero de la comunidad, gordo, rozagante, de anchas facciones y ojos rebosando malicia adelantó entre los monjes:

—Hermanos míos, creedme: ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, ni a San Gregorio, ni a San Onofre, ni a San Fiacro; ni a San Cucufate, dediquéis el templo. Ponedlo bajo la advocación de San Ildefonso.

¿Por qué, Padre tesorero? preguntó el prior.

—Porque ese es el nombre del noble duque de quien somos vasallos. Esto le halagará, y acaso evite el que nos imponga nuevas gabelas, bajo pretexto de que somos ricos.

—Pero vuestro San Ildefonso, objetó el Padre Eguinardo, es un santo obscuro, sin historia. ¿Qué es lo que hizo, en suma? ¿qué es lo que se dice de él?

—Poca cosa, es verdad; pero debemos

estar seguros de que ha sido hombre de bien, cuando figura en el calendario.

—Eso es indudable, murmuró el Padre Teobaldo.

—En fin, rectificó el Padre tesorero, yo estimo que, por lo que hace a nosotros, el santo mejor será el que mayores resultados positivos nos produzca. Por lo demás, todo templo pertenece en principio a Dios. Insisto, pues, en que San Ildefonso sea el santo elegido... ya que, después de rendir este tributo de adhesión al señor del feudo, nada nos impedirá exornar el templo con cuantas imágenes tengamos por conveniente.

❦

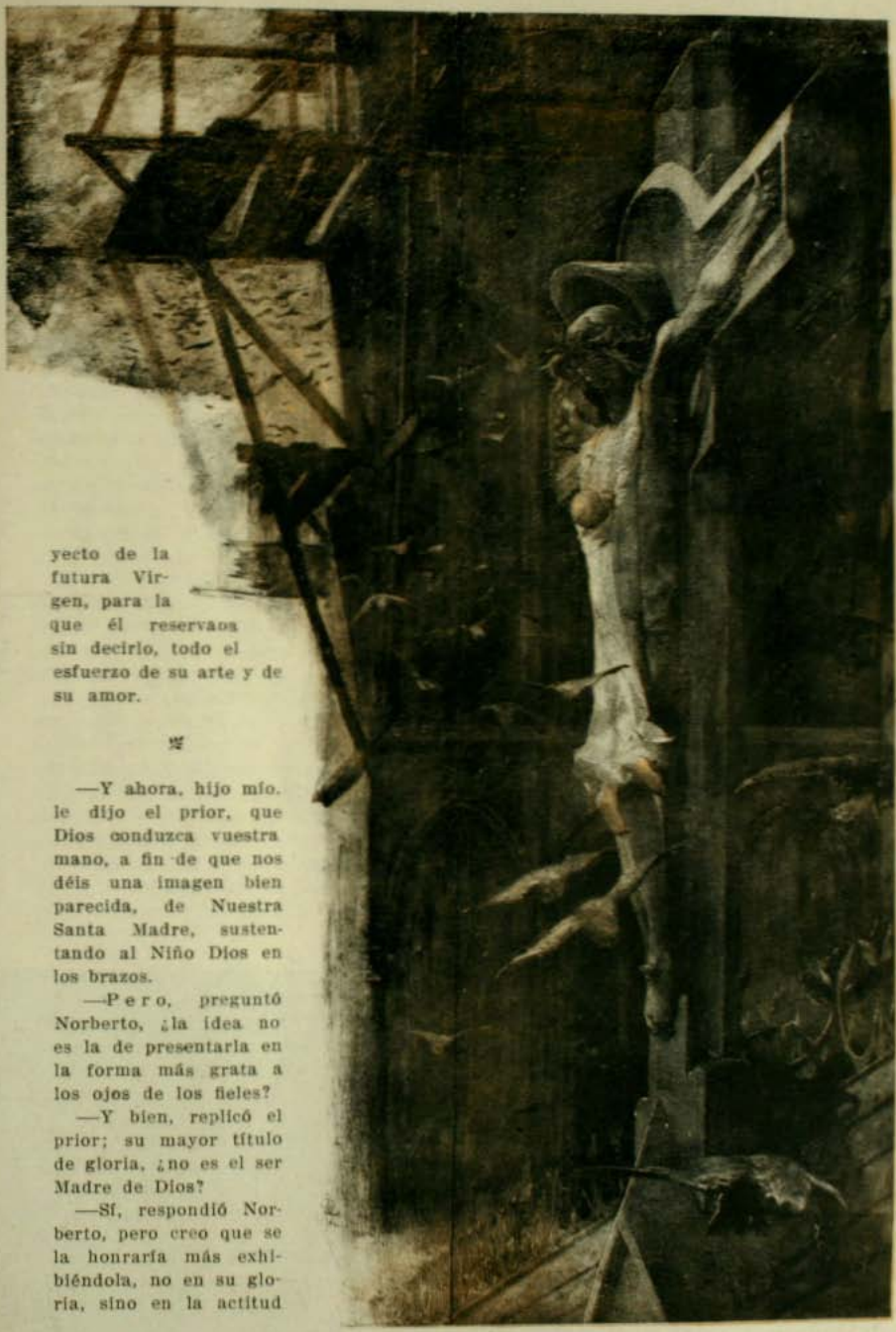
Después de una discusión muy viva, prevaleció la opinión del Padre tesorero. Decidióse que sobre el gran arco de entrada se colocaría la estatua de San Ildefonso; un poco más arriba, la de la Virgen; y en el remate angular del coronamiento de la fachada, a Cristo crucificado.

Norberto recibió el encargo de construir estas tres figuras.

Principió, y como de mala gana, por la de San Ildefonso, ignorando la clase a que perteneciera en vida el santo. Norberto hizo un caballero, a fin de agradar al señor del feudo. Colocóle derecho y rígido en una armadura; las manos revestidas de guanteletes, cruzadas piadosamente sobre el pecho. La cosa fué hecha en pocos días.

Después escultó en un bloque de granito un Cristo en cruz, de cuatro metros de altura: largo, descarnado, las costillas salientes, las rodillas semejantes a cabezas de cuervo, la tensión de los brazos dilatando las concavidades de los sobacos, el cuerpo surcado por una verdadera red de hilitos de sangre, y la cabeza inclinada y como vacilante, aquel Cristo parecía ser la encarnación entera de la desdicha humana, la desesperación del famélico, la angustia del abandonado, la tortura del enfermo, del poseído, del leproso, de aquellos a quienes se asesina o ajusticia; en fin, de cuantos experimentan los hondos sufrimientos de la carne. Y al mismo tiempo, su faz reflejaba la resignación y la certeza de la libertad y del reposo, mientras que su cuerpo ensangrentado decía: **¡sufrimiento!** y su cabeza, aunque coronada de espinas: **¡esperanza!**

Pero aunque *Norberto acometió* esta obra con el mayor cuidado y con todo su fervor religioso, su pensamiento volaba constantemente, durante las horas solitarias de su labor, a la imagen en pro-



yecto de la futura Virgen, para la que él reservaba sin decirlo, todo el esfuerzo de su arte y de su amor.

*

—Y ahora, hijo mío, le dijo el prior, que Dios conduzca vuestra mano, a fin de que nos déis una imagen bien parecida, de Nuestra Santa Madre, sustentando al Niño Dios en los brazos.

—P e r o, preguntó Norberto, ¿la idea no es la de presentarla en la forma más grata a los ojos de los fieles?

—Y bien, replicó el prior; su mayor título de gloria, ¿no es el ser Madre de Dios?

—Sí, respondió Norberto, pero creo que se la honraría más exhibiéndola, no en su gloria, sino en la actitud

de las virtudes, origen de esa misma gloria...

—Hijo mío, dijo interrumpiéndole el prior, vuestra manera de discurrir es bien extraña. ¡Os mando, pues, hacer la estatua tal como os he dicho!

Norberto no obedeció. Durante todo el tiempo que empleó en su trabajo no permitió que nadie viera la estatua, bajo pretexto de que las observaciones de sus hermanos embrollarían inconscientemente sus ideas; y a solas con su sueño, esculpió la Virgen tal como él la imaginaba.

Alta y envuelta en un gran manto plegado, la cabeza inclinada hacia la tierra, la Inmaculada parecía tender a la Humanidad sus manos ansiosas de bendecir y de acariciar. En rigor, el cuerpo estaba apenas tallado; pero la cara era tan hermosa, los ojos miraban con tanta ternura, la boca sonreía con una dulzura tan triste, la posición de las manos era tan mística, tan santa, tan indulgente, si se nos permite el calificativo, que la sola vista de la imagen producía como deseos de rezar, de llorar... ¡de ser un santo!

Cuando los monjes la vie-

ron, un sólo grito de admiración resonó. El prior mismo la calificó de maravillosa. Pero, a causa de su desobediencia, condenó a Norberto a alimentarse con sólo pan y agua durante un mes.

El Crucifijo, la estatua de la Virgen y la de San Ildefonso, fueron, pues colocados en los sitios convenidos.

❦

La iglesia estaba casi acabada. Dos altas torres flanqueaban el pórtico, semejando haces de columnatas y torrecillas. Norberto, animado de un celo ferviente respecto a la casa de Dios, pasábase los días enteros sobre las pizarras de la techumbre, en medio de aquella aérea selva de granito; a lo largo de las galerías, delicadamente caladas; entre los monstruos de los canalones, bajo los arcos de los contrafuertes...

Una tarde fué aún más allá, en el afán febril que le animaba. Quiso permanecer allí toda la noche, para soñar a sus anchas, libre de los importunos, y sorprender así los juegos fantásticos de la luna a través de aquel ejército de columnas, rosetones, arcos y muros...

Hallábase en la plataforma de una de las torres, cuya balaustrada no había sido aún puesta. Trató de ver si podría distinguir las manos de la sagrada imagen extendidas fuera del nicho.

Sacó entonces un poco más el cuerpo... pero de pronto, resbalando uno de sus pies, cayó el fraile en el vacío, lanzando un grito de angustia.

En su caída vertiginosa chocó con un andamio, rebotó en las tablas, y fué lanzado contra el Cristo que coronaba la fachada.

Sus manos asiéronse fuertemente, con el ansia angustiosa de la agonía, al Crucificado, mientras su cuerpo se balanceaba en el vacío a lo largo de la cruz, la cual era demasiado ancha para que él pudiera abarcarla con sus rodillas, embarazadas además por los pliegues del blanco hábito.

Así, su faz unida a la faz de piedra, los cabellos erizados de espanto, el pobre monje suplicaba humilde y desesperadamente al Cristo que lo salvara. Después principió a gritar con todas sus fuerzas; pero los buenos frailes, en paz con su conciencia y con Dios, dormían tan profundamente, que no le oyeron. Las aves nocturnas, espantadas, revoloteaban sobre su cabeza; sus pies arañaban la piedra, buscando en vano un punto de apoyo; sus dedos se desgarraban sobre los brazos de granito; sus uñas manaban sangre, y sentía algo así como un peso enorme atrayéndole hacia abajo. Hubo un momento en que le pareció que la cara del Cristo, alumbrada por la luna, retrocedía revestida de cierto aire de severidad. Sus fuerzas se agotaron por último...

—¡¡Socorro, Virgen María!! gritó Norberto.

Y cayó nuevamente...

Pero cayó, sin hacerse daño, sobre las dos manos extendidas de la Virgen, que se habían levantado misericordiosas para retenerle.

¡Y se durmió como un niño en su cuna!

Al apuntar el día, los monjes lo descubrieron. Proveyéronse de largas escalas; cuando llegaron cerca de él para librarlo, su sueño duraba aún.

—¿Por qué me despertáis? les dijo.

❦

Norberto no confesó después a nadie el sueño que había tenido en los brazos de la Virgen, ni tampoco lo que sus labios purísimos le dijeron.

Pero, a partir de aquella noche, demostró una devoción extraordinaria por el Cristo Redentor, y vivió en la más austera santidad.

JULES LEMAITRE.

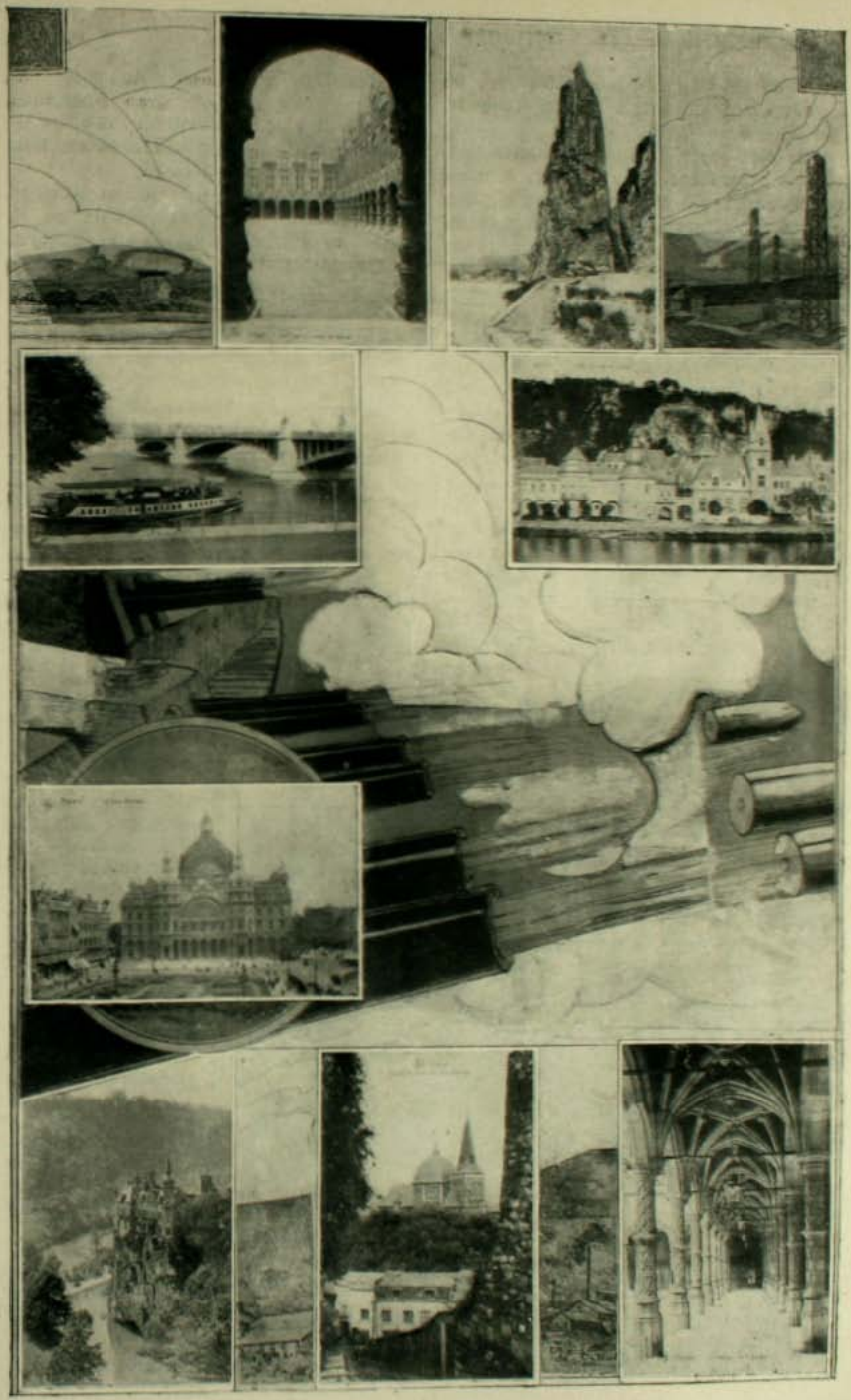
Lieja, Namur, Bruselas, Dinant, Amberes

Cuando este número de PACIFICO MAGAZINE llegue a manos de sus lectores, ya se habrá librado seguramente una gran batalla en territorio belga, es decir, en una de las regiones más pobladas y hermosas de Europa. Todo el peso de la primera acción de guerra ha caído en una zona, verdadero bosque de chimeneas, donde el obrero más industrioso y civilizado del mundo se ocupa en la más fina industria: encajes, tapicería, vidriería, armas de lujo, relojes, metalurgia, tejidos, máquinas de precisión y otras. Entre la frontera holandesa y Lieja se acumulan en una extensa llanura cien aldeas sonrientes y pobladas, llenas de niños rubios, de mujeres hermosas, de trabajadores inteligentes y sobrios: todo ha sido destruído, incendiado, horadado por las balas de los cañones. Los hermosos molinos que, como extensión de los Países Bajos, penetran en esta parte de Bélgica, habrán sido incendiados tal vez.

El Gobierno belga ha abandonado Bruselas, después de la vigorosa resistencia de su ejército en Lieja. Bruselas no está fortificada y entraba, en los planes de combate, el encierro de la base fundamental de las tropas belgas en Amberes, que es una de las plazas fortificadas del mundo. Bruselas, o **"la aglomeración bruselesa"**, como se la llama en lenguaje administrativo, está compuesta de varias comunas autónomas: Ixelles, Schaerbeek y otras, que viven con autonomía dentro de la misma capital. Esta es la prueba de la profunda tradición que alienta en el pueblo belga, apegado a sus fueros municipales como casi ninguno otro de la Europa. La ciudad suma ahora 700,000 habitantes y crece con rapidez. Llena de lujosos hoteles, de restaurants que rivalizan en cocina con los de París, de bodegas afamadas donde se guarda el más viejo Borgoña, Bruselas atrae mucho a los viajeros y es una de las antiguas ciudades que se edifica más de prisa en nuevos suburbios.

La capital del reino es una colección de monumentos sin igual en Europa. Una bala alemana puede destruir cuatro o cinco edificios cuya ruina entristecería al mundo entero. Queremos recordar sólo el Palacio de Justicia, moderno, que costó más de 50.000,000, y cuya cúpula se levanta sobre la ciudad con esbeltez comparable a la de San Pedro. El edificio es colosal y cubre 9,000 metros cuadrados más que la célebre basílica romana. En seguida vienen la **Gran Plaza**, que se podría llamar **la plaza maravillosa**, única en el mundo, la más completa y bella aparición de la Edad Media. Cuadrada, llena de edificios civiles góticos, de piedra patinada por los años, con algunos dorados en los capiteles o en las líneas riquísimas de las fachadas, la inmensa torre del Hotel de Ville o Municipio, un aire de grandeza monumental, una solemne repetición gráfica de la vida medioeval; el hotel de la ciudad, la Casa de las Corporaciones y la Casa del Rey, llamada así por creerse haber sido hecha para un rey español. Cerca de la plaza está el famoso **Manneken-Pis**, fuente con una estatua de bronce en que un pequeñuelo deja caer agua "de un modo completamente natural", como dice pudorosamente el guía de la ciudad.

El Hotel de Ville es del año 1902; la casa de las corporaciones sufrió por un bombardeo en 1695 y hacemos votos, en nombre del arte y del pasado, porque ahora no sufra daños que ya el hombre no es capaz de reparar sino con incalculable costo. Pero si es antigua esta parte de la ciudad, lo es mucho más la iglesia gótica de Sainte Gudule, comenzada en 1220, y cuyas esbeltas torres se alzan sobre Bruselas, joya del arte, aunque en sus grandiosas proporciones apaga por completo otros monumentos del mismo es-



Lieja: el primer patio del Palacio de Justicia.—Dinant: La roca Báyard.—Lieja: el puente de Fragnée.—Dinant: La casa municipal y el correo.—Amberes: la estación central de FF.— Dinant: castillo de Walzin.—Lieja: iglesia de San Juan.—Amberes: interior de la Bolsa

tilo que el viajero apenas descubre en esta ciudad: la iglesia de la Chapelle, por ejemplo.

Por otra parte, la ciudad muestra boulevares magníficos, plantados de árboles, con grandes palacios modernos y tiene parques, jardines y bosques incomparables. Bruselas es seguramente una de las más completas y hermosas capitales de Europa. Muy cerca de la ciudad está el campo de Waterloo, y puede irse a pie hasta el monumento elevado en la llanura inmortal. ¿Volverá a ser regada con sangre inglesa, francesa, belga y prusiana?

Amberes, el gran puerto, tiene 400,000 habitantes y es una de las primeras plazas fuertes de Europa. Defendida por doble cintura de fuertes separados y reductos, tiene todavía murallas fuertes que van a desaparecer y que, en parte han sido destruídas. Una parte de los alrededores puede ser inundado en caso de sitio. Posee el jardín zoológico más importante tal vez en Europa, una magnífica catedral, con su torre de extraordinaria altura y edificios públicos grandiosos y opulentos. Es un centro comercial de gran importancia y único en ciertas industrias como los encajes, la talla de los brillantes, refinería de azúcar y otros ramos.

Las fotografías que damos en estas páginas ofrecen una pálida idea de las bellezas de Dinant, donde se ha efectuado el formidable duelo de artillería de alemanes y belgas; de Lieja y Namur, donde se ha combatido durante más de dos semanas sin descanso, y, en fin, de Bruselas y Amberes, teatro de los últimos sucesos.

La simple vista de estas maravillosas regiones donde, desde hace tantos siglos el hombre ha alcanzado el más alto grado de civilización, conmueve por los horrores de una guerra de exterminio como es la actual. Pueblo industrioso, sobrio, sano, inteligente, valeroso, los belgas han derramado la primera sangre y ojalá termine para ellos esta pesadilla de muerte y de hambre, de sacrificios y heroísmos.

Aviador militar, Sargento Menadier

En el primer curso de la Escuela Militar de Aviación figuraba un buen piloto salido de las filas, un soldado inteligente y audaz, con esa comprensión rápida del hijo de nuestra raza latina, y que se había ganado su diploma de aviador en dura competencia con oficiales instruídos y valerosos, como los malogrados tenientes Mery y Bello.

En el curso de una jira aérea por los alrededores de Santiago, el 17 de agosto, el biplano que piloteaba sufrió un accidente, una de esas interrupciones en el funcionamiento del motor, que bastan para provocar la muerte del más hábil piloto.

La hoja de servicios del sargento Menadier, una de las más nutridas que se conozcan en los últimos años, comienza por darle el primer premio en el concurso de sub-oficiales para completar la primera comisión militar que fué a estudiar aviación a Europa. Graduado ventajosamente en la Escuela Breguet, volvió al país para optar a su brevet militar en las hermosas pruebas que se conocen. Actualmente ocupaba el cargo de instructor de sub-oficiales aviadores.

La Historia del "Escorpión"

Escenas coloniales en Chile durante la pasada guerra continental europea.

Por

Joaquín Díaz Garcés

Ilustraciones de Gordon

La iglesia no recibía todavía, al través de las escasas y altas claraboyas empañadas y llenas de polvo y telarañas, ni un rayo del sol que lucía apenas sobre los Andes; pero ya estaba atestada de una concurrencia mitad devota y mitad curiosa, cuyas sombras se fundían en la penumbra del templo y ondulaban vagamente hacia los rincones de las naves y las tarimas de los altares. Solamente en uno: en el de la virgen del Rosario ardían dos cirios y un sacerdote rezaba precipitadamente su misa. A la llama vaga de las velas que se alargaba o encogía según las dimensiones del pabilo que se mantenía enhiesto o caía al costado de la cera, se podía ver a Nuestra Señora con su rostro exageradamente infantil de madera pintada, la diminuta cabeza ceñida con coronita de metal dorado y piedras rojas, verdes y azules, y el repolludo vestido de brocato con florecillas de color sobrebordadas con hebras de oro y plata. Por sus pies subía una tupida florescencia de ramas y hojas plateadas con flores de pétalos tiesos colocados en inflexibles gufas de grueso alambre. En los costados del altar colgaban multitud de ofrendas y ex-votos extraños, martillos, corazones de metal dorado, escapularios muy labrados y prolijos, muletas, ramas de flores artificiales sin sombra de parecido con las naturales y mil otros objetos que atestiguaban devoción o gratitud de los fieles.

A los pies de la virgen, una pequeña urna abierta en la parte superior recibía las limosnas y la correspondencia de las personas que se entendían directamente con Nuestra Señora. Este altar no estaba más recargado que los otros del templo con adornos de papel, guirnaldas y flores, cuentas y abalorios, cirios y escapularios, colgajos de medallas y ofrendas y cepillos para limosnas. Y todo el templo era una sucesión de altares grandes y de altarcillos subalternos donde se seguían novenas y devociones de menor importancia. Y en las columnas mismas había imágenes colgadas con algún farolillo al frente y una alcancía debajo y jaculatorias escritas en cartones. Toda esta abundante y pagana ostentación de culto llenaba el templo como un bazar de baratijas lucientes y de mal gusto. La concurrencia, el olor húmedo de los ladrillos disparejos, donde cada lápida mortuoria dejaba el pavimento desigual, la misma atmósfera salida de esas tumbas mal cerradas, la poca ventilación, hacían pesadísima la atmósfera.

El sacerdote que decía la primera misa en el altar de Nuestra Señora del Rosario terminó su tarea de todos los días, dijo el amén final y partió escapado hacia la sacristía llevando el vaso sagrado en las manos con no mucho recogimiento. El predicador salió al mismo tiempo, carraspeando un poco, echándose una narigada de rapé en las anchas ventanillas de las narices y sonándose en el camino con estrépito nasal muy común en la época.

Era el año 8, gobernaba a Chile el brigadier don Francisco Antonio García Carrasco y acababa de llegar la noticia de ue Napoleón invadía a España y proyectaba coronar a su hermano José en el trono de Su Majestad Católica. Fray Juan Crisóstomo Vera, el gran orador de la órden

dominicana, llamado, como el santo padre de su nombre, "Boca de oro", que había arrebatado el premio de la elocuencia sagrada en numerosas ocasiones en que fué puesta a prueba su voz vigorosa y sus frases de efecto, avanzaba hacia el púlpito para pronunciar un discurso que le costaba varias vigilias y consulta de numerosos libros. En medio de la apretada concurrencia de mujeres echadas por el suelo como era costumbre, sobre sus alfombras, esterillas y pisos plegadizos, pasando con cuidado los pies para no posarlos sobre sus faldas, el padre avanzaba lentamente en medio de un murmullo general. Un perrito comenzó a ladrar en un extremo de la iglesia y dos o tres criaturas de pecho se contagiaron; pero pronto el silencio dominó a la concurrencia y resonaron los vigorosos pasos del Crisóstomo dominicano en la escalerilla de madera del púlpito.

El discurso era una de esas piezas estiradas que estaban en boga en que los latines se alternaban con imágenes forzadas y fuera de lugar. El predicador levantó la voz hasta el más alto diapasón, pintó a Napoleón como a una encarnación del demonio, salido de una isla en el mar, sin que se supiera de qué padres ni de qué raza, con un nombre jamás oído en el mundo, llevando en sus ojos rojizos un destello del fuego eterno, resurrección de Atila y peor que el mismo feroz invasor, porque no se había detenido ante el Sumo Pontífice, sino que había osado poner sobre él sus manos sacrílegas, rodeado de una corte bizantina de mujeres perdidas y de eunucos, arrastrando por todas partes un harem y un regimiento de cocineros y pinches, incendiario de iglesias y de conventos, victimario de soberanos inocentes, conculcador de las leyes divinas y humanas que, con felonía inaudita, llegaba hasta Bayona a destronar a un soberano virtuoso que mostraba ya una corona de espinas sobre sus augustas sienes.

"Fernando, augusto sucesor de santos reyes, colocado por Dios mismo en el trono de Carlos V ante quien la misma herética Inglaterra se ha inclinado obedeciendo a inspiración del cielo, aquí estamos los últimos y más humildes de vuestros hijos con el corazón hinchado de congojas y los ojos arrasados en lágrimas, dispuestos a seguiros al cautiverio mientras el ángel exterminador, cumpliendo las profecías, azota al dragón de la Europa cristiana y lo ahoga en las cenagosas y pútridas aguas del Sena..." Y la concurrencia arrodillada en un solo movimiento comenzó a llorar en voz alta mientras fray Crisóstomo paseándose en el púlpito y volviéndose ora hacia el altar mayor, ora hacia las puertas, y enjugando sudor verdadero y fingidas lágrimas, maldecía en nombre del cielo a Napoleón y prometía con los profetas a Fernando la fidelidad eterna y secular de sus reinos de América.

La concurrencia se levantó junto con extinguirse la potente voz del orador, se abrieron las puertas y comenzó a vaciarse fatigada como después de una larga marcha. Las mujeres iban pálidas, los hombres en silencio; los funcionarios con aires de circunstancias.

El corredor del palacio está vacío. Acaba de pasar el medio día y en el corralón interior la guardia ha dado el viejo toque que los santiaguinos conocen desde hace un siglo. La larga fila de pilares labrados en robustos troncos "de los impenetrables bosques de la Dehesa", no proyecta sombra alguna sobre el viejo muro descascarado. Un sol reverberante calienta las losas del corredor y las puntiagudas piedras del patio donde avanzan sobre sus ruines ojotas algunos mestizos andrajosos, dos mujercillas de mal aspecto con bastante albayalde en el rostro y unos soldados. Es la clientela del gobernador que espera audiencia.

Porque el Gobernador necesita un digestivo tan condimentado como su largo y suculento almuerzo y este digestivo es un par de horas de chismografía y de inmundicias, oídas, según le place, de boca de gente vil, sobre puñaladas, riñas de mujeres, matrimonios desavenidos y robos. Dentro de una sala blanqueada a la cal con manchas salitrosas en la parte baja del muro, grueso envigado del mismo origen que los pilares, sentado a la mesa está García Carrasco el brigadier, llegado por súbita muerte de Muñoz de Guzmán a ocupar el sitio de ilustres españoles y señores de pro. A su lado una monumental negra africana, la Rita, vieja criada y al mismo tiempo favorita dominante, dirige el servicio que dos chinas descalzas transportan hasta la mesa y dos capitanes de rudísimo aspecto completan la compa-

Un par de horas de chismografía...

ñía. ¡Qué incomparable vigor y colorido el de estos rostros de soldados vividores, de aventureros sin Dios ni ley! García Carrasco, moreno, tostado, de hirsuta barba que blanqueaba por el medio, un solo enorme diente en la parte superior, nariz aplastada como bajo el golpe de un martillo y un tajo que le atraviesa una mejilla, es todavía un Adonis ante el capitán Caravantes que ostenta dos ojillos hundidos bajo cejas desgreñadas y larguísimas y una nariz protuberante y rojiza como jamás ha podido verse otra igual. En cuanto a Gavilán, el tercero, a quien llaman "el muerto" porque por muerto le dejaron en una batalla y apareció en medio de la estupefacción de Chillán entero; de palidez cadavérica y ojos de un gris tan claro que parece fueran a borrarse por momentos, es la más repugnante y extraña figura de la tierra. Armoniza esta trinidad de figuras gollescas la Rita, cuyos blanquísimos dientes asoman bajo rojos labios que la edad no ha podido aún marchitar. Enorme cabeza, ojos de brillo siniestro, barba chata; la favorita es también un monstruo; pero un monstruo sonriente en medio de la fealdad trágica de sus compañeros.

Los manjares chilenos humean en sus ollas. Longanizas y prietas, charqui y malayas, criadillas y tripas; todo lo que chirría en el sebo caliente de la sartén y arde de ají y "prepara para el infierno" como dice Gavilán, es del gusto del gobernador.

Las interjecciones soldadescas no escasean en la boca de García Carrasco y una excesivamente gruesa alcanza a alarmar a la negra, mientras Caravantes estremece de tal manera su nariz que parece fuera a saltar sobre los platos.

—No diría el brigadier tales palabras

delante del relamido Martínez de Aldunate ni del pudoroso señor de Santiago Concha...

—Ni de don Manuel de Irigóyen que trata de Su Merced a su caballo,—agregó la Rita.

—Ni de don Félix de Francisco de Basso y de Berri, insistió Caravantes, exagerando las partículas nobiliarias.

—No... por cierto. Estoy ya harto de inclinaciones y reverencias y de títulos y de marqueses y de oidores y cabildantes y de todo esto que les ha costado su dinero y las quebraduras consiguientes del espinazo a los señores de esta muy noble y muy ilustre ciudad de Santiago donde uno no puede ni siquiera... en paz, sin que todo el mundo se entere y se cuenten de casa en casa: "Al señor gobernador le han sentado mal las longanizas..." "Pues no; que un día voy a dar un puñetazo sobre una mesa y voy a decirlas todas por su orden y que se vaya al diablo la etiqueta.

—Muy bien,—contestó moviendo la cabeza con aire descontentadizo la negra,—para que digan que el gobernador no ha sido bien criado y tiene amistades de arrabal y le falta una gobernadora que le vaya a la mano.

Y así el almuerzo va pasando con abundantes libaciones de un aguardiente superior que Caravantes saluda a menudo. Luego García Carrasco hace pasar a uno de los que aguardan afuera para que amenice la sobremesa. La cuestión es larga y escandalosa y los comensales hacen preguntas intencionadas y el infeliz contesta como puede. El negocio está ligado con las dos mujercillas que hacen irrupción en la sala para contestar y defenderse. Poco después sale García Carrasco al corredor y allí sentado como de costumbre y en compañía de la negra que interviene en todos los secretos y falla como le dicta su conciencia, continúa en esta curiosa audiencia que prefiere a la de los estirados vecinos de la ciudad.

Pero ese día no debía disponer el gobernador de su tiempo, porque luego apareció un caballero en el extremo del corredor, hombre joven, vestido con corrección, a quien todos saludaron y García Carrasco el primero, con claras muestras de respeto. Era el secretario don Juan Martínez de Rozas a quien debía el gobernador su puesto y los consejos y medidas que lo colocaban siquiera en situación sostenible ante un vecindario francamente hostil. El recién llegado habló privadamente con su jefe y ambos se pusieron en marcha hacia la sala del despacho.

Había llegado el correo de Buenos Aires. Numerosos pliegos abiertos estaban en orden sobre la mesa. Los grandes sellos de cera roja y azul, la caligrafía ornamental de la época, el papel de canto de barba, no daban mayor solemnidad a las noticias contenidas que la cara de circunstancias del secretario. Se confirmaba la cautividad de Fernando VII y la actitud del infame Napoleón. Era necesario aumentar el cabildo en doce miembros y pedirles estudiar la manera de unirse en cuerpo y alma a las desgracias del Rey y de la patria. El gobernador trabajó toda aquella tarde en formar la lista de los nuevos cabildantes y, para gratificarse se preparó cerca ya de la oración para un paseo a la Chimba, donde ciertas amigas, de familias de militares muertos en la frontera, ejecutaban costuras, competían con las monjas en la confección de dulces y bordados de casullas, sin descuidar también el ramo del canto en la guitarra que era el embeleso del soldadote. Y lo habría hecho, si no hubiera entrado un misterioso visitante reclamando una inmediata entrevista.

Hacía tres años que don Enrique Foulkner, llamado el "bostonense" había llegado a Santiago a ejercer su profesión de médico. Por escasa que fuera su ciencia siempre aventajaba con mucho la impericia de sus colegas chilenos. Refiriéndose muchas veces el americano a la hipocresía de la sociedad de esa época y a la falsa importancia de sus licenciados, sabios y doctores, decía que no había en el mundo profesión más adecuada para el chileno colonial que la de médico, pues sus aciertos los gritaba el mismo doliente curado y sus errores **quedaban mudos y sepultados bajo tierra.** El bostonense conocía el efecto de algunos antisépticos, la acción de ciertos calmantes y aprovechaba con prudencia los mismos elementos medicinales de la tierra que le daba hospitalidad. Viudo desde largo tiempo, había guardado a su lado a una sobrinita huérfana que por esos años había ya crecido, era una mujer

y, a juicio de numerosos admiradores, una verdadera belleza. Anita presentaba las condiciones más comunes de su raza, era una muchacha de facciones finas y regulares, ojos verdes y cabello rubio luminoso y tornasol con ese brillante color que da a las rubias la plena juventud y la salud perfecta. En medio de las mujeres de pura raza española que eran fuertes y morenas o de las mestizas que más finas conservan todavía las fallas del cruzamiento, Anita aparecía como una visión. Y realmente, ante ella un sabio doctor de la Universidad de San Felipe, fray Jerónimo de Domínguez, había recordado por qué los habitantes de Gran Bretaña se llamaban ingleses. Según sus datos fidedignos el Papa Gregorio había visto en Roma algunos esclavos traídos de esas apartadas islas y al verlos tan rubios y rosados exclamó: "estos son ángeles", de donde vino la palabra angeli, angli y después anglos. Fuera o no verdad, Anita hacía soñar con los ángeles a todos los hombres menores de quince años y con la tierra a los que sumaban más años.

Hasta septiembre había sido su última frase

Pero la niña se mostraba indiferente a estos halagos y en espera del amor que no llegaba, dedicaba sus horas a bordar en lo que se había hecho eximia obrera.

Foulkner era un americano excelente: sus sienes comenzaban a encanecer; pero su espíritu emprendedor no daba tregua a sus pensamientos. Así desde la Serena hasta Concepción mantenía buenas relaciones con comerciantes y, en los tiempos que la profesión le dejaba libres, cultivaba su correspondencia para el día en que se presentara algún negocio tentador. Había recibido el año anterior una carta de cierto compatriota que navegaba como corsario en las aguas del Pacífico del Sur y esta carta lo torturaba. Guardada en un cajoncito secreto de su escritorio era religiosamente sacada todas las noches y releída en medio de las espirales del humo de su enorme pipa. El capitán Tristán Bunker, otro yankee como él, un viejo lobo de mar, conversaba con su amigo gracias a ese papel ajado y un poco desteñido por el roce. Tristán Bunker había nacido en el océano, era dueño de una fragata matriculada en

Plymouth y ejercía dos profesiones peligrosas y lucrativas: las de corsario y contrabandista. Nada tenía entonces de deshonrosa la segunda y en cuanto a la primera Bunker la ejercía con patente del mismo rey de Inglaterra que acosaba al comercio español en todos los mares. El contrabando era también una especie de corso; consistía en violar la prohibición de comercio en las costas de América mantenida por España y todo inglés que venía a estos mares conduciendo mercaderías y partía llevándose plata y cobre en barras o con monedas acuñadas, tenía una doble satisfacción: la del dinero ganado y la satisfacción personal de haber hecho mal al comercio español. ¿Qué decía Bunker en esa vieja carta? Que en el curso del año 8, en el mes de julio aproximadamente, llegaría con su fragata "Escorpión" a la pequeña rada de Topocalma; que traería el más completo y valioso cargamento para el comercio del país; que le presentaría allí las muestras y facturas con el objeto de ofrecerlas a los comerciantes y le dejaría tiempo para realizar su negocio. La comisión era muy tentadora; el negocio corriente y Foulkner esperaba hacer una utilidad que dotara a Anita como a cualquiera rica heredera.

Bunker había estado en una ocasión en su casa. Anita misma que estuvo sentada en sus rodillas oyendo cuentos de marineros y de piratas, recordaba ese joven vigoroso, de ojos profundamente azules, barba rubia, cuya voz decidida llegaba tan profundamente hasta el alma. Así cuando supo que su tío partía a Colchagua para llegar con tiempo a Topocalma y esperar al corsario, insistió en partir con él. Sin embargo, el viaje era rudo, en pleno invierno, afortunadamente en invierno excepcionalmente seco; pero muy frío. El médico no rehusaba nada a la niña y partieron.

Cómo se avenía bien con el temperamento soñador y romántico de la niña, el alojamiento en una pequeña casita en las colinas onduladas de la costa en espera de un barco misterioso, en busca de una aventura llena de peligros, aguardando la aparición de un hombre que su fantasía le presentaba casi con las proporciones de ado! Habían transcurrido algunos días de julio sin que los catalejos del médico hubieran descubierto una sola vela cruzando en alta mar y la inquietud comenzaba a torturar el espíritu de ambos. Sin embargo, una fragata a la vela aún dirigida por tan experimentado capitán, podía equivocarse en muchos días de cálculo o detenerse tras de alguna presa o sufrir un naufragio, tan frecuentes entonces en los mares de América.

Y así comenzaron pronto las torturas para el viejo y para la niña: torturas de carácter diferente; pero siempre intolerables. Los días grises, nublados, húmedos pasaban con horrible monotonía. Uno que otro pescador entraba por las tardes y no muy adentro en el mar para recoger algunas redadas de pescados que llevaba después hacia la aldea de San Fernando. La soledad del pequeño puerto tan apta para un encuentro de la naturaleza del proyectado se perdía sin embargo en la espera. Se acercaba el fin del mes y la fiebre de esta angustiosa ansiedad había agitado profundamente a Anita. Para no llamar la atención de los hombres que solían pasar por el sendero vecino, la niña no salía de la pequeña casa o rancho donde se abrigaba allí hacía con paciencia los menesteres de la cocina.

Una noche Foulkner velaba y hacía guardia en un extremo de la colina, cuando divisó una lucecilla en el centro de la rada a un tiro de fusil de la playa. Encendió conforme a lo convenido otra a sus pies y la lucecilla del mar se apagó tres veces consecutivas. El médico prendió entonces una mecha de color verde y aguardó algunos instantes. Corrió en seguida a despertar a la niña: Bunker a la vista. En efecto, un bote se había desprendido del barco y se oía claramente el ruido de los remos. Los que aguardaban descendieron de prisa hasta la plaza y pronto con ayuda de una linterna mostraron a los viajeros el sitio donde debían saltar a tierra.

Abrazados por la cintura los amigos marcharon hacia el rancho. Allí Anita pudo ver a la luz la aparición real de sus sueños: el vigor, la fuerza, la juventud, el valor, reflejados en un semblante lleno de franqueza y de lealtad. El obrero del mar arrojó sobre la mesa su gorra, y los

bucles rubios se esparcieron en torno de su rostro como una corona de sol. Había muy pocas horas para hablar y mientras el capitán exponía al médico su comercio, la niña contemplaba embelesada esa figura que había aparecido siempre en su vida por tan breves instantes. Sin embargo, esta vez el destino quería que se aproximaran más; a lo menos los ojos de Bunker lo decían todo. "Estoy cansado de esta vida de perro,—decía a su amigo,—creo que vendré a Chile y compraré una hacienda en Limache para vivir en paz. Tengo ya treinta y cinco años y los cor-

Los escorpionistas eran señalados en la calle

sarios deben ser jóvenes." Bunker contó entonces cómo en medio de sus trabajos en el océano echaba de menos la casa modesta de los viejos allá en la aldea en que había nacido, el jardincito donde había dado los primeros pasos y luego sus amigos y parientes de quienes nada había vuelto a saber. Había un encanto indefinible en oir a este lobo de mar hablar de afectos y recuerdos, enternecerse con su infancia tranquila mecida entre flores. Las horas habían pasado rápidas e iba a comenzar la primera luz del alba, cuando Bunker saltó a su bote, lo empujaron los vigorosos marineros y se alejaron silenciosamente. — Hasta septiembre había sido su última frase.

En septiembre debían encontrarse de nuevo en Topocalma. Partió el capitán lleno de amor por la niña; partió la niña embargada de dicha y de esperanzas, llevando como único recuerdo un ramo de flores y una última mirada; y el viejo Foulkner preparando ya la venta del rico cargamento en su imaginación ardorosa de aventurero y comerciante.

Por un camino salieron al día siguiente el doctor, su hija y el guía; y por otro se dirigía al galope de su caballo, a San Fernando, don José Fuenzalida, el dueño de esos campos que iba dando vueltas en [illegible]beza a la extraña combinación de [illegible]ces que había visto en la playa la noche anterior y pensando qué relación podían tener con la pequeña vela blanca que el amanecer había iluminado un rayo de sol en la línea del horizonte.

Hemos dejado a García Carrasco ante un misterioso visitante que llegaba a palacio cuando el gobernador acababa de terminar los nombramientos de los nuevos cabildantes de Santiago. Era un amigo del gobernador; pero que consideraba tan delicada y comprometente la cuestión que lo traía hasta allí, que se había embozado cuidadosamente para que nadie pudiera sostener más tarde haberlo visto llegar en demanda de García Carrasco.

—¡Hola! ¡Hola! mi señor don Francisco! exclamó el gobernador retirándole el pliegue de la capa que le cubría la boca y parte de la nariz,— no se diría sino que conspiramos contra el ilustre vecindario. ¡Vamos! ¿qué ocurre? ¿Viene aquí el amigo o el subdelegado de San Fernando?

—Ambos, ambos, contestaba algo corrido el hacendado de Colchagua, hombre simple; pero veraz. Vengo como Francisco Carrera y además como funcionario de un apartado rincón del reino. Me pasan cosas extraordinarias en mi tierra donde nunca ocurre nada... Figúrese vuestra excelencia que ha llegado ayer Fuenzalida, que tiene un fundo en Topocalma, a contarme algo que parece cuento de ánimas; pero

que, si no lo es, buen provecho puede dejar a Su Majestad. Dice que estaba en una puntilla aguardando a unos arrieros con dos de sus sirvientes, cuando vió, medio a medio de la rada, y a poco más de tres brazadas de la playa, una luz y la mancha negra de una barca grande, muy grande, tal vez la más grande que ha visto en su vida. Después de un momento, la luz se apagó y volvió a encenderse y entonces en la playa ardió una fogata y poco después cierta luz verde. Fuenzalida estuvo atento en espera de lo que fuese y escuchó perfectamente el ruido de un bote que se vino a tierra y varó cerca del sitio en que había encendido el fuego. Ha estado seguro de oir voces inglesas y al día siguiente, cuando venía a darme cuenta del suceso, vió que regresaban a Santiago el médico bostonense y su hija, acompañados de un sirviente.

—¡Vamos! ¡Que parece una historia de aparecidos! Lo del habla inglesa y la luz verde parecen francamente una invención. ¿Será contrabando o piratas? ¡Pues que no lo creo! ¿Don José Fuenzalida se embriaga a menudo?

—No lo sé. Ese día no lo estaba por cierto. Llegó a verme cuando dormía ya la siesta en el corredor de las casas, sobre unos pellones. Y mientras me contaba, yo me puse a hacer pitillos con hoja y tabaco de la hacienda...

—Venga uno de muestra!

—Aquí lo tiene su excelencia. Habría hecho medio ciento, es decir que habló como una hora, cuando acabó el hombre y yo principié a hacerle preguntas. Creo que se trata de un buque inglés que hace contrabando.

Los dos hombres se quedaron embelesados en el humo de sus cigarrillos y ambos pasaban y repasaban esta historia que no era inverosímil y que podía prestarse a una aventura. El gobernador recordaba seguramente, mirando al techo, el asalto y saqueo de una fragata, hecho en Valparaíso cuando era gobernador interino de la plaza, en compañía de un mallorquino, Seguí. Españoles y criollos eran sumamente sensibles a todo combate de la codicia. El oro era todavía la suprema ley en la colonia, y si lo era todavía, bien puede suponerse que no dejó de serlo.

—¡Bravo, mi amigo! No regrese usted todavía. Hablaremos con don Manuel Manso y después platicaremos otro poco sobre estos ingleses.

Al día siguiente Manso, administrador de aduana, llegó azorado a contar la misma historia al gobernador. Uno de sus dependientes, un guardián que pasaba a cierta distancia había divisado una fragata que buscaba la entrada a Topocalma, muy cerca de la playa, al caer el día.

No podía dudarse un momento y el gobernador pidió informe a su funcionario sobre los medios aceptables de dar un golpe de mano. Seguramente el comandante de la fragata no sospechaba que su aparición en la costa podía ser conocida y la coyuntura parecía admirable para una sorpresa. Los contrabandistas debían traer un rico surtido de mercaderías y podía lograrse un comiso que enriqueciera a los más audaces. Manso manifestó de palabra y posiblemente por escrito que no era aceptable una asechanza como medio para castigar el contrabando; pero que redoblaría la vigilancia con el objeto de seguir la marcha del corsario.

El gobernador no iba a detenerse en informes ni en procedimientos legales, cuando había ya hecho llamar a Damián Seguí y conferenciaba detenidamente con él para atraer a la combinación al americano Foulkner, cuya avidez de dinero se conocía. Además, era inútil pensar en un medio de atraer a la costa a los contrabandistas, si no entraba en sus planes el mismo corresponsal y agente de confianza. Los conspiradores que ya eran cuatro a lo menos, iban y venían, apresurándose como entonces nadie lo hacía para nada, porque se sabía que los ingleses no perdían tiempo y que la vuelta del corsario no podía tardar. Foulkner fué llamado un día a palacio.

El americano tenía el espíritu independiente de su raza; pero encontrándose solo en Chile, temía las arbitrariedades y caprichos de García Carrasco a quien conocía muy bien. La negra Rita se fingió enferma y el bostonense acudió al lado de su cama. Allí, en medio de la conversación, la compañera de García Carrasco deslizó sus noticias sobre la llegada de la fragata contrabandista y terminó felicitando al médico por el provecho que iría a realizar. El pobre extranjero vió relucir de codicia los ojos de la negra, perdió la serenidad al verse descubierto, y, en vez negar, lo que

por otra parte habría sido inútil, le ofreció un reloj con cadena de oro sacado de la parte de comisión que él obtuviera. Pero la hábil llavera y confidente del gobierno le aconsejó que lo contara todo al gobernador mismo para evitarse dificultades.

Durante dos horas Foulkner sufrió un interrogatorio minucioso del gobernador y de Seguí, y por miedo a ese y otros bandidos que creyó combinados en su contra, consintió de asociarse para un comiso del barco. El pobre Bunker había sido vendido; y aunque se prometió por fórmula dejarlo con vida ¿sería posible hacerlo? El corsario, ¿abandonaría su fragata y su riqueza, sin combatir hasta la muerte?

De todo esto Anita comenzó a sentir en el alma la sospecha. Una inquietud lejana vino poco a poco a asartarla de cerca, a estrecharla y a ahogarla más tarde. ¿Podía desconfiar de su tío? ¿Por qué no hablaba ya del amigo y, por el contrario, impedía que ella hiciese recuerdos del aventurero rubio y de ojos azules

Los Conspiradores

La fragata navegaba, navegaba rumbo al norte. Su capitán ignoraba todo lo que a su espalda ocurría en el centro de ese país, cuyas costas áridas le hablaban del oro, de la plata y del cobre que debía ser precio de las ricas mercaderías traídas de Inglaterra.

En su camarote examinaba las largas hojas de papel en que estaban minuciosamente detalladas las lámparas, sederías, géneros, azúcares, vidrios y espejos, chapas de seguridad, cerrojos, cadenas, jarcias, paños, encajes, peinetas de carey, relojes de repetición, fusiles y pistolas, puñales, perlas, libros y esencias. Había allí más de ochenta mil libras esterlinas de segura venta cambiables por oro acuñado, y barras de plata y cobre que le darían otra utilidad magnífica en su venta en Europa. El corsario era hombre aventurero, esforzado y en alto grado codicioso. Había traído ya varios cargamentos realizando siempre pingüe utilidad y esta vez había obtenido de los comerciantes ingleses, mucho mayor crédito y esperaba realizar su última ganancia. Anita había producido en su alma efecto imborrable, y había separado de las joyas un pequeño marco con una fila de perlas engastadas, donde colocó una miniatura de su madre, para enviárselo a Santiago.

En la calma tranquila de esos días, Bunker apoyado en la borda oía los cantos de los marineros y soñaba con otra vida semejante a la de su infancia, lejos del mar, en medio de un bosque, fundador de una familia en un país nuevo, lleno de riqueza, probablemente rey de una región conquistada para el rey de Inglaterra.

Esa misma noche Anita soñaba con su rubio amado y veía su fragata correr, viento en popa al fulgor de la luna, tras una goleta cargada de oro. Y no se equivocaba, porque el "Escorpión" tomaba en esos mismos momentos un barco español, apresaba el cargamento y exigía un rescate por el casco y el velamen que volvían a poder de su capitán Iglesias.

Prosiguiendo su aprendizaje de bordados, la niña frecuentaba continuamente la casa de las amigas del gobernador. Era una familia compuesta de cinco hermanas: la mayor, viuda de un capitán muerto en la frontera y las otras solteronas ya, a excepción de la menor contemporánea de Anita. Se trataba de una familia de costumbres originales, muy diversas por cierto de aquellas que la educación y un espíritu refinidado, imponía a la sobrina del médico. En la mañana, las cinco mujeres oían misa devotamente y platicaban con religiosas que las protegían, encargándoles reparaciones de ornamentos sagrados o trabajos del mismo género. En seguida, agrupadas en una gran sala, con ventanas a la calle solitaria, con el cabello desgreñado y los peores y más viejos vestidos, se entregaban febrilmente a la tarea. Jamás se arreglaba esa sala y el piso, mal cubierto por una estera de burdo tejido de totora que los pies iban desmenuzando poco a poco, ostentaba un cúmulo de hilachas, puntas de trapos, trozos inútiles de terciopelo o seda, huinchas, hilos de todos colores, bastidores rotos, mil detalles del oficio. Las sillas y mesas estaban repletas de casullas, estolas, albas, encajes viejos, capas de coro bordadas con pedrería y hasta vestidos de baile que también se encargaban de remendar o deshacer. En un rincón una virgen del Carmen, primorosamente vestida con las sobras de sus trabajos, atestiguaba no sólo la devoción de la familia Menares, sino también la prolijidad del trabajo de los cincuenta ágiles y largos dedos que no paraban durante medio día en la tarea que les daba el pan. A eso de las cinco de la tarde, las Menares se peinaban, vestían otro traje y se llenaban el rostro de albayalde y carmín. Esperaban entonces las visitas, entre las cuales no faltaba la del gobernador a lo menos dos veces por semana. Anita no conocía este segundo aspecto de la vida de sus amigas. Las Menares no tenían relaciones y les había creado la compañía mediocre que frecuentaba su casa una fama mucho peor que la merecida. Porque las niñas tenían cierto recato; a lo menos lo entendían a su manera. Ninguna de sus amistades llegaba allí conduciendo sus mujeres o hermanas y debían comprender que no les guardaban las debidas consideraciones, si ésto les hubiera importado algo o hubieran entendido las primeras letras de los buenos hábitos sociales.

Allí supo la niña que en palacio se conocía la misteriosa llegada de la fragata y puso atento oído a todos los rumores. El gobernador había sido largo en promesas con las Menares en caso de que el golpe diera buen provecho como lo esperaba. Comenzó entonces a comprender que se trataba de una empresa alevosa para robar y asesinar a Bunker y que, seguramente, su tío hacía parte de la combinación. No podía aguardar más tiempo ni perderlo en investigaciones con el viejo, que guardaba desde hacía días gran reserva sobre sus idas y venidas.

Como buena americana se puso resueltamente a la obra. Una noche se encerró en su habitación y escribió una larga carta a un caballero inglés del norte, al señor Jorge Edwards, médico que residía en la Serena y a quien había conocido en dos ocasiones. Se trataba de un hombre bueno y caballeroso y la niña confiaba a él el aviso que debía advertir a Bunker de los peligros que corría si volvía a presentarse en un puerto del sur. Al mismo tiempo envió dos líneas al capitán y las confió al mismo Edwards.

Entretanto, los días corrían y habían florecido ya los almendros en la ciudad y sus alrededores. El 25 de septiembre debía llegar de nuevo la fragata "Escorpión" a Topocalma para recibir noticias de las ventas ajustadas por el comerciante infiel y de las condiciones de pago. La niña no

El capitán Bunker divisa desde cubierta la luz de una fogata en tierra

fué invitada a concurrir a la nueva cita y guardó absoluta reserva del paso que había dado. La presencia en su casa, en torno suyo, de ese hombre a cuyo lado había vivido siempre considerándolo como padre, se le hacía ahora intolerable. Celebró, pues, su partida, segura de que sus cartas habían prevenido a lo menos el riesgo, pues en esos mismos días recibió recados de Edwards, enviados por medio de un agente en que le decía que "el amigo estaba impuesto". "El amigo", era el término convenido para señalar a Bunker.

La segunda entrevista de Topocalma se celebró, como era natural, sin la cordialidad de la anterior. Bunker recibió a bordo al traidor y a sus amigos y comenzó por increparles su conducta. Como éstos no comprendieran o afectaran no comprender una palabra de lo hablado, Bunker mostró la carta de D. Jorge Edwards y declaró su nombre.

—¡Es una impostura!—exclamó Foulkner.

—Don Jorge se ha dejado sorprender, agregó otro de los socios.

—Mientras yo he trabajado para colocar la mercadería resguardando sus intereses, —volvió a decir el primero,—la calumnia viene a poner en duda mi lealtad.

—Impóngase Ud., capitán, de esta carta, dijo el médico, y verá usted cómo he trabajado en su ausencia.

—Puede usted tomar desde luego las garantías que quiera... o partir con uno de nosotros,—interrumpió un tercero con uno de esos elementales golpes de audacia que sirven para engañar a los hombres crédulos.

Entretanto Bunker leía la carta atentamente y su fisonomía parecía cambiar. La firma significaba mucho en Chile para que el capitán se mostrara indiferente. Al pie de terminantes líneas aceptando la compra de todo el cargamento se leía una rúbrica conocida: **El Marqués de Larraín.**

—En todo caso, exclamó el capitán,—sépanse ustedes que estoy dispuesto a colgar en mi fragata al primero que intente hacerme la menor violencia. ¿Dónde está el mayordomo del señor Marqués?

Un español le fué presentado en el acto; era Seguí, que tomaba el nombre de Pedro Sánchez y mostraba poderes para firmar un compromiso de compra de las mercaderías pagaderas en dinero amonedado y en barras de cobre. Sería conveniente para mayor seguridad, según dijeron todos, que la operación se efectuara en Pichidangui, algunos días más tarde, para estar a cubierto de cualquier sorpresa.

—Espero que el señor Marqués vaya en persona,—repuso Bunker,—de otra manera no desembarcaré las mercaderías.

Y así quedó convenido para el 13 de octubre en el puerto indicado.

La niña oyó contar, al regreso de su tío, la historia de la carta de Edwards y quedó perfectamente tranquila respecto de la operación. Bunker era un valiente a toda prueba. Conocía historias extraordinarias de sus campañas de corso, de sus peleas con bandidos, piratas, indios y enemigos, ¿podía por un momento suponerse que fuera a caer en una intriga? ¡Caro costaría el intento a los que se habían propuesto capturar la fragata como fácil presa! Y, pasando a ese optimismo ciego de los que esperan, concluyó por creer que no se había tratado sino de una excesiva suspicacia de su parte.

Entretanto los asociados en el negocio de la "Escorpión", trasladaban a Pichidangui algunos materiales de la infame celada. Mientras el cabildo de Santiago, en vista de los males que traía a España la guerra de Europa, tomaba de prisa medidas extraordinarias para ahorrar dinero, adiestrar tropas, suprimir partidas de gastos necesarias y ofrecerlas al rey por intermedio de su gobernador, éste hacía llevar de arcas fiscales al puerto de la entrevista, sumas de dinero y barras de cobre para simular la existencia de los caudales necesarios para la negociación. Medina y Echeverría, dos de los socios, se encargaban por su parte de conducir una partida de marineros armados de Valparaíso, para apresar al capitán y a sus compañeros y proceder a la captura de la fragata.

El 13 de octubre, con una mañana tibia y sonriente, el barco entró con sus velas desplegadas a Pichidangui. Parecía una blanca paloma cayendo a una caverna obscura y tenebrosa. Junto con divisar Bunker las señales convenidas, envió un bote a tierra y en él se embarcaron todos los socios. Uno de los que llamaba más entre ellos la atención de cualquier testigo ocasional, habría sido el Marqués de Larraín. Bunker lo descubrió inmediatamente por la compostura y dignidad de sus maneras, la corrección de su traje y la cruz de la orden de Santiago que llevaba al cuello. Bunker no tenía malicia alguna y al ver la noble figura del patricio, no pensó jamás que pudiera tratarse de una miserable representación: un español de Santiago llamado Pedro Arrué había consentido en fingir en esos momentos, mediante una participación en la presa, el papel del conocido personaje del reino de Chile.

Bunker recibió con una profunda inclinación al engreído español. Este se impuso allí con una mirada de conocedor de la preciosa carga que llenaba las bodegas y otros departamentos de la fragata y luego, después de ratificar todo lo convenido por su mayordomo, se quejó del malestar que le producía el balance de la embarcación y bajó a tierra acompañado por el capitán.

El marqués de Larrain

Había abandonado ya éste todos sus temores y se dejaba agasajar por la renombrada hospitalidad española.

—Vuelva usted mañana,—dijo el caballero,—y podremos comenzar ya a ocuparnos de la transacción.

Desde ese momento el capitán desembarcó todos los días y fué a dormir en la noche a bordo hasta que, viendo la lentitud de la operación, resolvió descender de noche a tierra. El alojamiento era el que ofrecía una casa colonial de campo, con corredor exterior, como todas las que hemos visto en las viejas haciendas. Allí

La muerte del capitán Bunker

conversaba el corsario con los comerciantes, repasaba los inventarios y se alistaban todos los documentos para la venta.

La luna había venido a derramar en la costa esa suave y poética melancolía de las noches primaverales de Chile a orillas del mar. Desde su ventana misma, podía Bunker ver, bajo el destello de este largo crepúsculo de octubre, un montón de barras de cobre que hablaba de la riqueza del país y le prometía volver a su tierra con un rico cargamento. Durmióse todo el mundo y el capitán con todos; pero a eso de media noche el ruido de una pendencia llegó a sus oídos inquietándolo. Se trataba de prestar auxilio a un hombre atacado y salió violentamente para imponerse de lo que ocurría. Una sombra se arrastró tras él y le clavó un puñal en la espalda. El marino cayó de boca y no se movió más.

Todo había sido rápido; pero los tripulantes de la fragata que estaban en tierra acudían de todos lados animosamente: uno a uno fueron reuniéndose con su jefe en una misma alevosa muerte.

Al día siguiente, mientras se arreglaba la tripulación de la fragata capturada y se arrojaban al mar los cadáveres para borrar la huella del crimen, los socios partieron de prisa para ganar sus casas y despistar más tarde el rumor o las acusaciones que podían perseguirlos. En el camino, en un paradero a diez horas de Pichidangui, se detuvieron por primera vez en una posada de arrieros. En el corral, una mujer asaba un costillar de cordero al fuego y los misteriosos viajeros, muertos de hambre y de terror, pidiéronle una parte, bien pagada en onzas de oro. Una sirvienta que presenciaba la escena dijo entonces, con esa curiosa adivinación y buen sentido de nuestro pueblo:—"No me olvidaré de las caras de estos comedores del costillar."

Los meses pasaron. Eran los últimos días de un régimen que se desmoronaba y todo parecía marchar con rapidez a su fin. La noticia de la captura de la fragata "Escorpión" se había difundido y el Marqués de Larraín, enfurecido al saber que se había tomado su nombre intachable para un crimen, se presentó a la audiencia para que se probara que él no había tenido nada que hacer con los hechos de Pichidangui y envió todavía una respetuosa y altiva carta al almirante de la escuadra británica de Río de Janeiro, protestando como caballero y español de los actos cometidos con un barco de Inglaterra, nación con la cual España acababa de pactar una alianza.

Durante mucho tiempo se tramitó este proceso: el gobernador enviando informes al rey sobre la valiente captura de la "Escorpión" y dificultando en Chile la marcha de la investigación; y Larraín y otros vecinos persiguiendo con paciencia el nombre de los cómplices. Más de uno se supo por los mismos tripulantes ingleses

que fueron hechos prisioneros y puestos más tarde en libertad y **los escorpionistas** eran señalados en la calle. La mujer que estaba en la posada del camino decía cada vez que veía en Santiago a alguno de los asociados:

—Este fué uno de los que comió del costillar...

Foulkner había quedado herido por defender al capitán, pues no creyó que iban a asesinarlo. Se dice que aún intentó el año 23 una defensa de sus actos.

En cuanto a su sobrina nadie supo de ella y hay quienes creen todavía que una loca inglesa que se paseaba por las calles desgreñada y andrajosa allá por el año 40, era la misma joven y desgraciada prometida de Bunker.

J. D. G.

Una visita a la Tumba de Daniel Riquelme

Amiga querida:

Valparaíso.

Cumplí lo que me pides, vaya, no necesitabas rubricarte para yo hacerlo!

Tú sabes que casi te conozco... Sabes también, que he tratado de penetrar esos rinconcitos y laberintos de tu alma... aunque muy subterráneos has querido ocultármelos, pero he llegado a ellos; más por intuición: pues sabiendo que eres de **estirpe amativa**... ¿cómo querer presentarte ante mí sólo con el seudónimo de "amiga" de él?

Con lánguida pena, lánguida, pero al mismo tiempo poética y de risueños recuerdos, fué la visita que sola y silenciosamente, hice a tu nombre al amigo.

"Daniel Riquelme"...

Su tumba! La tumba de Daniel,—como tú me dices.

—Visítala, estúdiala, oye qué susurran las flores que la acompañan.

Agregas:

—"Observa si ahí ha llegado la mano cariñosa a devolver las flores que él, con su galana pluma nos dedicara"....

Mezcladas con las frescas y reales que él, personalmente, cultivaba en el rincón misterioso de su hogar... mezcladas con aquellos hermosos helechos arreglados con gentil arte, bajo cobertores, que le daban una sombra poética y que él sabía admirar y atender como a seres queridos.... Para él, cada una de sus plantas era un recuerdo, y creo reía entre ellas oyéndoles su lenguaje; y gozándose, pues en su delicadeza de sentimientos, sabía que la violeta hablaba muy bajito... Que las rosas orgullosas; para él dejaban sus misterios y eran amigas muy sinceras. Amigas sin secretos. Verdadero nido de poeta...! ¡Qué pena honda tuve!

Su tumba no estaba cerrada aún... No tenía inscripción alguna. ¡Cuánto me costó llegar a ella...!

No había flores llevadas para él...! Sólo quedaron en su compañía el manojo de violetas, que a tu nombre le ofrecí...

En un final de avenida está su tumba; es de piedra rosada, sencilla, elegante y triste... rodeada de un jardincito que llegada la primavera, siempre tendrá flores... Sus amigas predilectas... Estas jamás le dieron un engaño.

Ahí vínoseme a la memoria, la madre de Riquelme, la señora Bruna Venegas de Riquelme.

Tú recordarás a "misiá Brunita", como le decíamos en el colegio. ¡Qué mujer más amable y bondadosa...!

De hermosa figura, de talento y discreción, fué la que con su cariño, que rayaba en adoración, formó el corazón de Daniel, haciéndolo sensible a todo lo bello, grande y generoso.

Sus hijos Ernesto y Eduardo, fueron también de gran valía; ambos marinos, muertos en prematura edad.

Ernesto, tú sabes, fué un héroe!

Me pregunté ahí: Los restos de esta madre, ¿dónde reposarán? ¡Qué rasgo más hermoso si los reunieran. ¿Los amigos depositarios de su última voluntad no querrían completar esta acción?

Qué fácil sería averiguar dónde están ellos y colocarlos juntos, para que ahí duerman el sueño de donde no se vuelve... del que no se despierta...

Si ellos se imponen de esta idea, nacida sin interés alguno, estoy segura que la llevarían a cabo.

—Ojalá, mi amiga, de esta visita hecha por ti, pudiéramos honrar la memoria de misiá Brunita.

Gran rato pasé ahí evocando recuerdos, y entornando los ojos, vi desfilar en mi memoria los mil agrados pasados en su compañía. Aquel chiste sin igual, que modulaban sus labios con un acento entre Z y H aspirada, que le daba un sabor peculiarmente gracioso. Recordé las mil frases especialmente suyas; esos dichos únicos, cortados, que eran los aereolitos que daban el brillo a su charla exquisita y nunca olvidada.

Recordé también aquel paseo que tú tendrás más presente que yo. Aquel a A... Cómo olvidarlo! Tú, la picaruela que ahí hacía el papel de indiferente.

Y creo que eras en verdad la que lo tenía más preocupado, pues imposible casi que él no sintiera la simpatía con que le escuchabas y comprendías.

No olvidarás esa tarde magnífica, en que él hizo derroche de agudeza. Me recuerdo que el Peruanito aquel que formaba parte de los invitados, dándose facha petulante, le pregunta: "esta laguna, ¿quién la hizo?" El lo mira fríamente y le contesta: "el mismo que hizo la cordillera de los Andes, mi amigo". Respuesta sólo de Inocencio Conchalí, que hizo reir francamente a todos, menos al peruanito, que se decía: "¿quién habrá hecho esta famosa cordillera?"

Créeme que mientras hacía la visita, tenía para ti un pelambre mental... ¿Por qué esquivaste su cariño? ¿Por qué no fuiste tú la depositaria de sus **ternuras íntimas**?... ¿Por qué, sabiendo que se extinguía su débil naturaleza, no fuiste su apoyo?

Así su gran soledad... Esa última en país extraño. ¡Cuán grata pudiste tú hacérsela...!

La sutileza de su espíritu, qué de exquisitos sentimientos no tendría, sintiéndose morir en tierra extraña...! ¡Y cuán dulces y embriagadores hubieran sido, entre la mujer que admira y el enfermo adorado!

Esos silencios perfumados, como él decía: "Entre los que se quieren hay tanto que decirse que se opta por callar".

Ahora al recibir tu cartita he tenido la visión de la verdad. Ya no querrás engañarme! Confiésamelo; así entre ruborizada, como lo haces al pedirme que visite su tumba, ya que a ti no te es posible hacerlo y no tienes libertad para eso...

Dime francamente que fuiste tú la mano delicada y simpática, la primera que al llegar sus restos a ese puerto, supo darle el saludo más cariñoso para él, "flores-violetas". "La incógnita"—de que habló la prensa; esa que supo tener cubierta su urna con flores frescas... desde el momento en que sus restos pisaron tierra patria... La que guardó modestia misteriosa! hasta esconder las flores entre el burdo féretro que cubría su urna.

Tus flores eran para él...! No querías que ojos indolentes mancharan la exquisita delicadeza con que se las ofrecías..

Si los muertos hablaran! Si esos restos ya en transparencias de cenizas, pudieran decir lo que sentían...!

¡Qué frases más hermosas y tiernas nos dirían...! Sus restos conmovidos, de seguro, qué dulzura de frases para ti no tendrían.

Haber tenido la felicidad a su alcance y no haberla sentido! Ni sospechado siquiera.

Qué horrible sufrimiento para las almas idas, si les es dado sentir, comprender los yerros tenidos en la tierra...!

Qué placer he tenido al descubrirte, qué vivo y nuevo afecto voy a tener por ti...! ese corazón sentía como el tuyo!

En verdad, qué doloroso es para mí no haberte adivinado antes; así, quién sabe, si yo hubiese sido la amiga "indiscreta"...

Y entonces **francamente** tú lo habrías amado... El habría comprendido lo que dice el poeta:

"Se puede amar muy grandemente sin besos ni sonrisas"; muchas veces hace el

silencio esos amores verdaderamente sublimes!

Amor correspondido! ¡Qué suprema dicha! Pero amar en la ignorancia, es decir, sin ser correspondido, es de un amargor tal...! Sólo soportable para las almas muy bien templadas....

Cuántas veces se llega así casi a los confines de la razón...! Sólo una gran virtud da el triunfo a la razón...! Y se puede vivir, si esto es vivir...!

Dos años que se fué. Pronto ya llegará esta fecha... Ese día mi recuerdo todo será para ti; y mis plegarias todas para él...;

Siempre tuya.

Viole pallidine.

Me firmaré como él sabía decirme tantas veces,

VIOLETA BLANCA.

Santiago, julio de 1914.

Un Submarino chileno

A mediados de año se ensayaba en las costas de Seattle, Estados Unidos, el primer submarino del tipo Holland, construído para la marina chilena. En el grabado aparece el pequeño y sólido buque surcando la superficie del mar a toda máquina.

Esta nueva fuerza de la marina moderna vendrá a incorporarse a nuestra escuadra como un auxiliar indispensable y el guardián más terrible de nuestras costas. Con marinos audaces y penetrados de su deber de sacrificio, esas ligeras embarcaciones pueden tener a prudente distancia a los buques más poderosos. Son ellas verdaderas minas móviles, que llevan bajo el agua su carga explosiva y van al encuentro del enemigo.

La ley de la guerra nos ha impuesto entre otras necesidades la de no quedarnos atrás en la adquisición de los más modernos elementos de combate, si no queremos ponernos en condición desfavorable ante países más débiles. Los submarinos chilenos vendrán a ofrecer a la reconocida intrepidez de nuestros soldados del mar, ocasiones brillantes para lucirse tanto en la paz como en caso de conflicto.

Los primeros actores de la tragedia europea

El Rey Jorge V.—Presidente Poincaré.—El Rey Alberto de Bélgica

La suerte está echada, y el mundo aguarda ansioso los resultados, más dudosos cada día, sobre a quién corresponderá la victoria en esta guerra a muerte por la conquista de la hegemonía política y de los mercados del mundo. La imaginación nos hace volver los ojos a las grandes luchas de la antigüedad; y Roma y Cartago se perfilan en el recuerdo con su duelo a muerte por la supremacía de su época.

Los reyes de las naciones en guerra se han apresurado a asumir un papel activo en la contienda. Emparentados entre sí o ligados por amistad personal más o menos estrecha, han debido seguir dócilmente las inspiraciones de la política nacional y marchar sin miramientos uno contra el otro. Sus tragedias de familia, causa muchas veces de estos conflictos, se desvanecen hoy ante el pavoroso conflicto que amenaza anegar en sangre los campos ayer adornados por la obra del cultivo o del arte.

El archiduque Rodolf.—Juan Orth.—El Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota

Guillermo II
Francisco José de Austria

El Czar Nicolás de Rusia
Víctor Manuel de Italia

PIO X

¡El Papa ha muerto!

No se trata desgraciadamente de aquella exclamación afortunadísima del pícaro Alfonso Daudet inventada para asustar a su santa madre y eludir el castigo después de un día de holganza bajo el sol bendito de Provenza...

¡El Papa Pío X ha muerto! Esta vez es cierto. Y miles de almas puras como aquella que fué la madre de Daudet, se acongojan a estas horas al sonido fatídico de las palabras solemnes.

S. S. Pío X.

S. S. Pío X fué uno de los Pontífices católicos más queridos por los fieles de su iglesia, y con razón.

Fué sencillo, bueno, y enérgico. Unía al supremo don de la inteligencia el don más preciado de la salud del cuerpo y del espíritu.

La historia de la infancia de José Sarto es para los católicos uno de los ejemplos más edificantes de humildad cristiana; su vida lo hace digno de entrar al sacro círculo de los que la Iglesia designa con el nombre de Santos.

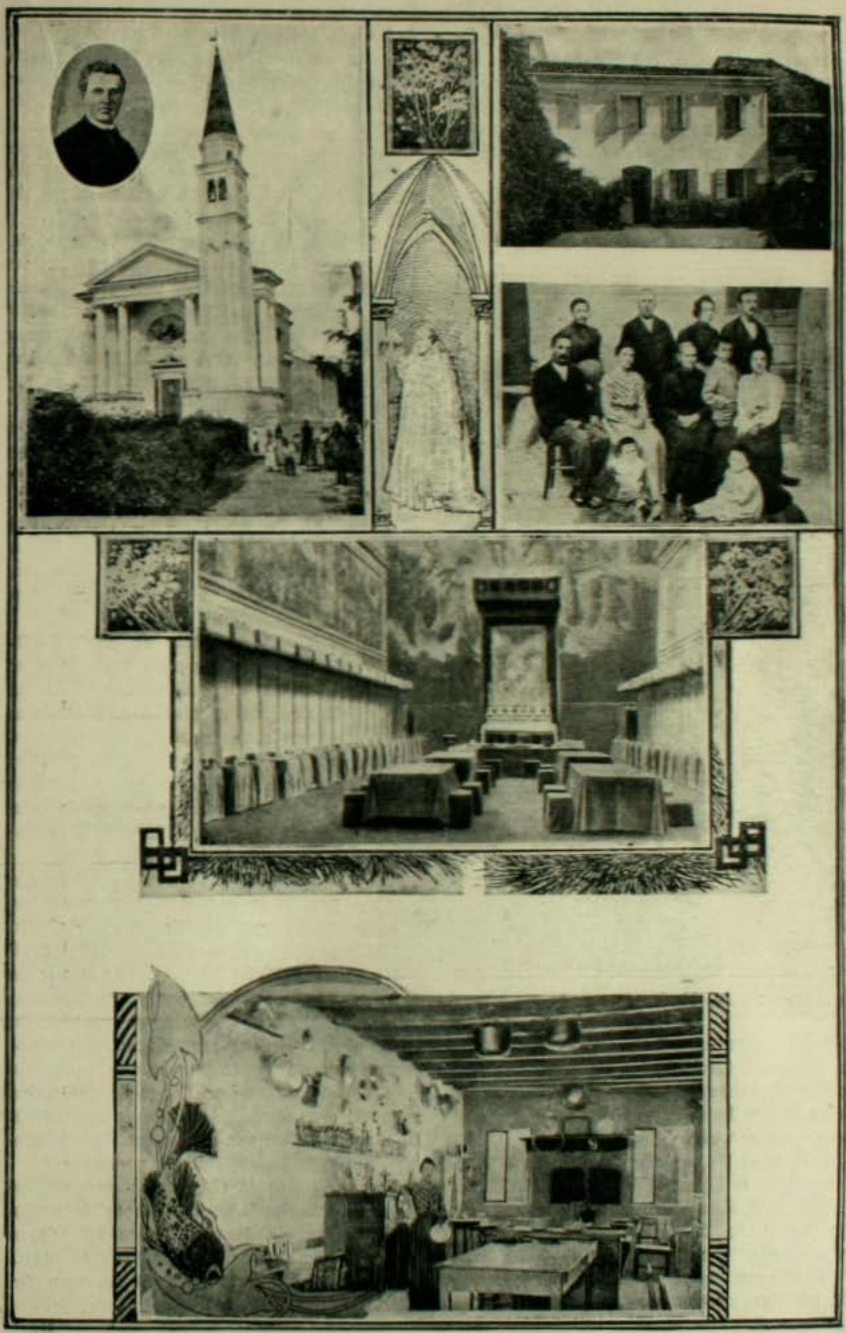
Nació en la pequeña aldea de Riese, el 2 de julio de 1835. Sus padres fueron los campesinos venecianos Juan Bautista Sarto y Margarita Sansoni; plebeyos, pobres, humildísimos, es verdad; pero honrados y piadosos: es el mejor timbre de nobleza que exhibió toda la vida el que más tarde debía ocupar el más alto sitial de la Iglesia Católica.

Sus primeros estudios los hizo en la escuela primaria parroquial del vecino pueblo de Castelfranco y es fama que el pequeño José Sarto se levantaba todas las mañanas al rayar el alba, preparaba su frugal desayuno y partía a la escuela con los pies descalzos y los zapatos a la espalda para no estropearlos. Al llegar al colegio se calzaba.

El verdadero padre espiritual de José Sarto fué el pobre cura de Riese, Tito Fresarino, quien formó su corazón e hizo que su protegido dirigiese la vista hacia arriba, el sitio donde las mezquindades de los hombres se desvanecen.

Es digno de observar que este hombre que ha tenido tantas influencias en su vida, nunca las haya empleado para favorecer a sus parientes.

De sus seis hermanos, dos lo han acompañado toda la vida ayudándolo en los quehaceres más humildes de la casa; una, Lucía Sarto, es casada con el Sacristán de Salzano; otra, Teresa Sarto, casada con un hospedero de apellido Parolin, continúa hasta hoy atendiendo con alegría a los huéspedes, secundada por su hija Amalia, sobrina del Papa.



El cura José Sarto y la iglesia de Tómbol.—La casa paterna y la familia de Pío X.—Los departamentos del Cónclave en el Vaticano.—La hostería de la hermana de Pío X.

Después de hacer sus estudios en el Seminario de Mantua, fué ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 1858 y celebra su primera misa en la iglesia de Castelfranco.

Después de nueve años de permanencia en Tamboio recibe el nombramiento de cura de Salzano en 1867. En aquel tiempo se distingue por una piadosa admiración por San Vicente de Paul de quien procura seguir las huellas, viviendo para los pobres y protegiendo a los enfermos. Para incrementar los fondos del hospital de Salzano, fundado por él, vende el coche y el caballo de la parroquia y hubiera vendido algo más si se lo hubiesen permitido.

El Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Pio X

A la edad de 40 años era todavía José Sarto cura de Salzano; hasta que Monseñor Zinelli, obispo de Treviso, al saber que había empeñado hasta el anillo parroquial para conseguir un préstamo de 2,500 liras para mejorar su hospital, comprendiendo los grandes méritos que se ocultaban bajo la corteza sencilla de aquel cura, lo nombra canónigo de la Catedral de Treviso, "para evitar—le dice—la posibilidad de que despoje por completo la parroquia de Salzano".

José Sarto responde suplicando que le dejen su jardín, sus flores, sus pobres. No ambiciona otra cosa que continuar en su humilde tarea de cura aldeano.

Cualquiera al verlo tan modesto lo habría creído un cura ignorante; sin embargo, maravilla por sus conocimientos profundos en su cátedra de Teología en el gran Seminario y se convierte en el brazo derecho del obispo y en el hombre indispensable para el colegio sacerdotal, administrándolo con prudencia y ejerciendo además de su cátedra de Teología, las de Arte e Historia.

A la muerte del Obispo fué nombrado Vicario-Capitular hasta la llegada del nuevo mandatario, y en 1884, se le designaba para el Obispado de Mantua.

El 12 de junio de 1893 S. S. León XIII lo nombró cardenal con el título de San Bernardo de las Termas. Tres días después le encarga el patriarcado de Venecia, uno de los puestos más difíciles por las complicaciones diplomáticas en que venía envuelta la iglesia romana y el ministro de relaciones de Italia, Crispi.

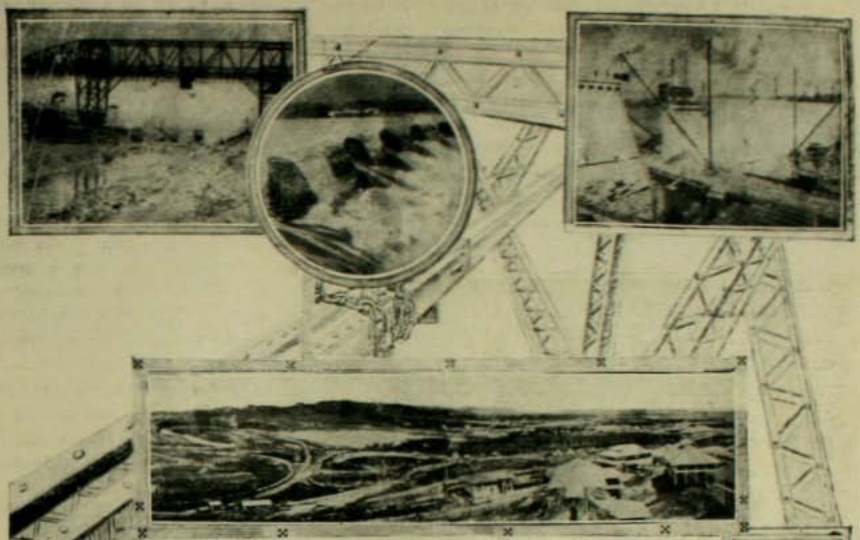
Su actuación como pastor Supremo es conocida por todos los que hayan seguido en la prensa la política europea de los últimos 10 años. El hecho más culminante de su pontificado, la ruptura diplomática entre el gobierno francés y la Santa Sede, lo encontró digno y sereno, seguro desde su alto puesto que contra la roca de San Pedro han de quebrarse todas las pasajeras tempestades sin que la Iglesia se conmueva, en sus cimientos. Tal, al menos, debe de haber sido su creencia.

Un solo dolor lo abrumaba: encontrarse lejos de Venecia, lejos de su humilde casita de Riese, en donde una madre veló sobre la cuna humilde sus puros sueños de niño.

¡El Papa ha muerto! Toda la gran familia católica está de duelo.

S.

Inauguración del Canal de Panamá



El 15 del mes que termina fué inaugurado preparativamente el tránsito de vapores por el canal. La gigantesca empresa ha sido entregada al beneficio del comercio y de la civilización. El vapor "Ancón", de la "Panamá Railroad and Stemship y Co.", con la comitiva oficial a bordo, fué el que inauguró el canal de Panamá. El capitán Bodman, comandante de dicha nave, describiendo el paso al través del canal, dijo:

"La navegación no pudo haberse hecho en mejores condiciones, ni aún si el canal hubiese estado abierto al tráfico durante mil años. El vapor "Ancón" partió del puerto de Cristóbal, en la bahía de Colón. A las siete de la mañana comenzó el completo recorrido del canal hasta llegar a aguas profundas en la bahía de Panamá, y alcanzó la última boya, más o menos a las cuatro de la tarde."

Entre los invitados se encontraban el Presidente de la República de Panamá, señor Belisario Porras y algunos funcionarios del Gobierno.

COMPAÑIA GUERRERO-MENDOZA

El elenco y el repertorio

María Guerrero

La compañía que este año trae al Municipal María Guerrero, es la más considerable, la más importante como número y mérito de los actores, de todas las compañías españolas que han venido a Chile. En ella figuran como actores de fila, el eminente artista Emilio Thuiller, cuyo talento, tantas veces probado entre nosotros cuando vino como director de compañía, nos excusa de todo elogio; Pedro Codina, que también hizo campañas honorables como segundo de Borrás, y que hoy es la esperanza más legítima de los jóvenes artistas españoles; Mariano Díaz de Mendoza, cuya reciente temporada en el Municipal aún está en la memoria de todos; Ernesto Vilches, actor cómico culto, estudioso, de grán intensidad de expresión, que trabajó en Chile con la compañía del Teatro de la Comedia, de Madrid; el correcto Cirera, el veterano Carsi, el elegante Medrano, y el graciosísimo Mesejo, que, al pasar del género lírico al dramático no ha perdido ninguna de las características de su talento cómico que le conquistaron tan justa popularidad.

Entre las actrices de la compañía Guerrero-Mendoza, en su mayoría desconocidas para nosotros, pero que llegan precedidas de justa fama, viene la primera dama joven de España, María Fernanda Ladrón de Guevara, que todavía no ha cumplido dieciocho años y ya ha merecido los más altos elogios del descontentadizo crítico del "Journal des Debats", de París; Avelina Torres, de talento tan dúctil, de tal fuerza de expresión, de caracterización tan acertada, que si hubiéramos de designar puestos por orden de mérito, no vacilaríamos en colocarle inmediatamente después de María Guerrero; Carmen Jiménez, que, discípula preferida de Fernando Díaz de Mendoza, en pocos años ha conquistado puesto envidiable en la escena española; Carmela Ruiz Moragas, otra niña que da sus primeros pasos en el teatro, con la seguridad y firmeza de actriz veterana; la hermosísima Elena Salvador; la talentosa María Cancio, la primera de las características; las encantadoras Irene López Heredia, Sofía Riquelme, María Hermoso, que reunen prestigios de la juventud y de la hermosura. Y todos estos elementos valiosos saben doblegar sus talentos personales a la disciplina impuesta por la dirección de Díaz de Mendoza, para alcanzar la perfec-

Irene López-Heredia

Carmen Ruiz

Elena Salvador.—María Fernández.—Carmen Jiménez

ción de los conjuntos, que es la característica de esta compañía, la primera de España, y que puede competir dignamente con las primeras del mundo en su género.

Las quince funciones de abono, prometen ser otros tantos estrenos. Veremos representar "La Malquerida" de Benavente, por la compañía que la estrenara en Madrid; Alcestes, de Pérez Galdós; El Rey Trovador, y "Por los pecados del Rey, de Marquina; "Doña María de Padilla, de Villaespesa; y otras obras nuevas de Martínez Sierra, Linares Rivas, y el repertorio clásico en que María Guerrero se muestra en todo el valer de sus recursos de artista y de "metteur en scene".

Para quince funciones de abono, ofrece su repertorio la compañía Guerrero-Mendoza, quince obras nuevas, de las cuales dos solamente han sido representadas en Santiago por otras compañías.

Las habrá de todos los géneros, desde la primitiva tragedia griega interpretada al gusto moderno por Pérez Galdós, hasta el drama popular contemporáneo representado por "La Malquerida" de Benavente. El poeta émulo de Marquina, el alpujarreño Villaespesa, canta la poesía melancólica de los árabes españoles en su "Alcázar de las perlas".

POR APUESTA

Por
RAFAEL MALUENDA

Ilustraciones de Gordon

Primero había sido por simple curiosidad como abrigaran aquel proyecto, pero más tarde se hizo para los dos muchachos una cuestión de amor propio que se estimularon mutuamente con apuestas en que se jugaban objetos de ínfimo valor que ellos tenían en grande aprecio: el mayor arriesgaba una "nuquera" laboreada con ojetillos de bronce, regalo del padrastro para cuando fuera hombre de "aperos", y sobre la cual el menor tenía puestos los ojillos codiciosos. Por su parte el chico apostaba la gallina moñona, su gallina.

Y representándose mutuamente el valor de lo que apostaban habían concluído por ponerse de acuerdo, firmes en la acariciada idea de realizar la hazaña de montar el potro de la hacienda.

Los días pasaban, dilatando la hora de la prueba; ellos se confiaban proyectos que luego cualquier circunstancia deshacía y las dificultades sólo acrecentaban los bríos de Trile y de Caco.

Sin confiar a nadie su proyecto, cada vez que acompañaban a los regadores se detenían junto a la cerca del potrero a formularse comentarios, mirando pastar al potro allá lejos, junto a los sauces que daban reparo a la piara de yeguas: era una silueta blanca y corpulenta sobre la cual convergían los ojos de los dos muchachos.

—¿No lo habrán montado nunca?—se interrogaba Trile, rascándose la cabeza.

—Sí que lo habrán montado... El Sufla dice que es muy manso: lo rasquetea sin maniarlo.

—La cosa es que...

—¿Los va siempre?

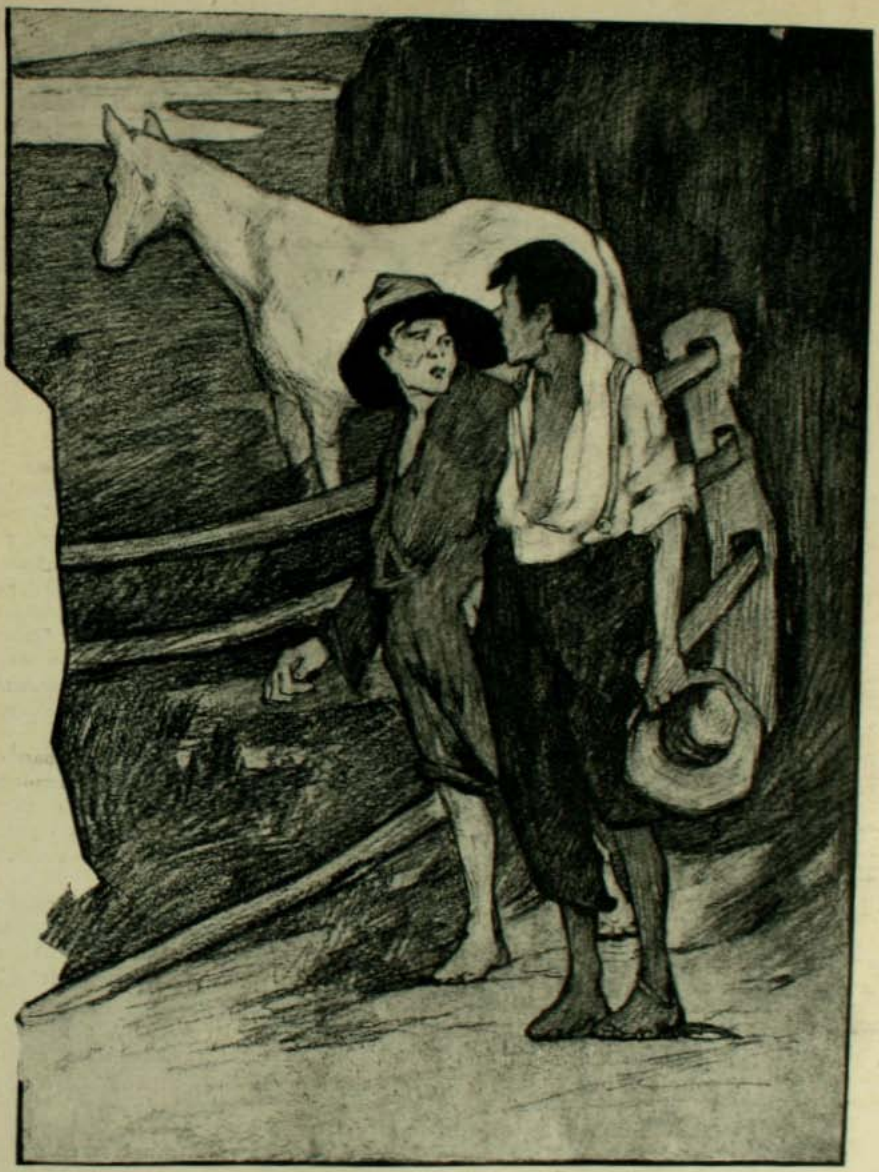
—Me "paralila"... Y no vengamos después con que no.

Y luego echaban a andar sin hablar más del asunto, hasta que a la vuelta hacían otra paradilla muy corta para no ser sorprendidos por los regadores que venían detrás de ellos canturriando.

Por fin, un día sábado por la tarde encontraron que todo se hacía propicio para su aventura: el campañisto había pasado a otro potrero las yeguas, de suerte que durante el domingo el potro iba a estar solo en "El Trumao". Además, como era día de fiesta, los peones no saldrían al trabajo y ellos podrían deslizarse hasta el potrero sin ser vistos para realizar el anhelado proyecto.

El alborozo con que Caco le apuntó al hermano aquellas circunstancias no pare- ovocar en el Trile un igual entusiasmo; pero el menor supo arrancarle el acuerdo, y el viaje quedó decidido para después de las doce. Caco quedó encargado de llevar el lazo, ya que iba a ser el hermano mayor quien primero se arriesgara sobre el animal. Desistieron de llevarse consigo las prendas apostadas, porque si Trile podía muy bien ocultar su nuquera, Caco no era capaz de hacer otro tanto con la gallina.

Durante las primeras horas del domingo hizo sol, pero a las doce el cielo se



"Era una silueta blanca y corpulenta sobre la cual convergían los ojos de los dos muchachos"

cubrió de nubes amenazando lluvia. Los dos muchachos emprendieron el camino por el interior de las cercas, a fin de no ser vistos por los inquilinos. Trile arriesgó una observación:

—¿Y si el patrón?....

Pero ya Caco había saltado el cerco y avanzaba a grandes zancadas hacia el centro del potrero, entre cuya verdura húmeda y reluciente se destacaba la blanca mancha del potro.

Trile lo siguió.

Caco iba desenrollando el lazo; hizo la lazada y la ensayó, borneándola con dificultad por sobre su cabeza. Después formó el rollo y pasó el lazo a su hermano.

—Ya está.

Trile encajó su mano izquierda en el rollo, mientras empuñaba en la diestra la lazada, cuya abertura corrigió para darse comodidad en el momento de arrojarla sobre el animal.

—Bueno. Vamos despacio para que no arranque.

Avanzaron lentamente, parapetándose detrás de las manchas de zarza sobre las cuales apenas emergían las dos cabezas desgreñadas y negras. Caco iba adelante y le cedió el paso al hermano cuando estuvieron a corta distancia del animal.

—Guarda! Andatele por el lado para cuando se vuelva...

El potro irguió en aquel instante la cabeza y al divisar a los muchachos amusgó las orejas.

—Guarda!

Pero antes de que Trile diera impulso a la lazada, el potro partió como una exhalación, lanzando coces y agitando la larga y peinada cola. Trile se volvió decepcionado y dijo:

—No lo vamos a pillar nunca...

—Claro: te digo que le busques el lado... Vamos.

Echaron a andar de nuevo tras el animal que se había detenido al otro extremo del potrero, junto a la cerca. De paso, Caco, recogió una varilla y propuso otro medio más seguro: ya que no los dejaba acercársele, lo mejor era ponerle el lazo de pasada, y sobre todo impedir que el animal volviera atrás desde donde se había detenido, porque si cruzaba el estero, adiós esperanzas de pillarlo.

Pero antes que Trile diera impulso a la lazada...

Trile se había de poner a poca distancia de la cerca, junto a la puerta de trancas del potrero, mientras Caco se lo echaba con la varilla por aquel lado; entonces de pasada, plantarle el lazo!

Así que estuvieron otra vez a una regular distancia del animal, Caco se separó del hermano, recomendándole que arrojara el lazo sin borneo para que el potro no se espantara, mientras él se lo corría por la orilla de la cerca.

La caminata a través del potrero había encendido sus rostros, fatigándolos; pero Caco se mostraba decidido a finiquitar el asunto y las dificultades no hacían más que espolearlo.

Con silbidos suaves acorraló al potro junto a la cerca y cuando estimó que el hermano debía estar listo, lanzó un grito y ahuyentó al animal que partió a todo correr orillando el potrero... Ya iba a cruzar por frente de la puerta tranquera y desde su sitio, Caco, alargaba el cuello sin divisar al hermano. ¿Qué hacía? ¿Qué esperaba?

—Ahora!... Maldito sea!... Se le va a pasar...—murmuró desalentado.

De improviso vió a Trile alzarse de entre la verdura: el potro se paró en seco

y volviéndose, como una exhalación, salvó de un brinco la puerta tranquera.

—Se le fué...

Pero casi al punto Caco oyó un grito desesperado y vió al hermano cruzar por el aire como un proyectil para ir a incrustarse en la puerta de trancas. Despavorido, el muchacho echó a correr sin darse cuenta de lo que había pasado, presintiendo algo extraño que no acertaba a explicarse. Así llegó hasta la tranquera; pero al inclinarse sobre el caído, retrocedió lleno de espanto.

Al pie de las trancas, salpicadas de sangre, el Trile yacía replegado sobre sí mismo, con las ropas desgarradas, como una masa inerte. Al huir el potro lo arrastró sin que el niño pudiera desprender del lazo la muñeca aprisionada por un nudo casual, y luego estrellándolo contra las trancas—en el impulso formidable de la carrera—le había descuajado el brazo, prendido a los tendones del cuello, y se lo llevó al extremo de la cuerda como una pilitrafa sucia y palpitante!...

Por un momento el Caco se quedó mudo, con los dilatados ojos fijos en el muerto. Luego, como si los relinchos del potro en la distancia lo arrancaran de su asombro, echó a correr, gritando:

—Lo mató! Lo mató!...

Y sus alaridos de angustia se esparcieron en el aire frío del potrero.

Chillán, Chile.—Invierno de 1914.

Pero al inclinarse sobre el caído, retrocedió lleno de espanto

La felicidad en la vida modesta

Por ALBERTO EDWARDS

Si se acaba el salitre...

Esta fué hasta ayer la frase favorita de cuantos agoreros fatídicos encierra el territorio de la República. Repetirla hoy parece mala crianza, casi impertinencia. No hay que mencionar la soga en casa del ahorcado.

Si el salitre no no se ha concluído, sufre por lo menos un eclipse total o poco menos. Lo que nos sucede es algo así como una advertencia caritativa y oportuna que el destino nos dirige.

El Club de la Unión, se queda a obscuras a las dos o a las tres de la madrugada (el dato exacto pueden proporcionarlo los trasnochadores), pero pocos minutos antes de las tinieblas definitivas, el mayordomo de servicio apaga las luces por un momento, para que los impertérritos charladores que aún permanecen junto al mesón de la cantina sepan que es hora de recogerse. La guerra europea ha hecho con nosotros lo que el susodicho mayordomo con los socios del Club de la Unión: nos ha dejado momentáneamente a obscuras... ¡Que nos aproveche la advertencia!...

El salitre es nuestro padre y providencia.

Gracias a él podemos adquirir acorazados como no se los merece ni su graciosa Majestad Jorge V, rey de la Gran Bretaña e Irlanda y Emperador de las Indias, y figuramos así que somos una gran potencia.

Gracias a él podemos darnos el lujo, de no cobrar a los ricos contribución alguna... Nos basta con las que pagan los pobres.

Gracias a él podemos construir cuantos ferrocarriles se nos vengan a la imaginación, para transportar en seguida las mercaderías y los pasajeros a mucho menos que el precio de costo.

Gracias a él los madereros, verbigracia, pueden hacerse la ilusión de que el Fisco los proteja en forma de que la madera les produzca tan buenas utilidades cuando nadie construye, como cuando construía todo el mundo.

Gracias a él el país no tiene por qué preocuparse en hacer tratados comerciales con sus vecinos, ni en cultivar con ellos relaciones de amistad para abrirnos nuevos mercados... ¿Qué mejor mercado que el del salitre?

Gracias a la mencionada bendición de Dios, un capitán de ejército gana más que un juez letrado y un capellán castrense más que un arzobispo metropolitano, y a falta de un ejército tenemos dos o tres.

Gracias al salitre, nuestra representación diplomática en el extranjero puede dar delantera a la de los más encopetados imperios del orbe terráqueo.

Por último y sin mencionar otras muchas felicidades públicas y privadas que el salitre nos proporciona, íbamos en camino de gastar para defender aquella suculenta vaca lechera, contra probables malandri-

nes, casi tanto como la mencionada vaca nos produce.

¿Qué nos quedaría si el salitre se acabase?

Un hueso muy duro que roer... la felicidad en la vida modesta.

No es una broma de mal género, porque en verdad eso nos quedaría.

Es cierto que la vida modesta con salitre sería con mucho preferible a la vida modesta sin salitre, pero los hombres estamos construídos de tal suerte, que la economía no la practicamos sino en virtud de la dura necesidad. Pierden, o mejor dicho perdemos el tiempo los que la predicamos. Para el caso, mucho más elocuente es una circular del Banco, que todos los artículos de los periodistas y todos los sermones.

Pero aún cuando, como lo espero, el eclipse del salitre no se prolongue mucho, no serían inoportunas ahora algunas consideraciones sobre un porvenir hipotético sin nitrato de soda.

Yo vengo ahora del Perú, país que tuvo guano y lo hizo sonar, como se dice vulgarmente, pero que ahora de aquellos tiempos sólo conserva las trampas...

Sin embargo, aunque pobres, no están los peruanos tan tristes como acaso aquí los imaginan... Se divierten y en grande... ¿Cómo?... Muy sencillamente; se divierten sin gastar dinero, lo que para dicha de la humanidad, es un problema que en nada se parece al de la cuadratura del círculo.

Es una ciencia, hija de la necesidad, y por eso suele dejar en los que la practican cierto resabio de amargura. Pero el placer, como los guisados, necesita condimento. Por eso los fáciles placeres de los poderosos de la tierra, suelen ser tan insípidos.

La primera observación del forastero en la Ciudad de los Virreyes, es muy consoladora para los que no disponen de muchas libras esterlinas. Nada pierde aquella sociedad en gracia gentil, en distinción, ni en alegría, porque no arroja la casa por la ventana. Muy por el contrario, cuando se la compara con la de Buenos Aires, y aún con la de Santiago en sus días de opulencia, nos hace el efecto de una casa de gran señor, que en la pobreza sabe guardar el decoro, el lado de la churrigueresca mansión de un "parvenu".

La vida social de Lima es muy intensa. Los diarios no dan cuenta, es cierto, de grandes recepciones ni de costosos bailes, pero publican todos los días el nombre de un centenar de señoras que reciben a sus relaciones.

Una taza de te y algunos dulces hacen el gasto, y se baila, y se ríe, y se charla, y se enamora, con tanto entusiasmo y placer como si corriera en ríos el champaña, como si se prodigaran las trufas y el caviar, como si los salones resplandecieran al brillo de la electricidad vertida a raudales.

Una señorita de Santiago, aún de las ricas, sólo puede darse el lujo de una fiesta, el placer de conversar con el pololo y de pelar a las amigas, en buena compañía, a lo sumo una vez al mes. Y para ello el padre ha tenido que sudar el quilo para pagar o no pagar la cuenta del sastre y de la sombrerera, y de las joyas, y el dueño de casa que ofrece el baile o lo que sea, es muy probable que haya debido hipotecar el fundo.

En cambio, la graciosa limeñita pasea su modesto trajecito de día en día y de casa en casa, se divierte mucho más y adquiere un trato social y esa distinción de maneras, que son en ella tradicionales, no porque pueda gastar mucho dinero, sino precisamente porque no puede gastarlo.

En Santiago para pertenecer a la créme del buen tono, se exigen muchos requisitos costosos: automóvil propio, palco en la Opera, un vestido de quinientos pesos para cada ocasión de mostrarse oficialmente, tres o cuatro sombreros de doscientos en invierno y otros tantos en verano, y así sucesivamente.

Allí por el contrario, el dinero y su exhibición fastuosa no son la clave de la estructura social. Por eso quizás parecemos nosotros "siúticos" al lado de los limeños. En las mujeres sobre todo se nota más particularmente el contraste. Ellas "viven" en sociedad, las nuestras sólo "salen" a ella cuando pueden, lo que, dadas las condiciones de la vida en Santiago, tiene que ser muy de tarde en tarde.

Además, en una ciudad como ésta, en que el dinero abre todas las puertas y la

pobreza ha de disimularse como estigma de oprobio, la selección social no puede producirse en buenas condiciones. El más grosero patán eclipsa al más distinguido caballero, y la señorita mejor nacida ha de dejar su puesto en la sociedad a ricachonas sin más antecedentes que los pesos bien o mal adquiridos de sus padres. Esto no puede menos de producir una lamentable relajación de la cultura y del buen tono en el gran mundo.

En Santiago la presentación de una niña en sociedad, suele ser un quebradero de cabeza para los padres de familia. La moda requiere que si la "pollita" tiene fortuna y situación o quiere aparentar tenerlas, el primer baile a que asista debe ser en su propia casa. Así nuestras lindísimas copetudas suelen pasar los mejores años de su adolescencia sin saber lo que es una tertulia.

En Lima no se conocen tan ridículas exigencias. Tuve que visitar a un caballero cuya casa es de las más opulentas de la capital del Perú. Casualmente, se celebraba ese día el santo de una de sus hijas, dos lindísimas muchachas de trece a catorce años. Pude, gracias a esa circunstancia, ser testigo de la más simpática de las tertulias. Una veintena de niñas y otros tantos pollos, todos menores de dieciocho años, vestidos con sencillos trajes de diario, se encontraban reunidos en los salones... Ni papáes, ni mamáes...

Solitos ellos se divertían después del lunch, primorosamente servido en el comedor... Me pareció la evocación de uno de esos cuadros con que Taine y los Goncourt nos pintan los secretos del refinamiento social de la Francia del siglo XVIII.

Yo no sé qué habría pensado de ese espectáculo la Liga de Señoras de Santiago. Por mi parte, no soy moralista y tengo escasa experiencia en lo que se refiere a la educación de la juventud, pero me parece imposible que no sea bueno y excelente acostumbrar a las muchachas desde su más tierna adolescencia al roce de gentes de su condición.

¿No es verdad que esos niños tienen que ser mejor educados, más gentiles, más respetuosos que los nuestros? ¿Son preferibles acaso los ridículos pololeos callejeros en uso aquí? Esas niñas, ¿no aprenden mejor a conducirse que si vivieran encerradas entre las cuatro paredes de sus respectivas casas?

En Chile los muchachos de esa edad, con el cigarrillo y la obscenidad en la boca, pasean las calles, los bares y otros sitios peores, sin que nada haga germinar en sus corazones el caballeresco culto de la mujer, a la que sólo llegan a conocer en forma menos adecuada que sea dable imaginar.

Vanidades ridículas por una parte, resabios de estrecha gazmoñería por otra, mantienen en Chile separada a la juventud de ambos sexos, y cuando llega la edad en que le es permitido el trato del mundo, los unos han adquirido el hábito y el gusto de la taberna y del comercio con gente baja e innoble, y las niñas, educadas a la sombra, no están sino expuestas a ser víctimas de su inexperiencia y a contraer un matrimonio desgraciado con el primer tunante con que la casualidad les pone en contacto.

Basta de filosofías, pero quede constancia de lo dicho... La vida modesta tiene sus ventajas.

ALBERTO EDWARDS.

Don BOSCO

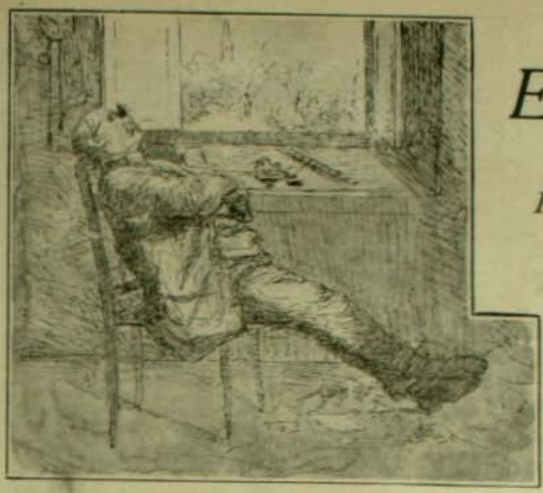
(Celebración de su centenario)

Los salesianos de todo el mundo empiezan a celebrar el año del centenario del venerable Juan Bosco, fundador de su congregación, y cuya obra apostólica cuenta entre las más fecundas iniciativas de la acción religiosa en el siglo XIX. Nació Don Bosco el 16 de agosto, en el pueblecito de Becchi, cerca de Castelnuovo de Asti, de familia humilde. Huérfano de padre a los dos años quedó, con otros dos hermanos de corta edad, al cuidado de su madre Margarita Occhicua, que más tarde había de ser su primera colaboradora. Ocupábase el pequeño Bosco en apacentar vacas, cuando D. Cafaro, cura de una parroquia, interesado por su precoz inteligencia y su afición al estudio, lo tomó a su cargo y le enseñó las primeras letras. En 1835 inició sus estudios en el seminario de Chieri, donde a los 26 años se ordenó de presbítero. Junto con su protector y amigo don Cafaro, dedicóse en Turín a visitar las cárceles, y la situación desgraciada de los niños delincuentes le impresionó tanto, que sintió entonces definirse su verdadera vocación y decidió dedicar su vida entera a la obra de la regeneración de la infancia. Cuentan sus biógrafos que una mañana, mientras se disponía a celebrar la misa, oyó los gritos de un niño miserablemente vestido a quien echaba el sacristán de la iglesia. Don Bosco lo llamó, lo tomó a su cuidado, y con algunos otros niños pobres, formó el Oratorio, germen de su gran obra futura. Las dificultades que tuvo que vencer fueron enormes, pues si desde el primer momento encontró amigos generosos, su obra pareció sospechosa a las autoridades. El marqués de Cavour, que después había de apoyarlo, hizo cerrar dos veces el Oratorio, que en cierto momento llegó a hallarse sin local, pues de todas partes se le expulsaba. Acusóse a Don Bosco de profesar doctrinas revolucionarias; díjose después que estaba loco, pero era locura de la cruz, y a pesar de tantos obstáculos y contrariedades, Don Bosco no desmayó.

En esta lucha encontró el apoyo poderoso de Ratazzi, Ministro del Interior del Piamonte, que en 1857 le aconsejó que diera a su obra una organización regular, asegurándole que una asociación inspirada en un sentimiento humanitario y según sus palabras, "conforme a los espíritus de los tiempos" tendría el apoyo del gobierno y del soberano. El rey, en efecto, se había interesado por su obra, a la cual ayudó con su óbolo personal, y este ejemplo contribuyó a desvanecer muchas prevenciones. El celo y la energía de don Bosco acabaron, además, por sobreponerse a las primeras hostilidades, tanto que, en 1868 el Oratorio tenía ya 800 alumnos y juntó, por subscripción pública, cerca de 500.000 pesos para erigir una iglesia en Turín. En 1874, el Papa Pío IX aprobó la regla de la congregación, que, desde ese momento, no hizo sino progresar y cuando en 1888 murió en Turín el fundador de la congregación salesiana, ésta tenía 250 casas de religiosos que cuidaban de más de 130.000 niños. Era el fruto de cincuenta años de trabajo y de fe. La obra escrita de Don Bosco es considerable. Se le debe, entre tantos otros libros, una "Historia eclesiástica", una "Historia de Italia", que ha servido de texto en las escuelas e innumerables folletos de propaganda. Pero, evidentemente, la obra de su vida no está en lo que ha hecho, y su verdadera inmortalidad es la acción humanitaria de los que continúan y realizan su pensamiento.

El centenario se celebrará en todos los países donde existen establecimientos salesianos, y particularmente en Turín, cuya municipalidad se ha asociado a los festejos. En una de las plazas principales se inaugurará una estatua de Don Bosco, y se realizará un concurso internacional deportivo y una exposición de los trabajos de los alumnos de todos los colegios salesianos.

..."De allí data la costumbre de reunirnos en la salita del piso bajo"...



En Provincia

Por

Augusto d'Halmar

La vie est breve:
Un peu d'espoir
Un peu de rêve,
Et puis, "bonsoir".

Ilustr. de Sepúlveda

Tengo cincuenta y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras de la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el libro "Diario", o transcribir cartas con encabezamiento inamovible: "En contestación a su grata fecha.. del presente, tengo el gusto de comunicarle...".

Y es que, salido de mi pueblo a los diez y seis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afectos tras de mí, viviendo desde entonces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir. A veces lo hubiera deseado; me hubiera complacido que alguien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias; pero, ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo. La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla. Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio: Borja Guzmán, tenedor de libros en el "Emporio Delfín". ¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales! A cada cual se le asigna, o escoge cada cual su papel en la farsa, pero precisa sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo. ¿Por qué? No por falta de inclinaciones, pues, aquello mismo de que no hubiera disfrutado de un hogar a mis anchas, hacía que soñase con formarle. ¿Por qué entonces? ¡La vida! ¡ah, la vida! El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero mejoró, pero que fué reducido apenas cambió la casa de dueño. Tres ha tenido y ni varió mi situación, ni mejoré de suerte. En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él; se descuida a Smiles y cuando uno quisiera establecerse no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta los treinta y un años, que de ahí en adelante no se cuenta. Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fuí, ya no soy sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto, he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra. Desde ésa, hasta esta hora, permanezco en mi piso giratorio, con los pies en el travesaño más alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde, cruzo la plazoleta y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta; estoy en "mi" casa. Camino a tientas; cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía. Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después la mancha blanca del lecho, mi pobre lecho que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado frío la retiro y abro los postigos, y si no tengo demasiado sueño saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras.

Vieja, casi tanto como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus suspiros y a lo mejor deja escapar el aire con desalentadora franqueza. De pie ante el alféizar, acometo una serie de trinados y variaciones para tomar la embocadura y en seguida doy comienzo a la elegía que le dedico a mis muertos. ¿Quién no tiene los suyos, esperanzas o recuerdos?

La pequeña ciudad duerme bajo el firmamento. Si hay luna puede distinguirse perfectamente el campanario de la parroquia, la cruz del cementerio o la silueta de alguna pareja que se ha refugiado entre las encinas de la plaza, aunque los enamorados prefieren mejor el campo, de donde llega el coro de las ranas con rumores y perfumes confusos. El viento difunde los gemidos de mi flauta y los lleva hasta las estrellas, las mismas que, hace años y hace siglos, amaron los que duermen en el polvo. Cuando una cruza el espacio, yo formulo un deseo invariable. En tantos años se han desprendido muchas, y mi deseo no se cumple.

Toco, toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Tal vez supe más y pude aprender otros, pero éstos eran los que ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana un grillo que se siente estimulado, se afina interminablemente. Los perros ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos y hasta el viento que transita por las calles desiertas, pretende apagar el alumbrado público.

Entonces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la llama. ¿No es el deber de la experiencia? Además comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y con su volumen excesivo, yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana, me desvisto y, en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano; doy, antes de meterme a la cama, una última ojeada al retrato. El rostro de Pedro es acariciador, pero en los ojos de ella hay tal altivez, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla. Así: así me miraba.

Esta es mi existencia desde hace veinte años. Me ha bastado para llenarla, un retrato y algunos aires antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me bastan y recurro a la pluma.

¡Si alguien lo supiera! Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, "don Borja. El del Emporio Delfín"! ¡Si fuesen leídas!.... ¡pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor. El los destruye antes de embarcarse y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que, en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos tal vez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel "algo" comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y al hacerlo ni sufra, ni tema arrepentirse. Es como el pasaje que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

O será que partimos, precisamente porque ya nada nos retiene. Las últimas amarras han caído... el barco zarpa!

Fué, como dije, hace veinte años; más, veinticinco, pues ello empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre; las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo. Había fallecido mi primer patrón y el Emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en cono-

cerle a fondo; duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios! También conocí sus penas, aunque a la simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de tener un hijo y aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: "¿qué echas de menos?" y él le cubría la boca con sus besos. Pero ésta no era una respuesta ¿no es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. "Debimos adivinarlo, tiene pulmones a propósito"; tal fué el elogio que él le hizo de mí a su mujer, en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, "El ensueño", que esta noche acabo de repasar, "Lamentaciones de una joven" y "La golondrina y el prisionero" y sólo reparé en la belleza de la principala cuando descendió hasta mí para felicitarme.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otras gentes. Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien, que cualquiera nota falsa la impacientaba: otras veces me seguía tarareando, y por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar? ¡Ah! yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atreví. ¿No me admitía en su sociedad para oirme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistía a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía, pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho. Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía de parecerles divertida y con más frecuencia quedábamos solos. Así fué como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa.

—Borja, ¿ha notado usted su tristeza?

—¿De quién? ¿del patrón?—pregunté bajando también la voz.—Parece preocupado, pero...

—¿No es cierto?—dijo clavándome sus ojos afiebrados.

Y como si hablara consigo:

—Le roe el corazón, y no puede quitárselo. ¡Ah, Dios mío!

Me quedé perplejo y debo de haber permanecido mucho tiempo, hasta que su acento imperativo me sacudió.

—¿Qué hace usted ahí? ¡Toque, pues!

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar, para seguir mejor sus pensamientos, y al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos, a la espera de un mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡toque, pues!

Otras veces me acusaba de apocado, es-

timulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable y alababa con ironía mi "reserva", o se retorcía en un acceso de incontenible hilaridad: "San Borja, tímido y discreto". Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo; en todos los momentos de mi vida mi calvicie y mi obesidad me han privado de la necesaria presencia de espíritu y ¡quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Transcurrió un año; durante el cual sólo viví por las noches: cuando lo recuerdo me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera sensible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de habérseme hecho eterno... Un año, breve como una larga noche.

Llego a la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relataría para que pueda creería yo mismo? ¡Es tan inexplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en mi música por un ademán suyo me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando de pronto, la vi dar un salto y apagar la luz; instintivamente me puse en pie, pero en la obscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello, y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía. . . . . .

. . . . . .

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salírseme del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Creíame juguete de un sueño. El amo me reprendió un descuido y aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día y otro sin que pudiéramos hallarnos solos; al tercero ocurrió: me precipité a sus plantas para cubrir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero altiva y desdeñosa, me rechazó, y con su tono más frío, me indicó que tocase.

¡No, yo debía haber soñado mi dicha! ¿creéis que nunca, nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis derechos de amante, me ordenó salir, en voz tan alta, que temí que hubiera despertado el amo que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero no su enojo. ¿En qué podía haberla ofendido yo? hasta que por fin, una noche que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro, con una familiaridad inquietante:

—¡Nada de músicas!—me dijo—la señora no tiene propicios los nervios y hay que empezar a respetarle éstos y otros caprichos.

Yo no comprendía.

—Sí, hombre. Venga usted al Casino conmigo y brindaremos a la salud del futuro patroncito!

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta, escuché su primer vagido, tan débil. ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! Porque era mío, no necesitaba ella decírmelo! ¡Mío! ¡Mío! ¡Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quien nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, y de la mujer amada! ¿Por qué no morí cuando él nacía? Sobre el tapete verde del escritorio rompí a sollozar tan fuerte que la pantalla de la lámpara vibraba, y alguien que vino a consultarme algo, se retiró en puntillas.

Sólo un mes después fuí llevado a presencia del heredero: lo tenía en las rodillas su madre convaleciente, y lo mecía amorosamente. Me incliné, conmovido hasta la angustia y, temblando, con la punta de los dedos alcé la gasa que le cubría y pude verlo; hubiese querido gritar ¡hijo! pero al levantar los ojos encontré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

—¡Cuidado!—me advertía.

Y en voz alta.

—No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja, delicadamente.

—¡Mucho has debido sufrir, mi pobre enferma!

—¡No lo sabes bien!—repuso ella—mas ¡qué importa, si te hice feliz!

Y ya, sin descanso, estuve sometido a la

horrible expiación de que aquel hombre llamase "su" hijo al mío, "mi" hijo. ¡Imbécil! Tentado estuve mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado, pero ¿y las consecuencias, sobre todo para el inocente? Callé y en silencio me dediqué a amar, con todas las fuerzas de mi alma, a aquella criaturita, mi carne y mi sangre, que aprendería a llamar "padre" a un extraño.

Entretanto la conducta de Clara se hacía cada vez más obscura. Las sesiones musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse y con cualquier pretexto ni siquiera me recibió en su casa las veces que fuí. Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niñera lo paseaba en la plaza. Entonces, los dos, el marido y yo, le seguíamos desde la ventana de la oficina y nuestras miradas, húmedas y gozosas, se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables y a medida que el niño iba creciendo, me fué más fácil verle, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo le tenía en brazos; ¡nunca he visto arrebato semejante! Como leona que recobra su cachorro; y lo que dijo más bien me lo escupía al rostro.

—¿Por qué le besa usted de ese modo? ¿qué pretende usted, canalla?

A mi entender ella vivía en la inquietud constante de que el niño se aficionase a mí, o de que yo hablara. A ratos estos temores sobrepujaban a los otros y para no exasperarme demasiado dejaba que se me acercase; pero otras veces lo acaparaba, como si yo pudiera hacerle algún daño. ¡Mujer enigmática! ¡jamás he comprendido qué fuí para ella, capricho, juguete, o instrumento!

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero, y medio día pasamos revisando los libros y facturas. A la hora de almuerzo, el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; que estaba harto de negocios y de vida provinciana, y que probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosas impresiones de esos últimos días de mi vida? Harán por enero veinte años y todavía me trastorna recordarlos. ¡Dios mío! ¡se iba cuanto había yo amado! ¡un extraño se lo llevaba lejos, para gozar de ello en paz!

me despojaba de todo lo mío! Ante esta idea tuve en los labios la confesión del adulterio. ¡Oh! ¡destruir, siquiera, aquella feliz ignorancia en que viviría y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquella que mató mi vida, pero que también le dió por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer, me hizo tocarle las tres piezas favoritas y, al concluir, me premió permitiendo que besara a mi hijo. Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la noche anterior se le había olvidado. "Un recuerdo—me repitió—para que piense en nosotros".

—¿Dónde les escribo?—grité, cuando ya el tren se ponía en movimiento.

Y él, desde la plataforma del carro:

—¡No sé! Mandaremos la dirección.

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla vi a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén que continuaría bajo la razón social, sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

La misma que hoy me acompaña: un retrato de Clara, con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que, en veinte años, ni una sola vez he sabido de él y probablemente no volveré a verle en este mundo de Dios! Si vive debe de ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro... Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso y en el reverso leo la dedicatoria que escribieron por el niño:

"Pedro, a su amigo Borja".

¡Su amigo Borja!... Pedro se irá de la vida, sin saber que haya existido tal amigo!

(Del libro "La lámpara en el Molino", próximo a publicarse).

Era solamente Condesa de Chotek, una de las hijas del Conde Chotek de Chotkowa y Wognin, de reducida fortuna, pero su vieja nobleza le daba esa situación, que siempre se tiene allí donde los blasones valen más que el dinero.

Muy joven aún, esbelta, hermosa, buena, fué nombrada dama de honor de la Princesa Croy, esposa del Archiduque Federico, padre de seis archiduquesitas, al decir; muy afables y simpáticas. Visitaba el Archiduque Francisco Fernando a veces a sus tíos; era el Heredero del Trono de los Habsburgos y era natural que esos padres ambicionaran una alianza que llevaría a una de sus hijas a colocarse algún día la corona de María Teresa, como Emperatriz de Austria y Reina de Hungría. Las visitas del Heredero se hicieron frecuentes, acaso su corazón se inclinaba hacia una de ellas: eran estas las esperanzas...

Se paseaba una mañana la Archiduquesa Isabel en los hermosos jardines de su palacio de Viena y, al contar de las gentes, en esas blancas avenidas, esmeradas de cuidado, encontró una medalla, misterioso olvido del destino que allí había caído y que llevaba el símbolo y el secreto del respetuoso y profundo cariño del Archiduque Francisco Fernando por la Condesa Chotek. Al desengaño de los padres siguió la salida de la Condesa, dejando de ser la dama de honor de la altiva y orgullosa Princesa Croy, Archiduquesa de Austria.

Su Majestad el Emperador Francisco José, dió el consentimiento a esta unión morganática, previa renuncia por parte del Archiduque heredero de toda sucesión al Trono para sus futuros hijos. Tuvieron lugar las bodas en el castillo de Reichstadt en Bohemia; julio de 1900; allí mismo donde precisamente 24 años atrás, había tenido lugar la histórica entrevista del Emperador Francisco José I con el Czar Alejandro II de Rusia. Asistieron a estas bodas solamente los miembros más inmediatos de las dos familias, sin pompas, casi en silencio... Se instalaron poco después en el palacio de Belvedere en Viena, residencia habitual de los herederos a la Corona de Austria. En ese mismo año, Su Majestad otorgaba a la Condesa Chotek el título de Princesa de Hohenberg, y luego después, en 1905 el de Duquesa, matiz un tanto superior en la escala de nobleza de este país, puesto que lleva consigo anexo el tratamiento de Alteza Serenísima. Era todo

cuanto podía hacer el Monarca, ya que para ser Archiduquesa le faltaba la sangre real; y como tal, si hubiera llegado al trono el Archiduque Francisco Fernando, ella como su esposa podría haber sido Reina de Hungría, pero jamás Emperatriz de Austria.

¿Habría el Archiduque Francisco Fernando, una vez en el trono, corregido lo que por ley humana lo separaba de su esposa, y en vería privada del trono de Austria?... El porvenir no alcanzó a resolverlo... el destino de ellos fué otro...

Francisco Fernando compartió su vida entre los altos deberes de su elevado rango militar como jefe del Ejército y de la Armada y los de su vida de familia. Nadie le discute ni le disputa el honor que por su trabajo personal, su empeño y temacidad, se ha llevado a cabo la reorganización de la Armada, formando un programa de grandes construcciones navales, que colocará en pocos años más la marina del Imperio en un pie de poder competir con las marinas de las otras grandes potencias europeas y ser un fuerte cooperador de la Triple Alianza. El Ejército era objeto de su constante atención y de su trabajo, lo que ha hecho del mismo el segundo Ejército de la Europa, y grandes sorpresas produciría quizás Austria al romperse la paz europea.

Francisco Fernando era todo un carácter; de una voluntad de hierro, reunía en ella la fuerza que constituye la inteligencia y ese don que heredan los que nacen mandando...

Su muerte es una gran pérdida para el Imperio; la de un hombre que se había consagrado durante toda su vida a formarse cómo el heredero del trono, tratando de conocer a los hombres, siguiendo de cerca la política, buscando la unión más estrecha de estas razas diferentes, dentro de su futuro y vasto Imperio. Tenía un tacto finísimo; sabía no ir más allá de lo conveniente, había siempre en sus actos la timidez que da el cuidado de no tocar ni herir susceptibilidades de más arriba... era muy católico, piadoso, de una fe inquebrantable; poseía un alma sentimental...

Fué su vida ejemplar; no se ha oído decir que en ese hogar existiera una sombra del menor desacuerdo; no existían para este Archiduque de Austria tentaciones de ningún género.

Ella no se separaba jamás del lado de su esposo; por lo que muchas veces era tachada de gustarle hacer la Emperatriz... Sin embargo, otro era su pensamiento; otro su sentimiento... su trágica muerte ha venido a darle la razón. Ha muerto con él, también con él compartiendo sus deberes, a su lado bajo la misma mano criminal...

Para el anciano Monarca, que en muchas ocasiones ha demostrado preocuparse de la niñez desvalida, que adora a los niños en general, es actualmente su constante preocupación la orfandad de estos tres sobrinos-nietos. Lo probará con un acto generoso en dinero y en honores. Ya que no puede poner al mayor de los príncipes de Hohenberg en el rango de sus primos los demás jóvenes archiduques, quitará de su propia corona el Ducado de Lorena, que pertenecía a sus antepasados, para legarlo a su sobrino-nieto Maximiliano. Es un honor bien marcado que el venerable Soberano rinde a la memoria del difunto heredero, Archiduque Francisco Fernando. En virtud de este acto generoso de Su Majestad, el que debió ser algún día Rey de Hungría y Emperador de Austria, dejará para las generaciones venideras la sucesión que principia en su hijo Maximiliano, con un pedazo de esa corona imperial y real, y que se llamará el Duque de Lorena.

Cual si hubiera previsto su trágico y temprano fin, Francisco Fernando había solicitado y obtenido ya años antes, del Emperador, el permiso de construirse un panteón, en uno de sus castillos, que debía guardar los restos mortales de los dos esposos, renunciando él al honor que le correspondía, de ser sepultado en la cripta histórica donde reposan sus antepasados los Emperadores de Austria. Sus deseos se han cumplido y desde la capilla imperial del Hofburg de Viena, donde recibieron la bendición del Cardenal Arzobispo, en medio de la pompa fúnebre y con asistencia del Emperador rodeado de toda la Corte y representantes diplomáticos, salieron los restos mortales para ir a reposar juntos en el solitario castillo de Artstetten, resultando así que ni la muerte ha podido separar a aquellos que tanto se amaron en vida...

ENRIQUE LOPEZ MAQUIEIRA

Viena, 10 de julio de 1914.

El heredero imperial de Austria, Archiduque Carlos Francisco José, y su hijo.

Los que triunfan

A Baldomero Lillo, en recuerdo de su Caza Mayor.

Por

Fernando Santiván

¡MALDICION! Mientras el estampido estéril se extiende por el aire como un fustazo sonoro, Leoncito arroja la escopeta sobre la yerba y enjuga con fastidio su frente perlada por el sudor.

Decididamente, nueva mañana perdida. Un gesto de violencia contrae su rostro terso y rubicundo. Sus ojos malignos tienen destellos de crueldad bajo su cabeza chata y testaruda; por su cuerpecillo robusto cruzan sacudimientos nerviosos de impotencia vengativa. Quítase de la espalda el zurrón, entre cuyas mallas asoman las insignificantes cabecitas yertas de esos pajarillos que todo buen cazador rechaza como inútiles, y, por un movimiento habitual, lleva sus cortos dedos a la boca y roe con encarnizamiento la extremidad de las uñas.

Su actitud, la sonrisa que se insinúa en sus labios crueles, la tranquilidad de sus movimientos, presagian una de esas ocurrencias **que haría temblar** a sus compañeros de colegio, quienes saben que el hijo del poderoso agricultor don León Argomedo, es naturaleza temible por su audacia y mala intención.

Sobre la copa de los altos álamos el sol de verano parece sonreir burlonamente; un airecillo errabundo agita por un instante la atmósfera caldeada y hace estremecer levemente las adormiladas ramazones de los setos vivos que rodean la viña; a lo lejos, en el bosque de arbustos de la vega empantanada, más allá de las cepas verdes cuyos zarcillos alargan al cielo sus garritas trepadoras, un verdadero concierto de pájaros interrumpe el silencio de aquel abrigado rincón de campiña.

El joven cazador mira hacia allá, rencorosamente.

Los pájaros interrumpen el bullicio como para escuchar el mudo apóstrofe;—sólo una tenca continúa su melancólica queja intermitente desde lo alto de una rama próxima;—luego los fugitivos prorrumpen en chillidos que semejan una carcajada. Zorzales bulliidores, torcazas y chincoles, todos los que merodean la pulpa jugosa de la uva, parecen reunir sus gritos para celebrar la derrota del enemigo común. Cuando los rebeldes callan por un instante, el gemido de la tenca vuelve a oirse más triste en la soledad de la viña.

Leoncito coge su fusil, coloca un cartucho en el hueco del cañón y apunta hacia lo alto, concienzudamente. Pero en el preciso momento en que debe oprimir el gatillo, un bulto obscuro asoma entre las cepas verdes y se desliza hasta el pie del árbol en cuya cima se columpia la futura víctima. A la vista del fantasma perturbador el pulso del cazador se estremece, vacila un instante para afirmar la punte-

ría, y la tenca aprovecha el intervalo para volar sin inquietud a la copa del árbol más próximo.

Al pie de los álamos, entre la yerba que crece al borde de una zanja, surge entonces la cabeza cómicamente astuta de un perro en acecho. Leoncito baja su arma y dirige al importuno una interjección de amenaza:

—Tú, ¿eh?

El perro y el muchacho quedan un minuto midiéndose en una mirada de desafío, mientras en la vega, más allá de las cepas verdes que se extienden como un lago de esmeralda, se levanta un tumulto de chillidos que semejan una risa burlona.

II

Rabicorto es un perro sin dueño. ¿De dónde provenía? ¿Cuál fué el lugar de su nacimiento?

Nadie se había preocupado de averiguarlo y hasta hubo quien le negara el honor de haber nacido de madre como los animales de su clase: Rabicorto debió de nacer por generación espontánea, como todos los seres ínfimos que no descienden de padres ilustres.

La verdad es que Rabicorto tuvo en un tiempo padre y madre, de clase muy ordinaria si se quiere, pero al fin, padres legítimos, ante Dios y ante la Ley.

Es más, Rabicorto tuvo dueños en un tiempo, amos verdaderos que en más de una ocasión le concedieron el favor de darle un mendrugo y hasta de propinarle uno que otro puntapié. En resumen, era un perro hecho y derecho, como cualquiera de los que pululan por campos y ciudades.

La desgracia de Rabicorto databa del día en que, por andar en malas juntas, adquirió la fea enfermedad de la tiña. Su amo podía soportar la presencia de un perro de baja estofa, pero mantener un animal ordinario y tiñoso por añadidura, era pedir demasiado de su corazón humanitario... El patrón señaló a Rabicorto la puerta de la calle y desde ese día el animal enfermo vagó por la ciudad como un paria, recibiendo golpes por aquí, arrojado de más allá y hasta los perros de mala familia desdeñaban su degradante compañía.

Es probable que Rabicorto pensara alguna vez en el suicidio. Es superior a las fuerzas humanas y perrunas vivir sin patria, sin hogar, sin las caricias de una miserable perra que sirve de consolación en las horas de abandono.

Afortunadamente, la Providencia se encarga de mantener el equilibrio espiritual en todos los seres, y es así como a aquellos que les depara las más atroces desgracias, suele proporcionarles al mismo tiempo la fortaleza para sobrellevarlas. Rabicorto se acorazó en la filosofía epicúrea y se aprestó para vivir su vida sin exhalar una queja.

Fué un perro vagabundo, travieso y oportunista. Penetraba a las casas para robar un trozo de asado desde la misma parrilla, seguía a las cocineras de vuelta del mercado para despojarlas al menor descuido de algún hueso suculento, vagaba alrededor de los puestos de carne, y en el peor de los casos, revolvía los basurales para darse festines con desperdicios.

En la época de buen tiempo, como tenía alma de artista a pesar de tan ruda corteza, íbase Rabicorto de veraneo al campo, en donde le era fácil vivir de ratones campesinos y de gallinas extraviadas en pastales y lejanos senderos.

En buenas cuentas, Rabicorto llegó a convertirse por fuerza de necesidad, en un perro fuera de ley, bandolero o anarquista, sin otra ambición que la de vivir de cualquier manera, sin reparar en los medios.

Hasta que cierto buen día Rabicorto hizo un descubrimiento prodigioso. El patroncito de la hacienda en donde vivía ocasionalmente, acostumbraba perseguir a las tiernas avecitas de los campos, y Rabicorto, sea por ánimo travieso o porque las víctimas eran apetitosas, dió en la maña de atisbar al cazador y de arrebatarle su presa en el momento preciso en que caían heridas por las implacables mostacillas.

¡Qué bocados más suculentos! Ya era una linda torcaza o una perdiz bien cebada las que caían en las hambrientas fauces del insaciable Rabicorto, pese a las protestas del joven cazador y a su persecusión furiosa a pedradas y hasta a balazos. Pero Rabicorto se reía de las amenazas; en su larga vida de penurias había aprendido a hurtar a tiempo un golpe o a

recibir con estoicismo un puntapié bien dirigido.

Sólo que un detalle imprevisto vino a malbaratarle tan lucrativo negocio. Leoncito, inquieto ante la proximidad del perverso enemigo, comenzó a perder su calma de cazador y los tiros se sucedían sin mayores consecuencias. Otras veces era el mismo Rabicorto quien se precipitaba demasiado y ahuyentaba a las víctimas antes de que las mostacillas alcanzaran a salir de su mortífero escondite.

Rabicorto comenzaba a decepcionarse de un socio que lo mantenía en ayunas durante una mañana entera.

III

Se mordió las uñas mirando de reojo al perro que asomaba interrogativamente su cabeza chata y de orejas cortadas entre la yerba que crecía al pie de los altos álamos, y luego, como si una idea silenciosa y oportuna hubiese cruzado por su cerebro de caciquillo, sonrió de un modo imperceptible.

—¡Rabicorto!—llamó al perro con voz zalamera.

Rabicorto no se dió por entendido y siguió atisbando con desconfianza.

—Rabicorto... toma, precioso!...

El perro vagabundo sabía lo que significaba en las gentes aquel exceso de dulzura y se limitó a mover su cola cortada en señal de negación.

Leoncito extrajo entonces de su morral la mísera caza de aquel día y la ofreció a Rabicorto a la distancia.

Esta vez el forajido fué menos insensible; pero tampoco avanzó un paso; se limitó a dirigir una mirada hambrienta y a relamerse la boca golosamente.

—Anda, Rabicorto... toma!—proseguía la voz tentadora.

El vagabundo replicó con un aullido de vaga angustia.

Hacía calor. El sol caía a plomo sobre las cepas y sobre los árboles que abatían sus hojas lánguidas hacia el suelo. A través de la caldeada atmósfera, llegaba el parloteo de los pájaros burlones, desde la fresca enramada del bosquecillo.

Rabicorto comenzó a perder su estoica serenidad. Tenía hambre y sed. Estaba fatigado después de su infructuosa jornada a través de los campos.

—No tengas miedo... Rabicorto.... anda!...

Leoncito arrojó a corta distancia los pajarillos muertos. Rabicorto, fascinado, avanzó un paso. Luego siguió avanzando. Su mirada glotona calculó sin duda que podría alcanzar su presa y huir antes de que el cazador pudiera alcanzarlo, porque caminaba con precaución, sin perder de vista al enemigo, listo para emprender la fuga al menor conato de ataque. Al ver que Leoncito no hacía ningún movimiento, avanzó con mayor rapidez, mostró los dientes, gruñó con fiereza y se arrojó de un salto sobre el bocado fascinador.

Un fogonazo... un aullido salvaje... Las mostacillas habían destrozado a Rabicorto los ojos.

Giró el animal ciego sobre sí mismo durante un instante; en seguida emprendió una carrera loca, aullando lastimeramente, hasta llegar a estrellarse contra un árbol próximo.

Leoncito lo observaba con sonrisa de goce feroz. En seguida extrajo del bolsillo un pequeño revólver y se acercó al animal que se revolvía en su propia sangre.

Con perfecta serenidad dió el golpe de gracia. Un balazo en la cabeza, otro en el corazón.

Rabicorto se estiró como una masa elástica; bajo su piel agitóse la carne en supremos estremecimientos y luego quedó inmóvil, con las patas en alto.

Leoncito le dió con el pie para asegurarse de si estaba bien muerto y se alejó satisfecho en busca de la escopeta y del morral vacío.

En lo alto, el sol adquirió un ceño de preocupación.

Cesaron medrosamente los cantos de los pájaros en la enramada lejana. Solo en las últimas ramas del álamo, la tenca proseguía su canto intermitente. En el silencio de la viña semejaba una plegaria lastimera...

FERNANDO SANTIVAN.

UN PRONOSTICO APLAZADO

Como las enfermedades, que comienzan por el estado latente, y que una imprudencia cualquiera basta para precipitar, las guerras parecen prepararse lentamente a lo largo de muchos años de paz, y sorprender un día con su brusca aparición externa a los que no saben hurgar bajo la salud pública aparente de la paz armada. El gigantesco choque actual había sido pronosticado por los escritores nacionalistas y los escritores de obras imaginativas, esperado por los pueblos de Europa y calculado por sus diplomáticos. "N'en parler jamais; y penser toujours", como aconsejaba Gambetta. Pero, como decíamos, no tan sólo se ha pensado en ello, sino que aún se ha hablado mucho y escrito otro tanto.

Los tales profetas han llegado a las soluciones más extraordinarias usando de la imaginación más lúgubre; con todo, es difícil que la fantasía supere al horror de la realidad actual.

En 1892, una revista europea publicaba una de esas profecías de la guerra futura, y en ella hallamos tales concordancias con los hechos de hoy, que las diferencias de factores en lucha se nos explican perfectamente por los cambios producidos en los 22 años de espera que van de entonces a hoy.

Los sucesos supuestos por el novelista debutan por un acontecimiento idéntico al que ha desencadenado la guerra que comienza: el asesinato de un príncipe, del entonces príncipe Fernando de Bulgaria. "El peligro está antes en el Danubio que

Ante la estatua de Estrasburgo en París

Los ingleses desembarcan en Amberes

en el Rhin", decía textualmente el autor. Los austriacos ocupan Belgrado; los rusos declaran la guerra al Imperio de Francisco José; Alemania y Francia acuden cada una por su lado en auxilio de su aliada respectiva, y la conflagración alcanza hasta Inglaterra, que en esa época aún no sufre la competencia de Alemania y se pone de su parte contra el cosaco.

Las naciones pequeñas del norte son invadidas. Lieja se defenderá, y Namur, *la llave de Bélgica* sólo caerá después de cruentos combates. En Berlín el pueblo aclama al Emperador que lo arenga desde los balcones de palacio; y el pueblo parisiense arranca los velos fúnebres de la estatua de Estrasburgo, mientras un obrero pintor llena el vacío de la sugestiva inscripción del pedestal: "Qui vive? France! 1870-18..." con la cifra del año de la Revancha.

En Polonia y en Alsacia se desarrollan las primeras grandes batallas, en que "la precisión alemana vence a la masa de diablos rusos y al valor ardoroso del francés. En el mar los ingleses dominan y el ca-

Encuentro de caballería alemana y cosaca

La caballería francesa cargando sobre la infantería alemana

ñoneo llega hasta la India, a la costa oriental de Siberia, al Egipto y al Sudán.

La falta de comunicaciones y la paralización comercial abaten los ánimos y llevan terribles consecuencias económicas a todo el mundo, y mientras la Polonia liberada y París salvado en una sorpresa bien urdida por su guarnición, parecen despertar de una pesadilla, los demás pueblos y los gobiernos beligerantes sienten el imperioso llamado de la razón y de la humanidad.

Y, como el enfermo que salva de la crisis de su mal, la Europa regenerada temporalmente por la sangría se prepara con el vigor de reconstitución de su organismo a nuevas conquistas en el campo de las artes y de la inteligencia pura.

M.

DE LOS LECTORES DE "PACIFICO MAGAZINE"

Censura Teatral

Señores directores:

He leído en "El Mercurio", hace días, un artículo firmado "Varios Abonados", respuesta a otro firmado "Spectator" sobre censura teatral. No me ha sido posible encontrar el primero que dió motivo a la contestación de Spectator; pero, me cuentan que en él se hacían cargos a una Liga de Señoras Chilenas, que se ocupa de anunciar a sus socias la calidad de las piezas de teatro para que puedan llevar a ella a sus hijas o abstenerse de hacerlo. Según mis informantes, estos "abonados" salieron a la prensa a protestar de que la Liga hubiera manifestado que las señoras debían abstenerse de concurrir a la representación de **"L'Enfant de l'amour"**, de Henry Bataille, y, en respuesta a tal aviso, echaban en cara a dichas señoras que hubieran permitido la concurrencia de sus asociadas a otra pieza llamada "Le Bourgeon", de muy subido color, y publican una lista de señoras que asistieron al drama de Bataille como prueba de que esta pieza es correcta, manifestación elevada de arte y digna del mayor elogio.

Pues bien, soy completamente imparcial en la polémica. Creo que es ingrata la tarea de esas respetables señoras y que, si se han echado a las espaldas la responsabilidad, debe ser por un principio superior, por cierto ideal digno de respeto, en fin, por un deseo legítimo de enseñar al que no sabe, o al que sabe menos. Los "Varios Abonados" han publicado una lista de señoras asistentes a **"L'Enfant de**

l'amour", tal vez sin autorización. Una de ellas no la había dado, a lo menos, y es la única con la cual he podido hablar en estos días. El procedimiento no es serio. En seguida, la lista de señoras no prueba nada. Desgraciadamente, a mi juicio, si algo probara, sería que, tanto los "Varios Abonados" como muchas señoras colocadas en la lista, no entienden bien el francés o no tienen del teatro francés moderno, un concepto bien seguro e ilustrado. Son personas que se dejan arrastrar por un **snobismo** que en materia de arte me parece lamentable y casi risible.

Y creo que no entienden francés porque, en la noche de Le Bourgeon, no se retiró de la sala casi nadie, y soportaron muchas orgullosas damas que se les faltara el respeto sin rubor alguno. Por lo demás, hay quienes han tenido la franqueza de declararlo. Los que no lo dicen tienen que adoptar el otro extremo: sostener que la pieza es buena. Pero dejemos a los asistentes, y veamos a estos abonados que se indignan de que "Spectator" haya condenado también "L'Enfant de l'amour", como lo hicieron las damas de la Liga.

Más de treinta críticos reputados, manifestaron el año 10 y comienzos del 11, en París, que el teatro estaba fatigando al público con el desfile de sentimientos falsos, exagerados, duros o francamente inmorales de las piezas modernas. René Doumic, en el número del 15 de Julio de la "Revue des Deux Mondes", año 1911, página 445, precisamente a continuación de un artículo sobre Chile en un Lorin, interpretó esta protesta con el aplauso general de la prensa francesa, en su Revista Dramática sobre "el teatro brutal". ¿Modelos del teatro brutal? **"L'Efant de l'amour"**.

"No quiero hacer otra cosa sino tradu-
" cir el sentimiento de la gente honra-
" da,—comienza Doumic,—me limito a to-
" mar nota, en defensa de los intereses
" de los mismos escritores de teatro, de
" un movimiento de opinión del cual de-
" ben estar advertidos y cuya existencia
" sería pueril de su parte negar o discu-
" tir el desarrollo y el vigor. Yo no soy
" ahora sino el eco de una protesta de
" la cual se puede decir que es universal,
" unánime y revela la común inquietud
" de todos los que tienen algún cuidado
" por la dignidad del arte dramático. El
género de espectáculos que nos ha sido
" ofrecido con insistencia, a lo largo del
" año, sobre los teatros más diversos y
" prestigiosos, no deja dudas sobre el ca-
" mino en que nuestro teatro se ha com-
" prometido decididamente o donde arries-
" ga perderse. La repetición de los mis-
" mos procedimientos, la rebusca de los
" mismos efectos, ha colocado a toda luz
" una tendencia de nuestra escena actual
" ante la cual es imposible engañarse y
" que va, sin cesar, acentuándose. Temas,
" medios, diálogos, tipos, sentimientos y
" acción dramática, llevan todos la misma
" marca, la de **la más irritante brutali-**
" **dad."**

"Algunas piezas, por razón de la noto-
" riedad de sus autores y del ruido que
" en torno de ellas se ha hecho, han con-
" tribuído más notablemente a poner esta
" mancha en evidencia: éstas son **le Vieil**
" **Homme** de M. de Porto-Riche, **Aprés**
" **Moi** de Berstein y **L'Enfant de l'amour**
" de Henry Bataille. En ellas se piensa
" inmediatamente cuando uno se siente
" tentado a sacar algunos ejemplos"...

Y, en seguida, para que los "Varios Abonados" no continúen engañados creyendo que los parisienses de talento y de buen gusto estiman convenientes representaciones como **L'Enfant de l'amour**, y se convenzan de que si ellos han aprendido algo de nuestra santa Francia es lo que aprenden los sud-americanos en los bulevares y poco más, damos a continuación la relación hecha por Doumic mismo de esta pieza que conozco mucho y que la encuentro perfectamente traducida en los siguientes párrafos que doy en francés, para no molestar a nadie con las vivas frases del escritor y dirigirlas sólo a los que comprenden bien esta maravillosa lengua:

Le type le plus accompli du genre est certainement cet **Enfant de l'amour** où l'auteur semble avoir réuni comme à plaisir tout ce qui peut effarer le spectateur le plus endurci et auquel on assiste, stupide, comme à une gageure. C'est l'histoire d'une vieille fille de joie menacée d'être lâchée par son amant, un homme qui a été marié, qui a des enfants, qui est riche, a une belle situation sociale et va même passer sous-secrétaire d'Etat Cette gour-

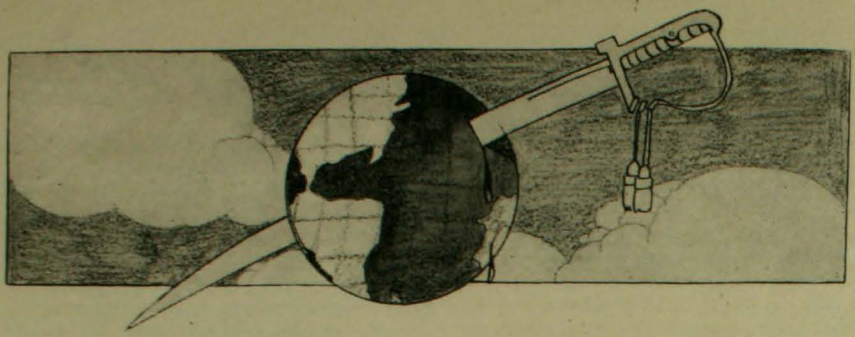
gandine a un fils, Maurice Orland, qui est vite devenu un témoin gênant, qu'il a fallu écarter, qui a été élevé à l'office, dans toutes les promiscuités, sous l'œils quasiment paternel d'un maître d'hôtel dépositaire et instrument des louches secrets de la maison. Le garçon est devenu tel qu'on pouvait l'attendre de ces belles fréquentations. Paresseaux et jouisseur, il fâne dans les bars, en compagnie des bookmakers, des jockeys, des professeurs de billard et des croupiers de cercle. Joli cœur, il a une figure qui lui vaut de succès dans tous les mondes. De temps en temps, il rend visite à sa mère, avec son amie du moment, en passant par l'escalier de service, discrètement, pour la "taper" de quelques billets de banque. Il va sans dire que ce fils est un bon fils, aimant sa mère de toute la tendresse qu'il ne lui doit guère, de toute l'affection qu'il a si souvent dû refouler. Que cette mère soit lâchée, c'est une idée qu'il ne peut supporter. Il va donc s'employer non seulement pour lui ramener son amant, mais pour la faire épouser par cet amant. Il n'a à sa disposition qu'un procédé: le chantage. Mais il a plus d'un moyen de chantage, et ils sont tous bons. L'un consiste à menacer le sous-secrétaire d'Etat de publier des lettres d'où il ressort qu'il a maquignonné aux courses je ne sais quelle canaillerie. L'autre à menacer le père de ne pas lui rendre intacte sa fille, que précisément il tient sous clé, dans sa chambre, où elle est venue passer la nuit, étant folle de lui. Rantz, c'est le nom de l'amant, trouve le mot de la situation, quand il dit à cette abominable crapule: "Vous n'êtes pas à toucher avec des pincettes!" Qui, mais lui-même!... Car nous le verrons, à l'acte suivant, réglariser la situation, c'est-à-dire épouser sa vieille roulure de maîtresse, et lui amener ses enfans, et s'installer bourgeoisement dans cette honte. Ce qu'il y a de plus atroce, et ce qu'on ne saurait pardoner à l'auteur, c'est d'avoir transporté dans un tel milieu et transposé sous cette forme dérisoire, un des plus beaux sentimens et des plus naturels: l'amour filial. A-t-il voulu mettre un habit nouveau à cette vieille sentence, que les brigands eux-mêmes ont leur honneur, et les apaches leur code de la délicatesse?"

No andaban, pues, descaminadas las señoras de la Liga al aconsejar no asistir a "L'Enfant de l'amour", y tal vez las que siguieron el consejo no se han arrepentido. Es verdad que se descaminaron al declarar aceptable la pieza "Le Bourgeon", que pertenece no ya al teatro brutal, sino al teatro sucio; pero no creo correcto que se les eche en cara un error, porque no puede suponerse que una señora encuentre medianamente aceptable una mala pieza sino porque no la ha visto y se ha valido de un mal criterio ajeno o porque, como les ha ocurrido a muchos de los que fueron a "L'Enfant de l'amour", no entienden bien el francés. Si estos procedimientos fueran aceptables en la discusión, hace ya mucho tiempo que las discusiones serían materia prohibida entre personas educadas.

Yo protesto del artículo de "Varios Abonados", porque lo encuentro lleno de esa suficiente ignorancia que hay en Chile sobre la literatura, el arte, la sociedad de Francia. Porque, en estos momentos en que esa gran nación, fuente de vida, de reforma, de juventud, de belleza, de virtud y de abnegación, está en guerra con formidables enemigos, hay quienes pueden ser inducidos en error respecto de su moral pública. En Francia, como en todos los países civilizados, y más que en otros, las piezas crudas son condenadas y hay gentes que se retiran de las salas de espectáculos no sólo cuando les faltan al respeto, sino cuando no aceptan la tesis sostenida o aún cuando no aceptan la técnica del autor. Los que no se retiran de ninguna sala en Europa son los sudamericanos. Pero es porque **no entienden.**

No envidio por cierto la tarea de esa Liga de censura; tal vez si me lo preguntaran aconsejaría se disolviera. Pero, después de artículos como el que comento sobre "L'Enfant de l'amour", publicando lista de señoras a quienes se pretende hacer salir con sus nombres, garantes de la corrección de la pieza; francamente, es de dudar...

PHILOCHILE.



Los Veteranos

Por

M. J. ORTEGA

Ilustraciones de Luco

I

Eran sólo tres, aunque en valor y patriotismo equivalía cada uno a un regimiento.

El único genuino, es decir, el único que había nacido en el pueblo, que del pueblo había ido a la guerra y que al pueblo había vuelto después de la victoria, era el sargento don Nicanor. Allí tenía un hogar, embellecido por la presencia de sus tres hijas, a quienes todos conocían con el nombre de "las niñas Lechuzas" porque eran demasiado aficionadas al solimán y a los polvos de arroz; allí contaba y ponderaba sus hazañas militares, que ya sabían de memoria hasta los niños de la escuela, y allí tenía determinado que descansaran sus huesos, juntos con un famoso sable que, según él decía, le había regalado el general Baquedano después de la batalla de Tacna en premio de su heroísmo. Sentía por su sable tanta estimación, que cada vez que bebía una copita más de las convenientes, lo quitaba del clavo en que lo tenía colgado a la cabecera de su cama, lo esgrimía con furia sobre su cabeza, lo acariciaba después tiernamente, dándole golpecitos en la hoja con la mano izquierda, y decía a sus niñas:

—Ya lo saben ustedes, muchachas. Este, dentro de mi ataúd cuando yo me muera. Otras manos que las mías no han de tocarlo.

Y las niñas se lo prometían, aunque en su interior pensaban usarlo como asador tan pronto como el autor de sus días entrase al templo de la inmortalidad.

De los otros dos, el uno era don Belisario, antiguo guerrero de la Araucanía y más tarde de la contienda del Pacífico, en la cual alcanzó al grado de capitán de artillería. Obligado por un reuma pertinaz en una pierna, que él confundía a veces con una herida a bala que se imaginaba haber recibido en Arica o en Chorrillos, había abandonado la carrera de las armas y abrazado la de agricultor, para lo cual tomó en arriendo un pequeño fundo en los alrededores del pueblo. Tenía un aspecto enteramente marcial, estatura elevada, cuerpo enhiesto, aunque un poco ventrudo, una perilla militar canosa y recia, y una voz de mando poderosa y bien timbrada.

El tercero no era veterano sino por influencia. Jamás había manejado por sí mismo una espada o un fusil; pero los habían manejado dos hermanos suyos, muertos con el grado de tenientes, el uno en Miraflores y el otro en Tarapacá. Don Pedro María había recogido para sí la herencia de gloria de estos dos héroes y la conservaba sin tacha, junta con un kepis del mártir de Miraflores y con unas botas del ilustre compañero de Eleuterio Ramírez. Y en su calidad de heredero de estas cosas y de aquella gloria, se consideraba a sí mismo como un teniente veterano hecho y derecho, a lo que asentía todo el vecindario, sin duda ni restricciones de ninguna especie.

Los tres eran veteranos en el doble sentido de la palabra: veteranos por su pericia y experiencia en cosas de guerra y por los años que cargaban sobre sus espaldas. Pero no se crea por esto último que las tenían jorobadas o que sus piernas estaban débiles y vacilantes por la edad; nada de eso, pues nunca figuras más apuestas y marciales han formado en las filas de un regimiento, y nunca mayores hígados se han encerrado en humana envoltura. Es cierto que al sargento don Nicanor le lloraban los ojos constantemente por causa de una inflamación crónica que tenía en los párpados; es verdad que el capitán don Belisario tenía el vientre bastante desarrollado y sufría todos los inviernos unas cargas atroces de su reumatismo o de sus balazos, y no puede negarse, por último, que don Pedro María era nervioso como una dama y no podía oir el estallido de un cohete sin estremecerse de pies a cabeza; pero todo eso desaparecía cuando se juntaban los tres para embriagarse con sus gloriosos recuerdos y con algunas copitas de anisado, y cuando, ebrios ya con esas cosas, recobraban todo su entusiasmo y sus ardores juveniles, y se ponían de pie, y agitaban los brazos, y daban voces de mando como si se encontraran frente al enemigo en el campo de batalla.

Cómo se juntaron por primera vez los tres veteranos y cómo nació entre ellos la idea de militarizar a todo el pueblo, es cosa que los historiadores locales no han podido aún determinar a ciencia cierta. Pero parece que fué del modo siguiente: don Belisario y don Pedro María eran antiguos amigos y se reunían con frecuencia, ya en casa del uno, ya en casa del otro, ya en la del sub-delegado o en la esquina del boticario; pero no tenían trato alguno con el sargento don Nicanor, a quien su pobreza y la inferioridad de su grado hacía indigno de tan altas relaciones. Cuando el capitán y el teniente paseaban juntos por las calles del pueblo o cuando tomaban el fresco sentados a la puerta de la botica, y pasaba a su lado o frente a ellos el sargento, se llevaba éste la mano al borde del sombrero con marcial actitud y ellos le contestaban con un gruñido; pero una vez el encuentro fué más dramático y tuvo la consecuencia de establecer entre los tres héroes cordiales relaciones. Pasaban los dos oficiales frente a la casa de don Nicanor, cuando vieron salir de ella, disparados, a dos jovenzuelos calaveras que galanteaban a las hijas del veterano, y a éste tras de ellos, armado de su sable y dándoles voces para que se detuvieran. Era tal la marcialidad de su actitud y tales la velocidad de sus piernas y la energía de su brazo para blandir el sable, que don Belisario y don Pedro María se detuvieron a mirarlo y el primero dijo al segundo:

—Buena carga, ¿eh?

—¡Espléndida! — respondió el teniente con igual tono y gravedad que los de Wellington en Waterloo, para elogiar la carga de los coraceros franceses contra Mont Saint-Jean.

Y agregó en voz baja, acercándose al oído de su compañero:

—Ya tenemos el brazo, me parece, frase en la cual se adivinaba que algún proyecto tenían los dos amigos en el magín y que sólo les faltaba un factor, un brazo firme y robusto, para ponerlo por obra.

Don Belisario llamó entonces al sargento y le preguntó:

—¿De qué regimiento?

—Del Esmeralda, mi capitán.

—¿Grado?

—Sargento primero.

—¿Compañía?

—De la segunda.

—¿Acciones de guerra?

—Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores...

—Bien, váyase esta noche a mi casa a comer con nosotros.

—Listo, mi teniente; listo, mi capitán,— respondió el sargento, después de lo cual saludó militarmente, giró sobre sus talones y se fué a su casa envainando el sable

y más contento y orgulloso que cuando el general Baquedano lo llamó a su presencia para regalárselo ante toda la tropa formada en cuadro.

❦

La casa de don Belisario, donde tuvo lugar esta primera reunión de los tres veteranos y las muchas que le siguieron, era por su construcción y por sus adornos, muy propia de las marciales inclinaciones de su dueño. Una reja de agudas lanzas de hierro cerraba el jardín por todo el lado que daba hacia la calle, y dos enormes balas de cañón señalaban la entrada del sendero que conducía hacia el corredor. Escudos chilenos de hoja-lata adornaban los dos pilares del centro de éste, por entre los cuales trepaba la escalerilla que daba acceso a las habitaciones. En el jardín, muchos copihues rojos como la sangre y muchas quilas de las que se fabrican las lanzas para el ejército; una araucaria ocupaba el sitio de honor y dos canelos, el árbol sagrado de los indígenas, señalaban a las claras que sangre de esa heroica raza circulaba por las venas de su heroico poseedor. Un roble, en fin, colocado en sitio prominente, simbolizaba la fuerza del chileno y su dureza y resistencia para soportar la intemperie y las privaciones.

Don Belisario procuraba que nadie ignorase lo que aquellos símbolos significaban, y cuando algún visitante le dirigía un cumplido, por ejemplo, sobre la hermosura de los copihues, respondía con fiereza:

—¡Sí, rojos como la sangre!

Y cuando el cumplido era sobre las quilas o sobre el roble, respondía:

—¿Las quilas? Son lanzas futuras contra los enemigos de la patria.

O bien, tocándose los biceps, decía arrugando el ceño:

—¿El roble? Más duros que su madera son los músculos de nuestra raza...

Pero todo lo de fuera era nada comparado con la belicosidad interior de las habitaciones. Las paredes del salón, que a la vez hacía de escritorio, desaparecían bajo los retratos de todos los héroes de la guerra del Pacífico; las mesas y consolas estaban literalmente cubiertas de proyectiles de todas formas y calibres; banderas chilenas colgaban en todos los ángulos de la sala; el tintero del escritorio estaba formado por dos granadas sin carga unidas entre sí y llenas la una con tinta negra y la otra con tinta roja "como la sangre"; cápsulas de Máuser formaban los portaplumas y lapiceros, y los cinco o seis carga-papeles eran otras tantas balas de cañón que hacían crujir con su peso todo el mueble. La casa, en fin, era tal, por dentro y por fuera, que el maestro de escuela la llamaba socarronamente "el Museo Militar" y otras veces "la mansión de Tartarín", alusión esta última que, felizmente para el preceptor, no era bien comprendida por ninguno de los vecinos ni por el mismo don Belisario.

Pero lo que allí llamaba más la atención, lo que llenaba de congoja el alma de los cobardes y de entusiasmo y coraje la de los verdaderos patriotas, era algo muy grande, muy extraordinario, muy sonoro, muy terrible. Algo en fin, que merece capítulo aparte por su importancia y por el gran papel que desempeñaba no sólo en el escritorio de don Belisario sino en toda la población.

❦

Este Algo era La Pieza. Y la Pieza era un cañón de artillería, cañón auténtico y verdadero, que ocupaba él solo la cuarta parte de la sala con su sér material y todo el pueblo y sus alrededores con sus estampidos y con su fama.

Era de bronce, tenía de largo un metro y varios centímetros y estaba montado sobre una cureña. Brillaba como si fuera de oro puro, pues su dueño lo limpiaba personalmente con paños de lana cada quince días, y en cuanto a las ruedas y a la cola de la cureña, estaban siempre recién pintadas, las primeras de rojo y la segunda de color plomizo, pues don Belisario no dejaba transcurrir una estación del año sin pasarles la brocha y el pincel hasta por sus más mínimas ranuras. Toda la máquina, finalmente, estaba envuelta en una funda negra con ribetes colorados que le daba un aspecto a la vez fúnebre y guerrero.

Nadie sabía a ciencia cierta cómo había obtenido don Belisario aquel tesoro. La tradición contaba que el cañón había llegado al pueblo entre gallos y media noche, cargado sobre una carreta, un año después que su dueño. Este guardaba sobre el asunto una extraña reserva, lo que daba margen a mil suposiciones; pues los admiradores del ve-

terano sostenían que el capitán lo había conquistado a viva fuerza y a costa de su sangre en la batalla de Chorrillos, versión que él no negaba, pero a la cual asentía sólo a medias, con una sonrisa enigmática y un gesto de pudorosa modestia; los más suspicaces decían que la Pieza había sido substraída del Museo Militar, y hasta había pícaros que aseguraban que aquel cañón era obra de alguna fundición nacional, y que no pasaba de ser una apariencia de arma de guerra, inservible para lanzar balas y útil apenas para hacer ruido con pólvora y con tacos de papel. Sea como fuere, el hecho es que el origen misterioso de la Pieza contribuía no poco a aumentar su prestigio en el ánimo del vecindario.

La Pieza daba fama a todo el pueblo y era la envidia de los pueblos vecinos. Cuando llegaba algún forastero y se hospedaba en el hotelillo del viejo Salazar, no faltaba un vecino de los que allí se reunían para jugar a la brisca que se acercase a él y le dijese:

—¿Le gusta el pueblo? ¿Qué le parece?

—Así, así...

—Pero es que usted no sabe lo que tenemos aquí.

—¿Qué cosa?

—Venga usted y lo verá.

Y con paso solemne lo llevaban entre dos o tres a ver la Pieza, cuyo dueño nunca se negaba a mostrarla, sino que por el contrario, se complacía en explicar al forastero su mecanismo y el modo de manejarla. Y cuando para el Dieciocho o para el 21 de mayo tronaba el cañón en la plaza del pueblo, los del caserío vecino, que alcanzaban a oír perfectamente los disparos, decían fingiendo desprecio pero pálidos de envidia:

—Ya está rebuznando el burro de los de abajo.

Las salvas hechas con la Pieza en estas solemnes ocasiones estaban sujetas a un riguroso ceremonial. Saludaba al sol del 18 de septiembre a su salida y a su entrada, y al sol del 21 de mayo a la hora precisa en que se hundió la Esmeralda con su bandera al tope. Para estos saludos la Pieza era sacada en procesión desde la casa de don Belisario hasta el medio de la plaza, escoltada por la escuela de niños formada en dos hileras, una a cada lado, y por los vecinos más notables de la población. Don Belisario y don Pedro María la llevaban de tiro y el comandante de policía iba detrás, con los cinco soldados que formaban el cuerpo de su mando. Llegados todos al sitio de los disparos, don Pedro María se iba a su casa a paso ligero, porque sus nervios no le permitían oír el estampido, y la parte masculina de la concurrencia se acercaba con todo heroísmo a ver la operación, mientras que las señoras y las niñas permanecían a larga distancia, en los corredores de la plaza, pálidas y sobresaltadas por lo que iba a suceder, y listas para taparse los oídos en tanto adivinaran por los movimientos de don Belisario que iba a producirse la detonación. Y apenas el estampido conmovía el aire y hacía trepidar los vidrios de todas las ventanas, las señoras lanzaban chillidos y los hombres permanecían quietos en sus sitios, con aire de sobrehumana fiereza, sin que se alterase un solo músculo de sus rostros, rasgo de valor que llenaba a sus esposas e hijas de una admiración que solía exteriorizarse en frases como éstas:

—Pero, ¡qué bárbaros! Ni pestañean siquiera.

—¡Son muchos hombres, Dios mío! Es capaz que suceda una

desgracia... Y apenas el humo de una descarga se había disipado, don Belisario metía el escobillón por la boca de la Pieza y lo hacía funcionar varias veces con heroico esfuerzo, hacia dentro y hacia fuera, mientras el comandante de policía preparaba la segunda carga, que era depositada en el cañón personalmente por don Belisario con toda clase de precauciones.

Y vuelta a disparar, y vuelta al chillar de las señoras y de las niñas, y vuelta a manifestarse los hombres heroicos e impasibles, hasta por tres veces consecutivas. Después de lo cual la Pieza era llevada a la casa de don Belisario con las mismas ceremonias con que había sido sacada, y era depositada en el pasadizo, donde su dueño la limpiaba y la aceitaba con todo esmero antes de que pasase a ocupar su sitio acostumbrado en el ángulo del escritorio.

Lo que hablaban y trataban entre sí los tres veteranos en sus frecuentes reuniones en la "mansión de Tartaría", es cosa que no se sabe a ciencia cierta, aunque es fácil adivinar por los resultados. Estábamos entonces en el período más peligroso de nuestras relaciones con la República Argentina, y todo el mundo pensaba que la guerra sería el único medio de solucionar el conflicto. Los veteranos hablaban seguramente de la necesidad de que el pueblo no permaneciera indiferente ante el peligro de la patria; de que se preparara para ofrecerle el tributo de su sangre en el caso de un conflicto armado; de militarizar al vecindario, en fin, para que corriese en masa, entusiasta y disciplinado, al campo de batalla.

En aquellas reuniones se discutió todo el plan de militarización, plan vasto y complicado; pues, como se vió por los hechos, se trataba nada menos que de formar un cuerpo de ejército de las tres armas, para lo cual no faltaban en el pueblo hombres ni elementos. Desde luego, el mando de la artillería estaría a cargo de don Belisario, la infantería a cargo de don Nicanor y la caballería bajo las órdenes de don Pedro María; pues aunque sus hermanos no habían militado en esa arma, le constaba a todo el mundo que el teniente había sido un jinete y un carrerero consumado en su juventud.

Trazado el plan, se dió principio a su ejecución. Para ello era necesario, ante todo, obtener del subdelegado don Faustino que lanzase una proclama para llamar a las armas al vecindario, y don Faustino se prestó gustosísimo a lanzarla, entusiasmado con el título de coronel honorario con que lo agraciaron los veteranos. La proclama fué redactada en consejo por los tres héroes, y salió, por lo tanto, heroica a no poder más. En ella figuraban Lautaro, Colocolo y Caupolicán, y los héroes de Iquique y Tarapacá, salía la estrella solitaria y la frase sublime sobre "el último cartucho del último cañón", y continuaba: "¡Ciudadanos! ¡La Patria está en peligro! Es tiempo ya de que suene la campana de la alarma pública. ¡A las armas, a las armas! A formar en las filas del Cuerpo de Voluntarios de San Lorenzo para defender a la Patria y a su sagrado pabellón. ¡El que sea valiente, sígame!" Y terminaba con unos versos de **La Araucana** acomodados admirablemente para aquella circunstancia, en los cuales don Faustino decía a sus gobernados lo que dijo Lautaro a sus compatriotas en la batalla de Tucapel:

"A lo menos firmad el pie ligero,
veréis como en defensa vuestra muero".

La proclama le fué leída al subdelegado por don Belisario delante de los otros dos veteranos, y tal énfasis y expresión empleó en la lectura el heroico capitán, que don Faustino, sin decir palabra, dominado por la más intensa emoción se limpió las lágrimas, se caló las gafas, tomó la pluma y escribió al pie:

"Vuestro coronel honorario,
Faustino Contreras".

Con lo cual quedó creado oficialmente el Cuerpo de Voluntarios de San Lorenzo.

Y desde aquel mismo día empezó el enganche. Con la proclama en la mano recorrieron los veteranos todas las casas del pueblo y sus alrededores, empezando por las de los notables, y llevando a todas ellas el entusiasmo bélico. La aristocracia fué toda alistada en la oficialidad: al juez don Pacífico se le nombró capitán de artillería; al receptor, segundo jefe de los de a caballo; al oficial civil, teniente primero, y al boticario, cirujano jefe, a cargo de la ambulancia. Los puestos de cabos y sargen-

tos recayeron en los artesanos y el pueblo llenó las filas en número de más de sesenta.

La mayor dificultad para el reclutamiento la presentó la escuela. El maestro que era un mozo testarudo y medio burlón, no contestó a la circular que le envió la comisión organizadora para invitarlo a enrolarse al Cuerpo con la escuela en masa, aunque le ofrecían formar con ella compañía aparte y reconocerle a él el grado de capitán. En vista de ese desprecio, la comisión le envió una segunda nota, en la que le reprochaba su falta de patriotismo y lo acusaba de no cumplir sus deberes cívicos. Respondió el maestro que la Patria le había confiado la misión de instruir y educar a los muchachos; pero no la de hacerlos militares, y que aquella misión la cumplía a conciencia, como todo el pueblo no podría menos de reconocerlo. Replicó la comisión, tornó el maestro a responder, y en fin hubo de cejar en su resistencia cuando vió que todo el pueblo estaba indignado con su conducta y dispuesto a retirar los niños de una escuela donde se les daban tan malos ejemplos de desamor a la Patria y de indiferencia ante los peligros que la amenazaban. La escuela pasó, pues a formar en el Cuerpo de Voluntarios como compañía volante, sin calificación ni papel determinado.

Y empezaron los ejercicios. No es para descrito el entusiasmo que desplegó en ellos don Nicanor, sobre quien recayó la mayor parte del trabajo. Todos los domingos y días festivos, vestido con una casaca de capitán, armado de su sable y cubierta la cabeza de un kepis con tres galones, trabajaba en la plaza, de una a cinco de la tarde, bajo la inspección inmediata de don Belisario y don Pedro María y bajo la patriótica y cariñosa mirada de las niñas y las señoras que desde las puertas y ventanas no apartaban los ojos de los futuros guerreros.

Los reclutas eran al principio reacios a la disciplina; pero don Nicanor supo imponérseles a fuerza de dichos enérgicos y de enérgicos varillazos, de modo que antes de dos meses sabían tenerse firmes y cuadrados correctamente, marchar a compás y llevando el paso, hacer el flanco derecho y el flanco izquierdo, y ejecutar, en fin, toda la serie de ejercicios sin armas que el veterano pudo enseñarles.

Y entonces surgió una dificultad. El Cuerpo necesitaba fusiles; ¿de dónde obtenerlos? El ingenio de don Nicanor sacó airoso de aquel trance al Cuerpo de Voluntarios: exigió a cada uno de los reclutas que trajese de su casa una barandilla de carreta enderezada y alisada convenientemente, y hételos ahí a todos armados de fusiles que, si no servían para dar fuego, servían a lo menos para hacer fuego, como dijo cuando los vió el pícaro del preceptor.

Antes de terminar el invierno, el Cuerpo de Voluntarios era ya disciplinado y aguerrido de tal manera que sus tres jefes pensaron seriamente en realizar una idea que desde hacía mucho tiempo los tenía preocupados: la de sacarlo a campaña para poner a prueba su resistencia y su disciplina.

◆

No se habló de otra cosa en todo el pueblo durante quince días. ¡El Cuerpo de Voluntarios salía a campaña! Era la coronación del sacrificio, la prueba más difícil que podía imponer a aquellos hombres su patriotismo. Dejar las comodidades del hogar, abandonar la esposa y los hijos, resolverse a no dormir en cama ni bajo techo, sino a campo raso y echados sobre el suelo, a no comer en mesa sino tumbados sobre el pasto, olvidarse cada uno de las regalonas costumbres cuotidianas para imponerse toda clase de privaciones, eso era casi demasiado para padres de familia, para hijos de familia, para tíos y primos de familia. Las hijas, las esposas, las madres, las primas y las sobrinas así lo comprendieron y y procuraron endulzar todo lo posible aquel sublime sacrificio. Las hermanas de don Belisario le prepararon un colchón de campaña y frazadas y mantas en abundancia para ponerlo a cubierto de un ataque de su reuma; la esposa de don Pedro María arregló para su cónyuge 6 pieles de cordero, lanudas, blandas y sobadas; el veterano don Nicanor, más aguerrido y resistente, sólo aceptó de sus hijas una manta de castilla y un gorro para la cabeza, a fin de defenderla contra el relente durante la noche. El tren de bagajes del coronel honorario, arreglado por las propias manos de su esposa, llevaba hasta tres mudas de ropa blanca, charqui molido, fiambres de cerdo y hasta mate y bombilla con la yerba y azúcar correspondientes, todo lo cual iba a cargo del "güeñi" Goyo que, elevado a la ca-

tegoría de asistente, debía cuidar de la salud y de la integridad personal de su señor.

Los mismos expedicionarios se preparaban también activamente para sufrir los rigores de la campaña: unos hacían largas marchas calle arriba y calle abajo para robustecer las piernas; otros permanecían sentados largas horas de la noche a la puerta de sus casas, para acostumbrarse al rocío; otros, en fin, se levantaban de la mesa sin probar bocado para habituarse a la escasez de alimento que por allá habían de soportar.

Los tres jefes tampoco descansaban. En pocos días lograron reunir, con los donativos del vecindario, cinco corderos, ocho o diez pavos, arrollado, longanizas, queso, huevos y otras municiones de boca en respetable cantidad, amén de seis damajuanas de vino blanco y tinto, todo lo cual se cargó en dos carretas alquiladas con ese objeto y con el de traer de vuelta a los heridos, por si caían algunos en el puesto del deber durante la expedición.

Y salieron al fin, un día domingo poco después de aparecer el sol. ¿A dónde iban? Nadie lo sabía, excepto don Belisario, que se había reservado para sí el plan de la campaña. Lo único que los demás podían decir es que iban hacia arriba, hacia la montaña, en persecución del enemigo o a atajarle el paso en la cordillera. El itinerario del Cuerpo dependería de los movimientos del adversario, al cual las avanzadas no perderían de vista a sol ni a sombra. Atravesarían desiertos, vadearían ríos, cruzarían montañas, acamparían donde les tocase. Iban dispuestos a todo. Y una vez en contacto con los enemigos ¡pif! ¡paf! fuego con ellos, y ya se vería de lo que era capaz el Cuerpo de Voluntarios de San Lorenzo...

Marchaba primero la infantería, cuarenta hombres, ufanos, orgullosos, con sus barandillas terciadas al hombro y mandados fieramente por don Nicanor con su sable desenvainado; seguía la artillería, es decir, la Pieza, arrastrada por un caballo y servida por cinco hombres, comandados por don Belisario, que era además el jefe supremo de todo el Cuerpo, y cerraban la marcha diez jinetes a cargo del teniente don Pedro María. La ambulancia, atendida por el boticario, iba en las carretas de provisiones, que habían salido con dos horas de anticipación.

Aquello era realmente conmovedor. A todas las puertas se asomaban rostros femeninos para verlos pasar. Las esposas y las hijas de los expedicionarios agitaban pañuelos en señal de despedida y después se limpiaban con ellos las lágrimas que les arrancaba la emoción. A la salida del pueblo esperaba el señor cura, que despidió al Cuerpo con un discurso y muchas bendiciones. Las únicas que no dieron grandes señales de pena ante aquel éxodo de valientes, fueron las niñas Lechuzas que asomadas a la ventana de su casa vieron desfilar el Cuerpo con sus caritas pintadas muy alegres y risueñas. Algunos curiosos de los que estaban por allí declararon después que habían visto un cambio de miradas de inteligencia entre las Lechuzas y sus galanes, que marchaban en la infantería bajo las órdenes de don Nicanor.

•

Y ahora es tiempo de preguntar como Homero:

"¿Cuál de los dioses, dime, a la discordia
Sus almas entregó para que, airados,
Injuriosas palabras se dijesen?"...

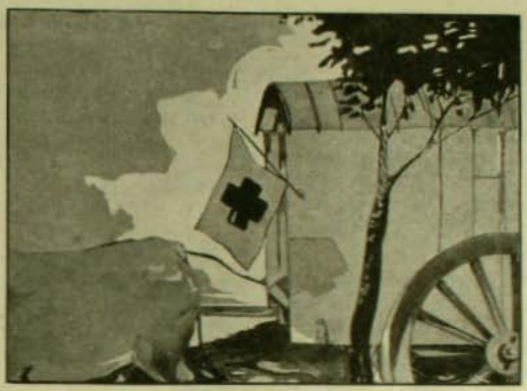
para que se agrediesen y golpeasen y para que ellos mismos destruyeran una obra ejecutada a costa de tanta abnegación y de tantos sacrificios?

Fueron el Amor y los Celos, estimulados por la Gula, y la cosa sucedió del modo siguiente:

La expedición marchó aquel día lentamente, primero a causa de las carretas, que iban demasiado pesadas; segundo, por causa de la Pieza que, acostumbrada a rodar sólo desde la casa de don Belisario hasta el centro de la plaza, no marchaba muy bien por aquellos caminos llenos de baches que había que salvar con toda clase de precauciones, y tercero, porque el sol calentó aquel día como nunca y calmó extraordinariamente a los guerreros y los bañó de transpiración, de tal modo que tuvieron que detenerse para pasar la siesta en un sitio que les pareció adecuado, a poco más de una legua de la población. Allí fijaron su campamento, lo rodearon de centinelas para estar a cubierto de toda sorpresa, pusieron las armas en pabellón, y comieron y be-

bieron alegremente, que bien lo merecían después de tan ruda jornada. Hacia la caída de la tarde, la mitad de las damajuanas estaban ya vacías, y las provisiones de boca disminuídas considerablemente, por lo cual don Belisario juzgó oportuno que se levantase el campo y se reanudase la marcha.

Pero de repente, cuando todos habían tomado ya sus armas y cuando ya se había enganchado la Pieza al caballo que la tiraba, resonó en el campamento la voz de los centinelas que gritaban a pleno pulmón:



— ¡Mi comandante, dos desertores se vuelven al pueblo! Y efectivamente, eran dos galanes de las niñas Lechuzas que, aprovechando la confusión de aquellos momentos, pretendían escaparse, para tener con ellas, según habían convenido, un rato de jolgorio con vihuela y tamboreo.

Lo que siguió después no es para descripto. El veterano don Nicanor, que es tan celoso por la disciplina militar como por sus fueros paternales, se dió cuenta claramente de la doble infracción que cometían sus subalternos y arremetió contra ellos con el sable desenvainado; se defendieron los mozos con sus barandillas, acudió don Belisario en favor de su jefe de infantería, e intervinieron otros para ayudar a los desertores. Todo el entusiasmo guerrero de aquellos hombres, que durante tres meses no habían hecho otra cosa que prepararse para pelear y que no habían hablado sino de combates y de campañas, estalló en ese momento con increíble ferocidad. Exaltados todos por la ira y por el vino de las damajuanas, convirtieron el campamento en un campo de Agramante. Y así como en Europa el Austria le pega a Servia, la Rusia al Austria, la Alemania a la Rusia y la Francia a la Alemania, así pegaban allí don Nicanor a los desertores, los desertores a don Belisario, don Belisario a los amigos de los dos mozos y éstos a los amigos de los dos veteranos, todo en medio de la más espantosa confusión. Y para remate de males, el caballo de la Pieza se espantó con el bullicio y echó a correr arrastrando toda la artillería hasta que la destrozó contra un árbol, hecho que atribuló el corazón y acrecentó de tal manera la ira de don Belisario que empezó a menudear los golpes sin compasión y sin mirar si los recibían amigos o adversarios...

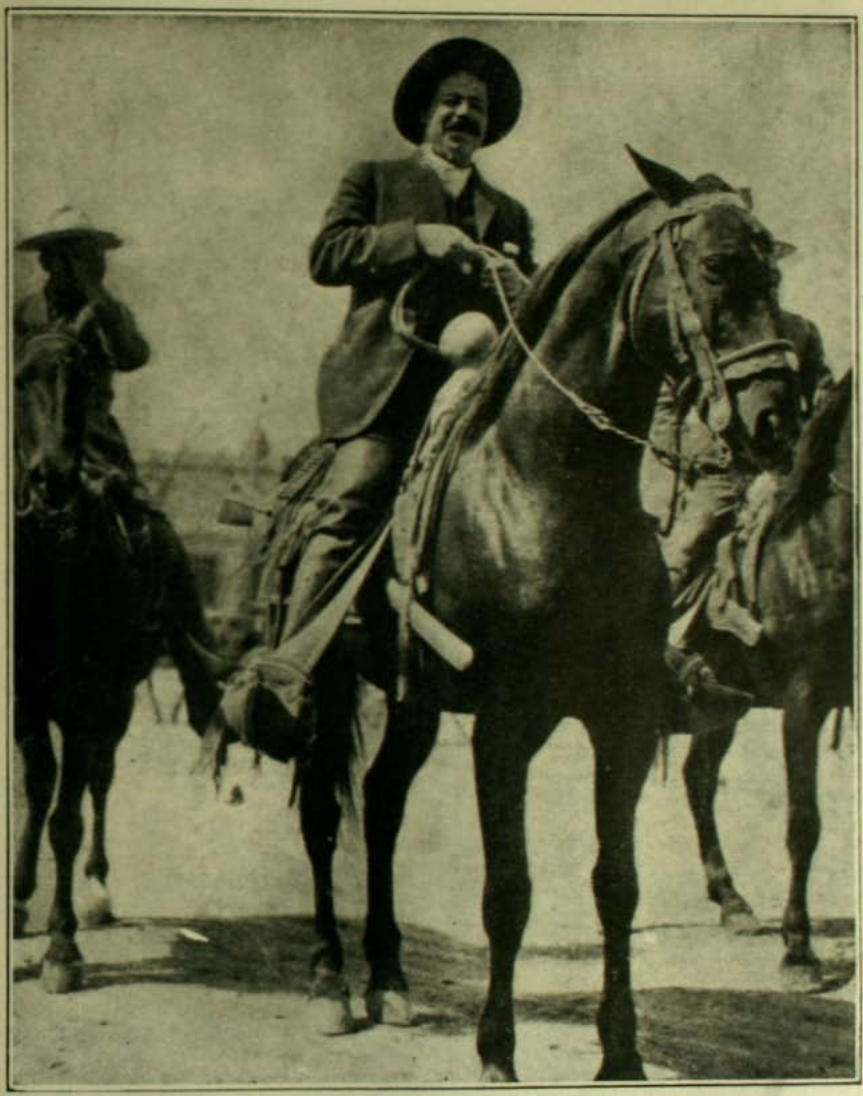
La "debacle" fué completa. Hacia la media noche empezaron a llegar al pueblo los derrotados, casi todos heridos y a mal traer: don Nicanor con un brazo en cabestrillo y con el sable dividido en dos pedazos, los desertores con la cabeza rota, don Belisario en una de las carretas, cuidando amorosamente los restos de su Pieza, y otros muchos magullados y contusos, vendados de rostro o apoyados en muletas y bastones. El único que llegó enteramente sano, sobre la otra carreta, fué el teniente don Pedro María, a quien un ataque de nervios puso al abrigo de todo daño al principio de la batalla.

Si vis pacem, para bellum, dicen los partidarios de la paz armada, pero ese es un mal consejo. Los que están armados desean pelear, son una mina cargada, y basta una chispa para producir en ella una explosión. Lo prueban el conflicto europeo y la derrota lastimosa del Cuerpo de Voluntarios de San Lorenzo.

M. J. ORTEGA.

Pancho Villa "rematando" su caballo en una calle de Torreón

La entrada de Carranza a la capital mejicana termina virtualmente con la guerra civil, siempre que Villa y otros caudillos menores se resignen a volver al régimen normal.



Pancho Villa y sus ayudantes de campo

Triunfo de un Chileno en Francia

La carta que damos a continuación, íntima y espontánea, fué escrita sin la más remota idea de que viera la luz pública: y tal vez por eso mismo, fuera de otras razones que se desprenden de su lectura, es útil e interesante publicarla.

"Santiago, a 2 de junio de 1914.—Señor don Enrique Fonseca S.—Santiago de Chile.—Mi muy querido don Enrique:

Le doy la buena noticia de que he sido admitido alumno de la Escuela Nacional de Bellas Artes de París; lo que ha sido para mí un éxito extraordinario.

Señor José Ferreti

Se presentaron al concurso **860 candidatos**, no pudiendo ser admitidos sino cuarenta, y de los cuarenta sólo diez extranjeros. Había que hacer dos trabajos, uno del yeso clásico y otro del cuerpo humano, en un número relativamente corto de horas. Entregados los trabajos, había que seleccionar ciento, y entre ellos, los cuarenta.

Tan luego como llegué a París supe esto por Reska, que me habló de la posibilidad de ser admitido en la Escuela de Bellas Artes como de cazar un pájaro al vuelo con la mano.

Entré pues a la Academia Julian, y el mismo día conversé con Fossa, quien me animó para que procurase entrar a la Escuela. Me entusiasmé, y me hice presentar al concurso por la Legación de Chile (trámite oficial indispensable), gasté dinero en documentos, tomé un profesor de noche, de siete a diez, y me quedaba trabajando hasta la una de la mañana. Madrugaba al día siguiente para ir a la Academia, y no tenía tiempo para nada, sintiéndome tan nervioso que apenas comía, intranquilo como el hombre que juega la vida en una carta. Bajé seis kilos de peso: actualmente no tengo sino 68. Y todo esto, sin decir nada a usted, temeroso del fracaso, y de mis responsabilidades por los gastos hechos.

Una mañana, la del primer examen, me levanté a las cuatro y media a hacer dibujitos, con la impresión del hombre que se va a batir. Casi no tenía esperanzas: usted sabe lo poco que estudié en Chile.

Impúseme al día siguiente de que mis dibujos figuraban entre los ciento elegidos. Casi me volví loco. Me costaba contenerme para no escribírselo. Esa mañana me fuí a almorzar a un restaurant italiano, con tallarines y vino Asti, y por primera vez, desde que estoy en París, almorcé enteramente a mi gusto. Figúrese que gasté once francos ¡sesenta centésimos!! La segunda mañana, temblando me presenté a la Escuela, que es un gran palacio (**"mi casa"**), y sufrí la segunda prueba (la noche antes recé e hice promesas ahorcadoras). Y tengo la satisfacción de ofrecerle estos primeros laureles, que me dan derecho a estudiar **"gratuitamente"** pintura, dibujo, anatomía, historia de arte, perspectiva, etc., etc., hasta todo 1920. Los profesores son celebridades mundiales.

La anatomía se estudia sobre los cadáveres de los hospitales, con más conciencia y más a fondo que en otra parte alguna del mundo.

Tengo pagado en la Academia Julian hasta octubre, época en que principian las clases en la Escuela. (Ahora acaban de salir a vacaciones). En todo hemos tenido suerte.

Como ve, no pierdo mi tiempo, ni ocasión de demostrárselo con pruebas positivas. Ya tengo en mi maletita todos los certificados en orden. En octubre los presentaré. ¿Está contento?

Adjunta le envío una revista sud-americana de París que publica **mi triunfo.** Por ella podrá darse cuenta de la cantidad de chilenos que hay en esta capital. Yo no visito a nadie, ni tengo amigos de ninguna especie; y hago mi vida solo, eternamente solo, en esta inmensa ciudad. Pasada la gran agitación de mi batalla, estoy casi triste, festejando solo mi soledad con el pensamiento de la alegría que le doy con este suceso. Ruégole se lo cuente detalladamente a mi familia, o si quiere, léales mi carta. Muéstreles también la revista y perdóneme las incomodidades que le puedo causar. Si estuviera en Chile con mi familia y mis buenos y muy queridos amigos, ¡cómo habríamos festejado este triunfo del **artista microbio!**

Le diré que aún no he terminado de trabajar. Tengo que seguir las clases nocturnas de dibujo y anatomía, para poder ingresar a la Escuela sin hacer un triste papel. Debo trabajar mucho, porque de otra manera no podría regresar a Chile con los serios conocimientos que necesito para continuar estudiando y produciendo solo, y con éxito. Tengo grandes proyectos que llevar a cabo si no me falta su apoyo, como lo espero.

He ido a la Escuela de Medicina para aprender anatomía, ramo que cultivamos como los estudiantes de medicina. Al principio es desagradabilísimo, se trabaja en la sala de "disección", en donde hay cuatro cadáveres, uno en cada mesa, y nos muestran el juego de los huesos, músculos, tendones, etc. La primera vez, sobre todo, impresiona mucho, hasta se sueña con los cadáveres. Los cortan y despedazan como en una carnicería, solamente que la carne humana es menos agradable de ver, que la carne animal.

Especialmente repugnan las cabezas con los rostros mal agestados. Salvo esto, el estudio es de un interés asombroso. Aquí se trabaja en el arte como en una ciencia profundísima, uno aprende **verdaderamente,** sabe de veras, y puede llegar a ser un gran maestro, como los griegos y romanos.

Después de algunos años de estudio, se encuentra un estudiante de pintura o escultura, con conocimientos que le permiten conocer a ciencia cierta el **valor** artístico **exacto** de cada una de sus producciones y el camino claramente discernido para llegar a la mayor perfección posible. Al público, a los críticos y jurados incompetentes, puede el pintor que sabe, aplastarlos con la lógica que le da la ciencia, y con especialidad el conocimiento perfecto del cuerpo humano.

Yo me dedicaré exclusivamente a la figura. Un gran figurista es, fácilmente, un gran paisajista, y un buen paisajista puede no ser un gran figurista. El paisaje es algo personal y de amplia interpretación, cada uno ve y compone a su gusto, es elástico y por lo tanto, relativamente fácil. La figura o sea, el cuerpo humano, es **la verdad misma** y para ser figurista se debe conocer **perfectamente** el cuerpo humano, como Leonardo de Vinci (autor de la Anatomía que estudiamos), y ser además un perfecto dibujante. Para conseguir estas dos cosas, es preciso poseer algunos **quilates** de talento y una obstinación y voluntad a toda prueba, y desarrollar un trabajo constante e inteligente.

Además para que un cuadro sea de mérito y **valer** artísticos **importantes,** es necesario que el autor sea **colorista.** Para que un cuadro tenga mérito, basta que demuestre **conocimientos profundos,** pero si a esto agregamos el acertado colorido, el cuadro va por el camino de la gloria. Nadie, con buenos propósitos y algunas capacidades naturales, debe perder la esperanza de llegar a esta meta amada de los artistas.

Los grandes maestros fueron hombres como nosotros, con ojos y manos como las nuestras; por lo tanto, siguiendo su camino, ¿por qué no habríamos de llegar nosotros a donde llegaron ellos?

Aquí se estudia mucho y con gran entusiasmo. **Un artista es más que un hombre.** Aquí dicen: Nosotros que vivimos de **lo de arriba.**

Y cuando hablan de comerciantes, corredores, políticos, etc., dicen: Los que

viven de **lo de abajo** (con desprecio) y agregan: Pero... comen mejor (con pena).

Son muy divertidos, aman el arte, pero de ciento, sólo trabajan bien, seriamente, quince. Para estudiar, es preciso hacer **una vida entera y completamente** dedicada al **solo trabajo.**

A fines de septiembre o principios de octubre, daré examen en otro concurso: el de las artes decorativas, cuyas clases son de ocho a diez de la noche, y ayudan al alumno a progresar con **rapidez.**

Adoro mi profesión, la única cosa hermosa de la vida, nosotros los artistas buscamos lo bello hasta en el horror mismo y retenemos de la vida **fugitiva** lo hermoso que se escapa; clavamos sobre un pobre lienzo las bellezas mortales que el tiempo destruye; hacemos vibrar el sentimiento y vivimos del cerebro. Todo en nosotros es espíritu (nó de vino). Para ser un gran pintor es preciso también ser una persona educadísima, ilustrada y, puedo decirlo, bien nacida. Todo se refleja en el trabajo, **en la obra.** El carácter tiene una importancia **capital.** Un triste debe vivir triste, un loco, loco (no son éstos buenos pintores) y un alegre, con toda su alegría. Cada uno con su temperamento, sin opresiones ni frenos. Los bohemios, los flojos, los melenudos, los extravagantes, son fracasados. Abortos, sin vida completa y generosa. El buen pintor, el gran pintor, es nervioso, inteligente, serio, ordenado y ama su arte y vive para él. Trabaja sin darse cuenta de sentir cansancio, vence los obstáculos y las horas de su trabajo son **sagradas.** A mí no me arrancaría nadie de mi labor en cualquier instante, por muy seductora que fuese la invitación y muy triste o decepcionado que a la sazón estuviese.

Hay que sufrir, y que llorar a las veces de impotencia: la ignorancia aplasta y los trabajos son tan difíciles! Aquí no se hacen cumplimientos y se da a cada cual lo que merece. Y es duro, muy duro. Pero cada dolor sufrido, cada decepción vencida, es una batalla ganada. ¡Cómo se duerme en la noche, tranquilo, después de tanta lucha en el día! Sólo le pido al cielo me conserve buena la salud: lo demás ha de venir por sí solo. Ya verá usted cómo aprovecharé el tiempo en esta ciudad donde casi todos los jóvenes se pierden...—**José Ferreti**".

Lago Llanquihue - Puerto Octay

La Suiza Sud-Americana

Por

FRANCISCO LOBOS

Ilustraciones Fotográficas

DEL LAGO LLANQUIHUE AL NAHUELHUAPI

Hasta hace poco tiempo, eran escasos los chilenos que conocían la hermosa región del lago Llanquihue. Los incómodos medios de transporte y la ausencia de buenos hoteles alejaban al turista.

La construcción del ferrocarril a Puerto Montt, dió nueva vida a esa zona del país y originó una afluencia de visitantes, especialmente en la época de verano, cuyo número ha ido en aumento de año en año. El turista inteligente ha visto que, además de Viña del Mar, Cartagena o Constitución, hay otros lugares de veraneo, más hermosos y tranquilos, que invitan, especialmente, a los que desean deleitarse en la contemplación de una soberbia naturaleza.

Hoy día, los viajeros acuden en gran número a los modestos pero limpios hoteles de Puerto Varas, en las orillas del lago Llanquihue, y son muchos los que se internan en la cordillera de los Andes, hasta el lago Nahuelhuapi, para conocer la región que con justicia puede llamarse la Suiza sud-americana.

Los reconocimientos geográficos de esta comarca, principian con las tentativas hechas por los españoles para encontrar la legendaria "Ciudad de los Césares", que se creía situada a orillas de un gran lago en las faldas orientales de la cordillera. Esta leyenda dice que, más o menos, por el año 1540, naufragó en el estrecho de Magallanes un buque español enviado por el obispo de Palencia a las islas Molu-

cas. El capitán de la nave, Sebastián de Argüello, y la mayor parte de la tripulación, incluso algunas mujeres, lograron salvarse e internándose en la Patagonia llegaron a las orillas de un gran lago, donde echaron las bases de una ciudad a la que rodearon de fortificaciones.

Dice también la leyenda que en la orilla opuesta del lago se alzaba otra ciudad, fundada por indios peruanos que habían huido después de la caída del imperio de Atahualpa. Esta era mucho más grande que la española y encerraba riquezas fabulosas.

Allá por los años de 1567, llegaron a la ciudad de Concepción, dos aventureros españoles que dieron a conocer la leyenda de la "Ciudad de los Césares". Y durante dos siglos se sucedieron las expediciones en su busca. Soldados, aventureros, funcionarios y hasta frailes rivalizaban en ardor por encontrarla; pero siempre con resultados negativos. Como "Eldorado", la "Ciudad de los Césares" no fué encontrada jamás. En cambio, quedó abierta la huella de los descubrimientos geográficos de esa región, gracias a los esfuerzos de aquellos atrevidos y alucinados exploradores de la cordillera patagónica.

El jesuíta Nicolás Mascardi, es el primero de quien se sabe con seguridad que efectuó diversos viajes al lado oriental de los Andes, y pasa por ser el fundador de una estación misionera a orillas del lago Nahuelhuapi. Mascardi murió asesinado por los indios, a fines del siglo XVII.

Continuadores de su obra fueron los jesuítas Felipe Van der Meeren, José Guillermo y varios otros que efectuaron viajes a fines del siglo XVII y principios del XVIII, época en que la misión de Nahuelhuapi fué destruída por los indios puelches.

A fines del siglo XVIII, el franciscano Menéndez hizo varias expediciones, tentando encontrar un paso de la cordillera que se creía situado al sur del Tronador.

En el siglo XIX, los viajes de exploración a estas comarcas son numerosos. El comandante Muñoz Gamero, don Rodulfo A. Phillippi, don Guillermo Döll, don Francisco Fonck, don Guillermo Cox, don Francisco Vidal Gormaz, don Juan Steffen y finalmente los trabajos de las Comisiones de Límites, chilena y argentina, han arrancado en gran parte el velo de misterio que cubría a esas regiones.

El ferrocarril de Santiago a Puerto Montt, más allá de la ciudad de Osorno, atraviesa la región de los grandes bosques que el roce ha respetado en parte, y el viajero cansado de mirar los extensos llanos y lomajes de las provincias de Bío-Bío y Malleco, que ha atravesado el día anterior, y los talados bosques de las de Cautín y Valdivia que ha tenido que cruzar en la mañana, contempla con asombro los innumerables raulíes y coihues que se extienden ante su vista hasta perderse en la lejana cordillera.

A veces surgen pequeños caseríos, edificados en algún pedazo de terreno que el fuego ha arrancado al bosque, y que serán, tal vez, otras tantas ciudades del porvenir a semejanza de Temuco, Lautaro y muchas más.

El tren se va deteniendo en varias estaciones. Son todas iguales; sus edificios de un mismo tipo y en todas abundan los grupos de colonos alemanes, y de mapuches. Los primeros, con aire de satisfacción, miran altivamente hacia los vagones; los pobres mapuches envueltos en sus ponchos multicolores, caminan con la cabeza baja, como si tuvieran vergüenza de su condición actual.

A medida que se avanza hacia el sur, el bosque se va aproximando más y más, a la línea férrea, y desde las ventanillas del vagón sólo se ve una espesa cortina de verdura.

De repente el convoy describe una gran curva y saliendo del bosque se precipita hacia el lago Llanquihue, que bordea hasta llegar a Puerto Varas.

El panorama que se presenta ante el viajero es magnífico.

La línea férrea va a una altura considerable sobre el lago, a cuyas orillas, y reflejándose en sus aguas de un intenso color azul, pueden observarse los pintorescos pueblecitos de Frutillar, Puerto Phillippi y Desagüe. Al fondo se levantan los volcanes Puntiagudo, Calbuco, el espléndido Osorno con su cráter coronado de nieves eternas, y más lejos, medio oculto por la bruma, el monte Tronador.

Puerto Varas, donde han de descender los viajeros que van al lago Nahuelhuapi, es un hermoso lugar de veraneo, de calles anchas y limpias; con cuidadas casitas y bonitos jardines, en los que juegan gru-

pos de muchachitos rubios que hablan alemán.

Hace muchos años, llegó también aquí como a Valdivia, Osorno y Puerto Montt, un grupo de esforzados alemanes; buscaban la paz o la fortuna que no encontraron en su patria. La lucha fué ruda; pero sus anhelos eran santos... y triunfaron. Grandes extensiones de tierra de las regiones del sur, se transformaron al impulso de la constancia y energía de la raza germánica; y en lo que antes era bosque, surgía la aldea que muy pronto habría de ser ciudad.

¡Con cuánto cariño recuerdan hoy, los chileno-alemanes de Puerto Varas, el esfuerzo de sus antepasados!

Una joven nos contaba enternecida, de cómo sus abuelos que ocupaban cierta posición social, allá, en un pueblo de la Westfalia, al llegar aquí, donde entonces dominaba la selva impenetrable, habían tenido que manejar duramente el hacha y la picota, y que ella, la pobre abuela usaba guantes para no destrozar sus manos delicadas.

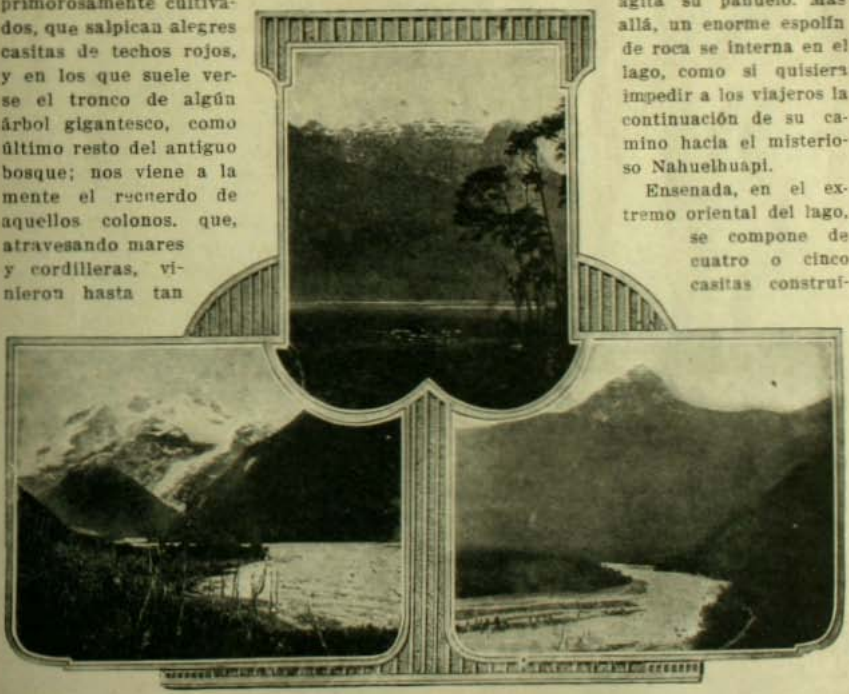
Al cruzar hoy día estos campos tan primorosamente cultivados, que salpican alegres casitas de techos rojos, y en los que suele verse el tronco de algún árbol gigantesco, como último resto del antiguo bosque; nos viene a la mente el recuerdo de aquellos colonos, que, atravesando mares y cordilleras, vinieron hasta tan lejos en busca de la paz o de la fortuna, y nace espontáneamente en nuestro corazón un sentimiento de admiración, de gratitud.

Los alrededores de Puerto Varas ofrecen innumerables encantos al viajero, que visita con placer la Quebrada del Diablo, Llay-Llay, Puerto Rosales y especialmente la original laguna de La Poza, formada por un ensanche del río Camahueto, poco antes de su desembocadura en el lago. En La Poza se encuentran las islitas Loreley y Virgen, artísticamente arregladas con senderos que las cruzan en todo sentido y con pequeñas glorietas semi-ocultas entre el follaje. Hasta allí acuden innumerables paseantes que admiran la soberbia vegetación de las montañas que rodean la laguna, sobre las cuales destaca su forma caprichosa el volcán Calbuco.

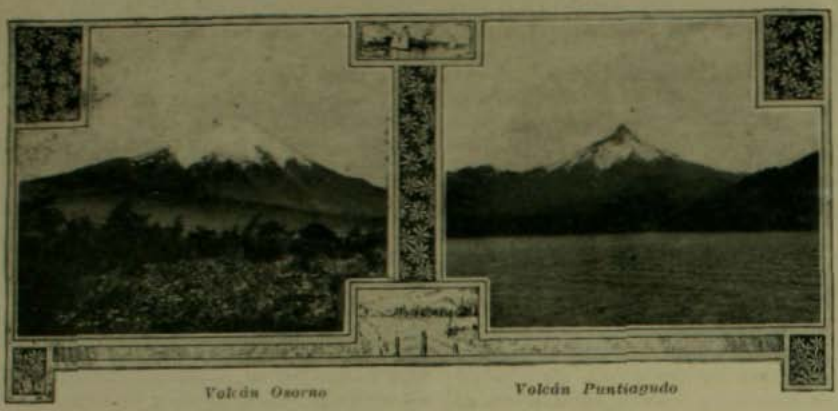
El vapor que hace la travesía del lago, tarda cuatro horas en recorrer la distancia que hay desde Puerto Varas hasta Ensenada, en la falda del volcán Osorno.

Los más variados paisajes recrean la vista del viajero. De trecho en trecho, se presentan pequeñas aldeas rodeadas de jardines, desde donde alguna amable campesina agita su pañuelo. Más allá, un enorme espolín de roca se interna en el lago, como si quisiera impedir a los viajeros la continuación de su camino hacia el misterioso Nahuelhuapi.

Ensenada, en el extremo oriental del lago, se compone de cuatro o cinco casitas construí-



Monte Tronador.—Cerro Techado.—Río Peulla



Volcán Osorno *Volcán Puntiagudo*

das sobre el campo de lava que dejó la última erupción del volcán.

Allí se toman caballos para ir hasta Petrolhué a orillas del lago Esmeralda o de Todos los Santos.

El camino va, en gran parte, entre la falda del Osorno y el río Petrolhué, cruzando bosquecillos de ulmos y arrayanes, cuyas flores despiden aromas que se aspiran con delicia. Hay también espesos sitios de chilcas (fuchsia silvestre), de flores rojas que parecen sangrientas lágrimas, mirtos y avellanos.

Al sur se levanta la alta sierra de Santo Domingo y por sus laderas cortadas casi a pico trepa un ejército de árboles gigantescos.

Es preciso atravesar numerosos riachuelos formados por las nieves que derrite el sol en la cumbre del Osorno.

Desde un montículo, a la salida del bosque, se divisa el lago Esmeralda o de Todos Santos y el hermoso color verde de sus aguas justifica el primer nombre.

La caravana llega al caer la tarde a Petrolhué para tomar el pequeño vapor que ha de conducirle a Peulla, en el otro extremo del lago. La travesía presenta paisajes, que tal vez, son superiores a los del Llanquihue. Destacándose en el fondo celeste, los volcanes Osorno y Puntiagudo yerguen sus masas imponentes con las cimas coronadas de nieve, que el sol, al ponerse, ilumina con los más fantásticos colores, y sus faldas se vienen a perder en las verdes y tranquilas aguas del lago. Al pasar se va dejando atrás varias islitas cubiertas de caprichosa vegetación.

Ya entrada la noche se llega a Peulla, en la falda del cerro Techado y en medio de altas sierras. El limpio y abrigado hotelito que allí tiene la Compañía Industrial y Ganadera Chile-Argentina, reina y señora de estos lugares, es invadido por la alegre comitiva de viajeros.

Peulla es un rinconcito ideal para pasar una temporada de vacaciones; está rodeado de grandes bosques; tiene hermosas cascadas y por todas partes abundan los helechos y las flores. Desde las galerías del hotel contemplamos la puesta del sol: sus últimos rayos van tiñendo de rojo las nieves del Techado, mientras las sombras invaden lentamente las quebradas donde resuenan los gritos de los pájaros que vuelven a sus nidos.

A poca distancia se encuentra la lagunita del Encanto, poblada de peces y de numerosas aves de caza. El recuerdo de sus perspectivas admirables queda grabado largo tiempo en la mente del visitante.

De Peulla a Casa Pangue, en la subida de la cumbre, se hace el recorrido a caballo, al través del bosque y observando, en parte, el espectáculo imponente que ofrece el monte Tronador.

Después de atravesar el río Peulla, de aguas torrentosas y turbias, se llega a Casa Pangue, desde donde se contempla uno de los paisajes más hermosos de todo el trayecto, y que deja en el alma la más honda impresión: al sur, el monte Tronador, con sus grandiosos ventisqueros, levántase majestuosamente en medio de la cordillera, y sus altos picachos cubiertos de nieve, semejan las almenas de un casti-

llo encantado. En la época de verano, se oyen, de vez en cuando, ruidos extraños, a veces tan fuertes como truenos—de aquí el nombre de Tronador—ocasionados por grandes trozos de hielo que se desprenden de los ventisqueros y que los indios atribuían a demonios que moraban en el monte.

Para subir a la cumbre, es necesario cambiar de locomoción: la mula reemplaza al caballo. El camino va ascendiendo en zig-zag, siempre en medio del bosque y teniendo al frente el Tronador.

Poco a poco, a través de los árboles, se va dominando el angosto valle, por el que corre, cual gigantesca serpiente de plata, el río Peulla. Se oye el ruido de invisibles cascadas; y las flores del arrayán, del ulmo y de la fuchsia silvestre no abandonan un instante a los viajeros.

Los Andes, tan altivos en Uspallata, cambian de aspecto en estas regiones; su formidable cadena aparece cortada, hendida, como si la hubiera golpeado con fiereza el hacha de un titán. La ruta sigue por una de estas hendiduras o gargantas, que recibe el nombre de boquete o paso de Pérez Rosales, en memoria del escritor chileno don Vicente Pérez Rosales, que, en 1855, siendo Intendente de Puerto Montt, envió una expedición para buscar el paso, cuya situación era desconocida desde la época de las exploraciones de los jesuítas.

El territorio argentino está muy próximo. A un lado del camino se eleva el hito divisorio, es un poste de hierro pintado de rojo, en la parte superior lleva una placa que en una de sus caras tiene la inscripción "Chile", y "Argentina" en la otra. Una cuadrilla de obreros arregla los desperfectos del camino; es la hora del descanso, y cada uno de ellos empuña cariñosamente un mate. Se ha pasado la frontera...

Bajando de la cumbre se llega a la laguna Fría de aguas color turquesa y rodeada de altas montañas que ya no tienen la hermosa vegetación de las del lado chileno. Una lanchita a gasolina espera; su capitán es un chileno de constitución hercúlea y va vestido a la manera de un cow-boy. Con un gesto indica a los viajeros el sitio que deben ocupar, y hay que obedecer. La laguna Fría se atraviesa en pocos minutos para llegar a Puerto Alegre, en el extremo norte. Allí, es necesario tomar un "tranvía" que ha de conducirnos a Puerto Blest, en las orillas del lago Nahuelhuapi. Sobre rieles de madera

Laguna Fría.—República Argentina.

va un tosco carro del que tira un buey. Nos acomodamos entre el equipo y el "tranvía" parte. El conductor, un pobre campesino, va a un lado impidiendo que el carro salte de la línea; mas, a pesar de sus esfuerzos, los rieles desgastados por el uso, ocasionan frecuentes desrielamientos y esto obliga a continuar el trayecto a pie. La línea va por en medio de un bosque de grandes alerces, desgraciadamente talado ya en muchas partes; hermosos prados de astero-anteras de pétalos rojos, que hacen recordar al copihue, y de violetas amarillas, se encuentran profusamente a ambos lados del camino. Los viajeros, chilenos y argentinos en su mayor parte, confraternizan, y así el trayecto se hace muy corto hasta llegar a Puerto Blest. El misterioso Nahuelhuapi de la leyenda, cuyo brazo occidental se tiene a la vista, está situado en medio de altas montañas y sus aguas azul-verdosas, teñidas en parte de

Ventisquero del Tronador

blanco por el río Frío, forman un bello contraste con el verde obscuro de las selvas y el gris de las rocas desnudas. En sus orillas está la única casa de Puerto Blest y un pequeño muelle donde atraca el vaporcito "Cóndor" que hace la navegación del lago.

Los turistas que vienen hasta aquí, visitan también el lago de los Cántaros, próximo al Nahuelhuapi. Se llega hasta él cruzando bosques de alerces seculares y bordeando un riachuelo que, en rápido descenso hacia el lago, va formando hermosas cascadas.

Pero, ya la excursión toca a su fin y la caravana va a dividirse. Los viajeros que han de volver a Buenos Aires, continúan a San Carlos de Bariloche algunos y a Traful otros. Los chilenos regresan a la patria trayendo el agradable recuerdo de este viaje fantástico a través de tan hermosas y desconocidas regiones de Sud-América.

Santiago, mayo de 1914.

La Caricatura y la Guerra Actual

De "Simplicissimus"

Siempre ha sido privilegio del ingenio el tocar los más graves problemas encarándolos en forma inesperadamente reveladora.

La caricatura ha sido desde antiguo una admirable síntesis de historia y hasta de profecía política.

Heine profetiza a Nieztsche y la Hegemonía alemana, y Caran d'Ache ve cernirse el águila de casco puntiagudo sobre Europa.

Puede el lector figurarse si la vieja enemistad franco-alemana habrá dado temas a los dibujantes de uno y otro país. Entre la granizada de disparos de la prensa nacionalista, las hojas de los periódicos de caricaturas hacen piruetas en el aire con la ironía sonriente del genio galo o el gesto corrosivo del genio germánico: Gavroche o Mephisto.

De Munich sale a repartirse por todo el mundo una revista famosa entre todas: el "Simplicissimus", que fundaron Lange y un descendiente de Heine el Ironista. Cualquiera que no sea una persona muy familiarizada con las audacias del

La hoja de parra del contribuyente alemán.—("Simplicissimus").

"El pueblo francés".—Este me dice que si no lo llevo, el tuyo me castigará.—("Simplicissimus")

"El Kronprinz".—¡Papá tenía sangre latina en sus venas! Se ocupaba de arte, de música y otras bagatelas!

—Yo mismo seré el primer Emperador de Prusia.—("L'Assiette au Beurré").

arte, o que no sea alemán, no podrá imaginarse la suma de talento en la ejecución y en la intención que supone cada uno de sus dibujos. Es apocalíptica y revolucionaria; es irreductible. Claro que la política alemana, su director supremo el Kaiser, y el duelo periodístico con Francia, la seducen.

"Simplicissimus" arranca de la vieja tradición del espíritu alemán, como el Fausto y Eulenspigel. Socarrón, terriblemente grave en sus bromas, no le importa herirse a sí mismo. He ahí un hombre desnudo que usa una hoja de papel a modo de hoja de parra, mientras un sujeto con gorra de funcionario se aleja con toda su ropa. Aquél es el pueblo alemán y éste el recaudador de contribuciones. Menos mal, dice el infeliz, que el recibo de los impuestos es bastante grande.

En la otra una Francia y una España infantil que juegan a los buquecitos, llevan su querella ante el "tío", (Inglaterra) para que no consienta que se mezcle en el juego el muchacho mayor. Es Alemania en Agadir....

Una nube con el vago contorno de Bismarck y cubierta por el casco prusiano deja asomar

Revista nocturna en Waterloo

Napoleón.—Esperamos que los franceses volverán aquí otra vez, y que ese día Grouchy no llegará atrasado.

un brazo que señala un refugio con los colores de Prusia a dos pobres mujeres que se ven venir sobre ellas la tormenta, y que se llaman Alsacia y Lorena.

— A ocultarse allí—ordena el casco preñado de rayos—si no quieren que las acribille el granizo!

Ahora, profético o malicioso ve a Delcassé a horcajadas en un gigantesco oso--Rusia-- y ordenándole:— "¡A Berlín!"

Por último, un paisaje desolado de los Balkanes, viviendas en ruinas, de las cuales penden ahorcados sus propios moradores, y el ángel de la paz que no sabe a quién entregar su rama de palmera!

El Austria y la Italia "Don Chisciote (Turin)

EL LEON BELGA Y EL LEON HOLANDES

Guillermo el domador.—A estos dos leones pronto los convertiré en mis perros rastreadores "L'Assiette au Beurre", Paris

Tous les Belges se doivent à la défense de la Patrie. Ne comptons que sur nous mêmes pour nous défendre et faisons les sacrifices nécessaires pour assurer notre existence comme peuple libre et indépendant.

(Repr. de "La Patrie" de Santiago)

Los colegas franceses, menos preocupados de lo transcendente, prefieren hacer el ridículo en las sacras personas de la familia imperial, y llegando hasta el sarcasmo, que saborearán bien ahora los lectores, pintan al Kaiser en la figura de un domador que se enseñorea de los dos pacíficos leones de Holanda y Bélgica!... O grave de repente, y sañudo, evoca la sombra de Napoleón sobre los campos de Waterloo y pone en su boca una reflexión

que tiene un vago dejo de amenaza y el ímpetu invencible de la eterna revancha.

El "Pasquino" refleja la irreductible repugnancia del pueblo italiano por la híbrida alianza con los germanos que ocupan las Provincias Irredentas, anticipando ya hacia qué lado se inclinará la balanza de sus simpatías de raza, de tradición.

Por último, he aquí a los belgas que, año y medio antes de la invasión de su suelo por el ejército alemán que expediciona sobre Francia, esparcen por el mundo un mensaje de alerta: "Belgas, ¿estáis listos?" dice la postal que reproducimos, de cuyas figuras se destacan el águila atacante y el gallo que da con su voz de clarín el alerta a los de casa. Es una de las manifestaciones de la intuición del arte.

El equilibrio europeo. "Pasquino", Turín.

Guillermo II se disfrazará y aprovechará su nueva realeza del Congo para visitar París en calidad de monarca negro

La paz en los Balkanes

Eva Triunfadora

(*Novela de Pierre de Coulevain*)

Por

JUAN ROJAS SEGOVIA

Junto al clamoreo de sus divertimientos licenciosos y sus expansiones de blando y galano vivir, guarda Francia un precioso reservario de intelectuales femeninas que se ha incorporado a la gran avanzada de sus luchas altruistas y sus constantes ideales de redención y concordia.

Desde Mesdasmes de Maintenon y de Sevigné, que imprimieran rumbos pedagógicos y literarios; desde Jorge Sand que abordara problemas sociológicos en "Le Péché de M. Antoine" y abogara por la infancia desvalida en **"Francois le Champis"**, y tanta heroína legendaria, y tanta graciosa y bella mujer que decidiera del destino de las naciones, hasta la fila actual de gallardas noveladoras y poetisas de una tan vasta nombradía como Daniel Lesueur, Marcelle Tinayre, Mathieu de Noailles, Catulle Mendes, Rosemonde Gérard: la mujer francesa, que lleva en sus arterias la efusión de un antepasado de tradición y de gloria, en su espíritu la sutileza refinada que le inocularan su medio de acción y una educación liberalizada y abierta a todas las manifestaciones de las ciencias y las artes, ha efectuado una labor intelectual más amplia y duradera que en ninguno de los países europeos.

Disipada ya esa racha de lujuria que asolara la literatura francesa de los últimos tiempos, esa juventud femenina que de la vida sólo guardara el epicurismo de sus goces, ha abdicado de su diletantismo impresionista, dando vado a una actividad consciente en el concierto de los intereses humanos, y una autocracia, no muy liberada ciertamente, para sugerir teorías y fijar cánones estéticos.

A esta ardorosa falange de intelectuales femeninas se enroló, hace poco más de dos lustros, Pierre de Coulevain, y en una laudable superación de actividad, se puso a la vanguardia de este movimiento con sus seis volúmenes dados a la estampa.

Está representada su labor típica por dos novelas y cuatro cuantiosos libros de viajes. La tendencia predominante de sus obras, lleva a la autora al análisis minucioso de los lugares visitados, a los estudios de los caracteres éticos de los pueblos, controlándose con el espíritu yankee o el francés; pero por sobre todo esto, culmina a manera de un airón que se ostentara al sol que dora y al viento armonioso que peina, el magnífico ideal del restablecimiento del prestigio verdadero de las naciones, empequeñecido a veces por prejuicios de ignorancia o por rencores de rivalidad; predominan, un amor verdadero y extensivamente humanitario, y un deseo fervoroso de hermandad, de acercamiento y reconocimiento mutuos.

Apartada de la sutileza impresionista de muchos libros congéneres y de ese colorismo y poesía que tuviera su más acabado representante en "Sur l'Eau" de Maupassant, Coulevain se ha implantado como una cerebral poderosa y una pupila inquisitiva que mira a través de los prismas de su fantasía y de su larga experiencia de empedernida viajera. Porque, en efecto, Coulevain viajó mucho. "Todos los años—dice en "La Isla Desconocida"—hago maletas y viajo; llevo impresiones." Y de este modo, en su agudeza y penetración, haciendo el inventario de un hogar británico, nos habla de todo un país; y con la misma vi-

quistara el corazón de Dora, y no muchos meses para que la desposara.

Y lo que para ellos dos fué riente felicidad, encubrió para Elena la más acerba amargura. Se cerró el paréntesis de la vida real e inerte que antes llevara, para dar margen a una vida concentrada, hecha toda corazón y belleza nunca vista. En vano viaja, en vano busca los divertimientos sociales, los deportes, en vano se esfuerza en entretener los sentidos y acallar ese rebelde grito interior: su alma está lacerada, su corazón traspasado por la saeta de los celos. Pasó el amor, ese momento único, ese amor "que es uno de los grandes fluídos de la naturaleza, el que trabaja a la humanidad, el que lleva en sí la vida, la alegría y el dolor". Amor le ha dejado para siempre; le abrió los párpados, le mostró el esplendor naciente y nunca visto de las cosas, y ella, maravillada aunque consciente, se revistió de su eficaz entereza, y con un soplo de recia voluntad, apagó las luces de su capilla interior, destruyó la magia de su nuevo reino descubierto.

Y cuántos esfuerzos, cuánta tenaz porfía para borrar ese pasado!... Viaja y viaja, estudia, estudia, lee, proyecta la creación de un asilo, se concentra toda entera en la gestación de problemas sociológicos, y en una superación mítica de actividad, logra al fin hacerse dueña del porvenir, se siente renacer con las luces de su cerebro, con su ecuanimidad y albedrío, y exclama triunfante: **Salvada, Salvada para siempre!!!**

Es "Eva Triunfadora", la moderna "Eva Triunfadora" en que vencen la entereza humana, los deberes morales, el grillete de los convencionalismos, sobre los designios espontáneos del corazón.

En verdad, no podía fraguarse un más irónico gesto humano para una norteamericana!...

A parte de la eficacia y maestría con que está llevado el proceso del desdoblamiento espiritual de Elena, colocada en las cruces de los dos diferentes caminos del deber y del amor, es de muy preciaros merecimientos este libro, por la altura de miras que informan sus páginas y por la grandeza de sus ideas y propósitos.

Las proposiciones brillantes, sonoras en dicción, portentosas en ideas, se suceden con marcada frecuencia, de tan singular manera que nuestra lectura pasa de un asombro a otro asombro.

En su inclinación al utilitarismo de los conocimientos científicos, Coulevain llega a decir: "Me asombra que los novelistas no hagan uso todavía de los descubrimientos científicos; podrían inspirarles variaciones nuevas sobre temas inmutables."

No menos sorprendentes son las palabras del sabio Jammes, que se muestra indolente para optar por tal o cual religión, ya que para él, "las religiones no son sino fuerzas espirituales diversas."

En feminismo, Coulevain se coloca en una línea neutral, y, sin arrebatos de arribista, con serenísima conciencia e integridad humanitaria, nos dice que la mujer vive para la familia, para la sociedad, para los amigos, para desarrollar su inteligencia, para progresar y trabajar en provecho del mejoramiento de sus semejantes. En tal conciencia—dice ella—"no es el derecho a votar ni el saber, sino el sacrificio y la abnegación lo que elevarán a la mujer al mismo nivel del hombre."

Pero allí donde estriba el más alto prestigio de la autora, allí donde su espíritu brilla con todas las luces de sus virtudes cívicas, de su más legítimo patriotismo, es en el apostólico propósito a que obedecen todos sus libros, es ese anhelo fervoroso de hermandad, de solidaridad y acercamiento mutuo. Con este fin, la autora no ahorró ningún esfuerzo, no omitió ningún sacrificio por viajar, por investigar y dar a conocer las eficiencias de los pueblos, sus defectos y virtudes, celebrando su prosperidad o analizando la causa recóndita de sus males; y por sobre todo esto, tendiendo a un reconocimiento sólido y verdadero.

Estudia la fisiología y psicología latinas y evidencia la disparidad que ella guarda con la sajona, saneada y fortalecida por el ejercicio físico y por una vida más disciplinaria que intrínseca. De aquí que el equilibrio entre desgaste y producción de energía que establecen los fisiólogos en un cuerpo bien organizado, se efectúe de una manera más completa en las razas anglo-sajonas, debido a que en estas no se verifica ese excesivo desgaste sensitivo que ha llegado a ser patrimonio de la raza latina.

Desde estos puntos de partida, Coule-

brante locuacidad, tanto nos habla de Suiza, del especialísimo carácter de la aristocracia romana, como de sus pintores o del valer psíquico de su nacionalidad.

Pero dejemos aquí aquellos libros, que, aunque en los ardimientos sugeridos por tanta novedad y compenetración crítica, quisiera hablaros sobre las mil materias en ellos contenidas, fuerza será dejar para ocasión más propicia lo que hoy no es tema de mi discurso.

Es "Eva Triunfadora" la novela más pródigamente adornada de las excelencias de esta escritora. En efecto, en ella encontramos la personalidad completa de la autora. Todas sus ideas moralizadoras y cívicas, todos sus afanes altruistas y su estética individual, se adunan en esta novela en consorcio armónico, dándola un realce entre sus demás hermanas. Y es de hacer notar también, un acendrado mejoramiento en la factura novelesca, en el encauzamiento de los diversos procesos psicológicos, y en el estilo, rígido, vibrante, con esa ática precisión francesa.

Hay en "Eva Triunfadora" un marcado prurito de utilitarismo de los conocimientos científicos. Se entronizó esta corriente científica en la novela desde aquella vez en que a Zola le viniera en mientes aplicar a sus novelas el método científico-analista del fisiólogo Claude Bernard; ya antes que él, acaso Balzac fuera su precursor cuando desde "Grandeza y Decadencia de César Birotteau", dijera en su disquisición sobre el miedo: "Esta explicación se hará vulgar cuando los escritores hayan reconocido la capital importancia que desempeña la electricidad en el pensamiento humano."

Es "Eva Triunfadora" un libro que maravilla por su audacia y novedad. En él preconiza Coulevain el triunfo de la entereza humana, de los deberes morales, del grillete de los convencionalismos, sobre los designios espontáneos del corazón. Y para eso—lo veréis—ha elegido a la mujer norteamericana, la mujer-acción, la mujer-integridad, la mujer que piensa y siente a través del cerebro, la mujer a quien la autora, muy de seguro, juzgaría como la única compatible para el desenvolvimiento de su teoría y la eficacia de sus tésis.

Dos yankees hermosas y ricas, casada la una y comprometida la otra, hastiadas de aquella vida de los clubes, de los deportes, de las ligas en contra de esto y aquello, en un rapto de independencia masculina se van a París con el sano propósito de gozarlo todo y conocerlo todo. Elena deja a su marido, el sabio Jammes, que más se preocupa de inquisiciones químicas que de escarceos amorosos, y Dora a su novio Enrique, ambos contrariados por tan brusca y arbitraria decisión.

Estimuladas por esa atmósfera de novedad y de picardía que ofrece París para todo viajero americano, nuestras dos atolondradas visitantes llevan su audacia hasta entrar al Moulin Rouge.

En París visitan los museos, los monumentos y plazas públicas, y hacen como un torneo de apreciaciones sobre las cosas vistas y las personas tratadas.

En sus afanes de auscultar nuevos horizontes, nuestras yankees llegan a Roma. El Conde **Santa Ana**, de la más ínclita nobleza romana, se enamora de Elena. Ella, engreída de su ecuanimidad y fuerza de acción, se deja hacer la corte, en tanto que el noble italiano, poco conocedor de la psicología yankee, se siente con alas para mayores y más audaces empresas.

La yankee, en tanto, se cerciora con creciente extrañeza de que su entereza se menoscaba, que ya no obra con la misma integridad e independencia de antes, y, aterrada, siente en sus arterias aquel flúido del amor, de que le hablara su marido.

De discreteo en discreteo, Santa Ana lleva su temeridad hasta entrar furtivamente a la alcoba de Elena. Ella, a pesar de estar poseída de "ese flúido que aquí toca una célula, aquí una fibra no sospechada, una cuerda muda, para producir en el individuo los efectos necesarios", a pesar de la voluptuosa embriaguez de una noche de luna, aromatizada y propicia a ensoñares, sobrepone su voluntad a los verdugos de sus sentimientos de mujer, superándose a sí misma. El rechazo es autoritario y encubre una resolución irrevocable.

Dora, su compañera de viaje, que se hubiera ausentado, reunióse con Elena. Instigada por el deseo de conocer a Santa Ana, de quien con tanta efusión le hablara Elena en sus cartas, fué presentada al noble italiano. No fueron precisas muchas entrevistas ni soirées, para que Santa Ana con-

vain intenta una especie de completación étnica por medio de la creación de clubes en donde se fusionaran los diversos temperamentos y se perfeccionarán las especies.

✦

Quizás este afán informativo y científico de la novela, le quita la donosura de su dicción, y perjudique un tanto la factura novelesca. Bien es verdad que la mayor parte de los diálogos no son sino un teje-maneje de disertaciones científicas o apreciaciones críticas sobre mil materias diversas que en sí nada llevan de novelería. Y bien es verdad, también, que muchas veces el espíritu del Chroniqueur de sus otros libros, acalla a la escritora artista y galana. Ni más ni menos le aconteció a Gómez Carrillo cuando hizo novela en "Bohemia Sentimental" y en "Maravillas".

No hagamos hincapié en defectos ni censuremos. Aplaudamos con reverencia e incólume sinceridad. Que si la autora, en su condición de mujer, hizo tan vasta labor, venció tan peligrosos trances y obstáculos, no han de faltar laudatorias para celebrar su entereza.

Celebrémosla desde aquí; y como un mensaje de póstumo reconocimiento, repitámosla lo que ella dijera en uno de sus libros:

..."Muchos son los exploradores que habiendo salido en dirección del polo norte y del polo sur, tampoco han llegado... pero lo importante es que salieron... En salir estriba el mérito... Otros, y luego otros, emprenderán de nuevo la tarea inconclusa, y el triunfo de quien llegue a la meta, será victoria de quienes hayan intentado la aventura. En la gloria del que vea a Dios estará comprendida la de cuantos le hayan buscado..... pues en este mundo, en el Universo entero, todo se encadena, todo se une, y, como lo dijo Francis Thompson, el poeta filósofo inglés:

"No se puede tocar una flor sin turbar una estrella".

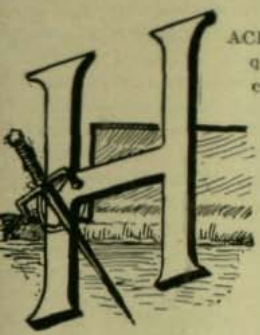
Santiago de Chile.—III—1914.

La Madre del Traidor

Por

MÃXIMO GORKI

Traducido para "Pacífico Magazine"



HACIA ya tres semanas que la ciudad se encontraba rodeada de una red compacta de enemigos erizados de fierro, que durante la noche encendían fogatas, y en las tinieblas espesas las llamas parecían vigilar los muros de la ciudad como una multitud de ojos enrojecidos y malévolos. Esas claridades suscitaban sombríos pensamientos en el espíritu de los sitiados.

Desde lo alto de los muros, se podía ver cómo la cadena de enemigos se apretaba cada día más y sus sombras desmesuradas se agitaban siniestramente alrededor de las fogatas. Se oía los relinchos de los caballos, mezclados al choque de las armas, a las risas sonoras y a los cantos alegres de los soldados, y nada más atroz que la alegría de este ejército seguro de la victoria.

Todas las fuentes que alimentaban la ciudad habían sido colmadas de cadáveres por los enemigos. Habían incendiado las viñas, devastado los campos, saqueado los jardines. La ciudad estaba abierta por todas partes y no pasaba día en que los cañones y los mosquetes de los sitiadores no enviaran su buena provisión de fierro y de plomo.

Por las calles estrechas desfilaban con aire triste destacamentos de soldados fatigados y medio muertos de hambre. Por las ventanas de las casas se escapaban los quejidos de los enfermos, los gritos de delirio, las oraciones de las mujeres y los sollozos de los niños. No se hablaba sino a media voz, en un tono de desaliento; se cortaban bruscamente la palabra los unos a los otros; se escuchaba con atención si el enemigo no subía ya al asalto.

Sobre todo de noche la vida se hacía insoportable. Entonces, en el silencio, las lamentaciones se hacían más distintas y más numerosas; sombras de un azul obscuro, ocultándose a las miradas del campamento enemigo, trepaban sobre las siluetas de las montañas lejanas para dirigirse hacia las murallas a medio destruir, y la luna se levantaba sobre las cumbres dentelladas y sombrías como un broquel extraviado, partido bajo el filo de cortantes espadas.

No esperando ningún socorro, agotados por la fatiga y por el hambre, los sitiados miraban con terror los dientes agudos de las cimas, las gargantas negras de los desfiladeros y el campamento brillante del enemigo. Todo les hablaba de la muerte, y ninguna estrella consoladora brillaba para ellos.

En las casas, se temía encender luz; tinieblas espesas inundaban las calles, y entre las tinieblas, una mujer envuelta de la cabeza a los pies en un manto negro, se deslizaba sin ruido, como un pez en el fondo de un río.

Al verla, las gentes se interrogaban:

—¿Es ella?

—¡Ella es!

Y se ocultaban en las encrucijadas, o bien, bajando la cabeza, pasaban con premura sin decir palabra. Los jefes de patrulla la amonestaban con voz severa:

—¿Otra vez en la calle, Monna Marian-

na? Tened cuidado; os pueden matar cualquier día, y nadie buscará al culpable...

Ella escuchaba, muy erguida; pero la patrulla se alejaba, sea porque no se atreviera a colocar la mano sobre ella, o sea que desdeñase hacerlo. Solitaria, Monna Marianna volvía a tomar su camino no se sabe hacia dónde, atravesando calles y calles, muda y enlutada, como una encarnación de las desgracias de la ciudad; alrededor de ella, sonidos lúgubres surgían quejumbrosamente y la perseguían: gemidos, lágrimas, oraciones, ruido de voces lánguidas de los soldados que habían perdido la esperanza de vencer.

Ciudadana y madre, ella pensaba en su hijo y en la patria. A la cabeza de aquellos que acosaban la ciudad se encontraba su propio hijo, un bello mozo rudo y alegre; antes, ella lo miraba con orgullo, como un regalo precioso hecho a la patria por ella, como una fuerza bienhechora, engendrada por su vientre para socorrer a los habitantes de la ciudad, del nido en el cual había nacido ella misma, en donde ella lo había echado al mundo y lo había alimentado. Innumerables lazos unían su corazón a las piedras antiguas, sobre las cuales sus antepasados habían edificado las casas y construído los muros de la ciudad, a la tierra donde reposaban los huesos de las gentes de su familia, a las leyendas, a las canciones y a las esperanzas de los suyos. Aquel corazón sangraba de haber perdido al sér más cercano; sin embargo, Marianna no habría sabido decir qué la atraía con mayor fuerza, si el amor maternal o el amor de la patria.

Es por esto que Monna Marianna vagaba de noche por las calles; muchas gentes, que tomaban su negra silueta como la personificación de la muerte, cercana para todos, se asustaban al verla; cuando la reconocían apartábanse sin hablar de la madre del traidor.

Una noche, en un rincón solitario, cerca del muro de la ciudad, ella vió una mujer arrodillada al lado de un cadáver; inmóvil como un bloque de piedra, la mujer rezaba alzando hacia las estrellas su rostro doloroso; sobre el muro, por encima de su cabeza, los centinelas conversaban en voz baja; sus armas hacían un ruido especial al chocar en las piedras de las almenas.

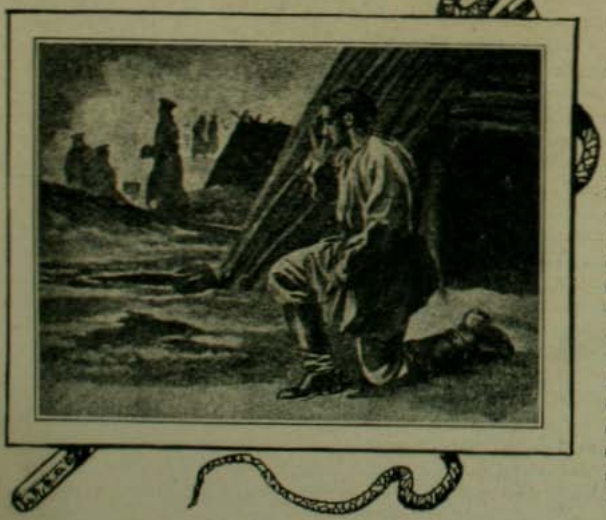
La madre del traidor preguntó:

—¿Es tu marido?

—No.

—¿Tu hermano?

—Mi hijo. Mi marido fué muerto hace trece días, y hoy a este...



Y levantándose, la madre del muerto, agregó con voz resignada:

—La Virgen lo ve todo, lo conoce todo; gracias le sean dadas!

—¿Por qué?—preguntó la primera.

La otra respondió:

—Hoy que ha muerto lealmente, combatiendo por su patria, puedo confesar que él había hecho nacer en mi corazón cierto presentimiento: era de carácter ligero, amaba demasiado la vida alegre, de suerte que yo temía que fuese arrastrado a traicionar la ciudad, como lo ha hecho el hijo de Marianna, el enemigo de Dios y de los hombres, el jefe de nuestros adversarios. ¡Ah! ése, que sea maldito! Que el seno

que lo ha concebido sea también maldito!

Ocultando el rostro, Marianna se retiró de allí; a la mañana siguiente se presentó al defensor de la ciudad y le dijo:

—Matadme, puesto que mi hijo se ha convertido en vuestro enemigo, o dejadme abandonar la ciudad para reunirme con él...

—Eres una criatura humana, y la patria debe serte querida: tu hijo es un enemigo: tu hijo es un enemigo para ti como lo es para cada uno de nosotros...

—Soy su madre, yo lo amo y me considero culpable de su traición.

Se reunieron en consejo para saber lo que harían de ella, y he aquí lo que decidieron:

—¡Mujer! El honor nos prohibe darte la muerte. Nosotros sabemos que tú no has podido sugerir a tu hijo el crimen odioso que ha cometido y adivinamos cuán grande debe ser tu sufrimiento. Pero tú eres inútil a la ciudad, aún como rehenes; tu hijo no se preocupa de ti. Nosotros creemos que te ha olvidado, y ese será tu castigo, si tú piensas que mereces alguno! Nos parece peor que la muerte!

—Sí,—dijo ella,—es peor que la muerte!

Se abrió una puerta de las murallas para darle salida de la ciudad; durante largo tiempo, desde lo alto de los muros, sus conciudadanos la vieron caminar sobre la tierra natal empapada con la sangre vertida por su hijo. Avanzaba con lentitud, arrastrando penosamente los pies; saludaba los cadáveres de los defensores de la ciudad, rechazaba desdeñosamente con el pie las armas quebradas. Las madres odian las armas ofensivas, ellas no admiten sino aquellas que sirven para defender la vida humana.

Parecía llevar bajo su manto una copa llena de un líquido que ella temiese derramar: al alejarse, se hacía cada vez más pequeña y los que la miraban desde lo alto de los muros recibían la impresión de que con ella se alejaba la desesperación y la ansiedad.

A medio camino, se detuvo, echó hacia atrás el capuchón que le cubría la cabeza, y contempló largamente la ciudad. Del campo enemigo, no tardaron en ver esta mujer sola en medio de los campos, y siluetas sombrías se acercaron a ella con prudente lentitud.

Le preguntaron quién era y de dónde venía.

—Vuestro jefe es mi hijo,—declaró ella, y ninguno de los soldados dudó de

su palabra: Se agruparon a su alrededor y caminaron a su lado alabando la valentía y el genio de su general. Ella los escuchaba alzando la cabeza con orgullo, pero no parecía sorprendida: es así como debía ser su hijo.

Y hela ya en presencia de aquel a quien no había sentido jamás fuera de su corazón. El estaba vestido de seda y terciopelo y sus armas engastadas de piedras preciosas. Tal como se le aparecía, ella lo había visto muchas veces en sueño.

—¡Madre!—exclamó él, besándole las manos. Has venido hacia mí; me has comprendido; mañana mismo tomaré esa ciudad maldita.

—Es la ciudad en que has nacido!—le recordó ella.

Excitado por sus hazañas, ambicioso de una gloria más grande, él habló con el ardor insolente de la juventud:

—Yo he nacido en el mundo y para el mundo, para llenarlo de asombro! Si he tenido piedad de esos muros ha sido solamente por ti; pero desde que la has abandonado, mañana destruiré ese nido de rebeldes!...

...En donde cada piedra te conoce desde tu infancia, suspiró ella.

—Las piedras son mudas si el hombre no las obliga a hablar. Que las montañas hablen de mí, tal es mi deseo!

—¿Pero los hombres?—preguntó ella.

—No los olvido, madre. Tengo necesidad de ellos también, porque sólo en la memoria de los hombres es donde los héroes son inmortales.

Ella dijo:

—El héroe, es aquel que crea la vida a despecho de la muerte, es aquel que vence a la muerte.

—¡No!—replicó él. Aquel que pulveriza una ciudad es tan glorioso como aquel que la construye. Ignoramos si fué Eneas o Rómulo quien fundó a Roma, pero sabemos que fueron Alarico y sus soldados los que la destruyeron.

De esta manera conversaron hasta la hora en que se ocultó el sol. Marianna interrumpía con brusquedad creciente los discursos insensatos de su hijo y su cabeza altiva se inclinaba cada vez más.

La madre crea, después protege; hablar delante de ella de destrucción, es hablar contra su obra. El hijo lo ignoraba.

La madre es siempre el adversario de la muerte, y la madre que mata en la sociedad de los hombres, es aborrecida por todas las madres. El hijo no lo veía, porque estaba ciego por el frío resplandor de la gloria que corrompe los corazones.

Y no sabía él que la madre es una fiera astuta e implacable cuando se trata de la vida que ella tiene la misión de perpetuar y socorrer sobre la tierra.

Marianna se había sentado, con la espalda encorvada; por la cortina levantada de la suntuosa tienda podía ver la ciudad en donde ella había sentido por primera vez el dulce suplicio de la concepción y las dolorosas convulsiones del nacimiento de aquel que deseaba hoy hacer obra nefasta.

Los rayos escarlatas del sol inundaban de sangre las murallas y las torres de la ciudad. Los vidrios de las ventanas brillaban con reflejos amenazantes. La ciudad entera parecía sangrar, y la savia púrpura de la vida se escapaba por mil heridas; transcurrió el tiempo; la ciudad apareció negra como un cadáver; semejante a ci-

rios funerarios, las estrellas se encendieron por encima de ella.

La madre veía allá las casas obscuras en donde se temía hacer luz para no atraer la atención de los enemigos; veía las calles tenebrosas que se llenaban con el olor de los cadáveres y el cuchicheo apagado de gentes que esperaban la muerte. Veía cada cosa en particular y veía el conjunto; esa decoración familiar y querida estaba allí, muy cerca de ella, en espera silenciosa de la decisión que tomase. Se sentía madre de todos los habitantes de la ciudad.

Desde lo alto de las negras cumbres de la montaña, las nubes descendían al plan, semejantes a caballos alados cerniéndose sobre la ciudad condenada a muerte.

—Probablemente la atacaremos esta misma noche, si es suficientemente obscura!—murmuró el hijo. Es incómodo exterminar cuando el sol brilla y los reflejos de las armas nos ciegan. Se dan a menudo golpes en falso.

La madre le suplicó:

—Ven, reposa tu cabeza sobre mi seno, recuerda cómo eras de bueno y alegre cuando eras niño; entonces todo el mundo amaba.

El obedeció, se acostó sobre las rodillas de su madre y cerró los ojos, diciendo:

—Yo no amo más que a la gloria y a ti, porque tú me has hecho lo que soy....

—¿Y a las mujeres?—preguntó ella, inclinándose sobre su cuerpo.

—Cansan luego, como todo lo que es demasiado dulce.

Marianna le interrogó por última vez:

—¿Y no deseas tener hijos?

—¿Para qué? ¿Para que los maten? Sufriría con eso, y sería seguramente demasiado viejo y débil estaría ya para vengarlos.

—Eres hermoso, pero estéril como el rayo,—suspiró ella dolorosamente.

Replicó él sonriendo:

—Sí, como el rayo...

Y se quedó dormido sobre las rodillas de su madre, como un niño.

Entonces lo cubrió con su manto negro y le hundió un puñal en el corazón. El se estremeció y murió inmediatamente; el golpe había ido derecho a su fin, porque una madre sabe siempre en donde late el corazón de su hijo. Rechazando el cadáver que se deslizó desde sus rodillas hasta los pies de los guardias consternados, ella exclamó, mirando hacia la ciudad.

—Como ciudadana, he hecho por la patria todo lo que he podido. Como madre, acompaño a mi hijo! Es ya demasiado tarde para que yo críe otro, mi vida no es útil para nadie!

Y ese mismo puñal, todavía tibio con la sangre del hijo,—de su propia sangre,—lo hundió con mano firme en su pecho. Cuando el corazón sufre, es fácil encontrar su camino sin equivocarse.

Por

Fernando Bruner Prieto

Ilustraciones Fotográficas

Di quella costa là dov'ella frange
Più sua rattezza, nacque al mondo un Sole
Come fa questo tal volta di Gange.
(Dante, Paraíso XI-49).

N brumoso día del último noviembre dejaba Siena para internarme en el corazón de la Umbría, ese rico valle que de Perusa a Espoleto se abre paso entre los Apeninos y las montuosas sierras que cortan el valle inferior del Tiber.

Antes de gustar la paz y las dulzuras de la Umbría es preciso haber vivido algunos días en la Etruria, en la vieja Cortona, y haber soñado en las orillas del lago Trasimeno los restos de un gran infortunio romano.

La gran línea que va de Florencia a Roma se divide en Teróntola y un pequeño tren de lentitud arcaica conduce los pocos viajeros que visitan Perusa, la imperiosa y grave, la **Augusta Perusia** de los **potestá** y **condottieri**, y Asís, la mística villa, peregrinaje universal de fe y poesía.

Si por desgracia estos turistas caen en manos de un guía Baedeker o en alguna combinación Cook, se detienen solamente algunas horas en estas ciudades para seguir cuanto antes a Roma o a Florencia. Entre la Ciudad de las Flores y la Ciudad Eterna, la Umbría ha quedado en una soledad griega, que la ha hecho conservar con frescura, a través de los siglos, su fisonomía y su alma.

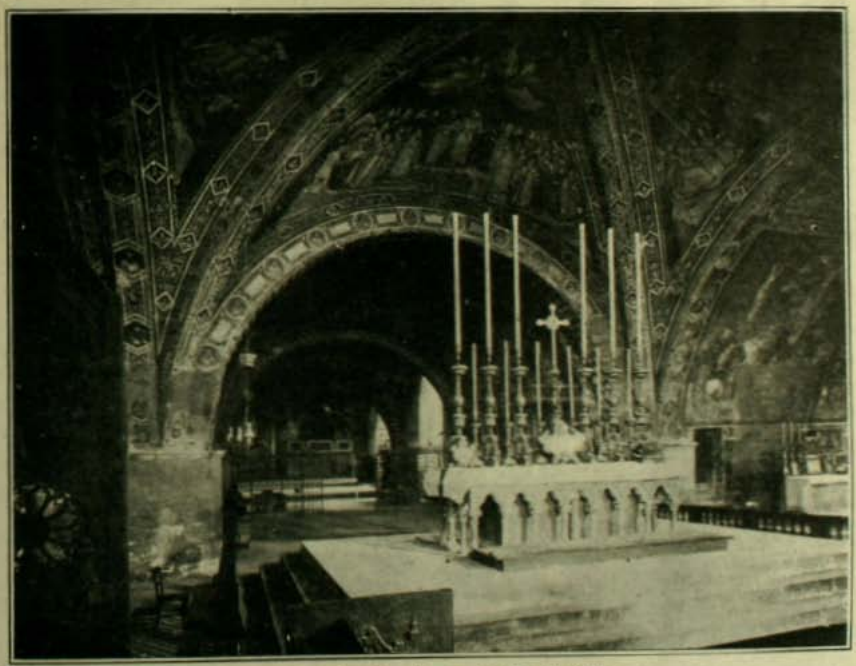
Los más bellos y delicados paisajes italianos están reunidos en esta maravillosa Umbría, patria de héroes, tierra de santos, como regalo de un Artista soberano. Más accidentada que la Lombardía, más alegre que el paisaje romano, menos acicalada por la civilización que la Toscana, pero más sana a cuerpo y alma que la voluptuosa Campania, la Umbría es dulce y grandiosa, belicosa y mística, abarcando toda una página europea de historia, arte y poesía.

Anchos ríos de recuerdos gloriosos y poéticos la bañan de frescura y la fecundan; ahí está el Clitumno, preferido por los rebaños virgilianos, el Topino, cantado por el Dante, el Tíber y el Gescio, donde se refleja Asís.

En su vegetación, triste y evocadora de la Edad Media, pocas veces se encuentran los sombríos cipreses de la Toscana y los pinos parasol que alegran Roma y su histórica campiña alzando al cielo sus follajes. Donde volvamos la vista veremos viñas suspendidas en los olmos, profusión de árboles frutales, fresnos y álamos, y en todas las inclinaciones del gran valle, el gris olivo de palidez de luna, el olivo tan amado de Palas, que da al paisaje umbriano ese encanto de paz y de ternura que, unidas al misticismo, caracterizan su ambiente desde el siglo XIII.

Bajo esta atmósfera espiritual se formaron en la vida evangélica los discípulos de San Francisco, los misioneros de paz; en este paisaje se educaron los ojos, el alma y el talento de esa pléyade de artistas y pintores umbrianos, cuyos cuadros, de suaves rostros y de naturaleza eliseana, reflejan como en un lago la vida interior; éste fué el patrimonio que la Condesa Matilde dió a la Santa Sede, regalo que un gran poeta, güelfo como ella, celebró al cantar su **Purgatorio.**

Millares de peregrinos de la fe y la belleza se han refugiado en la paz de sus santuarios y paisajes, buscando el remedio para sus almas heridas por la vida. El Beato Angélico, expulsado de Fiésole, esperó en la Umbría días mejores; Milton



Asís.—Interior de una de las basílicas

encontró aquí la inspiración para su **Paraiso Perdido**, y Byron la paz de sus tempestades interiores; este fué el descanso preferido de Goethe, Taine y Victor Hugo. En fin, todos los viajeros que han pasado por las fuertes impresiones de Roma y se preparan para ver Florencia o viceversa, debieran descansar aquí y templar su sensibilidad en estos sitios serenos.

Perusa está detrás de mí. Estrellada y brillante parece indicar a Asís, como la estrella bíblica mostraba Belén a los Magos. Los detalles no se aperciben por la bruma de este día de otoño semi-velado por un sol pálido.

Descendiendo las suaves colinas hacia la hoya del Tiber y sobre un contrafuerte del Subasio, cuya enorme cima redonda domina el horizonte, Asís está sentada, blanca como una ciudad de Oriente.

He aquí la Villa Santa: ¡Asís!

*

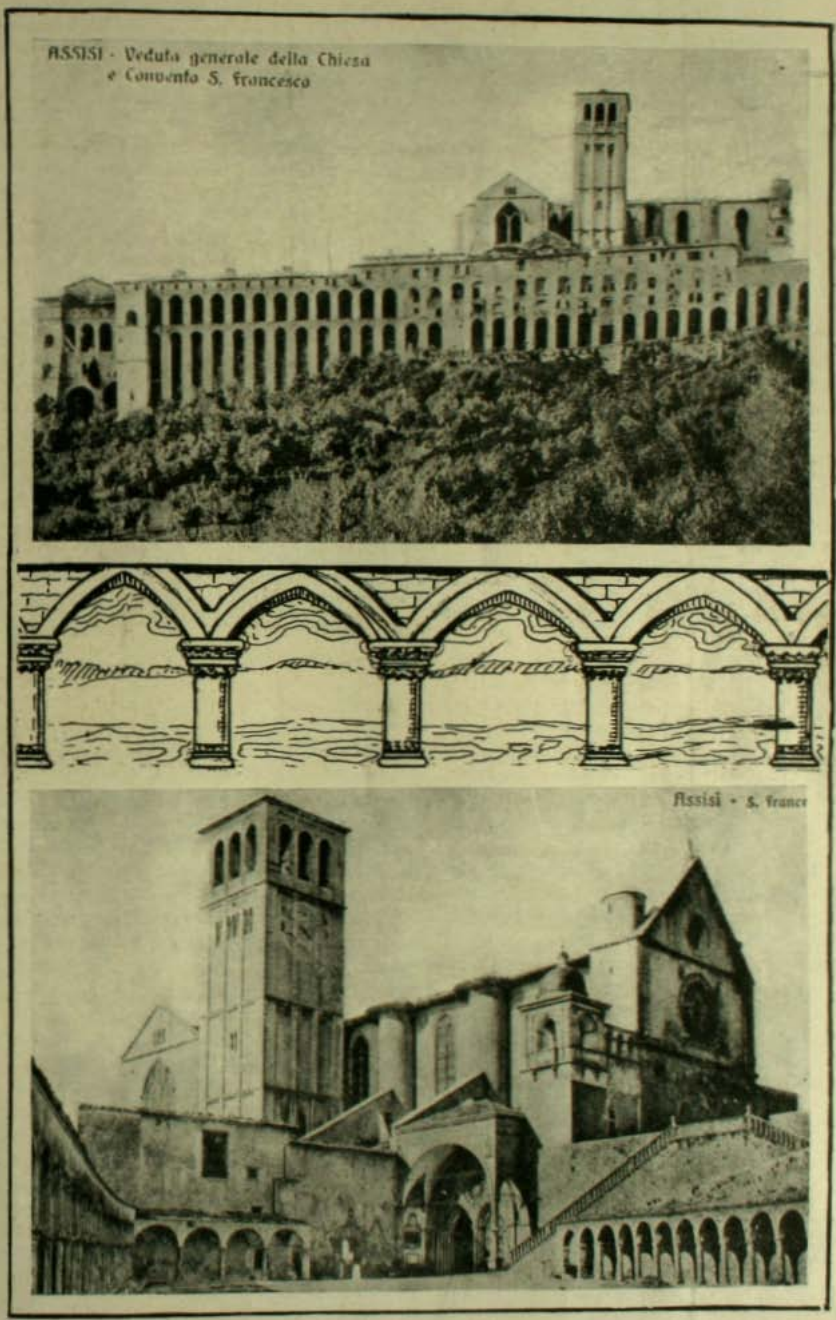
Por la suma de vida interna acumulada a través de los siglos, Asís puede aspirar con derecho al título de "Patria de almas..." Diferente de casi todas sus cohermanas italianas, no se ha doblegado a las comodidades modernas, sino que fieramente sentada sobre su colina histórica, vive el sueño de un tiempo que fué.

Se asemeja un poco a aquella reina de la leyenda que se durmió un día en el castillo encantado, sintiendo correr los siglos bajo ella, sin que lograsen profanar su belleza.

Muchas creaciones de su juventud han sobrevivido al tiempo y es por esto que las líneas de su fisonomía no se han cambiado.

Aquí nació y vivió el más grande y más heroico de los místicos, como una reencarnación de la ley evangélica. El tuvo y comunicó al Universo entero la visión y la intimidad del Invisible. Desde entonces parece como que Dios estuviera más presente en todas partes, tanto en las hojas de las plantas como en los más amplios horizontes y las cosas todas no fueran más que símbolo, lengua y poesía. El proclamó ante la Italia y la Europa brutales del siglo XIII, el deber y la dulzura de amarse; a su voz la ternura inundó los bastardos corazones y la resignación con la esperanza tuvieron más valor en la vida de los humildes y los tristes. Un júbilo desconocido hasta entonces hace cantar la poesía popular y llenar de salmodias las ojivas de los claustros; guía

Vista general de Asís



Asís.—La iglesia y el convento de San Francisco. Las tres basílicas superpuestas.

"Las nupcias de San Francisco con la Pobreza", fresco del Giotto.

hacia el ideal más puro el pincel de los artistas y los campaniles de las viejas catedrales. Es todo un Renacimiento del más puro y del más fresco; es, según la palabra del Dante, "el alba que se alza en el Oriente, es un Sol semejante a aquel que me baña en el momento..."

El panorama que se extiende a mediodía bajo las ventanas del Hotel Subasio es de los más imponentes de la Umbría. Es muy difícil, antes de penetrar el alma misma de Asís, poder atrapar en su conjunto la naturaleza de que está formada. La dulzura en la majestad, éste es el tema.

Al pie de nuestra colina, que se extiende hasta el Apenino, se desarrolla el inmenso plano hacia las montañas opuestas cortado por el blanco camino que rectamente conduce a Santa María de los Angeles. La enorme cúpula del Vignola reina y domina en la fértil inmensidad fastuosa como una flor. El Gescio se desliza lentamente buscando el Tíber, y allá abajo, al fondo del horizonte, Perusa, altiva y guerrera, vigila sobre sus colinas.

"Salud, madre fecunda, tierra de Saturno!"

Nada en Italia merece con más acierto este saludo de Virgilio que este fértil valle, célebre desde antiguo por su belleza rica y peregrina. Es, en efecto, la tierra saturneana, donde el olivo se mezcla con la viña; es la tierra cuyo olor, el buen olor, exhalan las Geórgicas. Virgilio conoció, amó y cantó este país y aquí se comprende cómo este hijo del campo fué poeta, amando la tierra con amor campestre y con amor de artista.

He aquí la naturaleza cuya poesía impregnó el alma de Francesco Bernardone. La turba mística, sensible por primera vez a la dulzura por todas partes esparcida, sigue por estos caminos su hábito incoloro. La alegría universal canta como otra vez en el vergel, pero San Francico ya no está aquí para convertir en perlas el rocío de las plantas y hacer saltar el agua de las rocas. El milagro ha huído para siempre... Vamos a ver Asís.

"La Castidad", fresco del Giotto

Cuando subo en la diligencia, el sol empieza a bajar envuelto en dorada bruma. Allá arriba, la vieja ciudad erguida sobre su roca, está rodeada de gloria. Con la fortezza que la corona y los enormes muros que la circundan ella sería adusta, hostil, sin estos rayos de sol que la poetisan. Hay media hora de ascensión lenta por un camino de zig-zag entre campos cultivados, bosques de olivos y villas escoltadas por una fila de cipreses derechos como soldados. A cada vuelta del camino, el espectáculo varía: es la ciudad que presenta sus detalles a medida que avanzamos, es sobre todo el horizonte encendido, encendido en el esplendor de un sol que muere. Pero siempre, de frente siempre, el gran fantasma, ese conjunto de arquitectura babilónica que forman las basílicas superpuestas con sus claustros y arquerías exteriores.

He llegado y descendido al hotel Subasio, escogiendo entre las piezas que dan al valle. Son las cinco de la tarde, y el espectáculo que las ventanas nos ofrecen es fantástico, estupendo, único. El fenómeno de la tarde, el gran misterio, se realiza en ese instante; los patinados arcos de la iglesia de Santa Clara se iluminan de rosa; el sol se esconde hacia Perusa, las colinas se enrojecen por el reflejo del cielo que es de fuego, y todo se ve envuelto por ese último don del día que se va. Es el tramonto.

Ahora resplandece como nunca el sentido de la fisonomía y de la historia de Asís arqueada en semi-círculo como un cinturón de religiosos en el borde de la colina que domina la Rocca en ruinas. Este viejo castillo fuerte, los restos de murallas, las puertas, etc., son la Asís feudal y comunal, siempre guerrera, por quien combatió y fué preso el joven Bernardone. De una parte de la ciudad, la triple gloria del convento con las tres iglesias de San Francisco; de otra, la Catedral y Santa Clara, ésta encuadrada y defendida entre estos monumentos tutelares. Es la Asís mística del siglo XIII, sobre una tierra muy disputada porque fué muy bella y rica.

Es el Evangelio realizado.

Así es, para quien la vive, aunque sea por pocos días, una intensa y rica vida moral, donde se confunden la energía y la ternura. Entre las suaves impresiones del misticismo franciscano, el creyente puede trabajar en su catedral interior. Las obras maestras de los pintores y poetas umbrianos se ofrecen al artista y al que no lo es, a todos en fin que tengan la sensibilidad generosa. Ella es la "Patria de almas..."

La noche empieza cuando iba a sentarme bajo los arcos de San Francisco; la inmensa plaza rectangular queda sola en medio de las tinieblas y el silencio; hasta las vendedoras de tarjetas postales se han retirado después de esperar en vano el raro cliente. Nada queda, más que el prestigio de los poéticos recuerdos esparcidos en la noche y el eco de la gran campana que al hacerse oir habla: es la voz de Asís en la Historia. El viejo bronce bate sus largos toques, medidos e iguales, en una escala de vibraciones sonoras, bajas, robustas, que llegan con lentitud segura a los pueblos y villorrios del contorno. En aquella voz está la melancolía de un sueño de grandeza desvanecido que pasa en el suspiro de una plegaria; es el llanto vago de la antigua Fe y tal vez para la centenaria torre un presentimiento de muerte. ¿Por cuánto tiempo todavía? ¿Tal vez en un día no lejano todo aquello acabará por desaparecer y la ciudad medioeval, que supo resistir al Renacimiento, sucumbirá vencida por la violencia de la vida moderna? ¿No es ésta una razón más para amar y tratar de comprender el alma de la mística princesa a la cual el sentimiento de la soledad en la luz del tramonto que se apaga le da un encanto extraño y profundo?

Celda donde murió San Francisco

*

Con qué impaciencia esperé el siguiente día!

Mi primera visita fué, como era natural, para el dueño de casa, para el **poveretto d'Assisi.**

Tan pronto entré en la iglesia inferior, me sentí como aplastado por una fuerza mágica y extraña. El techo es muy bajo y suavemente arqueado. Apoyado en grandes pilares, parece hacer un esfuerzo gigantesco para sostener la otra iglesia gótica que lleva hasta los cielos la gloria de San Francisco. En su poderosa espalda está la cripta incrustada en la roca: es el franciscanismo que, tan pronto muerto el Santo, se establece y se organiza.

Poco a poco, lentamente, y cuando los ojos se han acostumbrado a esta obscuridad misteriosa, el extraño decorado empieza a revelarse y la gran nave aparece toda iluminada por los viejos frescos. El ultramar de los cielos, el azul o el rosa de los trajes, el encarnado de las viñetas, hacen cantar sus tintas sobre estas curvas austeras, sobre estas superficies rectas.

No hay una que no esté animada por una pintura y hasta los mismos ángulos ostentan primorosos arabescos y dibujos variados hasta el infinito.

Todos estos colores que se armonizan en las sombras, todas estas escenas ilustradas del Evangelio o de la Leyenda de los santos llenan la enorme nave de una vida que suple la soledad, anima el silencio y hace aclarar la obscuridad. Vida serena, gestos tranquilos, expresiones dulces; todo aquí está sujeto a este ritmo piadoso que los trecentistas han dado a sus composiciones que parecen participar de una vida superior muy ajena a las agitaciones diarias de nuestra efímera vida.

Una fe fresca, joven, muy diversa de la actual, era la que perfumaba los corazones del Giotto, de su maestro Cimabüe y de Pietro Lorenzetti, cuando ellos delineaban sus madonas y contaban sus milagros. Es por esto que una sola de sus

Asís: Una vista del convento de Santa Clara.

murallas tiene más poesía que toda la Pinacoteca Vaticana.

A la derecha del coro una crucifixión que se discute sea del Giotto: la escena es trágica y hay en los personajes que gimen al pie de la cruz y en los ángeles alados que lloran juntando las manos, una expresión tan intensa de dolor que recuerda la misma escena de la Arena de Padua.

A un costado, la Virgen entre dos santos de ese Simón Martini, que de Asís, de Siena y de Florencia lleva su arte hasta Avignon.

En un rincón de la izquierda la figura dulce, de un encanto que se insinúa desde el primer momento, de la Madona de Lorenzetti. Los ojos son puros, tiernos y dibujados como almendras. Por un refinamiento del artista, la aureola se destaca en relieve haciendo brillar en la sombra su filete de oro.

Por fin, bajo el techo del coro semejante a una flor de pétalos dados vuelta, los cuatro famosos frescos donde el Giotto celebra el Triunfo de la Castidad, el Matrimonio de San Francisco con la Pobreza, el Juramento de la Obediencia y la Gloria final del Santo.

La alegoría ha construído para representar la Castidad una torre de almenas gibelinas defendida por Brabura y Pureza. Las Virtudes visten y bautizan un religioso mientras la Penitencia y los Angeles expulsan el demonio de la concupiscencia.

En el matrimonio de San Francisco con la Pobreza, nos presenta a esta última en el abandono de los vestidos rotos y parchados; aparece humilde hasta en su triunfo, marchando sobre las espinas que un rapaz pone en su camino. Una mano la coloca entre las del Cristo y la del Santo, tendiendo la otra al Amor y a la Esperanza, que le colocan en el dedo el místico anillo.

Tanto el fresco de la Obediencia, como el de la Glorificación y los de arriba citados, llevan el sello del misticismo y del Amor, donde el Giotto se inspiró para estas originales alegorías tan familiares a su época. Antes del romance de la Rosa y del tiempo de los trovadores provenzales, Dante, el primero, cantó estas nupcias místicas de Francesco con la "Dama Pobreza" y todos han reconocido en un rincón del Triunfo de la Castidad la larga carga de amargos pliegues de aquel admirador apasionado de Francisco, miembro de la Tercera Orden y posiblemente inspirador del Giotto: Dante.

Si la sombría iglesia inferior es preciso

visitarla con la luz de la mañana o después de medio día si hay sol, la basílica superior se presta a cualquier hora. Esbelta y lanzando al cielo sus formas góticas, parece estar construída y trabajada con la luz. Ella es también un símbolo. Las dos iglesias son más o menos contemporáneas, encarnando la de abajo, como luz de un sol naciente, la Orden que comienza. En la de arriba parece verse el Franciscanismo triunfante como un monumento de fe, una glorificación del Santo.

La Orden se afirma, vitalmente, y el alma fiera de Elías de Cortona, que fué su general y más tarde renegó, flota en sus bóvedas gloriosas. La iglesia es gótica y no podía encontrarse un estilo, una expresión más adecuada para el sentimiento religioso.

El principal atractivo son los maravillosos episodios de la vida y muerte de San Francisco pintados por el Giotto y sus alumnos. Ya no son la alegoría y el Dante lo que estos frescos ilustran, sino los **Fioretti** y la **Legenda** de los tres compañeros. Entre las dos murallas el alma del siglo XIV palpita en una mezcla de realidad y de imaginación. De estas escenas de la vida de San Francisco, las unas son verdad y las otras son leyenda, pero apenas se sabe dónde terminan unas y empiezan otras, así como la gente que vivió con él, y él el primero, jamás supieron distinguir el milagro de la vida normal.

Todos los frescos, franciscanos o giottescos, son todos místicos y esa mezcla de maravilla o de verdad, se encuentra en los paisajes que encuadran las escenas. El Giotto y sus discípulos se han divertido aquí en verdaderas fantasías de ensueño y paradoja, pero siempre se reconoce en la auténtica Asís de otros siglos la plaza grande, el Oratorio de San Damián, el pórtico de Minerva, el Subasio y sobre todo el gran valle, el paisaje de esta Asís que hoy visitamos.

Para llevar una impresión de la intensa poesía de la Leyenda Franciscana y del genio del Giotto, hay que detenerse ante el fresco de los Adioses de Santa Clara, que es sin duda la obra maestra y superior al de los funerales de San Francisco en la Santa Croce de Florencia.

El alma de todo un pueblo y el corazón femenino mezclan aquí sus efusiones: es el momento patético cuando el cortejo fúnebre se detiene ante el Oratorio de San Damián. Clara y sus hermanas salen a dar el adiós supremo a aquel que les reveló la regla de la buena vida. Clara lo levanta, lo mira ávidamente como para saciar su vista en quel que no verá más: una Clarisa besa con pasión las manos estigmatizadas y otra los pies. El cortejo, mudo, espera el fin de esta escena de duelo y de ternura, mientras un muchacho arriba de un árbol, deja caer hojas y flores. Aquí se ve el genio del Giotto, en este detalle de frescura rústica y de poesía espontánea.

Bajo de nuevo a la iglesia inferior. Los frailes entran en los sitiales del coro y empiezan a salmodiar el oficio con una voz tan desesperante y gangoza que rompe el sagrado silencio. Todo está desierto, y sólo una alemana gorda con su caballete y su caja de acuarelas, se instala en un rincón a copiar al Cimabúe con esta luz del mediodía.

Un inglés muy artista y afectuoso que había conocido en el hotel y que venía por sexta vez a Asís se me acercó a la salida de la iglesia para cambiar impresiones sobre el Giotto que tanto me había recomendado la noche anterior.

Los ingleses afluyen a Asís con ese espíritu sajón, amplio y fino, propio de atenienses. Ellos no vienen aquí en busca del sol que carece la ciudad del Támesis: Roma, Palermo, Nápoles les ofrecen más sol y claridad. Si se detienen en tierra umbría que es suave y velada, es porque adoran Asís y San Francisco; vienen en busca del Giotto y sus discípulos y todos los trecentistas umbrianos y sieneses.

Como críticos profundos de arte han consagrado innumerables libros admirablemente ilustrados que llenan las librerías y bibliotecas de Europa.

Es increíble la seducción que ejerce sobre estos corazones protestantes, pero abiertos y curiosos, el alma mística del gran santo. Cosmopolitas, errantes del mundo, vienen aquí a bañarse de poesía espiritual.

Con este buen compañero y mejor guía me dirigí después de almuerzo a evocar el recuerdo de Santa Clara, esa mujer dulce y exhaltada que siguió la regla de Fran-

Manuscrito autógrafo de San Francisco

cesco. Ella posee un atractivo especial sobre las mujeres porque fué toda sentimiento y efusión.

Allá abajo, después de cruzar tortuosas calles, bóvedas y etruscos arcos encontraremos esta mezcla de perfume femenino que es otro de los encantos de la blanca villa.

Las Clarisas viven bajo la doble impresión del paisaje amigo y los muros de su monasterio descansan en la roca que da al valle. Naturaleza y misticismo riman juntas en su vida misteriosa de claustro.

En la fría y desnuda nave cuyo silencio es interrumpido por los pasos de un mendigo majadero, el custodia nos lleva ante un Cristo del siglo XII pintado sobre madera, que fué el que habló a San Francisco en el Oratorio de San Damián. Flaco, largo y huesudo está dibujado por líneas dolorosas. El inglés me recuerda la imitación del Giotto

en la iglesia superior de San Francisco: se ve al santo de rodillas recibiendo del Nazareno la orden de renovar el antiguo Oratorio, pero ¡qué diferencia de sentimiento y de arte entre estos dos! Aquí, es la concepción grosera de la divinidad y de la vida, allá, el prestigio de lo real y lo divino; es el Cristo bizantino pero más hermoso. La inclinación de la cabeza como el éxtasis del santo místico son sentimientos nuevos del siglo XIV. De un Cristo a otro va la diferencia de una era a otra. La humanidad se escapa ya del **moyen âge**.

Descendemos por fin a la cripta donde Clara reposa entre bóvedas y mármoles. ¡Qué contrasentido! Una mujer que quiso vivir y morir en la pobreza, rodeada de trapos y riquezas; han ido aún más lejos. Han sacado el cuerpo del antiguo y austero sarcófago de piedra para arreglarlo y rehacerlo; han profanado su cara con esmaltes pintados haciendo de la santa un maniquí horrible, colocado en una urna resplandeciente.

Ella, Clara, está ahí tras de los vidrios con su nariz artificial y sus mejillas rosadas a pincel.

Esto es mucho más chocante cuando el guía nos muestra en la roca, en su lugar original, el verdadero sarcófago. El es magnífico en su grosera rudeza, y allí, nos cuenta el **cicerone**, se encontró a Clara inclinada hacia un lado, hacia San Damián, que fué su sitio predilecto.

No han comprendido que aún mirando la cosa por el lado de la impresión y del efecto, habría producido mucho más en las almas piadosas y aún en los simples turistas, si hubiesen dejado los verdaderos despojos en su cofre de piedra donde los de Asís quisieron venerar su eterno reposo.

El británico amigo me acompañó después a San Damiano, al viejo Oratorio donde San Francisco en éxtasis oyó del bizantino Cristo la orden de su vocación.

Todo aquí, los sentimientos, muebles y murallas tienen el prestigio y la autenticidad de las cosas viejas.

La ternura y el rastro femeninos flotan en este convento como en toda la Umbría y aquí está ese resto del bálsamo franciscano que remoza los corazones; todos conocen este capítulo de historia religiosa. Las jóvenes umbrianas seguían con pasión los pasos de Francesco que les hablaba de renunciación y sacrificio, y Clara de Asís, Margarita de Cortona, Inés de Montepulciano y tantas otras se enamoran de los dolores del Crucificado. En estos muros está el cristianismo, el pasado, y la ternura de la mujer que son la esencia de la poesía. Todo es aquí contemporáneo o apenas posterior a San Francisco y Santa Clara: estamos alrededor de 1230, y en un museo medioeval.

Detrás del altar un minúsculo coro encierra los sitiales primitivos y sobre un púlpito macizo un manuscrito da el nombre de las primeras Clarisas. El frate muestra con gran veneración la custodia gótica con la cual Santa Clara contuvo el asalto de los sarracenos, haciendo levantar en seguida el sitio de la ciudad; la campana que llamaba las Clarisas a oración y el breviario manuscrito de Francesco.

En este momento los monjes entran en el coro y empiezan el Oficio. Nos retiramos llevando una impresión intensa de este ejemplar admirablemente conservado, auténtico, del monasterio del siglo XIII que es una evocación poderosa de la vida monacal.

❦

El lugar predilecto de Francesco no fué Asís; ella podía recordarle su brillante juventud y las alegres canciones de trovadores, pero ¿qué encanto podía tener una ciudad entónces populosa para un alma ansiosa de contemplación y naturaleza? Su corazón era atraído, como bien se comprende, hacia el valle dulce y grave donde se alzaba poético un ranchito: la Porciúncula. Es uno de los más atrayentes sitios de este valle. Los viejos dibujos lo representan cubierto de bosques de olivos, y sembrado de añosas higueras.

Aquí, se han producido los más encantadores de los **Fioretti** franciscanos y bajo estas higueras y muy cerca de su celda conversó Francesco durante ocho días con una cigala, "su hermana la cigala".

Aquí se eleva la Porciúncula, pequeño oratorio del siglo XIV construído por ciertos ermitaños de Palestina y después abandonado. Francesco lo habita y lo hace testigo de sus místicos coloquios con la Virgen. Aquí reune después de él, tres, des-

pués siete, después doce y después cien compañeros que son sus hermanos. Entre los árboles ellos levantan alrededor de la Porciúncula una ramada de rosas y un buen hombre del lugar les lleva en los días de fiesta algunas legumbres que ellos mismos arreglan y cocinan. En este florido jardincito, en esta Tebaida, se desean hombres de buena voluntad para la oración y penitencia y mucha alegría necesaria al corazón. Un novicio perezoso, hermano "Mosca" que no hace más que hablar y decir impertinencias, es expulsado en seguida de la choza.

Una enorme iglesia empezada por Vignola en 1569 cubre el agreste valle, que mira a Asís con su masa semi clásica. Es el eterno greco-romano que en los siglos XVI y XVII ha construído tantas vanalidades en esta tierra italiana. Una cúpula, como anacronismo, corona todo este recinto que parece no haber vivido que para la Edad Media; todo tiene un aspecto de nuevo e inconcluso.

Dentro de esta gran iglesia donde nunca faltan personas de rodilla, está la Porciúncula, minúsculo oratorio, tradición de fe, de amor y de fervor colectivo de las masas. Un celo mal inspirado ha arruinado su primera poesía. El santuario ruinoso donde se apiñaban las bestias y las aves está manchado de pinturas y dorados. Su interior es más sincero, y bajo su bóveda ennegrecida por los cirios, el alma del místico y la piedad de otros tiempos viven todavía. Sus puertas de madera son viejas y caladas por los siglos y por una devoción exagerada que las ha arañado para hacer reliquias. Las piedras de sus muros están pulidas por los besos y el suelo gastado por rodillas.

Un niño enciende las velas y la gran Misa comienza: yo voy a ver la celda donde Francesco murió, la cueva donde dormía y esas rosas cuyo uso Francesco bien conocía.

Un día que el demonio le reprochó sus maceraciones y vigilias invitándolo al sueño y al reposo, él se echa desnudo sobre las zarzas que se convierten en rosas. Hoy en su lugar florecen rosas sin espinas cuyas hojas, con pequeñas manchas rojas, parecen salpicadas de sangre... Alrededor de estos claustros aislados, en este sitio de fe grandiosa y risueña, se mezclan el lirismo de lo místico y de la poesía que todo lo llena y lo perfuma.

Todos los años, el 14 de agosto, millares de peregrinos de todas partes del globo concurren al gran Perdón de Asís a depositar sus penas, a pedir sus gracias al gran asceta de Asís.

¡Qué espectáculo magnífico debe haber sido el del Capítulo que en 1219, por Pentecostés, reunió cinco mil hermanos! Fué un 26 de mayo, cuando el gran valle se preparaba a florecer. Alrededor del oratorio y a la sombra de los árboles, se acampó esta multiutd que traía a la primavera de la Umbría la primavera de la Orden...

Salgo de la iglesia que tanto desmiente su primitiva rusticidad, para tornar a ver el verdadero aspecto de las cosas. He aquí el campo y el blanco camino que me llevará de nuevo a Asís, tan imponente allá arriba. Las casas grises rodean la colina y ésta a su vez rodeada por el audaz convento, la Rocca en ruinas y Santa Clara. Todo es de color ligero, suave, como espiritualizado.

Francesco sintió la belleza profunda de este sitio. De la Naturaleza él no amaba solamente los grandes horizontes, sino que también los detalles: las flores de los campos y las yerbas más humildes eran su admiración. Lo que lo atrajo a la Porciúncula y a las **Carceri**, después del espectáculo grandioso que a su vista se extendía, eran los pequeños prodigios ante los cuales hay que ponerse de rodillas. El ve los animales vivir la vida libre, la golondrina en el aire, el lagarto en su peñasco y el halcón en su garganta. Bajo las grutas donde él se recogía, ellos venían a asociarse a sus plegarias y por ellos él rogaba ingenuamente. Sin tener sobre estas cosas la opinión que hoy discuten los filósofos e inquietan el dogma, él pensaba que la vida y el alma son universales y que todo participa en el concierto según la medida dada por Dios: desde el insecto que se arrastra, hasta el hombre que lo pisa. Tenía demasiada humildad para creer que el hombre esté separado por un abismo del resto de los séres; y por esto su tierno corazón establecía esos lazos de parentezco que su lengua familiar traducía por "hermanos" y "hermanas" cuando conversaba con los peces del lago Trasimeno, con las golondrinas de Savignano y con los lobos del Gubbio. Así se

explica que su elocuencia fuese desbordante de vida y tapizada de poesía.

*

Un tramonto no inferior al de mi llegada fué el que me dió la despedida esa triste tarde que dejé Asís.

El sol hace un esfuerzo supremo para teñirlo todo de violeta, dejando sólo al cielo manchas rojas como estigmas. El misterio de la hora todo lo confunde; el olivo con la viña trepadora y ésta con la higuera.

Esto mismo, esta apoteósis, fué la que Francesco quiso contemplar una vez más antes de morir. Se hizo descender de Asís sobre una tabla y allá, no distante de donde yo ahora bajo en diligencia y bajo una higuera, se hizo volver hacia la ciudad natal.

La escena la reproduce Benouville en una impresionante tela del Louvre donde se confunden la serenidad de la muerte y la melancolía de la tarde.

El mira la ciudad querida y haciendo un supremo esfuerzo la bendice. El sol moría como él y con él. Se hace recitar por Frate Leone el "Cántico del Sol y de la Muerte" y una hora después que el crepúsculo descendió los Apeninos y al canto de las alondras bullangueras, expiró.

Murió en plena naturaleza porque siempre vivió en ella; se durmió al morirse el día porque su vida se harmonizó siempre al ritmo de las cosas; en la Umbría, porque la Umbría fué franciscana antes que él; murió, en fin, en la Porciúncula, porque aquí está el perfume esencial del franciscanismo: el de una flor natural, fresca, espontánea... ... ...

Clasificacion Zoológica del Hombre

Por

JULIAN DOBLE

Ilustraciones de Alvarez

Don Baltasar Cortínez vivía muy cerca de mi casa. Nos encontrábamos con frecuencia. Fuímos amigos desde una vez que hicimos juntos una excursión hacia unas minas de oro. Había nacido él en un pueblecito de Atacama y ya con esto sus inclinaciones mineras se explican.

Pero no eran los minerales su afición única. Latía en el espíritu de don Baltasar una curiosidad eterna y su afán de querer saberlo todo lo llevó a estudiar varios idiomas primero; la química, después; luego la física, las matemáticas y las llamadas ciencias naturales.

Su pasión por el estudio de los animales le duró varios años. Todas unas vacaciones perdía por el campo en la caza de insectos. Repentinamente, dejó la zoología y se entregó de lleno al esperanto. Entonces lo perdí de vista. Era sencillo: don Baltasar se había cambiado de barrio.

Solía divisarlo después marchar por esas calles a paso redoblado. Nos saludábamos al pasar. Una tarde me informó sólo que su hijita mayor se le había casado, y que eso le traería una gran pena. Su hija también sabía esperanto.

Hace pocos días, nuestro encuentro tuvo mayores consecuencias: me invitó a comer a su casa. Su nueva mansión de viudo quedaba muy lejos del centro. Era una casita pequeña, pero con muchos árboles al fondo. La calle era amplia y tranquila; allí don Baltasar podía entregarse en completa paz a sus estudios.

En su escritorio estaban los libros por todas partes: dentro de los estantes, encima de las sillas o arrojados por el suelo. Encima de una química descansaba una historia natural, y un texto de álgebra aplastaba a uno de ciencias sociales. Allan Kardek se codeaba con Carlos Marx y Luis Buchner quedaba al frente de Berzelius.

Un gran libro de zoología, con láminas en colores, estaba abierto sobre una mesa.

—Veo, don Baltasar, que Ud. ha vuelto sobre los animales.

—Sobre todos los animales, no: me especializo sobre el hombre.

—Pero aquí veo el libro abierto en el género "canis".

—Es que establezco comparaciones.

—¿Cree Ud. entonces que nosotros los hombres tenemos algo de perro?

—Basta poseer nociones de zoología para convencerse que somos unos animales...

—Pero inteligentes...

—Es decir, con las facultades cerebrales un poco más aguzadas que el perro y el gato.

Sosteníamos esta conversación después de comida. Nuestros espíritus nadaban en la placitud y en la hartura. Don Baltasar tiró un cajón de su escritorio y me alargó una caja de puros. Luego me señaló una poltrona.

Esto era indicio de una disertación sobre esperanto o sobre algo más árido todavía.

Subía al techo el humo de los cigarros; don Baltasar parecía estar entregado a

sus sueños... Repentinamente, alzó la cabeza y me preguntó con brusquedad:

—¿Considera Ud. que todos los hombres son iguales? Establezca Ud. comparaciones entre Su Santidad Pío X y el general Pancho Villa.

Esta salida me habría causado hilaridad en otros instantes. Pero la pregunta tenía mucho de solemne.

—Sin duda—respondí—que hay grandes diferencias.

—Más de lo que todos se figuran. Según todas las clasificaciones zoológicas, lo que conocemos por hombre, tanto el negro del centro del Africa como el rubio europeo y el indio americano de piel roja, forman un grupo único. Para Linneo, el hombre era una especie del género Primates, en el cual estaban incluídos los monos.

Para los zoólogos modernos, el hombre forma un género aparte: el de los bímanos. Este género "bímanos" consta de una sola especie, ¿no es así?

—En la que están incluídos todos los que tienen dos manos...

—Pero es un error creer que los monos tengan cuatro, puesto que grandes naturalistas, con fundadas razones, han sostenido que las manos de atrás de los monos son verdaderos pies, semejantes a los del hombre... Sin embargo, yo acepto que el hombre forma un género aparte en la escala de los mamíferos, pero me parece absurdo lo de la especie única. ¿Qué cosa es lo que separa una especie de otra, dentro de un mismo género? En algunos casos es el tamaño, pero lo más general es el carácter. Tomemos por ejemplo, el género "canis". ¿Cuál es la diferencia fundamental entre el lobo y el perro? Simplemente el instinto: el perro es dócil y servicial; el lobo soberbio y sanguinario. En lo demás son iguales; y el hecho de que el lobo tenga el hocico más aguzado y la cola más gruesa, no tiene mucha importancia. Entre el lobo y el zorro el parecido es mayor aún, y aquí la diferencia parece ser sólo de tamaño. Examinemos ahora el género "equus". Entre el caballo y el burro la diferencia es también, como en el caso del lobo y el perro, del simple instinto. Vivo y listo el caballo; apagado y pensativo el burro.

—Es también más chico y de otro color; tiene las orejas más largas...

—Eso carece de importancia. ¿Ignora Ud. que hay caballos no mayores que un burro? En Chile es conocido el caballo chilote. ¿Y no se ven también caballos cuyo pelaje es muy parecido al del asno? Quedan sólo las orejas... Pasemos a la zebra: no es más que un burro con rayas negras... Y bien, este criterio que los naturalistas han aplicado a los géneros "canis" y "equus", ¿por qué no lo aplicaron a los bímanos?

—¿Entonces, Ud. cree que hay hombres-caballos, hombres-zebras y hombres-burros?

—Naturalmente, y con la circunstancia que las diferencias entre las diversas especies de hombres son aún mayores que las que existen entre perros y lobos y entre caballos y pollinos.

—Por ejemplo, entre un hotentote y un inglés...

—No tomo en cuenta las razas: mi clasificación se basa en las cualidades de carácter moral o más bien en los instintos.

—Diciendo esto, don Baltasar abrió un cuaderno de apuntes:

—¿Ve Ud. aquí? **Primera categoría:** el "homo normal" que equivale en el género "felis" al gato doméstico. Características: vientre generalmente abultado, cabeza redonda, cuello corto, andar acompasado. Esta clase de hombre come mucho y piensa poco. Si tiene dinero, se bota a prestamista; si no lo tiene, es un funcionario. Es parecido a los vegetales, porque sabe echar raíces profundas. Carece de ideales, y generalmente no ve más allá de sus narices. Esta especie se ha extendido mucho, porque es muy prolífica. Habita en todas partes, pero prefiere los centros poblados.

Segunda categoría: el "homo políticus", equivalente del leopardo, en el género "felis". Como el leopardo, sabe deslizarse y atacar a tiempo; y como el leopardo también, es lo suficiente astuto para engañar a todo un pueblo. Su cerebro está generalmente poco desarrollado y sus facultades intelectuales son mediocres. A pesar de lo superficial de sus pensamientos, su verba es caudalosa. En realidad, esta especie de hombre es más conocida por su exceso de palabras y por sus condiciones de melosidad y de astucia. Según algunos naturalistas, se conocen algunos ejemplares que piensan mucho y hablan poco, pero son raros. Hay zoólogos autorizados que comparan al "homo políticus" con el papagayo, por aquello de hablar horas seguidas de cosas inútiles, pero son sin duda exageraciones. En ningún caso, un "homo políticus" es tan bruto como un loro. Puede comparársele más bien con el zorro y con el lince, por sus grandes cualidades para la caza. El espíritu de asociación está muy desarrollado en él, y con frecuencia se le ve en grandes manadas.

Tercera categoría: el "homo hórridus", equivalente de la pantera en el género "felis". Se conocen las siguientes variedades:

a) **El revolucionario americano**, que tiene aspecto de hombre normal cuando habita en las ciudades y que se parece a un salvaje cuando merodea por la campiña. En él se ha atrofiado completamente el sentimiento del patriotismo; sólo llena su espíritu una ambición inconmensurable. Carece en absoluto de escrúpulos y de vergüenza, y es capaz de todo para llegar a los fines que persigue. A pesar de que

la mayor parte de su vida se desliza en motines y en emboscadas, no siempre es un valiente. Lo más común es encontrar tipos de revolucionarios perfectamente cobardes. La crueldad sí que rara vez abandona a esta variedad, especialmente si vive en el campo. El revolucionario no ataca nunca solo, sino en grandes pandillas, en la que se reconoce un jefe o caudillo. Distinguidos naturalistas han encontrado en las montañas de Méjico tipos muy curiosos: el general Pancho Villa, con cara de perro y con instintos de tigre de Bengala, y el general Zapata, con faz de macaco e inclinaciones de lobo de las praderas. Se ha tratado de llevar estos hermosos ejemplares a los jardines zoológicos europeos, con el objeto de exhibirlos, pero

no se ha logrado cogerlos vivos: la caza del revolucionario mejicano está siempre expuesta a grandes peligros, porque su ferocidad es superior a cuanto uno puede imaginarse.

b) **El anarquista-bombista - terrorista**, oriundo de Rusia y que habita en gran número en ese país y también en Italia, Francia y España. Se distingue por su odio a todo el género humano. Lo curioso es que estos animalitos pretenden reformar el mundo de la manera más divertida: matando y destruyendo! Quieren edificar una humanidad nueva sobre las ruinas de la presente. Son enteramente insociables y huraños, por lo cual conviene tenerlos en jaulas separadas, para que no se destrocen mutuamente.

c) **El bandido propiamente tal**, extendido por todo el globo, aunque parece ser más abundante en Méjico, en Italia, en China y en Chile. Esta variedad es generalmente de cerebro obtuso y poco apta para la vida civilizada. Como el revolucionario, carece en absoluto de vergüenza; pero algunos pocos están dotados de sentimientos caballerescos y de otras buenas cualidades. El bandido, si bien muy bruto, peca también de vanidoso y se siente muy feliz cuando le publican el retrato en la prensa.

Cuarta categoría: el "homo sapiens", dividido en las siguientes variedades:

a) **El filósofo:** anda despacio, se hace el distraído, mira mucho a las estrellas y aparenta que habla sólo. Aunque sus pensamientos sean claros y sencillos, los expresa de un modo obscuro. Lo más común es que cuando escribe no se entiende él mismo. Si bien de modales suaves y de aspecto humilde y modesto, su vanidad y su orgullo son enormes: se figura tener al Universo en la palma de la mano. Todo lo reduce a leyes y a reglas. Sin embargo, hasta ahora no han podido ponerse de acuerdo unos con otros.

b) **El poeta:** pelo largo, rostro pálido, ojos profundos y febriles. Hay algunos que se dejan crecer las uñas, aunque no son animales carniceros. Aparentan despreciar la prosa de la vida, y a renglón seguido piden prestados cinco pesos. Esta variedad se ha desarrollado mucho en Colombia, hasta el extremo que forman las cuatro quintas partes del país. Se les encuentra en los oficios más humildes. Los obreros que recolectan bananas, aprovechan los ratos que les quedan libres en componer sonetos a la luna. Característica de todo poeta es la de despreciar profundamente al resto de los hombres. El poeta, para él, tiene algo de divino, y su superioridad no debe siquiera discutirse.

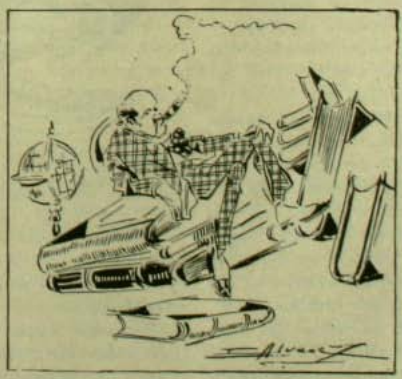
c) **El novelista:** Este forma parte de la tribu de los redentores. Está seguro que con sus novelas volverá el mundo patas arriba. Poco se desprende de la idea de que es un apóstol. Tiene casi tanta vanidad como el poeta, pero se adapta con mayor facilidad a la prosa de la vida. Hombre retraído y laborioso, es generalmente de mal carácter. Hace poco se trajo a Chile un hermoso ejemplar, cazado en los bosques de Valencia. Obedecía al nombre de Blasco Ibáñez. Era de una voracidad increíble, comparable solamente a la de los tiburones. Su vanidad no reconocía límites. Se le exhibió en el teatro Municipal y fué mucha gente a verlo.

d) **El dramaturgo:** esta variedad es tan abundante como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Más difícil es encontrar un trabajador al día que un dramaturgo profesional. Su vanidad es tan grande como la del poeta. Los dramaturgos son pendencieros y huraños, en lo que se parecen a las bestias feroces. Arman grandes guerras entre ellos, por los motivos más pueriles. Si uno de la tribu tiene la debilidad de censurar la obra de los otros, los demás se le van encima y casi se lo comen. Parece que el dramaturgo nace con el instinto de la lucha. En Europa está un poco más domesticado, aunque se ha logrado dar caza en Italia a un tal D'Annunzio, que es el tipo más curioso y más feroz que existe. Muchos naturalistas han abrigado serios temores de que este D'Annunzio reviente, por el exceso de vanidad que tiene adentro. De todos modos, es un hermoso ejemplar de orgullo y de vanidad humanos, digno de ser exhibido en los grandes Jardines Zoológicos.

e) **El historiador:** paciente animalito que vive por lo común en las bibliotecas y que se alimenta exclusivamente con pergaminos y libros viejos. De su laboriosidad se cuentan verdaderos milagros. El

historiador está siempre en contra de la concisión y del laconismo: si le fuera dable hacerlo y se le dejara libre, publicaría libros de diez o veinte mil páginas, para agotar todo lo que pueda decirse sobre los hombres importantes de los pasados tiempos. Hay también en el historiador una marcada inclinación a discutir cosas insignificantes. He aquí un problema que todo historiador concienzudo ha de considerar transcendental: "Está probado que O'Higgins se presentó al final de la batalla de Maipo con un brazo colgando de un pañuelo. Ahora bien: ¿este pañuelo era de algodón, de seda o de hilo? ¿Era blanco o negro, o con rayas azules y lacres? ¿Tenía versos en las esquinas, y cuáles eran estos versos? ¿O se trataba de esos grandes pañuelos-fatiga, que usan en las aldeas desde el cura para abajo?" Se comprende que esto tiene grande importancia en la descripción de una batalla.

f) **El periodista:** variedad poco definida todavía. Los hay de todos tamaños y de varios pelos. El más común es el gris sucio, que adora el sol que más calienta. El tipo más exacto del periodista es una cabeza a pájaros puesta sobre una Enciclopedia, y se le puede comparar con el picaflor, por su manía de tocar todos los ramos de la ciencia y no detenerse en ninguno. A pesar del poco fondo de sus estudios, su suficiencia no tiene límites. Cree sinceramente estar desempeñando la misión de los antiguos profetas en el Pueblo Elegido, y se figura que él dirige a la opinión pública como un pastor a su manada de ovejas. Hay algunos que son sumamente peligrosos, por sus inclinaciones sanguinarias.



g) **El artista:** variedad que se subdivide en los siguientes tipos: **pintores, escultores y caricaturistas.** Los hay de cabellos largos y de cabellos cortos, delgados como un espárrago y gordos como un tonel; de carácter suave y dulce y de maneras grotescas. Por lo general, saben muy poco de dibujo y sienten inclinación a deformar la naturaleza. En ellos está muy desarrollado el sentimiento de la envidia y son muy poco unidos, como los dramaturgos; pero rara vez forman grandes alborotos en sus disputas, ni ha ocurrido que lleguen hasta tirarse los colores por la cara."

Aquí terminaban los apuntes de don Baltasar Cortínez.

—Me parece—dije—que faltan algunos grupos de hombres.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Los abogados y los médicos.

—No se es abogado ni médico por inclinación natural. Al contrario, aquí, como en todas partes, el que nace con instintos de tinterillo, sigue la carrera de ingeniero, y el que es apto para los números, estudia medicina. Si un niño es tartamudo, corto de genio y de ideas más cortas todavía, tenga Ud. por seguro que su padre lo hace estudiar leyes. Todos estos profesionales entran en la categoría que les señalan sus inclinaciones.

—¿En que especie pone Ud. al titerillo?

—En el "homo hórridus".

—De modo que es un bandido...

—Bandido con chaqué verde, y de los peores.

—Echo de menos también a los cómicos.

—Tienen su cabida en el grupo de los dramaturgos. Así como cualquier hijo de vecino se siente capaz de hacer un drama, también queda al alcance de cualquiera, eso de interpretar los más grandes papeles.....

Nuestros puros se extinguían..... Del salón próximo venían notas del piano. Don Baltasar cerró el libro y pareció entregado a reflexiones profundas. Me levanté y le tendí la mano.

—¿Ya se va Ud?

—Sí, meditando en que los hombres, sin saberlo, seamos así... tan animales.

JULIAN DOBLE

El veneno de las Serpientes

Por

LUIS CASTILLO

Ilustraciones Fotográficas

Me había narrado ya las bellezas de los bosques tropicales, con ese entusiasmo sensato, propio de los viejos naturalistas, cuando se me ocurrió preguntarle a Parker—zoólogo colector del Museo de Montreal—por los peligros que había corrido.

—No son pocos, me contestó, y el más traidor, el más imprevisto de todos los que ofrecen las selvas tropicales es el de las serpientes venenosas.

Ha de saber Ud. que muchas de ellas no se distinguen de las serpientes inofensivas que el vulgo llama "culebras", pero son a veces tanto o más temibles que las que se dan a conocer desde el primer momento como peligrosas.

Es una suerte viajar por Chile. No hay una víbora, ni un crótalo traidor que pueda detener al viajero en sus expediciones. Pero, cuando me interno en una selva tropical, lo primero que recuerdo son los nombres de mis colegas que se han quedado en ellas.

Sin embargo, algunas serpientes advierten su presencia. Las víboras que Ud. sólo conoce de nombre, se delatan con el fuerte olor a ajos que se percibe a la distancia y las pelias que se asustan de cualquier ruido, yerguen la cabeza, la hacen girar rápidamente y aceleran la respiración hasta que el aire silba al entrar como al salir por sus fauces apretadas. Un sordo no podría esquivar el peligro de un crótalo o serpiente de cascabel, porque no podría auxiliarse del ruido armónico y agudo que forman las últimas escamas del reptil al rozarse las unas con las otras por sus bordes.

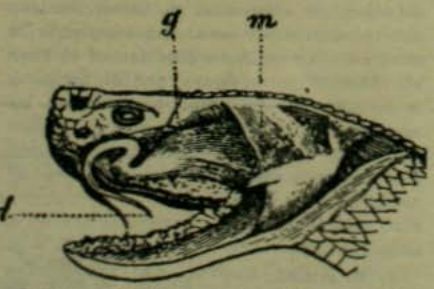
En cuanto al resto de las serpientes, cuando no son animales perezosos y tímidos que huyen del hombre, perdiéndose de vista en la hojarasca del bosque, son pérfidos e incomparablemente traidores. Se aquietan para tener al hombre al alcance del hocico y huir después de haber mordido.

—¿Y por qué los llama traidores, Mr. Parker?

—Porque no se someten a la domesticación sino para morder mejor.

Confieso que la disertación de Parker me iba sorprendiendo.

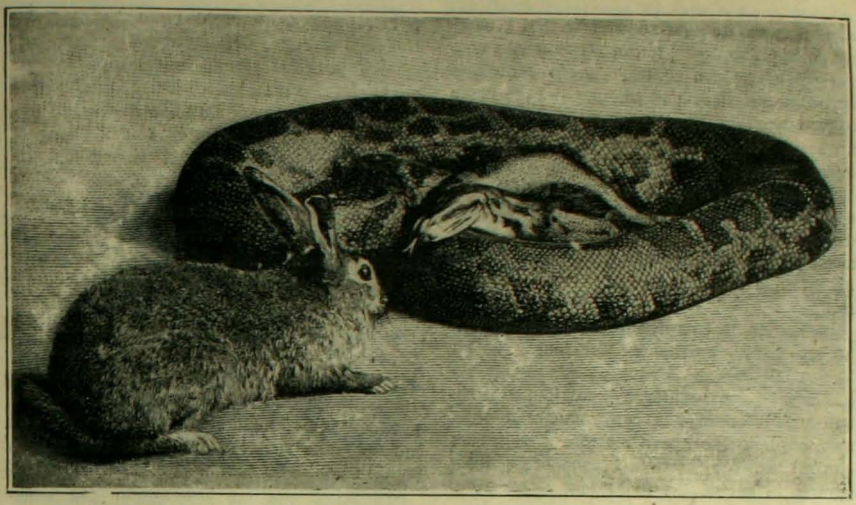
El no podía tomarme el pelo, porque nuestra amistad no daba para tanto y además porque la gente del norte bromea de otro modo.



Dientes y glándulas venenosas de una serpiente

g.—Glándula del veneno.
m.—Músculo retractor del diente y compresor de la glándula.
d.—Diente movible y acanalado por el que se vacía el veneno.

Por otra parte, no hacía mucho tiempo que había visto en un circo una mujer envuelta en serpientes, las que se escurrían



Las serpientes que carecen de veneno necesitan fascinar sus presas y estrangularlas

por sus brazos y dando cada una una vuelta por el cuello, invertían el giro de sus espirales para enroscarse en las pantorrillas y formar así un ocho y otro ocho hasta donde daba el cuerpo del reptil. Mucho tiempo después de esta entrevista conseguí saber—y lo supe por el mismo Parker—que la extracción de los dientes, por los que se vacía el veneno, es una operación sencillísima que él mismo ha realizado sin dañar a la serpiente. A pesar de esto, el espectáculo de mi referencia sigue para muchos ofreciendo sus peligros, siendo esta creencia la que asegura su éxito.

—Afortunadamente y excluyendo algunas especies de gran tamaño, como las boas, los pitones y los anacondos, las serpientes no venenosas—continuó Parker—pueden considerarse como diurnas, salvo algunas víboras que no se dan descanso, por lo menos en la apariencia. Cuando las venenosas aparecen de día, lo hacen para solearse; su actividad comienza siempre al obscurecer, porque necesitan de la complicidad de las sombras para sorprender sus presas. Entre tanto las que carecen de veneno merodean de día y se recogen a sus guaridas al caer la tarde.

Fué en esa ocasión cuando supe que todos los ofidios (serpientes) son exclusivamente carnívoros. Se nutren de ratones, liebres, sapos, etc., sin masticar jamás sus alimentos.

—El animal más grande que se puede tragar una serpiente de las de mayor talla no puede tener, a mi juicio, dijo Parker, mayor tamaño que el de un cabro de año.

—Y un niño, le interrumpí.

—Si no es muy grande, también puede engullírselo.

—Hace tres años, cuando recorría la Guayana Inglesa, oí decir a los negros que trabajaban en una plantación de cañas de azúcar que uno de sus compañeros había desaparecido el día anterior y que un anacondo de muy grandes dimensiones podía tal vez darme cuenta de su desaparición. Mis compromisos con el Museo eran en esa época de consideración, por lo cual inmediatamente me fuí en busca de tan raro como valioso *specimen*. Tendría una importante prima, si lo cazaba. A poco andar, siguiendo el derrotero que me habían dado los negros, me detuve a la sombra de un árbol gigantesco para tomar mis precauciones. Desde allí oía el canto de los negros y los golpes de azadón sobre el terreno. Cargué la pipa y la encendí. Después me tendí boca arriba para echar una siesta porque el calor aturdía... Además, pensaba, el anacondo debe reposar a estas horas. En dos horas más, tal vez en tres, buscará el río que diviso desde aquí. Pero, cuando me vino el sueño... al tiempo de irme a cubrir la cara con el jipijapa.... vi algo, mi amigo; que me alarmó un poco...

(No necesitaba decírmelo, porque tres

años después de aquel encuentro con el anaconda y teniendo la mitad de Sud América de por medio, yo sentía,—puedo jurarlo— que algo me escocía la piel a pesar de estar seguro que el único sér viviente que tenía ante mi vista era Parker, y a nadie más que a Parker).

Vi un hombre descalzo, continuó el cazador, con la cabeza y parte del tronco metidas en una gran hendidura labradas en el árbol y en la posición precisa de quien busca un erizo, o una comadreja en su madriguera.

—Cuando lo comprendí todo, créame que no me acordé mucho de Montreal y de su Museo. Disparé al aire y con la ayuda de dos negros que acudieron a mi llamado, saqué a la víctima y a continuación de ella una serpiente de nueve metros, más gruesa que mi muslo y en cuya boca enorme desaparecía la cabeza del individuo.

Sin dejarme tiempo para interrumpirlo, me agregó que las serpientes eran muy sedientas. Que necesitaban beber a menudo, ya fuera chupando el agua a grandes sorbos o recogiendo gotas de rocío con su lengua roja y bipartida.

—¡Y la ponzoña! le observé entonces para disimular mi espanto, ¿Ha visto Ud. Mr. Parker, como dejan la ponzoña a un lado para beber?

La contestación que me dió la omito porque nunca he creído que la merecía Después agregó, como para excusarse:

—Si ponzoña tienen las serpientes, esa no puede ser otra cosa que el veneno contenido en unas glándulas que se vacian por ciertos dientes acanalados hasta llegar a contacto con la sangre del animal mordido.

Y acompañando el ademán a la palabra, el canadiense hacía correr el pulgar a lo largo del dedo índice. Me explicó en seguida cómo se paralizaba la circulación, sobreviniendo inevitablemente la muerte y como, dividida la sangre en una porción coagulada y otra acuosa, entraba pronto en descomposición acelerando la putrefacción del cadáver. Lo que agregó después fué para mí toda una lección de anatomía como no la he recibido mejor de mis profesores.

Yo sabía que las serpientes más venenosas son la cobra o naja de la India, el áspid de Egipto, el crótalo o serpiente de cascabel de Norte América, el jararaca del Brasil, el labaria de las Guayanas y las víboras que viven tanto en Europa como en Sud-América, pero ignoraba si un hombre mordido por estos animales moría irremediablemente.

—No siempre, contestó Parker. Hay algunos como la serpiente de anteojos y el

Un pitón degluyendo un conejo después de haberlo estrangulado

Cobra o serpiente de anteojos

áspid de Egipto que pueden causar la muerte de un individuo de una sola dentellada.

—¿Inmediatamente que lo muerde?

—No. El herido no siente al principio dolor alguno. Luego después experimenta un adormecimiento general y un sueño invencible. Se cae, respirando con dificultad hasta que se paraliza el pulso y muere en dos horas de agonía, a lo sumo, sin proferir una queja.

Enmudeció Parker por un momento como queriendo disipar de su mente algún recuerdo siniestro. Era evidente que había sido testigo, cuando menos, de alguna de esas trágicas sorpresas de los trópicos. Después rompí yo el silencio, diciéndole:

—¿Cuántas serán los víctimas de las serpientes que pagan los indios?

—Muchas, contestó tras largo rato y enmudeció de nuevo.

Luego, desarrugando el seño, continuó así: Cuando se trata de una víbora, la mordedura es dolorosísima desde el primer instante. La herida se pone roja hasta tomar un color amoratado. Se siente una sed ardiente e insaciable. Un dolor agudo que enloquece, se generaliza por todo el cuerpo. Usted puede imaginarse ese dolor como si se tratase de un líquido corrosivo que fuera inyectado en una vena y que va poco a poco invadiendo las partes más vitales del organismo. Si el remedio no es administrado a tiempo, sobreviene un adormecimiento agónico, hasta que la dificultad para respirar origina la muerte por asfixia.

—Ud. me observaba ayer mi desmedida afición al ron y al coñac, pero Ud. ignoraba que a ellos le debo la vida.

—¿Es posible?

No respondo de esta verdad, porque no quiero indisponerme con mis consocios de estricta abstinencia. Me concreto por eso nada más que a reproducir lo que Parker me dijera.

—Ni el coñac ni el ron embriagan al más sobrio cuando es necesario detener los estragos de una mordedura. Pero, como el alcohol no lo encuentra usted en todas partes, ahora no hay explorador que no lleve consigo en sus viajes por los bosques tropicales un serum anti-venenoso que inyectado en la sangre evita las funestas consecuencias de las mordeduras de las serpientes. Bastan algunos minutos para que después de la primera inyección, los dolores, los calambres y las náuseas se disipen y la mejoría progresa de tal modo que al cabo de tres horas el enfermo queda completamente restablecido.

Quiso mostrarme la caja que lo contenía, pero sólo después de revisarse todos

El Aspid de Egipto

los bolsillos se dió una palmada en la frente, diciéndome:

—Me olvido a veces que estoy en Chile.

Ibamos a separarnos cuando, al estrecharme la mano, terminó así su información:

—Los yankees, prácticos como lo son para todo, han encontrado la manera que con mi durísima experiencia considero como la más eficaz para extirpar la serpiente cascabel que invade todos los sembrados de los Estados Meridionales: la crianza del cerdo en libertad. A falta de trufas y de otras golosinas, el cerdo arremete contra los crótalos hasta darles caza, guiándose por el cascabeleo, y los devora, dejándoles sólo la cabeza o sea la parte ponzoñosa, como usted la llama.

—¿Y si la serpiente, en su lucha desesperada, consigue clavarle sus venenosos dientes? me atreví a decirle, algo corrido por la alusión a la ponzoña

—Pues entonces, me contestó, el cerdo se ríe de la serpiente.

Crótalo o serpiente de cascabel

EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK

Por A. K. GREENE

Miss. Amelia Butterworth, solterona empedernida, observa desde la ventana de su alcoba que a la media noche llega un carruaje a la puerta de la residencia vecina, cuyos propietarios se encuentran en Europa. De ese carruaje descienden un joven y una dama y penetran a la casa, de la que sale el hombre pasados diez minutos, sin que se le vea regresar. Intrigada Miss. Butterworth, sugiere a la mañana siguiente a un policía la conveniencia de que penetre a la casa, en la que cree ha pasado algo anormal. En aquel momento se presenta con las llaves la criada encargada del aseo, y después de varias réplicas accede el policía a penetrar a la casa, encontrando en el saloncito el cadáver de una mujer, sobre cuyo rostro ha caído un enorme aparador que la desfigura por completo la fisonomía. Empiezan las investigaciones, cuando se presenta el propietario de la casa, Mr. Silas Van Burnam, que regresa de Europa. Las sospechas de Mr. Gryce, el detective encargado de la averiguación, parecen inclinarse hacia Howard Van Burnam, hijo menor de Silas, pues su esposa ha desaparecido desde el día anterior y el cadáver presenta una cicatriz que, según confesión de Howard, es parecida a una que tenía su mujer; a pesar de lo cual se niega a reconocer la posibilidad de que ésta haya podido penetrar por la noche acompañada de un hombre a una casa vacía. Miss Butterworth se apasiona por descubrir el misterio, y habiendo vuelto a la casa Van Burnam, se encuentra allí con Mr. Gryce; a quien ayuda a descubrir la mitad del alfiler del sombrero que sirvió para cometer el asesinato de la mujer; descubre también Miss. Butterworth que tenía cuerda el péndulo que se encontraba sobre el aparador y que se paró a las cinco de la mañana, lo que viene a hacer más confuso el problema. Suplica Mr. Gryce a Miss. Amelia que observe desde su ventana las personas que en esa noche y las subsecuentes lleguen a las doce en punto a la casa Van Burnam, para ver si alguna se asemeja al individuo que penetró a la casa la noche del crimen. Junto al comedor encuentra Mr. Gryce un sombrero y unos guantes de mujer, que se cree pertenecen también a la mujer de Howard. En la averiguación oficial, para esclarecer la muerte de la mujer, declara Miss. Butterworth lo que había visto. Comparece también el empleado de una casa de comercio que asegura haber vendido un equipo completo para mujer, que se le pidió del hotel D..., adonde lo envió con un empleado, el cual, a su vez, aseguró que no había visto a la compradora; que lo hizo depositar el pedido a la puerta del cuarto, ordenándole se retirara y recibiendo en la misma forma el importe de la factura.

IX

El asunto se complica

Mr. Gryce llamó la mañana siguiente como a las nueve a la puerta de mi habitación.

—Y bien, dijo, ¿qué tenéis que decirme de la persona que anoche vino a verme a la casa vecina?

—Se parece, sin parecerse, le respondí. Nada puede hacerme creer que es el hombre que buscamos, y, sin embargo, no podría atreverme a jurar que no sea el individuo que vi entrar a la casa la noche del crimen.

—Entonces, ¿abrigáis alguna duda respecto a él?

—Sí.

Mr. Gryce se inclinó, recordándome que iba a verificarse la investigación ese mismo día, después de lo cual se retiró.

A las diez me puse en camino. Jamás había asistido a una investigación de esta especie y me sentía un tanto emocionada.

Había mandado llevar un carruaje y partí de mi casa, aclamada por una media docena de pilletes. Pero aquellas muestras de popularidad no pudieron hacerme perder mi sangre fría. Por el contrario, mantuve mi cabeza alta; el deber tiene sus espinas.

A las diez en punto hice mi entrada en la sala reservada a la averiguación, y se me condujo al sitio que se me tenía reservado. Ciertamente no soy una mujer vanidosa; pero no pude menos que observar que todas las miradas estaban fijas en mí.

El coroner ocupaba ya su asiento al entrar yo. No vi el amable rostro de Mr. Gryce; pero estaba segura de que no se hallaría muy lejos. No presté atención a

las demás personas de la concurrencia, con excepción de la criada, cuyo rostro entrevefa de cuando en cuando, tan colorado como siempre y con los ojos asustados, cubierta toda ella con un sombrero extraordinario que ciertamente no procedía de la casa Mole.

Ninguno de la familia Van Burnam se encontraba presente, pero me hallaba segura de que más de alguno de sus miembros estaría en una piececita que comunicaba con la gran sala en que nos encontrábamos, lo mismo que el jurado.

El agente de policía Carrol fué el primero en ser llamado a declarar. Contó cómo lo había yo detenido mientras hacía su ronda y cómo había entrado con la criada en la residencia Van Burnam. Describió detalladamente el descubrimiento del cadáver sobre el piso del saloncito y afirmó que no había permitido a nadie— y al decir esto me miraba—que tocara el cadáver antes de que llegaran las personas enviadas por la policía criminal.

Mrs. Boward, la criada, sucedió al agente de policía y puedo aseguraros que si alguno en aquella sala espió todos sus movimientos y actitudes, fuí yo con seguridad. Su actitud en presencia del coroner fué tan equívoca como había sido en la casa Van Burnam. Se estremeció cuando se pronunció su nombre, y pareció visiblemente asustada, cuando se la obligó a jurar que diría "la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad".

Obedeció sin embargo, y entonces empezó realmente la investigación.

—¿Desde cuándo conocéis a la familia Van Burnam?—preguntó el coroner.

—En la próxima Nochebuena hará dos años.

—¿Habéis trabajado con frecuencia en su casa?

—Dos veces al año, caballero. Ayudo a la limpieza general en el otoño y en la primavera.

—¿Qué fuistéis a hacer anteayer a la casa?

—A limpiar el piso de la cocina y a poner la despensa en orden.

—¿Se os había llamado con ese fin?

—Sí, señor. Mr. Franklin Van Burnam me había hecho avisar.

—Ahora decidnos lo que pasó desde el momento en que habéis encontrado al agente de la policía el miércoles por la mañana frente a la residencia Van Burnam.

Trató de contar lo que había pasado; pero se embrolló en su relato y debió abrumársela a preguntas para lograr de ella el detalle más insignificante. Por último, logró repetir, poco más o menos, lo que el agente había ya declarado y que todos sabíamos: que había entrado con el agente de policía y que habían descubierto el cuerpo de la víctima en el saloncito.

No se le hicieron otras preguntas y debía resignarme a verla volver a su sitio. Tenía cierto aire de descanso, de donde deduje que había salido mejor librada de lo que había esperado. Y, sin embargo, Mr. Gryce había sido prevenido. Se llamó en seguida al doctor, cuyo testimonio fué de los más importantes. Me reservaba una sorpresa. Después de los preliminares de rigor, se preguntó al facultativo cuánto tiempo tendría de muerta la mujer cuando se le llamó a él para que la examinara.

—Más de doce horas y menos de diez y ocho, contestó serenamente.

—¿Existía ya la rigidez del cadáver?

—No; pero se produjo bien pronto.

—¿Habéis examinado las heridas causadas por la caída del aparador y por objetos que se encontraban en él?

—Perfectamente.

—¿Queréis describírnoslas?

Una vez que lo hizo en pocas palabras, pero con gran claridad, el coroner añadió:

—Y ahora decidnos cuál de las heridas tan numerosas y tan graves ha sido, según vos, la causa de la muerte.

El testigo estaba habituado a este género de interrogatorios. Dirigiendo al coroner una mirada respetuosa, pero firme, se volvió en seguida hacia los jurados y respondió con voz lenta y convencida:

—Me atrevo a declarar, señores, que ninguna de esas heridas ha causado la muerte. La víctima murió, pero no por la caída del aparador.

—¿Muerta y no por el aparador? ¿Tenía, pues, otra herida capaz, según vos, de haberla causado la muerte?

—Precisamente, caballero. Sospechando que había muerto en forma distinta de la que se aparentaba, hice un examen muy

minucioso del cadáver y descubrí en la raíz de los cabellos, en la nuca, una mancha minúscula; mirando de más cerca, vi que se trataba del extremo de una punta de acero muy afilada. Una mano segura la había hundido en la parte más vulnerable del cuerpo y la muerte debió de ser instantánea.

Aquello fué demasiado para algunos de los concurrentes más excitables. Se produjo un tumulto momentáneo que estaba lejos, sin embargo, de igualar mi emoción.

Era el cuello, y no el corazón, el que se había atravesado. Mr. Gryce me había dejado entender que se trataba del corazón. ¿Qué destreza y qué sangre fría diabólicas había mostrado el asesino?

Cuando se hubo restablecido el orden, el magistrado continuó el interrogatorio con voz más grave.

—¿Y ese pedazo de acero os ha parecido que formara parte de un instrumento cualquiera de cirugía?

—No; el acero no estaba suficientemente templado para servir a un cirujano. Es un acero bastante ordinario y el instrumento se rompió dentro de la herida. Sólo encontré una parte.

—¿Y esa punta la tenéis ahí?

—Aquí está, caballero.

Y entregó el pedazo de acero a los jurados. Mientras que éstos lo hacían circular, el coroner agregó:

—¿Podríais decirnos, doctor, qué tanto tiempo pudo transcurrir entre el instante en que recibió esta herida mortal y el momento en que se le infirieron las heridas que han desfigurado a la víctima?

—Exactamente, no. Pero ha debido transcurrir cierto tiempo.

"¡Cierto tiempo!"—pensaba yo,—sabiendo que el asesino sólo permaneció algunos minutos en la casa. Todo el mundo pareció sorprendido, y el coroner, como si adivinase lo que pasaba en el espíritu de todos, agregó con una voz que indicaba la importancia que concedía a esta pregunta:

—¿Más de diez minutos?

El doctor no vaciló un instante. Era claro que tenía formada su opinión.

—Sí, más de diez minutos.

Me embargó la sorpresa. Volvió a mi imaginación lo que me había revelado el reloj; pero ni un músculo de mi cara se estremeció; iba aprendiendo a dominarme bajo el choque de aquellas emociones sucesivas.

Mrs. Boppert se acobardó cuando se le exigió el juramento

—Esa es una afirmación que no esperábamos, dijo el coroner. ¿Qué razones tenéis para pensar así?

—Razones muy sencillas y muy conocidas, al menos entre la profesión médica. Había muy poca sangre para que las heridas hubieran sido inferidas antes de la muerte o algunos minutos después. Si la mujer hubiera vivido todavía en el momento de la caída del aparador, o si sólo hubiese estado muerta desde algunos instantes, el piso se habría encontrado inundado por la sangre de sus heridas.

Se produjo un silencio durante algunos instantes. Cuando el coroner levantó de nuevo la voz, fué para decir:

—El asunto se ha complicado de una manera singular con estos descubrimientos. Pero no debemos dejarnos desconcertar. Quisiera preguntaros si habéis encontrado sobre el cuerpo de la víctima alguna señal cualquiera que pudiese servir para establecer su identidad.

—Una sola: una ligera cicatriz en el tobillo.

—¿Qué clase de cicatriz? Describidla.

—Una cicatriz que puede provenir de una quemadura. Su forma es larga y an-

gosta y sube hacia la pierna a partir del tobillo.

—¿Se trata del tobillo derecho?

—No, del izquierdo.

—¿Habéis llamado la atención de alguien sobre esta marca durante o después de vuestro examen del cadáver?

—Sí; se la he indicado a Mr. Gryce, el detective, y a mis dos colegas. He hablado igualmente de ella a Mr. Howard Van Burnam, hijo del propietario de la casa donde se encontró el cadáver.

Era la primera ocasión que se pronunciaba aquel nombre, y me estremecí al observar las miradas y los movimientos de hombros significativos que evocó entre los concurrentes. Pero no era el momento de detenerme en sentimentalismo; la investigación tomaba demasiado interés.

—¿Y por qué, preguntó el coroner, habéis hablado de vuestro descubrimiento a ese joven más bien que a otra persona cualquiera?

—Porque Mr. Gryce me había rogado que así lo hiciera. La familia y el joven mismo habían expresado el temor de que la víctima pudiese ser la esposa de Mr. Howard, que, según parece, ha abandonado su domicilio.

—¿Y cuál fué el resultado que obtuvisteis? ¿Mr. Van Burnam ha reconocido esa cicatriz por haberla observado en el tobillo de su esposa?

—Ciertamente ha declarado que su esposa tenía una marca de esa especie; pero no ha querido admitir que la difunta pudiese ser su mujer.

—¿Ha examinado acaso la cicatriz?

—No, no ha querido mirarla.

—¿Le habéis indicado la conveniencia de que lo hiciera?

—Sí; pero ha mostrado la menor curiosidad.

—Doctor, prosiguió el coroner, ¿habéis observado el color de los cabellos de esa mujer?

—Son de color castaño claro.

—¿No habéis cortado algún mechón de ellos? ¿Podríais facilitarnos alguna muestra?

—Sí, señor. Por consejo de Mr. Gryce corté dos mechoncitos. Le di uno y aquí tenéis el otro.

El doctor entregó un mechón al coroner. A la vista de la concurrencia el magistrado lo ató con un cordón y le fijó una etiqueta.

Después de aquella declaración, lo único que me preocupaba era saber si se lograría más tarde fijar el momento en que había caído el aparador, sirviéndose de la indicación proporcionada por el péndulo.

X

Un testimonio importante

Bien pronto me convencí de que no, porque las primeras palabras que escuché fueron:

—Que se llame a Miss Amelia Butterworth.

Me sentí un poco conmovida; después de todo soy una simple mortal. Me levanté de mi asiento con toda la dignidad que era de desearse y me aproximé a la mesa en que se encontraba sentado el coroner. Debo añadir que tenía conciencia plena del papel importante que me daba mi doble calidad de testigo y de confidente del célebre detective Mr. Gryce.

Un movimiento de curiosidad, que no esperaba, saludó mi aparición. Estaba a punto de felicitarme por el valor que había mostrado al substituir el bonito nombre de Amelia al de Araminta—nombre cursi y sentimental si los hay—cuando me dí cuenta de que todos los ojos estaban fijos en mí con una mezcla de admiración y de burla.

Como mi interrogatorio ante el coroner no hizo sino confirmar los hechos de que antes he hablado, no fatigaré al lector extendiéndome sobre este punto. Sólo una cosa puede interesarle. Al interrogárseme sobre la apariencia de la pareja que había visto entrar en la residencia Van Burnam, el coroner insistió en saber si el paso de la joven me había parecido ligero o si dejaba adivinar alguna vacilación. Yo respondí:

—Absolutamente ninguna; su andar casi denotaba regocijo.

—¿Y el del hombre?

——Más tranquilo y mesurado; pero esto nada quiere decir: tal vez fuera de mayor edad.

—¿No habéis experimentado alguna impresión a este respecto?

—Me ha producido el efecto de ser un joven.

—¿Y su estatura?

—Mediana, el cuerpo elegante y con movimientos libres; todo el aspecto de un caballero; de esto me encuentro absolutamente segura.

—¿Pensáis que le reconocerías, miss Butterworth, si volvieséis a verlo?

Tuve un momento de vacilación. Toda la sala esperaba mi respuesta con febril impaciencia.

—He creído un momento, dije, poder reconocer a ese joven si le viese de nuevo en las mismas circunstancias que la noche del crimen; pero posteriormente he llegado a no saber qué pensar. En realidad, no me atrevería a fiarme de mi memoria sobre este punto.

El magistrado pareció decepcionarse y las personas que me rodeaban, también.

—Es una lástima, hizo observar el coroner, que no le hayáis visto más atentamente. Ahora tened la bondad de decirnos cómo entraron esas personas a la casa.

Respondí con la mayor brevedad posible.

Dije que el hombre se había servido de una llave. Hablé del tiempo que había permanecido en la casa y de su aspecto cuando salió de ella. Conté, por último, cómo había intervenido para llamar al agente de policía y corroboré las declaraciones de este agente sobre las circunstancias en que se había descubierto el cadáver.

Allí terminó mi interrogatorio. No se me dirigió ninguna pregunta que tendiera a hacerme expresar las sospechas que experimentaba a propósito de la criada, como tampoco se ocupó nadie de los descubrimientos que había yo hecho en colaboración con Mr. Gryce. Debo decir que aquello no me agradó: se trataba de un trabajo mal hecho.

El testigo siguiente, con gran sorpresa mía, fué Mr. Gryce. Cuando se presentó, todo el mundo extendió la cabeza y muchas mujeres hasta llegaron a levantarse de su asiento para entrever al célebre detective.

Pero este interrogatorio, por interesante que fuese, careció de precisión. El coroner se limitó a dirigir preguntas a propósito del descubrimiento del alfiler del sombrero en el calorífero de Mr. Van Burnam. El testigo no hizo alusión a la pequeña ayuda que yo le había prestado en esta ocasión. Aquello me hizo sonreir. Los hombres son tan enemigos de que una mujer se mezcle en sus asuntos!

Por consejo de Mr. Gryce, corté dos mechoncitos

El pedazo encontrado en el calorífero y la parte extrafda de la cabeza de la víctima fueron pasados a la inspección de los miembros del jurado, no pudiendo menos que divertirme al ver a cada uno de ellos que se entregaba a la pequeña pantomima de querer ajustar los dos pedazos del alfiler.

Se presentó en seguida el sombrero de fieltro encontrado debajo del cadáver, y se examinó el agujero único hecho por un alfiler de la misma clase.

Se preguntó a Mr. Gryce si no había encontrado algún otro alfiler sobre el piso del salón y respondió que no. Se estableció con toda claridad en el espíritu de los asistentes que la joven había sido asesinada con ayuda de un alfiler retirado de su propio sombrero.

La investigación cambió bien pronto de rumbo. Se llamó a miss Fergusson. La mayor parte entre nosotros no conocía a nadie de ese nombre, y la vista de su rostro, cuando se hubo levantado, sólo sirvió para aumentar la curiosidad general. Ciertamente era el rostro más feo

que pueda imaginarse, y, sin embargo, no carecía ni de inteligencia ni de bondad. Examinándola y notando la contracción nerviosa que desfiguraba su boca, no pude menos de dar gracias al cielo por sus bondades para conmigo. No me creo hermosa, por más que no todos sean de mi parecer, pero tampoco soy fea, y en comparación... en fin, no quiero decir más. El caso es que, al verla, me sentí profundamente agradecida a la Providencia.

—¿Vuestro nombre, apellido y dirección?—preguntó el coroner.

—Me llamo Susana Fergusson y vivo en Haddam, Estado de Connecticut,—fué la respuesta que dió con una voz tan dulce y tan armoniosa, que todo el mundo se asombró. Podía comparársela a una dulce fuente que brotara de una roca informe. Perdonadme esta metáfora, ya no abuso de ellas.

—¿Recibís pensionistas?

—Sí, caballero, hasta donde lo permite mi casa.

—¿A qué personas habéis tenido en vuestra casa durante el estío pasado?

—He tenido en mi casa a un Mr. Van Burnam, de New York, y a su esposa. Para precisar, debería decir a Mr. Howard Van Burnam.

—¿Se encuentran todavía alojados allí?

—No han retirado todavía sus maletas; pero ni uno ni otro están actualmente en Haddam. Mrs. Van Burnam vino a New York el lunes por la mañana y la tarde del mismo día partió también su marido. A ninguno de los dos he vuelto a ver.

—¿Han llevado consigo, el uno o la otra, alguna maleta?

—No, señor.

—¿Algún saco?

—Sí, señor; la señora Van Burnam llevó consigo un saco muy pequeño.

—¿Bastante grande para contener un traje?

—No, señor.

—¿Y mister Van Burnam?

—Llevaba un paraguas; no le he visto otra cosa.

—¿Por qué no partieron juntos? ¿Les habéis oído decir algo que pueda servirnos de explicación?

—Sí, señor. He creído comprender que Mrs. Van Burnam venía a New York contra la voluntad de su marido. El no quería que partiese; pero ella no quiso escucharle y él se quedó bastante descontento. Llegaron hasta disputar sobre el particular, y como mi alcoba y la de ellos se encuentran vecinas, no pude menos que oir una parte de lo que decían.

—¿Decís que la habéis seguido con la vista mientras se alejaba?

—Sí, señor; he cedido a un movimiento de curiosidad; es una debilidad para la que no puedo dar ninguna excusa.

—¿Habéis notado cómo estaba vestida?

—Sí, señor; esta es otra debilidad muy femenina por cierto.

—¿Podréis entonces describir su traje a los señores jurados?

—Ya lo creo.

—Tened entonces la bondad de decirnos qué clase de traje llevaba Mrs. Van Burnam cuando salió de vuestra casa para dirigirse a New York.

—Llevaba un rico traje de seda, a cuadros negros y blancos.

¡Bondad divina! ¿Qué significaba esto? Todos esperábamos una descripción muy distinta.

—El corte era muy elegante, y en cuanto a las mangas... en cuanto a las mangas, me es imposible describirlas. No llevaba ningún abrigo, lo que me pareció muy imprudente, porque en el mes de septiembre se producen frecuentemente bruscas variaciones de temperatura.

—Con que un vestido de cuadros. ¿Y habéis observado su sombrero?

—En cuanto al sombrero se lo he visto con mucha frecuencia. Tenía todos los colores del arco iris. En otra época se le había juzgado de mal gusto; pero actualmente....

Hizo un gesto significativo. Algunos hombres de los presentes se echaron a reir, pero las mujeres guardaron un prudente silencio.

—¿Reconoceríais ese sombrero si volviéseis a verlo.

—Ya lo creo.

La vivacidad de la respuesta era de una provinciana y provocó algunas sonrisas en los labios de los asistentes. Pero, como por mi parte, no sonreí, mi pensamiento había vuelto hacia el sombrero encontrado por Mr. Gryce en la ter-

cera pieza de la casa Van Burnam y que tenía también todos los colores del arco iris.

Sabiendo que Mrs. Van Burnam estaba vestida, el día en cuestión, de una manera muy distinta a la joven que se había encontrado muerta, la mayor parte de los asistentes experimentaron viva sorpresa; apenas comenzaban a salir de ella, cuando miss Fergusson volvía a su asiento. Solamente el coroner parecía saber a qué atenerse y comprendimos bien pronto por qué.

XI

El empleado de la casa Altman

Acto continuo se llamó a una mujer de sociedad, muy conocida en New York. Era una amiga íntima de la familia Van Burnam y conocida de Howard desde su infancia. Había visto a Mrs. Van Burnam el día anterior al crimen y confirmó los detalles sobre su traje, dados por la testigo precedente.

El siguiente testigo era un joven llamado Callahan.

Se hizo pasar el objeto a los jurados

Sus primeras palabras me desengañaron: era uno de los empleados principales de la casa de novedades Altman.

Su declaración fué corta, pero decisiva.

El 17 de septiembre, como era fácil de comprobarlo por los libros, la casa Altman había recibido el pedido de un equipo completo para señora, para ser pagado al entregarse a Mrs. Hamess Toppe, en el hotel L., en Broadway. Estaban indicadas las medidas, lo mismo que algunos otros detalles, que como se había hecho el pedido con el carácter de urgente, le habían ayudado a surtirlo algunos otros empleados. Bien pronto lo despachó todo con un mensajero al lugar designado.

—¿Tenéis con vos la orden de pedido?

—Sí, señor.

—¿Podríais reconocer los artículos en cuestión?

—Sin duda alguna.

Entonces el coroner hizo una señal a un empleado que sacó, no sé de dónde, varias ropas femeninas, colocándolas ante el testigo.

El empleado, hombre de rostro inteligente y vivo, tomó las diferentes piezas, una después de otra, y las examinó de cerca.

—¿Son estos los objetos que habéis enviado?

—Los mismos.

Al fin teníamos una pista que podría ayudarnos a penetrar aquel horrible misterio.

El suspiro que se escuchó en la sala marcó la satisfacción general; después se fijó de nuevo nuestra atención en el coroner. Indicando las ropas que se encontraban mezcladas al traje exterior de que hemos hablado, preguntó si también éste había formado parte del pedido.

El empleado no vaciló tampoco en esta ocasión. Reconoció todas y cada una de las prendas como salidas de su casa.

—Podéis observar — añadió— que esta ropa blanca jamás ha sido lavada y que aún no se borran los precios marcados con lápiz en ellas.

—Muy bien—replicó el coroner: —y vos, por vuestra parte, observaréis que uno de estos artículos se encuentra desgarrado por la espalda. ¿Estaba en ese estado cuando lo habéis enviado?

—Seguramente no.

—¿Estaba todo en perfecto estado?

—Ciertamente.

—Muy bien. Los señores jurados recordarán este detalle que más tarde podrá servirles para formarse una opinión. Y ahora, señor Callahan, decidnos si os parece que falte algunas de las prendas surtidas por vos.

—Ninguna, caballero.

—Y, sin embargo, falta aquí un artículo muy importante del traje de una mujer.

—Es cierto, señor: el calzado; pero esto no me admira. Enviamos un par de calzado, pero no convino y se nos devolvió.

—Todo se explica. Ujier, mostrad al testigo el calzado que llevaba la víctima.

El ujier obedeció, y cuando Mr. Callahan lo hubo examinado, el coroner le preguntó si procedían de su casa. Sin vacilar respondió que no.

Entonces se le mostró al jurado con la observación de un detalle importante. Por más que aquel calzado fuese más bien nuevo que viejo, era evidente que había sido usado más de una vez, lo que no era el caso de los otros artículos encontrados sobre la víctima.

Dilucidado aquel punto, el coroner continuó su interrogatorio.

—¿Quién fué el que llevó el pedido a la dirección indicada?

—Uno de los empleados, llamado Clapp.

—¿Volvió con el importe de la factura?

—Sí, señor; rebajados los cinco dólares del precio del calzado.

—¿Cuánto importaba esa factura?

—He aquí nuestro registro de ventas al contado. La suma recibida de Mr. James Hoppe, del hotel D..., el 17 de septiembre, importa, como podéis ver, 75 dólares 58 centavos.

Esperaba ver comparecer en seguida al empleado Clapp; pero mis previsiones quedaron frustradas. La persona que se llamó fué un tal Hishow, presentándose un hombre alto y gordo, de piel negra y de pelo rizado. Estaba empleado en el hotel de..... y olvidamos a Clapp, por nuestra curiosidad de saber lo que aquel hombre tenía que decir.

Su declaración puede resumirse así: que una señora de apellido Hoppe se había inscrito en el registro del hotel. Que había llegado a la casa el 17 de septiembre del medio día. Que no se encontraba sola; que estaba con ella un hombre que decía ser su marido y que, a petición suya, se les había dado un cuarto en el segundo piso, con vista al Broadway.

—¿Habéis visto a ese marido? ¿Es letra de él la que aparece en este registro?

—No, señor. Aunque entró en la oficina, ni siquiera se aproximó a la rejilla. Fué la esposa la que escribió el nombre en el registro y la que cumplió con todas las formalidades. No dejó de extrañarme esto; pero supuse que el marido estaba enfermo, porque inclinaba mucho la cabeza y tenía la actitud de un hombre contrariado e inquieto.

El empleado del hotel continuó su declaración diciendo que a su partida hacia a las seis, la mujer llevaba siempre un guardapolvo que ocultaba su traje; pero también un sombrero más chico que cuando llegó. Por lo demás, recordaba que se les había llevado un paquete, y que la señora, al partir, tenía en la mano un bulto grande que bien pudiera contener ropa.

—¿Cómo estaba vestido el caballero cuando la vísteis?

—Llevaba también un guardapolvo de alpaca gris y un sombrero blando.

—Señores jurados, servíos tomar nota de ese detalle. Que se llame ahora a Richard Clapp. ¿Se encuentra aquí Richard Clapp?

—Presente, respondió una voz juvenil.

Y un joven vivaracho, de ojos penetrantes y de aspecto agradable, surgió de pronto de entre la multitud, avanzando rápidamente.

Antes de llegar a la cuestión decisiva, que todos esperábamos, se le hicieron muchas preguntas que es inútil repetir aquí. La que determinó la respuesta que con más impaciencia se esperaba, fué la siguiente:

—¿Recordáis haber sido enviado al hotel de... con muchos paquetes para entregarlos a una señora James Hoppe?

—Perfectamente, señor.

—¿Lo habéis entregado a ella misma? ¿Pudísteis ver a esa dama?

Una expresión singular apareció en el rostro del testigo y todos nos inclinamos hacia adelante. Pero su respuesta nos causó profunda decepción.

—No, señor. No ha querido dejarme entrar. Me recomendó que colocara los paquetes frente a la ventana de su cuarto, y que esperara en el vestíbulo a que me llamara.

—¿Y qué tanto tiempo pasó antes de que os llamaran?

—Como quince minutos. Oí una voz que me gritaba y me aproximé. La puerta estaba abierta; pero antes de que pudiera llegar a ella, se cerró; solamente oí a la señora que me decía que todos los objetos le habían convenido con excepción del calzado y que no tenía sino que pasar la factura por debajo de la puerta. Una vez que así lo hice, pasaron algunos minutos mientras que se contaba el dinero y entonces entreabrió la puerta. Pude ver una mano de varón que me tendía el importe de la factura exactamente. "No tenéis necesidad de firmar el recibo, me gritó la dama desde el otro extremo del cuarto: se os va a dar el calzado y podréis marcharos." Y en efecto, se me devolvió el calzado con las mismas precauciones misteriosas con que se me había entregado el dinero. Entonces, no teniendo ya ninguna razón para esperar, guardé el dinero y volví al almacén.

Uno de los mozos del hotel vino a testificar a su vez. Había estado de servicio aquella noche y había notado a la pareja en cuestión en el momento de su partida. El hombre y la mujer llevaban paquetes y habían atraído su atención en primer lugar por el guardapolvo largo y pasado de moda que llevaba el hombre y, en segundo lugar, por el trabajo que se tomaban para no ser vistos. La mujer llevaba un velo, como lo hemos dicho ya, y el hombre llevaba en la mano su paquete de modo de ocultar el rostro.

—¿De suerte que no lo reconocerías si lo volviéseis a ver?—preguntó el coroner.

—Con seguridad que no, fué la respuesta categórica del testigo.

Mientras que aquel testigo iba a ocupar su asiento, dijo el coroner:

—Debéis tener presente, señores, por el testimonio que acabáis de escuchar, que las personas que se inscribieron con los nombres de Mr. Mrs. Pope, de Filadelfia, abandonaron el hotel D... vestidos con largos guardapolvos, destinados evidentemente a ocultar su identidad. Sigamos ahora a esa pareja en sus movimientos y veamos qué se hicieron los trajes tan a propósito para disfrazar a los que los llevaban. Que comparezca Mr. Seth Brown.

Al oír aquellas palabras se adelantó, arrastrando los pies, un individuo cuya apariencia anunciaba tan claramente al cochero de punto, que pareció superfluo preguntarle su profesión. Había sido en su coche en el que había abandonado el hotel la pareja en cuestión.

Lo recordaba muy bien y con mucha razón. Primero, porque el hombre le había pagado el viaje antes de subir al carruaje, diciéndole que lo dejara en la es-

El testigo siguiente era empleado superior de la casa de novedades Altman

quina Norte de Madison Square. Además porque...

Pero al llegar aquí, el coroner le interrumpió para preguntarle si había visto el rostro del caballero en el momento en que éste le había pagado. Como era de esperarse, la contestación fué negativa. Era ya de noche y no le había mirado.

—¿No os pareció extraño que os pagara por adelantado?

—Sí; pero lo que siguió me pareció más extraño todavía. Después de tomar el dinero y como estaba esperando que subiera al coche, se me aproximó de nuevo y me dijo bajando la voz: "Mi mujer es muy miedosa; caminad despacio, y cuando lleguéis al lugar que os he indicado, vigilad vuestros caballos, porque si se mueven mientras que ella baja, la emoción le produciría un dolor de corazón. Como ella tenía el aspecto de gran tranquilidad y de persona sana, aquello me pareció muy curioso y traté de distinguir el rostro del caballero; pero fué más rápido que yo y se encontraba dentro del coche antes de que tuviera yo tiempo de mirarle.

—Sin duda fuísteis más afortunado cuando bajaron del carruaje. ¿Los visteis en aquel instante?

—No, señor; se me había recomendado que vigilara los caballos: no me habría agradado que la señora se sintiera indispuesta por un descuido mío.

—¿Y sabéis el rumbo que siguieron al abandonaros?

—No presté atención; pero les oí reir durante algunos instantes después de mi partida. Personas extrañas, señor, que no dejaron de intrigarme. Sin embargo, no me habría acordado de ellos si a la mañana siguiente no hubiese encontrado...

—¿Qué cosa?

—Los dos guardapolvos que llevaban, cuidadosamente doblados, bajo los cojines del carruaje; un hallazgo por el que les estaba muy reconocido; pero que no se me dejó guardar mucho tiempo, porque ayer la policía...

—Sí, sí. He aquí dos guardapolvos; ¿son estos los que encontrásteis bajo los cojines de vuestro carruaje?

—Si queréis tomaros la molestia de observar bajo el cuello del guardapolvo de la dama, sabréis a qué ateneros. En el que yo encontré había un agujero, como si se hubiera querido cortar un nombre, tal vez el de la dama...

—O el nombre del almacén en que fué comprado, sugirió el coroner levantando el abrigo de modo que apareció un agujero cuadrado bajo el cuello.

—Ese es, exclamó el cochero. ¡Qué lástima haber echado a perder una prenda enteramente nueva!

—¿Por qué decís que es nueva?—preguntó el coroner.

—Porque no tenía la menor mancha de lodo, ni tan siquiera un poco de polvo. Lo hemos examinado bien mi mujer y yo, y juzgamos que acababa de salir del almacén. Un hallazgo muy agradable para un hombre pobre, y si la policía...

Al pronunciar esas palabras se le interrumpió de nuevo para hacerle una pregunta muy importante:

—Hay un reloj cerca del lugar en donde os habéis detenido. ¿Notásteis qué hora señalaba en el momento de vuestra partida?

—Sí, señor; no sé por qué me fijé, al dar vuelta a mi coche para volver a mi punto frente al hotel, dirigí una mirada al reloj en cuestión. Eran las once y media.

XII

Las llaves

Habíamos todos llegado a interesarnos vivamente por los detalles de la investigación. Así, cuando se llamó a un nuevo cochero, nos dimos cuenta desde luego que se trataba de ir a seguir a la pareja Pope para ver si era la que había penetrado en la casa de Mr. Van Burnam. El testigo, un hombre de aspecto melancólico, declaró que su punto ordinario de parada era del lado Este de Madison Square. Como a las doce menos veinte había sido despertado de un sueñecito que echaba sobre el pescante de su carruaje. Había sentido un golpecito seco en su brazo derecho, y, al abrir los ojos, había visto a un caballero y a una dama que se encontraban junto a la portezuela de su carruaje.

—Vamos a Gramercy Park, dijo la dama. Conducidnos inmediatamente.

Hice signo de que sí, porque, ¿a qué

perder el tiempo en palabras cuando se las puede evitar? Subieron al carruaje sin decir una palabra.

—¿Podéis describírnoslos? Decidnos qué impresión os causaron.

—No presto gran atención a mis clientes. Por lo demás, estaba muy obscuro. El tenía el aspecto de un hombre vigoroso y ella parecía contenta, porque al subir al carruaje estaba riéndose.

—¿Recordáis cómo estaban vestidos?

—No, señor. La dama llevaba algo que flotaba sobre sus hombros y él tenía un sombrero de color obscuro en la cabeza. Es todo lo que pude observar.

—¿No habéis visto su rostro?

—Absolutamente. Volvía la cabeza. Parecía no convenirle que nadie lo viera. Ella era la que se ocupaba de todo.

—Entonces, ¿pudísteis ver el rostro de la mujer?

—Sí, un instante. Pero no le reconocería. Era joven y guapa, y cuando me pagó el viaje, vi que su mano era pequeña. Eso es todo cuanto sé. Pero decir que a la mañana siguiente, es decir ayer, al arreglar los cojines de mi carruaje, encontré debajo un velo azul, cuidadosamente doblado; pero que había sido cortado en dos como con un cuchillo, quedando inutilizado.

Al final un ujier, al que se había enviado a la pieza vecina, volvió con un caballero. Se vió desde luego que éste no era otro que Mr. Franklin Van Burnam e inmediatamente se produjo un cambio en la actitud del público. Después un policía, uniformado, explicó que el martes por la noche, antes de las doce, había encontrado en la esquina de Lexington Avenue a un hombre y a una mujer y que ambos llevaban paquetes de cierta dimensión. Los jurados se volvieron todo oídos; los cuchicheos de los curiosos que me rodeaban se hicieron más discretos para cesar bien pronto por completo. Se iba a interrogar a un verdadero caballero, al miembro más distinguido de la familia Van Burnam.

De propósito me he abstenido hasta el presente de describir al miembro más conocido y mejor estimado de esta honorable familia. Preveía el momento en que centenares de ojos estarían fijos sobre él haciendo precisa su descripción. Voy, pues, a esforzarme por mostrárosle tal como nos pareció en aquella mañana para siempre memorable.

Es un hombre de estatura regular, cuyo aspecto se asemeja bastante al de su hermano Howard. Tiene los cabellos y los ojos negros; pero con el bigote algo castaño obscuro y la piel muy blanca. Su porte es muy distinguido, y por más que su fisonomía cuando se encuentra en estado de reposo tenga una expresión de severidad un tanto desagradable, tan pronto como habla o sonríe, cambia por completo de aspecto y se vuelve simpática.

En esta ocasión no se preocupó por sonreir; de suerte que si todos pudieron observar la elegancia de su aspecto, no ocurrió lo mismo por lo que toca a sus cualidades simpáticas. Sin embargo, la impresión que produjo fué, en general, favorable.

El interés se despertó visiblemente cuando el coroner, con cierto énfasis destinado tal vez a llamar la atención de los jurados que comenzaba a debilitarse u ocultar un creciente embarazo, preguntó al testigo:

—¿Existen varias llaves de la puerta de entrada de la casa del señor vuestro padre?

El joven contestó con un tono indiferente:

—No; la llave de que se sirve nuestro agente sólo abre la puerta del subsuelo.

—Entonces, ¿no existe sino una llave? No tendréis dificultad alguna en decirnos en dónde se guardaba durante la ausencia de la familia la llave de la puerta de entrada.

¿Fué efecto de pura imaginación por mi parte o bien el joven tuvo verdaderamente un minuto de vacilación?

—Soy yo quien la guardaba por lo general.

—¿Y dónde se encontraba esa llave el 17 del corriente? ¿Acaso la teníais en vuestro poder?

—No, señor. La mañana del 17 la confié a mi hermano.

Por fin teníamos algo de preciso, por no decir que de grave. Se produjeron diversos murmullos y se hizo necesaria toda la autoridad del coroner para impedir una manifestación.

Durante todo este tiempo, Franklin Van

Burnam permanecía de pie, con la cabeza alta y el aire resuelto. Sólo sus ojos traicionaban el sufrimiento que le producían aquellas demostraciones. El coroner, por el contrario, no dejó traslucir su emoción. Había orientado de tal suerte su investigación, que por fuerza tenía que llegarse a aquel punto crítico, hábilmente preparado.

—¿Se puede saber, dijo, en dónde os encontrábais cuando entregásteis la llave a vuestro hermano?

—Se la dí el martes por la mañana en nuestras oficinas; me dijo que tal vez tuviera necesidad de entrar a nuestra casa antes de la llegada de nuestro padre.

—¿Y no os dijo para qué necesitaba entrar?

—No.

—Señor Van Burnam, me es penoso hablar de vuestros asuntos de familia; pero decidme, ¿a qué obedecía que viéseis tan poco a vuestro hermano de algún tiempo a esta parte?

—Ha hecho una estancia en Connecticut, mientras que yo habito en Long Branch. Me parece que la razón es buena.

—Es buena, pero no es suficiente. ¿Tenéis oficinas en común en la ciudad de Nueva York?

—Ciertamente, las oficinas de la casa.

—¿Y os encontráis en ellas algunas veces, aún habitando en distintos lugares?

—Sí; los negocios nos llaman por momentos a Nueva York, y entonces nos encontramos, como es muy natural.

—¿Y charláis en esos casos?

—¿Charlar?

—Quiero decir que si habláis de temas que no se relacionen con vuestros negocios. ¿Son amistosas vuestras relaciones? ¿Dejan adivinar los mismos sentimientos que os unían hace... pongamos tres años?

—Somos ya más viejos y tal vez nos hemos vuelto un poco más reservados.

—¿Pero vuestros sentimientos han seguido siendo los mismos?

—No. Veo bien adonde queréis llegar, y no os ocultaré más tiempo la verdad. No tenemos ya las mismas relaciones amistosas que en el pasado; pero no existe entre nosotros ninguna mala voluntad. Tengo por mi hermano una verdadera estimación.

—Y decidme, continuó el coroner, ¿existe alguna razón cualquiera para este enfriamiento en vuestras relaciones? ¿Ha hecho vuestro hermano algo que os haya desagradado?

—Su matrimonio no nos ha convenido.

—¿La joven pareja no era feliz?

—Los esposos no eran de la misma condición social.

—¿Conocíais bien a Mrs. Van Burnam para hablar así?

—Sí, yo la conocía; pero no ocurría lo mismo respecto a los otros miembros de la familia.

—Y, sin embargo, ¿compartían vuestra manera de juzgarla?

—Ese matrimonio les desagradó todavía más que a mí. La mujer con la que se casó Howard, perdonadme, jamás me ha gustado hablar mal de las mujeres, no carecía de virtud ni de buen sentido; pero teníamos derecho de esperar para él un matrimonio muy distinto.

—¿Y habéis dejado ver vuestros sentimientos sobre el particular?

—Era imposible obrar de otra manera.

—¿Habéis conservado una actitud hostil respecto de vuestra cuñada, aún después de varios meses de matrimonio?

—No hemos podido llegar a aceptarla.

—Y decidnos, os lo suplico, ¿cuántas veces habéis visto a Mrs. Howard Van Burnam?

—La he visto muchas veces, con más frecuencia antes de su matrimonio que después.

—¿Conocíais, pues, los proyectos de vuestro hermano en aquella época? ¿Sabíais que proyectaba casarse?

—Fué al esforzarme por romper su noviazgo cuando vi con frecuencia a miss Luisa Stapleton.

—Puesto que habéis visto con tanta frecuencia a Mrs. Van Burnam, ¿la conocíais bien?

—Bastante bien, en efecto, como se conoce a las personas que se encuentran en sociedad.

—¿Era rubia o morena?

—Tenía los cabellos castaños.

—¿Por el estilo de éstos?

Y presentó a las miradas de los asistentes el mechón de cabellos que se había cortado sobre la cabeza de la muerta.

—Sí, semejantes a esos.

El tono de su voz era seco; pero no podía ocultar su sufrimiento.

—Mr. Van Burnam, ¿habéis mirado bien la joven que se encontró muerta en la casa de vuestro padre?

—Sí, señor.

—¿Había en su aire general, o en los rasgos que podían distinguirse todavía, algo que os recordasen a Mrs. Van Burnam?

—Eso me ha parecido al principio, replicó, no sin cierto embarazo.

—Lo que quisiéramos actualmente, sería veros afirmar, según lo que sabéis o que habéis podido notar en el cuerpo de la víctima, si éste no era el de Mrs. Howar Van Burnam.

—No, señor, no puedo afirmar tal cosa.

Y con esta declaración solemne concluyó su interrogatorio.

El resto del día se pasó en tratar de probar que había cierta semejanza entre la escritura de Mrs. Van Burnam y la de Miss Jenes James Hoppe, tal como se la conocía por el registro del hotel B. y por el pedido enviado a la casa Altman. Pero la única conclusión a la que se llegó, fué que esta última escritura podía ser muy bien la de Mrs. Van Burnam, falsificada. Y ni siquiera todos los peritos se encontraban de acuerdo sobre este punto.

La audiencia concluyó.

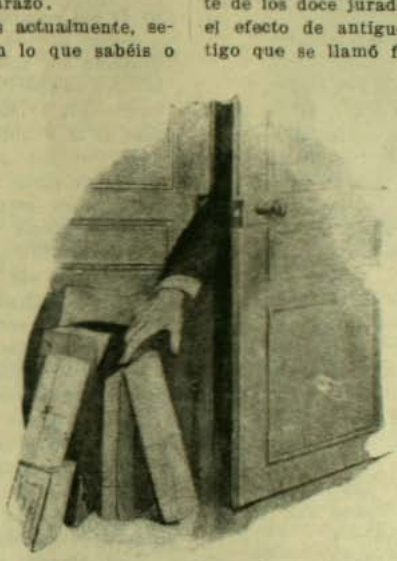
XIII

Howard Van Burnam

El personaje que bajó del carruaje aquella noche a las doce, para entrar en la casa de Mr. Van Burnam, me causó tan poca impresión, que me acosté persuadida de que nada resultaría de aquellas diversas tentativas.

Eso fué lo que dije a Mr. Gryce cuando vino a verme al día siguiente por la mañana. Pero mis palabras no le produjeron impresión y me pidió que consintiera en llevar a cabo una última prueba. Acepté, y con esa seguridad se retiró.

A las diez me encontraba en mi sitio, en la sala donde se verificaba la investigación. Tenía en frente y en torno mío a la misma multitud de la víspera; solamente los rostros habían cambiado, aparte de los doce jurados que me produjeron el efecto de antiguos conocidos. El testigo que se llamó fué Howard Van Burnam, y cuando se adelantó, todas las miradas se fijaron en él y la curiosidad llegó a su límite.



La puerta se entreabrió y vi una mano...

Su rostro llevaba una expresión despreocupada que no sirvió para prevenir en su favor a los que iban a juzgarlo. Pero no parecía tampoco preocuparse de la impresión que causaba y respondió a las preguntas del coroner con aire resuelto, que desentonaba de una manera notable con los rostros ansiosos de su padre y de su hermano, que por momentos se entrevían en el fondo de la sala.

El coroner, Mr. Dahl, lo estudió un instante antes de hablar. Después le preguntó tranquilamente si había visto el cadáver de la mujer que se había encontrado muerta en la casa de su padre, debajo del mueble derribado.

Respondió que sí.

—¿Antes de que se le transportara fuera de la casa o después?

—Después.

—¿La habéis reconocido? ¿Era el cuerpo de una persona conocida vuestra?

—No lo creo.

—¿Y vuestra esposa? Ayer no se sabía dónde se encontraba. ¿Tenéis hoy noticias suyas?

—Ninguna.

—¿No tenía—habló de vuestra esposa—un color parecido al de la muerta de que os hablaba hace un momento?

—Tenía los cabellos castaños y la piel blanca, si a eso es a lo que os referís; pero hay tantas mujeres que tienen los cabellos castaños y la piel blanca, que semejantes señales son demasiado vagas para permitir que se establezca la identidad de alguien, sobre todo en un caso tan grave.

—¿Tenía vuestra esposa una cicatriz?

—Sí.

—¿Sobre el tobillo izquierdo?

—Sí.

—¿Exactamente como la difunta?

—Eso no lo sé. Así me lo han dicho; pero yo no tenía razón alguna para cerciorarme de si es cierto.

—¿No tenéis, según decís, ninguna razón para pensar que se trate de vuestra esposa? replicó el coroner. ¿Tenéis alguna razón de creer que no sea ella?

—Sí.

—¿Queréis decirnos esa razón?

—Tengo más de una. En primer lugar, jamás ha usado mi mujer la ropa que vi sobre el cuerpo de la mujer asesinada. Además, jamás se habría encontrado sola con un hombre en ninguna casa a la hora indicada por uno de vuestros testigos.

Hubiera muy bien podido decir por miss Butterworth; pero estos Van Burnam son de tal manera altaneros....

—¿Con ningún hombre?

—Como es natural, hago una excepción en favor de su marido. Pero como no he sido yo quien llevó a esta mujer a Gramercy Park, el solo hecho de que haya entrado con un hombre a una casa deshabitada basta para probarme que no era Luisa Van Burnam.

—¿En qué momento habéis dejado a vuestra esposa?

—El lunes por la mañana, en la estación de Haddam.

—¿Sabíais adónde iba?

—Sabía lo que ella me dijo a este respecto.

—¿Y cuál era, según ella, su destino?

—Venía a Nueva York para tener una entrevista con mi padre.

—Pero vuestro padre no estaba en Nueva York.

—Se le esperaba de un día a otro. El buque en el que se había embarcado debía llegar el martes último.

—¿Tenía vuestra esposa algún interés en ver a su suegro? ¿Tenía alguna razón especial para irle a ver sola?

—Así lo pensaba. Creía que aceptaría más fácilmente su entrada en nuestra familia si venía a verlo súbitamente y sin encontrarlo rodeado de personas prevenidas en su contra.

—¿Y temísteis echar a perder el efecto de ese encuentro si la acompañábais?

—No, porque dudaba mucho que ese proyecto de entrevista se realizara nunca. No compartía su manera de ver y no quería que se supusiera que aprobaba tal paso si la acompañaba.

—¿Por qué la habéis entonces seguido menos de cinco horas después?

—Porque estaba inquieto; porque yo también quería ver a mi padre; porque soy un hombre que tiene la costumbre de obedecer a sus impulsos y porque ese día tuve el impulso de dirigirme del lado en que se encontraba mi mujer demasiado voluntariosa.

—¿Sabéis dónde proyectaba vuestra esposa pasar la noche?

—De ninguna manera. Ella y yo tenemos muchas amistades en Nueva York y supuse que iría a la casa de alguna de ellas, como lo ha hecho otras ocasiones.

—¿A qué hora llegásteis a Nueva York? ¿Antes de las diez?

—Sí, algunos minutos antes.

—¿Habéis tratado de uniros con vuestra esposa?

—No. Me dirigí directamente a mi club.

—¿Habéis tratado de reuniros con ella al día siguiente por la mañana?

—No: se me había dicho que aún no se señalaba la llegada del vapor; de suerte que pensé que ese paso sería inútil.

—¿Y por qué? ¿Qué relación existe entre ese hecho y la idea de que no os reuniéseis con vuestra esposa?

—Una relación de las más íntimas. Había venido a Nueva York con el fin de arrojarse a los pies de mi padre. Ahora bien, eso sólo podría hacerlo a la llegada del vapor o en la casa de....

—¿Por qué os detenéis, Mr. Van Burnam? Continuad, os lo suplico.

—Así lo haré. No sé por qué me inte-

rrumpí. Digo pues' en el buque mismo... o en la casa de mi padre.

—¿En su casa? ¿Queréis decir en su casa de Gramercy Park?

—Perfectamente. No posee ninguna otra.

—¿En la casa donde se encontró muerta a esa mujer?

—Sí.

El tono dejaba traslucir viva impaciencia.

—¿Pensáis que hubiera podido arrojarse en esa casa a los pies de vuestro padre?

—Así me lo indicó, y como tiene un carácter novelesco, tontamente novelesco, la creía muy capaz de hacerlo así.

—¿De suerte que no la buscásteis por la mañana.

—No, señor.

—¿Y por la tarde?

Aquella era una pregunta desconcertante. Pudimos ver que le molestó, por más que tratara de disimularlo.

—No la vi tampoco en la tarde. Tenía el espíritu muy agitado y salí de la ciudad.

—¿De veras? ¿Y dónde habéis ido?

—A menos que sea indispensable, preferiría no decirlo.

—Le considero indispensable.

—Fuí a Coney-Island.

—¿Sólo?

—Sí.

—¿No habéis encontrado ninguna persona conocida?

—No.

—¿Y a qué hora volvísteis?

—A media noche.

—¿A qué hora llegásteis a vuestra habitación?

—Más tarde.

—¿Cuánto tiempo después?

—Dos o tres horas.

—¿Y en dónde estuvísteis ese tiempo?

—Estuve paseando por las calles.

El coroner, llamando en su auxilio una poca de esa severidad pomposa que en ciertos momentos le era tan útil, preguntó al testigo si se había llamado su atención sobre las manos de la muerta.

Howard reconoció que, en efecto, el doctor le había rogado insistentemente que las mirara y que se parecían mucho a las de su mujer.

—¿Nada más se parecen?

Franklin permaneció de pie, con el aire resuelto...

—No puedo, decir, sin embargo, que sean las manos de mi mujer! ¿No querréis que cometa un perjurio?

—Un hombre debe conocer las manos de su mujer tan bien como conoce su rostro.

—Es muy posible.

—¿Y estáis dispuesto a jurar que no eran las manos de vuestra esposa?

—Estoy dispuesto a jurar que no las consideré como tales.

—¿Y es eso todo?

—Eso es todo.

El coroner contrajo las cejas, cambiando una mirada con los jurados. Tenían necesidad de que se les aguijoneara de cuando en cuando y aquella era la manera con la que los aguijoneaba Mr. Dahl. Tan pronto como se apercibió de que había producido el efecto que se proponía, se volvió y continuó en estos términos el interrogatorio:

—Mr. Van Burnam: ¿es verdad que vuestro hermano la mañana del día en que se cometió esta tragedia, os entregó por habérselas pedido, las llaves de la casa de vuestro padre?

—Sí, señor, me las entregó.

—Y esas llaves, ¿las leváis actualmente?

—No, señor. Veo perfectamente adonde se encaminan vuestras preguntas y temo que no me creáis cuando os diga que perdí esas llaves el mismo día en que las recibí.

—¡Perdisteis esas llaves! ¿Me permitís que os pregunte dónde y cuándo?

—Eso es lo que ignoro. Ya habían desaparecido cuando las busqué. Desaparecido de mi bolsillo, se entiende.

—¡Ah! ¿Y cuándo fué cuando las buscásteis?

—Al día siguiente por la mañana... después de haber oído hablar de... de lo que había ocurrido la víspera en la casa de mi padre.

Los pequeños momentos de vacilación eran los de un hombre que piensa bien sus respuestas. Produjeron sobre los jurados la impresión que era de esperarse e hicieron perder al coroner una parte del respeto que hasta entonces había demostrado al testigo.

—¿Y no sabéis adónde fueron a parar?

—No.

—¿Ni en qué manos cayeron?

—No; pero sin duda en las manos del bribón que...

Con asombro general, el tono de su voz se hizo casi violento. El mismo se dió cuenta y se dominó por un esfuerzo violento:

—Encontrad al asesino de esa pobre joven, dijo con tono tranquilo, más dramático que el acceso de cólera más violento, y preguntadle dónde tomó las llaves con las que abrió la puerta de la casa de mi padre a media noche.

¿Era aquel un desafío o simplemente la expresión de un hombre inocente? Ni los jurados ni el coroner parecieron saber a qué atenerse. Pero Mr. Gryce, que se había ido aproximando poco a poco durante los últimos minutos, acariciaba amorosamente el puño de su bastón y no parecía ya tan preocupado.

—Vamos ciertamente a seguir vuestra indicación, para lo que emplearemos todos nuestros esfuerzos. Por el momento, nos limitaremos a preguntaros qué número de sortijas acostumbraba usar vuestra esposa.

—Cinco. Dos en la mano izquierda y tres en la derecha.

—¿Conocéis esas sortijas?

—Perfectamente.

—¿Mejor de lo que conocéis sus manos?

—Lo mismo unas que otras.

—¿Las llevaba consigo cuando os abandonó en Haddam?

—Sí, señor.

—¿Las usaba siempre?

—Casi siempre. Jamás recuerdo que se quitara delante de mí más de una.

—¿Cuál?

—La que tiene un rubí rodeado de brillantes.

—¿Y tenía sortijas puestas la muerta cuando la vísteis?

—No, señor.

—¿Habéis escuchado, preguntó el coroner, la declaración de miss Fergusson a propósito de la manera cómo estaba vestida vuestra esposa cuando salió de Haddam el lunes pasado?

—Perfectamente.

—¿Era fiel esa descripción? ¿Llevaba Mrs. Van Burnam un traje de seda escocesa con cuadros negros y blancos y un sombrero adornado con listones y flores de muchos colores distintos?

—Sí, señor: esa descripción es exacta.

—¿Recordáis el sombrero? ¿Estábais con ella cuando lo compró o alguna circunstancia fortuita atrajo sobre él vuestra atención?

—Recuerdo el sombrero muy bien.

—¿No es éste, acaso, señor Van Burnam?

Tenía yo la vista fija sobre Howard, quien se estremeció con viveza dejando adivinar una emoción que contrastaba mucho con la calma que había mostrado hasta entonces. Dejé caer los brazos. No levanté la mirada desde luego sobre el sombrero que el coroner había colocado ante la vista del joven; pero al cabo de un momento, habiéndolo mirado, reconocí desde luego el sombrero multicolor que Mr. Gryce había traído de la tercera pieza de la casa Van Burnam, la noche en que me había encontrado allí con él. Así me vino el pensamiento, como si fuera un rayo, de que el misterio iba a aumentar todavía antes de haberse dilucidado definitivamente.

—¿Se la encontró en la casa de mi padre? ¿Dónde se le encontró?—balbuceó

el testigo, olvidando, en su emoción, toda la calma de que antes diera repetidas pruebas.

—Ha sido encontrado por Mr. Gryce en una pieza contigua al comedor de la casa de vuestro padre.

—¡No puedo creerlo!—exclamó el joven, palideciendo por la cólera, tal vez también por algún otro sentimiento y temblando de la cabeza a los pies.

—¿Es preciso que preste de nuevo juramento Mr. Gryce?—preguntó el coroner.

El joven fijó en él una mirada vaga: evidentemente no comprendía el alcance de aquella observación.

—¿Es o no el sombrero que llevaba vuestra esposa?—persistió el coroner sin piedad alguna. ¿Lo reconocéis como el que llevaba al partir de Haddam?

—¡Pluguiese a Dios que no lo reconociera!—gimió el testigo, presa de la más viva agitación.

El instante siguiente se turbó por completo y buscó tentaleando el brazo de su hermano para apoyarse en él.

Franklin se adelantó y los dos hermanos se mantuvieron algunos momentos con los brazos enlazados, ante la multitud de curiosos que se aglomeraba en torno de ellos. Sin embargo, la expresión que se leía sobre aquellos dos rostros orgullosos era bien diferente. Howard fué el primero que habló:

—Si se ha encontrado ese sombrero en una pieza de la casa de mi padre, exclamó, la persona asesinada allí no puede ser otra que mi esposa.

Y se dirigió a la puerta con paso vacilante.

—¿A dónde váis?—preguntó el coroner con voz tranquila, mientras que un policía se interponía silenciosamente en el camino de Howard y que su hermano le detenía por el brazo con un ademán lleno de compasión.

—Voy a retirarla de ese horrible depósito de cadáveres. Es mi esposa. Padre mío, ¿no querríais que permaneciese ni un minuto más en semejante lugar, cuando tenemos una casa que nos pertenece?

Mr. Van Burnam, padre, que se había mantenido lo más apartado posible durante aquellos penosos incidentes, se levantó al escuchar las palabras de su hijo, y dirigiéndole una mirada de aliento, salió rápidamente de la sala. El joven, al ver aquello, se calmó un tanto. Seguía sacudiéndose todavía por estremecimientos convulsivos; pero se esforzaba valientemente por contener su dolor, cuya sinceridad no dejaba lugar a la menor duda entre los que lo miraban de cerca.

—No quería creer que fuese ella, exclamó sin preocuparse de la presencia del coroner y de los jurados; no quería creerlo; pero ahora...

Un gesto lleno de dolor vino a completar su frase. El coroner no pareció saber lo que debía hacer, pues la conducta y actitud del joven eran bien distintas de las que todo el mundo se esperaba. Después de una corta pausa, dolorosa para los interesados, el coroner, viendo que no podría sacar gran partido de un testigo en tales circunstancias, se decidió a suspender la audiencia, que se aplazó para después del medio día.

XIV

Confesión comprometedora

Me dirigí directamente a una fonda. Comí porque era hora de comer, y toda ocupación me era muy grata con tal de pasar largas horas de espera. Me sentía muy turbada y no comprendía lo que en mí pasaba. No era ciertamente amiga de los Van Burnam; no los quería y no debo ocultar que ninguna simpatía me inspiraban con excepción de Franklin. Y sin embargo, los incidentes de la mañana me habían agitado más de lo que puedo expresar. La emoción de Howard, sobre todo, me había conmovido a pesar de la prevención que hacia él sentía. No podía tener buena opinión de él: su conducta no era lo más a propósito para agradarme; pero me sentí más dispuesta a escuchar a mi corazón, que por él abogaba inconscientemente y que se mostraba más favorable de lo que había sido antes de su declaración con su fin poco dramático.

El desdichado no había llegado al fin de sus penas, porque después de las tres horas más largas que he pasado, nunca se nos llamó de nuevo ante el coroner.

Fuí una de las primeras que vi llegar

a Howard. Entró como había salido, del brazo de su fiel hermano, y se sentó un poco apartado, en un rincón detrás del coroner. Pero se le llamó bien pronto.

Cuando la luz cayó sobre su rostro, nos llamó la atención a la mayor parte de los presentes un cambio tan notable que en él se observaba, como si hubieran transcurrido años desde que no le veíamos. Había cambiado tanto más cuanto que perdía todo su aire de seguridad y cortesía pacientes, todos sus rasgos dejaban ver que acababa de pasar por una tempestad de emociones y que la amargura que había sido su elemento más penoso, no había desaparecido todavía.

A la vista de Howard se produjo un movimiento entre los jurados, que se dispusieron a escucharle con atención. Creo que si aquellos doce sujetos hubieran podido examinar un asunto de asesinato todos los días, habrían acabado por hacerse listos e inteligentes. Mr. Van Burnam no hizo la menor señal: era evidente que no íbamos a presenciar la repetición de la escena conmovedora de la mañana. Había sido entonces de una impasibilidad de hierro; pero esa impasibilidad era ahora de acero, y de acero templado en el fuego más ardiente.

La primera pregunta del coroner mostró bien qué prueba era la que había encendido aquel fuego.

—Señor Van Burnam: se me asegura que habéis visitado el depósito de cadáveres durante el tiempo que ha transcurrido desde el último interrogatorio. ¿Estoy bien informado?

—¡Perfectamente!

—¿Habéis aprovechado la ocasión de vuestra visita para examinar el cadáver de la mujer cuyo asesino buscamos; lo habéis hecho con bastante atención para poder declararnos si se trata de vuestra esposa?

—Sí, señor; el cadáver es el de Luisa Van Burnam. Os pido perdón, lo mismo que a los señores del jurado, por mi obstinación para negarme a reconocerla. Me creía plenamente justificado para persistir en tal actitud. Veo ahora que no debí proceder así.

El coroner no insistió sobre esas palabras. No reinaba simpatía alguna entre él y el joven. Sin embargo, no dejó de manifestarle algún respeto aparente, tal vez porque experimentaba alguna simpatía hacia el padre y el hermano del testigo.

—¿Reconocéis, pues, que esa persona es vuestra esposa?

—Sí.

—Es ya algo adelantado y los señores jurados sabrán apreciarlo así. Vamos ahora a ocuparnos de establecer, si es que podemos conseguirlo, la identidad del hombre que acompañó a Mrs. Van Burnam a la casa de vuestro padre.

—¡Un instante!—exclamó en ese momento Mr. Van Burnam con aire extraño. Reconozco que esa persona era yo.

Esto fué dicho friamente, casi con tranquilidad, lo que no fué obstáculo para que aquella declaración estuviera a punto de provocar una escena de desorden entre los concurrentes. El coroner mismo pareció conmoverse y la mirada que dirigió a Mr. Gryce mostró bien que su sorpresa era mayor que su discreción.

—¿Reconocéis...? comenzaba el coroner.

Pero el testigo le cortó la palabra.

—Reconozco, declaró, que era yo el hombre que la acompañaba a la casa deshabitada; pero no reconozco haber sido yo quien la dió muerte. Estaba viva y en buen estado de salud cuando nos separamos, por difícil que me sea probarlo. Fué por haberme dado cuenta de esta dificultad por lo que cometí un perjurio esta mañana.

—¡Ah! ¿de veras?—murmuró el coroner dirigiendo una nueva mirada a Mr. Gryce. ¿Reconocéis haber cometido un perjurio?... ¡Vamos, que se haga silencio!...

Pero la tranquilidad tardó largo tiempo en restablecerse. El contraste entre el exterior elegante del joven y las confesiones significativas que acababa de hacer—confesiones que, para las tres cuartas partes de las personas presentes, tenían un alcance mucho mayor que el que en su espíritu les daba Howard—eran motivo de despertar la atención. Por mi parte, tentada me vi de dar libre curso a mis sentimientos. Pero al fin se hizo una vez más silencioso y el interrogatorio prosiguió.

El joven reconoció haber sido él quien

se presentara en el hotel bajo el nombre de Pope.

—Cuando abandonásteis el hotel, llevábais, según parece, tanto vos como vuestra esposa, ciertos paquetes que no teníais ya bajo el brazo al bajar del carruaje frente a la casa de vuestro padre. ¿Que contenían esos paquetes y en dónde los habéis dejado antes de subir a un segundo coche?

Howard respondió sin vacilar:

—Contenían la ropa de mi esposa y los arrojamos en la calle veintinueve, cerca de la Tercera Avenida, casi al mismo tiempo, a una anciana que venía a nuestro encuentro. Pensamos que se detendría a recoger los bultos y eso fué lo que en efecto hizo. ¿O acaso os parece demasiado primitivo para que merezca crédito este método para desembarazarse de paquetes estorbosos?

—Los señores jurados sabrán apreciarlo, respondió el coroner con sequedad. Pero ¿por qué deseábais tanto desprenderos de estos paquetes? ¿Acaso no tenían cierto valor y no habría sido más sencillo dejarlos en el hotel hasta que os hubiera convenido recogerlos?

—Sí, contestó Howard, eso habría sido más lógico; pero no obedecíamos entonces a la razón, sino al capricho de una mujer.

El coroner dirigió al testigo una mirada llena de aplastante ironía; y se volvió hacia los jurados como para preguntarles lo que pensaba de esas explicaciones tan sospechosas.

—Todo eso, dijo el coroner, es muy interesante. ¿Pero cómo nos explicáis el hecho de haber llevado a vuestra esposa a una casa deshabitada a la una de la mañana, para dejarla sola en seguida durante la mayor parte de la noche?

—No puedo, replicó Howard, daros una explicación sensata o verosímil. Pero repito que esa noche no éramos sensatos y que habíamos perdido toda prudencia. Quería a todo trance ser la primera en saludar a mi padre al volver éste a su casa. Al principio su idea había sido de hacerlo en su verdadera calidad de nuera; pero más tarde le vino el capricho, como ya lo dije, de presentarse como la criada que nuestro padre nos telegrafió que buscáramos. Como tal mensaje nos llegara demasiado tarde, no nos habíamos ocupado más del asunto. Pero como mi mujer temía que mi padre llegara al amanecer, antes de que ella pudiera presentarse y producir sobre él la impresión favorable que se había propuesto, me suplicó que la dejara pasar la noche en la casa y no quise contradecirla. No preveía que mi partida pudiera perjudicarla ni que tuviera nada que temer en aquella casa vacía, o más bien debería decir que ella no lo preveía, porque me suplicó que no la acompañara cuando le hablé de la obscuridad y de la tristeza de la casa. Decía que se sentía demasiado alegre para experimentar ningún temor o para pensar en otra cosa que no fuera la sorpresa de mi padre o de mis hermanas cuando descubrieran que su joven y simpática criada no era otra que la que menospreciaban desde hacía largo tiempo.

—¿Y por qué? insistió el coroner, ¿por qué habláis de su miedo? ¿Qué razón tenéis de pensar que ha sufrido de miedo después de vuestra partida?

—¿Por qué? repitió el testigo, como asombrado por la falta de perspicacia del otro. ¿Acaso no se mató en un momento de terror y de descorazonamiento? ¿Habiéndola dejado en buena salud y en el mejor estado de espíritu, cómo queréis

Me acosté persuadida de que nada resultaría de la experiencia...

que atribuya su muerte a otra causa que a un acceso de terror súbito?

—¡Ah! exclamó el coroner con un tono de sospecha que respondía sin duda a los sentimientos de la mayor parte de los asistentes, ¿pensáis que vuestra esposa se suicidó?

—¿Cómo habría muerto si no es en esa forma?—persistió Howard con calma. A menos que haya abierto la puerta algún ladrón. ¿Y qué ladrón iría a matar a una mujer de esa manera? No; ha sido víctima de un terror loco y se ha producido esa herida en un acceso de desesperación, o en el caso contrario, las cosas tuvieron que ocurrir de una manera accidental. Y en cuanto al testimonio de los peritos, todos sabemos que los más fuertes de ellos pueden equivocarse, aún en casos tan serios como el presente, aunque todos los peritos del mundo vinieran a jurar que ese aparador fué arrojado sobre ella cuatro horas después de su muerte, no les creería. Cualesquiera que sean las apariencias, que haya corrido sangre o que no haya corrido, declaro solemnemente que ella debió haber hecho caer ese aparador en los espasmos de la agonía; estoy presto a responder de la verdad de ese hecho sobre mi honor de hombre y de marido.

Se produjo inmediatamente en la sala un gran tumulto, a través del cual se distinguían los gritos de "¡miente! ¡es un imbécil!" La actitud adoptada por el testigo era tan inesperada, que aún los más indiferentes se sintieron impresionados; pero la curiosidad es una pasión tan poderosa como la sorpresa: al cabo de algunos minutos se restableció el silencio: todos prestaron la mayor atención.

—He oído hablar de un ciego que negaba la existencia de la luz, dijo el coroner; pero jamás se ha visto un sér sensato, como vos, sostener parecidas teorías contra los testimonios que se han presentado en el curso de esta investigación. Si vuestra mujer se suicidó o si el alfiler del sombrero penetró por accidente en su espina dorsal, ¿cómo pudo suceder que la punta de ese alfiler se haya encontrado a muchos metros del cadáver y en la boca del calorífero del salón?

—Pudo haberse proyectado al romperse o, lo que es más probable, haber sido empujada por el pie de una de las numerosas personas que circularon en la pieza entre el instante de la muerte y el momento en que fué descubierta en la boca del calorífero.

—Pero ésta se encontró cerrada, insistió el coroner. ¿No es verdad, Mr. Gryce?

Este, viéndose interpelado, se levantó un instante para decir que así era en efecto. El rostro del testigo, que había permanecido sin expresión desde el último acceso de violencia, se obscureció un instante; pero bien pronto recobró el valor e hizo observar tranquilamente.

—La boca del calorífero pudo cerrarse por el pie de alguna persona.

—Señor Van Burnam, preguntó el coroner como cansado de todos esos subterfugios y de aquellos razonamientos, ¿habéis considerado el efecto que puede tener sobre vuestra reputación, vuestro testimonio tan contradictorio?

—Sí, señor.

—¿Cuándo perdisteis las llaves que decís no se encuentran ya en vuestro poder? Afirmábais esta mañana no saberlo; pero tal vez esta tarde os convenga modificar esa aserción.

—Las perdí inmediatamente después de dejar encerrada a mi mujer en la casa de mi padre.

—Muy bien; esas llaves han sido encontradas.

El testigo tuvo un sobresalto tan violento que sus dientes castañeteaban con un ruido que se escuchó en toda la sala.

—¿De veras?—preguntó con una despreocupación que, sin embargo, no engañó a los que le habían visto palidecer. ¡Entonces sois vos quien va a poder decirme dónde las perdí!

—Se las ha encontrado, dijo el coroner, en su lugar habitual, encima del escritorio de vuestro hermano, en Duane Street.

—Bien, murmuró el testigo completamente desconcertado o al menos aparentando estarlo, no puedo explicarme cómo haya podido encontrárselas en la oficina.

—Espero que no podríais explicarlo, replicó el coroner, tranquilamente.

Y sin agregar más despidió al testigo, quien se dirigió vacilando hacia un asiento tan lejano como era posible, del que previamente ocupara entre su padre y su hermano.

(Continuará).

Septb.
1914

PACIFICO
MAGAZINE

Preci
UN PE

Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

SERVICIO DIRECTO Y RAPIDO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

Este grabado representa una de las locomotoras de Antofagasta y demuestra la diferencia de la trocha de 2' 6" y la trocha normal de Europa, de 4' 8½".

TRENES DE SUBIDA

ANTOFAGASTA .... Sale.. **8.40 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados.

UYUNI .. .. Llega. **7.30 P. M.**
Martes, Jueves y Domingos.

ORURO .. .. Llega. **7.40 A. M.**
Miércoles, Viernes y Lunes.

LA PAZ.. .. .. .. Llega. **4.10 P. M.**
Miércoles, Viernes y Lunes.

TRENES DE BAJADA

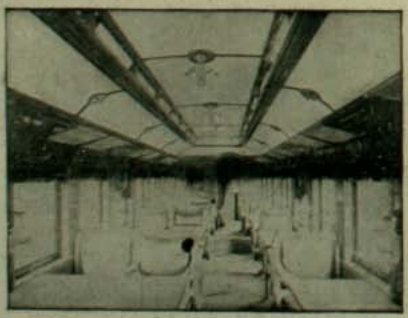
LA PAZ.. .. .. .. Sale.. **1.00 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados

ORURO .. .. Llega. **8.27 P. M.**
Lunes, Miércoles y Sábados

UYUNI .. .. Llega. **7.55 A. M.**
Martes, Jueves y Domingos

ANTOFAGASTA .... Llega... **amanece**
Miércoles, Viernes y Lunes.

Interior de Carro-Dormitorio



Interior de Carro-Comedor

NOTA.—Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y Norte.

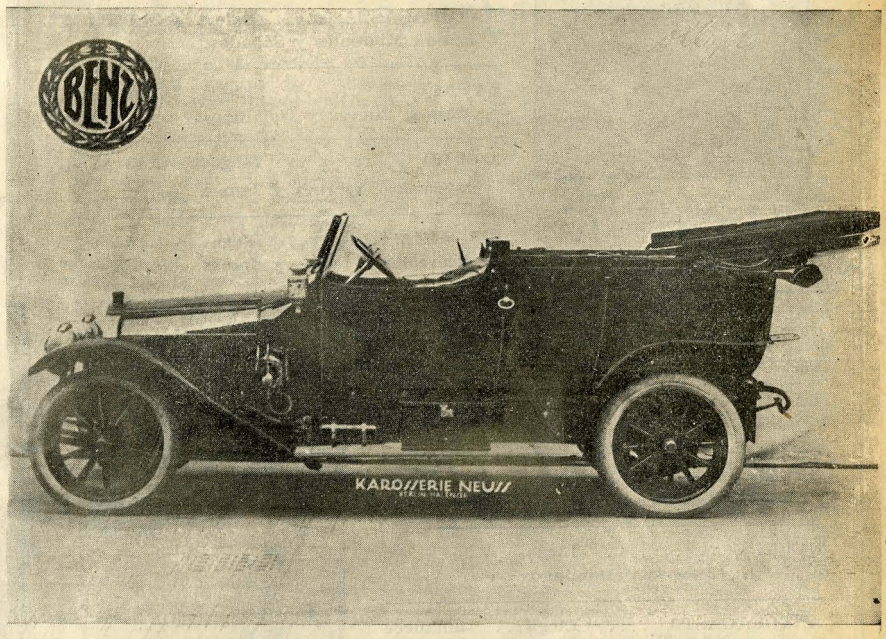
El precio de un pasaje de primera clase:
De Antofagasta a Oruro es de £ 3-8-8½, y
De Antofagasta a La Paz £ 4-14-5.
El boleto de cama por cada noche importa £ 0-12-1.
Y en un viaje a Oruro o La Paz, debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa Salitrera (Sección Chilena) salen de Antofagasta diariamente a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los Sres. VORWERK y Cía. en Valparaíso, y con la Administración General en Antofagasta.

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ***ALBERTO LIEBE***

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES..	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133.255 21

JOSE PASTOR

Apodera do y Gerente

SUMARIO

Páginas

LA GUERRA DEL 70 EN LOS DIARIOS DE CHILE . . 277
1814-1914 280
EL DOLOR DE ARAUCO . . . . . *J. D. G.* 291
Ilustraciones de Sepúlveda
RUSIA 300
"THE STAR-SPANGLED BANNER" 305
LA GUERRA A BORDO DEL "ARAGON" *Miguel de Fuenzalida* 307
Ilustraciones de Gordon
LA AVIACION MILITAR 320
LAS GRANDES AGENCIAS DE INFORMACIONES *Luis Aldunate* 321
LA MISION DE CALIFORNIA EN LA ESCENA DE UN TEATRO 327
Con grabados
LA GUERRA ACTUAL Y LA CARICATURA 326
EL JUEGO DE LA GUERRA 335
Con suplemento gráfico
LA AGRICULTURA EN EL DESIERTO DE ATACAMA *Custodio Rojas Arancibia* 339
Ilustraciones fotográficas
UNA PROFECIA DE TOLSTOY *Condesa Anastasia Tolstoy* 353
Con ilustraciones
LA OBRA SATIRICA DE UN ALSACIANO 357
Con ilustraciones
BERTHA VON SUTTNER, LA AUTORA DE "ABAJO LAS ARMAS 364
"SHADE" . . . . . *Alone* 365
LA SOMBRA DE FEDERICO EL GRANDE *Hernán Díaz A-* 367
DE AUSTRIA 370
DE BELGICA 371
EL TRABAJO CIVILIZADOR . . . . . *Elbert Hubrard* 373
LAS TRIBULACIONES DE ROTHSCHILD . *Alfredo Capus* 374
SANTIAGO EN 1822 . . . . . *Juan Concha* 377
EN UN ALBUM . . . . . *A. Irarrázaval* 382
EL CRIMEN DE GRAMERCY PAK (Folletín) *Mr K. Greene* 383

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

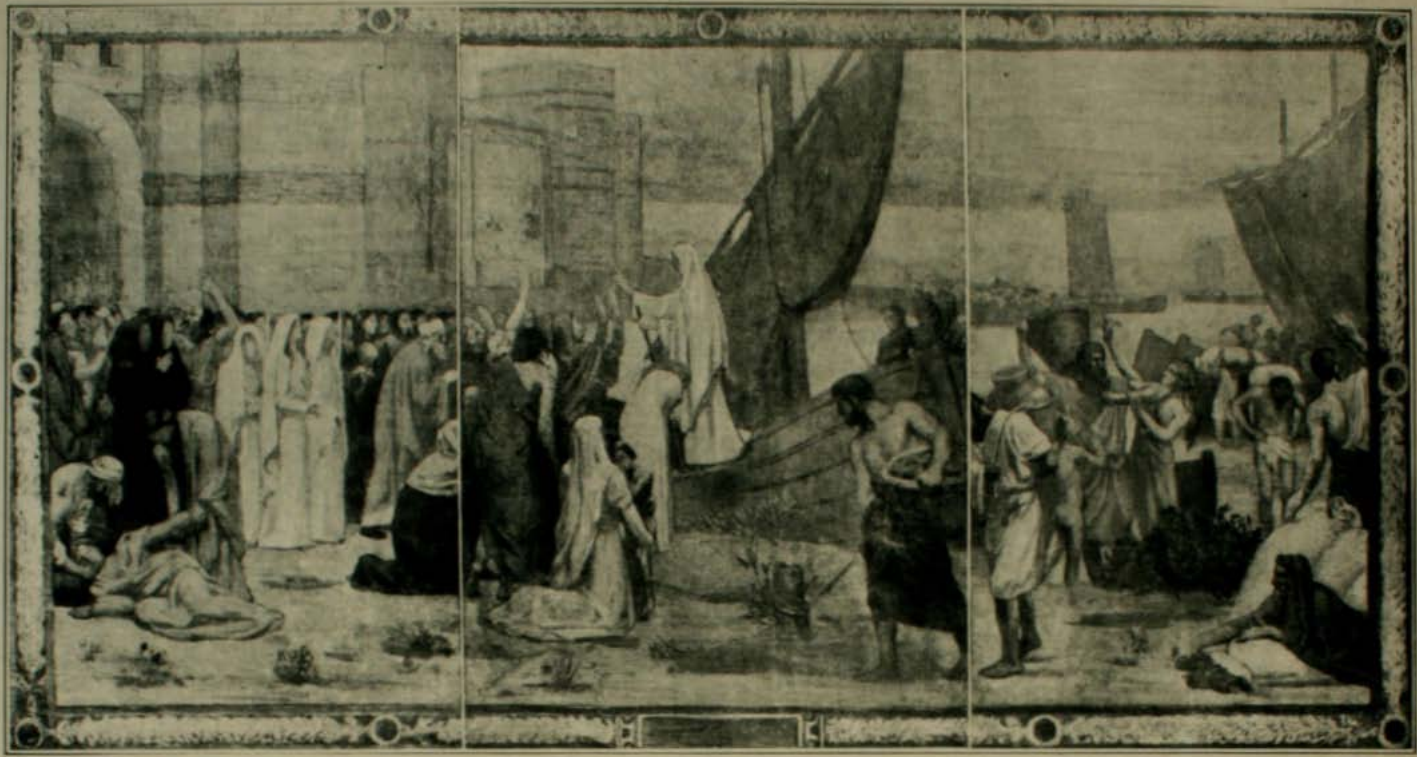
USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE



EL SITIO DE PARIS EN TIEMPOS DE CLODOVEO *"SANTA GENOVEVA VELANDO POR LA CIUDAD", CUADRO DE PUVIS DE CHAVANNES.*

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. IV - Santiago de Chile, Septiembre de 1914 - NUM. 21 | — Que mañana

La guerra del 70 en los diarios de Chile

A principios de septiembre regresaba de una expedición a la remota isla de Pascua la corbeta "General Baquedano", después de tres meses de ausencia de toda tierra civilizada. En su ruta no había encontrado ningún buque en situación de ponerlo en contacto con los hechos mundiales posteriores a su partida de Valparaíso. La sorpresa del letárgico que se despertara en un mundo envejecido para él, no sería mayor que el estupor de la tripulación de la "Baquedano" al recibir la noticia de los acontecimientos de los últimos meses. Y es que realmente la guerra europea parece por momentos, hasta para los que la hemos seguido desde sus antecedentes, una atroz pesadilla colectiva, o la fantasía de un loco sanguinario. Todavía para las gentes que regresaban de Pascua, los hechos tenían algo más de terrible, y era su presentación repentina y atropellada; todas las tragedias de un mes acumuladas en un resumen murmurado atropelladamente al pisar los muelles de Talcahuano.

Esta curiosa situación de ánimo de gentes aisladas por tanto tiempo del mundo, nos ha hecho pensar por asociación de ideas en las impresiones que debieron recoger en esta tierra de Chile, los viejos y los muertos de ahora, en la época de la guerra franco-alemana del 70. Su situación de entonces era muy poco diferente de la de los pascuenses de hoy. La falta de telégrafo, la lentitud de las comunicaciones por el Estrecho o a través de la Cordillera, retardaba igualmente la llegada de noticias.

Nuestras comunicaciones telegráficas llegaban por el norte únicamente a Copiapó, y de allí salían al puerto de Caldera, como una red tendida afanosamente a las noticias que traían los vapores del Istmo desde Panamá y el Callao. El primer cable submarino había sido tendido entre Europa y América el 68. Algunos años después, un ramal de esa línea llegaba hasta Kingston, en Jamaica. Los vapores que hacían el tráfico entre las Antillas y Colón, traspasaban las últimas informaciones de Europa al continente. Un nuevo espacio aislador comenzaba, como lo hemos dicho, en el Callao.

Los argentinos y uruguayos no estaban mejor informados que nosotros, a lo que parece. Las nuevas de Europa les llegaban por intermedio nuestro, por intermedio de Caldera, que era entonces la ventana abierta para nosotros los "sud-americanos del sur", a la vida moderna, a los sucesos universales, al mundo...

"El Mercurio" de aquellos años, la inmensa hoja impresa en tipo menudo que hoy se tomaría por una sábana para dormir siestas, daba un pequeño suplemento a la llegada de cada vapor del norte o del Estrecho. Hoja sin indicación de fecha, que era como un hijo del diario, más ágil y nervioso para llevar rápidamente las nuevas al adormilado vecindario. Las tres o cuatro columnas quincenales dedicadas a la política europea por don Emilio Castelar o por don Benjamín Vicuña Mackenna, venían preocupándose desde comienzos de 1870 de la grave situación creada por la elección de rey para el trono de España. ¡Curioso contraste el de esos dos colaboradores de "El Mercurio": Castelar desarrollaba en párrafos asfixiantes por su extensión, las ideas más elocuentes, más evocadoras de la historia y de la política universales, mientras nuestro compatriota jugueteaba con los tipos y los hechos del Viejo Mundo, en el lenguaje campechano del patrón de fundo, con observaciones excesivamente pintorescas y bizarras, y a veces con juicios e intuiciones de un admirable acierto.

Así, al producirse la rendición de Mac-

Mahon, el 2 de septiembre, Vicuña Mackenna escribe desde Lyon, en una de sus cartas del Ródano: "¿Qué vendrá ahora, la República o el comunismo?" La rendición de Sedán había de producir lo primero; la de París vería el sangriento desarrollo de la última.

Lector, ¿has hojeado alguna vez, reflexionando sobre ello, las viejas colecciones de diarios? Es la voz del pasado que resuena en nuestra mente, con todos sus apasionamientos, sus entusiasmos de un día, sus obcecaciones y su credulidad. Impresionable con exceso, el público contagia al periódico y le obliga a declamaciones que días más tarde han de parecer huecas y ridículas. Y qué encanto más punzante, qué sucesión de impresiones dramáticas no se desprende del simple hecho de seguir el desarrollo de un gran acontecimiento, sonriéndonos compasivamente de la ceguera de los contemporáneos, de sus absurdos vaticinios, vaticinios absurdos para nosotros, que miramos hacia atrás lo que los estadistas y escritores de entonces se afanaban por vislumbrar en el porvenir! ¿Pero esto mismo no hace mirar con menos satisfacción nuestros propios juicios sobre el desarrollo de los acontecimientos actuales?

En aquel tiempo nadie vió un sarcasmo en el grito de "¡A Berlín!". Algunos días antes de la capitulación de París, hablábase todavía del terrible ejército del Loira y de la intervención exterior. Las primeras batallas son una sucesión de triunfos franceses—escaramuzas sangrientas, como se las llamó más tarde—comenzando por el bautismo de fuego del **chiquillo imperial**, de que hablaba el corresponsal de "El Mercurio". Podría asegurarse que después de leer estas versiones, cualquiera se siente escéptico sobre versiones de victorias, sean ellas militares o electorales.

A mediados de agosto de 1870, un vapor del norte traía a Caldera el anuncio de la guerra franco-alemana. Los mismos nombres de hoy: Verdun, Gravelotte, Thionville, Belfort, resuenan en la primera parte de la campaña como tañidos de agonía, o como toques de rebato. Los pueblos incendiados; los fusilamientos contra las tapias de sus mismas propiedades; las violencias con los pobladores indefensos, y el desgaste físico y moral del soldado, la devastación de regiones de esa campiña francesa cuidada avaramente, todo vuelve como una proyección del pasado que se agrandara con el tiempo.

Para el público americano, los hechos se precipitaban; sin la minuciosa crónica que padecemos hoy día, ellos recibían de un golpe los acontecimientos de una quincena; así se producen con rapidez atropellada la invasión de Alsacia, los combates en la Lorena, el avance sobre la capital y el asedio de las plazas fuertes, aisladas en la vecindad de la frontera y contra las cuales las enormes masas prusianas y bávaras de entonces se estrellan como el oleaje de una tempestad.

Un suplemento de fines de septiembre, dice: El Arequipa trae de Panamá noticias llegadas por la vía de Cuba hasta el 5 de septiembre.—"Habana, 3.—De Londres: Mac-Mahon rendido con 80 mil hombres; Napoleón prisionero."

Más feliz que ahora, la diplomacia alemana había conseguido mantener a Inglaterra en el papel de mediadora y armaba a Rusia contra ella. El Austria, convaleciente de sus heridas del 66, permitía a Alemania llevar sus ejércitos de observación en la frontera de Bohemia a decidir el triunfo en Francia. Y los Estados Unidos se contentaban con un envío de armas en el simbólico "Lafayette".

Los publicistas descargaban el despecho de la derrota sobre el cuerpo ya maltrecho del tercer Bonaparte. ¡Qué de diatribas, de Gambetta abajo! Se habla de su incapacidad militar, de su fastuosidad, de lo que se derrochó en el bautizo del príncipe imperial!...

El 19 de septiembre llegó al Callao la noticia de la proclamación de la República en París, ocurrida justamente 15 días antes. La capital se traslada a Tours; la familia imperial ha salido para el destierro; se confía en Bazaine y en la resistencia de Metz: el ojo de Francia. La nueva de la capitulación de esta plaza llega a América el 11 de noviembre (dos días antes los prusianos habían completado ya el cerco de París).

Cómo desaparecen ante estos desastres los demás acontecimientos europeos. Los piamonteses ocupan por esos días a Roma; España está revolucionada.

Garibaldi reparte sus arengas y se hace derrotar por los prusianos. En Italia se producen manifestaciones anti-francesas;

Victor Hugo vuelve del destierro entre aclamaciones, y Dumas muere en el silencio, apenas despedido por algunas líneas de los diarios extranjeros.

Pero no hay voces más que para lamentar la desgracia de París. Ante las sucesivas derrotas, hay palabras que merecen ser consignadas.

"¿Somos franceses? clama una voz. Varchin afirmó que la república florentina había perecido a causa de los abogados. Ojalá la República Francesa no perezca por igual causa."

Nuestro Vicuña Mackenna hace coro a las lamentaciones y a las condenaciones: "Hermoso país de Francia, tan digno de otra suerte! La riqueza lo ha hecho poltrón. Si los dos mil pueblos franceses de que los alemanes se enseñorean, hubieran hecho lo que Chateaudun, no habríamos tenido derecho a encabezar esta carta con el melancólico epígrafe de "La Conquista de Francia".

Y un colaborador de "La Liberté", escribe desde Tours el 9 de octubre de 1870: "Hace cinco días que viajo para conocer exactamente la situación de esta pobre Francia. La impotencia, hija del desorden, de la ignorancia, de la frivolidad, de la inexperiencia y del orgullo, he ahí nuestros males."

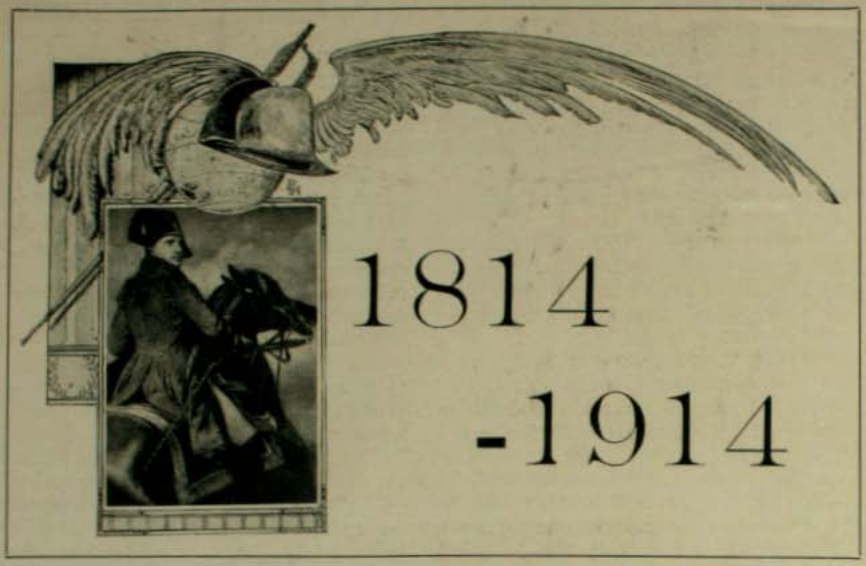
Los alemanes habían ganado quince batallas. París sitiado se comunicaba por medio de globos y de palomas mensajeras con las provincias. Moltke se jacta de tener los mejores espías en la prensa francesa, que comete las más criminales indiscreciones.

Los palacios de París están convertidos en hospitales y el Arco de Triunfo en una fortaleza desde cuya cima truenan los cañones sobre los sitiadores. Espoleado por la necesidad, el constructor naval Dupuy-de-Lome traza los planos de un dirigible "en forma de huevo, con hélice y timón".

Los cañones Krupp, la táctica envolvente y las masas de soldados rápidamente conducidas, han ganado el duelo. Los cañones mayores del mundo son entonces de 21 mil thalers de valor, con calibre para proyectiles de 150 kilógramos.

Las últimas noticias rápidas de la guerra aparecen en Valparaíso el 25 de febrero del 71, día en que llega la noticia de la rendición de París, transmitida en Coquimbo por el vapor "Elder", procedente del Callao. A Jamaica había llegado el 4 del mismo mes: "París se ha rendido incondicionalmente. Los alemanes ocupan los fuertes y obras de defensa. 200 millones de francos de indemnización." Por último, a mediados de marzo, llegan las primeras noticias de la comuna. Era el comienzo del fin.

M.



Hace un siglo, llegaba a su término una era de grandes guerras europeas, en que el genio militar de Napoleón I habia tenido en jaque a toda la Europa coaligada contra él. Este año señala el centenario de las últimas victorias de aquel que sus admiradores llamaron el César, y sus enemigos "el bandido corso"; recuerda los postreros esfuerzos de Francia agotada, la fatidica intervención de Inglaterra, el cansancio de viejos soldados del Imperio. Se ha necesitado un siglo para que la Europa se vea comprometida en una nueva guerra continental en que, probablemente, va a decidirse por muchos años el rumbo de su politica y la supremacía de razas o de nacionalidades.

En un siglo también, la Prusia pisoteada por los vencedores de Jena y Austerlitz, se ha levantado hasta el rango de primera potencia militar de Europa. La táctica alemana, prestigiada por dos guerras afortunadas, ha hecho escuela, principalmente en América. Ahora se trata de probar si del 70 acá ha sabido mantener su reputación.

Napoleón en la retirada de Moscou (De un cuadro de Kowasti)

En el actual conflicto, todavía no se ve descollar la figura militar o real digna de parongonarse con Napoleón, y sólo dos de estas figuras,

Serangeli. Napoleón recibe a los representantes del Ejército después de su coronación.—Serangeli. Despedida de Napoleón y del Czar Alejandro, después de la paz de Tilsitt.—Debret. Primera distribución de la Cruz de la Legión de Honor.—Gautherot. Napoleón herido frente a Ratisbona.—Meyer. Napoleón al regresar de la isla de Lobau, después de la batalla de Essling

Vernet. Napoleón en la batalla de Jena

Napoleón en traje de "Cazadores"

Bonaparte primer cónsul

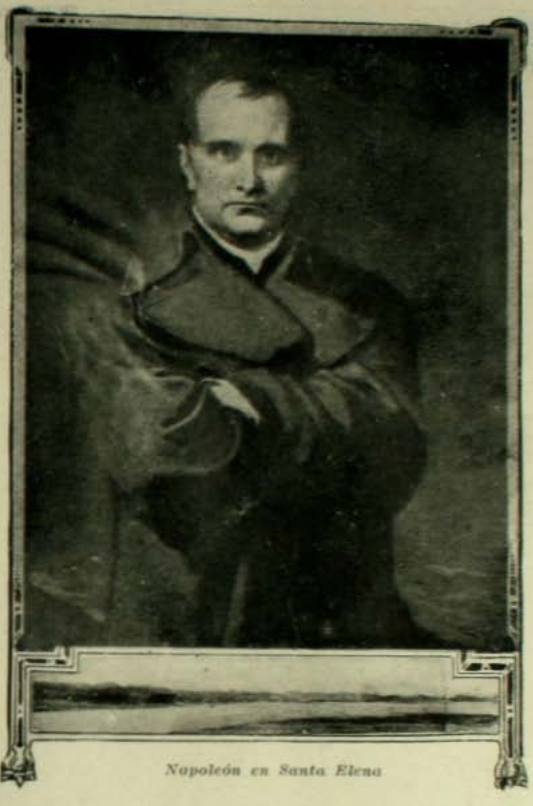
Napoleón, Emperador

Batalla de Wagram.—*Napoleón en su lecho de muerte* (Unico dibujo auténtico, tomado por un oficial inglés)

el rey Alberto de Bélgica y el emperador Guillermo, han asumido un papel activo en la tragedia.

Armas nuevas y terribles, desconocidas de la audacia napoleónica han entrado a decidir de la vida del soldado. La ametralladora, el obus gigantesco, el submarino, el dirigible y el aeroplano, colaboran en la obra destructora del fusil y de la bayoneta.

Y vuelven a través del tiempo y pasando sobre un siglo de civilización y de prédica pacifista, los cuadros terroríficos de los combates y de las derrotas.



Napoleón en Santa Elena

Detaille.—Le Rêve

La retaguardia del Gran Ejército (Diciembre de 1812) - Cuadro existente en el Museo de Versalles

EL EMPERADOR DE ALEMANIA EN LAS MULTIPLES FASES DE SU VIDA.

A los 2 años de edad

El estudiante

El soldado

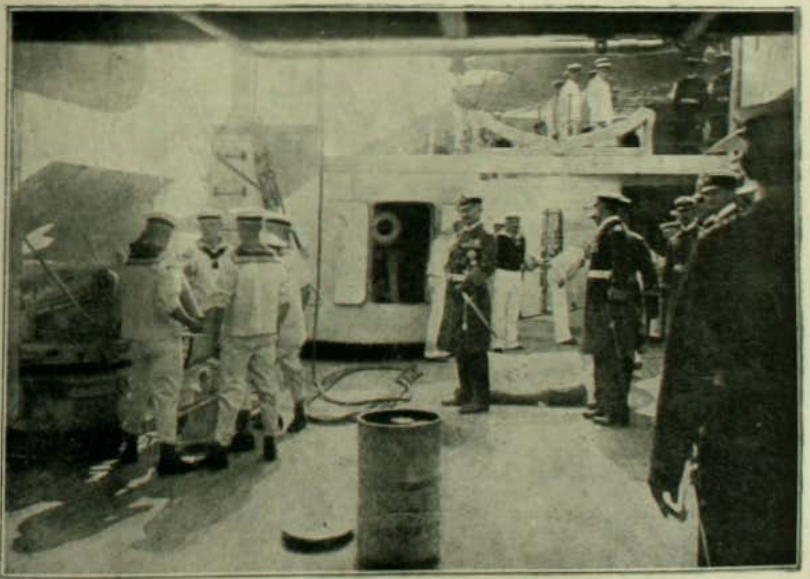
En el campo de maniobras (óleo)

La marinería saludando al Emperador

1. En traje de almirante.—2. El generalísimo.—3. Doctor de la Universidad de Oxford.—4. Con sus hijos.—5. Su matrimonio

En las maniobras

El Kaiser se complace en hacer una vida activa y variada. Se le ve tan pronto de caza, como en maniobras o en excursiones marítimas, pero principalmente en todas aquellas funciones en que debe evidenciarse su calidad de gobernante.



En la cubierta de uno de sus "dreadnoughts

El Czar, la Czarina, y sus hijas las grandes duquesas: María, Olga, Tatiana y Anastasia

Príncipe Cárlos, nacido el 16 de octubre de 1903

Príncipe Leopoldo de Bélgica Heredero del trono

Princesa María, nacida el 4 de agosto de 1906

El Rey Alberto de Bélgica en su estudio

El Rey Alberto nació en 1875. Hijo del finado conde de Flandes, hermano del Rey Leopoldo, y de una princesa de la casa de Hohenzollern, está por consiguiente en estrecho parentesco con Guillermo II, con el cual pelea tan encarnizadamente

"EL DOLOR DE ARAUCO"

El indio Montri

(Ilustraciones de Sepúlveda).

El dolor de Arauco

Por J. D. G.

Ilustraciones de Orompello

Cayó la tarde húmeda y brumosa en la cercanía del bosque, cortado cruelmente a golpe de hacha para dejar paso al ferrocarril triunfante. A lo lejos, la campanita colocada sobre la casa del contratista dió la señal del término de la jornada y una vieja locomotora arrastrando un carro plano lleno ya de barretas, palas y combos, pasó por la línea para recoger a los trabajadores. Todos treparon al vagón, menos dos indios que emprendieron lentamente el camino abierto ya para los durmientes y se remontaron al través de una mancha de bosque, hacia el campo.

El triste campo de Arauco tiene más poesía que los otros de Chile. La nitidez del paisaje central, la aridez del suelo y de las montañas, destaca crudamente los colores y las siluetas. La bruma respirada por los árboles difunde en Arauco cierto misterio en torno de las cosas, aleja los objetos del primer plan y mezcla en vaporosas manchas las lejanías. El silencio es de otra esencia que en las tierras cálidas; es un silencio que podría llamarse vibrante, porque la vida palpita escondida y al mismo tiempo presente, en la tierra, en el aire, en la luz, en las sombras, bajo la acción de las selvas que crecen en su superficie o se transforman en la profundidad.

Los dos indios marchan en silencio. Uno de ellos, un atleta, de gruesas espaldas ligeramente encorvadas, gran cabeza sobre un cuello musculado, es uno de esos viejos araucanos cuya edad puede aproximarse a los cien años. Solamente la piel arrugada, el gesto de fatiga de la boca y de la órbita de los ojos, revela en el indio el asedio del tiempo. Montri, es un guerrero, "un indio soberbio", como se le llama en Temuco, antiguo mocetón del más irreductible de los caciques de esa zona. Todos han podido rendirse ante la fuerza, todos capitular ante el despojo de tierras, todos adaptarse a las nuevas condiciones de vida, menos Montri. Solo, en medio de la raza pacificada, se levanta como el roble que el fuego del roce respetó en medio de un cementerio de troncos carbonizados. Solo, mantiene los rencores, y aunque sus ideas hayan tomado con los años la vaguedad de apariciones intermitentes y sea más bien el monumento de la resistencia inútil,

Montri se cree más araucano que cualquier otro miembro de su pueblo. Montri recuerda; Montri odía; Montri calla.

Calla delante de todo el mundo, menos delante del joven que lo acompaña siempre, de Antifil, el soñador, de Antifil el poeta de las selvas, de Antifil amigo de la soledad y del silencio. Rudo el uno y débil el otro, encuentran mutuo apoyo en su compañía. Los indios comprenden, sin embargo, a esos dos rebeldes que, desposeídos una vez de las tierras que heredaron de sus antepasados han renunciado a tener otras y habitan juntos en una ruca abandonada, sin más compañía que los perros flacos y hambrientos que guardan su puerta. Sin mujeres, sin ganados, sin caballos, errantes mucho tiempo, han inclinado la cabeza para enrolarse en la partida de peones que tienden la línea. Los tiempos están malos, los indios muy pobres; es necesario trabajar aunque la pereza tradicional de un pueblo guerrero que habitó una tierra rica, pueda en ellos más que la necesidad. Y así ambos han estado en medio de la turba mestiza que hace el terraplén del ferrocarril, de cabeza sobre la tierra, cobrando medio salario, porque sus movimientos son pausados y el mayordomo los considera muy mediocres trabajadores.

Antifil no se interesa en el pasado. Como ocurre con muchos de sus hermanos, no conoce la historia de su pueblo. Solamente sabe la persecución miserable de que son objeto los araucanos de parte de los desapiadados "huincas". Ha visto tantas veces pasar a lo largo de los caminos a los viejos caciques, a sus mujeres, mocetones e hijas, arriando el pequeño ganado, seguidos por los gendarmes, los labios plegados por la ira y el dolor, muchas veces sangrando de las heridas. Es el cuadro del "lanzamiento", de ese despojo incesante que se efectúa en la frontera y se niega en Santiago, de esa caza de indios que parece invención malévola cuando no se trata de asesinatos y crímenes imposibles de ocultar. Antifil sabe que no hay que apegarse a la tierra porque el indio no puede tener tierras, a pesar de que "el Presidente" diga otra cosa a sus compañeros cuando van a la capital en larga y lamentable procesión a mostrar sus papeles y a pedir justicia. Por eso Antifil vaga por el bosque donde nadie lo persigue, donde le habla el sol, la sombra, las flores, los árboles y los pájaros. Antifil habría sido el poeta de Arauco si supiera cantar o escribir las ideas que asaltan su mente.

Antifil tiene un secreto que no ha comunicado jamás ni al mismo anciano Montri. Huérfano, quedó abandonado un día en la vida. Lo recogieron unos ingenieros en el bosque, perdido y hambriento, y lo regalaron al Intendente. Algunos años pasó allí el araucanito mudo, concentrado, sin abrirse a nadie, sin que nadie intentara tampoco acercársele. En la inauguración de la primera parte del ferrocarril, el empleado cortesano entregó el indiecito al Presidente de la República, el cual en un discurso hinchado y falso que el gran parlamento de indios acudido a saludarlo no entendió, dijo que lo educaría a costa del Estado en un establecimiento militar para que llegara a ser general de la República, y pudiera consolidar la unión de los araucanos con la República.

El niño creció, el adolescente fué soldado obediente y supo vestir con corrección el uniforme. Nadie habría reconocido en el cabo Monqueo de dieciocho años, que llamaba la atención en los desfiles de la Escuela de Clases, al pequeño y salvaje araucanito entregado por los ingenieros, ni tampoco recordarían al soldado, en presencia de Antifil, los instructores alemanes que se sorprendían de la portentosa rapidez con que el indio se preparaba para ser un brillante guerrero. Llegaron las vacaciones de un año y Antifil pidió permiso para ir a su tierra. Por una concesión extraordinaria, le permitieron llevar su caballo, porque el indio dijo que no subiría por nada a un ferrocarril, y una mañana radiante de enero, como un conquistador, salió con rumbo al sur, preparándose para recorrer el vasto camino en las etapas necesarias. Así llegó una tarde al Bío-Bío. La tierra de los "huincas" iba poco a poco llenándose de bosques y los copihues fueron los primeros heraldos de Arauco. El indio se desmontó, desnudó su uniforme, lo colocó sobre la silla en un paquete fuertemente atado, y echando las riendas sobre el cuello del animal, lo acarició en el cuello y lo despidió con un azote. En seguida se echó a nado, cruzó el río y se internó semi-desnudo por la selva. Nadie más supo del cabo Monqueo. Sacado de su

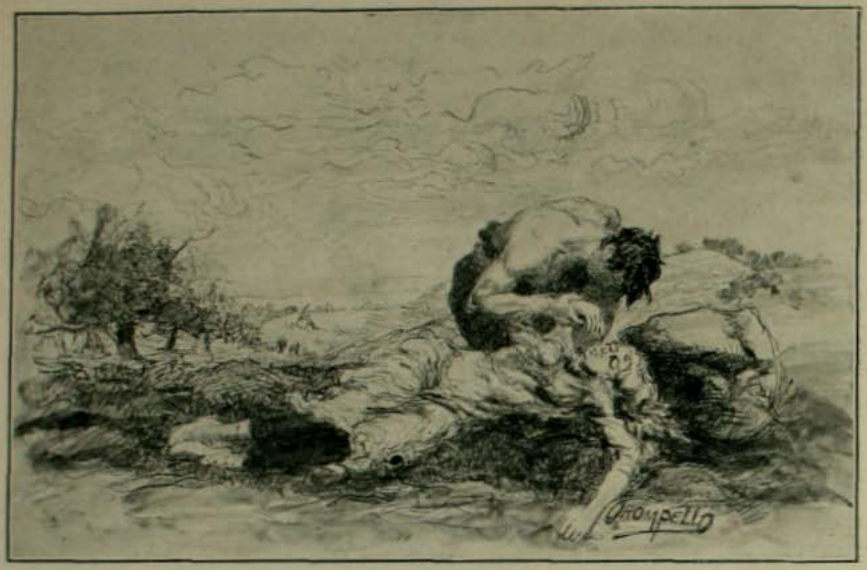
suelo, volvió a él, sin reproches, sin llevarse nada de "los huincas", sin contar a nadie su historia. Ese era Antifil. Montri lo ignoraba.

De estas dos vidas, una civilizada y sujeta a la más ruda disciplina, y la otra primitiva y libre, el soñador había hecho una sola. La vagancia en el bosque había poblado su espíritu de ensueños extraños que lo dejaban en éxtasis.

Hablaba en voz alta con las apariciones que surgían en su propia mente; buscaba en los arreboles pesados de la frontera, la figura de una mujer que siempre volvía a invadir su mente, no de esas mujeres de su raza, laboriosas, mudas, castas y sin imaginación, sino de otra, símbolo de la raza blanca, de ojos azules y brillantes cabellos dorados. La había visto tal vez en su vida pasada y era lo único que conservaba; era una especie de veneno que le habían dejado los huincas.

Montri ignoraba el fondo de estos sueños; pero no la inquietud del alma del joven araucano. En medio de su rudeza, comprendía que la decadencia de sus hermanos venía de esta extraña melancolía invasora de una raza fuerte, síntoma fatal de la agonía de un pueblo.

La mañana del domingo había amanecido brillante. La cordillera ostentaba esos grandes conos familiares de la región araucana, coronados todavía de la nieve que comenzaba a engrosar los ríos. Hacia el oriente la mancha de bosques trepaba obscura por la altas montañas, perseguida en la devastación implacable del hombre. Cerca de ella el sol iba sacando de la bruma una serie de casitas blancas, sobre cuyos techos de rojizas tejas subían derechos, en el aire tranquilo, los humos de los hogares encendidos. Arrebatado al bosque, aparecía entre ellas el suelo feraz que los cie-



rros encuadraban como un tablero de damas y en el pastaje gordo el ganado mugía de gratitud satisfecha. Esta aparición de riqueza y de trabajo apagaba casi por completo la de un rincón más árido, tal vez menos trabajado, tal vez más difícil de trabajar donde los lechos pajizos de algunas rucas se escalonaban dispersos y fugitivos. Estaba allí bien indicada la invasión implacable que la codicia y la valorización de las tierras habían emprendido en esa zona contra los primitivos pobladores y dueños del territorio. Todo el avance de las hijuelas formaba una especie de cuña que había arrojado hacia el mar y hacia la cordillera a los indios, dejando a los colonos la faja del ferrocarril, la zona ya desboscada, la de fácil riego y buen rendimiento. Era necesario penetrar bien la profundidad del cuadro para comprender la hipócrita obra realizada allí por las oficinas del Estado en nombre de viejas frases huecas, radicación de indígenas, protección de indígenas, mensura de tierras, entregas de títulos. Agazapados tras los cierros los ávidos descubridores de esta presa, dieron el asalto armados de papeles, con órdenes del juez, lanzamientos y asesinatos. Los rematantes por un lado, los concesionarios por otro, los simples ladrones de suelos, barrieron en toda la región con los indígenas, los saquearon, los persiguieron, los azotaron, hasta que el éxodo se pronunció en toda la gran faja.

Por eso, al salir de su ruca, a respirar el aire de la mañana, cuando Montri escuchó allá, del lado norte, el pitazo del ferrocarril que la resonancia del bosque hacía llegar fácilmente a los oídos, levantó una mano empuñada en actitud amenazante, dirigida hacia ese monstruo invasor que había traído a su pueblo no ya la guerra, ni menos la paz, sino el vicio, las enfermedades y el despojo, y se desató en imprecaciones.

Antifil lo había oído muchas veces, conocía el odio profundo que se albergaba en su pecho no sólo contra "los huincas", sino especialmente contra el extranjero avecindado en esas regiones. Lo había descubierto una vez sentado en una roca lanzando gritos de rabia y de impotencia contra esa campaña de injusticia y de vejaciones proseguida por la República. Y desde entonces lo hacía confidente de sus ideas:

—Oyelo, Antifil, los españoles nos ha-

cían la guerra; los chilenos nos roban las tierras; los gringos nos azotan. Yo he conocido las penas de Painemal, que tenía que aguantar que el ganado de Michaeli pasara a pastar en su potrero y callarse, porque si hablaba podían matarle la mujer o los hijos. Yo lo he visto después que lo amarraron, cuando fué invitado a la casa como amigo, y le pusieron una marca de animales que chirrió en sus carnes. Yo he visto a Trileo asesinado a carabina por un alemán de Imperial, y a Nehuelpán muerto ahorcado por un cordel por su propio vecino y compadre. ¿Y así no sientes odio contra esos malvados? ¿Y así cuando vas a Temuco le das los ojos a esa gente y te embelesas mirando esas mujeres rubias que son nuestra única venganza, porque son su peor castigo? Cada hora se comete una injusticia contra el indio, cada hora que pasa... Yo he sido el último que he hecho la guerra en Temuco. No he vuelto a ese pueblo porque no quiero ver al pobre araucano dejándose robar hasta el chamal y los collares de la mujer en la casa del agenciero, para tomar

ahí mismo el aguardiente que los ha perdido a todos.

Y así siguieron las lamentaciones de este anciano, cuya faz rugosa como la corteza de los viejos árboles de su tierra, recordaba a un profeta bíblico.

Antifil lo oía; pero su mirada vaga escrutaba el campo hasta lo lejos. Había descubierto un pequeño grupo de jinetes que galopaban en dirección al río, en esos días correntoso por el deshielo de la temporada. Eran dos hombres y dos mujeres, paseantes de Temuco, que corrían con agilidad hacia un peligro. El indio joven marchó aceleradamente en dirección al río para indicarles el vado. Montri adivinó su movimiento y le gritó iracundo: "¡Déjalos! ¡Déjalos!" ¿Por qué debería el indio ayudar a quienes no eran ni querían ser sus hermanos? "¿Nos creen animales? Procedamos como animales..."

Pero Antifil se acercaba con rapidez a la orilla. Al mismo tiempo, del otro lado se destacaban dos hombres robustos sobre briosos caballos y dos mujeres vestidas de trajes claros que reían alegremente.—"¡No pasar!"—gritó el indio colocando sus manos a manera de bocina. "No hay vado ahora". Pero ya los jinetes habían espoleado sus caballos y los animales miraban, alzando las orejas, las aguas correntosas. Antifil dió vuelta el rostro para no ver la fatal caída de esas mujeres que había conocido en Temuco, de dos hermanas rubias y alegres que habían herido su imaginación; pero encontró la mirada feroz de Montri. El espectro de la venganza se alzaba allí a sus espaldas y sonreía descontando ya la desgracia.

Hubo un momento de ansiedad y varios otros indios habían corrido hasta ambas orillas para aconsejar el camino. El primero de los jinetes se detuvo un momento vacilando; pero luego, enardecido con la dificultad, espoleó algo más el caballo, llevando las bridas a las mal dirigidas bestias de las dos mujeres que cerraban los ojos con el primer espasmo del terror. Ya no había salvación. Los caballos no podían cruzar; las aguas, en cambio, los arrastraban. Antifil se despojó con rapidez de su manta, arrojó al suelo las botas y se lanzó antes de haber podido ser detenido. Apenas de tarde en tarde aparecía sobre el agua la cabeza de un caballo, o los brazos suplicantes de las mujeres. Los indios corrían por la orilla tirando algunos lazos; un hombre llegaba luego a caballo y bordeando la corriente trataba de acercarse a uno de los jinetes que pa-

recía estar más próximo a la salida. El drama se alejaba con rapidez desde el sitio en que había quedado Montri impasible, clavado, levantando el largo bastón como para dirigir la venganza del río. De su boca salían palabras breves que debían ser maldiciones o feroces invectivas. Cuando creyó que todo había terminado, se echó al suelo y allí quedó en reposo.

Una hora más tarde, cuando Montri se acercaba a la ruca meditabundo, escuchó grandes gritos y pudo ver una agrupación de indios que marchaba lentamente.

"Antifil ha muerto", se dijo el guerrero"; ha muerto por librar una mujer que si viviera lo odiaría hasta morir. Pero Antifil no había muerto, y venía en medio de los indios trayendo en sus brazos a la más joven de las mujeres que había salvado con peligro de sucumbir él mismo. La procesión avanzaba por el camino, con ese ruido de las plantas desnudas del araucano; pesadas, seguras, que parecen las de un animal primitivo. Antifil, el pecho, los hombros y los brazos desnudos, traía el cuerpo exánime de la niña, intensamente pálida, bajo el beso de la muerte. El color marmóreo de su carne, en vez de iluminar, parecía obscurecer el bronce rudo del salvador. Montri se hizo un lado para dejar pasar hasta la puerta de la ruca al indio con su presa. La creía muerta, y su rostro no revelaba ni asombro ni tristeza, ni curiosidad ni temor.

Una mujer tendió en el suelo una manta negra con fajas blancas y Antifil depositó la carga, dejando caer con pudor instintivo sobre su desnudez un trozo de tela. Se produjo un silencio de muerte, y fueron saliendo uno a uno los acompañantes, sin decir una palabra. El sol iluminaba con sus rayos directos del medio día la mancha del bosque, las hijuelas blancas de los colonos, las rucas grises y aplastadas. De la feraz llanura venían los mugidos del ganado, los pájaros pasaban en bandadas gritando de júbilo y, allá a lo lejos, el ferrocarril lanzaba su pitazo y luego venían claros y sonoros los ruidos de la ferretería del puente asaltado por el convoy en marcha al norte.

El soñador de Arauco, arrodillado en la tierra, fijaba sus ojos en los párpados inmóviles de la mujer y no se atrevía a tocarla. Su vida pasada resucitaba con vehemencia en los más recónditos pliegues de su alma y buscaba en el viejo y oculto tesoro de palabras aprendidas entre los "huincas", aquellas que iba a pronunciar cuando la vida le devolviera a ese ser que había querido arrebatar de los brazos mismos de la muerte. Antifil temía que viviera y sin embargo lo deseaba con tal ardor que sus ojos trataban de reanimar su hielo y de buscar un movimiento en sus pupilas dormidas.

Un ruido lo despertó de su abstracción. Montri estaba allí de pie, a su espalda, mirando también atentamente a la mujer.—¡Déjala!—volvió a decir; pero esta vez su tono era suplicante.—"Déjala, porque si ha muerto no debes mirarla más, y si vive será para ti causa de muerte. ¡Déjala a los suyos! Es una fiera de la raza enemiga, ¡ay de ti si caes en su poder!"

La voz poderosa de Montri pareció causar un leve movimiento en el pecho de la niña. Antifil se inclinó para mirar atentamente sus párpados, que estaban agitados por ligero temblor. De pronto, como una rápida visión, las pupilas azules apa-

recieron y miraron al indio. Los párpados cayeron de nuevo. Antifil buscó la mirada de Montri y éste exclamó con horror:—"Te ha mordido, Antifil. ¡Te ha mordido!"

Entretanto, el día avanzaba y la noticia había llegado al pueblo. Una numerosa expedición venía en camino a buscar los cadáveres. Como era expedición a tierras de indios, se veían más armas de fuego que instrumentos de salvación. Los amigos de los ahogados preguntaban por los caminos e iban reconstituyendo la escena. Los dos jinetes habían muerto seguramente. Tal vez alguna de las mujeres había sido salvada por el indio. ¿Estaría ya con vida? ¿Podrían establecer la prueba del delito o encontrar al culpable? Por fin toparon a algunos de los testigos que mansamente sufrieron sus injuriosas preguntas, el registro de sus ropas para ver si habían robado algo a las víctimas y los golpes del caso. También se habían juntado, por orden de la autoridad, dos o tres carabineros que ayudaban a la investigación. Cuando supieron en qué ruca se encontraba la única víctima arrebatada a las aguas, emprendieron el galope para detenerse recelosos a algunos metros de la casa. Se trataba de tomar precauciones y organizar un ataque. ¿Por qué no aprovechar la ocasión—decía el subdelegado chileno—para arrasar todas estas rucas y meter a la cárcel a la indiada? No son malas tierras...

Pero luego, al notar el silencio sepulcral de la ruca, se avanzaron algo más. Un joven alto, vigoroso, rubio, amigo de Ana, la niña moribunda, llegó el primero al dintel y se quedó sobrecogido por el espectáculo. Con una rodilla en tierra, Antifil parecía sollozar; de pie, Montri guardaba silencio.—¿Ha muerto?—preguntó.—No ha muerto, repuso el viejo. Antifil la ha salvado, puedes llevártela. Pero, como ya llegaban los otros, el joven tomó fuerzas y fué asaltado por la desconfianza.—¿Cuánto rato está aquí? preguntó con imperio. Una hora, tal vez dos horas; nadie podía decirlo. El tiempo no tiene medida exacta para el indio.—¿Y no la has tocado...?—insistió brutalmente otro de la comitiva.

—¿No es para tocarla que la he salvado, repuso con voz muriente el indio, no es mi mujer y no debía tocarla. Aquí está.

El subdelegado había dado la orden de la violencia y un carabinero llegó a tomar brutalmente a Antifil; pero Montri tendió su bastón y dijo:—No hagas nada antes de saber cómo ha pasado. ¿El indio hace mal en salvar a una blanca? Antifil casi ha perdido su vida.

Las palabras simples y la actitud de los dos indios causaron un sentimiento reflexivo. Si Antifil hubiera sido blanco, merecería una medalla o un premio en dinero; pero como araucano apenas podría librar de la cárcel.

—No, no; decía otro de la concurrencia; este indio ha sido bueno.

Fué el juicio más benigno.

Todos rodearon a la niña, le dieron a beber un poco de agua; un asistente le tomó el pulso y propuso algunas fricciones. Entretanto Antifil, inmóvil como una estatua, se había colocado en el rincón obscuro de la ruca. Su modestia era la ignorancia del heroísmo realizado; la duda que sobre él arrojaban esos hombres injustos; el deseo de que lo olvidaran.

No quiso ver cómo la descubrían; no se atrevió a dirigir la mirada al través de los hombres que formaban círculo en torno suyo. Sólo comprendió que abría los ojos, que comenzaba a mover los labios... y luego que hablaba. Su palabra suave y musical, aunque muy débil, había dicho con horror:

—¡Llévenme; no quiero estar entre indios!

Algo demoró todavía la tarea de vestir provisoriamente a la niña y de colocarla en unas parihuelas. En seguida la alzaron con cuidado. Antifil alcanzó a ver una de sus blancas manos caídas y los cabellos brillando al sol como oro puro, y un momento después el grupo salía y se alejaba.

Nadie había recordado al indio, ni una voz humana le había dirigido esa palabra "gracias", que significa el simple pago de una deuda.

Todos se fueron, la mancha negra se fué empequeñeciendo, la tarde comenzó melancólica.

—"Adiós, Montri,—dijo entonces Antifil con la voz velada,—me voy lejos, más allá de los cerros. No puedo estar aquí."

Calló por algunos instantes el anciano,

y cuando habló, sus palabras fueron duras:

—"Te lo había dicho cuando abrió por primera vez los ojos; te lo había dicho: te mordió con su mirada. Estás envenenado!"

Los años han pasado, la batida a la indiada es cada vez más pacífica y más intensa. El Gobierno entrega tierras a los extranjeros que llegan escoltados por gendarmes y encierran, con alambre, enormes extensiones. El indio sale empujado por el látigo, con sus perros flacos, sus mujeres mudas, sus hijos andrajosos. Va al pueblo a esperar a la puerta del gobernador, del juez, del protector de indígenas, se embriaga y sucumbe. Sus ojos cansados recorren papeles que no entiende, donde hay la orden de dejar el nuevo refugio o la prueba de que su propiedad no ha sido nunca sino un robo. Aquí es acusado, allá envuelto como cómplice en una causa, más allá explotado por un supuesto defensor.

Las hijuelas de los colonos se han extendido y varias rucas grises han sido quemadas. Sólo queda la casa solitaria donde anida Montri, el eterno guerrero que no muere para ser testigo de tanta injusticia. Encorvada la espalda, más obscuro y agrietado el rostro, los labios apretados con un gesto de odio y de despecho, un ojo casi muerto y el rostro brillante por oculta fiebre, parece, sentado en la roca, un enorme buho que predice la muerte de los mocetones de Arauco.

Sin tierra, sin hijos, sin mujeres, sin caballo, sin esperanza, sin morir siquiera, ese tronco, cuyas ramas han caído todas, se levanta todavía desafiante. No hay una hacha fuerte que lo separe del suelo; todavía parece que la savia de los muertos gloriosos lo vigoriza y lo retiene.

Una tarde de invierno opaca y helada, Montri sentado en la piedra, la cabeza afirmada en una mano y en la otra el largo coligüe en que se apoya, contempla la tierra como un monumento. Allá a lo lejos, en el silencio absoluto, un estampido hace huir una bandada de pájaros, la bala silba y el anciano se desploma.

La ruca estaba estorbando a algún colono...

RUSIA

1. Campanario en el norte de Rusia. —2. Casa de campesinos en Kujavia. El riguroso invierno hace del hogar ruso un recinto recogido y piadoso, donde las veladas transcurren al amor de la lumbre donde hierve el samovar.

Campesina de Kostroma en traje de fiesta

El brillante aderezo de una rica campesina rusa

Una iglesia en Olonetz (construída en 1718)

Las transformaciones de Rusia

Pocos países menos conocidos en Sud-América que la Rusia. Esto no es extraño: para conocer la nacionalidad rusa es necesario conocer su historia; para apreciar sus transformaciones, seguir su vida política tarea fácil solamente en los últimos años; para avaluar su economía actual, controlar severamente las estadísticas de la población, del comercio y vías de comunicación del gran imperio.

Entrada muy tarde en la sociedad europea, la Rusia tiene muchos caracteres de juventud: relativa debilidad presente y promesas extraordinarias para el futuro. Este gran imperio de 5.849,000 kilómetros cuadrados de superficie y ciento sesenta millones de habitantes, tiene la mayor unidad de razas posible: está esencialmente ocupada por poblaciones eslavas, tal vez descendientes de los escitas de la antigüedad. Ninguna raza en Europa ocupa parecido dominio y el gran poeta tcheco Kollar cantaba hace algunos años:

"Oh! Si nuestros pueblos eslavos fueran de oro, de plata, de cobre, yo los fundiría en una sola gigantesca estatua. De la Rusia yo haría las manos; de los poloneses el busto, de los tcheques los brazos y la cabeza y de los servios los pies. De las tribus secundarias, sileucianos, croatos y slovacos formaría el vestido y las armas. La Europa se arrodillaría delante de este ídolo del cual la cabeza se perdería en las nubes y sus pasos saldrían de las fronteras del mundo."

Rusia es una enorme extensión con poco relieve; los fríos y los calores son por consiguiente extremos, los más fuertes del mundo. Los vientos helados en el invierno y quemantes en el verano hacen sentir su influencia de un extremo a otro del país. A latitud igual la temperatura es más violenta que en Europa. Astrakan, con 46 grados de latitud, tiene inviernos en que el termómetro desciende a 30 y más grados bajo cero y en el verano sube hasta 46 grados de calor. Las lluvias son poco considerables en Rusia, menos que en toda Europa. En cambio la nieve cubre el suelo durante cerca de la mitad del año en algunos puntos. Se cree aquí, y lo hemos oído repetir desde el comienzo de la guerra, que la nieve puede paralizar la ofensiva rusa y éste es un grave error. Por el contrario, el comercio ruso que aún tiene pocas vías de comunicaciones, cuando sus ríos navegables se hielan es precisamente cuando sus carros, trineos, automóviles, corren en todas direcciones sobre una superficie pareja admirablemente dispuesta para surcarla con rapidez inconcebible. Apenas se funde la nieve, el calor violento hace estallar la vegetación y las semillas dormidas revientan en brotes vigorosos. Esto por lo que se refiere a la fisonomía material del suelo ruso.

En cuanto a la política, sus transformaciones han sido considerables. Gobierno oriental y pueblo europeo; he aquí un curioso contrasentido. Autócratas de carácter oriental trataron de hacer, como lo han logrado, una nacionalidad europea, y por esta causa la autocracia va desapareciendo, porque los europeos no se adaptan ni se han adaptado jamás a ella.

Lo más digno de atención es que la revolución interna rusa comenzó por las clases altas; el contacto con la Europa en las campañas napoleónicas sembró en cada gran oficial o funcionario un germen de revuelta. Desde entonces nacieron las sociedades secretas que tanto han trabajado por la redención del pueblo ruso. Rusia es ahora, abreviando, un imperio constitucional cuyo soberano que antes era Czar de Polonia y Autócrata de las Rusias, se llama ahora Czar de todas las Rusias y gobierna asistido de un Consejo Imperial y de una Douma elegida por sufragio restringido.

Este es el mayor acontecimiento entre las muchas asombrosas evoluciones internas de la Rusia: desde el momento en que el pueblo ruso envió representantes a esta asamblea, al principio indócil y acometida por los grandes y por la plebe, después prestigiosa, equilibrada y consciente, existe en Rusia " el patriotismo, la conciencia nacional, esa fuerza poderosa que da hoy día adhesión al país y levanta en su ejército un poderoso elemento de defensa".

Después de haber sido, hasta una época reciente, un país exclusivamente agrícola, la Rusia ha pasado a ser una potencia industrial, sin que por eso deje de sacar de la tierra la más opulenta porción. La Rusia tiene tal vez los terrenos más fértiles del mundo. En cambio todavía tienen campos numerosos y extendidos sin cultivo y el progreso de la maquinaria agrícola apenas se hace sentir. Las diferencias de la agricultura no dependen en Rusia del re-

lieve del terreno, porque como lo hemos dicho es insensible. La latitud apenas influye, en cambio las diferencias son notables marchando de oeste a este. Al extremo norte los bordes del mar glacial ártico son improductivos. Bajo el suelo profundamente helado en el largo invierno y pantanoso durante el corto verano, los árboles no crecen. Las yerbas descompuestas a medias han ido formando grandes capas de turbas que constituyen una reserva de combustible enorme para un país donde se le necesita tanto. Al sur del grado 66 de latitud sigue la región de los bosques, al principio ralos y pequeños, enanos, y luego avanzando hacia el sur enormes y muy ricos. Todavía el hielo dura aquí 180 días y la agricultura no es abundante: la cebada y el centeno se dan con beneficio y el lino hace la riqueza de la región. La parte meridional, en una extensión considerable, se divide en tres fajas: la famosa de las tierras negras, las estepas fértiles y las salinas.

Esta zona de las tierras negras basta para formarse una idea exacta de la riqueza agrícola de Rusia. Es una capa de "humus" muy obscuro, prodigiosa. Su fertilidad es algo que parece increíble. Se atribuye su formación a la descomposición secular de yerbas acumuladas en la estepa. Un suelo de esta clase se humedece fácilmente y se seca en la misma forma. No tiene necesidad de abono de ninguna clase y es uno de los más grandes "almacenes de trigo" del mundo. Cuando las condiciones de temperatura son normales no sólo alimenta su densa población, sino también la de la región industrial que produce poco y la del norte que no produce nada y todavía puede hacer exportaciones tales que hace en uno o dos años la fortuna de una región entera. La zona de las estepas fértiles no difiere de esta otra, sino por estar cubierta de un pastaje muy alto hasta 2 y 3 metros, y haber sido poco trabajada. Como en nuestra América del Sur y suponemos que en el Canadá, estos suelos se dedican a la crianza y pastoreo. Es así como la Rusia tiene "la mitad de la población caballar del mundo".

La parte meridional de las montañas de Crimea y la Transcaucasia presenta el más absoluto contraste con lo descripto. Esta región seduce a los rusos como a los europeos los países mediterráneos. Allí cambia el paisaje ruso. Bosques vigorosos, árboles frutales espléndidos, viñedos, olivares, naranjos, duraznos, cerezos, hablan del clima de este paraíso. Se está tratando de cultivar con éxito el te y hasta la pimienta.

En una palabra en materia agrícola, Rusia ha sido dotada generosamente porque más o menos el 70 por ciento de la superficie (nos referimos a la Rusia de Europa, sin contar la Finlandia y el Cáucaso), es productivo:

Tierras cultivables y ricas, 116.533,099 hectáreas.

Praderas y pastajes, 70.800,831 hectáreas.

Bosques, 172.905,419 hectáreas.

Suelo improductivo, 85.010,817 hectáreas.

Es decir, 26.2 por ciento de la superficie es arable, 15.9 por ciento son pastajes, 38.8 bosques e improductivo 19.1 por ciento; pero hay que tener presente que ni se cultiva todo lo cultivable ni ha logrado dividirse suficientemente la propiedad. La producción de cereales llega a cifras considerables, 163,307 millones de hectólitros de trigo como medio, entre los años 99 y 903 fuera de 21,300 millones de "toneladas" de centeno, 11,150 millones de toneladas de avena y 5,800 millones de toneladas de cebada. La exportación como medio entre los años 902 y 4 subió a 500 millones de francos, contra 752 millones en 905, etc. Solamente el año 91 se produjo una hambruna en la Rusia. Este hecho y alguna otra incidencia en inviernos excepcionalmente helados han dejado la impresión en las masas de que este país no es rico.

La producción de la betarraga y de la papa, ha tomado enorme vuelo. Haciendas de dos y más miles de hectáreas son cultivadas por un solo propietario totalmente con betarraga, por ejemplo, con resultados extraordinarios. El lino y el cáñamo son productos esencialmente rusos.

Las provincias bálticas, Polonia y países del centro contribuyen en el mundo con las cuatro quintas partes del lino tascado o hilado que compra Europa.

Las razas bovinas y caballares son dignas de atención. Uno de los tipos vacunos más caracterizados es la raza Kholsnogory del gobierno de Arkhangelsk de enorme talla y muy lechera; la raza laroslaviana da leche abundante y especialmente gruesa; la raza nómade de la estepa es la mejor carne y el ganado gris de Ukrania presenta los bueyes más fuertes para el trabajo. La Finlandia tiene gran población de bovinos

y es uno de los países más favorables de Europa en esta materia. La riqueza de Rusia en ganado vacuno ha producido una industria agrícola intensa en la fabricación de la mantequilla por procedimientos muy perfeccionados. Esta mantequilla como los famosos huevos obscuros y otros productos

alimenticios llegan a Londres donde son muy bien pagados.

La cuestión caballos interesa mucho ahora a la Rusia y a todo el mundo. Nosotros mismos podríamos estudiar la idea de traer algunas razas obtenidas con hábiles cruzamientos, para el ejército. Las razas indígenas de Orlof y Rostop-

1 y 2. Campesinas de Razian.—3 y 5 Campesinas de Volodga y Yaroslavl.

3. Trajes de invierno de las campesinas de Kieff, sur de la Ukrania.—4. Tascadoras de cáñamo en Kieff.

Costumbres rusas, Repine.—La Procesión.

chine tienen cualidades fundamentales de resistencia, forma y coraje y han sido mejoradas con razas árabes, persas e inglesas. Se han obtenido así trotadores de gran rapidez y resistencia.

Los pequeños caballos tártaros tienen un valor reconocido para cruzar enormes distancias sin fatiga. Se sabe el papel que ha hecho siempre la caballería irregular rusa. Fuera de la caballería instruída y de línea, por decirlo así, podrían equiparse en seis meses más de quinientos mil jinetes de esta clase que constituirían una verdadera horda de invasión. El Gobierno ha estimulado las ferias de caballos en todos los puntos del imperio y así ha sido fácil encontrar los más soberbios tipos, establecer numerosas haras y echar las bases de una obra militar muy seria. Los Cosacos del Don tienen colosales ganados en absoluta libertad en la estepa.

El cultivo de la tierra ha hecho detenerse el aumento de la población ovejuna; pero la calidad se ha mejorado. En materia de cerdos hay una población igual a los de Alemania. El Gobierno de Astrakan tiene 40,000 camellos y Finlandia ciervos domésticos muy apreciados.

Fuera de la mantequilla y los huevos, la apicultura, los productos de la caza y pesca dan importantes entradas: arenques, caviar, atún, sardinas, pieles de oso, zorro, lobos, castor, armiño, forman cifras muy importantes. Los pescados alimentan a la población en los días de abstinencia religiosa que forman un tercio del año.

Pero seguramente la más interesante de las transformaciones rusas es el desarrollo de su industria para la cual parecía refractaria. Tiene los elementos necesarios para alimentar una industria: combustible mineral, metales industriales, tesoros mas valiosos que los metales preciosos del Ural y la Siberia. El petróleo y la hulla debían tarde o temprano provocar la explosión de las manufacturas. 2 millones de obreros con un capital de 5 mil millones de francos dividen su actividad en las industrias alimenticias, textiles, del cuero, del papel, de la madera, químicas, metalúrgicas cerámicas y mecánicas. Las hullas, las turbas, la nafta, los asfaltos, el mármol, la pizarra, el zinc, el estaño, el plomo, el níquel, el amianto, son cada día mejor explotadas.

Muy atrasada en las vías de comunicación, la Rusia es el país que ha gastado más en el último tiempo en caminos y ferrocarriles. El mar no le es propicio; sus escasos puertos están bloqueados por la nieve o por estrechos hostiles. La obra de

los ferrocarriles ha sido emprendida con gran perseverancia. Son famosas las grandes ferias donde todavía se encuentran todos los pueblos de la tierra; pero van decayendo de interés como es natural a medida que las comunicaciones se facilitan.

Los principales clientes de Rusia son la Alemania y la Inglaterra. El tratado de comercio que debe renovarse con Alemania en 1917 habría provocado tal vez la guerra. Rusia se preparaba para una política proteccionista más severa que habría defendido con las armas. Su movilización habría sido para entonces considerable.

Rusia casi no tiene marina; pero su ejército es considerado como de excelente calidad. Su artillería merece especial consideración. Más de un millón de hombres en tiempo de paz le permiten movilizar en dos meses cerca de cuatro; posiblemente llegaría en cinco meses a seis millones. Lo demás que se diga parece fantástico. La rapidez de su movilización ha sido ahora una sorpresa, porque es conocida la lentitud tradicional de estas operaciones. En las caricaturas de la época napoleónica, cuando la Rusia entró en seis coaliciones europeas contra la Francia, representaban a los ejércitos rusos cabalgando en camarones y tortugas. Todo esto se ha modificado.

En realidad los progresos de la Rusia son comparables en su crecimiento a los de los llamados "países nuevos" cuyas estadísticas dan cada año una nueva sorpresa: Estados Unidos, Canadá, Argentina y Australia.

Probablemente cuando el "Pacífico Magazine" esté en manos de sus lectores, Rusia habrá desarrollado parte de su potencia militar. ¿Con qué éxito?

G. E.

"The Star-Spangled Banner"

Dos grandes acontecimientos históricos marcarán el final de 1914 y el principio de 1915. Uno es la celebración del centenario de la composición del "The Star-Spangled Banner", por Francis Scott Key, un patriota de Maryland, y el otro es la apertura al comercio mundial de ese triunfo de ingeniería: el canal de Panamá.

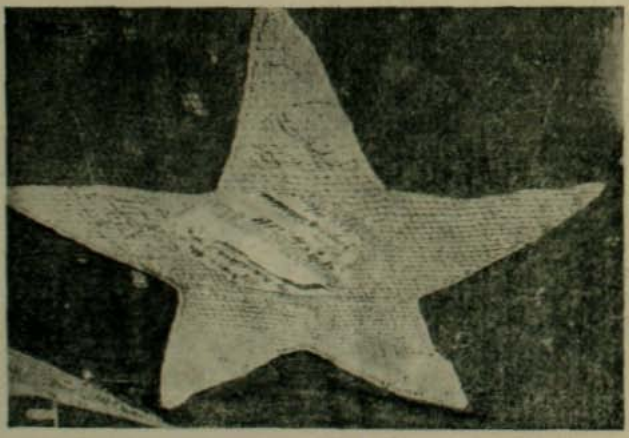
El público está enterado de los magníficos preparativos que se harán para celebrar la apertura del canal; pero son pocas las personas que saben algo de las ceremonias que conmemorarán el nacimiento del himno inmortal de la nación norteamericana. Tomarán parte en ella el Presidente de los Estados Unidos los ex-Presidentes que aún vivan, los gobernadores de los 18 estados de la Unión cuando Key escribió su tributo a la bandera; los secretarios actuales y anteriores; senadores representantes, embajadores y Ministros de las naciones extranjeras; la Marina y el Ejército de los Estados Unidos; las tropas de la Guardia Nacional de los Estados; los cadetes de West Point y Annapolis; los dignatarios de la iglesia: oficiales del Estado y Municipio de todos los Estados, y barcos que representen la marina de la mayoría de los grandes poderes. La bandera original, con sus diez y ocho estrellas, una gloriosa reliquia de la guerra de 1812, la llevará la Marina, y el Presidente de los Estados Unidos será el abanderado. Esta bandera era la que tremolaba el asta del fuerte de Mc. Henry, en aquel famoso mes de septiembre de 1814.

Facsímil del original de la letra del himno

Las celebraciones empezaron en la mañana del 5 de septiembre y duraron una semana, concentrándose alrededor de Fort

Mc. Henry, cerca de Baltimore. Nació el autor del Himno Nacional Americano en 1780; se llamó Francis Scott Key y fué educado en la Universidad de St. John, Annapolis, Maryland. Muy jovencito aún, se distinguió en su carrera de abogado, adquiriendo fama por su clara inteligencia, al mismo tiempo que por su belleza física, pues fué considerado el hombre más buen mozo de su época en la ciudad en que residía. Estuvo prisionero de los ingleses en el crucero "Surprise" durante el bombardeo del fuerte Mc. Henry en 1814 y allí, encerrado en estrecho recinto, tuvo la inspiración de su famoso "Star Spangled Banner", que luego mereció el honor de ser declarado Himno Nacional de la Gran República norte-americana. Había llegado el crucero bajo bandera de parlamento para pedir por la vida y libertad del doctor Guillermo Beans, prisionero americano y a quien el Almirante Cochrane había anunciado que ahorcaría al despuntar el día. Key subió al barco en septiembre 6 de 1814 y, aunque iba bajo bandera blanca, el comandante del crucero ordenó lo retuviesen hasta tanto pasara el bombardeo al fuerte. A los ocho días pusieron en libertad a Key junto con el doctor Beans, a quien salvó.

Fué en los momentos culminantes de la lucha entre América e ingleses, viéndose impotente para ayudar a los suyos, que Key tuvo la inspiración que lo impulsó a describir admirablemente, en verso, el fragor de la batalla, el estallar de las bombas en el aire, y al mismo tiempo que contaba su congoja, por el temor a los daños que ocasionaba a los suyos, su grito de alegría al ver que al disiparse el humo, siempre volvía a divisar en su puesto tremolando, orgullosa, la bandera roja, blanca y azul que representaba la libertad de su patria. El verso lo escribió en un sobre usado que en esos momentos llevaba encima, y al ser puesto en libertad no volvió a acordarse más de ello. Al regresar a Baltimore, contó a su amigo el juez Nicholson su aventura y, acordándose de su poesía, se la enseñó. Tan buena impresión le produjo a éste, que insistió en que la mandara imprimir; así lo hizo Key, y mandó repartir miles de ejemplares por las calles, así es que a la hora de haberlos repartidos, no había quién no leyese y cantase con una antigua tonada los patrióticos e inspirados versos de Key. A los pocos días, ya las bandas tocaban el Himno en las plazas públicas y paseos, adquiriendo éste una popularidad con la cual nunca contó su autor.



Original inscripción en el centro de una de las estrellas de la famosa "bandera" que acaba de ser reparada para el Museo Nacional de Washington. Esa inscripción hecha de puño y letra de la hija del Comandante de Fort Mc. Henry, dice así: "This precious relic of my Father's fame famed, I. 24 day of July, 1862.—Georgiana Armstead Appleton".

La guerra a bordo del Aragón

ROMAN CALVO Y EL CAPITAN

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Gordon

I

El "Aragón" vapor británico de la Royal Mail Line, zarpó de Southampton para las Antillas y el "Istmo" de Panamá, el 25 de julio último. En él tomamos pasaje de regreso a Chile Román Calvo y yo.

Aunque la situación política de Europa se presentaba amenazadora, muy pocos entre los pasajeros del "Aragón" creían en la posibilidad de una guerra próxima. En Europa el torbellino del placer y de los negocios, la molicie de una vida regalada, producen sobre todo para el extranjero, ajeno a las pasiones nacionales del Viejo Mundo, un ambiente de paz y de seguridad que esta vez al menos era engañoso.

El espíritu observador de Román Calvo no se había dejado engañar, sin embargo. Ya en el mes de mayo, de vuelta de un paseo rápido por los países del Rhin

su convicción al respecto estaba formada.

—Mira, Miguel, me dijo un día, si no nos apresuramos a regresar a Chile, nos coge un chaparrón que nos va a mojar a todos.

—¿Qué chaparrón?

—La guerra europea.

—¿Estás loco?

—El tiempo lo dirá, pero aunque te rías de mí, has de saber que sólo en estos últimos quince días he anotado doscientas cincuenta y ocho observaciones, que aunque insignificantes, consideradas aisladamente, prueban en conjunto la inminencia de una terrible conflagración europea. ¡Pobre de Chile y de su salitre!...

Una o dos semanas después cayó en Londres como una bomba la noticia del asesinato del archiduque Francisco Fernando.

Aquella mañana Román penetró en mi dormitorio casi sin alientos.

—Lo que te dije, exclamó agitando un número del "Morning Chronicle"..... la chispa que faltaba se ha producido...

—¿El asesinato del archiduque? interrogué admirado.

—Precisamente.

—Pero Román, por amor de Dios, piensa un poco en lo que estás diciendo! En los tiempos que corren, todo un continente, como quien dice casi el mundo entero, no puede correr a la guerra y a la ruina sólo para vengar la muerte de un hombre... ¡Ni en la Edad Media!

—Veo que no estás en antecedentes, continuó Román con mucha calma. La tragedia de Sarajevo completa el número vigesimo primero de los asesinatos perpetrados por los servios en Bosnia y Herzegovina... Para el Austria esto encubre un problema nacional de la mayor gravedad. Como sabes, aquel imperio cuenta con algunos millones de súbditos de raza servia repartidos en Hungría, Croacia y muy principalmente en las recién anexadas provincias de Bosnia y Herzegovina. Entre tanto en el reino de Servia se ha desarrollado en los últimos años y en forma alarmante el sentimiento de una nacionalidad más vasta... Ese sentimiento muy análogo al que hace medio siglo tuvo por resultado la unidad de Italia, tiene también sus Mazzini, esto es sus hombres fanáticos y de acción, dispuestos a usar de todos los medios para llegar al fin... Una sociedad secreta, la terrible "mano negra" ha jurado el exterminio de todos los funcionarios austriacos en Bosnia... Veinte habían caído hasta ahora bajo el puñal o la bomba... El vigésimo primero, te lo repito, es el archiduque Francisco Fernando, el heredero de la corona de los Habsburgo, el hombre superior que ha reconstituído la marina austriaca, y convertido el ejército austro-húngaro en el segundo de Europa...

Estos atentados, que no son sino una de las manifestaciones de un vasto plan de conspiración contra la integridad del imperio de Francisco José, son secretamente amparados por el gobierno de Servia... y el Austria lo sabe... ¿Podrá este país, sin suicidarse, tolerar la existencia junto a sus fronteras de un foco de incesante revuelta?... Pon la mano sobre tu conciencia, y contéstame esta pregunta...

—Difícil es que se resigne.

—¡Imposible!... Hoy menos que nunca, cuando la víctima no es un austriaco, no es un húngaro, sino un miembro de la familia imperial, esto es un representante del único lazo de unión que reconocen las razas que pueblan el imperio. El viejo emperador, víctima en otro tiempo de la unidad alemana y de la unidad italiana, no querrá ahora ser también la víctima de la unidad servia. Se apresurará a castigar, a reducir a la impotencia al tumultuoso reino que sirve de amparo y de guarida a los que conspiran contra su corona... La invasión de Servia por las tropas austriacas no puede ser sino cuestión de días... Supongo que admitirás esto...

—Lo admito. Tendremos una nueva guerra en los Balkanes.. la tercera en dos años...

—No sólo en los Balkanes. . Ahora va a entrar en acción una de las grandes potencias de Europa, el Austria, cuyos avances en la procelosa península tanto han inquietado en los últimos años al imperio ruso, esto es al protector natural de los eslavos... No nos hagamos ilusiones... El Czar no puede tolerar un nuevo avance del Austria... e intervendrá... Pero atacada una de las naciones de la Triple Alianza, por una de las naciones de la Triple Entente, la guerra general está producida sin remedio...

—¿En estos tiempos de paz, de humanidad, de civilización?

Aquella mañana, Román penetró en mi dormitorio casi sin aliento

—Déjate de frases huecas... El alma humana no ha variado gran cosa desde los tiempos del viejo Príamo de Troya... No porque viajemos en ferrocarril y en automóvil hemos dejado de ser animales de presa... Nos alimentamos de la carne y de la sangre como los tigres del desierto, ni más... ni menos... En cada hombre se encierra un militar. Observa a un niño, antes que las conversaciones sociales hayan cubierto de frases hipócritas los instintos atávicos. Háblale de guerra y de batallas, y le verás encendido de entusiasmo. Mira el efecto de una marcha belicosa en la más pacífica y culta de las ciudades de Europa... ¿Eres periodista y quieres subscriptores?... Pues bien, llena de sangre las columnas de tu diario y tendrás subscriptores como moscas..... Los judíos mismos substraídos desde hace dos mil años a la guerra, por las preocupaciones de los pueblos de occidente, conservan aún las cenizas no del todo apagadas, del primero y más persistente de los instintos humanos... No seamos hipócritas, Miguel... la guerra y el amor llenan por entero el alma de los hombres.

Román Calvo, se había transfigurado.... Me daba miedo.

II

Los pasajeros del "Aragón" formaban el conjunto más heterogéneo y cosmopolita que es dable imaginar. Ingleses y franceses de las Antillas, rastacueros sudamericanos de todos matices, agentes viajeros, alemanes, españoles e italianos.... un judío austro-húngaro, dos yankees, un ruso y hasta un japonés.

De esta continua mezcla de hombres de todas las razas que es una de las consecuencias de la moderna facilidad de comunicaciones, han deducido algunos, halagüeños augurios en favor del próximo reinado de la paz... El espectáculo del parlamento austro-húngaro debería bastar sin embargo, para demostrar la inconsistencia de semejantes ilusiones...

El capitán del vapor era un viejo lobo de mar, inglés y flemático hasta la médu-

la de los huesos. Pertenecía a la marina de reserva, y en consecuencia el "Aragón" llevaba la bandera azul que indica en el barco que la lleva la calidad de transporte de guerra, en caso de conflicto...

Pero a pesar de las afirmaciones de Román ni yo ni nadie a bordo creía en semejante posibilidad.

Será como siempre, nos decíamos los unos a los otros... Las grandes potencias se enseñarán los dientes, pero al fin de cuentas la diplomacia lo arreglará todo.

Tuve que confiar en depósito al contador algunas libras esterlinas y otros objetos de valor que no juzgué prudente conservar en mi camarote.

El "purser" me entregó el recibo redactado con aquella encantadora jerga tradicionalista que tanto aman los ingleses.

La compañía se comprometía a devolver mi depósito salvo ciertas contingencias, pintorescamente previstas.

"El acto de Dios... los enemigos del Rey... etc., etc."

Aquella frase "los enemigos del Rey" de marcado sabor feudal, me sumergió, dadas las circunstancias, en un mar de reflexiones... Se la mostré a Román...

—Mira, le dije... Hace cien años que el pabellón inglés domina los mares.... "Britannia rule the waves"... Hace cien años que en el vasto océano el rey de Inglaterra, no tiene enemigos... y sin embargo estos hombres conservan la frase. Es por cierto un exceso de previsión...

—Sí, repuso Román sonriendo sarcásticamente... Es raro en estos tiempos de paz, de humanidad, de civilización, como dices tú... Hace cien años que las naves de Inglaterra, vencedoras de Napoleón y de la Revolución francesa, no temen a los enemigos del Rey... Pero allá en el Centro de Europa ha nacido y tomado cuerpo otro adversario formidable de la dominación inglesa... El moderno Napoleón lleva bigotes, pero no es menos terrible que el otro... En pocos días más "los enemigos del Rey" no serán ya sobre el tranquilo océano, sólo un melancólico recuerdo del pasado.

Y en seguida, mudando repentinamente de tono añadió:

—Vamos a divertirnos...

Como en muchas otras ocasiones me pareció vislumbrar en sus palabras algo de equívoco y de diabólico.

Por algunos días sin embargo el "Aragón" continuó tranquilamente su camino balanceándose sobre las agitadas ondas del Atlántico.

Entre los pasajeros parecía haberse establecido la fraternidad universal. Una francesita pizperota que viajaba "sola" en busca según ella decía de su marido, era el centro del demi-monde cosmopolita. En cambio un señor Fiorentini, agente de comercio italiano, se complacía en arrojar sobre aquel cielo sereno nubes de discordia.

Al oírsele se le hubiera tomado por el genio de la guerra. Veinte veces al día despedazaba en todas formas el mapa de Europa... La Triple Alianza...! ¡Oh!... ¡La Triple Alianza!... Austria tendría Constantinopla, y en cambio cedería a la Italia las provincias irredentas! Iba a crearse el nuevo reino de Polonia, pero el señor Fiorentini no sabía a punto fijo en provecho de quién.

—El Rey será un Hohenzollern, afirmaba un prusiano de seis pies y pico de altura.

—O un Habsburgo y Lorena, replicaba el austro-húngaro.

El flamante diplomático sonreía maquiavélicamente.

—Conozco los secretos de las cancillerías, parecía decir con la mirada.

Aquella noche nos trajo a Román Calvo y a mí, confidencias de sus misterios... El nuevo Rey de Polonia será el duque de los Abruzzos.

La verdad es que ni él, ni yo, ni nadie a bordo, excepto Román, creíamos en la guerra.

A la altura de las Azores estalló la bomba.

Fué a la hora del lunch.

El segundo del vapor tan flemático e impertérrito como siempre al colocar sobre el tablero del vestíbulo la nota indicadora de las millas recorridas en la última jornada, puso a la vista de los pasajeros un marconigrama en inglés, recién recibido de Fayal.

¡Era el fin del mundo!...

¡La Alemania, la Francia, el Austria y la Rusia estaban en guerra hacía cuarenta y ocho horas!

Por encima de nuestras cabezas pasó un cuerpo opaco

La Inglaterra y la Italia permanecían neutrales.

Acalorados comentarios, miradas de reojo, protestas, congojas y por último la explosión incontenible de la bestia guerrera que los hombres todos llevamos entre pecho y espalda.

Como los ingleses y los sud-americanos estábamos en mayoría a bordo, se conservó en nuestro pequeño mundo alguna calma.

Los alemanes y el austriaco tomaron a bien eclipsarse un tanto. Quedamos dominando el cargo, la Triple Entente y los neutrales.

Minutos después tuvo lugar la primera escaramuza.

Jugábamos al ajedrez en la cantina, cuando casi por encima de nuestras cabezas, pasó un cuerpo opaco que describía en el aire una curva parabólica.

Era un francés de la Martinica, pequeño, enteco nervioso que se nos daba la noche antes de comunista y fanático paladín de la paz universal.

El origen de su paseo por los aires era muy sencillo. Llevado de su impulsividad gala, se hallaba comentando la neutralidad de Inglaterra, en términos poco favorables para la "pérfida Albión" como él decía.

—No podía esperarse otra cosa, vociferaba... El ministerio inglés está compuesto de gallinas, de demócratas inmundos, y el Rey Jorge no tiene sangre de hombre en las venas.

A este punto llegaba su perorata, cuando un bofetón de legítima marca británica le hizo volar por los aires.

Mal comenzaban las cosas para la entente cordial.

Los ingleses no ocultaban su despecho, ni Román Calvo tampoco.

—Creí que hubieran sido los primeros, me dijo; los golpes que les dirijan a los rusos y los franceses, los recibirán ellos en las costillas.

El señor Fiorentini en cambio ya no se

acordaba de la Triple Alianza, ni del reino de Polonia, pero continuaba encantadoramente optimista.

—La Neutralidad de Italia, gritaba a voz en cuello, es el más transcendental suceso del siglo... ¿Se imaginaba acaso Francisco José, el viejo verdugo de nuestra patria, que los italianos le íbamos a ayudar a tiranizar a los servios? Eso sería rebajar nuestro pasado... En Solferino y Magenta combatimos al lado de los franceses contra el aborrecido tudesco..... Tomaremos ahora a Trieste y a Trento, pero por la fuerza de las armas...

Román Calvo se acercó al orador, haciéndose el que nada había oído...

—Acaba de llegar, dijo, un nuevo marconigrama... La Italia moviliza sus fuerzas, para unirse a sus aliados...

El señor Fiorentini no pestañeó, y después de meditar un segundo, concluyó con muchísima flema su discurso...

—Al fin y al cabo, dijo, los tratados son los tratados...

III

Al día siguiente, gran agitación a bordo. Esta vez la cosa iba de veras. Nunca noticia más sensacional se dió en menos palabras.

¡La Inglaterra ha declarado la guerra a la Alemania!

Ahora casi todos eran a bordo beligerantes. Sólo el señor Fiorentini permanecía neutral, aunque sus simpatías por la Entente, un momento eclipsadas el día anterior, se exteriorizaban nuevamente.

Volvimos a oir hablar de Solferino, de Magenta, de las Tudences de Cieldini, de Garibaldi y hasta de Napoleón III.

Los ingleses resplandecían de júbilo. La neutralidad les había tenido avergonzados.

La comida fué solemne. El capitán penetró en el "Diming Room" vestido de rigurosa etiqueta, con la mano derecha embutida en la abertura de la casaca. Su apostura era teatral. Román Calvo lo contemplaba con el rabo del ojo.

—Estos ingleses son ceremoniosos hasta para hacer la guerra, observó el señor Fiorentini.

La verdad era que el aspecto del capitán del "Aragón" presentaba una mezcla inexplicable de lo vulgar y de lo estrambótico, de lo antiguo y de lo nuevo, de lo ridículo y de lo sublime.

Comuniqué a Román mis impresiones.

—Yo he visto algo por el estilo, en alguna parte, le dije, pero no puedo recordar donde... En un sueño acaso...

—Sería en Londres balbuceó Román, sin levantar la vista de su plato.

—No por cierto, repuse, figuras como esa no se usan en Londres.

Román se sonrió nuevamente en forma mefistofélica.

La noche fué asaz tranquila, y el día siguiente transcurrió también sin mayores incidentes.

Se había ya puesto el sol, cuando oímos sobre cubierta una gritería de todos los demonios. Los hurras, las exclamaciones de alegría, las manifestaciones todas de un entusiasmo frenético invadieron el vapor.

El austro-húngaro cuyas narices no habían sido vistas desde la declaración de guerra, nos dió la noticia.

Ella era estupenda. La escuadra alemana había sido batida en el Mar del Norte por los ingleses. Desde Trafalgar el mundo no había contemplado nada semejante. Los rotos fragmentos de aquella formidable armada con que Guillermo II pretendiera desafiar el poder de la Inglaterra, huían dispersos a ocultarse en el Elba.

Entonces me convencí de que los "gringos" tienen también sangre latina en las venas. Nunca había contemplado tanta embriaguez...

Uno de los pasajeros sacó a sus pequeños hijos que dormían ya en el camarote, y levantándolos uno a uno entre sus brazos, exclamaba...

—Hijitos... Uds. no saben, no pueden aún comprender la grandeza de este día, en que están viviendo... Esta generación de ahora les ha estado preparando a Uds. un porvenir de dominación y de gloria... Este es el momento en que logramos el fin que todos hemos anhelado desde que fuimos niños. La marina inglesa selló en Trafalgar el triunfo de Inglaterra por un siglo... Ahora tenemos otro siglo por delante. ¡Britannia rule the waves!... ¡La Inglaterra gobierna las olas!...

Respecto de Guillermo II las opiniones

eran contradictorias. Nadie mencionó sin embargo a Santa Elena, por respeto a los buenos aliados de la buena tierra de Francia.

Aquella tarde el capitán no fué al comedor.

—Mala señal, observó Román.

Le divisamos sin embargo antes de acostarnos. Paseábase sobre el puente, digno, hierático, solemne, con la mano derecha invariablemente embutida en su paletó.

—Te repito, le dije a Román, que yo he visto a ese hombre en otro sitio...

—Ya te lo he dicho: en Londres, repuso mi enigmático amigo.

Y rompió a reir como un loco.

IV

Aquella noche no pudimos dormir. Por una parte la media docena de franceses que teníamos a bordo se habían declarado en movilización "ipso facto incurrenda", cantaban la Marsellesa, retozaban con su casquivana compatriota, y unían en sus aclamaciones el nombre de M. Delcassé con el de Juana de Arco y el de Hugo Capeto.

El aspecto del capitán del "Aragón" presentaba una mezcla inexplicable de lo vulgar y de lo estrambólico

A Napoleón no le nombraban, por estar embarcados en un buque inglés.

Pero no era esto lo que motivaba nuestras alarmas. Hacia popa sentíamos un ruido singular... Cadenas que se amartillaban... golpes del hierro contra el hierro... una barahúnda de los mil demonios.

—¿Qué será eso? pregunté a Román, despertando de pronto.

—Estarán acomodando la carga, contestó mi amigo con la mayor tranquilidad.

Así entre sueños me pareció notar en las inflexiones de su voz cierto dejo de ironía.

Al día siguiente nos levantamos muy de mañana. Junto con abrir la puerta de mi camarote, topé manos a boca con don Francisco de Paula Menchaca, un general centro - americano, tan medido en sus palabras y ademanes, como ejecutivo debía ser en la hora de la acción.

Después de los cumplidos de estilo, nos pusimos a conversar. Era evidente que el hombre quería hacerme confidente de algún suceso muy grave.

—Sé quién es usted, me dijo y conozco las maravillosas facultades de su amigo Román Calvo. Acaso habrá ya él notado que están sucediendo a bordo cosas muy extraordinarias.

—Con esto de la guerra todo ha salido de cauce, repuse, por decir algo.

—¿Sintió Ud anoche algún ruido extraordinario?

Contesté afirmativamente.

—Pues bien, acompáñeme Ud. a proa.

El "Aragón", como la mayoría de los transatlánticos modernos, lleva al centro casi toda su obra muerta, en la que se comprenden los salones y camarotes destinados a los pasajeros de primera clase. A proa y a popa, la cubierta, libre de construcciones, lleva las escotillas destinadas a recibir la carga y que dan acceso a las bodegas.

El general Menchaca me condujo hacia la cubierta de proa, la cual presentaba en verdad un espectáculo desusado. Hacia los

dos bordes del barco vimos enfilados algunos bultos cuya naturaleza era imposible de adivinar, pues estaban cuidadosamente envueltos en lona.

—He aquí lo que me preocupa, dijo Menchaca. ¿qué se le imagina a Ud. que son esos bultos?

Me encogí de hombros.

—¿No lo sabe Ud? Pues bien, voy a decírselo... Esos son... cañones...

—¿Cañones de qué?...

—De acero y de la fábrica de Krupp... Son piezas de artillería...

Yo no volvía de mi sorpresa.

—Estamos pues, armados en guerra, prosiguió Menchaca, dejando caer lentamente sus palabras.

—Es mucha previsión la de los ingleses, observé. ¡Traían cañones!... En buen berenjenal nos hemos metido.

—Sobre la previsión británica habría mucho que hablar, dijo el centro-americano, pero en el caso presente, por lo menos no ha existido tal previsión... Esos cañones me pertenecen... es decir pertenecen a mi país... Venían en el buque como carga

—Contrabando de guerra, observé.

—No tal; ellos no están destinados ni a los alemanes, ni a los franceses, ni a los austriacos, ni a los rusos, sino a S. E. el Presidente de Costa Mala.

—¿El cual necesitará batir a algunos revolucionarios? ¿No es así?

—Precisamente, repuso mi interlocutor. El glorioso general Sepúlveda, restaurador de las instituciones liberales en Costa Mala, y actual Presidente legítimo de la República, ha lanzado el Grito de Camagüey...

—¿Y que grito es ese?

—El más sublime de los muchos gritos lanzados en la América Española. Ud debe saber que mi país se encuentra pisoteado por la tiranía del general Quiroz.

—Entonces el señor Sepúlveda es un Presidente in partibus.

—El único legítimo señor, que la voluntad de los pueblos le eligió libremente hace veinte años, después de la gloriosa revolución de febrero de 1894.... Por desgracia la traición del coronel Sánchez puso término a su gobierno quince días después... Desde entonces la usurpación ha conseguido perpetuarse, pero el Presidente Sepúlveda continúa levantando impertérrito la bandera de la legitimidad... Debo decirle que ni Sánchez, ni Quiroga ni Larraguibel, ni Gormáz, ni Padilla, ni Ovejero, ni Quiroz, ni ninguno de los mandones de sable que han dominado a la República lograron ser reconocidos por el gobierno de Washington... Sepúlveda sigue siendo para la Casa Blanca el Presidente legítimo.

—Lo que no deja de ser una ventaja.

—Ya lo creo... Por eso su crédito se mantiene muy alto en los círculos financieros de los Estados Unidos, y mientras Quiroz no ha podido conseguir de los yankees un solo peso, nosotros acabamos de contratar un empréstito por la enorme suma de ciento cincuenta mil dólares en bonos emitidos al sesenta por ciento, y pagando un interés bastante módico.... El dos y medio mensual... ¡Qué triunfo para el crédito de Costa Mala!...

—Bueno, ¿y los cañones?

—Son de siete y medio centímetros, del modelo búlgaro 1911... ¡Máquinas formidables!... Ellas habrían dado pronto cuenta del usurpador... Mientras que ahora Ud. los ve, empaquetados sobre la cubierta de este barco... El capitán ha dispuesto de ellos como si fueran suyos.

—Ud. debía reclamar.

—Ya lo he hecho, pero aquel bárbaro me contestó en inglés y me he quedado en ayunas.

No pude menos de soltar la risa. Al eco de mi carcajada respondió otra igualmente sonora... Era la de mi amigo Román Calvo.

V

Aquel estruendoso acceso de hilaridad no fué muy del gusto de nuestro nuevo amigo. Román le calmó.

—Comprendo también como Ud., le dijo, que el negocio no es para la risa. Desde que zarpamos de Southampton tenía yo mis barruntos... No me he visto jamás en una situación más absurda, y lo peor es que no diviso el remedio.

Menchaca y yo parecíamos dos gigantescos puntos de interrogación. Román Calvo había recobrado su flema habitual.

—Es preciso celebrar consejo, dijo.

Nos reunimos en un rincón del salón desierto a aquellas horas.

—Bien, dijo Menchaca, ardo en deseo de conocer su opinión... ¿Cómo recobrar mis cañones?

—Eso me importa poco, dijo Calvo... quiera Dios que alguno por lo menos de nuestra llegue con su pellejo intacto hasta la Basbada. Repito que el caso es serio, muy serio, deplorablemente serio.

—No te comprendo, balbucié alarmado.

—Pero si es muy sencillo. Desde que pisé la cubierta del "Aragón", noté algo extraño en los modales, en la fisonomía del capitán Scott. Aquel rostro flácido, melancólico; aquellos ojos hundidos y sin expresión; aquellas carnes fofas, aquellas mejillas colgantes.... ¡Primeros síntomas! A primera vista podía tomársele por un beato metodista o..... por un iluminado, por un sufragista con pantalones... Erróneas apariencias que ocultaban nada menos que al genio de la guerra.

—¡Al genio de la guerra!... Tú te burlas de nosotros, exclamé.

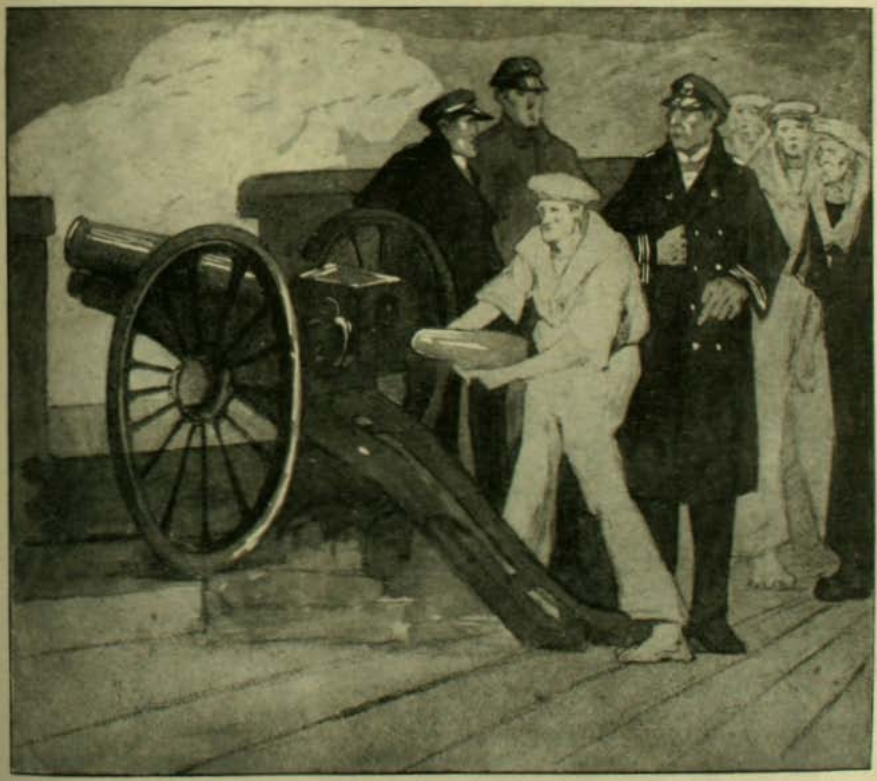
—No estoy para burlas. Después me llamó la atención la apostura del hombre.... Es de lo más estrambótica. A ti mismo te chocó y me asegurabas haber visto aquello en alguna parte, que no recordabas.

—Así es en efecto, afirmé ya más seguro.

—Pues bien. ¿Sabes donde habías visto aquello? En Londres, en la plaza de Trafalgar... El capitán Scott imitaba la hierática actitud de la estatua de Nelson.... ¿Vas entendiendo?

—Un poco.

—Yo hice más: no sólo observé, sino que supe atar los cabos... Nos habíamos lanzado en pleno océano, bajo el mando



Abrió la culata del más cercano de los cañones.

de un hombre, a quien no le faltaba mucho para volverse loco!!!

Inconscientemente nos reímos de nuevo.

—¿Les parece a Uds. divertido? A mí, nada menos que eso... Uds. no calculan las consecuencias... el anuncio de la guerra primero, de aquel famoso combate naval, después, han concluído de trastornar al pobre hombre. Lo que en los demás ingleses fué sólo delirio, en él ha sido locura completa, absoluta, irremediable. Estamos perdidos.

—¿Por qué? pregunté con la poca calma que aún conservaba.

—Un capitán de buque loco... ¿Aún no te parece bastante? Con los cuerdos no se está en la mar muy seguro; ahora con un insensato y en tiempo de guerra. ¡Un don Quijote marítimo! Ordenará las maniobras más absurdas; se imaginará estar mandando un dreadnought, la proa de su barco se le antojará espolón y los vapores mercantes que topemos espantables enemigos. El final lo tengo previsto... O nos hundimos al chocar contra otro buque al dar un supuesto espolonazo, o nos sucede algo por el estilo.

El general Menchaca, militar y todo, se puso lívido. Las revoluciones de Costa Mala eran tortas y pan pintado, ante semejante perspectiva.

Fuí el primero en recobrar el uso de la palabra.

—Pero a los locos se les encadena, dije. La oficialidad y la tripulación se darán pronto cuenta de lo que ocurre.

Román movió negativamente la cabeza.

—Marat también era loco de remate, dijo, y el pueblo francés le siguió sin embargo. Hipólito Taine nos explica la causa... Su enfermedad privada coincidió casualmente con la enfermedad pública. Por desgracia es nuestro caso.

—Pero este es un loco de manicomio.

—El otro también, pero como éste, era un loco lógico, más lógico que los cuerdos... ¿Te imaginas que le falta razón al capitán Scott?... Pues te equivocas. Su raciocinio es perfecto... Declaradas las hostilidades, ¿es este o no un transporte de guerra?... Lo es, y en prueba de ello flota sobre nuestra popa la bandera azul de la Unión Jack. No es, pues, una locura del capitán el considerarse jefe de un buque de guerra. Ahora bien, por una desgraciada casualidad, llevábamos a bordo los cañones, con que nuestro compañero Menchaca, pensaba despanzurrar a los enemigos del Presidente Sepúlveda. Conforme a las leyes de Inglaterra el capitán ha tenido perfecto derecho para apoderarse de esos instrumentos de guerra y armar con ellos su buque... Quien tiene de su lado la ley obra cuerdamente.

—El caso es discutible, observé.

—En el mar no se discute, continuó Román. El capitán es el amo después de Dios, y ningún oficial británico se atreverá a desobedecer las órdenes que su capitán le dé.

—Pero, ¿y los pasajeros?

—Los pasajeros pueden clasificarse en tres categorías: los de la Entente, los de la Alianza y nosotros los neutrales. Tú viste a los ingleses ayer. ¿Te atreverías a convencer a alguno de que el capitán está loco porque se prepara para defender su barco, y porque de acuerdo con las leyes de su país, obra en la guerra como debe obrarse en la guerra? ¿Habrá entre ellos quien se atreva a sublevarse contra el que a bordo representa la persona de Jorge V?

—Si está loco...

—Llamarán a esa locura con otro nombre. Acuérdate del caso de Marat.

—Pero, ¿y los alemanes, y el austrohúngaro?

—Apelo a tu buen sentido. Ahora los toleran a bordo, de mala gana... ¿qué les sucedería si se atrevieran a contrariar de palabra o de hecho las patrióticas y previsoras medidas del capitán? Los encerrarían con centinelas de vista.

VI

Había que reunir, pues, un consejo de neutrales, para emplear la expresión de Román Calvo.

Eramos muy pocos, y menos aún aquellos en los que se podía confiar. Una indiscreción cualquiera nos colocaría en la situación más difícil del mundo.

Todos los europeos nos parecieron sospechosos y el Congreso vino a quedar compuesto exclusivamente por los hispanoamericanos que íbamos en el vapor.

El capitán Scott fué desembarcado entre dos señores muy serios que habían venido en su busca

Con semejante personal, dicho está que discutimos muchísimo sin llegar a ningún resultado. Se presentaron infinitos proyectos y cada uno se excedía a sí mismo no tanto cuando se trataba de defender el suyo, como cuando llegaba el caso de criticar los de los otros. Se hubiera dicho que estábamos en el Congreso de Chile, discutiendo sobre la cuestión económica.

Un jovencito pálido, peinado en "bandeaux", churrigueresamente vestido y experto en lides revolucionarias y en complots de todo género, nos propuso formar una especie de carbonarismo. La suerte decidiría sobre cual de los miembros de la tenebrosa asociación daría muerte al capitán.

—Es preciso que alguno se sacrifique por todos, decía.

Cuando más enfrascados estábamos en aquella interminable polémica, el señor Fiorentini penetró súbitamente en el salón. Venía densamente pálido.

—¿No saben la nueva? exclamó. ¡Estamos persiguiendo a un vapor alemán!...

Apenas podía articular una palabra.

Salimos sobre cubierta. Allá hacia babor por proa se perfilaba contra el horizonte la silueta de un vapor. Con los anteojos pudimos distinguir los colores de su chimenea. Era de la Roland Line y seguía la misma dirección que nosotros.

Los cañones de proa habían sido descubiertos. El capitán, digno e imperturbable como siempre, mandaba la maniobra desde el puente.

¡Allí fué el chillar y desmayarse de las damas! ¡Allí fué el susto, no tan expansivo pero no menos cerval de algunos varones!

Quisimos interrogar a algunos de los oficiales, pero ninguno se dejaba ver en el

departamento de los pasajeros. Nos precipitamos hacia el puente, pero un marinero armado nos detuvo.

En la "Caja" el contador y los sobrecargos sostenían un animado diálogo.

—¿Qué significa esto? pregunté en inglés, dirigiéndome al grupo.. Por lo visto estamos a bordo de un corsario.

—¡Oh, no! repuso secamente el contador. Este es un transporte de guerra de Su Majestad Británica... incorporado a la escuadra de reserva, por Carta Real como pueden Uds. verlo en nuestros prospectos.

—Pero ¿con qué derecho, rugió el general Menchaca, hacen uso Uds. de mis cañones?

—Pregúnteselo Ud. al capitán, contestó el interpelado volviéndonos la espalda.

Estaba visto. Aquellos ingleses eran imposibles.

La situación se tornaba más y más alarmante. La distancia entre el "Aragón" y el buque perseguido iba estrechándose por momentos.

Nos restaba sin embargo, una esperanza... ¿quién dispararía los cañones del general Menchaca?... ¿Habría siquiera un artillero a bordo?

Pero no era el capitán Scott hombre de ahogarse en tan poca agua. Sin perder ni por un segundo su aterradora calma de loco, bajó acompañado por cuatro oficiales, al sitio en que estaba colocada la artillería y con mano segurísima abrió la culata del más cercano de los cañones.... ¡El hombre sabe su oficio!

Aterrorizados, vimos como dos marineros introducían el proyectil en el ánima de la pieza... Sólo una milla nos separaba de los enemigos del Rey... El capitán aseguró el alza y apuntó largo rato....

Una explosión formidable resonó por todo el vapor.

Como era de esperarse la bala no dió en el blanco. Vimos levantarse el clásico penacho de espuma a más de doscientos metros del barco perseguido.

Pero los oficiales habían aprendido la lección. Para asegurarse de ello, el capitán hizo un nuevo disparo, con resultado tan negativo como el primero. En seguida, después de distribuir a sus cuatro subalternos en los cañones de babor, volvió con la misma calma a ocupar su sitio sobre el puente de mando.

¡Nelson sobre el puente del Victory en Trafalgar!...

—¡Andanada por babor! gritaba el insensato.

Y cuatro disparos casi simultáneos, enviaban otras tantas granadas a sepultarse inofensivas bajo las ondas del Atlántico.

Pero lo más extraordinario fué que ante la realidad ya inevitable de ese combate absurdo, nuestros pensamientos comenzaron a tomar otro giro. Al fin éramos hombres y sentíamos la embriaguez de la pólvora y del tronar de los cañones...

Creí comprender a aquellos ingleses... El propio capitán ya no me parecía tan loco. Comuniqué a Román mis impresiones.

—Loco o héroe ¿quién lo sabe? le dije. Al fin y al cabo ese vapor seguramente no tiene cañones y si anda menos que el "Aragón", por malos que sean nuestros artilleros acabarán por acribillarlo a balazos... Además, ellos no saben con quien se las han... ¿Y si se rinden?... ¿Y si los llevamos prisioneros a la Barbada? ¡Qué triunfo para el capitán Scott!... que me comulguen si no le dan un banquete en Bridgetown...

—Estaba pensando en lo mismo, dijo Román, pero por desgracia o por ventura no es este el caso... El vapor en cuestión es más rápido que el nuestro... Desde hace algunos minutos nos toma distancia...

—En todo caso, observé, creo que nada tenemos que temer por ahora.

—A menos que a este diablo se le ocurra...

—¿Qué?

—¿Qué no se le ocurre a los locos? Y si hace forzar máquinas, y revientan las calderas y volamos todos... Felizmente el cerebro del capitán está en Trafalgar... Preocupado con su artillería no pensará en las calderas... La navegación a vapor no existía entonces, por suerte nuestra.

La observación era exacta. La caza del vapor alemán se prolongó todavía por una hora más, pero pronto quedó fuera del alcance no sólo de nuestros cañones, sino también de la locura del capitán.

VII

Eran las cinco de la tarde cuando terminó el combate. Busqué por todas partes

a Román inútilmente. ¿Dónde demonios se habría metido?

Concluíamos de comer cuando vino a sentarse a la mesa. En sus labios se dibujaba una sonrisa maquiavélica. Le acribillé a preguntas pero sin obtener respuesta. Había vuelto a ser el hombre de los eternos misterios.

Al acostarnos me dirigió no obstante la palabra.

—Creo, me dijo, que la locura de hoy será la última.

Y así fué en efecto. El "Aragón" continuó su viaje sin más incidentes. Los cañones volvieron a ser forrados en sus cobertores de lona. Al tercero día tuvimos de nuevo a la vista un vapor alemán, pero no hubo combate. El capitán, sin abandonar su clásica actitud de almirante en Trafalgar, se limitó a observarlo con su anteojo. Los enemigos del Rey pasaron sin ser molestados.

. . . . . .

. . . . . .

Una mañana ¡dichosa mañana! anclamos por fin en Bridgetown. En el bote de la capitanía de puerto, vino a bordo el agente de la Compañía. Todos los pasajeros le rodearon...

Un par de horas más tarde fuimos testigos de una escena singular. El héroe de los mares, el capitán Scott, fué desembarcado, entre dos señores muy serios que habían venido en su busca.

De pie sobre la popa de la falúa que lo conducía a tierra, digno como siempre, con la mano derecha embutida en la casaca, dirigía al cielo sus ojos melancólicos de soñador y de mártir...

El espectáculo me conmovió.

—Todo, dijo Román, porque el vapor perseguido andaba un par de millas más que el suyo... De otro modo le llevarían en triunfo... Acaso por culpa mía, va ese hombre en camino del manicomio y no de la gloria...

—¿Por culpa tuya?...

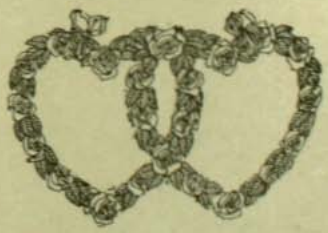
Román me alargó un papel.

—Lee me dijo, la copia del marconigrama, que el telegrafista de a bordo hizo llegar, la noche del combate, mediante quinientas libras que le pagaré, a manos del capitán Scott.

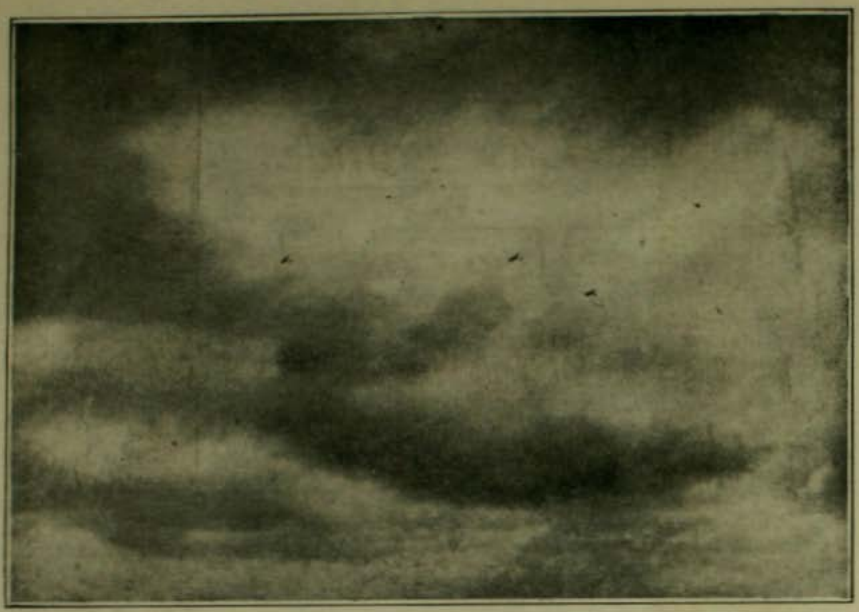
El despacho contenía sólo estas palabras:

—"De parte del Almirantazgo se ordena al capitán del transporte de S. M. B. "Aragón", se dirija a Bridgetown a reunirse con la escuadra de las Antillas. El capitán del "Aragón" se abstendrá de aceptar combate antes de nuevo aviso y guardará la presente orden en estricta reserva...."

Una lágrima rodó por mis mejillas.... Un héroe menos... Un loco más...



LA AVIACION MILITAR

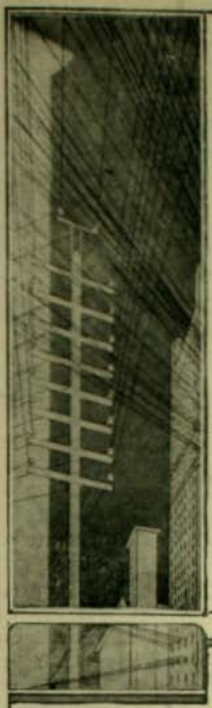


Tres aeroplanos del Ejército francés ensayándose en el lanzamiento de bombas

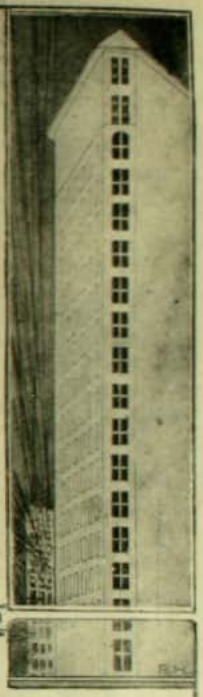
La célebre fortaleza de San Juan de Ulloa (Méjico) fotografiada desde un aeroplano

El aeroplano blindado del comandante Dorand, a pesar de su peso descomunal, ha logrado el doble objetivo de servir para los reconocimientos y presentar un motor a salvo de los efectos de las balas pequeñas. En el primer grabado aparecen tres de estos aeroplanos militares del ejército francés evolucionando en un cielo tempestuoso. El segundo grabado reproduce una fortaleza fotografiada por los aviadores norte-americanos; y en el último, figura el generalísimo del Ejército francés, general Joffre, pasando revista a la escuadrilla aérea del general Bernard.

El general Joffre pasando revista a los aeroplanos blindados



Las grandes Agencias de Informaciones



Por

LUIS ALDUNATE

La guerra que en estos momentos despedaza el continente europeo y cuyas fatídicas consecuencias se dejan sentir, con mayor o menor intensidad, en el universo entero, ha venido a poner de manifiesto, a realzar mejor dicho, la magnitud de los servicios que prestan al mundo civilizado, las grandes agencias de informaciones telegráficas.

Estamos habituados a recurrir a las noticias que esas agencias nos suministran cada vez que un acontecimiento de resonancia mundial despierta nuestra atención, pero creemos que serán pocos los que se hayan preocupado de averiguar cómo están organizadas esas empresas de información, cuáles han sido sus orígenes, de qué medios se valieron en un principio y se valen actualmente para llenar su cometido, cual es, finalmente, la importancia política, económica o financiera del papel que desempeñan en el orden internacional.

Aunque es casi tan difícil apreciar esto último, como el conocer a fondo la organización de esas agencias, que no son, en realidad, sino empresas comerciales y que en cuanto tales, se resisten a poner al público al corriente de sus combinaciones mercantiles estimamos que acaso sea de interés para más de un espíritu investigador, imponerse siquiera de sus grandes líneas, del nacimiento y del desarrollo de esos organismos que hoy llevan vida tan próspera y que tan útiles servicios prestan a la humanidad.

Las grandes agencias telegráficas datan de la primera mitad del siglo pasado y son contemporáneas de lo que podremos llamar el "diario moderno". Se equivocaría quien creyera

que la comercialización (si nos fuese permitido emplear ese vocablo) de la prensa, es un fenómeno que debe atribuirse a nuestra época. La verdad es que los periódicos y las revistas, salvo contadísimas excepciones, no han podido nunca, ni en ningún país, verse libres de las preocupaciones materiales de la existencia. El "primum vivere" es la suprema ley que a todos nos rige.

Si la prensa, como su nombre lo indica, arranca su origen de la fundación de la imprenta, puede, en cambio, asegurarse que la concepción moderna de los grandes cotidianos, se debe a los descubrimientos que, como los ferrocarriles, la navegación a vapor, los telégrafos, los teléfonos, etc., trastornaron tan profundamente en el siglo pasado, las condiciones de la sociedad civilizada. Con el extraordinario desarrollo de los medios de comunicación, la curiosidad pública, ávida siempre de novedades y de emociones, se hizo cada vez más tiránica y la competencia entre los diferentes órganos de publicidad por satisfacer las exigencias de sus lectores y atraerse la clientela de los periódicos rivales, los indujo no sólo a procurar fuentes de entradas que les permitieran rebajar su precio de venta y ensanchar su esfera de acción, sino también a buscarse colaboradores extraños que les ayudaran en la abrumadora tarea de proporcionar a sus clientes informaciones fidedignas acerca de cuanto acontecimiento de alguna importancia llegare a producirse sobre la superficie del globo.

*

Las grandes agencias de que venimos ocupándonos, responden, pues, a una necesidad de la prensa moderna y son sus mejores y más útiles auxilios.

Un periodista francés, Mr. Louis Lazarus, narraba, no ha mucho, en un interesante artículo de la "Revue de Paris" los primeros pasos de la Agencia Havas, cuyo representante en Chile es nuestro distinguido amigo el señor César Cordovez.

Carlos Havas, su fundador, nacido en París en 1785, era un comerciante que se había enriquecido gracias al bloqueo continental. Sus comienzos fueron modestos. Empezó por tomar de los diarios extranjeros las noticias más importantes, para enviarlas traducidas al "Constitucional", el gran periódico francés de aquella época.

En 1835, aumentó su clientela e instaló una oficina en la calle de Jean Jacques Rousseau desde la cual enviaba diariamente a la prensa y a las embajadas de París las informaciones del extranjero.

Cinco años más tarde, en 1840, deseando darle más vuelo a su negocio, estableció un servicio de palomas mensajeras entre Londres, París y Bruselas. Por aquel entonces no se conocía sino el sistema telegráfico aéreo de Chappe, sistema defectuoso al cual los temporales y las neblinas impedían la mayor parte del tiempo funcionar. Havas, en cambio y gracias a sus mensajeros alados, recibía a las dos de la tarde las informaciones publicadas por la prensa de Londres y, a las cuatro, las noticias de los diarios belgas. Ese considerable progreso en la rapidez de las comunicaciones hizo la fortuna de la Agencia y le aseguró larga y brillante vida.

Cuando Augusto Havas sucedió a su padre, en 1850, la Agencia tenía ya corresponsales fijos en todas las grandes capitales de Europa, lo que le permitía suministrar a sus abonados un servicio cotidiano de informaciones políticas, comerciales y financieras.

Pero la Agencia Havas no alcanzó a su verdadera importancia y desarrollo, sino en 1856, cuando a su sección de informaciones agregó la de publicidad. El servicio de avisos de casi todos los diarios franceses, estaba, en aquella fecha a cargo de un señor Bullier, fundador de las agencias de avisos de París. Havas tuvo la feliz inspiración de fusionarse con Bullier y de proponer, al mismo tiempo, a más o menos doscientos de los más acreditados periódicos de los departamentos un servicio especial cotidiano, telegráfico y postal de las noticias de París y del extranjero. Esos diarios no tenían nada que pagar por las informaciones que se les enviaban y se obligaban tan sólo a insertar gratuitamente en su tercera o cuarta página, cierto número de líneas de avisos o de **reclamos**. La mayor parte de ellos aceptaron la proposición.

Gracias al hábil impulso de Mr. Lebry, nombrado director general de la Agencia Havas en 1873, esta empresa llegó hasta a suministrar a la prensa de provincias correspondencias redactadas y aún impre-

sas y concebidas según el color político del diario a que iban destinadas, mediante una retribución mensual o contra un cierto número de líneas de avisos. La independencia y la dignidad de la prensa no ganaban ciertamente con esa pequeña combinación. Hoy, felizmente, el mal es menor ya que la generalización del teléfono permite a los diarios más importantes de los departamentos, prescindir de intermediarios.

La Agencia Havas, que en 1879, se convirtió en sociedad anónima con un capital de ocho millones y medio de francos, posee actualmente corresponsales en casi todos los países del mundo, cuenta con más de veinte sucursales dentro de Francia y aún cuando ha cedido a empresas más jóvenes que ella, como la Agencia Fournier, la de Informaciones, etc., la tarea de proporcionar noticias a los diarios parisienses, conserva, sin embargo, como un privilegio exclusivo el derecho de publicar los "comunicados oficiales" y los **comptes-rendus** de los consejos de ministros.

Los **debuts** de la Agencia Reuter no son menos curiosos que los de su colega y rival francesa.

Su fundador Josaphat Julius, que cambió más tarde su apellido por el de Reuter y que, andando el tiempo, llegó a ser **baronet**, nació en Cassel (Alemania) en 1821. Sus padres eran judíos. A los 22 años de edad, se trasladó a París y estableció, en esa ciudad, una modesta oficina de correspondencia litográfica.

Por aquella época, acababan de construirse en Francia y Alemania, las primeras líneas telegráficas. Pero, mientras que el Gobierno prusiano abolía, el 1o de octubre de 1849, el monopolio de los telegramas de Berlín a Aix la Chapelle, en Bélgica el telégrafo no se encontraba aún a disposición del público y las comunicaciones prusianas debían ser transportadas de Aix a Bruselas por ferrocarril, lo que ocasionaba una pérdida considerable de tiempo.

A imitación de Havas, Julius creó un servicio de palomas mensajeras para salvar la dificultad e instaló en la capital belga una oficina central, cuyo director el capitán Steffen era, a la vez, su socio capitalista. Steffen recibía los telegramas de Lille, Calais, París, Burdeos y Marsella y los transmitía a Aix la Chapelle por medio de sus inocentes mensajeros. Cuando estos llegaban a su destino, Julius, sin pérdida de un segundo, despachaba sus telegramas a Berlín, Viena o San Petersburgo (hoy Petrograd). De esa suerte, sus informaciones llegaban con anterioridad de muchas horas y hasta de días enteros a las de las demás agencias sus concurrentes.

Julius siguió paso a paso la construcción de la línea telegráfica, destinada a unir a Aix la Chapelle con Calais y, cuando en 1851, quedó terminada la colocación del cable submarino entre Francia e Inglaterra, atravesó la Mancha y fundó su célebre agencia de Londres, sin descuidar por eso la dirección de una agencia análoga que, durante algunos años tuvo establecida en Berlín.

Le fué necesario a Reuter vencer muchas dificultades para obtener que la prensa de Londres acogiera sus informaciones. Sólo en octubre de 1858 consiguió que el "Times" publicara un discurso de Napoleón III que le había sido transmitido por su oficina de París.

Desde ese momento, el éxito de su empresa quedó asegurado y le permitió ensanchar el campo de sus operaciones. Pero lo que más contribuyó a establecer sólidamente su reputación en Inglaterra, fué la actividad de que dió pruebas en 1859 con ocasión de la guerra de Italia, durante la cual logró mantener corresponsales especialmente acreditados ante los cuarteles generales de Francia y de Austria.

Cuando en 1866 estalló en Estados Unidos la guerra de Secesión, Reuter instaló un cable especial entre Cork y Crokhaven; en este último puerto un vaporcito iba a recoger noticias a bordo de los buques que venían de América, a fin de transmitirlas inmediatamente a Londres. Una segunda línea, establecida entre Father Point y Cape Race, en los Estados Unidos le permitía, al mismo tiempo, comunicar los últimos telegramas llegados de Nueva York, Boston, etc., a los barcos que estaban a punto de zarpar para Inglaterra.

Poco antes, Reuter había obtenido del Rey de Hanover, permiso para tender un cable a través del mar del Norte y del gobierno francés la concesión de otra línea semejante a los Estados Unidos, negocio

que explotó en concurrencia con la Anglo American Telegraph Company. Por último, ese infatigable luchador obtuvo del Shah de Persia, en 1872, un privilegio exclusivo para explotar y desarrollar las riquezas naturales de ese país, privilegio de que fué despojado al poco tiempo, en obsequio del Banco Imperial de Persia.

El baronet Paul Julius Reuter murió en Niza en 1899.

Un estudio publicado en Alemania, en 1907, sobre la prensa inglesa, nos permitirá formarnos una idea de las pingües utilidades que distribuye a sus accionistas la agencia fundada por el baronet Reuter. Según esa publicación, esta empresa, convertida en sociedad anónima con un capital de 95 mil libras, cerró su balance del año 1905 con una ganancia líquida de 40 mil libras, o sea poco menos de la mitad de su capital social.

Dos años antes que Reuter creara su oficina de Londres, un alemán, el doctor Wolff, había fundado en Berlín una empresa de informaciones que tuvo, en su origen, un carácter estrictamente comercial, pero que, a contar de 1855, se dedicó también a las noticias de carácter político. Esa empresa que Bismarck protegió abiertamente, con el objeto de expulsar a Reuter de Berlín, fué convertida en un "consortium" con un capital nominal de 250,000 thalers. Con el tiempo la "Kontinental Telegraphen Compagnie" (que así pasó a llamarse la Agencia Wolff) se transformó en una sociedad por acciones con un capital de un millón de thalers y con un fondo de reserva casi equivalente a esa suma, sociedad que reparte a sus accionistas un dividendo medio de 10 por ciento.

En Viena funciona también una agencia de informaciones, que podríamos calificar de social, llamada en un principio la "Oesterreichische Korrespondenz" y que a partir de 1860, se convirtió bajo el nombre de "Kaiserliche-Konigliche Telegraphen Korrespondenz Bureau" en una simple sección de la administración de Telégrafos del Imperio Austro-Húngaro.

A diferencia de las demás empresas que hemos venido analizando, la agencia de Viena es pues, un verdadero monopolio de Estado, porque aún cuando un decreto ministerial de marzo de 1902, atribuye a la fundación de agencias telegráficas con tendencias políticas o económicas, el carácter de simple concesión, son tales las trabas a que somete su otorgamiento, que el gobierno puede, cada vez que así lo desee, estorbar la creación de empresas privadas que sean una amenaza para su bureau oficial.

•

De los datos que nos ha sido dado recoger sobre las principales agencias informatorias del viejo Continente y que hemos expuesto aquí en la forma más sucinta posible, se deduce que el carácter de esas grandes empresas difiere según el país a que pertenecen. Si el Bureau de informaciones austriaco es una institución de Estado, las demás agencias a que nos hemos referido, son más o menos oficiosas, según sean más o menos estrechos los lazos que las ligan a los poderes públicos.

La agencia alemana Wolff, por ejemplo, que se transformara, como lo manifestamos, en una sociedad por acciones gracias a la ayuda gubernativa, tiene derecho a que sus telegramas sean preferidos a los telegramas particulares en las oficinas del Estado, pero, en cambio, está obligada no sólo a transmitir todas las informaciones que el Gobierno desee lanzar a la publicidad, sino, todavía, a someter previamente al control oficial todas aquellas noticias que digan relación con los intereses del Imperio.

La Agencia Reuter en Inglaterra y la Agencia Havas en Francia, gozan de mucho mayor independencia, aún cuando sus relaciones con los poderes públicos no dejan de ser bastante estrechas y otro tanto puede decirse, en general, de todas las empresas de esa naturaleza que existen actualmente a excepción de la "Associated Press" de los Estados Unidos, vasta organización cooperativa, estrictamente anónima, sin color político de ninguna especie y que no depende sino de los grandes diarios.

Pero, si es muy difícil y muy delicado, apreciar el grado de oficiosidad de las distintas agencias de informaciones, conviene hacer notar que aún cuando los reglamentos administrativos de países como

Francia y como Inglaterra, dejan el campo libre a las empresas similares, las grandes agencias como Reuter, Havas y Wolff ejercen de hecho un verdadero monopolio en razón de los considerables gastos y de las enormes dificultades que representaría a una empresa nueva el luchar con ventaja contra tan poderosas rivales.

Y es de lamentar que así sea, porque ese monopolio, sobre todo en lo que concierne a la política exterior, si se considera que esas agencias, algunas de las cuales dependen, en absoluto de sus gobiernos, cubren la mayor parte del universo con sus redes y forman entre ellas un verdadero **cartell.**

Más aún, en virtud de arreglos celebrados entre ellas, están obligadas a comunicarse recíprocamente todas las informaciones que recojan en la zona territorial que les corresponde.

La primera convención de ese género se celebró en 1866 entre Havas, Wolff y Reuter.

El sistema se hizo extensivo después al Korrespondenz-Bureau de Viena y a algunas otras agencias creadas con posterioridad en diferentes países. Esos contratos cuya duración es de diez años, se renovaron últimamente en 1910.

La distribución de las zonas de informaciones es la siguiente: Reuter suministra las noticias del Reino Unido, de las colonias Británicas y del Extremo Oriente; Havas las de Francia, de la Península Ibérica y de Bélgica; Wolff las de Alemania y de los países escandinavos y, en unión con Havas, las de Suiza y de Rusia. La América del Norte depende de la Associated Press y la América del Sur depende, a la vez, de Reuter, de Havas y de Wolff. El Korrespondenz Bureau tiene a su cargo las noticias de Austria-Hungría y, junto con Havas, las de los países balkánicos, excepción hecha de la Grecia que corresponde exclusivamente a Havas.

En Italia existe una agencia particular que lleva el nombre de su fundador, Stefani, un antiguo amigo de Cavour.

Fuera de estas grandes empresas, las demás, como la de Fabra en Madrid, la Delamarre en Bruselas, la Nord-Bureau en San Petersburgo y algunas otras no tienen sino figuración secundaria y dependen de sus hermanas mayores.

La estrecha dependencia en que viven las agencias de informaciones, puede, lo repito, tener serias consecuencias en el terreno internacional. De ahí es que, a imitación de los grandes países que no omiten sacrificios para asegurar la libertad y el secreto de sus comunicaciones, aumentando su red de cables submarinos y perfeccionando sus instalaciones de telegrafía sin hilos, los diarios más importantes de Europa y de América, tienden hoy en día a emanciparse de las agencias extranjeras, ya sea, como en Francia, celebrando contratos con los grandes órganos de la prensa inglesa, o ya como en Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos manteniendo corresponsales a firme, en el extranjero o enviándolos especiales allí donde los acontecimientos lo requieran.

LA GUERRA ACTUAL Y LA CARICATURA

"Vuestros artículos de París son fabricados en Nuremberg. Sois los reyes de la falsificación y de la pacotilla."— "L'Assiette-au-beurre", París.

El teatro de los Balkanes y su empresario, el Czar de Rusia.— "Simplicissimus", Munich.

Poincaré y Jorge V en la revista naval de Spithead.—"Me parece que tu primo Guillermo no dejará de mostrarse sensible a esta prueba de cordialidad." —"Le Rire" de París.

El alto comando del Ejército francés en tiempo de guerra, o sea el Consejo de Ministros generalísimo.—"Le Rire", París.

La Mision de California en la escena de un Teatro

Ilustraciones Fotográficas

Junto al camino real, donde cruza la vasta llanura fructífera entre las verdes serranías del Tamascales y el azul. Sierra Madre, cubierta de su capa nevada, se yergue la antigua iglesia de San Gabriel Arcángel y lo que queda de la Misión Española fundada por los hermanitos de San Francisco en el siglo XVIII.

La Iglesia es larga y angosta, hecha de piedra enlucida en amarillo, diez pilares cuadrados se elevan a iguales distancias a lo largo de la maciza muralla. En el extremo de la sacristía hay un campanario único en su género, una muralla de alero atravesada por cinco arcos donde las campanas se suspenden a diferentes alturas, destacándose claramente entre los arcos; al otro extremo una escalera que llega a media altura conduce a la entrada del edificio; ninguna cúpula ni torre para darle elevación, pero posee mucha fuerza y solidez en su presencia. El ardiente sol de verano y las lluvias de invierno han suavizado sus tintes imitando viejo marfil. La muralla grandiosamente arqueada del campanario es tan curiosa y hermosa, que San Gabriel tiene un especial encanto visual y queda grabado en la mente. Eleva su largo costado poblado de torreones detrás de hileras de polvorientos árboles donde los tranvías eléctricos campanean ruidosamente a lo largo de la calle, entre las casas de madera y estuco que se han levantado en la antigua aldea española, como una reliquia de otra época. Parece una ciudadela extrema de la antigua fe, una vanguardia de la aventurera cruz, mezcla de templo y fortaleza. Y así lo era efectivamente hacen cien años. Pues aquí en 1791, los españoles devotos de San Francisco de Asís establecieron la cuarta de una cadena de estaciones misioneras que alcanzaban de San Diego, en el sur, hasta San Francisco de Solano, en el norte. Estas eran las estaciones fronterizas para la conversión y civilización de los judíos, esta extraña y valiente salida de la cruz fué en verdad la apertura de la maravillosa tierra de California. Juan Cabrillo, un capitán portugués, había descubierto esta costa hasta la altura de Monterrey, en 1542, y murió en una de las islas desoladas cerca de Santa Bárbara, dejando a sus compañeros que se hicieran a la vela a Méjico sin él.

Sir Frances Drake el explorador inglés y guerrero marino, había desembarcado en una pequeña bahía al norte de San Francisco, en 1579, y pasó un mes arreglando sus buques después de las fuertes refriegas, siguiendo el apetecido tesoro de la armada española. Sebastián Vizcaíno había hecho un viaje de exploración en 1602, haciendo pequeñas escalas probablemente hasta tan al norte como Oregón. Sin duda muchos otros capitanes y aventureros habían visto la extensa costa del Pacífico con sus bahías escasas y apacibles y sus montañosas islas, o habían cruzado un sendero de las montañas de California en busca de la mitológica Cibola y su oro y piedras preciosas. Pero ninguna de estas aves de paso se posó sobre la bahía de San Francisco, la mayor de las bahías del mundo, ni aún soñaban su existencia.

No había ningún pueblo de gente blanca en California, ni ningún conocimiento real de su belleza maravillosa y fuente de riquezas por siete generaciones después que Juan Cabrillo hizo su memorable y fatal viaje. Llegaron entonces las monjas encapuchadas en sus sotanas café, con un cordel a la cintura, de la orden de San Francisco, en 1769, adelantándose desde Méjico con báculo de peregrino y cruz pastoral, trayendo el Evangelio a los indígenas salvajes e ignorantes, que vagaban y peleaban, pasaban penurias entre las montañas y el mar: ese fué el verdadero principio de California. Misión tras misión se levantaban con la magia del rudo trabajo. San Diego de Alcalá, San Carlos Borromeo, San Antonio de Padua, San Gabriel Arcángel, San Luis Obispo, San Francisco de Asís, pues había sido descubierta la gran bahía y llamada en honor del querido y pequeño héroe de Asisi.

San Juan Capristano, Santa Clara, Santa Bárbara, San José de Guadalupe y así siguieron hasta que juntaron veintiuno de estos grandes establecimientos unidos por la hebra del Camino Real, que recorría 700 millas desde su principio en Sonoma. Alrededor de estas misiones se habían juntado unos 30,000 judíos y habían sido enseñados como vivir en este mundo, como también prepararse para el venidero.

Los sendos campos fueron puestos bajo el arado y rendían abundantes cosechas. Viñas y árboles frutales fueron plantados, las verdes serranías fueron pobladas con ganados.

Las artes rudas nativas de modelar, tejer canastos, curtir cueros, y construcción de botas, fueron desarrolladas y mejoradas. Los talleres y molinos estaban llenos de laboriosos trabajadores. Se les enseñó el hilar, la carpintería, etc.

La misión de San Gabriel floreció y dió frutos durante sesenta años; entonces llegó la ruina para ella y sus hermanas.

Eran demasiado ricas, demasiado aventajadas, tal vez un poco dictatoriales en el gobierno de sus crecidos bienes. Los ojos veleidosos cayeron sobre ellas. Los corazones envidiosos, que son la mala semilla de la política, ansiaban por obtener sus posesiones sin tener que trabajar.

Méjico, que se había desprendido de España y pasaba por un carnaval de revoluciones, resolvió hacer lo que Cortés tenía pensado en 1913, "secularizar", eso era, en otras palabras, tomarse las propiedades de las misiones.

El Gobierno kaledeiscopio de ese tiempo llevó a cabo su plan con ruda mano, destruyendo más que lo que adquiría.

En 1833, el proceso de acabar con el sistema que había hecho tantísimo bien, fué comenzado por el año 1846, había acabado y Pío Pico, el último gobernador mejicano, entregó en manos de especuladores lo que quedaba de San Gabriel, para pagar servicios prestados al Gobierno.

Los indios fueron dispersos, sin tierras, sin guías, a morirse de hambre en las sierras o convertirse en vagabundos en las ciudades; el ganado y ovejas fueron degollados, las grandes haciendas y ricos potreros fueron dejados a la merced de favoritos políticos, los conventos e iglesias eran vendidos a precios irrisorios, y a lo largo de California, el tiempo empezó su obra desmoronando los vastos corredores y grandiosos arcos, las fuertes vigas de roble, las enormes murallas con ventanas perdidas, los campanarios, todo lo que era una memoria a la grandiosa obra de los padres pasó a ser una de las más tristes ruinas del nuevo mundo.

San Gabriel fué restaurada a sus dueños, con parte de su antiguo jardín, cuando los Estados Unidos se posesionaron de California en 1846 y desde entonces ha sido una iglesia parroquial. Pero sus rentas habían

cesado, sus neófitos estaban dispersos, su gloria había partido para no volver jamás.

De todo esto pensaba tristemente hace unos diez años, mientras descansaba en los peldaños que trepan la muralla al lado de la calle que antes fué el Camino Real y miraba a los San Gabrieleños que entraban a una hostería bajo un frondoso parrón ¿Qué sabían ellos de la historia de su pueblo? Quién se lo podía contar y al resto del mundo, como era debido, con color y animación y con esa vivacidad sin la cual no puede haber ni romance ni verdad.

Año por año creció el trabajo y prosperidad. Los talleres estaban llenos de hacendosos artesanos. Niños y niñas aprendían a leer, más o menos, en la escuela. Los telares hacían sentir su rítmico golpe, y los yunques resonaban produciendo arados y podones.

Una asistencia, con una capilla nueva se estableció en la recientemente fundada ciu-

dad de Los Angeles, a ocho millas del mar; otra fué edificada en San Bernardino, cincuenta millas hacia las montañas y la peligrosísima tierra de los Mohaves y Pumas. Se entablaron relaciones con los judíos desnudos de la Isla de Santa Catalina y los paños de lana de la misión fueron negociados por morteros y fuentes de greda. Un gran molino para moler huesos, cuyas paredes medían cinco pies de ancho, fué colocado en una cascada que venía de Los Robles y un aserradero más abajo. En 1812 un temblor destruyó en parte la iglesia, pero fué inmediatamente reedificada por el infatigable padre Zaloidea, tal como se encuentra hoy.

Hubo querellas, ataques nocturnos generalmente para vengarse de los ultrajes cometidos por los soldados españoles que tenían la guardia. Hubo peleas con las tribus salvajes de Puma y Mohave del Río Colorado y la casa de Paz estuvo más de una vez en estado de sitio, pero el buen trabajo de los hermanitos venció todas esas tribulaciones y perturbaciones. En menos de veinte años, más de mil morenos neófitos se acercaban al altar; cuatro mil cabezas de ganado pastaban en los verdes potreros, seis ovejas se apiñaban en los cerros; viñas, jardines y arboledas daban sus frutos, los anchos campos se doraban con una cosecha que rendiría miles de fanegas de trigo y los tostados segadores segaban bajo el ardiente sol, los pastores atendían su rebaño, los vaqueros se perdían entre los frondosos bosques de encinas buscando ganado extraviado.

Guardaba relación con la felicidad cuando los "padres" llegaron a ellos. Y de la enseñanza misionera, al mismo tiempo espiritual y práctica. Mr. James escribe:

Bajo esta tutela no se puede negar que la vida del indio fué mejorada. Nos mantenían en un estado de limpieza razonable, eran bien trajeados, se les enseñaban quehaceres y artes útiles y los rudimentos de la fe católica. Todas estas cosas eran un notable adelanto.

San Gabriel, dada su situación en un plano fértil, allegado a las montañas, las cuales templaban los ventuzcos y enviaba abundantes arroyuelos de sus picos y faldas; prosperó con abundancia y fué bautizada La Reina de las Misiones. Los numerosos indios de esta región pertenecían a varias tribus, hostiles las unas con las otras y al principio trataron hacerle guerra a la misión.

Y sin duda alguna, es verdad, que hay una civilización, cruel bajo maneras suaves, viciosa bajo sus modales finos, y torpemente incurable bajo su máscara de sabiduría, que es menos deseable que algunas clases de barbarie. Pero esta no fué la clase de civilización que los padres misioneros trajeron a California, ni eran los habitantes a quienes encontraron tan felices en su estado de suciedad y pereza que perdieran en el cambio.

Los infieles de California eran una raza errante, peleadora, de tribus ignorantes, flojas, inútiles y miserables, muchos de ellos mugrientos y degradados, todos ellos expuestos a pasar penurias si la caza y la pesca no era buena o la cosecha de bellotas, que era su principal alimento, les fallaba. De esta baja esfera fueron reunidos y elevados a semejanza de un sér civilizado. No solamente con un conocimiento común, no sólo con las esperanzas y restric-

ciones de la religión, pero también como vivir decentemente. Sé que hoy día es moda condenar trabajo como éste si es hecho por un misionero, y de ensalzar las virtudes y goces del salvaje, el "hombre primitivo". Los escritores que lo visitan, (con un equipo de viaje **dernier cri**), y gastan algunas semanas o meses en el campo s a l a d o, hablan como si fuera un crimen c. sacarlo de su ignorancia placentera y a g r e s te felicidad.

He viajado a través de California desde Coronada hasta Shasta y he oído todas las leyendas. c u e n t o s maravillosos y crispantes de los primeros exploradores de la Era Mejicana, de la Bear Republic y la Conquista Americana, de los Argonauts, de los Hounds y de los Vigilantes; pero ninguno de ellos se compara con los sesenta años de dura y pesada labor de los valientes padrecitos vestidos con su rudo hábito café, quienes dejaron un asombroso adelanto e inculcaron el cristianismo a miles de infieles. Este es el mejor capítulo de la vida de California y debía formar parte del Heldenbuck de esta región. ¿Quién podrá contar la historia de una manera sencilla, corta y realista, de manera que los hombres se cercioren y palpen lo que fué esa tierra?

Este año volví a San Gabriel y hallé la contestación a mi pensamiento. Al lado oriente de la calle, frente a la antigua iglesia, hay un ancho y espacioso edificio cercado por una reja, en cuya puerta leí "The Mission Play". Había oído hablar de este espectáculo como una de las cosas que todo viajero debía de ver, pero hay mucho de eso en California y muchos de ellos perjudiciales. La paciencia se cansa mirando reconstrucciones de costumbres antiguas, dramas religiosos a veces nos chocan por su falta de reverencia más que por su santidad. Entré con cierto recelo con un grupo de buenos amigos dentro del sencillo edificio, pensando qué clase de representación iría a ver detrás de esas rejas. Lo que nos llamó la atención primero fué una reproducción en pequeña escala de todas las misiones en el orden que habían sido fundadas; estaban colocadas en un césped verde y entre colinas, dispuesto con tal acierto que cuando uno miraba hacia fuera por la ancha ventana creía verlas en realidad.

Después nos fijamos en el teatro: una sorpresa agradable y completa. no parecía teatro. Parecíanos q u e un gran refectorio con sus vigas teñidas por el tiempo, hubiera s i d o agrandado y arreglado con bancas para mil a mil quinientas personas. No había ni galerías ni palcos. Las decoraciones tan sencillas que no se hacían apercibir. El tono coloreante, la forma y silueta de la sala no tenían nada de chillón ni burdo, eran de tan digna nobleza que uno se sentía en su casa. El proscenio, ancho y bajo está circundado de una banda lisa de oro viejo con una cortina de azul viejo, como si detrás se encontrase un cuadro antiguo esperando ser expuesto. Y ahora, mientras esperamos que se alce la cortina oigamos quién tuvo esta brillante idea.

Fué Frank Miller, el dueño de la posada en Riveiside quien creyó de su deber mostrar a los californianos cómo se había desarrollado la vida cristiana, de una manera atrayente para el oído y los ojos. En-

contró al autor que buscaba, John Stevan Mc-Groarty, un poeta con sangre celta y californiana, un hombre de fe sincera e imaginación fértil, que no había sido echado a perder por caprichos literarios y modas, capaz de sentir la belleza y tristeza del cuento de las misiones y contarlo de una manera tan sencilla que fuera de fácil comprensión hasta para que los pequeñuelos pudieran seguir el drama. Cuando se escribió el "libro" se formó la compañía y dieron su primera representación. Desde ese día, a excepción del verano, se repite varias veces a la semana con un auditorio que se hace más grande cada mes. Los actores y empleados viven en pequeñas casitas en San Gabriel, el manejo y administración es "unique" en su género. Es como una de las compañías errantes en el tiempo de Hamlet, pero con la diferencia que estos actores se quedan en su pueblo y son los viajeros que los vienen a ver.

La campana que antes fué de la misión y que está colgada de la escala-púlpito, nos deja saber que la función va a comenzar. Tres personas pasan ante el telón en silencio; un judío aterrorizado y escuchando como si temiese la venida de los soldados españoles; un soldado ricamente ataviado, el emblema de los conquistadores; un misionero con su sencillo traje carmelito, con una cruz, derramando su pacífica luz. Todo esto es simbólico como en los antiguos dramas religiosos, y uno piensa si todo va a ser así. Se alza la cortina y uno se da cuenta que han tomado como modelo estos dramas pero poniendo más atención a la historia y menos alegoría. Pero de todas maneras es una alegoría con mucho color realista y movimiento local.

La escena es la "Falsa Bahía de San Diego en 1770"; una compañía de soldados y padres acampados en frente del proscenio, descorazonados y demoralizados por la larga ausencia de ocho meses de su jefe Portalá, quien se había llevado la mayor de su gente a pie a buscar el puerto de Monterrey, en el fondo, el agreste y sombrío Pico Loma y el extenso Pacífico, en la bahía, solitario, el buquecito inválido "San Carlos", como tendiendo una lastimosa invitación para dejar la arriesgada aventura y volver a la Paz. Enfermedades, hambres, peleas, infectan el campo, los indios se tienen antipatía y recelo, no se ha convertido aún uno solo; ¿para qué seguir con esta labor tan poco fructífera?

Ahora entra el actor principal, Fra Junipero Serra, y hace sentir que no viene a tener aventuras sin razón sino a dirigir una empresa heroica. Aquí está toda la fuerza del drama. Ese héroe es una idea, y esa idea está encarnada en un hombre.

Fra Junipero es un hombre instruído, un soñador, un idealista poseído por una sola pasión—hacer tomar raíces a la Santa Cruz en California y traer a los infieles al verdadero Dios.

Esta idea lo domina, lo hace triunfar sobre las enfermedades y contratiempos, lo hace tener las fuerzas suficientes para viajar miles de millas a pie, lo habilita para ganarse una victoria sobre todas estas dificultades. Esta idea hace al hombre y domina el desenlace de la comedia. El autor no pierde esto de vista, lo traza en grandes rasgos, a brocha gruesa, como un cuadro pintado por mano infantil, subrayándolo con artificios inevitables e inocentes.

El actor que toma este papel, Mr. Ben-

jamín Horning, se entera admirablemente de su espíritu. Mirada, gesto, voz, es el misionero apasionado, el soldado de la cruz, el guerrero feliz. Entra al campo descontento de San Diego trayendo paz, esperanza y nuevo ánimo a los desanimados.

Habla como un profeta, un capitán del espíritu. En medio de esta escena Portalá regresa con su banda, desnudos, cojos, heridos. Fracaso! Imposible encontrar el puerto de Monterrey. Mejor regresar a su hogar, pues la misión está condenada y desgraciada.

No! grita Fra Junipero, los primeros rayos de la aurora nos bañan, hoy se verán coronados mis esfuerzos, pues voy a bautizar una criatura, hijo de infieles.

Una familia india entra temblando y aterrorizados de poner a su hijo en los brazos del padre. Pero antes que el sacramento esté terminado, les entra pánico, sacan al niño y corren a su montaña. Serra se acusa de su falta de humildad y pide de rodillas perdón y que su feo vicio de orgullo le sea perdonado o que el castigo caiga sobre él y no sobre la misión. Portalá insiste que ya éste es el final de todo y que deben regresar inmediatamente en el "San Carlos", dado que el otro buque, el "San Antonio", que había sido mandado a buscar provisiones, hacía ya varios meses aún no regresaba. ¿Dónde estaba? Perdido, o quién sabe si ni siquiera pensaba volver a socorrerlos. Están abandonados! Se mueren de hambre! Regreso a la Paz. Serra levanta sus manos en agonía hacia el cielo y pide un día más de gracia, un milagro para salvar a la cruz de la derrota. Mientras reza, gritos de sorpresa llegan de una colina, los soldados corren trayendo una buena noticia. Una luz se ve en el mar y costeando las rocas de Pico Loma, el buen buque "San Antonio" ha regresado, y la misión está salvada y tendrá un glorioso futuro.

El segundo acto tiene lugar en el patio de la misión San Carlos, en Carmelo, seis millas de Monterrey. Catorce años han pasado desde el primer acto en San Diego, la misión está en pleno apogeo de prosperidad y beneficencia, los misioneros jefes han venido a dar noticias de las nuevas misiones y recibir consejos de su presidente el anciano Fra Junipero. Peligros, heridas y

duras tareas lo han envejecido y gastado, pero él siempre domina la escena con la llama ardiente de su amor y pasión inspirada por la fe. Los jóvenes misionarios lo miran como leader, los chiquitines morenos se cuelgan de su sotana y le traen flores, el arrogante capitán del presidio, en el acto de raptarse a una indiecita mulata se avergüenza y deja su presa libre, bajo la mirada severa y centellante del buen padre. Pasa entre la muchedumbre como su padre en Dios. Es en esta escena en donde se desarrollan más costumbres locales y está hábilmente colorida con lugareñas alusiones. Hay una procesión, una exhibición de trabajos hechos por pupilos de San Carlos; hay una fiesta, con bailes indios y españoles. Tal vez algunos de los últimos son más alegres y maliciosos que los que tuvieron parte en la antigua misión, pero ese es un pequeño detalle.

El segundo acto muestra una gente ac-

tiva, laboriosa y contenta, las cuales viven y toman como ejemplo al héroe de esta pieza. La multitud se retira. Baja la noche, con un suspiro de alivio Junipero se duerme al pie de la cruz en el patio de San Carlos, en Carmelo.

El último acto representa la capilla ruinosa de San Juan Capistrano, setenta años más tarde. La desgracia ha caído sobre las misiones y las ruinas se esparcen por lo largo de California. El indio viejo que cuida unos cabros es el niño que fué traído a ser bautizado en San Diego.

Una romántica devota y lindísima dama española, señora Gorba, viene a rezar y soñar al pie del viejo altar, como es su costumbre. La joven actriz que desempeña este papel, Miss Lucrecia del Valle, comprende su papel tan bien como lo hace Mr. Horning en el de él. Su presencia y voz plateada la hacen ideal. Canta el requiem de las misiones y la inmortalidad de la idea que las hizo vivir.

Un piño de indios medio muertos de hambre entran, trayendo el cuerpo de un "padre", quien los ha cuidado en su éxodo en la montaña. Su muerte fué un verdadero martirio sufrido con resignada paciencia y lo quieren enterrar en tierra santa. La señora, llora con los indios sobre su ataúd y les ayuda a sepultarlo, encuentra entre los pliegues de la sotana el cáliz cuajado de piedras preciosas que él había salvado de la ruinosa misión y la cual los indios sabiendo que valía una cuantiosa fortuna, iban a sepultar junto a su "padre"

La dama lo levanta hacia el cielo, y en palabras simples, apasionadas y fervorosas promete colocarlo en la capilla de la iglesia de Santa Bárbara como una reliquia y memoria del sagrado heroísmo de la idea misionera.

Así acaba esta representación, con esa preciosa figura adolescente pasada ante el viejo altar, con esa voz cristalina entonando las palabras de tiernas promesas y fe. No es el final "alegre". No es un final de tragedia o de sangre vertida en su honor. Pero sigue la ley de Aristóteles la cual purifica el corazón por medio del asombro y piedad. Y deja en nuestra mente el cuadro de Fra Junipero Serra como un valiente soldado de la fe, quien peleó por ella y consiguió una corona en el cielo.

El espectáculo me afectó hondamente. Me parece imposible que cualquier sér humano lo pueda presenciar sin sentirse más devoto y reverente hacia el cristianismo y apercibirse de que hay una gran aventura en todo corazón de verdadero creyente.

El éxito del drama se debe, en parte, al temperamento del autor, quien no ha temido dar realidad a acciones sagradas en las formas más simples; y en parte al talento de los dos principales actores y el entusiasmo y buen trabajo de toda la compañía. Mucho también se debe a la atmósfera y colorido local. No me gustaría ver el "Mission Play" fuera de California, ni lejos de los viejos monasterios. Pero el verdadero secreto está en la nobleza y romance de la "Madre Idea" encarnada en la persona de Fra Junipero.

Tanto me impresionó esto que dos semanas despues de haber visto el drama, fuí en una peregrinación a su tumba en San Carlos, en Carmelo.

La misión se anida en el paisaje como una perla en su concha. Del Monasterio y claustros no quedan más que unas murallas ruinosas. La iglesia mantiene en pie, sus paredes de piedras están cubiertas con un enlucido que con el tiempo ha tomado un tinte suavemente rosado como una flor de madreselva expuesta a un rayo de sol. El campanario en forma de domo con sus viejas campanas pendientes de los arcos y una vieja cruz se han teñido como un crucifijo antiguo de marfil.

Es una joya en el seno de la Naturaleza, una joya en recuerdo y memoria de Junipero Serra, hermano menor de San Francisco de Asís, siervo de Dios, amante de los hombres, fundador de las misiones en California. Vivió y murió por esta gran idea inmortal y descansa en paz al lado de este agónico altar mayor.

TEATRO EXTRANJERO *UN VIEJO ACTOR ALEMAN*

El juego de la Guerra

El Juego de la Guerra, que tenemos el agrado de ofrecer a nuestros lectores, es una representación fiel, emocionante e infinitamente variada de los accidentes de una campaña militar. En él, el éxito no depende tan sólo de los azares de la suerte, sino también de la habilidad estratégica desplegada por el jugador.

Los materiales del juego son un tablero o mapa y pequeños discos de cartón cada uno de los cuales representa una división de ejército. Además, los jugadores deberán proveerse de tres dados, ya sea comprándolos en las tiendas o metiéndoselos distraídamente en el bolsillo en el mesón de un bar, o en el Club de la Unión. **El Pacífico**, por su parte, no los proporciona.

El mapa o tablero debe ser pegado con engrudo sobre un cartón fuerte, el cual será en seguida asegurado por medio de tachuelas a uña tabla de madera.

La construcción del mapa, como pueden verlo nuestros lectores, es muy sencilla. En él están figuradas las ciudades por sendos discos pintados de rojo, y los caminos por bandas del mismo color.

El territorio representado es la frontera franco alemana, entre Estrasburgo y Dunkerke. La Bélgica, aunque país neutral, se supone ocupado por los alemanes, lo que no constituye por cierto un error histórico.

La línea que atraviesa diagonalmente el mapa, indica la frontera de ambos países beligerantes, en el supuesto siempre de que Bélgica está previamente ocupada por los alemanes.

El objetivo de cada jugador es llegar, después de destruir al menos la tercera parte del ejército enemigo, con la mitad al menos del ejército de que aún disponga, a la que se supone ser la capital del país enemigo. El vencido puede, sin embargo, desalojar al vencedor de la capital ocupada, si logra hacerlo antes de seis jugadas después de la ocupación. Como Berlín está muy lejos de la frontera y no alcanza a figurar en el mapa, la victoria para el partido francés consiste en llegar a Colonia, y para el partido alemán es llegar a París. Ambas ciudades se encuentran figuradas en dos esquinas opuestas del mapa.

El número de divisiones con que cada jugador opera dependerá d elo que entre ellos convengan antes de comenzar la campaña, siempre que este número sea para cada uno de los jugadores un múltiplo de nueve. Recomendamos muy especialmente ejércitos de treinta y seis o cuarenta y cinco divisiones por cada parte. También un jugador puede conceder a este respecto alguna ventaja a otro menos hábil.

Debe tenerse muy presente que en esta guerra no figuran plazas fuertes. Las ciudades que aparecen en el mapa sólo sirven de puntos de referencia y de intersección de los caminos.

Antes de comenzar la campaña los jugadores decidirán, por la suerte (caso de no haber convenio al respecto) los dos

puntos siguientes: 1o.) Cuál de ellos tomará la parte de los franceses, y cuál la de los alemanes. 2o.) Quién tendrá el derecho de colocar sus tropas el último, lo que hasta cierto punto es una ventaja.

Colocación de las tropas antes de empezar el juego

De cada nueve divisiones con que cuenta cada partido, tres deben estar situadas en la respectiva capital, una en cada una de las ciudades de Lille, Reims y Chalons para los franceses y de Aix la Chapelle, Treveris y Strasburgo para los alemanes, y las otras tres al árbitro del jugador, en los sitios que escoja, dentro de su frontera. Como hemos dicho, la suerte decide quien coloca estas tropas el último, pero el otro jugador tiene derecho de mover en seguida las suyas que no tengan colocación fija, tres jornadas antes de comenzar el juego, pero sin salvar la frontera de su propio territorio.

Marchas.—Cada jugador puede mover sus divisiones independientemente las unas de las otras o agruparlas en cuerpos de ejército tan numerosos como quiera.

Las tropas sólo pueden moverse por los caminos señalados en el mapa, avanzando una jornada en cada jugada. A este efecto los caminos están divididos por pequeñas líneas transversales, representando cada intervalo entre ellas una jornada.

En el caso de que deban moverse cuerpos de ejércitos compuestos de varias divisiones, es más cómodo que una sola sea empleada en señalar la posición de todas en el camino respectivo. Las demás pueden amontonarse en la vecindad para indicar que pertenecen al cuerpo de ejército en cuestión.

Batallas.— Cuando dos divisiones o cuerpos de ejércitos enemigos están separados sólo por el intervalo de una jornada, se produce una batalla, cuyo resultado se decidirá según las reglas siguientes:

1a.) Si uno de los ejércitos es el doble que el otro, se entiende que gana indefectiblemente, sin necesidad de acudir a los dados.

2a.) Si la desproporción entre los ejércitos en batalla no alcanza al doble, cada jugador disparará... un dado... En caso de empate se disparará de nuevo. Cada jugador multiplicará en seguida el punto obtenido por el número de divisiones en lucha.

Ejemplo: Están en lucha siete divisiones alemanas con cinco francesas. El partido alemán hace tres puntos y el francés cinco. Los alemanes han alcanzado $3 \times 7 = 21$ tantos, y los franceses $5 \times 5 = 25$. Ganan en consecuencia los franceses, a pesar de su inferioridad numérica.

Resultados de las batallas.—Decidido el éxito de una batalla, el vencedor disparará en seguida para decidir las verdaderas proporciones de la victoria, y el resultado que de ella puede obtener:

Este resultado consiste: 1o.) En hacer retroceder al enemigo un número determinado de jornadas en la dirección que elija, conservando el vencedor sus posiciones o persiguiendo al vencido a su elección. No podrá, sin embargo, el dicho vencedor arrojar al vencido hacia su espalda, atravesando sus propias líneas. 2o.) En destruir al adversario cierto número de sus divisiones que quedarán "muertas", esto es, eliminadas del juego.

Para decidir estos dos puntos, el vencedor disparará con un sólo dado si sus fuerzas son inferiores a las del vencido, con dos dados si son iguales, y con tres si son superiores. Del número de tantos que haga, dependerá la importancia de su victoria, de acuerdo con los cuadros siguientes:

1.° Número de jornadas que hará retroceder al enemigo

N.° de tantos	N.° de jornadas	N.° de tantos	N.° de jornadas
1 ...	... 1 ...	.. 10 ..	 4
2 ...	... 1 ...	.. 11 ..	 4
4 ...	... 2 ...	.. 12 ..	 5
3 ...	... 2 ...	.. 13 ..	 5
4 ...	... 2 ...	.. 14 ..	 5
5 ...	... 3 ...	.. 15 ..	 5
6 ...	... 3 ...	.. 17 ..	 6
7 ...	... 3 ...	.. 18 ..	 6
8 ...	... 4 ...		 6
9 ...	... 4 ...	.. 16 ..	 6

2.° Número de bajas:

Número de divisiones de que consta el ejército vencido.

N.° de tantos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1	.....	.....	.....	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2
2	.....	.....	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2
3	.....	.....	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2
4	.....	.....	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3
5	.....	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3
6	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	.. 4
7	.....	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4
8	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ...	... 4
9	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ..	... 5
10	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ...	... 5
11	.....	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 5
12	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 5 ...	... 6
13	... 1 ...	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 5 ...	... 6
14	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 6 ...	... 6
15	... 1 ...	... 2 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 5 ..	... 6 ...	... 6
16	... 1 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 6 ...	... 6 ...	... 7
17	... 1 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ...	... 5 ..	... 6 ...	... 6 ...	... 7
18	... 1 ...	... 2 ...	... 3 ...	... 4 ...	... 4 ...	... 5 ...	... 6 ...	... 6 ...	... 7 ...	... 7

En el cuadro anterior la primera línea vertical indica el número de tantos que el vencedor haya hecho con el dado, y las siguientes el número de divisiones muertas, según sea el efectivo del enemigo, indicado en números al encabezamiento de cada columna.

Si el ejército vencido consta de más de diez divisiones, el cálculo de las que deben quedar muertas se hará sumando las bajas correspondientes a diez con las que correspondan al exceso.

Ejemplos. 1o.) El ejército vencido consta de 15 divisiones, y el vencedor ha hecho 11 tantos.

A	10	divisiones corresponden según el cuadro.	5
A	5	divisiones corresponden. . . .	2
	15	Total.	7

Por lo tanto, el vencido debe perder siete divisiones.

2o.) El ejército vencido consta de 23 divisiones y el vencedor ha hecho 9 tantos.

A	10	divisiones corresponden. . . .	4
A	10	divisiones corresponden. . . .	4
A	3	divisiones corresponden. . . .	1
	23	" Total	9

Por lo tanto, el vencido debe perder nueve divisiones.

La Agricultura en el Desierto de Atacama

Por

CUSTODIO ROJAS ARANCIBIA

Breve reseña histórica sobre la conquista del Desierto por los españoles.—Valles cultivados.—Oasis artificiales.— Plantas industriales.—Fauna del Desierto.

Con ilustraciones fotográficas

El vasto territorio conocido con el nombre de Desierto de Atacama, y que se extiende desde el río Copiapó por el sur hasta el Loa por el norte y que de mar a cordillera, abarca una superficie de más o menos 180,000 kilómetros cuadrados. En su seno no solamente yacen inmensas pampas de caliches, enormes salares y dilatadas serranías repletas de minerales: cuenta también con pintorescos y reproductivos oasis; y estimando de interés nacional la explotación agrícola-industrial de estas regiones, nos proponemos darlos a conocer en este estudio.

En artículo anterior hemos llevado a conocimiento público los importantes recursos de agua que en gran parte se pierden actualmente y la posibilidad de alumbrar las aguas subterráneas desconocidas ya en muchos puntos del Desierto. Todas ellas podrían aprovecharse para convertir en valiosos campos de cultivo lo que hoy se tiene por tierras incultas e infecundas.

Para tal transformación, creemos no se requiere gastar ingentes capitales ni grandes esfuerzos. Por el contrario, el Estado podría obtener cuantiosas entradas enajenando extensas regiones, que, por la fertilidad de su suelo y benignidad de su clima, son aptas para la agricultura y la crianza de toda clase de animales. Esta última industria tendría desde luego como base de éxito seguro el gran mercado del norte que se provee anualmente de la Argentina en número de más de 30,000 cabezas de ganado vacuno y 10,000 mulas.

Y no se tema que falten interesados por adquirir dichos terrenos, pues todos sabemos en el norte el empeño que se gasta por conseguir terrenos eriales del Estado para explotarlos en alguna forma, y que el Fisco defiende con más tenacidad y energía que los de la misma capital.

¡Como si poblar y cultivar el Desierto no significara conquistarlo para el progreso general del país!

Y conviene advertir que si esto no se realiza conjuntamente con la explotación de la industria salitrera, podrá suceder más tarde que, aminorada o concluída ésta por cualquier motivo, no se cuente con el poderoso aliciente que proporciona el mercado inmediato de las Oficinas salitreras y de los recursos que ellas mismas pudieran suministrar para la iniciación de los trabajos agrícolas. Sin el concurso de estos valiosos factores, vendrá el retroceso y el abandono de estas regiones.

Pero se objetará, tal vez, que la agricultura perjudicaría a la industria salitrera, privándola del agua que requiere el beneficio de sus caliches. Tal peligro cree-

mos no debe tomarse en cuenta, puesto que los salitreros compran hoy el agua a la Empresa del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia o la extraen del subsuelo de la misma pampa salitrera. Los valles agrícolas no aprovechan de aquella y están muy distantes de ésta.

Por otra parte, la industria agrícola podría tener fácil desarrollo en el mismo litoral resacando el agua del mar y aprovechándola para el riego como se hace actualmente en jardines y quintas con la que destila la Empresa de Agua Potable en este puerto, en Coloso y Mejillones.

En muchos puntos de la costa existen extensos Llanos de tierra vegetal y que podrían dar vida a algunas industrias de importancia, cuyos artículos son de gran consumo en el norte. Nombraremos solamente la principal: la de los sacos para el envase del salitre y de los minerales.

Para explotar esta industria podría servir la valiosa planta textil denominada **Pita** o **Maguey**, que damos a conocer en otras páginas, y cuya aclimatación y desarrollo está manifestada con los hermosos ejemplares que se encuentran en las plazas de Antofagasta.

La apertura del Canal de Panamá, el Ferrocarril Longitudinal, las imperiosas necesidades de proteger la industria salitrera y de abaratar la vida en estas regiones, serán factores que impulsarán el desarrollo agrícola-industrial en el Desierto, no sólo para proveer a las exigencias de sus habitantes sino también para exportar el remanente de su producción.

Y con sólo el 1% de los 150 millones de pesos que anualmente proporciona a las arcas fiscales la provincia de Antofagasta, habría para **sembrar** una serie de pozos artesianos, cuyas aguas tendrían la virtud de transformar el opulento Desierto en campos de vegetación y de verdura, que permitirían **cosechar** en breve tiempo el bienestar de los chilenos y la prosperidad nacional.

Conquista del Desierto por los españoles

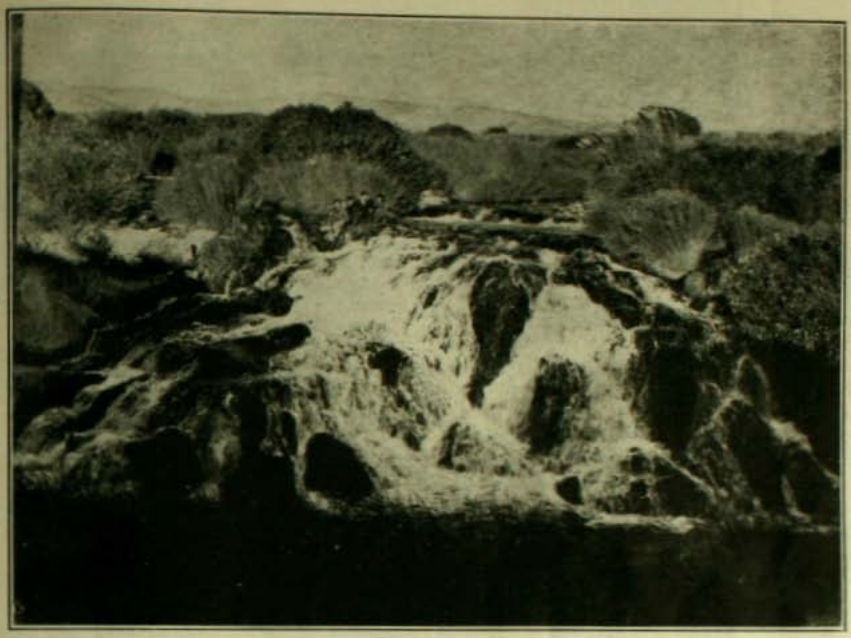
Los primeros españoles que aprovecharon de los recursos agrícolas que producen los valles del Desierto, fueron el capitan Ruy Díaz y 120 de sus soldados que en 1535 salieron de Chinchas para reunirse con don Diego de Almagro, que poco antes había partido del Cuzco, en el Perú, a la conquista de Chile. Tomando éste y los suyos la vía de la altiplanicie boliviana, los valles de la Puna de Jujuy y Salta y atravesando vastos y áridos desiertos, abruptas y heladas cordilleras, consiguen llegar los expedicionarios al valle de Copayapu (hoy Copiapó).

Ruy Díaz y compañeros habían emprendido viaje por mar a las costas de Chile; pero la nave que los conducía hallóse en malas condiciones y los viajeros se vieron obligados a desembarcar en Chinchas. Sin temor a lo desconocido, siguieron al sur por el camino de la costa pasando por la quebrada y valles de Camarones, pampa del Tamarugal, valles de Calama, Atacama la Baja (Chiu-Chiu) y Atacama la Alta (San Pedro de Atacama). Descansando aquí varios días y proveyéndose de algunos víveres, prosiguen su marcha al sur por la ruta construída por los antiguos Incas peruanos y que todavía se conoce con el nombre de "El Camino del Inca", llegando a Copiapó tres meses después de su partida de Chinchas. Luego continuaron marcha al sur hasta Aconcagua, punto en que se reunieron con Almagro.

Desvanecidas las esperanzas que habían promovido estas expediciones a Chile, país en el que, según Almagro, "no había donde dar de comer a 500 vecinos", éste y sus tropas regresaron al Perú por el mismo camino del Inca, llegando en el mes de octubre de 1536 a San Pedro de Atacama. Después de alguna detención en este valle, donde, tanto a la ida como al regreso, tuvieron que combatir con la raza aguerrida y enérgica que lo habitaba, siguieron viaje a Arequipa, a cuyo punto arribaron a principios de 1537.

Los desengaños y penalidades sufridos por los expedicionarios en este viaje, no desalentaron a otros esforzados capitanes españoles, que, ávidos de riquezas y aventuras, organizaron tres años después la segunda expedición a Chile. Someramente la describiremos en seguida.

A fines de enero de 1540, partía del Cuzco a la conquista de Chile don Pedro de Valdivia, acompañado del maestre de campo don Alvar Gómez, del alguacil mayor don Juan Gómez de Almagro, hijo del anterior, y de un grupo de sólo 7 soldados



Una cascada en el río Loa, cerca de Calama

castellanos. Cerca de mil indígenas servían de auxiliares y eran portadores de semillas, útiles de labranza y animales domésticos.

Una sola mujer española acompañaba a los expedicionarios: la intrépida dama doña Inés de Suárez.

Después de recorrer cerca de 400 leguas, pasando por los valles poblados de naturales, atravesando peligrosas cordilleras e inclementes desiertos, llegó Valdivia a los oasis de Tarapacá, donde encontró algunos capitanes y 72 soldados españoles que acudían del Alto Perú (Bolivia) a enrolarse en la expedición a Chile, aceptando la invitación hecha por Valdivia a sus compañeros.

Aumentadas las fuerzas de éste con tan valioso contingente, prosigue su marcha al sur y cae a las márgenes del río Loa. Siguiendo su curso superior llega al valle de Calama. La mala calidad de las aguas del río en este lugar y algunas enfermedades que diezmaban a los indígenas, lo obligaron a dirigirse a Chiu-Chiu, lugarejo de naturales agricultores, que bautizaron con el nombre de "Atacama la Baja" y donde encontraron ya recursos de agua dulce, pastos naturales, maíz, quinoa, patatas, leña, llamas y vicuñas.

Tras breve descanso en este valle y escoltado por 10 soldados de a caballo, adelantóse Valdivia hacia el gran oasis de Atacama la Alta, distante 20 leguas al sureste de Chiu-Chiu. Doble y agradable sorpresa experimenta el valiente jefe español a su llegada a aquel retirado pueblo: dos riachuelos de fertilizantes aguas daban vida a dilatados bosques de algarrobos y chañares, a sembradíos de quinoa, maíz y patatas; a manadas de llamas, vicuñas y alpacas, que servían de alimento y de abrigo a una raza guerrera y agricultora. A poco avanzar tiene la fortuna de encontrarse con su noble y leal amigo y antiguo camarada de las campañas de Italia y del Alto Perú: el conquistador don Francisco de Aguirre, quien, al corriente de la expedición y de los lugares indicados para la reunión de los que quisieran agregarse, había partido a la cabeza de 25 soldados desde la provincia de Chinchas, del Alto Perú, hacia Atacama la Alta, a donde llegó el 15 de abril de 1540.

Enrolado Aguirre y su gente a las tropas de Valdivia, el conquistador de Chile prepárase para emprender la gran travesía del despoblado, de 183 leguas de largo, comprendida entre los valles de Atacama y Copiapó. Felizmente, su nuevo lugarteniente Aguirre había tenido la previsión de acopiar víveres y forraje de los que producía el oasis, con los que pudo partir el 15 de agosto de 1540. Tomando el Camino del Inca, ya recorrido por Ruy Díaz y los suyos, los expedicionarios avanzan por el vasto despoblado a razón de 10 a 15 leguas por día, según la distancia a que se encontraban los distintos puntos socorridos por agua y pasto. Después de mil penurias y fatigas, Valdivia consigue llegar al valle de Copiapó a mediados de septiembre, sin pérdida de uno solo de sus soldados ni de sus caballos; mas, dejando en el camino a muchos de los indios auxiliares, que no resistieron a tantas penalidades.

Como se ha visto, importantes han sido los auxilios encontrados en los valles del Desierto por los primeros conquistadores de Chile. Desde aquellos remotos tiempos, la agricultura de Calama, Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y otros valles, enriquecida con nuevos productos, ha continuado alimentando a sus pobladores, que antes de la guerra del Pacífico alcanzaban en algunos de esos puntos a más de 5,000 habitantes. Las riquezas del Mineral de Caracoles, descubiertas en 1870, y el desarrollo de la industria salitrera de Antofagasta desde 1905, han dado nuevo auge a esos oasis, capaces de producir en abundancia toda clase de artículos, que alcanzan por acá subidos precios.

Después de este breve preámbulo histórico sobre la conquista del Desierto, pasaremos a ocuparnos de las producciones actuales de sus valles, manifestando al mismo tiempo la posibilidad de darle mayor desarrollo, con lo que se conseguiría satisfacer las necesidades de los 150,000 habitantes de esta provincia.

VALLES DEL INTERIOR

Calama

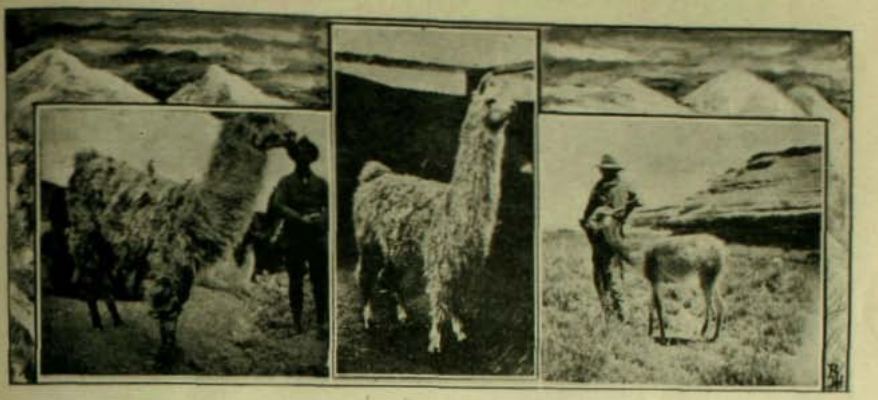
La aldea de Calama, del departamento de Antofagasta, dista de este puerto 238 kilómetros. Es estación principal de la línea férrea de Antofagasta a Bolivia y está asentada en una vasta planicie, a una altura de 2,270 metros sobre el nivel del mar. Cuenta con servicios públicos de escuelas de hombres y de mujeres; de correos y telégrafos; registro civil, subdelegado y juez de subdelegación, curato y Municipalidad; con industrias particulares de la luz eléctrica, agua potable, fábrica de explosivos, establecimiento de beneficio de minerales, teléfonos, hoteles y club social. Figura con una población de 2,856 habitantes, según el censo de 1907; pero hoy subirá de 3,500.

A 24 kilómetros al N. E. y unido por línea férrea tiene el Mineral de Chuquicamata, donde el sindicato yanqui denominado "Chile Explotation Company", un gran establecimiento para el beneficio de 200 toneladas de cobre puro al día. Vecinos tiene también los minerales de cobre y plata, hoy paralizados de Moctezuma, Victoria, Atahualpa, Aralar, Inca y otros.

Pero la industria propia y principal del pueblo es la agrícola. A pesar de ser las aguas del Loa bastante salobres, son aptas para cultivar la alfalfa y el maíz y para la conservación de los árboles conocidos con los nombres de algarrobos, chañares y pimientos; de arbustos como la chilca, utilizados todos como leña; y de pastos naturales como la brea, la grama y el junquillo, que sirven de alimentos a millares de animales, entre los que hay toros (bueyes), mulas, caballos, asnos, corderos, cabros y llamas.

Las tierras cultivadas de Calama suben hoy como a 1,500 hectáreas, dedicadas especialmente a la producción de alfalfa, que alcanza a cerca de 200,000 quintales métricos al año, que se vende a precios subidos para el consumo de los toros que vienen de la Argentina destinados a las Oficinas salitreras de Tocopilla y Antofagasta y para talajes de las mulas de estas mismas Oficinas, llevadas allí para reponerlas de los quebrantos sufridos en sus pesadas labores. La alfalfa es también picada y enfardada por medio de modernas maquinarias y así se manda a distintos centros consumidores y hasta a Bolivia.

El maíz allí producido es de superior calidad, constituyendo uno de los principales alimentos de sus pobladores, y que



Llama, Alpaca y Vicuña

atrae, en la época de su madurez, partidas de aficionados de los minerales, salitreras y Antofagasta que van a saborearse con los famosos choclos de Calama.

La mala calidad, como se ha dicho, del agua del Loa en este punto impide el cultivo de legumbres y de árboles frutales. Mejorada aquella o utilizada la conducida por cañerías de la Empresa del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, el terreno de este valle, preparado y abonado en condiciones convenientes, podría dar mayor desarrollo a las hortalizas, frutas y flores que ya se ven en los huertos y jardines de algunos propietarios.

Circundado el pueblo de Calama se encuentran los ciénagos o vegas, con una superficie de más de 2,000 hectáreas, cuyos pastos naturales son aprovechados por los animales de los vecinos del pueblo. Son fáciles de desecar y de utilizarlos como las ya cultivadas.

Chiu-Chiu

A 35 kilómetros al N. E. de Calama y a 20 al S. E. de la Estación de Céres (K. 270 de la línea férrea a Bolivia) se encuentra la aldea de Chiu-Chiu, asentada a 2,486 metros sobre el nivel del mar, en la cordillera izquierda del Loa. Cuenta con iglesia, escuela pública, juez e inspector de distrito, línea telefónica particular y una población de cerca de 500 habitantes, ocupados en los trabajos agrícolas y en la arriería.

Este pueblo es de origen anterior a la llegada de los españoles, como se sabe, y ha sido de más importancia que al presente, según los restos que todavía se conservan. Aquí se formó en los buenos tiempos de Caracoles, y por capitalistas chilenos, un establecimiento para el beneficio de sus minerales, el que fué destruído por las tropas bolivianas en la guerra del 79.

Dada su situación, este valle está llamado a ser de gran importancia, pues cuenta para riego con las aguas dulces del Loa y con terrenos que producen actualmente los siguientes artículos, alfalfa, superior a la de Calama en calidad y tamaño; maíz, trigo, cebada, zapallos, papas, alcachofas, espárragos, lechugas, tomates, coliflores, zanahorias, betarragas, rábanos y el cáñamo y lino, cuyas semillas las aprovechan para alimentos de avecillas.

En aves, se reproducen y conservan sin inconvenientes las gallinas, pavos, patos, gansos, palomas y avestruces.

En animales, las llamas, vicuñas y chinchillas y el ganado vacuno, lanar, mular y los asnos.

Los terrenos en actual cultivo se extienden al norte y sur del pueblo, a ambas márgenes del Loa, y ocupan una extensión de 500 hectáreas más o menos, notándose mejores tierras en la quebrada que va al norte, la que forma un angosto valle de más de 15 kilómetros de largo.

Fuera de estos terrenos cultivados, existen vegas o ciénagos, de extensión como de

300 hectáreas más o menos, cubiertos de grama únicamente y susceptible también de aprovechamiento.

Aiquina

A 40 kilómetros al E. de Chiu-Chiu se encuentra el pequeño pueblo indígena de Aiquina, situado en las faldas de la quebrada del río Soldado y como a 3,000 metros sobre el mar. Cuenta con una iglesia y su población es de 137 habitantes.

Aquí se desarrollan los perales, higueras y la vid y en mayor abundancia la alfalfa, que se da de buena calidad; el maíz, trigo, cebada, algunas legumbres y flores de todas clases. La extensión cultivada será de unas 20 hectáreas.

Como a 8 K. al norte del pueblo se encuentra la extensa ciénaga del mismo nombre, con vertiente de agua riquísima, que mantiene los pastos naturales de la vega y que se aprovecha en la crianza de ganado lanar, llamas, cabros y asnos, en un total de más de mil cabezas. En ciertas partes de la vega se ha sembrado alfalfa, que se da de excelente calidad.

Fuera de la vega, hay extensos llanos cubiertos de pequeños arbustos y flores silvestres, que manifiestan la fertilidad del terreno y la posible existencia de corrientes subterráneas.

Toconce

Como a 20 K. al naciente de Aiquina se encuentra Toconce, el último pueblo de indígenas de esta región y como a 3,300 metros de altura. Su población es de 57 habitantes.

Aquí se cultivan árboles frutales como los duraznos, perales, membrillos, albaricoques, tunas y la vid. Se produce también la alfalfa, el maíz, el trigo, la cebada y las papas. La superficie cultivada será de unas 10 hectáreas.

San Pedro de Atacama

Pasando ahora a la gran Hoya hidrográfica de Atacama, nos encontramos con el pueblo de San Pedro de Atacama, de origen anterior, como se ha visto, a la llegada, de los conquistadores Almagro, Valdivia, Aguirre y Ruy Díaz, y a quienes surtió de víveres para sus expediciones al centro de Chile y regreso al Cuzco.

San Pedro de Atacama dista de Calama 115 kilómetros al S. E., distancia que se recorre por una regular huella carretera. Su altura sobre el mar es de 2,420 metros. Contiene oficinas de Registro Civil, Correos, Telégrafo, Teléfono, Iglesia, Subdelegado y Juez de Subdelegación, Delegado Municipal y una población de cerca de 1,500 habitantes.

El pueblo está rodeado del aillo (así llamado a los grupos de propiedades de cultivo), denominado "Conde Duque", regado por las aguas salobres del río Atacama y las dulces del Vilama, que dan vida a exuberante vegetación. Aquí se producen de muy buena calidad la alfalfa, el maíz, el trigo, la cebada, zapallos, lechugas, rábanos, acelgas y otras.

En árboles frutales se encuentran los perales, higueras, membrillos, duraznos, manzanos, ciruelos, granados, damascos, albaricoques y la vid.

En árboles madereros, los algarrobos, chañares, pimientos, molles, eucaliptus, álamos, sauces y cipreses.

La superficie cultivada de este valle alcanza a unas 600 hectáreas, dedicada principalmente a la producción de la alfalfa, que consumen los 30,000 toros internados anualmente de las provincias argentinas de Jujuy y Salta para el abastecimiento de las Oficinas salitreras y puertos de Tocopilla, Antofagasta y Taltal.

Estos animales atraviesan la cordillera de la Puna Atacameña en 12 ó 14 días, comiendo únicamente la escasa yerba natural que encuentran en el camino, llegando al valle de Atacama en un estado lastimoso. Repuestos aquí en una semana de estadía en potreros alfalfados, prosiguen su viaje a través del desierto durante 40 o más horas para llegar al valle de Calama, punto también de descanso y de donde son repartidos para los centros consumidores.

Se ve, pues, el valioso mercado que tiene la alfalfa producida en este valle, aumentado, además, con el consumo del ganado lanar, cabrío e infinidad de mulas y asnos que lo pueblan, y utilizados éstos para el acarreo de leñas, sal y frutas allí producidos y destinados a Calama, Chuquimata y Oficinas salitreras de la línea a Bolivia.

1. Aiquina.—2. Pimientos en la plaza de San Pedro de Atacama.—3. Una calle en San Pedro de Atacama.—4. Chiu-Chiu.—5. Perales y tunas en Toconce.—6. Toconce

De retorno llevan las mercaderías que necesitan sus habitantes.

La vasta extensión de los llanos que se extienden entre el gran salar de Atacama por el poniente y la cordillera nevada del naciente, y que no bajarán de 200,000 hectáreas, (1) es susceptible de cultivarse con los mismos productos de San Pedro de Atacama, pues es la misma tierra, hay algunas corrientes de aguas que se pierden actualmente y, además, encuéntrase este valioso elemento a poca profundidad, lo que se ha demostrado con los pozos hechos a mano por los propietarios de algunos aillos, que han encontrado agua dulce desde los 10 metros. En estos llanos se encuentra también la gran vega de Tambillo, cubierta todo el año de pastos naturales y donde podría tener fácil desarrollo la alfalfa albórea conocida con el nombre de **Atriplex**, resistente a las sequedades y a los terrenos salinos.

Toconao

A 36 kilómetros al S. E. de San Pedro de Atacama se encuentra el pintoresco oasis de Toconao, reconocido como el verjel del Desierto por las abundantes y exquisitas frutas y fragantes flores que produce su suelo feraz. Son las primeras: las frutillas, brevas, duraznos, peras, damascos, manzanas, membrillos, ciruelas, albaricoques, tunas, granadas y la uva, de la que se hacen vinos muy apreciados en la región.

En árboles de madera se desarrollan admirablemente los eucaliptus, álamos, sauces, ciprés, acacia y los propios de la zona: el algarrobo, el chañar y el molle. Es notable en este lugar el algarrobo bautizado con el nombre de "Don Juan", que, según la tradición, tiene más de 500 años de existencia, conservándose todavía vigoroso y lozano y abarcando 8 metros de circunferencia.

En verduras se dan las cebollas, tomates, habas, papas, zapallos, lechugas, rábanos, etc.

En cereales, se produce el trigo, el maíz, la cebada y los frejoles.

En plantas industriales, el tabaco.

Toconao tiene un regular caserío, una iglesia, escuela pública, juez e inspector de distrito. Su población se aproxima a los 300 habitantes y su altura sobre el mar es de 2,250 metros.

Riega el valle, en una extensión como de 40 hectáreas, un arroyuelo de cristalina y riquísima agua, proveniente de las nieves de la cordillera vecina y susceptible de aumentarse, realizando el proyecto que tienen sus pobladores de vaciar a la quebrada que la conduce al valle, el agua de la Laguna Verde, situada entre los cerros nevados de la cordillera próxima.

Otros caseríos y valles

Al sur de Toconao y distantes más o menos de 20 a 40 kilómetros y a continuación uno de otro, se encuentran los caseríos de Sóncor, Cámar, Socaire, Peine, Tilomonti y Tilopozo, habitados por 50 a 100 indígenas, que viven de los mismos productos agrícolas de esos valles y de la venta de cueros de chinchillas, llamas, guanacos, vicuñas y alpacas. Sirven también como vaqueanos y arrieros para Bolivia, la Argentina, valles chilenos y pampa salitrera.

El total de los terrenos cultivados de estos valles alcanzará a unas 400 hectáreas.

Cabe aquí advertir que los indígenas pobladores de todos estos valles, no tienen otra ambición que la de pasar una vida tranquila y descansada, sin preocuparse en lo menor del porvenir propio ni el de sus hijos; de manera que no cultivan sino lo estrictamente necesario para satisfacer sus escasas necesidades actuales.

¡Y qué de hermosos campos para crianzas de todas clases de ganados podrían formarse en aquellas tierras vírgenes todavía y prolíficamente fecundas por las ardientes caricias del sol!

Para ello cuenta la región con mercados inmediatos: las salitreras, minerales y puertos del litoral; con un clima espléndido; con tierras fertilísimas, y con agua, si no abundante a la superficie, a poca hondura.

¿Qué falta allí, entonces? El trabajo y el capital, factores que no demorarán en

---

(1) Por error se dijo en el artículo anterior "Sobre el agua en el Desierto", que la superficie de esta hoya hidrográfica era de 110,323 hectáreas.
Según el ingeniero don Santiago Muñoz, tiene 1.510,323 hectáreas.

acudir a la explotación de esta nueva tierra de promisión.

Oasis artificiales

Sin salirnos de la misma ciudad de Antofagasta, tenemos que dentro de su recinto se cultivan actualmente como 30 hectáreas de terrenos dedicados a la producción de hortalizas, de flores, de árboles frutales y de adornos, que abastecen mucha parte de las necesidades del puerto y de la pampa salitrera. La tierra, preparada únicamente con huano, es regada con agua conducida por cañerías de la Empresa del Ferrocarril a Bolivia desde 370 kilómetros de distancia, y produce durante todo el año variadas clases de artículos alimenticios.

Palmera de la plaza Colón de Antofagasta

En los lugares del Desierto en que ha sido posible disponer de agua, los aficionados a la agricultura cultivan toda clase de legumbres y de flores. Así puede verse en muchas de las estaciones de la línea a Bolivia y de Aguas Blancas, bonitos jardines y huertos que producen la verdura necesaria para el consumo de sus dueños, y árboles como el pimiento, de perenne verdura y agradable sombra.

En Mejillones y en Coloso, hermosos verjeles han sido formados en poco tiempo, y de ellos se obtienen los mismos productos de los demás oasis.

Otra demostración de la fertilidad de los terrenos del Desierto se evidencia con las plantas silvestres que brotan al costado de la cañería que conduce el agua a Antofagasta. Los derrames y filtraciones de agua que se repiten en muchos puntos de su largo trayecto, bastan para hacer germinar las semillas esparcidas por las aves o caídas de los trenes de la línea a Bolivia.

Aunque se encuentra fuera de la provincia de Antofagasta, haremos también mención de un pintoresco oasis artificial formado en pleno Desierto desde hace muchos años: es el conocido con el nombre de "Finca de Chañaral", situado como a 90 kilómetros al naciente del puerto de su nombre y a 1,494 metros de altura sobre el nivel del mar.

Allí se produce perfectamente toda clase de verduras y árboles frutales como el peral, el durazno, el nogal, la higuera y la vid, y los de madera y leña como el algarrobo, el chañar, el sauce, el molle y el acacio.

Hacia arriba de la Finca existen grandes breales y varias vertientes de agua dulce. Almacenada ésta en estanques, se aprovecha para el riego de 15 a 20 hectáreas de terrenos alfalfados y de árboles frutales, que prestan importantes servicios a los mineros y viajeros de esa parte del Desierto.

Vasta tarea sería la de dar a conocer las innumerables plantas naturales que crecen espontáneamente en la parte del Desierto que se encuentra a más de 2,500 metros de altura sobre el mar. Señalaremos solamente las que se utilizan como medicinales y alimentos del hombre y de los animales.

Entre las primeras se estiman las plantas siguientes: la **chachacoma** como infalible remedio contra la **puna** o **soroche**; la **lampaya** para las enfermedades venéreas; la **espinilla** contra la indigestión; la corteza de **queñua** como espectorante y el **airampo** es muy usado contra las aftas.

Como comestibles se aprovechan por el hombre los **bledos, romasas, berros** y **yuyos**, que se desarrollan perfectamente en todos los riachuelos.

Para forraje de los animales se utilizan la **paja brava** o **pajonal**; la **cortadera**, la **brea**, el **junquillo**, la **grama** y el **coirón**.

Para leñas se usan los arbustos conocidos con los nombres de **pingo-pingo, ricarica, romerillo, tola, cuerno de cabra, pata**

de loro, pata de perdiz, el acerillo y la yareta.

Este último vegetal tiene gran consumo como combustible en los pueblos del interior y en los Oficinas salitreras. Forma una compacta champa de más de un metro de espesor por dos de diámetro y presenta una superficie arriñonada de un hermoso color verde esmeralda.

Plantas industriales

Para terminar con la parte agrícola de este estudio haremos una ligera descripción de las plantas industriales que podrían adquirir gran desarrollo en esta región y de las que se ven vigorosos y lozanos ejemplares en las plantas y jardines de la ciudad. Tales son: el **algodonero, la pita o maguey, el banano, el cacto** y otras que podrían dar origen a poderosas industrias.

El algodonero

El algodonero es un arbusto originario de América, que alcanza a 3 ó 4 metros de altura y produce el textil llamado **algodón.** Por su importancia se ha extendido su cultivo a todo el mundo, llevando la riqueza y bienestar a capitalistas y obreros.

Demás creemos decir algo sobre la importancia de este textil, cuyo consumo mundial aumenta día por día, pues siendo más barato que la lana y sirviendo para casi todos los usos de ésta, la reemplaza ventajosamente en muchas telas.

Diremos sí que, además del algodón, se obtiene de la semilla de la misma planta aceite comestible y de su residuo se hacen **tortas** que sirven como combustibles, abonos y forrajes.

El algodón producido en Tacna se da de tan excelente calidad que ha merecido un sobre-precio en competencia con los algodoneros más estimados.

En la plaza Colón de Antofagasta hay numerosos ejemplares de esta planta que muestran a los paseantes sus hermosos copos de blanco algodón. Ellos demuestran que su reproducción en grande escala no es difícil, ya que el clima y terreno les favorecen.

Pita o maguey

La pita o maguey (agave americana) es una planta que crece espontáneamente en terrenos secos y pedregosos, y aunque originaria de la zona cálida, resiste la fría del sur.

De esta planta se extrae una excelente bebida llamada **Pulque,** dulce y azucarada al principio, vinosa y embriagadora después. Su principal riqueza la constituye la substancia filamentosa llamada pita, de mucho uso para fabricar cables, hilo, cordeles, redes, tapices, hamacas, zapatillas, alpargatas y otros objetos.

Las hojas de la pita son grandes, carnudas y duras; de color verde claro, guarnecidas de espinas en los bordes y terminando en una larga y aguda púa. Sirve también para formar cercas infranqueables.

En las plazas, quintas y jardines de este puerto se encuentran dos de las especies de esta valiosa planta textil, reproducidas en numerosos ejemplares, que demuestran su aclimatación y fácil desarrollo. Su explotación podría llegar a ser una industria lucrativa en alto grado, pues su cultivo supera en valor al del maíz, trigo, cebada y otros cereales.

Banano

El banano, conocido en Chile con el nombre de plátano, es una planta perenne, de tallo amarillo que alcanza a 3 ó 4 metros de altura. Sus hojas son enormes y de color verde obscuro.

Los frutos son carnosos, de 15 a 30 centímetros de largo; muy alimenticios, y se emplean para hacer jaleas, conservas, una harina de fácil digestión, y licores de sabor muy agradable.

Las fibras de esta planta son esencialmente textiles y sirven para confeccionar telas, papeles y cuerdas para atados. El tallo contiene alguna azúcar y mucho almidón.

El tronco, partido en pedazos, sirve de alimento para los animales, especialmente para el cerdo.

La savia, que acude en abundancia cuando se separan las hojas o el tallo del banano, se aprovecha como materia curtiente, en los tintes y en medicina.

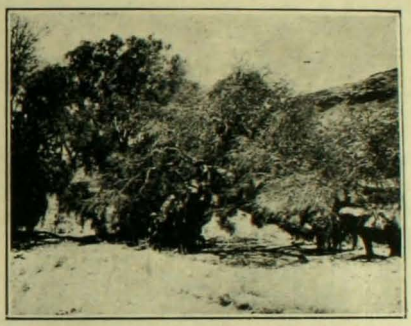
Requiere esta planta para su más rápido crecimiento y mayor producción, una temperatura media de 18° a 28° centígrados y un terreno suelto y substancioso.

Hay también en Antofagasta numerosos arbustos de esta clase.

Cacto Burbank

La opuntia vulgaris, conocida con el nombre de **tuna**, ha llegado a reproducirse sin espinas, gracias al cultivo especial que en los Estados Unidos se ha hecho de ejemplares seleccionados, cuyos vástagos prenden con la mayor facilidad en los meses del verano, época también de la transplantación.

Las tunas se plantan en toda clase de terrenos y en cualquier parte, más en los secos que en los húmedos, y toman del aire el agua que necesitan, si no pueden obtenerla del terreno. El yeso favorece esta planta, impidiendo su corrosión.



Algarrobos y pimientos de Chiu-Chiu

Se estima esta planta como una de las mayores bendiciones que se ha dado al mundo, pues su fruto exquisito sirve de alimento al hombre y sus hojas o tallos se aprovechan como forrajes para los animales, especialmente para las vacas lecheras, con el que aumenta y mejora la producción de la leche, debido al abundante jugo que segregan, y les evita, además, la sed.

Hemos tenido oportunidad de ver en este puerto algunos ejemplares traídos de Estados Unidos, que se reprodujeron acá perfectamente; pero que perecieron, a causa de haberse regado en ausencia de su dueño.

Otras plantas industriales

Además de las que ya dejamos enumeradas, podrían ensayarse en los valles y lugares del Desierto favorecidos con agua, muchas otras plantas que constituyen industrias de importancia en países más preparados que el nuestro.

Así sabemos que en los Estados Unidos se han aclimatado y reproducido árboles de otros países que sirven para la producción de nuevas clases de exquisitas frutas, de excelentes maderas y de variados adornos; algunos que se utilizan como defensa contra las grandes tempestades de viento; muchas plantas que producen **aceites, velas, gomas y jabones; esencias, resinas y taninos; sedas, textiles y botones; anilinas, venenos y narcóticos; condimentos, medicinas y alimentos**; etc., etc.

Hay otras plantas insectívoras dotadas de la facultad de sentir impresiones de contacto, tales como la **dionca atrapamoscas**, la **cardencha**, la **nepente**, el **resoli**, la **drosera** y **sarracena**, etc., que sirven para aprisionar digeriendo en seguida, los mosquitos y moscas que se posan sobre ellas.

Una obra beneficiosa sería la de introducir algunos insectos destinados a destruir otros que son nocivos para las plantas. En Estados Unidos hay criaderos especiales de los primeros, a los que acuden los agricultores en demanda de auxilios para exterminar los enemigos de sus plantaciones, y se ha logrado seleccionar ejemplares para cada árbol, cereal y hortaliza, los que consumen en su alimentación los insectos dañinos a tales plantas. Se cita como ejemplo la "mosca de ojos dorados", insecto perteneciente a la especie de los crisopos.

La reproducción en el país de tan valiosas plantas industriales y de tan benéficos insectos, contribuiría en alto grado al bienestar nacional.

Fauna del Desierto

De los animales que en otros tiempos poblaban los valles de Calama, Chiu-Chiu, Aiquina y San Pedro de Atacama, quedan todavía algunos ejemplares escapados a la avidez de los cazadores, como para comprobar su existencia en estas comarcas y ofrecer sus valiosas lanas y pieles a las

personas que se dediquen a reproducirlos en forma apropiada y racional.

Queremos referirnos a las llamas, alpacas, vicuñas y chinchillas, que tan abundantes fueron en otros tiempos y que hoy se encuentran casi exterminadas por cazadores que no se han preocupado en absoluto del porvenir de la especie.

Como su reproducción sería fácil y su explotación un negocio de brillante porvenir, haremos de cada una de ellas una somera descripción.

Llamas

La llama es un rumiante de tamaño que generalmente no excede de un metro, medido desde la cruz, y de 1.50 m. desde la cabeza al suelo. Las hay blancas, negras y pardo rojo. Se conforma con cualquier forraje y bebe muy poco.

Los indígenas la utilizan como alimento, siendo su carne de regular calidad. Como animal de carga es preferida para la travesía de la cordillera, por resistir perfectamente las grandes alturas. Con un peso de 50 kilos hacen jornadas de 2 a 3 leguas al día por desfiladeros infranqueables para otro animal cargado. Marchan tranquilas y reposadas, siguiendo siempre a la llamada **guía**, elegida entre las más andadoras. Son muy curiosas y miedosas y se espantan y desbandan fácilmente, costando gran trabajo a los arrieros reunirlas nuevamente. Cuando se les apura en su marcha, se echan en tierra, y por más esfuerzos que se hagan, no se consigue moverlas.

La lana de la llama da tejidos bastos y ordinarios y la aprovechan los indígenas para confeccionar sus prendas de ropas y frazadas. De gran consumo por los trabajadores de las Oficinas salitreras son las **medias bolivianas**, que usan sobre el pantalón y estimadas como muy abrigadoras y durables. Del cuero hacen pellones y correas para monturas y aperos.

Las llamas se encuentran en gran número en los valles del interior de Antofagasta, conviniéndoles los climas secos y fríos de las alturas.

Alpacas

La alpaca, llamada también paco en el Perú, se diferencia de la llama por ser de cuerpo más largo y de extremada finura su pelo. Es muy parecida al carnero, aunque de cabeza más pequeña y de cuello más largo. Su color es algunas veces blanco; otras, es negro, siendo también muchas overas.

Su lana es abundante y espesa, teniendo sus hebras de 15 a 20 centímetros de largo y dan de 4 a 5 kilos en la trasquila de cada animal. Es tan fina que puede competir con la seda, siendo susceptible de modificaciones que favorecen una mayor aceptación de sus lanas.

La alpaca sirve también como bestia de carga y como alimento y su carne es muy aceptable. Vive en las altas mesetas, prefiriendo las tierras frías y húmedas. Para llevarlas de un punto a otro hay que hacerlo en grandes manadas, pues son extremadamente tercas y no se dan ni a los halagos ni a los castigos.

Es originaria de la América del sur. El subido precio a que siempre se ha vendido su lana, ha interesado a los capitalistas ingleses, que han conseguido aclimatarlas en Australia, no habiendo sucedido lo mismo en Europa, a pesar de repetidos ensayos.

En algunas localidades de Bolivia se las ha reducido a la domesticidad y las conservan en grandes rebaños. En los valles del interior de Antofagasta se encuentran todavía algunos ejemplares, escapados a la persecusión de encarnizados cazadores.

Vicuñas

La vicuña, considerada por algunos autores como variedad del guanaco, es de un tamaño entre la llama y la alpaca, siendo su pelo mucho más fino y crespo, pero más corto. Las partes superiores son de un color amarillo rojo; las inferiores, blanquizcas.

Son muy tímidas y huyen en rapidísima carrera apenas ven otro animal o divisan a los cazadores. Sin embargo, se ha logrado domesticarlas sin mayores dificultades y se muestran confiadas y cariñosas con sus amos. Las viejas son de maligna inclinación, arrojando con frecuencia la baba.

La vicuña prefiere en el invierno la cordillera, frecuentando las vegas y pantanos; rehuye los terrenos pedregosos por ser

muy delicadas y blandas de pies. Viven en manadas de 15 a 20 hembras, dirigidas por un solo macho; no se les ve descansar nunca, y comen sobre andando el pasto que encuentran en su camino.

Las vicuñas son esquiladas para tejer con sus lanas cobertores de gran duración y de mucho abrigo y tan finos que parecen de seda, constituyendo la lana una materia textil de primera clase. En Bolivia se preparan los cueros con la corteza del arbusto llamado **queñua.**

La carne de la vicuña no es muy agradable, pero es comida por los indígenas y hacen de ella charqui y cecina.

Chinchillas

Hay dos clases de chinchillas: la común y la lanosa. Son del género de los roedores, valiosas por su pelo extraordinariamente largo, blando, suave y finísimo; en la raíz es de color gris azulejo; luego blanco ensortijado y gris obscuro en las puntas, teniendo un color general plateado. La piel preparada puede formar un rectángulo de 25 por 35 centímetros.

Antiguamente frecuentaban las faldas de las montañas y las orillas del mar; pero la persecusión constante de muchos años las ha obligado a refugiarse en las regiones altas, prefiriendo las áridas y salvajes. Se pueden domesticar y son inofensivas, alimentándose bien con heno, hierbas secas y trébol. Cuando están libres comen raíces y musgos. Segun los indígenas dan de 4 a 6 hijuelas cada vez.

Desde mucho tiempo atrás se trabaja la piel en la fabricación de paños, muy apreciados para confeccionar abrigos, mangos, gorras y otros adornos femeninos.

Para cazarlas, los chinchilleros arman lazadas delante de las cuevas en que viven o se sirven de perros adiestrados o del hurón.

La chinchilla lanosa es más pequeña que la anterior; pero de piel más bonita y blanda y de pelo más espeso. Mide en cuadro de 15 por 22 a 25 centímetros.

Entre esta clase de chinchilla se encuentra la denominada **real,** cuya piel es más estimada por su mayor finura y duración, alcanzando en el mercado mundial precios exorbitantes.

Vive debajo de tierra, alimentándose de cebollas silvestres y plantas bulbosas. Se domestican y les gusta el aseo y no muerden ni huyen. Su carne es comible y se asemeja a la del conejo.

El alto precio alcanzado por estas pieles ha estimulado a una Compañía de Vallenar para formar en sus propiedades una crianza, que alcanza, según noticias recogidas, a algunos miles de chinchillas.

El Desierto, patria de tan prolífico y valioso animalito, ofrece ancho campo para remuneradores criaderos de esta especie a los hombres de iniciativas, resueltos y constantes.

Otros animales

Corderos.—Estos se crían y desarrollan perfectamente en todos los valles del interior y su carne es exquisita. Hay majadas numerosas, cuyos propietarios han internado carneros finos con los que se ha conseguido mejorar la calidad de la carne y de las lanas.

Cabros.—Los hay también en abundancia. Las hembras producen excelente leche, de la que los indígenas fabrican sabrosos quesos.

Asnos.—Son la bestia de carga favorita de los arrieros atacameños, que los usan para llevar leña, fruta, sal y provisiones. En la cordillera hay quebradas donde se encuentran asnos alzados y garañones.

Se encuentran también en el interior del Desierto uno que otro león, guanacos en tropas numerosas, zorros, ocultos o cururos y abundantísimas vizcachas, cuyas pieles, de pelo suavísimo, podrían aprovecharse, si no tuvieran el inconveniente de safársele éste al más pequeño esfuerzo.

Aves

Entre las aves útiles al hombre que se encuentran en los valles del Desierto, mencionaremos las siguientes.

Parinas.—Son muy parecidas al flamenco y de vistosas plumas rosadas, que son muy apetecidas para adornos de sombreros. Los huevos de estas aves son el doble más grandes que los de gallinas y constituyen un negocio para los indígenas, vendiéndoselos a los viajeros de esas regiones. Las parinas se encuentran en casi todas las lagunas y valles de la Puna.

Perdices.—Se las encuentra en bandadas de 8 a 10 en los valles del interior. Son grandes y gordas y su carne es muy poco distinta en sabor a la del sur. Su caza es fácil por volar muy poco y esto sólo una vez.

Patos.—Los hay abundantes en las vegas y lechos de ríos en Chiu-Chiu, Machuca, Atacama, etc. Su carne es comible, aunque aceitosa.

Guallatas.—Son una especie de ganso de gran tamaño, de cuerpo blanco con alas negras y parecida su carne a la anterior.

Tórtolas.—Son muy abundantes y grandes las que se encuentran en los bosques de la quebrada de Chiu-Chiu, en Atacama y Toconao. Su carne es agradable.

Hay otras aves de menor valor y que no mencionaremos por no alargar demasiado este estudio.

Con la descripción que dejamos relacionada, creemos haber dado a conocer algunos de los valles que se cultivan actualmente en esta provincia y la posibilidad de aumentarse el área aprovechable de ellos y de muchos otros puntos en que se encuentra agua superficial o se alumbre la subterránea, ya que el clima y terrenos del Desierto son apropiados para la agricultura.

La explotación agrícola-industrial de estos territorios cooperaría en alto grado a la conservación floreciente de la riqueza salitrera, y cuando ésta no pudiera ya competir con los demás abonos naturales y artificiales, la agricultura podría reemplazarla eternamente.

Corresponde a los poderes públicos fomentar toda clase de cultivos en el Desierto de Atacama, en la seguridad de que las inversiones que se hagan y esfuerzos que se gasten redundarán en beneficio de la riqueza nacional, pues el opulento Desierto sólo espera el trabajo del hombre para convertirse en poblado y reproductivo verjel.

¡Incansable e inagotable es sólo la tierra fecunda!

Antofagasta, julio de 1914.

Una profecía de Tolstoy

Al Czar de Rusia, al Kaiser de Alemania y al Rey de Ingloterra

Por

La Condesa Anastasia Tolstoy

Con ilustraciones

En el otoño de 1910, la czarina me invitó a que la visitara en el palacio de verano de Peterhoff para tener una entrevista sin ceremonias con su familia. Era este un favor poco común, y sintiéndome muy halagada, llegué a la hora convenida a la estación del ferrocarril que conduce a esa pintoresca residencia imperial veraniega.

Un carruaje de palacio me llevó directamente a él, donde el secretario del chambelán me anunció que la familia imperial estaba tomando el te en la terraza, y que la czarina deseaba recibirme allí.

Su majestad estaba aún sufriendo de su larga afección nerviosa, y su semblante aparecía pálido y enflaquecido.

Hablamos un corto espacio de tiempo sobre su salud y cambiamos algunas frases de cortesía corriente. Ella me dijo después confidencialmente que el Czar había expresado el deseo de verme, y naturalmente tal expresión equivalía a una orden.

Su majestad jugaba en esos momentos al ajedrez con sus hijas; la Czarina lo invitó a que me indicara lo que deseaba de mí.

—Condesa, comenzó el Czar, dirigiéndose a mí en una forma llana y directa, tengo una misión confidencial muy peculiar que encomendarle; pero temo que puela serle molesta.

De pronto guardó silencio y me miró como si dudara de mi disposición para complacerlo.

Yo me incliné políticamente, murmurando:

—Vuestra majestad, me consideraré muy feliz de oir lo que desea indicarme.

—Bien, dijo lentamente,—el emperador de Alemania y el rey de Inglaterra me han colocado en una situación de grave aprieto con lo que de mí solicitan. Ambos están ansiosos de obtener un mensaje directo le nuestro viejo conde León Nicolaevitch Tolstoy—un muy extraño deseo, por cierto—y naturalmente no me he podido ne-

gar a complacerlos. No he sabido cómo abordar este delicado asunto; porque, francamente, no he tomado gran interés en la mayor parte de los escritos y predicaciones del viejo conde, como Ud. bien lo sabe.

La Czarina me contó que conocía a Ud. muy bien y que Ud. a su vez, conoce al conde personalmente.

¿Supongo que es pariente suyo? Muy bien entonces—le quedaría muy agradecido si Ud. se encarga de llevarle un mensaje verbal de mi parte, pidiéndole en forma amistosa, que me dirija por su intermedio un mensaje, el cual yo a mi vez haré llegar a manos del rey de Inglaterra y del kaiser de Alemania.

Se trata de algo que no haya sido publicado antes, y que él prometa no publicar jamás.

—Vuestra majestad, estoy muy agradecida por esta prueba de confianza excepcional con que me distingue—repliqué—haré una visita al conde sin demora.

—Y tan luego como Ud. regrese con ese mensaje, dirija unas líneas al Ministro de la Corte y yo la recibiré inmediatamente—dijo el Czar—tendiéndome la mano en señal de asentimiento.

Conversamos durante una media hora más sobre diversos asuntos de actualidad, y después me despedí.

Una semana más tarde, me encontraba de visita en la residencia de campo de mi tío-abuelo, explicándole en pocas palabras el objeto de mi visita. El me escuchó con curiosidad y replicó:

—Muy extraño; yo tendría placer en enviar un mensaje a las reales personas; pero la dificultad consiste en que he escrito toda mi vida mensajes al pueblo, y no estoy acostumbrado a los convencionalismos del estilo cortesano; sin embargo, pensaré sobre el asunto.

—León Nicolaevitch, ¿no habéis tenido alguna visión de naturaleza política, o alguna profecía sobre acontecimientos internacionales que aún no se hayan cumplido?—le pregunté.

—¡Una buena idea!—exclamó—he tenido algunas experiencias realmente extrañas que no podría publicar como ficción. Hay algo que me ha perseguido durante los últimos dos años. No sabría cómo explicar la naturaleza de este hecho. No puedo llamarlo un sueño, porque lo he visto muchas veces mientras he estado sentado al lado de mi mesa de trabajo. En otras ocasiones se me ha aparecido a la hora del crepúsculo. No creo en fantasmas, como tampoco en las teorías espiritualistas sobre los fenómenos; pero admito que no puedo encontrar una explicación para este misterioso asunto.

—¿Es una visión?—le interrumpí.

—Algo hay de eso, pero ella se presenta muy clara a mi vista. Tan clara, que podría hacer un dibujo bien definido de todos sus detalles. Más aún, puedo evocar esa visión a voluntad. Estoy casi seguro que podría hacerlo mientras Ud. está aquí. La única dificultad es que no sería capaz de escribir nada durante el tiempo que dure su manifestación. Mis manos están absolutamente paralizadas.

—Yo me consideraría feliz de escribir lo que Ud. me dictara—insistí.

—Muy bien, eso allana la difultad—replicó—haremos la prueba inmediatamente. Allí sobre la mesa hay papel y lápiz; o use una pluma o lo que Ud. quiera.

En pocos minutos estuve lista para el gran momento, con el lápiz listo en la mano. El viejo conde se reclinó en la silla, cubrió los ojos con la mano y se sumió en un letargo, que tenía la apariencia de una completa inconsciencia. Durante diez minutos permaneció sin hacer movimiento alguno; luego, enderezándose en la silla como una persona que se encuentra en trance hipnótico, comenzó a hablar con voz baja y cavernosa:

—Esta es una revelación de acontecimientos de carácter universal, que pronto llegarán a realizarse. Sus contornos espirituales están delante de mis ojos. Veo flotar sobre la superficie del mar de los destinos humanos la definida silueta de una mujer. Ella es—con su belleza, su armonía, su sonrisa y sus joyas—la imagen de una super-Venus. Los gobiernos de las naciones la persiguen locamente; cada uno de ellos ansioso de atraer especialmente su atención; pero ella, como una eterna cortesana, coquetea con todos ellos. En la diadema de diamantes y rubíes, colocada sobre la cabeza, está grabado su nombre: "Mercantilismo".

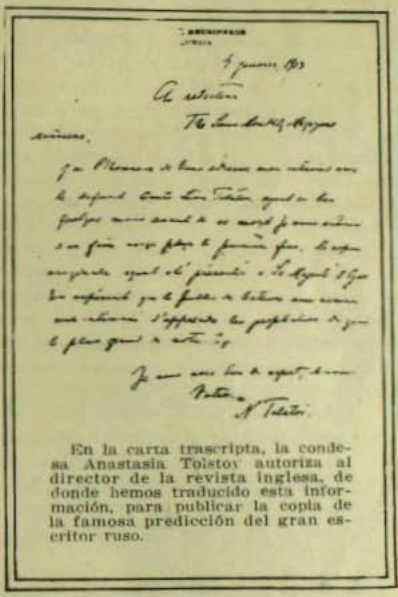
A pesar de sus seducciones y encantos, la destrucción y la agonía quedan sembradas en la estela que su paso va dejando. Su aliento, impregnado de sórdidas transacciones comerciales, su voz de sonido metálico como el del oro, y su mirada de ava-

ricia, son otros tantos venenos para los países que son víctimas de sus encantos.

—Y miradla, ella tiene tres brazos gigantescos que sostienen en la mano otras tantas antorchas de la universal corrupción.

La primera antorcha, representa el fuego de la guerra, que la hermosa cortesana lleva de ciudad en ciudad y de nación en nación. El patriotismo responde a su llamado con relámpagos de su honrada sinceridad, pero al final se oye el retumbar de los cañones y el ruido de las armas.

La segunda antorcha contiene el fuego del fanatismo y de la hipocrecía. Ella enciende las lámparas en los templos y sobre los altares de sagradas instituciones. Ella lleva en su seno la semilla de la falsedad y del fanatismo. Ella enardece las mentes de los que aún están en la cuna y los sigue hasta la tumba.



En la carta trascripta, la condesa Anastasia Tolstoy autoriza al director de la revista inglesa, de donde hemos traducido esta información, para publicar la copia de la famosa predicción del gran escritor ruso.

La tercera antorcha es la de la ley, aquel peligroso fundamento de todas las tradiciones que no tienen báse auténtica, y que comienza primero por hacer su obra fatal en el seno de la familia, y después pasa sobre los anchos campos del arte, de la literatura y de la política.

La gran conflagración comenzará por el año 1912, encendida por la antorcha del primer brazo, en los países del sur-este de Europa. Ella crecerá hasta convertirse en una destructora calamidad en 1913. En ese año veo a toda la Europa envuelta en llamas y cubierta de sangre; oigo las lamentaciones que se elevan de inmensos campos de batalla;—pero allá por el año 1915 una extraña figura que viene del norte—un nuevo Napoleón—entra a hacer un papel en el escenario del terrible drama. Es un hombre de poca preparación militar, un escritor o periodista, pero bajo su poder quedará la mayor parte de Europa hasta 1925. El fin del gran desastre marcará el comienzo de una nueva era política para el viejo mundo. No quedarán imperios ni reinos y se formará una confederación que serán los Estados Unidos de las naciones. Las grandes razas se unirán para formar cuatro gigantescos grupos, los anglosajones, los latinos, los eslavos y los mongoles.

Después del año 1925 veo un cambio en los sentimientos religiosos. La segunda antorcha de la cortesana habrá producido la caída de la iglesia. La idea de la ética habrá casi desaparecido y la humanidad habrá perdido su sentido moral; pero entonces aparecerá un gran reformador. El librará al mundo de los restos del viejo monoteísmo y colocará la piedra angular del templo del panteísmo. La idea de Dios, la del alma, del espíritu y de la inmortalidad, serán fundidas en nuevos moldes y veo el comienzo de una nueva era de paz y de moral. El hombre designado para cumplir esta misión pertenece a la raza mongola-eslava. Sus pies ya huellan la tierra, es un hombre de activísimas energías, y él mismo aún no sabe la misión que le ha sido asignada por un poder superior.

He ahí la llama de la tercera antorcha, que ya ha comenzado a consumir los principios de la familia, las ideas sobre arte y moral. La relación entre la mujer y el hombre se llegará a considerar como una prosaica camaradería de los sexos. El arte habrá llegado a ser una degeneración de realismo. Los disturbios políticos y religiosos habrán estremecido los fundamentos espirituales de todas las naciones. Solamente pequeños oasis aquí y allá permanecerán intactos sin ser alcanzados por el poder destructor de estas tres llamas. Las guerras

internacionales en Europa, la guerra de clases en América, y la guerra de razas en Asia habrán detenido el progreso por medio siglo; pero entonces, en la mitad de ese mismo siglo veo a un héroe de la literatura y del arte, levantándose de entre las filas de los latinos, y expurgando al mundo de todo lo inútil y falso. Es la luz del simbolismo que apagará la antorcha del comercialismo. En lugar de la poligamia y de la monogamia de hoy día, vendrá una poetogamia, la relación entre los sexos estará basada sobre una poética concepción de la vida.

Y veo a las naciones crecer en sabiduría y llegar a la comprensión que la mujer de sus ambiciones no era, después de todo, nada más que una ilusión. Llegará el tiempo en que el mundo no tendrá ya necesidad de ejércitos, religiones hipócritas y arte degenerado. La vida es evolución, y la evolución significa el desarrollo de lo más simple a las más complicadas formas de la mente y del cuerpo. Veo desvanecerse el escenario del actual drama que se representa en el mundo, como se esfuman los brillantes colores del crepúsculo sobre las cimas de las montañas. La mano del mercantilismo hace una seña de despedida y una nueva época comienza sobre la tierra.

El viejo reformador y escritor terminó, abrió los ojos y me miró ligeramente confuso.

—¿Me había quedado dormido?—me preguntó—Le pido a Ud. perdón—Cuando le leí lo que me había dictado durante su visión, me escuchó con gravedad, y con la cabeza me hizo una señal de asentimiento, dándome a entender que estaba correcto. A pedido mío firmó el documento y me lo entregó con su bendición. Partí el mismo día; e inmediatamente después de mi llegada a San Petersburgo, informé al Czar que estaba lista para verlo cuando él me lo indicara.

Fuí recibida inmediatamente en la Corte, sin ceremonias y fuí llevada directamente a la sala de trabajo particular del Czar. Le hice entrega del documento, él lo abrió nerviosamente y lo leyó con marcada agitación.

—¡Bien! es muy interesante, haré una copia para mí y enviaré otras con la traducción al kaiser de Alemania y por intermedio de él, al rey de Inglaterra, El original será conservado en mis archivos particulares. Pediré al kaiser y al rey no hacer comentarios sobre el asunto, pues no deseo figurar como un intermediario entre ellos y el viejo conde, cuyos escritos sediciosos no apruebo en general."

Como he sabido que uno de los reales personajes se propone incluir este mensaje secreto en sus memorias privadas, aprovecho la oportunidad para publicar toda la verdad sobre el asunto y cómo obtuve el extraño documento. El Czar me ha dicho en diferentes ocasiones que el kaiser de Alemania le ha expresado que considera esta profecía como una de las más sugestivas que han sido escritas en nuestros tiempos.

Costumbres rusas.—Verestchaguine.—La misa de difuntos

La obra satírica de un alsaciano

UN PROFESOR ALEMAN EN PARIS.

Ha dado notoriedad al dibujante Hansi el proceso que se le siguió en los tribunales alemanes. Su obra satírica de escritor y dibujante justifica por cierto esa notoriedad. He aquí una carta de su obra "Professor Knatschké":

Con ilustraciones del autor.

Mi querido Hansi:

Siguiendo al fin tus consejos insistentes, me he decidido a emilgar este año mi viaje de vacaciones en compañía del Rechnungsrat Lempké, hacia la Babilonia del Sena, hacia París. Tu has de esperar que yo te describa mi impresiones de viaje, pero debo ante todo declarar que ambos hemos vuelto muy desilusionados, y que esa reputación de ciudad mundial que hoy muchos alemanes le conceden a París, es cuando menos exagerada.

Llegamos a medio día a la ciudad sequeniana y tuvimos la suerte de encontrar junto a la estación (en francés, Gare-de l'Est, lo que se pronuncia Kardläst), el restaurant que nuestro amigo el Consejero de Impuesto de Koenigsberg nos había recomendado. El establecimiento lleva el nombre de Duval y el propietario es un tal Buillon (pronúnciese Buyong), ¿acaso un descendiente de Godofredo de Buillon? Entramos. La sala estaba archillena; sin embargo, encontramos asiento ante una minúscula mesa, junto a la cual ya se hallaba sentado un francés. Sin dejar de comer, este leía atentamente un diario y tenía a su alcance una microscópica botella de vino tinto. Yo me presenté al francés, diciéndole: "Mi nombre es Knatschké" Lempké hizo lo mismo, y queriéndoseme imponer por su conocimiento del francés, agregó con una inclinación de cortesía. "Conseiller-de-Calcul". Hubiésemos tenido derecho a esperar que el francés respondiera a nuestra galantería; pero nos hubiéramos engañado rudamente. Apenas nos saludó con la cabeza y continuó leyendo tranquilamente su periódico. Ahí tienes la "politesse" francesa tan reputada.

La sirvienta trajo la lista; a la in-

versa de las demás parisienses, las tales sirvientas asombran por su aire serio y grave, tanto como por sus maneras decentes, y no creo equivocarme al tomarlas por monjas y hermanas de caridad expulsadas y obligadas en la Francia moderna a ganarse así su vida. Volvamos al "menú". Este contenía un número tan colosal de platos, que resultaba difícil escoger para los extranjeros como nosotros; por lo tanto, sencillamente indiqué el primero de la lista. A esta orden, la sirvienta nos trajo tres aceitunitas,—de las cuales vino a resultar que el hueso era lo principal,—y una porción de mantequilla más pequeña todavía. No hay para qué decir que hicimos desaparecer de carrera este ridículo plato de muñecos; y señalé a la sirvienta el segundo de la lista. ¡Ella nos trajo entonces una sardina de las más chicas! Con tal cosa estábamos lejos de haber colmado nuestra hambre, y habiendo designado el tercer plato, se nos presentó aproximadamente la octava parte de un mediano arenque. Como ya nos impacientaban demasiado estos platos liliputienses, mi compañero el Rechnungsrat se resolvió a mostrar con el dedo lo que comía nuestro vecino, el lector de diarios (era un trocito de ternera). La sirvienta dijo *Esgalopp*, y trajo lo que deseábamos. No dejan

de tener razón los franceses para llamar *Esgalopp* a semejante porcioncilla de ternera: en un abrir y cerrar de ojos había desaparecido, como que se parecía tanto a la paleta de buey que se sirve en nuestra habitual "brasserie" de Koenigsberg, como el Schlossber al Gaurisankar! (1).

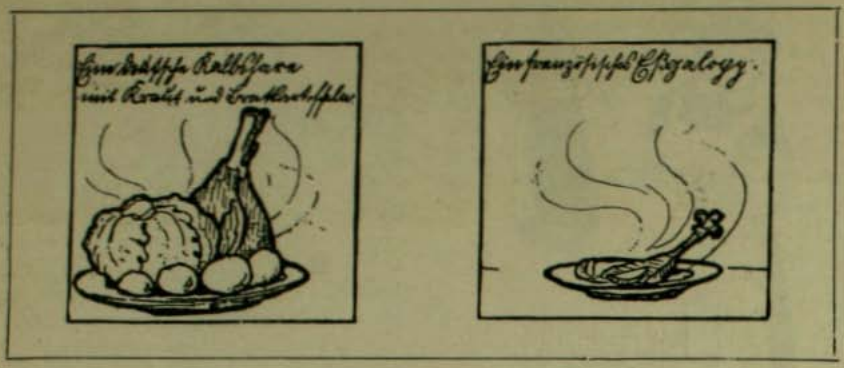
Mientras tanto, nuestro vecino había terminado de comer, y en el momento de levantarse de la mesa, le dirigimos conforme al uso de la gente bien educada, un amistoso ¡Provecho! que es como se dice "Mahlzeit". Otra vez hizo una ligera inclinación de cabeza, y nada más. Que no se me vuelva a hablar de la politesse francesa.

No nos fué dado ver al hotelero, M. Bouillon, y pedimos la cuenta, que era harto grande para la pequeñez de los guisos. Apenas la pagamos, nos dirigimos guiándonos por el plano de la ciudad, hacia la principal curiosidad de París: el Louvre (pronúnciese Luwer).

El Louvre se compone, como es sabido, de dos cuerpos de edificios separados por una calle. En la parte A todo es para la venta, hasta los bronces artísticos y los bellísimos cuadros que se ven en el primer piso y que están pintados al estilo de los paisajes de bella cromolitografía que se admira en los interiores alemanes. Esta parte del Louvre se parece a dos grandes almacenes berlinenses de Tietz; pero echábamos allí de menos los panecillos que venden en el almacén de Berlín nada más que a diez pfennigns.

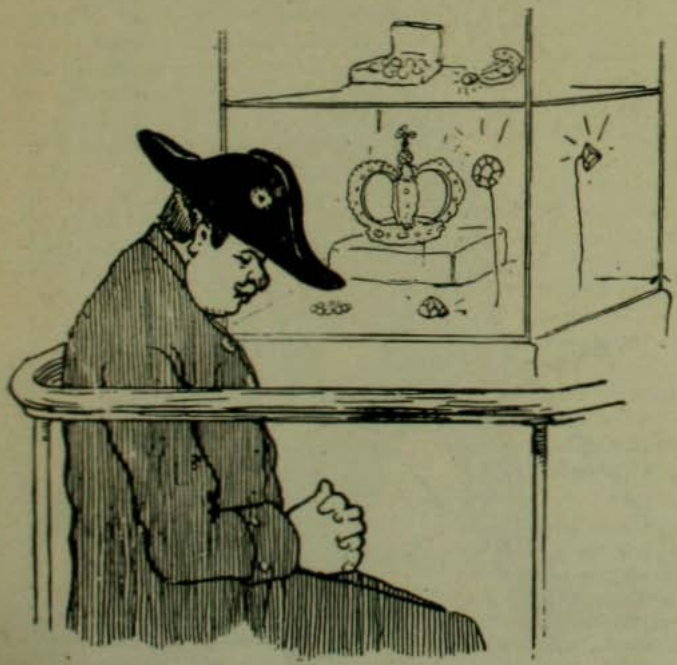
En la parte B del palacio se guarda el tesoro del Estado francés: "los diamantes de la Corona" que están encerrados en una urna de cristal y vigilados constantemente por un oficial superior de marina. Se nos oprimía el corazón al pensar que estas joyas habían estado en nuestro poder y que hubiesen podido enriquecer el arsenal de Berlín con un precioso trofeo de victoria, o producir con su venta el valor de un acorazado. Además, hay allí viejas estatuas y cuadros antiguos que las co-

(1) Esta comida dejó por un largo tiempo un penoso recuerdo al profesor Knatschké; sin embargo, después de algunos meses de reflexión, la palabreja escaloppe le había causado una viva satisfacción. Escaloppe, "Esgaloppe", como él, ortografía exactamente, de "essen": comer, y galopp, que no hay para qué traducir: "lo que se come de galope".



rrerías de Napoleón arrancaron a los países que las poseían legítimamente.

Las riquezas de Francia parece beneficiar poco a las obras reunidas en el Louvre: ni siquiera uno sólo de los cuadros ha sido restaurado, y desde este punto de vista, la colección no puede compararse con la "Berliner Galerie", en la cual todos los lienzos han sido rejuvenecidos con tanto brillo y talento. ¿Recuerdas, por ejemplo, cómo en Berlín se ha dejado con un dorado nuevecito los fondos de los Primitivos?



En el piso bajo, en una estrecha sala, se halla la célebre Venus de Milo... Es sabido que desde hace largos años, le faltan ambos brazos a esta obra de arte, y no por esto se ve que se haga la menor tentativa para completarla. Cualquier profesor ale-

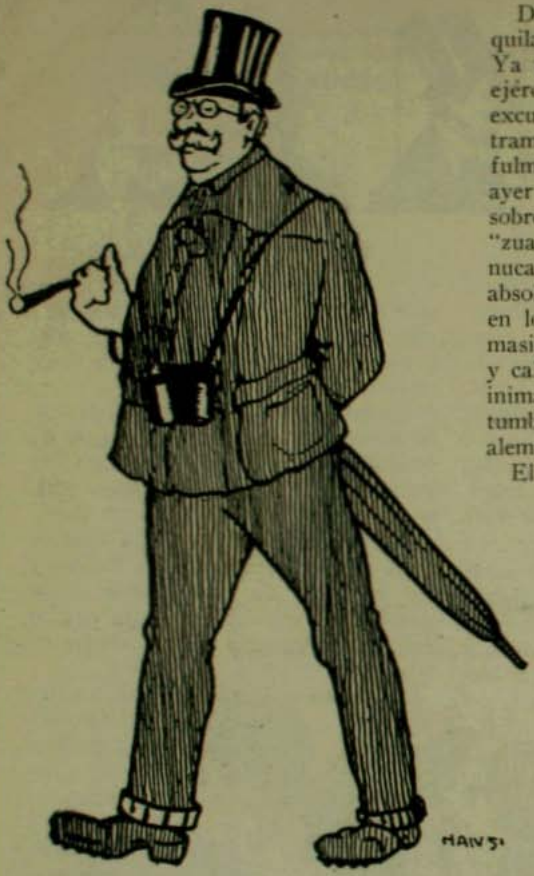
mán de historia del arte desenhebraría en un instante lo que debió ser la estatua.

Cumplida en esta forma la parte de nuestro viaje consagrada a la

historia del arte, cruzamos el Sena y fuimos al barrio de los estudiantes, llamado Quartier - Latin, (pronúnciase Kartielatäng). En todos puntos de las calles se encuentra uno con estudiantes, que tienen apariencia de estar pasablemente fatigados por la vida de bohemios que llevan día a día; van habitualmente en compañía dos jóvenes estudiantes y gastan todo su tiempo en beber café, jugar al naipe y leer los periódicos. En cuanto al vigor juvenil, religioso y alegre de nuestras asociaciones de estudiantes, ni rastro.

Luego, como deseáramos estudiar en su misma fuente el movimiento de la vida parisiense, nos dirigimos a los grandes boulevards (pronúnciese Bulwarts). Para seguir la moda de Paris, el Rechnungsrat compró en la sombrerería Délion (pronúnciese Déliong) un sombrero de copa dernier style que le dió, verdaderamente, un aspecto como para tomarlo por un verdadero boulevardier.

La primera impresión que nos hicieron los famosos boulevards y que han de producirle a todo buen alemán, es la de un enorme y fabuloso desorden. Vénse allí columnas anunciadoras, kioscos para diarios, puestos de floristas y establecimientos para ciertas necesidades, todo revuelto a lo largo y al borde de las aceras. Los transeuntes pueden tomar la derecha o la izquierda, a su antojo; en una palabra, los parisienses no demuestran sospechar lo que es



la policía del tráfico, y una comparación con Berlín sería, para la ciudad del Sena, absolutamente aplastadora.

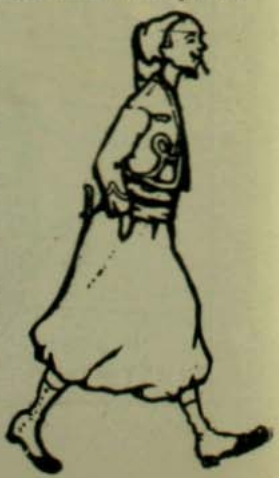
La circulación, tan difícil de suyo, está además obstruída por montones de escombros puestos en lo más central de la calzada. ¿Serán éstas las ruinas de esa Bastilla de que nos habla nuestro guía?

Nos sentamos a la puerta de un café, cuyas sillas estaban igualmente colocadas sobre la vereda, y comenzamos a conocer la forma abominable como se sirve la cerveza en París. Trataré esta cuestión en forma más profunda en un párrafo ulterior.

Desde allí podíamos observar tranquilamente el movimiento parisiense. Ya te he dado mi opinión acerca del ejército francés, después de nuestra excursión a Gerardmer, donde encontramos dos soldados. Esa impresión fulminante se vió todavía justificada, ayer en París, por una mirada lanzada sobre uno de esos militares llamados "zuavos". Con un gorrito rojo en la nuca, la chaqueta abierta por la falta absoluta de botones, y ambas manos en los bolsillos de sus pantalones demasiado anchos, vagaban calle arriba y calle abajo; fué éste un espectáculo inimaginable para nuestros ojos acostumbrados a la corrección del ejército alemán.

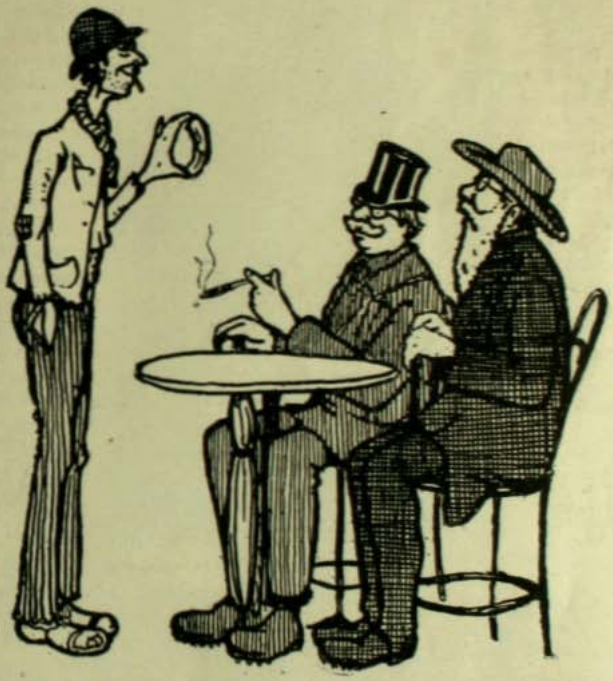
El boulevard está igualmente poblado por una multitud de camelots (a los que también llaman apaches) y un gran número de los cuales ha aprendido a hablar perfectamente el inglés y el alemán para hacer creer que estas escorias de la humanidad vienen del extranjero. Venden éstos, periódicos y tarjetas postales inmorales (he comprado algunas para mostrarlas en nuestra mesa reservada de la Louvrebeau como una prueba abrumadora de la profunda sima de inmoralidad en que ha caído el pueblo francés).

Aparte de soldados y apaches, hemos visto infinidad de parisienses. Las parisienses pertenecen, en su mayoría, al mundo galante. A mi modo de ver, son bajitas, flacas, pálidas, y afeitadas y emperipolladas en una forma



extraordinariamente poco práctica. Se ve de sobra que, a la inversa de la noble matrona alemana, todos los sentidos de la francesa se absorben en la pasión del buen ver y de la futileza.

A todo esto había llegado la noche. El Rechnungsrat, que había comprado a un camelot un libro en alemán; "París de noche", me decidió a que nos confiáramos a este guía para estudiar la vida parisiense, visitando por orden alfabético, o (lo cual hubiera sido más práctico), por orden numérico, los establecimientos que allí están indicados.



Bertha Von Suttner, la autora de "Abajo las Armas"

Bertha von Suttner, baronesa de este nombre, nació en Praga, Austria, en 9 de Julio de 1843, y acaba de morir en Europa, a los 71 años de edad.

Era hija del Conde Franz Kinsky, mariscal de Austria, y por la línea materna descendía del gran poeta Teodoro Korner. En el año de 1876, casó Bertha con el célebre novelista Chevalier Arthur von Suttner, quien había nacido en Viena el 21 de febrero de 1850 y murió en el castillo de Harmansdorf, en la baja Austria, el 10 de diciembre de 1902. Estuvo, pues, casada 26 años y cuando enviudó tenía 69 años de edad.

Retrato y firma autógrafa de la baronesa Suttner.

Pobres de fortuna, pasaron los esposos Suttner muchos años de escasez, viviendo de lo que a él le producían sus novelas, y de lo que ella ganaba dando lecciones de piano y de idiomas.

Bertha y su marido vivían habitualmente en el castillo de Harmansdorf, y después de viuda, continuó siendo su residencia esta sencilla y pintoresca vivienda.

Durante veinticinco años sostuvo esta ilustre dama una nutrida correspondencia con Alfredo Nobel, el famoso inventor de la dinamita y creador de los premios que llevan su nombre.

Los trabajos que con frecuencia publicaba Mme. Suttner en defensa y propagación de nobles ideales de la Liga de la Paz motivaron su correspondencia con Nobel, de quien llegó a ser secretaria, cargo que desempeñó durante varios años, y que aprovechó para inducir a aquel hombre excepcional a crear el premio de la Paz.

En 1889 publicó la baronesa Suttner su libro "Die Waffen Neider" (Abajo las Armas, historia de mi vida") que tuvo inmensa resonancia en el mundo entero y fué traducido a todas las lenguas de Europa.

Facsímil de la portada de la edición francesa de la obra "Abajo las Armas", por la baronesa de Suttner.

También con el título "Die Waffen Neider" (Abajo las Armas) fundó en 1892 una revista consagrada a la causa de la paz entre las naciones, que era su generosa obsesión e inspirándose en las ideas de la baronesa Suttner, concibió el Czar Nicolás II el proyecto de las conferencias de La Haya que tan fecundos resultados han dado.

Esta mujer extraordinaria de quien el Papa León XIII dijo que era una de las figuras más notables de la época en el sexo femenino, produjo un considerable número de novelas y cuentos pero sus libros más notables fueron "Abajo las Armas" y "Martha's Kinder, continuación de Die Waffen Neider".

En el año de 1905 la baronesa Suttner recibió por sus trabajos y su propaganda, el premio Nobel para la Paz.

Tres años después de 1908 aparecieron en Stutgart las Memorias de la baronesa, interesante libro, lleno de noticias, de anécdotas y de datos curiosos.

Con la muerte de Bertha von Suttner, pierde Austria una de sus mujeres más ilustres y la causa de la paz universal una de sus más fervientes defensoras y más infatigables propagandistas.

"SHADE", POR ALONE

Sans doute il est trop tard pour parler encore d'elle!
Depuis qu'elle n'est plus quinze jours sont passés,
Et dans ce pays-ci quinze jours, je le sais,
Font d'une mort récente une vieille nouvelle.
De quelque nom d'ai lleurs que le régret s'apelle
L'homme par tout pays, en a bien vite assez!
MUSSET.

Para que una escritora se revele y surja entre nosotros, necesita ser un temperamento extraordinario con dotes no sólo de talento, sino de carácter que hagan de su revelación una especie de rebelión.

—La mujer, se dice, no debe escribir; sale de su círculo; descuida el hogar que es su templo y la cocina, que es su santuario.

Por eso la aparición de Shade en nuestra reducida arena literaria, el paso de esa sombra "ligera, alada y sagrada" por entre nuestros rudos escritores masculinos, tuvo una repercusión casi de escándalo. Al principio nadie creía que una mujer escribiera esas crónicas donde el gran público no veía sino una inmensa erudición y lecturas de todos los clásicos en todos los idiomas. Omer Emeth cuenta que muchas personas le atribuían a él los artículos de Shade, cuando en realidad él era el más asombrado de la aparición de aquella fuerza desconocida, tan ajena y tan superior a nuestro ambiente literario. Primero fueron tímidas impresiones de la naturaleza, paisajes del sur de Chile donde se revelaba un alma sensible hasta la exaltación ante las bellezas naturales y que comprendía los encantos del silencio, las voces de la sombra y el mudo lenguaje de los árboles y de los insectos.

Antes de lanzarse a la publicidad de la prensa, sus amigos íntimos conocían su gran talento de escritora por sus cartas privadas. Los que después la conocieron y tuvieron correspondencia epistolar con ella, saben que sus libros y sus artículos los escribía lo mismo, idénticamente, como sus cartas. Era toda espontaneidad e inspiración. Conociendo muy bien el idioma castellano y en posesión del latín, que ilumina el sentido de las palabras, se dejaba llevar, sin embargo, por sus incorrecciones de frases, por sus galicismos que amaba y cultivaba como una especialidad.

† *Mariana Cox de Stuven*

Un Remordimiento y La Vida Intima de Marie Goetz más que novelas completas son esbozos donde se demuestran cualidades estupendas y variadas de observación, de ironía, de sentimiento, de comprensión de la naturaleza y por último esa elevación constante de miras, esa tendencia al infinito, al más allá, a lo incognoscible que formó la base de su carácter y que es el verdadero sello del genio.

Pero ella se reveló siempre contra esa definición que hace del genio "una larga paciencia", y no la tuvo jamás. Escribía como cantaba. Hubo un arte que ella adoró sobre todas las cosas y que fué su verdadera e íntima vocación: la música. Cuando su misticismo la llevó al Convento del Sagrado Corazón como postulante cantaba primero abajo, con todo el mundo; pero luego las monjas le descubrieron la voz admirable y la elevaron al coro desde donde en adelante dominó como una capacidad única. Poseía una voz cálida y rica, de una suavidad, de una dulzura y de una fuerza que se unían admirablemente y llenaba la iglesia sin herir los oídos.

antes acariciándolos y penetrando el alma de una emoción sagrada. Además, con sus dedos de maga, sabiamente educados, interpretaba a los grandes maestros en el órgano "rey de los instrumentos", que impera desde lo alto de los coros, en el arpa de notas cristalinas como gotas de agua, en la cítara de melancolía que no tiene igual y en el piano donde se funden y juntan todos los instrumentos y cuya escala móvil es capaz de reflejar todos los matices. Beethoven, Wagner, Schumman, Grieg, Mendelsohn, tuvieron en ella una ejecutante apasionada e inteligente, que penetraba su espíritu, se remontaba a su vida y al hacer sonora la expresión de sus almas añadía un comentario vivo de la suya propia, un sello original que no estaba en el papel.

En Remordimiento, ponderando el horror de la muerte sin Dios, su preocupación eterna, lanza esta exclamación "... las palabras que el Cristo pronunciara en un día lejano, acaso demasiado lejano!... si nos son arrancadas del alma no nos queda nada!... Nada sino la loca agitación de la humanidad en una noche profunda y la marcha desesperada de innumerables larvas hacia la muerte!".

Hay una idea que en los escritos de Shade aparece y se repite siempre con la insistencia de un "motif" musical; una idea funesta que como pájaro agorero revolotea sin cesar sobre su jardín de ilusión apagando con su sombra las flores, envenenando las fuentes y repitiendo sobre los murmullos de la naturaleza su grito fatídico. Es la idea de la muerte.

Estaba enferma; toda su vida llevó su sentencia de muerte en el corazón. Ella que dispensó la vida, la alegría con sus cantos, con su música, con sus libros, ella que encantaba a cuantos la conocían "aunque nadie la encante a ella", como decía Iris, ha muerto al comenzar la Primavera, en esta estación que amaba tanto y que describió con palabras inolvidables (Remordimiento, cap. II). Sombra dolorida y atormentada, pasó por el mundo sin acertar nunca con su camino, con el que da la paz y la felicidad terrena. "Llévame, oh! Muerte—dice en Paradise—hacia los abismos profundos donde eres soberana... Yo te sigo: condúceme! Sé que hay un Rey árbitro de la vida humana y árbitro tuyo... Sé que él es bondadoso y que sus brazos abiertos eternamente al dolor, me acogerán..." Y la Muerte le responde: "Ah! volverás a vivir tu vida en su aislamiento! Sentirás siempre la traición de los que amabas y que no respondieron sino con perversidad a las voces y llamados de tu corazón..." Se ha cumplido su voto; ha muerto. Los que la amaban, que eran cuantos la conocían, no verán más su silueta fina y alta, su gran cabellera de un rubio dorado; no oirán más su voz musical, tan expresiva, ni sus palabras de dolor y de tormento volverán a resonar en oídos humanos. Su talento musical, sus maravillosas facultades literarias, su prodigiosa instrucción semejante a la de Legeia de Edgar Poe, todo se ha perdido en un día, en una noche. ¡Triste, miserable y breve cosa sería la vida humana sin el reflejo de las inmortales esperanzas! Pero Shade tuvo siempre esa luz del alma y más que nunca en sus últimos años. Durante su permanencia en Londres trató largamente al Obispo Benson, el autor del Amo del Mundo e "Invisible Lumière", el cual bautizó a su hijo y la confortó a ella en la fe. "Me he visto mucho con él—dice en una carta suya de Londres—y su palabra ha abierto para mí de par en par las puertas de ese mundo invisible por el cual suspiramos todos los peregrinos que marchamos por éste en busca de un templo pacífico." Y más adelante, hacia el fin de esta correspondencia dirigida a un amigo que también murió, termina: "Y ahora, adiós... Ruegue a Dios que siempre se cumplan en mí sus designios; yo no tengo preferencia por vivir o no vivir, pero le confieso que ya todas mis curiosidades han muerto con haber visitado el Occidente y "haber visto que no hay nada nuevo debajo del Sol". Ahora mi alma desearía tanto inclinarse hacia el Oriente—no el Oriente musulmán y pagano, sensual y grosero—sino hacia aquel Oriente donde se vió la estrella que alumbró a los Magos, el Oriente del Sol de Justicia que vino a iluminar el mundo con una luz sobrenatural. Lo demás no es nada, amigo mío! Cada día que pasa veo con mayor claridad que el reino de nuestra alma no es de este mundo."

✠ ✠

La Sombra de Federico el Grande

Por

Hernán Díaz Arrieta

Aunque verdaderamente extraordinaria, la situación del Imperio Alemán tiene precedentes dentro de su misma historia, o mejor dicho, de la historia de Prusia.

Resulta interesante evocar los orígenes de esta potencia ahora que parece marchar a su apogeo... o a su fin.

Hace dos siglos, el reino de Prusia no existía: era un simple ducado concedido a los Hohenzollern, marqueses de Brandeburgo, por la magnificencia del rey de Polonia.

Fué un Federico de Hohenzollern quien primero tomó el título de Rey, habiendo de sufrir antes y después todas las humillaciones que la sociedad reserva a los grandes improvisados.

Su hijo, Federico Guillermo, mereció un poco más respeto de las testas coronadas de Europa, aún cuando no ciertamente por su cultura, ni su ilustración, ni su buen carácter... Violento, ignorante y salvaje, Federico Guillermo tiranizó a su pueblo y colmó de desgracias a su familia; pero formó con infinito amor su Ejército, logrando elevarlo al primer puesto entre los de su clase, y cimentando con ello la primera piedra de la grandeza de Prusia. Examinando a la luz de la Historia, el amor de Federico Guillermo por sus soldados parece una predestinación misteriosa, una de esas intuiciones del futuro que iluminan a los genios de una raza; pero entre sus contemporáneos era considerada como una manía ridícula. Y con razón Federico Guillermo, que era en toda la acepción de la palabra un avaro, gastaba no obstante en su ejército sumas enormes y su pasión por los hombres grandes y fornidos llegaba a tanto que despachó emisarios por toda Europa encargados de procurárselos a precio de oro, y, una vez, por un irlandés hercúleo y hermosísimo, su Ministro en Londres hubo de pagar una suma superior a su propio sueldo anual... El conjunto de gigantes así reunido, lo amaba el rey como un coleccionista su tesoro; no quiso jamás exponerlo a diezmarse en una batalla, (este Rey del Ejército fué el Rey pacifista por excelencia), y cuando se hallaba en el lecho de muerte, próximo a expirar, sólo la presencia de uno de los colosales granaderos podía reanimarlo.

La Providencia tenía sus designios al enviar tal cuidador al ejército prusiano.

Mientras el rey creaba y perfeccionaba aquella admirable máquina de guerra, el que debía manejarla de manera insuperable, crecía en la humillación y los padecimientos, vejado y despreciado por su padre, quien en cierta ocasión estuvo a punto de matarlo, porque lo encontró leyendo versos... Ni un rasgo de la niñez de Federico el Grande hizo presagiar los talentos militares que después tuvieron en jaque a toda Europa y que hicieron inclinarse a Napoleón ante su tumba de Postdam, diciendo:

—Si éste viviera, yo no estaría aquí.

Más bien parecía destinado a brillar en las letras, pues vivía consagrado a ellas y no bien tuvo alguna independencia se rodeó de músicos y literatos franceses, llegando hasta fundar una especie de Academia, de la que él era el presidente.

De esta manera, al subir al trono, a los veintiocho años, todos esperaron un reinado alegre y ligero como el de los Médicis en la Italia del Renacimiento.

Bien pronto hubieron de convencerse de su error. A un cortesano que le hablaba de sus diversiones mozas, el antiguo príncipe trocado en soberano le respondió:

—Se acabaron las locuras.

Y supo cumplir su palabra, al menos en el sentido brillante y superficial.

Pocos meses después de su advenimien-

to al trono, murió Carlos VII, Emperador de Alemania y último descendiente de la línea masculina de la casa de Austria, dejando como heredera a su hija única, María Teresa. Federico, sin pretexto alguno y violando los más solemnes tratados y las reiteradas declaraciones de sus diplomáticos, se apoderó de la Silesia, que formaba parte de los Estados de la nueva Emperatriz.

La manera de proceder del fundador de la monarquía prusiana en aquel tiempo forma una de las páginas más negras de la Historia y está enteramente de acuerdo con la doctrina substentada por el canciller Bethmann-Hollweg, al **explicar** en el Reichstag la ocupación del Luxemburgo y la invasión de Bélgica: "la necesidad no reconoce leyes".

Federico necesitaba ensanchar su territorio; poseía un ejército capaz de hacerlo y ocupó la Silesia sencillamente, sin apariencias de derecho y sin pretender siquiera substentarlo.

Su acción fué la chispa que produjo el incendio de la conflagración europea.

María Teresa, a quien los húngaros saludaron como su "Rey", probó que el nombre le venía mejor que a muchos varones, y mediante infinitas astucias de diplomacia, desencadenó contra Federico la más formidable coalición de que hay memoria: Francia, Rusia, Austria, Suecia, Sajonia y la confederación germánica, Estados cada uno de los cuales era tres veces más poderoso que Prusia, se unieron para aniquilarla y repartirse su territorio, cosa que se estableció de antemano, minuciosamente.

Principió entonces lo que en la historia se conoce con el nombre de **guerra de los siete años**, serie de largas y sangrientas campañas en las cuales casi todos los países europeos se extenuaron mutuamente, sin conseguir nada ni avanzar un paso.

Jugó cierto papel en el desarrollo de los acontecimientos un personaje célebre por motivos bien distintos.

Hemos dicho que Federico era poeta si bien abandonó sus distracciones literarias al ser coronado. Así fué en efecto; mas luego su antigua afición volvió a tomarlo y los filósofos y literatos franceses lo rodearon de nuevo. Entre ellos, el más notable de todos fué Voltaire.

Paralelo sugerente y curiosísimo, es el que resulta de la comparación de estos dos personajes, hecha de mano maestra por Lord Macaulay en sus Estudios Históricos.

Gran diplomático y guerrero genial, Federico no fundaba su orgullo en estas cualidades, sino precisamente en las que no poseía de poeta y filósofo: Voltaire en cambio, maestro en estas artes, quería descollar por aquéllas y se hizo nombrar delegado ante la corte prusiana.

El regocijo del Rey al tener cerca de sí al primer escritor del siglo, no reconoció límites y después de colmarlo de pensiones y honores, declaró que a sus títulos de Rey de Prusia, margrave de Brandeburgo y duque soberano de Silesia, agregaría en adelante el de **"poseedor de Voltaire"**.

Devolvió éste las adulaciones con un fondo de ironía digno de su ingenio y no fué necesario más para que la amistad de ambos empezara a enfriarse y cada uno a hacerse traición por su lado; así mientras Federico declaraba que Voltaire era un Embajador de mentirijillas y que cualquiera engañaba, el gran sarcástico, mostrando los versos íntimos que le enviaba el soberano para corregirlos, decía:

—He aquí como lavo la ropa sucia de nuestro señor el rey de Prusia.

La regia avaricia de Federico se manifestó también muy pronto en el alojamiento que proporcionaba a su huésped, empezando a disminuirle la ración de azúcar y chocolate que le daba por las mañanas, tacañería de que se vengaba Voltaire apoderándose de las bujías que podía haber a mano en las antecámaras de Su Majestad...

Estas singulares relaciones terminaron por fin, a golpe de epigrama, y Voltaire huyó indignado de la corte de Prusia, yendo a refugiarse a un apartado retiro de los Alpes.

No tardaron mucho, sin embargo, estos dos amigos en reconciliarse y las cartas de ambos forman todo un tratado de psicología. Al declararse la guerra, Federico pidió consejos a Voltaire, pues no solamente le escribía cartas sobre los asuntos más graves, pero hasta hacía caso de las respuestas, Voltaire se halló en singulares apuros para contestarle, pues, como

francés, deseaba el triunfo de su patria, y como filósofo, el mantenimiento de un colega en el trono. Decidióse al fin por este último, y escribió al general Richelieu, aquel viejo galante que después de ganar batallas amorosas perdió las militares, a fin de ponerlo en comunicación con Federico, lográndolo al cabo y hallándose muy cerca de conseguir—señal de los tiempos—dictar la paz de Europa desde su soledad de Ferney.

Pero Federico debió su salvación a otros medios.

El 5 de noviembre su ejército se encontró con el de Soubisse en Rosbach y ganó la batalla contra fuerzas dobles, realizando la que después Napoleón llamaría obra maestra de estrategia militar.

En seguida, se dirigió a marcha forzada sobre Silesia, y, el 5 de diciembre, derrotó a Carlos de Lorena, general austriaco al mando de sesenta mil hombres, con los cuarenta mil de sus fuerzas.

"Con esto—escribe Macaulay—la gloria del rey de Prusia llenó el mundo". El éxito de las victorias fué aumentado por los talentos de Federico para aprovecharlas, facultad suya sólo comparable a la que tenía para reparar los desastres; y el prestigio adquirido por el soberano entre los pueblos del norte fué tan grande que por primera vez—desde Carlo-Magno—se pensó en la posibilidad de unir en un Imperio los pueblos de raza teutónica.

Pero María Teresa no cejaba en su empeño de vengarse y la guerra continuó todavía por siete años, con muchas alternativas de ventura y desventura para ambos combatientes. Al quinto año, Federico sufrió tales desastres, que pensó llegado el fin de su reino; escribió cartas de despedida a sus amigos, hizo testamento y requirió un pomo de veneno para suicidarse, sin llegar a poner por obra su designio, porque lo arrastraron a huir.

Sin embargo, en medio de todos sus padecimientos, glorias y aventuras, no abandonó Federico sus aficiones literarias, andando en ellas con un mal resultado constante y jamás desmentido, a despecho de lo cual él se creía poeta sublime y prosista sin segundo. Después de realizar hazañas comparables a la de Aníbal y César, recogido en su tienda de campaña, el rey de Prusia escribía versos detestables, emborronando cuadernos de cuadernos con poesías tan vulgares que, según la palabra de un autorizado crítico, "no aparece en ellas ni a largas distancias un solo pensamiento viril y digno de consignarse siquiera en prosa".

Jamás se vieron juntas en tan alto grado la pequeñez y la grandeza, ni se pudo comprobar en un caso concreto, cuán vaga, cuán imperfecta y hasta contradictoria, puede ser la palabra "talento" aplicada en general.

El ilustre guerrero era también un ilustre pedante y mientras, espada en mano, combatía contra el universo coaligado para aniquilarlo, llevaba en los bolsillos un pomo de veneno y un cuaderno de versos detestables".

Logró por fin triunfar de aquél; María Teresa se dió por vencida, y con ella la justicia y el derecho, y la Silesia quedó para siempre prusiana.

Tal fué el gran Hohenzollern que cimentó, sin saberlo, el Imperio de Alemania. Como su tataranieto, Guillermo II, declaró la guerra a Europa, tomando la ofensiva; como lo hace él actualmente, combatió contra fuerzas enormemente superiores, y aún se le asemeja en haber querido reunir las dos glorias: militar y literaria, (se conocen los intentos dramáticos del Kaiser).

¿Continuará el paralelo?

Los más atrevidos sueños de Federico se han realizado: la antigua, pequeña y escarnecida Prusia rige un Imperio poderosísimo; su Ejército es el primero del mundo; su Marina, sólo reconoce una superior; su comercio y su industria la han enriquecido hasta hombrearla con los mayores colosos.

Así como antes, aliada a Inglaterra, luchaba contra Austria y Europa, hoy combate en unión de Austria contra Europa e Inglaterra.

Si alguna diferencia existe en las circunstancias materiales, ella debe cargarse a favor de Prusia actual.

El triunfo estaría seguro sólo con que el Kaiser Guillermo II fuera la sombra de Federico el Grande.

* * *

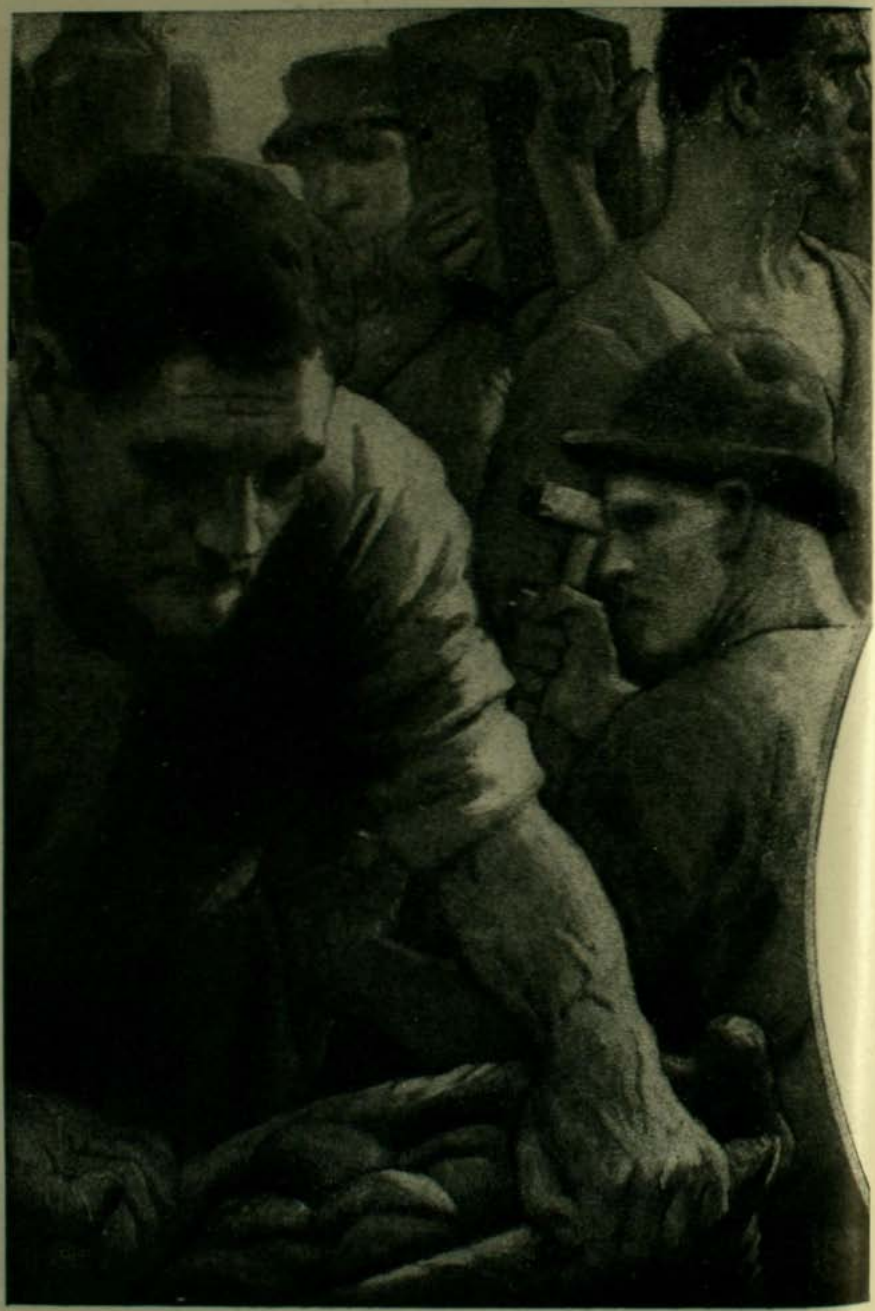
De Austria

Los cablegramas insisten en hablarnos de las desventuras del octogenario monarca Francisco José de Austria. Ahora se le tiene por demente. Los repetidos golpes de la suerte, sus desgracias de familia seguidas por las tremendas preocupaciones y responsabilidades de una guerra continental, habrían agotado la fibra de su resignación. Un drama íntimo, que tiene más de la tragedia—la participación del difunto Francisco Fernando en la muerte del archiduque heredero Rodolfo, hijo de Francisco José—habría hecho rebalsar la medida de su resistencia moral y mental. En el grabado, el artista catalán Simont nos presenta al Emperador y su nuevo heredero Carlos Francisco José, con el tono sombrío que conviene a las circunstancias.

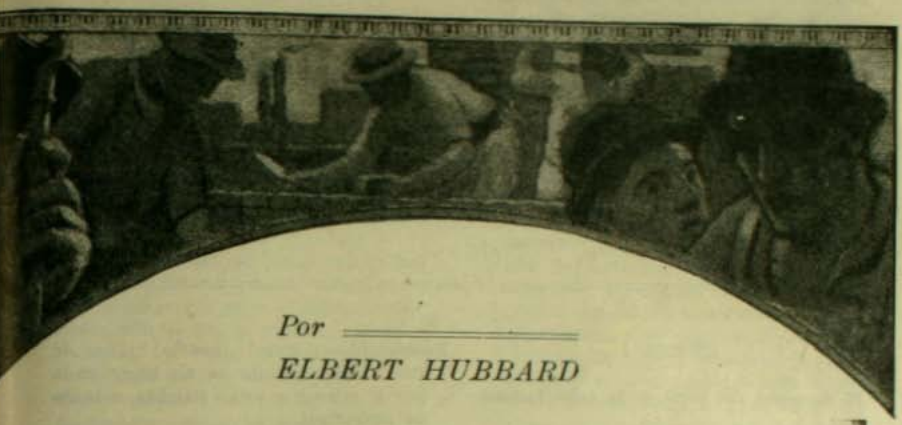
De Bélgica

El águila de Waterloo.—La gran plaza de Bruselas.—Vista de Dinant

EL TRABAJO



CIVILIZADOR



Por

ELBERT HUBBARD

El trabajo es el proveedor de las necesidades humanas.

El Trabajo edifica casas y las amuebla; produce los artículos alimenticios y los distribuye; extrae las materias primas y las manufacturas dándoles formas útiles y hermosas.

Todo hombre y toda mujer que trabaja y contribuye por lo tanto al bienestar de la sociedad, es cooperador activo de la sociedad.

No hay labores despreciables. La necesaria es sagrada.

Todo hombre debiera estar orgulloso de su trabajo y el que no trabaja debiera avergonzarse de ello.

El trabajo del mundo es un vasto sistema de cambios. Cada cual hace,—o debiera hacer,—lo que puede realizar mejor.

Trabajamos para el bien de todos y en cambio todos trabajan para el bien nuestro.

El Trabajo es un juego. Juguémoslo...

Y hoy día el trabajo se está haciendo hermoso. Seguridad, luz, calefacción, ventilación, son todos importantes factores del trabajo. Se están utilizando hoy todas las cosas convenientes para la mejor realización del trabajo.

Todas y cada una de las profesiones son hoy por hoy una ocupación. Su ocupación es lo que lo mantiene a usted en labor.

El Trabajo provee a las necesidades físicas, intelectuales, espirituales y estéticas del hombre. Mientras más inteligencia, dedicación y cuidado ponga usted en su trabajo, mayor será su recompensa. Y la recompensa es sólo incidental al servicio prestado. Toda acción que vale es pagada.

Toda transacción en que no obtengan beneficios ambas partes, es inmortal.

El Trabajo es educador por cuanto en todas partes tiene acción mutua y refleja, —sobre proveedores, clientes, jefes y empleados.

El hombre hace a su trabajo y en seguida su trabajo lo hace a él. Es un producto de su trabajo.

Las necesidades humanas se proveyeron en un tiempo por medio de la violencia.— Fué esa la época de la Fuerza.

Las razas ensayaron luego la maña, la astucia y el engaño.

Ahora se ha introducido un nuevo método: el de la honradez.

La honradez como capital es un nuevo descubrimiento.

En el trabajo moderno se tiene salud, inteligencia, animación, belleza y honradez. Y quien pueda santificar todo esto con amor, de tal manera que la cooperación reine donde antes abundó la competencia, será coronado de honores y su nombre será bendito.

Las Tribulaciones de Rothschild

Por

ALFREDO CAPUS

ESCENA I

El despacho del hotel de la calle Laffitte

Rothschild, (solo).—¡Qué cosa inaudita! ¡Realmente vivimos en una época extraña! ¡Imaginarse que soy el hombre más feliz de la tierra, porque tengo algunos cobres, y porque es raro que no me halle en situación de no pagar mis contribuciones! Y a eso le llaman cuestión social! ¡Pero, caramba! ¡lo intolerable es tener mucho dinero, no el carecer de él!... ¡Daría tres millones, hasta cuatro, por estar completamente privado de recursos!... (Desalentado). Pero, ¡ay! ¡es imposible!.. y aunque quisiera arruinarme, me haría maquinalmente más rico. Vale más no intentarlo. ¡Triste, triste cosa! La fortuna no constituye la felicidad. Ya lo he dicho y no me cansaré de decirlo. ¿Qué es la felicidad, en efecto? Es tener todo cuanto se desea. ¡Pues bien! supongamos que quiero fumar un cigarro de dos centavos... ¿A que no lo consigo?... Por otra parte, voy a convencerme inmediatamente... (Toca un timbre eléctrico y aparece un criado de librea).

El lacayo.—¿El señor barón desea?...

Rothschild.—Un cigarro... un cigarro de dos centavos.

El lacayo.—(Volviendo con una caja de cigarros).—Aquí están, señor barón.

Rothschild.—Eso no son cigarros de dos centavos, son cigarros de un peso.

El lacayo.—Voy a preguntar.

Rothschild.—¡Ligero! (aparte) ¡Dios de Dios! ¡qué fastidio es no hacer nada *por sí mismo* y estar siempre rodeado de sirvientes!

El lacayo.—(con otro cigarro).—El señor barón no tiene más que elegir.

Rothschild.—¿Qué cigarros son esos?

El lacayo.—Los que fuma el lavaplatos. Pido perdón al señor barón, pero como el mismo señor barón...

Rothschild.—¿Y sabe usted a cómo los paga el lavaplatos?

El lacayo.—¡Oh! muy poca cosa: quince centavos, me parece, en la plaza de la Bolsa.

Rothschild.—¡Pero, caramba! ¡Voy a enojarme, al fin! No quiero cigarros de quince centavos, no quiero cigarros de cinco centavos, quiero cigarros de dos centavos. De los que se llaman tagarninas.

El lacayo.—(Asombrado).—¿Tagarninas? ¡No comprendo!

Rothschild.—Quiero decir, que valen dos centavos. ¡Corra a comprármelos! Si no tengo uno dentro de tres minutos, queda usted despedido. Debe de haber en el almacén.

El lacayo.—Voy, señor barón. Sólo necesito el tiempo de cambiar de traje y disfrazarme, porque, si reconocen la librea del señor barón, de ningún modo querrán venderme tagarninas.

Rothschild.—¡Ahora tiene usted que disfrazarse! Tiene razón, no vaya; tardaría demasiado! (Amargamente). Y pensar que hay personas que fuman tagarninas hasta hartarse! Resignémonos

(enciende un cigarro de un peso). ¡Qué malo es éste!

Entra el secretario del barón de Rothschild

El secretario.—¿El señor barón no me necesita? ¿El señor barón no tiene cartas que escribir? Me permito recordarle que mañana está de cacería en Ferriéres, con sus invitados. El tren especial sale a las siete de la mañana.

Rothschild.—¿Especial? ¿Por qué especial?

El secretario.—Como es la costumbre... Esos caballeros viajan siempre en el tren reservado para el señor barón.

Rothschild.—¡Ah, es verdad, ahora recuerdo!... Pero, ¿y si quisiera ir mañana en el tren ordinario?

El secretario.—¿En el mixto?

Rothschild.—Sí, en el mixto.

El secretario.—¡El señor barón se chancea! ¿Qué pensarían los invitados? ¡El mixto!

Rothschild.—¡Y en tercera clase!

El secretario.—(Riendo).—¡Qué chistoso!

Rothschild.—¡Vaya caballero! suponga usted que se me antoja ir a Ferriéres en tercera clase ¿me sería imposible, acaso?

El secretario.—Completamente imposible. Por otra parte, el jefe de estación no lo permitiría.

Rothschild.—¡Repítamelo!... ¿Se imagina usted la satisfacción que me daría oirle repetir eso?... ¿Con que no puedo viajar en tercera, si me da la gana? ¿Eso es lo que usted dice?

El secretario.—Efectivamente.

Rothschild.—(Hablando con un repórter imaginario).—¡La cuestión social! Y esos bichos pretenden que soy feliz porque tengo dinero! Todo el mundo viaja en tercera clase... A mí, únicamente a mí, se me prohibe ese gusto... ¿Y la igualdad? ¿Dónde está la igualdad? Si se me antoja hacer el trayecto en un buen coche de última clase, con buena tierra, con la saludable tierra del campo, con viajeros que huelan a ajo, el excelente ajo, con soldados y amas de leche, esperanza del país, no puedo hacerlo, no tengo derecho. Siempre habrá invitados y jefes de estación que me lo impidan. ¡Y luego me habla usted de la cuestión social! ¡Me habla usted de los obreros! ¡Que se me cite un obrero a quien se haya impedido nunca que viaje en tercera!... ¡Ah, señores! ¡no busquéis la cuestión social en otra parte!... ¡Os lo suplico, no la busquéis en otra parte!...

El secretario.—Muy bien.

Rothschild.—(meditando).—¡Ah! ¡estaba usted ahí! (Sombrío) Está bien! Diga usted a mis convidados que tomaré con ellos el tren especial. (Aparte). ¡Es realmente increíble el encarnizamiento del destino contra algunas personas! ¡En fin! ¡Puede que algún día acabe todo esto! Pero, ¿qué haré esta noche? ¿Dónde pasaría? Todos los espectáculos me aburren. Ayer encontré a un borracho que llevaban a la comisaría. ¡Ese sí que sabrá dónde pasar la noche! ¡Ser llevado a la comisaría! ¡qué sueño!... ¡Ah! ¡si pudiera hacer que una noche me llevaran a la comisaría por atorrante, me reconciliaría con la humanidad!... (Se viste y sale).

ESCENA II

En un gran restaurant del bulevar

Rothschild.—(entrando).—Voy a comer aquí de incógnito. Gastaré mucho, y después diré que no tengo con qué pagar. Supongo que de este hecho me llevan a la comisaría... (Llama al mayordomo). Mándeme traer... (encarga los platos más lujosos).

El mayordomo.—¿Los vinos?

Rothschild.—Los que le parezcan. No me interesan que sean buenos; lo que quiero es que sean caros.

El mayordomo.—Tenemos precisamente lo que usted desea.

Rothschild, (aparte, pero de manera que lo oiga el mayordomo).—De todas maneras, como no puedo pagar...

El mayordomo, (que ha reconocido al barón).—¿Qué le ha dado? (se aleja).

Rothschild.—¡Cómo! ¡Y me sirve todavía! ¡Ah! ¡qué confiados son en París! (Come. Larga pausa).

Rothschild.—He bebido mucho. He vaciado tres botellas de ochenta francos cada una... Me duele algo la cabeza, pero ahora voy a divertirme... **L' addition, garçon, l'addition!**

El mayordomo.—Aquí está.

Rothschild. (fingiéndose turbado).—¡Caramba, caramba, caramba! Y qué caro es!... Si hubiera sabido!... ¡Nunca podré pagar esto!... (registrándose afligidamente los bolsillos). ¿Cómo pagar una cuenta semejante?... Ustedes acostumbran, ¿no es verdad? mandar preso a la comisaría a los que no tienen con qué pagar.

El mayordomo.—(muy correcto).—Jamás, señor, se pide en esta casa nada a los que no tienen con qué pagar... Arreglan su cuenta después, cuando quieren...

Rothschild.—(haciendo una postrer tentativa).—Pagaré dentro de dos años y médio.

El mayordomo.—Dos años y medio o tres, como el señor guste.

Rothschild.—(aparte).—¡Qué jetta! (Sale al bulevar).

ESCENA III

En el bulevar

Rothschild.—Creo que estoy algo mareado (trastavillea).— De veras que sí... ¡Ah, qué idea!... (dirigiéndose a un vigilante) ¡Amigo! vea que estoy ebrio y voy dando traspiés... (choca contra un escaparate). Casi rompo el vidrio... Armo escándalo en la vía pública... Cuando uno arma escándalo en la calle, ¿a dónde se le lleva?

El vigilante.—A la comisaría.

Rothschild.—¿A la comisaría? ¡Bravo! (El vigilante se lo lleva, sosteniéndolo con delicadeza). ¡A la comisaría! ¡Me llevan a la comisaría... (Se deja arrastrar, perdiendo un tanto la cabeza).

ESCENA IV

En el hotel de la calle Laffitte

Rothschild.—(*acostado en su cama*).—¡En la comisaría! Estoy durmiendo en la comisaría, en el calabozo, sobre una tabla! ¡Ah, qué feliz soy! (Se despierta del todo y mira en torno suyo), ¡Pues no!... estos muebles, estas colgaduras... ¿Con qué derecho estoy en mi casa? ¿Y por qué no me han llevado a la comisaría, por ebriedad y por escándalo? (Al volverse ve al vigilante que le presenta una taza de te).

TELON.

Un birlocho de la época

Santiago en 1822

Por
JUAN CONCHA

Ilustraciones de María Graham

Un viajero ha desembarcado en el puerto y se dirige a la capital, Santiago del Nuevo Extremo. Estamos en agosto. La Primavera se anuncia espléndida: el cielo de un azul intenso; la brisa, fresca, cálida, remece las ramitas nuevas de los árboles. Hay una suave quietud en el ambiente. Nuestro viajero se dirige a la capital; dista varias decenas de leguas del lugar de su arribo; el trayecto hay que hacerlo a lomo de mula, por entre lomas escarpadas y áridos breñales. Son sus acompañantes, un peón y una esclava. Lleva sus bártulos en tres mulas. Estamos en 1822; Primavera...

Nuestro viajero ha tomado el camino viejo, camino "sumamente escabroso", pero frecuentado por leñadores y recuas de carga. A medida que avanza va extasiándose en la contemplación del paisaje: "las boscosas hondonadas, las nevadas montañas en el horizonte". A lo largo del camino, serpenteando por entre valles y lomas, siguen recuas de mulas cargadas, que van a la capital. Llega a la cumbre de un cerro que atraviesa el camino: aparecen "los Andes en su nevada majestad dominando los numerosos cordones de los cerros más bajos". Va nuestro viajero parando en pueblos y villorrios, en casas de postas y

haciendas que le brindan un hogar hospitalario. Descansa, duerme, observa y sigue su viaje. Lleva tres días de fatigosa caminata. En la tarde del tercer día vienen por nuestro viajero unas amigas, a encontrarlo, en dos coches. Rehusa el ofrecimiento de entrar a un vehículo "por no penetrar cubierto de polvo"; siguió, pues, a caballo. Llega María Graham—nuestro apoyreado viajero—el veinticuatro de agosto de mil ochocientos veintidós años a Santiago del Nuevo Extremo.

Nuestro viajero es huésped de una linajuda familia de Santiago. Después de disfrutar de algún descanso y vestirse, es llamado a comer. "La comida fué más copiosa de lo que en nuestros hábitos permitiría el buen gusto..." Más adelante observa: "se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle a alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y a nadie se le hace escrúpulo servirle a uno con el cuchillo o cuchara con que ha estado comiendo." "A juzgar por lo que hoy he visto podría decir que los chilenos comen mucho...." Después de la comida la mayor parte de la familia se ha retirado a practicar sus devociones. Pronto llegan algunas familias amigas; las personas mayores conversan alrededor de un brasero; los jóvenes bailan un minué, "incorrecto y descuidado".

En el silencio de la noche ha sonado a lo lejos una campanita y se ha extendido por las calles desiertas la voz del sereno que monótona cantaba: Ave María Purísima, las once de la noche han dado, y nublado!...

Examina nuestra viajera, la casa en la cual se hospeda. Sobre la muralla "baja y blanqueada", "se proyecta un enorme alero de tejas". En el centro, un zaguán empedrado de menudos guijos; cerca de la puerta de calle "la habitación del portero." Detalla la disposición de las habitaciones y dependencias de la casa: los amplios corredores, las confortables alhanías, los

Un rincón de Valparaíso, con la casita de María Graham

La cordillera desde la Angostura de Paine

grandes patios solados de menudos cantos, la abastecida despensa...

Recorre María Graham la ciudad y anota: "el aspecto de las calles es feo a causa de la desnudez y monotonía de los frentes de las casas particulares..." "La disposición de las casas es fea exteriormente y comunica a las calles un aspecto triste y plebeyo." Santiago conserva durante esos años todo el carácter del Santiago del siglo XVIII, del Santiago colonial de Frezier, Juan de Ulloa, de Vancouver... Dominando el lado norte de la Plaza se alza el palacio de residencia del Director O'Higgins, el antiguo palacio de los Capitanes Generales; la Audiencia; la Cárcel. Al poniente, la Catedral levanta sus torres, y los palacios de las dignidades eclesiásticas yerguen sus muros fríos; al frente de éstos, en el lado opuesto "sólo hay unos cuántos edificios vulgares"; cierran la Plaza las arquerías del costado sur, donde tienen sus tiendas los vendedores de telas, zapatos, quincalla, comestibles, y algunas chucherías más. En las noches de luna estos portales y tenduchos "presentan un aspecto muy alegre y animado". Los amplios aleros proyectan sombras discretas, los murallones son propicios a secretos encantos: "las damas acostumbran recorrer entonces las tiendas y puestos, a pie, y, como todos están iluminados, la escena es bellísima." "Todos los pequeños puestos están iluminados; las mejores mercaderías salen a relucir; y las señoras que, para este paseo nocturno se visten con elegancia, se ven muy bien." "El sitio, bello de por sí,—agrega,—lo es mucho más en las noches de luna; disimúlanse entonces los defectos y se observan mejor las bellezas." El agua de la pila central de la Plaza, cae discretamente y canta sus melodías rumorosas; tañen, distantes, las campanas; las sombras de las casas se proyectan uniformes; la luna simula en las sombras de los árboles figuras fantasmales; en el cielo unas nubecitas blancas van huyendo veloces; reverbera la luz lunar en las blanqueadas paredes; corre una brisa fresca, ligera... A lo lejos se oye la voz monótona de un sereno que canta indiferente una hora...

Sigue, nuestro curioso forastero, huroneando por la ciudad. Recorre la Cañada, la Chimba, los Tajamares... Sube al peñón del Santa Lucía, rastrea por callejuelas, atraviesa el puente de cal y canto, visita sus jardines...

Ha visitado la Casa de Moneda. No será para ella, como para aquel Capitán General, una "absurda ridiculeza", sino que un

Calle Santo Domingo en día de fiestas patrias

"soberbio edificio". Ha curioseado por sus diversas dependencias, nos habla con detenimiento de la "tosquedad, superior a cuanto podría haberme imaginado, de la maquinaria", observa la calidad "imperfecta y grosera" de la moneda, "lo más grosero que hasta ahora he visto en materia de monedas" y anota algunas disquisiciones eruditas sobre cuestiones monetarias.

También ha visitado María Graham la Biblioteca Nacional, cuyo director es un "instruído y culto caballero"—don Manuel de Salas—; observa que "los libros de leyes ocupan la mitad de los estantes" y que hay "un buen número de obras francesas, pero pocas inglesas"; hojea un incunable; hace algunos comentarios pertinentes a libros, y se va "con pesar".

María Graham frecuenta salones y pasa las noches en continuos y alegres saraos. Los jóvenes danzan; los minués y los bailes populares españoles, son los más socorridos. Hay música y charla. El canto tampoco falta. Las jóvenes "son, por lo común, de mediana altura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos, azules y negros". Pero, estas "lindas criaturas", cuyo "sonrosado color nunca lo puso más bello la pura y diestra mano de la naturaleza", "tienen, generalmente, una voz desapacible y áspera".

Antes ya había anotado: "pude observar que en Chile la belleza y el traje de una joven son criticados por los demás, lo mismo que entre nosotros"...

Domingo. Hoy nuestra viajera, ha salido a los alrededores a ver los entretenimientos del pueblo, del "bajo pueblo". Las señoras mayores van en calesas, las demás gentes a pie. El lugar se llena de peatones, perros, gente a caballo, en calesas y carretas.

En los puestos se venden frituras, carne asada, pescado, licores, buñuelos fritos en aceite, chicha... "El pueblo parece gozar extraordinariamente en haraganear y beber diversas clases de licores. Suena el arpa, el tamborín, el triángulo, el rabel, la guitarra... "Los músicos se instalan en carros", los mozalbetes compran licores, flores, frutas, "para su propio consumo o para las mozas a quienes desean agradar".

Llenan el aire la música de los instru-

mentos, la gritería de los chiquillos, los requiebros de los mozos. Hincha los corazones una fuerte, pura, sana alegría...

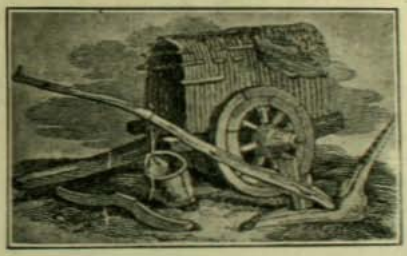
❦

Chocan a nuestra viajera, los prejuicios, la rutina, la intolerancia de las gentes. "Es sensible—anota en su diario—que las antiguas rutinas de la colonia, dirijan todavía estas cosas en Chile..." "Este país escribe más adelante, ha sido el más reacio de todos los de este continente a los adelantos". El atraso de los campos, el desorden en la administración, la pasividad de los campesinos, la rutina en todo orden de cosas, sugiere a María Graham, sesudas reflexiones y severos reparos.

Una campana suena, después otra, después otra, y otra.... Nuestro forastero mira del lado del plácido repiqueteo, y ve "una pequeña iglesia, de cuyas puertas salía una larga y solemne procesión de sacerdotes, que comenzaban una rogativa de nueve días a San Isidro, para pedirle lluvia". Agrega, en seguida, algunas consideraciones acerca de la superstición, a guisa de comentario...

❦

El 28 de septiembre parte María Graham de Santiago del Nuevo Extremo. Estuvo en la ciudad de don Pedro de Valdivia, treinta y seis días. Murió veinte años más tarde—1842—en su residencia de Kensington Pits, a la edad de cincuenta y siete años. Nos dejó un fuerte—admirable en la precisión y penetración de las observaciones,— hermoso, imperecedero "Diario".



En un álbum

Lo que, llegando a viejo,
más me contrista,
no es que me esté poniendo
corto de vista,
sino, más bien,
que ahora las mujeres
ya no me ven!...

A. Zamacois

Méx. VII/14

EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK

Por A. K. GREENE

Miss. Amelia Butterworth, solterona empedernida, observa desde la ventana de su alcoba que a la media noche llega un carruaje a la puerta de la residencia vecina, cuyos propietarios se encuentran en Europa. De ese carruaje descienden un joven y una dama y penetran a la casa, de la que sale el hombre pasados diez minutos, sin que se le vea regresar. Intrigada Miss. Butterworth, sugiere a la mañana siguiente a un policía la conveniencia de que penetre a la casa, en la que cree ha pasado algo anormal. En aquel momento se presenta con las llaves la criada encargada del aseo, y después de varias réplicas accede el policía a penetrar a la casa, encontrando en el saloncito el cadáver de una mujer, sobre cuyo rostro ha caído un enorme aparador que la desfigura por completo la fisonomía. Empiezan las investigaciones, cuando se presenta el propietario de la casa, Mr. Silas Van Burnam, que regresa de Europa. Las sospechas de Mr. Gryce, el detective encargado de la averiguación, parecen inclinarse hacia Howard Van Burnam, hijo menor de Silas, pues su esposa ha desaparecido desde el día anterior y el cadáver presenta una cicatriz que, según confesión de Howard, es parecida a una que tenía su mujer, a pesar de lo cual se niega a reconocer la posibilidad de que ésta haya podido penetrar por la noche acompañada de un hombre a una casa vacía. Miss. Butterworth se apasiona por descubrir el misterio, y habiendo vuelto a la casa Van Burnam, se encuentra allí con Mr. Gryce, a quien ayuda a descubrir la mitad del alfiler del sombrero que sirvió para cometer el asesinato de la mujer; descubre también Miss. Butterworth que tenía cuerda el péndulo que se encontraba sobre el aparador y que se paró a las cinco de la mañana, lo que viene a hacer más confuso el problema. Suplica Mr. Gryce a Miss. Amelia que observe desde su ventana las personas que en esa noche y las subsiguientes lleguen a las doce en punto a la casa de Van Burnam, para ver si alguna se asemeja al individuo que penetró a la casa la noche del crimen. Junto al comedor encuentra Mr. Gryce un sombrero y unos guantes de mujer, que se cree pertenecen también a la mujer de Howard. En las averiguaciones oficiales, para esclarecer la muerte de la mujer, declara Miss Butterworth lo que había visto. Comparece también el empleado de una casa de comercio que asegura haber vendido un equipo completo para mujer, que se le pidió del hotel D..., adonde lo envió con un empleado, el cual, a su vez, aseguró que no había visto a la compradora; que lo hizo depositar el pedido a la puerta del cuarto, ordenándole se retirara y recibiendo en la misma forma el importe de la factura.

XV

Un testigo poco entusiasta

Se hizo un prolongado silencio, que me exasperó, a pesar de que me enorgullezco de tener una paciencia inalterable. Parecía haber alguna dificultad para que se presentara el testigo siguiente, pues el coroner envió más de una vez a Mr. Gryce a la pieza vecina; finalmente, cuando la impaciencia general parecía a punto de estallar, se adelantó un caballero cuyo aspecto, en lugar de calmar los espíritus, los exaltó, por el contrario, a un grado extremo.

La persona en cuestión me era por completo desconocida. Era un guapo mozo, un mozo guapísimo si he de decir la verdad; pero no fué esa la consideración la que hizo prestar al público una atención perfecta. Parecía haber otra cosa, algo completamente extraño a su comparición como testigo. Las personas parecían ser presa de un súbito entusiasmo, que se traducía por sonrisas, por cuchicheos, por codazos significativos, sobre todo de parte de las mujeres. Noté también que los jurados prestaban mayor atención. Por último, su nombre llegó a mis oídos, y, por más que ese nombre despertase en mí también una viva curiosidad, reprimí toda manifestación exterior, no queriendo contribuir a aquel espectáculo de "snobismo".

Randoph Stone, como novio de la riquísima miss Althorpe, era de Nueva York un personaje importante. Aunque mucho me alegraba de tener aquella ocasión de verle, no quise perder la cabeza ni olvidar el motivo que lo traía ante nosotros. No pensé, sin embargo, que nadie en el salón lo mirase con más atención que yo.

Tenía un aspecto elegante y poseía, como lo he dicho ya, un rostro de belleza especial. Pero no eran los únicos motivos esos que le valían la admiración general. Era un hombre de una inteligencia indiscutible y sumamente distinguido. Tenía ese tinte pálido que tan bien sienta a los rostros perfectamente rasurados, y, cuando hablaba, su voz tenía la dulzura armoniosa que sólo se adquiere por una larga cultura y un constante deseo de agradar.

Era un amigo de Howard, como pude darme cuenta por la rápida mirada que cambió con éste al presentarse en el salón. No era, sin embargo, en calidad de amigo como allí comparecía, y aquello se adivinaba fácilmente por la estupefacción con que le reconoció el joven Van Burnam, así como por el indicio de vacilación que se manifestaba bajo la actitud cortés del mismo testigo. A pesar de conservar toda su sangre fría y de mantenerse perfectamente respetuoso, mostraba por todos los medios posibles lo doloroso que era para él tener que agregar el menor detalle a las pruebas aplastantes que continuaban acumulándose contra un hombre con el que vivía sobre una base de intimidad más o menos grande.

Pero es preferible que transcriba en seguida su declaración. Después de convenir que conocía muy bien a la familia Van Burnam y especialmente a Howard, declaró que la noche del 17 había sido retenido hasta muy tarde en su oficina por un negocio de carácter urgente. Viendo que no podía dormir aquella noche, tuvo el capricho de bajar del tren en la calle 21, en lugar de continuar hasta la 33, donde tenía sus habitaciones.

La sonrisa discreta que provocaron estas palabras—miss Althorpe vivía en la calle 21—no despertó sobre su fisonomía ninguna manifestación del mismo género. Por el contrario, puso el ceño adusto, como si encontrara que la gravedad de la situación no admitía aquellas frivolidades. Evidentemente, Howard compartía esta opinión, porque cuando el testigo pronunció el nombre de la calle 21, se estremeció con violencia y dirigió a su amigo una mirada de espanto que, felizmente, pasó desapercibida para todos, por estar observando al testigo. ¿Tal vez haya que hacer una excepción a favor de Mr. Gryce?

—No tenía, por supuesto, otra intención que dar un corto paseo por esta calle antes de regresar a mi habitación, prosiguió el testigo con gravedad, y siento infinito tener que hablar de ese capricho; pero me es indispensable para explicar mi presencia en aquel lugar a una hora tan inusitada.

—No tenéis necesidad de excusaros, replicó el coroner. ¿Querríais explicarnos qué línea tomásteis para regresar de vuestra oficina?

—Tomé la línea de la tercera Avenida.

—¿Y os habéis dirigido en seguida a pie hacia Broadway?

—Sí.

—De suerte que forzosamente tuvísteis que pasar por la casa Van Burnam.

—Sí.

—¿Y qué hora era en aquel momento? ¿Podéis decírnosla?

—Las cuatro poco más o menos. Eran las tres y media cuando salí de la oficina.

—¿Había ya luz? ¿Podías distinguir los objetos con claridad?

—Se veía sin ninguna dificultad.

—¿Y qué fué lo que vísteis? ¿Algo inusitado en las inmediaciones de la casa Van Burnam?

—No, señor; nada de inusitado. Vi únicamente a Howard Van Burnam bajar la escalinata exterior en el momento en que yo pasaba por la esquina de la calle.

—Mr. Van Burnam y vos sóis amigos y había bastante claridad para que pudiéseis reconoceros. ¿Os hablásteis sin duda?

—No, señor; no nos hablamos. Pensaba en... pensaba en otra cosa (y esta vez dejó aparecer sobre sus labios una vaga sonrisa). Mr. Van Burnam también parecía preocupado, porque, según creo, ni siquiera miró para donde yo estaba.

—¿Y no os detuvísteis?

—No, no tenía aspecto de un hombre a quien gustara ser interpelado.

—¿Esto pasaba el 18 a los cuatro de la mañana?

—El 18 a las cuatro.

—¿Estáis seguro del día y de la hora?

—Absolutamente seguro. No me encontraría aquí si no estuviera muy seguro de

mi memoria... comenzaba, pero el coroner le detuvo.

—Las disculpas nada tienen que ver con una investigación como ésta.

Y despidió al testigo.

Un penoso silencio sucedió a su partida, dirigiéndose en seguida el coroner al jurado en estos términos:

—Señores: os dejo que juzguéis de la importancia de la declaración que acabáis de escuchar. Mr. Stone es un hombre bien conocido y de una integridad indiscutible; pero tal vez Mr. Van Burnam va a podernos explicar cómo es que se dirigió a la casa de su padre el día del crimen a las cuatro de la mañana, cuando, según su última declaración, dejó a su esposa como a media noche. Vamos a dejarlo que se explique.

Howard, solicitado en esta forma, confesó que a la hora indicada por Mr. Stone se había encontrado frente a la casa de su padre. Había ido allí, según su dicho, impulsado por una vaga inquietud respecto de su mujer, después de lo cual había bajado la escalinata sin haberse dado cuenta de la desaparición de sus llaves.

"Cuál no sería mi asombro al ver a las dos señoritas Van Burnam..."

—Por lo demás, añadió, no podría explicar la mitad de mis actos en esa malhadada noche.

—Fácilmente se comprende así, replicó el coroner.

Ante esas palabras, la indignación de Mr. Van Burnam no conoció límites.

—Trataís, le dijo, de probar que yo tengo alguna ingerencia en la muerte trágica de mi esposa. Eso no lo lograréis, porque soy tan inocente de esa muerte como podéis serlo vos mismo. Tampoco fuí yo quien hizo caer sobre ella ese aparador, durante una última visita que suponéis hice a la casa de mi padre. Mi mujer murió, sea por su propia mano, sea a causa de algún accidente inexplicable, que sólo Dios sabe cuál pudo haber sido. Tal será el veredicto que pronunciaréis si la justi-

cia ocupa el menor lugar en esta investigación y si se quiere que una sabia prudencia predomine sobre una prevención temeraria.

Se inclinó ante el coroner y esperó que se le ordenara retirarse para ir a ocupar el lugar que, entre su padre y su hermano, había ocupado por la mañana. Mr. Van Burnam y Franklin le recibieron con aire de verdadera angustia.

SEGUNDA PARTE

XVI

Las vueltas de un laberinto

Mi cocinera me había preparado una comida de las más suculentas, suponiendo, sin duda, que después de un día tan lleno de fatigantes emociones, debía yo experimentar gran necesidad de reconfortarme. Pero no pude comer gran cosa; mi espíritu se encontraba sobreexcitado. ¿Podía, acaso, esperar que el jurado de que se trataba pudiera dar un veredicto razonable?

A las siete me levanté de la mesa y fuí a encerrarme a mi alcoba, resuelta a no aceptar ni tregua ni reposo antes de haber sondeado mi propio espíritu y antes de encontrar una explicación a los acontecimientos del día.

La cuestión, la gran cuestión, consistía en saber hasta qué punto podía concederse fe a la declaración de Howard. ¿Era acaso, a pesar de sus afirmaciones, el asesino de su mujer? Para la mayoría de las gentes, la respuesta era sencilla. Según la expresión de las caras, era fácil ver que la multitud que estaba a la salida de la sala de audiencia ya lo había condenado de antemano. Pero este juicio temerario no me influenciaba en lo más mínimo. Tenía la intención de no fijarme en la superficie de las cosas y mi temperamento se oponía a la culpabilidad de Howard, con todo y a la mala impresión que me habían causado sus mentiras y contradicciones.

Sin embargo, se podía admitir, con la razón más elemental, que él era el asesino, que había matado a su mujer en la primera visita y que hizo caer el cofre sobre ella en la segunda. ¿Esta hipótesis no lo explicaba todo? Quedaba un punto importante y éste solamente era conocido por mí: era el testimonio del reloj. Este demostraba que el cofre había caído a las cinco de la mañana, mientras que, según el señor Stone, eran las cuatro cuando Van Burnam había dejado la casa paterna. ¿El reloj era un testigo del cual se podía fiar? ¿Estaría descompuesto con anterioridad? ¿Funcionaba regularmente a la hora del accidente? No; decididamente no había que fiarse a una circunstancia tan poco fundada. Sin embargo, no me podría deshacer de la idea de que Howard había dicho la verdad cuando había declarado, ante el coroner y el jurado, que no se le podía relacionar con este crimen, y aunque esta convicción era íntima mía, resolví fiarme a ella, al menos, por esta noche.

No estoy acostumbrada a ver mi juicio en desacuerdo con mi instinto. ¿Tenía yo alguna razón para creer lo que me figuraba? Howard me había parecido que era inocente en el momento que todas las sospechas se acumulaban sobre su cabeza; pero esta actitud podía ser ficticia, como era el aire indiferente que había adoptado desde el principio de la averiguación. Necesitaba una razón más convincente que ésta.

¿Existía algún indicio en favor de Howard? Ninguno, si no era el del famoso reloj. Viendo lo débil de la hipótesis que yo había construído con tanto empeño, me levanté de la mesa donde tomé el café y me preparé a recibir las visitas acostumbradas.

Esa misma tarde se habían tomado todas las disposiciones para el entierro de Mrs. Van Burnam, y como el cortejo debía salir de la casa vecina, gran número de mis visitantes habían venido simplemente para poder presenciar desde mis ventanas a las idas y venidas de los invitados a la ceremonia.

Pero no me presté a esa pequeña combinación. No podía soportar esta curiosidad inocente. En consecuencia, antes de las nueve procuré quedarme sola para dedicar toda mi atención al asunto importante que tenía pendiente, cosa que me era imposible hacer con seis amigos parlanchines que me rodeaban.

XVII

Butterworth en contra de Gryce

El resultado de mis observaciones se verá en la conversación que tuve a la mañana siguiente con el señor Gryce. Vino más temprano que de costumbre, y ya me encontró levantada.

—Y bien, me dijo, abordándome con una sonrisa, cuando yo entraba al salón en donde me esperaba. Esta vez todo va bien. ¿No es cierto? ¿No ha tenido usted pena en reconocer a la persona que entró anoche a las doce menos cuarto en la casa de sus vecinos?

Resuelta a sondear hasta el fondo del corazón de este hombre, tomé la expresión más severa.

—La persona que lo acompañó anoche — porque era usted la persona que lo acompañaba — no era la misma que yo vi descender del coche hace cuatro días.

El esperaba esta contestación, sin duda alguna; pero, sin embargo, tomó un aspecto de enfado y exclamó de una manera seca y perentoria:

—¿Qué me dice usted?

—No le pregunto a usted quién era, contesté tranquilamente, con un gesto que le hizo volver en sí inmediatamente, porque sé que no tendría la franqueza de decírmelo. Pero lo que yo espero saber de usted, es el nombre de la persona que entró en la casa a las nueve y diez minutos precisamente. Era uno de los invitados a la ceremonia fúnebre, y ha llegado en coche, precedido inmediatamente por un "landeau", de donde descendieron cuatro personas: dos damas y dos señores.

—No sé de quién habla usted, contestó el detective con aire de sorpresa y alegría al mismo tiempo; no observé con atención a cada uno de los invitados que vinieron al entierro.

—*"Estuvieron a punto de ahogarme con sus caricias y me llamaban su única amiga verdadera..."*

—En este caso, no hizo usted su trabajo tan bien como yo hice el mío, respondí secamente; porque yo observé a todos los que entraban, y ese señor, quien quiera que sea, se parecía mucho más a la persona que usted me ha encargado de identificar que a cualquiera otra de las que yo he visto entrar en mis cuatro veladas.

Mr. Gryce sonrió y pronunció un "de veras" un poco seco y más misterioso que nunca. Comencé a ponerme nerviosa; pero guardé, sin embargo, mi actitud tranquila y apacible.

—¿Howard concurrió al entierro de su mujer? pregunté.

—Sí acudió, señorita.

—¿Vino en coche?

—Sí, señorita.

—¿Solo?

—Sí, él se creía solo.

—¿En tal caso, no puede ser más que él?

—Es lo que yo no sé, señorita.

—Entonces, ¿usted no reconoció al hombre que yo le traje anoche a la casa vecina? me dijo tranquilamente sin ocuparse más de mi pregunta, lo que no dejó de molestarme.

Hizo como que se iba, y como yo no sabía si su disgusto era real o simulado, lo dejé ir hasta la puerta sin contestar. Pero como puso la mano sobre el picaporte, le dije:

—Mr. Gryce: no sé lo que piensa usted sobre este asunto, ni siquiera si desea usted conocer mi opinión; pero, sin embargo, se la voy a comunicar. Yo no creo que Howard haya matado a su mujer con un alfiler de sombrero.

—Realmente, contestó el anciano, hablando de su sombrero de una manera irónica, que no merecía esta prenda inofensiva.

—¿Y por qué, señora Butterworth, por qué? Debe usted tener buenas razones para abrigar semejante opinión.

—Tengo sobre este asunto una intuición apoyada por algunos argumentos. La intuición no tendrá ninguna importancia a su modo de ver; pero los argumentos podrán ser, cuando menos, de algún peso, y se los voy a confiar.

—Se lo suplico—dijo en un tono de burla que encontré sumamente incorrecto, pero que le perdoné en vista de su edad y de su aspecto paternal y protector.

—Y bien, le dije, he aquí una. Si se hubiera tratado de un crimen premeditado, si hubiera odiado a su mujer y hubiera pensado que su interés exigía hacerla desaparecer, ¿cree usted que un hombre, teniendo el buen sentido de Mr. Van Burnam, no hubiera escogido para matarla cualquier otro lugar que la casa paterna? Por otra parte, si la hubiera conducido con buena fe y si la muerte de su esposa hubiera resultado un pleito, el medio que usó para matarla es de lo más primitivo. A un hombre enojado no se le ocurre acudir a una operación quirúrgica de las más delicadas para matar, y utiliza sus manos, tal como lo ha sugerido el propio Mr. Van Burnam.

—No le reprocho a usted, Mrs. Butterworth, de tener tan buena opinión de este joven interesante, pero de ninguna manera digno de confianza. El buen corazón de la mujer le impide siempre juzgar a los criminales como se lo merecen.

—Y, sin embargo, usted verá que mi instinto es justo, aún cuando mi juicio no lo sea.

Me hizo un profundo saludo, tan lleno de corrección como falto de convicción.

—No tiene usted necesidad de ser tan galante conmigo. Si jamás intervengo en este asunto, no será como colaboradora suya, sino más bien como su rival.

—¿Como mi rival?

—Sí, como su rival; y los rivales no son nunca buenos amigos hasta que uno de ellos ha sido derrotado por completo.

—Miss Butterworth: me veo ya completamente derrotado y a sus pies.

Al decirme esto abrió la puerta y desapareció, no sin permitirse una sonrisita que dió por resultado que reforzara yo mi resolución de obrar por cuenta propia.

XVIII

El pequeño cojinete de alfileres

La sentencia del coroner demostró que los señores jurados eran personas mucho

más capaces de discernimiento que lo que yo había pensado.

Concluía hablando de un asesinato cometido por un desconocido.

Volví a mi casa, y cuál no sería mi sorpresa al ver llegar al poco rato a las dos señoritas Van Burnam, blancas como espectros.

—¡Oh! señorita Butterworth, me dijeron las dos al mismo tiempo, Howard acaba de ser arrestado y no hay persona que tenga compasión de nosotras.

—¿Arrestado? repetí yo en el colmo de mi sorpresa, porque no me esperaba este golpe de audacia del coroner y de Mr. Gryce.

—Sí, papá está aterrado y Franklin también, aunque no se deja abatir, mientras que papá se ha encerrado en su cuarto y no quiere ver a nadie, ni aún a nosotras. No sé cómo vamos a hacer para soportar tal desgracia, tal vergüenza y tal injusticia. Porque Howard nada ha tenido que ver en la muerte de su esposa. ¿No lo creéis así, miss Butterworth?

—Así lo pienso, repliqué, alistándome, desde luego, en el partido de Howard, porque realmente creía en su inocencia. Es inocente de este crimen, y querría que se me permitiera demostrarlo. Evidentemente, no esperaban una opinión tan decidida de mi parte, pues estuvieron a punto de ahogarme con sus caricias y me llamaron su única amiga. Mostraban tanta y tan real emoción, que no traté de rechazarlas ni escapar a sus besos. Una vez que se hubo calmado algo su emoción, las conduje hasta el canapé y me senté en una silla, frente a ellas. Después de todo, no tenían aquellas jóvenes ya a su madre, y mi corazón, si a veces es duro, no es insensible a la piedad y a la amistad.

—Hijas mías, les dije, si queréis calmaros, os haré algunas preguntas. Para

"Cerrad la puerta, señora Boppert; tengo algo muy importante que comunicaros..."

tener algunas probabilidades de éxito, será preciso que visite nuevamente vuestra casa antes de que hayan hecho desaparecer todos los rastros del crimen.

—Pues es muy fácil, respondió Isabel. En este momento nadie se encuentra allí, añadió Carolina; Franklin salió algunos minutos antes que nosotras.

Me levanté y, guiada por ellas, me encontré bien pronto y una vez más en la residencia de Van Burnam.

Mi primera mirada, al penetrar en los salones, se dirigió al lugar donde se desarrollara la tragedia. El aparador había sido levantado y colocado contra el muro; pero no vi el reloj ni sobre los tableros ni en la chimenea al lado del mueble. Esto me dió en qué pensar y tuve el deseo de examinar una vez más el reloj. Al hacer algunas preguntas, en apariencia insignificantes, descubrí que se le había transportado a la tercera pieza del piso bajo. Lo encontramos acostado en un tablero de la despensa donde Mr. Gryce había descubierto el famoso sombrero. Franklin había sido quien allí lo colocara, temiendo que la vista de aquel reloj impresionara desagradablemente a Howard. Me dí cuenta de que las agujas estaban siempre en la misma posición, de lo que deduje que ni él ni ningún miembro de la familia se habían apercibido de que tenía cuerda.

Habiéndome dado cuenta de este detalle, asombré a mis dos jóvenes, suplicándoles que lo quitaran del tablero y lo pusieran de pie sobre la mesa. Tan pronto como hicieron lo que les pedí, el reloj se puso a andar, como había ocurrido cuando lo había puesto en pie algunos días antes.

Las jóvenes, en el colmo de su asombro, cambiaron entre sí una mirada.

—¡Pero si está andando, exclamó Carolina.

—¿Quién pudo haberle dado cuerda? preguntó Isabel.

—Escuchad, les dije, porque el reloj había empezado a dar la hora. Dió cinco toques.

—¡Por vida mía, es un misterio! exclamó Carolina.

Después, viendo que ninguna sorpresa se leía en mi rostro, añadió:

—¿Acaso sabíais eso, miss Butterworth?

—Mis queridas amiguitas, me apresuré a responder con toda la importancia que sé dar en mis momentos de mayor seriedad; debo suplicaros que jamás me interroguéis sobre ningún punto del que no os hable yo misma. Esto va a pareceros duro, ya lo sé; pero uno de estos días os diré todo y entonces veréis que tengo buenas razones para obrar como lo hago. ¿Estáis dispuestas a aceptar mi ayuda con tales condiciones?

—Seguramente que sí, contestaron con vivacidad.

Pero se veía que estaban decepcionadas.

—Y ahora, les dije, dejad el reloj donde lo habéis puesto y cuando vuelva vuestro hermano mostrádselo y decidle que habiendo tenido la curiosidad de examinarlo, os habéis sorprendido al ver que andaba y que allí lo habéis dejado para mostrárselo. El también se admirará y no dejará de interrogaros, así como a la policía, para saber quién ha podido darle cuerda. Si alguien reconoce haberlo hecho, será preciso que me lo aviséis en seguida, porque me importa saberlo. ¿Me comprendéis, Carolina? Y vos, Isabel, ¿os sentís con fuerzas para no dejar escapar una palabra que pueda descubrir mi permanencia aquí esta tarde, ni el interés que me inspira este asunto?

El primer objeto que llamó en seguida nuestra atención fué una novela que descubrí sobre una mesita, en un rincón de la pieza.

—¿De quién es este libro?—pregunté.

—No es mío.

—Ni mío tampoco.

—Sin embargo, es una obra que acaba de editarse, observé.

Me miraron con cierto asombro, e Isabel se apoderó del volumen. Era uno de esos tomos que se publican en el verano y que se venden sobre todo en las estaciones de ferrocarril. No estaba ni roto ni manchado; pero se veía que había sido leído.

—Permitidme que lo vea, les dije.

Isabel me lo entregó inmediatamente.

—¿Vuestro hermano fuma?—les pregunté.

—¿Cuál de ellos?

—Cualquiera de los dos, poco importa.

—Franklin fuma algunas veces; pero

Howard nunca lo hace, y aún creo que el tabaco lo perjudica.

—Estas páginas huelen ligeramente a humo de tabaco. ¿Será posible que este volumen lo haya traído aquí Franklin?

—¡Oh, no! Jamás lee novelas, o, cuando menos, novelas como ésta. En nuestro concepto, se priva así de un gran placer.

Hojeé el volumen. Las últimas páginas se veían tan nuevas que casi hubiera podido señalar el lugar en que se había detenido su lector. Sentí la impresión del policía que acaba de descubrir una pista y entregué el libro a Carolina recomendándole que lo ocultara. Viéndola que parecía vacilar, añadí:

—Si vuestro hermano Franklin nota la desaparición, será una prueba de que él lo trajo, en cuyo caso ningún interés presenta para mí el asunto.

Esto pareció satisfacerlas, porque Isabel colocó inmediatamente el volumen sobre un tablero, donde no se le alcanzaba a ver.

No viendo en aquellas piezas nada que pudiera interesarme pasé al vestíbulo, seguido de las dos jóvenes. Allí me ocurrió una nueva idea.

—¿Cuál de vosotras dos fué la primera en subir a los pisos posteriores?

—Las dos, respondió Isabel, llegamos juntas. Pero, ¿por qué nos preguntáis esto, miss Butterworth?

—Quisiera saber si encontrásteis todo en orden, allá arriba.

—Solamente notamos que había desaparecido un vaso; pero... ¡Oh! Carolina, ¿y el cojincito de alfileres? ¿Acaso crees que miss Butterworth quiera hablar de ese cojincito?

Me estremecí. ¿Acaso aludía al cojincito que había yo levantado colocándolo sobre la consola?

—¿Qué tenéis que decir de ese cojincito? les pregunté.

—Nada, nada; pero no sabíamos cómo explicarnos que se encontrara sobre la consola. Mirad, teníamos un cojincito para alfileres que imitaba un tomate, y que siempre estaba colgado junto a nuestro tocador Pues bien, ese cojincito que ninguna de nosotras quitaba nunca de allí, ha sido encontrado sobre una consola, cerca de la puerta, conservando todavía el pedazo de listón con el que le teníamos atado a la mesa de tocador. Alguien lo quitó de allí y por cierto que con brusquedad, porque el listón se encontraba roto. Pero un pequeño detalle como éste nada tiene en sí que pueda interesaros, ¿no es así, miss Butterworth?

Randolph Stone

—No.

—¿Tenía alfileres el cojincillo?

—Cuando lo encontramos no tenía ya ninguno.

—No recordaba yo, en efecto, haberle visto ningún alfiler; pero no siempre puede confiarse en la propia memoria.

—¿Habíais dejado alfileres en él?

—Es muy posible, aunque no me acuerdo. ¿Cómo podría acordarme de semejante detalle?

—¿Tenéis acaso algún alfiler como los que guardábais en ese cojín? pregunté a Carolina.

Se buscó en el cinturón y en el cuello, moviendo en seguida la cabeza.

—Puede ser que alguno tenga arriba, me respondió.

—En ese caso, id a buscarme uno.

Pero antes de que pudiera alejarse, la detuve por el brazo.

—¿Acaso alguna de vosotras durmió en esa pieza la noche pasada?—agregué.

—No. Queríamos primero acostarnos allí, respondió Isabel; pero Carolina tuvo el capricho de dormir en uno de los cuartos del tercer piso, asegurando que quería alejarse lo más posible de los salones.

—Entonces, quisiera dar un vistazo a la alcoba del segundo piso.

Aquel cojín arrancado de su lugar habitual, me había sugerido una idea. Subimos, recorrimos silenciosamente la pieza y acabé por detenerme frente a la cama, que por su aspecto me hizo preguntar desde luego si se la había arreglado recientemente. Me aseguraron las jóvenes que no, añadiendo que siempre gustaban de tener sus camas arregladas, porque les desagrada entrar a una pieza desfigurada por los colchones descubiertos.

Tuve deseos de hacerles un discurso acerca de los cuidados que debía tener una buena señora de casa; pero me contuve, y mostrándoles un ligero hueco en la superficie de la cama, añadí:

—¿Acaso alguna de ustedes hizo esto?

Movieron la cabeza negativamente, asombradas.

—¿Y qué tiene eso de particular? contestó Carolina.

Pero le hice una señal para que me trajera el cojincillo de alfileres, haciéndolo ella así, y cuando lo coloqué sobre el lugar en cuestión, se vió que correspondía exactamente al hueco que aparecía en la cama.

—¡Sois asombrosa, amiga mía! exclamó Carolina. ¿Cómo ha podido ocurriros tal idea?

Pero calmé con una mirada de entusiasmo.

Recogí el cojín de alfileres y lo coloqué entonces sobre una parte de la cama, en la que aparecía la colcha perfectamente lisa.

—Ahora quitadlo, les dije.

Y vieron que un segundo hueco se había producido, idéntico al anterior.

—Ahora véis dónde ha estado colocado ese cojín, antes de que se le pusiera sobre la consola, les dije.

Después recordé a Carolina que me había ofrecido un alfiler. Me lo entregó y me despedí de las dos jóvenes, dejándolas tan llenas de admiración como era capaz de que la concibieran sus pequeños cerebros de niñas alocadas.

XIX

Avanzamos claramente un paso

Sentí que había dado un paso hacia adelante. Tal vez no fuera gran cosa; pero, después de todo, se conocía que había progresado. Tratábase ahora de no estacionarse y de sacar conclusiones positivas de lo que había visto, añadiendo ciertos hechos que podría proporcionarme con seguridad Mrs. Boppert.

No sabiendo si Mr. Gryce había juzgado oportuno el hacerme vigilar; pero pensando que semejante medida debía entrar en su manera de obrar, comencé por hacer dos o tres visitas antes de dirigirme al barrio en el que habitaba la criada, y aún después de esto, no me hice conducir directamente a su casa, bajé del carruaje frente a una tienda que se encontraba en las inmediaciones.

Era una tienda bien singular. Jamás había yo visto tantos objetos y tan diferentes, reunidos en tan pequeño espacio. No perdí mi tiempo en examinarlos; me aproximé a la buena mujer, que se encontraba inclinada sobre el mostrador, y mediante un billete de cinco dólares, la decidí a que fuera a buscar a Mrs. Boppert para que la trajera a su tienda.

La mujer salió. Entonces cerré los ojos y me puse a reflexionar. Pero antes de que transcurrieran cinco minutos se abrió bruscamente la puerta y Mrs. Boppert, entró apresurada, con el rostro más encendido que de costumbre. Se detuvo al verme, dejando adivinar su asombro.

—¡Dios mío, pero si es la señora!...

—Silencio... Cerrad la puerta. Tengo algo muy importante que deciros.

Inmediatamente manifestó la intención de marcharse; pero me le adelanté y cerré la puerta, tomándola luego por el brazo y haciéndola sentarse en un rincón de la pieza.

—No os mostráis muy agradecida, le hice observar. Os he prestado un servicio, ¿no es así? ¿La policía no ha descubierto lo que teníais que ver en la muerte de aquella mujer, ¿no es así?

—No, señora, no. Cuando una señora como vos acaba de declarar que vió entrar a la joven dentro de la casa, a media noche, ¿cómo podían dejar de creerla? Jamás me han preguntado si sabía yo lo contrario.

—Por supuesto, le contesté casi aturdida por el éxito que acababa de coronar mis esfuerzos; pero sin dejar que apareciera mi satisfacción. No me convenía que os inquietaran.

—Gracias, señora. Pero, ¿cómo sabíais que la joven había ido a la casa antes de que yo saliera? ¿Acaso la habéis visto?

Aborrezco la mentira como al veneno, y en este caso tuve que apelar a todos mis principios cristianos para no mentir.

—No, le dije, no la vi; pero no tengo necesidad de servirme siempre de mis ojos para saber lo que pasa en la casa de mis vecinos.

"Si acaso intervengo en este asunto, no será como colaboradora vuestra, sino más bien como vuestra rival..."

—¡Oh, señora, sois realmente admirable! Yo quisiera parecerme a vos. Pero, ¿qué es esto?

—Es solamente una caja para te, que hice caer empujándola con el codo.

—¡Todo me hace temblar! Tengo miedo hasta de mi sombra desde que vi aquella pobre muchacha tirada bajo el mueble!

—Eso no me asombra.

—Yo creo que ella misma fué la que hizo caer el aparador sobre su persona; ¿no lo creéis así, señora? Nadie entró allí para asesinarla. Pero, ¿cómo es que tenía aquella ropa? Cuando yo le abrí estaba vestida de muy distinta manera. Por mi parte, digo que todo esto está notablemente embrollado y que será muy listo quien logre ponerlo en claro.

"Muy listo... o muy lista", pensé para mí.

—¿Acaso he hecho mal, señora? Esto es, sobre todo, lo que me ha atormentado. Tanto me suplicó que la dejara entrar, que no tuve ánimo para cerrarle la puerta en la cara. Por lo demás, la joven se apellidaba Van Burnam; al menos, eso fué lo que me dijo.

¡Nueva complicación! Dominando mi emoción, le dije:

—Desde el momento en que os pidió que la dejáseis entrar, no veo cómo pudísteis haberos excusado. ¿Fué por la mañana o por la noche cuando vino?

—Fué por la tarde mientras que arreglaba yo las piezas del sótano que dan a la calle. ¡Si viéseis, señora, lo bien que hablaba y lo amable que se mostró conmigo! Me obligó a dejarla que permaneciera en la casa, y cuando le dije que bien pronto se haría de noche y que todavía no arreglaba las piezas del piso alto, se echó a reir diciéndome que aquello le importaba muy poco, que no tenía miedo a la obscuridad, y que llegado el caso pasaría la noche sola en aquella gran casa, leyendo un libro que al efecto traía.. ¿Qué decís, señora?

—Nada, nada, continuad... ¿Conque decíais que traía un libro?

—Sí: me aseguró que iba a leer hasta que le llegase el sueño. Jamás me imaginé que fuera a pasarle alguna desgracia.

—Naturalmente, ¿cómo suponer semejante cosa? ¿Entonces la hicísteis pasar a la casa y allí la dejásteis al terminar vuestro trabajo? Pues bien, no me asombra que os hayáis emocionado al verla muerta sobre el pavimento, al día si-

guiente por la mañana. ¿La encerrásteis con llave cuando salísteis de la casa?

—Sí, señora. Fué ella misma la que me indicó que así lo hiciera.

Confundida por el carácter misterioso de todo este asunto, guardé silencio y quedé a tal punto inmóvil, que la mujer se puso a mirarme sorprendida. Comprendí que era preferible seguir interrogándola.

—¿Y qué razón os dió para querer permanecer toda la noche sola en la casa?

—¿Qué razón? No lo sé. Me indicó vagamente que necesitaba encontrarse allí en el momento en que regresara Mr. Van Burnam. No entendí bien lo que me dijo. Me preocupaba mucho la idea de que la pobre joven nada tenía allí que comer. Me indicó que llevaba algo al efecto, por más que yo no he visto ningún alimento. La pobre joven estaba muy lejos de imaginarse lo que le iba a pasar. Hasta la oí cantar regocijada después de subir a los pisos altos.

—¿Y no la habéis visto después?

—No, señora; pero la oí que se paseaba de una pieza a otra.

—¿Queréis decir de los salones?

—Sí, señora; de los salones.

—¿Pero acaso no habéis subido vos misma?

—No, señora; tenía mucho que hacer abajo.

—¿Y a qué hora partísteis?

—A las cinco; siempre acabo de trabajar a las cinco.

—¿Cómo sabíais que eran las cinco?

—Lo vi por el reloj de la cocina. Le había dado cuerda al oir silbar las sirenas, al medio día.

—¿Y es ese el único reloj al que dísteis cuerda?

—¿El único reloj? ¿Acaso créis que me puse a darle vuelta a la casa con el fin de darle cuerda a los relojes?

Me ocurrió entonces una idea que me preocupó en gran manera. La criada había dado cuerda al reloj de la cocina para su propio uso; ¿por qué la joven no habría hecho otro tanto con el reloj del salón? Compenetrada con esta idea, le dije:

—¿Es que la joven Van Burnam llevaba consigo algún reloj?

El rostro de la mujer permaneció imposible. Irritada por su silencio, la sacudí con mano impaciente, preguntándole con voz imperiosa:

—¿En qué estáis pensando? ¿Por qué no respondéis a mis preguntas?

Se recobró en un momento.

—Señora, os suplico que me dispenséis. Me preguntaba si por casualidad os referíais al reloj del salón.

Me calmé y tuve que adoptar un aire severo para ocultar el profundo interés que aquel asunto me provocaba.

—Naturalmente que hablo del reloj del salón, le dije con cierta sequedad. ¿Acaso fuísteis vos la que le dió cuerda?

—No, os aseguro que no fuí yo. Pero la joven debió haberle dado cuerda, porque recuerdo haber oído sonar el péndulo mientras que lo estaba arreglando. Tal vez se había sentido un poco sola y quiso disimular su soledad con el tic-tac del reloj.

—Es verdad, le respondí con cierta vivacidad que no era habitual en mí y que la hizo estremecerse. Os aproximáis mucho a la verdad y sóis una mujer mucho más lista de lo que me imaginaba. ¿Pero a qué hora daría cuerda a aquel reloj?

—A las cinco, señora; un instante antes de mi partida.

—¿Y supo ella el momento en que os retirábais?

—Ya lo creo, señora; porque antes de ponerme el sombrero le grité que eran las cinco y que me marchaba.

—¿Y os contestó?

—Sí, señora. La oí venir hasta el vestíbulo y después escuché su voz. Me preguntó si estaba segura de que eran las cinco y le contesté que sí, teniendo en cuenta que yo misma había arreglado el reloj de la cocina al medio día. No me dijo nada; pero fué en aquel instante cuando oí sonar el reloj del salón.

Al llegar a este punto de sus confidencias, exclamó la mujer:

—Pero, ¿no lo diréis a nadie, verdad, señora? Podrían hacerme pagar todos los objetos rotos.

Esta vez mi sonrisa no fué una simple sonrisa de aliento, por más que en ella no causó la menor impresión. Las complicaciones de este asunto habían turbado su pobre cerebro y la poca energía que le quedaba la gastaba en lamentaciones.

—¡Ojalá que jamás la hubiera visto! Mi cabeza no se encontraría al revés como ahora la siento. Pensad nada más cómo es posible que su marido haya dicho que había venido con ella a la casa a media noche. ¿Cómo puede ser eso, puesto que se encontraba ya en la casa y que no pudo haber salido de allí? Pero tal vez así lo dijo, lo mismo que vos lo habéis hecho, por evitarme una reprensión. ¿Y por qué un caballero como él se tomaría ese trabajo?

—No vale la pena que os preocupéis por este asunto, le dije con un tono tranquilizador. Basta con que yo me preocupe para que os evitéis la pena de hacer lo mismo.

No creo que me haya comprendido, ni que haya tratado de comprenderme. En aquel momento, su rostro estaba congestionado al extremo que parecía de púrpura, lo que me hizo pensar que era más humano poner fin a aquella entrevista.

Le dirigí, pues, algunas palabras de carácter amistoso y consolador; luego, viendo que se necesitaba algo más sólido para llevarla a su estado normal, saqué de mi bolsillo todo el dinero suelto que llevaba conmigo.

Aquel era al fin un argumento a la altura de su inteligencia. Se serenó inmediatamente y antes de que acabara sus protestas de agradecimiento, abandoné la pieza y salí a la calle.

De mi conversación con la criada llegué a la convicción más firme de que Howard Van Burnam era extraño al crimen y de que otra mujer había desempeñado un papel capital en aquella tragedia. Pero, ¿quién era aquella mujer? Resolví intentar una prueba para encontrarla.

XX

Juiciosa conjetura

La prueba a la que hago alusión era la siguiente: Me proponía hacer buscar, por medio de los anuncios en los periódicos, a una persona vestida como creía que lo estaba Mrs. Van Burnam en el momento en que había dejado el lugar del crimen. Si oía hablar de tal persona, podría considerar que mi teoría estaba suficientemente probada.

Escribí, pues, el siguiente anuncio:

"Se desea encontrar a una señora que buscaba alojamiento en la mañana del día 18 del corriente. Esta dama llevaba una falda de seda gris y un talle a cuadros negros y blancos, de corte elegante. No llevaba sombrero, o, si acaso lo llevaba, debió haberlo comprado en la mañana misma en cuyo caso, se suplica a los comerciantes a quienes pueda convenir esto, que tomen buena nota. La persona que corresponde a esta descripción, está siendo buscada por su familia y se pagará una buena recompensa a los que ayuden a encontrarla. Dirigirse a T. W. Alvord, número... Liberty Street."

De propósito no dí la descripción típica de la mujer, por no llamar la atención de la policía.

Hecho esto, escribí la siguiente carta:

"Querida miss Fergusson:

"He sido llamada como testigo en la investigación en que tan notablemente declarásteis.

"Espero no mostrarme indiscreta pidiéndoos una fotografía de Mrs. Van Bur-

nam. Soy una amiga de la familia y considero que se la ha calumniado. Si tuviese un retrato de esta joven, lo mostraría a las señoritas Van Burnam, que sienten infinito haberse portado con ella como lo hicieron y que gustarían de tener su retrato.

"Espero que querráis hacerme ese servicio, y os aseguro que el motivo por el que os dirijo esta súplica, es de los más laudables.

"Creedme, querida miss Fergusson, que soy cordialmente vuestra."

AMELIA BUTTERWORTH.

"P. D.—Tened lo bondad de enviarme vuestra respuesta al número 564 de la 10a. Avenida, dirigiendo vuestra carta al cuidado de Mr. J. H. Denham."

Este último era mi proveedor de legumbres. Pasé por su casa al día siguiente por la mañana para suplicarle que me enviara la carta con el primer cesto de patatas que tenía que mandarme.

Mi criada, Lena, llevó ambos documentos a su destino. Puso la carta en el correo, y en cuanto al anuncio, lo hizo llevar a la oficina del "Herald" por un policía pariente de ella. Durante su ausencia, traté de serenar mi espíritu pensando en otra cosa. Pero no lo pude conseguir. No hacía sino repasar a pesar mío la declaración de Howard, tratando de hacerla concordar con mi nueva teoría.

La vista de la falda de Mrs. Van Burnam, exhibida en la audiencia, habría reforzado las sospechas que pesaban sobre el marido. Pero no se había encontrado esa falda, que se decía perdida en la calle. Esto también creía podérmelo explicar. La joven pareja se había desembarazado del famoso paquete de una manera bien distinta. Pero, ¿de cuál? Resolví ir a dar una vuelta yo misma por la calle en cuestión, porque de esta manera podía tener una idea exacta de la facilidad o de la dificultad para deshacerse de un paquete comprometedor, sea ocultándolo, sea haciéndolo desaparecer.

Una vez tomada esta resolución, reflexioné en la mejor manera de ejecutarla. No soy miedosa; pero tengo que velar por mi reputación, y ¿qué razón podía tener miss Butterworth para pasearse a media noche por las calles de la ciudad? Cuando volvió Lena, pretexté necesidad de ir a la farmacia y salimos juntas con gran estupefacción suya.

Hay en la tercera Avenida cierto farmacéutico que me vende las medicinas que necesito y fué hacia su botica adonde ostensiblemente dirigí mis pasos. Pero tuve cuidado de tomar por la avenida Lexington y por la calle 27. Al aproximarme al lugar donde había sido vista la misteriosa pareja, examiné con cuidado los alrededores para darme cuenta de los escondites posibles que ofrecían.

Me detuve en la esquina de la tercera Avenida. No había visto hasta allí sino escalinatas desiertas y a mi vista no se había presentado nada que pudiera servir de escondite para paquetes estorbosos. Me detuve bajo el reverbero de la esquina para reflexionar, sin prestar atención a Lena, quien dulcemente me estiraba de la manda para conducirme a la farmacia. Dirigiendo mis miradas a derecha e izquierda, buscaba una inspiración.

Una creencia casi obstinada en mi propia teoría, me hacía rechazar la idea de la vieja que se decía había encontrado la pareja. Acaso habían arrojado sencillamente su paquete en mitad de la calle.

Mientras que así pensaba, mi vista se dirigió hacia la única tienda que se encontraba todavía abierta e iluminada. Era la pobre morada de un lavandero chino y por la ventana le vi planchando, a pesar de lo tardío de la hora.

Crucé tan bruscamente la calle, que Lena tuvo un sobresalto.

—¡No es por allí! me gritó. ¡Miss Butterworth, llevá̀is mala .ección!

Pero continué sin volver la cabeza y no me detuve sino al llegar frente a la lavandería.

—Tengo un negocio que arreglar aquí, le dije a Lena a manera de explicación. Esperadme en la puerta y no os conduzcáis como si pensáseis que he perdido la cabeza, porque nunca he estado más sana de espíritu que en este momento. Estaba tan habituada a obedecer, que hizo lo que le mandé. La sorpresa que se pintó en el rostro del chino al ver ante él a una dama de cierta edad y de un aspecto severo, me contuvo por un momento. Pero

bien mirado, comprendí que su misma sorpresa era explicable, y apelando a todo mi valor pregunté con toda la cortesía que era capaz de mostrar a un hombre de esta odiosa raza:

—¿Acaso un señor y una señora que llevaba un grueso velo no dejaron en vuestra casa un paquete hace algunos días, como a esta hora?

—¿Ropa de mujer? Sí, señora. Aún no está lista. La señora me había dicho que no vendría a recogerla antes de una semana.

—Entonces, es la ropa a que me refiero. La dama murió súbitamente y el caballero se encuentra viajando. Será preciso que guardéis esa ropa mucho tiempo.

—Pero si yo lo que necesito es dinero y no ropa.

—Si queréis, yo os pagaré. Poco me importa que la ropa no haya sido planchada.

—Os entregaré la ropa siempre que me déis el boleto. Si no hay boleto, no hay ropa.

Aquel era un gran contratiempo. Pero como, después de todo, no tenía mucho empeño en obtener aquella ropa y sólo quería mirarla, allané bien pronto la dificultad.

—No quiero llevármela esta noche, repliqué. Quería solamente convencerme de que aquí se encontraba. ¿Qué día vinieron esas personas?

—El martes en la noche, muy tarde; un caballero y una señora muy elegante. Ella quería hablar, pero él no la dejó. Como véis, la ropa está ya lavada; pero aún no la plancho.

Estaba tan admirada por mi propia perspicacia, que permanecí ante el chino sin decir nada durante algún tiempo.

Las prendas de ropa que se encontraban a mi vista eran menos finas de lo que yo esperaba y llevaban una marca con tinta indeleble, consistente en las dos letras "O. R."

Al abandonar la lavandería era tal mi aire de satisfacción, que Lena no sabía qué pensar acerca de mí. Después me ha explicado que tenía yo el aspecto de una persona que quiere gritar victoria, aunque creo que no me abandoné a ese extremo. Sin embargo, a pesar de todo mi contento, solamente había descubierto el paradero de uno de los paquetes. Habría sido preciso llegar a encontrar la pista de los demás objetos; pero aparentemente mi capacidad no llegaba a tanto.

Maquinalmente nos habíamos dirigido en la dirección de la farmacia y fué al llegar a la acera cuando acepté aquella conclusión. Había llovido recientemente y se había formado un arroyuelo en la orilla de la acera, para irse a perder después en la boca de un resumidero. Al ver aquello, se hizo un rayo de luz en mi espíritu.

Me dije que si hubiese tenido el deseo de desembarazarme de un objeto comprometedor lo habría depositado a la entrada de uno de estos resumideros, empujándolo después con el pie. Persuadida de haber encontrado la explicación del paradero del segundo paquete, continué mi camino. Si hubiera tenido la policía a mis órdenes, habría hecho buscar en los cuatro resumideros de aquella esquina.

Volvimos a casa en carruaje, después de haber visitado la farmacia. No quisiera emprender un nuevo paseo nocturno con Lena por la calle 27.

(Continuará).

Mitla, o "El Lugar de la Muerte"

Ruinas de un antiguo panteón azteca, cerca de Oaxaca, Méjico

Las ruinas de las ciudades antiguas, vestigios de civilizaciones desaparecidas, ejercen gran fascinación sobre las gentes. Tanto los eruditos de renombre como los simples mortales sienten que algo se agita en su interior cuando se ponen en contacto con las cosas antiguas. Los turistas que andan a caza de alivios para los rigores de la existencia, así sean pedagogos o mercaderes, se apresuran a visitar las ruinas cuando al encontrarse en una ciudad extraña llegan a saber que se hallan a poca distancia de muros patinados por el tiempo, santuarios y palacios cuya historia es un misterio o cuyos constructores son desconocidos. Al tocar las desmigajadas piedras y escudriñar las grotescas figuras o los raros dibujos, se maravillan de que tales cosas hayan podido existir antes de su venida al mundo o de que hubiese comenzado la civilización de que orgullosamente se consideran parte.

Méjico abunda en ruinas de esta clase. En el solo Yucatán existen más de setenta. Acercarse a algunas de ellas es cosa dificilísima para la generalidad de los turistas; pero hacia el sur de la República se encuentra el Estado de Oaxaca cuya capital es de fácil acceso y no está distante de Mitla.

Según un artículo publicado en la edición española del "Boletín Mensual de la Unión Panamericana", de Washington, D. C., "Mitla es una contracción o corrupción de la palabra Mictlan, que significa "el lugar de la muerte". La moderna aldea y las antiguas ruinas ocupan el centro de una árida llanura enteramente rodeada de colinas igualmente áridas, en la más alta cumbre de las cuales se ven los restos de una gran fortaleza, cuyas paredes, desprovistas de ornamentación, son de un trabajo bastante tosco. Casi en el centro de esa llanura se destacan, enteramente visibles, cinco grandes grupos de edificios. Muchos de ellos apenas tienen ya forma y no son sino montones de ruinas. Sin embargo, dos grandes grupos están relativamente bien conservados, un tercer grupo está incorporado a una vieja iglesia, y a otro, el gran montículo de los sacrificios, se sobreponen las ruinas de un templo antiquísimo. Los principales edificios fueron construídos de ladrillos. La descripción de uno de ellos dará idea de los demás.

"El Palacio de los Pilares, que está en el grupo del norte, es un gran salón que interiormente mide 125 pies de longitud por 23 de ancho. La altura de las paredes es de unos 12 pies, siendo el espesor de las paredes de 3 pies 2 pulgadas y la de la fachada de 4 pies 6 pulgadas. Al salón se penetra por tres puertas que tienen cerca de 8 pies de ancho y que se componen de tres partes, a saber: dos enormes jambas monolíticas de 7 pies de alto por 6 de ancho y dos de espesor que están coronadas por dinteles monolíticos de 20 pies de longitud por 3 de ancho y 5 de espesor. El rasgo más notable del salón es una hilera de seis columnas monolíticas que se extienden a lo largo del mismo. Cada columna tiene 11 pies una pulgada de altura, nueve pies seis pulgadas de circunferencia, y se levantan sobre un suelo cubierto de cemento. Son ligeramente cónicas y su parte superior es completamente plana. Las paredes interiores no tienen adorno alguno, pero las exteriores están cubiertas de ricas decoraciones y de cuadros de mosaico rodeados de grandes piedras cuadradas y a veces por algunas piedras esculpidas.

"El Palacio de las Columnas era el salón de ceremonias de los edificios del grupo del norte. Es probable que en el grupo del sur se celebrasen las últimas ceremonias relativas al fallecimiento de un jefe, de un prelado o de otro dignatario. Los demás edificios estaban quizás destinados a los dignatarios que se hallaban de paso y a los sacerdotes y funcionarios consagrados al culto de Mictlan Tecuhtly, "Señor del lugar de la muerte". Los montículos sobre los cuales aparecen los edificios estuvieron cubiertos de piedras de color de crema, los cuales formaban extensas graderías alrededor de los monumentos. Los edificios se erguían en medio de la vasta llanura y despedían un resplandor purpúreo y blanco cuando los bañaba el sol. Al penetrar en los edificios se hundía uno en una obscuridad casi absoluta. Allí, y en medio de la incierta luz de las antorchas, se practicaban los misteriosos ritos con que esas gentes acompañaban el misterio de la muerte, siglos antes de que Méjico fuese conquistado por Cortés."

PODEROSO ACELERADOR DE LA NUTRICION GENERAL

TRATAMIENTO DE LA

TUBERCULOSIS y de las

ENFERMEDADES CONSUNTIVAS

HISTOGÉNOL

NALINE

Medicación con base

Arsenio-Fosforada orgánica de Nuclarrina

EXPERIMENTADA con éxito en los HOSPITALES DE PARIS

Comunicados en { la ACADEMIA DE CIENCIAS
la SOCIEDAD DE BIOLOGIA
la SOCIEDAD DE TERAPEUTICA

FORMAS:

Emulsión, Elixir granulado: 2 cucharadas soperas al dia

Ampollas: Inyectar una ampolla cada dia

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unicos Concesionarios para Chile:

ALEX ARDITI & Cía.

Casilla número 78-D

Agustinas 814, Santiago

Agentes y Comerciantes Ganan Dinero

negociando con nuestras **Amplificaciones de Retratos al Oleo. Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniaturas, Convexas,** etc. **Oleografías, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas, Postales, Molduras, Marcos, Obgetos de Arte y varias otras Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

Consolidated Portrait and Frame Co.
1029—Dept. A-4, W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

ALIRO PARGA

ABOGADO

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831

Casilla número, 2046, SANTIAGO

IMPRESION DE OBRAS

La Empresa "Zig-Zag" ejecuta toda clase de trabajos de impresión, como Libros, Folletos, Revistas, Etiquetas, Memorias, etc.

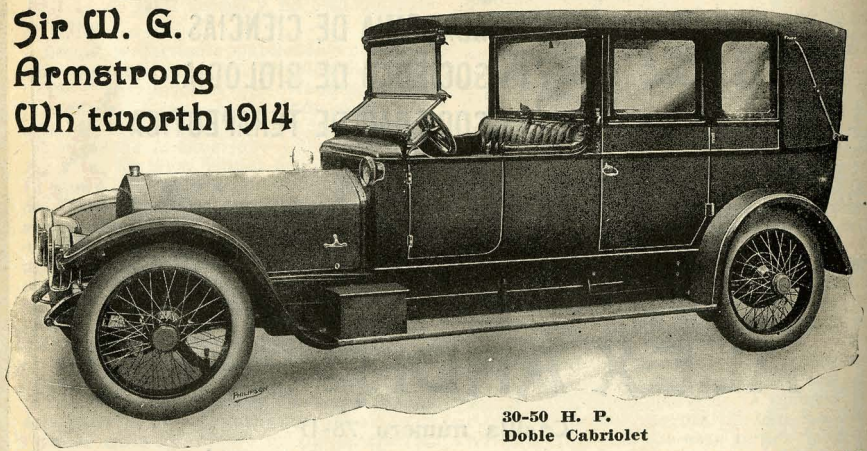
Garantiza la perfecta ejecución de los trabajos y entrega en los plazos convenidos de antemano.

Facilidades amplias a los autores para revisión y corrección de pruebas.

TEATINOS, 666

Tenemos listos para entregar los Automóviles

Sir W. G. Armstrong Whitworth 1914



30-50 H. P.
Doble Cabriolet

HUTH y Cia.

Monjitas 812
SANTIAGO

tbre.
1914

PACIFICO MAGAZINE

Precio
UN PES

EN CHILE HAY 4.000.000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50.000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

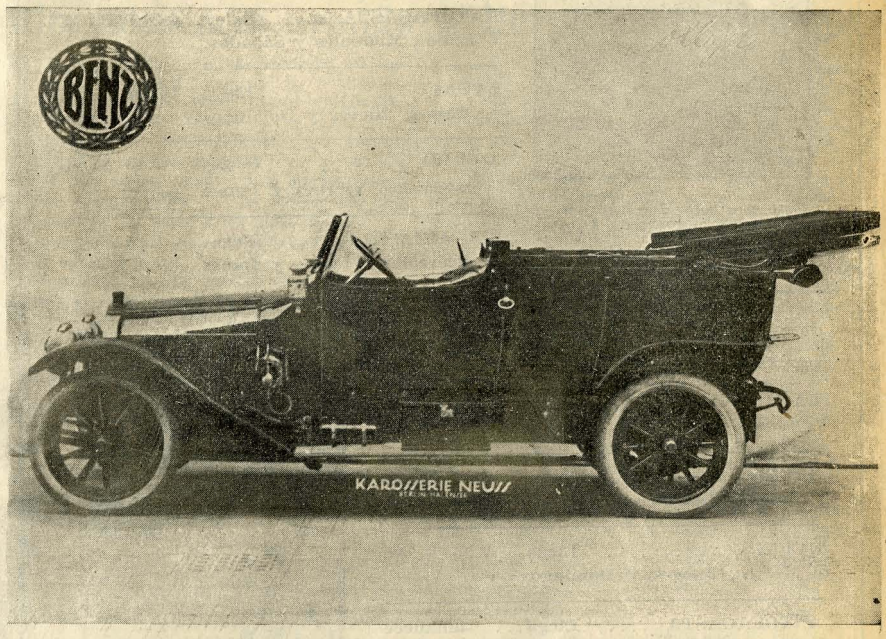
SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ***ALBERTO LIEBE***

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

IMPRESION DE OBRAS

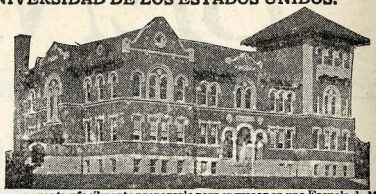
La Empresa "Zig-Zag" ejecuta toda clase de trabajos de impresión, como Libros, Folletos, Revistas, Etiquetas, Memorias, etc.

Garantiza la perfecta ejecución de los trabajos y entrega en los plazos convenidos de antemano.

Facilidades amplias a los autores para revisión y corrección de pruebas.

TEATINOS, 666

GRAN OPORTUNIDAD PARA SEÑORITAS Y JOVENES DE INGRESAR EN UN COLEGIO O UNIVERSIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS.



Podemos pronta y facilmente prepararle para ingresar en una Escuela de Medicina, Cirujia Dental, Farmacia, Bacteriologia, Leyes, Osteopatia, Ingenieria, Comercio o Universidad. Investigue nuestros CURSOS RESIDENCIALES asi como tambien los que damos por CORRESPONDENCIA, y los PLANES ESPECIALES que tenemos para ayudar a los estudiantes de pocos recursos que vengan a tomar nuestro CURSO RESIDENCIAL en los Estados Unidos. Escriba hoy solicitando nuestro FOLLETO en el cual hallara amplios detalles de como prepararse de un modo satisfactorio para la MATRICULA de 1914. Para mas informes, dirijase inmediatamente a la

"BROOKS CLASSICAL SCHOOL" Departamento Extranjero, Chicago, Illinois. U. S. A.

ALIRO PARGA

ABOGADO

ESTUDIO: CALLE COMPAÑIA, 1831

Casilla número, 2046, SANTIAGO

DESEAMOS AGENTES

En todas partes, para explotar negocio fácil y lucrativo. Hágase Vd. vendedor de Retratos Amplificados! No se necesita experiencia, ni que deje Vd. su actual negocio ú ocupación! Pidanos informes y catálogo español de 120 paginas el cual enviamos gratis. Excelente oportunidad para cualquier

COMERCIANTE Ó AGENTE!

Nuestra excelente mercancia y trabajos finisimos, permiten cargar buenos precios. Dedique su tiempo á un negocio que le deje máximo provecho. Nosotros nos encargamos de todos los detalles del negocio. Damos las mayores facilidades. Proporcionamos elegantes muestrarios y material de propaganda. Una agencia de esta clase dá dignidad y acredita al que la posee.

Pidanos detalles. Nuestra casa es una de las más importantes en este ramo. 20 años en el negocio de amplificationes de Retratos de todos estilos, cuadros, molduras, espejos, pinturas y toda clase de articulos de Arte. Damos referencias Bancarias. Capital y surplus más de medio millón de francos. No deje escapar esta ocasión. ESCRIBANOS HOY!

Consolidated Portrait & Frame Co.

Dept 11-H 1029 W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. de A.

SUMARIO

Páginas

CEMENTERIO DE SANTIAGO (portada) *Rafael Valdés* 399
LOS DOLORES DE LA HUMANIDAD . . . . . *X.* 401
S. S. BENEDICTO XV (de fotografía) 403
PERSONAJES Y ESCENAS DE LA GRAN GUERRA . . . 406
TEATROS Y ARTISTAS EUROPEOS 419
Con ilustraciones fotográficas
EXPOSICION DE ANIMALES 427
Con fotografías de los ejemplares premiados
EL JUEGO DE LA GUERRA 431
LA CIUDAD DE LOS MUERTOS . . . . . *"Ismael Cendre"* 433
Ilustrada con dibujos de Rafael Valdés
MAL NEGOCIO . . . . . *Rafael Maluenda* 441
Ilustraciones de Gordon
LOS APOSTOLES DE LA PAZ (alegoría) 444
LAS FANTASIAS DEL CABLE . . . . . *Angel Pino* 446
Ilustraciones de Coke
LA LEGION EXTRANJERA . . . . . *A. C.* 449
Ilustraciones Fotográficas
PANORAMAS DE PARIS 455
UN LIBRO DE MONSTRUOS 457
Ilustraciones fotográficas
CONFERENCIAS . . . . . *M. J. Ortega* 463
EL BOMBARDEO DE NOTRE DAME DE PARIS 467
AMAN-JEAN . . . . . *José Backhaus* 469
Con ilustraciones.
CANDELILLA . . . . . *Federico Gana* 475
Ilustraciones de Sepúlveda
LA INDUSTRIA ALEMANA DE LAS MATERIAS COLORANTES 481
BOY-SCOUTS 485
Ilustraciones fotográficas
EL HORROR DE LA GUERRA . . . . . *León Tolstoy* 489
Con ilustraciones.
UNA OJEADA SOBRE LOS BOSQUES DEL CENTRO DE CHILE . . . . . *Rafael Edwards* 495
Ilustraciones fotográficas
EN EL PAIS DE BABIA . . . . . *Pedro E. Gil* 502
CARTAS Y BUZONES . . . . . *P. S.* 505
Ilustraciones fotográficas
EL VIRGILIO DE LOS INSECTOS 509
EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK (folletín) 511

—*La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.*

—*EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.*

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913... .... (Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	$ 525.345,619.00
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
ÓTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133.255.24

JOSE PASTOR

Apoderado y Gerente

"¡EL QUE SIGUE!"

Desde la barca en forma de ataúd, la Enlutada va llamando uno por uno a los que deben embarcarse. Mendigos, reyes, presidiarios, princesas y banqueros aguardan su turno en las más diversas actitudes de la resignación o del terror

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. IV.—Santiago de Chile, octubre de 1914.—NUM. 22 | — Que mañana

Los dolores de la humanidad

El mundo contempla aterrorizado las miserias y sufrimientos de los hombres que batallan en las fronteras de Francia, en Bélgica y en las fronteras de Alemania, Austria y Rusia. Apenas iniciada la guerra y cuando no ha habido todavia ningún combate decisivo ya todos se preguntan ¿cuándo vendrá la paz? En la guerra ruso-japonesa, en la guerra balkánica, en todas las últimas perturbaciones del orden en el mundo, las matanzas y los espectáculos de crueldad y de ceguera han sido iguales; pero sentimos repercutir más directamente estos golpes dados sobre la humanidad en el centro de Europa, en ese núcleo intensamente poblado y civilizado del mundo cristiano. Habíamos visto surgir allí como una flor espontanea del pueblo culto y vidente, la idea del arbitraje entre los pueblos, del desarme, de la fraternidad al través y sobre las fronteras. Por eso es más sorpresiva y horrible la actualidad, el encuentro casi silencioso de la lucha cuerpo a cuerpo de dos millones de hombres, el empleo de las máquinas destructoras, el uso de todo el tesoro científico del mundo para la carnicería más atroz.

¿Hay algo de nuevo en esta guerra que no sea el desarrollo normal de la historia? ¿Qué es la historia sino el dolor humano constante, el río de sangre no interrumpido, la cadena de sacrificios, de masas que sucumben para dar la vida a masas que se alzan radiantes y jóvenes? Realmente estamos viviendo un capítulo intenso de la vida de la humanidad. Mirando hacia atrás, vemos que las grandes empresas, conquistas, reformas, obras públicas, descubrimientos, misiones, no son sino frutos de dolor y de sangre. Una nueva religión cuesta persecuciones primero, guerras de razas después, hogueras y conquistas. Las pirámides, los obeliscos, los templos enormes, nos hablan de la larga fila de esclavos encadenados. Las cruzadas nos muestran la locura espiritual de enormes muchedumbres, en que iban niños y niñas, con los pies ensangrentados, corriendo desde Europa hasta el Asia, sin conocer el rumbo ni las distancias, al grito de "Dios lo quiere" y cayendo desgranados como interminables espigas quemadas por el sol, devoradas por los elementos implacables. Esclavos, mártires, soldados, cruzados, misioneros, reformistas, descubridores, conquistadores, ideólogos y sabios, todos

han dejado huellas de sangre y de lágrimas. Esa ha sido la historia; así continúa siendo.

Los fugitivos belgas, los huerfanitos, los que pierden sus hijos, sus dineros, sus casas, sus sembrados, son la retaguardia de esta marcha fatal de la humanidad hacia adelante. ¿Son criminales los que la conducen o instrumentos inconscientes del pasado que revive en nosotros?

Entretanto, he aquí que llega **el día de difuntos.** De los campanarios que quedan en pie, hollinados y rotos por los obuses, caerá en la mañana gris del otoño de Francia el llamado a los vivos que luchan a lo largo de las trincheras, el llamado tradicional para rendir un recuerdo y una oración a los muertos. ¿Y a que muertos recordarán los ejércitos sino a los compañeros que han ido cayendo en los combates y raleando las filas? En todas esas aldeas hay un rincón cubierto de cruces y sembrado de pequeños túmulos blancos. Allí duermen los padres, las madres, los abuelos, los antepasados; también duermen los centenares de miles de guerreros que defendieron en otros siglos en esos mismos seculares campos de batalla el suelo patrio.

Breughel, el pintor flamenco primitivo, representó en una de sus extrañas composiciones, lo que llamó el "Triunfo de la Muerte", es decir, la salida de los innumerables ejércitos de difuntos de sus tumbas, para combatir con los vivos y arrastrarlos a sus fosas. Los dos y medio millones de soldados que combaten en Francia y Bélgica están franqueados por cien millones de muertos enterrados a lo largo de las aldeas y grandes ciudades que han atravesado en su marcha. Si ellos se levantaran, como en el sueño macabro del pintor flamenco, pondrían en derrota a esas masas que una fiebre de destrucción empuja hacia la muerte.

El Día de Difuntos en el campo de batalla debe ser una solemne y melancólica ceremonia. Los dobles de las iglesias rodarán por los campos interrumpiendo el tronar de los cañones. Los capellanes revestidos con la estola litúrgica blanco y negro avanzarán hacia las filas del combate reciente, y, en medio del silencio de la vida, entonarán esas preces consoladoras que hemos oído desde niños.

"Requiem aeternam dona eis, Domine, et luz perpetua luceat eis." "Dadles, oh Señor, descanso eterno y que la luz perpetua luzca para ellos."

Y merecen el descanso todos esos jóvenes y niños que no han alcanzado a conocer de la vida sino las zozobras, el dolor y la muerte.

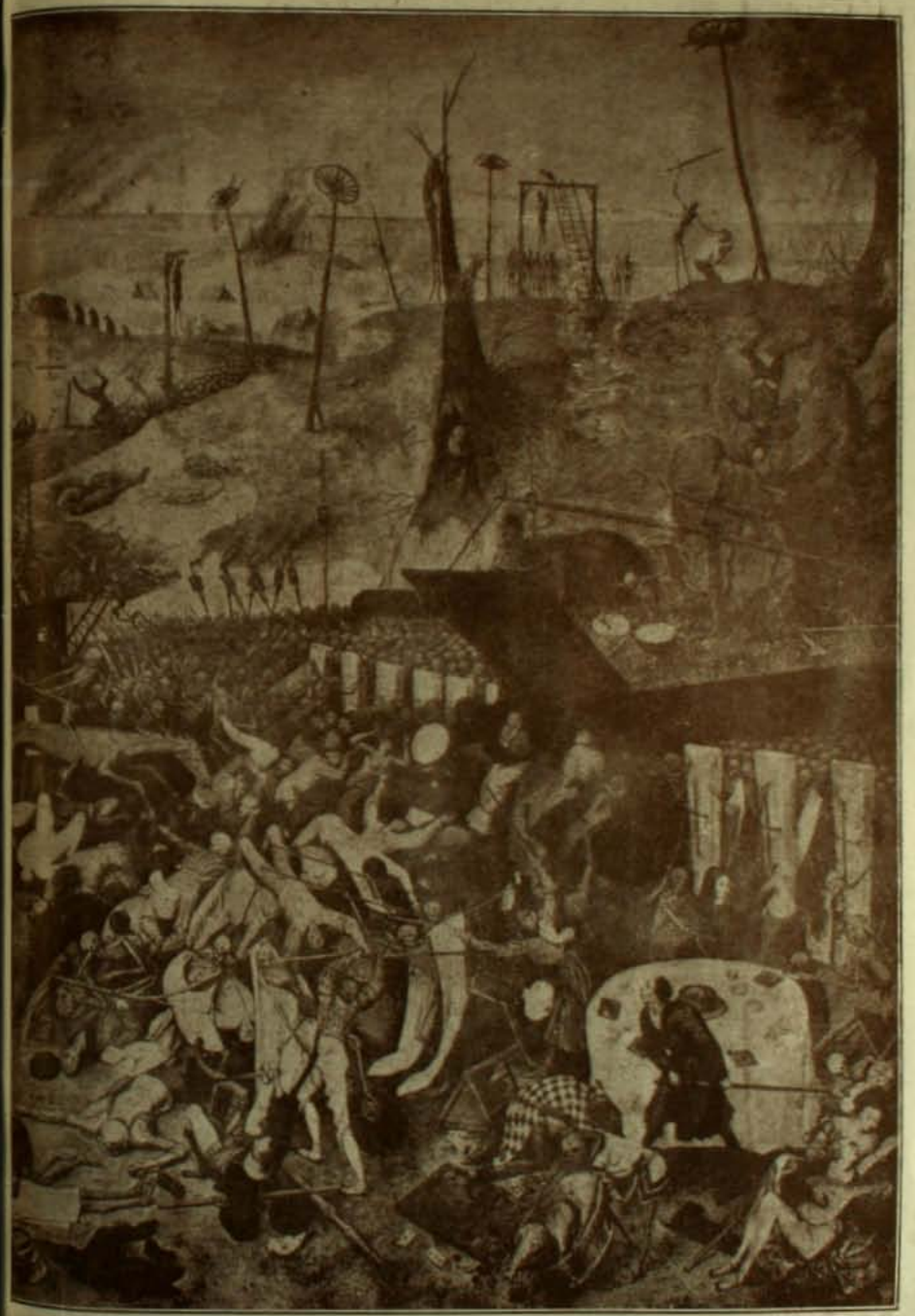
X.

S. S. BENEDICTO XV.

Ha sido rápida la exaltación del Cardenal-obispo de Bologna, Monseñor Della Chiesa, en cuyo rango aparece en la fotografía. El nuevo Papa ha expresado ya ante sus familiares los votos de la cristianidad por la pronta vuelta de la paz sobre el mundo

Pieter Breughel

EL TRIUNFO DE LA MUERTE



Museo del Prado, Madrid

General Sir John D. P. French

Lord Kitchener, conde de Khartoum

1. El gran duque Nicolás, generalísimo del ejército ruso, y general Sukhomlinoff (3), jefe responsable de la campaña.—2. General Joffre, mariscal de Francia.—4. Conde de Hotzendorf, jefe del ejército austro-húngaro

Sir Edward Grey dirige la política exterior de Gran Bretaña desde hace nueve años. Son conocidos sus esfuerzos pacifistas en los conflictos de Agadir, de los Balkanes y de Servia

Mr. Asquith, que había asumido últimamente la Cartera de Guerra, la cedió al general Kitchener, la más alta reputación militar de Inglaterra

1. El Canciller alemán, Dr. von Bethmann-Hollweg, cuarto sucesor de Bismarck.—2. Delcassé, llamado el padre de la Triple-Entente.—3. Viviani, premier francés designado al comienzo de la guerra.—4. El conde Berchtold, Canciller austriaco que presentó a Servia las exigencica que dieron origen a la guerra europea.—5. El difunto marqués de San Giuliano, inspirador de la neutralidad de Italia.—6. El primer Ministro servio, N. P. Pashitch, alma de la resistencia

Los directores de los destinos de Inglaterra en el mar

Sir John R. Jellicoe (arriba a la izquierda), comandante de todas las flotas; Sir Jorge Callaghan (derecha), comandante de la flota del Mar del Norte; Ministro de Marina lord Winston Churchill (abajo a la izquierda)

EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA, JEFE DE LA ESCUADRA ALEMANA

Almirante von Tirpitz, jefe y creador de la escuadra alemana

General von Moltke, jefe del Estado Mayor alemán, sobrino del célebre táctico

El Ministro de la Guerra alemán, general von Falkenhayn

El Rey Pedro de Servia; a su lado, el príncipe Alejandro, heredero de la corona.—Tropas austriacas con sus uniformes de campaña.—Infantería alemana en marcha

La gran duquesa de Luxemburgo

El general Leman, defensor de Lieja

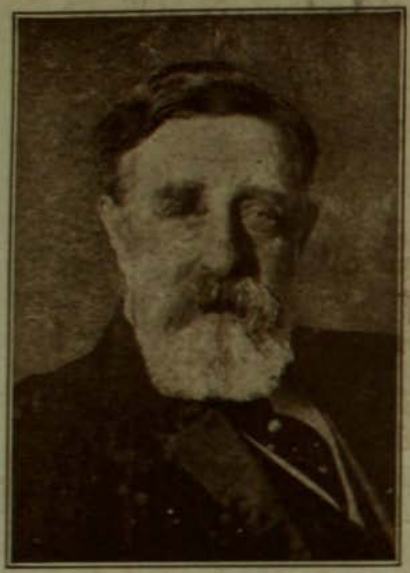
El general Joffre oyendo a otro general francés

"¡A pesar de todo!" grupo escultórico por Mercié (Jardín de las Tullerías, de París)

Los parisienses asistiendo a la partida de reservistas

Conducción de alemanes sospechosos de espionaje en Londres

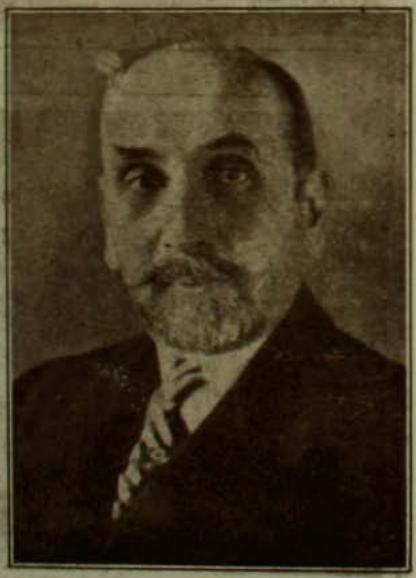
ALGUNOS DIPLOMATICOS DE LOS PAISES EN GUERRA



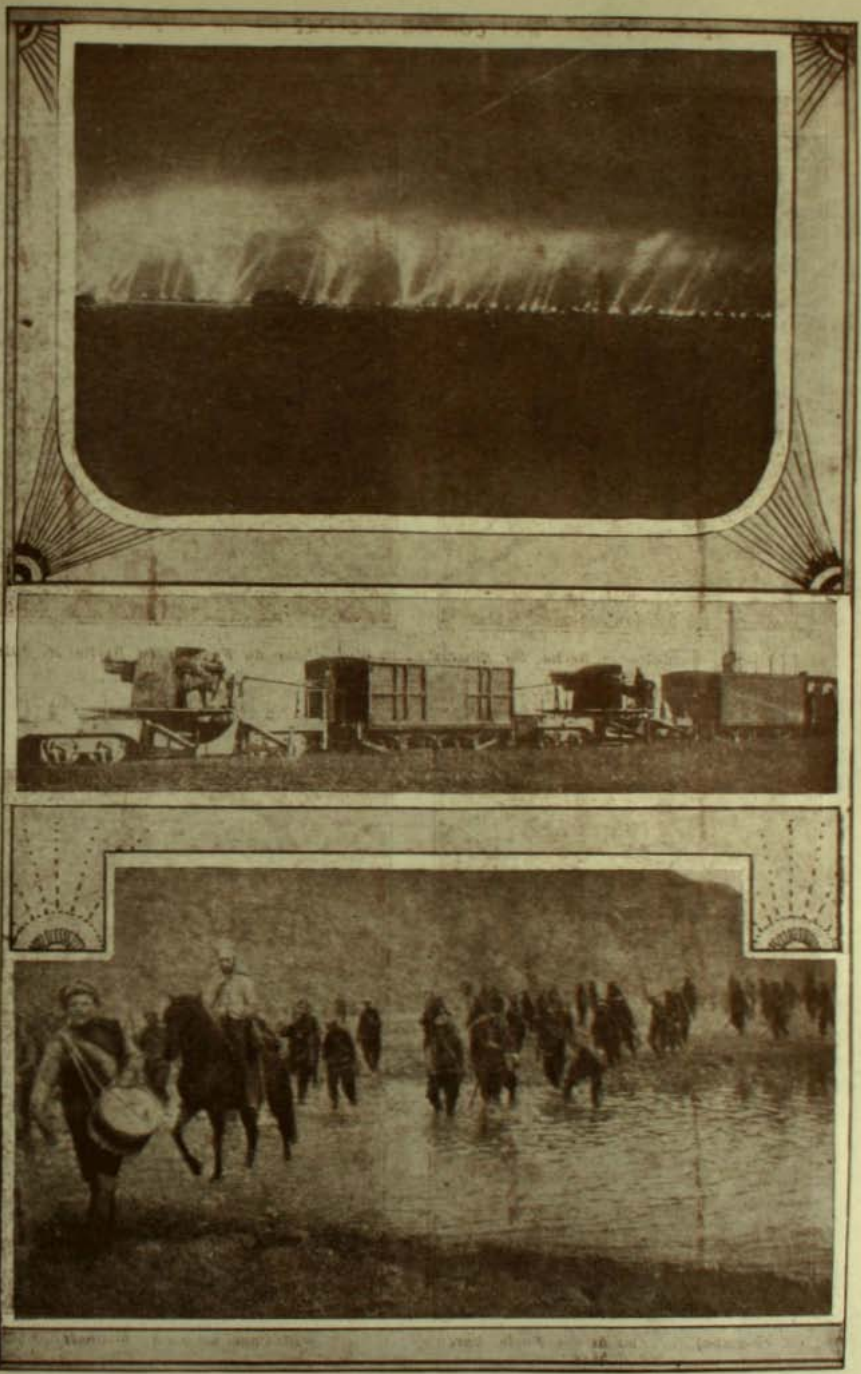
El Embajador británico en Berlín, Sir Edward Goschen

El Embajador de Francia en Berlín M. Jules Cambon

El ex-embajador alemán en París, baron von Schöen



El Canciller ruso, Sazonoff



1. La escuadra que custodia a Inglaterra (Home-fleet) sondeando el cielo con sus reflectores en busca de los zeppelines.—2. Un tren blindado en las líneas francesas.—3. La avanzada rusa: una muestra de los 5.692,000 de soldados del ejército del Czar

Un grupo de enfermeras inglesas en las calles de Amiens

Un campo belga después de un combate. En primer término los cadáveres de un belga y de un alemán

TEATRO Y ARTISTAS EUROPEOS

Lyda Borelli, célebre actriz italiana cuyo viaje a Chile ha sido anunciado

Seguramente no es la mejor época para preocuparse de las producciones teatrales de los grandes dramaturgos que forman legión en el Viejo Continente.

Al espíritu humano hácele falta, como la pimienta a los guisos, algo de trágico que rompa la monotonía habitual de la vida y zacuda el enervamiento, más dañino al hombre que el moho a los metales; y es natural que, viviendo en la actualidad la Europa la más horrenda de las tragedias, no vaya a buscar el drama en la escena de los teatros, cuando lo tiene en los periódicos, en los campos de operaciones, en las calles de la ciudad y en el propio hogar.

Sin embargo, las noticias cablegráficas nos dicen que en París mismo, cuando la ciudad tenía encima la ame-

La señorita Prach, bailarina del Teatro de la Opera, Viena

naza del sitio y las calamidades de una derrota, algunos teatros mantenían sus temporadas abiertas: los parisienses habían hecho el propósito de morir como el cisne: cantando.

Las revistas llegadas antes de la guerra, traen todavía en sus páginas el soplo cálido de esa intensa vida artística que constituye una peculiaridad de las grandes metrópolis europeas.

Nos hablan del triunfo de las actrices vienesas Malva Rona y Reinax, nos cuentan las innovaciones coreográficas de la señorita Prach del Teatro de la Opera, de Viena, y relatan las excelencias de cantante que se revelan en el tenor Perea.

El triunfo de esta artista se ha impuesto en forma indiscutible en Italia entera. Los críticos más eminentes de la Península Apenina están de acuerdo en que Emilio Perea, como cantante y como intérprete, es uno de los tenores más geniales de estos últimos tiempos. Los principales teatros de Europa como de América, lo han aclamado ya triunfador en su vastísimo y variado repertorio, que va desde la ópera de la más pura tradición italiana a la partitura de Wagner: del "Barbero" al "Lohengrin"; de la "Traviata" al "Parsifal".

Su interpretacion.—a la cual añade una voz maravillosa, de timbre dulcísimo, clara, de una seguridad que nunca necesita del menor esfuerzo para mostrarse en su plenitud, de una extensión y de un colorido notable,— se destaca absolutamente de toda otra, saliendo por fin de ese círculo interpretativo que parece esteriotiparse en la mayoría de los artistas líricos, de generación en generación.

Pero uno de los hechos más importantes que señalan las revistas teatrales se refiere al éxito obtenido en el teatro de "La Obra", de París, un literato nuevo y relativamente joven, M. Paul Claudel, con su drama en tres actos "El Rehén". Es tanto más raro el éxito cuanto el autor es un católico ferviente y decidido, colocado en un medio que es de suponer sea hostil a sus ideas.

Es curioso observar que se repiten con frecuencia los triunfos de obras tendenciosas y de reacción anti-socialista demostrando con ello la movilidad del espíritu francés, que ayer nada más voltejeaba alrededor del círculo vicioso del adulterio y del divorcio.

El argumento de "El Rehén" es inte-

Mlle. Madeleine Lyrisse, del Teatro de la Renaissance, en su papel de Hassanna, de "El Occidente", obra de Kistermaekers

La señorita Reinax, primera actriz del Teatro del Pueblo, de Viena

resante y no resistimos al deseo de relatarlo en extracto:

En la sala común de una mansión situada en los alrededores de la ciudad de Rennes, dos personas conversan amigablemente, una frente a la otra. El hombre se llama Jorge Coufontaine. Antes propietario de este dominio, se desterró después de la revolución de 1793, en el curso de la cual los suyos, todos los suyos, perecieron bajo el cuchillo de la guillotina. Desde ese día vive en Inglaterra formando parte del séquito del pretendiente legítimo, aquel que reinará más tarde con el nombre de Luis XVIII. Pero, al presente—en 1812—Coufontaine vuelve de incógnito a su patria y encuentra sus dominios en plena prosperidad, gracias a los cuidados diligentes de su prima Sygna, con la cual lo encontramos precisamente en amable charla.

¿Quién es Sygna? Una muy noble hija de Francia, una virgen muy dulce y muy orgullosa, que vive en estado de fervor místico, y se revela una cristiana dispuesta a todo por el servicio de su Dios. En espera, hela aquí dedicada al servicio de su primo, del jefe de la familia, y no piensa más que en rendirle cuenta de su gerencia. Coufontaine se maravilla delante de la fidelidad de su pariente, la única que le queda, puesto que su mujer ha muerto infiel (fué la amante del Delfín, durante el destierro); y sus niños han seguido a su madre a la tumba. Sygna recibe tales noticias con dolor, con espanto. Por fortuna ella queda ahí, bien viva, dispuesta a todo por este que está hecho para comprenderla, tan bien como él debe ser comprendido por ella. ¡Que Coufontaine se case con Sygna! ¡Tal vez conocerán días felices!

Sólo que, al presente, se trata de otro asunto, para lo cual Coufontaine vuelve precisamente a esta mansión: el Papa, el Soberano Pontífice, acaba de ser raptado, y está ahí, en la pieza vecina; porque el raptor no es otro que el mismo Coufontaine. ¿Por qué ha obrado de tal suerte el joven gentilhombre? Porque, ferozmente fiel a su fe realista, a sus creencias polí-

ticas, ha complotado substraer al Soberano Pontífice del Tirano, el Emperador, y llevarlo donde el Rey. ¿Pero aceptará el Papa? No. No acepta. No puede aceptar. Y expone las razones de su negativa en una escena de una grandeza, de un poder verdaderamente admirables. "En donde está Pedro, el Papa debe estar", repite con obstinación. Y todos los razonamientos políticos, prácticos, de Coufontaine el raptor, no vencerán la resistencia del augusto prisionero, del rehén, que ve más lejos, más alto; de quien el reino no es de este mundo; y que no defiende más que su residencia sagrada!

Concluye su noble y altivo discurso pidiendo a Coufontaine que lo deje reposar aquí, en su dominio, algunas horas antes de partir.

¡Ay! En estas pocas horas que les son acordadas, demasiados acontecimientos se desencadenarán sobre ellos, de los cuales Sygna será la víctima.

Alguien ha olfateado la presencia del huésped ilustre en el gran castillo: es Turelure, prefecto del departamento. Este Turelure es un hijo de campesino que la Revolución mejoró singularmente, puesto que por ella llega a general, luego a prefecto, después de haber sido herido en una batalla. Turelure se nos muestra como un sér a la vez brutal y astuto, que no retrocederá delante de nada para alcanzar sus fines ambiciosos y amorosos. Satisfecha ya su ambición, se trata ahora de satisfacer sus pasiones. Porque Turelure ama locamente y casi místicamente la persona menos a propósito para responder a tal deseo: Sygna, la misma Sygna la hija de sus antiguos patrones! El se lo dice, y, naturalmente, Sygna rechaza con desdén, con horror, con furor, los propósitos del prefecto a quien odia por cien razones, de las cuales la más grave es que ayudó en otro tiempo al asesinato de los Coufontaine. Poco importa. Lo que Turelure desea, lo obtiene. Y, lentamente, pacientemente, él descubre su juego. Conoce la venida del joven Coufontaine, y la presencia augusta de aquel que lo acompañaba. Por consi-

La señorita Malva Rosa, primera actriz del Teatro José, de Viena

1. M. Jean Froment (Toussain Turelure) y Mlle. Eve Francis (Sygne de Coufontaine) en "El Rehén", obra de M. Paul Claudel.—2. M. José Savoy (El Papa) en la obra "El Rehén"

G. Garbin *Perea en el Parsifal* *Giulio Rossi*

guiente, el Papa, el Soberano Pontífice decer sus pasiones. Porque Turelure pende de Turelure. Pero que Sygna ceda, que se entregue a Turelure, que sea su mujer, y el buen hombre se callará. Tal es el atroz mercado propuesto y que la infeliz, después de dolorosas vacilaciones y después de escuchar las sencillas y fervorosas palabras del cura Badilon, su amigo y confesor, concluye por abnegarse a la causa de Dios.

En el tercer acto han pasado algunos años. Turelure y Sygna son marido y mujer. Se bautiza, además, al primer hijo en medio de los cañonazos y del tumulto popular; porque Napoleón combate en los alrededores de París, y va a entrar a su ciudad, de la cual Turelure ha llegado a ser gobernador. Pero Turelure, siempre preocupado de entregarse al que más ofrece, va a pronunciarse en favor del rey Luis XVIII, y pide solamente al plenipotenciario real algunas garantías. Pero, el plenipotenciario no es otro que Coufontaine, siempre fiel a su fe monárquica y que se presenta aquí para defender los intereses de su señor. Coufontaine se encuentra solo delante de Sygna; y una escena triste, noblemente conmovedora, tiene lugar entre el primo y la prima que se amaron en otro tiempo. El le reprocha su falta de palabra, mientras que la pobre Sygna tan cansada, tan destrozada, no se defiende más que designando el cielo, al cielo en donde irá a reunirse, sin duda, a su eterno amigo. Pero él no lo entiende así. Quiere vengarse sobre la tierra, matar al que le ha robado su felicidad. Hasta anunciar a Sygna la muerte próxima de su marido y la pobre mujer no tiene siquiera la fuerza o el coraje para impedirlo. ¡Turelure morirá, pues! No. El ha sorprendido el gesto de Coufontaine y tira el primero; es Coufontaine el que cae, y expira aquí mismo, sobre el campo. Felizmente, Sygna no le sobrevivirá. Alcanzada también por la bala que agujereó la frente de su amigo, expira bajo las miradas irritadas y maléficas de Turelure el marido, quien exige todavía a su mujer que se declare una esposa fiel, amante, ya que el matrimonio es un sacramento, y que desconociendo el valor del sacramento, Sygna se condenaría.

Así termina este drama, que, según lo hemos dicho, la crítica no ha vacilado en considerar de un valor excepcional.

Se ve que M. Claudel no disimula sus preferencias; y que esta obra, como las precedentes, como "El Anuncio hecho a María", tiene por fin celebrar la Belleza y la Virtud del dogma Cristiano. Porque M. Claudel se confiesa creyente antes que confesarse artista; y él no escribe dramas, sino como un medio para gritar públicamente su fe. Sólo que, como M. Claudel está dotado de excepcionales cualidades y es un gran escritor y un gran poeta, a pesar de todo, le ocurre que escribe obras maestras casi inconscientemente.

Justo es, pues su triunfo.

Y para terminar esta revista de revistas teatrales, consignaremos aquí un pequeño pleito que alcanzó a despertar comentarios en los círculos parisienses poco antes de comenzar la guerra

Lo ocurrido fué lo siguiente: la pieza de M. Rostand, "l'Aiglon", pertenece al teatro Sarah Bernhardt, que no manifiesta deseos de deshacerse de ella porque es un excelente recurso en su repertorio. M. Edmond Rostand ha reducido su pieza al cinema y el "film" de l'Aiglon ha venido a exhibirse al Chatelet, es decir, justamente al frente del Teatro Sarah Bernhardt. La competencia era directa. Madame Sarah Bernhardt se sintió afectada, y con razón, y amenazó al autor con un proceso destinado a prohibir la exhibición. M. Rostand dirigió entonces a M. Clunet, el abogado de Mme. Sarah Bernhardt, un telegrama que reproducimos a título de curiosidad:

Señor: Tengo el honor de avisaros que antes me cortaría una mano que nombrar un abogado contra Mme. Sarah Bernhardt. Ninguna fuerza humana me podría obligar a defenderme contra ella. Ud. hablará pues, solo. Me basta con haber explicado a mi grande amiga la necesidad en que me encontraba en el momento de permitir que se tomaran reproducciones cinematográficas de mi obra. Delante de cualquiera otra yo mantendría un principio que interesa a todos mis colegas. Pero, delante de ella, me inclino como lo harían todos. Declaro, por consiguiente, que lo que ella desea está siempre bien. Yo le abandono, si ello puede satisfacer a sus abogados, la totalidad de los derechos sobre esas representaciones que le atormentan y beso con respeto y reconocimiento sus dedos, los cuales guardan para mí la gracia de un lirio.—Edmundo Rostand.

Siendo Chile un país eminentemente agrícola, es natural que sus gobernantes y la sociedad entera manifiesten su entusiasmo por las grandes exposiciones de animales, que se llevan a efecto todos los años a mediados de la Primavera.

La Exposición de Animales ha pasado a ser, con el transcurso de los años, una fiesta nacional, a la cual concurren S. E. el Presidente de la República, sus Ministros, y la parte más granada de la "high life" santiaguina.

Aunque con menos brillo que en años anteriores, la Exposición de Animales de 1914 se llevó a efecto con gran solemnidad.

S. E. don Ramón Barros Luco, acompañado de su señora esposa, los Ministros de Industria y Obras Públicas, numerosos miembros del Congreso y otras personalidades, concurrieron el día de la apertura, el 10 del presente mes, al local de la Exposición en la Quinta Normal.

Como de costumbre, el día de la apertura y los siguientes, el local de la Exposición se convirtió en un centro social de extraordinario brillo. Las hermosas toilettes de las damas, la sana animación que presta a toda reunión el aire libre, las discusiones de los entendidos delante de los grupos de animales, el ir y venir de éstos últimos guiados por sus cuidadores, en medio de la naturaleza saturada de perfumes primaverales, constituyen un espectáculo único y deslumbrante.

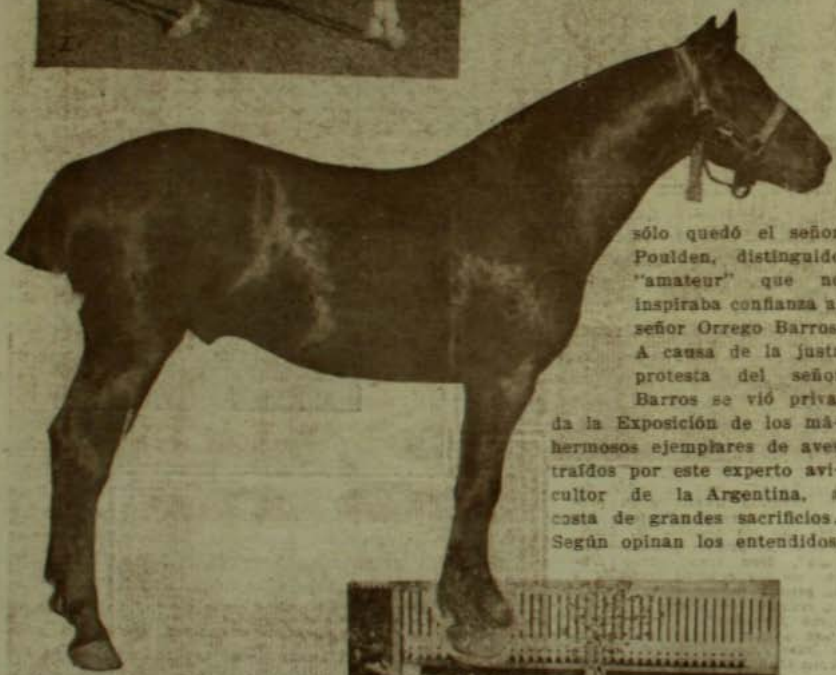
Una de las cosas dignas de ser anotadas es el notable desarrollo que va cobrando de año en año la sección de aves finas. En la presente Exposición no han faltado los ejemplares de extraordinario valor ni los

---

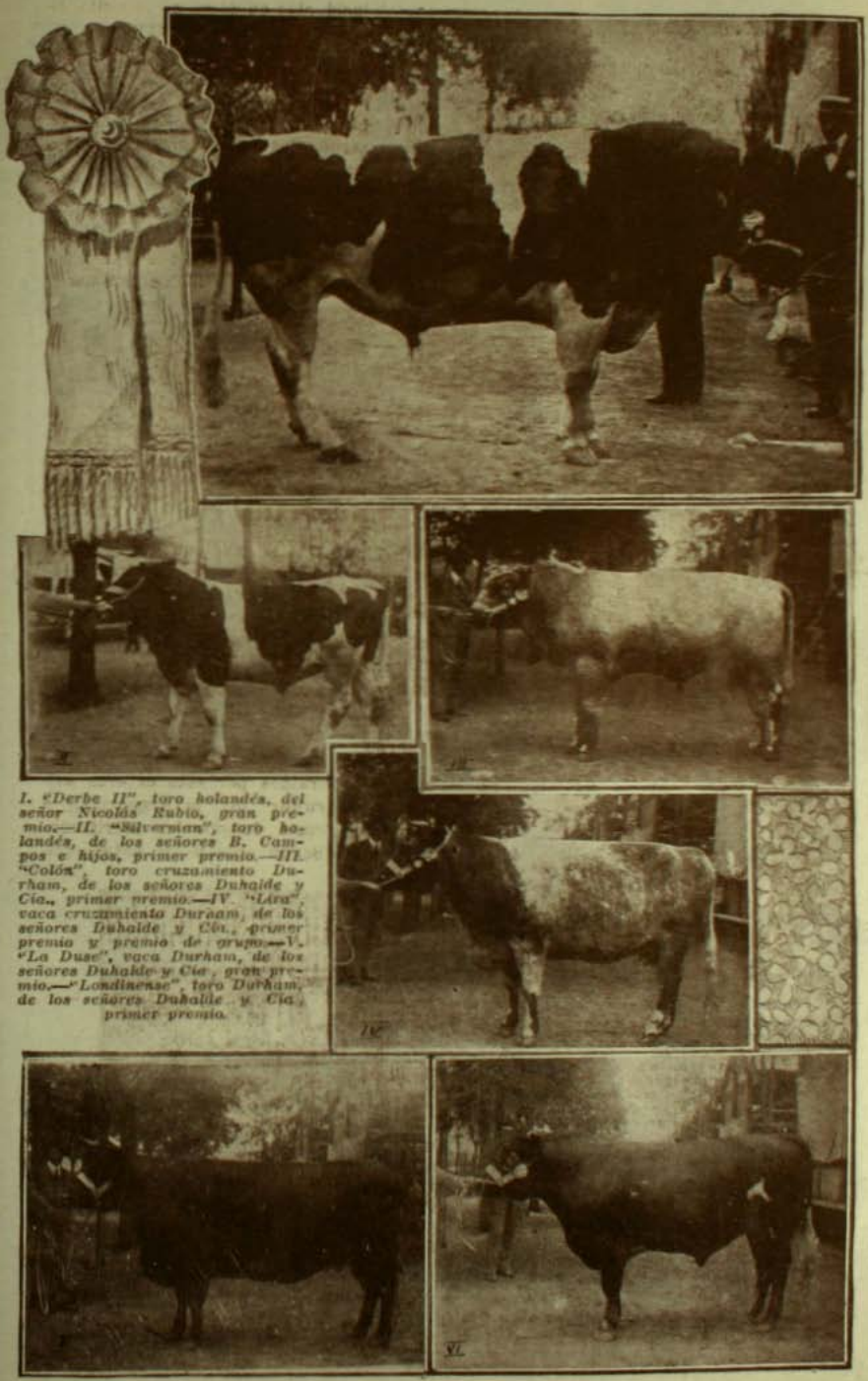
1. Bouncey Antonius, potro Hackney, del señor Manuel Fernández U., gran premio.—2. Copper Boy, potro Hackney, del señor E. Fernández I., primer premio.—3. Lowe, yegua percherona, del "Criadero Sementales del Ejército", primer premio

incidentes enojosos a propósito de la adjudicación de premios.

Según se desprende de las publicaciones hechas en los diversos diarios de la capital, el señor Antonio Orrego Barros, uno de los exponentes más importantes, protestó de la contravención del reglamento que establece que los jurados deben funcionar con la totalidad de sus miembros para ser válidos. En el caso que aludimos, renunciaron dos de los jurados y sólo quedó el señor Poulden, distinguido "amateur" que no inspiraba confianza al señor Orrego Barros. A causa de la justa protesta del señor Barros se vió privada la Exposición de los más hermosos ejemplares de aves traídos por este experto avicultor de la Argentina, a costa de grandes sacrificios. Según opinan los entendidos,



I. Dashing Lad, potro Hackney, del señor Manuel Fernández U., gran premio.—II. "Colo-Colo", potro mulato pura sangre chilena, del señor Diego Vial G., gran premio. — III. "Castañeda", yegua mulata pura sangre chilena, del señor Diego Vial Guzmán, gran premio.



I. "Derbe II", toro holandés, del señor Nicolás Rubio, gran premio.—II. "Silverman", toro holandés, de los señores B. Campos e hijos, primer premio.—III. "Colón", toro cruzamiento Durham, de los señores Duhalde y Cía., primer premio.—IV. "Lira", vaca cruzamiento Durham, de los señores Duhalde y Cía., primer premio y premio de grupo.—V. "La Duse", vaca Durham, de los señores Duhalde y Cía., gran premio.—"Londinense", toro Durham, de los señores Duhalde y Cía., primer premio.

no se debió dar el premio champión el grupo de Indián Game por no ser aves aclimatables en el país, y sí al grupo de Cochinchinas amarillas del criadero Royal o al grupo de Orpington negro del Criadero Chantecler.

La copa del Presidente de la República fué adjudicada al señor Camilo Valdés, propietario del criadero Maipú, por considerarse su crianza de aves Rhode Island el mejor conjunto de aves de una misma raza nacidas en el país.

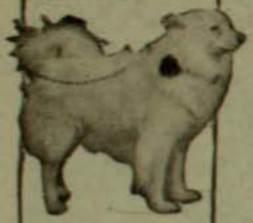
I

II

Se explica la importancia que ha adquirido la sección de aves en las últimas exposiciones, por tratarse de una rama de la agricultura que abre un vasto campo de acción a las pequeñas fortunas.

A esto ha venido a agregarse, sin duda, el hecho de que el profesor Castelló, un especialista distinguido, inició hace poco en la capital una serie de conferencias con el fin de propagar el gusto por la avicultura.

Las demás secciones han actuado con envíos de primer orden, en cuya enumeración sería largo y difícil entrar en detalles.



III

IV

V

I. Gallina Orpington Azul, del señor E. Moreno O., primer premio a la mejor gallina de la Exposición.—II. "Duque", perro policial, del doctor Ekiba, primer premio. — III. "Italo", perro policial, de la señora Mercedes Molina de Méndez, primer premio.—IV. "Tip", perro Fox Terrier, de don Carlos Pacheco Zegers, primer premio.—V. "Negro", perro perdiguero, Setter importado, del señor Ricardo Chéreau R., primer premio.—VI. "Matatón", carnero importado, de la señora Carolina Iñiguez de Pereira, gran premio.—VII. "Czar", carnero Hampshiredown, del Criadero Cochento, primer premio.— VIII. "Maud" oveja Hampshiredown, del Criadero Cochento, primer de grupo y primer premio.—IX. "Girly", perro Collie, del señor Eduardo F. Hunter, segundo premio.

VI

VII

VIII

IX

EL JUEGO DE LA GUERRA

Muchos de los lectores de PACIFICO han puesto en práctica las instrucciones que acompañamos, en nuestro número anterior, al plano del nuevo "Juego de la Guerra".

Hemos tenido ocasión de conversar con algunos de estos "estratégicos", y sus observaciones sobre las reglas del juego nos parecen de interés, y dignas de ser tomadas en cuenta.

Por ejemplo, casi todos están de acuerdo en que después de jugar dos o tres veces a la guerra, según las reglas establecidas en el pasado número de "Pacífico" la táctica se uniforma y el juego se hace monótono. Los dos partidos advierten que el medio más seguro de obtener la victoria, es concentrar todas sus fuerzas en un solo ejército. La campaña viene así a decidirse sólo a golpes de dado, y las combinaciones de la estrategia pierden mucho de su interés.

En una guerra real y verdadera, tal concentración resulta imposible, o por lo menos muy peligrosa. El gran punto de la estrategia consiste "en dispersarse para vivir y en concentrarse para pelear". Además, en la realidad de las cosas, el objetivo de una campaña no es únicamente destrozar al enemigo e impedirle el acceso de la capital, sino también defender el territorio, lo que no se consigue concentrando todos los esfuerzos en un solo punto.

Ahora bien, en las reglas del juego de la guerra que dimos en el pasado número, no se toman en cuenta estas circunstancias, y de allí los inconvenientes señalados por la práctica.

Se hace, pues, preciso señalar una sanción real y efectiva al que deja impunemente invadir su territorio para dirigir todos sus esfuerzos, sea a la defensa de su capital o al ataque de la del enemigo.

Después de numerosos ensayos, nos hemos convencido de que las reglas siguientes, bastan para hacer efectiva esa sanción:

Primera regla.—La ocupación de cualquiera ciudad por el enemigo importa la pérdida de una división para el país que se deja invadir. El invadido puede a su elección, escoger cual de sus divisiones (cualquiera que sea el puesto del tablero en que se encuentre) debe ser la muerta.

Esta pérdida sólo se produce la primera vez que una ciudad es ocupada por el enemigo. Así, es conveniente llevar un apunte de las ciudades ocupadas, para no verse obligado a pagar por dos o más veces las consecuencias de la ocupación.

Segunda regla.—Las ciudades no se ocupan impunemente. Para tomarlas "sin combatir" es necesaria una fuerza por lo menos doble de la que se supone tienen esas ciudades para defenderse, cuando no tienen otra guarnición. Esta fuerza equivale a tres divisiones para las ciudades ordinarias como Sedan y Montmedy p. e., y a cuatro divisiones para las ciudades en el mapa con un doble círculo, como Lille y Aix la Chapelle.

Ejemplos.—Un cuerpo de ejército francés, fuerte de 6 divisiones invade la Alemania por el camino que une a Pont a Mousson con Metz. Al llegar a esta ciudad "la toma" sin combate, porque 6 es el doble de 3 que es la fuerza de la ciudad.

Pero si el ejército invasor consta de sólo 5 ó de menos divisiones, es preciso empeñar un combate, según las reglas generales dadas anteriormente.

Tercera regla.—La derrota frente a una plaza fuerte que no tiene otra guarnición que la establecida por esta regla, no tiene otra sanción para el invasor que la pérdida de una división del ejército asaltante, y en la jugada siguiente puede repetir el ataque.

Ejemplo.—Un ejército francés de cinco divisiones llega delante de Metz. Se tira el dado. El invasor hace dos puntos y los alemanes cuatro. Como $2 \times 5 = 10$ y $3 \times 4 = 12$, ganan estos últimos, y el ejército atacado pierde una división. Repetido a la jugada siguiente el ataque, los franceses hacen 4 puntos y los alemanes 5. Como $4 \times 4 = 16$, y $5 \times 3 = 15$, ganan los franceses, Metz queda ocupado, y los alemanes deben perder una división cualquiera de su ejército, que sacarán del punto que ellos prefieran.

Cuarta regla.—Para jugar a la guerra, según este plan, no es conveniente operar con menos de cuarenta y cinco divisiones por cada parte.

La Dirección de PACIFICO estimaría que sus lectores le comunicaran todas las observaciones que les sugiera la práctica del Juego de la Guerra, y obsequiará una subscripción por un año a la Revista, a aquel de sus lectores que indique el conjunto de reglas más interesantes.

L.

"Esa grandiosidad y esa severidad son poco de mi agrado..."

Rincón del Cementerio del Père Lachaise, de París

La ciudad de los muertos

Por

ISMAEL CENDRE

Ilustraciones de Rafael Valdés.

—Soy poco aficionado a estos paseos fúnebres, dijo mi amigo; pero, ya que Ud. insiste, sea: le acompañaré al Cementerio General. No gusto de esta clase de excursiones, y cuando tengo un día libre, prefiero irme a vagar por los campos, o por el cerro San Cristóbal, que no deja de ser pintoresco. Ud. debiera hacerse acompañar por uno de esos poetas cuya musa tétrica y llorona está más en armonía con las tristezas del sitio.

—Note Ud., dije al llegar al hemiciclo de cipreses que se alza en la plaza, frente a la puerta principal, la entrada es grandiosa, la cúpula es severa.

—Sí, convengo, repuso él; pero precisamente esa grandiosidad y esa severidad son poco de mi agrado.

En el Cementerio de Eyoub, de Constantinopla.

Y así diciendo, penetramos al recinto. Al frente, rodeada de naranjos, la pequeña capilla destaca su frontispicio griego sobre los obscuros cipreses del fondo. Las rosas florecen a profusión; una enorme glicina trepando por el tronco de un árbol ha invadido una muralla; al pasar, una lluvia de pétalos color lila pálido cae sobre nosotros, mientras su perfume, a la vez suave y penetrante, satura el ambiente.

—En verdad, se diría que nos hallamos en un vasto parque, si no fuese por las cruces que se alzan de los mausoleos, emergiendo aquí y allá de entre los verde-obscuros tapices de la hiedra.

—De la hiedra piadosa e igualitaria; note Ud. cómo su manto cubre de igual olvido, de igual indiferencia, la vanidad y la modestia, el lujo y la indigencia... ¿Tapices, decía Ud. hace un momento? Vea esta vieja sepultura, sus muros casi desaparecen bajo el musgo; este sí que es un hermoso y blando tapiz, un suave Smyrna. Observe la nota que el moho ha puesto en la puerta de hierro, y qué bien dice con el tono del musgo; toda una armonía de color de este gran artista que es el tiempo.

Un poco más lejos nos detuvimos ante una sencilla losa de piedra tendida en el suelo; era uno de esos simples rectángulos tallados en un solo bloque, lisos, sin ningún adorno; los hemos visto semejantes en diversos países y su forma parece datar de tiempos remotos. Nada tenía, pues, de extraordinario; pero la inscripción era una obra maestra del tiempo: los caracteres, perfectamente trazados, eran un bajo relieve de liquen verde; pacientemente había ido extendiéndose por los huecos de la primitiva inscripción, como aprovechándose de un surco natural; algunos granitos de polvo caídos allí, y luego un poco de humedad acumulada lenta y constantemente, habían bastado al tiempo para hacer una obra de la más exquisita y refinada delicadeza.

—Esto me trae a la memoria, dijo mi amigo, un pasaje de Loti, que tal vez Ud. recuerda también, en sus "Japonneries d'automne". Cuenta que en una excursión que hizo a la sagrada montaña de Nikko, vió a un bonzo del Gran Templo arrodi-

Ante la puerta, dos leones, también en mármol, parecían guardar la entrada.

llado ante un candelabro de bronce; como se acercase, pudo observar que se entregaba a una extraña operación: quién sabe por qué milagro algunas manchas de liquén habían logrado adherirse al metal, y el japonés pasaba con delicadeza una suave escobilla para quitar el polvo de aquel verde terciopelo viviente...

—Sí, repuse, en el Japón, se comprende: tierra de artistas... Aquí, ya verá Ud. cuando se acerque el 1.º de noviembre. Se pondrá el mismo esmero que aquel bonzo japonés; sólo que al contrario, será para arrancar el musgo. Cada año, poco antes de esta fecha, Ud. verá una cuadrilla de mujeres, plana en mano, ocupada en esta tarea.

—A propósito de Loti, dije a mi amigo, Ud. que ha estado en Stamboul, habrá hecho una peregrinación a la tumba de Aziyadé...

—Sí; es decir, al cementerio en que reposa, al cementerio de Eyoub; en cuanto a saber el punto preciso en que Ella duerme el último sueño, nadie lo sabe, y Ud. comprende muy bien las razones.

Esos vastos cementerios turcos en que los árboles y la hiedra crecen en plena libertad, me placen. A su sombra se levantan miles de pequeños monolitos tumbados en todos sentidos; algunos elegantes kioscos de mármol alzan, de cuando en cuando, su blanca silueta bajo la sombra y la paz de los obscuros cipreses. En Stamboul no es por cierto preciso llegar hasta la mansión de los muertos para encontrar la paz, ya que ella se respira en el aire, y forma, por así decirlo, el velo sutil con que envuelve nuestra alma, el mágico filtro que penetra y subyuga nuestra alma cambiante y desasosegada de occidentales.

Pero sus cementerios, que ocupan un espacio tal vez mayor que la ciudad de los vivos, no tienen ese sello de trágico horror que es la característica de nuestros cementerios de Occidente; así, yo paseaba muchas veces por ellos, y más de un dorado crepúsculo de Oriente me sorprendió a la sombra de sus gigantescos cipreses, sentado al borde de algún túmulo, quizás sobre la tumba misma de Aziyadé...

—Sí, continuó mi amigo, nosotros rodeamos a la muerte de demasiado aparato: muchas cruces, muchas tejas volcadas, muchas estatuas en dolorosa actitud ante los costosos mausoleos, y todo este trágico gesto es fijado en la piedra o el mármol, en el hierro o en el bronce...

Gastamos demasiado fasto en hacernos, a nosotros mismos, más tétrica la idea de la muerte...

—Ud. exagera, interrumpí; ¿querría acaso que todos descansasen en la tierra desnuda?

—No es eso, repuso; pero, ¿no cree Ud. que hace falta más sencillez? Yo prefiero esa humilde losa en que el musgo ha escrito un nombre, a las otras, las de gran boato y pomposos epitafios.

Nos habíamos detenido cerca de una soberbia capilla de mármol blanco; ante la puerta, dos leones, también en mármol, parecían guardar la entrada; sus blancas cabezas destacábanse sobre una antigua reja de hierro enmohecido, remota sepultura de alguna Orden religiosa.

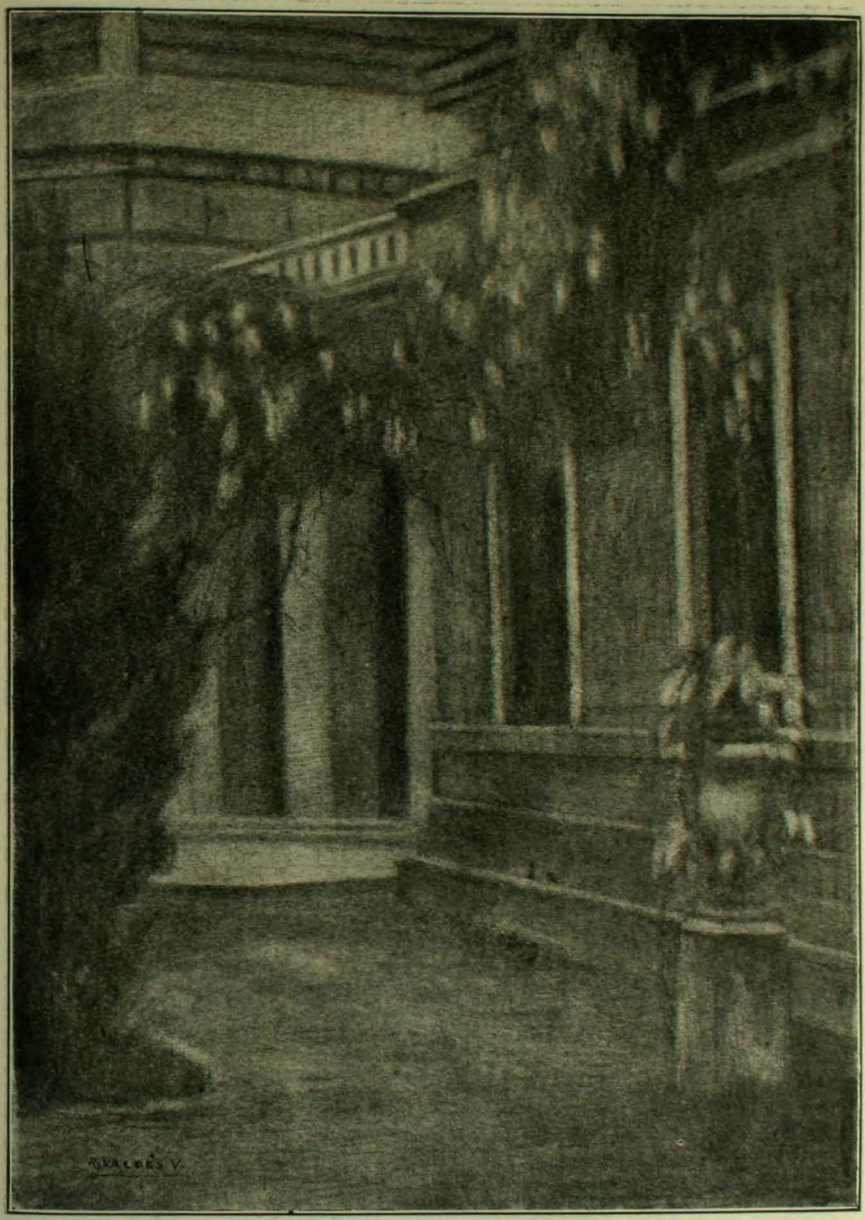
—Ni aún tratándose de hombres ilustres está de más la sencillez; recuerde Ud., entre otros ejemplos que nos ofrece el Cementerio del Père Lachaise en París, la tumba de Alfred de Musset: simplemente, el busto del poeta; y sobre la lápida, y a modo de epitafio, estos versos suyos:

Mes chers amis, quand je mourrai,
plantez un saule au cimetière;
. . . . . .
. . . . . .

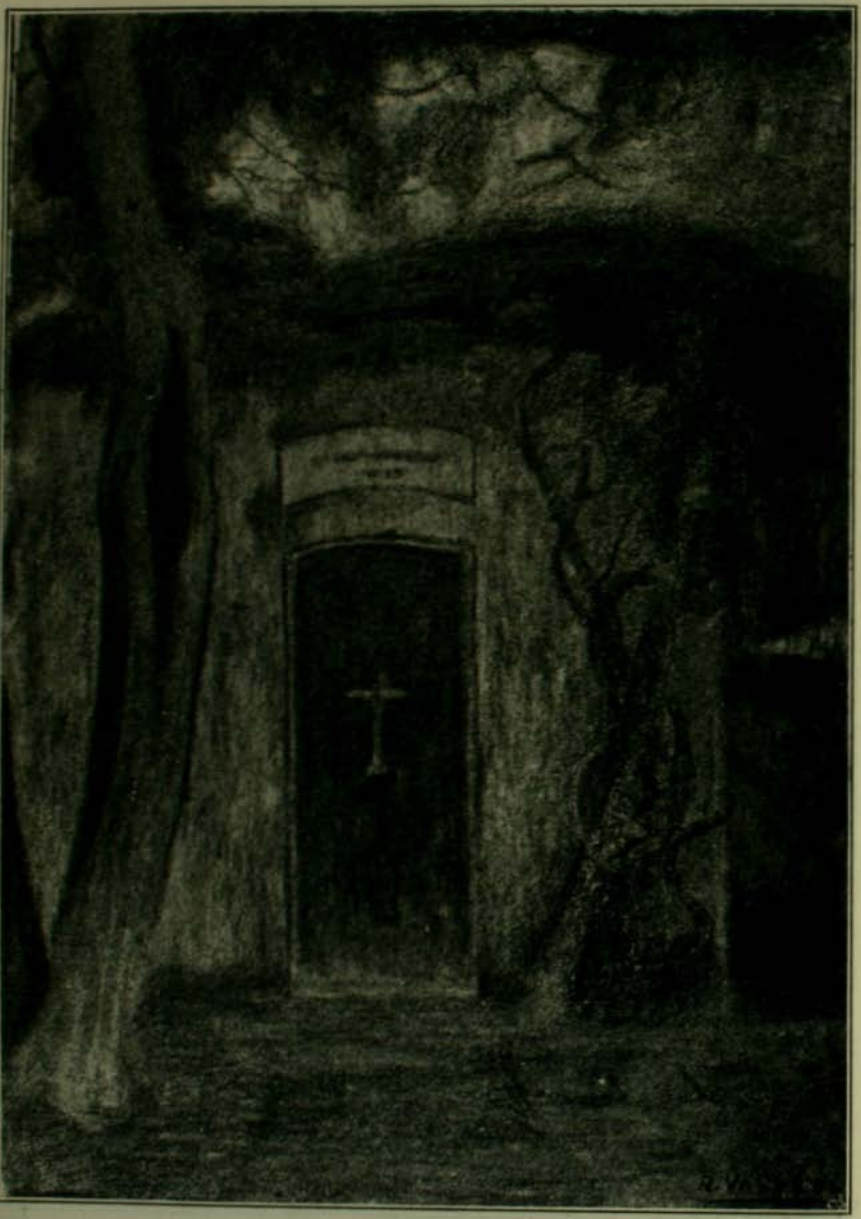
Sus "caros amigos" plantaron el sauce, grato al poeta; y ningún monumento le habría sido, seguramente, más agradable que ese sencillo homenaje a su memoria.

Habíamos llegado a los confines, a los "potreros", como se les llama aquí, a esos vastos terrenos en que sólo se alzan algunos pequeños túmulos con humildes cruces de madera pintada.

—Muchas veces he pensado en esto: ¿por qué hacer más lúgubre y más triste aún la idea de la muerte, rodeándola de tanto símbolo fúnebre? Y luego, saber que aquí se desagregan lentamente los despojos de tantas generaciones... Cuánto más sencillo y más económico resultaría la incineración de los cadáveres; mucho más higiénico también; esto concluiría con el perpetuo ensanche de la ciudad de los muertos, ensanche que no puede realizarse sino invadiendo la ciudad de los vivos. Piense Ud. en las remociones y traslacio-



"Al frente, la pequeña capilla destaca su frontispicio griego..."



"Yo prefiero esa humilde losa en que el musgo ha escrito su nombre..."

"Habíamos llegado a los confines, a los "potreros" como se les llama allí..."

nes de restos, tarea que no puede ser muy grata ni al mismo sepulturero. En verdad, encuentro que la incineración, naturalmente, no como se practica a orillas del Ganges, sino en los hornos crematorios, tal como existen en las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos, es lo que mejor responde al objeto. Puesto que nos hemos de convertir en polvo, que volvamos a él cuanto antes.

Esto no excluiría el que esas cenizas reposaran en vastos jardines o parques; los muertos ilustres tendrían sencillos monumentos; así la idea del más allá perdería cuánto de lóbrego le hemos añadido, para hablarnos más serenamente al espíritu. Aquí hay demasiado símbolo fúnebre y tal vez demasiados versos. La profusión de bambúes y palmeras en maceteros hace perder algo de su grandeza al conjunto.

Pero, tal cual es, en sus grandes líneas, nuestro Cementerio General, resulta hermoso, en su género. Si es verdad que hay algunos mausoleos de gusto dudoso, no es menos cierto que los hay muy bien inspirados.

Antes de salir nos detuvimos un momento cerca de la capilla, para admirar de cerca unos hermosos ángeles en bronce; estos cuatro ángeles formaban antes parte del monumento conmemorativo del incendio de "la Compañía", y son obra de Carrier-Belleuse; ellos nos hicieron olvidar la mala impresión de un Adán y Eva, de pésimo gusto, y cuyas desnudeces de mármol guardan la entrada de la capilla.

Pasarán, sin duda, los años; y seguramente las Necrópolis del futuro serán vastos parques que cobijarán sólo las cenizas de los que fueron, y en que toda idea de horror será desterrada para siempre, dando lugar a un sereno sentimiento de paz y conformidad ante Lo Inevitable.

MAL NEGOCIO

Por RAFAEL MALUENDA

Ilustraciones de Gordon.

La asiduidad de Ildefonso, "el rucio Fonso", con los Perales a nadie había pasado desapercibida, y los comentarios que entre los inquilinos se hacían al respecto concluyeron por orientarse hacia lo que les parecía más seguro: el rucio Fonso Velasco le rondaba a la Carmencita, la menor de las tres hijas de Sofanor Perales.

Cierto que Ildefonso era un buen peón, sobrio y trabajador; cierto que debía tener sus ahorrillos, porque en las chacras del año figuraba como "mediero" con cuadra y media; pero de todas suertes el tiro le quedaba alto: Carmencita, a no dudarlo, era un partido, por lo bonita, por lo buena y porque—muerto Sofanor—algo había de quedarle.

De las otras hijas, la mayor ya no debía pensar en casorio: treintona y con cinco chiquillos sin padre, se veía obligada a rudo trabajo para mantenerlos y para pagar a Sofanor el alojamiento. La mediana lisiada y tísica no despertaba más que lástimas.

Ildefonso había dejado, con su reserva, crecer el comentario, respondiendo con sonrisas o con recogidas de hombro a las indirectas que le marcaban su audacia para pensar en...

Así, pues, fué con asombro como se

acogió la noticia de que Ildefonso Velasco se había "informado" ya para casarse con Teorinda Perales, la mayor de las hijas.

—La acertó—decían—la mayor y con cinco chiquillos.

—Se halló la virgen en un trapito...

Y a las envidiosas indirectas de antes se sucedieron las pujas con las cuales los inquilinos le representaban la lástima que aquel matrimonio les inspiraba.

—¡Mira tú, que casarse con la Teorinda! ¡Qué ganga! Ya le habrá pedido permiso a Floro.

—¿También?

—Y a Mañungo.

—Pero, claro... ¿Quién no lo sabe?

Y como los aludidos autorizaban con sus afirmaciones aquel comentario, se le hizo a Ildefonso una atmósfera agresiva y burlona, que se resolvió en agria reyerta: Ildefonso se pegó con Mañungo a la hora de la pitanza, porque este último se permitió no sé qué libertad con la Teorinda, cuando estaba repartiendo la merienda.

Lo supo el patrón y lo mandó llamar; el peón esperaba una reprimenda, pero el amo se contentó con preguntarle:

—¿Has pensado bien, Ildefonso, de lo que vas a hacer?

—Pensado está, patrón.

—Que no tengas que arrepentirte...

—Me conviene y no tengo por qué echarme atrás.

La bondad del amo lo hizo explayarse y confesar lo que era su secreto, el nervio de su comentada resolución.

—Bonita es la Carmen, señor, y mucho vale; pero para otro más aperado que yo. La Teorinda... es cierto todo, ya lo sé; pero es trabajadora...

—¿Y los chiquillos?...

—Bah! Los chiquillos son los que me convienen: ya uno tiene diez años y empieza a trabajar. Los otros empezarán poco a poco y hasta que estén grandes me trabajarán a mí para pagarme el sostén. ¿Ve?

¡Era un negocio!

Desde luego contaba con el trabajo del mayor y luego serían los cinco los que le trabajarían sin recibir más pago que la comida. Ya fuera en la Hacienda o en cualquiera parte, un inquilino con cinco peones hábiles hace negocio y es bien recibido. En suma, con aquel casamiento, tendría mujer—una mujer que trabajaba, que no era tan vieja y hasta no muy mal parecida;—tendría la casa que la Hacienda le daba como inquilino con familia; tendría peones de balde... y campo ancho para ponerle hombro al trabajo y lograr ganancias que le permitieran más tarde tallar en lo propio.

¡Y decían que era un mal negocio!

Pero él, Ildefonso Velasco, miraba las cosas prácticamente, como conviene a un hombre que sabe apreciarles el lado positivo y tiene en todo muy en cuenta el provecho que pueden rendirle.

¡Háganse otros de mujeres bonitas y envidiadas, búsquenlas jóvenes y... solas, que él estaba satisfecho con su elección.

Se pegó con Mañungo a la hora de la pitanza

Se casó al comenzar la primavera.

En octubre se instaló en una de

las posesiones de la Hacienda y recibió tierra en medianía y talaje.

En noviembre el menor de los chiquitines murió de tifus. Contaminados por el mal los otros dos que le seguían cayeron en cama y hubo de gastarse en medicinas.

Inútilmente, porque se impuso su traslado al hospital del pueblo y Teorinda estuvo junto a ellos hasta que se produjo el desenlace fatal que se llevó a uno y dejó al otro en tan lastimoso estado que impuso su reclusión en el hospicio.

Fueron golpes rudos para los cálculos de Ildefonso: perdió los ánimos y desapareció su natural bonhomía.

—Pero, hombre, ¿a qué afligirse tanto por hijos ajenos?

—¿Ajenos? ¡Qué sabe Ud!— murmuraba Fonso, herido en su secreto.

Con temor, con verdadero temor, se hizo acompañar de los otros dos mayores en las faenas de la trilla. Sus desvelos y cuidados le fueron dando entre los inquilinos, reputación de compasivo y querendón.

—Benaiga la suerte de la Teorinda!

Es la mujer la que domina al hombre...

Cuando terminaban las labores del verano, Mañungo reclamó al mayor; y contra las protestas de Ildefonso el niño se fué con él; no pudo retenerlo; Teorinda reconocía su paternidad y el derecho quedó establecido.

Entonces pensó en la necesidad de adoptarse legalmente al segundo e hizo las diligencias, gastando el dinero que los rabulillas del pueblo le exigieron.

—Ahí tienen un hombre bueno,—se confiaban con admiración las comadres.

Una vez convertido en padre legal, Fonso se hizo autoritario y su trato para con el muchacho dejó de ser amable: parecía como si sobre éste hubiera querido ser todo el padre que no pudo ser con los otros.

Después de una azotaina que provocó una verdadera reyerta entre él y Teorinda, el niño se escapó sin dejar rastro. Se dijo que en su fuga lo había protegido Floro.

Solo ya con su mujer, Ildefonso perdió los bríos; ella se tornó en una furia perpetua que a toda hora le reprochaba la pérdida de sus hijos. Concluyeron por faltarle los ánimos para dominarla; y como cuando un hombre no domina a una mujer, es la mujer la que domina al hombre, la Teorinda se impuso y fué despótica, rezongona, "mandadora" y descontentadiza.

Antes de que se terminara el año "el rucio Fonso" era como un trapo en las manos de su mujer: provocaba lástima, recordando los desvelos que gastó con los niños.

Una tarde el patrón lo interrogó:

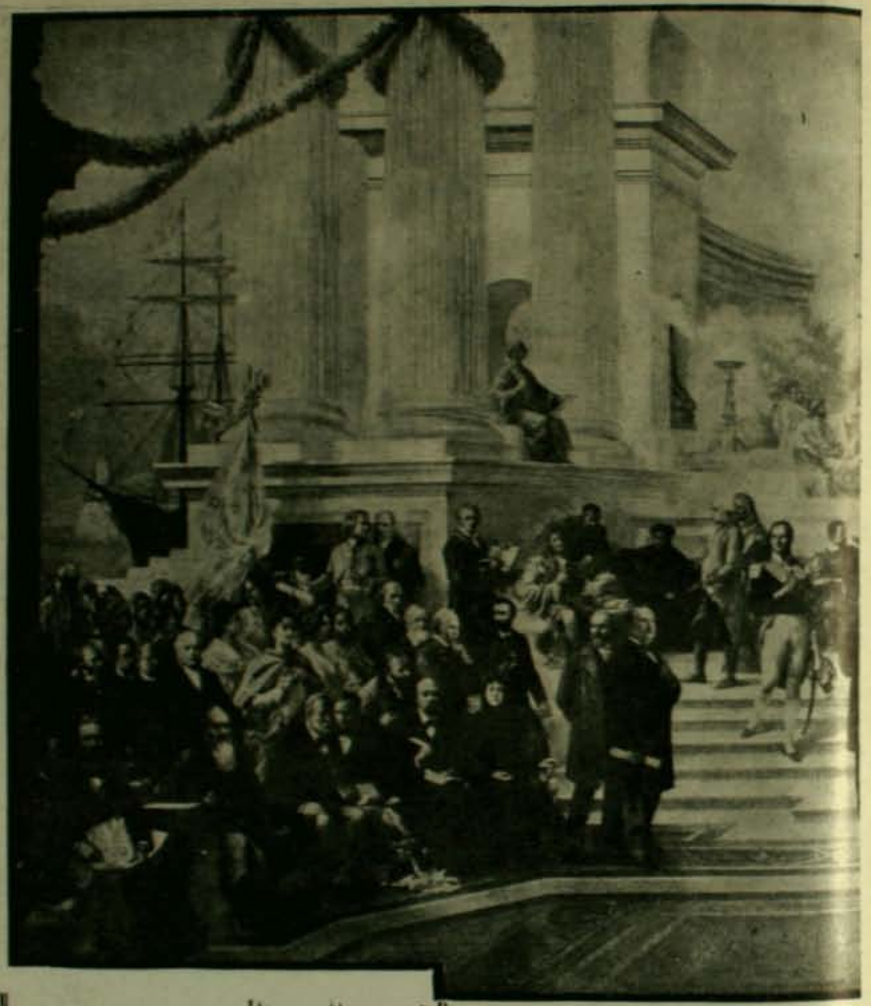
—¿Qué hay, Ildefonso? Bonito negocio hiciste. Dicen por ahí que ahora hasta te zurra la Teorinda...

Lo miró como queriendo protestar; pero recordando que el amo estaba en el secreto, se contentó con decir resignadamente:

—¡Qué quiere, pues, patrón! Me clavé!...

Chillán-Chile-1914.

LOS APOSTOLES DE LA PAZ



En su gigantesco y célebre cuadro, el pintor Henry Danger ha reunido los retratos de todas las personalidades, que en los tiempos antiguos y modernos han trabajado por la causa de la Paz.

1. Confucio. 2. Bouddha. 3. Isaías. 4. Miqueas. 5. Aristides. 6. Aristophanes. 7. Platón. 8 a 15. Jueces Amphictyónicos. 16 Cicerón. 17 Antonino. 18 Marco Aurelio. 19 a 22 Padres féciales. 23 San Pablo. 24 Gregorio de Tours. 25 Luis IX. 26 Dunant. 27 León X. 28 Dante. 29 Enrique IV. 30 Sully. 31 Alberico Gentili. 32 Grotius. 33 Puffendorf. 34 Erasmo. 35 Emériс-Crucé. 36 Leibnitz. 37 Vattel. 38. Kant, 39. Fénelon. 40. Abate de Saint-Pierre. 41 Mirabeau. 42 J.-J. Rousseau. 43 Bentham. 44 Volney. 45 Metternich. 46 Saint-Simón. 47 Lamartine. 48 Alejandro III. 49 de Martens. 50 Conde Orloff. 51 Leopoldo I. 52 Carnot. 53 Renouard. 54 Fréderic Passy. 55 Jules Simon. 56 Charles Lemonnier. 57 Barón de Courcel. 58 Henry Richard. 59 Gladstone. 60 Cobden. 61 Ruchonnet. 62 Elías Ducommun. 63 Staempfli. 64 Mancini. 65 Bonghi. 66 León XIII. 67 Conde de Sciopis. 68 Clarendon. 69 Walewski. 70 Edmond Thiaudière. 71 Henry Danger. 72 Ansbert Labbé. 73 Cleveland. 74 Garfield. 75 Grant. 76 Dudley Field. 77 Colfax. 78 Laad. 79 Jefferson. 80 Franklin. 81 Baronesa de Suttner. 82 Castelar. 83 Marcoartu. 84 Blumstchli. 85 Buchner. 86. Van Eck. 87 Bajer. 88 Jonás Jonassen. 89 Couvreur. 90 de Lambermontt. 91 Magalhaés-Lima. 92 Nobel. 93 a 106 Repúblicas Americanas.

LAS FANTASÍAS DEL CABLE

Si no fuera por el buen humor de las agencias de informaciones esta guerra nos haría bostezar de hastío. Antes, las batallas eran rápidas. Ya Julio César había dicho: "llegué, vi, y vencí". Naturalmente, apenas si se conocían entonces las trincheras y el alambre de púa. Pero ahora, los ejércitos se encuentran y, en vez de embestirse, se meten bajo tierra y bombardean a las catedrales y a los pájaros. Pero tampoco hay que creer así no más lo de las trincheras, porque al mismo tiempo el cable nos manda cada día una cifra de muertos, heridos y prisioneros que da calofríos. Quien haya tenido la paciencia de sumar las bajas, como lo ha hecho un amigo mío, empleado de la Oficina de Estadística que todas las mañanas saca al margen del periódico los números de muertos, heridos y prisioneros, los aeroplanos echados a tierra y los zeppelines que arrojan bombas, llegaría a estos resultados: "Muertos, 850.000; heridos, 1.345.000; prisioneros, 1.950.000; desaparecidos, 500.000, todo en dos meses de guerra. Además trescientos aeroplanos en tierra; y una existencia de mil zeppelines en perpetua actividad. Soberanos muertos: tres; heridos tres; prisioneros dos."

Ejércitos electrocutados, barridos, ametrallados, envenenados, asfixiados, anegados, podridos, coléricos, disentéricos, desfilan cada día en los telegramas. Pero, ciertamente lo que abre un horizonte ilimitado a los experimentos bélicos de las agencias de informaciones es la explicación de los electro-magnetos a la extracción de las balas del organismo. Parece que basta aplicar un imán poderoso al agujero que ha abierto un proyectil en el cuerpo humano para que éste salga en el acto. Estamos ciertos de que en pocos días más veremos lo siguiente:

"Rotterdam, 2.—A las 4½ de la mañana.—Reproducción prohibida. Comunicación inalámbrica que burló la censura. Se sabe que las grandes balas de los nuevos cañones de 85 centímetros que han sacado los alemanes no han dado en el blanco, porque los aliados han usado enormes corrientes magnéticas que han desviado los proyectiles, haciéndolos moverse hacia un punto muy diverso de la trayectoria. Mientras duraba el bombardeo los soldados ingleses jugaban foot-ball."

"Roma, 3.—Ultima hora.—"L'Idea Nazionale", da cuenta de que su corresponsal en campaña le comunica que un convoy de automóviles blindados para los rusos fué magnetizado por los austriacos en tal forma que atropellaron las líneas rusas, cayendo naturalmente en su poder. Se dice que veremos todavía otras maravillosas aplicaciones científicas en la guerra.

El espionaje ha dado también lugar a las más curiosas noticias. El humo de una cocina alemana en una aldea francesa habría servido para corregir la puntería de los obuses alemanes. Trás de la esfera del reloj de una torre se descubrió un ulano disfrazado de sacristán que movía los punteros a la derecha o a la izquierda para indicar hacia qué lado debía disparar el enemigo. Artilleros vestidos de mujeres; soldados disfrazados de troncos de ár-

boles; nodrizas que daban el pecho a un niño y resultaban ser generales que estaban enviando noticias por marconigrafía subterránea; cada día ha venido alguna extraña invención en la materia. Así por ejemplo:

"Madrid, 3.—Se comunica de Burdeos que un niño que se paseaba en brazos de su madre en el jardín de las Tullerías en París, dejó írsele de las manos un globo azul y que pudo notarse que el globo era recogido al vuelo por un aeroplano que ejecutaba el looping-the-loop, a considerable altura. Aprehendido el bebé confesó ser espía alemán y fué fusilado.

Se ha descubierto asimismo que la procesión de la aldea de Levigny fué utilizada por los alemanes para fines de espionaje. Habían introducido un capitán en calidad de religiosa Carmelita y ésta o éste encendió en la fachada de la iglesia de su convento tantas velas como eran los regimientos enemigos que estaban en las líneas. Así pudieron cargar con audaz confianza en la noche, pero fueron rechazados."

Cierta historia de unas canteras preparadas por los alemanes desde antes de la guerra para que sirvieran de trincheras, ha servido también para encantadores y pintorescos desarrollos. Según se ha dicho un hacendado alemán había armado un cañón de sitio cerca de Maubeuge, dentro de su dormitorio y apenas llegaron allí los alemanes se disparó un tiro contra el ropero y la muralla y quedó el cañón apuntando a la plaza. Más allá todos los postes de fierro que limitaban un camino eran rieles de ferrocarriles numerados y listos para ser tendidos en tierra. Los barriles de una bodega de Champagne estaban con pólvora esperando la invasión. Las chimeneas de las fábricas son puestos de observación con anteojos de poderoso alcance y comunicación radiográfica.

Pero, dejando a un lado exageraciones naturales en corresponsales ociosos por la censura y terminante prohibición de seguir de cerca a los ejércitos, en esta larga guerra de combates por el dominio del mundo, veremos sucesos extraordinarios. Yo lo espero todo. No me extrañaría leer en cuatro meses más el siguiente telegrama que haría juego a la noticia de la llegada de rusos a Inglaterra por la vía de Arkangel:

"Londres, 4. — "Times" anuncia que han aparecido en Francia, viniendo de los antípodas directamente al través de la tierra, por medios que se mantienen en secreto, cuatrocientos mil japoneses y que han entrado en la línea de combate. Los refuerzos se quejan del calor central de la tierra que califican de insoportable."

Los ánimos largamente trabajados por las novelas de Wells, están preparados a creer lo más fantástico en materia de procedimientos. Gases venenosos y envolventes que dejan líneas enteras en la actitud de las momias de Pompeya, sorprendidos por la muerte en pleno movimiento; refectores, sistemas de exploración, de incendio, de conducción de provisiones; todo es inmediatamente admitido por los públicos ávidos de emociones.

Yo creo firmemente que también leeré telegramas en esta forma:

"Berlín.—Acaba de aparecer el nuevo cañón de dos metros veinte que se tenía en el mayor secreto. Se cree que es po-

sible bombardear a París desde aquí mismo sin mover un solo soldado. El cañón debe ser manejado por un general de artillería forzosamente y el ejército alemán tiene ya seis en uso. Luego se va a apuntar otro contra Londres y un tercero contra Petrograd."

"París.—Ha caído en el Bois de Boulogne una bala de siete toneladas de hierro. Los perjuicios han sido pequeños, una motocicleta destruída y un perrito ha sufrido lesiones graves. Se cree que esta bala ha sido disparada desde la altura por un Zeppelin monstruoso, es decir, por un Super-Zeppelin".

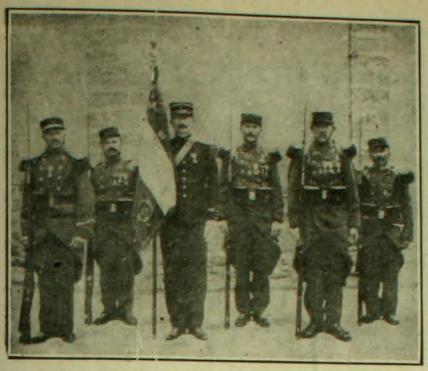
"Rotterdam.—Una de las noticias más sensacionales de la guerra es la entrada en combate, en el ala derecha alemana, de una brigada de médicos que manejan una pequeña artillería de bolsillo de rayos Roengen. La aplicación uel radium es estupenda. Un regimiento francés que avanzaba al galope quedó carbonizado en un instante. Los rostros de los radiocutados quedaron de color violeta obscuro".

"Roma.—"Il Giornale d'Italia" afirma, con toda reserva, que su corresponsal le comunica una curiosa noticia. En uno de los ataques a Arras, los alemanes vieron avanzar bajo el fuego de su fusilería y ametralladoras una extensa línea de infantería al parecer francesa, a pesar de llevar un uniforme desconocido. Los soldados eran de estatura perfectamente igual, lanzaban resplandor extraordinario por los ojos y no caía uno solo a pesar de que seguramente eran tocados por las balas alemanas. Esta actitud sembró primero la admiración y luego el terror en toda la línea y los alemanes abandonaron las espléndidas fortificaciones que habían ocupado. Se trata de investigar qué significa esta clase de infantes invulnerables. El corresponsal ha tenido ocasión de informarse sobre este suceso y dice tratarse de quinientos muñecos automáticos que son accionados por corrientes eléctricas desde las líneas francesas. El invento se le debe a un individuo de Filadelfia que lo ha vendido al Gobierno francés. Cada hombre cuesta veinte mil francos y dura más o menos según las balas que reciba en el centro locomotivo. Son susceptibles de reparación. Las tropas por una galantería para sus amigos llaman a estos infantes "los belgas".

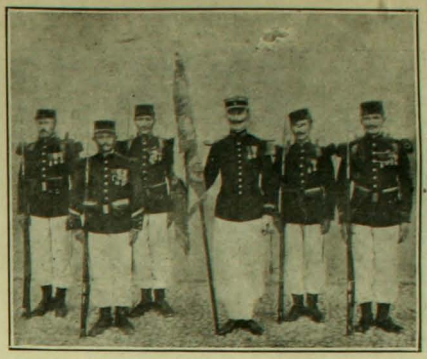
Tengamos paciencia y esperemos las noticias. Si la guerra dura hasta el invierno ¡qué hermosas relaciones nos van a hacer los corresponsales sobre la artillería rusa arrastrada en trineos!

ANGEL PINO

Ilustraciones de Coke



El estandarte del 1er. regimiento (Bel-Abbés)



El estandarte del 2.º regimiento (Saïda)

LA LEGION EXTRANJERA

Por A. C.

(La reproducción de las fotografías que ilustran este artículo queda autorizada, dice "L'Illustration Francaise". El corresponsal fotográfico en Argel, M. Geiser, las pondrá gratuitamente a disposición de los diarios alemanes, deseosos de completar su documentación sobre la Legión Extranjera.)

Ultimamente una parte de la prensa alemana ha recomenzado con nueva violencia su campaña contra la Legión Extranjera de Francia. La verdad es que no sólo afuera, sino aún en Francia mismo se está generalmente muy poco informado acerca de la organización de este cuerpo. La psicología de los regimientos de extranjeros, lo pintoresco de los diversos contingentes que los alimentan han sido objeto de diversas publicaciones, entre otros, por el general Bruneau, por el coronel Villebois-Marnuil y el libro ardiente de George d'Esparbés sobre la *Legión Etrangère*.

Salón de honor del 2.º regimiento

Salón de honor del 1er. regimiento

Una de las cuadras

En la peluquería

Los orígenes

La legión extranjera fué creada por ordenanza real de 1831. No había en ella vestigios de los regimientos alemanes, suizos, irlandeses, que entraron en los ejércitos del antiguo régimen, como en otros países. Basada sobre una oficialidad en su mayoría francesa y compuesta en gran parte en sus orígenes por desterrados políticos polacos, belgas, italianos, alemanes, españoles, la legión había tomado desde su formación un carácter muy diferente de los regimientos de mercenarios a los cuales se les compra sus servicios.

El desayuno de la guardia

Este cuerpo contaba al principio 7 batallones de 8 compañías cada uno y sus hombres estaban repartidos por nacionalidades en los batallones que partían en 1831 para Argelia, donde los legionarios tomaron una brillante participación en los dos sitios de Constantina y en la toma de Zaatcha. Bajo el segundo imperio se cubrió de gloria en Crimea, en Italia, en Magenta y en Méjico. En 1870-71, un cuerpo de legionarios defiende a Orleans, con el ejército del Loira, y luego combate a la Comuna. Los legionarios acompañan a la expedición de Túnez, prodigan el heroísmo en el Extremo Oriente, forman el núcleo de la columna del general Doods, en el Dahomey, y participan en la expedición de Madagascar. En

Algunos heridos de la campaña de Marruecos

fin, apenas dispara Francia sus cañones en Marruecos, los legionarios acuden allí.

Organización y reclutamiento

La organización actual de la legión se basa en un efectivo de 12 mil hombres, que la guerra parece haber aumentado considerablemente con los ofrecimientos de voluntarios de todas las nacionalidades. Su distribución se ha hecho en 56 compañías repartidas en 13 batallones que forman 2 regimientos, establecido uno en Sidi-Bel-Abbés y el otro en Saida.

El reclutamiento se opera exclusivamente por medio de contratas de carácter voluntario, cuya duración está fijada uniformente en cinco años, con derecho a reenganche. El elemento extranjero de la legión forma del 60 al 65 por ciento del total, y puede ser dividido en tres categorías. En la primera figuran los jóvenes extranjeros que no han hecho su servicio militar, y a los cuales por consiguiente se somete a una preparación previa, en los puestos centrales de Argelia. Las dos categorías restantes, que comprenden a los extranjeros desertores y a los que han cumplido con su servicio militar en su país de origen, proporcionan a la Legión un grueso contingente utilizable desde el primer momento, en razón de su resistencia física y de su preparación, como que entre ellos se hallan a veces oficiales extranjeros

El monumento a los legionarios muertos en el sur de Orán, erigido en Saida

La sala de lectura y escritorio de la tropa, en Saida

Alemania, con Alsacia-Lorena, proporciona más o menos un 40 por ciento del total. El contingente anual de enrolados llega alrededor de 3 mil hombres, de los cuales unos 700 son alemanes y 400 alsacianos-loreneses, o alemanes que se presentan como tales.

Las formalidades de admisión para los extranjeros son elementales: de-

August, alsaciano
2.° de extranjeros

Roidi, turco
2 años de servicio:
2 campañas

Verhoven, belga
11 años de servicio:
16 campañas

Monico, griego
2.° de extranjeros

ben tener 18 años a lo menos; dar un nombre, indicar una profesión, firmar su contrata, y nadie averigua más.

Para los franceses, las formalidades de admisión son también muy sencillas. Por otra parte, se admite individuos hasta de 40 años, lo que no hace en los demás cuerpos del ejército. Basta para enrolarse presentar un certificado de identidad, la libreta militar y un certificado del comisario militar para asegurarse de que el hombre no ha sufrido condena que acarreara su expulsión del ejército. La situación no es ventajosa para los franceses, pero se explica la concurrencia de voluntarios tomando en cuenta que la mayoría de ellos se incorporan a la Legión en procura de una rehabilitación moral.

Bezdicek, austriaco
ex-capitán del ejército imperial, 15 años de servicio: 29 campañas

Almas de legionarios

El general Bruneau ha trazado con vigorosos rasgos la fisonomía, tan diversa, del legionario.

"He tenido en mi vida, dice, un honor supremo: el de haber comandado el 2.° regimiento de la Legión Extranjera. Mi eterno pesar será el de no haber podido guiar al combate esta tropa incomparable, cuyo nombre evoca el recuerdo del organismo militar más poderoso que haya existido, la legión romana.

"Atraído por el renombre de este cuerpo, único en el mundo, alsacianos-loreneses, belgas, suizos, alemanes, húngaros, eslavos, italianos, españoles, hasta turcos, llegan

Castel, francés (bretón)

Kowalzik, ruso
1 año de servicio.
1 campaña

Huguet, español
2.° de extranjeros

Martinetti, italiano
3 años de servicio.
4 campañas

Schiaveneto, italiano
1.° de extranjeros

Verollet, francés
12 años de servicio; 15 campañas

Dominguez, cubano
1.° de extranjeros

Hesserling, alemán
12 años de servicio; 16 campañas

por centenares en cada vapor con destino a Argelia, de donde son dirigidos inmediatamente a esas fábricas de soldados que se llaman Side-Bel-Abbés y Saïda. En algunas semanas o en algunos meses, según la calidad del metal, todos esos elementos heterogéneos echados dentro del ardiente hogar del espíritu de cuerpo, se han fundido como cera y han pasado por el molde que hace los héroes!

"Príncipes, duques, marqueses, condes, generales y oficiales de todos los grados, de todos los países, de todas las armas; magistrados, sacerdotes, financistas, diplomáticos, abogados, funcionarios de toda clase; buenas gentes que desean sencillamente "rodar tierras.., o neurasténicos y ociosos; todos los que habiendo perdido el honor quieren recuperarlo, y aquellos que han preferido meterse a soldados antes que destaparse los sesos; todos los que sentían repugnancia por nuestra civilización vacua y decadente y todos los arrojados por ella; los que reventaban de hambre y los estragados de voluptuosidades, todos, absolutamente todos son transformados en ese sér valeroso, estoico, leal, abnegado, paciente, tenaz, prototipo del hombre de guerra, el legionario.

"Lo que se llama el grueso público no sospecha la diversidad increíble de origen, de educación, de situación social, de los legionarios. Debido a circunstancias fortuitas se sabe un día, por ejemplo, que el legionario de 2.ª clase, Müller, muerto en el hospital de Gériville, era nada menos que un primo del Emperador de Alemania, un Hohenzollern! "Cuando esto haya terminado, dijo a su ca-

Doroninski, polaco
2 años de servicio; 2 campañas

De Bulmerinsq, inglés
2.° de extranjeros

Philippi, suizo francés
2.° de extranjeros

Peter, suizo alemán
2 años de servicio; 2 campañas

Berde, húngaro
2.° de extranjeros

La sala de armas del 2.° de extranjeros

súbita, que hacia resaltar una barba negra como el ébano, estriada por algunas hebras plateadas, que descendia en ondas hasta la medalla del Tonkin prendida a su pecho.

"Después del príncipe y el prelado, nos queda el millonario. Un día recibo una carta de Viena en que el jefe de una célebre agencia de informaciones austriaca me pregunta si un joven de nacionalidad austro-húngara se ha enrolado en el regimiento de Saida, bajo el nombre de Justus Perth, a quien se habia buscado inútilmente en el 1.° de extranjeros. Comprenderáse fácilmente el interés que se tenia en descubrirlo, sabiendo que habia heredado 12 millones de coronas. Junto a la carta, venía un retrato de cuando era estudiante en la Universidad de Praga.

La sala de recreo en el cuartel de Saida

pitán, busque bajo mi almohada y hallará los documentos que acreditan mi verdadera condición; pero de aquí a entonces, permítame morir en paz!"

"Y cuando un día que visitaba en su tienda de campaña al general Detrie, como me manifestara sorprendido de la apostura del centinela, el general me dijo al dejarme a la puerta:

—Fíjese en ese guardia, mi querido Bruneau, es el obispo de Carinthia, el más buen mozo y el mejor soldado de la legión.

El legionario habia oído las palabras del general, como lo indicó su palidez

La sala de espectáculos en el cuartel de Bel-Abbés

"El retrato representaba a un sólido muchacho de 20 a 22 años, de barba corta y con gafas, lo que impedia reconocerlo por el color de sus ojos.

Hice formar a la tropa, y por intermedio del secretario Dhürmer, que hablaba alemán,

El cuartel del 2.º de extranjeros, en Saida

El puesto de Beni-Ounif; entrada al reducto

se interrogó a los dos recién llegados de origen alemán:

—Escuchad lo que dice el coronel: si alguno de vosotros se llama Justus Perth, que lo diga francamente. Parece que el tal fenómeno ha heredado algo así como doce millones!

—¿Eres tú?

—¡Nein!

—¿Y tú?

—¡Nein!

—Pero ustedes no han entendido! les grito Dhürmer con acento furioso, y en el más puro dialecto vienés, uno de ustedes ha heredado do-ce mi-llo-nes de co-ro-nas!

¡Nada!

Había olvidado ya este incidente cuando recibí en 1902, una nota diplomática en que se me encarecía la necesidad de buscar al dicho Perth, cuyo verdadero nombre era por lo demás el del conde Otto von X...

Una fotografía más reciente prendida al reverso me lo explicó todo: el falso Justus Perth, no era otro que el secretario Dhürmer, el mismo que había interpelado tan vivamente a los dos pobres diablos, el día de la primera investigación!

La encuesta se simplificaba, en vista que Dhürmer estaba todavía en el servicio, en el Tonkín. No tuve más que telegrafiar.

La respuesta llegó a los dos días:

"Legionario Dhürmer repatriado causa salud, camino Singapoore."

Nuevo telegrama cifrado al cónsul en Singapoore, y nueva respuesta:

"Legionario Dhürmer, alias conde Otto von X..., evadióse paquebot en bahía Singapoore, permanece inhallable."

No se ha sabido jamás la clave de este misterio.

El legionario de guarnición

No es de extrañar que estos soldados admirables bajo el fuego se sientan más que ningún otro deprimidos por la vida de guarnición, donde se revelan los instintos de estas naturalezas ardientes e impulsivas. De ahí resulta la necesidad de una estricta disciplina; es necesario, ha dicho el general Bruneau, una mano de fierro en un guante de terciopelo, y los coroneles que han dejado mejor recuerdo en la legión, han sido precisamente los que han sabido alternar en justa proporción esas dos maneras tan diferentes de aplicar, la benevolencia y la severidad.

Por lo demás, la vida que se lleva en los cuarteles de ambos depósitos, es la misma que la de los demás cuerpos de Argelia, con las maniobras y los ejercicios de costumbre. Los cuarteles tienen todas las comodidades militares, como lo atestiguan algunas de las presentes fotografías, y la comida es abundante y variada.

⚜ ⚜

PANORAMAS DE PARÍS

El moscardón (Tábano)

Un libro de monstruos

Ilustraciones fotográficas

Hace un año, un periódico americano imprimió una serie de fotografías notables de "**Monstruos de nuestros jardines**", escrito por el señor David Fairchild.

La serie de fotografías y el artículo que les acompañaba causaron tantos comentarios y estimularon tal interés para el estudio de estos importantes insectos, aunque pequeñas creaturas, que la Sociedad Nacional de Geografía insinuó al señor Fairchild fotografiar más de estos monstruos. Así lo hizo y he aquí impresas siete fotografías aumentadas.

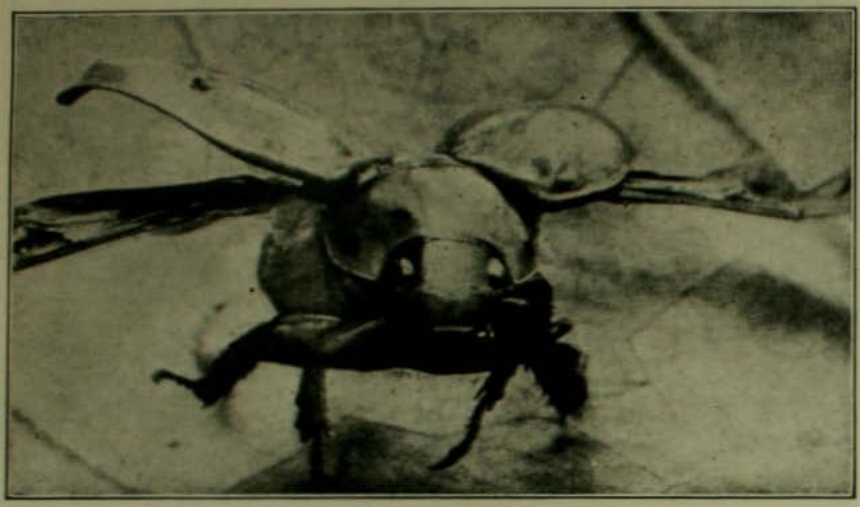
Para el beneficio de aquellos lectores que particularmente se interesan por este estudio, la Sociedad ha arreglado un catálogo que contiene más de cien fotografías de ese autor sobre arañas, avispones, avejones, avispas, hormigas, abejas silvestres, hormigas coloradas y negras, cigarras, langostas, grillos, moscas dragones, mosquitos, mariposas y sus larvas, polillas, orugas, chinches, escarabajos, gorgojos, etc.

Cada insecto fotografiado es aumentado tantas veces que de la anatomía externa ni un detalle se escapa a la observación.

Uno se interesa en seguida y se asombra del mundo desconocido que revelan y que parece abrirnos un horizonte de más desarrollo científico de la Naturaleza.

Fijándose, por ejemplo, en las delicadas antenas, las cuales permiten a ciertos insectos de evitar el peligro antes de verlo, en el ala musical con la cual la cigarra hembra llama a sus compañeras con el pasto y de otros mecanismos raros y maravillosos de la Naturaleza, los cuales se descubren bajo poderoso microscopio.

Los autores cuentan la vida de cada



El caballero armado

monstruo con una exactitud que corresponde a la realidad, satisfaciendo las más elevadas aspiraciones científicas y excitando la fantasía del lector hasta llevarlo al país de las maravillas.

El moscardón (Tabernus punctifer)

Hay casi doscientas especies de moscardones en América del Norte y Sur, y esta fotografía representa una de las más comunes.

Las fajas de verde, cobre y púrpura al rededor de sus enormes ojos, le hacen una creatura magnífica.

Siempre hemos imaginado que la mordedura de una mosca no era más que molesta sin pensar en su peligro. Ellas chupan la sangre de los animales muchas veces enfermos y después vuelan directamente a nuestras casas, introduciéndonos con su pico cubierto de gérmenes, la misma enfermedad.

Así es mejor desconfiar de ellos, considerándoles como jeringas hipodérmicas aladas, de venenosos gérmenes.

El caballero armado: El escalfador manchado. (Pelle nota punctata)

Cuántas veces se ven mariposas vacilando y desequilibrándose durante su fuga porque sus alas han sido injuriadas por los rosales o agujas de pino o por haber sido picadas por un pájaro hambriento.

Los escarabajos al bajar doblan cuidadosamente sus delicadas alas, cubriéndolas con placas pulidas tan duras como acero y las acomodan tan estrechamente como la maquinaria de un automóvil.

Fijándonos bien, el hombre justamente ha empezado a volar cuando los escarabajos lo hacían tal vez, hace cien millones de años; estas alas y sus más perfectas placas y mecanismo merecen por lo tanto nuestra admiración.

El Katydid (Scudderia)

¡Cuán maravillosamente está equipada esta creatura para vivir!

Sus grandes ojos con muchas facetas le permiten ver de noche tan bien como de día. Sus largas y delicadas antenas sienten el más débil olor y probablemente perciben un perfume que nosotros no distinguimos.

En frente de cada pierna delantera, justamente debajo de la rodilla, hay un lugar hundido obscuro—el oído—con el cual puede probablemente percibir sonidos demasiado débiles para nuestro oído, y moviéndolas puede notar de qué dirección

los sonidos vienen. Sus largas piernas musculares le permiten saltar grandes distancias, y sus alas no sólo le facilitan el vuelo; en las hembras las alas están provistas de un aparato cerca de su base para producir un rumor musical. Este se produce al medio abrir sus largas alas verdes y al cerrarlas rápidamente otra vez. Mientras que las alas están abriéndose, ningún rumor se produce; pero cuando se cierran, se oyen los característicos sonidos que los niños remedan con ciertas palabras repetidas con rapidez.

La mosca dragón y su víctima

(Macromia)

Cuando cogí la mosca dragón, cuyo retrato se muestra aquí, la tomé por las alas, y cogiendo una mosca que zumbaba al rededor de la mesa, la dejé caer en sus garras. Sin vacilar un momento, su boca se abrió anchamente y se cerró sobre la mosca; observé cómo desapareció debajo de su gran labio superior y casi me imaginaba oir crujir su cascarón, cuando las poderosas mandíbulas y labios inferior la dieron vuelta y vuelta en su boca; pocos segundos pasaron y su garganta chupadora había tirado toda la sangre y los labios arrojaron una masa de alas, piernas y esqueleto machacado del cuerpo de la mosca.

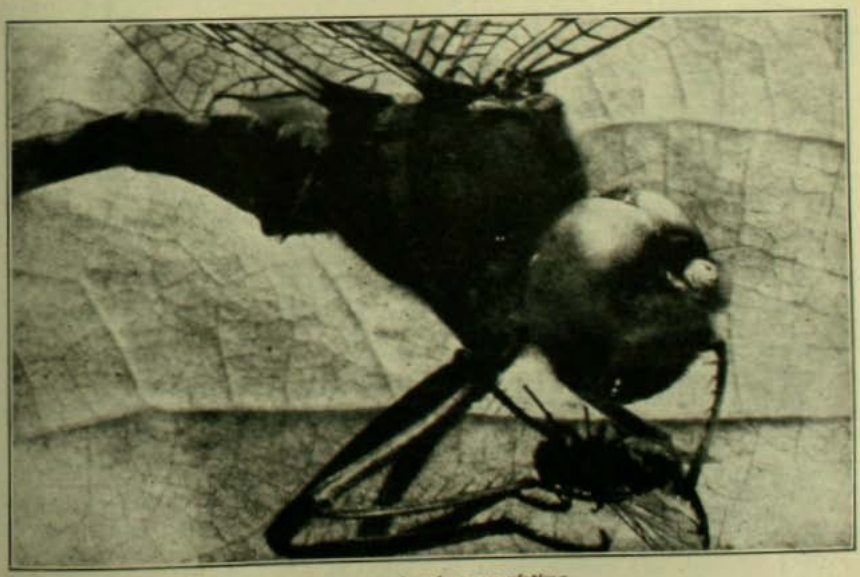
Un entomologista ha dicho que una mosca dragón podrá comer en dos horas lo menos cuarenta moscas domésticas, y el doctor Howard dice que si estuviera con hambre comería hasta su propio cuerpo.

Tal vez alguien encontraría un modo de domesticar esta creatura y haceria alimentarse de las moscas al rededor de la casa. Needham ha dado como un primer paso alimentándola con un pedacito de carne. Sharpe, autoridad británica, ha observado a una mosca dragón volviendo siempre al mismo arbusto, y Westwood, cree que ha visto al mismo insecto cazando por varias semanas sobre el mismo pequeño estanque.

No sirven para ser comidas

¿No se ha extrañado usted jamás de la temeridad con la cual ciertas creaturas débiles que se mueven lentamente, se exponen a los ataques de sus enemigos más poderosos?

En un mundo tan lleno de seres hambrientos alados, uno se extraña del hecho



La mosca dragón y su víctima

y todavía más cuando estas víctimas fatales llevan colores negros y blancos o de algún sorprendente matiz. la temeridad parece aún más extraordinaria hasta que uno aprende el simple hecho: estas creaturas no sirven para alimento de otras!

¡Qué protección! Parece competir con el aguijón de la abeja silvestre, las garras venenosas de la araña, o el veneno del ciento pies en su eficacia como arma protectora. ¡No tienen buen gusto para ser comidas! Imagínese Ud. qué cambio tendría lugar en un mundo como el nuestro si la mosca y el mosquito fueran equipados con algún sabor desagradable para los pájaros insectívoros, si el ganado no fuera bastante bueno para el hombre, y sin embargo los químicos no encuentran otra diferencia entre algunas mezclas buenas para comer y otras que son veneno mortal que entre el veneno de la almendra amarga y la almendra dulce de nuestro comedor.

La inseviación **no sirve para comer**, está distintamente escrito en negro y blanco sobre la espalda de esta creatura, y todo pájaro con alguna inteligencia pasará sin tocarlo y aún sin mirarlo.

El Rey Cigarrón

(Hippiscus, sp.)

Este joven Rey Cigarrón tiene probablemente veinte días de edad y sus alas no alcanzan aún su desarrollo; pero puede ya saltar cien veces su largo mientras que el hombre saltando puede apenas cubrir dos veces su altura. Cuando sus alas crecen y sus ampollas aéreas se llenan de aire, puede navegar por millas.

Una especie de esta gran familia puede navegar un mil de millas a favor del viento, y suelen andar en tal número que forman nubes de dos mil millas cuadradas de extensión.

Sus grandes labios delanteros esconden un par de garras tan poderosas como un rastrillo de heno y tiene un apetito tan voraz como el de un hipopótamo. Por esta voracidad y estas garras son una verdadera plaga de la humanidad.

La gran plaza de Egipto mencionada en el libro de Exodo; la aparición de la Cigarra en Kansas, que trajo la ruina de miles de familias y más recientes devastaciones en Argentina, América y Africa del Sur, son ejemplos de la malevolencia que estas langostas emigratorias han descargado sobre la prosperidad de los países.

Mirando a este Rey Cigarrón recién nacido cómo está parado, examinando a uno con sus ojos multicolores, cada uno de los cuales está compuesto de centenares de facetas no puede dejar de pensar que representa una creatura tan fascinadora y actualmente más peligrosa que los monstruos del Este de Africa, que se nos muestran en la zoología de los colegios.

Es duro comprender por qué vive solamente una simple estación asimilando en este corto espacio de tiempo la experiencia de una vida entera.

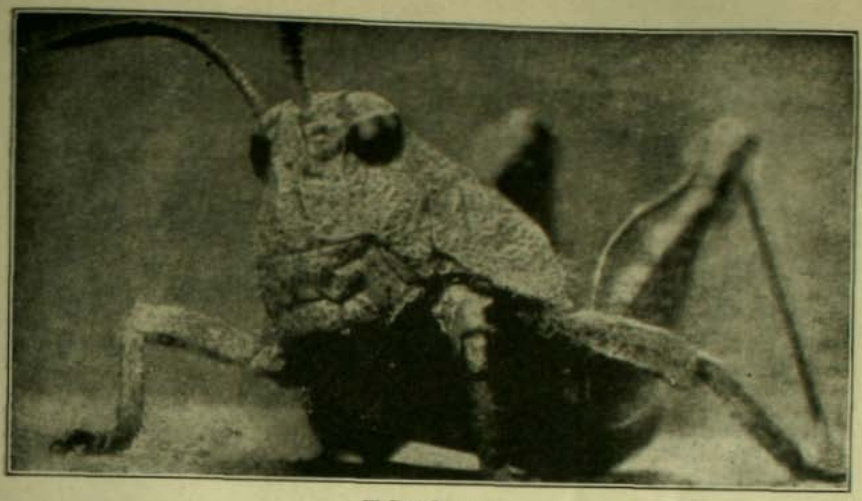
Estas reproducciones fotográficas de los insectos ya descriptos constituyen un mundo de habitantes como lo somos nosotros y tienen los mismos derechos de dominio que nosotros tenemos; pero como su propia lucha por la vida tantas veces cruza la nuestra. muchos de ellos son nuestros enemigos.

En la Edad Media las plagas que se extendieron como un castigo misterioso y sobrenatural llevándose millones de gentes en Europa; la fiebre amarilla que frecuentó las costas de América del Sur; la malaria que sembró millones de sepulcros en los países tropicales, han sido causa de las actividades de dos monstruos tan universalmente presentes en nuestros hogares que casi han llegado a ser creaturas domesticadas: la mosca y el mosquito.

Durante las dos últimas décadas estos dos insectos sufren bajo nuestra estricta inspección y las moscas que dejan una colonia de gérmenes no serán más toleradas.

El hombre no solamente tiene que luchar contra estos pequeños monstruos por su vida y salud sino también por su alimentación.

Casi cada planta cultivada tiene sus enemigos y algunas tienen muchos. Las chinches, por ejemplo, chupan los jugos de las plantas, al hombre le harían perecer en una o dos breves estaciones si ellos a su turno no fueren reprimidos por propios enemigos. El gorgojo es una de las especies que han demostrado el poder de devastar los campos de trigo. Otros destruç-



El Rey Cigarrón

tores son los escarabajos, que carcomen la corteza de los árboles de bosques, arruinándolos por millas cuadradas; además las polillas que destruyen su follaje; otros insectos que minan dentro de las frutas y árboles frutales, así como también las moscas que ocasionan rozaduras en las raíces de la vid, capaz de disminuir la renta de un país entero; también tenemos que mencionar el escarabajo que despoja la papa de sus hojas y aquel que con sus sucias garras infesta las plantaciones de melón, dejando su cáscara morena.

Estos insectos nombrados son pocos en el vasto orden de batalla de nuestros enemigos.

Pero no todas estas creaturas fascinadoras son nuestros enemigos.

No debemos olvidar que el hombre ha domesticado ciertos insectos, y que industrias gigantescas dependen de ellos.

La abeja ha provisto a la humanidad con dulce durante las generaciones que preceden al descubrimiento de la caña de azúcar, y el gusano de seda provee todavía la tela más espléndida con la cual nosotros nos vestimos.

Los amigos que tenemos dentro del mundo de los insectos son aquellos que destruyen las pestes de nuestras cosechas y cultivos, como el escarabajo australiano, que ha sido enviado de un país a otro para exterminar la escama en las huertas de naranjales; tenemos que mencionar también los parásitos de polillas que ayudan a concluir con las plagas en los árboles forestales.

También son amigos nuestros aquellos que como las arañas matan los monstruos que chupan nuestra sangre haciendo nuestra vida peligrosa, o como los grandes enjambres de avispas, abejones y avispones, hacen una guerra eterna contra las *moscas; sin embargo, los matamos* a la vista cuando ellos nos atacan, habiéndonos acercado mucho a los niños.

Los antepasados de algunos de los monstruos pintados en este libro fueron enterrados hace muchos miles de años en el ambarino transparente del Báltico, y los restos fósiles de otros datan de un millón de años o más; pero mientras que el hombre ha ido desarrollando sus alrededores desde los más primitivos tiempos de salvajismo hasta los más modernos de la vida civilizada, estas creaturas, lo menos la mayor parte de ellas, parecen vivir esencialmente de la misma manera como han vivido hace centenares o miles de años atrás. Ellos han tenido poderes que ni el hombre ni cualquier otro mamífero jamás han tenido.

Algunos tienen, como ya sabemos, el poder del vuelo, que les permite navegar mil millas a favor del viento; otros que pueden saltar cien veces la extensión de

su tamaño; uno de estos monstruos puede fabricar una cuerda tan fácilmente como los mamíferos producen leche; con esta hebra tejen redes aéreas para coger su presa o teniendo que cazar una mosca, por ejemplo, se dejan caer vertiginosamente de las alturas más elevadas y cuando la cuerda ha servido ya, ellas se la comen.

Sus armas de defensa se pueden comparar a las mortales que solamente tienen las culebras venenosas, y si ellos fueran más grandes, entonces serían verdaderamente los dragones como los pintan las leyendas.

Los gérmenes de estas especies producen microbios que accionan con una precisión y un grado de sacrificio propio, absoluto, que no dejan de admirar a la inteligencia humana. Ello nos hace presumir que acaso el co: .p: nento de la vida biológica consiste en el sacrificio del individuo para el bien de la especie a la cual él pertenece. Lo cierto es que el pensamiento humano está ahora apartándose de la consideración del individuo, y que paga más atención a las cosas y especies que afectan su desarrollo.

Este es un libro de láminas producidas en las horas desocupadas de dos personas industriosas.

Es una colección de fotografías actuales de algunos de los monstruos de pequeño tamaño, que viven en los potreros, en el jardín de flores y chácaras, en los pinos, robles, de un lugar de los bosques de Maryland.

CONFERENCIAS

(Artículo en broma que nadie debe tomar en serio)

Por M. J. ORTEGA

Salvo mejor opinión de parte de los lectores, yo creo que si a este siglo hubiera de dársele un nombre, (y ya sería tiempo, pues el niño lleva catorce años de hacer travesuras en este mundo) no se le hallaría otro más apropiado que el de "Siglo de las Conferencias".

Sin hablar de las conferencias internacionales, en que los representantes de los pueblos acuerdan la paz universal y codifican el derecho de gentes con los resultados prácticos que todo el mundo contempla en estos instantes, ¿no tenemos todos los días y todas las noches, aquí mismo, entre nosotros, conferencias sobre toda clase de asuntos y en todas partes? Conferencias en la Universidad, conferencias en los teatros, conferencias en las escuelas, conferencias en las imprentas de los diarios, en los círculos obreros y hasta al aire libre, al pie de las estatuas de la Alameda; conferencias sobre educación, sobre política, sobre arte, sobre el ahorro, sobre el alcoholismo, sobre la siembra de las papas y la crianza de las gallinas; conferencias pagadas y conferencias gratuitas, con música y sin música y con biógrafo y sin biógrafo; conferencias de nuestros profesores, de nuestros estadistas, de nuestros estudiantes y de eminencias traídas del extranjero exclusivamente para que nos las den. ¿Qué diario abre uno en que no encuentre el anuncio o la reseña de una conferencia? ¿Qué chileno que sepa leer y escribir es tan desgraciado que no haya dado alguna o por lo menos no la haya oído? Decididamente, la vida en este siglo es una conferencia ininterrumpida, y a fuerza de conferencias estamos haciéndonos unos sabios todos cuantos tenemos la dicha de vivir en él.

Antes, bendito Dios, las cosas pasaban de otra manera. Cuando un hombre estudiaba algún asunto, ya fuese consultando muchos libros o a fuerza de personales y directas observaciones, y cuando creía que sus estudios podían ser provechosos para los demás, exponía su saber en artículos y los enviaba a los diarios, o lo arreglaba en un libro y lo enviaba a la imprenta y de ahí a la librería. Volando el volumen o la hoja impresa de mano en mano, caía bajo muchos ojos, tocaba muchos cerebros e incitaba a muchos hombres a que los leyesen con tranquilidad, cómodamente arrellenados en una butaca del escritorio o tomando el sol en el corredor de la casa. La palabra de la sabiduría no era entonces, como es hoy, una cosa incorpórea, fugitiva, que se desvanece en el aire al cabo de pocos segundos, sin dejar en muchos cerebros más rastro que el que dejan las alas de las abejas al rozar una flor, sino que tomaba cuerpo visible y casi palpable, y se colocaba delante de la retina del hombre estudioso con la testarudez y majadería de una mosca que se empeña en parársenos sobre la nariz; lista para exhibirse, para repetirse, para mostrarse cuantas veces él lo quisiera o lo creyese necesario a fin de apropiársela por completo y entenderla bien.

Pero como todo progresa al galope en estos tiempos, este método ha sido dejado de mano, porque tiene graves deficiencias e inconvenientes. En un libro o en un artículo de diario, puede Ud. conocer la personalidad moral e intelectual del que lo ha escrito, pero no su persona física y material, que suele ser a veces la más interesante; puede saber cómo piensa y cómo siente, pero no cómo viste y cómo se peina; puede admirar tal vez su estilo y su dicción, pero no su modo de andar ni la elegancia de sus ademanes; puede sentirse encantado con los vuelos de su fantasía o con la sutileza de sus pensamientos, pero no con el nudo de su corbata ni con el corte de sus pantalones y de su chaquet. El escritor esconde su persona corporal bajo los tipos de la imprenta y entrega sólo su espíritu a la curiosidad de los lectores, mientras que el conferencista se entrega a los oyentes en cuerpo y alma, en el pensamiento y en el traje, en el sentir y en el hablar, con las brillantes visiones de su imaginación y con el lustre de sus zapatos y el color lila o rosado de sus calcetines. Cuando el conferencista despierta entusiasmo, el oyente tiene a quién aplaudir; cuando conmueve y admira, los del auditorio se abalanzan a estrecharle la mano; más, cuando el pobre escritor logra producir los mismos efectos, no ofrece al lector ni siquiera una sombra vana a la cual pueda expresar su admiración o su simpatía.

Algunos de nuestros autores han obviado en parte estos inconvenientes colocando su retrato en la portada de sus libros o haciéndolo publicar en "Zig-Zag" o en "El Diario Ilustrado". Esos retratos son siempre expresivos y adecuados a la índole del escritor o de sus obras: cuando el autor es un crítico sensato y erudito, sólo hace retratar su gran cabeza de preñada frente y de ojos expresivos e investigadores; cuando es un talento ligero y brillante, que escribe sin tendencia alguna y que sólo acepta que se cultive el arte por el arte, se retrata de pie, con aire indiferente, con una mano en el bolsillo y sosteniendo con la otra un cigarrillo encendido; cuando es un bohemio a lo Verlaine o a lo Baudelaire, adopta la "pose" de un consumado calavera, con el cigarrillo entre los dientes, con la corbata flotante y con el chambergo profundamente calado sobre la melena e inclinado hacia una de las cejas, de modo que se adivine que es un vividor que derrocha su ingenio con la misma indiferencia con que derrocha entre las Mimís y las Musettes su dinero y su salud, y cuando es un poeta sentimental y modernista, de esos que piden a "las vírgenes pálidas" que "rueguen por ellos, porque ya no pueden más con la carga inmensa de sus dolores", entonces se retratan con los ojos clavados en el cielo, en una actitud de ensueño, de tristeza y de abandono que inspira la más profunda compasión. Pero todos estos arbitrios de poco les sirven a los autores; el conferencista les lleva siempre la ventaja, como que vale más un feo de carne y hueso que un Adonis visto sólo por obra y gracia de la cámara fotográfica.

Esto por lo que toca a los escritores y conferencistas; mas, la conferencia también es preferible al artículo y al libro para el público que busca la sabiduría. A la conferencia asisten muchas señoras que nunca leen o que leen a lo sumo los folletines de los diarios y las novelas de doña Carolina Invernizzio y doña Carlota Breamé. Es verdad que no sólo van por instruirse, sino que atraídas además por la curiosidad de ver al conferencista y de ser vistas por los asistentes, por oír un poco de música o por lucir un sombrero nuevo o un traje a la última moda; pero eso no importa. El hecho es que van y que suelen sacar de las conferencias muchísimas cosas de qué hablar con sus amigas.

—¿Estuviste en la Universidad? ¿Valía la pena?

—Cómo no, niña; figúrate tú, un mozo de talento, con el cabello crespo y voz de barítono. ¡Y qué bien acciona! Promete ser un gran orador. Ya debiera estar en el Congreso...

—¿Sobre qué trató?

—¿Sobre qué? Vaya... espera... ¿creerás que se me olvidó? Creo que sobre las salitreras de la Tierra del Fuego o sobre la "confederación" europea. Pero, te aseguro, fué bien interesante. Como ir a un teatro. Si da otra conferencia, no dejes de asistir...

El juicio de las oyentes es otras veces menos favorable, y no es raro oír opiniones como ésta:

—¿La conferencia? Así, así. ¡Qué voz la de ese hombre, Dios mío! Si parece un

clarinete mal tocado. ¡Y esas patillas que usa y esos anteojos que chocan tanto! Con una cara así no debiera meterse a dar conferencias...

En cuanto al sexo feo, las conferencias han tenido la virtud de despertar en muchos un interés antes desconocido, por los negocios públicos, por las ciencias y por las artes, y de dar ocasión a que se descubran mil talentos antes no sospechados. Cualquier peluquero le habla a Ud. ahora con todo lucimiento sobre el sistema parlamentario y sus consecuencias, mientras le rasura o le encrespa el bigote; cualquier escribiente de oficina le puede dar un curso sobre abonos artificiales, mientras prepara el despacho para la firma, y un dependiente de tienda o de botica le puede disertar admirablemente sobre la conversión metálica, mientras le envuelve los géneros o mezcla los mixtos de la receta.

Pero en pocos hombres han producido las conferencias un cambio y un desarrollo intelectual tan asombroso como en mi vecino don Carlos, que era hasta hace poco un pacífico ciudadano, sosegado, excelente esposo y padre de familia, y que se ha convertido en un estratega de primer orden y en un ogro bebedor de sangre humana, desde que oyó una conferencia sobre la guerra europea.

Antes se dedicaba exclusivamente a vender velas de esperma y duraznos en conserva, pues era almacenero; mas hoy ha entregado el negocio a su mujer, y él sólo se ocupa en leer los diarios y en propagar entre los vecinos sus ideas y predicciones sobre la contienda.

A las nueve de la mañana lo tengo en mi casa todos los días, y apenas entra me pregunta con aire triunfante, mostrándome el diario:

—¿Qué le parece?

—Nada todavía. No lo he leído. ¿Trae algo de importante?

—¡Y mucho! Vamos avanzando. La retirada de von Kluck fué sólo una estrategia, como yo lo decía. Esto estaba previsto desde hace varios años en los planes del Estado Mayor. Ahora resulta que nos atrincheramos sobre el Aisne y que de ahí nadie nos mueve. ¿Ve Ud. ahora cuál es la situación?

Y como yo le hago señas de que no, saca del bolsillo un mapa de Francia forrado en hule y me explica todo el plan de las operaciones que van a desarrollar los ejércitos beligerantes.

—Vea Ud.: aquí nosotros, desde Verdum hasta Amiens, fuertemente atrincherados; al frente los enemigos, los ingleses a la izquierda y los franceses en el centro y en la derecha. ¿Sabe Ud. lo que yo hago? Es muy sencillo: refuerzo a von Kluck, y corriéndome por la derecha y torciendo por detrás de San Quentín, envuelvo a la izquierda de los aliados, aniquilo a los ingleses, tomo el centro francés entre dos fuegos, y tengo expedito otra vez el camino de París.

Como apasionado germanófilo, sabe leer entre líneas noticias favorables a los alemanes, aún en los telegramas que le son más adversos.

—Avance de los aliados, dice el diario. Déjenlos que caminen hasta donde nosotros los necesitamos, agrega don Carlos.

—Una división alemana completamente aniquilada.—Es siembra de sangre para cosechar victorias.

—Atrocidades de los invasores, fusilamientos de mujeres y ancianos.—Así se hace la guerra ¡caramba! a sangre y fuego. ¡No faltaba más sino que anduviéramos con paños tibios!

Y el diablo del hombre sigue explicándome durante más de una hora la campaña de Francia, la de la Prusia Oriental, las operaciones navales y hasta el plan de los japoneses contra Kiao-Chao, con tanto lujo de detalles y con tanta erudición que me deja pasmado; aunque sospecho que no siempre da en el clavo, pues juraría que en vez pasada emplazó la artillería del **general Meuse** sobre la orilla derecha del **río French**, y que en otra ocasión echó a pique unos cruceros ingleses en el **canal de los Vosgos** y sostuvo en el **mar Cárpato** una batalla naval.

Para volverlo a la realidad de las cosas, suelo yo preguntarle de repente:

—¿Y qué precio tiene el azúcar?

—Eso lo sabe mi mujer, me responde con enfado, y se despide de mí para irse a donde el vecino de más arriba a desarrollar sus planes guerreros, y de ahí a donde el que sigue, hasta que tuerce la esquina y concluye con toda la manzana. ¿A dónde irá a parar? Es posible que antes de mucho haya que dirigirse a la calle de los Olivos a preguntar por él.

Pero los excesos a que llega este don

Carlos a nadie deben acobardar. No porque él pierda la cabeza oyendo y dando conferencias, dejarán éstas de ser un medio excelente para hacer en la vida brillante carrera y para ganar entre las gentes fama y renombre. ¿Ud., lector, no ha dado ninguna? Pues ha hecho muy mal. Dedíquese desde hoy mismo a asistir a todas las que pueda, a fin de que se apropie el tono, los ademanes y las actitudes del buen conferencista; escoja en seguida un tema y lea sobre él cuanto libro y artículo se haya escrito; extraiga después un poco de cada una de sus lecturas y consígnelo en papelitos separados, escritos por una sola cara; cómprese después, si no los tiene, un terno de chaquet, una corbata de fantasía y unos zapatos acharolados (si son rebajados, mucho mejor); cómprese además unas medias de color malva, por si al subir la escalerilla de la tribuna se le alzara un poco el pantalón y el público pudiera verlas; vaya a las imprentas y consiga que le pongan en el diario un buen parrafito sobre su trabajo y sobre sus antecedentes como hombre de estudio y de talento, y ¡pecho al agua! Al salón de la Universidad a cumplir con la obra de misericordia de enseñar a los que no saben. Le aseguro que a poco que Ud. repita, empezará a sonar su nombre de boca en boca, y lo saludarán en la calle los hombres a cabeza descubierta, y las mujeres con amable sonrisa, y si vaca un puesto de buen sueldo en la administración pública, se lo dan a Ud. indudablemente...

—¿Me dice Ud. que no tiene dedos para organista, porque flaquea un poco en la redacción y no anda muy firme en ortografía? Pues eso no importa. Si Ud. ignora esas cosas, razón de más para que dé conferencias.

El que no sabe de fusas ni de corcheas, siempre puede tocar muy bien en un autopiano...

Cuasimodo, en una antigua viñeta de la novela de Víctor Hugo

El bombardeo de Notre Dame, de París

En uno de los más fantásticos relatos del poema que trazó Víctor Hugo sobre la catedral gótica, se describe el asedio llevado sobre la iglesia por el hampa de París; la multitud vociferante que se agolpa a sus puertas; el asalto con aquel formidable ariete llevado en hombros contra las puertas de la catedral; la defensa con plomo derretido, desde los canalones de la fachada, y aquella espantosa escena de la escala lanzada al vacío por Cuasimodo, con un racimo de hombres paralizados por el terror. Todo aquello era la Edad Media, que animada por el más espiritual de los soplos, había levantado esos monumentos de piedra labrada, y que poseída a veces por el espíritu maligno, se lanzaba ciegamente sobre los mismos para destruir su propia obra.

Uno de los monstruos de la fachada

Esta escena se nos ha venido a la memoria al leer entre las informaciones de la guerra, el intento de bombardeo de Notre Dame, por un aviador alemán. La masa enorme de la catedral románica resalta en el corazón de la gran ciudad, entre los brazos del Sena, y era natural que la eligiera por punto de mira, quien se guía sólo por las leyes de la táctica militar.

Pero el mundo, que lamenta ya la destrucción de la catedral de Reims y el incendio de las ciudades belgas, se ha alarmado ante la posibilidad de que también se reduzca a ruinas la iglesia matriz del estilo gótico en Francia. Pudiera decirse que desde lo alto de sus torres, diez siglos de historia, un milenio de cultura cristiana, vela sobre nuestra civilización decadente.

Péladan ha descifrado el sentido místico y popular de las catedrales góticas, atribuyendo la riqueza y la variedad de sus detalles a la libertad de iniciativa y ejecución en que se dejaba al obrero. Cada hombre de los que concurrían en la grande obra, se consagraba a expresar en la piedra su propia concepción del arte, sus creencias, sus visiones de un misticismo en el que se sentían revivir las alegorías del paganismo. Cada obrero era un artista, o quizás si cada artista, no tocado todavía por la codicia ni la vanagloria, seguía cada una de sus creaciones, desde la gestación obscura del cerebro, hasta realizarla con su propia mano en la piedra perdurable.

Así surgía en los relieves y los coronamientos de las catedrales, todo un mundo fantástico de monstruos, en que es posible reconocer las ingenuas creencias, los delirios místicos y los tormentos de la conciencia medioeval; en que a veces surgen también risueñas a fuerza de horror las fábulas de la época y tal vez las aspiraciones políticas de los pueblos que erigían las catedrales.

Es todo lo que nos queda del pasado remoto. La literatura no ha podido recoger gran cosa del espíritu de la Edad Media; pero ahí están vivientes los símbolos de piedra que expresan el alma apasionada y visionaria de aquellas generaciones.

Y esto es lo que amenazan destruir las bombas lanzadas desde el cielo por los iconoclastas que ha engendrado la guerra.

Pintura Moderna

AMAN JEAN

Por

JOSE BACKHAUS

Con ilustraciones.

En este momento en que ha estallado la guerra europea los ánimos están todos preocupados por la suerte de los países beligerantes y un artículo sobre arte parece fuera de sitio.

El ruido de los cañones nos apaga las voces del espíritu y nos obliga a pensar sólo en la suerte de esos grandes pueblos que hoy se baten, se exterminan sin piedad en las innumerables vidas que desaparecerán tempranamente. ¿Cuántas de ellas serían una esperanza para el porvenir de las artes, de las ciencias de todas las ramas del saber humano y una bala enemiga las habrá cegado para siempre?... Alemania, Francia, Rusia, Inglaterra, Bélgica y Austria-Hungría, todos han tomado hoy las armas para defender a sus patrias. Todos nuestros compañeros de París visten hoy el traje marcial y muchos de ellos se encontrarán en campos opuestos. La paleta y los pinceles estarán muy lejos y no les presta ninguna utilidad en estos momentos, sólo piensan en defender la patria en peligro.

Los alegres camaradas que pintaban en el taller cantando canciones populares serán hoy soldados resueltos y valerosos como fué Enrique Regnols el héroe de Boussenval y a quien todos ellos han de recordar.

El monumento a Regnols erigido en uno de los corredores de la Escuela de Bellas Artes y delante del cual pasaban todos los días para llegar a los talleres ya les había hecho familiar la cabeza enérgica de este joven pintor que había conquistado los más bellos laureles en su arte y supo encontrar una muerte heroica que agregó a su inmortalidad de artista genial, la de héroe de la patria.

Y como ellos todos los franceses, aún los que están fuera del servicio militar no pensarán hoy en sus cuadros. Pero nosotros que sólo somos espectadores, hagamos votos porque el destino salve las bellas obras que nos han legado.

Aman-Jean. Nuestro Congreso recibió hace poco tiempo cuatro panneauxs decorativos que había encargado a este pintor, para el salón de Sesiones de la Cámara de Diputados. En ellos se pueden admirar muchas de las cualidades de este artista amable, que ha sabido conquistarse un puesto entre los mejores pintores modernos, produciendo una obra sincera y profundamente sentida sin buscar nunca la ostentación ni el éxito forzado; no pintando otra cosa que lo que su sensibilidad, lo que su alma de artista le pedía sin pensar ni en el público ni en la crítica, guiándose sólo por su corazón y su instinto de pintor innato; sin preocuparse de los grandes problemas del pensamiento o de la psicología, él ha querido que su obra sea únicamente la expresión de su yo íntimo, la historia de su alma y de su vida interior expresada ingenuamente sin buscar artificios ni recetas aprendidas; dejando los éxitos ruidosos para los demás y contentándose con

Retrato, por Aman Jean

emocionar profundamente las pocas almas delicadas que encontrara en su paso.

Esta obra sincera y dulcemente melancólica se insinúa y se impone sin esfuerzo, dejando un recuerdo amable de intimidad y de misterio; de cosas que están en esta tierra y que aspiran al más allá que presienten y que no pueden alcanzar.

Sus figuras tienen la nostalgia del infinito, la melancolía de los que viven con su alma en un mundo diferente y están obligados a cumplir su pena en éste.

La mujer ha sido generalmente su tema favorito y ha sabido expresar sus momentos más íntimos, aquellos en que el alma asoma a sus ojos y a sus labios revelán-

donos algo del secreto de su existencia. El retrato que hoy posee el Petit Palais es una obra maestra de penetración psicológica y de expresión.

Toda el alma de la mujer soñadora que aspira algo que ha de venir, que presiente en su sér otra vida de encantos, de delicias que puede otorgar y que se abandona al misterio desconocido del destino, está expresado en este cuadro como nadie hasta hoy lo había hecho.

Sus cualidades de pintor son tan admirables como las de psicólogos; su ojo es prodigiosamente sensible a los colores que orquesta en armonías delicadas de un sabor extraño y amable a la vez. Su percepción de la forma es eminentemente decorativo; ama el arabesco suave que se liga en curvas indolentes y expresivas. Todas las formas en sus cuadros son interesantes, no hay una línea que sea vanal, cada una de ellas está expresada en su momento más propicio y concuerda con la expresión del conjunto. Su comprensión del dibujo se puede decir que es única, busca en él sólo la expresión, la belleza del arabesco sacrificando a veces la precisión.

Caballo, por Cottet

En sus grandes composiciones decorativas ha desarrollado cualidades inesperadas de compositor y armonista. Este pequeño pintor de la psicología femenina supo en un momento dar amplitud a su talento sin cambiar de rumbo ni de maneras. Aplicó en sus grandes telas los mismos principios de sensibilidad ingenua, de visión intuitiva, de despreocupación de las fórmulas, de las recetas, de las ideas metódicas y preconcebidas. Es inútil buscar en sus cuadros una idea cuidadosamente elaborada por el cerebro o una composición metódicamente perfeccionada. Se siente desde el primer golpe de vista que el cuadro ha surgido sin esfuerzo de la imaginación del artista sin haber tenido otra fuente que el corazón, sin que haya necesitado para fijarlo en la tela de una elaboración penosa ni de artificios conocidos. Sus figuras se muestran espontáneas vivientes, sorprendidas rápidamente en un momento de abandono. Su manera de pintar es igualmente intuitiva y sincera; las pastas se superponen sin preocupación de hacer lujo de factura, buscando únicamente la justeza del tono y la sinceridad del modelado.

Los panneaux que hoy posee nuestro Congreso son de los más característicos de su obra. Esperemos que ellos sirvan de ejemplo para despertar más el gusto entre nosotros por esta rama de la pintura que es la más amplia y la única en que un artista puede dar, sin estar atado por pequeñas trabas, todo el vuelo de su imaginación y a su talento. En Europa la pintura mural tiene una importancia preponderante. El ideal de todo gran pintor es obtener murallas para decorar en los monumentos públicos y los gobiernos apoyan y tratan de dar el mayor desarrollo posible a este arte porque saben la importancia que tiene su desarrollo para la Historia de un pueblo y comprenden que es la única manera de ayudar a mantener el nivel elevado de sus artes.

No basta para formar una gran Escuela de Pintura, tener Museos en los que se exhiben cuadros alineados unos al lado del otro de la misma manera que se exhiben los animales embalsamados en un Museo Zoológico, o las piedras en un Museo de Minería. Yo creo que no hay nada más anti-artístico que un Museo o un Salón de Pintura. Los cuadros en esos sitios pierden toda su intimidad y su razón de ser, porque no han sido hechos para que se exhiban alineados como un batallón en día de revista, sino para ocupar un sitio en el hogar, en las habitaciones, al lado de los objetos familiares. Esta es la misión del cuadro y por lo tanto debe ser íntimo y precioso para que se armonice con la vida interior y con los demás objetos de

El estanque, de Gastón La Touche

adorno o de utilidad que lo rodean. El cuadro no puede salir de estos límites y por lo tanto su horizonte debe reducirse a ellos.

La decoración tiende a ideales más amplios y por consiguiente necesita cerebralidad más completa. El sitio que ocupa una decoración es siempre un monumento público, un palacio o una sala de fiestas y esto obliga a que los temas tratados en ellos sean de un tenor más elevado y que el sentimiento de la belleza que encierran sea más puro y más sereno. Por lo tanto siguiendo el viejo principio que dice: "quien hace lo más hace lo menos"; el pueblo que tenga grandes decoradores necesariamente tendrá también grandes pintores de caballete, de donde se deduce también que no basta haber pintado buenos cuadros de caballete para poder hacer buenas decoraciones. Los gobiernos deberían ocuparse, sobre todo, y es lo que hacen los gobiernos europeos, del desarrollo de la pintura mural. Tanto porque es el medio más seguro de levantar el nivel moral de la pintura cuanto porque las más grandes obras decorativas solamente se pueden ejecutar en los edificios públicos.

Entre nosotros se ha conseguido algo ya en este sentido. Los esfuerzos de algunos caballeros han alcanzado a obtener del Gobierno el encargo de varias decoraciones: Los cuatro panneauxs de Aman Jean, el cuadro de Sommerscales y el de Subercaseaux. Por lo tanto la primera piedra está ya colocada, sólo falta continuar la obra y darle el carácter nacional que debería tener.

Nosotros tenemos ya pintores de mérito y preparación suficiente que duplicarían sus cualidades y sus esfuerzos si se les encargara obras destinadas a nuestros monumentos.

En estas obras los pintores chilenos trabajarían con mucho más empeño de lo que lo haría un extranjero, porque entraría en juego el sentimiento patrio, el deseo de dejar una obra duradera para el porvenir que sirviera de testimonio de nuestra cultura artística. En cambio, todos estos pintores que han hecho estudios serios, que han pasado por una vida de privaciones para poder llegar al perfeccionamiento de su arte, están reducidos hoy a ocuparse sólo de pequeños cuadros de obras insignificantes que puedan encontrar fácil salida entre los pocos aficionados a la pintura. Esto conduce a nuestros artistas necesariamente al comercio, sus mejores cualidades se atrofian y pierden el entusiasmo y de hombres que pudieron haber sido honra y gloria para su país si se les hubiera dado facilidades para trabajar, sólo se consigue hacer pequeños artistas que dejan una obra inferior a la que pudieron haber producido.

Se protesta generalmente que el país no tiene dinero para estos gastos superfluos, pero esto es sólo una excusa sin fundamento, porque la cantidad de dinero que se emplearía en estos trabajos es relativamente muy pequeña, y en cuanto a que estos gastos sean superfluos está muy lejos de ello, porque si bien es cierto que no son absolutamente de necesidad práctica, pero lo son de necesidad estética, y la pretensión que tenemos de clasificarnos entre los países civilizados nos lo imponen.

Nadie perdonaría a una persona que pretendiera pertenecer a la buena sociedad, que por realizar una economía suprimiera el uso de una corbata. Este pedazo de seda que enrollamos a nuestro cuello no nos presta utilidad práctica, pero indica que la persona que la lleva puesta, además de los vestidos que le sirven para cubrirse del frío, lleva algo más, sin utilidad práctica, que es un simple adorno, pero que indica cultura de parte de su poseedor. En este caso están nuestros edificios, muchos de ellos son muy bellos de construcción, muy confortables, pero todos sus muros están desnudos y hacen el efecto de pecheras sin corbata.

Sería de desear que nuestra Comisión de Bellas Artes se ocupara un poco más de este punto tan importante para nuestra pintura y para el embellecimiento de nuestros edificios, pidiendo proyectos y propuestas a nuestros pintores nacionales y empeñándose con el Supremo Gobierno para obtener los fondos necesarios para realizar los que juzgaren dignos de ser ejecutados.

Nuestra Comisión de Bellas Artes realizaría con esto el mayor bien que podría hacerse a nuestra pintura y a nuestros pintores, porque les proporcionaría a éstos la ocasión de ejecutar obras serias y se elevaría por lo tanto el nivel de nuestra producción.

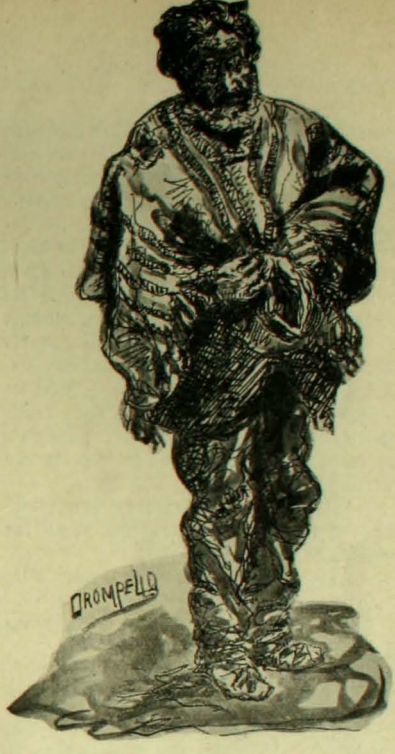
EL ESTANDARTE DEL 2.º SE LO ESTA PELEANDO LA GUARDIA DE MI REGIMIENTO CON UNA NIEBLA DE CHOLOS...

Candelilla

Por

FEDERICO GANA

Ilustraciones de Orompello



Un mediodía de primavera, mi padre que se paseaba, como era su costumbre, por el corredor interior de las casas del fundo, me dijo:

—Tienes que ir luego a los potreros de abajo, a los Montes, porque don Calixto me ha mandado decir que mi medianía estaba mala y se le pasaban mis animales. Anda con el Candelilla para que te señale bien.

Llamé en voz alta y tendí mis miradas por el largo corredor, en cuyo extremo se agrupaban los peones que esperaban el pago, y no vi entre ellos al llamado Candelilla. Allí estaban afirmados en los pilares o paseándose y mirando cavilosos al suelo algunos trabajadores que conocía desde la niñez.

El viejo don Bartolo, el hercúleo Juan Sierra, el Chercán, vejete pequeñito apergaminado, vestido de andrajos, el borracho y fiel regador del potrero de Santa Teresa, don Sosa, Núñez, el bodeguero; éstos eran puede decirse, los criollos, los aborígenes del fundo; pero Candelilla no estaba.

El apodado Candelilla, a causa tal vez de sus ojos claros y rubios cabellos, era una especie de vagabundo casi siempre invisible para mí y muy popular en esos contornos. Sabía yo vagamente que era algo así como un ayudante intermitente del cuidador de animales, sin sueldo y con ración solamente cuando trabajaba; que muchas noches llegaba a la cocina de las casas a comer cualquier cosa de los restos, que en los veranos cuando llegaba la época de los cortes y cosechas de trigo emigraba al sur, a Traiguén, la Victoria, la Frontera, en busca de trabajo, llegando después, en invierno y entradas de primavera a refugiarse al calor del fogón hospitalario de las cocinas, como tantos otros.

De pronto, del grupo de peones una voz ronca, alegre, burlona, de acento despreciativo, dijo:

—Patrón, allá viene el Candelilla...

Se escuchaban risas contenidas...

Dirigí la vista por todo el amplio patio plantado de enormes eucaliptus y pequeños duraznos florecidos, tapizado de yerba sobre la que corrían y picoteaban las gallinas, encuadrado por diversas construcciones muy bajas. Cocheras, mediaguas para las caballerizas y las carretas, graneros, la gran bodega del fundo con su único portón y allá al fin del patio vi a Candelilla que salía de la cocina y avanzaba hacia el corredor con la cabeza descubierta.

Se detuvo frente a mí con un afectado ademán de respetuosa obediencia. Yo examinaba ahora con interés el aspecto de ese hombre que antes había mirado con indiferencia. Era un individuo de regular estatura y anchas espaldas, delgado, recio. Vestía una ropa a la que el largo uso había dado un color indefinible; sus pies estaban calzados con ojotas. Y a pesar de la tibieza del día cubríale el torso una gruesa manta de invierno rota y deshila-

chada. Se inclinaba humilde ante mí, pero sus redondos ojos verdes muy claros fijábalos con risueña expresión interrogativa en mi semblante. Imposible habría sido definir la edad de aquel sujeto, pues los ásperos y lucientes cabellos, el grueso mostacho, las espesas cejas de un rubio claro denunciaban la juventud, al par que las hondas mejillas fatigadas, sueltas, picadas de viruelas, la estrecha frente en que las marcadas arrugas parecían cicatrices, hablaban de largos años de trabajos y padecimientos. Y ahora su gruesa boca frunciase en una sonrisa como la de un niño que acabase de cometer una falta de la que pidiera perdón.

Le expliqué rápidamente lo que teníamos que hacer; y mientras me ponía las espuelas le pregunté:

—¿Hay mucho barro todavía, allá, abajo?

—Algo queda señor, porque el invierno ha sido malo.

Subimos a caballo; y al montar Candelilla la flojísima yegua casi inválida que cabalgaba, del grupo de peones alguien le dijo con voz fuerte:

—¡No se te vaya a cargar la bestia!

Candelilla sonrió vagamente a la broma, mostrando su gruesa dentadura amarillenta.

Marchábamos lentamente aspirando con delicia el puro aire campesino. Mi vista se extendía por el vasto potrero de las casas donde pacía el terneraje; a lo lejos, al sur, divisaba el caserío del pueblo que se proyectaba amontonándose a los pies de los enormes murallones de cal y ladrillo de la Iglesia inconclusa aún; en el confín de la costa sucedíanse los cercados de perales florecidos de blanco, de sauces cubiertos de hojitas nuevas, los grandes álamos, las tupidas zarzamoras; aquí y allá los pequeños ranchos de paja de los inquilinos destacaban con profunda claridad sus manchas sombrías sobre el cielo pálido y tranquilo. En lo alto una red finísima de nubes cubría el azul; el aire tibio y suave; los terneros separados de sus madres jugaban no lejos de mí sobre el césped brillante y manchaban el paisaje de colores vivos; bandadas de jilgueros, de diucas, de loicas, de tordos, gozaban de la tibieza de la yerba, de la tierra y de la luz y se alzaban a cada instante ante mis pasos. Por todas partes los grandes charcos de las lluvias del invierno reciente brillaban inmóviles como espejos resplandecientes. Y yo sentía que una dulce embriaguez se apoderaba de mí gozando de ese hermoso día; recordaba cosas lejanas, de la niñez.

Y seguimos atravesando potreros y potreros, unos destinados a la engorda, cubiertos de espeso trébol y vallica; otros recién arados que esperaban la próxima siembra de chacras.

Al fin llegamos a nuestro destino, el potrero de los Montes o de la crianza, como indistintamente se le denominaba. Y vi a Candelilla esforzándose en vano por bajar las gruesas varas de un tranquero; me desmonté de mi caballo y entre los dos corrimos con dificultad los pesados largueros.

Le dije sonriendo:

—¡Estás muy falso, hombre!

—Es que este brazo lo tengo malo, me contestó, indicándome con su izquierda la mano derecha en la que observé inmediatamente una grande y profunda cicatriz en la muñeca y algunos dedos encogidos y engarrotados.

—Y, ¿de qué te vino eso?

—Fué de un balazo que me pegaron hace años. Aquí en el hombro tengo otro, continuó, y por eso no tengo fuerzas.

—¿Dónde te pegaron esos balazos?

Su alegre rostro se iluminó con una sonrisa tímida, su gruesa nariz aguileña más encendida y avinada que de costumbre con el reciente esfuerzo parecía alumbrarle la cara.

Contestó entre dientes:

—Ahí le contaré eso más tarde...

Y yo atravesando el hondo y sombrío estero cubierto de espeso bosque que aún nos separaba de los Montes, pensaba en que tales desperfectos debían haber sido causados por una riña precedida de una colosal borrachera, como acostumbraba mi acompañante de continuo.

El potrero a que entrábamos formaba extraño contraste con los que acabábamos de atravesar. La espesura era allí inculta, selvática, virgen; las pataguas, los arrayanes, el maqui, el canelo y el litre crecían silvestres, libres y opulentos en las hondonadas pantanosas; las tórtolas y las torcazas, que aún no emigraban a la montaña, volaban lentamente, descuidadas, de

árbol en árbol, sobre nuestras cabezas; de cuando en cuando oíase a la distancia el golpe seco y duro de los picos carpinteros que labraban sus nidos en las altas y secas ramas de los árboles muertos.

Al desembocar en los claros, veíamos uno o varios terneros de la crianza que pacían tranquilamente las altas yerbas y nos miraban inmóviles, confiados, con sus grandes y negros ojos purísimos. Todo era allí sombra, frialdad, silencio interrumpido por un movimiento leve, por el grito o el arrullo de un ave, el rumor de una rama agitada por un animal, y después era más profunda la tranquilidad misteriosa de esa pequeña selva.

Atravesando por estrechos senderos, baches y ciénagas, inclinándonos sobre nuestras monturas para deslizarnos a través de la espesa maraña del bosque, llegamos por fin a las medianías.

Candelilla me mostró cuidadosamente los deslindes del vecino y los de mi padre, y llegué con mi ocular inspección al convencimiento de que la medianía en mal estado era la del mañoso don Calixto.

Fatigados de marchar por atajos, pantanos y boscosos vericuetos, llegamos por fin a un pequeño alto donde crecían algunos maitenes jóvenes cubiertos de espesos quintrales. Alrededor de las rojas flores color de sangre fresca de los hermosos parásitos, zumbaban bandadas de picaflores que volaban siempre inquietos yendo rápidos de un árbol a otro; lanzando estridentes gritos de alegría, de íntima embriaguez. A los pies de los hermosos árboles silvestres veíase la tierra suelta pisoteada y revuelta por los animales que venían a revolcarse bajo sus frescas sombras.

El sol muy bajo ya sobre las montañas de la costa lanzaba sus rayos últimos; el cielo despejado de nubes era de un azul profundo, purísimo; una helada brisa venía del bosque cercano.

Candelilla se acercó a mí; permanecimos silenciosos a la sombra de los árboles. Le dije:

—Cuéntame al fin cómo te pegaron esos balazos.

Su rostro animado, alegre, enigmático,

Al pie de los hermosos árboles silvestres...

Yo he sido muy padecido, patrón.

sus ojos ingenuos, casi infantiles se ensombrecieron, parecía haber envejecido de súbito; se sacó el viejísimo sombrero, rascóse fuertemente la cabeza, suspiró, e inclinando el rostro exclamó como hablándose a sí mismo:

—¡Yo he sido muy padecido, patrón! Si le contara...

Yo escuchaba atento...

Alzó la cabeza, miró vagamente a su alrededor, y continuó:

—Yo nací aquí, en este fundo. De aquí son mis padres; mi familia vivía en esta tierra cuando el dueño era el finado don Antonio Pando.

A la muerte de don Antonio, los hijos y las hijas se empobrecieron, según hablaba la gente, porque había poco trabajo entonces, apenas para poder comer un pan. Yo estaba aquí cuando llegó el patrón de hoy que les compró a todos los Pando... Yo era joven como el patrón, como su padre; era el quesero en este fundo, continuó alzando orgullosamente la voz al recuerdo de aquellos felices tiempos de juventud, de abundancia... Me ocupaban en todo: ¡qué Camilo, aquí, que Camilo acá!, ¡con qué gusto trabajaba!

Meditó un instante, y en seguida continuó con una voz misteriosa, con los ojos brillantes, encendidos, tal vez al recuerdo de una felicidad lejana, perdida para siempre.

—Ud. no debe acordarse de todo esto porque era muy mediano, apenas se levantaba del suelo. Un día llega la señora de Santiago. ¡Qué bulla en la casa con los arreglos, qué trajines! Traía una chiquilla, la Tránsito, muy joven y nada mal parecida. Nos veíamos a cada instante... Pasó el verano; y cuando la señora se volvía para Santiago, aquí me le quedo yo con la Tránsito. Me casé con ella, pues, señor. En esto viene la guerra del Perú y principian a enganchar gente en el pueblo. Entonces no entraba nadie a la fuerza. ¡Cómo se llenaba el cuartel! Hacía dos meses no más que me había casado, cuando un sábado que, le confesaré, andaba con mi copa desde temprano, ¿no me

da por ir a meterme a la estación? Pues allí había una bolina de gente y músicas porque pasaba un batallón de los que iban a pelear al norte. Los enganchadores muy amables, y copa y copa con todo el mundo. Sale un futre y se monta a un carro y dice que la patria la tienen traicionada, que la van a cautivar, que todos tenemos que correr a defenderla porque somos sus hijos, que nuestra sangre es poca para darla; y aquí me tiene Ud. perdido y embarcado para la guerra por las palabras de ese futre. Mi mujer, a la que noticiaron de que me iba, alcanzó a llegar cuando el tren ya estaba andando. Y así la vi, señor, por la última vez, llorando sin consuelo y levantando los brazos como si quisiera sujetarme! Vino la noche en el camino, ya no había remedio. ¡Qué sacaba con arrepentirme!

Cuando llegué al norte, me destinaron al 2o. de línea y en él hice la campaña con mi finado comandante Ramírez.

Guardó silencio un instante profundamente absorto en sus recuerdos, y, en seguida continuó con grave acento:

—Y allá fuimos mandados a pelear en esa traición de Tarapacá. Los que sabían dijeron que después de San Francisco, a los cholos los íbamos a agarrar como gallinas, que iban de derrota. Y vamos marchando, niños, muy contentos por aquellos desiertos que parecían brasas encendidas, brasas, patrón, en la cabeza, en las espaldas y en la boca reseca como una yesca. ¡Hubiera visto, señor, algunos compañeros que quedaban rezagados, buceando el agua en la arena, con las dos manos, como locos!

Cuando tuvimos el enemigo al frente ya no nos quedaba agua en las caramayolas; el sol siempre en la cabeza y la boca amarga como la hiel. Y bala y bala. De repente mandan bajar a una quebrada; ahí está el agua, decían; los compañeros corren sin obedecer orden ninguna y se ponen de boca a beber hasta empiparse, cuando a los dos lados de la barranca aparecen los cholos como moscas, que nos estaban cateando. ¡Hubiera visto patrón! Todos los sedientos quedaron ahí muertos como patos en bandada. Yo con mi teniente Arrieta y un subteniente Valenzuela, logramos guarecernos de las balas que caían como granizo, en una casita de tejas que había arriba. Allí había muchos de los traicionados. Los cholos los teníamos siempre tan cerca que les veíamos las caras y les escuchábamos las voces. Nos tenían rodeados; las balas atravesaban las murallas de adobe y el que se asomaba a la puerta era hombre muerto. Mi capitán Necochea estaba allí herido de muchos tiros y pedía a gritos agua y que lo mataran, y nosotros sin poder darle nada, saltábamos por encima de él y disparábamos defendiendo la vida a más y mejor. De repente, por una ventana veo, patrón, como en una estampa, que mi estandarte, el estandarte del 2o. se lo está peleando la guardia del regimiento con una niebla de cholos, no le diré a tiros sino a culatazos, guantadas y tirones, pedacito a pedacito. ¡Qué le diré patrón! Al ver esto sentí yo lo mismo que el día que me enganché allá en el pueblo y habló el futre de la estación; y casi sin saber cómo corrí solo para mi estandarte como si me hubiese vuelto loco.

Y así la vi por última vez, llorando sin consuelo.

Iba corriendo con el fusil bien apretado cuando escucho una descarga cerrada y siento aquí, en el pecho como si me hubiesen dado un trancazo tan fuerte que me hizo dar mil vueltas y perder los sentidos. Cuando volví en mí y levanté la cabeza, ya no estaban los que peleaban y del estandarte no había ni señas. Ahí cerca no vi sino un rimero de muertos hechos pedazos y chorreando sangre. Con la descarga me hicieron las dos heridas en la muñeca y en el hombro. ¡Así fué como me pegaron estos balazos, patrón!

Después, en la campaña, me vino esa fiebre de tiritones que todavía me da y me mandaron a Chile.

Cuando llegué aquí me encontré solo, sin casa y sin mujer, porque la pobre Tránsito se había muerto de viruela. Y así estoy solo desde hace más de veinte años, sin nadie en este mundo, viviendo aquí y allá. ¡Qué hacerle! Esa habría sido mi suerte!

—Y ¿qué sacaste de la guerra?

—Nada más que este brazo malo y las malditas tercianas que no me dejan, contestó sencillamente.

Durante esta relación, el sol se puso; el crepúsculo manchaba ya de sombras el horizonte; las primeras estrellas principiaban a brotar dulcemente en el cielo. Regresábamos en silencio.

Y al llegar a las casas le digo:

Pásame tu mano.

Me la tiende en silencio y yo estrecho con fuerza, en la obscuridad aquella diestra mutilada de un héroe humilde e ignorado como tantos otros...

9 de septiembre de 1914.

La Industria Alemana de las materias colorantes

La industria de las materias colorantes artificiales es la única en el mundo que sea casi totalmente monopolizada por una sola nación. Está ella en poder de cinco grandes casas alemanas y de algunas otras de menor importancia. Estas cinco firmas son: Badische Anilin und Soda Fabrik, en Ludwigshafen sobre el Rhin; Leopold Casella y Ca., en Meinkur, cerca de Francfurt sobre el Mein; Federico Bayer, en Eberfeld y Leverkusen; la sociedad Meister Lucius und Bruning, de Hochst; Actien Gesellschat fur Anilin Fabrikation, en Berlin. Su producción en conjunto alcanza a cerca de mil millones de francos.

El origen de los colorantes artificiales remonta hacia 1860, época en que el químico de Lyon, M. Verguin, aisló la fucsina, derivado secundario del alquitrán de hulla: su descubrimiento fué seguido sucesivamente por el de la anilina y el de la alizarina. Esta síntesis de las materias colorantes efectuadas primeramente en Francia, pasó pronto a Alemania, donde se implantó de una manera definitiva y se extendió con tal amplitud, que todos los países del mundo han llegado a ser sus tributarios.

Para el estudio y descubrimiento de los colorantes, se necesitaban perseverancia en las investigaciones y liberalidad en los gastos: a este propósito se cita el caso de cierto producto de la Badische que le ha costado doce años de estudios y quince millones de marcos en ensayos. La necesidad de mantener su prestigio y clientela hace que las fábricas se empeñen en obtener nuevos privilegios por invenciones químicas o industriales.

Entre las cinco fábricas citadas, nos referiremos especialmente a la firma Federico Bayer, de Elberfeld, cuyos productos son tan conocidos en esta parte del mundo. El establecimiento fué fundado en 1850 y transformado treinta años después en sociedad anónima. Sus directores son, desde el punto de vista comercial, M. F. Bayer, hijo del fundador, y del punto de vista técnico, el profesor doctor Duisberg. Con la misma organización que la fábrica matriz de Elberfeld, la firma posee usinas en Barmen, en Flers cerca de Lille, en Moscow, en Albany (Estados Unidos) y la últimamente fundada cerca de Leverkusen sobre el Rhin. Tiene, además veintitrés sucursales y ciento veintitrés agencias repartidas por todo el mundo.

Leverkusen sobrepasa todas las concepciones que se pueda imaginar sobre un establecimiento industrial, cuando éste es una fábrica que ocupa el espacio de una ciudad de 100,000 habitantes. Su planta es un rectángulo de más o menos un kilómetro por dos y medio, cuyo lado más extendido bordea la orilla derecha del Rhin, a una decena de kilómetros de Colonia. El interior del rectángulo consta de tres divisiones que pueden compararse a la bandera francesa, con el Rhin por asta; en la faja azul se ha situado la gran industria química; en la blanca, la preparación de los colorantes, y en la roja su terminación. Además hay talleres especiales, un instituto de farmacia, una imprenta, escuelas de aprendices, talleres de productos y papeles fotográficos etc. Aparte de fabricar aquí todos los colorantes, hay un sitio destinado a la fabricación de una esencia de carne, en el cual se sacrifican anualmente millares de bueyes: los laboratorios de investigaciones, la sede social. El estado mayor industrial y comercial han quedado en Elberfeld.

Una avenida rectilínea de 50 metros de

ancho surcada de líneas férreas, bordeada de postes de luz eléctrica o de andariveles, de tubos de toda clase, se interna en la fábrica, cortada cada trescientos metros por una avenida semejante y cada cien metros por una calle menos ancha. Estas calles llevan nombres de grandes químicos: Lavoisier, Liebig, Scheele, Berthelot, Faraday, Hoffmann, Helmholz, Bunsen, etc. Cada manzana está ocupada por una construcción maciza un solo edificio que contiene uno de los talleres. Cuatrocientos aparatos telefónicos ligan la oficina central con las secundarias y los talleres.

La visita comienza por la batería de calderas centrales que llegan al número de 140 con un total de 128.000 metros cuadrados de superficie de calefacción. El consumo diario de carbón es de 52 vagones de 10 toneladas cada uno. La gran sala de máquina tiene una superficie de más de tres mil kilómetros cuadrados y contiene una decena de grandes motores "Corliss" y una turbina a vapor de 2,300 caballos de fuerza. El consumo de agua llega a 60,000 metros cúbicos por día, y con el sobrante se fabrican anualmente cincuenta millones de kilógramos de hielo por el procedimiento del amoníaco.

En el departamento de laboratorios, cada operador trabaja separado por tabiques de sus vecinos: a veces importa que los demás no se impongan de lo que prepara uno de ellos. Cada instalación está provista de todo lo que el sabio más exigente puede desear. El químico tiene a su servicio instalaciones centrales que con sólo oprimir un botón le proporcionan energía eléctrica, reactivos, preparados químicos, útiles limpios, todo lo necesario para que el químico trabaje allí como un pontífice en su santuario. Esta concentración en el trabajo ha permitido a la firma Bayer pedir hasta hoy más de tres mil brevets de invenciones y seguir pidiendo algunas centenas cada año. "El rendimiento máximum de los hombres y de las cosas en el minimun de pérdida de tiempo" tal es la fórmula industrial alemana, insistente, pero indispensable repetir.

Los obreros y las maquinarias rinden nueve horas de trabajo, porque se ha comprobado que tanto unas como las otras producen en mejores condiciones dentro de este plazo. Los muchachos que se instruyen en los talleres de aprendizaje reciben, además un peso de salario por día. En muchos de los talleres, como en el de construcción de cajas de lata o de cartón, trabajan niñas de tierna edad y jóvenes, pero la mujer casada no va a los talleres porque se considera que su puesto está en el hogar. Esas jovencitas cantan mientras trabajan, y la entrada de un jefe o de un visitante no interrumpe sus agradables canciones. La fábrica misma les proporciona una hora de clase de canto a la semana, pues se prefiere esto a la charla con frecuencia nociva de los talleres.

Una biblioteca de 12,000 volúmenes y a donde llegan 360 revistas y periódicos forma el arsenal de los técnicos y empleados. La sala de imprenta es una instalación grandiosa de cuarenta por setenta metros, con una altura de siete, y con luz por sus cuatro costados, como todos los talleres. En el departamento de composición se trabaja en todos los idiomas para la confección de los prospectos e instrucciones que acompañan la mercadería. Entre otras obras curiosas el visitante ha visto componer e imprimir un largo cartel en chino. En el piso bajo están las cocinas para las obreras que quieran tomar su almuerzo en la fábrica, y los baños, los lavatorios y cuartos de vestir, todo instalado con una prolijidad, con una grandiosidad mejor dicho, que se comprenderá mejor cuando se sepa que su instalación ha costado un millón 280,000 francos.

Habiéndose instalado el establecimiento de Leverkusen en una región desierta, le fué necesario a la sociedad crearlo todo, inclusive una verdadera ciudad para los empleados, con un gasto de once millones 250,000 francos. El capital de la firma es de 45 millones, lo que no es mucho para tamaños resultados. El fondo para dividendos en los últimos años ha llegado a ocho millones en 1900, 16 millones en 1906, 25 millones en 1907, 11 millones en 1908. Los empleados llegan al número de 7,600 en este último año.

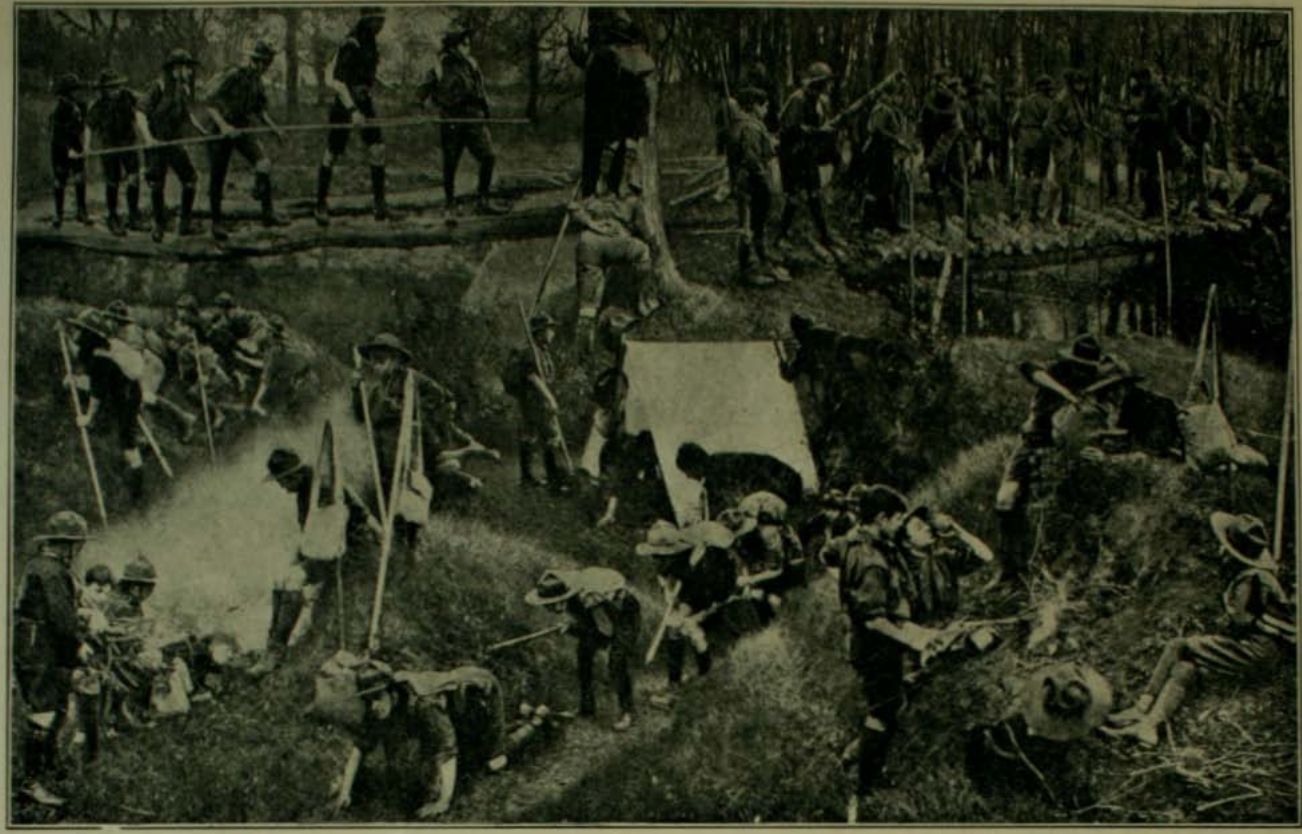
La imaginación no deja de ser sorprendida por la prodigiosa aplicación de los conocimientos científicos que representa una fábrica de colorantes artificiales. Cuando se pasea a lo largo del puerto que Leverkusen ha hecho construir sobre el Rhin, con todas las instalaciones de un puerto moderno, se ve llegar y descargar

buques completos de carbón, de pirita de hierro, de alquitrán, de sal marina y de nitrato de soda, de salitre. Y las mismas aceras rodantes que toman estos cargamentos y los llevan a la fábrica, traen a bordo millares de millares de materia colorante elaborada de los más variados matices, infinidad de productos farmacéuticos y sinnúmero de cajas de los materiales más delicados que reclama la fotografía.

El procedimiento de penetración comercial que emplean es más o menos el mismo en todas las fábricas: un ejército de químicos coloristas que van por el mundo entero al lado de los agentes de venta. Los procedimientos de tintorería experimentados en las fábricas son demostrados ante cada cliente, a los cuales les simplifican el trabajo, reduciéndolo al de sumergir los tejidos en baños que salen preparados de la fábrica. Así han impuesto sus mercaderías en todas partes, y no es uno de sus menores triunfos el de haber hecho que los chinos abandonaran sus procedimientos de tintorerías veinte veces seculares para adoptar los de la industria alemana.

Leverkusen puede ser considerado como el prototipo de una grande usina moderna.

Lo que cuesta el crecimiento de la paz armada.—En 1865, Europa gastaba dos mil quinientos millones de pesos en su defensa; el año pasado llegaba a los siete mil quinientos millones. O, lo que es más claro, si el aumento sigue en esta proporción, en 1945 gastará 17 mil 500 millones.



En maniobras: La tropa ha invadido el bosque, y se apresura a posesionarse de él. No les importa haber llegado después que todos los dominadores históricos. Saben que lo importante es ser el último dominador

El rancho: El improvisado cocinero de cada patrulla luego que otros "boy-scouts" encienden una hoguera, sin que les importe el viento ni aún la lluvia, aderezan rústicos guisos al modo de la soldadesca. Y a los postres cantan himnos patrióticos

BOY - SCOUTS

Ilustraciones Fotográficas

La creación de los boy-scouts tuvo lugar en Inglaterra, el año 1908, y se debe al teniente general Baden-Powell el obstinado defensor de Mafeking, sitiada por los boers. Este ilustre caudillo ha tomado parte en todas las grandes operaciones coloniales de su país. En los períodos de descanso, Baden-Powell tenía por costumbre entregarse a una intensa vida deportiva. Al observar las numerosas deficiencias militares de la guerra del Transvaal, y con la vista fija en el porvenir, lleno de amenazas para Inglaterra, el general Baden-Powell pensó en preparar las nuevas generaciones por un método vigoroso, que, a la vez que energías físicas, proporcionase a los alumnos una sólida moralidad y el amor a la patria. Con esta idea formó Baden-Powell el **scoutismo**, y de ahí surgieron los boy-scouts.

¿QUE ES EL SCOUTISMO?

El **scoutismo** está basado en las siguientes observaciones prácticas:

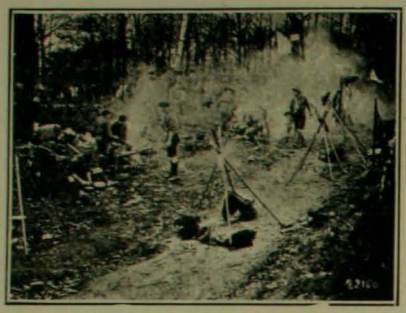
La mayoría de los muchachos se deslumbran con los relatos de la vida activa de los exploradores y de los cow-boys del Far-West americano. Las novelas de Maine Reid y la historia de Robinson, éxitos que no se agotan, son una prueba evidente de la indicada vocación.

Por otro lado, los muchachos suelen preferir los juegos al aire libre.

Por último, tanto más se obtiene de los chicos, cuanto más se les obliga con apariencias de compromisos dignos de hombres hechos y derechos, como los que sella la **palabra de honor.**

El scoutismo (de **scout**, en inglés: guía, hombre de frontera, agudo observador, de

sentidos perspicaces y corazón que vela) resulta de la mezcla de estas tres observaciones que acabamos de exponer. El **scoutismo** permite a los muchachos, que se atavían con un pintoresco uniforme, evocador del Far-West americano, abandonarse a una existencia novelesca en los inmediatos alrededores de una ciudad. Aprenden los colegiales en libertad a conocer las plantas y los animales, a correr, nadar, a improvisar una choza y un puente, a seguir una pista, a orientarse de día y de noche, a cocinar, a vivaquear, a curar a los heridos, a sofocar incendios. Al mismo tiempo, el boy-scout debe moverse, según los principios de la más sana moral, y para esto jura y acepta un código del honor, del que no se apartará ni en los más fáciles ni en los más apurados trances de la vida.



Un alto en marcha: No se observa la fatiga en los boys-scouts. Se adivina en cambio que luego del descanso emprenderán su camino con formidable ardor.

Esto es, en pocas palabras, el **scoutismo.**

La idea del general Baden-Powell tuvo un éxito inmenso. Al cabo de cuatro años, se han afiliado a las banderas del ilustre fundador, 500,000 scouts, jóvenes de 15 a 18 años, y tan a maravilla comprendieron el plan, que el mismo Rey Jorge V, no se desdeñó de pasar revista, en 1911, a 30 mil boys-scouts, para testimoniarles públicamente su afecto y su admiración.

¿ES PROPIO SOLO DE LOS ANGLO-SAJONES EL "SCOUTISMO"?

No. Desde luego salta a la vista que el valor educativo del scoutismo no se pierde como la nacionalidad. El hombre es igual en todas partes. Y la prueba de que el método del general Baden-Powell es de aplicación universal, está en los 250,000 boys-scouts de los Estados Unidos, y las **secciones** de Rusia, Alemania, Italia, República Argentina, Francia y España. El **scoutismo** ha dado los mismos magníficos resultados entre los anglo-sajones que en la raza latina.

JURA DEL BOY-SCOUT

"Yo prometo por mi honor conducirme, en cualquier circunstancia, como un hombre consciente de sus deberes, leal y generoso; amar a mi patria, y servirla con fidelidad, en la paz como en la guerra; obedecer a acatar el Código del boy-scout."

CODIGO DEL BOY-SCOUT

1.° La palabra del boy-scout es sagrada. Coloca su honor por encima de todo, incluso de su propia vida.

2.o El boy-scout sabe obedecer. Porque comprende que la disciplina es una necesidad de interés general.

3.° El boy-scout es hombre de iniciativas.

4.° El boy-scout nunca olvida asumir la responsabilidad de sus actos.

5.° El boy-scout es leal y cortés con todo el mundo.

6.° El boy-scout estima como hermanos a los otros boys-scouts, sin distinción de clase social.

7.° El boy-scout es magnánimo y acude con presteza a socorrer a los débiles, aún con peligro de la vida.

8.° El boy-scout realiza todos los días una buena acción; no importa que sea modesta.

9.° El boy-scout está siempre alegre, es entusiasta y busca el lado amable de todas las cosas.

10.° El boy-scout ama los animales y se opone a que se haga contra ellos la menor crueldad.

11.° El boy-scout es económico.

12.° El boy-scout no olvida nunca el culto de su dignidad, y el respeto que se debe a sí mismo.

TRAJE DEL BOY-SCOUT

Se compone el uniforme, de: **sombrero** "cow-boy", de fieltro, color kaki, con barbuquejo. **Camisa** de franela kaki, con dos bolsillos en el pecho. **Calzones** cortos, como su nombre lo indica, de carrera, no cerrados en la rodilla. **Pañuelo** o **bufanda** de algodón, y el color varía conforme el grupo a que pertenece el boy-scout. **Medias**, marrón o kaki. **Zapatos de marcha**, fabricados con cuero rojo. **Cinturón** de correa, con el silbato y el cuchillo. **Bastón**, de 1 m. 80 de altura y de 3 cm. de diámetro, graduado en decímetros. **Morral** de tela, modelo del saco alpino que llaman **Havre-sac**.

Este traje es obligatorio y no se aceptan modificaciones. Si al principio es imposible su adquisición, por causa de pobreza, vaya por ejemplo, el boy-scout debe procurarse el sombrero, la bufanda y el bastón. Lo demás puede adquirirlo poco a poco. Piensan los directores del **scoutismo** que es necesario el uniforme, señal exterior de la unidad de ideales y de acción.

CATEGORIAS DE BOYS-SCOUTS

Los boys-scouts se dividen en diversos rangos, según sus aptitudes.

Novicios.

Boys-scouts de segunda clase.

Boys - scouts de primera clase.

Boys-scouts diplomados.

¿Merodeadores? ¿Guardia contra los merodeadores? Salvar un muro tiene distintos significados.

Boys-scouts patentados.

Todo nuevo afiliado al **scoutismo** ha de demostrar que conoce el código del boy-scout, y luego que presta juramento, queda admitido en el noviciado. Permanece un mes en situación de novicio.

Si al final de este plazo, puede el novicio recorrer dos kilómetros a pie y en quince minutos; encender una hoguera en medio del viento; orientarse por el sol o la estrella polar; describir, sin más que un minuto de observación, el interior de una granja o un almacén, y hacer los nudos más usuales, entonces, asciende el neófito a boy-scout de segunda clase. Más tarde, otro examen, práctico también, puede elevar al boy-scout de segunda clase a la primera. Se necesita para ésto recorrer dos kilómetros en diez minutos y nadar en los mismos diez minutos cincuenta metros; conocer el alfabeto Morse y las señales con los brazos; poder usar un mapa de Estado Mayor; reconocer las principales constelaciones; saber seguir una pista; marcar con precisión la situación geográfica de un pueblecillo; saber apreciar la distancia de los objetos lejanos en la campiña; conocer diez especies de plantas; presentar un trabajo manual; describir los medios de combatir los siguientes conflictos: incendio, naufragio, caballo desbocado; curar un herido; haber conquistado un nuevo prosélito, instruído ya para

ingresar en el noviciado. Para llegar a boy-scout diplomado, se pasa por una serie de exámenes especiales, según el diploma que se aspire a obtener. Ayudante de aviador, botánico, remero, jinete, cantero, carpintero, zapatero, cocinero, ciclista, electricista, guía, intérprete, mecánico, músico, nadador, fotógrafo, veterinario, etc.

Por último, **seis diplomas** dan la categoría ambicionada de boy-scout patentado. Es la cima.

LAS AGRUPACIONES

Una **patrulla** está formada por la reunión de cuatro a ocho boy-scouts.

En las marchas, campamentos, ejercicios y juegos, la **patrulla** obedece las órdenes del más distinguido boy-scout que forma en el grupo. Este jefe se llama **Monitor.**

El **partido** puede estar compuesto por una o cuatro **patrullas.** Cada partido es capitaneado por un instructor que toma el nombre de **guía.** El **guía** debe de ser un hombre mayor de veintiún años, de carácter irreprochable, y que se interese por la infancia.

Le ayuda en sus funciones el **Monitor** más digno, que adquiere la categoría de **segundo.**

La **tropa** es la reunión de tres a seis partidos. Puede constar desde doce hasta ciento noventa, y los boy-scouts con sus guías. La **tropa** es gobernada por un jefe, el **capitán,** al que rodean de tres a seis guías.

Todo **capitán** debe haber practicado las funciones de **guía.**

CONCLUSION

Sabios, artistas, pedagogos, militares, y otros hombres de reconocida autoridad social, forman en los distintos países los respectivos directorios que educan a los boy-scouts, y que buscan los medios de mantener económica y moralmente, el **scoutismo.**

Cada boy-scout paga una cuota anual, y existen socios protectores, siempre dentro de una modesta contribución. Porque los grandes tesoros del **scoutismo,** son la generosidad de los maestros y la pureza de los discípulos. Puede asegurarse que los países en que se estableció el **scoutismo,** giran sobre su porvenir, la honradez, el valor, la pasión por la patria y el entusiasmo por los más altos y más luminosos ideales.

La guerra europea ha dado ya ocasión de manifestarse en la más ruda práctica, las virtudes de los boy-scouts

Franqueó de carrera una distancia, y se echó al suelo

El horror de la Guerra

Escenas del sitio de Sebastopol por el conde Tolstoy

Sólo últimamente se ha publicado en Francia la traducción del manuscrito integral de **Sebastopol en agosto de 1855**, el libro con que se dió a conocer León Tolstoy y que apareció en Rusia mutilado por la censura. Así y todo, la obra hizo exclamar a Turgeneff: "El estudio de Tolstoy sobre el sitio de Sebastopol, es una maravilla!" A su turno, el émulo de Turgeneff, el novelista Pissemsky, había dicho leyendo las escenas escritas por Tolstoy, debutante, con una tan maravillosa comprensión del interés sugestivo del detalle y de la valorización del conjunto, así como por su atrevimiento psicológico: "Este oficialito nos aplastará a todos: es cosa de tirar la pluma".

Con ilustraciones.

...Al dirigirse a la trinchera, Kaloughine encontró a numerosos heridos; pero conociendo por experiencia la nefasta influencia que ejerce semejante espectáculo sobre el hombre que marcha a la pelea, no solamente se abstuvo de interrogar, sino que aún se esforzó en no conceder ninguna atención. Al pie de la cuesta se cruzó con un oficial ordenanza que venía del bastión galopando a rienda suelta.

—¡Eh! ¿Se caldea por allá?

—¡Ah, sí, terriblemente!

Y el oficial-ordenanza se alejó al galope.

Ah! esto está malo! pensó Kaloughine sintiendo una sensación desagradable, y le vino un presentimiento (o mejor dicho un pensamiento de los más comunes) el de la muerte.

Pero Kaloughine estaba lleno de amor propio y poseía nervios de acero; era, en una palabra, lo que se llama un valiente. No se abandonó a esta primera impresión y reanimó su valor recordando a

aquel ayudante de campo de Napoleón, según creo, que después de haber transmitido una orden volvió al galope al lado de su jefe, con la cabeza ensangrentada.

—Estáis herido, le dijo Napoleón.

—Os pido excusas, sire, estoy muerto". Y el edecán cayó de su caballo y expiró en seguida.

Esta anécdota le gustaba infinitamente, y se imaginó tener algo de ese ayudante de campo; castigó a su caballo con la huasca, acentuó más su postura a la cosaca, echó una mirada sobre el cosaco que trotaba tras él, y derecho sobre los estribos, completamente dueño de sí mismo, llegó al sitio donde debía desmontarse. Encontró allí a a cuatro soldados que fumaban su cachimba sentados sobre las piedras.

—¿Qué hacen aquí? les gritó.

—Acabamos de llevar un herido. Vuestra Honra, y nos hemos sentado a descansar, respondió uno de ellos ocultando su pipa tras de la espalda. y sacándose la gorra.

¡Cada uno a su puesto! le gritó

—¡Bueno está el tiempo para descansar! Arriba, mar... cada uno a su puesto!

Y junto con ellos se puso en marcha por la falda del monte, cruzándose a cada paso con heridos. Llegado a la cima, torció a la izquierda; pocos pasos más allá se quedó completamente solo.

Una granada silba a su lado y va a estallar en la trinchera. Otra bomba se eleva al frente y parece apuntarle directamente. De repente se sintió presa del miedo, franqueó de carrera algunos pasos y se echó al suelo. Después que la bomba hubo estallado, harto lejos de allí, sintió violento disgusto consigo mismo, y al levantarse miró en torno para asegurarse de que estaba solo: no había nadie.

Cuando el miedo ha tomado posesión de nuestra alma, difícilmente cede el puesto a otro sentimiento. El, que se había jactado de no haber doblado jamás la cabeza, se puso a recorrer la trinchera a pasos precipitados y casi arrastrándose.—¡Ah, que malo va esto!" pensó mientras iba a tropezones: "me van a matar". Comprobó que su respiración se hacía entrecortada y que estaba bañado en sudor; se sorprendió de esto sin tratar siquiera de serenarse.

Un ruido de pasos venía del frente. Se enderezó con rapidez, levantó la cabeza, retardó el paso e hizo sonar su sable con desenvoltura. Ya no se reconocía. Se cruzó en este momento con un oficial de zapadores y un marinero; aquel le gritó: ¡Tenderse! designando el punto luminoso de un obús que cada vez más brillante y acelerando su velocidad, vino a estallar cerca de allí; sorprendido por el grito, el oficial, encorvó involuntariamente la cabeza y se alejó.

—Ese sí que es un valiente! dijo el marinero que había seguido tranquilamente la caída de la bomba y cuyo ojo ejercitado había calculado que ningún casco alcanzaría a la trinchera—"ni siquiera quiere tenderse", terminó.

Kaloughine no tenía más que andar algunos pasos al descubierto para llegar al recinto blindado donde se hallaba el comandante del bastión, cuando se sintió invadir por el mismo estúpido terror: su corazón palpitaba con latidos precipitados,

la sangre se le agolpaba al cerebro, y debió violentarse para no correr hasta el blindaje.

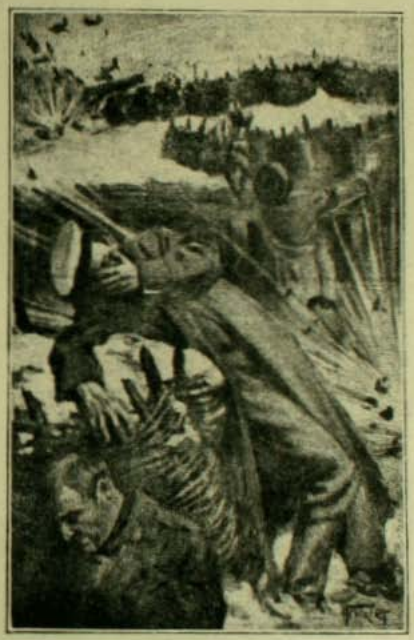
—¿Por qué viene tan agitado? le preguntó el general cuando lo hubo transmitido las órdenes.

—He caminado con mucha rapidez, su excelencia.

—¿Me acepta un vaso de vino?

—Kaloughine se bebió el vaso de vino y fumó un cigarrillo. El asalto había cesado, pero un furioso cañoneo continuaba de una y otra parte.

En el recinto protegido se hallaba el general N., comandante de la trinchera, y seis oficiales. Sentado en esa confortable pieza tapizada con papel azul, viendo al techo, el canapé, la mesa cubierta de papeles, el icono ante el cual ardía una pequeña lámpara, todos indicios de vida, y oyendo apenas el estrépito de las descargas ensordecidas por el blindaje, Kaloughine no comprendía ya cómo había podido dejarse invadir dos veces por sus accesos de imponderable debilidad. Sentíase furioso consigo mismo, y hubiera querido afrontar el peligro para volverse a someter a la prueba.



He despachado a uno, dijo

—Me alegro mucho de verle aquí, capitán, dijo a un oficial de marina de largos mostachos, vestido con el capote del Estado Mayor, condecorado con la cruz de San Jorge, y que acababa de entrar para pedir gente al general con objeto de reparar dos troneras desmoronadas.

Una vez que el comandante de la batería y el general hubieron terminado su entrevista, Galoughine continuó:

—¿Sus cañones pueden disparar metralla sobre las defensas?

—No tengo más que uno de esa clase, respondió el capitán con un aire aburrido.

—¡Vamos a verla con todo!

El capitán frunció el entrecejo y gruñó:

—He pasado ya toda la noche allí; he bajado para tomar algún descanso. ¿No podría ir usted solo? Mi ayudante el teniente de navío Kartz le mostrará todo.

El capitán de fragata comandaba esta batería, una de las más expuestas, desde hacía seis meses; y hasta cuando no había aún blindaje, permanecía sobre el bastión, y no había salido desde el comienzo del sitio; esto le había dado entre la tropa una reputación de intrepidez a toda prueba. Por esto mismo la extraña negativa asombró a Kaloughine: "¡ahí tienen ustedes lo que son las reputaciones!" pensó.

—Eh, vaya! iré yo solo, si usted lo permite, dijo con un tono ligeramente burlón, de que el capitán no hizo caso.

Kaloughine no calculaba que el tiempo que había pasado en la trinchera en diferentes ocasiones subía cuando mucho a una cincuentena de horas, mientras que el capitán estaba allí a firme desde seis meses. Kaloughine se sentía además estimulado por la vanidad, el deseo de brillar, la esperanza de las recompensas, la gloria de la reputación y el atractivo del riesgo: el capitán había gustado ya todo esto. Al principio, él también había tenido ambición e intrepidez, había arriesgado su vida y esperado horrores, y hasta había adquirido todo esto; ahora todos esos estímulos habían perdido su poder, y miraba las cosas de otra ma-

nera: cumplía estrictamente su deber, pero comprendiendo cuán pocas probabilidades le quedaban de escapar a la muerte después de seis meses de servicio sobre el bastión, no se exponía ya sin necesidad. Esto era tan cierto, que su joven ayudante, de servicio en la batería desde ocho días atrás apenas, y que la hacía conocer a Kaloughine, al inclinarse temerariamente con él fuera de las troneras, parecía diez veces más valeroso que el capitán.

* *

...Pesth sintió un terror tan grande, que ya no se dió cuenta de a dónde iba ni de lo que pasaba. Avanzaba como un hombre ebrio. De repente brillaron por todos lados millares de luces, y algo silbó y crepitó. Pesth dió un grito y corrió hacia delante porque todos corrían y gritaban. Luego tropezó y cayó encima de algo. Era el comandante de la compañía que, herido y en el suelo, había tomado al sub-oficial por un francés y le había cogido de una pierna. Cuando se hubo escabullido y levantado de nuevo, un hombre que llegaba por detrás en las tinieblas, se echó sobre él y por poco lo derriba, mientras otro le grita:—¡Traspásalo, pues! ¿Qué esperas? Entonces tomó su fusil y lo clavó en una cosa blanda.—"Ah. Dieu!" aulló una voz terrible y penetrante. Y entonces comprendió Pesth que acababa de matar a un francés. Un sudor helado le corrió por todo el cuerpo, tembló como un afiebrado y arrojó su fusil. Pero esto no duró más que un segundo; inmediatamente le vino al espíritu la idea de que era un héroe. Tomó su fusil, se unió a la tropa que gritaba ¡hurra! y corrió lejos del muerto; después de una veintena de pasos llegó a la trinchera, donde estaban los suyos con el jefe del batallón.

—¡He despachado a uno! dijo a este último.

—Sois un valiente, barón.

* *

...La alta y ancha sala sombría, alumbrada por cuatro o cinco bujías que servían a los médicos para examinar a los heridos, estaba literalmente rebosante. Los camilleros trasportaban más y más continuamente y los dejaban en el suelo en largas filas; los infelices quedaban tan apretados que se empujaban y se bañaban recíprocamente en la sangre de sus vecinos; y siempre se seguía saliendo a buscar más. Los charcos de sangre que se estancaban en los espacios vacíos, el aliento febril de varias centenas de hombres, la transpiración de los activos camilleros, producían una atmósfera extraña, pesada, espesa, nauseabunda, en la cual se adelgazaba la llama de las velas que ardían en los rincones de la sala.

El murmullo confuso de los lamentos, de los gemidos, de los estertores que llenaban la pieza, era por momentos interrumpido por gritos estridentes.

El aspecto de las hermanas de caridad era calmoso, sin nada de esa expresión fútil de la mujer de compasión llorona, y reflejando una preocupación activa y práctica, yendo de aquí para allá, alargando sus pasos por sobre los heridos; pasaban rápidas entre los capotes y las camisas ensangrentadas, llevando remedios, agua, vendajes, hilas. Haciéndose alumbrar por las enfermeras que tenían las bujías en alto, los cirujanos con las mangas recogidas se ponían de rodillas ante los pacientes para examinarlos, sondaban las heridas, sin hacer caso de los atroces lamentos y las súplicas de los infelices. Uno de los médicos escribía ante una mesa cerca de la puerta, y en el momento en que entraba Galtzine, apuntaba el número 532.

—Ivan Bogaev, rifiero de la tercera compañía. **Fractura femoris complicata!** gritó otro médico desde el extremo de la sala, examinando la pierna quebrada.

—¡Dénlo vuelta!

—Oh! oh! padrecitos! gemía el soldado, suplicando que no se le tocara.

—**Perforatio capitis.**

—Simón Neferdov; tenga un poco de paciencia, coronel; sin eso no hay medio de curarlo y me veré en el caso de dejarlo así, decía un tercero que, con una especie de crochet, hurgaba en la cabeza del desgraciado oficial.

—¡Ay! ay! déjeme... Por el amor de Dios! ligero! terminen por to. . Por... ah! a... a... a...

—**Perforatio pectoris**... Sebastián Sereda, de la infantería... veamos... ¿Qué regimiento? Aunque será mejor que no

Vió con satisfacción a Mikhailov, tendido inmóvil a sus pies

escriba: **moritur**. Llévenselo, dijo el doctor alejándose del soldado, quien, con los ojos vueltos, estertoraba ya.

Una cuarentena de soldados camilleros espera su carga: a los curados, para llevarlos al hospital; los muertos, a la iglesia; de pie junto a la puerta, silenciosos, con la respiración fatigosa, contemplaban la escena.

* *

...Praskoukhine, siempre al lado de Mikhailov comenzaba a sentirse revivir al acercarse a un sitio menos expuesto, cuando divisó un relámpago que iluminaba todo a su espalda; oyó el grito del centinela.

—¡Mortero! y estas palabras de un soldado que se hallaba detrás:—Llega justamente sobre el bastión!

Mikhailov se volvió. El rastro claro de la bomba parecía detenido en el cenit y en una posición que no permitía determinar su dirección. Esto duró el espacio de un relámpago: la bomba llegaba más y más rápidamente, distinguiéndose ya la chispería, la mecha y el lúgubre silbido que descendía en línea recta sobre el bastión.

—¡A tierra! gritó una voz.

Mikhailov y Praskoukhine obedecieron. Con los ojos cerrados, este último oyó el choque de la bomba en el suelo endurecido, no lejos de allí. Transcurrió un segundo que le pareció una hora: la bomba no estallaba. Praskoukhine se sintió aterrorizado, comprendiendo lo infundado de su espanto.

Tal vez la bomba había caído más lejos de lo que se figuraba, y se equivocaba al creer sentir el crepitar de la mecha. Abrió los ojos y vió con satisfacción a Mikhailov tendido inmóvil a sus pies. Pero al mismo tiempo vió a una arquina (1) de distancia, la mecha inflamada de la bomba, que seguía girando como un trompo.

Un terror glacial que desvanecía todo pensamiento y toda sensación, lo invadió por entero. Se cubrió la cara con las manos. Otro segundo transcurrió, un segundo durante el cual todo un mundo de pensamientos, de sentimientos, de esperanzas, de recuerdos, cruzaron por su cerebro.

¿A quién le tocaría? a mí o a Mikhailov, o a los dos a un tiempo?... Y, si es a mí, ¿dónde me alcanzará? En la cabeza, eso sería mortal; si fuera en una pier-

(1) Medida de longitud rusa que tiene menos de un metro.

na, tendrían que cortármela; pero pediré que me cloroformen; y saldré bien a pesar de todo. Y quién sabe si no será más que Mikhailov el herido: más tarde, contaré que estábamos uno junto al otro, que él fué muerto y que yo quedé salpicado con su sangre. No, está más cerca de mí... es a mí!"

En este momento recordó que debía doce rublos a Mikhailov, y otra deuda que había contraído en San Petersburgo y que debió pagar tiempo atrás; y el aire de la canción gitana que cantara esa misma mañana le volvió a la memoria. La joven que amaba se le apareció con una capota guarnecido de cintas lilas; el hombre que lo había ofendido cinco años antes, y del cual no se había vengado, surgió ante él con millares de otras evocaciones; pero lo que sobreponía a todo lo demás, la idea de la muerte, no lo abandonaba "Puede que no estalle" pensó y se decidió a reabrir los ojos en un rapto de resolución desesperada; un fulgor rojizo vino a herir sus pupilas a través de los párpados todavía cerrados y entre un estrépito terrible, algo vino a golpearle en mitad del p[illegible]o: quiso andar, pero se enredó en su sable y cayó de costado.

"Gracias a Dios, que no estoy más que contusionado!" tal fué su primer pensamiento, y quiso tocarse el pecho, pero sus brazos estaban como ligados y su cuello como metido en algo férreo. Comenzó a contar maquinalmente los soldados que pasaban frente a él: uno, dos, tres soldados, y en seguida un oficial con su capote forrado.

Luego, viendo un nuevo fogonazo, se preguntó qué iban a disparar, si cañón o mortero.

El cañón, sin duda. Una descarga más, y más soldados nuevamente: cinco, seis, siete hombres que pasan ante él. De repente sintió la atroz angustia de estar perdido. Quiso gritar para dar a entender que estaba herido; pero su boca estaba tan reseca, que la lengua se le pegaba al paladar: una sed ardiente lo torturaba. Sentía su pecho empapado; esta sensación de humedad le recordaba el agua, y hubiera querido beber de aquel líquido. "He debido herirme profundamente al caer", pensó, y se dejó invadir cada vez más por el temor de ser aplastado por los soldados que continuaban yendo y viniendo. Reunió todas sus fuerzas para gritar: ¡levántenme! en que dejó escapar un grito tan bronco, que tuvo miedo de su propia voz. Rojas chispas danzaron ante sus ojos, y le parecía que los soldados amontonaban piedras sobre su cuerpo; las flámulas danzaron con menor intensidad, en tanto que el peso de las piedras le oprimía todavía más.

Hizo un esfuerzo para libertarse que le dejó rígido: entonces cesó de ver, de oir, de pensar y de sentir. Había sido muerto instantáneamente por un casco de granada que le había alcanzado en mitad del pecho.

Un bosque de palmeras en la provincia de Curicó

Una ojeada sobre los bosques del centro de Chile

Por

ALBERTO EDWARDS

Ilustraciones Fotográficas

Majestuosa, imponente es nuestra selva austral. No cede en exuberancia a los bosques ecuatoriales pero está construída en proporciones más amplias y armoniosas. El follaje opaco de sus árboles gigantescos contrasta con los tonos demasiado subidos, con el color verde "cata" que deslumbra la vista en los países tropicales.

Perdónesome, sin embargo, una herejía: La belleza de los bosques del sur, solemne y melancólica, impone sin seducir. Hay en ella más majestad que gracia... No se deja penetrar. Contemplada a lo lejos, navegando por los ríos y lagos de Valdivia y Llanquihue o por los canales de Chiloé, constituye la más soberbia de las decoraciones. Por dentro es otra cosa... Sombras profundas, troncos derechos y apretados, cubiertos de musgo, un suelo empapado que exhala las acres emanaciones de la humedad, un tapiz de madera podrida: un silencio de muerte.

Acaso porque en las impresiones que produce la naturaleza, existe siempre un elemento subjetivo, a la selva austral le falta algo para nosotros los habitantes del centro. Ella no tiene recuerdos para nosotros. Su follaje, sus flores, sus aromas,

sus formas, no nos evocan nada. Tampoco las ilumina el espléndido sol del Chile clásico y antiguo.

Por eso nunca sentiré en presencia de las mayores maravillas de las floras exóticas, las sensaciones que me producen los montes de mi tierra. Recorriéndoles aprendí a amar a la naturaleza, a empaparme en ella... Profeso el culto del quillay y del boldo.

Y no es en la primavera, cuando los campos se cubren de uniforme verdura, cuando más admiro y penetro la belleza de las suaves colinas de Valparaíso y Aconcagua. La estación del centro es el verano. En Chile los árboles conservan su follaje todo el año, y en invierno y primavera, la hermosura de la patria se parece demasiado a la de otros países, para sentirla como una cosa nuestra.

Una "puya" del Maule

Pero en el luminoso estío de la patria, cuando el sol hace resplandecer los contrastes del tupido monte de elegante follaje y las colinas cubiertas de plantas aromáticas, y la ladera resecada en que se destacan las formas puras, redondas, armoniosa de esos árboles que parecen escapados de un cuadro prerafaelista, entonces sí que me siento en el Chile clásico, en el campo de nuestros juegos de niños, en el teatro de las alegres vacaciones de tiempos que no volverán.

La atmósfera está saturada de ese perfume de Chile tan diverso del suave olor de los campos europeos y de las fuertes emanaciones de la húmeda y cálida selva ecuatorial. Los gritos de los pájaros, el chirriar de las cigarras, el ronco susurro de las avispas y de los moscardones, las formas y los colores que nos rodean penetran en nuestro sér, parecen formar parte integrante de él.

Esa belleza no es uniforme ni sombría... Nada, por el contrario, bajo el sol más cálido, más viviente, más vigorosamente coloreado. Sólo en las tierras maravillosas del Mediterráneo se encuentra algo de parecido. Pero aquello tampoco es Chile. Lejos de la patria cada árbol, cada planta es un enigma: no conocemos ni su nombre ni sus virtudes, ni su leyenda.

Mucho tiempo ha que deseaba consagrar unas pocas líneas a esos queridos montes de mi tierra, no para cantarles como poeta, ni para admirarlos como artista. No soy ni lo uno ni lo otro. Quiero hablar de ellos y con ellos. Un poco de cada árbol y con cada recuerdo.

El quillay reina en el centro como el roble en el sur. Se le encuentra en la selva, en la espesura de las quebradas umbrosas y también en campo abierto, sombreando las amarillentas colinas y las faldas cubiertas de mieses en sazón. Es a la vez árbol y arbusto; sus formas varían hasta lo infinito pero son siempre elegantes. En el reino de la flora pertenece a una familia ilustre, a las de las rosas, pero a pesar de eso es un pariente algo lejano de la suave reina de los jardines.

Es que los árboles del centro de Chile no pertenecen de ordinario a las formas típicas de los países templados; sus afines hay que buscarlos en los trópicos. La tribu de las "quillajeas", así la llaman los botánicos, pertenece a la América caliente. El propio género "quillay" consta de tres especies, una de Chile y las otras de Brasil y Perú.

El quillay no sólo es bello, sino útil. To-

dos en Chile conocen su corteza, rica en saponina, a la que los antiguos viajeros atribuían la espléndida cabellera de nuestras compatriotas. Los franceses, con la simpática ignorancia de la geografía que los distingue, la denominan "bois de Panamá" y fabrican con ella diversas preparaciones que nos envían en seguida, adornadas de nombres retumbantes como cosa cara, rarísima y exótica.

El quillay por sus formas, su perfume, el lustre y estructura de sus hojas, es el representante más genuino de nuestra flora del centro. Hay muchos árboles que se le parecen... Es como el molde en que el Creador vació a los demás.

El rival del quillay es el peumo, árbol aún más esbelto y elegante todavía. Sus formas y su follaje no desmerecen en los parques, al lado de los más celebrados árboles exóticos. Crece a una altura considerable y prefiere el bosque a la vida aislada. Su fruto tiene un sabor tan exclusivamente "chileno", un aroma que parece ser el compendio de todos los aromas de nuestros campos... Por eso le comemos con un deleite particular.

El peumo tiene parientes ilustres. Pertenece a una familia casi exclusivamente tropical, la de las laurineas, cuyo único representante europeo es el laurel del mediterráneo, el árbol sagrado de Apolo, con cuyas ramas los antiguos griegos coronaban a los poetas, y los romanos a sus césares. Otro pariente cercano del peumo es el árbol de la nuez moscada. En el Brasil donde se encuentran otras especies del mismo género (Cryptocarya) emplean la nuez de la fruta en usos análogos a los de la famosa especie de las Molucas.

Palmeras de Curicó

En los bosques del centro se encuentran además otros árboles de la misma familia.

Figura entre ellos el gigantesco belloto, de majestuosa forma y obscuro follaje que adorna en otoño una profusión de frutos rojos de tamaño de un huevo de paloma.

Nuestro monte no es por lo regular alto y soberbio. Se distingue más bien por la elegancia de las formas que por su magnitud. El belloto alcanza, sin embargo, proporciones colosales, en nada inferiores a las de los grandes árboles del sur.

El género "persea", también de la familia de las laurineas, y al cual pertenece el sabroso "palto" de la América tropical, cuenta también con algunos representantes en la flora chilena. Aún en las provincias centrales se encuentra con abundancia el "lingue" (Persea Meyeniana), que contrasta con la generalidad de los árboles de la zona por su follaje más amplio. País el nuestro de prolongadas sequías, los árboles buscan en él los medios de defendiera contra una evaporación excesiva durante los meses de verano. De allí esas hojas coriáceas, lustrosas, finamente divididas a veces, que hacen el encanto de los montes en nuestros cerros. El lingue por el contrario es una avanzada de la vegetación húmeda del sur. Prefiere por eso el bosque y es raro encontrarlo en campo abierto. Tengo, además entendido que por lo menos en estas latitudes no penetra al interior más acá de la cordillera de la costa. Necesita del aire relativamente húmedo de las regiones marítimas.

También la seca región de los confines del desierto, envía sus avanzadas hacia la

"Puya venusta" de Aconcagua

flora forestal de estas provincias. Figuran entre estas avanzadas el espino y el algarrobo.

Son estos árboles dos "mimoseas", es decir dos representantes de la familia más característica de las regiones secas de los países tropicales y subtropicales en todos los continentes. Mimoseas son el árbol de la goma arábiga y todos los llamados "aromos" exóticos que embellecen nuestros jardines.

No creo que me ciegue el patriotismo, pero el perfume de nuestra flor de espino me ha parecido siempre superior al de todos los demás aromas, en que es fecundo el interminable género "acacia". El vivo color anaranjado de sus pétalos es el mejor adorno de nuestros campos en primavera.

Un gran novelista nacional, que por desgracia no ha producido sino muy poco, ha cantado al espino en una página soberbia. Lo describe como la encarnación de nuestra raza.

El algarrobo busca terrenos aún más secos que el espino. Es un árbol elegante, de follaje verde azulado y maravillosamente recortado. Crece hasta bastante altura. Su área de disperción es vastísima, pues se le encuentra en toda la América tropical y subtropical, en los parajes no demasiado húmedos. Los botánicos le han dado casi tantos nombres como países tiene nuestro continente, pero al fin se ha visto que se trataba de una sola especie (Prosopis juliflora). Los que han recorrido el ferrocarril de Guayaquil a Quito, recordarán, sin duda, que el árbol más común en la sábana semi-árida que se extiende al oriente del gran puerto del Ecuador no es otro que nuestro viejo conocido algarrobo, que también adorna aquí los terrenos secos de Lampa y de Tiltil.

El espino y el algarrobo, las dos mimoseas chilenas, presentan dos particularidades dignas de ser notadas.

En primer lugar ambos son, hasta cierto punto, árboles sociales. Los bosques europeos y en general los de la zona templada del norte están compuestos de ordinario, por una sola especie que ocupa grandes extensiones: hay bosques de pinos, como los hay de abedules, hayas, encinas o castaños. En cambio, las selvas de los trópicos y nuestros montes del centro y sur de Chile, están formados por una gran variedad de árboles que crecen confundidos los unos con los otros. De allí la gracia y la variedad que en balde se busca en la uniformidad un tanto monótona de los verdes campos de Europa.

Pero el espino y el algarrobo son una excepción a esta regla y manifiestan cierta tendencia a ocupar por sí solos algunos terrenos que les son más particularmente propicios.

Otra particularidad de estas dos elegantes mimosas es que pierden sus hojas en la estación de invierno, lo que no sucede con los demás árboles indígenas del centro del país, ni con la mayoría de los del sur.

Quiscos de Tiltil

También la palmera es una avanzada de la flora tropical en nuestro país. Su tronco grueso repleto de jugos, sus plateadas hojas de metálica dureza, indican ya la naturaleza de los sitios que prefiere. La palma de Chile crece o aislada entre las quebradas del norte que embellece con su elegante y profuso penacho de hojas, o también formando verdaderas agrupaciones sociales, como en Ocoa y Cocalán. Busca los suelos ásperos, de origen granítico y abunda sobre todo en las vertientes occidentales de la cordillera marítima; cuyas cimas escala hasta alturas en que la nieve no es un fenómeno raro. Así es una de las más resistentes al frío de las palmeras.

También es una de las más bellas. Acaso podría disputarle esta preeminencia la soberbia palmera real de las Antillas que los turistas admiran en los jardines de toda la América tropical, cuyo tronco es más elevado y esbelto que el de la palma de Chile; pero por su follaje la nuestra no admite rival, y cuando crece sobre suelos profundos, también llega a adquirir la elegancia, la esbeltez y las majestuosas proporciones de la reina de los trópicos.

En la Hacienda de Las Palmas, cerca de Valparaíso, existe un grupo de palmeras que los habitantes denominan los Doce Apóstoles. El más elevado de estos hermosos vegetales alcanza una altura de treinta y cuatro metros; es la "Palma de San Pedro". Las otras no son mucho más bajas.

Tunales cerca de Santiago

Un roble en el cerro de la Campana (Quillota)

Pocos árboles chilenos tienen más admiradores que el maitén. Su follaje tenue, delicado, que se mueve al menor soplo de la brisa, sus ramas pendientes, su porte elegantísimo, el verde a la vez discreto y alegre de su coloración, todo contribuye a hacer del maitén un magnífico árbol de parque. Reina en los potreros y anima con su presencia las obscuridades del monte.

La patagua es también un árbol de potreros. Su aspecto es característico y único. Su forma achaparrada y globosa, su follaje espesísimo, las flores que lo adornan, permiten reconocerla a gran distancia. En el paisaje chileno tiene una importancia análoga a la de su próximo pariente el tilo en la romántica Alemania.

Los montes del centro contienen en la región marítima dos árboles no conocidos en Santiago pero cuyo aspecto no puede ser más original y elegante. El uno es el "lucumillo" de los porteños y que los habitantes de Aconcagua llaman palo colorado. Es una "sapotácea", familia casi exclusivamente tropical a que pertenece la lúcuma de nuestras huertas y muchas otras frutas estimadas en los países calientes. El "lucuma Valparadisea", tal es el nombre técnico de la especie, es un pequeño árbol de hojas anchas, lustrosas y obscuras. Sus ramillas presentan un color rojo característico. El lucumillo no se encuentra al sur de Valparaíso y entiendo que su límite austral es la Hacienda de La Laguna, en la desembocadura del estero de Peñuelas.

Abunda principalmente en las regiones marítimas de Aconcagua.

En cambio el "naranjillo" es principalmente un árbol del sur. Este árbol de la familia de las "Ilecacineas" es próximo pariente de la yerba-mate del Paraguay. Por iniciativa del progresista Presidente don Ambrosio O'Higgins, durante los últimos años del coloniaje, sus hojas obscuras y caprichosamente denticuladas sirvieron de sucedáneo en Chile al famoso "te de los jesuítas", como llamaban entonces a la yerba paraguaya. El naranjillo presenta sobre todo un aspecto originalísimo cuando su follaje se cubre de un polvillo negro, especie de hongo microscópico. Aparece entonces entre el monte como una mancha de tinta de contornos nítidos como el aguafuerte de un grabado clásico.

La flora central de Chile no abunda en árboles de hojas compuestas, pero, además del algarrobo y del espino, posee varios arbustos muy elegantes del grupo de las leguminosas. Se les designa en el país con los nombres de quebracho y de maya. El quebracho suele alcanzar en ciertos sitios las proporciones de un verdadero árbol y recuerda entonces la acacia de nuestras arboledas (Robinia pseudoacacia).

Junto a los cursos de agua abundan el "sauce" llamado de Castilla, a pesar de ser un árbol indígena, común no sólo en Chile sino en gran parte de la América del sur. En el Perú reemplaza al álamo en las haciendas, y se le encuentra hasta en los ríos del Ecuador caliente, en medio de la vegetación tropical de aquel país pródigo.

Para que esta reseña de la vegetación arborescente de las provincias centrales sea completa, es necesario recordar dos árboles de la familia de las anacardiáceas que crecen aún en las colinas más secas, pero que tampoco faltan en las quebradas. Son el molle y el litre. De los frutos del primero se fabrica una chicha famosa que raras veces llega hasta los habitantes de las ciudades.

El litre es el manzanillo de Chile. Las antiguas leyendas atribuían a su sombra una influencia maligna y venenosa; y parece que en realidad es dañina para ciertos temperamentos. Por otra parte, ni siquiera el genuino manzanillo de los trópicos es tan mortífero en la realidad como en la ópera de Meyerbeer.

Las formas del boldo son también característicos. Su follaje obscuro y aromático, sus hojas coriáceas, su tronco retorcido, anuncian un vegetal de las tierras secas. Avanza, sin embargo, por el sur hasta Osorno, donde crece aún a más altura que en el centro. Los campos de Chile huelen a boldo, así como su negra silueta achaparrada imprime a los paisajes su tono característico.

Si el boldo, árbol del centro, invade la flora del sur, muchos de los árboles de la selva austral, se encuentran en los territorios marítimos de la provincia de Valparaíso. Así sucede con el Palo Santo, una planta arborescente de grandes dimensiones. Las plantas de esta familia, la más rica del reino vegetal, rara vez pasan de la categoría de yerbas o pequeños arbustos, y sólo entre los trópicos alcanzan dimensiones arborescentes.

El aceitunillo u olivillo, que en Valdivia y Chiloé llaman **tuque** o palo muerto, es otra avanzada de la vegetación austral en las provincias de Valparaíso y Santiago. Pertenece este hermoso árbol a un género anómalo (Aextoxicon) que los botánicos no aciertan a incluir definitivamente en ninguna familia del reino vegetal. Pertenece probablemente a la de las euforbiáceas, vasta agrupación de plantas, nutridas de jugos lechosos que abundan en las regiones tropicales de ambos hemisferios y particularmente en Africa. También es una euforbiácea la "higuerilla" o palmacristi, árbol que aunque originario de la India, vese hoy en estado salvaje en nuestras provincias del centro.

El árbol sagrado de los araucanos, el legendario voighe que los chilenos llaman "canelo", es más propio de la selva austral que de los alegres montes del centro. Su follaje amplio, elegante, de color verde ceniciento, se distingue a lo lejos entre los obscuros matorrales. El canelo no alcanza jamás en nuestras provincias las dimensiones de un verdadero árbol. No está de más recordar que es el único representante en Chile de la familia de las magnoliáceas.

La elegante y pródiga familia de las mirtáceas que forma la esencia de los bosques del trópico en muchos países de la América del sur, está muy bien representada en Chile, aunque con más abundancia en los húmedos bosques australes.

El aromático arrayán (Eugenia) que

reemplaza en Chile al mirto clásico del mediterráneo, es un pequeño árbol característico de nuestros montes bajos del centro. En cambio, la gigantesca pitra (Myrceugenia) no tiene equivalente en Europa. Este árbol es de todos los del centro el que, con excepción del belloto, alcanza mayor altura, y sus ramas se cubren con frecuencia de las curiosas barbas de una bromoliácea epífita, la Tillandsia usneoides, común en Chile y en toda la América tropical. Los árboles barbones, así los designan los campesinos, son una de las curiosidades de nuestra flora.

Las provincias centrales de Chile son tan ricas en especies de arbustos que sería vano intento el enumerarlas siquiera en parte. Presentan una variedad infinita en flores, en follaje y en olores. A las formas clásicas se agregan algunas de carácter típico sud-americano, como los quiscos y los sandillones, de la familia de las cacteas, y las pintorescas puyas de flores gigantes de la familia de las bromeliáceas. Entre estos arbustos debemos mencionar una papaya silvestre que los campesinos llaman monte gordo, y cuyas ramas no son más duras que el queso.

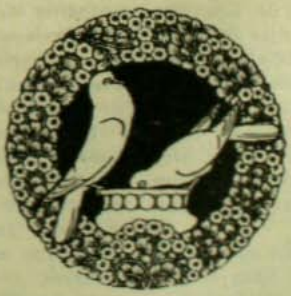
Tampoco faltan las trepadoras en nuestros bosques centrales. El copihue se encuentra ya en los alrededores de Valparaíso, pero es tan escaso en esta latitud que apenas se le puede considerar formando parte de la flora.

En cambio abundan las enredaderas graciosas y útiles, tales como el cobil de la familia de las Lardizabolas y el voqui colorado que representa en Chile la vasta familia de enredaderas tropicales (Ampelideas).

Plantas más pequeñas y delicadas entre las que trepan pertenecen a las familias de las Pasifloreas, Tropeoleas, etc.

Pero este capítulo de nuestra flora merece un artículo aparte. Las enredaderas del centro de Chile bastarían para decorar muchos jardines. Las hay para todos los gustos... Sin embargo, apenas las conocemos.

Siempre la fábula eterna del te y la salvia.



En el país de Babia

(CONFESIONES INTIMAS)

Por

PEDRO E. GIL

¡Qué tierra de bendición aquella de Babia para los poetas foráneos y vagabundos como yo!

Adoquiera que voy llevo en el alma el recuerdo de esos buenos babiecas, como llevo en mi maletín de viaje las cartas de presentación y el cosmético para el bigote.

No puedo olvidar que ellos me exaltaron a la categoría de un semidiós literario, a mí, que en mi tierra me ganaba el pan de cada día en la redacción de un periódico político, surciendo párrafos de crónica y escribiendo las fajas de los ejemplares que iban al correo.

¡Qué inspiración la mía de largarme a Babia cuando trataba de fijar mis puntería migratorias, huyéndole el bulto de caudillo vencedor en la última pelotera intestina habida en mi país, el cual caudillo, de quien había dicho yo cosas feísimas en mi periódico, y que era un bárbaro, hacía buscarme por sus esbirros con la orden perentoria de cortarme de cuajo las orejas.

Nunca imaginé la apoteosis que me esperaba en el país de Babia. Nada es más cierto que aquello de que nadie es profeta en su tierra.

Yo, que en la mía apenas si había escrito una vez que otra algunos malos versos—la verdad sea dicha,—en revistas volanderas, fugaces como un relámpago, no acerté de buenas a primeras con el motivo de la desaforada alharaca formada alrededor de mi persona.

Varios chicos de la prensa, de esos que de día tejen en los diarios la crónica policial y de noche hacen versos a las estrellas y a todo el sistema planetario, y con quienes me había yo carteado duro y parejo desde mi patria, fueron a esperarme a la estación y me estrecharon a porfía contra sus pechos, llamándome camarada de las musas, compañero espiritual, hermano en la comunión del arte, y desbordándose en ternezas de este jaez, al mismo tiempo que me echaban en las narices unos tufillos que... me hicieron pensar, al pronto que allí no había nada de espiritual y sí mucho de espirituoso.

Al siguiente día todos los diarios se ocuparon de mí, dándome la bienvenida en términos calurosos y bombásticos, en que me ponían por los cuernos de la luna. Positivamente, en Babia, la prensa no tiene de qué ocuparse.

Los días que se siguieron, mejor dicho, todo el tiempo que duró mi permanencia en Babia, fueron para mí de gloria. Mi retrato se lo peleaban las revistas domingueras, y presto llegó a hacerse más popular que los monos de las cajetillas de cigarros.

El que esto lea, si alguno llegare a leerlo, pensará que en Babia no hay poetas, ni artistas, ni literatos, en una palabra, gentes de inteligencia que cultiven con buen suceso las delicadas flores del ingenio, que así endiosan la mediana personalidad mental que, procedente de ajenas playas, llega de arribada forzosa a sus puertos intelectuales.

¡Error! En Babia hay novelistas de ra-

ro mérito, **conteurs** deliciosos, poetas de primera fuerza, artistas de talento inmenso, diaristas de gran talla, oradores de verbo elocuentísimo, pensadores de fuste, publicistas de renombre universal...

¿Entonces? ¡Ah! es que los babiecas son extremadamente corteses e increíblemente modestos... ¿Cómo ir a rendir tributo de admiración a uno de la casa habiendo un extraño de visita? ¿Ni cómo reconocerse sus propios méritos sin pecar de vanidosos? Ahí debe buscarse la explicación del fenómeno.

Tuve oportunidad de palpar esto una noche que se dió en mi honor una velada en el Ateneo. Una comisión **ad hoc** de jóvenes ateneístas fué a invitarme a la función, instándome a que fuera preparado para leer en ella alguna de mis "incomparables" composiciones. Me vi al principio en un apuro, porque no hallaba nada de lo que hasta entonces había hecho, digno de esa ocasión, en cierto modo solemne, ni creía que lo que hiciera ex-profeso pudiera tampoco resultar. Tengo entre el corto número de las virtudes con que cuento, la de conocerme a mí mismo, es decir, practico el precepto latino: **Nosce te ipsum**.

Pero tanto insistieron los de la embajada, que les prometí llevar algo, con lo que se retiraron satisfechos. En efecto, exhumé del fondo de mi vieja maleta una oda a no sé cuál de los cuatro elementos, escrita algún tiempo atrás, la retoqué un tantico y me encaminé con ella al Ateneo.

En la sala se había dado cita lo más selecto de la sociedad de Babia, ansiosa de conocer al ruiseñor proscripto (así se me llamaba inverecundamente en los periódicos); en las tribunas se agitaba la crême de la juventud intelectual santia... babieca.

Yo debía hablar el último; cuando le llegó el turno al que debía ocupar la tribuna antes que yo, y que se sentaba a mi lado en la mesa de la presidencia, me dijo con tono confuso:

—Amigo mío, imploro desde luego su benevolencia: sé que lo que voy a leer no vale nada, pero usted, que ya ha llegado a la suna, debe ser indulgente con los que empiezan.

Me puse rojo, porque al pronto tomé aquello por una pulla, pero al ver la expresión de sinceridad pintada en el rostro de mi interlocutor, comprendí que hablaba de buena fe, y hasta me sentí envanecido de ese explícito homenaje de aprendiz a maestro.

Ocupó mi predecesor la tribuna, y con voz de ricas inflexiones comenzó a declamar su poema. Su acento vibraba con entonaciones extrañas al arrojar victoriosamente a los ámbitos de la sala la sonora armonía de sus bellísimos versos. Pocas veces he escuchado algo más hondamente sentido.

En mi interior me sentía anonadado, experimentaba algo como un apabullamiento de mis facultades todas, y tenía más ganas de tomar el portante con mi menesterosa composición sumergida en lo más profundo de mi bolsillo, que de suceder al orador en la tribuna.

Concluyó el inspiradísimo poeta, y de entre el concurso sólo brotaron cuatro o cinco tímidos palmoteos, como cohetes frustrados, que al punto se extinguieron en medio de la glacial indiferencia unánime.

Y era claro: los babiecas habían concurrido a la velada para aplaudirme a mí. ¿Cómo aplaudir a uno de los suyos sin inferirme grave e inmerecida ofensa?....

Confieso que no supe cómo me encontré encaramado en la tribuna, muerto de vergüenza, ni cómo recité mi vejestorio poético.

En cualquiera otra parte, aquello habría sido un fiasco redondo, pero en Babia las cosas se estilan de otra manera: al concluir mi desaguisado reventó a mis pies un fragoroso trueno de aplausos y aclamaciones, y fuí sacado en triunfo de la sala por mis flamantes admiradores.

En la misma noche se me ofreció una cena, por los del oficio, y ésta fué la segunda etapa de la jornada de mi glorificación poética.

¿Por qué no decirlo? Entre los vapores del vino, el humo de los vegueros y la charla ditirámbica de mis anfitriones, llegué a creerme poeta. ¡Efímera ilusión, que habría perdurado a haber vivido eternamente entre los babiecas!

Al otro día de tan memorables sucesos, todos los diarios matinales publicaron íntegramente mi composición, de la cual ha-

bían sacado copia una nube de repórters que me acechaban a la salida de la comilona.

De los versos del poeta, mi antecesor en la tribuna, que eran sencillamente una preciosidad, no se dijo ni chus ni mus; su autor era babieca y esto era más que suficiente, para darle opción al olvido. En Babia el producto nativo no tiene cotización en el mercado, sea este comercial, artístico o literario. Yo sé de muchos jóvenes intelectuales que con gusto sufrirían la operación que sufren en las fábricas del país los muebles de mano de obra nacional: que les estamparan en cualquier parte el marchamo de alguna aduana extranjera, para ser debidamente estimados de sus compatriotas...

Durante mi estada en Babia dí a luz varios libros de versos, que el público se disputó desde el primer momento, pagando algunos fanáticos un recargo sobre el precio de venta. Entretanto, en los escaparates de las librerías, las obras nacionales perdían el color de pura pena.

.. ..

No puedo extenderme más en el capítulo de mi permanencia en Babia, y sólo agregaré que, cuando por haber caído a su vez del poder el caudillo enemigo de mis orejas, pude restituirme al terruño, la prensa babieca me dedicó artículos laudatorios, olientes a necrología, y todo mis amables turiferarios tuvieron lágrimas de dolor, al verme partir. Poco faltó para que los periódicos enlutaran sus columnas y se decretara duelo oficial.

Yo vine a sentir pena al perder de vista los últimos edificios de la gran ciudad, cuando sentí como que me arrancaban violentamente del cuerpo una prenda de vestir: era la realidad, siempre inoportuna e implacable, que me despojaba del arnés lírico que me ciñeran esos excelentes babiecas en su generosa chifladura por todo lo que viene de fuera.

¡Oh, la Babia ideal!

¡Extranjeros, id a Babia!

¡Saboyanitos del arte mediocre y cursi, que en vez de la caja con los cepillos y el betún lleváis el fardo de vuestras rimas tortuosas y mendicantes, id a Babia, que allí, trocando los papeles, los babiecas os lustrarán a vosotros los botines!

¡A Babia por todo!

CARTAS Y BUZONES

Por F. S.

Ilustraciones Fotográficas

Alguien ha concedido a los buzones un carácter misterioso y los ha llamado "esfinges" que guardan el enigma de muchas resoluciones humanas.

Según la situación de espíritu que nos anime al depositar una carta, nos habrá de parecer la angosta abertura metálica embutida en la pared del correo, boca de monstruo de insaciables tragaderas que nos arrebata las más hondas esperanzas para devolverlas al cabo de un tiempo convertidas en desilusiones más hostiles que agujetas de hielo; o bien, boca amable, oído atento que escucha nuestros suspiros, el latir de la sangre apasionada, y lleva el dulce mensaje a través de la distancia hasta depositarlo muy cerca del corazón amigo.

El Correo es el intermediario, el cómplice de la mitad, por los menos, de los actos de nuestra vida moderna. Si se quiere tramitar un negocio, si se desea comunicar una buena o mala nueva, si se anhela deslizar en el alma de alguna persona palabras que hagan su huella y que sigan pesando como gotas de plomo fundido; si se aspira a conquistar una nueva amistad; si se necesita pronunciar frases que cara a cara nos traerían turbación; en estos y otros casos, se recurre al buzón como el medio más fácil para salir del apuro. El Correo va convirtiéndose en el agente indispensable de la nación y a medida de que el analfabetismo pierde terreno en nuestro país, este servicio adquiere de día en día un desarrollo enorme.

¿Una carta sobrante? La niña la espera desde hace días...

Basta observar lo que pasa en el Correo Central de Santiago para darse cuenta del trabajo que requiere su mantenimiento en el resto de la República.

Millares de personas se precipitan durante el día por sus puertas amplísimas a depositar o retirar su correspondencia. Es un ir y venir incesante desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas del día, de personas de todas las condiciones, desde el más aristocrático señor de muchas campanillas hasta el más humilde y desastrado obrero. Allí se codean durante un minuto, como las gotas de un aluvión que corre sin cesar, la anciana dama que escribe a su hijo ausente y la jovencita que garrapatea sus primeras frases de amor al novio que se pasea bajo el balcón, el grave hombre de negocios, panzudo y suficiente, y el tímido escolar romántico.

¡Cuántas vidas suspensas, en el re-

sultado de una carta! ¡El que espera un empleo solicitado tímidamente al potentado indiferente; el que anhela una respuesta de su amada, el que se querella y el que agravia, con cuánta inquietud no recorren la lista de "sobrantes" o atisban por la estrecha ventanilla del casillero!

Desde aquellos tiempos remotos en que la remisión de correspondencia se hacía por medio de las postas en forma lenta y deficiente se ha progresado en forma increíble. Cuando nuestros abuelos encomendaban sus gruesos papeles apergaminados en las manos del postillón, no pensaban con gran seguridad en el éxito de su mensaje, confiados como estaban a las miles de contingencias de un camino largo y penoso.

Hoy el reparto y remisión de correspondencia va alcanzando una precisión casi matemática. Si echamos una carta en cualquier buzón vecinal a las 8 de la mañana, ya a media tarde puede llegar a su destino, dentro del radio de la ciudad, y al día siguiente, a las provincias centrales de la República. Sólo las comunicaciones con la región austral y con el norte se retardan desde cuatro hasta diez días, debido a las dificultades y a la lentitud que presenta la traslación por mar, en la cual hay que contar con las salidas de vapores y los retrasos consiguientes.

Al famelgo escudado reemplaza hoy la bicicleta en el reparto de correspondencia

En pocas reparticiones de las oficinas públicas, el trabajo para su personal es más delicado y penoso.

Basta recorrer las distintas secciones del Correo Central para comprender el peso del trabajo que debe soportar cada empleado, ya sea que atiendan las oficinas de la dirección como que se desempeñen en la sección encomiendas, giros postales, casillas, correspondencia sobrante, empaquetadura, etc.

Un movimiento de colmenar pone incesantemente a prueba la resistencia de trabajo de los que deben atender y servir al público exigente. Ante cada una de las ventanillas que caen al gran hall central se verá a todas horas del día a una cantidad de personas agrupadas y que apremian a los empleados sin dejarles un minuto de reposo.

Y si se visita los departamentos interiores se verá que el movimiento de los que allí trabajan no es menor que en las oficinas externas.

Cada cierto tiempo se recogen las cartas de los buzones del Correo Central y llegan las que han sido depositadas en los distintos puntos de la ciudad, recogidas por empleados especiales.

Una de las primeras operaciones a que debe someterse la correspondencia al llegar al Correo es la del timbrado, que ejecutan personas diestras en ese trabajo con ayuda de máquinas movidas a electricidad y que se mueven con una rapidez vertiginosa.

Se procede luego a la separación de las cartas que van al extranjero y las que se destinan al interior, y éstas a su vez se reparten a casilleros especiales que corresponden al lugar de su destino. Una vez distribuídas y empaquetadas convenientemente, se procede a la ensacadura en grandes valijas de tela de buque que permanecen constantemente abiertas y colgadas, como las reses en los puestos de carne, por medio de anillos corredizos, sujetos a una larga barra de fierro.

Aparentemente estas personas esperan su ración de comida... Son los carteros en el momento de recibir las cartas para el reparto.

Sección de empaquetadura de correspondencia

El momento de ensacar la correspondencia

Casilleros de provincia

Timbrado eléctrico de las cartas

Carro listo para llevar los canastos de correspondencia a la estación

Una vez ensacada la correspondencia va a los carretones que la conduce a la estación.

No estará demás presentar algunas cifras que nos hablen del estado actual del servicio de correos de Chile.

La última memoria presentada por el Administrador General de Correos nos ofrece interesantes datos.

Las oficinas de correos que funcionaron en 1912 suben a 1,114 incluyendo las administraciones principales, territoriales, departamentales, locales, agencias postales, postales y telegráficas a la vez, y oficinas ambulantes.

La correspondencia despachada al interior del país, durante el año 1912 fué de 26,332,036 piezas con valor de $ 3,256,344. La correspondencia despachada al extranjero fué de 5,646,907 piezas con franqueo de $ 951,428.70.

Como se puede ver, las cartas al extranjero alcanzan una cifra igual a la cuarta parte, más o menos, de las que se despachan al interior.

A esto hay que añadir las piezas despachadas como "libres", es decir, que no pagan franqueo, por pertenecer al género de impresos o porque están exentas de derechos, por ser remitidas de las oficinas públicas.

Las piezas libres despachadas al interior se elevaron a 41.209,866 y las enviadas al extranjero a 293,436.

Empleado que "cuenta" las direcciones a los carteros que deberán hacer el reparto en la ciudad

En resumen, el total de la correspondencia despachada por las diversas oficinas de correos del país se elevó en 1912, a 73.482,245 piezas, con franqueo de $ 4.207 mil 772.70.

En lo que se refiere a encomiendas internacionales, en el mismo año llegaron del extranjero 247,542 encomiendas.

Los giros sobre el extranjero en 1912 alcanzaron a la suma de $ 1.605,019 y los procedentes del exterior y pagados en Chile, a la de $ 270,705.

Los fondos de giros postales del interior, movilizados por las diversas oficinas de correos se elevaron a la cantidad de 51 millones 130 mil 928 pesos. En el año anterior, 1911, fueron por un valor de $ 41.257,942. Hay un aumento de cerca de $ 7.000,000.

El resultado financiero del año de 1912 fué de $ 4.959,889 de entradas y de 5 millones 936 mil 25 pesos. Existe por consiguiente, un déficit de $ 976,125.

LA CASA, EL SILLON Y EL VIEJO

Se eterniza el pasado grato a los felibres en esta casa de Serignan, en este sillón y en Joseph Henri Fabre. En cambio, Fabre conserva para los felibres sus cigarras

El Virgilio de los insectos

Con ilustraciones

Allá en la humildad campestre de Serignan, en la ruta de Avignon, vive el honorable naturalista a quien Francia acaba de consagrar un busto en ilustre paraje universitario. Tiene Joseph Fabre setenta años. Es un viejecito menudo, cenceño, con la cara afeitada y en cuya carne de cera el tiempo trazó profundas arrugas. Lleva unos zapatos y un chambergo descomunales. Parece Fabre una anciana campesina disfrazada de hombre. Pero no habla, al contrario que las comadres. Observa, observa, observa. Darwin le llamó "el observador inimitable".

Y ha sido Rostand quien ha bautizado a Joseph Fabre con el título de **Virgilio de los Insectos.** Vive el sabio en medio de los campos, en una soleada casona provenzal, con su esposa, que se le semeja con ese parecido que acaban por adquirir el marido y la mujer, con sus hijas, bellas, graves y lozanas como dos estrofas de Mistral. Posee también el insigne naturalista un jardín con cajas de vidrio entre el césped, donde revolotean, saltan, chirrían, en un parpadeo de pétalos de rosas, mil y mil insectos cuyas alas han remontado a Fabre donde no suelen llegar sino las águilas.

Curiosa fotografía del Museo entomológico de Joseph Fabre. Para el extraño es como las tumbas orientales, llenas de misterio y de esplendor

Mr. Thierry, ministro, ha invadido con su automóvil político y parisién la honrada nobleza de la geórgica de Serignán.

Una muchedumbre de curiosos y fotógrafos y otros **repórters** acompañaron al personaje.

El alcalde rural había engalanado con gallardetes el pueblo, y un orfeón, uno de esos orfeones meridionales que cantan viejas canciones, recorría los caminos, desgañitándose bajo el sol. El único sér que se encontraba desplazado, era Fabre.

El pobre decía: "yo soy la bestia rara, a la que hay que ver". Fué su hermano Federico, hombre de mundo **allá abajo** y que reune la arrogancia y la facundia mediterráneas, el encargado de contestar al ministro.

¡Oh, no era muy difícil la tarea, porque Mr. Thierry, como el prefecto de la balada encantadora de Daudet, estaba en situación de hacer versos! Compuso un discurso muy bonito y muy sincero. Dijo cosas como estas: "Joseph Fabre ha justificado la ingeniosidad de Buffón, el genio es una larga experiencia". "Sin duda, Fabre posee la paciencia, porque es consciente de su fuerza..." "Su ejemplo en este siglo de velocidad, es una inestimable lección".

"Los ministros pasan, pasamos todos. Fabre quedará en su obra eternamente viva, porque su obra es la naturaleza misma..." La divisa de Fabre es **"de ínfimo ad excelsa"** Su labor ha correspondido siempre a esa exaltación de lo pequeño, y su labor es grandiosa. El venerable viejecito también acaba de ser elevado desde el refugio de su huerta ignorada a la cumbre de la celebridad mundial.

Un sabio y los colaboradores de su familia

Y como el sabio clava sus mariposas con un alfiler; Francia ha prendido en la casaca del naturalista su último grado de la Legión de Honor...

EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK

Por A. K. GREENE

Miss Amelia Butterworth, solterona empedernida observa desde la ventana de su alcoba que a la media noche llega un carruaje a la puerta de la residencia vecina, cuyos propietarios se encuentran en Europa. De ese carruaje descienden un joven y una dama y penetran a la casa, de la que sale el hombre pasados diez minutos, sin que se le vea regresar. Intrigada Miss. Butterworth, sugiere a la mañana siguiente a un policía la conveniencia de que penetre a la casa, en la que cree ha pasado algo anormal. En aquel momento se presenta con las llaves la criada encargada del aseo, y después de varias réplicas accede el policía a penetrar a la casa, encontrando en el saloncito el cadáver de una mujer, sobre cuyo rostro ha caído un enorme aparador que la desfigura por completo la fisonomía. Empiezan las investigaciones, cuando se presenta el propietario de la casa Mr. Silas Van Burnam, que regresa de Europa. Las sospechas de Mr. Gryce, el detective encargado de la averiguación, parecen inclinarse hacia Howard Van Burnam, hijo menor de Silas, pues su esposa ha desaparecido desde el día anterior y el cadáver presenta una cicatriz que, según confesión de Howard, es parecida a una que tenía su mujer, a pesar de lo cual se niega a reconocer la posibilidad de que ésta haya podido penetrar por la noche acompañada de un hombre a una casa vacía. Miss Butterworth se apasiona por descubrir el misterio, y habiendo vuelto a la casa Van Burnam, se encuentra allí con Mr. Gryce, a quien ayuda a descubrir la mitad del alfiler del sombrero que sirvió para cometer el asesinato de la mujer; descubre también Miss Butterworth que tenía cuerda el péndulo que se encontraba sobre el aparador y que se paró a las cinco de la mañana, lo que viene a hacer más confuso el problema. Suplica Mr. Gryce a Miss Amelia que observe desde su ventana las personas que en esa noche y las subsiguientes lleguen a las doce en punto a la casa Van Burnam, para ver si alguna se asemeja al individuo que penetró a la casa la noche del crimen. Junto al comedor encuentra Mr. Gryce un sombrero y unos guantes de mujer, que se cree pertenecen también a la mujer de Howard. En la averiguación oficial, para esclarecer la muerte de la mujer, declara Miss Butterworth lo que había visto. Comparece también el empleado de una casa de comercio que asegura haber vendido un equipo completo para mujer, que se le pidió del hotel D..., adonde lo envió con un empleado, el cual, a su vez, aseguró que no había visto a la compradora; que lo hizo depositar el pedido a la puerta del cuarto, ordenándole se retirara y recibiendo en la misma forma el importe de la factura. Comparecieron en seguida los cocheros que habían conducido a la misteriosa pareja desde el hotel de D... hasta Madison Square y de allí a Gramercy Park. Fué en seguida llamado Franklin Van Burnam, quien declaró que las llaves de la casa las había entregado a su hermano Howard el día del crimen por la mañana. Tocó a su vez el turno a Howard, quien indicó que su esposa había hecho el viaje a Nueva York con el fin de tener una entrevista definitiva con su suegro y que no había vuelto a verla desde que se separaron; que las llaves las había extraviado sin poder decir en dónde y le fué imposible precisar el empleo de su tiempo en los momentos en que se consumaba el crimen. Pero, al presentarle el coroner el sombrero que había encontrado Mr. Gryce en la residencia Van Burnam, Howard lo reconoció como el que llevaba su esposa cuando de ella se había separado; en su actitud se operó un cambio radical desde aquel momento, pues abandonó su aire altanero y se dirigió apresuradamente a recoger del depósito al cadáver. En la sesión vespertina declaró que él había sido quien acompañara a Mrs. Van Burnam a la casa de su padre, en donde la había dejado pasados diez minutos, atribuyendo su muerte a un acceso de pánico que bien pudo experimentar la joven al encontrarse en aquella casa vacía. Compareció en seguida un Mr. Stone, muy conocido en Nueva York por estar en vísperas de casarse con una riquísima heredera; declaró que hacia las cuatro de la mañana había visto a Howard en la escalinata de entrada de la casa Van Burnam. La narradora, Miss Butterworth, es visitada en demanda de ayuda por las hermanas de Howard, a quien se ha encarcelado. Ofrece dárselas y, al efecto, visita en secreto la casa en que se cometió el crimen, donde hace algunos curiosos descubrimientos. Pónese en seguida a averiguar el sitio donde abandonaron sus paquetes los personajes que el día del crimen estuvieron en el hotel D... a cuyo efecto recorre las mismas calles que se dice atravesaron ellos y da con una lavandería donde efectivamente se encontraban las ropas de la mujer misteriosa que las había dejado para que se las lavaran y plancharan, aunque sin conseguir que el chino, dueño del establecimiento, entregue la ropa a Miss Butterworth, por falta del boleto.

XXI

Una hoja blanca

Durante dos días nada nuevo ocurrió, hasta que la cocinera me dijo que acababa de llegar un cesto con patatas. Bajé a la cocina con pretexto de examinarlas, y debajo de las patatas encontré una gran cubierta cuadrada que me llevé a mi alcoba. No traía la fotografía esperada, sino tan sólo una carta concebida en los siguienes términos:

"Querida miss Butterworth:

"La estimación que habéis tenido a bien mostrarme, podéis creer que es recíproca. Siento no poder haceros el servicio que me pedís. No encuentro fotografía ninguna en el departamento de Mrs. Van Burnam. Esto tal vez se explica por el hecho de haber tenido con posterioridad un nuevo huésped muy elegante, que aseguró venía de Nueva York y que mostró gran interés por dicho departamento. Sentía por él tanto interés, que solamente conseguí alejarlo de allí cerrándole las puertas con llave. Si en un principio hubo allí algún retrato de Mrs. Van Burnam, fué seguramente él quien se lo llevó, porque partió una noche sin avisarme. Me consideré muy feliz con que no se haya llevado alguna otra cosa. Las largas conversaciones que dicho individuo tuvo con mi criada, me decidieron a despedir a esta última.

"Al suplicaros que me perdonéis la decepción que con gran sentimiento me veo obligada a causaros, os suplico, querida miss, que creáis en mis mejores sentimientos.—**Susana Fergusson**".

¡Ah! ¡Con que me había tomada la delantera el emisario de Mr. Gryce! Pues bien, prescindiría de la fotografía. ¡Tal vez era indispensable aquel retrato para Mr. Gryce; pero Amelia Butterworth. . . . . !

Esto ocurrió un jueves; el sábado por la noche se me llevó el informe que había pedido. Me llegó en forma de una carta dirigida a Mr. Alvord, que me trajo Mr. Alvord mismo.

Era una contestación al aviso que había yo hecho insertar en los periódicos y excusado es decir el apresuramiento con que la leí. Era una carta escrita por una mujer, cuya letra dejaba mucho que desear, lo mismo que la ortografía. No haré pues, sino mencionar el contenido de aquella misiva, que por lo demás era interesantísima.

La persona que había escrito la carta y cuyo nombre, bastante difícil de descifrar, me pareció ser Berta Desberger, me decía conocer a una joven cuya descripción correspondía a la que había dado yo en mi aviso. Agregaba que si quería yo ir a verla a su habitación en la calle novena Oeste, el domingo por la tarde, a las cuatro, podría darme más concretos datos.

¡Que si quería!

Al día siguiente, muy temprano, me hice conducir a la calle Novena. Me acompañaba Lena, y ambas penetramos en la casa de Mrs. Berta Desberger.

Una gran placa de cobre que se encontraba en la puerta nos anunció que íbamos a penetrar a una casa respetable, opinión que se fortaleció por el aspecto del saloncito al que se nos hizo entrar y en el que esperé con una impaciencia mal contenida la llegada de la dueña de la casa.

Se presentó bien pronto vestida con una bata rameada de un gusto muy dudoso; pero reconocí una fisonomía bondadosa y desde luego me dí cuenta de que no tendría que luchar con una mujer muy astuta.

Mrs. Desberger había visto el carruaje de pensión que estaba detenido frente a su puerta, y las sonrisas que sucedían en su rostro sin interrupción.

—¿Venís con relación a la pobre joven que estuvo alojada aquí hace algunos días?—comenzó mirando alternativamente el rostro de Lena y el mío, con un aire de indesición que por sí solo habría bastado para mostrar su ignorancia de las distinciones sociales.

Es verdad que había yo tenido la precaución de recomendar a Lena antes de entrar que permaneciera con la cabeza erguida, como si tuviera el mismo interés que yo por aquella cuestión.

—Sí, repliqué, en efecto. Lena, aquí presente, ha perdido a una parienta, y no viendo otro medio de encontrarla, le aconsejé que pusiera un anuncio en los periódicos. ¿Habéis leído sin duda las señas? ¿La persona a quien corresponde esta inscripción se presentó en vuestra casa?

—Sí, vino el 18 por la mañana. Recuerdo la fecha, porque ese día despedí a mi cocinera y no la he reemplazado todavía.

—¿A qué hora vino y cuánto tiempo permaneció aquí? Tenemos los mayores deseos de encontrarla. ¿Os dió algún nombre cualquiera, os dijo dónde se encaminaba?

—Me dijo que se apellidaba Oliver.—Pensé desde luego en las iniciales O. R. que llevaba la ropa que había visto en la lavandería; pero comprendí que no me decía la verdad; y si no hubiera tenido un aspecto tan modesto habría tal vez vacilado en recibirlo. Pero, ¡Dios mío! jamás he sabido negar nada a una joven apenada. Además, esa joven tenía dinero consigo. Escuché, pues, a la pobrecita, y la

permití que se sentara en mi salón. No había comido aquella mañana, y aunque no me pidió nada, fuí a traerle una taza de te, porque comprendí que de otra suerte no podría nunca subir las escaleras, a tal punto se encontraba débil. Me siguió con la mirada cuando abandonaba yo el salón y aquellos ojos me obsesionaron. Cuando volví, señora, estaba tirada por tierra con el rostro contra el piso y los brazos en cruz. ¿No os parece horrible todo esto, señora? No me extraña que os estremezcáis.

¿Acaso me había estremecido? Si había sido así, sería sin duda porque pensaba en la otra mujer, en la víctima que había visto yo tirada en el suelo con el rostro vuelto hacia el cielo y los brazos también en cruz, en la semi-obscuridad del salón Van Burnam.

Sí, era precisamente ella, dijo Lena

—Habríase dicho que estaba muerta, prosiguió la buena mujer; pero en el mismo instante en que iba a llamar pidiendo auxilio, sus dedos comenzaron a moverse y me precipité para levantarla Ni estaba ni muerta ni desmayada: estaba únicamente aniquilada por el dolor. Pero cuando logré al fin hacerle beber, la taza de te y comer un poco de fiambre, me sentí recompesada de mi trabajo por la mirada llena de reconocimiento que me dirigió y por el modo con que me retuvo por la manga, cuando hice ademán de abandonarla un instante. Fué de esta manga, miradla, señora, agregó mostrándome un hacinamiento de encajes y listones multicolores que antes había ya observado, produciéndome un efecto desastroso por lo ridículo; pero que ahora contemplé con mayor indulgencia.

Al cabo de un momento se encontró ya en estado de hablar; más tarde la ayudé a subir a su dormitorio. No permaneció allí por mucho tiempo. Cuando volví a la hora de almuerzo, la encontré frente a la mesa con la cabeza apoyada sabre las manos. Se notaba que había llorado; pero logró recobrarse y su rostro tenía ahora una expresión casi dura.

—¡Oh, querida señora!—exclamó al verme entrar, es preciso que os dé las gracias.

Le aseguré que nada me debía y entonces se puso a hablar con aire distraído.

—Quiero comenzar una nueva vida. Quiero proceder como si no tuviese pasado. Me ha ocurrido una desgracia, una desgracia terrible; pero, a pesar de ello, quiero disfrutar aún de la existencia. Quiero vivir y, para hacerlo, voy a trabajar. Si tuvieséis un periódico, quisiera ver los anuncios.

Le traje un "Herald" y fuí en seguida a ocuparme de que le sirvieran el almuerzo. Cuando volví a verla parecía muy contenta.

—He encontrado lo que me hace falta, exclamó, un destino de dama de compañía. Pero no puedo irme a presentar con este traje.

Y miró su traje como si le causara horror lo que no puedo explicarme, porque era de última moda, bastante elegante para ser digno de la hija de un millonario. Debo confesar, sin embargo, que por lo que a mí toca, prefiero los colores más vivos.

—¿Tendríais la bondad—me dijo con timidez—de hacerme algunas compras si os diera el dinero necesario?

—Ahora bien, si hay algo que me guste en el mundo, es sin duda recorrer los almacenes; así es que le dije que me encontraba dispuesta a hacerle aquel servicio y por la tarde me puse en campaña con una regular suma de dinero para comprarle la ropa. Hubiera encontrado aquello más divertido si mi joven pupila se hubiese concedido mayor amplitud en materia de elecciones. Vi, por ejemplo, una blusa verde y rosa que era un sueño; pero mi joven amiga se mostró muy apegada a sus ideas y tuve que contentarme

con comprarle algunas prendas muy sencillas. Las llevé yo misma a la casa, porque tenía gran empeño en presentarse desde luego para la colocación que se ofrecía en el anuncio; pero, ¡oh Dios mío!, cuando subí a su pieza. . . .

—¿Había desaparecido acaso?—interrumpió Lena. . . .

—¡Oh, no! ¡Pero si hubieséis visto el espectáculo que se ofreció a mi vista! Allí en la chimenea se encontraban los restos de su hermosa blusa de seda humeando todavía. No pude retirar ni un pedazo del tamaño de mi mano.

—Pero sin embargo, ¿lográstels recoger algún fragmento?—dijo Lena obedeciendo a una mirada que le dirigí.

—Sí, algunos pequeños fragmentos; la seda era bellísima. Creo, por lo demás, que en mi cesto de costura guardo todavía un pedazo.

—Buscádmelo, os lo suplico, exclamo Lena; quisiera tenerlo presente para ayudarme a recordarla.

—Aquí tenéis mi cesto de costura.

Y aproximándose a una consola cubierta materialmente de chucherías, tomó un cesto del que sacó bien pronto un cuadrito de seda. Era como nos había asegurado, de muy buena clase y provenía sin duda alguna del traje que llevaba Mrs. Van Burnam al salir de Haddam.

—Sí, se trata de ella, dijo Lena observando la expresión de mi rostro y guardando con cuidado el pedazo de seda en su bolsillo.

—¿Con que decís que partió el mismo día?—pregunté yo viendo hasta qué punto se le dificultaba a aquella mujer separar sus pensamientos del famoso vestido.

—Sí, señora. Se hacía ya tarde y no creí que obtuviera la colocación que buscaba. Pero me había prometido que en caso de fracaso volvería, y como no ha regresado, supongo que tuvo mejor éxito del que me había imaginado.

—¿No sabéis a dónde fué? ¿No os hizo acaso alguna confidencia?

—No; pero como no había en "El Herald" de aquella fecha sino tres anuncios solicitando damas de compañía, será muy fácil encontrarla. ¿Queréis ver los anuncios? Los he conservado por curiosidad.

Acepté su oferta con gusto y nos trajo en seguida los extractos del periódico. Leí los dos primeros sin ninguna emoción; pero la vista del tercero me conmovió profundamente. Era un anuncio solicitando una dama de compañía que tuviera conocimientos de escritura en máquina y buen gusto para la confección de trajes. La dirección indicada era la de Miss Althorpe.

Me estremecí ante la idea de que aquella mujer manchada por un crimen pudiera encontrarse dentro de una casa honorable.

Como no volveré a hablar en estas líneas de Mrs. Desberger, me contentaré con añadir que en la primera oportunidad envié a Lena a recorrer los almacenes con orden de comprar y de hacer llevar a Mrs. Desberger la blusa más chillante que pudiera encontrar en la Sexta Avenida. Y como Lena volvió más risueña aún que de costumbre, no dudo que haya escogido una blusa capaz de satisfacer el gusto de la estimable mujer, sobre cuya bondad natural había formado yo un juicio tan favorable.

XXII

Ruth Oliver

Al abandonar la casa de Mrs. Desberger, me hice llevar directamente a la de miss Althorpe con el objeto de informarme sin tardanza sobre la presencia de la desdichada fugitiva que buscaba.

El domingo, a las seis de la tarde, no es el momento más favorable para presentarse en la casa de una señorita que tiene la costumbre de tomar el te en el círculo de la familia. Pero estaba de humor de violar todas las reglas de la etiqueta y aún de olvidar los imprescindibles derechos de los enamorados. Por lo demás, se dispensan muchas cosas a una mujer de mi especie, sobre todo cuando se tiene el suficiente buen sentido y la amabilidad que caracterizan a miss Althorpe.

La acogida que me dispensó mostró que no me había equivocado en mis suposiciones. Miss Althorpe se adelantó a mi encuentro con tan grande amabilidad y su recibimiento dejó traslucir tan poca sorpresa, como era posible suponerse, dadas las circunstancias y, desde luego, me vi conmovida por su belleza y por el natural encanto de sus modales, que olvidé el objeto de mi visita.

La pieza en que nos encontrábamos era

grande, y aunque alcanzaba a escuchar la voz de Mr. Stone en la estancia contigua, no temí abordar el tema que tanto me preocupaba.

—Tal vez os asombre el ver que me presento a una hora tan indebida, comencé. Pero si no lo consideráis un abuso de mi parte, ¿querréis decirme si hace algunos días hicistéis insertar un anuncio solicitando una dama de compañía? ¿Encontrásteis lo que buscábais?

—Sí, señora; tengo en mi casa una joven que me conviene perfectamente.

—¿Y es una persona conocida vuestra?

—No, es extraña para mí y, lo que es más, no me ha traído ninguna carta de recomendación. Pero su exterior es a tal extremo simpático y parecía desear con tanto empeño la colocación, que consentí en tomarla a prueba, de lo que me alegro, pues estoy muy satisfecha con la pobre joven.

Introduje el medicamento a través de los labios entreabiertos

Esto me proporcionaba la oportunidad de intercalar algunas preguntas. Sin dejar aparecer una curiosidad excesiva y dando prueba, sin embargo, de suficiente interés, hice observar sonriendo:

—La palabra "pobre" no puede aplicarse a nadie que permanezca mucho tiempo bajo vuestro techo, Miss. Althorpe. Pero, ¿acaso ha perdido algún pariente? ¡Se ven tantas jóvenes obligadas a ganarse el pan por la muerte de sus padres!

—No se encuentra de luto; pero no por eso deja de encontrarse bajo el peso de un gran dolor. . . . Decidme, Miss Butterworth, ¿tendríais acaso alguna protegida que recomendarme?

—Servíos excusarme, le dije, pero hay algo que quisiera haceros conocer y temo pareceros un tanto extravagante.

—De ninguna manera, replicó.

—Pues bien, me intereso mucho por la joven que tenéis a vuestro servicio por razones muy diferentes de las que podéis suponer. Temo mucho que no sea precisamente de la clase de personas que os conviene tener en vuestra casa.

—¿De veras? Decidme, por favor, lo que sabéis acerca de ella. ¿Algo malo acaso, Miss Butterworth?

Moví la cabeza y le supliqué que ante todo me dijera qué aspecto tenía la joven y en qué circunstancias se había presentado en la casa. Deseaba antes de entregarme, convencerme de la identidad de la joven que yo buscaba.

—Quisiera saber qué día se presentó y a qué hora. ¿Estaba vestida decentemente o bien su ropa tenía el aspecto de muy usada?

—Se presentó el mismo día en que apareció el anuncio, el 18. . . sí, fué el 18 de este mes. Estaba vestida correctamente, según recuerdo. Aún me atrevo a decir que su traje me produjo la impresión de que era realmente nuevo y esa fué una feliz circunstancia, porque no ha traído otro equipaje que lo que contenía: un pequeño saco de viaje.

—¿También nuevo?

—Es muy posible; pero no lo noté.

—Oh, Miss Althorpe!—exclamé en esta ocasión con una vehemencia tal vez digna de excusa, mucho me temo o más bien, espero que es la mujer que busco.

—¿La mujer que buscáis?

—Sí, la mujer que busco. Pero no puedo todavía deciros por qué. Es preciso, ante todo, que me asegure de su identidad, porque no deseo exponeros a que llegáis a sospechar de una mujer que tal vez sea inocente.

—¿Sospechar? ¿Acaso deja que desear su honradez? Eso me inquietaría muchísimo. Porque no puedo creer semejante cosa de una joven como esa. Debe tratarse de algún otro defecto menos digno de menosprecio; pero siempre degradante.

—No he dicho que tuviera defectos, sino solamente que así lo temía. ¿Qué nombre dice tener?

—El de Oliver, Ruth Oliver.

Mi pensamiento volvió en el acto a las iniciales O. R. que había visto en la lavandería.

—Quisiera verla, me atreví a decir.

Daría cualquier cosa por observar su rostro sin que ella se apercibiera.

—No me ocurre cómo poder complaceros. Es muy tímida y jamás se asoma a las ventanas. Aún sus alimentos los toma en su cuarto, habiéndome suplicado que le conceda este privilegio hasta que me case y que la casa se encuentre bajo otro pie. Pero tal vez podríamos entrar juntas a su pieza. Si nada tiene que reprocharse, no debe temer una visita; en el caso contrario, sería preferible para mí saber de una vez a qué atenerme.

—Ciertamente, contesté, poniéndome en pie para seguirla, preguntándome cómo iba a proceder para explicar a aquella joven mi visita.

Acababa de encontrar lo que me parecía una satisfactoria explicación, cuando Miss Althorpe se inclinó hacia mí y me dijo con una impetuosidad deliciosa, que me llegó al corazón.

—Esta joven es muy tímida. Tiene todo el aspecto de una persona que acaba de experimentar un gran dolor. No vayáis a asustarla, Miss Butterworth, y no me acuséis con brusquedad de que he hecho alguna cosa mala. Tal vez es inocente; tal vez, si no lo es, ha sido empujada al mal por alguna gran tentación. La compadezco en todo caso, aunque no sea sino una simple culpable a la que deben martirizar los remordimientos. Porque nunca he visto una cara más dulce ni una mirada tan llena de sufrimiento.

Era precisamente lo que de ella había dicho Mrs. Desberger.

Que se lo explique quien pueda; pero el caso es que empezaba a sentir una especie de simpatía por aquella desdichada, en cuya persecusión me encarnizaba.

—Prestaré atención a lo que me recomendáis, repliqué. Quiero tan sólo asegurarme de que es la persona a quien busco y de la que he oído hablar a Mrs. Desberger.

En el extremo de un corredor, en el piso superior, nos detuvimos.

—He allí la puerta, cuchicheó Miss Althorpe. Tal vez haría bien en entrar yo primero para asegurarme de que se encuentra en estado de recibir a otra persona.

Me alegré de que se le hubiera ocurrido tal idea; sentía la necesidad de recogerme dentro de mí misma antes de encontrarme frente a la joven, sobre la que pesaba, en mi espíritu al menos, la acusación de un crimen atroz.

Pero por corto que fuera el intervalo que transcurrió entre el llamado de Miss Althorpe y su entrada a la pieza, fué más largo que el tiempo que la dueña de la casa pasó dentro de aquella estancia.

—Vuestro deseo puede realizarse, me dijo. La joven está acostada en su cama, profundamente dormida y podéis verla sin que se dé cuenta de ello. Pero, añadió con voz suplicante, tomándome por el brazo con su bondad natural, ¿no os parece que eso sea abusar?

—Las circunstancias nos autorizan plenamente, respondí, dispuesta a admirar el escrúpulo de mi interlocutora; pero no a imitarlo.

Y sin más ceremonia abrí la puerta y penetré a la habitación de la que se daba el nombre de Ruth Oliver.

El rostro de la que se encontraba acostada en la cama, y que percibía yo con toda claridad, entraba sin duda para algo en aquella impresión. Respiraba salud y sus rasgos fisonómicos estaban marcados por el sufrimiento. Sin saber si Miss Althorpe se encontraba detras de mí o no, pero muy empeñada en contemplar a la joven dormida para preocuparme por aquel detalle, me incliné sobre su rostro medio vuelto hacia la pared y lo estudié minuciosamente.

Era un rostro de madona y, a pesar del sufrimiento que desfiguraba su expresión, bastaba ampliamente para explicar el interés que habían mostrado por aquella joven la buena Mrs. Desberger y la distinguida Miss Althorpe.

Conmovida a pesar mío por el espectáculo conmovedor de sus párpados, agitados con un temblor nervioso, y de su boca crispada, estaba a punto de despertarla cuando me detuve, sintiendo la mano de Miss Althorpe posarse sobre mi hombro.

—¿Es esta la joven que buscáis?

Dirigí en torno de la pieza una rápida mirada y mis ojos se fijaron sobre un cojincito para alfileres azul que se encontraba sobre un tocador de madera de limonero.

—¿Acaso fuísteis vos la que clavó esos alfileres allí?—pregunté, indicando una docena de alfileres negros que se veían en una esquina.

—¿Yo? En manera alguna; no creo que

la recamarera los haya puesto allí tampoco. ¿Por qué?

Saqué un alfiler que llevaba conmigo y aproximándome al cojincillo, le comparé con los que allí se encontraban. Eran idénticos.

—Es un detalle insignificante, pensé para mí; pero muestra que voy por el buen camino.

Después, volviéndome para responder a Miss Althorpe, agregué en alta voz:

—Temo, en efecto, que no sea ella. Al menos, no tengo razón alguna de pensar lo contrario. Pero es preciso que sepa a qué atenerme. ¿Queréis permitirme que la despierte?

En aquel mismo momento la joven, que se encontraba en el lecho, hizo primero un movimiento y al cabo de un momento agitó con violencia los brazos por encima de su cabeza, exclamando:

—¡Oh! ¿Cómo hacer, cómo hacer? ¡Ha muerto y jamás he tocado un muerto!

Retrocedí agitada por la emoción: los ojos de Miss Althorpe, que buscaban los míos, se ensombrecieron de horror. Ella misma habría sin duda proferido algún grito si no le hubiera hecho yo una imperiosa señal, contentándose con retroceder todavía más del lado de la puerta.

Mientras tanto, me había inclinado nuevamente y había puesto mi mano sobre el sér tembloroso que se encontraba acostado frente a mí.

—Miss Oliver, le dije, despertáos, os lo ruego. Os traigo un recado de parte de Mrs. Desberger.

Volvió la cabeza hacia mí y me miró como aturdida; después se levantó lentamente de la almohada, quedando sentada en la cama.

—¿Quién sois?—me preguntó posando sobre mí y en su derredor sus ojos, que nada parecían ver, hasta que se fijaron en Miss Althorpe, que se encontraba junto a la puerta en una actitud medio compadecida, medio severa.

—¡Oh, Miss Althorpe!—exclamó con tono de ruego, os ruego que me perdonéis. No sabía que tuvieséis necesidad de mí. Creo que me dormí.

—Esta dama es quien tiene necesidad de veros, respondió Miss Althorpe. Es una amiga mía y una persona en quien podéis depositar vuestra confianza.

—¡Mi confianza!

Se puso lívida, el terror y la sorpresa se leían en sus ojos, que volvió hacia mí.

En la parte alta del forro habían ocultos billetes de banco

—¿Qué es lo que os hace creer que tenga necesidad de confiarme a alguien? Si así fuera, Miss Althorpe, sería a vos a quien me dirigiría y no a otra persona.

Se adivinaba el llanto en su voz y tuve necesidad de pensar en su desdichada víctima, que acababa de ser sepultada en Woodland, para no conceder a esta mujer mayor compasión de la que merecía. Tenía una voz simpática, un exterior simpático; pero aquello no era una razón para olvidar lo que había hecho en la casa Van Burnam.

—Os estoy muy agradecida, respondió levantándose en la cama y temblando con violencia. Mrs. Desberger es una excelente mujer. ¿Qué me quiere?

Me hallaba, pues, sobre la buena pista. Reconocía que había tenido algo que ver con Mrs. Desberger.

—Quiero solamente devolveros esto. Cayó de vuestro bolsillo mientras cambiabáis de ropa.

Y le tendí el cojincillo rojo para alfileres que había tomado en la pieza de las señoritas Van Burnam.

Lo miró y retrocedió lentamente, conteniéndose con gran pena para no dejar traicionar toda la profundidad de sus sentimientos.

—¡Nada sé! ¡No es mío! ¡No lo conozco!

Pero sus cabellos se erizaban de horror, mientras que miraba el pequeño objeto que yo le presentaba en el hueco de mi mano, lo que vino a demostrarme que volvía a ver en su espíritu las horribles escenas que se habían desarrollado en la residencia de los Van Burnam.

—No sé quién es esta dama, ni lo que significa su comisión cerca de mí. Pero espero que no será nada que pueda obligarme a abandonar esta casa, mi único asilo.

Miss Althorpe, demasiado prevenida en favor de la joven, a pesar de las apariencias de culpabilidad que sobre ella pesaban para que se mostrara insensible a este llamamiento a su bondad, sonrió débilmente.

—Parecéis una mujer habituada a decir la verdad, contestó. ¿No pensáis, Miss Butterworth, que tal vez hallâis podido equivocaros?—me preguntó aproximándoseme con su encantadora sonrisa.

Contestando a Miss Althorpe con mi sonrisa más amable, hice observar con tono convencido:

—Tal vez me haya equivocado. Lo que dice Miss Oliver me hace el efecto de ser sincera y me encuentro dispuesta, si lo estáis también vos, a creerla bajo su palabra. ¡Es tan fácil en este mundo sacar conclusiones falsas!

Guardé en mi bolsillo el cojincito de alfileres, como si hubiera dicho mi última palabra sobre aquel asunto. Mi actitud pareció producir sobre la joven la impresión que yo deseaba, porque sonrió débilmente, mostrando al mismo tiempo una doble fila de dientes magníficos.

—Permitidme que os presente mis excusas, Miss Oliver, continué, por haber penetrado como lo hice a vuestra habitación sin haber sido invitada para hacerlo.

Y salí, no sin dirigir en torno de la estancia una rápida y penetrante mirada, que no perdió ningún detalle del humilde guardarropa ni de los pocos objetos que pertenecían a la joven. Miss Althorpe me siguió casi inmediatamente.

—Es un asunto mucho más serio de lo que os he dado a entender, le dije al oído tan pronto como nos encontramos a algunos pasos de la puerta de Miss Oliver. Si es la persona que supongo, cae bajo el peso de la ley y será preciso avisar a la policía que se encuentra en vuestra casa.

—Entonces, ¿ha robado verdaderamente?

—Su crimen es de los más graves, repliqué.

Miss Althorpe, profundamente turbada, miró en torno suyo como en demanda de consejos. Yo que hubiera podido guiarla, no hice ningún movimiento capaz de llamar su atención sobre mí, sino que esperé con toda tranquilidad a que tomara por sí misma una determinación.

Al fin, acabó por decirme:

—¿Qué medios creéis que tengamos para salir de esta dificultad?

—Uno solo: asegurarnos cuanto antes y sin que nos quepa la menor duda, si es la persona que se apoderó de ciertos objetos en la casa de una amiga mía. En caso de que ella sea, debemos encontrar la prueba en su habitación o sobre su persona. ¿No ha salido de vuestra casa desde su llegada?

—Ni una sola ocasión ha puesto afuera los pies.

—¿Y se ha mantenido casi siempre en su habitación?

—Siempre, salvo las contadas veces en que la he llamado a mi lado.

—Será, pues, en su pieza donde podré descubrir lo que me propongo. Pero, ¿cómo realizar mis pesquisas sin ofenderla?

—¿Qué es lo que deseáis saber, Miss Butterworth?

—Si lleva consigo una media docena de sortijas de un valor considerable.

—¡Oh!, debe de ser tan fácil esconder unas sortijas....

—Y, en efecto, las esconde. Estoy tan segura de ello como de mi presencia en esta casa. Pero necesito una prueba absoluta antes de arriesgarme a atraer sobre ella la atención de la policía. Creo que lograré vencer esta dificultad, si gustáis prestarme vuestra ayuda, confiandoos por completo en mí.

—Y en qué forma, Miss Butterworth?

—Esta joven está enferma. Permitidme que yo sea quien la cuide.

—¿Es verdaderamente enferma?

—Sin duda. Al menos lo estará antes del amanecer. Se encuentra devorada por la fiebre. Se ha enfermado a fuerza de atormentarse. ¡Oh!, tranquilizáos, la cuidaré bien, agregué como contestando a la mirada de vacilación que me dirigió Miss Althorpe.

—¿Y la registraréis mientras que se encuentre en ese estado de inconsciencia?

—No adoptéis ese aire escandalizado, Miss Althorpe. Os he prometido que no la atormentaré. No estará probablemente en estado de desvestirse sin ayuda extraña. A la vez que la ayudaré, podré darme

cuenta si lleva algo oculto sobre su persona.

—Sí... Tal vez.

—En todo caso, sabremos más de lo que sabemos ahora. ¿Queréis que me arriesgue a ensayar, Miss Althorpe?

—Me es difícil negarme, me respondió sin vacilar; parecéis tan empeñada.

—Y lo estoy, en efecto; tengo buenas razones para estarlo. En primer lugar, por vos misma.

—No lo dudo. Y ahora, ¿nos haréis el favor de cenar con nosotros?

—No, respondí. Mi deber me retiene aquí. No tengo necesidad de nada, ni tampoco os molestéis por mí en lo más mínimo. Id ahora a reuniros con vuestro prometido, querida Miss Althorpe, y no penséis ni por un momento en esta que se llama Miss Oliver, ni en lo que voy a hacer en su habitación.

Le mostré la almohadilla roja de las agujas que había tomado de la pieza

XXIII

Castillo de naipes

No volví inmediatamente al lado de mi enferma. Esperé a que se le subiese la cena. Entonces tomé la bandeja, y viendo en el rostro de la criada que Miss Althorpe había debido explicar mi presencia en la casa, me sentí más a mis anchas. Entré, pues, sin más tardanza en la alcoba y coloqué sobre un velador la apetitosa cena que se nos había preparado.

La falsa Miss Oliver se encontraba aún de pie en el lugar en donde la habíamos dejado. Pero en toda su actitud se veía la languidez y se apoyaba contra las maderas de la cama. Levanté la vista después de colocar la bandeja y vi que cuando mi mirada cruzó la de ella, se estremeció y pareció preguntarse quién podría ser yo y qué querría en su habitación. Tenía una altísima fiebre y se encontraba ya en un estado de semi-inconsciencia sobre lo que en su cuarto acontecía.

Le hablé entonces con una voz tan dulce como fué posible, porque su debilidad me conmovía a pesar de las justas prevenciones que en su contra abrigaba en mi corazón. Después, viendo que no estaba ya en estado de contestarme la atraje hacia la cama y me puse a desvestirla.

Esperaba cierta resistencia de su parte o a lo menos cierto temor; pero no dejó aparecer ni una ni otro, no mostrando la menor vacilación sino hasta que dirigí mi mano a su calzado. Entonces se estremeció y retiró los pies con tal apariencia de terror, que me vi obligada a no insistir, so pena de causarle un ataque de nervios, lo que acabó de persuadirme que era Luisa Van Burnam la persona que se encontraba frente a mí. Esta no podía dejar de tener presente la cicatriz de que tanto se había hablado en los periódicos y debía decirse que aquella marca acusadora debía necesariamente revelar su identidad. Por más que en aquel momento no tuviera toda su lucidez, el instinto de la conservación era todavía tan poderoso, que hacía todo lo posible por evitar ser reconocida.

Cuando tan violentamente retiró el pie, comprendí que no necesitaba ya buscar más la prueba pedida. Por lo mismo, me consagré desde aquel momento a prodigarle toda clase de cuidados,

Volví a bajar de carrera los gradas de la escalinata

como su estado lo requería. Le refresqué las sienes, ardorosas por la fiebre, y tuve bien pronto la satisfacción de verla sucumbir insensiblemente a un sueño agitado, pero profundo. De nuevo intenté, quitarle el calzado; pero el sobresalto que experimentó y el grito ahogado que se le escapó me advirtieron que era preciso esperar todavía algún tiempo, antes de poder satisfacer por completo mi curiosidad. Resolví suspender mis tentativas y, por pura compasión, la dejé aprovecharse del letargo en que se encontraba sumida, dirigiendo mientras tanto mi atención sobre los vestidos de que había yo despojado a la que se llamaba a sí misma Miss Ruth Oliver.

Su traje consistía en un sencillísimo vestido gris; la ropa interior era de tela blanca; pero de un tejido tan fino, que bastó una mirada para comprender que debía pertenecer a la esposa de Howard Van Burnam. Porque, además de la finura exquisita, se notaba en las extremidades del cuello y de las mangas señales de que debieron arrancarse los encajes de que aquellas prendas estaban adornadas en un principio. Se encontraba allí una de esas prendas llenas de dobleces y de adornos que solamente salen de algunos de los grandes talleres parisienses.

Alejándome una vez más de su cabecera, dí la vuelta a la habitación. Nada podía escaparse a mi mirada, ni nada me pareció de tan poca importancia que mereciera ser olvidado. Es cierto que nada vi que hiciera vacilar mi confianza sobre las conclusiones a las que había podido llegar; pero no es menos cierto que nada encontré que viniera a corroborarlas. Cuando hube examinado hasta el menor detalle, me senté y me puse a meditar sobre la suerte que esperaba a aquel pobre sér. Había llegado ya imaginativamente hasta el momento en que debía de comparecer ante sus jueces, y me imaginaba ya su rostro con la expresión suplicante que no podía menos que adoptar en tales circunstancias, cuando oí llamar suavemente a la puerta y penetró a la pieza Miss Althorpe.

—¿Se encuentra un poco mejor Miss Oliver?—me preguntó, añadiendo: ¿Habéis encontrado algo de lo que buscábais?

Le hice una señal recomendándole la prudencia. Era necesario, ante todo, que la enferma ignorase la verdadera razón por la que me encontraba allí.

—Duerme, respondí en voz baja, y creo haber descubierto la causa de su mal.

Miss Althorpe pareció comprenderme. Dirigió hacia la cama una mirada de solicitud y se volvió hacia mí.

—No tengo sueño, me dijo, y si en ello no encontráis inconveniente, no me desagradaría velar un poco a vuestro lado.

Me sentí muy halagada por aquella atención.

—No podríais causarme mayor satisfacción, le respondí.

Miss Althorpe adelantó un sillón.

—Ocupadlo, me dijo.

Y se sentó a mi lado en una sillita baja.

Durante algún tiempo permanecimos en silencio. Su pensamiento parecía fijo en algún recuerdo muy reciente y muy querido, porque sonreía dulcemente y parecía a tal extremo dichosa, que no pude menos de decirla:

—Es este un momento delicioso para vos, Miss Althorpe, sin la menor duda.

Dejó escapar un suspiro—¡cuántas cosas pueden expresarse en un suspiro!—

y me dirigió una mirada llena de felicidad. Creo en verdad que se alegró de que hubiese yo hablado. Aún las naturalezas como la suya tienen sus momentos de debilidad, y no tenía ni madre ni hermanas a las que pudiera hacer sus confidencias.

—Sí, replicó, soy muy dichosa, más dichosa, según supongo, de lo que son la mayoría de las jóvenes que se encuentran en víspera de casarse. Siempre he tenido en torno mío gentes que se han preocupado de mi felicidad y que me han aconsejado, desde que estuve en edad de comprenderlo, la diferencia que existe entre la pobreza y la riqueza y la conveniencia, en mi caso, de huir del matrimonio. Llevaba todavía el traje corto cuando ya se me había puesto en guardia contra los aventureros que tenían que hacerme la corte por mi dinero. Esos eran consejos detestables. Siempre han sido obstáculos para mi felicidad. Me han vuelto desconfiada y de una reserva excesiva. Pero hoy.... ¡Ah, Miss Butterworth! Mr. Stone es un hombre tan amable, tan inteligente y tan distinguido, que todas mis dudas y todos mis temores han desaparecido como por encanto. Tengo en él una confianza ilimitada y.... Pero tal vez estoy hablando con demasiada libertad. ¿Probablemente os desagrada que os haga semejante confidencia?

—Al contrario, le contesté.

Levantando la vista en aquel momento, porque me encontraba sentada de tal suerte que daba el frente a la cama, me sorprendió ver a mi enferma inclinada hacia nosotros mirándonos con unos ojos tan ardientes, que se conocía que estaban a punto de dejar escapar las lágrimas y a la vez llenos de un sentimiento y de una pena indescriptibles.

Había escuchado todas las palabras de la joven dichosa, ella, la mujer abandonada y manchada por el crimen. Me estremecí y coloqué mi mano sobre la de Miss Althorpe. No trataba, sin embargo, de poner un fin a la conversación, porque cuando nuestros ojos se cruzaron, la enferma cayó nuevamente sobre sus almohadas, pareciendo recobrar su insensibilidad primera.

—¿Acaso Miss Oliver se ha puesto mal? —preguntó Miss Althorpe.

Me puse en pie y me aproximé a la cabeza de mi paciente e introduje por fuerza algunas gotas de medicamento entre los labios semicerrados.

—No, repliqué:—creo que la fiebre disminuye.

Y era la verdad, por más que la expresión de sufrimiento de su rostro fuera todavía cruelmente visible.

—¿Duerme?

—Así parece.

Después, mientras que tomaba asiento a su lado, me preguntó tranquilamente:

—¿Qué pensáis del asesinato Van Burnam?

Aterrada al oirla abordar aquel tema, me aprestaba a cerrarle la boca, cuando observé que sus palabras no habían producido efecto aparente en la enferma. Esta permaneció inmóvil y su rostro asumió una actitud de mayor tranquilidad cuando abandoné su cabecera. Este detalle me convenció, más de lo que hubiera logrado ningún otro, de que en realidad dormía, o de que al menos se encontraba en un estado letárgico, como aquellos en los que los ojos y los oídos se encuentran igualmente cerrados para lo que pasa en el exterior.

—Pienso, repliqué, que el joven Howard se encuentra en muy mala situación. Ciertamente tiene todas las apariencias en su contra.

—Es terrible; jamás se ha visto nada

El inspector Z...

tan espantoso. No sé a punto fijo lo que convenga pensar sobre el particular. Los Van Burnam han disfrutado siempre de inmejorable reputación. Franklin, sobre todo, goza de la consideración general. No pienso que jamás haya ocurrido nada tan horrible en nuestra ciudad. ¿No sois del mismo parecer, Miss Butterworth? Vos lo habéis visto todo, por decirlo así, y estáis en condiciones de opinar. ¡Pobre, pobre Mrs. Van Burnam!

—Es, en efecto, muy digna de lástima, repliqué, con los ojos fijos sobre el rostro inmóvil de la enferma.

—Mr. Stone, prosiguió Miss Althorpe, se ha mortificado por el papel que se vió forzado a desempeñar en la investigación. Obró así obligado por la fuerza, ya que la policía demostró especial empeño por producir su declaración. Eso nos hace desear que Howard logre disculparse. Pero parece que no lo conseguirá. Con tal de que su mujer hubiera sabido. . . .

¿Se me figuró ver a la enferma agitarse en el lecho? Miss Althorpe prosiguió:

—No tenía mal corazón aquella pobre mujer; solamente era vanidosa y frívola. Se había propuesto reinar como ama en la casa del gran comerciante y no sabía cómo hacer para superar las dificultades. Por mi parte, la compadezco sinceramente. Cuando la ví....

Al escuchar aquellas palabras tuve un violento sobresalto, al extremo de derribar inconscientemente una cestita de costura que se encontraba a mi lado.

—¡Con que la habéis visto!—repetí, dejando un instante de observar a mi enferma para fijar mi mirada llena de asombro sobre Miss Althorpe.

—Sí, más de una vez. Era aya en la casa de una familia que yo frecuentaba en otra época. Era antes de su matrimonio, y antes de que Howard la conociera.

Me sentía tan abrumada ante aquella noticia, que de momento no encontré qué decir. Mis ojos vagaban de Miss Althorpe a la enferma extendida sobre la blancura de las sábanas. Mi agitación y mi asombro no conocieron límite en aquellos momentos.

—¿Con que la habéis visto?—repetí al fin.

Había tenido intención de hablar en voz baja; pero el sonido de mi voz remedaba más bien un grito estridente.

—¿La habéis visto y habéis acogido a esta mujer?

Al escuchar aquellas palabras, la sorpresa de Miss Althorpe pareció igualar a la mía.

—Sí, ¿por qué no? ¿Qué tienen que ver una con otra?

Me dejé caer de nuevo en el sillón. Al mismo tiempo se desplomaba el castillo de naipes que me había complacido en levantar.

—¿Es que. . . es que ellas no. . .? ¿Es que no se parecen?—murmuró con la voz ahogada. Creía. . . me imaginaba. . .

—¡Parecerse Luisa Van Burnam a esta joven! ¡Oh, no! Son mujeres de tipo diametralmente opuesto. ¿Qué ha podido haceros pensar que había parecido entre ellas? ¿Acaso ha habido alguien que pretenda que esas dos personas se asemejaran en lo más mínimo?

Sintiéndome obligada a hablar, me serené en un instante y moví la cabeza en señal de afirmación.

—En efecto, contesté, ha habido alguien suficientemente ridículo para pensarlo así.

Miss Althorpe pareció reflexionar. Vagamente se interesaba en lo que estábamos diciendo; pero no lo suficiente para darse cabal cuenta de todos los detalles. Sus propias preocupaciones hacían que se distrajera, de lo que me alegré infinito.

—Luisa Van Burnam tenía la barba saliente y ojos azules muy fríos. Sin embargo, su rostro no carecía de atractivo para ciertas personas.

—En fin, que fué ésta una tragedia espantosa, agregué por decir algo.

Traté en seguida de cambiar la conversación, cosa que me fué fácil por algunos instantes.

A poco rato Miss Althorpe se levantó, me dió las buenas noches y abandonó la pieza.

Levanté entonces el cesto de costura, y habiéndome dado cuenta de que los labios de la enferma se movían ligeramente, me aproximé a ella. Un débil murmullo se escapaba de sus labios.

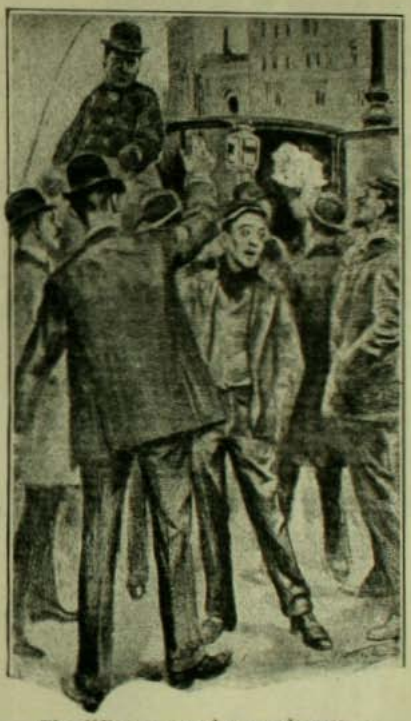
Eran palabras que concordaban perfectamente con las que en aquel momento cruzaban por mi cerebro. No tuve dificultad alguna en comprenderlas.

—¡Van Burnam!—decía.—¡Van Burnam! intercalando una vez el nombre de

Howard, pronunciado en tono breve y una vez el de Franklin con tono incierto.

—¡Ah! pensé al mismo tiempo que se operaba en mí una pronta reacción, si no es Luisa Van Burnam, no por eso deja de ser la mujer que busco. Y sin preocuparme de su resistencia, quité la colcha de lana que había extendido sobre su cuerpo y logré quitarle su zapato y su media del pie izquierdo.

El tobillo, descubierto, no mostraba ninguna cicatriz, por lo que le puse la media tomando el zapato con la mano. Comprendí inmediatamente el temor que había mostrado al ver que una persona extraña quería tocar esa prenda de su indumentaria. En la parte alta del forro se encontraban ocultos billetes de Banco por una suma considerable, y como el otro zapato tal vez serviría para un escondite análogo, debía temer, naturalmente, todo cuanto pudiera conducir al descubrimiento de su fortuna.



El público comenzaba a rodearnos...

Mas asombradora al ver que el misterio se hacía por momentos más profundo, introduje el zapato bajo la colcha y me senté para pasar revista a la situación.

El error que había cometido consistía en suponer que porque la fugitiva cuyo rastro había seguido, llevaba la ropa de Luisa Van Burnam, debía necesariamente ser esta mujer infortunada. Ahora comprendía que la víctima era, después de todo, la mujer de Howard y que la enferma que tenía ante mi vista debía ser su rival.

Pero esto necesitaba todo un cambio en mi manera de razonar. Desde el momento que era la rival y no la esposa legítima la que tenía ante mí, ¿cuál de las dos era la que había ido con Howard al lugar de la tragedia? Howard había declarado que era su esposa. Yo me había convencido, satisfactoriamente, de que era la rival. ¿Quién de los dos tenía razón, él o yo? ¡Con tal de que no nos equivocáramos ambos!

No encontrando respuesta a esta pregunta, mi pensamiento se dirigió a otro tema muy distinto. ¿En qué momento habían ambas mujeres cambiado de trajes, o más bien, en qué momento se había apoderado esta mujer del vestido de seda y de la riquísima ropa interior de su elegante rival? ¿Había ocurrido aquello antes de que ambas entraran a la residencia de Van Burnam? ¿O más bien, como era posible, ese cambio se había operado después de encontrarse dentro de la casa?

Había yo tenido oportunidad de escuchar antes, de los labios de la enferma, las siguientes palabras: "¡Oh, cómo tocaría! ¡Está muerta y jamás he tocado a un muerto!" ¿Podía dejar de comprender todas las indicaciones de aquellas palabras? ¿No era evidente que el cambio se había efectuado después de la muerte de la víctima, por manos de aquella joven de apariencia tan llena de sensibilidad?

Era un pensamiento horrible que me condujo a otros igualmente espantosos. Si la joven había cometido un acto tan repugnante, era, sin duda, porque tenía una apremiante necesidad de ocultarse. Y si tanto empeño tenía en ocultarse, no podía ser por otra razón que la de haber cometido un gran crimen. En consecuencia, aquella joven era la culpable y

la esposa legítima había sido la víctima.

¿Pero las sortijas? ¿Por qué no podía encontrar yo las sortijas? Si mi hipótesis actual era razonable, esta mujer debía llevar consigo las pruebas de su culpabilidad. Pero, ¿acaso no las había yo buscado en todos los escondites posibles?

Sintiéndome molesta por no poder presentarle esta prueba irrefutable del crimen que había cometido, tomé la pelota de lana que estaba en el cesto de costura de Miss Oliver y me puse a tejer para distraer un poco mi espíritu.

No había avanzado mucho en mi labor, cuando un movimiento de la enferma atrajo de nuevo mi atención a la cama. ¡Cuál no fué mi sorpresa al verla sentada; pero con su rostro lleno de una muestra de terror, más bien que de sufrimiento!

—¡No hagáis eso!—me dijo con voz entrecortada, mostrando con una mano el tejido que se encontraba en las mías. El ruido de las agujas me pone más nerviosa de lo que podéis suponer. ¡Dejad eso, os lo ruego!

Se encontraba tan agitada y en un estado de nerviosidad tan pronunciado, que obedecí inmediatamente, porque, a pesar del horror que me inspiraba su crimen, no quería hacer nada que aumentara su malestar. Al ver que dejaba el tejido, se dejó caer de nuevo en las almohadas y un suspiro de desahogo se escapó de su pecho. En seguida permaneció inmóvil y mi espíritu volvió de nuevo al tema que tanto le preocupaba. ¡Las sortijas, las sortijas! ¿En dónde, pues, se encontraban las sortijas y qué podría yo hacer para hallarlas?

A las siete de la mañana mi enferma dormía con tanta tranquilidad, que no vi ningún peligro en dejarla sola por algún tiempo. Expliqué, pues, a Miss Althorpe que me veía obligada a salir para un asunto urgente y rogué a una de las criadas que permaneciera junto a la joven durante mi ausencia. Una gran sorpresa me esperaba a mi regreso. Tan pronto como el lacayo me abrió la puerta, noté que tenía el aire preocupado, lo que me hizo preguntarle qué había podido ocurrir.

Su respuesta me desconcertó por completo:

—Poca cosa, señora. Solamente que Miss Althorpe teme que os vayáis a contrariar. Miss Oliver se marchó mientras que la criada había abandonado su pieza.

(Continuará).

¡CUANTA FELICIDAD!

es para los parientes ver a sus niños sanos, robustos y bien conformados. Qué dicha hay más halagadora que la de tener niños bien criados que se parezcan a flores primaverales, con semblantes sonrientes y hermosos.

¡NADA MAS TRISTE!

que la de tener niños raquíticos y mal conformados. No hay mayor pena para los parientes que la de ver a sus niños desarrollarse en condiciones deficientes: es un tormento seguido, es una calamidad sin igual.

COMO CONSEGUIRA USTED LO PRIMERO:

sencillamente alimentando sus niños con el ya tan afamado alimento **"LA TISPHORINE"** que merced a su buen gusto y composición de fosfatos, féculas y leche concentrada, criará sus niños que dará gusto de admirarlos.

COMO SUCEDERIA LO SEGUNDO:

dejándose engañar con la multitud de alimentos que no llevan más que el nombre y que con el uso de ellos se entorpece el crecimiento de los niños, dejándolos por consiguiente raquíticos y feos que da miedo y lástima de verlos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas. Agentes para Chile: ALEX ARDITI y Cía., Agustinas 814. Casilla 78-D., SANTIAGO.

PODEROSO ACELERADOR DE LA NUTRICION GENERAL

TRATAMIENTO DE LA

TUBERCULOSIS y de las

ENFERMEDADES CONSUNTIVAS

HISTOGÉNOL

NALINE

Medicación con base

Arsenio-Fosforada orgánica de Nuclarrina

EXPERIMENTADA con éxito en los HOSPITALES DE PARIS

Comunicados en { la ACADEMIA DE CIENCIAS
la SOCIEDAD DE BIOLOGIA
la SOCIEDAD DE TERAPEUTICA

FORMAS:

Emulsión, Elixir granulado: 2 cucharadas soperas al dia

Ampollas: Inyectar una ampolla cada dia

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unicos Concesionarios para Chile:

ALEX ARDITI & Cía.

Casilla número 78-D

Agustinas 814, Santiago

Novbre. 1914

PACIFICO MAGAZINE

Prec. UN PE

Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia

SERVICIO DIRECTO Y RAPIDO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

Este grabado representa una de las locomotoras de Antofagasta y demuestra la diferencia de la trocha de 2' 6" y la trocha normal de Europa, de 4' 8½".

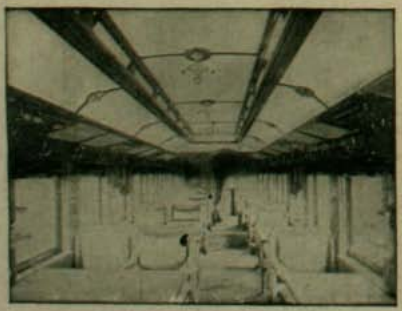
TRENES DE SUBIDA

ANTOFAGASTA	Sale..	8.40 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados.		
UYUNI	Llega.	7.30 P. M.
Martes, Jueves y Domingos.		
ORURO	Llega.	7.40 A. M.
Miércoles, Viernes y Lunes.		
LA PAZ..	Llega.	4.10 P. M.
Miércoles, Viernes y Lunes.		

TRENES DE BAJADA

LA PAZ..	Sale..	1.00 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados		
ORURO	Llega.	8.27 P. M.
Lunes, Miércoles y Sábados		
UYUNI	Llega.	7.55 A. M.
Martes, Jueves y Domingos		
ANTOFAGASTA	Llega...	amanece
Miércoles, Viernes y Lunes.		

Interior de Carro-Dormitorio



Interior de Carro-Comedor

NOTA.—Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y Norte.

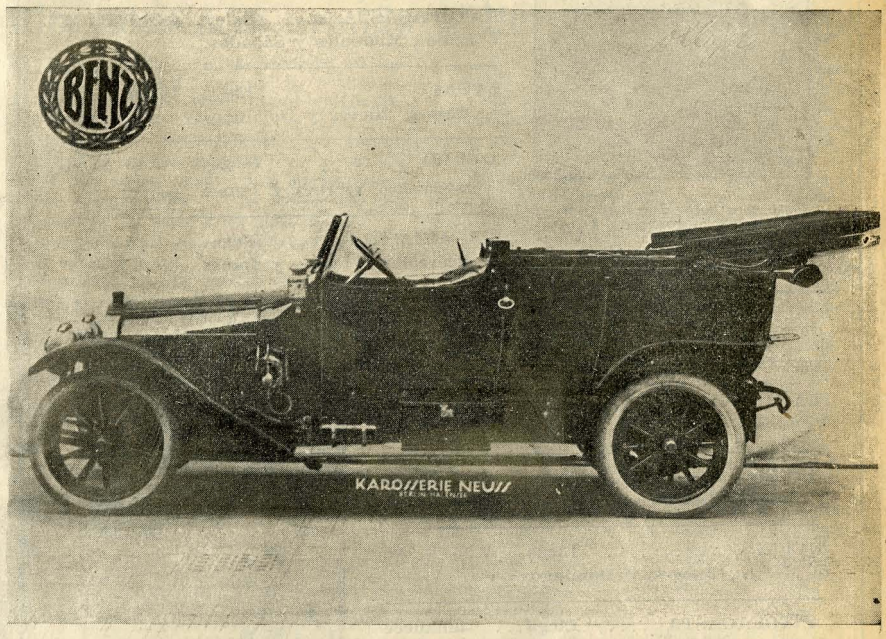
El precio de un pasaje de primera clase:
De Antofagasta a Oruro es de £ 3-8-8½, y
De Antofagasta a La Paz £ 4-14-5.
El boleto de cama por cada noche importa £ 0-12-1.
Y en un viaje a Oruro o La Paz, debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa Salitrera (Sección Chilena) salen de Antofagasta diariamente a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los Sres. VORWERK y Cía. en Valparaíso, y con la Administración General en Antofagasta.

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ***ALBERTO LIEBE***

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

Revistas Ilustradas editadas por la EMPRESA ZIG-ZAG

SUBSCRIPCIONES PARA 1915

	POR UN AÑO	POR 6 MESES
ZIG-ZAG, semanal	$ 22.50	$ 11.50
FAMILIA, mensual	„ 10.00	„ 5.50
PACIFICO MAGAZINE, mensual	„ 10.00	„ 5.50
CORRE-VUELA, semanal	„ 9.00	„ 5.00
EL PENECA, semanal	„ 4.50	„ 2.50
LAS CINCO REVISTAS	„ 52.50	„ 27.00

La mayor circulación en el país

Al extranjero, por un año, incluso franqueo

ZIG-ZAG	$ 36.00	PACIFICO	$ 16.00
FAMILIA	„ 14.00	CORRE-VUELA	„ 16.00

EL PENECA . . . . . $ 8.00

Por seis meses, la mitad de estos valores

SUBSCRIPCION COMBINADAS

En toda subscripción combinada con ZIG-ZAG se hará un descuento del 10 por ciento sobre el importe de dicha subscripción conforme a la tarifa, quedando excluído del descuento el valor correspondiente a ZIG-ZAG. Pedidos y valores diríjanse a EMPRESA ZIG-ZAG, Teatinos 666, Santiago de Chile.

DESEAMOS AGENTES

En todas partes, para explotar negocio fácil y lucrativo. Hágase Vd. vendedor de Retratos Amplificados! No se necesita experiencia, ni que deje Vd. su actual negocio ú ocupación! Pidanos informes y catálogo español de 120 paginas el cual enviamos gratis. Excelente oportunidad para cualquier

COMERCIANTE Ó AGENTE!

Nuestra excelente mercancia y trabajos finisimos, permiten cargar buenos precios. Dedique su tiempo á un negocio que le deje máximo provecho. Nosotros nos encargamos de todos los detalles del negocio. Damos las mayores facilidades. Proporcionamos elegantes muestrarios y material de propaganda. Una agencia de esta clase dá dignidad y acredita al que la posee. Pidanos detalles. Nuestra casa es una de las más importantes en este ramo. 20 años en el negocio de amplificationes de Retratos de todos estilos, cuadros, molduras, espejos, pinturas y toda clase de artículos de Arte. Damos referencias Bancarias. Capital y surplus más de medio millón de francos. No deje escapar esta ocasión. ESCRIBANOS HOY!

Consolidated Portrait & Frame Co.

Dept. 11-H 1029 W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. de A.

SUMARIO

Páginas

LA CAUSA DE LOS BELGAS. 527
INFORMACION GRAFICA DE LA GUERRA. 528
DIAS TRISTES EN BRUSELAS. . . . . *J. Diaz Garcés* 543
HERIBERTO ENRIQUE ASQUITH. 555
EL FIN DEL MUNDO. . . . . *por el profesor Newcomb* 557
Con ilustraciones
S. E. EL SEÑOR HENRY P. FLETCHER. 569
Con un retrato
LA MODA DE LA ESTACION (fotografías de modelos). . 570
EL SALON DE BELLAS ARTES. . . . . *J. Backhaus* 574
Ilustraciones de arte
LA CARICATURA Y LA GUERRA. 580
LOS PRESENTIMIENTOS. . . . . *Emilio Bgodoy* 582
LA ESCUELA DE INGENIEROS DE LA ARMADA. . . 589
Ilustraciones fotográficas
EL SAN CRISTOBAL. . . . . *F. S.* 599
Ilustraciones fotográficas
LOS CLAVELES. . . . . *Máximo Gorki* 605
LOS COSACOS. 607
Ilustraciones fotográficas
LA INDUSTRIA DEL AZUCAR EN EL PERU, *F. A. Encina* 611
Ilustraciones fotográficas
IMPRESIONES DE CHILE. . . . *General Baden-Powell.* 621
Ilustraciones del mismo autor
COMO FUI DIRECTOR DE UNA REVISTA DE AGRICULTURA. . . . . *Mark Twain* 624
LOS ALMIRANTES DE LAS FLOTAS BELIGERANTES 627
Con fotografías
LOS PRECURSORES DEL AEROPLANO EN LA GUERRA 635
Con ilustraciones
LA MUSICA DE HOY Y DE MAÑANA. 638
EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK (folletín). 641
Con ilustraciones

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

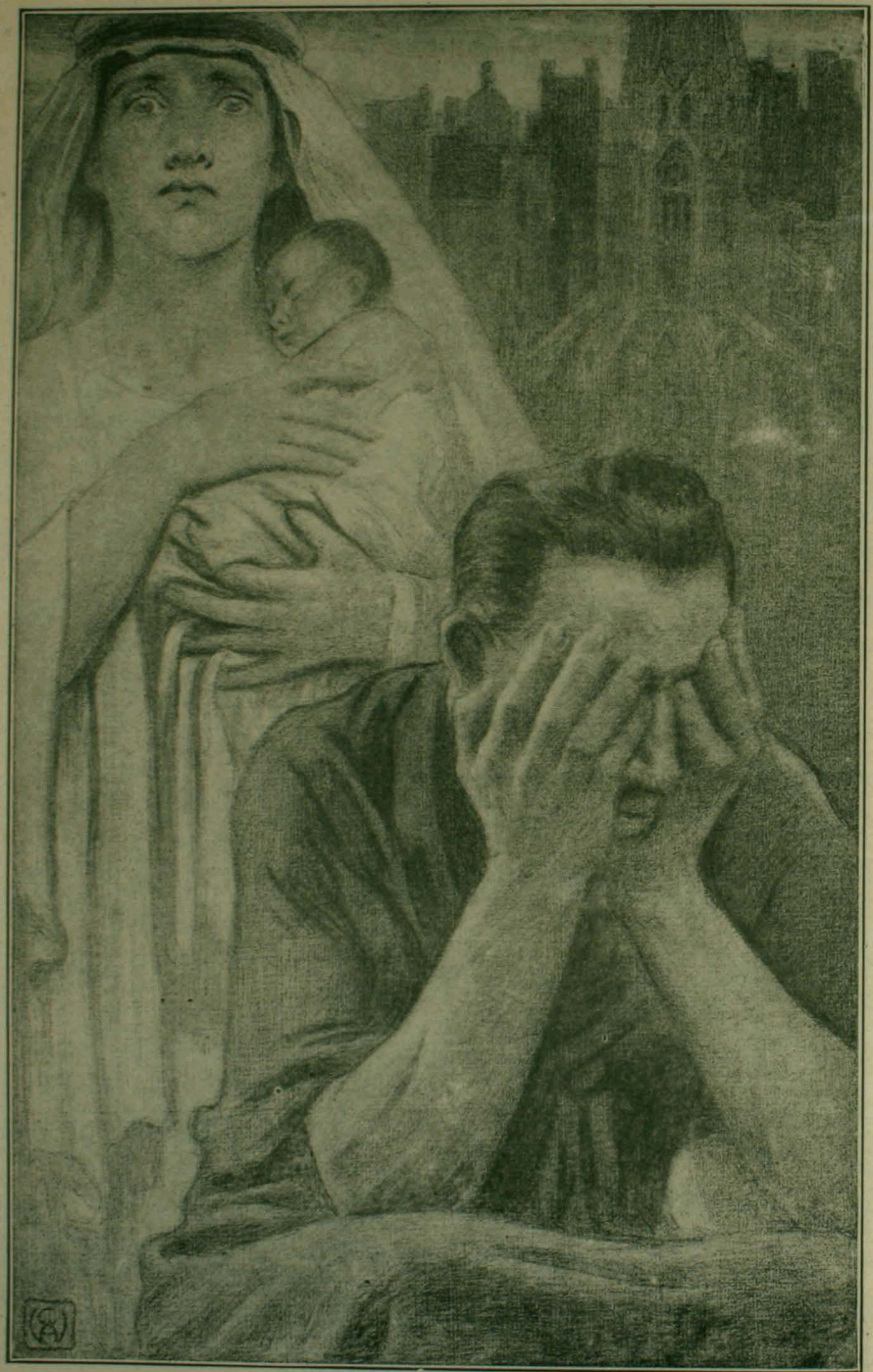
	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913...	$ 525.345,619.00
(Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133.255 21

JOSE PASTOR

Apodera do y Gerente



ALEGORIA DE LA GUERRA

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. IV.—Santiago de Chile, noviembre de 1914.—NUM. 23 | — Que mañana

La causa de los belgas es la de la Humanidad

CUANDO haya dejado de actuar esa "ley superior de la necesidad" que invocaba el canciller alemán, ninguna nación del mundo dejará de reconocer lo inmerecido del destino que ha tocado a Bélgica en la guerra actual. La pequeña gran nación vivía entregada a sus actividades de pueblo culto y laborioso, distribuída entre sus fábricas, sus jardines, sus talleres y sus universidades, compartiendo sus horas entre la vida intensa de su presente industrial y mercantil y su pasado religioso y artístico, de Amberes a Brujas, de Lieja a Ostende. Pero el destino la hizo nacer entre dos colosos enemigos que, desde hace siglos viven avizorándose, ya en luchas encarnizadas de invasión recíproca, o en períodos de paz que no han sido sino armisticios entre dos guerras.

Porque el país de Bélgica conocía los horrores de la invasión, desde los tiempos del duque de Alba a los de Waterloo, y, sintiéndose ahora fuerte y constituído había querido dejar de ser el campo de batalla de la Europa, es que la historia ha puesto a su ejecutoria de nación independiente y celosa de su soberanía el más alto precio que pudiera exigirse al valor y a la dignidad humana.

Y ese pueblo tan reposado y prudente, tan alegre y hospitalario, se ha opuesto al más formidable ejército del mundo, y le ha hecho medir con el cuerpo de los caídos cada paso que avanzaba por la tierra flamenca. El obrero ha dejado la fábrica, el agricultor su granja cultivada con el esmero de un jardín; el hombre de estudio su mesa de trabajo y el afable comerciante su mostrador; había que defender el honor de la patria, encarnado en cada uno de sus ciudadanos, en sus mujeres, en sus hijas.

La resistencia ha exasperado al invasor; pero, ¿qué otro camino honorable se abría ante el pueblo belga cuando se pretendía hacer de su país un lugar de tráfico para llevar la guerra al vecino? Esta fatalidad histórica es lo que eleva el espectáculo de la Bélgica atropellada y proscripta de sí misma al rango de la tragedia antigua: el Libro de Job, el acento del poema esquiliano y los males de Edipo, no recuerdan un Sino más implacable. Pero aquí, ¿dónde está la culpa que provoca el castigo?

La historia juzgará. A los neutrales nos toca observar serenamente, sin que esta imparcialidad excluya la simpatía por el débil injustamente ofendido y la condenación de los actos atroces que realiza metódicamente la barbarie disciplinada. Estamos seguros que del fondo del pueblo alemán, cuando haya pasado este huracán que le empuja a combatir por todos los medios en defensa de sus aspiraciones nacionales, ha de confesar su admiración por ese pueblo que no ha vacilado un momento en sacrificarse a su dignidad soberana. Y es que si los demás combaten por un ideal político de expansión o de predominio, los belgas luchan en defensa de su suelo, de sus hogares, de su familia y de sus hijos, que son el porvenir, y los ideales mismos de la humanidad.

✣ ✣ ✣

Grupo de jefes y oficiales de un regimiento de caballería belga, terminando de escribir la correspondencia que ha de conducir el automóvil del regimiento

"Der Wacht am Rhein"
Demostración al pie de la estatua de Bismarck, a la salida del Reichstag
Desde 1870 no se veía en Berlín una manifestación como ésta, realizada a los sones de ese himno patriótico

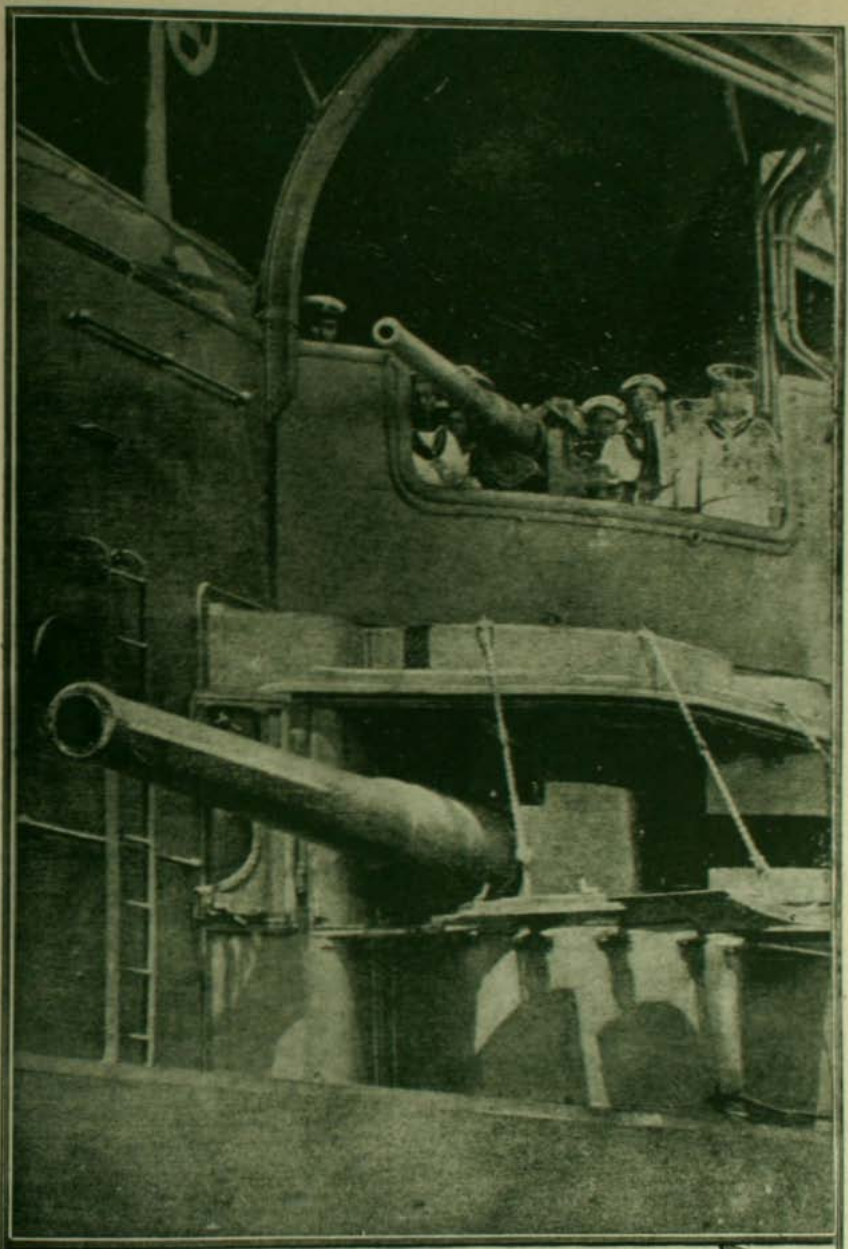
EL COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO RUSO

El gran duque Nicolás Nicolavitch (a la derecha) es considerado como un hombre de temple de acero, dotado de especiales dotes para la caballería. Es inmensamente popular en el ejército

El general alemán von Hindenburg, que se ha distinguido combatiendo contra los rusos

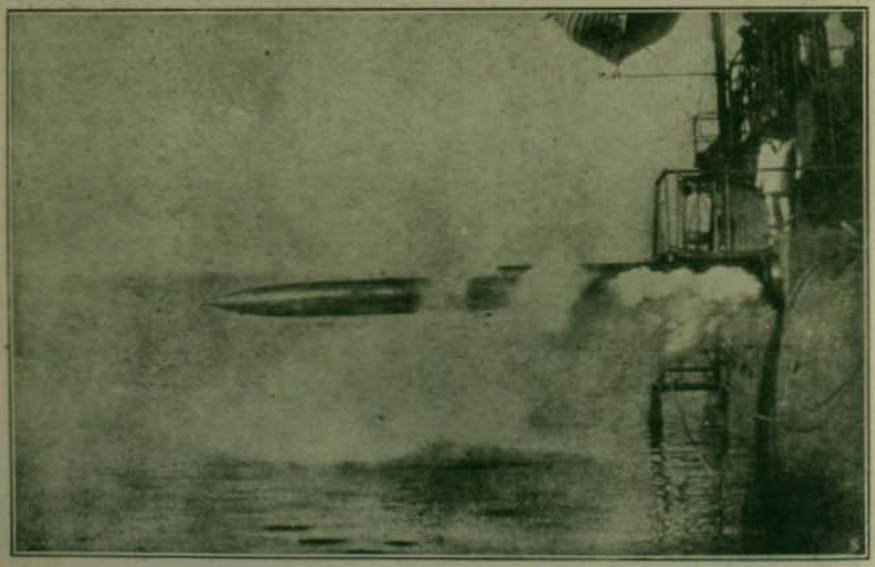
El capitán Weddigen, comandante del submarino alemán "U-9" y la tripulación, que hundieron a los acorazados ingleses "Hogue", "Cressy" y "Aboukir" en el Mar del Norte. — Izquierda a derecha: (sentados) maquinista Merz; contramaestre Hur; ayudante de máquina, Reichardt. De pie, primera fila: marinero Stellmacher; primer timonel Traebert; primer fogonero Schuschke; primer oficial Spiess; comandante Weddigen; ingeniero Schoen; contramaestre Schoppe; primer maquinista Heinemann; fogonero primero Eisenblätter; (segunda fila) marinero Geist; fogonero Schober; fogonero Sievers; marinero Schenker; primer maquinista Wollenberg; fogonero Vollstedt; fogonero Karbe; marinero Rosemann maquinista primero Hinricha; fogonero Koester; fogonero Lied; (tercera fila) marinero Schulz; maquinista primero Mariow; primer maquinista von Kozlowki

Aspecto aterrador que ofrece la ciudad belga de Termonde, incendiada y destruída por el ejército del Kaiser



Uno de los buques japoneses que bombardearon los fuertes alemanes de Kiao-Chao.—Ya sabemos la suerte que le ha cabido a la importante plaza alemana. Es curioso dejar constancia de la nota declaratoria de guerra del Japón. "Teníamos la suerte de conservar la paz en el Extremo Oriente—dice,—pero Inglaterra fué obligada a declarar la guerra y en Kiao-Chao los buques de guerra alemanes procuraban entorpecer el comercio japonés y británico

Distribución de raciones al ejército alemán en Bélgica



Un torpedo francés en el momento de ser lanzado al agua

Soldados heridos en la batalla de Mons (Bélgica) convaleciendo en el hospital de Woolwich (Inglaterra)

***Familias belgas refugiadas en Londres.**—Según informaciones inglesas, más de dos mil belgas han recibido hospitalidad en alojamientos rápidamente improvisados cerca de la estación Victoria. Uno de los niños que aparece en el grabado, fué herido en la cabeza por un casco de granada*

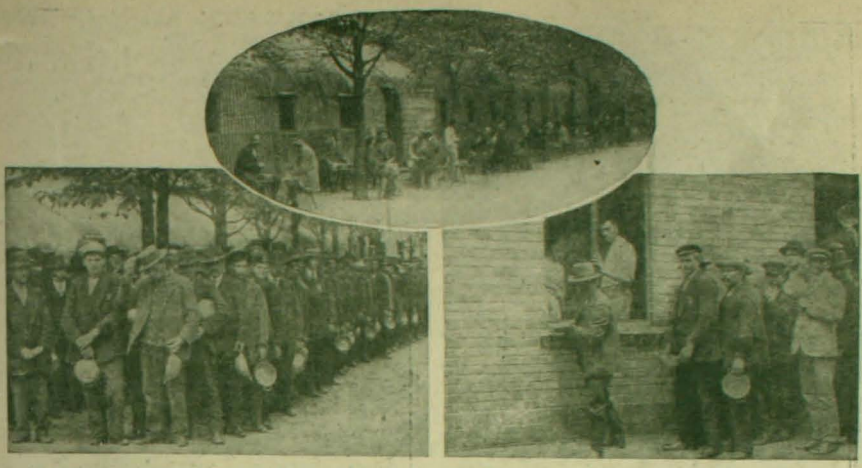
Alemanes prisioneros de guerra, llegando al campamento de Aldershot (Inglaterra)

Los célebres "Lanceros de Bengala", que en número de 10,000 han entrado a tomar parte en la guerra contra Alemania

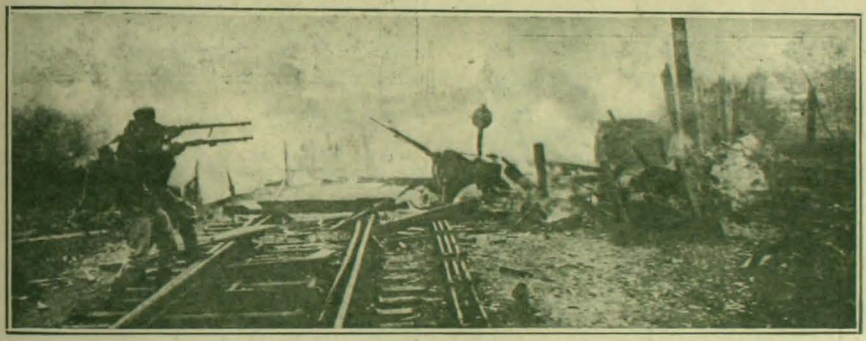
La escolta del estandarte de un regimiento hindú

Los belgas fusilando un espía, al amanecer

Obsequiando a los soldados alemanes al partir de Berlín



Al medio: "Hay que vivir". La comida.—Izquierda: Formación de los franceses internados en Alemania.—Derecha: Repartición de la comida



Retaguardia belga resistiendo el avance de los alemanes a lo largo de la línea férrea de Amberes, en el momento de ser dinamitada

Soldado francés en la trinchera, continuando el fuego sobre el hombro del compañero muerto

El comandante del "U-9", Otto Weddigen

El teniente von der Linden condecorado por el Kaiser en premio a sus hazañas en Namur

Según refieren los diarios alemanes, este joven militar, al mando de una patrulla, obligó a rendirse al comandante de uno de los fuertes de Namur, amenazándolo con una batería de artillería alemana, que no había llegado en realidad.

Un oficial hindú de caballería

Retrato del Czar con su hijo el Czarevicht

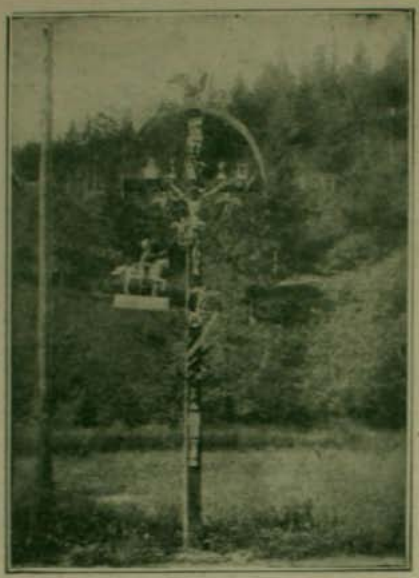
La despedida de un soldado inglés: el último beso a su hijita

Flores para el camarada. Una escena en la campaña de Francia

El monumento conmemorativo de Bismarck en Hamburgo.—La gigantesca estatua que ha sido emplazada en una altura, es uno de los monumentos más imponentes de Europa

El primer marinero inglés que desembarcó en Ostende

Una calle típica de Brujas (Bélgica)



La Cruz en un camino de la Selva Negra (Alemania)

La capilla de la Preciosa Sangre (Brujas)

El viejo Rotenburg (Alemania)

Días Tristes en Bruselas

(Del Diario de un enfermo)

Al señor A. Verbruggen, distinguido abogado de Gand, que fué hospitalario en su ciudad con el autor de estas líneas y hoy sufre entre nosotros de las desgracias de su heroica tierra.

Por

J. DIAZ GARCES

Llego de Italia donde he dejado días luminosos y tibios. Desde Basilea el frío ha arreciado y estamos entumidos al descender en la estación del norte.

¡Qué inhospitalaria ve el enfermo la ciudad donde llega, de donde no sabe si va a salir alguna vez, donde no tiene amigos, donde no conoce casi a nadie!

Desde el fondo del automóvil veo desfilar edificios altos y sombríos, una llovizna brumosa rodea las luces de la calle de lampo vago y misterioso. Al llegar al hotel el resplandor más vivo me anuncia el momento de adoptar una posición sólida para no excitar la piedad de sirvientes y porteros. Es el hotel grande, moderno, copia exacta de todos los que hemos dejado atrás en nuestro camino. Marcho derecho disimulando mis dolores, tratando de encubrir la palidez que me ha revelado en el tren el espejo colocado sobre los asientos. Además el enfermo que va acompañado por un sér querido lleva el mejor espejo en sus ojos. He notado en las miradas de mi compañera la angustia creciente de mi mal. Pero tengo fe; comprendo que se trata de una crisis y aunque no descubro todavía el camino para salir de ella presiento que el organismo va a resistir una dura prueba sin sucumbir.

Miro con desconsuelo la habitación elegida. Tengo prisa de estar tendido, sin luz, sin testigo, para adoptar la resolución que me inspira mi estado.

¿Qué destino me hizo salir de mi tierra, dejar en ella a mis hijos, volver a estos países lejanos? ¿Qué sorpresas me reserva esta ciudad cuya fisonomía todavía no conozco? Trato de descubrirla al través del ruido que sube por los balcones: pero es el rumor muriente de la noche que nada me dice. ¡Cómo recuerdo entonces otras horas análogas; otras revelaciones de ciudad en las sombras nocturnas! A Florencia llegué así la primera vez; pero estaba sano y optimista. Las ventanas del hotel daban a una calle estrecha y el ruido de los coches sobre el enlozado parejo levantaba un rumor sordo que se extendía por debajo de los edificios formando una sola vibración estrepitosa.

Bruselas no me recibe bien. El movimiento de todo el día, desde la mañana en que salí de Basilea, me ha provocado

nuevamente el dolor agudo que me tortura de cuando en cuando. Mi enfermera no se fía de los sirvientes y resuelve salir ella misma a buscar una droga. La diligencia ha tenido sus peripecias. Un policial ha querido cerciorarse si realmente iba a la botica y después de hacerle algunas preguntas la ha seguido con la mirada. Ella soporta risueñamente la prueba. Mientras me cuenta el incidente ha encendido una mecha del alcohol y prepara la inyección. A primera hora llamaremos al doctor que nos han recomendado; un viejo flamenco según parece. Luego la calma bienhechora apaga el dolor y quedo sumido en la inconsciencia de un sueño artificial.

+

No debo dejar el lecho durante algunos días. La continuidad de los ataques sufridos me ha hecho daño. El médico está de acuerdo con el diagnóstico de mi doctor italiano que me indicó el primero la causa de mi sufrimiento. Habla vagamente de una operación, me interroga sobre mis ocupaciones habituales y después de recomendar un régimen, me ofrece con amabilidad ayudarme "como si se tratara de un hijo". La frase me parece excesiva en el primer momento; pero más tarde he visto cuanta sinceridad había en ella.

Estoy pues recluído y debo resignarme a no conocer todavía Bruselas. De tarde en tarde, mi compañera me cuenta algunos descubrimientos que va haciendo en la ciudad. Le ha tocado pasar por la Iglesia de Santa Gudule que, según me dice, es soberbia. Ha visto encajes maravillosos en las catedrales y en los escaparates de las tiendas. La ciudad es hermosa y tiene muchas calles estrechas, de edificios antiguos muy característicos, tal vez de la edad media. Ardo en deseos de recorrerla. ¿Cuándo podré hacerlo? "¿Qué te ha dicho el médico?" Parece que el médico ha vuelto a nombrar la palabra operación y se ha referido a dos cirujanos muy hábiles entre los cuales debemos optar. El uno es un viejo de celebridad; el otro, su sobrino, muy joven todavía, atiende la clínica de un hospital y es un obrero trabajador y ambicioso que hace no menos de tres a cuatro operaciones diarias. ¿A quién ocuparía usted, doctor? le pregunto. "Ciertamente al joven". Hablemos desde luego con él.

Mi mujer ha descubierto la Gran Plaza. Viene admirada de algo que no había podido siquiera soñar. El Hotel de Ville, la Casa del Rey, la de las Corporaciones, el encaje de piedra, el color de los viejos edificios, las callecitas que conducen a este rincón admirable, todo es nuevo para nosotros que venimos de la tierra del renacimiento y nos encontramos aquí en plena Edad Media.

A pesar de mi abatimiento físico veo con agrado las fotografías que ilustran la descripción. Han llegado también muchas flores al cuarto, flores de los jardines y conservatorios de Gante. Es un momento de optimismo y esperamos que el cirujano nos traiga algún aliento.

Una chica que viaja con nosotros debe hacer su ingreso al colegio. Será la primera "gran-pensionista" de las monjas del Sagrado Corazón en la rue du Gran Cerf 9, cerca del Palacio de Justicia, porque acaba de abrirse la casa. Las religiosas, señoras de la más alta distinción, las antiguas inquilinas del Hotel Biron de París que han salido por las leyes francesas la acogen bien. Desde mi cuarto oigo esas pequeñas charlas de mujeres sobre vestidos, útiles de casa y tantas cosas que hay que comprar para la colegiala. Esta se empeña en salir todos los días y dice que las monjas ofrecen como compañía a una señorita que vive en la casa. De pronto algunos golpes a la puerta. Mandan de la legación las cartas de Chile. Una de ellas muestra esas líneas incorrectas de los chicos. La mama, la mama chilena, escribe también sobre "las gracias" de los niños, sus palabras, si se se han acordado del papá, si rezan por él... Habríamos podido enternecernos con el recuerdo de los deudos ausentes; pero la idea del médico nos retiene.

Este llega finalmente. Es el doctor Lerat, un hombre rubio, de treinta años tal vez, de ojos muy claros, que se ruboriza al hablar. Hace un examen cuidadoso del paciente. Luego escogen una silla y trata de entablar una conversación corriente, tal vez para conocer más a fondo la gente que requiere sus servicios. Nos pregunta cosas de la patria, de mis ocupaciones habituales de Italia, de mis ataques anteriores, todo mezclado con destreza. Parece un hombre

frío y muy preciso y verídico. Pronto abrigo plena confianza en sus conocimientos.

Va a tomar su sombrero. Nos miramos todos sorprendidos. ¿Y la opinión? No se la ha formado todavía; no hay que temer cuidado alguno; no se trata de un mal excepcionalmente grave. Posiblemente puede recomendarse la operación. Volverá al día siguiente.

Nada es más odioso que la incertidumbre. No saber cuál es la verdad, temer que se oculte algo... Pero la impresión dejada por el nuevo médico es de un hombre incapaz de decir una cosa por otra.

Realmente, al día siguiente el doctor Lerat se pronuncia por la operación.

—"Usted tiene una profesión intelectual. No es conveniente dejarlo sujeto a crisis dolorosas, cuya frecuencia no podría indicarse. Posiblemente habría un tratamiento; pero usted parece rebelde a largos sistemas. En todo caso las inyecciones son peligrosas. Más tarde el organismo podría habituarse a ellas. Soy partidario de operar..."

—¿Hay peligro?

—Naturalmente. Toda operación interna es peligrosa. Esta tiene especialmente sus peligros. Pero también hay peligros en la navegación a América, ¿no es cierto?

Las mujeres parecen inclinarse a hacer más largas consultas. Yo he resuelto por el contrario terminar de una vez. En esta materia cuesta la resolución; pero ya la tengo hecha y contesto con firmeza.

Desde ese momento comienzan las diligencias para el traslado a la clínica. Me la presentan con buenos colores. Vamos a ella.

Cruzamos la ciudad en un automóvil. Es un día de sol en que todo sonríe; pero el enfermo está triste. La luz brillante que se refleja en los grandes y bruñidos cristales de las ventanas hiere la retina y hasta el ágil paso con que las mujeres jóvenes van por las veredas al trabajo, saltando para ganar la delantera al transeunte que las obstruye el paso, fatiga la vista. La Avenue Louise abre delante de nosotros el elegante y burgués panorama de sus fachadas estrechas, de ladrillos multicolores, de detalles arquitectónicos caprichosos, de rejas laboreadas, ventanuelas ingeniosas y puertas exquisitas en que cada arquitecto ha dejado su firma en el esmero de todos los detalles. Variedad infinita de rejas, de jardincillos, de balcones, de enredaderas colgantes, de cortinas y visillos que la coquetería de las mujeres dejan ver al través de los postigos entreabiertos, y en todas las grandes ventanas el espejo avanzado sobre la calle donde la curiosidad belga satisface los placeres de la vista desde el rincón abrigado del **fumoir**.

El automóvil ha penetrado en el Bois de la Cambre. Atraen la vista los árboles derechos de troncos húmedos, las copas lustrosas, los prados verdes, más verdes aún que en París.

Pasamos por un pabellón donde una concurrencia de carruajes, automóviles, caballos de raza, demuestran haber llevado la elegante clientela de un restaurant de moda. Al través de los cristales y aún en el jardín alcanzo a ver uniformes de oficiales de caballería, sombreros femeninos, extrañas vestimentas de turistas apresurados. Los acordes de una orquesta de zíngaros nos llegan también y veo los fracs rojos, allá, en el fondo de una galería. Recuerdo en este triste momento cuando no temía la partida de esta fugitiva eterna, de la salud, las entradas matinales o vespertinas a estos pintorescos pabellones de los parques y jardines. No me olvido de una tarde en que salíamos con otros chilenos del Pré Catalán y en que al pasar por un espejo nos encontramos todos más jóvenes y rozagantes que nunca. No dirían ahora lo mismo si nos vieran. Mi aspecto debe ser de grande extenuación. El de mi compañera es de viva inquietud.

—Vamos a llegar, me dice. No te alarmes del aspecto externo del edificio. Al fin y al cabo es un hospital; pero nosotros vamos al pensionado que está en el primer piso, en la fachada, y tiene vista sobre el bosque.

En efecto, el automóvil sale del bosque con una rápida y violenta vuelta en un sendero de parque enarenado e inmediatamente se presenta a mis ojos un edificio rojo, de tres pisos, rodeado con una alta muralla de ladrillos también rojos. Entre el piso bajo y el segundo, unas letras doradas: Hôpital de Sainte Elisabeth.

—Si no fuera por las letras se creería en una cervecería, dije—porque había que

decir algo,—y todos sonreímos en seguida fríamente.

En la puerta del hospital había un carro fúnebre. Nuestro automóvil paró en seguida.

¿Qué se ha hecho la señora del frente que no la siento quejarse?

—**Elle est partie, monsieur.**

Soy yo quien pregunto y es la hermana Priscila la que contesta. Todas las noches durante diez días he escuchado las quejas de una enferma. Anoche he oído el tintineo de una pequeña campanilla y al través de los vidrios empañados de mi puerta vi o creí ver pasar un sacerdote revestido que llevaba el viático en las manos. Pregunté muy de mañana a la enfermera inglesa que va a atender mi convalecencia y me dijo que la pobre había muerto. Si se lo he preguntado de nuevo a la hermana Priscila es para verla ruborizarse al insinuar la piadosa disimulación con que me cuenta las muertes: "**ha partido**"; realmente ha partido; pero no para su casa como desearía la buena hermana que yo creyera, sino para el otro mundo. La hermana me cree impresionable.

He recibido la visita de Père Albert, franciscano conventual, capellán del hospital. Es un flamenco rubio y vigoroso que, según me dice, tiene una gran debilidad que puede ser causa de su desgracia: la "gran vitesse" en automóvil. Desearía ser **chauffeur** más que **aumonier** y tiene ciertos escrúpulos porque no logra vencerse. Cuando le toca ir a buscar a algun herido consigue del "chauffeur" que vaya a la mayor velocidad posible. Y se comprende: es un vigoroso muchacho, ama los sports, la vida al aire libre, los peligros, la guerra. ¡Qué gran capellán de regimiento podría ser el Padre Alberto!

A las cuatro de la mañana entra por la gran ventana la luz del día. Al mismo tiempo y, a pesar de la cortina, porque los postigos han sido suprimidos por curiosa disposición en una casa de enfermos, penetra el frío que precede la salida del sol.

Desde el lecho veo las copas de los árboles del bosque, y aquí cerca, casi al pie del jardín, la calzada de Waterloo que va rectamente hasta el campo de batalla. Pasan por ella los carros llevados por pesados caballos bravanzones, que van lentamente dejando caer la enorme pata herrada una tras otra, sobre el apretado macadam del camino; los tranvías, automóviles, carruajes y los pequeños carritos de leche o de flores conducidos por el hermoso perro de tiro. De tarde en tarde se escapan del bosque algunos coches elegantes que van a los palacetes vecinos y veo flotando al través de los árboles las plumas y aigrettes de los sombreros.

El doctor Lerat ha estado en el cuarto y ha hecho cambiar la disposición de los muebles. Ha comprobado también que queda en el frasquito una sola poción. Esto quiere decir que el momento se acerca.

El capellán ronda en torno de mi cuarto con especial interés. A veces parece que lo trae allí un objeto determinado: se ruboriza, balbucea algunas excusas y después se calla. Yo le ofrezco un cigarro y su verbosidad contenida no sé por qué razones encuentra ancho campo en el elogio del tabaco extranjero.

Como de costumbre, a las nueve de la mañana comienza, allá en el fondo de la galería, una misma melodía triste en el piano. Me dicen que la ejecutante es la viuda de un célebre director del Conservatorio de Gand, una Madame Samuel, judía, que sufre de parálisis en una mano. Sin embargo, su conocimiento del teclado y el ejercicio con que vence la muerte prematura de sus dedos, le permiten recordar sus viejos tiempos mientras toca en las mañanas esta misma melancólica sonata.

La hermana Priscila entra a arreglar las flores sobre la mesita. Es una alma primaveral: bajo su cofia blanca de linón apegada a la frente lucen sus grandes ojos azules ingenuos. Cree dotada a cada persona de una bondad infinita. Conoce un mundo de convalecientes; y, naturalmente, los convalecientes son seres buenos, débiles, apacibles.

Veo abierto el cuarto del frente, hermana. ¿Dónde está el caballero que lo habitaba?

—Se ha ido señor. Su familia estuvo ayer aquí.

—¿Mejoró de repente, hermanita?

—No señor, no había mejorado.

La hermanita comienza a ruborizarse y

a arrepentirse de la mentira. Veo por el espejo que ha dirigido una mirada pidiendo auxilio a mi mujer. El caballero se quedó muerto en la operación. Yo lo sé bien y hasta anteanoche escuché los responsos recitados con voces apagadas y entre sollozos. Estaban sus hijos, según me dijo Père Albert.

El capellán entra de nuevo y violentamente a mi pieza. Parece hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar; pero luego se calla. Mira hacia el bosque al través de la ventana. De pronto, tratando de vencer de nuevo su timidez me pregunta a boca de jarro:

—¿Todos los españoles son católicos?

—Casi todos, Padre Alberto.

—¿Usted es español?

—No, padre.

¡Qué aflixión la del pobre capellán! Se deshace en excusas. Me dice que la madre superiora le ha dicho que soy español y de la embajada. Que a él no lo mueve una curiosidad malsana sino su ministerio porque yo voy a sufrir una seria operación, según lo ha oído y debería prepararme; porque supone que, a pesar de no ser español yo debo ser católico, aunque no tiene derecho de suponerlo: en fin, que el pobre Padre Alberto no sabe como salir.

Cuando sabe que realmente lo soy y que ya tengo en mi poder la dirección de un religioso, al cual debo llamar, el capellán se muestra verdaderamente contento. Para compensarlo de sus confusiones le propongo que vaya él mismo a buscarlo a un punto vecino de la ciudad, al través del bosque. Le recomiendo la velocidad para que pueda a su vez pedírselo al chauffeur sin temor de abuso.

Ha llegado la hora. Hay pocos sufrimientos comparables con el del enfermo que tiene su mente tranquila, todos sus sentidos normales y que sabe que va a pasar por una dura prueba. Sobre el soldado que va al campo de batalla tiene la inferioridad de su certeza sobre la falta de sufrimiento físico; en cambio debe hacer un esfuerzo frío de voluntad sin excitaciones febriles de ninguna clase. Tendido en la camilla rodante recorro las galerías empujado por los enfermeros. Es un cortejo casi ridículo. No me siento enfermo, debo saludar o sonreir a las hermanas que pasan y me desean buen éxito. Desciendo escaleras y penetro por fin en una antesala blanca excesivamente luminosa, con los muros forrados con ladrillos de porcelana, donde el doctor Lerat en mangas de camisa, y un gran delantal albísimo me recibe con frases alegres. Por un arco veo la rotonda de la sala de operaciones donde seré conducido cuando el narcótico haya hecho su efecto.

Todavía puedo desistirme. Aún es tiempo de negarse a sufrir la operación. Bastará que me incorpore y diga "no" con energía para que mi voluntad prevalezca sobre todos estos preparativos.

Un médico queda a mi izquierda, una de las enfermeras a la derecha y otro individuo me aproxima un aparato, cuyas formas no puedo distinguir. Luego siento que no me dejan respirar con facilidad, temo asfixiarme, hago algunos movimientos bruscos y un olor penetrante de éter mezclado con cloroformo se substituye al aire, al aire puro, a ese tesoro de los hombres, cuyo valor no se conoce sino cuando falta por completo. Oigo a cierta distancia las palabras persuasivas de Lerat que me aconseja un instante de inmovilidad, todavía puedo sonreirle y me parece que la sonrisa ha muerto antes de llegar a mis labios. Al través de las pestañas logro ver a mi médico que lava sus manos en yodo y extiende sobre una mesa de porcelana sus instrumentos niquelados que brillan bajo un rayo de sol. ¿Será ya el momento de la tortura? Pero todavía siento, siento las más mínimas sensaciones: la mano velluda del doctor viejo que está a mi izquierda y la mano pequeña y suave de la niña que está a mi derecha y que se mueve al compás regular de las palpitaciones de mi pulso. Hay un instante, no sé si largo o corto, en que pierdo toda noción. Despierto sobresaltado temiendo que me dén el tajo antes de adormecerme por completo y descubro en los movimientos afirmativos de la cabeza del médico y de la enfermera que dan por terminada la obra del narcótico. El aparato se separa de mis labios, un ruido penetrante golpea en mis sienes, otro más agudo zumba en mis oídos. Quisiera gritar que aún veo y oigo y siento; pero la voz no alcanza a salir de la garganta seca. Es este un siglo de infinita tortura, un siglo de terror. Todos me creen

semi-muerto y, sin embargo, oigo lo que hablan. Alguien se inclina para mirarme de cerca. Yo no puedo hacerle un gesto de aviso, ni una mueca, ni un movimiento. Estoy paralizado.

¿Cuánto tiempo ha durado este suplicio? He necesitado recordar todo el proceso del cerebro que manda al cuerpo. Resuelvo levantar un brazo y comprendo que ese brazo debe ser el derecho porque pegará en cuerpo más sensible. Dos o tres veces hago el esfuerzo; pero mi brazo no se mueve. De repente casi sin quererlo ha logrado soltarse mi mano de la enfermera y pegarle en el pecho. Inmediatamente el aparato se acerca de nuevo. Los golpes en las sienes disminuyen, el zumbido de los oídos termina en una nota tan aguda que se pierde finalmente y en seguida me veo girando vertiginosamente sobre mí mismo como un tornillo lanzado al espacio sin fin hasta que choco en algo.

Veía una catedral gótica de enormes naves, altísimas, inconmensurable, casi obscura. Yo estaba de pie. De pronto, junto con un destello de luz vivísima suena una trompeta y mis rodillas se doblan y mi frente queda pegada al suelo. Es Dios que ha pasado. Luego hay una ciudad que amanece y al destello pálido de las luces de gas veo un hombre que lleva una cadena al cuello y arrastra un cadáver. El cadáver soy yo. Más tarde me veo en un desierto candente bajo el sol y la fiebre me empuja gritando, hasta la orilla de un hilo de agua que se escapa cada vez que tendido le acerco mis labios. Entonces veo a lo lejos algunas sombras de seres vivientes y digo "agua". Escucho mi voz, es ronca y débil. Abro los ojos y veo delante de mí un cuarto que no reconozco, la figura de mi compañera muy pálida que corre hasta el lecho y dos personas más que reconozco vagamente, que sé mis parientes y que estaban lejos de Bruselas antes de mi operación. Comprendo que estoy vivo y vuelvo a cerrar los ojos con la voluptuosidad infinita del que se cree salvado de la muerte. Creo distinguir perceptiblemente la voz de una mujer que dice: "Doctor, ha hablado".

Siempre es un hombre sediento que corre por la arena, hundiéndose en ella en busca de agua. Solloza, suplica; pero la soledad es inmensa. El sol quema, el viento levanta nubes de polvo que ciegan los ojos. Perdida la noción del tiempo, el caminante encuentra de pronto el mismo hilo de agua fugitivo. Como sabe que va a escaparse no trata de alcanzarlo; escucha el ruido musical de las aguas y suspira.

Vuelvo a abrir los ojos bajo el influjo de un placer indefinible. Alguien me aproxima realmente a los labios un trapo húmedo que apreto convulsivamente.

¿Habré pasado ya el peligro? Con el esfuerzo que hice durante el narcótico para no adormecerme, he aprendido a vencer mi debilidad y trato de coordinar ideas. Las personas de mi familia que estaban en otras ciudades de Europa, uno en Escocia, otro en París, han venido seguramente llamadas por los míos. Esto quiere decir que he estado amenazado de muerte. ¿Se habrá terminado la operación? Tal vez al abrir por tercera vez los ojos mi mirada es suplicante, de tal manera suplicante, que todos se acercan para decirme algo. No sé lo que me han dicho; pero por las voces comprendo que eran palabras de consuelo.

Noche eterna, porque todo es obscuro en torno mío. Estoy envuelto, podría decir amortajado. Siempre de espaldas, siempre los brazos caídos a lo largo del cuerpo, siempre rodando vertiginosamente de un sueño en otro. Reconozco a veces el traje blanco, la cofia y los bucles rubios de una enfermera inglesa que está siempre de pie al lado de la cama. A veces se acerca el pliegue gris del hábito de una religiosa que murmura sus rezos mientras el péndulo del reloj marcha tan lentamente. Otras veces una persona que no es mi compañera, ni la enfermera inglesa, ni la hermana Priscila, ni la hermana Norberta, llega también, oprime mi pulso, escucha atentamente, me dice palabras dulces y se aleja. Cuando me tapa cariñosamente oprimiendo la ropa de mi cama me hace recordar a mi madre. Es una mujer que tiene voz, movimientos, sonrisas maternales. De cuando en cuando la voz del doctor resuena lentamente, sin inmutarse, cerca de mí. Creo ya darme cuenta de que mi estado es gravísimo.

Desde ese instante, todo es una pesadilla en torno mío. A veces en el silencio de la noche creo escuchar sollozos. ¿Quién

llora? preguntó. "Nadie, contestan la enfermera y mi mujer, nadie ha llorado". Tal vez soñaba. Estoy bajo el efecto de inyecciones. El péndulo del reloj hace su tic-tac tan lentamente que el tiempo no pasa.

Una mañana creo escuchar canto de pájaros en el bosque y, más tarde, me parece oir la sonata triste de Madame Samuel en el piano. Vuelvo como de un lejano país, brumoso, de un sitio de montañas verdes muy obscuras en medio de nubes violeta casi negras. No podría contar qué cosa he visto; pero por primera vez llamo por su nombre a mi mujer y pregunto si han puesto el telegrama a Chile, diciendo que estoy salvado. El médico sonríe.

Cada media hora tal vez entra en puntillas al cuarto la mujer que me toma el pulso y me tapa cariñosamente. ¿Quién es ella? Una enfermera, me responden Pero no es una misma, son dos, una es más delgada, más tierna que la otra; pero ésta es más fuerte y me da más ánimo. Mientras me mira lastimosamente se muerde el grueso labio inferior muy rojo. Su boca es muy movible y su sonrisa muy franca. Son dos enfermeras, realmente; así me lo asegura la hermana Priscila que entra con unas pobres rosas en un vaso.

La convalecencia es una época dulce de sufrimiento y de meditación, de benevolencia y de examen retrospectivo de la vida. El enfermo está exangüe, las manos no muestran vestigio de sangre. Manos de muerto, surcadas por venas azules que no logran moverse después de haber caído sobre las sábanas blancas y tibias. Hay penumbra en el cuarto, silencio en torno mío. De noche arde tras del jarro del lavatorio una mariposa en aceite, cuya lucecilla medrosa proyecta en el techo enormes sombras que dan miedo. Estado femenino, estado infantil, debilidad suprema ¡qué éxtasis de gratitud deparas al salvado de la muerte!

Descorren la cortina de la gran ventana. Las copas de los árboles muestran sus nuevos brotes de un verde claro. Alcanzo sin mover la cabeza, con una leve inclinación de los ojos a ver la torrecilla de un chalet vecino que sueño edificar en Chile cuando tenga dinero. El rumor de la vida viene de abajo, de la calzada que va a Waterloo. Me hago decir si es un automóvil el que pasa o un tranvía. Un día ruego al Padre Alberto que salga por mí y dé una vuelta furiosa por la Foret de Soigne. Llega dos horas después con el rostro rosado, azotado por el viento fresco de primavera y me cuenta lo que ha visto. Pero lo interrumpo porque no tengo fuerzas suficientes para seguir una larga narración.

Oigo con más agrado la voz de las mujeres. La hermana Priscila habla tan dulcemente que no fatiga, y las dos enfermeras misteriosas, a las cuales puedo ya mirar de frente vuelven por turno a tomarme el pulso que encuentran excesivamente débil. La vida vuelve; pero vuelve como esta primavera retardada de Bruselas, yema por yema, brote por brote.

En esas horas largas y silenciosas y dulces en que una calma indefinible se apodera del espíritu pienso en mi vida y pienso en todos los seres que sufren y no tienen consuelo. Si alguna vez he sido soberbio, si he sido duro, si no he sentido la palpitación de otros corazones cerca de mí, no ha sido mi culpa.

El dolor no me había bautizado con lágrimas. Ahora he llorado y soy feliz.

Pienso en Madame Samuel, cuyas manos paralíticas arrebatan al piano el recuerdo de su marido y me figuro ver surgir delante de ella el interior del conservatorio de Gand, donde el músico la hizo tal vez comprender los secretos de la harmonía. Pienso en los demás enfermos del hospital. Cuando las señoritas Vilegás y Delmer, las dos enfermeras maternales que me toman el pulso y oprimen la ropa en torno de mis hombros, vienen a verme les pido aceptar una ofrenda para los niños enfermos. Quiero que reciban en nombre de los míos algunos juguetes. Por la tarde me los extienden sobre el lecho, el polichinela, el oso, la muñeca, las galletas, y algunas flores. "Estas son para las tísicas; aman tanto las flores".

La pensionista del Colegio de la rue Grand 9, viene de cuando en cuando acompañada por una señorita austriaca. Ella trae noticias de la ciudad y aunque la ciudad vista al través de las celosías verdes herméticamente cerradas del convento no sea muy bulliciosa, siempre lo es más que la nuestra en esta ciudadela de las penas. Allí se leen las cartas de Chile en una mesa, al lado de la ventana, en el ángulo del cuarto. Mi debilidad me impide asociarme a los comentarios. Las dos mu-

jeres hablan y sus siluetas de hermanas gemelas se destacan en la penumbra del cuarto contra la luz de afuera. La hermana Priscila las oye sin entender palabra y dice que encuentra muy dulce el idioma, les suplica que continúen y se retira en puntillas, haciéndome signos amistosos.

Mademoiselle Vilegás me cuenta que Alphonse, un muchacho que sufre de lupus y al cual las dos enfermeras dedican cuidados incesantes, sigue mal. Le envío un recado cariñoso.

La joven enfermera inglesa que hace el servicio en la noche va a dar su examen y piensa regresar a Inglaterra con su título. ¿No piensa casarse? Se ruboriza. Según ella una enfermera debe conservarse soltera.

—Hermana Priscila, ¿no sería posible dar una gratificación a la señorita inglesa y tomar a una de las dos señoritas Vilegás o Delmer para mi cuidado?

La hermana Priscila se ruboriza más que de costumbre y me dice que lo consultará con la "Très Reverende Mère". Si yo prefiero a una de las dos enfermeras que entran de cuando en cuando a informarse del pulso y a leer las prescripciones del médico que están sobre la mesa, es por una simple razón. La enfermera inglesa es demasiado joven, me parece que debe fatigarse con el trabajo. Tiene, además, aspecto profesional. Cuando un hombre está muy enfermo prefiere una cuidadora más maternal, de más años, de movimientos más tranquilos.

La hermana Priscila que me parece una diplomática ingenua no me trae contestación alguna, confiando en la debilidad de mi memoria. Pero yo he vuelto a ver a Mademoiselle Vilegás: es una mujer de treinta años tal vez, pálida, de cabellos negros, manos pequeñas y blancas, boca diminuta. Parece de carácter muy resuelto y tiene un aire de distinción que difunde la calma en torno suyo. La señorita Delmer es gruesa, todas sus proporciones grandes, boca, labios, ojos, manos. Parece una apasionada. Cuando se muerde el labio grueso en busca de una resolución parece que va a hacerse daño y a brotar la sangre. No sabría a cual preferir; pero cualquiera de ellas estaría bien.

Sin embargo, la hermana entra y sale, dándome miradas furtivas. Por fin la veo en larga conferencia con mi mujer. Ambos me miran y esta vez es mi compañera la que se ruboriza.

—¿Sabes, me dice un momento más tarde cuando quedamos solos, que no puede venir ninguna de las dos? Resulta que la señorita Vilegás es la condesa de Villegas, Oultremond de familia. Sirve de enfermera por caridad y todavía da una buena suma de dinero al hospital. En cuanto a la señorita Delmer está en la misma calidad, es una mujer distinguida, tiene fortuna y se dedica a los pobres. Parece que desde hace muchos años estas niñas acuden todos los días, desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde al hospital y suplen así toda una falange de enfermeras que costarían una enorme suma. ¿Has visto caridad más admirable?

Yo pensaba avergonzado que había mandado a estas niñas creyéndolas, como a la inglesita, enfermeras pagadas. Pensaba en la sencillez con que esas dos mujeres habían elegido en el mundo este sacerdocio libre del dolor, y, no puedo negarlo, las encontré más dignas de admiración que a las hermanitas.

Toda esa noche pensé en las dos mujeres, recordando el timbre de su voz, el contacto de sus manos, el brillo de inmenso amor de sus ojos. Muy de mañana penetró como siempre la de turno a tomarme el pulso. Yo le cogí ambas manos entre las mías afiebradas se las besé con fervor y en medio de sollozos le dije: "Perdón, señorita. Mil veces perdón! Yo no sabía quienes eran ustedes. Ahora lo sé y..." La niña se puso a temblar, asustada. No comprendía mi emoción. Era tan simple su sacrificio, tan natural, sin reflexiones. "No, no, decía avergonzada, si no hay nada de eso, ni santidad ni otra cosa. Cada cual debe ocupar su vida. Pasó para mí la edad de amar; mi madre está acompañada con sus hijos y nietos. ¿Qué haría de mi pobre vida? Dedicarla a los que como usted sufren lejos de la patria, dedicarla a otros más infelices aún, que no tienen consuelo alguno ni remedio. Descanse amigo, calme sus nervios". Y su mano maternal pasaba sobre mi frente en una caricia que no olvido.

Desde ese momento el Hospital de Santa Elisabeth se puebla para mí de visiones gratas. Todas esas almas belgas abnegadas, recogidas, de profunda vida interior, que me tocan y que no he entendido durante tantos días, son dignas de veneración. Lerat que parece un ambicioso de gloria, es un sacrificado a la sala de operaciones; estas dos niñas son dos santas; el mismo padre Albert que se complace en reconocer su vicio de la "velocidad" no tiene otra falta en su vida; las hermanas flamencas y valonas que pasan en puntillas por todas partes sonriendo siempre, todos los que están allí dedicados a los enfermos y viviendo para ellos y por ellos, son capaces del heroísmo en su más alto grado.

Los días pasan. Los brotes verdes se han alargado y muchas copas que no se veían desde la cama asoman ahora lozanas y frescas. Todavía no podemos abrir los cristales, sino por momentos, y entonces penetra un aire lleno de aroma de flores. El enfermo comienza a encontrar fuerzas y puede incorporarse entre almohadones. Una mañana los enfermos le envían en signo de gratitud algunas flores que han enviado a recoger al jardín del hospital. Alphonse sigue mal, muy mal. Madame Samuel nos toca todos los días su sonata melancólica.

La primavera avanza. Puedo levantarme y dar algunos pasos. Desde la ventana abarco parte del bosque y los pequeños sitios encuadrados por rosales floridos donde surgen palacetes flamantes. Todo se presenta nítido, nuevo, sin confusiones. Al otro lado de la calzada diviso una tabernita cuya puerta está adornada con una guirnalda natural que no alcanza a cubrir la enseña **Estaminet de la lisiere du Bois**. De ahí envían la cerveza a nuestros enfermeros.

Mademoiselle Vilegás nos da la noticia de que parte un tren de enfermos que va directamente de Bruselas a Lourdes. Es para dar un consuelo a los incurables. La condesa sonríe con la expectativa de ver penetrar un rayo de sol hasta el alma de sus afligidos clientes. La señorita Delmer llega más tarde, atrasada, con la nueva. Todo está arreglado con la administración. El convoy lleva sólo a los enfermos del hospital de Santa Elisabeth. Irán dos médicos y las dos caritativas enfermeras. También irá Alphonse que espera sanar de su terrible mal.

Durante dos días no se habla sino del tren a Lourdes. El padre Alberto dirige los automóviles y hace cinco viajes a la Gare du Midi, naturalmente a **grande vitesse**.

¿Quién paga este convoy? pregunto a la inglesita cuando todos se han marchado.—Naturalmente las enfermeras. Es un regalo a los pobres que no tienen remedio y quieren morir con la esperanza suprema, con la esperanza del milagro.

La clínica ha quedado triste sin estas mujeres de tanto corazón y espíritu. Falta su presencia consoladora, echamos de menos sus sonrisas, sus palabras siempre llenas de entusiasmo y optimismo. Padre Alberto satisfecho de su gran trabajo en automóvil recibe con franca alegría la noticia de que voy a dar mis primeros pasos. Me compromete a escuchar su sermón del domingo si alcanzo a la capilla.

Comienzan a aparecer sobre la mesa de mi cuarto los "primores" de la estación, frutas y legumbres prematuras cultivadas bajo campanas, bastidores o techos de vidrio, duraznos y uvas magníficas, recostadas como joyas, en sus cajas llenas de algodón.

Puedo salir hasta la reja del jardín. La avenida que pasa al costado del hospital es de reciente formación, tiene ya los árboles con sus ramas cruzadas de un lado a otro, formando toldos y carece todavía de pavimento. Tres o cuatro casas se levantan en medio de la verdura poética de este rincón.

El sermón del padre Alberto es en flamenco y no entiendo una palabra. El me asegura que es un orador de esperanzas; pero que no tiene vanidad alguna.

* *

Ya los días son muy tibios y han caído las flores de los árboles. Duermo con los cristales abiertos de par en par y entra todo el perfume de los bosques vecinos. Con la primera luz del alba el gorjeo ensordecedor de los pájaros me despierta. ¡Qué abundancia y variedad de pajaritos!

Junto con recobrar la salud empiezo a perder la calma. Cuando desfallecía no pensaba sino en el pasado; ahora, comienzo a hacer proyectos. La vida me reclama y las inquietudes de lo desconocido me asaltan. Siento abandonar en día no lejano esta casa, donde he sufrido. No hay nada

como el dolor para afianzar afectos y recuerdos.

Paso entonces revista a mis últimos meses y veo al viejo doctor Sterpin que me ofreció preocuparse de mí como un hijo. Entonces me pareció la suya una frase banal; pero comprendo que los flamencos no mienten. Son hombres sanos, rectos, apasionados, verídicos. Conocen la abnegación; no ese heroísmo de los momentos supremos, sino el sacrificio de todas las horas.

Una noticia me sorprende muy de mañana. La hermanita Josephine, una linda niña de dieciocho años que ha venido un día acompañada de los suyos a pedir ser admitida en el convento porque quiere dedicarse a cuidar enfermos, se ha fugado. Nos lo dice primero, con grandes aspavientos y después de santiguarse, la vieja hermana Rosa. Lo confirmo al ver sólo el rostro encendido de la hermana Priscila. Ella no sería capaz de contarlo; pero indudablemente quiere saber si estamos informados, porque da vueltas inútiles por el cuarto, sale y vuelve a entrar con el menor pretexto. Por fin como nos ve sonreír dice muy azorada:

—No señor, no señora! Yo no haría jamás esto, con la ayuda de Dios. Soeur Josephine no podía estar en su juicio. Ella es la llavera, podía irse por la reja, por la calle, después de rezar un momento en la capilla; pero no tenía necesidad de saltar la muralla...

—¿Cómo? ¿Ha saltado la muralla del frente?

—Sí, señor y ha caído mal la pobrecita. Está ahora en la cama y han llamado a su familia.

Cuando salgo a mi paseo matinal encuentro en la reja al portero que discute animadamente con un carretero que encontró a la hermanita con un fuerte golpe en la cadera, tumbada en el césped.

—Parecía una avecita con el ala rota,— dijo el viejo moviendo emocionado la cabeza.

—Pero, santo Dios ¿y por qué si lo quería no ha salido por aquí por la puerta cuando andaba con las llaves?

—Cosas del diablo—dice una comadre, —se le habría puesto que estaba encerrada y se cegó y no vió la reja.

—¡Vamos! ¡Que si yo me hubiera encontrado con sor Josephine que me grita que la saque y la lleve donde sus padres, la saco—dice un muchacho bien plantado,—y la pido para casarme con ella, que como santa es una santa, que lo digan los tísicos que la conocen, y también es linda.

El padre Alberto la compadece. Hay una gran humanidad y una gran franqueza en los belgas. Nadie es hipócrita. En Chile un capellán habría dicho mil cosas de apariencia para **dar buen ejemplo**. El padre Alberto dice en la puerta a los paisanos, lo mismo que le ha dicho a la superiora: —"Nada de ejercicios espirituales. El pájaro quiso volar, dejarlo! Devuélvase a la hermana Josephine a su familia que será muy feliz el hombre que le tenga por mujer".

La hermana Priscila sigue tan nerviosa que ha quebrado un vaso y dos pequeños platos. No sabe lo que hace. ¿Era amiga de sor Josephine?

* *

Otra gran noticia: el tren de Lourdes ha vuelto. Alphonse ha dejado de sufrir; murió en el camino. Toda la tarde el padre Alberto, avisado por teléfono, manda como un general en jefe los automóviles. Las enfermeras han ido a sus casas a reposar un poco.

Con la primera luz del sol, la condesa de Vilegás entra al cuarto. Viene dichosa, a pesar de la muerte del pobre joven. Los enfermos han rezado con un inmenso fervor, han cantado en el santuario, han recibido un gran consuelo. ¿Sanará alguno? No lo sé. Alphonse murió al comenzar el viaje de vuelta. Como las enfermeras conocen el cariño entrañable de su madre han hecho grandes sacrificios por escapar su cadáver a la vigilancia de los inspectores, principalmente en la aduana. Tendido el cuerpo, rígido y blanco como mármol, sobre la camilla del vagón, las señoritas Delmer y Vilegás se han turnado durante todo el día y la noche, de pie al lado del muerto, cubriéndolo con las sábanas.— "¡Chut! le decían a los empleados, poniéndose un dedo sobre la boca: el pobrecito viene con mucha fiebre. No meta bulla, por amor de Dios". Y los buenos guardias pasaban en puntillas. Al llegar a Bruselas la condesa de Vilegás ha cargado el cadáver sobre su espalda y ha corrido hasta el automóvil antes de que lo interroguen.

¡Una sorpresa! La hermana Josephine

no ha querido irse del convento. Ha llorado, ha suplicado de tal manera, que la han dejado. Las tísicas están contentas. Una de ellas se murió sonriéndose al saber la noticia y quedó mostrando sus dientes albos, pues su labio estaba ya seco y no podía moverse sino con dificultad.

* *

Estoy ya dentro del automóvil para marcharme. En la puerta mis amigas, la hermana Priscila, el padre Alberto, nos despiden. Arriba madame Samuel toca su sonata triste. Un enfermito sale corriendo a entregarnos un ramo de flores. Yo no puedo resistir..... ¡Adiós! Luego el automóvil atraviesa el bosque y entra a la avenida Louise. Estamos en el mundo de la lucha.

* *

Hace algún tiempo, entre las cartas de Europa abrí una, cuya letra desconocía. Eran dos pliegos del padre Alberto en que trata de hacerse recordar, pensando tal vez, en su humilde ingenuidad, que podía ser olvidado.

Yo quisiera transcribir su carta completa: es un retrato. Al lado de consideraciones de delicadeza y profundidad raras, saltan indiscreciones que hacen reir.

Me dice que ha entrado a ejercicios y ha pasado revista a su vida. Entre las figuras de este cinematógrafo ha aparecido el enfermo de la pieza número 5 de la primavera del año 11, su mujer y su familia. Pues bien, cuando el alma se recoge debe primero pensar en Dios, después en los suyos y en seguida en los amigos por lejanos que estén.

Me cuenta que las enfermeras tienen ahora una nueva coña de tela. "C'est très gentille á voir". El hospital de Sainte Elisabeth ha enviado una ambulancia a Belgrado para atender servios, búlgaros y turcos heridos. En ella está el doctor Lerat que va a sacar provecho de la "gran carnicería" para aliviar más tarde los dolores de los hombres, y mademoiselle la Comtesse de Vilegás de Saint-Pierre.

Pero, a pesar de este nuevo anuncio de la caridad de mis santos amigos, había otro párrafo de la carta, que me emocionó más todavía; me decía que ahora está en Lovaina y que ha hecho varios viajes al hospital por ayudar el capellán. "Un día que estuve allí tuve que ir a buscar un enfermo a 60 kilómetros de distancia y nos fuimos con el chauffeur a toda máquina, en una carrera loca. El hacía eso por mí; yo quiero mucho el automóvil; pero lo prefiero cuando va tan ligero que no se ve nada a los lados!"

* *

Cuando las dolorosas noticias de la neutralidad de Bélgica violada, de la defensa heroica de Lieja y Namur, llegaron a Chile, he recordado mis días tristes de Bruselas y el temple profundo y acerado de los hombres y mujeres de ese país. Yo veo a las enfermeras cuidando los heridos; pero llorando de ira por los incendios y matanzas cometidas en sus viejas ciudades, en sus templos y sus fábricas. Llegará una alborada de reparación para ese noble y desgraciado pueblo!

Por ahora vaya mi recuerdo a quienes debo la vida.

Las campanas de Termonde silenciadas por el bombardeo.

La puerta del costado norte de la Catedral de Reims. Las estatuas dañadas por el bombardeo y los vitriales destrozados

Los Arbitros de los destinos de Europa

I.—EL PRIMER MINISTRO ASQUITH

Heriberto Enrique Asquith.

La carrera de Heriberto Enrique Asquith, primer Ministro de Gran Bretaña, que se ha convertido en una figura mundial, se señala en sus cuatro épocas por la energía y el éxito.

Sin ayuda de dinero—lo que no es común—cursó brillantemente sus estudios en Oxford, donde obtuvo repetidos triunfos escolares. Ingresó en el Parlamento por el mérito de la magnífica claridad con que enunciaba sus principios políticos liberales. En los últimos seis años, ha sido el más fuerte estadista moderno de Inglaterra, consignando en su haber político dos triunfos memorables: la derrota de la Cámara de los Lores y la inscripción de la ley del Home Rule iriandesa.

Cuando fué caricaturizado por el famoso Spy en "Vanity Fair", una sola palabra servía de epígrafe a su caricatura y esa sola palabra era: "Cerebro". Sus aptitudes poco comunes, combinadas con una gran fuerza moral, explican una carrera que, aunque en ningún modo romántica, dejará una huella permanente en la historia.

Su padre murió cuando el joven Heriberto Enrique tenía sólo diez años. Era un modesto industrial y los medios de la familia eran tan reducidos que la entrada de Asquith a Oxford sólo fué posible por haber obtenido toda una serie de primeros premios en la escuela comunal de Londres. Cuando empezó a ejercer de abogado era tan poco conocido—pues no tenía un nombre aristocrático—que para ganarse la vida tuvo que escribir artículos sobre materia económica en el "Statist" y otros diarios importantes. Su reputación en el foro no fué adquirida súbitamente, pero obtuvo un triunfo ruidoso en un juicio en que actuó el gerente del "Times", Mac Donald, que era testigo, y que después de la acusación de Asquith se vió tan desacreditado en los círculos periodísticos que renunció a su cargo.

Pero aunque Asquith alcanzó una alta posición en el foro, que le habría servido como título para ser lord canciller, no se le recordará como abogado, ni nunca se creyó que consagraría su vida a la carrera de las leyes. Lord Haldane decía de él, en un banquete dado en su honor: "Conocí a nuestro obsequiado durante mucho tiempo en nuestra profesión y desde el comienzo

de su carrera en el foro dije que algún día Asquith sería primer Ministro".

En sus discursos parlamentarios posee en alto grado un don derivado quizás de sus años de experiencia en los tribunales. Puede representar el más débil de los casos, como si tuviera una fuerza abrumadora, la más inusitada innovación, como si fuera algo cotidiano, y la más discutible de las proposiciones como un axioma universalmente aceptado. Sin embargo, Mr. Asquith observa siempre la manera parlamentaria, consiguiendo que la Cámara de los Comunes olvide al abogado en el estadista. Esto ha contribuído a sus éxitos parlamentarios, pues es bien sabido en Westminster que la Cámara de los Comunes no gusta de los abogados.

Lord Gladstone lo comprendió desde el principio, y cuando formó su gobierno en 1892 lo hizo miembro del gabinete como secretario del Interior.

Cuando fué nombrado primer Ministro, en 1908, después de haber servido durante dos años como canciller de la Hacienda, las fuerzas del partido que él dirigía se hallaban casi desprovistas de energía en razón de la persistencia de la Cámara de los Lores en el ejercicio arbitrario de su fiscalización sobre el Parlamento, manteniendo sus derechos hereditarios para negarse a aprobar la legislación liberal, aprobada ya por la Cámara de los Comunes. Un año después de haber asumido el Ministerio presentó batalla a los lores con motivo de la aprobación del presupuesto, declarando al país que todo el sistema representativo estaba en peligro si no aseguraba la fiscalización suprema en las finanzas a la Cámara de los Comunes. Su lucha con los lores terminó con la derrota de éstos, no dejándoles ninguna fiscalización en las finanzas y sólo una facultad de aplazamiento o de revisión. Asquith se convirtió de "leader" de partido en "leader" nacional.

Hoy es sin duda el más eminente de los estadistas ingleses y su popularidad adquirió hace días aún mayor arraigo por la valentía y la franqueza con que expuso en la Cámara de los Comunes las gestiones de Alemania para propiciarse la pasividad del gobierno inglés. Aún más que los discursos de Edward Grey, sus declaraciones contribuyeron a afirmar en el pueblo inglés su propósito de continuar la guerra a todo trance.

El fin del mundo

Por el profesor
SIMÓN NEWCOMB

Traducido especialmente del inglés para "Pacífico Magazine"

Con ilustraciones.

"Desde Marte anuncian la aparición de una nueva estrella opaca".

El Mundo, al cual se comunica semejante noticia desde el Observatorio Central del Himalaya, vive desde largo tiempo atrás en un sopor de tortuga. Casi todos los descubrimientos científicos imaginables han sido realizados hace muchos miles de años y los inventos para su aplicación han alcanzado tal perfección que parece imposible imaginar ninguna reforma original. Los métodos para dirigir los negocios humanos han logrado perfeccionarse con tal fortuna que todo camina como sobre rieles. Los defensores de la paz en el mundo han logrado dictar un código internacional tan perfecto que cualquiera cuestión que surja entre las naciones, se rige admirablemente por sus principios.

La única historia de verdadero interés se escribió en los tiempos del salvajismo, rebuscando en los más remotos horizontes, entre las brumas de la antigüedad, cuando los hombres peleaban y se mataban unos a otros en la guerra. Los periódicos cotidianos registran ahora muy pocos nacimientos, matrimonios y defunciones, junto con las noticias del tiempo; y procuran no publicar lo que al mundo no interesa, por lo cual es muy frecuente que un subscriptor encuentre en la mañana, en vez del diario, un papelito que se limita a anunciar brevemente: "Nada digno de nota ha ocurrido desde la aparición de nuestra última hoja".

Un solo idioma se habla en toda la extensión del globo,—que por cierto no es el esperanto,—y todos los caballeros se sientan a la mesa de vestón azul con botones dorados y usan corbatas blancas con bordados rojos. Hasta la China, la más distante de las naciones, ha entrado en vereda desde muchos miles de años atrás, y vive como el resto del mundo.

Para encontrar una época de verdadera excitación, es preciso remontarse en el pasado unos tres mil años, cuando se cambiaron los primeros mensajes con Marte. Para enviar una señal que los marcianos pudieran ver, fué preciso una milla cuadrada de luz concentrada, tan brillante como el sol; y se necesitó hacer experimentos durante miles de años, antes de que se obtuvieran resultados prácticos con aparatos manejables. Se hicieron señales nocturnas desde las llanuras de Siberia, durante dos o tres oposiciones del planeta para obtener respuesta.

Sólo entonces el mundo sintióse electrizado al saber que se habían obtenido señales de respuesta desde Marte en tal forma que no cabía duda acerca de su naturaleza. Su interpretación requirió más estudio que los que emplean nuestros arqueólogos en descifrar una inscripción moabita. Cuando se logró por fin el éxito, una cuidadosa comparación de los records en materias científicas hizo evidente que los habitantes de Marte habían observado con mayor fortuna que nosotros las estrellas del firmamento.

Se convino con los marcianos que una hilera de luces que disminuían en intensidad de un extremo al otro, y que apuntaban en una misma dirección, significaba que había sido descubierta una nueva estrella en determinado punto del cielo. Astros de esta naturaleza se habían visto cada dos o tres años en los primeros tiempos de la historia del mundo; pero en

épocas más recientes, los habitantes de Marte señalaban estrellas con frecuencia, mucho antes de que las descubriesen las placas fotográficas sensibles y los telescopios de nuestros astrónomos del Himalaya.

En materia de cometas ordinarios se tenía una verdadera plétora. Se recordaban más de 25,000 y este número iba en aumento de año en año. Pero las estrellas opacas eran tan raras que no había aparecido ni una sola en tres centurias, y apenas se registraban veinte en los anales astronómicos. Se distinguían de los cometas en que no pertenecían al sistema solar, y en que eran relativamente de color obscuro, con colas muy cortas y algunas veces sin ellas.

Eran cuerpos opacos de origen y destino desconocidos, y que seguían su ruta propia a través de los inconmensurables abismos del espacio. Se había convenido que cierta disposición de cinco luces en forma de una cruz en el planeta significaba que uno de estos cuerpos volaba a través de nuestro sistema, y la cabeza de la cruz señalaba la dirección, en la cual debía ser observada.

Una docena de generaciones habían pasado por la Tierra sin haber visto un cuerpo de esta naturaleza, y se comprende sin decirlo, que la noticia de Marte que anunciaba la aparición de una estrella opaca, debió excitar el interés universal. ¿Dónde estaba? ¿Qué significaba? ¿Qué cosa era una estrella opaca? Los astrónomos del Himalaya casi fueron sepultados bajo una avalancha de telegramas que preguntaban éstas y otras cuestiones. Apenas pudieron responder que no habían encontrado todavía el cuerpo en cuestión, pero que la constelación hacia la cual señalaba la punta de luz transmitida de Marte era la cabeza del Dragón.

No era probable que el objeto fuera visible todavía, aún para los más poderosos telescopios, lo cual no obstaba para que los telescopios de familia salieran a luz en todas las viviendas del mundo, con el fin de escrutar los cielos en busca de la nueva estrella. Cuando hubo pasado una semana sin que se hubiese visto el menor rastro de estrella opaca, la gente comenzó a preguntarse si no se había interpretado mal las señales de Marte, y también se dijeron que era posible que los telescopios del otro planeta fuesen más poderosos que los nuestros.

Comenzó con el tiempo a ganar terreno la convicción de que la señal había sido mal interpretada y que no existía, por consiguiente, tal estrella opaca. Pero cuando ya comenzaba a perderse el interés sobre tal acontecimiento, de súbito volvió a renovarse con el anuncio de que el astro había sido fotografiado muy cerca del punto que indicaban las señales. Se encontraba más o menos entre la cabeza del Dragón y la constelación Lyra, y se movía lentamente hacia el sureste.

El problema consistía ahora, en determinar la órbita de la nueva estrella; y con este fin los astrónomos comenzaron a hacer las más minuciosas observaciones posibles. Debido a la lentitud del movimiento, se necesitarían cerca de dos semanas para obtener algún resultado. Mientras se esperaban mayores noticias, la curiosidad del mundo se avivó aún más con un nuevo anuncio:

"Marte aparece en estado de extraordinaria excitación. Las cinco luces-señales que hemos visto de tiempo en tiempo indican que la estrella opaca sigue una ruta nunca vista hasta hoy. No sabemos lo que esto significa."

A nuestro planeta no le cupo otra cosa que preguntar: "¿Qué puede significar?", y esperó con paciencia los resultados.

Los astrónomos estuvieron perplejos, sin poder determinar la órbita; pasó un mes antes de que se obtuviera algún resultado.

Desde el Himalaya llegó un anuncio más desconcertante que todos los que le habían precedido:

"La estrella opaca no tiene órbita. Va cayendo derecho hacia el sol, con una velocidad aproximada de treinta kilómetros por segundo, velocidad que aumenta a medida que cae. Dentro de doscientos diez días se estrellará contra el sol."

El primero que acertó a ver las posibilidades de lo que ocurría, según lo que permitían deducir los anuncios astronómicos, fué el profesor de ciencias.

Aunque en esa fecha no existían descubrimientos científicos por hacer, existía un solo gran laboratorio en el mundo, en el cual se practicaban experimentos con la débil esperanza de que se pudiera aprovechar algo nuevo.

El laboratorio había sido colocado en el extremo sur de una península, asiento de una de las más grandes ciudades del mundo antiguo, conocida con el nombre de New York, cuyas ruinas, enterradas en épocas lejanas por un terremoto, cubrían varias millas cuadradas.

Hacia el norte se levantaba ahora la ciudad de Haltan, la más poderosa ciudad del mundo, cuyas bien pavimentadas calles, macizas construcciones, instituciones públicas y altísimas torres se extendían ilimitadamente hacia el norte y el oeste. Sus riquezas eran fabulosas y sus panoramas tan maravillosos que todo hombre no se consideraba dichoso, si por lo menos no lograba verlos una vez siquiera antes de morir.

Gran parte de las investigaciones, a las cuales estaba consagrado el laboratorio, tenían por objeto conseguir que la temperatura no variase desde el principio hasta fin de año. Para alcanzar este resultado, se había excavado una bóveda inmensa a una profundidad de miles de pies bajo tierra. Allí se instalaron aparatos cuantos había inventado el ingenio humano para emprender investigaciones físicas.

El Profesor de Ciencias, como el resto del mundo, oyó hablar de que una estrella opaca iba a caer sobre el sol.

Esa conducta después de tal anuncio hubiera excitado la curiosidad si los pensamientos de los hombres no estuviesen demasiado preocupados con las noticias del nuevo visitante celeste.

El Profesor de Ciencias procedió a completar su inmenso stock de aparatos con materias desconocidas hasta esa fecha en los laboratorios físicos.

Viejos y jóvenes, ricos y pobres, hombres y mujeres, se estrecharon unos a otros en la confusión de los desesperados.

Se componía este stock de harina, carne fresca, comestibles de toda clase, y una colección de semillas de cuanta planta conocida existe en botánica.

Las pocas gentes que se dieron cuenta de lo que hacía, no le concedieron importancia al hecho, porque supusieron que el sabio se estaría dedicando a experimentos relacionados con el mundo vegetal.

Después de completar y almacenar todas sus provisiones, llamó a los empleados que lo rodeaban, y les dijo:

"Tengo algo que decir a Uds.; y la primera condición que les impongo es que me guarden el más absoluto secreto. Aquellos

que no quieran plegarse a esta condición, pueden retirarse." Nadie se retiró.

"¿Quieren hacerme el favor de levantar la mano derecha para jurar que cumplirán lo prometido."

Todos la levantaron.

"Ahora permítanme revelarles lo que nadie más que nosotros mismos debemos oir. Uds. saben que desde el comienzo de la historia del mundo, ciertas estrellas que se han supuesto nuevas, aparecen de tiempo en tiempo en los cielos. Los hombres de ciencia saben que estas estrellas no son en realidad nuevas. Son simplemente estrellas comunes que, bajo la influencia de causas hasta hoy desconocidas, aumentan bruscamente su calor y su luz en una proporción de mil por uno. Luego, en el transcurso de pocos meses, se apagan y vuelven de nuevo a su forma insignificante, o se convierten probablemente en nebulosa."

"Sabemos también que cuerpos opacos varias veces más grandes que la tierra vagan a través del espacio.

Pues bien, mi teoría es que si uno de estos cuerpos logra chocar con una estrella, se funde al contacto de ella su corteza exterior, quedando entonces en libertad las enormes materias combustibles que encierra, todo lo cual produce una combustión inconmensurable."

"En el próximo mes de diciembre uno de estos cuerpos va a caer en el sol. No necesito asustarlos inútilmente, pero pienso que debemos encarar francamente el problema. Si mi teoría es exacta, la luz y el calor del sol deberá crecer súbitamente mil veces sobre su valor actual. Si tal cosa ocurriese, ¿cabe alguna duda de cuáles serían las consecuencias?

"La superficie entera de la tierra quedará expuesta a una radiación tan intensa como la de los altos hornos más formidables, los cuales, como ustedes saben, no sólo pueden quemar la madera, sino que funden el hierro y pulverizan las piedras. Semejante oleada de calor destruirá todo el trabajo de los hombres y cuanto sér viviente exista sobre la superficie de la tierra. Solamente las regiones polares podrán librarse de la radiación, porque el sol no brillará sobre ellas en el tiempo que dure la colisión. Pero, en cambio, será invadida por tal corriente de vapor y aire caliente que su destino no será muy distinto al del resto del mundo."

"En tales circunstancias yo no sé qué debemos hacer. Por ahora lo único que deseo es que mi teoría sea falsa. Al mismo tiempo os invito a que estéis listos para traer aquí a vuestra familias y esposas en los momentos críticos, de manera que encontremos refugio en nuestros subterráneos. Si nada ocurre, santo y bueno. No es menester que nadie se imponga de lo que proyectamos. No es envidiable la situación en que quedaremos si logramos vivir mientras el mundo entero se destruye. Estén listos para lo que pueda acontecer y no digan ni una palabra. Es todo lo que tengo que deciries por ahora."

Durante los meses que siguieron, el profesor estuvo perplejo entre callarse o comunicar sus temores. Contra esta última resolución estaba la certidumbre de que nada podría hacer el mundo para librarse de la catástrofe y que era mejor que ignorase hasta el último momento lo que le iba a ocurrir. Los médicos hacen cuestión de honor en el sentido de no comunicar a sus pacientes ni una sola palabra cuando se trata de casos fatales. ¿Por qué se le iba a comunicar entonces a la raza humana que debían prepararse para su inevitable y total exterminio?

Pero, a pesar de sus reticencias, el mundo estaba vivamente preocupado de lo que ocurría, a causa de las señales que se hacían desde Marte. Estas, en vez de cesar, aumentaban de noche en noche. Los marcianos procuraban comunicarnos algo de una importancia sin precedentes. ¿Qué podría ser?

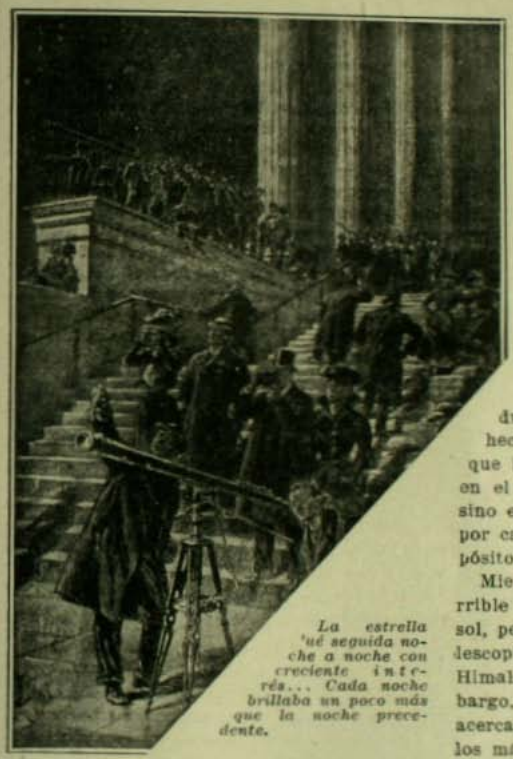
El profesor de Ciencias fué instado premiosamente a que dijera su opinión sobre si no habría algún peligro para la tierra con el hecho de que cayese un cometa opaco sobre el Sol. La pregunta fué tan directa y terminante que se vió precisado a responder aunque fuese en forma evasiva.

"Aunque es imposible establecer de fijo el efecto que producirá la caída de una estrella opaca en el sol, es lógico pensar que tal hecho será seguido por un aumento en la radiación solar, la cual alcanzará su mayor fuerza a los dos o tres días, y continuará en estado anormalmente grande durante algunas semanas.

"Es prudente precaverse contra las posibles consecuencias de un crecimiento del calor del sol. Los techos de las casas y todos los objetos expuestos a los rayos del

sol deben ser protegidos por cubiertas incombustibles. Los alimentos y las ropas que puedan ser destruídas por el calor deberían ser transportadas a subterráneos especiales."

El profesor de Lógica de la Universidad de Haltan reunió todos los antecedentes



La estrella fué seguida noche a noche con creciente interés... Cada noche brillaba un poco más que la noche precedente.

en ecuaciones y procedió a resolverlos. En seguida publicó su juicio, teniendo en vista los anuncios del Profesor de Ciencias.

"Diez mil años de experiencias—dijo—nos llevan a la conclusión de que el Sol es uno de los cuerpos más estables del Universo. Durante los años de que hay memoria en los anales meteorológicos, no ha habido el menor cambio en la cantidad de calor radiado sobre la tierra. En favor de la suposición de que se produciría un súbito cambio por una causa cualquiera, tenemos solamente una dudosa teoría física, no sostenida por ninguna experiencia anterior."

"No es lógico, por consiguiente, que la predicción del Profesor de Ciencias pueda causarnos terror, sobre todo cuando él mismo tiene dudas sobre la corrección de su punto de vista. Ahora, en vista de la magnitud de los intereses amenazados, la prudencia nos aconseja escuchar las suposiciones del Profesor. No está demás que se tomen las posibles precauciones."

Un torrente de telegramas cayó entonces sobre el Profesor de Ciencias, y desde todas partes del mundo le preguntaban en qué basaba su teoría.

Después de todo, ¿no era correcta la actitud del Profesor de Lógica y no era posible suponer que un orden de cosas que habría prevalecido durante millones de años pudiera cambiar súbitamente? Sólo pudo responder que su teoría no había sido verificada en ningún caso conocido. Se alegraba de poder encontrar un punto dudoso en sus convicciones. El único hecho cierto en que estaba basado—que las estrellas nuevas que aparecieron en el curso de los años no eran nuevas, sino estrellas viejas que ardían de súbito por causas desconocidas,—lo dejó de propósito en la penumbra.

Mientras duraba esta discusión, el terrible objeto, que rondaba alrededor del sol, permaneció invisible para todos los telescopios menos para el más grande del Himalaya. En unas pocas semanas, sin embargo, creciendo su brillo a medida que se acercaba al sol, fué posible percibirlo con los más pequeños telescopios, y por fin se le pudo observar casi a simple vista por cualquiera que escrutase los cielos.

Dos meses antes de que tal cosa ocurriera, la fecha de la catástrofe fué predicha hasta en minutos por los astrónomos del Himalaya. Debería ocurrir en la tarde del 12 de diciembre, después de ponerse el sol en Europa, y mientras estuviese brillando en su apogeo en el Noreste del continente americano y la mayor parte del Océano Pacífico. El sol se habría puesto en las regiones del este y estaría a una hora de altura en la mitad de las costas del Atlántico.

La estrella fué seguida noche a noche con creciente atención. A medida que se

acercaba la tarde, los hombres escrutaban el cielo con la esperanza de que la estrella negra no fuese más que un fantasma como tantas otras almas en pena de los cielos que se esfumaban tan pronto como hacían su aparición. Pero esta esperanza se desvanecía tan pronto como llegaba la noche y era posible dirigir a la altura los telescopios.

Cada vez aparecía un poco más brillante. Aún no había nada en la estrella misma que pudiera excitar alarma. Hasta en los tiempos más supersticiosos del mundo la gente no hubiera tenido por qué encontrar una causa para su terror.

Ahora, sin embargo, la extremada lentitud del crecimiento infligía una prolongada tortura sobre la especie humana, como el suplicio chino de la gota de agua que cae sobre el cráneo del sentenciado. La lentitud con que la luz de la estrella aumentaba, sólo servía para prolongar la tortura. Los hombres apenas se preocupaban de sus diarias tareas.

A medida que se acercaba diciembre, los pensamientos y sentimientos de los remotos antepasados, que habían permanecido ausentes durante incontables generaciones, comenzaron a revivir en la mente de los hombres. Ellos habrán adorado al invisible, benéfico y omnipotente poder que dirige los destinos del Universo y alimentaban en sus átomos el pan de la vida. Ahora este Poder se convertía en un Juez de crueldad, dispuesto a castigar los hombres del presente por todos los pecados cometidos por sus antepasados durante el tiempo en que habrían abandonado su compañía.

Llegó diciembre. Se contaban los días. Once días—diez—mañana serían solamente nueve los días que restaban para que se decidiera la suerte del mundo. Se necesitaba valor para mirar la estrella. Los hombres apartaban la vista de ella como si no viéndola dejara de existir. Aquellos que se atrevían a dirigir el telescopio hacia ella la miran del mismo tamaño de la luna a la simple vista. Pero el dulce y sereno aspecto de nuestro satélite era reemplazado por el brillo feroz de los ojos de una fiera.

Siete días—seis días—cinco días—brillaba con mayor ferocidad el ojo inyectado que parecía mirar hacia la tierra con furia vengativa. Con frecuencia el sueño de los hombres se veía asaltado por la representación de la estrella y sentían terrores tan grandes como los que podrían inspirarles los ojos de malignos demonios en el fondo de un pozo.

Tres días—dos días—la razón comenzó a abandonar a los hombres. Los locos merodeaban por las calles, pero los guardianes del orden no se preocuparon siquiera de ellos.

El último día llegó: en la noche—¿qué? —Tranquila y silenciosa fué la mañana. Más dulcemente que nunca brilló el sol, inconsciente del enemigo que se echaba sobre él. Su tranquilo aspecto pareció calmar los pensamientos de los hombres, como si quisiera comunicarles que nada extraordinario podría ocurrir. Encontraron, con gran esfuerzo valor para mirar a simple vista o con ayuda del telescopio. El sol, impasible como nunca, avanzaba hacia el oeste. Se contaban las horas, luego los minutos.

A cada momento el ojo maligno crecía en brillo, y amenazaba con mayor ferocidad; minuto a minuto se le vió acercarse más al sol.

Un escalofrío inmenso se extendió sobre la ciudad entera de Haltan en el momento en que el cuerpo pareció tocar el disco solar.

Le siguió un minuto de alivio cuando se le vió desaparecer sin que ocurriera aún la catástrofe esperada. Probablemente, bajo el ferviente calor del Sol, la estrella se había disuelto en el espacio. Pero esta felicidad se disipó muy pronto al verla reaparecer como una mancha negra, deslizándose suavemente sobre la superficie del sol.

Por un momento reinó la vaga esperanza de que los cómputos de los astrónomos los hubiesen,—por primera vez en la historia,—conducido demasiado lejos, y que el objeto obscuro continuase su camino sobre el sol, para abandonarlo en seguida, como ocurrió con el planeta Mercurio o Venus, durante un eclipse. Pero esta ilusión se disipó al ver que el objeto obscuro desaparecía durante un minuto, y era reemplazado por una claridad de una intensidad tal que, a pesar de la opacidad de los cristales con que se miraba, los ojos de los observadores se deslumbraron por el fulgor.

No se necesitó telescopio para observar

lo que ocurrió en seguida. Mirando a simple vista con un vidrio común ahumado, se pudo ver una mancha muchas veces más brillante que el resto del sol que aparecía al mismo tiempo que se esfumaba la estrella opaca. Cada minuto crecía en tamaño y en luminosidad. Antes de media hora ya su brillo, cada vez mayor, se proyectaba fuera del sol como un abanico o la cola de un cometa.

Un resplandor celeste se esparció sobre el panorama, bajo cuya luz los guijarros brillaban como diamantes. En el momento en que el Sol se ponía en los Estados del Este parecía haber doblado su tamaño y cuadruplicado su brillo. Antes de ocultarse en la costa del Pacífico, su luz y su calor habían llegado a ser tan intensos que todo el mundo se vió obligado a buscar la sombra.

La puesta del Sol ofreció un descanso. Pero tan pronto como acrecía la obscuridad se pudo ver un portentoso espectáculo en el cielo. Marte se levantaba por el Este, mientras que Venus, como la estrella de la tarde, aparecía hacia el Oeste. Ambos planetas brillaban, Venus como una luz eléctrica y Marte como un carbón encendido.

Todo el mundo conocía la causa. Brillando por luz refleja del sol, su fulgor tenía que aumentar en la misma proporción que había crecido la luz solar.

La tierra, continuando su revolución exponía los océanos y los continentes sucesivamente, a los abrasadores rayos. Cuando el sol se puso en San Francisco, el calor era insoportable. De Asia y Europa llegaron las más portentosas noticias durante el período en que, para ellos, era día, mientras en el continente americano reinaba la noche. En China e India era imposible traficar por las calles. En la

Cuanta cosa combustible ardió en llamas. Las piedras se pulverizaban con el calor, torres y campanarios caían como si los remeciera un terremoto

tarde todos tuvieron que huir del calor y buscar refugio en sus casas.

Aún peor fué lo que ocurrió en Europa. Durante algún tiempo llegaron despachos detallados desde Londres. Las oficinas telegráficas fueron trasladadas a los subterráneos de los edificios en que estaban instaladas, y los hombres se ocuparon en

ocultar todas las cosas combustibles que los rayos del sol pudieran alcanzar. Las bombas de la ciudad fueron sacadas de sus edificios para remojar los techos de las casas.

A pesar de tales precauciones, a las once un techo de Cheapside se inflamó, y muy pronto el fuego comenzó a estallar en casi todas las manzanas. A medio día la ciudad entera comenzaba a incendiarse y los bomberos combatían las llamas con desesperación. Muy pronto la vida humana se hizo imposible en las calles.

Pocos minutos después llegaron noticias de que se había experimentado un súbito cambio. Un impetuoso viento venido del Atlántico se desencadenó sobre la ciudad, junto con un torrente de lluvia, la cual, en poco tiempo, concluyó por extinguir las llamas. Pero un nuevo horror vino a añadirse a los anteriores. El viento creció hasta convertirse en un huracán de fuerza incontenible. Casas enteras se desplomaron al suelo y los techos volaron por el aire, exponiendo los interiores a los torrentes del agua.

Como a las 3 P. M., se anunció que el sol, había disuelto las nubes con su calor, y que comenzaba a brillar de nuevo con más fuerza que nunca, y que las oficinas telegráficas deberían ser abandonadas muy pronto. Ni una palabra más se supo de los europeos hasta la noche. Entonces se anunció que el calor había sido seguido otra vez por un torrente de lluvia, y que, habiéndose puesto el sol, habían tenido una nueva tregua.

Los destrozos hechos eran incalculables, y las pérdidas de vida, aterradoras; los que aún sobrevivían esperaban atontados de terror lo que aún podría acontecerles al día siguiente.

El continente americano emprendía mientras tanto la más vigorosa defensa posible. Antes de que se levantara el sol, cada bomba en Haltan estaba en su lugar lista para entrar en la acción. Cuanta cosa combustible existía en la ciudad fué preservada convenientemente y empapada en agua. La posibilidad de hacer algo contra el calor, ocupaba todos los pensamientos; y antes de que el sol apareciera, los hombres combatían con el coraje de los desesperados. Tan pronto como el Sol espolvoreaba sus haces de fuego, una máquina procuraba extinguir las llamas donde quiera que aparecieran. Como en Europa, pronto vino la lluvia en ayuda de las bombas.

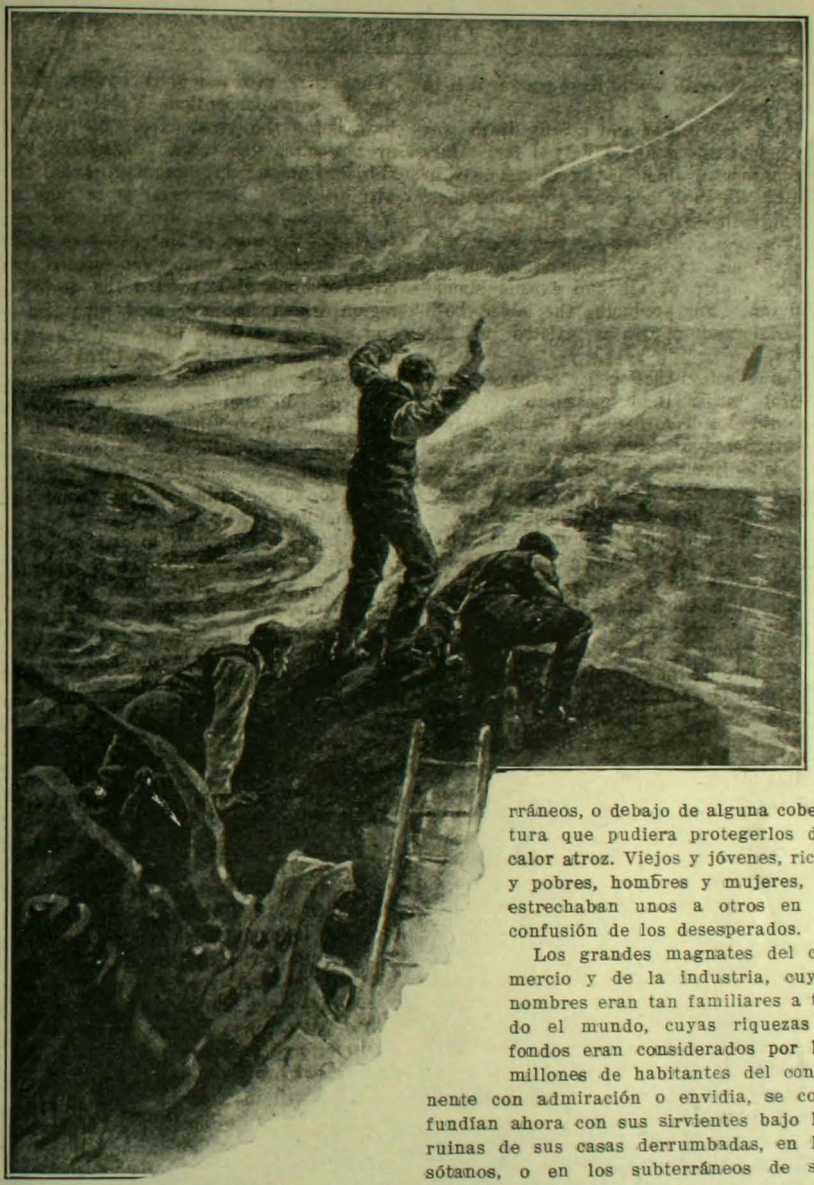
El espectáculo del sol en el momento de ocultarse llenó las almas de desesperación. El tamaño de nuestra luminaria era tal que demoró una hora en desaparecer, desde el momento en que el borde inferior tocaba el horizonte, hasta aquel en que el superior se perdía por completo. Cuando por fin desapareció, en lugar de crepúsculo, se vió una viva claridad en el espacio, que hizo que la tarde fuera aún más luminosa que el día ordinario. Llamas cósmicas de millones de millas de extensión, surgiendo del sol, aparecían de tiempo en tiempo sobre el horizonte.

Aún a media noche, una especie de aurora, diez veces más brillante que ninguna de las que se tenía memoria, parecía esparcir sobre el cielo grandes sábanas de vapor ardiente que se elevaban hasta perderse en el Zenit.

Los experimentados ojos del Profesor de Ciencias observaban la escena desde la puerta de hierro del subterráneo. El conocía la causa de todo lo que estaba ocurriendo. La combustión solar enviaba sus rayos, con una velocidad sólo comparable a la de la luz, hacia todos los puntos del sistema solar. A pesar de la claridad, el planeta Marte se destacaba aún con brillo sobrenatural, pero ni una sola palabra llegó hasta el Observatorio del Himalaya, así como ninguna pudimos transmitirle desde aquí. Las comunicaciones con otros continentes habían cesado por completo y los habitantes de América esperaban con angustia aquel que sabían había de ser su último día.

Después de media noche, a pesar de que la luz era bastante fuerte, se esparció una luz sobrenatural por la llanura. Poco antes de las tres de la mañana se vieron hacia el este los primeros signos que anunciaban la cercanía de la terrible luminaria. Más y más brillante aparecía el horizonte hasta que, mucho antes de la hora en que el sol se levantaba en tiempos normales, los ojos no pudieron resistir la deslumbradora claridad.

Cuando, una hora después, el sol apareció, sus rayos azotaron el continente como un torrente colérico. A medida que avanzaba desde el Atlántico hacia el Pacífico, todas las cosas combustibles que al-



Vanamente sus ojos buscaron la gran ciudad

canzaba a tocar se incendiaron. Las piedras se deshicieron con el calor, torres y campanarios cayeron estrepitosamente como si las sacudiera un terremoto. Los hombres procuraron buscar refugio en los subterráneos, o debajo de alguna cobertura que pudiera protegerlos del calor atroz. Viejos y jóvenes, ricos y pobres, hombres y mujeres, se estrechaban unos a otros en la confusión de los desesperados.

Los grandes magnates del comercio y de la industria, cuyos nombres eran tan familiares a todo el mundo, cuyas riquezas y fondos eran considerados por los millones de habitantes del continente con admiración o envidia, se confundían ahora con sus sirvientes bajo las ruinas de sus casas derrumbadas, en los sótanos, o en los subterráneos de sus bancos.

El Profesor de Ciencias, con sus ayudantes, fueron los únicos que pudieron contemplar desde una hendidura de la cubierta de su caverna, la espantosa radiación que venía desde el este. Cuando la cubierta se recalentó hasta el punto de que le fué pre-

ciso buscar refugio en subterráneos más profundos, el sol se cubrió bruscamente por una nube negra que venía desde el Atlántico.

El océano entero hervía como una olla colosal y el vapor que se levantaba era arrojado sobre la tierra por un viento producido por la expansión del aire sobre el océano.

Moviéndose con inconcebible velocidad, el viento pasó sobre el continente, arrastrando detrás de sí todo vestigio de obra humana que encontró en su camino. Hasta las piedras de los edificios, quebradas y pulverizadas por el calor, fueron arrastradas por el aire como simple polvo el que, mezclado con la lluvia, cubrió la tierra con un torrente de fango.

La colosal hoguera enviaba sus rayos hacia todas partes, y si nada destruía ya, era simplemente porque nada vivo quedaba en la creación. Continuas nubes ásperas y negras arrojaban su tempestad de lluvia sobre las ruinas. Pero tal intensidad no podía ser un consuelo para el pobre resto de humanidad que aún quedaba en subterráneos y celdas. El torrente que caía era agua hirviendo que escaldaba a quien lograba alcanzar. Se colaba por roturas y hendijas, inundando los sótanos, empapando las ruinas, y si alcanzaba a tocar a algún sér viviente lo mataba por escaldamiento.

El profesor y las familias de sus ayudantes se libraron de ser destruídos por la construcción especial de sus cámaras subterráneas.

El calor y el viento habían borrado toda estructura en la boca de la caverna, obligándolos a ocultarse en los departamentos más bajos de las inmensas bóvedas.

El agua iba a estrellarse contra las puertas de hierro como un torrente; las puertas quemaban las manos al tocarlas; y el agua hirviendo se colaba al interior, aunque sólo en pequeños arroyuelos.

Los pocos sobrevivientes de la raza humana que allí se confundían, podían envidiar a los que, más afortunados dormían ya el sueño de la muerte y habían escapado de la prisión horrorosa que ellos soportaban todavía.

Si se les hubiera preguntado si deseaban sobrevivir a la catástrofe, todos hubieran respondido que no.

Perdida toda esperanza, no deseaban más que una muerte rápida. Solamente la conciencia del deber que tenían sobre la conservación de la raza humana, les impedía quitarse la vida.

Tenían provisiones para dos años, y podían, por consiguiente, sobrevivir durante este tiempo si el acopio de aire y oxígeno no les faltaba, y para eso tenían en los subterráneos los materiales y maquinarias que se necesitaban para producirlos. Tal certidumbre les causaba más bien pesar que alegría.

Tenían luz eléctrica en abundancia; pero se encontraban en las regiones de la noche eterna.

De tiempo en tiempo, uno u otro, movidos más bien por la necesidad de hacer algo examinaban las puertas de los subterráneos para ver los cambios que podían haber experimentado bajo la presión de las aguas.

Mucho después de que cesaron las filtraciones por las hendijas, las puertas continuaban calientes; pero a medida que pasaba el tiempo,—no podrían decir cuántos días, semanas o meses,—sintieron que las puertas comenzaban a enfriarse.

Después de mucho se aventuraron a abrirlas. Un río de barro de varios pies de profundidad, pero no de una temperatura elevada, rodeaba la boca del subterráneo. Al salir al exterior les hubiera sido imposible asegurar si era de día o de noche. La claridad era más brillante que la de los días más luminosos de que tenían memoria, aunque no se veía ni rastro de sol en el cielo. El firmamento aparecía lleno enteramente por una masa nebulosa de luz. La temperatura era apenas soportable, pero no peor que la sofocante clausura del subterráneo.

El primer efecto del aire libre les dió la impresión de que despertaban de un sueño.

Pero bastó una simple ojeada sobre lo que los rodeaba para disipar esta impresión. Lo que vieron era de un horror inconcebible. En vano sus ojos buscaron la gran ciudad. Allí no había ciudad, ni siquiera ruinas. En vano hubieran clamado la ayuda de un sér humano: ni un solo sér animado había a la vista. Todo vestigio de los hombres y de sus obras—mejor dicho, todo vestigio de naturaleza,—había desaparecido por completo.

En la dirección que mirasen, sólo se podía ver un río de lodo; hacia el norte, en la región que había crepitado con la vida y actividad del centro más grande del mundo, sólo existía una extensa superficie de árida arcilla, arena negra e inmundo lodo, en los cuales ni un insecto, ni un mísero microbio bullía infundiendo una palpitación de vida. En el aire espeso y vaporoso ni un solo pajarillo balbuceaba sus notas risueñas.

¿No existía un telégrafo para obtener una noticia del resto del mundo?

¿No había una línea férrea, en la cual corriese una locomotora? ¿No existía un campo en dónde sembrar el trigo? Tales preguntas fueron formuladas en silencio. Y, aunque las hubieran gritado, ni el eco de sus voces las hubiera contestado. Cuando el profesor almacenó semillas y provisiones en sus sótanos, tenía el proyecto de que, en el peor de los casos, él y sus compañeros pudieran repoblar la tierra. Pero ahora semejante proyecto era imposible.

Al mismo tiempo que sus fuerzas desfallecían, una santa paz invadió el alma de los sobrevivientes. El profesor murmuró entonces las siguientes palabras, como una última oración:

"Tal es el curso de la evolución. El Sol, que por millones de años dió luz y calor a nuestro sistema e infundió la vida sobre la tierra, llegaba, sin duda, a un período de decadencia o estaba a punto de convertirse en una masa inerte y fría. Su energía no hubiera podido revivir sino por una catástrofe como la que ha ocurrido. El sol se ha restaurado tal como debió ser cuando no existía tierra sobre la cual enviar sus benéficos rayos.

Incontables años deberán transcurrir antes de que la vida reaparezca sobre el globo y se desarrolle en formas más elevadas. Mas, para el Poder que dirige y controla el proceso entero del Universo, las edades de la humanidad son simples días. El sabrá esperar con sublime paciencia la evolución de una nueva tierra y un nuevo orden de seres animados, probablemente tan superiores a los que hemos conocido, como lo que éramos en relación a los que nos precedieron en el mundo."

S. E. EL SEÑOR HENRY P. FLETCHER
Primer Embajador de los Estados Unidos en Chile

S. E. el señor HENRY P. FLETCHER

PRIMER EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN CHILE

"Pacífico Magazine" presenta a sus lectores de todo Chile el retrato de uno de los más activos y eficaces diplomáticos para la obra de la Unión Americana. Acaba de presentar sus credenciales en la Moneda el primer embajador de los Estados Unidos de Norte América y este acto, consecuencia de la política de acercamiento de la gran república a sus hermanas latinas, ha elevado al primer rango diplomático, *al marisca-lato en el campo de batalla*, al más joven, vigoroso y popular de los diplomáticos americanos. Su Excelencia el señor Fletcher, como lo recordaba editorialmente "El Mercurio" hace muy poco, tiene todas las condiciones que se exige al moderno embajador: es nuevo y tiene experiencia; es decir, no es la criatura artificial deformada por una larga carrera diplomática y sin embargo, conoce por observación personal todos los hechos de la vida de los dos pueblos cuyos intereses va a servir. Es que Mr. Fletcher ha sido un afortunado diplomático, con ilustración y talento; pero además con buena estrella. En los incidentes de la China aparecía de pronto en la prensa mundial el nombre del joven Encargado de Negocios en Pekín. Desde ese momento su elevación ha sido tan natural como merecida. En Chile, bajo su propia acción, Fletcher encontró su Legación convertida en Embajada.

La franqueza de este diplomático, franqueza aliada con la discreción, como en todo hombre educado aunque no sea poseedor de secretos y de responsabilidades, lo han hecho popular en Chile. Es franqueza que reposa en una inteligencia alta y en una conciencia recta. Quien estrecha la mano del Embajador conoce un acto sincero y no formulista. Hay hombres aparentemente sociales y locuaces que están siempre solos aún en medio de una muchedumbre. El Embajador de los Estados Unidos, por el contrario, tendrá siempre un amigo donde haya otro hombre a su lado. Esta condición del señor Fletcher es un verdadero retrato moral. No agregaremos los hechos de su misión en Chile que lo hacen especialmente grato para los hombres patriotas. Son muy conocidos y han sido contados por la prensa diaria. "Pacífico Magazine" que ha aportado al periodismo chileno un nuevo contingente para la propaganda en favor de una sólida y franca amistad con los Estados Unidos, cree que la Embajada de S. E. Mr. Henry Fletcher es el acto más eficaz para llevarla a su término práctico, al fin comercial y de permanencia que perseguimos.

⚜ ⚜ ⚜

LA MODA DE LA ESTACION

Vestido de terciopelo turquesa adornado con encaje de plata y rosas coral pálido, modelo Georgette

La nueva echarpe para teatro, en tul fantasía con chantilly negro

Traje de sarga azul. Sobre-pollera de gro negro. Galones azul y oro, por Bulloz

Traje de recepción de gro rosado adornado de rosas de oro. Modelo Henriette

Tapado para la noche, de terciopelo coral y plata, por Revillón

Sombrero de terciopelo azul llamado golondrina

Turbante de terciopelo blanco y azul, adornado con pavo real blanco

José Backhaus.

Panorama de Santiago desde el Cerro Santa Lucía (Noche)

Salón anual

de 1914

Por JOSE BACKHAUS

Como en las grandes metrópolis europeas nosotros también tenemos una Exposición anual de pintura que se llama Salón. Ellos seguramente son inferiores en número y en calidad a los de las grandes ciudades del Viejo Mundo; pero, dada la juventud de nuestro país, es una verdadera proeza muy halagadora para nosotros que se puedan reunir todos los años un número suficiente de obras ejecutadas por nuestros artistas nacionales que alcanzan a formar una exposición interesante que denota de año en año progreso y laboriosidad.

Antes de estudiar las obras expuestas este año desearía hacer un pequeño análisis histórico o psicológico de los Salones en general.

El origen de los salones data de la segunda mitad del siglo XVIII y debe su nombre a un decreto del rey de Francia por el cual cedía durante un mes a los miembros de la Academia Real de Bellas Artes el "Salón Cuadrado" del Louvre para que exhibieran al público sus obras ejecutadas durante el año.

A estas exposiciones sólo podían concurrir los miembros titulares de la Academia Real y los demás pintores solamente tenían derecho de ir a admirar las obras de los pintores oficiales. La revolución y luego el Imperio que democratizó todo en Francia, dió acceso en estas exhibiciones a todos los pintores siempre que se sometieran al control de una comisión nombrada por la Academia; ya más tarde esta comisión fué nombrada por los mismos expositores.

Como se ve, los salones cuentan con

siglo y medio de existencia y sería ya tiempo de averiguar cuáles son los beneficios aportados a las artes por estos concursos anuales. La primera respuesta que los salones dan facilidades para que los artistas de más talento se den a conocer del público, y que éste sepa apreciar en su justo mérito, guiado por los jurados, las obras de estos artistas.

Backhaus.—Panorama de Santiago (Tarde)

En verdad, este es el ideal a que tienden los salones; pero como todos los ideales de las cosas humanas, éste también queda a demasiada altura y los esfuerzos que se han hecho para alcanzarlo han sido siempre infructuosos.

Si revisamos la lista de los pintores del siglo pasado que la posteridad ha consagrado ya como los genios más culminantes de su época, podemos observar que ninguno de ellos tuvo los favores de los salones de su tiempo, sino que el peor enemigo que tuvieron y contra el cual debieron luchar toda su vida fueron los jurados de las exposiciones anuales.

Así Delacroix, ese genio poderoso que encarna la época romántica y que nos ha legado una de las más grandes obras pictóricas, vió a menudo sus obras pospuestas a las de artistas vulgares y sin mérito, cuyo nombre hoy nadie recuerda. Millet, el incomparable evocador de la vida del campo, cuyas obras son hoy las joyas más preciosas de los museos. Este poeta robusto que adoró con un sentimiento místico la naturaleza y que dejó impreso en la tela el poema más profundo que se ha hecho de ella y de la vida de los aldeanos, vió en varias ocasiones algunas de sus mejores obras rechazadas del salón al par de otras incoherentes y sin mérito. Entre otras el "Hombre con el Azadón" que es uno de sus cuadros más característicos y cuya composición tiene alto vuelo. Con ella caracterizó Millet al hombre que trabaja la tierra y que forma con ella casi un solo cuerpo. En una ladera labrada, un hombre apoyado en su herramienta mira hacia el horizonte. Su figura que se destaca plenamente sobre el cielo parece dominar el universo y el azadón que se hunde en la tierra nos explica su dominio. Este hom-

A. Valenzuela Llanos.—Paisaje

bre es robusto, sólido como la tierra y hasta sus carnes son como ella rugosas y apelotonadas. Su traje casi indefinido de forma y color, se adhiere al cuerpo. Su rostro sin expresión revela que su cerebro no ha tenido jamás que hacer un esfuerzo y su grito de cansancio nos hace pensar en su larga vida de trabajo monótono e incesante que ha transcurrido sin que él se de cuenta por que ni para qué. Es bien el hijo de la tierra, que vive y muere para servirla, sin disfrutar de otra cosa que de sus leyes más primordiales. Es el hombre del rebaño el prototipo de nuestra especie humana en su estado primitivo. Se puede clasificar este cuadro entre las obras más características que ha producido la humanidad y es una de las manifestaciones más elevadas del espíritu humano.

Ortiz de Zárate.—Idilio

Además del poder psicológico y subjetivo de este cuadro, su técnica es un ejemplo de sinceridad y de amor por la naturaleza hasta en sus menores detalles. Un cuadro tan completo como este y que hoy es la joya de una de las más célebres colecciones norte-americanas, fué declarado inadmisible por un jurado.

Corot, el más delicioso de los paisajistas a la vez que el más sabio y el más hábil también, sufrió consecuencias análogas. Rousseau y Froyon Díaz y el escultor Bary cuyos bronces son tan buscados hoy, conseguían difícilmente obtener un lugar secundario en los salones de su tiempo. Manet, el poderoso realista y el que ha expresado la vida con más fuerza después de Velásquez vió volver a su taller su cuadro "La Olimpia" que ocupa hoy un lugar preferente en el salón de honor del Louvre.

El famoso retrato de Mackneyl Whistler que posee el museo del Luxemburgo y que es manifiestamente considerado hoy como el más bello retrato pintado en el siglo XIX, sólo obtuvo en el salón en que fué exhibido una humilde medalla de tercera clase.

Toda la escuela impresionista, Monet Pizarro, Jonkynd, Sisley, Degas, Toulousse-Lutrec, Renoir, etc., que son los precursores de nuestro arte moderno, los que supieron encontrar en la naturaleza

Alfredo Lobos.—Paisaje

Alfredo Lobos.—Paisaje

Bertriz.—Estudio

bellezas nuevas de color hasta hoy desconocidas, no consiguieron ni siquiera una vez hacer entrar uno de sus cuadros al Salón.

Y por último, Carriére y Puvis de Chavannes los más grandes genios que ha tenido la pintura después del renacimiento sólo obtuvieron éxitos mediocres en el Salón y un cuadro de Puvis titulado "Las jóvenes y la muerte" fué rechazado, y al famoso cuadro de Bastien-Lepage "Juana de Arco oyendo las voces" se le negó la medalla de honor que fué acordada a un pintor cuyo nombre nadie recuerda hoy.

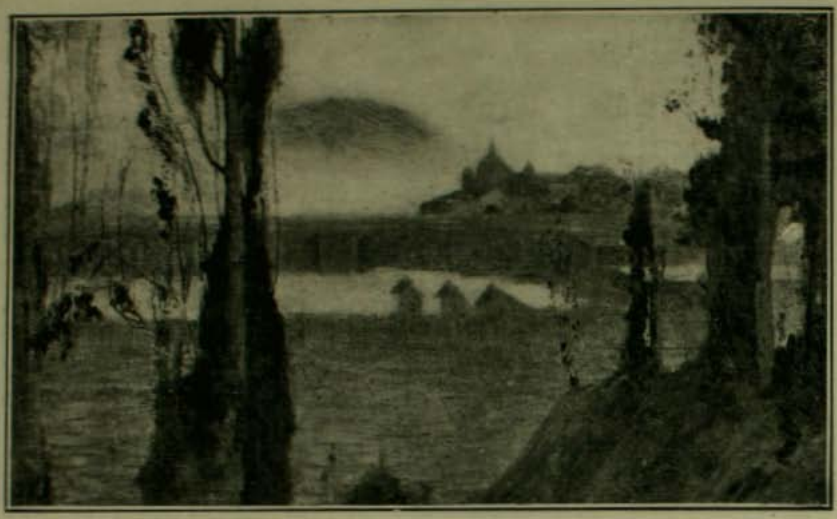
Sería muy largo continuar enumerando todos los casos de esta naturaleza que han ocurrido. Con los ya citados tenemos una prueba suficiente de lo que decía más arriba: de que no son los artistas de mayor mérito los que han sido beneficiados con los salones. ¿Por qué estas anomalías—se preguntará todo el mundo— siendo que a primera vista el juicio de un jurado competente es lo mejor que podía encontrarse para apreciar el mérito de las obras de arte?

Sin duda alguna, el juicio de un jurado competente será siempre el mejor medio de obtener un juicio exacto sobre el mérito de una obra de arte, pero la dificultad estriba en el nombramiento de este jurado. Si se hace por votación, los intereses personales dominarán y se nombrará siempre a los más amigos y no a los más competentes. De aquí resulta que la mayoría de los jurados es compuesta de arribistas, de gentes que han conquistado la situación que ocupan no por sus méritos, sino por medios políticos, y naturalmente, estas personas considerarán siempre como a sus mayores enemigos a los artistas de mérito verdadero y este es el motivo por qué los han castigado negándoles siempre el puesto que les corresponde. Las consecuencias de esto han sido funestas.

Este es el motivo porque la Escuela de Barbison vivió desconocida y en la miseria. ¿Cuál sería la desesperación de Millet, de Corot, de Rousseau, de Jules Dupres, todos artistas que tenían conciencia de sus méritos y que se veían aplastados por charlantes falsos.

Ellos optaron, según parece, por prescindir enteramente de los salones y ni siquiera pensar de que existían; de ahí su reclusión al bosque de Fontainebleau

Lucares.—Cabeza de estudio



Agustín Abarca.—Paisaje

en donde tenían como consuelo a la gran Naturaleza a quien amaban todos con pasión.

Los resultados obtenidos principalmente por La Sociedad Nacional son muy superiores a los del Salón oficial. En muy corto tiempo el público que no estaba desorientado en este Salón por la adjudicación de premios, supo reconocer sin el auxilio de jurado alguno el grupo más interesante de nuestros pintores contemporáneos y ha sabido colocarlo en el sitio que le corresponde. El único auxilio que ha tenido el público en estos salones es la crítica; pero la crítica consciente y sincera que se hace en Europa que está en manos de gente competente. Por desgracia aquí en Chile no sucede igual cosa. He visto a menudo en los diarios de Santiago artículos escritos por personas que, a juzgar por lo que dicen, se ve que no tienen preparación suficiente para hacer crítica de arte.

Así, por ejemplo, uno de nuestros críticos más entusiastas es don Nathanael Yáñez Silva, de quien he visto desde hace muchos años largos, muy largos artículos en la prensa. La intención del señor Yáñez Silva es seguramente, muy buena; él desea contribuir al desarrollo de las artes con sus artículos; pero desgraciadamente su falta de preparación lo hace incurrir a menudo en errores graves que pueden fácilmente desviar el criterio. Los críticos de arte se han sometido todos a estudios largos y serios antes de escribir sobre arte y algunos han dedicado toda su vida a ello. En primer lugar es imposible tener un criterio seguro sin haber visto las obras maestras del pasado, y sin haber vivido en un gran centro de arte para impregnarse del sentimiento moderno.

Esta crítica inconsciente es uno de los elementos más perniciosos para el desarrollo de nuestras artes y la única manera de evitarla sería que los directores de nuestros diarios no dieran cabida en sus columnas a lo que escribe cualquier supuesto aficionado a la pintura, cuyas opiniones pueden ser muy interesantes para él y sus amigos; pero que no tienen ninguna utilidad instructiva para el público.

El salón de este año reune un número considerable de obras y sería una exposición interesante para cualquier centro europeo.

En él están representados casi todos los géneros de la pintura. El paisaje, la figura, el retrato, la naturaleza muerta, el cuadro de género; sólo la pintura de historia falta este año; pero sabemos que hay pintores chilenos que la tratan con acierto.

Los temperamentos más diferentes po-

demos observar en cada uno de estos estilos; unos en pleno desarrollo, muchos en formación; pero todos con bellas cualidades que prometen obras interesantes para el porvenir.

El paisaje de Valenzuela Llanos es con mucho la obra más completa del Salón.

Este artista sincero y estudioso es el más bello ejemplo que podemos mostrar a nuestra juventud. Su constante laboriosidad y sus progresos prueban una vez más que el principal auxiliar del talento es el trabajo metódico y continuado. Sin él es imposible hacer obra duradera alguna. Se nace artista, es cierto; pero el sentimiento de la belleza se encuentra en el fondo del sér como el oro en la veta de una mina y para extraerlo es preciso trabajar duramente, quebrar la piedra y separar el metal que está adherido a ella.

De los jóvenes, la obra más interesante es el retrato de Bertrix a pesar de que no es una obra de carácter netamente personal; pues se siente en ella muy francamente el deseo de imitar a Carrière. Ya que el señor Bertrix se propone seguir a este gran artista, sería de aconsejarle que observara con más atención la manera cómo Carrière valoriza y envuelve sus figuras; por muy obscuros que sean sus cuadros, jamás cae en el negro y por muy envueltas que sean sus figuras su modelación no es nunca falta de consistencia. El señor Bertrix cae un poco en estos dos defectos: el fondo de su retrato es pesado, está demasiado voluntariamente llevado al negro y esto hace que el cuadro carezca de atmósfera. La modelación de la cabeza es un poco monótona; la luz golpea demasiado igualmente todas las partes del rostro. A pesar de estos defectos, la obra del señor Bertrix es una gran promesa por sus condiciones de sensibilidad y buen gusto y es de esperar de que pronto nos mostrará obras más completas.

Otro de los jóvenes de porvenir es el señor Moya; presenta dos retratos también un tanto formularios, pero con bellas condiciones de pintor.

Para concluir con los retratos, citaremos aún el retrato de don Paulino Alfonso por Espinoza; retrato muy correcto; pero de un gusto un tanto envejecido y un retrato por el señor E. Plaza que tiene buenas condiciones de pintura en los trapos; pero el cuadro es pesado y de mal gusto.

El señor Lucares nos muestra dos cabezas muy bien intencionadas. El camino que sigue este pintor es honrado y sincero y la intención de sus cuadros es digna de todo aplauso.

Entre los paisajistas, una de las más bellas promesas es don Pablo Burchard. Su Pila de este año es el paisaje más simpático del Salón y "En el Santa Lucía" es un esfuerzo serio por seguir un camino eminentemente decorativo y personal.

El grupo de cuadros del señor Isamitt revela grandes condiciones de paisajista sincero y original.

Menos sincero y menos original es el señor Lobos; pero hay en sus cuadros cualidades muy simpáticas de sensibilidad que podrían desarrollarse con éxito si este pintor se diera la pena de estudiar más seriamente. Lo mismo se podría decir del señor Vásquez que nos muestra algunos apuntes muy bien intencionados.

El espacio reducido de este artículo que he ocupado casi totalmente en hablar sobre los salones en general, no me ha permitido estudiar con toda la detención debida los cuadros de nuestro Salón. Sólo he podido hablar muy sumariamente de algunos de ellos, quedando muchos otros de verdadero interés que me limitaré sólo a mencionar.

El señor Julio Ortiz de Zárate cuyos cuadros son una revelación y una bella promesa.

El señor Abarca que demuestra poseer cualidades muy decorativas.

El señor Yáñez B. que presenta un cuadrito muy simpático impregnado de poesía íntima y delicada.

Y los señores Caracci, Costa, Giorgis, González Froilán, Gallinatto, Letelier, Madariaga y Valdés.

⚜ ⚜ ⚜

CARICATURAS SOBRE LA GUERRA

La lucha por el campeonato mundial de Foot-ball. (Ulk)

La Finlandia encadenada (Ulk)

El cambio de nombres (Ulk, de Berlín)

Demasiada provocación para el león

La sombra de Napoleón: ¡Cuidado! La ambición fué mi pérdida

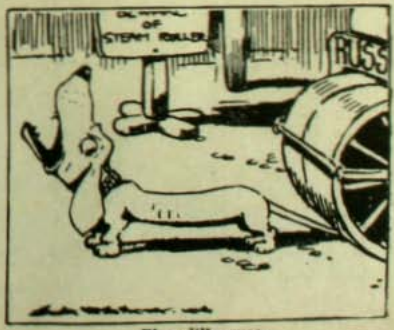
La equivocación. Si solamente pudiera ponerme la otra bata

¡Nunca acabarán las sorpresas!

El peligro Europeo. La materialidad de Alemania

Almirante alemán: "Es muy fácil decir: salid a combate". Pero hemos perdido el plano y cuenta de las minas

"Y mañana anunciaremos una nueva victoria alemana"



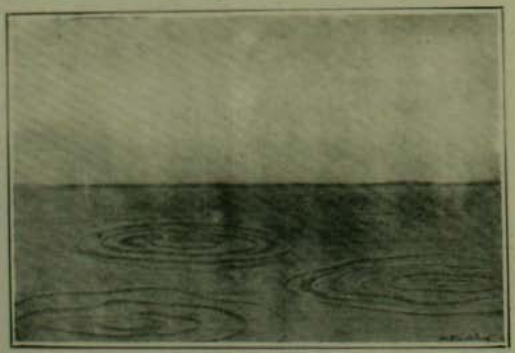
El rodillo ruso

(Caricaturas inglesas)

"El señor de los Mares". Maldición! (Ulk)

Inglaterra cazada en su propia trampa (Il Mulo. Bologna)

La Triple... venda. (Ulk)



Erase un escuadrilla compuesta del "Cresey", el "Aboukir" y el "Hogue" (Ulk)

(Especial para "Pacífico Magazine")

Por

EMILIO B. GODOY

Aquella noche estaba nuestra tertulia en casa de Andrés, reducida a los cinco infaltables. El dueño de casa, Alfredo, Manuel, Hermenegildo y yo.

Recayó la conversación sobre los **presentimientos.** Todos, excepto Alfredo, convenímos en su posibilidad.

Al oir éste la palabra **presentimientos,** se diseñó una sonrisa persistente en su fisonomía, y al notar nuestro acuerdo al respecto, dijo:

—Me río de esas imposturas. Esto no quiere decir que me parezcan inadmisibles las previsiones y pronósticos; desde que existían indicios más o menos vehementes, es dable formular anuncios más o menos certeros. ¡Pero eso de los presentimientos! ¡Eso de que a mil leguas de distancia se produzca un suceso y alguien nos cuente que desde aquí lo vió en sueños o en éxtasis y que, tomada en cuenta la diferencia de longitud geográfica, resultó que el hecho y su adivinación o visión espiritual coexistieron en un mismo instante astronómico, con coincidencia minuciosa de tales o cuales circunstancias que el correo o el telégrafo confirmó en seguida, todo eso, cuando no es ilusión, es mentira; y las más veces resulta ser obra intencionada de esa industria de lo maravilloso que desde tiempo inmemorial se ejerce entre los racionales y que se habría extinguido en el presente siglo de las luces, sin el consumo ilimitado que aún encuentran los artefactos del fraude en el mercado insaciable de la credulidad humana.

Andrés escuchaba a Alfredo con marcada atención y visible deseo de replicarle. Aunque distaba tanto como cualquiera de nosotros de ser crédulo y nos aventajaba indudablemente a todos en ilustración, creía en muchas cosas que niega el vulgo de los hombres ilustrados, negando en cambio otras que circulan como axiomas. No bien hubo callado Alfredo, dijo con el tono sereno y convencido que le era habitual:

—Pero yo he llegado a cerciorarme por el razonamiento y la experiencia, que no siempre hay ilusión o impostura en los presentimientos, entendiendo como tales, no las visiones proféticas, que las más veces son pronósticos arreglados **a posteriori,** sino las visiones simultáneas, presentes, la percepción maravillosa de fenómenos que están ocurriendo en este mismo instante, fuera del alcance de nuestros órganos.

Puedo citar hechos comprobados, pero dejémolos para después, porque, enunciados sin la preparación racional que el caso requiere, serían calificados de casuales coincidencias. Raciocinemos, pues, antes, y después vendrá la experiencia en apoyo del raciocinio, aunque haya sido inverso el camino que he seguido para formar mis convicciones en esta materia.

La ley de continuidad es universal en la naturaleza; entre un estado de la materia y otro estado, median todos los estados posibles; no hay saltos.

Ahora bien, entre el punto en que terminan las percepciones del oído y aquel en que empiezan los de la vista, se interpone un espacio inmenso. El más agudo de los sonidos perceptibles al oído humano corresponde a treinta y seis mil vibraciones por segundo y el más opaco de los colores, a cuatrocientos cuarenta y seis billones de ondulaciones. Entre estos dos términos o fenómenos vibratorios, hay más de cuatrocientos billones de términos correspondientes a otros tantos fenómenos, de los cuales no tenemos idea alguna; que no existen para nosotros y que no son por eso menos reales. El intervalo desconocido es mayor que todas las series conocidas juntas. Es un mundo.

¿De qué clase son los fenómenos de ese mundo? ¿Son análogos a los conocidos

y continúan su serie de un modo no interrumpido, dando lugar al paso gradual de los fenómenos sonoros a los térmicos, hasta llegar a los luminosos y más allá de estos a los químicos, eléctricos, magnéticos, nerviosos, hipnóticos, extáticos y psíquicos puros, hasta el infinito? ¿O son de naturaleza totalmente diferente de los fenómenos hasta hoy conocidos y por lo tanto incompatibles con nuestros medios perceptivos y tales que requieran otros sentidos, otros órganos, otro centro sensible, otra alma distinta de la humana o la animal para ser percibidos?

Todo puede ser. Pero es indudable que más allá de las percepciones acústicas de nuestros órganos, hay sonidos perceptibles para el oído de otros animales. Este hecho demuestra que la serie se prolonga homogéneamente dentro de ciertos límites: pero, por mucho alcance que pretendamos dar a este ensanche, no basta a llenar el inmenso vacío que media entre las vibraciones sonoras y las luminosas (por más que incluyamos en dicho intervalo las térmicas y la moderna luz invisible) y menos para colmar la escala que se extiende desde donde terminan las luminosas hasta el infinito.

Es menester admitir la existencia de lo imperceptible y aún reconocer que ello constituye casi la totalidad del mundo real, cercenado y empequeñecido por nuestra propia limitación.

Perdóname, Alfredo, si de mi razonamiento resulta alguna dureza; no veas ofensa en ello; me consta que hay bastante flexibilidad en tu espíritu para recibir sin desagrado cualquiera contradicción siempre que sea sincera y fundada.

—Sigue tu raciocinio, replicó Alfredo, me interesa y me convence. Jamás había considerado bajo ese aspecto la cuestión.

—La noción de realidad es relativa, siguió Andrés; el límite del mundo real depende del alcance variable de nuestros sentidos; es esencialmente subjetivo. El mundo de lo imaginario empieza para unos antes que para otros. El raciocinio lo aleja; la sensibilidad hace otro tanto; la ilustración misma contribuye a ello transformando el mundo fantástico en positivo, las visiones y presentimientos en realidades.

Hay casos de hiperestesia mórbida en que se perciben fenómenos que escapan a la percepción normal.

En tales situaciones neuropáticas se ensancha el mundo real por la exacerbación de la sensibilidad.

Hay hábitos meditativos, hay propensiones sensitivas, frecuentes en organizaciones delicadas, en que las funciones afectivas e intelectuales predominan sobre las orgánicas y animales. Por efecto de tales hábitos y propensiones, el centro vital, llámesele alma, cerebro o espíritu, parece que llega en determinadas circunstancias a emanciparse de los sentidos, estableciendo comunicación directa con el mundo exterior. En tales condiciones parece que el alma ve por visión directa. Los fenómenos visuales que percibe, no obedecen a las leyes de la óptica; la distancia, la interposición de objetos opacos, la ausencia de luz no impiden la visión.

Otro tanto sucede con los fenómenos sonoros: el alma oye por audición directa sonidos que el oído está en la imposibilidad de transmitirle. ¿Y quién puede dudar que el horizonte de nuestras percepciones pueda ensancharse toda vez que los agentes obren directamente sobre los centros perceptivos sin la interposición de los sentidos?

¿Quién puede dudar que el centro sensible sería capaz de recibir impresiones tenuísimas que la transmisión orgánica extinguiría?

La amibea, esa masa viva sensible, desnuda de toda piel y destituída de órganos, se conmueve a la aproximación de la sombra proyectada por un objeto: el fenómeno luminoso afecta la superficie táctil de su cuerpo; la amibea no tiene vista ni oído; no tiene más sentido que el tacto; palpa la luz y la sombra, aunque el fenómeno luminoso no venga acompañado de modificación alguna de temperatura. Nos ofrece un ejemplo muy claro de exacerbación de la sensibilidad por la supresión de todo órgano. La amibea es un alma en contacto directo con el mundo exterior...

—Bien, interrumpió Alfredo, convengo en que hay en la naturaleza fenómenos que no están destinados a nuestra percepción; convengo igualmente en que, en determinadas situaciones de nuestro organismo, se nos haga palpable lo incoercible, visible lo invisible y sensible lo imperceptible; por lo menos, convengo en la posibilidad de todo ello; tu razonamiento me ha convencido de esa posibilidad...

—Muy bien, interrumpió a su vez An-

drés, siendo esto así y admitiendo que piensen lo mismo Hermenegildo, Manuel y Emilio, ha llegado el caso de la confirmación experimental.

—Yo no la necesito, dijo Manuel; a fuer de matemático, estoy acostumbrado a adquirir convicción por el razonamiento, sin necesidad de ejemplos; y tu demostración, Andrés, me parece vigorosa.

—Bueno, bueno, dijo Hermenegildo; pero a mí me hace falta un testimonio práctico para convencerme. Lo que él deseaba era un cuento al caso. Sólo faltaba mi voto, y aunque yo me sentía convencido, me encontraba muy bien dispuesto para oír algún relato verídico y maravilloso y no menos dispuesto a creerlo; así, apoyando a Hermenegildo dije:

—Yo no diré que necesito ejemplos en auxilio de la demostración, pero los deseo como aplicación divertida de la teoría.

—Muchos tengo recopilados, dijo Andrés, pero me atendré a casos ocurridos en personas que todos conocemos, y por ahora me limitaré a uno solo, el de más fácil comprobación.

Mi hermana Carmen ha sido siempre muy impresionable: el ruido producido por la caída de un objeto la hace saltar en su asiento; la más leve indisposición de alguna persona de la familia le produce accesos de melancolía; la demora de una carta le ocasiona insomnios o pesadillas; servicial hasta la abnegación, vive para los demás con habitual olvido de sí misma. Ustedes la conocen. Así ha sido siempre.

Cuando muchacha, dormía ella y mi hermana Luisa en un mismo cuarto.

Una vez, en medio de la noche, se despierta Luisa oyendo los llantos lastimeros de Carmen; lloraba dormida; estaba soñando. Después de inútiles esfuerzos por despertarla llamándola con toda la fuerza de su voz, encendió luz y se acercó a su cama para librarla de su pesadilla, tocándola y hablándole de cerca. Lo consiguió no sin trabajo. Su rostro estaba pálido y desfigurado.

—¡Dios mío, Dios mío! dijo, sentándose en la cama y separando los cabellos de su faz despavorida. ¿Qué ha pasado? Hilario se ha caído del caballo; está mal herido, yo lo he visto.

—Has soñado, Carmen,—le dice su hermana—bien sabes que hoy hemos recibido carta de él y nos dice que no tiene novedad. Has soñado.

—¡Ay, hijita! qué sueño! lo he estado viendo tendido con aspecto cadavérico en una cama improvisada hecha en el suelo, dentro de un rancho miserable a la orilla de un camino. Iba de paseo con unos amigos; el caballo que montaba se espantó de un zorrino que cruzó la vereda y le dió tan feroz golpe que lo dejó por muerto en tierra: ¡Ay, qué sueño tan espantoso! Yo he estado oyendo lo que decían sus compañeros afligidos; allí no tenían ningún recurso para asistirlo; uno de ellos era médico y dijo que era un caso de conmoción cerebral grave y se manifestó muy alarmado y temeroso de un desenlace fatal. ¡Pobre Hilario! ¡Pobre hermano! Y esto diciendo, prorrumpe a llorar desconsolada.

—Pero, hijita, no llores, le dice su hermana que, viendo su agitación, se había sentado en camisa en su cama al lado de ella, sin pensar en tomar más abrigo. ¡Qué paseo a caballo se te ocurre que pueda hacerse a esta hora? Deben ser lo menos las dos de la mañana.

Esto diciendo, tomó el reloj de la relojera.

—Las dos menos cuarto, dijo después de consultarlo. Siempre estás con tus alarmas y presentimientos; parece que fueras supersticiosa. Acuéstate y duérmete tranquila. Aunque había entre las dos muy poca diferencia de edad, Luisa, como hermana mayor, ejercía sobre ella cierta autoridad.

Una vez que la vió acostada, se puso ella también en cama y apagó la luz. Pero seguía oyendo los sollozos de la muchacha mezclados de exclamaciones de alarma y desconsuelo. ¡Dios mío! ¡Qué irá a resultar de esto! ¡Conmoción cerebral! ¡Un caso grave!

—Bueno, pues, Carmen, ni duermes tú, ni dejas dormir; ¡parece locura esto!

—Hermanita, no lo puedo remediar. Yo te agradezco mucho que me hayas despertado, porque en ese momento tenía a la vista un cuadro que me hacía sufrir horriblemente y yo nada podía hacer. Cuando me desperté iba a salir uno de los compañeros de Hilario, mandado por el doctor, a Mendoza en busca de remedios; no había tiempo que perder; pero no sé al fin si fué.

Durmiéronse por fin, ambas muchachas sin dejar Carmen de suspirar en sueños; pero no había transcurrido una hora, cuando empieza nuevamente a llorar a gritos articulando las palabras ininteligibles que

suelen pronunciarse durante una pesadilla.

Dejóse caer Luisa nuevamente de su lecho, encendió la luz y vino a despertar a su hermana.

¡Hilario está muy malo! dijo ésta, volviendo en su acuerdo, el médico ha dicho que no hay esperanza. El médico es Reta; el que ha ido a la ciudad es Manuel Videla. Tarda en volver. El doctor Reta dice que si demora media hora Videla, no habrá qué hacer. El accidente ha sucedido en las chacras de Coria.

—Pero, hijita,—le dice Luisa, que, viendo aquella persistencia de presentimientos de su hermana, empezaba a sentirse inquieta de veras,—convéncete de que esto no es más que un sueño; tú lo ves como algo que sucede en este momento; pero, ¿qué podían hacer a esta hora cabalgando por las chacras de Coria?

—Yo no sé, pero me parece que iban de paseo; puede ser que viniesen de vuelta.

—Bueno, bueno, mañana por la mañana haremos un telegrama al doctor Reta a Mendoza y te curarás de estas locuras y nerviosidades. ¡Durmamos!

Eran ya las tres de la mañana.

Con la primera luz del día, que no tardó mucho, porque era aquello en pleno verano, se levantaron ambas y despertando a la **mama** Manuela, le pidieron que las acompañara al telégrafo.

—¿Están locas, criaturas? les dice la cariñosa viejita, ¿qué van a hacer al telégrafo a esta hora? **recién** son las cinco de la mañana.

—Esta ha soñado dos veces, le dice Luisa, que Hilario está muy malo.

La mama Manuela, que idolatraba al muchacho y era en extremo crédula de sueños y presentimientos, fué desde ese momento la más afligida y apurada de las tres. Vistióse a toda prisa y las acompañó a la oficina más próxima que estaba cerca de la Plaza Vicente López.

Tuvieron que esperar a que se abriera, entonando en coro no interrumpido de **dios mios y válgame dioses** en que Luisa no tenía la menor parte. ¡Pobrecito mi hijito! decía doña Manuela, que nos daba a todos en casa este tratamiento y a todos nos siguió prodigando el de **niños** hasta que se murió y a fé que entonces yo peinaba blanco. Era una de esas antiguas sirvientas que el afecto transforma en miembros de la familia; ella me había criado a sus pechos y fué nodriza seca de todos mis hermanos y hermanas.

Hilario, el menor de los varones, que precedía a Luisa, era su predilecto. ¡Si habrá salvado, decía, no abren estos pícaros! ¡Miren si es cachaza! ¡Y una sin poder saber aquí lo que le pasa al hijo de mi corazón!

Por fin rechina la puerta de la oficina y aparecen en zapatillas y camiseta, el portero escoba en mano.

Sin dar tiempo a que se abriera del todo la puerta, se abalanzan por ella las tres impacientes y afligidas criaturas.

—¿Ande van? les dice el gallego, la señurita duerme, vengan más tarde.

—Toma, le dice Luisa, poniéndole un billete de dos pesos en la mano, dile a tu señorita que nos haga la obra de caridad de despachurnos un telegrama urgente para Mendoza, y nos obligará para toda la vida.

—Bueno, si se enuja, yo nu tengo la culpa.

—Vaya Ud. amigo, dijo la mama Manuela, vaya que la señorita es muy buena y no se ha de enojar, dígale que está aquí doña Manuela.

La elocuencia del billete, más que la de las palabras, sedujo al celoso gallego, y la señorita que era una excelente y obsequiosísima persona, no tardó cinco minutos en salir correctísima y elegante, con toda la frescura de la juventud y de las matinales ablusiones.

Se hizo en el acto el telegrama al doctor Reta preguntando por Hilario.

La respuesta no se hizo esperar.

La señorita, habituada a leer y recibir los telegramas por el sonido que produce la armadura del electroimán, iba diciendo cada palabra sin necesidad de consultar la cinta registradora.

"Hilario" fué la palabra primera que pronunció y siguió el **tic tac** del electroimán en medio del silencio sepulcral y la cadenciosa y agitada respiración de los que en impaciente expectativa aguardaban la próxima palabra de labios de la señorita.

"En casa" dijo ésta.

—¡En casa del doctor Reta, exclamó Luisa. ¿Lo ves? ¡no ha sido más que un sueño!

Sigue el tic tac, renovándose la expectativa de las unas y la sacerdotal actitud de la linda señorita que escucha el enig-

mático ruido: "fuera"... agregó su dulce y solemne vocecita... "de"... "peligro"...

Al oir esto, las tres prorrumpieron a llorar.

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios! exclamaban Luisa y Carmen.

—¡Pobrecito, hijo de mi alma! decía entre sollozos y sorbidos doña Manuela.

Entretanto, seguía sin interrupción el ruidito trepidante del electroimán escuchado atentamente por la linda telegrafista, quien, al fin, completando lo transmitido, dijo:

"...atendido por mí; carta correo".

"Primitivo de la Reta".

Tardaron mis hermanas y el aya unos momentos más para recibir de la señorita una copia del telegrama del doctor Reta y volvieron a casa todas llorosas como si vinieran de oir un sermón de pasión.

Cuando llegaron, serían las seis de la mañana; yo iba saliendo en ese momento y no disimulé mi sorpresa al verlas tan temprano y tan agitadas.

Impusiéronme del caso y me mostraron el telegrama del doctor Reta, contestación del que, tomando mi nombre, le acababan de hacer ellas.

Diciendo esto, sacó Andrés de su cartera aquel documento. Llevaba fecha enero 15 de 1882, transmitido a las cinco y cuarto de la mañana. Examinámoslo prolijamente todos, uno después de otro y lo restituímos al narrador, quien lo volvió a guardar esmeradamente en su cartera.

—Cinco días después, siguió diciendo, recibí esta carta y sacó una, de la misma cartera, poniéndola en manos de Alfredo. Todos nos agolpamos en derredor de éste, quien desdoblando el pliego, se dispuso a leerlo en alta voz. He aquí su texto:

"Mi querido Andrés: sin tu telegrama de esta mañana, que contesté sin demora, habría disimulado el accidente ocurrido a la una de esta madrugada a tu hermano Hilario, hasta su completo restablecimiento; felizmente a esta hora, está ya fuera de cuidado y espero que en pocos días más podrá acompañarme a Buenos Aires y tendré el placer de restituirlo a la familia sano y salvo.

Volviamos de "La Crucecita", Hilario, Manuel Videla, mi hermano Estanislao y yo, cuando el caballo de Hilario que era asustadizo, se espantó de un zorrino que salió huyendo del inmediato cerco y dió una tendida lateral tan violenta y repentina, que el pobre Hilario fué a dar en tierra y quedó inmóvil como un cadáver.

La noche no era muy obscura, y pude inmediatamente cerciorarme de que no había fractura ni herida. Lo transportamos en seguida a un rancho inmediato y le improvisamos en tierra una cama como pudimos con nuestros ponchos y caronas. Así, a obscuras, diagnostiqué un caso de conmoción cerebral grave.

El rancho pertenece a unos italianos cuidadores de viñas y tú sabes cómo vive esta gente; allí no había catre ni cama; el padre, la madre y tres muchachos, dormían vestidos sobre montones de hojas y chalas.

Inmediatamente salió para Mendoza Manuel, que era el mejor montado, en busca de mi cartera de cirugía que por un olvido raro no llevaba conmigo y con encargo de tocar en lo de Licardi para traer los remedios que el caso requería y ordenar en lo de Olive el inmediato envío de un carruaje para transportar a la ciudad al enfermo.

Con dificultad conseguimos una luz, traída de una casa de aquellas inmediaciones y, examinado el enfermo, confirmé mi diagnóstico; le prodigué los cuidados que la ciencia aconseja en semejante caso y que la falta casi absoluta de medios permitía. Manuel tardaba con los auxilios y la situación se hacía desesperada.

Si Manuel demora media hora, dije, es caso perdido.

Yo no tenía un escarbadientes. Estanislao jamás carga cortaplumas. No había tiempo que perder, sangré al enfermo con un cuchillo del viñatero. Antes de treinta segundos de emisión sanguínea, hizo una inspiración profunda y abrió los ojos. Dos minutos después, cuando llegaba Manuel, pronunció la primera palabra, que fué el nombre de tu hermanita Carmen. Insistió con voz más clara: ¡Carmen! ¿Dónde está Carmen?

—Ya viene, le dije, ¿qué te duele?

—No sé, ¿qué ha habido? ¿dónde estamos? ¡Ah, ya recuerdo, me he caído del caballo!

No tardó en llegar el coche; y después de vendar la herida y administrar al enfermo una poción etérea y reconfortante,

pudimos transportarlo al vehículo y traerlo a esta tu casa con el mayor cuidado.

En este momento que te escribo son las ocho de la mañana. ¡Duerme tranquilamente! Está salvado, gracias a Dios, como te lo comuniqué en mi telegrama de esta madrugada.

Ya que el caso ha perdido su gravedad y deja lugar a ser curioso, dime ¿cómo diablos se te ocurrió preguntar telegráficamente por tu hermano Hilario, justamente cuando acababa de ocurrirle este percance desgraciado que lo ha tenido en tan grave peligro? ¿Qué duende te infundió esta inspiración? ¿O ha sido pura casualidad? Explícame esto cuando me escribas...

—Ustedes conocen la explicación, dijo Andrés, interrumpiendo al lector: es la misma que en iguales o parecidos términos transmití a vuelta de correo a mi amigo el doctor de la Reta.

—Pero es un caso de **telepatía**, insinué yo.

—No, precisamente, observó Andrés; por más objetable que sea la formación etimológica de ese término de moderna invención, está admitido por todas las lenguas para denotar fenómenos de otro orden: en la telepatía intervienen dos voluntades que se comunican a la distancia, la una activa que imparte órdenes, la otra pasiva que las recibe y las obedece irresistiblemente y esto sin que medie conductor para la transmisión.

Sobre esta clase de fenómenos no tengo datos positivos; no me ha sido posible hasta ahora separar, a su respecto, la verdad del fraude y la impostura.

El caso de mi hermana Carmen puede llamarse **percepción telepática o sensibilidad a distancia.**

Yo, por dejarme de griegos y latines, lo llamo **presentimiento**, aunque en realidad no hay previsión. Este nombre tiene la ventaja de ser sencillo y el inconveniente de equiparar la distancia en el espacio con la distancia en el tiempo.

Nos despedimos todos de Andrés y salimos juntos.

Antes de separarnos para dirigirnos a nuestros respectivos domicilios, exclamamos unos:

—¡Es curioso!

—¡Es maravilloso! replicaron los otros; y quedamos convenidos en no faltar la noche siguiente para oir de labios de Andrés otro caso de percepción telepática.

Buenos Aires, Julio 1914.

Edificio de la Escuela, en el Puerto Militar de Talcahuano

La Escuela de Ingenieros de la Armada

Ilustraciones fotográficas

Historia y objetivo que persigue

Por decreto supremo, sección 1.ª, número 1,383 de 22 de junio de 1896, siendo Presidente de la República don Jorge Montt y Ministro de Marina don Luis Barros Borgoño, se creó la Escuela de Ingenieros Mecánicos de la Armada, creación debida a la influencia del progreso de la moderna ciencia naval.

Empezó a funcionar en Valparaíso, con 25 alumnos, el 1.º de noviembre de 1896.

Ha tenido los siguientes directores desde su fundación hasta la fecha:

Ingeniero, don Manuel Altamirano.
Capitán de navío, don Arturo Cuevas.
Capitán de fragata, don Arturo Whitside.
Capitán de navío, don Agustín Fontaine.
Capitán de navío, don Carlos Fuenzalida.
Capitán de fragata, don Arturo Acevedo L.

Su objetivo primordial es la de preparar especialmente los oficiales encargados de las máquinas de nuestras unidades de combate y el secundario, como organismo del Estado, cooperar activamente al fomento de su cultura y de su potencialidad industrial; para este último objeto se han aumentado las becas de cadetes supernumerarios.

Como se ve, su labor no sólo consiste en preparar ingenieros de marina, sino que extiende su radio de acción a otras actividades que son necesarias para el progreso del país.

Don Pedro Montt, en su memoria presentada al Congreso Nacional, en 1909, decía a este respecto:

"No sería prudente detener este éxodo " (se refería a los cadetes que una vez " terminados sus estudios en el establecimiento, no continuaban en la Marina)

Cuerpo de jefes, oficiales y profesores de la Escuela

" de jóvenes ingenieros a la industria pri-
" vada, ni habría en ello conveniencia, ya
" que los conocimientos que reciben en la
" Escuela van a emplearse en otras ramas
" del progreso general".

Por tal razón la Escuela ha aumentado considerablemente el número de cadetes supernumerarios, con lo cual quiere satisfacer las necesidades generales, sin abandonar, por cierto, su fin principal de formar ingenieros de marina.

Local

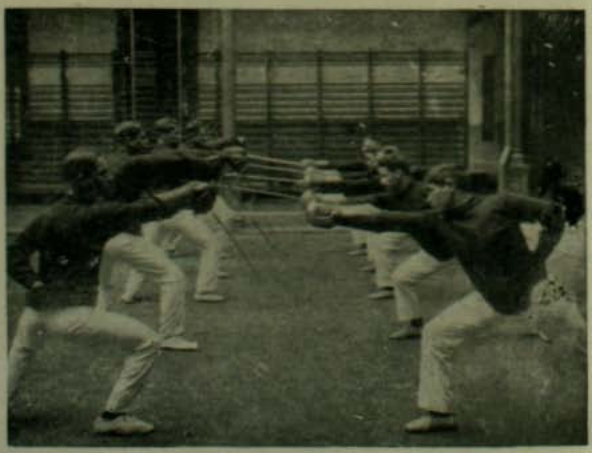
El local que ocupaba en Valparaíso se fué haciendo estrecho en forma que no podía dar cabida a un número superior a 125 cadetes, fundamento que tuvo presente la Superioridad de la Armada para construir el cómodo edificio que ocupa actualmente en Talcahuano, en el Puerto Militar.

Con este cambio se ha encontrado en situación de mejorar y aumentar considerablemente la enseñanza práctica por medio del ensanchamiento de la maestranza y de la instalación de gabinetes y laboratorios, con elementos que le permiten dar a su instrucción un rumbo práctico y profesional e industrial, reclamado por el progreso material de la Nación.

Nuevas orientaciones creadas por la Escuela de Ingenieros.

Nuestros antepasados fueron generalmente partidarios de la educación puramente intelectual, encontrándose quizás en esta manera de pensar la causa de que hoy día muchas de las profesiones liberales atraviesen por aguda crisis.

El prejuicio de que sólo debía considerarse al joven que podía ostentar un título universitario, va desapareciendo paulatinamente y consolidándose el criterio de que Chile necesita para poder ocupar una figuración expectable, aunar y dirigir los esfuerzos de las personas conscientes, en el sentido de hacer comprender a la juventud que el país cifra su natural progreso en el desarrollo concienzudo de sus industrias, y por consiguiente, de su comercio, para lo cual se reclaman sus brazos y cerebros, y, en fin, que es a ese inexplotado campo adonde deben encauzar sus actividades intelectuales y sus anhelos de futuro bienestar individual y colectivo.



Cadetes en clase de esgrima de sable

De aquí podemos deducir que la Escuela de Ingenieros tiene sobre sí una alta tarea de transcendencia como factor valioso del adelanto del país, al tener que instruir sistemáticamente a los jóvenes que se consagran a los estudios mencionados.

Ingeniero-jefe de talleres, ingeniero-ayudante y maestros instructores

Asignaturas que se cursan en este plantel

Los estudios que se llevan a cabo en este plantel de educación de la Armada se desarrollan en cinco años, al final de los cuales pueden ingresar los cadetes a la Armada de Guerra con el título de Aspirantes a Ingenieros, siguiendo en los grados que consulta el escalafón, hasta ingeniero contralmirante.

Persiguiendo el fin de que ya se ha hecho mérito, la enseñanza que se proporciona a los alumnos tiene que ser necesariamente teórico-práctica.

Con la instrucción teórica se persigue el desarrollo de la capacidad individual; aquella conserva siempre estrecho contacto con la parte práctica.

Los ramos que se cursan, por orden alfabético, son los siguientes:

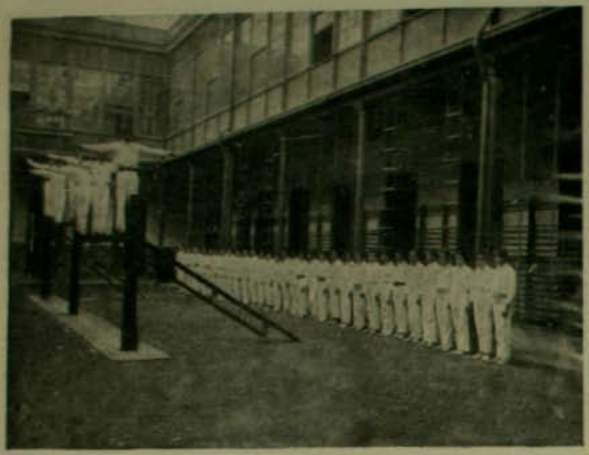
Algebra, Arquitectura Naval, Baile, Castellano, Cálculo infinitesimal, Construcción de Máquinas, Dibujo Geométrico, Dibujo de ornamentación, Dibujo de construcción de máquinas, Dibujo mecánico, Electricidad, Esgrima, Francés, Física, Fisiología e Higiene, Historia y Geografía, Inglés, Instrucción militar, Geometría analítica, Geometría descriptiva, Gimnasia, Máquinas, Máquinas de combustión interna, Mecánica, Religión y Moral, Química, Torpedos, Trigonometría, Trabajos prácticos de talleres, que comprenden:

Armaduría de máquinas, Calderería, Carpintería, Cobrería, Combustión interna, Tornos, Electricidad, Fundición, Herrería, Mecánica, Modelería.

La enseñanza teórica es proporcionada por oficiales ingenieros de la Armada, profesores titulados y de especialistas en sus ramos.

La parte práctica, que se refiere a los trabajos inherentes a la profesión de ingenieros mecánicos está a cargo de

Sección de carpintería y modelado



Cadetes en clase de gimnasia

maestros instructores que proceden en sus tareas bajo la inmediata vigilancia del ingeniero jefe de los talleres o de sus ayudantes. Fuera de la maestranza cuentan los cadetes para sus labores con el buque tender que posee el establecimiento.

Consecuente con el objetivo de obtener una mayor eficiencia en la instrucción práctica, los cursos están divididos en pequeños grupos que van pasando por un estricto orden sucesivo, durante períodos no inferiores a un trimestre, por todos los departamentos y secciones de la maestranza.

De acuerdo con los progresos de las ciencias, la Escuela cuenta con los siguientes gabinetes y laboratorios: Química, Física, Electricidad, Mecánica y Máquinas.

Cada una de estas secciones tiene un gran número de aparatos y elementos que se emplean para las demostraciones experimentales que se derivan de la instrucción teórica, consiguiéndose con ello hacer la enseñanza objetiva, y por lo tanto, atractiva para los educandos.

El Supremo Gobierno ha dispensado a estas cuatro secciones la atención que ellas merecen, pues, a pesar del régimen de economías existente, destinó en el presupuesto de gastos del año en curso la cantidad de $ 20,000 oro de 18d. para sus diversas adquisiciones.

En esta forma, la enseñanza científica, a cargo de profesores competentes, y la enseñanza práctica, encargada de conciliarse con la teórica, marchan en esta Escuela en íntima relación complementándose mutuamente.

La adquisición de esta suma de conocimientos capacita a los alumnos para ejercitar su actividad en la dirección de cualquiera faena de orden industrial que necesite la cooperación de personas inteligentemente preparadas, que sean capaces de dar nuevos rumbos a los procedimientos rutinarios con que lentamente se desarrolla la producción de nuestras industrias fabriles.

Forma en que se efectúa la enseñanza de algunos ramos

Química

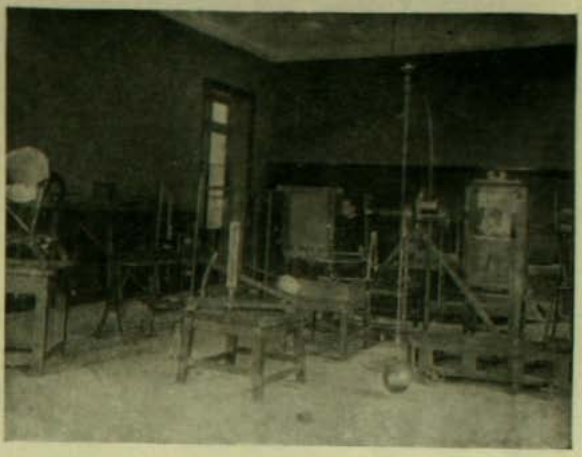
A la química, que es una de las ciencias

Comedor de los cadetes

que están más de acuerdo con la tendencia investigadora del espíritu humano, a la que se deben grandes descubrimientos y la creación de ciencias nuevas, se le da gran importancia en la escuela de ingenieros.

Esta asignatura se concreta especialmente al estudio de los medios de reconocer los materiales que se usan a bordo: bronces, aceros, pinturas, ladrillos, etc.; los medios de reconocer las propiedades de los lubricantes; las cualidades del agua, de los combustibles: conservación del material, etc. Adquieren en seguida ideas generales de química, en una forma elemental, dedicándole atención preferente a aquellos capítulos que tienen atingencia con estudios posteriores, como ser: hidrocarburos, ácidos orgánicos, alcoholes, etc. Se termina con un estudio rápido sobre los explosivos.

En el 4.º año se empieza de lleno con la química aplicada a la marina. Se estudian en este curso: agua, combustibles y lubricantes, y en el 5.º se sigue con los materiales de construcción usados a bordo: corrosiones, suciedad, pintura, etc.



Laboratorio de mecánica

En el curso de estas lecciones se hacen todos los experimentos necesarios para que las materias resulten comprensibles, de tal manera que los alumnos se dan cuenta cabal de los distintos fenómenos, de las reacciones de los diversos cuerpos entre sí, de las propiedades de cada uno de ellos, etc.

En tales experiencias los cadetes intervienen directamente, no permaneciendo como meros espectadores, sino trabajando en ellos a parejas con su profesor.

Con este sistema se da mucha amenidad a estas clases y el conocimiento que adquieren los educandos es el fruto de sus propias investigaciones. Es así como se consigue adiestrarlos en las diversas manipulaciones químicas y se tiende a fortalecer su espíritu poniendo en juego todas sus actividades mentales, cumpliendo con ello con los preceptos de la Pedagogía moderna.

Con la conveniente anticipación, el profesor hace la distribución de los trabajos prácticos que es necesario efectuar en cada materia, en el curso de

Dormitorio de la 1.ª Compañía

cada semana, entre todos los alumnos. Estos trabajan por cursos de a dos. Al entrar al gabinete cada grupo ocupa su sitio respectivo, arma sus aparatos y empieza inmediatamente su labor.

Las anotaciones y resultados obtenidos los apuntan en sus borradores, datos que corrigen y ordenan para pasarlos a un formulario especial en que deben detallar la forma en que han tenido que proceder. Estos mismos resultados son copiados después en su cuaderno en limpio de anotaciones de clases.

La misión del profesor se concreta en estas tareas a guiar a los cadetes durante

Uniforme De cuartel Brigadier De cuartel
(De taller) (invierno) (en servicio) (verano)

las experiencias, proporcionándoles las indicaciones del caso respecto al cuidado y al modo de hacer las observaciones.

Física

Para la enseñanza de la Física, la Escuela cuenta con una sala espaciosa, provista de cortinaje negro a objeto de obscurecerla para hacer las proyecciones de la clase de óptica.

Posee un megadesascopio bastante poderoso para proyecciones de gran intensidad luminosa que permite observar preparaciones microscópicas, láminas, dispositivos, objetos y cuerpos opacos.

En estanterías apropiadas se guardan cuidadosamente los aparatos de demostración para la clase de Física.

Su importancia en el conjunto de ramos que se enseñan en la Escuela es relativa, por cuanto los capítulos más importantes de aplicación práctica están separados y a cargo de profesores especialistas; nos referimos a la mecánica y a la electricidad, asignaturas que constituyen uno de los estudios de mayor importancia.

El estudio de la Física empieza en el segundo año, con dos horas semanales. Debido a la circunstancia de que en este curso se principia con el estudio del álgebra, no se tratan todavía materias para cuyo desarrollo se necesita de las matemáticas, dedicándose a la acústica, meteorología, ideas generales de algunos capítulos de calor y elementos de mecánica: movimiento, gravedad, hidrostática, aerostática, etc.

Con dos horas semanales de clases se continúa este estudio en el tercer año, cursos que con sus mayores conocimientos de álgebra y principios de trigonometría, se encuentra ya en situación de estudiar más a fondo materias de mayor complejidad. Dada su importancia, se trata en este año, detalladamente, el calor, porque en la Escuela es esta la parte de la Física que se estudia con marcado interés por constituir la base de los conocimientos de máquinas a vapor, combustión interna, etc.

Estas clases son experimentales y se resuelven en ellas gran número de problemas de inmediata aplicación práctica.

Electricidad

La electricidad empieza a estudiarse en el cuarto año, con tres horas semanales de clases, dando preferencia a los capítulos que se expresan:

Nociones generales.—Acciones químicas. Acciones caloríficas de las corrientes. Magnetismo. Electromagnetismo. Inducción y sus leyes. Unidades y medidas. Electrometría. Diversos tipos de pilas y campanillas eléctricas. Dinamos: su teoría, su construcción y su uso.

En el 5.° año se continúa esta asignatura con tres horas semanales de clases, repasando la última parte estudiada en el cuarto año, que se refiere a los dinamos, por cuanto su estudio presenta dificultades de comprensión que se subsanan en este curso con los mayores conocimientos generales que aportan a él los alumnos.

Se dedican especialmente en este año a las materias siguientes:

Transmisión eléctrica de la energía. Alumbrado eléctrico en sus diferentes usos, ya sea a bordo o en tierra. Proyectores eléctricos .Diversos sistemas de señales. Cálculo completo de instalaciones de alumbrado. Averías y pruebas de máquinas eléctricas. Acumuladores. Estudio detallado sobre la construcción y uso de los acumuladores. Máquinas de corrientes alternativas. Estudio completo de generadores y motores de diferentes tipos. Telegrafía eléctrica. Estudio de los sistemas más usados de telegrafía eléctrica. Telefonía. Estudio de instalaciones telefónicas y su funcionamiento. Telegrafía sin hilos. Estudio de los sistemas de telegrafía sin hilos en uso en la Marina.

Todos estos conocimientos teóricos son inculcados a los cadetes conjuntamente con los experimentos respectivos para cuyo objeto se cuenta con un gabinete provisto de los aparatos necesarios.

Los cadetes del quinto año, en algunas de las horas dedicadas a trabajos prácticos, distribuídos en grupos, repiten muchas de las experiencias, de modo que cada uno de ellos puede verificar el mayor número posible de las leyes y principios de la electricidad.

La finalidad que se persigue con la ejecución de estos experimentos no es solamente enseñar al cadete a darse cuenta de lo que es la corriente eléctrica, sino el muy primordial de que adquiera la confianza indispensable para el buen manejo de los diversos aparatos que se le presentarán más tarde en el ejercicio de su profesión.

En el resto de las horas de trabajos prácticos, los alumnos se dedican también a efectuar instalaciones de alumbrado, de dinamos, motores, acumuladores etc., en las distintas secciones del establecimiento.

Practican en la confección de máquinas eléctricas, dándole preferencia a la construcción de dinamos, preocupándose ellos mismos de todos sus detalles: desde el cálculo hasta dejar terminado el aparato.

En vista de la gran importancia y aplicación que tiene la electricidad, la Escuela continúa desarrollando este gabinete hasta dejarlo en condiciones similares a los de los mejores institutos europeos, de manera que la instrucción pueda hacerse aún más provechosa.

Combustión interna

Sin duda alguna, la creación de la clase de combustión interna en la Escuela de Ingenieros obedeció al vasto plan concebido por la Superioridad de la Armada en orden al aumento y eficiencia de nuestra flota de combate.

El motor a explosión, que hasta hace pocos años se le consideraba útil solamente para pequeñas industrias, ha resurgido vigorosamente, y no sólo se le ve hoy día rivalizar con brillo con las máquinas a vapor y con las de grandes instalaciones a

De parada (Sin capote) *De parada (con cap.)* *Brigadier (en formación)* *Cadete (en for.)*

gas pobre, sino que se les ha puesto como fuerza incontrastable en el automovilismo, en los dirigibles y submarinos, elementos estos últimos que confían para el aumento de su eficiencia en los progresos que realicen los motores mencionados.

No son menores sus aplicaciones en la navegación moderna en general: las marinas de guerra, aparte de la aplicación que le dan en los submarinos, lo emplean actualmente en botes y aún en torpederos; las marinas mercantes: en buques de pasajeros, de salvamento y en buques contra-incendio; también tienen aplicación en la navegación de recreo: en yates y embarcaciones de regatas.

Para pequeños poderes, la victoria del motor a explosión es ya un hecho indiscutible debido a su escaso peso y volumen; para potencias grandes se han podido paliar ya sus ventajas referentes a la economía de gastos de explotación que encierra el principio de la combustión interna, puesto que esta calidad de motor realiza las necesidades termodinámicas que no pue-

den conseguirse con la máquina a vapor, en la cual el aprovechamiento o rendimiento calorífico es y tendrá que ser siempre muy bajo.

Puede decirse, sin caer en la exageración, que el mundo entero está pendiente de los avances que efectúan tales motores que van en rápido progreso.

Hemos creído haber dado a conocer la importancia que tiene esta enseñanza; nos corresponde tratar ahora de la forma en que ella se proporciona a los alumnos.

El profesor respectivo desarrolla su materia en forma de conferencias que ilustra con diagramas, croquis en la pizarra y con láminas.

En la maestranza de la Escuela, anexa a la sección de máquinas, está el departamento de combustión interna, dotado de motores para que los cadetes del último curso obtengan su aprendizaje práctico.

De esta manera los jóvenes utilizan los conocimientos adquiridos en clase, ejecutando gran número de labores debidas exclusivamente a su iniciativa, llegando a poseer así un valioso caudal de experiencias.

Los cadetes han podido efectuar, en el taller de referencia, trabajos de suma importancia para su aprendizaje, tales como: la reparación de un motor de 45 caballos para la lancha automóvil que posee el establecimiento; de uno de 6, acoplado a un dinamo; instalación de otro de 16 H. P., acoplado también a un dinamo; construcción de un motor a bencina de 5 H. P.

Educación física

La profesión de ingeniero naval, más que ninguna otra, reclama de los que a ella se dedican una salud compatible con la vida de mar.

Persiguiendo esta condición y dando cumplimiento a los principios fundamentales de la armonía en la enseñanza, la dirección del establecimiento ha dado a esta asignatura preferente atención.

Hace poco se terminó la instalación del Gimnasio, según los principios de Ling, con una sala anexa de antropometría en cuyos archivos se encuentran anotados los progresos del desarrollo corporal de los educandos.

Esta educación no sólo se concreta a los ejercicios especiales de la gimnasia, sino también a juegos al aire libre: lawn-tennis, foot-ball, patinaje, boga, natación, etc.

La educación física cuya base es la fisiología, tiende, como se ve, al desarrollo del cuerpo, robustece la salud, comunica alegría y buen humor, conduce a la posesión de una voluntad bien intencionada y a la perseverancia.

De esta manera la Escuela de Ingenieros trata de que los cadetes constituyan un conjunto armónico de inteligencia y de destreza que los deje aptos para salir airosos en la lucha por la vida.

Forma en que procede la Escuela para aquilatar el grado de conocimiento de los cadetes

Con este objeto ha establecido certámenes trimestrales, cuyas votaciones, conjuntamente con la nota media del año, y el examen anual, forma el sistema que consideramos como uno de los que más se acercan al ideal pedagógico.

En la última semana de los meses de mayo y agosto, los profesores proponen seis preguntas a los alumnos sobre las materias que han pasado en los trimestres respectivos. Una vez que aquellos han puesto las votaciones, pasan los trabajos de los alumnos a ser examinados por las comisiones especiales nombradas por la dirección, las que deben formar la lista de orden de mérito en cada asignatura.

El certamen de mayo tiene	coeficiente		1
„ „ „ agosto	„	„	2
Nota media del año en las clases	„	„	3
El examen anual	„	„	4

Las notas obtenidas por los alumnos en cada uno de los casos anteriores, se multiplican por sus coeficientes respectivos, y el total de los cuatro productos se divide por 10, suma de los coeficientes, para obtener la nota media general.

El cadete que obtiene en un ramo un total inferior a 40 puntos se considera co-

mo reprobado.—Si dicho total fluctúa entre 40 y 50, se le considera como aprobado sólo en el caso de que en el examen anual se le conceda su aprobación por mayoría de votos.

Si el total es igual o mayor de 50, se le considera aprobado en todo caso, aún cuando salga mal en su examen anual.

A los jóvenes que obtienen un total igual o superior a 75 puntos, se les considera como distinguidos.

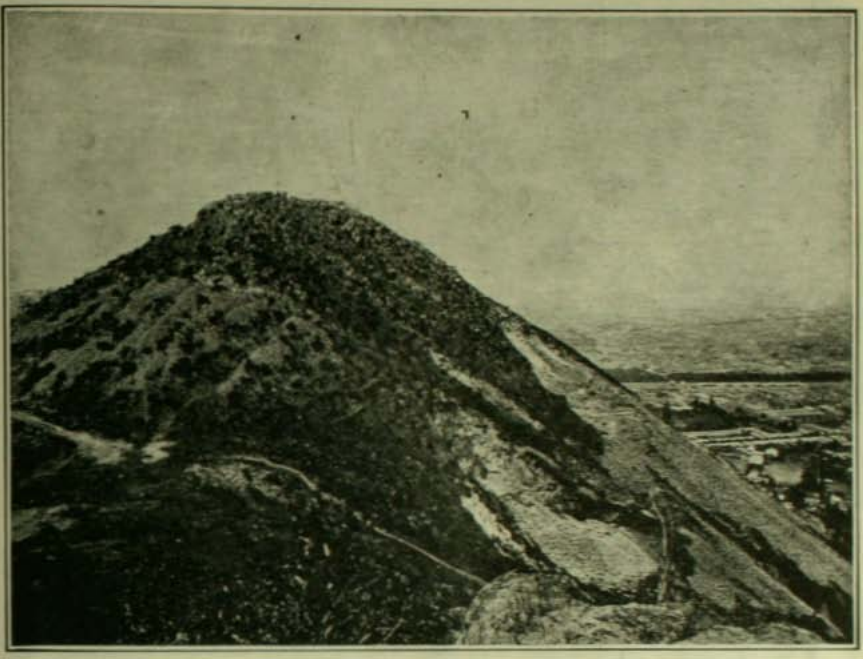
Con la implantación de este sistema se ha querido descargar a los educandos del ímprobo trabajo que les significaba la preparación del examen de fin de año cuyos resultados no siempre correspondían á sus desvelos y en los que estaban expuestos a la contingencia de su sistema nervioso y a su buena o mala suerte.

Con el antiguo método verificaban los alumnos un excesivo trabajo mental en una sola época del año, muy perjudicial para su desarrollo, y lo que se traducía en ellos en una falsa apreciación del significado de sus estudios: de que sólo debían forzar su cerebro para lucirse en la prueba final. Era así como recargaban su memoria con toda clase de conocimientos y de ideas cuyos efectivos no asimilaban y que olvidaban con la misma facilidad con que los habían aprendido.

Del conjunto de los datos expuestos más arriba, inferimos la conclusión de que la Escuela de Ingenieros va formando paulativamente la legión de ingenieros mecánicos navales e industriales que proyecte su acción a través de las diversas actividades del país, con lo cual contribuirán eficazmente al anhelado resurgimiento económico de la República.

...Entonces se puede ver desde abajo la Virgen que se recorta blanca y pura sobre el fondo del cielo, con los brazos levantados hacia la inmensidad, como si guiara a los hombres hacia regiones de luz, mientras su túnica de grandes pliegues se extiende protectora sobre sus miserias...

El San Cristóbal



...Aquí y allá diseminadas por las laderas cubiertas de yerbas silvestres...

Más que el Santa Lucía, magnífico peñón que constituye un justo orgullo para nuestra ciudad tan pobre en paseos, se impone por su tamaño el Cerro San Cristóbal. Desde cualquier punto que se le busque con la mirada, puede vérsele junto a Santiago como un centinela gigante que meditase sobre el destino de ese medio millón de almas que pulula a sus pies con la agitación de gusanillos. Cualesquiera que sean los trastornos que se operen a su alrededor, el San Cristóbal permanece inmutable, sin perder por un instante su actitud de hombre grave y sesudo. ¡Qué de cosas podría contarnos ese taciturno testigo de la historia de Santiago si una conmoción milagrosa despertara sus entrañas de piedra y pudiera expresar en nuestro idioma sus íntimos pensamientos! Porque él ha visto el nacimiento de los primeros pobladores de esta angosta cinta de tierra y solamente él sabe de dónde vinieron. Desde la Edad de Piedra, ¿desde

...Acuden al pie de la Virgen devotas de todas edades y condiciones...

edades pretéritas a las nuevas generaciones del presente, y a las que han de venir. Visión familiar, pedazo de nuestro suelo: debemos guardarte en el fondo del cerebro

Después de dirigir la vista hacia el cielo, se piensa en cosas de la tierra...

La ciudad se ve desde allí como un campamento de liliputienses...

mucho antes tal vez? Hasta nuestros días, el viejo San Cristóbal conoce el secreto. Preguntádselo. Nada os responderá. Su reserva tiene algo de la grandeza sagrada del Misterio Eterno.

Sólo cuando en las tardes el sol da sobre el valle su última mirada, el gesto del San Cristóbal parece suavizarse en una sonrisa de bondadosa despedida. Entonces se le puede ver desde abajo, coloreado de tintas delicadas, destacándose en toda su plenitud, desde sus caminillos que suben serpenteando por sus flancos, hasta sus heridas sangrientas de las canteras, su bonete gris del Observatorio y la Virgen que se recorta blanca y pura sobre el fondo del cielo, con los brazos levantados hacia la inmensidad como si guiara a los hombres hacia regiones de luz, mientras su manto de grandes pliegues se extiende protector sobre sus miserias.

¡Viejo montículo venerable! Debemos respetarte como un legado hecho por las

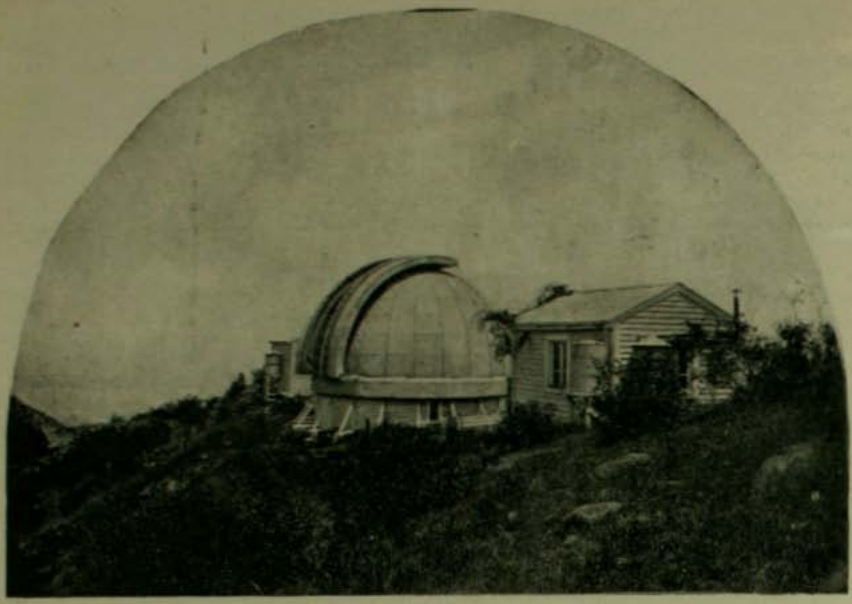
Después de cumplir un voto desciende con el alma aliviada

Un aspecto de las canteras que amenazan destruir el San Cristóbal

como un tesoro que sacaremos a luz cuando el destino nos lleve lejos, cuando necesitamos algo que nos evoque la imagen ruda y severa de la patria ausente. El San Cristóbal es lugar de peregrinación y de piedad. Desde que existe en la cumbre la imagen de la Virgen, colocada allí por iniciativa de una congregación de religiosos, acude en los días festivos y en determinadas fechas del año, una cantidad de gentes devotas que trepan penosamente sus ásperas laderas para ir a depositar al pie de la enorme estatua, sus preces o sus dádivas sencillas. Son frecuentes las romerías organizadas para suplicar a los poderes divinos una protección para las calamidades materiales o morales que suelen afligir a la población: una sequía continuada, el anunciado peligro de alguna catástrofe, la epidemia que diezma los hogares, son ocasiones corrientes que ponen a prueba la fe ingenua de muchas almas piadosas.

Un picapedrero de obra fina

Tallando adoquines para empedrar las calles de Santiago



En una de las cumbres del San Cristóbal aparece la cúpula del Observatorio

Entonces se puede ver el espectáculo curioso y conmovedor de una interminable fila de peregrinos, mujeres en su mayor parte, que sube por el camino en zig-zag de uno de los flancos, como apretada caravana de hormigas, negras, entonando canciones místicas que se elevan angustiosamente al cielo, implorando perdón para las almas pecadoras. La voz grave del sacerdote que los guía, las agudas voces de las mujeres, la misma rusticidad y desafinación de los coros, contribuye a darle cierta solemnidad lúgubre a estas fiestas antiguas conservadas por la tradición.

Los miembros de la Comisión norte-americana en la puerta de su casita de la cumbre

Mujeres de todas las edades y condiciones, envueltas en el negro sudario del manto, las frentes concentradas en una obsesión común, las miradas fijas en el suelo, arrastran sus pasos por el sendero pedregoso desgranando al aire libre sus cánticos y plegarias. El árido cerro recoge en sus pliegues el rezongo monótono de las oraciones y las lleva en sus ecos al

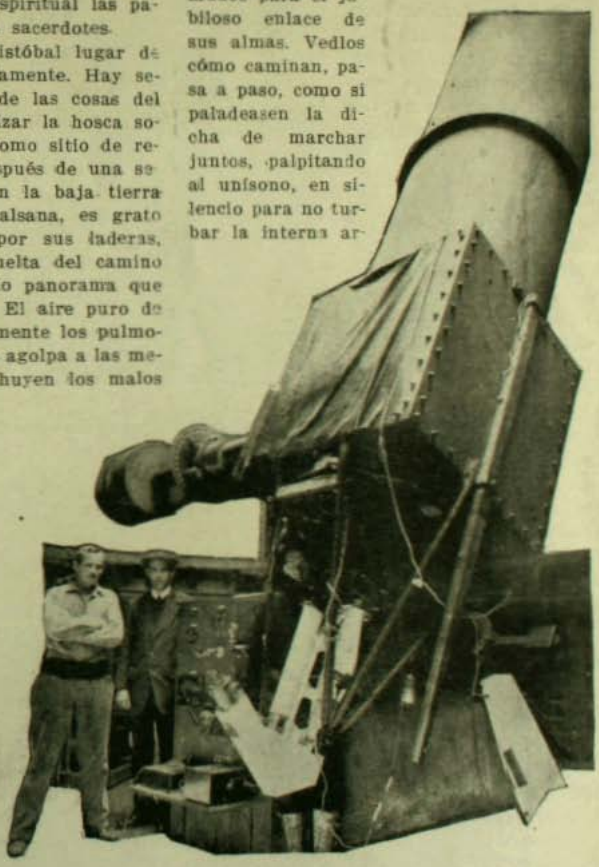
pie de la Virgen que las espera en su eterna actitud dulce y acogedora. No faltan romeros que, ávidos de martirio, caminan con los pies descalzos y, aún los hay que van sobre las desnudas rodillas, con los brazos en cruz, sudorosos y ensangrentados.

La imagen mide más de ocho metros de altura y se levanta sobre una base de piedra que forma en su concavidad una pequeña capilla a manera de gruta, con todos los atributos divinos que la habilitan para el oficio religioso. Delante de la virgen, más allá de una escalinata de piedra se agrupan en anfiteatro, asientos rústicos de madera, rodeados por una salvaje decoración de rocas. Es allí donde vienen a descansar los fieles después de su penosa ascención y reciben como refrigerio espiritual las palabras alentadoras de sus sacerdotes.

Pero no es el San Cristóbal lugar de peregrinación piadosa solamente. Hay seres más despreocupados de las cosas del cielo y que prefieren utilizar la hosca soledad de sus vericuetos como sitio de recreo y esparcimiento. Después de una semana de pesada lucha en la baja tierra cargada de atmósfera malsana, es grato ascender pausadamente por sus laderas, deteniéndose a cada revuelta del camino para contemplar el amplio panorama que se desarrolla a sus pies. El aire puro de las alturas llena violentamente los pulmones, agítase la sangre y se agolpa a las mejillas en oleadas tibias, huyen los malos pensamientos y el cerebro se aligera y se desenvuelve ágil y robusto.

La ciudad se ve desde arriba como un campamento de liliputienses y parece como que todas las preocupaciones que agitan a los hombres adquieren la misma proporción. En cambio, la mirada descubre horizontes inmensos; se detiene apenas más allá de la fértil planicie del valle y va á morir en atenuaciones de dulzura en el azulado anfiteatro que forman los montes lejanos; la cordillera de la costa, las cadenas de cerros de San Bernado, Los Andes inmaculados como una inconmesurable afirmación de fuerza y de pureza. ¡Y qué de matices infinitos en la coloración del maravilloso círculo de alturas distantes! El azul intenso, el celeste, el azul ceniza se combina en centenares de aleaciones para formar una inefable sinfonía de color, junto con el cielo y los campos verdes.

No es raro encontrar en el San Cristóbal parejas de jóvenes enamorados, que huyen de las miradas aplanadoras del mundo mezquino para buscar, en inconsciente rasgo de emancipación, un poco de libertad para sus amores, una decoración apropiada para el divagar de la mente y testigos mudos para el jubiloso enlace de sus almas. Vedlos cómo caminan, pasa a paso, como si paladeasen la dicha de marchar juntos, palpitando al unísono, en silencio para no turbar la interna ar-



El anteojo monstruo del Observatorio

para no turbar la interna armonía de sus corazones. Se detienen de vez en cuando, se vuelven a la ciudad y dejan errar las miradas bajo la cúpula luminosa del cielo. Una ráfaga suave de brisa acaricia los cabellos de ella y susurra a los oídos de él exquisitas frases de amor y esperanza. Dejadlos. No turbéis su ensueño. Es tan corta la vida y tan rápidos, tan escasos los momentos de verdadera felicidad!

Aquí y allá, diseminados por las laderas cubiertas de pequeños pedruscos, de pasto verde y raquítica vegetación de yerbas silvestres, aparecen grupos de excursionistas en los días festivos. Son en su mayoría muchachos que trepan como cabritillos y extranjeros que buscan aire puro y quietud para su descanso dominical. Es lamentable que nuestros connacionales tengan tan poca afición por esta clase de paseos modestos y reconfortantes. Y es también digno de lamentar el que nuestras autoridades no hayan adquirido ya el derecho para convertir el San Cristóbal en un bosque frondoso, plantado de pinos y araucarias, de robles y arrayanes, cruzado de caminillos y escondites apropiados para descansar, en donde nuestro pueblo pueda encontrar un paisaje vario y atrayente, como ha hecho la ciudad de Concepción con el cerro Caracol y muchas otras ciudades pequeñas del sur con los montículos más cercanos. Sería esta una obra mucho más eficaz para arrancar al obrero de la taberna que todas las proyectadas hasta hoy.

Pero parece que el grave inconveniente para realizar los proyectos de repoblación forestal del San Cristóbal se debe a que existen en él ricas canteras de piedra que explotadas en el día, amenazan convertirlo dentro de poco en un horrible cono truncado. Ya podemos ver su cumbre con enormes rebanadas que se abren a la vista de la ciudad como enormes heridas sangrientas que procurasen excitar la compasión de los santiaguinos. Pero clama en el desierto. Ni una sola mano caritativa acudirá a cicatrizarlas con sus cuidados fraternales.

En una de las cumbres del San Cristóbal aparece la cúpula del Observatorio Astronómico. Durante el día, este pequeño recinto permanece completamente desierto; pero en las noches, a la misma hora en que la diadema de la Virgen enciende sus rojas lucesillas que pretenden servir de faro en las tinieblas de la ciudad, se desenvuelve bajo el suave resplandor de las estrellas, el colosal anteojo de los astrónomos como una antena rígida que escrutase en la inmensidad el por qué de todos los misterios.

Mr. R. E. Wilson, encargado de la expedición norte-americana

Trabaja allí la expedición norte-americana dirigida por el encargado Mr. R. E. Wilson, junto de sus ayudantes Mr. R. F. Sanford y Mr. A. A. Scott. Es curiosa la vida que llevan estos ermitaños de la ciencia. Viven en la ciudad, al pie del San Cristóbal; duermen por la mañana, trabajan en sus notas y atienden al público en su oficina de la calle Pío IX, 241, durante la tarde, y suben a la cumbre a las 6 P. M. para pasar toda la noche en mística conversación con los astros hasta las 6 A. M., hora en que descienden de nuevo a la planicie. Su vida silenciosa pasa desapercibida para los habitantes de Santiago y ellos en cambio parecen preocuparse muy poco del mundo y de su enfurecido oleaje. Caminan felices, serenos, en su frágil barquilla, con la vista puesta en las alturas, en esas regiones infinitas en donde nuestra limitada imaginación sitúa el Sér Invisible que dirige nuestro rastrear de gusanos sobre la tierra. Ellos son felices y merecen toda nuestra envidia.

F. S.

LOS CLAVELES

Por

MAXIMO GORKI

Es medio día; el calor es sofocante. Acaba de tronar el cañón, no se sabe dónde. En el aire, sacudido por la explosión, se hacen más pesados los olores propios de la ciudad: más fuerte se siente ahora el ajo, el aceite de olivas, el vino y el polvo de la tierra caliente.

El ruido del día meridional, apagado por el del cañón, cesa por un momento en las calles abrasadas, en seguida se levanta de nuevo y va hacia el mar como un gran río de agua turbia.

La ciudad es pintoresca, alegre y resplandeciente como una casulla ricamente bordada; en sus gritos, su agitación y sus gemidos pasa, como un himno sagrado, el canto de la vida. La ciudad entera es un templo, erigido por el trabajo de los hombres; todo trabajo es una oración al futuro.

La gente, cubierta de sudor y de tierra habla alegremente; van a almorzar. Muchos se dirigen hacia el mar, se desnudan a toda prisa y saltan al agua. Los cuerpos morenos se ven ridículamente pequeños en el agua, tal como granos de polvo en un gran vaso de vino.

Los gritos alegres, las risas de los muchachos y el mar, invadido por los bañistas, todo se eleva hacia el sol como una ofrenda a la Divinidad.

En la vereda, protegidos por la sombra de una casa grande están sentados, preparándose su almuerzo, cuatro trabajadores. Un viejo, lleno de tierra, como si se le hubiera espolvoreado con ceniza, cierra a medias sus ojos ávidos y vigilantes; corta una marraqueta y cuida que cada trozo tenga las mismas dimensiones. Lleva un gorro encarnado, cuyo pompón le cae sobre los hombros; el viejo levanta su cabeza de apóstol, tiene una larga nariz encorvada, parecida a la de un papagayo; es tornuda y su nariz se hincha.

Al lado de él, un joven negro como azabache está acostado en la vereda caliente, con la cara hacia arriba. Tiene migas de pan en la boca, cierra sus ojos y canta a media voz como soñando. Los otros dos duermen, apoyándose en la muralla blanca de la casa.

Un muchacho viene hacia ellos; tiene en una mano una damajuana y en la otra un pequeño paquete. Con la cabeza hacia adelante grita alegremente, sin fijarse que de la damajuana se escapan muchas gotas de vino que caen a tierra y resplandecen como rubíes.

El viejo lo nota, deja el cuchillo y el pan y grita al niño con gestos de rabia:

¡Ligero! ¡Ligero! ¿Eres ciego? ¡Fíjate: el vino!

El muchacho eleva la botella y corre hacia sus compañeros. Estos se agitan, gritan, tantean la botella. El muchacho corre al patio, rápido como una flecha y vuelve con un plato, amarillo y profundo

El viejo pone el plato en la vereda y lo llena con precaución con el líquido precioso; cuatro pares de ojos admiran el resplandor del vino y los labios secos tiemblan con avidez

Pasa una señora; lleva un vestido azul pálido y un chal de encajes color rosa. Los altos tacos de sus zapatos amarillos resuenan en la vereda. Lleva por la mano una niñita de pelo crespo que tiene dos claveles encarnados y que canta:

O, ma. o ma. o mio ma—a.

La niñita se para detrás del viejo obrero; se calla, se pone de puntillas y mira gravemente por encima de los hombros del viejo al vino que cae al plato amarillo y que canta como si siguiera el canto de la niña.

Esta suelta su mano de la de su madre y elevando bien sus manecillas hace caer sus claveles rojos al vaso de vino.

Los cuatro hombres tiemblan, cuatro cabezas irritadas se levantan, la niñita bate sus manos y se ríe. La madre enojada la toma y le dice algunas palabras con voz aguda. El muchacho se ríe. En el vaso, en el vino tinto, flotan los claveles como pequeños navíos.

El viejo saca un vaso del bolsillo, lo llena de vino y de claveles; se levanta con dificultad y llevando el vaso a sus labios dice con voz grave:

¡No importa señora! El regalo de un niño es regalo de Dios. ¡A su salud, bella señora y también a la tuya, pequeña. Que seas bella como tu madre y dos veces más feliz.

En seguida cierra los párpados y saborea el líquido tinto en pequeños sorbos moviendo su nariz encorvada.

La madre sonríe, saluda y se va, llevándose la chica que con los ojos medio cerrados vuelve a cantar:

O. ma—a, o mia mi—a

Los obreros mueven lentamente sus cabezas y contemplan al mismo tiempo al vino y a la niñita; miran, sonríen y se hablan de la manera propia de los meridionales.

En el vaso, en el vino tinto, flotan los claveles.

El mar canta; la ciudad murmura, el sol brilla, creador de leyendas.

Cosacos de Orenburg

LOS COSACOS

Con ilustraciones.

La imponente masa de caballería ligera que constituye una de las más salientes características del enorme ejército ruso, está formada en buena parte por los cosacos, los intrépidos jinetes de la llanura pastosa que se extiende entre el Dnieper, el Don y el Volga, donde viven, orgullosos de su independencia, de los productos del suelo, de la pesca, y de los rebaños de caballos que ellos mantienen con cuidado, visto que representan su única riqueza y permiten alcanzar el acariciado ideal de poseer un caballo y un arma para combatir.

Hechos a todas las fatigas, con escasas exigencias, ágiles y temerarios, tenaces y astutos, los cosacos han cultivado siempre con gran entusiasmo la profesión de las armas, manejándose hábilmente para dejar intactos los derechos y privilegios conquistados por su valor; y aún después de establecido el dominio moscovita, supieron conservar una cierta independencia que les ha permitido seguir su vida aventurera predilecta, sin negar por esto su valiosa ayuda a la patria en cualquiera ocasión en que estuviera su independencia en peligro, y conquistándose así el reconocimiento de los zares y del pueblo ruso.

Cosaco siberiano

El origen de esta fuerte raza se remonta al cruzamiento con los aborígenes de aquellos tártaros que en compañía de Gengiskan invadieron la Rusia meridional en el siglo XIII, y establecieron allí su dominio; el propio nombre de cosacos recuerda inmediatamente el vocablo tártaro *kaisak*, que significa *mercenario armado a la ligera*, y tales fueron siempre sus descendientes. Aprovechando

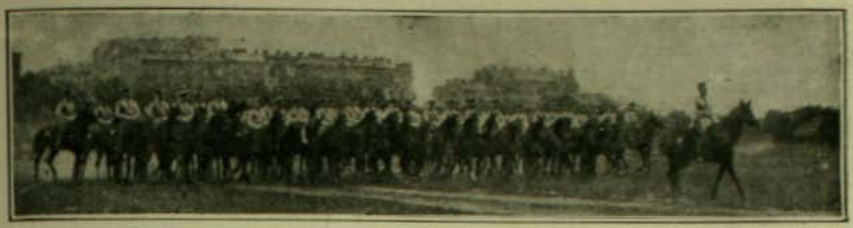
Un grupo de notabilidades cosacas

de las discordias intestinas y de las continuas luchas entre los sucesivos dominadores del país subdividido en pequeños estados a menudo en conflicto entre sí, los cosacos no sólo supieron conservar su antigua independencia, sino que apoyando oportunamente y a la ayuda de sus armas a quien mejor podía compensarles, consiguieron asegurarse derechos y concesiones que hicieron de ellos como una casta privilegiada en medio de la masa de la población esclava de la gleba.

Oficial de cosacos de Terek

Vivían así libres e independientes, reunidos en tribus u *hordas* que obedecían a jefes escogidos entre los más valerosos y astutos, y como verdaderos aventureros, estaban siempre listos para sostener los derechos y la preponderancia de éste o de aquel príncipe infortunado o intrigante.

Aumentando notablemente en número y engrosados también por el continuo acudir hacia sus filas de los descontentos de todas partes, los cosacos, siguiendo la fortuna ya de los moscovitas, ya de los polacos o de los suecos, con su poderosa y aguerrida caballería se imponían a sus enemigos, y no pocas veces pusieron atajo a las irrupciones de los tártaros, primero, de los turcos, después; y cuando en 1575 el Czar Iván el Terrible trató de abolir los derechos adquiridos, buen número de ellos se expatriaron a Siberia siguiendo a Jermak, uno de sus jefes más influyentes y dando con esto origen a aquella orden de los cosa-



Caballería cosaca de Ukrania

cos siberianos que debían preparar a la Rusia el terreno de la conquista en aquella inmensa región.

Los que se quedaron en la Rusia propiamente dicha, se dividieron en dos grandes ramas: la de los cosacos de Ukrania, esparcidos en las regiones del Dnieper; y la de los cosacos del Don, en las regiones vecinas al río de este nombre, para después subdividirse en otros grupos más y más pequeños que emigraban a nuevos territorios. Así fué como fueron conocidos sucesivamente los cosacos de Kuban, de Terek, de Astrakan, de Orenburg, y de los Urales, concentrados en hordas establecidas en campamentos o en aldeas fortificadas que llaman *stanitze;* a ellas se les encargaba de la defensa de las respectivas circunscripciones que estaban a cargo del *etman* escogido entre ellos e investido de amplios poderes civiles y militares.

Cosaco transcaspiano

Llegado al trono Pedro el Grande, con el propósito de sacar el mayor provecho de las singulares aptitudes guerreras de estos belicosos súbditos, quiso someterlos a nueva disciplina, atacando la autonomía y sus antiguos privilegios; pero la reforma fué mal acogida y pronto estalló una feroz revuelta capitaneada por Mazeppa, el héroe popular cantado por Byron, el que uniéndose a Carlos XII, dió bastante que hacer al poderoso Czar, y fué ahogado en sangre sólo después de la batalla de Pultava y de la derrota completa de los suecos. Otra tentativa de rebelión a las ideas innovadoras de Catalina II, fué también sofocada en 1775, y el cosaco Pugatckef pagó con su vida su atrevimiento.

Desde entonces los cosacos, a los cuales se dejó cierta autonomía militar, se convirtieron en los más fieles defensores del zarismo, y su magnífica caballería fué siempre de grande ayuda en las guerras sostenidas por Rusia; y bien comprendieron esto los míseros restos del gran ejército napoleónico, que más que el rigor del frío tuvieron que sufrir en su retirada la implacable guerrilla de la horda cosaca.

La organización militar de estas valientes tropas es bastante sencilla y característica, y se adapta perfectamente a la mentalidad y a las aspiraciones de esta gente. Todos los cosacos son soldados de los 18 a los 60 años, y cada

Oficial de cosacos de Kuban

horda debe dar todos los años un contingente determinado: después de un año de noviciado los reclutas entran en el *pulki*, como llaman a sus regimientos para permanecer en ellos de 3 a 12 años, según las condiciones, y pasan en seguida a la reserva donde se quedan hasta los sesenta años de edad a disposición del gobierno para ulteriores llamamientos. El Estado le da un modestísimo sueldo de unos cuantos kopeck, el traje y el forraje, pero ellos deben proveerse de las armas y del caballo cosa no difícil sin embargo en regiones donde está tan difundida la crianza y donde hasta los más pobres son pequeños propietarios de concesiones de tierras hechas por el Gobierno.

Los oficiales pertenecen en gran parte a la nobleza indígena, y difícilmente la tropa alcanza a los grados superiores, pero como sub-oficiales forman el nervio de aquella espléndida caballería y se quedan bajo las armas hasta una edad avanzada.

Los cosacos están divididos en *pulki* y en *sotnie* constituidos por elementos sacados de cada tribu, y aún cuando estén equipados por el mismo estilo, se distinguen por contraseñas en sus monturas, especialmente en los regimientos de la guardia imperial que las llevan elegantes y bulliciosas, de vivos colores y con frenos de plata.

En los cuadros del ejército figuran un centenar de *pulki*, con un efectivo en tiempo de paz de más de 80 mil hombres, los que en caso de movilización general pueden quintuplicarse con gran facilidad, ya que todos los hombres hábiles tienen siempre a su disposición el caballo y las armas.

Los cosacos llevan un característico uniforme de lana que recuerda a las batas de casa abrochada hasta el cuello y decorada con varias series de cartucheras, anchos pantalones metidos en sus altas botas, y un gran gorro de fieltro completan el vestuario, severo en su armónica sencillez y correcto en su comodidad.

Están armados los cosacos de lanza, carabina y sable, y llevan pistolas y puñal finamente cincelados y damasquinados, a los cuales se agrega el *knout* o *snoyaika*, rebenque anudado de cuero que en sus manos se convierte en un arma terrible para disolver grupos y castigar revoltosos.

Acostumbrados desde la primera juventud al manejo de las armas y del caballo, insensibles a las inclemencias de las estaciones y a las más duras privaciones, dotados de grande agudeza de vista y de oídos, los cosacos son soldados natos en el servicio de descubierta y de avanzadas, y su acción fué siempre apreciada y buscada.

Cosacos del Don

LA INDUSTRIA DEL AZÚCAR EN EL PERÚ

Una visita al ingenio del Naranjal

Por
F. A. ENCINA

Ilustraciones fotográficas

I. LA PRODUCCION DE AZUCAR EN EL PERU.—II. DE LIMA AL NARANJAL.—III. LOS CAÑAVERALES.—IV. LA RECOLECCION.—V. EL INGENIO Y LA ELABORACION DEL AZUCAR.—VI. ADMINISTRACION Y BRAZOS.—VII. EL ASPECTO ECONOMICO DE LA INDUSTRIA.

I

La industria azucarera constituye hoy la pilastra más sólida de la estructura económica del Perú. Supera con mucho en importancia a las del algodón y del arroz.

En 1912 se cultivó la caña en 81 fundos, con una extensión de 46,569 hectáreas de cañaverales y 11,410 hectáreas de pastos dedicados, casi en su totalidad, a necesidades de la misma industria, como ser, alimentación de los animales de cultivo y servicio.

La molienda se efectuó en 38 ingenios, y alcanzó a 1.740,024 toneladas de caña con un rendimiento de 192,754 toneladas de azúcar y 9.101,525 litros de alcohol y ron.

El cultivo y la elaboración de la caña emplearon 19,945 braceros de ambos sexos.

Algunos ingenios se limitan a elaborar la cosecha de sus propias haciendas. Otros muelen, además de la producción propia, la de cultivos más pequeños ubicados en el mismo valle. Cuando el agricultor entrega la caña segada y puesta en el ingenio, el establecimiento toma como retribución el 35% del azúcar y del alcohol; el resto pertenece al hacendado. Algunas de las empresas dueñas de ingenio se encargan de cortar, recoger y acarrear ellas mismas la caña. En este caso cobran como retribución el 50% de los productos. Finalmente, otros compran la caña con arreglo a una escala de precios, basada en el grado de dulce de la caña y en el valor del azúcar en el mercado.

Caña nueva, en la estación experimental de Santiago de las Vegas (Cuba)

En 1912 el Perú consumió 36,703 toneladas de azúcar y exportó 147,410 toneladas. Distribuída la producción total entre el consumo interior y los diversos países de destino, prescindiendo de una pequeña desconformidad, que es consecuencia de imperfecciones en la recolección de los datos, se tienen las siguientes cuotas.

Consumo interior	23,53 %
Exportación a Chile	35,63
Id. a Gran Bretaña	34,21
Id. a E. Unidos	4,42
Id. a Bolivia y otros países	2,21
Total	100,00 %

En agosto, fecha de nuestro regreso, aún no estaban completos los datos correspondientes al año 1913. Pero, siendo el de 1912 un año normal, que acusa un aumento moderado sobre 1911, debido en parte al desarrollo de la industria y en parte a la recolección más perfecta de los datos estadísticos, basta para dar idea aproximada de la industria del azúcar en el Perú.

II

Es difícil darse cuenta de la industria azucarera sin visitar detenidamente algunos ingenios.

Desde Chile llevábamos este número en nuestro programa. Nos habíamos provisto de algunas cartas de presentación para varios propietarios de ingenios. La amabilidad peruana no nos dió lugar a utilizarlos.

Un distinguido ingeniero, graduado en Bélgica, especialista en el ramo de azúcar, el señor Enrique Canaval, se anticipó a nuestros deseos. Habría querido llevarnos al ingenio de Paramonga, situado en el valle de Pativilca, uno de los más grandes del Perú, de propiedad de su familia. Pero el viaje de ida y vuelta no era posible dentro del tiempo de que disponíamos. Hubimos de limitarnos a visitar el ingenio de "Naranjal", establecimiento relativamente pequeño, pero moderno, ubicado en el valle de Chillón al norte de Lima.

A las 10 A. M. el automóvil dejó los

puertos del Maury y se encaminó por la plaza mayor hacia el puente antiguo. Atravesamos lo que fué el núcleo de la antigua ciudad de los Reyes y continúa siendo el centro de la vida comercial y social de Lima, a pesar de las avenidas y de las construcciones modernas que han extendido por el Sur el área de la ciudad.

Las casas, en su mayor parte de dos pisos, con su primer patio pequeño y abierto, sus balcones sevillanos avanzados sobre las calles estrechas y las ventanas entornadas por rejillas que permiten ver sin ser visto, recuerdan el origen andaluz de buena parte de la antigua sociedad de Lima. Conservadas más por la benignidad del clima que por la mano del hombre, ostentan hasta en el último detalle la patina del tiempo. Envuelta en un ambiente tibio y brumoso, que no agita una brisa, emerge de la ciudad una sensación indefinible de quietud y de reposo, a la vez que de fragilidad. Lima tiene un tipo propio, único. Las reminiscencias de su opulenta vida colonial dominan el conjunto y le dan el aspecto señor de los pueblos que tienen pasado. Entre ella y otras capitales americanas, agrupación churrigueresca de imitaciones o mezclas de todos los estilos, sin otro lazo que el deseo de deslumbrar, nada hay de común. Pero no difiere menos de las viejas ciudades medioevales europeas. Faltan a sus edificios la solidez, las pretensiones de eternidad. Las condiciones en que nació la ciudad, y sobre todo, la benignidad del medio físico, le imprimieron un sello de ligereza y de improvisación, cuyas huellas asoman a través de la máscara con que el tiempo la ha revestido.

Cruzamos el Rimac y nos internamos en Malambo, el antiguo barrio de los negros, arrabal abundante en perros, chiquillos y mugre, como los de Santiago, para desembocar en una carretera amplia, que la naturaleza se encarga de conservar en buenas condiciones. La ausencia de lluvias hace innecesario el ripio y la humedad del clima evita el polvo.

El aspecto de los edificios y de los cercados difiere poco del de los demás alrededores de Lima. Viejos tapiales medio derruídos alternan con algunos alambrados de más moderna data y con avenidas de sauces, el árbol que en Lima reemplaza el álamo. Los edificios, en su casi to-

Camino en los alrededores de Lima

Lima.—Palacio del Gobierno (a la derecha) y casa Municipal (al centro)

talidad antiguos, con techos de barro, atestiguan a la vez que la benignidad del clima, la relativa estagnación de los cultivos agrícolas en los últimos decenios.

En cambio, la naturaleza del terreno varía bastante. El declive se hace menor y los suelos engruesan hasta tornarse húmedos en algunas partes. La alfalfa reemplaza casi por completo a los pequeños cultivos de hortalizas, de yuca, de camotes de algodón y de vides rastreras, cuya vegetación no interrumpe el invierno, que bordan los trayectos del ferrocarril del Callao a Lima y de los tranvías que conducen a los balnearios. Las divisiones continúan pequeñas; potreros de cinco a diez hectáreas. Donde falta la alfalfa, la chépica constituye la base del pasto natural. Innumerables flores rojas salpican la pradera en plena vegetación. Pequeños grupos de vacunos criollos, cuyo mediano estado de gordura contrasta con la fertilidad del suelo y la abundancia de forraje, abastecen a la ciudad de leche o aguardan el cuchillo del abastero.

Al cabo de cuarenta minutos de rápida carrera, principiamos a distinguir grandes manchas de un verde amarilloso característico, inconfundible. Son los cañaverales del Naranjal.

III

La caña de azúcar exige suelos ricos, profundos y filtrantes, susceptibles de riego o ubicados en climas tropicales de lluvias abundantes y bien distribuídas. En los suelos pobres, cascajentos, y delgados, cuando las condiciones climatéricas y el grado de humedad son convenientes, prospera bien; pero su rendimiento en azúcar es mediocre. En el valle de Lima, como en toda la costa del Perú, sólo se la cultiva en suelos regados.

El ingenio del Naranjal consta de trescientas fanegadas (o sean unas novecientas hectáreas) de tierras regadas, plantadas de caña, con excepción de pequeños potreros reservados para la alimentación de los animales más indispensables en las faenas. Forma parte de una planicie de muy poco desnivel vecina a la costa. Desde el último piso del edificio, la vista abarca una ex-

tensa sábana verde amarillenta de cañaverales, sobre la cual se elevan de trecho en trecho las columnas de humo de las chimeneas de los ingenios. Y más lejos, casi perdidos en la bruma, se alcanzan a percibir los buques anclados en el Callao.

Los suelos negros, gruesos y profundos, cortados por una red de fosos en las cabeceras de cada potrero, debieron ser antes vegas. Los riega un canal derivado del río Chillón, y en pequeña parte, una acequia que viene del Rimac. Su precio actual es de 3,000 soles la fanegada, o sean unos 2,200 francos la hectárea. En el norte del Perú, el valor es inferior. Se estima alrededor de 1,200 francos el precio de la hectárea de buen suelo de caña; pero, naturalmente esta cifra oscila mucho con la ubicación y las peculiaridades del terreno.

Para proceder a la plantación de un cañaveral, se ara el suelo profundamente. En Naranjal se da una primera reja con un escarificador, que penetra 28 pulgadas, pero que voltea muy poco. se dan, después dos cruzas con "el cubano", arado colosal de cuatro vertederas; y en seguida se rastrea. Tanto el escarificador como "el cubano" se mueven por medio de dos locomóviles con tambores anexos, que avanzan paralelamente, guardando 100 metros de distancia y que jalan los cables de acero de uno a otro extremo de la faja abarcada.

Después de recogida por medio de rastras la chépica, se distribuye el terreno en cuarteles de 150 metros de ancho dispuestos en sentido favorable al riego. La caña se planta en surcos separados M. 1,20. Los tallos, cuya forma recuerda los de nuestra caña de canastos, se colocan longitudinalmente en el surco. De cada nudo brota una mata.

La variedad usada en el Perú se caracteriza por su tinte amarilloso y por su sensibilidad a las heladas. La conocen con el nombre de "caña peruana", por oposición a otra variedad morada, que denominan "americana", de la cual suelen aparecer algunos tallos aislados. La variedad usada en la Luisiana resiste heladas que la peruana no soporta.

Se estima más favorable para la plantación la época de septiembre a marzo: pero la necesidad de tener caña en punto de cosechar durante todo el año, obliga a modificar algo estas fechas.

Al plantar la caña y después de cada corte, se abona con 250 k. de sulfato de potasa y cuatro toneladas de guano con

Cosecha de la caña

La zafra en Naranjal

10% de ácido fosfórico y 9% de ázoe, por fanegada, o sea por cada tres hectáreas.

Mientras el cañaveral está nuevo, se limpia con arados ordinarios arrastrados por bueyes y con aporcas a azadón en las hileras.

El número de riegos varía mucho con la naturaleza del suelo y del clima. Hay cañaverales que llegan al primer corte con tres y otros que requieren hasta diez y seis. En Naranjal, a pesar de la naturaleza húmeda del suelo, que permite espaciar los ri gos, estos son copiosos; se dan inmersiones hasta de 24 horas.

El desarrollo de la caña, lo mismo que su ley sacarina, varía mucho con el su lo y el clima. En el Naranjal la caña de primer corte alcanza un alto medio de 3 m. y un espesor de 3 centímetros. En los dos últimos cortes disminuyen el alto y el grueso.

IV

Un cañaveral recibe en Lima tres cortes y dura cinco años, a contar desde la fecha de su plantación. En las Antillas, suele durar mucho más. En el Perú no es negocio conservarlo después del tercer corte. El primer corte se da a los veinte y cuatro meses, el segundo, que se denomina soca, a los diez y ocho, y el tercero, que recibe el nombre de resoca, también a los diez y ocho.

Después de cada corte, se queman sobre el campo las hojas y desperdicios y se procede a arar y a abonar de nuevo el suelo.

La cosecha se hace a trato. Un buen regador corta de tres a cuatro toneladas de caña al día, que entrega pelada en el campo. Gana de dos o tres soles, o sean cinco a ocho francos.

La caña no puede permanecer segada más de tres días sin perjuicio de su rendimiento en azúcar. El transporte al ingenio se efectúa por una red de Decauvilles movibles arrastrados por mulas, que se tienden sobre el terreno, y acumulan la caña en la arteria principal, donde la recoge un pequeño ferrocarril a vapor.

El rendimiento medio en Naranjal es de 400 toneladas en el primer corte; de 300 en la soca y de 150 en la resoca.

El rendimiento en azúcar de cada tonelada de caña, varía con el grado de dulce del jugo y con la naturaleza del producto que se desea elaborar. En Naranjal, que produce azúcar granulada blanca para ser vendida al consumidor en el Perú mismo, la tonelada de caña rinde por término medio un quintal y ocho décimos de quintal. En los ingenios que elaboran azúcar para la exportación, o sea materia prima para las refinerías extranjeras, el rendimiento aumenta más o menos en un 20%.

V

La elaboración de la caña se verifica en establecimientos denominados ingenios, que constan de una sección de trapiches o mo-

Caña segada

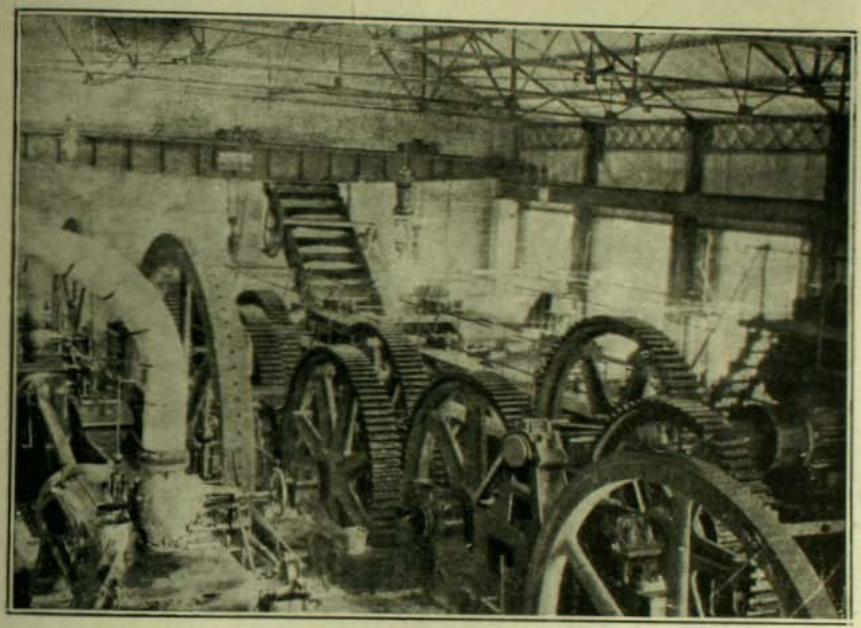
linos que trituran la caña; de otra de calderos, donde el jugo se purifica, se condensa y finalmente se cuaja o granula; y de una tercera destinada al aprovechamiento de los residuos, que recuerda de cerca nuestros destilatorios.

El ingenio del Naranjal tiene capacidad para ciento veinte toneladas diarias de caña, que deben rendir alrededor de 220 quintales de azúcar. Su producción máxima ha sido de 70,000 quintales en el año. Su importe nuevo, inclusive edificios, se calcula en 75,000 libras esterlinas. En los grandes ingenios el costo con relación a la produción baja. Así se estima que un ingenio moderno de capacidad de 1,000 toneladas diarias, inclusive sus edificios, no importa más de 150,000 libras.

La molienda separa el jugo del bagazo, o resto sólido que queda después de exprimido. Los trapiches del Naranjal constan de ocho cilindros y extraen de la caña el 75% en jugo (la caña se compone de 86% de jugo y 14% de fibra). En ingenios en que la caña pasa por 18 cilindros se consigue extraer hasta el 82%.

Un gran alimentador transporta sin cesar la caña desde el punto en que la dejan los carros del ferrocarril hasta el primer cilindro, y de allí continúa automáticamente hasta el último. La caña al pasar de la primera serie de cilindros a la segunda, recibe un pequeño chorro de agua que la humedece y facilita la extracción del jugo restante.

Del último cilindro el bagazo pasa a los fogones, donde se consume íntegramente como combustible.



Un trapiche de doce mazas y desmanzadora

El jugo antes de abandonar la sección molinos, va a un sulfitador que lo blanquea. Su grado de dulce osciló el día de nuestra visita entre 8 y 10 grados, porque se molió caña de distinta procedencia.

Bombas poderosas elevan el jugo desde la sección de sulfitaje hasta el establecimiento de concentración, que constituye la parte más valiosa y más complicada del ingenio.

En esta última sección, el jugo de la caña, después de una ligera ebullición pasa por distintos filtros, que lo purifican ora por simple decantación ora por filtraje se-

Arando un cañaveral cubano

mejante al que se apera en nuestras bodegas de vino. Numerosos filtros auxiliares purifican por segunda y tercera vez las borras antes de enviarlas al destilatorio.

La concentración del jugo se apera en una serie de depósitos cilíndricos con costados de vidrio, que permiten vigilar en todo instante la aperación. El vacío y la calefacción por el vapor son los medios que se utilizan para obtenerla.

Cuando el jugo ha alcanzado el grado de concentración conveniente, pasa a las centrífugas, que separan el grano. En ellas se lava o no, según se desee obtener azúcar blanca para la venta directa al consumidor o rubia para la exportación.

El Naranjal elabora tres clases de azúcar: la de primera, que se consume principalmente en Lima; la de segunda, que se consume de preferencia en Bolivia, y la de tercera, que consume el pueblo.

El destilatorio no tiene nada de especial. Es como cualquiera de los establecimientos de este nombre que poseemos en Chile. Con los desperdicios y las borras se elabora ron, nombre que dan en el Perú al alcohol puro o de quemar, y aguardiente de 22 grados, que en su mayor parte es exportado para Bolivia.

El movimiento de la caña y de todos los productos en que se descompone, desde el instante que cae en el alimentador hasta que el azúcar entra en el saco y los residuos en el destilatorio, son automáticos. La mano del hombre sólo interviene para regular la caña en los cilindros, precisar el momento en que el jugo debe pasar de una caldera a otra, o de éstas a las centrífugas, y para extraer de las últimas el azúcar.

VI

Un ingenio de alguna importancia necesita dos empleados superiores, dotados de aptitudes y preparación muy diversas. Un administrador, sobre el cual pesa la parte económica del negocio y la organización de las grandes faenas de plantación, cultivo y recolección de la caña; y un técnico que analiza en el laboratorio y vigila los infinitos detalles de la elaboración en el ingenio.

En el Naranjal desempeña el primer puesto un competente joven peruano, el

Caña lista para ser cortada

señor Alberto Cazorla, a cuya afabilidad debemos la mayor parte de los datos que se consignan en estas páginas. El técnico es un ingeniero belga que estuvo años atrás en el Brasil y en otros ingenios de Lima.

En ambos puestos, fuera de los conocimientos técnicos sobre la industria, se requiere bastante práctica y familiaridad con las condiciones climatéricas y peculiaridades de la región en que se trabaja.

Un cuerpo de capataces y empleados subalternos, proporcionado a las necesidades de las faenas, actúa bajo la dirección de los empleados superiores.

La industria azucarera ocupa un número crecido de brazos. En un ingenio relativamente chico, como el de Naranjal, hay una población de 800 habitantes, de los cuales trabajan alrededor de 500. La forma una mezcla abigarrada de mestizos peruanos o cholos, de chinos, de negros y mulatos.

Los peruanos y los negros habitan pequeñas casitas de dos piezas y una cocina, construídas de material ligero y techo de barro, que se alinean en una calle espaciosa y bastante aseada. Los chinos prefieren agruparse en un inmenso y viejo rancho de quincha, cerrado por un corralón, que en otra época fué aposento de esclavos. Por lo demás conviven bien con los peruanos y mejor con los negros.

Los chinos han hecho algunas divisiones de quincha al gran galpón o rancho que los alberga. Algunas de ellas están destinadas a fumadero de opio. Otro rancho algo más moderno les sirve de templo. Sobre un altar que se eleva en el centro, han depositado pequeños dioses regionales que han traído de sus provincias de origen. Su religión muy inferior no alcanza, según se nos aseguró, hasta los grandes dioses. La mitad del templo que mira a la calle sirve a los fieles; la otra mitad que queda detrás del altar hace alternativamente el oficio de sacristía y de sala de juego.

El cholo difiere del roto, tanto como peruanos y chilenos se parecen en las altas clases sociales.

El ojo menos experimentado, percibe desde el primer momento diferencias antropológicas. Ahondando un poco más, se advierten divergencias aún más hondas de temperamento y de carácter. El pueblo pe-

ruano es sobrio. Durante las festividades patrias sólo tropezamos en Lima con un hombre y dos mujeres ebrias.

Los jornales son elevados con relación a los nuestros, un sol veinte centavos el hombre y sesenta centavos la mujer. Expresados en pesos de ocho peniques, estos jornales corresponden a $ 3,60 y a $ 1,80, respectivamente. Se da, además, al trabajador la alimentación, que varía algo con la región y la nacionalidad. En Naranjal la base es el arroz.

VII

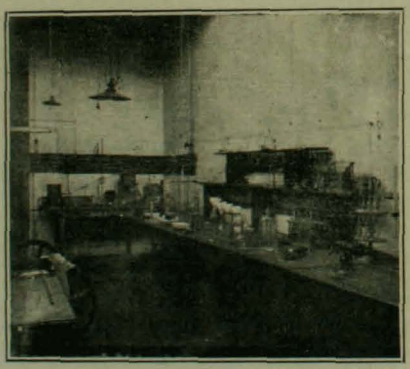
La plantación y el cultivo de una fanegada de caña hasta el momento de la cosecha, se estima en el valle de Chillón en 1,000 soles, cifra que, añadida al valor del terreno suma 4,000 soles, o sean aproximadamente 10,000 francos por fanegada de tres hectáreas. Un cañaveral de 300 fanegadas, como el del Naranjal, costaría 3.000,000 de francos. Agregado el costo del ingenio y de los edificios indispensables, se llega en números redondos a 4.700,000 francos.

El costo de producción del quintal de azúcar puesto en saco en estación y estimados en azúcar el valor de los productos secundarios, se calcula en 4 soles, en números redondos unos diez francos.

Sobre el precio del azúcar en el mercado interior del Perú, la utilidad con relación al capital invertido resultaba en aquellos días tan pequeña, que la construcción de nuevos ingenios, era negocio ruinoso. Muchos de los más progresistas azucareros, que quisieron renovar sus maquinarias y mejorar sus sistemas de producción, quebraron.

En los ingenios del norte, que exportan azúcar para las refinerías de Chile e Inglaterra, sobre el precio de 8 chelines, la utilidad no pasa de sol y medio, o sean un poco menos de cuatro francos por quintal. Aunque el valor del suelo y el costo mismo del ingenio en los grandes cañaverales del norte, es inferior a los de los alrededores de Lima, el negocio resulta bastante pobre.

Los azucareros aguardaban en aquellos días ansiosamente el alza de los precios hasta 12 chelines. La realidad superó con mucho sus esperanzas. La guerra elevó ocasionalmente la cotización del azúcar hasta 15 chelines 6 peniques.



Laboratorio de la Hacienda El Naranjal

Impresiones de Chile

Por el general

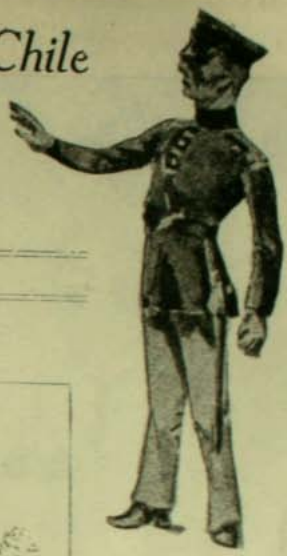
BADEN-POWELL

Dibujos del mismo.

Soldado chileno de caballería

Soldados chilenos, equipados a la alemana

¡La cueca!...



Un policial chileno

De regreso a Inglaterra, en 1910 el general Baden Powell llevó impresiones gráficas y escritas de su viaje por las "tierras asoleadas", que constituyen un curioso documento de impresiones americanas. Entre las apuntaciones del afortunado fundador de las brigadas de boy-scouts, hallamos algunas que se refieren a Chile, después de anotar las costumbres y los tipos sorprendidos en puertos españoles, brasileños y argentinos.

El comandante en jefe de los scouts no se dispensa de la obligación de trazar croquis de lo que ve; observa de una manera real y positiva, sin divagaciones más o menos poetizantes y expresa sus impresiones con minuciosidad británica.

El espectáculo de los Andes, con sus altas crestas nevadas, sus simas y torrentes, seduce su lápiz, por más que no arranque ninguna

El transandino en Juncal

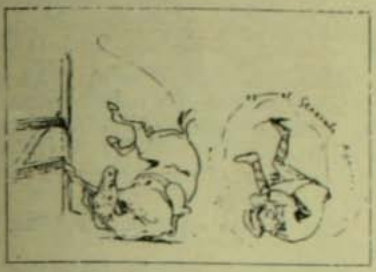
El Puente del Inca, obra de la Naturaleza

exclamación a su pluma. He aquí el Puente del Inca, el arco natural que se mantiene inconmovible sobre el torrente que desgastó su masa; luego el angosto valle del lado chileno, y la visión simultánea del tren que atraviesa las masas profundas de los cerros y caracolea por las rápidas pendientes, en tanto que al otro lado del cajón marcha el arreo equipado a la antigua, con sus mulas ágiles y vigorosas. Al pasar por la cumbre, el general Baden-Powell anota su impresión del Cristo de los Andes, la imprevista estatua fundida con el bronce de los cañones, como un signo de paz en la frontera de Chile y la Argentina.

En la cordillera chilena

Los chilenos le parecen "una raza de soldados, educados a la moderna y equipados al estilo alemán". La ley y el orden

son respetados. Los chilenos son intrépidos jinetes, "como quiera que el uso



El chileno es un jinete audaz (?)

Trasmontando los Andes a lomo de mula

del caballo es general entre ellos". El soldado de la guerra anglo-boer se había despedido de sus boy-scouts en Southampton, y volvió a encontrarlos en Santiago en número de 4 mil. De paso su lápiz nervioso y un poco fantasista anota al policial y al militar, al huaso y al ambiente en que se mueve

Campesino chileno

Cómo fuí director de una Revista de Agricultura

Por MARK TWAIN

Cuando fuí director substituto de una Revista de Agricultura, no ocupé el puesto sin cierto recelo. Un labrador, tampoco asumiría, sin cierto recelo, el mando de un buque. Pero yo me hallaba en una situación en que la cuestión del sueldo era la principal.

El verdadero director de la revista se iba a disfrutar algún tiempo de licencia, y yo acepté sus proposiciones y me encargué de substituirle.

Saboreando la sensación de volver a tener trabajo, me dediqué a él durante toda la semana con un intenso placer. Entró la revista en prensa y esperé con cierta ansiedad la noche para ver si mis esfuerzos llamarían la atención. Cuando dejaba la redacción hacia la puesta del sol, grupos de hombres y muchachos agrupados al pie de la escalera, se dispersaron, dejándome libre el paso, y oí a uno o dos que decían: "Es él". Claro está que este incidente me enorgulleció.

A la mañana siguiente encontré el grupo parecido al pie de la escalera, después de haber visto algunas parejas aquí y allá y a varios individuos diseminados por la calle por donde yo había de pasar, y que me miraban con cierto interés. El grupo se disolvió y las gentes se alejaron cuando yo llegaba y oí decir a un hombre: "Fíjense en la mirada". Simulé no darme cuenta de la atención de que era objeto, pero en el fondo, todo aquello me encantaba y decidí escribírselo a mi tía.

Subí rápidamente los escalones y oí voces alegres y una sonora carcajada al aproximarme a la puerta. Al abrirla, advertí la presencia de dos jóvenes cuyos rostros palidecieron, dos jóvenes que, en cuanto me vieron, saltaron por la ventana, metiendo gran ruido.

Una media hora más tarde próximamente, un señor viejo, de gran barba, de rostro noble y sobre todo severo, entró y sentóse al indicarle yo una silla. Parecía preocupado. Dejó en el suelo su sombrero y de dentro sacó un pañuelo colorado y un número de nuestra revista. Abrióle, y colocándolo sobre las rodillas, mientras con el pañuelo limpiaba los lentes, dijo en seguida:

—¿Es usted el nuevo director?

Yo contesté que sí.

—¿Ha dirigido algún otro periódico de agricultura?

—No, repuse; es mi primer ensayo.

—Ya me lo parecía. ¿Tiene alguna experiencia práctica en materia de agricultura?

—Creo que no.

—Ya lo suponía, dijo el señor colocándose los lentes y mirándome por encima de ellos con aire severo, mientras desdoblaba la revista a su gusto. Quiero leerle lo que me ha hecho pensar así. Es este artículo. Escúcheme y dígame si es usted quien ha escrito lo que sigue: "No se debiera jamás arrancar los nabos. Eso les impresiona tristemente. Es preferible hacer que suba un muchacho a sacudir el árbol".—Bueno, ¿y qué piensa? ¿Es usted, en efecto, el que ha escrito esa frase?

—¿Qué es lo que pienso? Pues pienso que está muy bien. Que es muy sensato. Estoy convencido de que cada año se pierden millones y millones de hermosos nabos en este país, nada más que porque se les arranca medio maduros. Por el contrario, si se hiciese subir a un chico para sacudir el árbol...

—¿Por qué no sacude usted a su abuela? ¿Es decir que usted cree que los nabos nacen en los árboles?

—¿Yo? ¡De ninguna manera! ¿Quién le ha dicho que nazcan en los árboles? Es una expresión figurada, puramente figurada. Todo el que no es un perfecto burro comprende que el muchacho debe sacudir los arbustos...

Al llegar aquí, el caballero se levantó, desgarró la revista en pequeños pedazos, los pisoteó, rompió con su bastón algunos objetos, declaró que yo era más ignorante que una vaca, y salió después dando un

gran portazo; en una palabra se portó de tal manera, que llegué a creer que algo le había disgustado. Pero como no sabía lo que era, no pude darle ninguna satisfacción.

Un instante después, un sér largo y cadavérico, con cabellos lisos que le caían sobre los hombros y con una barba de ocho días, cuyos matorrales invadían las colinas y los valles de su rostro, se metió en mi oficina, se detuvo, quedó inmóvil con un dedo sobre los labios, con la cabeza y el cuerpo inclinados en actitud de escuchar.

El silencio era completo. El personaje continuó escuchando. Ningún ruido. En vista de esto, cerró la puerta con llave, adelantóse hacia mí, caminando cautelosamente en puntas de pies, hasta casi tocarme, y se detuvo. Después de haber examinado mi persona con un gran interés durante algunos instantes, sacó del bolsillo interior un número de la revista.

—Aquí está—dijo—aquí está. He ahí lo que usted ha escrito. Léamelo en seguida. Socórrame. Estoy enfermo.

Leí lo que sigue, y a medida que las frases caían de mis labios, pude notar que los síntomas de la calma aparecían en su rostro, se distendían sus músculos, la ansiedad huía de su cara, la paz y la serenidad se extendían sobre sus rasgos como un hermoso claro de luna sobre un paisaje de desolación.

"El guano es un hermoso pájaro, pero su cría exige grandes cuidados. No se le debe traer antes de junio o después de septiembre. En invierno, se le debe tener en un lugar abrigado, donde pueda incubar a sus hijitos.

"Es evidente que este año la estación será tardía para los cereales. El agricultor haría bien en comenzar a escardar los pies del trigo y a plantar los pasteles de arroz en julio y no en agosto.

"Algunas advertencias sobre la cochinilla: esta baya es muy apreciada por los indígenas del interior de la nueva Inglaterra, que la prefieren a la grosella y al atún para hacer pasteles. La prefieren también a la frambuesa, para nutrir las vacas, porque es más alimenticia y menos empalagosa.

"La cochinilla es la única variedad comestible de la familia de los naranjos que pueden cultivarse en el Norte, excepto la papa y una o dos especies de zapallos. Pero la costumbre de plantarlas en los patios, frente de las casas, para hacer montes, desaparece rápidamente. Es cosa generalmente reconocida hoy que la cochinilla no tiene valor alguno como árbol de sombra."

"La estación cálida se aproxima".

Mi oyente, entusiasmado, se precipitó hacia mí, me tomó las manos y exclamó:

—Basta, basta. Ahora ya sé que tengo en perfecto estado la cabeza; usted ha leído esto como yo lo había leído; palabra por palabra. Pero ignorante de lo que ocurría, cuando empecé a leer su revista esta mañana, me dije: "no, no: jamás lo hubiese creído, a pesar de los cuidados que me prodigaban mis amigos; pero ahora veo que estoy loco"; y entonces lancé un aullido que se oyó a dos kilómetros, y salí para matar a alguien; porque comprendí que si tarde o temprano la locura había de llegar, era, por lo tanto, lo mismo comenzar en seguida. Leí de cabo a rabo uno de sus artículos para hallarme completamente seguro de mi locura, después prendí fuego a mi casa y salí. He maltratado a muchas personas y he introducido a un individuo en el hueco de un árbol de donde lo sacaré cuando quiera Pero al pasar por aquí he pensado que debía venir a verle y asegurarme de la cosa. Ahora ya sé a qué atenerme y puedo asegurarle que es una dicha para el individuo que está en el hueco del árbol. Pensaba matarlo al volver a casa. Buenas noches, señor; buenas noches; me ha quitado un gran peso de encima. Mi razón ha resistido leyendo uno de sus artículos de agricultura. Ya nada podrá turbarla en lo futuro. Buenas noches, señor.

Me sentí un poco impresionado, pensando en los crímenes e incendios que aquel individuo se había permitido, y no podía evitar el suponerme en algo su cómplice. Pero esos sentimientos desaparecieron en seguida, porque el director titular acababa de entrar.

El director parecía abatido, triste, desolado.

Contempló los daños causados por el viejo irascible y por los dos jóvenes que saltaron por la ventana y dijo:

—Esto es fastidioso; realmente fastidioso. El frasco de la goma roto; seis cuadros destrozados; una salivera y dos

lámparas. Pero no es eso lo peor. Es la reputación de la revista que ha sido destruída, y me temo que para siempre. No habíamos llegado nunca a una tirada tan grande como la de este número, ni se habían ocupado tanto de nosotros, ¿pero se debe desear un éxito que nace de la locura y una prosperidad fundada en desatinos? Amigo mío, la calle se encuentra llena de gente. Hay personas hasta en los árboles, esperando su salida; pues le creen a Ud. loco. Y no están desprovistos de fundamento al creerlo, después de haber leído sus artículos, que son una vergüenza para el periodismo. ¡Veamos! ¿Qué le ha podido hacer suponer que usted era capaz de redactar un periódico como éste? Parece ignorar hasta los primeros elementos de la agricultura... Confunde un surco con un arado. Habla de la estación en que las vacas pelechan, y recomienda la captura de los rábanos con el pretexto de que les gusta jugar y de que cazan las ratas. Su observación de que las mulas permanecen quietas cuando se les toca el violín, es completamente superflua. Nada turba la serenidad de las mulas. Las mulas están siempre tranquilas. Las mulas no se preocupan en ningún caso del violín. ¡Oh, Dios de Dios! amigo mío. Si durante toda su vida no hubiese hecho otra cosa que tratar de adquirir la mayor cantidad de ignorancia, jamás hubiese podido alcanzar el título de doctor en nulidad de una manera más brillante que hoy. Jamás he visto nada semejante. Su observación de que la castaña de Indias cada día tiene más salida, como artículo de perfumería, parece sencillamente calculado para desacreditar una revista. Le suplico que deje su trabajo y se vaya. Yo no puedo gozar ya de mis vacaciones. Me sería imposible estar tranquilo, sabiendo que usted ocupa mi puesto. Me preguntaría continuamente con espanto, qué sería lo que usted recomendase en el próximo número a mis lectores. Pierdo la paciencia cuando pienso que ha hablado de los parques de ostras en la sección "El jardinero paisajista". Le suplico que se vaya. ¿Por qué no me dijo que ignoraba lo que era agricultura?

—¿Qué es eso? Cerebro de chocio, cabeza de calabaza, hijo de coliflor! Esta es la primera vez que se me hacen observaciones tan ridículas. Hace catorce años que soy periodista y jamás he oído decir que se necesite saber algo para escribir en un diario. Oiga Ud., rábano insolente. ¿Quién escribe las críticas dramáticas en los diarios? Unos cuantos zapateros escogidos para eso y algunos mancebos de botica que conocen el arte del teatro como yo la agricultura, y, nada más. ¿Quién da cuenta de los libros? Gentes que jamás han escrito uno. ¿Quién hace los artículos financieros? Individuos que poseen las mejores razones para no entender nada en este punto. ¿Quién escribe los artículos contra el whisky y contra el ponche? Bribones que se pasan la vida bebiendo. ¿Quién redacta los periódicos de agricultura? Ud., cabeza de plátano. Todos aquellos, por regla general, y más que general, absoluta, que han fracasado en la poesía o en las novelas de detectives o psicológicas, los dramas de sensación, las crónicas sociales, caen finalmente sobre la agricultura, como última estación antes del hospital. ¿Y quiére usted enseñarme el oficio de periodista? Señor, lo conozco desde el alfa hasta el omega, y le aseguro que cuanto menos competencia tenga un hombre, más fama y dinero ganará. El cielo me es testigo de que si yo hubiese sido un ignorante en vez de ser un hombre instruído; imprudente, en vez de modesto; hubiera podido hacerme un hombre en ese mundo frío y egoísta. Me retiro señor. Habiendo sido tratado por usted como lo he sido, estoy decidido a retirarme. He cumplido con mi deber. He cumplido con mis compromisos tan escrupulosamente como he podido. Había prometido hacer de su revista una revista interesante para toda clase de lectores. Lo he hecho. Había prometido que el tiraje llegase a veinte mil ejemplares, y en dos semanas más lo habría conseguido. Y le hubiese dado los lectores mejores que un periódico de agricultura haya jamás tenido, entre los cuales no hubiese habido un solo labrador, ni un solo individuo capaz de distinguir, aunque de ello dependiese su vida, una coliflor de una zanahoria. Es usted el que pierde con nuestra ruptura, semilla de ganso, y no yo. Adiós.

Y me fuí.

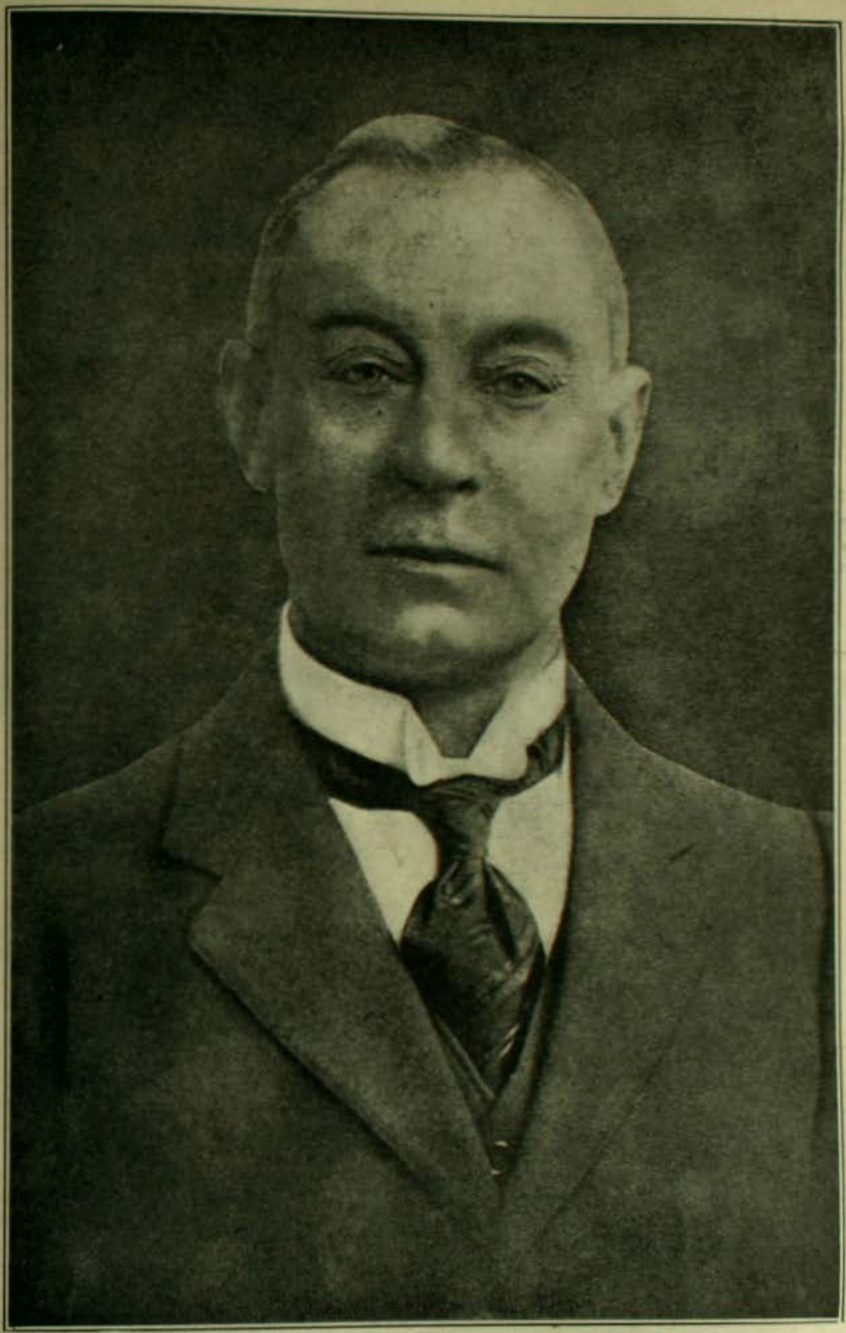
✣ ✣ ✣

Almirante Boué de Lepeyrère, Comandante en Jefe de la Flota Francesa

Almirante Sir John Jellicoe, Comandante en Jefe de la Flota Británica.

Almirante von Ingenolh, Comandante en Jefe de la Armada Germánica.

Vice-Almirante Sir Frederick Sturdee, Jefe del Estado Mayor Naval de Inglaterra en uniforme de capitán.



Almirante Sir Henry Jackson, Comandante en Jefe de la Escuadra del Mediterráneo.

El aura de amor, encontrada

¿ESTA el lector enamorado? ¿Está asaltado por un implacable deseo de saber si su pasión es correspondida? ¿Lo está? Pues entonces, que se acomode en su asiento, porque el Dr. Edwin Burt Beckwith, de Chicago, tiene algo que deslizarle en sus oídos que le interesará extraordinariamente.

La serie de conferencias que está dando en Chicago han creado algo así como una sensación. El Dr. Beckwith está demostrando por medio de experimentos físicos la certeza de las manifestaciones hechas desde hace tiempo por los teosofistas: que toda persona en la tierra vive, respira y tiene su sér dentro de una "envoltura etérea".

Hasta ahora la impresión general ha sido que cuando la Naturaleza terminó de equipar al hombre con una piel, su labor de suministrarle adornos personales estaba completa. El Dr. Beckwith está preparado para demostrar que en realidad la Naturaleza ha hecho algo mejor que nosotros. No sólo—dice él—nos ha proporcionado dos series de envolturas etéreas completas, sino que ha fabricado la más externa de ellas de manera tal que, como la piel del camaleón, refleja nuestras pasiones internas y, respondiendo al impulso de nuestras emociones, expresa en su superficie con vívidos colores la clase de nuestros pensamientos.

La parte más notable de esto es que el Dr. Beckwith no pide a nadie que crea en la veracidad de lo que dice sólo por sus palabras. Su lema es "ver y creer". El pone en las manos de sus oyentes un aparato que les permite ver con sus propios ojos las cosas de que habla. Este aparato consiste en una serie de pantallas de cristal llenas de ciertas materias químicas co-

loreadas, inventadas por el Dr. Walker J. Kilner, del "St. Thomas's Hospital", de Londres. El operador toma primero una pantalla llena de un líquido carmesí y mira a través de ella en plena luz del sol. La persona cuya aura ha de ser revelada, ha sido en el entretanto desnudada y colocada en un cuarto obscuro con un fondo negro. Una vez que la vista del operador se ha impregnado completamente con el color carmesí, mira hacia el sujeto a través de pantallas de un color rojo más claro. Entonces la "envoltura etérea" se hace visible. Después de una pequeña práctica es posible observar el aura sin la intervención de pantalla alguna.

La parte de la "envoltura" que se hace visible con este procedimiento es, sin embargo, según el Dr. Beckwith, sólo la parte central o más grosera del aura humana. Detrás de ella existe una emanación más sutil aún que personas con dones de clarovidencia o que han adquirido la práctica necesaria por medio de un prolongado estudio, pueden observar fácilmente. Esta aura está brillantemente coloreada.

"El cuerpo humano", según declara el Dr. Beckwith, "es una máquina que está constantemente generando poderosas fuerzas, y estas fuerzas humanas al emanar del cuerpo originan una conmoción en la atmósfera que circunda al mismo. Esta es la conmoción que las pantallas de Kilner nos permiten ver".

Hablando de esa parte del aura hecha visible por las pantallas Kilner, el Dr. Beckwith dice que puede llegar el día en que sea posible emplearla prácticamente para diagnóstico de enfermedades.

"Esta parte de la "envoltura etérea" dice, "es conocida por los estudiantes de estos asuntos como "el aura de salud". Pertenece peculiarmente al cuerpo físico. Hemos encontrado que en la persona de salud corriente se extiende unas ocho pulgadas de la piel y está dividida en dos partes. La primera, o parte interna, está compuesta de rayas. Estas rayas, estrechamente estriadas, se extienden hasta que alcanzan lo que parece ser una faja o una capa granulada."

"Los experimentos de Kilner han demostrado que la faja o capa externa es un diagnóstico infalible para ciertas enfermedades. Por ejemplo, en los casos de personas afectadas por el histerismo, la faja se conserva normal hasta que alcanza un punto paralelo a los muslos, donde se estrecha y aproxima al cuerpo.

"Otras variantes del aura demuestran la presencia de enfermedades. El tinte normal de la "envoltura etérea" es un gris azuloso, variando en el caso de una persona saludable a un azul profundo, a menudo luminoso. Donde existen enfermedades locales, el aura se torna amarilla y hasta amarilla verdosa."

En la parte externa o más sutil de la "envoltura etérea" es donde, sin embargo, según el Dr. Beckwith, se están realizando los más extraordinarios descubrimientos. Esta parte del aura está aparentemente dedicada a la descripción de las pasiones que rugen dentro del cuerpo mismo. En sus conferencias el Dr. Beckwith ha hecho un intento para clasificar los colores, indicando las pasiones que representan. Un sumario de dicha clasificación es como sigue:

NEGRO.—Odio y malicia.

ROJO.—Este color aparece generalmente en relámpagos sobre un fondo negro. Indica la cólera.

MORENO.—El rojo obscuro mate, casi un color de herrumbre, demuestra la avaricia, y el gris obscuro subido denota el egoísmo. El color común en el aura humana. El color verde obscuro, con relámpagos de rojo profundo o escarlata, denota los celos.

GRIS. El gris obscuro denota profunda depresión. El gris lívido claro expresa temor.

CARMESI. Este color indica el amor.

ANARANJADO. Este es el color del orgullo o ambición.

AMARILLO.— Implica la posesión de la intelectualidad.

VERDE. Las manifestaciones de este color indican adaptabilidad. El verde gris denota supercheria.

AZUL. El azul obscuro y el claro indican el sentimiento religioso.

"En las emociones repentinas", dice el Dr. Beckwith, "el aura cambia de color con más rapidez que el camaleón."

Se pidió al Doctor explicara cómo aparecía el aura de un hombre que estuviera enamorado.

"Tomemos" dijo "el caso del hombre o la mujer corrientes. Supongamos que el amor—quiero decir el amor entre los sexos que culmina en el matrimonio— no ha entrado nunca en la conciencia de él o ella. En una vida así constreñida y limitada surge un resplandor y una chispa de dentro del aura brilla en su respuesta. El efecto en toda la envoltura etérea es mágico. Los colores del egoismo, de la supercheria y de la avaricia desaparecen y la parte inferior del óvalo se llena con los colores de las pasiones animales.

"Estos cambios no deseables son, sin embargo, más que balanceados por una espléndida faja de carmesí que ocupa gran parte del óvalo."

Se presentó al Dr. Beckwith si una persona podría cambiar los colores de su aura a voluntad:

"En el aura externa o espiritual", replicó, "sólo en un grado muy limitado. La llamada "aura de salud" está, sin embargo, completamente sujeta a la volición."

"¡A NOSOTROS NO! A ESOS!"

LOS QUE HAN HECHO LA GUERRA.—Ante el espectro de la guerra los políticos espantados señalan a los movilizados que desfilan bajo sus balcones para que la muerte recoja su tributo. (Dibujo publicado en Life, el 14 de diciembre de 1911).

Los precursores del Aeroplano en la Guerra

Con ilustraciones

La primera vez que se ensayaron las palomas como mensajeras de guerra fué en el sitio de París por los alemanes en 1870.

Poco después que fueron cortadas las comunicaciones con el resto del mundo un grupo de aficionados a la crianza de palomas ofrecieron colocar los servicios de sus aves a las órdenes de las autoridades con el fin de obtener comunicación. Tal idea fué ridiculizada en un principio, pero por fin, un eminente aeronauta que se proponía cruzar las líneas prusianas en globo, consintió en llevar consigo algunas palomas y fué con la ayuda de estos pájaros como llegaron del exterior las primeras noticias a los sitiados de París.

Mr. E. Lee, teniendo en la mano la primera paloma que llevó noticias de Ladysmith

Después de este primer ensayo feliz siguieron otros con las mismas palomas que regresaron del globo y poco después se formalizó el sistema de correspondencia por medio de palomas mensajeras con el establecimiento de una oficina postal en Tours, que se mantenía en contacto, no sólo con París, sino que con Inglaterra por medio de la costa.

Las cartas, cuyo máximum podía alcanzar a veinte palabras—a razón de medio franco por palabra desde Inglaterra a París—se remitían impresas en tipo, microfotografiadas en finísimas películas de colodion, encerradas en pequeños tubos que se amarraban en una de las plumas de la cola de la paloma.

Tan completa fué la organización de este sistema postal, que todos los demás países se apresuraron a adoptarlo. Tan pronto como se restableció la paz, ordenó establecer una red completa de palomares en todo el país. Alemania no tardó en reconocer el inmenso valor que podían prestar en caso de guerra estos pequeños auxiliares e hizo establecer en las principales guarniciones de su territorio buenas crianzas de palomas. Siguieron su ejemplo Rusia, Austria, Suiza, Italia, España, y Portugal.

Es de lamentar que los ingleses no hayan establecido criaderos militares de palomas en Sud Africa, en tiempo de paz, porque tales mensajeros habrían prestado servicios incalculables en Ladysmith, Kimberley, y Mafeking. Sin embargo, hubo servicio de palomas gracias al ofrecimiento de sus aves de posta de algunos criadores particulares, quienes como en el caso de los aficionados franceses en 1870, las pusieron al servicio de las autoridades de la plaza sitiada y debido a ellos se tuvieron las primeras noticias de las tropas inglesas sitiadas en Ladysmith.

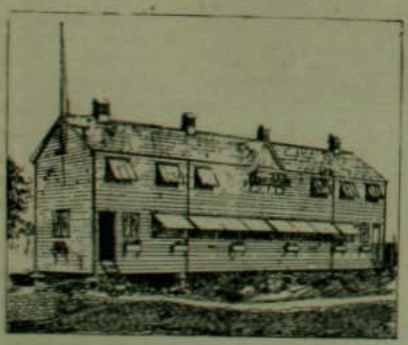
Mr. E. Lee, de Pietermaritzburg, fué

uno de los que ofreció sus aves a los defensores de la ciudad, las cuales fueron llevadas en un tren blindado el día anterior a aquel en que fueron cortadas las comunicaciones.

La fotografía de este caballero y de la paloma que tiene en su mano tiene un especial interés porque el ave fotografiada es la primera utilizada en el servicio de guerra por el gobierno inglés.

Es interesante anotar la rapidez con que las palomas pueden transportar los mensajes de guerra. Mucho depende de las condiciones atmosféricas y de la época del año. En el verano los pájaros tienen mayor resistencia que en otras estaciones y en un día hermoso, de calor una paloma puede recorrer fácilmente 1,300 yardas por minuto Con fuerte brisa a su espalda pueden volar aún con mayor rapidez. A largas distancias no se puede confiar demasiado en ellas, pero en un recorrido de 50 a 150 millas no hay peligro de ninguna especie, en tiempo propicio.

Es muy importante, que cuando se haga uso de las palomas como mensajeras de guerra, cuidar que se encuentren en perfecto estado de salud, porque una paloma que no se encuentra en estas condiciones, no debemos esperar que haga frente a los elementos y que regrese a su alojamiento. La cuestión de si es la vista o el instinto lo que guía en las mensajeras es materia de serias controversias. La práctica parece enseñar que la vista y la inteligencia de

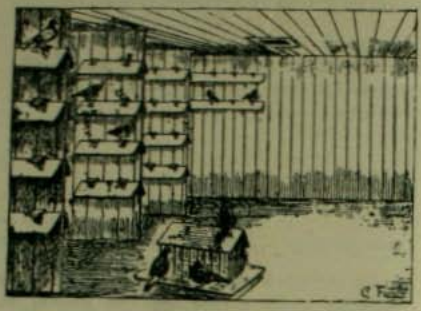


El pabellón naval de Portsmouth

estas avecitas son los principales factores que las guían hacia sus casas, porque un día brumoso o de noche no se comportan bien si llegan a perder de vista su casa.

No ocurre lo mismo con las aves emigratorias, que pueden viajar, guiadas por el instinto, tan bien de día como de noche.

En el National Flying Club de Lerwick,



Interior del palomar de Portsmouth

—islas Shetland, S. A. R. el príncipe de Gales, que posee un magnífico stud,—hay una paloma que cubre una distancia de 510 millas con una velocidad de 1,307 yardas por minuto y un ejemplar de propiedad de M. P. Clutterburck, que recorre 587 millas con una velocidad de 1,298 yardas por minuto.

El gobierno de Gran Bretaña hizo un reconocimiento oficial de la importancia de las palomas mensajeras como elemento de guerra en 1898 fundando los criaderos Reales Marítimos en Portsmouth, Dartmouth y Shoeburiness.

Las palomas, en estos alojamientos, están numeradas y registradas en la misma forma que los marineros de la armada inglesa.

En un ángulo de la construcción existe una oficina, en la cual se lleva una estadística completa. En sus libros se anotan a las palomas, sus cualidades y hazañas especiales, los mensajes que han llevado y los que han traído de otros puntos.

En cuanto a otros países, dan en total más de quinientas mil palomas listas para prestar sus servicios al gobierno en caso de necesidad.

El precio de estas aves depende de sus buenas cualidades. El valor más alto pagado hasta la fecha ha sido el de las palomas de Mr. J. W. Lonzan que fueron avaluadas en £ 30, £ 40 y £ 50 cada una, o sea, 750 pesos moneda chilena, 1,000 pesos y 1,250 pesos, respectivamente.

¿Ha decrecido la importancia de las pa-

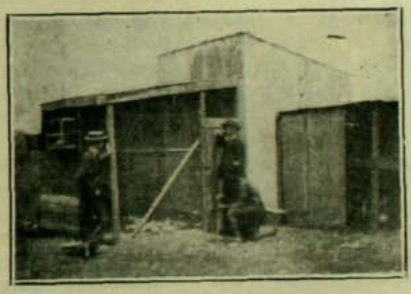
lomas mensajeras como elemento de guerra, con la invasión de los aires por las "aves mecánicas"?

Indudablemente; pero nunca dejarán de prestar importantes servicios en una infinidad de casos. Cuando la tormenta que conmueve en la actualidad al Viejo Mundo se haya disipado, sabremos algo sobre el papel que les ha tocado desempeñar en las comunicaciones en estas pequeñas aviadoras, símbolos vivientes de la timidez y de la dulzura.

¿Se habrán sentido espantadas? Convencidos están los franceses de la eficacia de las palomas mensajeras que no se permite a ningún extranjero poseer crianzas dentro del territorio francés, y cuando se envían mensajes desde Inglaterra, estos son inspeccionados por un comisionado de policía, no sólo por el temor de que las palomas conozcan el territorio recorrido, sino también para enviar mensajes secretos de posibles espías.

Las palomas destinadas a mensajeras son criadas especialmente con este fin. Se les ensaya generación tras generación con el fin de ir eliminando a las que poseen cualidades mediocres. Las palomas nuevas deben comenzar por vuelos pequeños alrededor de su palomar, hasta llegar gradualmente al conocimiento de las más distantes regiones del país.

Una de las especies más estimadas es le pigeon voyayeur, de Bélgica, en cuyo país las crianzas de mensajeras han alcanzado un gran desarrollo. En Inglaterra existían hace algunos años veinte mil propietarios de palomas que poseían ante el tronar incesante de los cañones monstruos y habían emigrado en masa a regiones distantes, en donde reina la paz y el silencio. ¡No lo sabemos!



El palomar de los boers en Johannesburg

La música de hoy y de mañana

Arturo Schopenhauer manifestó algunas opiniones notables sobre la música y esto ● pesar de tocar la flauta y de colocar ● Rossini por encima de Wagner. Una de estas opiniones es la siguiente: "El arte es una observación constante y una aventura divina"; algunas veces esta "observación constante" acaba por una reacción. mas puede retroceder el progreso en apariencia. sin dejar de ser progreso. Temo que lo que se entiende por "progreso" sólo es una idea general que nos aparta del verdadero sentido de esta palabra. Reformar el arte no es como reformar la policía y Ud. no puede reformar la Pasión de San Mateo o la Quinta Sinfonía. ¿Es "El Parsifal" una reforma de Gluck? Sólo pueden opinar así los que confunden la historia con la estética. El arte es una entidad engañadora y, como el mercurio, siempre móvil. En todas las revoluciones genuinas es la ecuación personal la que más vale, de manera que hay que estudiar el temperamento de nuestros compositores para juzgar la música actual, dejando a un lado las profecías inútiles.

Si Ruskin hubiera escrito críticas musicales tal vez hubiera amplificado su frase tan célebre: "La patética engaña". Considero como patética engañadora el temor de criticar nuestros artistas; el hecho que nuestros antepasados juzgaron erróneamente con nuestros contemporáneos. Si no obliga a nosotros de ser demasiado clemente con nuestros contemporáneos. Si no fuera así sólo se pudiera juzgar a distancia y sería el sentimentalismo el mejor juez del arte.

La música de hoy puede ser la música de mañana, pero si no lo será ¿qué entonces? Puede satisfacer las necesidades actuales y representar mañana una fórmula anticuada. ¿Pero qué prueba esto? Beethoven y Bach edificaron sus trabajos sobre los cimientos de la eternidad (empleando esta palabra en el sentido corriente) y sin embargo nos hacen gozar también otros artistas cuya música es más ligera y más moderna. No se tome esto como una disculpa de la mediocridad. Siempre habrá mediocridad, pues ella representa al género humano, así que un hombre normal pedirá del arte lo que puede entender sin cansarse mucho. Cada siglo produce artistas prontamente olvidados a pesar de que ellos gozaron de bastante fama en su tiempo. Este hecho hizo nacer otra "idea general" aquella de los "tipos intermediarios". Pero la crítica retrospectiva hace ver que casi todos los compositores pertenecen a esta categoría y esto no es un hecho consolador sino inevitable. Ricardo Strauss tuvo sus epígones, lo mismo que Haydin, Mozart y Beethoven. Mendelsohn era una deliciosa variación femenina de Bach y después de Schuhmann vino Brahms.

La tradición Wagner-Liszt, del así llamado drama musical y del poema sinfónico la siguió Ricardo Strauss con algunas modificaciones personales. Máximo Reger se inspiró en Brahms, pero escribió con variaciones individuales bien marcadas. En su "Sinfonetta, La Serenada, Variaciones de Hiller, prólogo a una Tragedia" y en la "Lusispiel Ouverture"—conciertos para piano y violín—no admiramos tanto el fácil manejo de formas antiguas con el contenido emocionante de estas composiciones.

Reger principió como discípulo de Brahms, pero no logró dominar forma y tema tan maravillosamente como su maestro. Hay en su música un estilo de Dyonisio que muchas veces está en discordia abierta con el plan intelectual de la obra. Mas no se puede negar que hoy día Máximo Reger es considerado como el único ri-

val de Ricardo Strauss. Algunos creen que Arnoldo Schoenberg será el antagonista del futuro, mas por el momento sólo lo son Reger y Strauss y ningún tercero.

El problema de Strauss es serio. En América la crítica perjudicó muchas veces el éxito de sus obras; se le ha tratado duramente, por ser amante del dinero, por no seguir a Beethoven y por miles de cosas diferentes de ningún valor crítico. Pero no hay duda que es el maestro y técnico más grande de la música actual. No trataremos aquí sobre si sea una tendencia peligrosa su afán de buscar combinaciones musicales, irritantes para los nervios de algunas personas. Registramos el hecho. Strauss seguía las huellas de Brahms, pero luego se inspiró en Liszt y entonces compuso un rosario de poesías de tono— para música de programa—pero más grandes y más flexibles que el muy conocido modelo de Liszt. Sea lo que sea la suerte de "Muerte y Transfiguración", "Till Enleuspiegls" "Lustige Streiche", "Also Sprach Zarathustra". La vida de Herodes y de "Don Quijote" no se podrá negar su importancia en la última década del siglo XIX. A mí me parece que Strauss dió un paso atrás cuando se dedicó al teatro.

Un hombre de tanta fama, tan buen músico (pues los títulos de sus sinfonías nunca me han impedido de gozar de su colorido) bien pudiera haber evitado los triunfos fáciles del teatro. Sin embargo "Electra" no necesita apología ninguna y el alegre "Rosenhavalier" es una adición nueva al repertorio de la comedia musical. Strauss es un experimentador y debemos juzgarlo por su obra más grande, por la "Electra". Don Quijote, "Till Enleuspiegels" "Lustige Streiche" y "Ariadne en Naxos" son experimentos muy notables y la nueva "Sinfonía de los Alpes" promete mucho. Strauss es el mejor de los poetas de tono. No es un segundo Ricardo Wagner, aún no tiene el encanto de Liszt, pero sobresale demasiado en la historia contemporánea y no merece el nombre de "decadente". En la definición precisa de la palabra es "decadente", puesto que insiste con énfasis en la técnica de su composición. En una palabra: Ricardo Strauss es un romántico que jura por la bandera roja de su fe. No sigue el consejo de Pablo Verlaine que dijo que era necesario abominar de la elocuencia.

Sin embargo, Strauss no es el único miembro del grupo post-Wagneriano; pero es el único que ha conservado su individualidad en las revueltas y en el caos de la escuela. ¿Dónde están Gyrill Kistner, Juan Sommer, Augusto Bungert y los otros discípulos? Humpredink es una mediocridad, pero aún así vale más que Puccini. ¿Qué ha resultado de las vanalidades de Bruckner? Sigfrido Wagner no cuenta y para conocer música nueva debemos mirar hacia Francia.

La visita que hizo Claudio Debussy a Rusia tuvo sus consecuencias. Se inspiró en Monsorgsky y luego en Wagner y en todas sus obras, como también en las de Charpentier se nota la influencia de Wagner, y de Tristán e Isolda en los autores de "Louisa" y "Pelleas y Melisande". El "Yulien" de Charpentier es un texto y música inferior a "Luisa" "Pelleas y Melisandi" tiene en ciertos episodios un encanto pintoresco, pero la última obra está escrita con un simbolismo malo y la música es peor todavía. Debussy presenta por lo menos algo de nuevo, pero de una manera bastante monótona. Es "precioso" y no tan falto de ideas como Mallarmé cuyo "Tarde de un Fauno" lo arregló bastante bien. Sin embargo hay a veces magia en su música.

Es magia de sugestión, del misterio sugerido el cual sólo pueden entender los diez supra-hombres de Huysman esparcidos por todo el universo. Después de Debussy vienen: Duhas, Rarel, Florent, Schmidt, Roger y Ducasse, hombres que al parecer quieren introducir de nuevo el espíritu de la música del siglo XVIII, pero no en la forma poética-nebulosa del pasado sino en acordes brillantes. Schmith promete mucho. Respecto a Vicente d'Indy hay diferencia de opiniones, sin embargo es un maestro como lo era César Frank y como también lo son los discípulos de Vicente d'Indy, Alberto Russel y Teodoro de Séverac. Personalmente admiro a Fablo Dukas, sin pretensión de colocarlo al nivel de Debussy, el cual por lo menos añadió un tinte moderno al arte. Pero todos ellos sólo son fabricantes de mosaicos y no han presentado ninguna obra grande.

Casi no es necesario hablar de las modernizaciones fantásticas de Erik Satie, del "más moderno" compositor francés. Parece haber estrujado a Schveriberg en

sus pequeños trozos para piano que llevan el título llamativo "Embriones desechados". Los títulos son extravagantes, pero la música no es sin ironía penetrante.

Aquel trío de Chopin "Marcha Fúnebre" en Mi, declarado imitación de la afamada mazurka de Schubert, no nos conmueve. No hay señal de tiempo, todo es un caos suave dedicado como poema de tono, a ciertas plantas y creaturas del mar. Parece ser ésta una frase de los futuristas, según los modelos conocidos de los cubistas, pero aseguro haber tratado de tocar la música de Satie. Que es muy latero Satie, *esto no afirmaré ni lo negaré tampoco.*

Después de Schoenberg parece posible cualquiera cosa en este caso disonante. Recuerdo con satisfacción una composición pequeña de Rebikaff, llamada "La hija del diablo", ensayo moral de Franz Stock de Munich. Cierto que el bajo está en Mi y el tiple en Mi menor, sin embargo, el efecto es casi picante. El humor del nuevo músico es la melancolía en su originalidad, pero Gaguin dijo que en el arte, o se debe ser plagiador o revolucionario, aunque sea dudoso el valor de la revolución.

La influencia de Verdi fué grande en los compositores de la joven Italia, pero ninguno alcanzó ni a medias al maestro, al compositor de la obra maestra "Falstaff". Ponchielli entró en acción y bajo su dirección se criaron talentos como Puccini, Mascagni y Leoncavallo. Puccini no llegó más allá de "La Boheme" todo lo que compuso después son repeticiones del mismo tema, repeticiones no del todo admirables. La prudencia es su dicho predominante y, además tienen el mal gusto de servir al tiempo. Quiero decir que tiene el pulso público y tantea hasta encontrar el gusto del público. Mas nunca es tan vanal como Humperdink o Leoncavallo. Si Mascagni solamente se hubiera ocupado de la música sencilla, Hamilton se hubiera economizado mortificaciones y evitado muchas molestias a sus admiradores. Los hombres nuevos como Wolf Ferrari, Montemejjo, Giordano y muchos otros son célebres; pertenecen a cualquier país y su música cosmopolita, mientras produce efectos agradables, merece el juicio de no tener nota personal pronunciada. Esto no quiere decir que no es delicioso "L'Amore del Tre Re". Lo mismo se puede decir de Luis Thuille y también del grupo Neo-Belga. Sibelius, el Finlandés, es un compositor de un temperamento marcado. Entre los ingleses Deliur se muestra el más fuerte. Es más personal y por esto más original que Elgar. Pero ninguno de ellos alcanza a Pedro Cornelio, compositor de pequeñas obras maestras, del "Barbero de Bagdad" de la versión original, no de la desgraciada de Moltt. En Alemania hay un grupo activo de jóvenes: Ernst Boehe, Walter Braunfels, Max Schillings, Haus Pfitznes, un compositor de talento, F. Close, Karl Ehrenberg, Dohnanij, H. G. Noren. La lista es larga. Fresca, agradable y reveladora de un alto talento se presenta una ópera nueva de Franz Schrecker "Das Spielzeng und die Prinzessin". La anterior ópera de Schrecker "Der ferne Klaug" no la he visto, pero he gozado de la última composición, de su temperamento agradable, de su fantasía, de sus intrépidas graduaciones, que forman un libreto encantador.

Es curioso haberse comprobado que la música de Monsorgsky, cuya obra fué descuidada durante su vida, es la precursora de la música moderna. Casi no se dejó inspirar por Franz Liszt, como Tshaikowsky, Borodin, Rimsky-Korsakol, Glarounof en los cuales fué grande la influencia de Liszt.

EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK

Por A. K. GREENE

Miss Amelia Butterworth, solterona empedernida observa desde la ventana de su alcoba que a la media noche llega un carruaje a la puerta de la residencia vecina, cuyos propietarios se encuentran en Europa. De ese carruaje descienden un joven y una dama y penetran a la casa, de la que sale el hombre pasados diez minutos, sin que se le vea regresar. Intrigada Miss. Butterworth, sugiere a la mañana siguiente a un policía la conveniencia de que penetre a la casa, en la que cree ha pasado algo anormal. En aquel momento se presenta con las llaves la criada encargada del aseo, y después de varias réplicas accede el policía a penetrar a la casa, encontrando en el saloncito el cadáver de una mujer, sobre cuyo rostro ha caído un enorme aparador que la desfigura por completo la fisonomía. Empiezan las investigaciones, cuando se presenta el propietario de la casa Mr. Silas Van Burnam, que regresa de Europa. Las sospechas de Mr. Gryce, el detective encargado de la averiguación, parecen inclinarse hacia Howard Van Burnam, hijo menor de Silas, pues su esposa ha desaparecido desde el día anterior y el cadáver presenta una cicatriz que, según confesión de Howard, es parecida a una que tenía su mujer, a pesar de lo cual se niega a reconocer la posibilidad de que ésta haya podido penetrar por la noche acompañada de un hombre a una casa vacía. Miss Butterworth se apasiona por descubrir el misterio, y habiendo vuelto a la casa Van Burnam, se encuentra allí con Mr. Gryce, a quien ayuda a descubrir la mitad del alfiler del sombrero que sirvió para cometer el asesinato de la mujer; descubre también Miss Butterworth que tenía cuerda el péndulo que se encontraba sobre el aparador y que se paró a las cinco de la mañana, lo que viene a hacer más confuso el problema. Suplica Mr. Gryce a Miss Amelia que observe desde su ventana las personas que en esa noche y las subsiguientes lleguen a las doce en punto a la casa Van Burnam, para ver si alguna se asemeja al individuo que penetró a la casa la noche del crimen. Junto al comedor encuentra Mr. Gryce un sombrero y unos guantes de mujer, que se cree pertenecen también a la mujer de Howard. En la averiguación oficial, para esclarecer la muerte de la mujer, declara Miss Butterworth lo que había visto. Comparece también el empleado de una casa de comercio que asegura haber vendido un equipo completo para mujer, que se le pidió del hotel D..., adonde lo envió con un empleado, el cual, a su vez, aseguró que no había visto a la compradora; que lo hizo depositar el pedido a la puerta del cuarto, ordenándole se retirara y recibiendo en la misma forma el importe de la factura. Comparecieron en seguida los cocheros que habían conducido a la misteriosa pareja desde el hotel de D... hasta Madison Square y de allí a Gramercy Park. Fué en seguida llamado Franklin Van Burnam, quien declaró que las llaves de la casa las había entregado a su hermano Howard el día del crimen por la mañana. Tocó a su vez el turno a Howard, quien indicó que su esposa había hecho el viaje a Nueva York con el fin de tener una entrevista definitiva con su suegro y que no había vuelto a verla desde que se separaron; que las llaves las había extraviado sin poder decir en dónde y le fué imposible precisar el empleo de su tiempo en los momentos en que se consumaba el crimen. Pero, al presentarle el coroner el sombrero que había encontrado Mr. Gryce en la residencia Van Burnam, Howard lo reconoció como el que llevaba su esposa cuando de ella se había separado; en su actitud se operó un cambio radical desde aquel momento, pues abandonó su aire altanero y se dirigió apresuradamente a recoger del depósito al cadáver. En la sesión vespertina declaró que él había sido quien acompañara a Mrs. Van Burnam a la casa de su padre, en donde la había dejado pasados diez minutos, atribuyendo su muerte a un acceso de pánico que bien pudo experimentar la joven al encontrarse en aquella casa vacía. Compareció en seguida un Mr. Stone, muy conocido en Nueva York por estar en vísperas de casarse con una riquísima heredera: declaró que hacía las cuatro de la mañana había visto a Howard en la escalinata de entrada de la casa Van Burnam. La narradora, Miss Butterworth, es visitada en demanda de ayuda por las hermanas de Howard, a quien se ha encarcelado. Ofrece dárselas y, al efecto, visita en secreto la casa en que se cometió el crimen, donde hace algunos curiosos descubrimientos. Pónese en seguida a averiguar el sitio donde abandonaron sus paquetes los personajes que el día del crimen estuvieron en el hotel D... a cuyo efecto recorre las mismas calles que se dice atravesaron ellos y da con una lavandería donde efectivamente se encontraban las ropas de la mujer misteriosa que las había dejado para que se las lavaran y plancharan, aunque sin conseguir que el chino, dueño del establecimiento, entregue la ropa a Miss Butterworth por falta del boleto. Creyendo seguir la pista a Luisa Van Burnam, Miss Butterworth, después de hábiles gestiones, descubre en la casa de la riquísima Miss Althorpe a una joven llamada Oliver, que es, sin duda, la dueña de las prendas dejadas en la lavandería. Al hacerle algunas preguntas, la joven se trastorna: como cae enferma, queda al cuidado y bajo la vigilancia de Miss Amelia. Pero al salir ésta por poco tiempo, desaparece la enferma, que había quedado vigilada por una criada.

Encontrada

XXIV

Lancé una viva exclamación y bajé corriendo los escalones del pórtico.

—No partáis, grité al cochero, os necesitaré antes de diez minutos.

Al volver a la casa subí la escalera con apresuramiento, en un estado de espíritu del que no puedo enorgullecerme. ¡Feliz

mente Mr. Gryce no se encontraba allí para verme.

—¡Cómo! ¿Se marchó Miss Oliver?—pregunté a la criada, con la que me encontré en un rincón del corredor, temblando azorada.

—Sí, señora, la culpa es mía. Estaba acostada y dormía con tanta tranquilidad, que creí poder salir un instante. Pero cuando volví, sus ropas habían desaparecido y ella se había marchado. Debió salir rápidamente por la puerta principal, mientras que el lacayo se encontraba en el fondo del corredor. No me explico cómo pudo tener fuerzas para caminar.

Yo tampoco lo comprendía; pero no me detuve a discutir ese punto y penetré a la alcoba de que había salido algunas horas antes con el corazón tan lleno de esperanzas. El cuarto estaba vacío y comprendí lo que es naufragar a la vista del puerto. Pero no perdí un solo instante. Registré los cajones y el ropero. El manto y el sombrero de Miss Oliver habían desaparecido; pero no había ocurrido lo mismo con la falda que había pertenecido a Mrs. Van Burnam.

Pero lo que me impresionó más que ninguna otra cosa fué la vista de la pelota de lana que había yo tocado la víspera. Estaba sobre la mesa hecha pedazos, como si la hubiera desgarrado una persona con fiebre. Esto me probaba que la fiebre no la había abandonado y recobré alguna esperanza, diciéndome que una mujer en tal estado no podría correr por las calles indefinidamente, sino que bien pronto se la recogería para confinarla a un hospital.

Fué con esta esperanza con la que comencé mis investigaciones.

Enumerar las calles que atravesé o los diferentes sitios que recorrí aquel día, sería ocupar mayor espacio del que quiero destinar a esta parte de mi historia. Llegó la noche sin que hubiese encontrado la menor huella de la fugitiva. ¿Qué hacer? ¿Recurrir a Mr. Gryce después de lo que entre nosotros había ocurrido? Sería muy penoso para mi amor propio y, sin embargo, comenzaba a verme obligada a pasar por esa humillación, cuando me vino a la cabeza la idea del chino. No bien lo hube pensado, cuando se apoderó de mí una invencible necesidad de ir a visitarlo para preguntarle si no se había presentado alguien a recoger la ropa de Ruth Oliver.

Acompañada por Lena, me dirigí a la tercera avenida. La lavandería se encontraba casi en la esquina de la calle veintisiete. A medida que nos aproximábamos, me sentía más agitada. Cuando al fin llegamos, comprendí mi agitación y recobré desde luego toda mi sangre fría. Porque vi a Miss Oliver que miraba como fascinada, a través de los cristales, el interior de la lavandería. Sus manos, que tenía juntas, se apoyaban en la puerta y toda su actitud denotaba una intensa fatiga. Seguramente habría caído por tierra si no la hubiera sostenido una resolución igualmente fuerte.

Envié a Lena a buscarme un carruaje y me aproximé a la pobre joven, atrayéndola a la orilla de la acera.

—¿Habéis venido a buscar algo aquí? —le pregunté. En ese caso, entremos juntas al establecimiento.

Arrastrándola y sosteniéndola a la vez, logré hacerla franquear la puerta y entrar a la tienda del chino.

Este, hombre impasible, se volvió hacia nosotras.

—¿Es esta la señora que dejó una ropa aquí hace algunas noches?—pregunté.

Se puso a observarme sin decir palabra, reconociéndome poco a poco y recordando a la vez las palabras que entre nosotros se habían cambiado antes.

—Me habíais dicho que la señora estaba muerta. ¿Cómo puede ser esta dama si es que ya está muerta? Que diga algo, no he visto su rostro; pero oí su voz.

—¿Habéis visto alguna vez a este hombre?—pregunté a mi compañera que se encontraba casi sin conocimiento.

—Creo que sí, en un sueño, murmuró, tratando de traer su pobre espíritu de las regiones lejanas en las que se hallaba extraviado.

—Es esa la dama que entregó la ropa —exclamó el chino, encantado ante la perspectiva de recobrar su dinero. Es esa su voz. La reconozco. ¿Ha venido a recoger su ropa?

—Esta noche no. Como véis, se encuentra enferma; no puede sostenerse en pie por su excesiva debilidad.

Y regocijada por la idea de que la policía no hubiera descubierto todo el interés que me había inspirado aquella humilde lavandería, dí una moneda al chino y arrastré conmigo a Miss Oliver hacia el carruaje que acababa de llegar.

Ayudándome Lena, logré al fin hacer subir al coche a la infortunada criatura. La multitud empezaba a aglomerarse en torno nuestro, pronunciando algunas palabras equívocas. Dí al cochero la dirección de Miss Althorpe y llevé a mi paciente a la casa que había abandonado por la mañana.

Y he aquí cómo ocurrió que pasara yo una segunda noche bajo el hospitalario techo de Miss Althorpe.

XXV

Nueva sorpresa

Cuando bajé al comedor la siguiente mañana, a la hora del almuerzo, me encontré en ese estado de espíritu satisfecho que da la conciencia de haber cumplido con su deber y la perspectiva de ver muy pronto coronados sus esfuerzos por la buena opinión de una persona irreprochable. Desde el momento en que el chino reconoció a Miss Oliver, estaba demostrado incontestablemente que ella y Mrs. Poupe eran una sola persona y que era también la persona a la que Howard Van Burnam había acompañado a la casa de su padre en Gramercy Park.

Miss Ruth Oliver

Era el último anillo de la cadena; nada quedaba por probarse. Hubiera deseado ciertamente encontrar los anillos de la víctima: pero me sentía suficientemente orgullosa por los resultados alcanzados para esperar con impaciencia el momento en que había de encontrarme frente al detective.

Pero una nueva sorpresa me aguardaba, en forma de una carta de Mr. Gryce. Lena me la trajo de mi casa y he aquí su contenido:

"Querida Miss Butterworth:

Espero que no nos guarderéis rencor, pero hemos encontrado, nosotros, las sortijas que os parecen constituir una prueba irrecusable de culpabilidad para la persona en cuyo poder se encontraron. Si lo permitís (estas palabras estaban pérfidamente subrayadas) Mr. Franklin Van Burnam se encontrará hoy en la prisión. Fué en su escritorio donde se encontraron las sortijas. Tendré el honor de haceros una visita a las diez.

Coloco a vuestros pies el homenaje de mis más respetuosos sentimientos.

Ebenezer Gryce."

¡Franklin Van Burnan! ¿Podía creer lo que estaba leyendo? ¡Franklin Van Burnam acusado de este crimen y a punto de ser arrestado! ¿Qué significaba todo aquello? Yo, por mi parte, no había encontrado prueba alguna contra Franklin Van Burnam.

TERCERA PARTE

La dama vestida de gris

XXVI

—Creo, señora, que os encontráis satisfecha. Fueron estas las primeras palabras que me dirigió Mr. Gryce al presentarse en mi casa la mañana de este día memorable.

—¿Yo satisfecha?—repetí levantándome y mirándolo de tal suerte que más tarde me confesó que mi mirada le había recordado a la de Medusa.

—Lo comprendo. Estaríais sin duda más satisfecha si hubiésemos esperado a que vos nos indicárais el verdadero culpable. Pero nuestro oficio es egoísta y nos era permitido dejarnos ganar la delantera en un asunto de tan grande importancia.

—¡Ah! ¿De veras?—fué todo lo que pude contestar.

Mr. Gryce me ha confiado con posterioridad que aquellas palabras mías le habían impresionado profundamente.

—....Sencillamente hemos tenido la buena suerte de ser los primeros en encontrar lo que buscábamos. Comprendo que deba pareceros duro experimentar semejante contratiempo en el momento en que contábais ya con un éxito completo. Pero si las excusas sinceras pueden hacer que perdonéis nuestra intervención, os ruego, Miss Butterworth, que las aceptéis de mi parte, lo mismo que de parte del comisario principal.

—No comprendí ni una palabra de lo que me estaba diciendo; pero sí me di cuenta de toda la ironía del final y tuve bastante dignidad para responder.

—El tema es demasiado importante para que charlemos inútilmente sobre él. Veamos, hablemos seriamente. ¿En qué parte del escritorio de Mr. Franklin Van Burnam se encontraron esas sortijas y cómo sabéis que no fué su hermano quien allí las puso?

—Vuestra ignorancia es verdaderamente admirable, Miss Butterworth. Si queréis preguntar a cierta joven vestida de gris, cuál es el objeto situado sobre el escritorio de Mr. Van Burnam que tocó ella ayer por la mañana, tendréis la respuesta de vuestra primera pregunta. En cuanto a la segunda, es aún más fácil de satisfacer vuestra curiosidad. Mr. Howard Van Burnam no ha podido ocultar en el escritorio de su hermano las sortijas, por la sencilla razón de que desde la muerte de su esposa no se ha parado en las oficinas de Duane Street. Esta circunstancia nos es tan conocida como a vos misma. Cambiáis de color, Miss Butterworth. Pero en verdad que no hay el menor motivo. Para un detective aficionado, os habéis conducido mejor de lo que era de esperarse y habéis cometido menos faltas de las que podían esperarse...

¡Aquello era ya demasiado! ¡Y ahora se permitía tratarme con un tono protector!.

—No tengo el menor deseo, le dije, de pasar ante la sociedad como la descubridora de la culpabilidad de Franklin Van Burnam. Pero sí quiero que la policía haga justicia a mis esfuerzos, aunque no fuera sino porque os plugo, Mr. Gryce, tratarlos con desdén. Así, pues, si habláis seriamente, acepto vuestras excusas en la medida de su sinceridad. Sé que tenéis gran empeño por saber qué indicios he descubierto, o no perderíais así vuestro tiempo una mañana en la que seguramente tenéis mucho que hacer.

—¡Muy fuerte!—fué la corta exclamación que lanzó en la boca del vaso que tenía en la mano. Comienzo a creer, Miss Butterworth, que los informes que tenéis tanta repugnancia en darme, deben ser de un valor extraordinario. Si así es, no debo yo escucharlos solo. Espero al inspector Z... y si, como creo, es él quien acaba de llegar en ese carruaje, os ruego que esperéis su presencia para comunicármelos.

Un carruaje acababa, en efecto, de detenerse ante mi puerta y era el inspector Z... quien de él bajó. Comencé a darme cuenta de la importancia que se me concedía y levanté la vista hacia el retrato de mi padre, sintiendo en mi fuero interno que no se encontrara allí el original para que fuera testigo de la realización de su profecía.

Me mostré encantada de la llegada del inspector e hice los honores de mi salón con una amabilidad que mi padre habría sin duda apreciado. Mientras tanto, Mr. Gryce continuaba examinando el vaso de que se había apoderado.

—Miss Butterworth (era el inspector quien hablaba): se me ha dicho que os interesáis en el asunto Van Burnam. Según parece, habéis llegado hasta obtener sobre el particular informes que no habéis comunicado aún a la policía.

—No os han engañado, repliqué. En efecto, me he interesado vivamente por ese drama y he reunido ciertos datos de los que no he hablado todavía a nadie

El interés que mostraba Mr. Gryce por mi pobre jarrón aumentó en proporciones increíbles. Viendo esto, continué fríamente:

—No habría podido llegar a un resultado tan completo si me hubiera permitido el lujo de un confidente. Los esfuerzos que intenté, sólo pudieron dar resultados con la condición de que se les mantuviera absolutamente secretos. Es por esta razón por la que un aficionado puede triunfar donde fracasa la policía. Nadie ha sospechado que estaba yo verificando una investigación, si no es Mr. Gryce, que estaba prevenido de una intervención posible de mi parte. Le había dicho que en el caso de que fuera detenido Howard Van Burnam, tomaría a mi cargo el examen del asunto, y eso fué lo que hice.

—¿Entonces no creéis en la culpabilidad de Mr. Van Burnam? ¿Tal vez ni en su complicidad?—preguntó el inspector.

—Por lo que toca a su complicidad, nada puedo afirmar; pero no creo que haya sido el asesino de su esposa.

—Comprendo, comprendo.... ¿Creéis que ha sido esta la obra de su hermano?

Dirigí una mirada furtiva a Mr. Gryce. Había vuelto el jarrón y examinaba la marca de fábrica. Pero no pudo impedir que adivinara que esperaba de mi parte una respuesta afirmativa. Considerablemente satisfecha, me planté desde luego en el terreno elegido por él, respondiendo con calma y con firmeza:

"Volvió para hacer caer el aparador sobre el cadáver"

—Lo que creo y lo que ha venido a confirmar mi creencia, nada perderá por esperar diez minutos. Antes de comunicaros el resultado de mis investigaciones, pretendo saber qué pruebas habéis recogido vosotros y por qué causa son más abrumadoras en su contra de lo que lo eran las primeras para su hermano.

—¿Debemos prestarnos al capricho de Miss Butterworth?—preguntó el inspector.

—Es lo mejor que podemos hacer, respondió Mr. Gryce. Vamos a tratar a la señora como colega, por más que pretenda rehusarse a aceptar ese título. Y por la confianza que le mostraremos, habremos merecido de su parte un tratamiento no menos favorable.

—Servíos, pues, comenzar.

—Obedezco. Pero permitidme primero reconocer que habéis sido vos la primera que nos pusistéis sobre las huellas de Mr. Franklin Van Burnam.

XXVII

El estado de los negocios, según Mr. Gryce

La hora de los asombros había pasado. Por eso acepté esta afirmación sin mostrar ninguna sorpresa.

—Cuando no habíais podido reconocer en Howard Van Burnam al hombre que había acompañado a la esposa de éste a la casa vecina de la vuestra, comprendí que me era preciso buscar en otra parte al asesino de Luisa Van Burnam. Ya veis que me confiaba en la excelencia de vuestra memoria aún más de lo que vos misma podríais nacerlo. El comisario principal y ciertas otras personas que no tengo necesidad de nombrar, creían con toda certeza en su culpabilidad.

Un marido que asesina a su mujer, y esto por razones las más pueriles, es cosa de verlo todos los días. A causa de esto, me vi obligado a trabajar solo. Vuestras dudas, señora, han venido a confirmar las mías. Cuando me habéis confesado, la noche del entierro, que una persona que entró se parecía a la que buscábamos, me dirigí inmediatamente a tomar informes. Supe entonces que el primero que había entrado de las cuatro personas que me habíais descrito, era Franklin Van Burnam. Este hecho era para mí un indicio muy serio y fué por esto por lo que me decidí a creer que fuistéis vos quien me proporcionó el punto de partida en este asunto. Teníais vuestras razones para sospechar de aquel hombre, y con no perder de vista vuestros actos, esperaba sorprender esas razones.

—¡Excelente!, exclamé sin poder ocultar por completo la sorpresa y la alegría sardónica que sentía al ver la persistencia con la que se equivocaban acerca de la naturaleza de mis sospechas.

—Pero nos habéis hecho andar demasiado, señora. Reconozco que nos habéis hecho andar muchísimo. Por el hecho de que fueséis una aficionada, supuse que os conduciríais como tal. Me equivocaba. Os habéis mostrado muy fuerte y el hombre a quien había encargado la vigilancia de Mrs. Boppert, pensando que no

tardaríais en dirigiros ahí, se ha dejado sorprender por la astucia que empleásteis para ver a esa mujer en una tienda de los alrededores. Nosotros habíamos sondeado a esa criada y nada habíamos creído posible sacarle de nuevo, de lo que deduzco que si nos habéis llevado la ventaja en este punto, era únicamente porque sois más fuerte de lo que suponíamos. No sabíamos que fuéseis más capaz de lo que nos imaginábamos. Estábamos enterados de que os ocupabáis del asunto del reloj y de que éste estaba andando en el momento de la caída del aparador: este informe nos ha sido muy útil, como podréis verlo. Sabíamos también que era Franklin quien primero había observado ese detalle. Para un espíritu superficial, semejante detalle habría sido la mejor prueba de que ese joven era inocente de este delito, al que se encontraba tan estrechamente ligado. Pero para un hombre que conoce todas las astucias de los criminales, semejante hecho que, a primera vista, parecía constituir un testimonio favorable, era susceptible de otra interpretación. No dejándome, pues, engañar por esta derrota momentánea que me hacía completamente feliz por verme mezclado a un asunto que mis superiores consideraban como terminado, me empeñé en descubrir el papel que había desempeñado Franklin en el crimen. Se trataba, ante todo, de convencerse si alguna de las numerosas personas que habían visto al llamado James Poppe en el hotel de.... podría corroborar vuestro testimonio respecto de la identidad de Franklin por la que acompañaba a la víctima a la residencia Van Burnam. Tuve que recurrir a la astucia, y con el pretexto de prestar un gran servicio a su hermano, lo decidí a que me acompañara al hotel de....

Debió ciertamente comprender mis intenciones. Pero pensó que lo mejor que podía hacer era un alarde de audacia, afectando completa sorpresa. No prestó ninguna dificultad a mi proyecto. Le aconsejé que cambiase por una ropa más sencilla el elegante traje que llevaba, o que, cuando menos lo ocultara con un largo guardapolvo. Y como prueba de su audacia, debo deciros que no vaciló en ponerse ese guardapolvo, por más que no se se ocultaba hasta qué extremo cambiaba su aspecto con él. Tuve motivo para felicitarme del resultado de nuestra expedición. Al entrar nosotros, vi estremecerse a uno de los cocheros que se encontraba frente al edificio, siguiendo a Franklin con la vista. Era aquel precisamente el a su salida del hotel. Y cuando pasamos que había llevado al matrimonio Poppe a su salida del hotel. Y cuando pasamos frente al portero del establecimiento, nos contestó a la mirada que le dirigí con una señal que me dió a comprender que aquel era el individuo a quien andábamos buscando.

Pero fué el cajero quien me proporcionó la prueba más clara sobre la identidad que trataba yo de establecer. Al entrar a su oficina, había dejado de intento a Mr. Van Burnam frente a la rejilla, en el mismo punto más o menos en que Mr. Poppe había estado mientras que se decía su esposa firmaba en los registros del hotel.

"Pero si este es nuestro hombre, exclamó felizmente en voz baja. Es la misma mirada inquieta, la cabeza baja, el bigote castaño, todo, excepto el guardapolvo.—Vamos, le contesté, este señor es Franklin Van Burnam.—Estáis soñando. No puedo asegurarlos nada, me replicó, puesto que he visto a los dos hermanos en el curso de la investigación y que en aquel momento no me parecieron que tuvieran ninguna semejanza con nuestro misterioso cliente. Pero tal como se encuentra ahí, permitidme que os diga que tiene una notable semejanza con Mr. James Poppe. "Me encogí de hombros y le aseguré que lo que me decía estaba por completo fuera del sentido común y que haría mejor en guardarse semejantes bromas. Por último, abandoné el hotel afectando exteriormente un vivo descontento; pero decidido, en mi fuero interno, a proseguir aquella pista que comenzaba con tan halagadores auspicios. Se trataba ahora de determinar si mi hombre tenía algún motivo para cometer algún crimen tan extraño a su carácter. Es cierto que en los momentos de la averiguación su actitud no había traicionado ninguna animosidad preconcebida contra su cuñado. Nada me hacía pensar que pudiera abrigar contra ella un odio mortal, que era el único capaz de explicar semejante atentado. Pero nosotros los de la policía no nos dejamos detener por las apariencias, y una vez convencido de la identidad de Mr. Franklin con la del famoso Mr.

Poppe, me decidí a continuar mis investigaciones fuera de Nueva York. Abandoné pues, la ciudad y a mi partida confié la dirección del asunto a un joven que no supo apreciarme en su justo valor vuestro carácter perseverante. En todo caso, no supo decirme nada a mi regreso por lo que a vos tocaba, con excepción de que habíais visitado mucho a Mrs. Althorpe, cosa natural de vuestra parte, que no valía la pena que sobre ello me informara.

El lugar de mi destino era Four Corness, sitio en el que Howard había conocido a la que debía ser más tarde su esposa. Al contaros lo que allí supe, no haré, sin duda, sino narrar hechos de los que ya tenéis conocimiento. Aquello es un simpático paraje en la parte meridional del Estado de Vermont y allí fué donde hace tres años Howard Van Burnam vió por primera vez a Miss Stapleton. Vivía entonces con la familia de un Mr. Harrison como dama de compañía de su hija enferma.

¿Qué otro motivo pudo hacerle dejar el lecho?

Se encontraron por primera vez en una casa particular, y bien pronto descubrí muchos hechos de que no se tiene idea aquí en Nueva York. Desde luego que no se encontraba tan enamorada de Howard como éste de ella. El joven había sucumbido desde luego a sus encantos y la había pedido en matrimonio antes de dos semanas. Aceptó su petición; pero de todos cuantos los vieron juntos, pocos pudieron creer que la dama se interesara sinceramente por el joven, hasta que Franklin apareció de pronto en la población. En aquel momento, Luisa cambió por completo y su belleza se hizo tan notable y de tal manera irresistible, que su pretendiente se afirmó cada vez más en su deseo. En fin, está casi probado que Franklin no se mostró menos insensible a sus encantos. Perdió la cabeza, al menos durante cierto tiempo. Ella no lo descorazonó, porque al decir de todos, era una bribona de primer orden. Como quiera que sea Franklin llegó a confesarle el sentimiento que por ella experimentaba por medio de una carta de que he oído hablar mucho antes de tener la dicha por un instante de verla por mis propios ojos.

Esto ocurría hace tres años, y creo que Miss Stapleton hubiera consentido en romper con Howard y casarse con Franklin si éste se hubiera atrevido a afrontar los reproches de su hermano. Pero evidentemente le faltaba el valor de hacerlo. Su misma carta, concebida en los términos más elevados, no hace esperar a la joven ninguna unión posible entre ella y Franklin. No había, pues perdido éste todo el sentimiento del honor y como bien pronto abandonó Four Corness para no aparecer allí sino hasta la víspera del matrimonio, es probable que todo pasó de acuerdo entre los tres.

Pero la joven tenía malos instintos, y por más que quisiera casarse con Howard por las ventajas que aquello le traía, no por eso dejaba de alentar un implacable rencor respecto de Franklin. Astuta a la par que violenta, disimuló para todo el mundo sus verdaderos sentimientos, los que sólo comunicó a una confidente, venal por más señas... Bien pronto tuve la oportunidad de encontrarme con esa joven y ningún trabajo me costó obtener la confidencia de todo cuanto sabía. Había servido en otra época como criada en la casa de Miss Harrison. Fué así como se encontró en condiciones de prestar más de un servicio a Miss Stapleton, de lo que ésta no se olvidó, y fué también así como supe el resultado de la última entrevista entre ella y Franklin la víspera del matrimonio. En el curso de esta entrevista, Mr. Van Burnam le pidió claramen

te que le devolviera su carta. Ella le declaró que no se la devolvería a menos que se comprometiese a obtener de su familia el reconocimiento puro y llano de su matrimonio por parte de la familia. Debía también hacerla recibir en la casa de su padre como esposa de Howard. Le declaró, además, que estaba decidida a guardar aquella carta como una garantía para el caso de que sus sospechas no fueran infundadas. Sin preocuparse en manera alguna sobre la mala impresión que con aquel acto causaba en el joven, se puso a injuriar a su cuñado y a su novio, mostrando al mismo tiempo tal deseo de aprovecharse de las ventajas materiales que le ofrecía su matrimonio, que Franklin comenzó a cobrarle odio. Permaneció, sin embargo, en Four Corness hasta después de la ceremonia nupcial; pero se mostró un convidado tan triste en la festividad, que todos estuvieron conformes para declarar que no se encontraba a la altura de las circunstancias. He aquí lo que supe en Four Corness. La joven pareja pasó los primeros meses de su matrimonio en Yonkers; fué, pues, hacia Yonkers donde dirigí mis pasos. Supe allí que Franklin había ido dos veces, llamado, según yo, por un mensaje perentorio que debió de haberle dirigido la esposa de su hermano. En esas ocasiones se produjeron escenas de reproches. La idea que más le preocupaba a Luisa era la de hacerse reconocer por los Van Burnam, y sé a buen seguro que nada había avanzado. Además, había podido apercibirse de que el amor de su marido iba disminuyendo por efecto del mal humor y de las continuas quejas de su esposa.

Decidió más que nunca ser recibida en sociedad, y cuando la familia de su esposo partió para Europa, Howard tuvo gran trabajo para hacerse acompañar de su esposa a la pequeña ciudad de provincia, con cuya permanencia creía desarmar a su padre.

Tuvo Howard que prometer a su mujer que a la llegada del otoño la resarciría y que probablemente se instalarían en Washington durante el invierno.

Pero la vida un poco monótona que se le impuso no podía menos que desagradar a la joven, en la que produjo malos efectos. Se volvió cada día más agitada, y cuando se aproximó el día del regreso anunciado de la familia, imaginó muchas combinaciones para conciliársela.

Pero su más desafortunado paso y el que sin duda le causó la muerte, no lo conoció él nunca. Ella se le presentó a Franklin en su oficina, amenazándolo con mostrar a Howard la famosa carta, con el fin de obtener de él la formal promesa de ayudarla y protegerla en el esfuerzo decisivo que iba a tentar con su suegro. No conozco los detalles de la entrevista; pero como permaneció encerrada con él durante un tiempo considerable, es natural suponer que tuvieron una conversación bastante importante.

El empleado que trabaja en la oficina exterior no sabía, cuando llegó, quién era ella. Pero había notado su rostro en el momento en que salía, y declaraba que se encontraba iluminado con una sonrisa insolente de triunfo. Franklin, por el contrario, a la vez que mostró la cortesía o la prudencia de acompañarla hasta la salida, estaba pálido por la cólera y se conducía de una manera tan extraña que todo el mundo pudo darse cuenta de ello. La joven llevaba en la mano la carta de Franklin, carta fácil de reconocer por el gran sello de lacre color violeta que tenía en el revés. Se abanicaba con ella, teniendo un aire insolente, haciendo el ademán a su paso de colocarla sobre el escritorio de Howard; pero la recogió inmediatamente, a la vez que dirigía a Franklin una mirada maliciosa, que puso al joven fuera de sí. Al volver éste a su oficina, iba con el rostro demudado por el furor; el efecto que aquella visita le produjo fué tan grande, que no quiso recibir a nadie en el resto del día. Probablemente Luisa había mostrado la más fría resolución de revelar a su marido la perfidia de Franklin; éste no había dejado de irritarse ante tal perspectiva. Veía que se arriesgaba a perder no sólo su buena reputación, sino también la estima en que lo tenía su hermano menor, a quien evidentemente quería mucho. Ahora, si me lo permitís, os haré notar que, por virtud de su inmenso orgullo, así como por el afecto a Howard, no vió mal el hacer desaparecer a la cuñada importuna. Quería posesionarse de su indiscreta carta y, para obtenerla, se vió forzado a recurrir al crimen. Tal es, menos por ahora, mi teoría sobre este asesinato. ¿Corresponde con la vuestra, Miss Butterworth?

XXIX

Bien trabajado

—¡Oh! perfectamente—respondí con una dósis de ironía suficiente para permitirme afirmar que no había mentido. Pero continuad. Me habéis satisfecho solamente a medias. No os habréis seguramente detenido allí, una vez que habéis descubierto el móvil del crimen.

—Señora, tenéis razón; no nos hemos contentado con descubrir el móvil. Nos hemos preocupado también reunir los testimonios que demuestran el papel que Franklin desempeñó en este asunto.

—¿Y habéis logrado vuestro propósito?

Mi entonación dejaba traicionar algo de lo que pasaba en mi fuero interno, por más que al inspector no le llamara la atención.

Sí, señora. Aún diré que los cargos que pesan sobre él son más graves que los que pesaban sobre su hermano. Porque si apartamos la segunda parte de la declaración de Howard, que evidentemente se componía de mentiras, nada queda contra él, o más bien tenemos sólo tres detalles: el capricho y la obstinación que puso para negarse a reconocer a su esposa en la persona de la víctima; el hecho de que su hermano le entregara las llaves de su casa; y la circunstancia de que se le vió al día siguiente del crimen a una hora inusitada en el pórtico de la casa de su padre. Ahora bien: ¿qué tenemos en contra de Franklin? Muchas cosas.

Primero que su hermano no puede dar cuenta del empleo de su tiempo entre once y media del martes por la mañana y las cinco y media de la mañana del miércoles.

Segundo, que era él, Howard, el hombre del guardapolvo de tela. Es él y no Howard quien aquella noche tenía las llaves en su poder. Son acusaciones serias las que acabo de hacer y voy a daros las razones que tengo para ello. El portero encargado de la limpieza de las oficinas de Duana Street tuvo un momento desocupado la mañana del día en que murió Mrs. Van Burnam. Se aprovechó de este instante de libertad para ver descargar una enorme caldera a veinte metros de las oficinas de Van Burnam. Miraba, pues, en esta dirección cuando Howard pasó a su lado, después de la entrevista que había tenido con su hermano, durante la cual éste le había entregado las llaves. Howard caminaba con rapidez y, encontrando obstruída la acera por la caldera de que he hablado antes, se detuvo un instante mientras aquella pasaba. Hacía mucho calor y sacó su pañuelo para limpiarse la frente. Hecho esto, continuó su camino en el momento mismo en que un hombre, vestido con un largo guardapolvo, casi lo alcanzaba, el cual se detuvo en el paraje donde se había detenido Howard y se inclinó para recoger un objeto que evidentemente había dejado caer aquél. El aspecto general de este segundo personaje pareció más o menos familiar al portero, así como el guardapolvo. Descubrió posteriormente que aquella prenda de indumentaria era la que había visto hacía mucho tiempo bajo la escalera del almacén, el cual nadie usaba ya. El que llevaba el guardapolvo no era otro que Franklin Van Burnam, el cual había dejado la oficina al salir su hermano, y el objeto que recogió eran las llaves que éste había dejado caer sin darse cuenta. Ha podido creer que las perdió más tarde; pero fué en aquel momento preciso cuando se le salieron del bolsillo. Agregaré tan sólo que el guardapolvo encontrado por el cochero ha sido reconocido como el mis-

¿Cómo se explica que estas joyas estén en su poder?

mo que se tomó debajo de la escalera. Tercero, las llaves por medio de las cuales se abrió la puerta de la casa de Mr. Van Burnam, han sido encontradas en su lugar habitual al día siguiente por la mañana. No pudo ponerlas allí Howard, porque éste no volvió a la oficina con posterioridad al crimen.. ¿Quién pudo haberlas llevado si no es Franklin?

Cuarto, la carta por cuya posesión se ha cometido este crimen, la hemos encontrado en un cajón secreto del escritorio de Franklin. Estaba considerablemente arrugada y era fácil observar que había sufrido un violento, después de que se le había visto en manos de Mrs. Van Burnam.

Pero la circunstancia más abrumadora

Temo consecuencias desagradables

para Franklin y la que más se debe pesar sobre él en momento del crimen, es el descubrimiento de las sortijas de la víctima en ese mismo escritorio. No me detendré a preguntarle en este momento. Miss Butterworth, ¿cómo habéis podido suponer que pudiese encontrarse algún objeto de importancia tan capital, ni cómo habéis hecho para conocer el lugar mismo en que las sortijas se encontraban ocultas? Bástame, pues, hacer constar que vuestra criada se presentó en las oficinas Van Burnam, explicando con notable candor que Mr. Van Burnam le esperaba, y que si no se encontraba en la oficina, lo esperaría ella. Uno de los empleados que tenemos a nuestro servicio concibió una duda respecto de sus intenciones. Le había prevenido que desconfiara de una joven vestida de gris o de una dama de vuestras señas... os serviréis perdonaros, Miss Butterworth. No perdió, pues, de vista los movimientos de la joven y bien pronto la vió extender la mano hacia un gancho colocado junto al escritorio de Mr. Franklin. Como en ese gancho se colocan las cartas que no han recibido contestación, el empleado se levantó rápidamente, aproximándose con la mayor cortesía. Debió, sin duda, deciros que se mostró muy amable. Le pregunté si deseaba algo; pero por toda respuesta se sonrojó, dirigiéndole una mirada confusa, de la que debéis reprenderla si tenéis la intención de seguiros sirviendo de ella para comisiones tan delicadas. Cometió, por lo demás, un segundo error. No debió haber partido desde luego al verse descubierta; porque esto permitió al empleado hablarle por teléfono. Me encontraba libre y llegué desde luego. Después de haber escuchado lo que tenía que decirme, comprendí que lo que era interesante para vos, debía serlo para mí. Dirigí una mirada a las cartas que la joven había tocado y descubrí, como debió ella hacerlo con anterioridad, que las cinco sortijas que buscábamos todos desde hacía tanto tiempo, estaban colgadas en medio de la correspondencia de Franklin. Podéis imaginar, señora, cuál fué mi satisfacción, mi gratitud para con mi agente, quien me había reservado el honor de un descubrimiento que tanto halagaba mi amor propio.

—Comprendo, comprendo, repetí sin atreverme a decir más, por más que mi secreto me quemara los labios.

—No habréis dejado de leer, en Edgar Poe, la historia de la carta robada, me dijo en seguida.

Hice una señal afirmativa con la cabeza, comprendiendo desde luego lo que me quería decir.

—Pues bien, el principio que este cuento desarrolla, explica la presencia de las sortijas en medio de aquel montón de cartas. Franklin Van Burnam, si en realidad es el asesino de su cuñada, es uno de los más astutos bribones que ha producido nuestra ciudad. Sabía que, si alguna vez se sospechaba de él, se registrarían todos los cajones secretos, todos los escondites posibles que tuviera a la mano. Debió, pues, colocar esas alhajas comprometedoras en sitio tan visible y, sin embargo, tan poco a propósito para atraer la atención, que aún un viejo zorro como yo no pensó en buscarlas allí.

Se detuvo, y la mirada que me dirigió me llenó de satisfacción.

—Y ahora, señora, agregó, que he expuesto los cargos que pesan sobre Fran-

klin Van Burnam, ¿no creéis que ha llegado el momento de recompensar mi buena voluntad respecto a vos, mostrándome la misma confianza?

Respondí con un "no" perentorio.

—Hay todavía muchas cosas que aclarar en la acusación que hacéis contra Mr. Franklin, objeté. ¿A qué responde, por ejemplo, el capricho que ha tenido Mrs. Van Burnam al cambiar de traje, si era su cuñado y no su marido quien se encontraba con ella en el hotel?

—Basándome, no sobre hechos, sino sobre cierta intuición, he llegado a deducir que Franklin no había pensado primero en matar a su cuñada, sino que únicamente quería recobrar su carta. Pero Luisa no era mujer capaz de desarmarse antes de lograr sus propósitos. Franklin se dió bien pronto cuenta de este estado de cosas y comenzó a preguntar si no se vería obligado a recurrir a terribles extremidades para lograr sus fines. Fingió, pues, apadrinar los proyectos de la joven. Esta la había hablado sin duda de su última idea, que consistía en presentarse ante Silas Van Burnam en su propia casa, más bien que a bordo del vapor. El debió aconsejarle que se pusiera distinto traje, esperando que, mientras se operaba el cambio, tendría ocasión de apoderarse él de la carta. Pero Luisa Van Burnam no se dejó engañar y como la carta la llevaba oculta en el calzado...

—¿Cómo?—exclamé.

—Como llevaba la carta oculta en el calzado, repitió Mr. Gryce, le bastó, para conservar su secreto, declarar que el enviado del almacén le quedaba muy estrecho. Ponía así la carta, origen de su fuerza, al abrigo de las manos ávidas de su cuñado. Pero esto parece asombraros, Miss Butterworth. ¿Deseáis que os aclare algún otro punto?

—No me preguntéis nada; no me miréis. Vuestra perspicacia es extraordinaria.

Tuvo una sonrisa y me saludó amablemente.

—Viendo descubierta su última astucia, este bribón no vaciló en poner en planta el proyecto que maduraba desde el momento en que había recogido las llaves de la casa de su padre, caídas del bolsillo de Howard. La mujer de éste debía morir; pero no en cuarto de hotel y en su compañía. Menospreciada, aborrecida, obstáculo para la dicha y la prosperidad de toda la familia, no por eso dejaba de ser una Van Burnam; era preciso que ninguna sombra viniera a manchar su reputación. Se dió, pues, maña para dejar el hotel en unión de su cuñada, dirigiéndose a Gramercy Park con toda la circunspección necesaria. Cómo pasaron allí las cosas, no se sabe a punto fijo; pero se pueden hacer diversas conjeturas, siendo una de ellas la de que por astucia logró quitarle el alfiler del sombrero, que fué el arma de que se sirvió para cometer el asesinato.

Me encontraba aturdida al escuchar

Con rapidez se metió en el cupé

aquellas plausibles explicaciones, a pesar de que no ignoraba que se establecía toda aquella teoría sobre una base falsa. Pregunté cómo era posible, si el crimen lo había cometido solo Franklin, que Howard hubiera dado una declaración de la que naturalmente se deducía culpabilidad.

—Señora: Howard, que ignoro el papel representado por su hermano en este asunto, tiene a su honor en alta estima y ha declarado como lo hizo para que nadie pudiera asegurar que su esposa había penetrado sola y por la noche a la casa vacía. Ideas caballerescas si queréis; pero existen hombres hechos de esta manera, y este es el hombre más testarudo, que yo conozco. Estaba dispuesto a no dejar manchar su honor y, con este fin, estaba decidido hasta llegar a un deshonroso patíbulo. Y ahora, Miss Butter-

worth, permitidme que os pregunte si no creéis ya llegado el momento de que nos hagáis vuestras confidencias y nos comuniquéis las pruebas de la culpabilidad de Franklin Van Burnam que no podéis menos de haber recogido.

Había llegado el momento de hablar. Elevé la mano con toda la dignidad que era de desearse y, después de una corta pausa, destinada a subrayar el efecto de mis palabras, dije:

—¿Y qué es lo que os hace creer que yo tenga la menor razón para pensar que el culpable sea Franklin Van Burnam?

Al oir aquella pregunta, que juzgaba debía producir un efecto prodigioso, Mr. Gryce, con ese admirable dominio sobre sí mismo que ha contribuído a hacer de él una de las glorias de su profesión, conservó un rostro impasible.

—Suponía, me respondió con gran calma, que desde el momento en que Howard quedaba al abrigo de las sospechas, podría deducirse la culpabilidad de otra persona. Y, hasta donde puede juzgarse, nadie se ha encontrado mezclado en este asunto fuera de los hermanos Van Burnam.

—¿De veras? Entonces temo que os espere una gran sorpresa, Mr. Gryce. Este crimen, que tanto trabajo os ha dado atribuírselo a Franklin, no ha sido, en mi concepto, cometido por él, ni por ningun otro hombre. Ha sido da obra de una mujer.

—¿De una mujer?

—Sí, de una mujer, repetí haciéndole una pequeña reverencia.

En mi juventud, aquella reverencia era una muestra de respeto para las opiniones ajenas, que no dejaba de hacerse cuando externábamos opiniones diferentes. Actualmente los buenos modales han desaparecido casi por completo, lo que ciertamente es de lamentarse.

—De una mujer que yo conozco, continué, de una mujer a la que puedo señalar antes de media hora, de una hermosa mujer, a la que pertenece uno de los dos sombreros encontrados en la residencia Van Burnam.

Mr. Gryce, gracias al dominio que tenía sobre sí mismo, no dejó claramente traslucir su sorpresa. No por eso dejó de experimentarla, y muy grande, porque mientras hacía yo esta declaración, se volvió para verme con gran fijeza. ¡Ya lo oís! ¡Mr. Gryce me miró!

—Esos dos sombreros pertenecían ambos a Mrs. Van Burnam, protestó. Llevaba uno al llegar de Haddam y el otro formaba parte del pedido hecho a la casa Altmann.

(Concluirá).

Octbre. 1914

PACIFICO MAGAZINE

Preç UN PE

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habitantes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

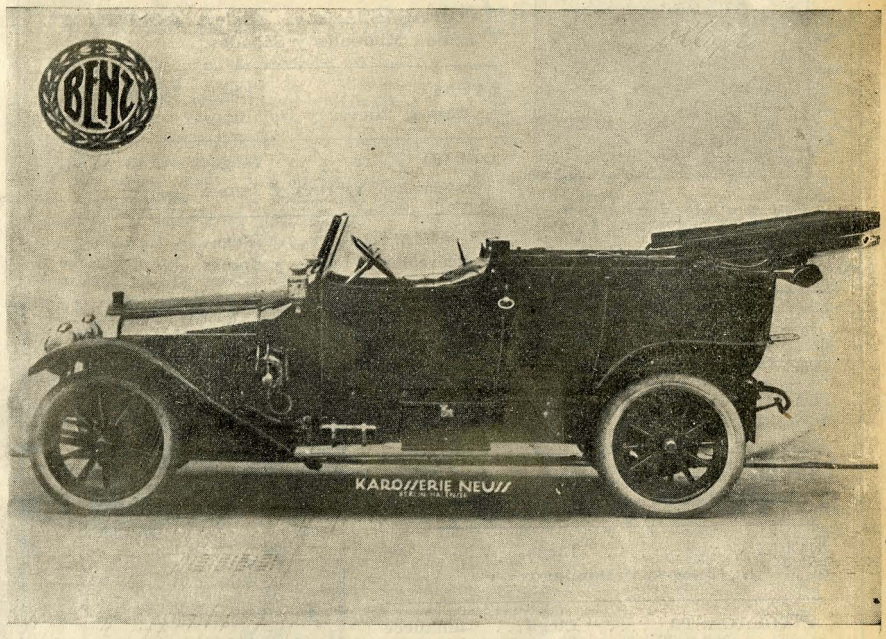
SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

"BENZ"

EL AUTOMOVIL FAVORITO EL PRINCIPE ENRIQUE DE PRUSIA



Unico Representante para Chile: ***ALBERTO LIEBE***

Garage Central

Miraflores, números 239-269, Santiago

"BENZ" FIRMA INVENTORA DE LOS MOTORES PARA AUTOMOVILES. LA CASA MAS ANTIGUA DEL MUNDO EN ESTE RAMO

SUMARIO

Páginas

BUENOS HOMBRES DE TRABAJO PARA CHILE, *J. D. G.* 655
Ilustraciones fotográficas
INFORMACION GRAFICA DE LA GUERRA 660
MISSA SOLEMNIS, ... *Adolfo Ribaux* 668
Con ilustraciones
FABRICA NACIONAL DE PAÑOS 679
Ilustraciones fotográficas
LA GUERRA AEREA, ... *Henry Woodhouse* 685
Ilustraciones fotográficas
CUENTO DE NAVIDAD. . . . . *Emilia Pardo Bazán* 693
EXPOSICION WIEDNER. . . . . *A.* 706
EL SEÑOR DEL CASTILLO NEGRO . . . *A. Conan-Doyle* 707
Con ilustraciones
LA GUERRA DE LAS TRINCHERAS 714
Ilustraciones fotográficas
VAGABUNDO.—LAS MALEZAS, ... *Pedro Prado* 715
PUVIS DE CHAVANNES, ... *José Backhaus* 717
Cer reproducciones fotográficas.
LA ISLA DEL AEPYORNIS, ... *Hugo H. Wells* 728
LA ESTETICA EN EL HOGAR (conferencia), *Ramón Subercaseaux* 733
Con ilustraciones fotográficas.
LOS VIEJOS ESTANDARTES BRITANICOS 743
Con ilustraciones fotográficas.
LOS ORIGENES DE LA CENICIENTA, ... *A. Bossert* 743
SANTIAGO EN 1890, ... *Teodoro Child* 749
Con ilustraciones
LA INTRODUCCION DE CAPITALES AMERICANOS EN CHILE, ... *Carlos G. Avalos* 759
Ilustraciones fotográficas
NAPOLEON EN LA ANTIGUA CARICATURA ALEMANA 766
EL CRIMEN DE GRAMERCY-PARK (folletín) 767
Ilustrado.

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

FERROCARRIL de ANTOFAGASTA a BOLIVIA

SERVICIO DIRECTO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado	(cada 15	días)
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo	"	"
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes	"	"
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes	"	"

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	8.00 A. M.	Sábado	(cada 15	días)
Oruro	Llega . .	3.45 P. M.	Sábado	"	"
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo	"	"
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes	"	"

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

El próximo tren saldrá de Antofagasta y La Paz, el sábado 19 de diciembre.

Para mayores datos, verse con los señores VORWERK & Co. en VALPARAISO y con la Administración General en Antofagasta.

PRAT 231 ***VORWERK & CO.***
Agentes generales:

La Equitativa de los Estados Unidos

Sociedad de Seguros Sobre la Vida

George T. Wilson, Vice-Presidente — W. A. Day, Presidente — John B. Lunger, Vice-Presidente

Puntos de consideración correspondientes a la 54a. Memoria Anual de la Sociedad, que incorpora su Estado Financiero, situación de sus inversiones, y plenos detalles respecto a su progreso durante el año 1913. La Memoria completa será enviada a todo el que la solicite.

	Oro Americano.
ACTIVO, Diciembre 31/1913...	$ 525.345,619.00
(Aumento sobre 1912: $ 12.026,418.00).	
FONDO PARA POLIZAS (o Reserva de Seguro)...	$ 432.282,828.00
OTRAS OBLIGACIONES...	$ 8.694,048.00
TOTAL DE OBLIGACIONES...	$ 440.976,876.00
RESERVAS SOBRANTES (Incluso sumas que serán destinadas a distribución a las Pólizas de Dividendo Diferido)...	$ 84.368,743.00
RESERVADO PARA DIVIDENDOS A ASEGURADOS para el año en curso de 1914.....	$ 13.638,794.00
NUEVOS SEGUROS PAGADOS EN 1913...	$ 144.247,363.00
SEGUROS VIGENTES AL 31 de Diciembre de 1913.....	$ 1,471.093,575.00
PAGOS ASEGURADOS EN 1913.....	$ 54.805,925.00
INVERSIONES EN 1913, HECHAS EN BONOS DE FERROCARRIL, MUNICIPALES, HIPOTECAS, etc. (Invertidas a producir 5.20%).....	$ 25.948,904.00

SUCURSAL EN SANTIAGO DE CHILE, FUNDADA EN 1875

	Moneda Chilena.
SINIESTROS PAGADOS HASTA EL 31 DE DICIEMBRE 1913...	$ 11.626,041.45
LIQUIDACIONES DE POLIZAS QUE COMPLETARON SUS RESPECTIVOS PERIODOS, PAGADAS EN EFECTIVO	$ 8.680,402.66
DIVIDENDOS ANUALES PAGADOS EN EFECTIVO..... ..	$ 759,512.12
TOTAL PAGADO A TENEDORES DE POLIZAS DESDE SU FUNDACION..	$ 21.065,956.23
VALORES Y FONDOS EN CHILE.....	$ 2.263,579.55
BONOS CHILENOS DEL 5%, correspondientes al empréstito de 1911, Oro Americano $ 242,500, a 10d...	$ 1.222,500.00
TOTAL DE VALORES...	$ 3.486,079.55
SEGUROS VIGENTES EN CHILE EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913...	$ 42.133,255.24

JOSE PASTOR

Apodera do y Gerente

INDICE GENERAL

Año 1913

	Mes.	Pág.
PORTADAS		
En la Playa (tricomía).	Enero	
Clavelitos, por *Benedito*.	Febrero	
La primera escuadra nacional, por *Somerales*.	Marzo	
La bella cocinera, por *Llewellyn*.	Abril	
Don Mariano Egaña, por *Monvoisin*.	Mayo	
La yunta, por *Chicharro*.	Junio	
"Un idilio en época del coloniaje", por *Pedro Subercaseaux*.	Julio	
"En el potrero", por *Rafael Correa*.	Agosto	
Doña Enriqueta Pinto de Búlnes, por *Monvoisin*.	Septiembre	
Dibujo de *Martín*.	Octubre	
"La primavera", por *Lynch*.	Nov.	
"María", por *Martín*.	Dic.	
CARICATURAS		
"Hoy como ayer", caricaturas políticas de *Wiedner*.	Enero	96
"La gran vergüenza de 1912", (alegoría de la fiebre amarilla en Chile), por *Wiedner*.	Enero	112
"La tela de araña en el mapa de Sud-América", (la expansión de los Estados Unidos), por *Wiedner*.	Febrero	200
"El bocado del cocodrilo", (5 millones de libras esterlinas para los ferrocarriles), por *Wiedner*	Febrero	225
Caricatura política de antaño. (Con reproducciones gráficas de Antonio Smith.	Abril	508
EPISODIOS NACIONALES		
Las Trinitarias, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Enero	15
Tarpellanca, *Joaquín Díaz Garcés*, ilustraciones de P. Subercaseaux.	Febrero	205
A la sombra de la horca, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Marzo	325
La mujer que lloraba, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Abril	471
La hacienda del rey, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Mayo	605
El escomulgado, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Junio	734
La selva maldita, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Julio	7
Remordimientos de un conspirador, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Agosto	179
La fortuna misteriosa, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Oct.	443
CUENTOS Y LITERATURA GENERAL		
De pillo a pillo, *Joaquín Díaz Garcés*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Enero	41
El cuerpo sin alma, *Julio Vicuña Cifuentes*. (Ilustraciones de Martín).	Enero	58
Una historia de amor, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Martín).	Enero	97
La chaqueta del tío, traducido de *Ugo Ojetti*.	Febrero	225
El cura de Romeral, *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Febrero	231
Pequeño cuento. (Ilustraciones en color).	Febrero	237
Noches de la India, *A. Laruth Kumar Ghosh*. (Con ilustraciones).	Marzo	253
El doctor Schoneman, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Marzo	417
El pájaro ciego, traducido de *Paul Arene*. (Ilustraciones de Gordon).	Abril	459
Un Rey consorte, *Ernesto Montenegro*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Abril	495
Las ilusiones de Clemente Lara, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Martín).	Abril	545
La reina de los peces, traducido de *Gerardo de Nerval*. (Ilustraciones de Gordon).	Mayo	659
Los frejoles de Pitaluga, traducido de *Paul Arene*. (Ilustraciones de Richon Brunet).	Junio	792
Una familia Sud-Americana, *Edmundo de Amicis*. (Ilustraciones de Gordon).	Junio	799
Mi prima Soledad, *Rezane*. (Ilustraciones de Martín).	Junio	811
En el país de la leyenda, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Junio	817
Una máscara, *Paul Arene*. (Ilustraciones de Gordon).	Julio	29
Las hijas de Milton, *Villiers de Visle-Adam*. (Ilustraciones de Gordon).	Julio	53
El factotum, *J. M. Ortega* Ilustrado).	Julio	94
El tonel de amontillado, *Edgardo Poe*. (Ilustraciones de Gordon).	Agosto	220
La hija del coronel, *Miguel de de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Martín).	Agosto	243
La falta del capellán, *E. M.*	Sep.	306
La caza del tigre, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Martín.)	Sep.	361
La sirena, *Jules Lemaitre*. (Ilustraciones de Gordon.	Sep.	389
Un buen dato, *Claude Marsey*	Octubre	483
Julio Tellez, *J. B. C.* (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Octubre	495
El último viaje, *Ralph D. Payne* (Ilustraciones de Richon Brunet).	Nov.	582
Tribulación, *Vicente Medina*.	Nov.	595
El salteo, *M. J. Ortega*.	Nov.	615
La caichona, *Daniel de la Vega*. (Ilustraciones de Martín.	Nov.	635
Julio Tellez (continuación), *J. B. C.* (Ilustraciones de Subercaseaux).	Nov.	647
La novela de todos, *E. M.*	Nov.	681
Historia maravillosa de un gran barquichuelo, *Pierre Frondaie*.	Dic.	742
El experimento, *Miguel de Fuenzalida*. (Ilustraciones de Gordon).	Dic.	770
El viajero, *Mauricio Level*. (con ilustraciones).	Dic.	784
El niño milagroso, *M. J. Ortega*.	Dic.	792
Julio Tellez, (2a. parte), *J. B. C.* (Ilustraciones de Subercaseaux).	Dic.	801
Las ideas de Julieta, *Jules Lemaitre*. (Ilustraciones de Gordon).	Dic.	845
ECONOMIA, HIGIENE, ETC.		
La felicidad en la vida modesta, *Alberto Edwards*. (Con fotografías).	Enero a	Junio
Bañemos a nuestros niños.—Bañemos a todo nuestro pueblo. *La Redacción*. (Con dibujos).	Enero	89

	Mes	Pág.
Lo que puede y ha podido comerse con 20 pesos. *La Redacción.* (Dibujos de Max).	Enero	94
¿Cuánto cuesta un viaje a Europa?, *Juan de Arias.* (Con fotografías).	Enero	115
Las sirvientas, *J. M. Ortega.*	Enero	127
La mansión de los presidentes de Francia. (Con fotografías del Palacio del Elíseo. *La Redacción.*	Febrero	168
La fabricación de bombones.	Febrero	204
La felicidad en la vida modesta, *Alberto Edwards.*	Febrero	217
El insomnio.—Uno que no duerme. (Con ilustraciones).	Marzo	282
La mujer que trabaja, *F. Santiván.* (Con fotografías).	Marzo	286
La felicidad en la vida modesta, *Alberto Edwards.*	Abril	491
La soberanía de la mujer, *Emilio Faguet.* (Con ilustraciones).	Abril	529
Entre maestros. (Recuerdos de un profesor), *M. J. Ortega.*	Abril	565
La mujer en Europa.—Trabaja más que en Chile y gana menos, (con fotografías). *La Redacción.*	Mayo	700
Los países Sud-Americanos.—Gráficos comparativos. *La Redacción.*	Mayo	708
La mujer que no trabaja, *Rozase.*	Mayo	715
Elogio del Biógrafo, *Hernán Díaz Arrieta.*	Junio	784
Amor antiguo, Amor moderno y amor futuro, *N. Novoa Valdés.*	Junio	857
Un problema social, *Joaquín Díaz Garcés.* (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux).	Julio	23
La felicidad en la vida modesta, *Alberto Edwards.*	Agosto	111
Al reino de Albania, *R.*	Agosto	177
El calendario en la memoria. *La Redacción.*	Agosto	216
Apuntes sobre el problema de las habitaciones obreras en Chile, *Luis Casanueva.* (Con fotografías).	Agosto	252
La colecta de Santiago.—Por los niños. *La Redacción.* (Con fotografías).	Sep.	309
La felicidad en la vida modesta, *Alberto Edwards.*	Sep.	345
Maestros rurales, *M. J. Ortega.*	Sep.	352
Ante un tribunal femenino, *La Redacción.* (Con fotografías).	Sep.	356
Cuento oriental.—Un problema económico, *Ramón Briones Luco.*	Sep.	411
Ejemplos que alientan y enseñan.—La lucha contra el alcoholismo, *Jorge Fernández Pradel.*	Octubre	425
Un mensaje a García, *Alberto Hubbard.*	Octubre	492
Madre e hija.—Intimidades de madame de Sevigné, *Jules Lemaitre.* (Con retratos).	Octubre	513
El juego y el presidio. (Alegoría).	Octubre	527
La subida norte del Santa Lucía. (Con fotografías).	Octubre	533
La mano del mundo, *Elena Keller.* (Con retrato y dibujo).	Nov.	682
El paso de Los Andes en Aeroplano, *La Redacción.* (Con fotografías).	Nov.	701
La enseñanza de la puericultura, *Guillermina von K. de Froemel.* (Con fotografías).	Dic.	777
Barrios de pesadilla.—Miseria y pestilencia, *La Redacción.* (Con fotografías.	Dic.	795
Para vivir cien años.—La higiene en 22 mandamientos, *Dr. Pascault.* Arreglo del Dr. R. Corvalán Melgarejo. (Con dibujos).	Dic.	814
La Casa de Huérfanos, *La Redacción.* (Con fotografías).	Dic.	827

INDUSTRIAS, EDUCACION

El porvenir de la guerra naval. Informaciones gráficas).	Enero	45
La Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego.—El pasado y el porvenir de Magallanes, *A. A.* (Con fotografías)	Enero	6
El problema de irrigación en el Perú. *La Redacción.*	Enero	114
"La grandeza y la decadencia de nuestra marina mercante". (Gráficos del tonelaje desde 1860). *La Redacción.*	Enero	126
¿Qué partido aprovechó mejor sus fuerzas en 1912? (Datos del último censo electoral). *La Redacción.*	Enero	129
Una jornada patriótica. (La reforma municipal en Santiago), *Luis A. Cariola.* (Con retratos).	Febrero	155
El trabajador agrícola, o inquilino en Chile, *Gonzalo Subercaseaux.* (Ilustraciones fotográficas).	Febrero	187
Viña del Mar, balneario ideal de invierno y verano. *La Redacción.* (Con fotografías).	Febrero	241
¿Qué población es capaz de contener el territorio de Chile? *Alberto Edwards.* (Dibujos de Martín y Max).	Febrero	256
Revista en la Escuela de Caballería, *F. Santiván.*	Febrero	274
Las misiones militares chilenas, teniente *Jorge Claro M.* (Con retratos).	Abril	515
El estaño, *Carlos G. Avalos.* (con fotografías).	Abril	533
Un importanteproblema militar. —La mochila Renard. (Con fotografías).	Mayo	622
Cultivo del tabaco, *José Antonio García Huidobro.* (Con fotografías).	Mayo	641
Ferrocarril longitudinal del norte. (Con fotografías). *La Redacción.*	Mayo	647
Chile en San Francisco, (con fotografías). *La Redacción.*	Mayo	655
El genio americaño y el cobre de Chile.—¿Quién es Braden?, con fotografías del mineral del Teniente). *La Redacción.*	Mayo	689
El cobre *Carlos G. Avalos.* (Con fotografías).	Junio	829
Ferrocarril de Santiago a Serena y Copiapó, *Santiago María Vicuña.* (Con fotografías).	Julio	XIII
Karl Zeiss.—La fabricación de instrumentos de optica en Alemania. (Con fotografías).	Julio	18
El fierro, *Carlos G. Avalos.* (Ilustraciones fotográficas)	Julio	43
El problema del salitre, *J. B. C.* Ilustraciones fotográficas).	Julio	81
Puerto de San Antonio.—Las obras en ejecución, *X.*. (Con fotografías y planos).	Agosto	199
La tierra del salitre, *Ernesto Montenegro.* (Con fotografías)	Agosto	225
Riqueza minera de Bolivia, *Carlos G. Avalos.* (Con fotografías).	Sep.	311
Si el mundo girara al revés, O lo que nos cuesta el salitre, *Alberto Edwards.*	Sep.	329
Agricultura científica y práctica, *Gonzalo Subercaseaux.*	Sep.	335
Laboratorio químico municipal, con fotografías).	Octubre	534
Puerto de Valparaíso.—Las obras en ejecución, (con plano y fotografías).	Nov.	623
La India y los sacos del salitre, *A. D. G.* (Con fotografías).	Nov.	640
Los yacimientos de petróleo en Sud-América, *Custodio Rojas Araucibia.* (Con fotografías).	Nov.	687
De Valparaíso a Trieste.—Nueva línea austro-húngara, *Enrique López Maqueira.* (Con fotografías).	Dic.	746
El ferrocarril longitudinal, *Augusto Millan J.* (Con fotografías).	Dic.	762
Instituto Donnadieu.—Enseñanza de idiomas, (con fotografías). *La Redacción.*	Mayo	637
Una Universidad Americana, (Ilustraciones fotográficas).	Mayo	670

	Mes.	Pág.
Centenario del Instituto nacional, *La Redacción*. (Con retratos)	Julio	1
Ciegos y sordo-mudos, *X.* (Con fotografías)	Julio	24
Aptitudes mentales de los niños, *Dr. Horacio Guzmán*. (Con ilustraciones)	Julio	65
La Universidad nacional de la Plata y su sección pedagógica. (con fotografías). *G. Martínez*	Sep.	337 bis
La XIII fiesta gimnástica de Alemania en Leipzig, *Gmo. Martínez P.* (Con fotografías)	Sep.	279
El Club de Gimnasia y esgrima de Buenos Aires, *Guillermo Martínez P.* (Con fotografías)	Sep.	295

AGRICULTURA

Los caballos cuevanos, *J. L. B.* (Con dibujos e ilustraciones fotográficas)	Enero	31
Protección a los bosques, (con fotografías). *Prudencio Tardío*	Febrero	175
Progresos del fina-sangre en Siempre sobre los bosques, *Gonzalo Subercaseaux*. (Con fotografías)	Abril	413
Chile. (Una visita al haras y el Stud Limited, con fotografías). *La Redacción*	Abril	463
El criadero de Pirque, *X.* (Con fotografías	Junio	755
El caballo chileno y especialmente el de Aculeo, *La Redacción*. (Con fotografías)	Julio	97
Una visita a los bosques de los Guindos, *La Redacción*. (Ilustraciones fotográficas)	Julio	106
La corta, *Alfredo del Valle Valenzuela*	Agosto	157

VIAJES Y COSTUMBRES

Santiago antiguo, (con fotografías). *La Redacción*	Febrero	161
De Santiago a Río Janeiro, *Juan de Arias*. (Con fotografías)	Marzo	363
Rincones pintorescos.—Chorrillos, (con fotografías). *La Redacción*	Mayo	664
Por qué los japoneses nos llaman bárbaros, *Alfredo Irarrázabal*	Agosto	161
Campo Santo, *F. Santivan*. (Con fotografías)	Octubre	427
Las agustinas, *La Redacción*. Con fotografías	Octubre	487
Tivoli y la villa d'Este, *J. D. G.* (Con fotografías)	Octubre	518
Vendedores ambulantes, *E. M.* (Con fotografías)	Nov.	665
Día de Pascua, *Roberto Orihuela*. (Ilustrado con reproducciones de juguetes alemanes y vieneses)	Dic.	

CIENCIAS

De cómo se acabaron los canales de Marte, (con fotografías). *La Redacción*	Abril	520
El escorpión del Languedoc traducido de *E. Fabre*. (Con fotografías)	Mayo	626
El copihue, *La Redacción*. (Ilustraciones en color)	Julio	32 bis
La vida de las abejas, *Mauricio Maeterlinck*	Agosto	202
El palqui, (con ilustraciones)	Agosto	217
De la isla de Pascua, *Walker Knocke*. (Con fotografías)	Sep.	247
El Observatorio Astronómico de Lo Espejo, *La Redacción*. (con fotografías)	Sep.	357
Los mensajeros de la muerte, *Dr. Henry Smith Williams*. Con ilustraciones	Sep.	406
En viaje a Europa	Octubre	464
La inteligencia de las flores, *Mauricio Maeterlinck*	Octubre	528
El escarabajo sagrado, *Henri Fabre*. (Con fotografías)	Octubre	549

DEPORTES

Deportes nacionales.—Lo que piensa don Silvestre, *M. J. Ortega*	Mayo	623
Los obstáculos de Auteuil, *Fernando Subercaseaux*. (Con ilus	Sep.	336

TEATRO

Mi comedia, *Francisco Rivas Vicuña*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux)	Marzo	397
El Fuego Fátuo, traducido del conde *W. Sollohub*. (Con ilustraciones)	Abril	561
Nos van a poner de internas, *H. L.*	Agosto	174
La vida cruel, *Víctor Domingo Silva*. (Con ilustraciones fotográficas)	Sep.	298
La vida intensa, *Francisco Rivas Vicuña*. (Ilustraciones de Martín)	Octubre	537
El bordado inconcluso, *Daniel de la Vega*. (Ilustraciones fotográficas)	Nov.	669
La vida eficaz, *Francisco Rivas Vicuña*	Dic.	832

POESIAS

Cristo en el cementerio de los niños, *Víctor Domingo Silva*. (Ilustraciones de Wiedner)	Enero	10
"El roce", *Samuel Lillo*. (Ilustraciones de Martín)	Febrero	165
Canícula, *Pedro E. Gil*	Febrero	224
La cueca, *Antonio Orrego Barros*. (Ilustraciones de Martín)	Abril	518
Centenario, *Juan Luis Espejo*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux)	Mayo	698
Poesía popular, *Desiderio Lizana*	Maya	703
De ultra-tumba.—Poesía espiritista	Julio	64
¡A las flores! *Antonio Orrego Barros*	Agosto	159
Ena de Sen, *Horacio Olivos y Carrasco*	Nov.	618

ARTE Y ARTISTAS

Tomás Somerscales (ensayo biográfico), *Paulino Alfonso*. (Reproducciones fotográficas	Marzo	303
Las parábolas bíblicas.—Renovación del arte religioso, (ilustraciones de Burnand)	Marzo	346
Galería de pinturas de don Alberto Riesco (con reproducciones fotográficas)	Abril	450
El gran escultor italiano Monteverde (con reproducciones fotográficas)	Abril	559
De arte en Barcelona, (con reproducciones fotográficas). *Juan L. Tatarull*	Mayo	651
La música de colores (con fotografías)	Mayo	705
Victoria de un artista chileno en Europa.—Don Alfredo Valenzuela Llanos, (con reproducciones fotográficas)	Junio	763
El arte de la fotografía documental.—Los trabajos de don Teodoro Schenck, (con fotografías artísticas). *La Redacción*	Junio	769
Palacio de Gobierno. (Copias del proyecto Doyère)	Junio	806
La pintura futurista.—Impresiones de un salón en Londres. (Reproducciones fotográficas)	Junio	849
Rafael Correa y su última exposición, *Paulino Alfonso*. (Con reproducciones fotográficas y retratos)	Agosto	147
Fotografías artísticas, (con dos retratos)	Agosto	198
Un pintor, patrono de la moda, de un estudio de *E. Bertaux*, (con reproducciones fotográficas)	Sep.	401
Galante alusión a las chilenas		

	Mes.	Pág.
—De un artista y literato argentino. (con retratos)	Octubre	440
Un cuadro perdido.—"La furia de los godos", por *Pablo Ivanowitz*. (Con una reproducción fotográfica)	Nov.	579
Tipos de belleza. *La Redacción*. (Con reproducciones fotográficas)	Nov.	596
Secretos del cinematógrafo. (con fotografías)	Nov	624
El niño en el arte moderno. *Agustín Chester*. (con reproducciones fotográficas)	Dic.	723

HISTORIA, BIOGRAFIA, CRITICA

Chile en 1912. (Resúmen de los hechos del año). *La Redacción*. (Con retratos)	Enero	3
El uniforme de un ejército debe ser como la bandera. *La Redacción*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux)	Enero	12
El mejor historiador viviente: Don Crescente Errázuriz. (con fotografías y retratos)	Febrero	193
Don Manuel Rivas Vicuña. *La Redacción*. (Con retrato)	Abril	449
El aviador caído. (Biografía y retrato de Luis Acevedo). *La Redacción*	Abril	458
Con don Ismael Valdés Vergara. *F. Santivan*. (Con retratos)	Abril	485
El Grande Hombre don Pedro de Valdivia. *Francisco Valdés Vergara* y *Crescente Errázuriz*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux)	Mayo	639
Don Mariano Egaña. *José Antonio Torres*	Mayo	661
Prehistoria americana. (con fotografías). *La Redacción*.	Mayo	666
La Constitución de 1833. (con retratos y facsímiles). *Alberto Edwards*	Mayo	593
Política interior, vecinal y continental. *La Redacción*	Mayo	621
Personajes de actualidad. (con retratos). *La Redacción*.	Junio	737
Partida al cielo. *P. Vicente Oliver*. (Necrología de Anita Huneeus S. (Con retrato)	Julio	63
Un modelo de hombre y de funcionario.—Don Marcelino Larrazábal Wilson. *La Redacción*. (con retrato)	Julio	77
Recuerdos de algunos presidentes de Chile. *Alberto Edwards*.		
Los escándalos de Panamá. *J. M. Echenique Gandarillas* con fotografías	Julio	113
Con retratos)	Sep.	289
Pedro Antonio González. *Armando Donoso*. (Con retrato)	Octubre	465
Roosevelt, huésped de Chile. (Con retratos)	Nov.	581
La nueva Grecia. *Luis Aldunate*. (Con dibujos y fotografías)	Nov.	601
Babilonia revelada. (Con fotografías)	Nov.	613
El convento de San Francisco. *Juan Gutiérrez*. (Con fotografías)	Nov.	627
Glosas al márgen de "Bilbao y su tiempo" *Félix Nieto del Río*. (Con retratos)	Dic.	756
"La cachetona", de Yáñez.—Párrafos de una carta. *M. Magallanes Moure*	Dic.	768
La vida de un gran sabio. *J. E. Fabre*	Dic	811

ARTICULOS HUMORISTICOS

Problemas agrícolas al alcance de los nó agricultores. *Angel Pino*. (Ilustraciones de J. Martín)	Enero	130
La apertura del canal. *Angel Pino*. (Dibujos de Martín)	Febrero	269
Reformas y progresos médicos. *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Marzo	412
La casa de campo arrendada. *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Abril	525
La isla de Mucho Más Afuera. *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Junio	785
Canibalismo en viaje. *Mark-Twain*. (Ilustraciones de Pedro Subercaseaux)	Julio	37
La vida cara. *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Julio	59
Un suicidio en mi aldea. *M. J. Ortega*	Agosto	248
La caballería en el combate de Angamos. *J. M. Ortega*.	Octubre	475
Pasando. *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Nov.	619
Pasando. *Angel Pino*. (Ilustraciones de Martín)	Dic.	731

NOVELAS

La botella encantada, novela de F. Anstey, (folletín), con ilustraciones de H. R. Millar	Enero a	Junio
El capitán conquistador. *W. W. Jacobs*, (folletín), números de julio a diciembre. (Ilustrado)	Julio a	Dic.

ITALIA Y LOS BELIGERANTES.—NI A DERECHA, NI A IZQUIERDA

Mujeres holandesas tratando de la adopción de huerfanitos belgas

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. IV.—Santiago de Chile, diciembre de 1914.—NUM. 2º | — Que mañana

Buenos hombres de trabajo para Chile

CONSTANCIA, SOBRIEDAD, ECONOMIA.
REPRESENTANTES DE UNA GRAN RAZA

Por J. D. G.

Ilustraciones fotográficas

Cuando la invasión alemana en Bélgica fué un hecho, escribimos en "El Mercurio" un artículo para llamar la atención del Gobierno y de los agricultores e industriales a la desgraciada pero oportuna circunstancia que se presentaba a los chilenos para repetir en grande escala el maravilloso ensayo de Pérez Rosales con la colonización de los prófugos alemanes del hue. Naturalmente, dado el crítico mo-año 48, en las riberas del Lago Llanquimento que aquí también atravesamos y la indolencia característica en nuestro espíritu nacional, este artículo cayó en el vacío más completo. Pocos días después de escrito, un telegrama de Estados Unidos se refería a los esfuerzos hechos en diversas localidades del Estado de California para atraer inmigración belga a esas localidades. Repetimos, entonces, con el mismo resultado, nuestras primeras observaciones. Después de esto la prensa guardó perfecto silencio.

Yo he comprendido en parte ese silencio: desconocimiento de lo que es la familia belga y el trabajador belga; temor de que nuestros obreros se alarmaran de que pudiera venir del extranjero una nueva competencia para el ya escaso trabajo que se les presentaba en el país. Lo primero es fácil remediarlo dando publicidad, como ya se ha hecho en parte, a las condiciones extraordinarias del hogar belga como centro de economía, de producción y de cultura. Lo segundo es simplemente un absurdo que no vale la pena tomar en cuenta. Nadie ha pensado jamás en traer braceros belgas, sino colonos agrícolas o industriales de materias no trabajadas aún en el país. El belga, por miserable que esté traerá seguramente en su bolsillo la suma necesaria en oro amonedado para comprar una yunta de bueyes y dar algo a cuenta sobre el valor de la propiedad que se le ofrezca. Se trata de esta clase de trabajador y no del pobre desvalido que no podrá moverse por el momento y que vendría lisa y llanamente a concurrir con nuestros jornaleros.

Después de ese primer intento, el señor Ministro en Bruselas don Jorge Huneeus y el señor Edwards, Ministro en Londres, notando que se habían presentado a un consulado chileno en Gran Bretaña trescientos agricultores belgas de primera calidad a solicitar datos sobre colonización en Chile, creyeron de su deber ocuparse de este interesante capítulo y enviar al Gobierno comunicaciones en el sentido de favorecer tan excepcional y buena inmigra-

ción. De estos agricultores el término medio tenía de cincuenta a ochenta libras esterlinas en oro que habían logrado sacar de sus casas o pequeños bancos: el resto lo habían perdido; pero esta sola circunstancia es una palpable prueba de las virtudes ya indicadas de la familia belga de las clases pobres.

El corresponsal de "El Mercurio", el distinguido periodista señor Silva

Casa de un armero

Pulidor de mármol

daron en el sur de Chile las que hoy son prósperas colonias y bien cultivadas tierras. Agregó que en el caso de los belgas no existía siquiera la diferencia religiosa que podía dificultar la asimilación con nuestras familias ya que la cato-

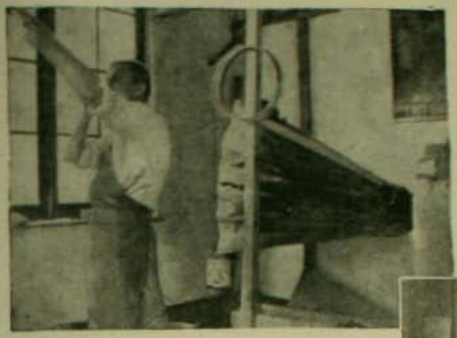
Vildósola en uno de esos artículos claros, brillantes y castigados que engalanan la

Guantero

Tejedor de lana

prensa de tarde en tarde, se refirió hace pocos días a este mismo tema. Recordó cómo la grandeza industrial de Inglaterra la hicieron los tejedores flamencos que huyeron de Flandes ante la invasión española más atroz que la actual, más desapiadada con los pueblos no combatientes, aunque igualmente áspera con las ciudades, edificios y viejas construcciones. Recordó cómo los alemanes del año 48 conducidos por el genial Pérez Rosales fun-

Casa de un tejedor de lino



Armero de lujo

toda la Europa central las mujeres y los adolescentes ayudan al hombre y hacen por lo menos otro tanto de su tarea; pero en Bélgica este esfuerzo es más perseverante, y menos ocasional. El trabajo a domicilio representa en Bélgica mayor proporción que en parte alguna de Europa a tal punto que ha surgido allí antes que en otras partes el problema del salario que

Armero de lujo

licidad del pueblo belga es reconocida, principalmente en el pequeño agricultor, modelo de honrado y paciente esfuerzo, de vigor y belleza de raza. En fin, el señor Silva Vildósola

Escultor para edificios

ganan mujeres y niños en sus casas y fuera del control de la autoridad. Con el objeto de evitar explotaciones, el Gobierno ha encargado un atento estudio de la masa trabajadora que está fuera de los talleres, sea en las ciudades o en los campos. Así la Exposición de Bruselas dedicaba una importantísima sección a este gremio de obreros de la grandeza belga. Las fotografías que adornan este artículo son precisamente las que revelaban allí al público la enorme cantidad de esfor-

coronó esta campaña con datos elocuentes.

En un reportaje hecho al señor Máximo Jeria, este estudioso técnico de la industria agrícola recomienda a los agricultores estudiar sin pérdida de tiempo la cuestión de los belgas. Y, realmente, no hay que perder muchos meses, porque el belga es un hombre que encontrará donde vaya medios para reorganizar el hogar perdido y rehacer la fortuna aventada por el invasor de su tierra.

Una característica de la familia agrícola belga es el trabajo de todos los miembros de la casa. Es verdad que en

Guantero

Bordadora

zadas e infatigables abejas de esa gran colmena de la pequeña propiedad y de los barrios populares.

Pudimos presenciar allí con las habitaciones reconstruídas, con gráficos y obreros que trabajaban a la vista del público ciertas curiosas particularidades de la industria. En un pequeño pueblo vecino a un río que arrastra piedras de color obscuro, toda la población, hombres, mujeres y niños se dedican a pulir trozos para la industria de los relojes de chimenea. Así los grandes bazares de Bruselas y Amberes, como los de los países vecinos, pueden vender relojes con máquina corriente a cinco, seis y diez francos. Con máquina no se habría logrado mayor economía en el trabajo de la piedra y del mármol; pero como esa tarea es hecha sin sentir, desde que nace el niño y se ha adquirido en ella por herencia casi secular una práctica extraordinaria, y estos salarios van sólo a ayudar el del

Tejedor de yuto

padre, ese comprende que, a pesar de la mínima ganancia que reciben todas esas familias sean prósperas.

Otro interesante fenómeno que es útil para el estudio que deseamos llevar a cabo es el siguiente: se ha observado que estos trabajadores belgas llevados de una localidad donde de padres a hijos han hecho una misma tarea a otra donde parecen faltar las condiciones necesarias para no proseguir su industria, la han recomenzado sin embargo, y, al poco tiempo, ha aparecido en el nuevo alojamiento el trabajo tradicional del primero. De esta manera los hilanderos, vidrieros, armeros de armas finas, trabajadores del cuero y del libro, encajeros y fabricantes de

Bordadora

Cajas de cartón

tapices han perseverado en su primer oficio a pesar de todos los cambios y contingencias. Esta especialización afinada, hecha cada día más profunda al través de las generaciones y que es común a la clase obrera de Europa, no se observa en ningún país con más facilidad y como espectáculo más común que en Bélgica.

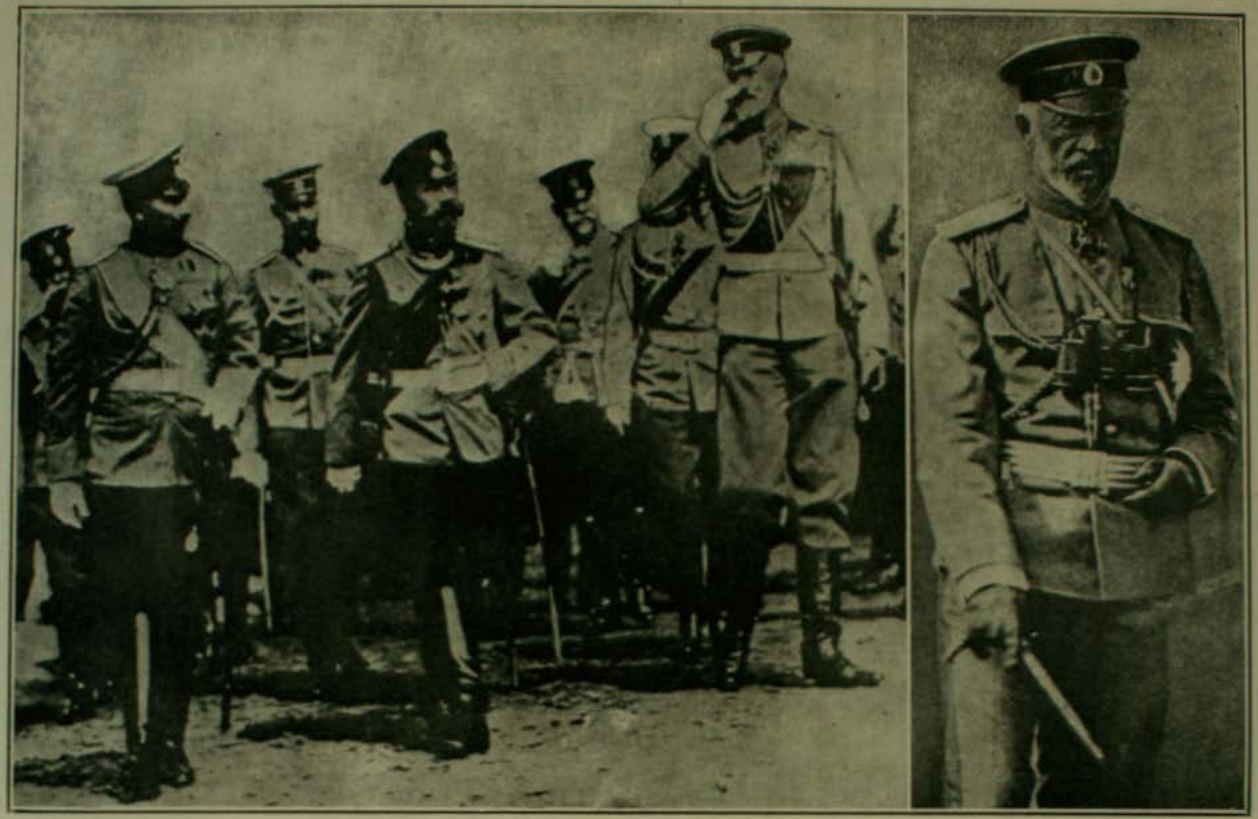
Creemos, por ejemplo, que nada sería más adecuado que establecer en buenas y saneadas tierras de Chiloé y del sur de Chile algunas familas agrícolas que se dedicaran a la industria del lino, comprendida la tasca y la hilandería. El clima austral es propicio para el lino como ha quedado comprobado con los informes unánimes en este punto que obtuvo en Europa el señor Hunlich, el introductor en Chile del cultivo. Entre las fotografías de estas páginas hay una que muestra la casa de un hilandero. ¿Sería una quimera esperar que un día tengamos en Chiloé hilanderos flamencos? Esta es una de las industrias más recomendables para un país de clima lluvioso y de largo invierno, propicio para las veladas del hogar. Trabajo en que el padre, la madre y los hijos pueden ocuparse en una común aspiración, al lado de sus habitaciones donde los pequeñuelos duermen al abrigo de sus ojos; sirve para formar una agrupación sana, sobria, moral, en que el matrimonio impera y la familia se fecunda al amparo de una prosperidad segura, aunque lenta y trabajosa.

No miremos como poesía lo que ha sido en todas partes práctica y dura práctica; lo que ha hecho la grandeza de muchos países; lo que, mañana cuando vuelva el salitre a darnos una campanada de alarma será también la salvación del país: la industria espontánea que vive desde el gran taller con millares de obreros, hasta la cocina entre seis u ocho manos hermanas al calor del mismo fuego.

Pero, entiéndase bien una cosa: no se conseguirá jamás un agricultor belga para tierras con títulos, para concesiones obscuras en que haya la menor sospecha de ilegalidad, de fraude o de litigio. Eso jamás. El agricultor belga quiere trabajar en lo suyo, en algo intangible: las contribuciones no lo alarmarían; pero si la sombra del juez chileno, del tinterillo chileno, del diputado chileno que defiende y ampara a esos alguaciles, jueces, subdelegados y comandantes de policía bribones. Preferirá que le den el pedazo de suelo; pero si esto no es posible, lo comprará y lo pagará a día fijo sin pedir prórroga, moneda sobre moneda.

Estas líneas no tienen por objeto profundizar la cuestión, sino interesar a los hombres de progreso. El tiempo es breve, porque en los Estados Unidos, cuya conmovedora generosidad con los prófugos del pueblo mártir le ha ganado su voluntad, se abren los brazos a los belgas y se les invita a todos los campos en que alemanes, irlandeses, polacos e italianos han hecho sus grandes fortunas y parte considerable de la de su segunda patria.

No nos encerremos una vez más. Hoy podemos escoger en toda Europa al mejor inmigrante. Hagámoslo.



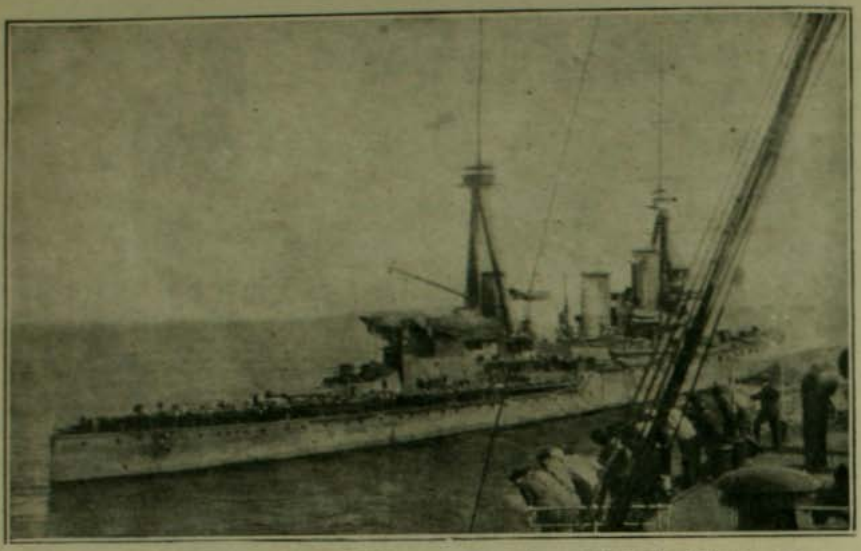
El gran duque Nicolás, uno de los jefes de la casa Romanoff que comanda en jefe al ejército ruso

El general Joffre (al centro) y el general Pau (a la derecha)

Los refuerzos de tropas hindúes en marcha hacia Orleans

Una enfermera inglesa recoge las últimas palabras de un soldado moribundo en el campo de batalla

Soldados holandeses que se prestan voluntariamente para cuidar de los huerfanitos belgas



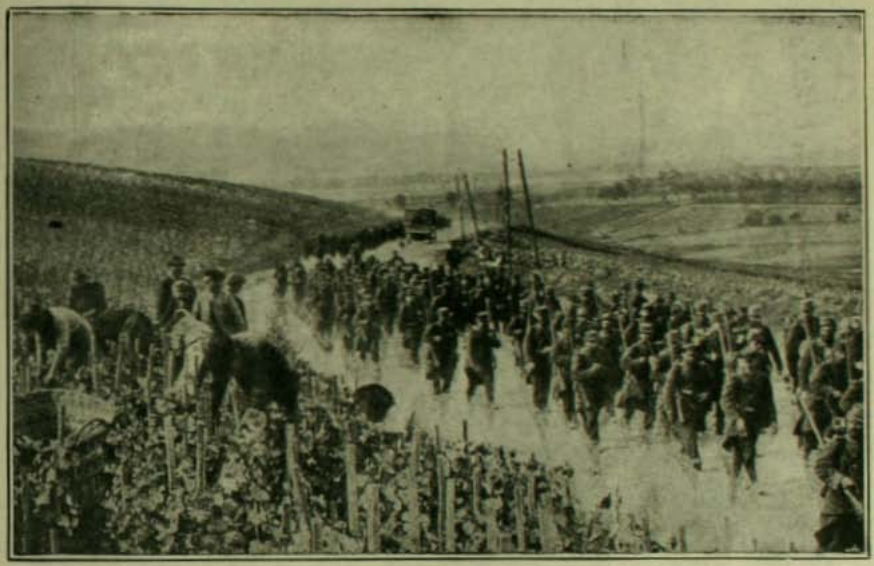
El acorazado inglés "Inflexible", uno de los que ganaron el combate de las Malvinas, deteniendo en alta mar al vapor Zeelandia

Cuerpo de jinetes egipcios montados en camellos, que constituyen uno de los más terribles escuadrones

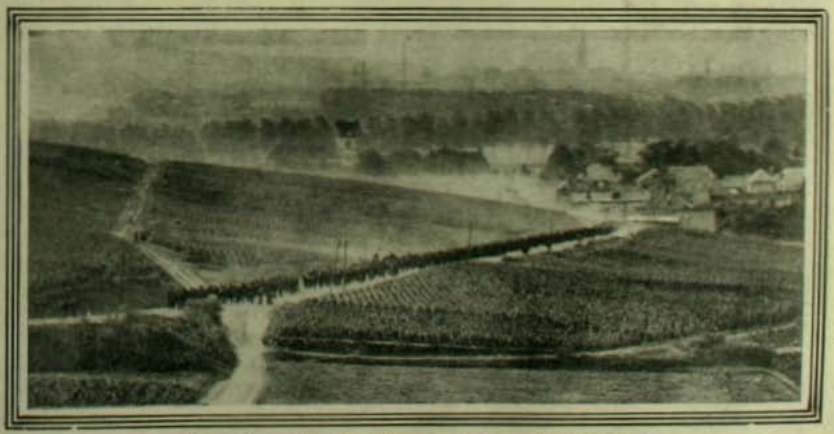
Voluntarios de las avanzadas australianas en los campos de batalla de Francia

Notable fotografía tomada en la línea de fuego de Ernecourt. Un grupo de la Cruz Roja atiende a un soldado que acaba de ser mortalmente herido

Después de la caída de Amberes, los soldados alemanes de las trincheras de Lieja, anotan sus impresiones



Un destacamento francés cruzando una región de Champaña en dirección a la línea de fuego



Una columna francesa atravesando la región de Epernay

MISSA SOLEMNIS

Por ADOLFO RIBAUX

El adolescente tocaba con toda su alma...

Ilustraciones de Manuel Orazzi

La obscuridad invadía poco a poco la catedral gótica—obra maestra de un arquitecto desconocido,—en la que gran número de detalles de gracia y delicadeza extraordinaria se fundían en la austeridad de un conjunto imponente. En los vívidos reflejos de los grandes ventanales, donde Jesucristo, la Virgen y los santos se destacaban entre simbólicas azucenas; en el oro, escarlata, rubíes y crisólitos con que brillaba, sobre el pórtico principal, el magnífico rosetón empotrado en el frontis de los grandes órganos, se adivinaba la puesta de sol, a la que iba a seguir un rápido crepúsculo. Ya toda la parte inferior de un lado del templo quedaba sumida en la sombra, y la obscuridad subía, se difundía con cierta humedad sepulcral, en la inmensa nave filigrana de piedra.

En la galería del órgano había dos personas.

La una, sentada en un escabel, en un rincón, apoyada de espaldas contra el calado balaustre, era un anciano enjuto de carnes y cascado. Innumerables arrugas surcaban su rostro, que habría parecido feo, a no ser por el simpático candor de sus ojos, ojos de niño que desconocen las fealdades de la vida, o de verdadero poeta que no ha visto otra

cosa sino ensueños, y a no ser además por la majestad de su frente, muy ancha y despejada, en la que se revelaba la costumbre de engendrar elevados pensamientos, frente marcada con el sello del genio y rodeada de una magnífica cabellera enteramente blanca, blanca como la nieve, que caía sobre la nuca en mechones sedosos. Su atavío era muy sencillo, casi pobre; un traje de paño recio, de color de castaña, pasado de moda, y zapatos gruesos, ninguna alhaja, y por todo lujo, una ropa blanca sumamente limpia. Este viejo se llamaba Conrado Waldmann y por espacio de más de medio siglo había sido organista y profesor de música en aquella pequeña capital de un minúsculo principado de Alemania.

La otra persona, Cristián Hofer, tenía al parecer de veinte a veintidós años. Era alto, esbelto, de distinción nada afectada y también iba modestamente vestido. Su perfil recordaba el de ciertos retratos de Schiller cuando joven. El corte de su boca era perfecto; su nariz escultural con las alas palpitantes, indicio alarmante de sensualidad, neutralizada por la transparencia de sus pupilas ambarinas, y por la nobleza de su frente, muy parecida a la del anciano, pero tersa como los pétalos de una camelia. Sus cabellos castaños formaban espesos bucles, de reflejos ligeramente bronceados. Estaba sentado delante del órgano, y sus manos, largas y delgadas, recorrían con rapidez y velocidad pasmosas las amarillentas teclas, abrían y cerraban los registros sin perder un minuto, en tanto que sus pies, no menos ágiles, hacían funcionar los pedales, unas y otros dóciles esclavos de un talento en plena posesión de sí mismo.

El adolescente tocaba con toda su alma, y con toda la suya le escuchaba el octogenario. Un fraternal aleteo los transportaba a elevadas regiones, comulgando juntos en lo Ideal.

La sonata, una de las más grandiosas de Juan Sebastián Bach, terminaba en un **maestoso** solemne, un mugido formidable, en el que parecían resonar las trompetas del juicio final. Luego el huracán cesaba bruscamente, desaparecía, al mismo tiempo que en las ventanas ojivales comenzaban a palidecer las flores del jardín místico.

—¿Qué tal? ¿Está usted contento, maestro?

Al decir esto, Cristián se volvía ansioso hacia su juez.

Este dejó pasar un rato antes de contestar, y luego, recalcando las palabras para dar a cada una su valor, dijo:

—Estoy más que contento, muchacho. No tienes ya nada que aprender en lo que concierne a la profesión. Tu interpretación es excelente: no has desperdiciado los dos años de Conservatorio, y veo que aún bajo la dirección de las celebridades de Leipzig te has acordado de los consejos de este pobre viejo. Eres más que un músico, un artista, y puedo confiarte sin temor este venerable y querido órgano. Amale como yo le he amado y jamás le pongas sino al servicio de inspiraciones elevadas. Me han contado que en muchas iglesias de España y de Italia ciertos organistas que no merecen este nombre tocan piezas de ópera y hasta bailes. ¡Profanación, vergonzosa profanación! El órgano es el rey de los instrumentos. Hacerle desempeñar ese papel es lo mismo que utilizar en una orgía los vasos sagrados del altar. El órgano es también sagrado; es el eco de la voz de Dios. Por eso no se le debe tocar sino con respeto y hasta con temblor. Este está como yo, muy cansado y caduco; pero es un fiel servidor, digno de que se le honre. Te lo cedo con toda confianza, hijo mío. Al conversar con él, piensa alguna vez en tu primer maestro. Sobre todo acuérdate de que, al pasar casualmente por esta ciudad y al visitar la catedral—así lo atestiguan los archivos—nuestro modelo, el modelo de todos los organistas, Juan Sebastián Bach, ha tocado esa misma sonata que acabas de hacerme oír.

—Lo recordaré, contestó el joven con acento de profunda piedad.

La sombra y el frío aumentaban. Cristián dió el brazo al anciano; ambos bajaron la estrecha escalera de caracol y salieron al atrio, del mismo estilo que la iglesia, inestimable estuche en el que cada fachada era una perla fina.

El cielo presentaba en el cenit un color de esmeralda; en la zona media era de amatista, y carmesí en el horizonte porque el sol iba a desaparecer.

—¡Qué hermosa tarde!, dijo Waldmann. ¿Quieres que paseemos un poco?

Entre los efluvios de las últimas rosas, salieron a los arrabales y luego al campo. En los jardines, los árboles de rojizas hojas presentaban el aspecto de cardenales reunidos para un conclave. Algunas vacas de manchada piel pacían el corto césped, salpicado de escabiosas, de cólchicos y de parnasias. El ambiente estaba impregnado de ese encanto nostálgico del otoño.

Pasito a paso caminaban el maestro y el discípulo, entre vides recién vendimiadas, lúpulos medio marchitos, y a trechos rústicos huertos por los que asomaban planteles de dalias y capuchinas.

—Nuestro órgano es como yo, decía Waldmann, cansado y caduco: necesita importantes composturas. ¡Oh! No faltará dinero; el consejo de burgueses en su sesión de ayer ha votado 10,000 francos y la princesa ha añadido una cantidad regular, sacada de su bolsillo particular. Ya sabes que está ajustado el arreglo con Nisch, el célebre organero de Nuremberg ha firmado un contrato con el burgomaestre y llegará dentro de poco, trayendo material y personal. Nisch cree que necesitará seis semanas o dos meses para dejar bien terminado su trabajo. A mediados de diciembre, o quizás antes, podrás estre-

narte. Mi tarea ha concluído; la tuya empieza: ¡ánimo, Cristián!

El sol parecía retardar su curso: el paisaje estaba bañado de vivo esplendor, y el olor de las rosas era más penetrante.

—¡Qué hermosa tarde para dar el adiós a la vida activa y comenzar el aprendizaje de la muerte! añadió Waldmann. Observa qué suavidad y cuánta paz. La naturaleza, que va a vestirse de luto en invierno, nada echa de menos, habiendo cumplido su misión y sabiendo que volverá la primavera. ¡Ojalá me sea dado seguir su ejemplo y dormirme con confianza, en la esperanza de una eterna primavera!

Y prosiguió con voz extraña, en la que parecía vibrar algo del misterioso **más allá**:

—Puesto que amas el arte sinceramente, él será tu égida contra todos los sinsabores de la existencia. Por grandes que sean las decepciones, los sufrimientos que te abrumen, él te consolará. En él, solamente en él, tendrás las primicias de lo infinito, un presentimiento de lo divino. ¡Qué hermosa tarde, Cristián, qué hermosa tarde! Mira esa nubecilla encarnada. ¿No parece la barca de un ensueño que va a llevarnos a un mundo perfecto, donde no será menester dar lecciones para vivir, ni nos preocupará otra cosa sino tocar órganos sublimes, a no ser que nos arrodillemos para oir a Palestrina, Bach, Haendel o Mozart?

En tanto el sol se había ocultado y apareció la primera estrella. En la torre de la catedral resonó un poético repique de campanas.

—¡La oración!, dijo Conrado, descubriendo devotamente su admirable cabeza nevada. Volvamos a casa, hijo mío, que Odila estará con cuidado.

Regresaron a la ciudad, y un cuarto de hora después llegaban a la morada del anciano, casita que ocultaba su vetustez entre tupidas parras.

Odila, la criada de Conrado, casi tan vieja como él, pero lista todavía, estaba a la ventana, mirando a todas partes visiblemente alarmada.

—¡Aquí estoy, Odila, aquí estoy! He querido echar un trago de aire antes de encerrarme en mi celda. Tranquilízate, que no me he resfriado.

Y alargando las manos a Cristián le dijo:

—Vendrás a verme, ¿verdad? Vendrás pronto, y de nuevo te repito que tengas ánimo.

A causa de la muerte del organista de la pequeña ciudad, ocurrida cincuenta años antes, se anunció un concurso para reemplazarle. Se publicaron las condiciones hasta tan lejos como fué posible; cada uno de los candidatos debía tocar dos veces, una pieza clásica y una improvisación sobre un tema dado. En la fecha prefijada, se presentaron cuatro aspirantes. Tres de ellos eran de edad madura e iban provistos de importantes recomendaciones. El otro era un joven a quien nadie conocía. Hubiera parecido natural que se retirara, pues no se le consideraba con aptitud para entrar en liza, y hasta hubo quien se permitiera hacérselo entender así; en fin, como se obstinara, se le asignó el último turno, por descargo de conciencia, pero no sin que se censurara su singular pretensión de atreverse a luchar con organistas de talento y de experiencia. Estos, muy seguros de sí mismos, habían ejecutado las piezas escogidas. Difícil sería elegir entre ellos, porque casi competían en mérito.

En el coro, en medio de un grupo lleno de animación, los jueces discutían; eran diez individuos del consejo de ciudadanos. Apenas se había echado de ver que el extranjero acababa de sentarse al órgano; pero de repente, los jueces dejaron de hablar y miráronse estupefactos. El joven tocaba un fragmento de Haendel con incomparable maestría, con tecnicismo tan acabado y expresión a la vez tan sencilla y penetrante, que los oyentes no podían menos de sentirse conmovidos. Los jueces quedaron con la boca abierta, y el aire desdeñoso de los tres opositores convirtióse en una especie de asombro cómico. Terminado el fragmento de Haendel, el desconocido fué considerado ya como un personaje; los temas sobre los cuales se debía improvisar se habían sacado por suerte, y al joven le tocó un **lid** popular, muy antiguo, de la más tierna melancolía. Lo que bordó en esta composición era admirable—era todo un poema tan claro y de tal intensidad que llevó a su colmo la sorpresa del jurado, desvaneciendo las esperanzas de los tres opositores.—Durante media hora, su fantasía se desarrolló infinitamente variada, siempre en el más elevado estilo; y cuando el joven bajó de la galería, sus rivales se habían eclipsado. Se le cumplimentó, le estrecharon las manos y fué elegido por unanimidad, sin que se pensase siquiera en preguntarle en dónde había hecho sus estudios, ni si poseía algún diploma: bastaba haberlo oído, y solamente dijo su nombre y el lugar de su nacimiento—un rincón perdido de la Pomerania,—añadiendo que estaba solo en el mundo.

Aquel mismo día había alquilado una casita en una callejuela retirada, y en ella se instaló brevemente, con su balija y algunos muebles comprados de lance. Durante treinta años había vivido sin criado; a mediodía le llevaban su desayuno de la hostería más próxima, y después no se alimentaba más que de pan y leche.

La diferencia era grande entre la árida y triste Pomerania y aquel gracioso país de aguas corrientes, de fértiles campiñas y de sombríos bosques. Conrado Waldmann se había encariñado desde luego con él, y al cabo de seis meses de permanencia, le amaba como el hijo ama a su madre, así por sus encantos naturales, como por lo que los libros le enseñaban acerca de su historia.

Había tenido su período brillante y su

pequeño principado! En el tiempo feliz de los **minnesinger** se vivía allí en medio de las fiestas; a los torneos seguíanse las justas poéticas, y después un concurso entre pintores y joyeros. Corte, nobleza y clase media rivalizaban en buen gusto para las artes, y los artistas lo sabían tan bien, que llegaban de todos los puntos de Alemania, de Flandes y hasta de Italia. Todos eran recibidos con honores, veíanse acosados de pedidos, y en cambio de aquella inteligente protección, de aquella hospitalidad generosa, afanábanse para dotar a la ciudad de obras acabadas; éste regalaba una escultura en madera; aquél una lámpara de iglesia de plata relevada, y otros un poema, un lienzo o un magnífico fragmento de arquitectura. Los siglos transcurrieron; el estruendo de los cañones reemplazó a los alegres cantos; el principado hubo de conocer días de pruebas; sufrió bajo el yugo de conquistadores bárbaros, y vió a sus legítimos dueños marchar al destierro o reducidos a la condición de simples vasallos. Sin embargo, debían volver después de encarnizadas luchas; pero con otros tiempos, con otras costumbres; y el alegre pasado no resucitó. Ahora la pequeña ciudad estaba en calma, como adormecida alrededor de su precioso palacio a orillas del río esmeraldino. Los que buscaban ante todo movimiento y diversiones decían que era triste y enojosa; pero los que amaban la quietud, una rica naturaleza, fertilidad y el prestigio de los recuerdos, detenían con la mejor voluntad y volvían después. Los **guías** hacían mención de su pequeño museo, de dos de sus fuentes, notables por sus estatuas de San Miguel y San Jorge, y sobre todo del retablo de su catedral.

En el cuadro agreste de sus suaves colinas, bajo un cielo relativamente benigno, la pequeña ciudad se asemejaba a las que representan los antiguos grabados. Sobre sus fachadas veíanse ingenuas inscripciones, figuras de escudos, de florones y arabescos, y algunas parecían estampas iluminadas de un misal. Una infinidad de tejadillos, de torrecillas y de campanarios formaban la más extraña silueta; y en las ventanas, con vidrios redondos o cortados en losanges sujetos con plomo, arrollábanse los guisantes de olor, o se alineaban tiestos de claveles y de romero, que por la mañana regaban las alegres jóvenes. Un poco de la animación era debida a los estudiantes de la universidad—apenas doscientos o trescientos, que en días y horas dados dejaban oir en las estrechas calles las alegres notas del **gaudeamus igitur;** pero de ordinario, la ciudad dormitaba y soñaba.

Como la plaza de organista estaba mal retribuída, Conrado Waldmann, no teniendo un cuarto, debió comenzar a buscar lecciones; no le habían faltado nunca; pero tampoco esto había producido mucho, y su posición material siguió siendo mediana. Por otra parte, tenía pocas necesidades, huía de la sociedad, y sus únicas distracciones se reducían a pasear por campos y bosques. "¡Un original que rechaza cuantas ventajas le ofrecen, y cuya rudeza no se conseguirá vencer!" Como esta opi-

¡Ah, querido muchacho, al fin estás aquí!

nión llegó a ser general, se dejó a Waldmann en la soledad que parecía querer ante todo; pero le apreciaban mucho por su raro talento, que el estudio desarrollaba de año en año, y por la absoluta moralidad de sus costumbres, en las que inútilmente hubiera tratado de morder la calumnia.

Sin embargo, en aquella vida de apariencia tan pacífica y uniforme, algunos aseguraban, con palabras embozadas y sin poder aducir la menor prueba, que había una novela, un idilio virginal de trágico desenlace. Esto se remontaba a lejana fecha: Conrado Waldmann daba lecciones a la hija única del príncipe reinante, fresca como una rama de lilas blancas, con la gracia y el encanto místico de una santa de Hemling y que cantaba con magnífica voz. Conrado, según decían, se enamoró de ella perdidamente, y ella no desdeñó su pasión. Los habían visto pasearse en los jardines del palacio, jardines a la francesa, copia reducida de los de Versalles, plantados de tejos y de bojes tallados, con muchos estanques y estatuas mitológicas. Estos paseos fueron los que les descubrieron; y tal era el brillo en los ojos de ambos, que no era posible equivocarse. Después se supo de improviso que los médicos aconsejaban un viaje al Mediodía a la princesa Elsa, bajo el pretexto de que estaba enferma; y cierto día se vió salir una gran berlina blasonada, detrás de cuyos vidrios, según decía la gente, habíase visto el delicioso rostro bañado en lágrimas. Iba acompañada de la princesa viuda, y su ausencia duró tres años, al cabo de los cuales se anunció el matrimonio de Elsa con un primo suyo; casamiento que sellaba una reconciliación entre la rama primogénita y la rama menor de la familia, asegurando la sucesión al trono. Pero diez y ocho meses después, la bandera izada con carácter permanente en la torre principal del palacio apareció un día recogida y arrollada en la extremidad del asta: la santita de Hemling había emprendido un nuevo viaje hacia un país donde la razón de Estado no encontraría los impulsos del corazón. Dejaba tras sí una hijita en la cuna, que sería heredera del principado, porque el príncipe reinante no tenía más hijos, ni estaba en edad de casarse de nuevo.

Desde entonces, sobre todo, Conrado Waldmann comenzó a estar taciturno; no salía más que para dar sus lecciones y cumplir sus deberes de organista; y tan sólo a largos intervalos daba uno de esos paseos en que jamás propuso a nadie que le acompañara. Tampoco se le escapó nunca la menor palabra que pudiese dar pábulo a los chismes de la ciudad; y si verdaderamente había amado a la princesa Elsa, este secreto se conservaba bien guardado como una reliquia en el fondo de un santuario inviolable. Con los años, la princesita había crecido, y para que aprendiese música se llamó a un maestro de fuera, lo cual dió lugar a que la gente creyera fundadas sus suposiciones. Después, transcurriendo más años aún, no se pensó ya en el asunto; y por otra parte, el padre y el marido de Elsa habían muerto y su hija ocupaba el trono.

Conrado pasaba invariablemente la noche en su casa, ocupado en leer y en meditar, o trazando puntos negros en un cuaderno de música. Su consuelo eran aquellas en que, con las ventanas y postigos cerrados, podía entregarse a la inspiración, y recoger las cosas divinas que murmuraba a su oído. ¡Qué deliciosa perturbación, qué bienaventurada fiebre, qué desfallecimiento también algunas veces en aquella lucha semejante a la de Jacob con el arcángel. Pero hasta esto era alegría; sus sienes latían como si fueran a romperse; la sangre circulaba por sus venas como ardiente lava; y substraíase victorioso de la realidad. Así había compuesto Conrado muchas cosas: varios **lieder**, sonatas, sinfonías y toda una serie de piezas para órgano. Dos o tres tímidas proposiciones a los editores le hicieron comprender que, simple organista y maestro de música en una pequeña ciudad, no tenía ninguna probabilidad de éxito. Con protecciones, intrigas y vulgaridades, tal vez; mas su solo mérito.... ¡qué locura! Conrado era orgulloso: cuando uno es rico, la altivez, a los ojos del mundo, se llama dignidad y conviértese en virtud; si uno es pobre, se llama jactancia, y se considera como el peor defecto. Conrado hizo lo que Juan Sebastián Bach: guardó sus manuscritos en el fondo de un armario; no dejó de seguir componiendo por eso; pero debía renunciar a la gloria para siempre. Su gran obra era una **Missa Solemnis** para la pascua de Navidad, una misa para orquesta, coro y solo, con una partitura muy extensa de órgano. Había consagrado veinte años a este trabajo, jamás satisfecho de sí mismo, sobrecogido con frecuencia de una espantosa desesperación, y algunas veces a punto de arrojar su composición al fuego; y había sufrido todo el martirio de un alma sincera cuando compara su sueño con la realización que pueda resultar. Sin embargo, en medio de estas luchas interiores, que en algunas ocasiones inundaban la frente del organista de un sudor de angustia, y que él no hubiera cambiado por ninguna voluptuosidad, la misa quedó terminada. Cierta noche reconoció que toda su ciencia y todas sus convicciones se condensaban en aquella composición; con mano temblorosa escribió la palabra **fin** al pie de la última hoja; y el enorme paquete de papel rayado fué a reunirse con las obras precedentes en el fondo del armario-tumba donde dormía hacía veinticuatro años.

Además del autor, solamente dos seres tenían conocimiento de esto: en primer lugar **Mefisto**, el gato de Conrado, un gatazo negro como el Erebo, que el músico había recogido en la calle hambriento y sarnoso, y que bien cuidado, llegó a ser un animal magnífico de pelaje lustroso y suave

como el terciopelo. Cuando Waldmann trabajaba, Mefisto tenía costumbre de colocarse sobre la mesa, enfrente de su amo, y había sido el primero en oír, ensayados por la voz del músico, los motivos de la **Missa Solemnis**. El otro privilegiado, más capaz de disfrutar de esto, era Cristián Hofer, discípulo favorito del maestro: Cristián, muchacho de la ciudad, era hijo de un humilde herrero, y una vez que el organista—que por extremado escrúpulo se ejercitaba diariamente—estuvo tocando durante una hora en la iglesia desierta, vió al muchacho al pie de la tribuna sollozando angustiosamente.

—¿Qué haces, ahí, pequeño, y qué tienes? le preguntó.

A fuerza de insistir, Conrado supo que Cristián adoraba la música, y que hacía meses que se agazapaba detrás de él siempre que iba a la catedral. Acto continuo, Conrado se hizo conducir a casa del herrero, ofrecióle lecciones gratuitas para su hijo, que fueron aceptadas por las súplicas del muchacho, loco de alegría; estas lecciones habían durado ocho años y Conrado Waldmann, encontrando de nuevo en Cristián todas sus ilusiones de otro tiempo, todos sus entusiasmos y todo su culto al arte, unidos a una continua aplicación creyó volver a su juventud. Durante ocho años le había prodigado sus atenciones, inculcándole el culto de los maestros, guiándole paso a paso, con la solicitud de un padre y el desinterés de los nobles corazones, por el sendero del arte, hacia las más elevadas cimas. El muchacho tenía notable disposición; apasionábale el estudio, y complacíale en absorberse en las terribles álgebras del contrapunto, en las que Conrado le estrechaba desapiadadamente. Por lo demás, el muchacho era un hombrecito cariñoso y agradecido, y Conrado se decía algunas veces: "¡Si yo tuviera un hijo, he aquí como le querría!" El herrero no dejaba de estar un poco inquieto, y preguntábase "adónde conduciría todo aquello a Cristián" a

...y algunas parecían estampas iluminadas de un misal

quien hubiera preferido ver dedicado a su oficio. Waldmann le tranquilizaba, prometiéndole que "su estudio le conduciría a alguna cosa", y lo demostró bien cuando Cristián cumplió los diez y nueve años, obteniendo para sí del Consejo de ciudadanos una beca de viaje que le permitía ir a completar su educación musical a un buen conservatorio.

Conrado Waldmann, siempre modesto, había hablado rara vez a Cristián sobre sus composiciones. A largos intervalos tocó un fragmento de sonata, un motete, o un **andante cantabile**, cada uno de los cuales acrecentó la admiración ardiente del discípulo hacia su profesor. Solamente el día en que Cristián regresó a Leipzig con un primer premio de órgano y otro de armonía, y mientras apuraba con su maestro, en celebración del triunfo, una botella de johannisberg regalada a Conrado hacía largo tiempo y de la cual no se acordaba ya éste, el maestro no pudo resistir al deseo de sacar del famoso armario el manuscrito de **la Missa Solemnis**, y después, llevándose a Cristián a la Catedral, hacérsela oir desde el principio hasta el fin. El joven quedó deslumbrado ante aquella obra ignorada, brillante de soberanas bellezas; no había encontrado nada que decir, nada absolutamente; pero esta impotencia para expresar la menor alabanza, era el mejor elogio. Pasaron toda la noche en la habitación de Conrado, Cristián sin cansarse de leer y releer la partitura, y descubriendo sin cesar nuevos tesoros. Mas ¡ay!, su larga permanencia en el armario húmedo había enmohecido terriblemente el papel; en algunos sitios la tinta era casi imperceptible y los ratones habían roído varias hojas, aunque por fortuna solamente los bordes. Cristián, aterrado ante la idea de que aquellas pequeñas causas pudieran consumar su trabajo destructor en pocos años, rehusó marcharse sin que su maestro le permitiera llevar consigo el manuscrito para sacar una nueva copia en pergamino indestructible y con tinta de China. El anciano acabó por consentir aunque diciendo: "¿De qué sirve eso?" Al cabo de un mes, Cristián le presentaba la copia, también obra maestra en su género; Waldmann admiró la elasticidad y solidez de la vitela, así como el piadoso escrúpulo del trabajo; volvió a guardar la **Misa Solemnis** en su panteón funerario, y volviendo después hacia el joven le dijo:

—Hablemos de ti. Estoy cansado y necesito reposo; mañana presentaré mi dimisión, y es preciso que tú me reemplaces. No es posición brillante, y en ella no veo para ti más que la primera etapa, hasta que se presente otra cosa mejor. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Oh, maestro!, ¿cómo devolveros jamás la milésima parte de lo que por mí habéis hecho?

—En cuanto al corazón, sigue siendo lo que hasta ahora fuiste; por lo que hace al arte, continúa estudiando para engrandecerte: he aquí lo que deseo como recompensa. Mañana enviaré mi dimisión, Cristián, o más bien la llevaré yo mismo al Consejo de ciudadanos, que celebra sesión a las cinco. Me tienen por un oso, pero siempre cumplí con mi deber, y a pesar de eso, me miran con malos ojos. A las seis me presentaré en casa de tu padre para prometerle formalmente tu nombramiento.

Y Cristián Hofer fué a ocupar la plaza del viejo Waldmann.

*

—¡Ah, querido muchacho, al fin estás aquí! Sí, al fin, porque al fin de algunas semanas no has podido consagrarme un momento, y aunque conociendo tu buen corazón, comenzaba a preguntarme si la mala hierba del olvido comenzaba a crecer ya. Más vale tarde que nunca; siéntate; te veo con mucho gusto.

Y Conrado Waldmann indicaba a Cristián un sitio a su lado, cerca de la ventana de pequeños vidrios.

—¿Olvidaros, maestro? ¡Oh, no habéis podido creerlo así!

—El agua corre hacia el río, y la juventud busca lo que es joven. Nada más natural que preferir en tus ratos de ocio una excursión, o beber un vaso de cerveza con los amigos, pues deben buscarte mucho, en vez de esta habitación triste y la conversación con un pobre viejo.

—Esto fuera de mi parte una vil ingratitud, y me despreciaría a mí propio. La verdad es, maestro, que he tenido mucha ocupación. Ya sabéis que Nisch ha llegado aquí el mes último, con toda una cuadrilla de obreros; las reparaciones se han ejecutado concienzudamente, y en todo se ha seguido vuestro consejo.

—¿Y va bien eso? ¿El gran juego?

—¡Un trueno!

—¿La expresión?

—Sensible a los menores matices.

—¿Las voces humanas?

—Hasta confundirse con ellas.

A cada una de estas contestaciones, Conrado Waldmann se había reanimado, irguiéndose con los ojos brillantes. ¡Ah! Siempre amaba a su órgano.

—¿Con que el instrumento es perfecto otra vez?

—Perfecto.

—¿Sabes que me dan ganas de ir a oirle el domingo?

El joven se perturbó un momento; pero recobrando su sangre fría, dijo con el tono más natural:

—El domingo, no, maestro, porque no tocaré... Me ha ocurrido la idea de esperar la Navidad para debutar en las mejores condiciones posibles. Sí, en la misa de media noche; he organizado un coro, y trabajamos asiduamente en el estudio de una gran composición. La catedral no está lejos de esta casa, y abrigándoos bien, no

os exponéis a resfriaros. Deseo un buen debut, maestro, y cuento que vuestra presencia me sostendrá, porque ¡diantre!, no es poco atrevimiento presentarse después de vos.

—¿Y qué obra has elegido?

—¡Oh! Ya comprenderéis que no habré elegido nada mediano; he buscado, pues, no tan sólo una obra, sino una obra maestra. No me pidáis detalles, pues no podría dároslos, porque son más de las siete y media y tenemos ensayo a las ocho. Apenas me queda el tiempo preciso para añadir que la princesa, que se ha dignado llamarme a su palacio para felicitarme por mis dos premios, y a la cual me he permitido exponer mi proyecto, se ha interesado al punto, tanto que gracias a ella la orquesta del teatro prestará su concurso, juntamente con el cuarteto vocal.

—¡Pues será una verdadera solemnidad!

—Así lo espero. ¿Me prometéis venir?

—La catedral no está lejos, según creo; pero desde que vivo como ermitaño soy muy friolero.

—Os enviaré un coche para que os recoja a vos y a Odila. ¿Me lo prometéis?

—¿Podría rehusar nada a mi Cristián?

—Pues ya soy feliz.

—¿No te volveré a ver hasta entonces? ¿No vendrás entre dos ensayos para referirme?

—No lo creo, porque tendré demasiado que hacer; pero pensaré en vos, maestro, todos los días; mas no digáis nunca que yo os olvido.

El anciano quedó solo en la reducida habitación, iluminada por una lámpara judía de cobre cincelado, pendiente del techo.

Y con las manos sobre las rodillas y la cabeza reclinada sobre la espalda de su sillón, se entregó a sus meditaciones. Mientras que conservó su cargo de organista, la voluntad le había sostenido, y un poco de orgullo también, el orgullo de no haber sentido un solo día desfallecimiento durante su larga carrera. Por otra parte, quería que Cristián le reemplazara; retirarse antes que el joven hubiese obtenido sus grados era entregar la plaza a otro, y Conrado se mantuvo firme. Dimitidas sus funciones, sobrecogióle una dejadez indecible; la vejez pesaba sobre él con todas sus fuerzas.

Desde su paseo con Cristián por la orilla del río, en aquella tarde de octubre, suavemente verde y sonrosada, no había vuelto a salir.

Sus días se deslizaban en aquella estrecha habitación de paredes de encina, donde durante años y a fuerza de ahorros había reunido os exponéis a resfriaros. Deseo un buen decuela de Van Dyck, representando escenas del Antiguo Testamento; una tapicería de Arras-Apolo con las nueve Musas, y un facistol muy antiguo de la iglesia, en hierro forjado. Todo esto comprado en las pequeñas tiendas y a la casualidad en sus idas y venidas.

Para Conrado, lo esencial de aquel pobre interior era un mueble del Renacimiento, sencillo, pero auténtico, y era su biblioteca musical. ¡Solamente él hubiera podido decir cuántos sacrificios representaba aquello! La colección de los clásicos del órgano se alineaba casi completa, encuadernada modestamente, aunque con decencia. Para llegar a reunirla con tan escasos recursos, había sido necesario, no sólo abstenerse de fumar y de beber, sino renunciar a ligeros recreos y comodidades. La joya de esta colección—que descubrió un día en la trastienda de un prendero israelita, entre montones de insignificantes pa-

...pero como la princesa le presentase su fina mano, inclinóse para besarla...

peles—era un ejemplar—edición **princeps**—de la célebre misa, a seis voces **Assumpta est Maria**, de Palestrina, con la firma del maestro: el día en que encontró esta obra fué el más feliz de su vida, y Waldmann la tocaba con tanta delicadeza como si fuera una hostia.

"¿Se habría atrevido Cristián con esto?, se preguntaba a la incierta luz de la lámpara hebraica. ¿No está escrito para Navidad? ¿La cantará de Bach, tal vez? No, ha hablado de una misa. ¿Qué será entonces?

Se levantó, y abriendo el mueble Renacimiento, consultó una veintena de volúmenes. Tan pronto creía haber adivinado y exclamaba: "¡Ya lo tengo, no puede ser otra cosa!", como se decía un minuto después: "Sin embargo, hay algo mejor que esto", y sus vacilaciones comenzaban de nuevo. Varias veces, **Bola de nieve**, su gata, descendiente de **Lioneta**, que sucedió a **Mefisto**, había llegado a frotarse contra él, como para decirle: "¡Se te olvida que ya es hora de dormir!" El toque de la queda había resonado en la catedral, y Conrado revolvía los papeles aún en su biblioteca.

Para distraerle de estas largas preocupaciones fué necesario que Odila llegase a sacudirle por el brazo.

—¿Pero en qué pensáis, para velar así a vuestra edad, con esos ojos que se debilitan, y cuando todas las personas honradas están ya bajo la colcha? ¡Habrá locura como esta! ¡Mereceríais en castigo que no os diese azúcar mañana a primera hora para tomar el café con leche!

—Hago mal, Odila, lo confieso humildemente... **Mea culpa**... ¿Está encendida mi luz?

—¡No hace poco tiempo!

—¡Buenas noches, Odila, buenas noches! ¡Dadme sin embargo, un terrón de azúcar! ¡Se hace uno tan goloso cuando envejece!

Una vez acostado, Waldmann se sintió otra vez poseído de curiosidad, que le tuvo despierto hasta el amanecer; pero al fin se adormeció, murmurando como conclusión: "¡Bah!, tanto vale que la sorpresa sea completa. De lo que estoy cierto es de que será la piedra de toque de su buen gusto".

*

—¡Señor Waldmann, señor Waldmann!

—Y bien, Odila, ¿nos hemos retrasado, o arde la casa?

—¡Un coche de palacio, un coche de dos caballos, delante de la puerta, señor Waldmann!

—¡Divagáis, Odila!

—¡Venid a verlo!

Muy abrigado con una gruesa hopalanda; un tapaboca alrededor del cuello y guantes de lana en las manos, Conrado, siempre incrédulo, franqueó la escalera, seguido de la criada, que iba muy compuesta. Junto a la acera, un lujoso cupé, con dos caballos magníficos, con un soberbio cochero en el pescante y un diminuto lacayo de pie junto a la portezuela, todo con las armas de la princesa, parecía esperar.

Conrado muy perplejo, se introdujo en el coche; Odila tomó asiento enfrente de él, y los caballos de pura sangre partieron al trote, a pesar de la ligera capa de nieve que blanqueaba el suelo. El trayecto no duró más que cinco minutos.

La catedral estaba llena ya: centenares de cirios, formando haces luminosos, brillaban en los pilares; el altar mayor estaba deslumbrante, y el retablo de madera esculpida presentaba su patético Descendimiento de la Cruz, obra del siglo XV. Jamás Waldmann había contemplado aquella maravilla sin enternecerse; y era porque resplandecía por la sublime sinceridad de los artistas de otro tiempo. Aquel que construyó el retablo, trabajando con su paciente cincel la encina dura, no había pensado seguramente en ganar dinero ni renombre; su alma había querido alguna cosa en aquel fragmento de madera que al cabo de cuatro siglos se admiraban aún; y más de una vez Conrado había ido a pedir a la obra maestra un ejemplo de probidad artística y de humildad.

—Señor Waldmann, venid por aquí; me han recomendado que le guarde dos sillas.

Y condujo al anciano y a Odila a sus sitios, a la izquierda del altar.

Se acababa de encender los cirios; la iglesia brilló, y como llegaba más gente de continuo, no quedaba ninguna silla vacía.

Produjose un movimiento cuando precedida de ujieres, la princesa hizo su entrada entre los altos dignatarios de la corte; era muy joven, rubia como su madre, delicada y encantadora como ella.

A la derecha del altar se habían reservado otros sitiales, donde la princesa se instaló con su séquito; y en el mismo instante se presentó el clero, con todo el brillo de sus vestiduras y escoltado de los niños de coro, que balanceaban el incensario. En un momento la catedral quedó embalsamada por el perfume de la mirra; mientras que los cirios, vistos a través de la ligera cortina de humo azulado, parecían pálidas estrellas en una noche vaporosa.

El arcipreste había franqueado los escalones del coro, y de pronto reinó el silencio.

¡Qué conmovido estaba el viejo Conrado Waldmann! Con los ojos ansiosamente fijos en la galería del órgano, observaba todos los ademanes de su joven amigo, del hijo de su corazón; y entretanto, Cristián, los coristas y el director de orquesta hacían las supremas observaciones. Después quedó silenciosa la galería.

"¡Dios mío, se repetía Conrado por centésima vez, con tal que conserve su sangre fría y que todo marche bien!"

El director de orquesta había levantado su batuta, y entonces Conrado, respirando apenas, inclinó la cabeza, con la frente apoyada en su mano y esperó.

Y los órganos comenzaron a sonar, pro-

duciendo extensos y majestuosos acordes: hubiérase dicho que era un magnífico río de armonía, que se deslizaba con lentitud entre orillas de líneas clásicas. Veinte o treinta compases, pero magistrales, revelaban el sentimiento del genio.

A los primeros sonidos, el anciano había levantado la cabeza, y estaba tan pálido como los paños del altar.

"¡He oído mal, se dijo, no es posible!"

El conmovedor preludio continuaba: una solemnidad descendía del órgano y propagábase a través de la iglesia; el río, ensanchándose, límpido y luminoso, convertíase en un mar de poderosas ondas.

—¡Kyrie, kyrie eleison!

A la voz del oficiante, el coro contestó, acompañado del órgano y de la orquesta: **¡Kyrie eleison! ¡Christe eleison!** Cada nota era como un acto de fe; y el conjunto tenía la belleza de las cosas eternas; y Conrado Waldmann, con la frente apoyada en su mano, lloraba, poseído de sorpresa y de espanto y dichoso a la vez.

Había reconocido su **Misa de Navidad.**

La ejecución era perfecta; en los menores detalles la obra gigantesca había sido estudiada a fondo, como la piedra sagrada de la catedral, y sin que escapase ninguna de las intenciones del autor. La orquesta, los coros y los solistas rivalizaban en celo para interpretar su pensamiento íntegro. La parte del órgano era superior: al melodioso **Sanctus** y al **Agnus Dei** siguió un trío de una expresión extática, un suave **Benedictus** acompañado de los instrumentos de cuerda; y en la **Elevación**, sobre todo, cuando el instrumento rey cantó solo un himno en que se desbordaba la cándida alegría, el infinito amor, los acentos mismos de la beatitud de un corazón prosternado ante la divina cuna, donde la agreste flauta y la gaita pastoril se contestaban con las violas de querubines, no había un solo ojo sin lágrimas en aquella inmensa multitud subyugada. En cuanto el anciano, lloraba siempre; y las lágrimas corrían poco a poco por sus mejillas demacradas, entre sus dedos nudosos por efecto del reumatismo. ¡Pero el rocío de mayo sobre el cáliz de las jóvenes rosas no es tan dulce como eran sus lágrimas, sin las cuales hubiera roto el corazón de Conrado! Su sueño más secreto y más querido, cuya realización no pensaba ver nunca, realizábase por milagro. Aquella misa, la gran angustia y la mayor delicia de su vida, érale dado oirla ejecutar de una manera magnífica. Y por modesto que fuese, comprendió que su trabajo no había sido inútil y que la obra era hermosa. Más feliz que su maestro Bach, entraba vivo en la tierra prometida.

"¡Ah, buen muchacho!, exclamaba pensando en Cristián. El es quien tuvo la idea de esto, quien lo ha combinado todo, llevándolo a buen término. ¡Y yo que le acusaba de olvidarme, cuando no tenía un pensamiento que no fuese para mí!"

La misa terminaba con un **Aleluya**, casi comparable con el del Mesías. En una fuga colosal, el órgano, la orquesta y los coros ascendían y descendían las escalas de los sonidos; y esto saltaba como un torrente, retumbando como el rayo. El prodigioso edificio de aquella misa tenía un coronamiento digno de ella, y en aquel laberinto de notas, reguladas con orden supremo, un soplo de los enormes tubos lanzado en su plenitud hacia las doscientas voces y los sesenta instrumentos, comunicaba el **summum**: la catedral parecía vibrar toda ella, y había un estremecimiento en la multitud.

Después reinó el silencio, y durante algunos minutos se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

—¡Ah, maestro, maestro, no puedo esperar para abrazaros!

Era Cristián, que había bajado presuroso de la galería, estremeciéndose hasta las puntas de los dedos.

Incapaz de articular una sílaba, Waldmann abrió sus brazos, atrayendo al joven sobre su pecho.

—¡Venid, maestro, dijo Cristián, la princesa desea veros!

A través de la multitud, que se apartaba respetuosamente, pasaron poco a poco. La joven se adelantó hacia Conrado, radiante como la primavera.

—Esta hora es hermosa para todos nosotros, dijo. En nombre de nuestra ciudad yo os doy las gracias.

Y con voz más baja añadió:

—¿Es cierto que habéis conocido a mi madre?

¿Había llegado hasta la princesa un eco de lo que se contaba? Era poco probable; pero a Conrado le pareció que en aquellas palabras se encerraba una intención, y que deseaba asociar a la difunta el triunfo de aquella noche.

Conrado quiso contestar, sin que le fuese posible; pero como la princesa le presentaba su fina mano, inclinóse para besarla, y sobre los dedos patricios, adornados de joyas, sus luengos mechones blancos se deslizaron como un arroyo de plata.

—Maestro, dijo Cristián, de Leipzig, de Munich, de Weimar y de Dresde han venido músicos, críticos y aficionados.

Y Cristián pronunciaba nombres y títulos, a cada uno de los cuales se pintaba un asombro creciente en las facciones de Conrado. ¡Cómo! ¡Habían venido por él, pobre compositor, todos aquellos personajes célebres y querían que se les presentara para saludarle y felicitarle! El viejo no podía dar crédito a sus ojos, y dirigía miradas atónitas hacia la princesa, radiante de alegría, y hacia Cristián. ¡Ah, cómo había trabajado el joven para obtener aquel resultado! Había dado pasos, sirviéndose de sus amigos, de sus conocimientos, escribiendo, solicitando, aprovechándose de todas sus influencias, despertando en sus más fríos el entusiasmo, sostenido además por el director de orquesta, apa-

sionado por la **Misa Solemnis**, y por la princesa, a quien todas las semanas daba cuenta de los ensayos. El éxito, por lo menos, correspondía a sus esperanzas.

—Maestro, dijo, me he permitido concluir un contrato con la casa Holler e hijo, de Munich, para la edición de vuestra obra, y el señor Holler quiere venir él mismo a ofreceros el primer ejemplar.

Un hombrecillo repleto y risueño se adelantó hacia Conrado, inclinóse para hacer una reverencia automática y presentó al anciano un magnífico volumen en 8.°, encuadernado en chagrin amarillento, con estas palabras **Missa Solemnis**, y el nombre de **Conrado Waldmann**, que brillaba en letras de oro entre los broches góticos.

Los cirios comenzaban a extinguirse, y a una señal del maestro de ceremonia, los ujieres de la corte alinearon a los concurrentes para la salida de la princesa.

Esta última, con una gracia exquisita, ofreció entonces su brazo al anciano, que temblaba como la hoja de un árbol, y le condujo hasta el pórtico, siguiendo los dignatarios de la corona, los extranjeros que habían acudido para ver la fiesta, y Cristián, llevando el precioso volumen. Por las puertas laterales se había deslizado el pueblo, y ahora había en la plaza como una oleada humana. En el centro, con hachas encendidas y banderas, los estudiantes de la universidad formaban una doble fila, y cuando el viejo artista se presentó, siempre cogido del brazo de la adorable princesa, los aplausos contenidos tan a duras penas en la catedral, estallaron al aire libre como una tempestad.

—¿Qué ocurre ahora?, pensó Waldmann. ¡Sin duda sueño!

Pero algunos brazos robustos le habían cogido ya, y Conrado, a pesar de sus ademanes y protestas, se vió llevado en triunfo, bajo el cielo tachonado de estrellas, singularmente sereno en medio de las hachas y de los estandartes, entre los cantos y los vivas de aquella hermosa juventud y de la ciudad entera. Miraba las ventanas iluminadas en todas partes por el resplandor de las hachas en las fachadas, y la compacta multitud seguía siempre. Oyó los cantares, los **bravos**, veía las manos extenderse hacia él y los sombreros agitarse; y cada vez más todo esto le parecía un sueño.

Se llegó a la casita, en cuyo umbral, con una lámpara en la mano, estaba Odila henchida de orgullo.

—¡Vamos, maestro, dijo Cristián, no se dirá que no hay llama en los corazones jóvenes!

—¡Hijo mío querido! Les darás gracias de mi parte, ¿no es verdad? ¡Yo no puedo, no puedo!

Vacilante como un hombre ebrio, Conrado penetró en su casa, precedido de Odila, que repetía: "¡Jesús, Jesús, qué noche!" La puerta se cerró, pero durante un momento los estudiantes permanecieron bajo las ventanas del viejo, cantando en su honor. Después, habiendo dado las dos en la catedral, la multitud, profiriendo el último **hurra** se dispersó.

¡Oh, qué hermosa noche, qué hermosa noche de Navidad! En los árboles y en los matorrales la escarcha brillaba: eran fantásticas girándulas, collares de perlas y ríos de diamantes prendidos en cada rama. Hasta la nieve parecía luminosa; y en el cielo, de una transparencia excepcional, millares de astros deslumbradores parecían mostrar el camino a los serafines portadores de la Buena Nueva.

—¡Vais a pasar buena mañana!, había dicho Odila a Conrado al separarse de él.

—¡Creo que no cerraré los ojos, porque soy demasiado feliz!

A eso de las diez, no habiendo oído ruido en la habitación de su amo, Odila entró.

Estaba sentado a su mesa, con las manos extendidas y la cabeza apoyada en el volumen de broches de oro.

—¿Si no se habrá acostado?, murmuró Odila.

Le llamó, mas no obtuvo contestación; acercóse y le tocó en el hombro, sin que hiciera ningún movimiento. tenía los párpados caídos y sonreía, como el viejo Simeón cantando su **nunc dimittis**.

Aquella inmovilidad espantó a Odila, le tocó las manos y las halló frías y rígidas.

La muerte clemente no había querido que Conrado sobreviviese a la apoteosis; como el segador se duerme sobre su haz de espigas, había quedado dormido en pleno triunfo, pasando sin transición desde la música inmortal de su **Missa Solemnis** a los inefables conciertos de los ángeles.

Vista general de la fábrica de paños "La Santiago"

El pueblo que no es capaz de abastecer sus necesidades primordiales por sí mismo, el que necesita que otros países fabriquen para ellos la tela de sus trajes y el cuero de su calzado, el que requiere manos extrañas para protegerse del frío y cubrir su desnudez, el que ni siquiera puede procurarse todos los alimentos que le ofrece la tierra pródiga por falta de iniciativa, no puede llamarse todavía un pueblo libre. Es simplemente un tributario forzoso del país productor, tan indefenso para la lucha por la vida como un niño que se entregase a las manos de una nodriza, no siempre bondadosa.

Por fortuna, nuestro país comienza a despertar de su apatía en este sentido, y pueda ser que la gran lección que viene a darnos la situación creada por la guerra europea, consiga abrir los ojos de nuestros conciudadanos, obligándolos a dirigir sus capitales y su actividad hacia la industria, hacia el trabajo productor de todos los artículos necesarios para vivir sin ayuda ajena.

El caso de Benjamín Franklin presentándose al parlamento vestido con traje de mezclilla "porque en su patria no se producía aún otra clase de telas" es un ejemplo que debería ser imitado por todos nuestros congresales y practicado por la masa entera de la población nacional.

Protección decidida, franca, entusiasta del gobierno o del particular, a todos los productos elaborados en el país, debería ser la norma de conducta que se trazara cada ciudadano chileno. ¡Ah, otra muy distinta sería nuestra suerte si consiguiéramos poner en práctica este sencillo propósito!

Por eso es que ha sido para nosotros motivo de vivísimo placer visitar la fábrica de tejidos que se encuentra instalada en el camino del Salto, junto al San Cristóbal, escondida casi entre viejas quintas de frondosa vegetación.

Hasta hace pocos años sólo se oía hablar en el país de la fábrica de paños del Tomé; ahora han surgido otras industrias de tejidos en distintos puntos, y, entre ellas, podemos citar las fábricas de Providencia y del Salto, en Santiago.

Al dirigir nuestros pasos al Salto creíamos encontrarnos con un establecimiento a la antigua, montado más o menos rutinariamente; pero, debemos confesar, que desde el momento en que trasponíamos los umbrales de la fábrica, pudimos sentir la impresión de que nos encontrábamos delante de una industria de primer

Sección telares

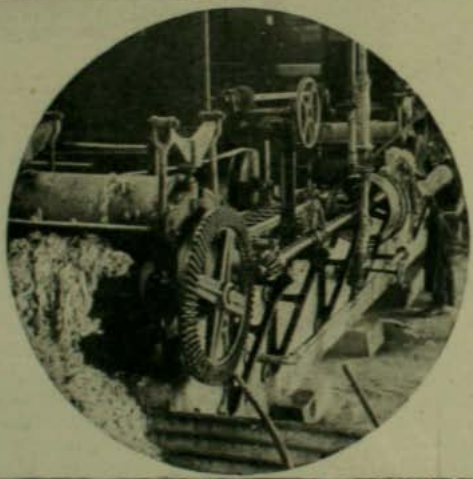
orden, montada con todos los adelantos modernos.

Es natural que no se pueda establecer un parangón con las mejores fábricas de Europa, pues éstas, para comenzar, han distribuído sus diversas secciones en especialidades que en muchos casos suelen estar hasta en manos diferentes, explotando unos la preparación de la lana, otros, el ramo de la tintorería, y los demás, la hilandería, el tejido propiamente dicho, etc.

Aquí se hace necesario agrupar en una sola industria todas las secciones que allá forman fábricas especiales, separadas, y es natural que, por este motivo, el trabajo se resienta entre nosotros y se recargue considerablemente el costo total de los productos elaborados.

Desde que llega la lana a las bodegas del establecimiento, hasta que sale de los depósitos de la fábrica convertida en telas variadas, en dirección a las tiendas de sastrería, hay una serie interesantísima de manipulaciones que nosotros procuraremos anotar sucintamente para informar a nuestros lectores.

La primera operación que sufre la lana, después que sale de las bodegas, es el lavado. De las grandes haciendas de ganadería viene ensacada tal como resulta de la trasquila de las ovejas y naturalmente requiere una minuciosa limpieza que se efectúa en largas bateas es-



Lavado de la lana.—Almacenes de tejidos de la fábrica

Sección de corte

a causa del ruido especial que producen, muy semejante al aullido de estas temibles fieras. El trabajo de centenares de esas viejas que todos conocemos por haberlas visto alguna vez en el fondo de nuestras casas rellenando los colchones, es realizado aquí por una sola máquina y con una rapidez asombrosa. Como resto de la clásica "colchonera", encontramos junto a la rugiente maquinaria a una pobre mujer con aspecto de bruja que rellena la insaciable boca con grandes brazadas de lana.

peciales, en agua hirviente mezclada con potasa. Es curioso el funcionamiento de las bateas: se echa la lana en un extremo de ellas y una maquinaria especial las remueve con tenedores gigantes de un lado al otro, sin que para nada tenga que intervenir la mano del hombre.

De las bateas pasa a los fondos colosales de la tintorería, especie de hangares en donde los colorantes hacen su obra.

De nuevo pasa la lana, ya pintada a bateas de agua fría, y de allí a una máquina centrífuga para estrujar la lana que, húmeda aún, va a los hornos especiales para conseguir la volatilización de las más insignificantes partículas de agua. Esta operación de los hornos puede ser reemplazada por la obra del sol en verano, y es por eso que al visitar nosotros la fábrica, encontramos los patios cubiertos por mesones especiales sobre los cuales la lana se seca.

Una vez limpia, colorada y secada, la lana pasa a depósitos especiales en donde se mezclan a veces, para los géneros de fantasía, lanas de diferentes colores.

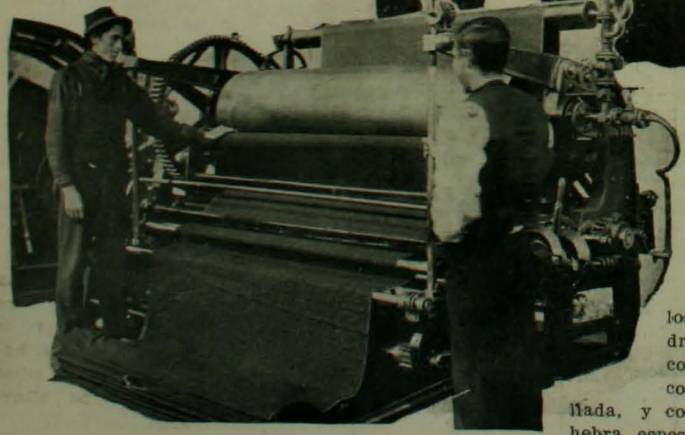
Pero antes debe escarmenarse la materia en máquinas especiales, que los operarios designan con el nombre de "el lobo".

De allí pasa la lana a la tejedería, inmenso taller compuesto de dos secciones

Midiendo el grueso de los hilos

Taller de tejeduría

principales: en una de ellas existen grandes maquinarias que se llaman bordadoras, semejante en apariencia a las prensas de imprimir, por el complicado juego de rodillos que forman su conjunto. La lana sufre aquí una metamorfosis curiosísima. ¿Habéis visto alguna vez la obra de los gusanos de seda al comenzar su capullo? Entrecruzamiento sutil de hebras que forman una masa inconsistente, blanda y acolchonada, transparente como una tela destinada a cubrir los encantos de una hada: tal es el aspecto de la lana al salir de una de esas prensas.

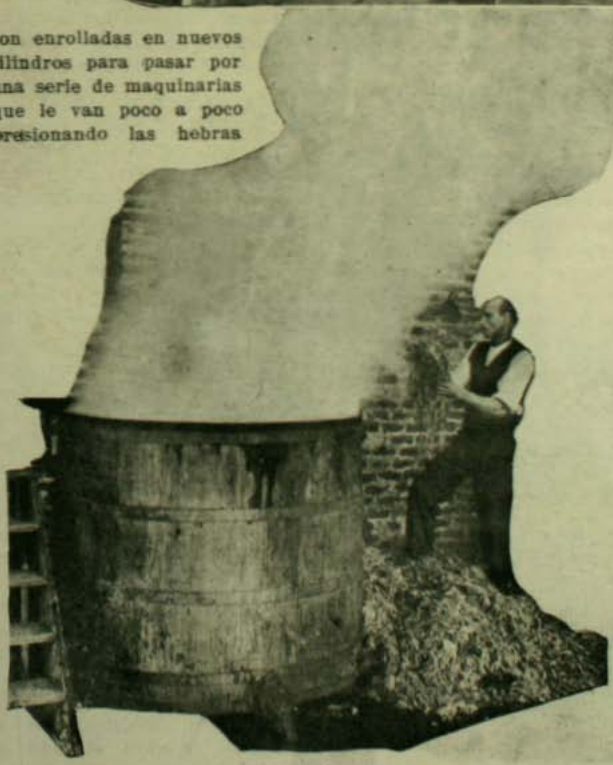


Máquina cardadora

Pero no se crea que este ha de ser su aspecto definitivo.

Una nueva máquina recoge los grandes cilindros que se forman con esta tela inconsistente, enrollada, y corta el paño en hebra espesa, pero siempre inconsistente, que a su vez

son enrolladas en nuevos cilindros para pasar por una serie de maquinarias que le van poco a poco presionando las hebras hasta llevarlas a la segunda sección de la tejeduría.



Tintorería

Es en esta sección donde pudimos observar un espectáculo interesante. Bajo el amplio galpón vimos una serie de maquinarias parecidas en su aspecto externo al cordaje de un piano de cola cuyas dimensiones no bajarían de 4, 5 ó 6 metros de largo por dos de ancho. Las cuerdas serían las hebras de lana venidas del otro taller y que aquí van a parar a millares de husos semejantes a los que usan nuestras abuelas, pero que, movidos por la fuerza mecánica hacen la obra de miles de miles de hilanderas.

La poética figura de las Parcas tejiendo el hilo de la Vida, tendrá que ir desapareciendo poco a poco para ser reemplazada por el de esta máquina que ha venido a desalojar a la rueca legendaria.

¿Cómo seguir paso a paso todas las fases de la complicada industria del tejido?

Bástenos decir que las hebras de lana llegan por fin a las maquinarias conocidas con el nombre de telares. Son estos unos aparatos que producen un ruido infernal en el amplio taller en que están distribuídos, un ruido seco como el de la matraca pero mil veces más fuerte, que aturde y ensordece.

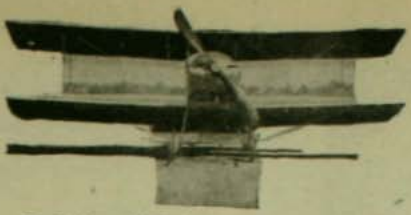
Ante cada telar, (son 30 por todos) especie de clavicordio abierto, y que algo recuerda al que se suele ver en los campos y ante las rucas de los indios de la frontera, una mujer dirige su faena con atención concentrada. Una lanzadera de tamaño relativamente colosal, pues tiene a lo menos dos o tres decímetros de largo, pasa de un lado a otro entre las dos hileras de hebras entrecruzadas, dejando entre ellas el hilo que forma la trama.

De esta máquina sale ya la tela casi completa, lindos paños que en nada se diferencian de los que nos envían las fábricas europeas.

Las figuras de las mujeres del pueblo que vigilan esta faena nos hacen evocar a las indias de nuestras selvas, verdaderas artistas tejedoras, que en sus rústicos telares fabrican esas mantas araucanas de sobríos colores, esos tapices curiosos que a muchos ha dado que pensar por los originales dibujos que los bordan.

Las operaciones que siguen a la que ejecutan los telares son ya de importancia secundaria: todas ellas destinadas solamente a darle a la tela mejor aspecto. Son las "curdidoras", las "tondozas" que aplanchan y aprietan los tejidos de las telas, las cardadoras que le quitan las pelusillas para alisarlas, las "secadoras" para quitar a las telas las últimas partículas de humedad, etc., etc.

Llegan por fin las telas a una sección en que se cortan, se miden, y luego se empaquetan las "piezas" que todos conocemos por haberlas visto en los escaparates de las sastrerías, para pasar de allí a los almacenes en que se guardan y expenden al público.



Un biplano blindado del Cuerpo Real de Aviadores Británicos

La Guerra Aérea

Por

HENRY WOODHOUSE

LOS EXPLORADORES AEREOS FIJAN LA DIRECCION DE LOS FUEGOS DE LA ARTILLERIA.—FORMA EN QUE DECIDEN SUS DUELOS EN LOS AIRES. AEROPLANOS CONTRA ZEPPELLINES

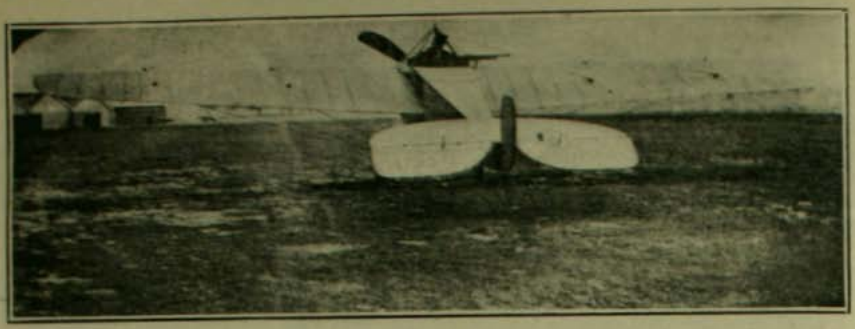
Ilustraciones fotográficas

El Duque de Wellington, vencedor de Napoleón, aseguraba que la victoria correspondía al capitán que hace una suposición más acertada acerca de lo que sucede al otro lado de un cerro.

El empleo del aeroplano cambia en certeza la suposición; él informa a un general acerca de lo que hace el enemigo, no sólo tras de un sólo cerro, sino en los valles y montañas situados a cien millas a la redonda y le da informaciones tan valiosas, que ellas solas le permitirían obtener la victoria, si el otro general enemigo no contase con iguales medios de información. El explorador aéreo es un factor indispensable en la guerra moderna. La superioridad absoluta que pueda alcanzar una potencia en el dominio de los aires, equivaldría a muchos miles de soldados, pues este servicio militar permite al comandante en jefe conocer con exactitud todos los movimientos del enemigo y, por consiguiente, utilizar en la forma más eficaz sus soldados, no empleándolos donde ellos no sean necesarios.

Los resultados notables obtenidos durante los cuatro meses de esta guerra colosal manifiestan que las naves aéreas, principalmente los aeroplanos, han dado resultados que han superado las más optimistas expectativas. Entre las noticias de sucesos sorprendentes, tales como el acto de arrojar bombas; los combates en que las naves aéreas se lanzan ciegamente a derribar a una nave enemiga, chocando contra ellas, los actos de mayor valor intrínseco son las informaciones que han proporcionado acerca de los movimientos de los ejércitos y escuadras enemigas, haciendo imposible todo ataque sorpresivo.

Recién comenzada la guerra los exploradores aéreos de Bélgica ganaron los primeros éxitos, éxitos que han ejercido su influencia en todo el desarrollo de la campaña. Es evidente que Alemania despreció la tenacidad de Bélgica, que hizo uso inmediato de su flotilla de aviadores militares. Alemania confiaba ciegamente en el poder de su formidable ejército y no consideró necesario, al principio, emplear exploradores aéreos que descubrieran los puntos vulnerables, inutilizando así la ven-



Un destroyer aéreo

taja que obtuvo Bélgica con el juicioso y acertado empleo de sus exploradores aéreos. Los alemanes iniciaron la campaña con una superioridad abrumadora de soldados, pero desarrollaron planes militares meditados hacía muchos años, sin considerar los movimientos del enemigo mientras que los belgas, con escasísimas fuerzas, empleando una veintena de expertos aviadores, las movían de acuerdo con las circunstancias. El resultado inmediato fué para Alemania una pérdida de vida muy superior al del enemigo y una inestimable pérdida de tiempo.

Sin embargo, los alemanes no persistieron en su olvido del empleo de las naves aéreas y empezaron a usarlas con gran profusión. Cada día los telegramas han registrado las proezas de los aviadores teutones, que se han alejado hasta cien millas de su base más próxima y han arrojado bombas y manifiestos en París y otras ciudades, proezas bastante arriesgadas, si se considera que habían varios centenares de aeroplanos franceses en las inmediaciones, que tenían fama de recorrer 120 millas por hora, velocidad dos veces superior a las de los aeroplanos alemanes.

Al declararse la guerra, el Cuerpo Real de Aviadores Británicos, compuesto de treinta y seis aeroplanos que llevaban suficiente combustible para cuatro o seis horas de viaje, partió de Inglaterra y atravesando el Canal Inglés, sin el menor contratiempo, y llegó al punto señalado para el aterrizaje en Francia, recorriendo las distancias con una velocidad de una milla por minuto.

El general Joseph Joffre, generalísimo de los ejércitos de Francia, escribía en el mes de septiembre al Mariscal Lord Kitchener, lo que sigue:

"Ruégole manifestar muy especialmente al Mariscal French, mis efusivos agradecimientos por los servicios prestados diariamente por el Cuerpo de Aviadores Ingleses. La precisión, la exactitud y la regularidad de las informaciones proporcionadas por sus miembros, revelan su perfecta organización, así como también la pericia de los pilotos y observadores.

"Para dar una breve idea del trabajo ejecutado por los aviadores ingleses, basta mencionar que durante 20 días, diariamente, efectuaron un promedio de nueve vuelos de reconocimientos a más de cien millas de distancia.

"El objeto constante de estas exploraciones ha sido localizar con exactitud las fuerzas enemigas; e, incidentalmente, ya que las operaciones cubren una extensión tan considerable, observan nuestras propias fuerzas.

"La táctica que se ha adoptado para atacar los aviadores enemigos consiste en lanzar contra ellos uno o más aeroplanos británicos. Tan buen éxito ha tenido este plan, que en cinco casos diversos los pilotos y observadores alemanes han sido muertos mientras se cernían en los aires y sus máquinas han ido a chocar contra el suelo. Como resultado de esto, el Cuerpo de Aviadores Británicos ha logrado establecer un ascendiente que es tan provechoso a nuestra causa como dañino para el enemigo".

Los exploradores aéreos han comprobado que la altura a que deben mantener-

se sobre el suelo, no es tan considerable que les impida observar clara y distintamente lo que sucede abajo. Las instrucciones que ha impartido el Ministerio de la Guerra de Gran Bretaña a sus aviadores, es no descender a menos de 3,000 pies de altura cuando se ven expuestos a disparos de rifle y de ascender 1,000 pies más cuando hay artillería. A 3,000 pies de altura un observador experimentado puede distinguir los objetos en movimiento y las características de las diversas armas, algo de importancia esencial en los reconocimientos militares, pues la presencia de la artillería en un punto determinado, exige una acción diferente de la que debe emprenderse cuando sólo hay fuerzas de caballería e infantería. Sólo una parte de los observadores que efectúan esta clase de exploraciones, habían recibido instrucción especial antes de la guerra y los resultados habrían sido desastrosos para los exploradores, sino hubiera acontecido que había igual falta de práctica para disparar contra sus naves. Las informaciones publicadas en la prensa diaria, revelan que en el primer mes de las operaciones bélicas, los exploradores aéreos de ambos bandos en lucha, probablemente, por falta de experiencia anterior, volaban a 1,500 ó 2,000 pies. Es digno de notarse, que sólo una veintena de un total de 5,000 aeronaves, cayeran derribadas al suelo, lo que demuestra que los tiradores no estaban en situación de aprovechar la proximidad en que se encontraban las aeronaves enemigas.

Las siguientes instrucciones impartidas a los oficiales del ejército inglés, por el Ministerio de la Guerra, para guiarlos en los movimientos de sus tropas, al ser observados por una aeronave enemiga da alguna idea de las posibilidades para los observados y los observadores.

1. La observación precisa de cuerpos de tropas depende, principalmente, de dos circunstancias:

a). El fondo, es decir, el color del suelo sobre el cual se mueven las tropas en el mo-

Armado para el ataque a los Zeppelines

mento de la observación; y b). El movimiento, es decir, las tropas que efectúan evoluciones, se distinguen con mayor facilidad que cuando permanecen inmóviles.

2. Una columna de tropas que se mueve a lo largo de un camino blanco o de color claro, puede verse con facilidad desde cualquier altura, mientras que una línea extendida de infantería, esparramada por un terreno pastoso, entre pequeños arbustos, rara vez podría ser distinguida si permanece inmóvil. Los soldados, bajo ningún concepto, deben mirar hacia la aeronave, pues nada es tan fácil de distinguir como el semblante humano.

3. Cuando las tropas marchen a lo largo de un camino ancho, es necesario que la columna mantenga en la marcha una estricta disciplina; las tropas deben plegarse a uno de los lados del camino, de tal manera que el otro lado quede despejado y parezca ser todo el camino, impidiendo así llamar la atención del observador.

4. Las columnas de tropas que van en marcha, a lo largo de un camino angosto, pueden escapar de ser observadas si al instante se repliegan bajo los cercados que cubran los lados del camino y permanezcan inmóviles allí.

5. Los bosques, los matorrales y las aldeas ofrecen espléndidos refugios para guarecerse de la observación del enemigo y hay que aprovecharlos cuando la aeronave está muy alejada.

6. Cuando las tropas avanzan en orden disperso o en pequeñas columnas, deben guarecerse bajo los árboles, en los cercados, o en los matorrales, permaneciendo inmóviles en las orillas de éstos, hasta que el aeroplano haya pasado.

7. Los cuerpos de infantería formada, deben ponerse bajo el abrigo de los árboles o penetrar a los bosques, pues en el terreno abierto son fácilmente discernibles.

8. La artillería se verá incapacitada para esconder sus cañones o sus caballos, excepto en parajes muy excepcionales donde los árboles son numerosos y pueden ocultarse por completo bajo el ramaje. Los cañones de artillería se distinguen desde mucha altura.

9. Cuando las tropas están en su campamento, debe tratarse de alterar las formaciones con el objeto de engañar al observador respecto a la clase de arma a que pertenecen. Los cañones deben cubrirse con pasto para ocultarlos al explorador aéreo y cada vez que sea posible deben cocinarse los alimentos cerca de las aldeas, con el objeto de evitar que el humo atraiga la atención del observador.

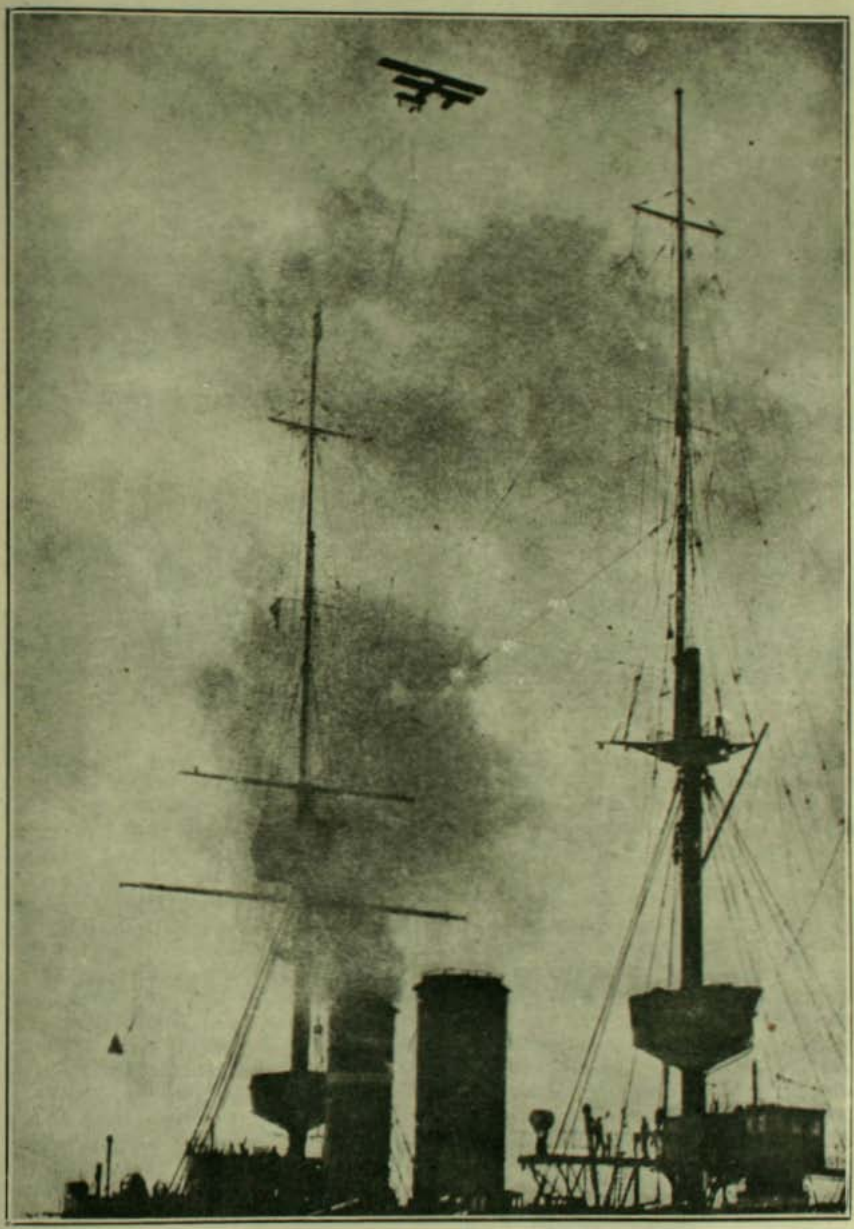
10. A menudo se pregunta cuanto tiempo la presencia de un aeronave hostil debe paralizar una maniobra. El tiempo que ella demore es, a veces, de mayor importancia que el hecho de ser descubierta, y los comandantes de brigadas deben juzgar por sí mismos si conviene el movimiento, ocultando sus tropas, o continuar la maniobra.

Según el general Bonneau, del Ejército Francés, el uso de los aeroplanos permite al general ver casi con sus propios ojos el movimiento del enemigo sin tener que conjeturar sobre nada, pues con su ayuda conoce el número, la calidad, la extensión y la composición de las fuerzas enemigas, el puesto que ocupan sus reservas y las evoluciones de su vanguardia y retaguardia. El general que usa con tacto y habilidad su flotilla de aviadores, sabe hora tras hora cuáles son los movimientos de las fuerzas hostiles.

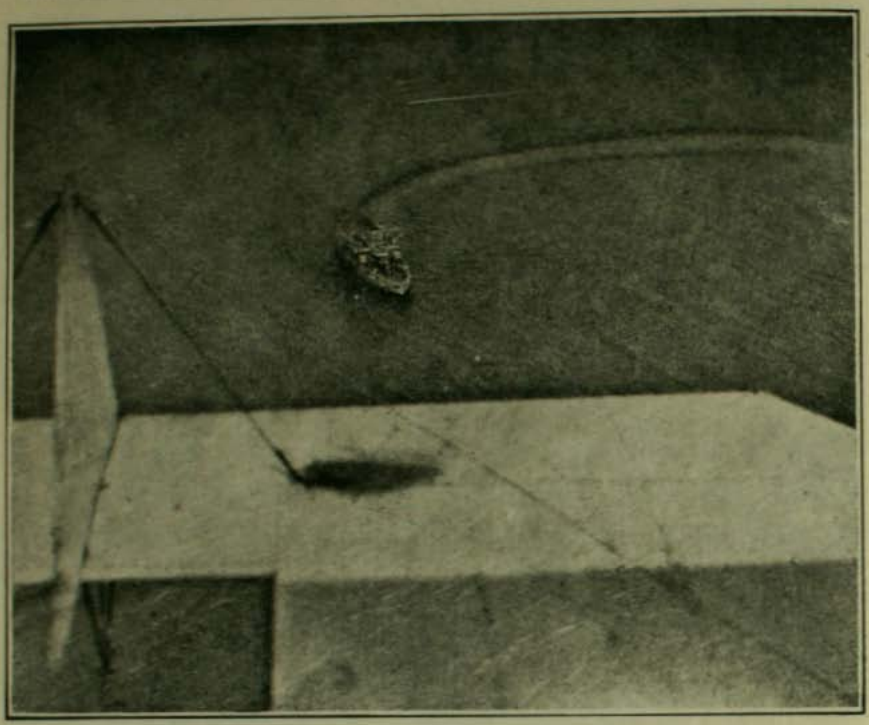
Aunque la mayor influencia que ejerce el aeroplano en las guerras modernas, proviene de su habilidad para explorar, permite asimismo, a los generales mejorar su estrategia y es extremadamente útil para cooperar a la táctica empleada en el campo de batalla. Sirve particularmente a la artillería moderna que dispara desde posiciones ocultas a un enemigo que los artilleros no alcanzan a ver. Es a menudo muy difícil para los oficiales de una batería observar los resultados de sus fuegos, pero nada impide al aeroplano observar sus efectos sobre el campo enemigo.

El general Brun, generalísimo del Ejército Francés en 1910, fué el primero en efectuar experimentos con los aeroplanos para dirigir y fijar las punterías de los cañones y según el coronel Etienne, desde el día del invento de los cañones de artillería, no se ha inventado instrumento o aparato técnico alguno que aumente y desarrolle la eficacia de la artillería en tal alto grado como el aeroplano.

Un aeroplano acompaña a cada batería



El dueño de los aires sobre un dueño del mar



Un buque ruso fotografiado desde un aeroplano

de artillería. Cuando la batería está lista para entrar en acción; el aviador que está en conexión con ésta se ha remontado en el aire y lleva consigo pequeños mapas o cartas topográficas en las cuales está marcado el objeto que debe ser alcanzado por el fuego si su localización es conocida. Si su situación es ignorada por los artilleros, el aviador descubre su situación precisa y la indica en el mapa que deja caer por un tubo preparado exprofeso.

Cuando se emplea la radiotelegrafía, comunica el observador la situación por medio de un marconigrama. Entonces queda listo para observar el efecto del fuego y a una señal dada, el aviador vuela sobre la batería que dispara un tiro largo y otro de corto alcance. El aviador anota el resultado, marca la caída de los proyectiles en un mapa o comunica la caída por medio de la telegrafía sin hilos. El oficial que dirige los fuegos de la batería, consigue de esta manera saber los resultados exactos del fuego y rectifica el alcance de sus disparos de acuerdo con estos datos. Cuando la artillería maniobra de noche, su puntería hace su efecto gracias a los aeroplanos, los cuales al descubrir la situación del enemigo, vuelan sobre su campo y dejan caer antorchas encendidas o bombas luminosas para dirigir las punterías.

El siguiente telegrama de Soissons de fecha 17 de septiembre, da una idea del efecto que ha conseguido la artillería gracias a los aviadores.

"Anoche un explorador aéreo localizó un tren repleto de soldados alemanes, puestos en fuga y el piloto dejó caer una antorcha desde su aeroplano para indicar el alcance de los tiros. Acto continuo nuestra artillería hizo pedazos el tren en muy pocos minutos".

El empleo de los aeroplanos, usados en conexión con la artillería para descubrir el alcance y el punto preciso de los disparos, ha hecho que el período de la guerra

que siguió a la resistencia que opusieron los belgas a los alemanes, sea notable por la rapidez con que han caído las plazas fortificadas. Los aeroplanos han proporcionado ojos infalibles a los grandes cañones de sitio y han duplicado la eficacia del fuego de éstos. Para comprender la economía que se obtiene con el empleo de los aeroplanos, basta considerar que una de estas aeronaves cuesta tanto como un disparo de un cañón de doce pulgadas.

La aeronáutica naval no ha dado señales de vida en la actual contienda, a causa de la poca actividad de las escuadras beligerantes.

La Gran Bretaña en los comienzos de la guerra tenía cuerpos poderosos y bien organizados de aviación naval. Había en ese entonces seis centros de aviación naval instalados en Inglaterra y en Escocia. Había además, dos hangares para los hidro-aeroplanos que deben acompañar a cada escuadra. Los hidro-aeroplanos, cuyo número asciende a doscientos, son aeronaves muy perfectas, de gran poder, blindadas y equipadas con aparatos para el envío y recepción de radiogramas y, además, artillados con cañones de tiro rápido. Ninguna otra potencia ha prestado tanta atención como Gran Bretaña a esta rama de la defensa naval. Los exploradores aéreos navales en sus hidro-aeroplanos, han mostrado su resolución de atacar con éxito a los Zeppellines y las autoridades alemanas no se han atrevido a arriesgar sus dirigibles en una contienda con ellos. Todos los dreadnoughts están protegidos contra el ataque de los dirigibles por medio de cañones y de corazas blindadas. El buque insignia de la primera escuadra el "Iron Duke", está protegido por corazas y cañones contra un ataque desde lo alto.

Desde los comienzos de la guerra ha habido gran expectación ante la posibilidad de ataques nocturnos de los Zeppellines sobre París y Londres y las escuadras de los aliados, imaginándose que podrían aquellos dirigibles llevar a cabo una destrucción total. Sin embargo, el dirigible no há podido acometer todo lo que se esperaba de él, pues se ha visto restringido por el aeroplano que es más veloz.

Los dirigibles de Metz, Strasburgo y Manheim podían llegar a París, que está situado de 200 a 250 millas de distancia, en un lapso de tiempo que fluctúa entre cuatro y seis horas, lo que no es un largo trayecto para un Zeppellin. Partiendo de sus hangares a las siete de la tarde, podían llegar a París después de la media noche, pero no podrían regresar a las líneas alemanas, después de acometer el ataque, antes del amanecer. Entretanto, a su regreso, se verían expuestos a numerosos ataques de los aeroplanos enemigos.

Durante la noche un Zeppellin se destaca como una gran mancha obscura en el cielo, fácilmente visible, mientras que un aeroplano no puede distinguirse al aproximarse con la misma facilidad. Un aeroplano puede volar alrededor de un dirigible a la hora del anochecer y los defensores del dirigible tendrían suma dificultad en seguir sus movimientos. Por otra parte los Zeppellines tienen cerca de quinientos pies de largo y más de cuarenta y cinco pies de anchura, siendo blancos notables para los cañones modernos.

Fuera de las proezas de algunos Zeppellines que arrojaron bombas en Amberes y en varias otras ciudades de los aliados, aterrorizando a los habitantes, dando muerte a gentes inofensivas, nada se ha vuelto a saber de estos dirigibles. Pero, han estado en plena actividad y han efectuado reconocimientos a distancias que no podrían alcanzar los aeroplanos. Los Zeppellines alemanes, el **Schutte Lanz** y el **Parsevals**; los dirigibles franceses **Fleurus** y **Adjutant Reau**; y el inglés **Astra**, han hecho reconocimientos que han demorado una noche entera, durante la cual han mantenido comunicación constante con el cuartel general, por medio de la telegrafía sin hilos. A medida que se acerca el invierno y se alargan las noches y la movilización de las tropas se efectúa con mayor lentitud, los dirigibles entrarán en un período de mayor actividad, actividad que se verá en parte moderada por los aeroplanos enemigos.

Los datos que siguen, obtenidos de fuentes oficiales, no publicados hasta la fecha, dan una somera idea de las condiciones y de los planes aeronáuticos de las naciones beligerantes al comienzo de la guerra. Debe añadirse que durante dos años Alemania y Rusia mantuvieron sus

progresos en la aviación en absoluto secreto; el año pasado Francia e Inglaterra limitaron la relación de las informaciones de esta especie que podían revelarse al público. Sólo un número muy reducido de personas íntimamente ligadas a los círculos aeronáuticos de los diversos países, conocen los progresos realizados en cada país.

Las únicas noticias oficiales conocidas del público fueron las publicadas en el año 1912. Según estas noticias Francia tenía 500 aeronaves e Inglaterra sólo poco más de ciento.

Estas cifras sólo representan una fracción de la dotación actual.

El poder de la flota de aeronaves de Gran Bretaña puede juzgarse según los informes suministrados por el Primer Lord del Almirantazgo, Mr. Winston Churchill, y por el Ministro de la Guerra, el coronel Seeley, leídos en la Cámara de los Comunes en el mes de febrero. Según ellos había quince dirigibles construídos y en vías de construcción.

De fuentes de información igualmente fidedignas y de las relaciones de los planes aeronáuticos de las diversas naciones europeas, actualmente en guerra, puede estimarse su poder aeronáutico como sigue:

Francia.—Aeroplanos militares, 1,200; 500 añadidos durante el período de la movilización, por medio de la adquisición de máquinas pertenecientes a los particulares fabricadas extraordinariamente. Dirigibles, 12, de 400 pies de largo; 14 de menos de 300 pies de longitud; 5 de particulares, total 31.

Alemania.—Aeroplanos militares, 600; 400 añadidos durante el período de la movilización por medio de compras hechas a los particulares y fabricados extraordinariamente. Dirigibles, 12 Zeppellines de 350 a 490 pies de largo; 23 dirigibles de diversos tipos, incluyendo los pertenecientes a los particulares; total, 45.

Rusia.—Aeroplanos militares, 800; 150 añadidos durante la movilización. Dirigibles, 16 de diversos tipos, cuya mayoría tiene menos de 250 pies de largo.

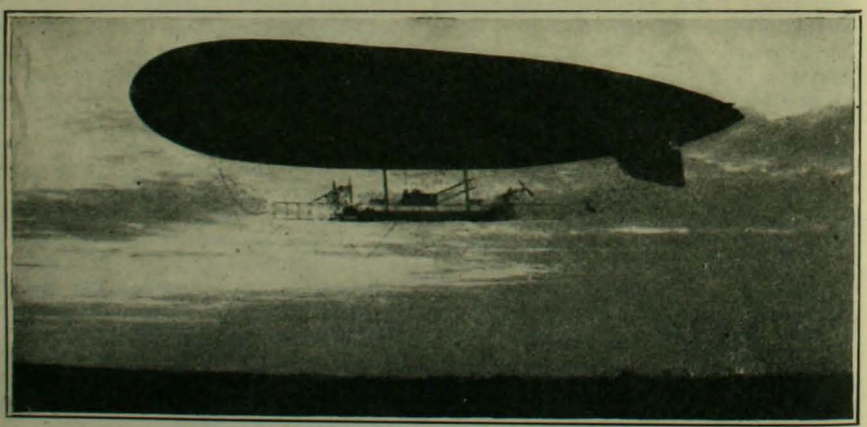
Gran Bretaña. — 200 hidro-aeroplanos marinos; 300 aeroplanos militares; 300 más añadidos durante el período de la movilización. Dirigibles, 15, la mayor parte del último modelo inventado.

Austria.—Aeroplanos, 350; de los cuales sólo un centenar fueron adquiridos antes de iniciarse las hostilidades. Dirigibles, 8, cuya mayoría tiene menos de 300 pies de largo.

Bélgica.—Aeroplanos, 40 y 40 más adquiridos al romperse las hostilidades con Alemania. Dirigibles, 2, uno de tamaño mediano y otro de tamaño reducido.

Servia. — Aeroplanos, 40; dirigibles, ninguno.

Estas fuerzas aéreas estaban divididas en cada país en unidades compuestas de uno a seis escuadrones de ocho aeroplanos cada una; y uno o dos dirigibles que estaban estacionados en los aeródromos ubicados en la proximidad de los centros militares.



Un dirigible no-rígido en una exploración nocturna

Cuento de Navidad

Por

Emilia Pardo Bazán

Voy a contaros un cuento de la gran Noche, que me refirió un viejo peregrino, cansado ya de recorrer todos los caminos y senderos de este mundo y deseoso únicamente de recostar la cabeza en una piedra y morir en paz. Si el cuento es algo sombrío, atribuídlo a la fatiga y a las muchas desventuras del que me narró esta especie de sueño.

La noche de Navidad de uno de estos últimos años, habéis de saber que nuestro Señor Jesucristo en persona quiso bajar a la tierra y recorrerla, porque, como nadie ignora si ha leído el texto santo, las delicias de Jesús son morar entre los hijos de los hombres.

Dejó, pues, su trono y su asiento a la diestra del Padre, y ocultando la majestad y la belleza de su aspecto bajo forma que no deslumbrase a los ojos mortales, y que a veces ni aún fuese visible para ellos, descendió al mundo, deseoso de encontrar piedad, amor y fraternal regocijo. La naturaleza parecía asociarse a la solemnidad del día: en el firmamento, claro como una bóveda de cristal, brillaban los astros de oro y de esmeralda pálida, titilando como una mirada cariñosa: ni corría un soplo de aire, ni una partícula de humedad condensada en figura de nubecilla empañaba la magnificencia de la hora nocturna. En el polo donde primero se apoya el pie sagrado de Jesús, enciéndese súbitamente, como para festejarle, una espléndida aurora boreal: reflejos abrasadores, purpúreos y anaranjados colorean la nieve y arrancan de los enormes témpanos centelleo diamantino. Mas, ¿qué le importa a Jesús la magia del espectáculo? Lo que él busca es luz de aurora en los corazones; le atraen los fenómenos del alma, no los juegos de un meteoro en las rocas insensibles y en las heladas estepas. Y pasa adelante.

El primer lugar donde encuentra hombres, es una llanura árida, el fondo de un valle que altas montañas limitan y coronan. Hombres, sí, cubren el suelo de la llanura, apretados como la miés cuando la acuesta la guadaña del segador; pero tiesos, inmóviles, yertos, crispados en posiciones violentas; y en sus rostros lívidos vueltos hacia el cielo resplandeciente de dulce claridad estelar, en sus ojos abiertos y sin mirada, una expresión de rabia o de espanto persistía aún, a despecho de la muerte... Porque eran cadáveres los que cubrían la llanura, y la llanura era un campo de batalla. Jesús, pensativo, los contempla breves instantes. En los pechos abiertos, las heridas bermejas parecen bocas; en las frentes destrozadas, los negros coágulos de sangre parecen mariposas fúnebres de esa horrible especie llamada **Atropos**, que lleva sobre el corselete la figura de un cráneo. Algunos de los hombres que yacen en la llanura respiran todavía, porque, prestando oído, se percibe su ronco estertor agónico. Una mujer anciana, deshecha en llanto, amparando con la mano una trémula lucecilla, cruza inclinándose para ver los rostros: busca tal vez a su hijo entre los muertos. Un caballo sin jinete pasa, olfateando la carnicería y huyendo enloquecido... Y Jesús sigue, se aleja.

Entra en una ciudad populosa. Por las calles circula gente alborozada, gozando la deliciosa templanza de una noche tan apacible que parece primaveral. Voces vinosas entonan cantos desafinados; las guitarras acompañan con su rasgueo procaz coplas equívocas; las panderetas repican insensatamente, y discordes sonidos de rabeles, zambombas, chicharras, carracas de metal, se enzarzan en el aire como brujas volando al sábado. La multitud, desparramándose por las calles, se arremolina ante los cafés atestados, sofocantes de calor, a veces un grupo se cuela por la puerta de alguna hedionda tabernucha, de donde salen pateos, algazara, blasfemias y vaho de aguardiente.

Ante una de estas innobles guaridas se

para el Nazareno. Ve allá en el fondo un grupo alrededor de una mesa: dos hombres y una mujer. Ella da cuerda a entrambos; los provoca, los enreda; ellos beben copa tras copa y disputan. El uno arroja un vaso a la cara del otro; el vaso se hace pedazos, el hombre se incorpora chorreando heces de vino mezcladas con sangre. Los demás bebedores intervienen, amonestan al sano, aplacan al herido, le enjugan la faz, bromean, obligan a los adversarios a reconciliarse, les incitan a que se abracen riendo; el sano tiende los brazos, con cordialidad y sin recelo alguno; el herido desliza en el bolsillo la mano abierta; corta el aire el relámpago de una navaja, y cae un hombre con el pulmón partido.

Jesús se desvía, sigue andando, y ve un portal grandioso, iluminado, sostenido en columnas de rojo mármol con chapiteles de bronce. Sube la escalera, que reviste densa alfombra y decoran nobles tapices de batallas y cacerías, y penetra en una antecámara donde hacen la guardia criados de calzón corto y armaduras ecuestres auténticas. La antecámara da acceso a un saloncito sin muebles, alumbrado por cientos de globos eléctricos, y en el fondo del saloncito, bajo celajes de tul fino batidos como espuma, aparece un encantador Belén, un Nacimiento para niños millonarios, obra de arte más que de ingenua devoción. Al través de los campos y los montes imitados con musgo y piedra pómez, salpicados de palmeritas enanas y de gentiles y diminutos cedros, se deslizan murmurando riachuelos naturales, que sin duda algún ingenioso mecanismo hidráulico hace correr. De los montes de piedra pómez, en cuyas cimas reluciente polvo blanco remeda la nieve, desciende el torrente Cedrón y sobre el césped natural de los jardines se lanzan y se pulverizan en el aire enhiestos surtidores. Un lago en miniatura refleja en su cristalino seno las torres de Jerusalén, el circuito de sus murallas, las cúpulas del templo y los apretados olivos del huerto de Getsemaní, que trepan por la ladera. Los mil pintorescos detalles de los Nacimientos no faltan en éste, sólo que las figuras, perfectamente modeladas, son muñecos primorosos, y desde el grupo de pastores que se arrodilla como en éxtasis, hasta los Reyes Magos que caballeros en sus dromedarios asoman por una garganta salvaje, cada figurilla revela la mano de hábil escultor. El prodigio es la gruta; hecha de cristales de roca menudísimos y cristalizaciones de amatista, se irisa con múltiples cambiantes al herir la luz del foco eléctrico en forma de estrella, que, suspendido de un hilo de perlas, oscila a gran altura. Y en la gruta deslumbradora, entre un asno y un buey de plata cincelada, la Virgen, de oro, vela al Niño, de oro y esmalte también, con la cabecita de madreperla. Para ostentar dignamente aquel grupo, joya de la orfebrería florentina del Renacimiento, tal vez de Benvenuto Cellini, aquellas efigies en que la riqueza de la materia compite con lo inestimable de la ejecución se ha armado, sin género de duda, el Belén suntuoso, y han corrido los torrentes y las cascaditas bajo las palmeras y los olivos. Lo extraño era que no hubiese nadie, nadie absolutamente, en el salón, nadie para admirar tal maravilla, nadie para acompañar al Niño Jesús de oro y piedras, a fin que no se helase en su gruta de cristalizaciones, entre los reflejos violáceos de la amatista y los destellos multicolores de la diáfana roca... Y sin embargo, el palacio no debía de estar desierto, sino al contrario, lleno de gente: se notaba en la atmósfera esa vibración, esos efluvios tibios que sólo produce el aliento de muchos hombres y mujeres reunidos para una fiesta. Del fondo de una galería llegaba a veces prolongado murmullo, las rotas cadencias de una música alada y sensual, el gorjeo de las risas. Jesús adelantó y se encontró en la galería, bello jardín de invierno, decorado por gigantescas plantas y árboles de remotos climas, gomeros y lantanas de enormes hojas, cicas y pandanos de complicada estructura, semejantes a pagodas y obeliscos de porcelana verde. Esparcidas por el jardín se veían las mesas donde cenaban alegres grupos, mujeres engalanadas, acribilladas de pedrería, hombres que ostentaban sobre la solapa de grana de su frac gardenias ya mustias por el calor. La orquesta de cuerda, oculta en un kiosco árabe que revestían floridas enredaderas, acompañaba suavemente el rumor de las conversaciones y de las carcajadas melodiosas, el ticlitear de las transparentes copas que el Champagne orlaba de espuma, y el levísimo choque de los platos, que la destreza de los criados amortiguaba lo posible. Era

una lujosa cena de Navidad. Jesús retrocedió, volvió al salón del Nacimiento, donde se vió otra vez en el establo, niño y solo. El roce de unos pasos sobre el pavimento de incrustaciones de madera se dejó oir, y una mujer, una jovencilla, de ojos azules, de blanco traje apenas escotado, penetró en el saloncito, fué derecha al Belén, y envió una tierna sonrisa al Niño, que contempló largamente. Después, como el que tiene que ocultar una escapatoria, volvió precipitadamente a la galería, donde tal vez la echasen de menos. Era la hija del dueño de la casa. El Niño de oro ya no sentía tanto frío, y Jesús, extendiendo la mano, bendijo a la doncellita, la única que se acordaba del misterio...

Salió del palacio sin volver atrás la vista, y alejóse del pueblo, de la gran ciudad corrompida y fangosa, como se había alejado del siniestro y sangriento campo de batalla. Un cambio repentino en la atmósfera presagiaba temporal: nubarrones densos y obscuros como plomo corrían por el cielo: ráfagas de cierzo glacial azotaban los árboles, y se oía el mugir pavoroso del mar rompiéndose contra los escollos. Jesús se encontró en una aldea de pescadores, mísera aldehuela, suspendida como nido de gaviota en una escotadura de la costa salvaje. A pesar de la hora, bastante avanzada para gente que suele economizar luz, nadie duerme en la aldea: ábrense de golpe las puertas de las cabañas, y hombres y mujeres, provistos de faroles encendidos y de largas pértigas, de bicheros, de cestos y de sacos, se dirigen en tropel hacia la playa, despreciando el viento que les azota el rostro y la lluvia que empieza a caer traída por las rachas furiosas del huracán. Imponente aspecto el del Océano: olas gigantescas, con crestas de espuma, se alzan descubriendo abismos, y el sulfuroso zig-zag de un relámpago alumbra en el fondo de la sima una embarcación que corre sin rumbo. Los ribereños alzan las luces, las hacen brillar, y el barco, que en ellas cree distinguir la salvación, el puerto amigo, maniobra hacia la costa, y, precipitándose, va a chocar contra el bajío, donde se clava despedazado. Los náufragos, que a la luz de otro relámpago se habían visto sobre el puente, en actitudes de terror y desesperación, se arrojan al agua asidos a tablas, cogidos a cuerdas, montados sobre barriles; y luchando con las monstruosas olas que los sacuden y los zapatean contra el peñascal, nadan desesperadamente para alcanzar la playa, en que brillan y corren las luces, en que ven agitarse seres humanos. Y entonces se verifica algo espantoso: los que en la playa esperan a los náufragos, al verlos llegar moribundos, con las pértigas, con los bicheros, con remos, con palos, con cuchillos, los rechazan hacia el agua otra vez: pero antes les despojan de la cintura de cuero en que salvaban oro y papeles, de la cartera que se ataron bajo el brazo al comprender el peligro, de la ropa, de cuanto poseen; y por si las olas tardasen en hacer su oficio, aturden a los infelices de un golpe en la cabeza, y así los arrojan al piélago, inertes ya. Y danzando de júbilo, o gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupirá bien pronto, aprovecharse de la feliz albana, y celebrar después con grosero y copioso banquete el día de la Navidad del Señor...

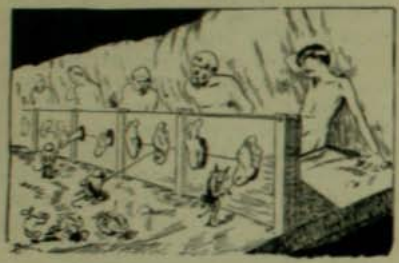
El Redentor ha huído de la playa: sus ojos están nublados, su alma triste hasta la muerte, como lo estaba cuando sudó sangre en Getsemaní. Y su corazón, abrasado de caridad como nunca, insaciable en amar a los hombres, siente las espinas de la corona que se le clavan, agudas e invisibles. ¡Para esta raza había nacido en el establo y había muerto en la cruz! Entrando en una de las cabañas que los pescadores dejaron desiertas al salir a su horrible pesca de náufragos, divisa, en un rincón, cerca del fuego, un niño arrodillado. Al verse tan solo, el rapaz ha tenido miedo, y se ha acercado al hogar buscando abrigo, y reza buscando amparo y protección. Jesús le cogé en brazos, le besa, le acuesta, le pone la mano en los ojos y le deja tranquilamente dormido, soñando con los ángeles. Y al ascender otra vez al cielo, se lleva Jesús en el hueco de la mano cuatro perlas: las lágrimas de una madre que buscaba a su hijo en el campo de batalla; el abrazo de un hombre que pide le sea perdonado un agravio; la sonrisa de una doncella, y la oración de un inocente.

✠ ✠ ✠

LOS CONDENADOS QUE OLVIDO EL DANTE

Una visita de Mr. Hunt al Infierno

Los que nunca pensaron por sí mismos (El letrero dice: ¡Sigan al cabecilla!)



Los aduladores castigados con sus propios medios

La yunta de tontos
El que no sabía que el arma estaba cargada y el que balancea el bote

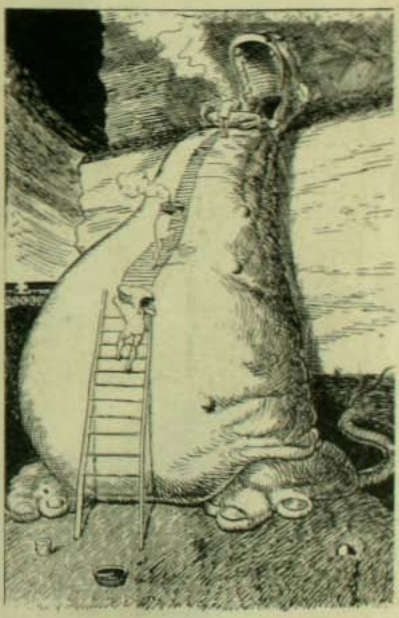
Los testarudos reciben su merecido
(No hay cosa peor que un hombre testarudo, a no ser una mujer testaruda)

El que acostumbraba renegar

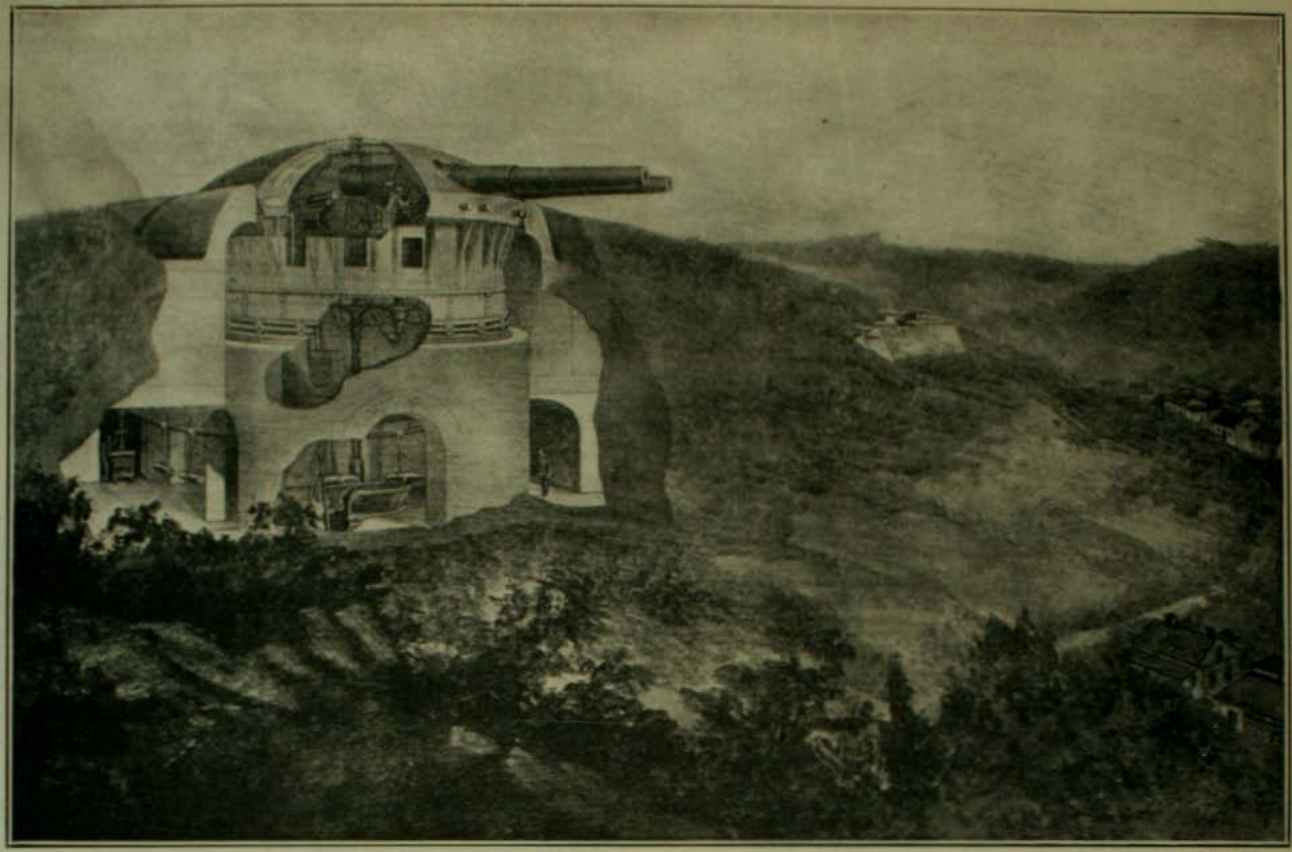
El que se hacía pasar por soltero y el que dejaba su caballo a la intemperie

El hombre que en vida pasaba sobre los demás

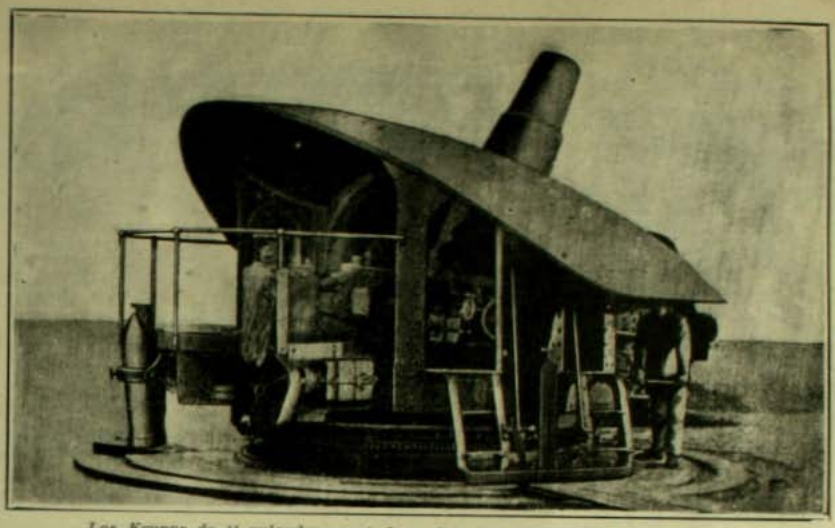
El hombre que subió a un alto puesto y se olvidó de sus amigos



El desarrollo del sistema de propina



Las torres blindadas en su disposición interior. Muchas de estas fortalezas forman las defensas de Europa



Los Krupps de 11 pulgadas montados sobre una plataforma fija de concreto.

La Guerra con Artillería Invisible

Con Ilustraciones

LOS ARTILLEROS DISPARAN AL ENEMIGO CON EXACTITUD MATEMATICA, A PESAR DE NO ENCONTRARSE ESTE A LA VISTA. LOS FRANCESES TRANSFORMAN EN 1900 LA TACTICA DE LA ARTILLERIA.

La táctica de las fuerzas militares de infantería y de caballería no ha cambiado en forma substancial desde hace más de veinte años. En cambio, la táctica de la artillería es muy distinta de la de aquella época y una prueba evidente de este aserto la tenemos en la actual guerra de los diversos estados de la Europa que emplean esta arma en mayor proporción que en cualquiera otra guerra anterior. Cuando los artilleros franceses trataron de detener el avance de los prusianos, hace cuarenta años, colocaban sus cañones sobre la cumbre de los cerros y esperaban tenerlos a la vista para fijar sus punterías y disparar. Ahora la artillería francesa coloca sus cañones detrás de los cerros, en sitios en que no pueden ver al enemigo ni éste ver las baterías y dispara al aire en un ángulo y en una dirección fijada por los oficiales, cayendo sobre su objetivo con mucho mayor frecuencia que antes, a pesar de encontrarse el enemigo a dos o tres millas más distantes que en ese entonces.

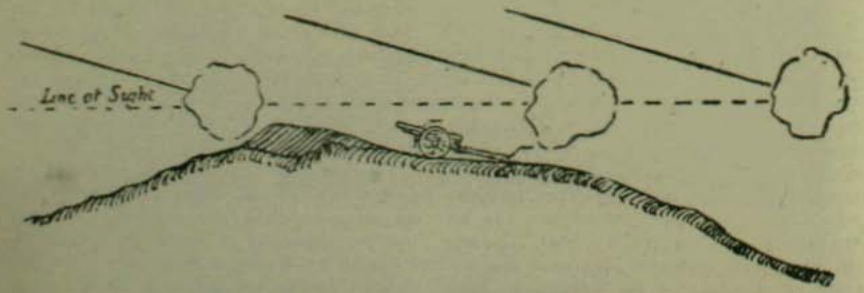
Los cañones antiguos eran simples tubos de metal montados rígidamente, en un ángulo, entre dos ruedas. Cada vez que se disparaba al cañón, la cureña retrocedía un trecho considerable y los artilleros debían transportarle de nuevo al sitio que ocupaba anteriormente. Como

Los Shrapnels sirven para fijar la situación de los cañones enemigos. Vista del frente de la línea que muestra el estallido simultáneo de dos shrapnels que han caído delante y detrás de la batería fijando así la posición

piezas de esta artillería con suma rapidez resultado de este retroceso, los disparos se hacían con mucha lentitud. Las miras eran muy rudimentarias, pero como el radio de acción rara vez tenía más de una milla de extensión, satisfacían su misión. En el período comprendido entre los años 1865 y 1900 los cañones de artillería aumentaron gradualmente su poder y su eficiencia. En el año 1900 los franceses consiguieron mejorar el sistema de cureñas y de miras transformando, con estas innovaciones, el empleo de la artillería. El cañón moderno en vez de estar fijo rígidamente sobre su carro, tiene adjuntos uno o más cilindros de retroceso que permiten a la cureña permanecer inmóvil mientras retrocede sólo el tubo del cañón. Permaneciendo inmóvil la cureña, el cañón vuelve instantáneamente a su posición primitiva por medio de poderosos resortes, que lo vuelven a su posición exacta anterior disparándose en esta forma hasta 20 tiros por minuto, con los cañones de 3 pulgadas de calibre.

Las miras están combinadas en forma que permite a los artilleros disparar directamente a un punto dado o a cualquier ángulo de ese punto, señalado por el capitán de la batería, ángulos que miden los artilleros con mucha exactitud con el empleo de una regla graduada suspendida con una cuerda ante sus ojos, a una distancia determinada.

El empleo en los últimos años de cañones de tiro rápido, de largo alcance y de mucha precisión, ha afectado la manera de emplear la artillería. En los comienzos de la campaña de la Manchuria, la artillería rusa ocupaba posiciones en la forma anticuada, sufriendo grandes pérdidas causadas por el fuego de la artillería japonesa que se guarnecía en sus escondites. Los resultados de esta guerra y los de la reciente guerra de los Balkanes, han inducido a los tácticos militares a considerar las posiciones escondidas o simuladas de la artillería como las únicas aceptables. Esto significa que los cañones deben estar parapetados tras alguna elevación del terreno, por algún grupo de árboles, o favorecidos por cualquier otro accidente del suelo que permita al capitán observar el campo enemigo dando a sus artilleros los datos necesarios para fijar la puntería. Por lo tanto, los artilleros sólo deben atender la parte mecánica de la operación, preparando las fuse, cargando, apuntando y disparando el cañón de acuerdo con las instrucciones que les ha impartido el capitán. Con los equipos proveídos a los artilleros modernos,



Buscando la situación de los cañones enemigos por medio del empleo de los shrapnels.—Vista lateral.—Las granadas estallan en tres diferentes puntos

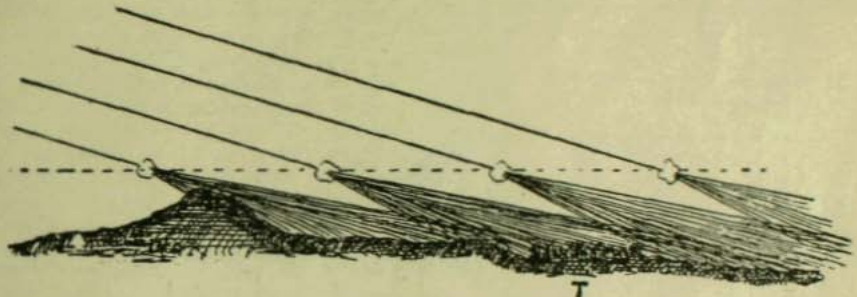
el capitán de una batería puede dirigir el fuego de sus cañones con rapidez y precisión a cualquier punto, no importa cuál sea su distancia y situación. Puede variar los fuegos de izquierda a derecha y vice-versa y por medio de los cambios de menor graduación de los ángulos usados por los diferentes cañones, puede corregir que el fuego convenga a un punto dado o que caiga en diversos puntos a la vez.

Un capitán experto a cargo de una batería bien adiestrada puede dirigir el fuego de sus cañones con la misma facilidad y rapidez con que ejerce el bombero su control sobre la manguera de agua. Para comunicarse el capitán con sus artilleros, cuando se ve obligado a retirarse a larga distancia para escudriñar el campo enemigo con sus anteojos, emplea el teléfono, las señales semafóricas o una larga cadena de ordenanzas que transmiten sus órdenes. Naturalmente, no debe suponerse que los cañones de artillería deben necesariamente estar siempre protegidos o cubiertos, pues si las condiciones del combate lo exigen, pueden colocarse en campo raso.

El capitán de una batería debe atender a la graduación de la explosión de sus shrapnels que deben estallar a una altura apropiada, atendiendo, al mismo tiempo, a la dirección del fuego de sus diferentes cañones de tal manera que sus fuegos cubran la parte de la línea enemiga que debe atacar. Para realizar sus propósitos el capitán tiene sus ayudantes apostados para observar y señalar el punto de caída de sus disparos y los que colaboran con los observadores que se ciernen por los aires con los aeroplanos y dirigibles, todos los cuales le ayudan a fijar la puntería en sitios tan escondidos que son invisibles al artillero.

La artillería de campaña incluye la artillería ligera, la artillería montada y la artillería de montaña, además de la artillería pesada o de sitio.

La artillería ligera es la parte más considerable de la artillería que acompaña a un ejército. Su arma principal consiste en un cañón de más o menos 3 pulgadas de calibre, que dispara un proyectil que pesa alrededor de 15 libras. El cañón y el vagón de municiones son arrastrados por seis caballos, cada uno, y estos vehículos son suficientemente livianos para acompañar la infantería en cualquier clase de terrenos.



Forma en que estallan simultáneamente varios shrapnels destinados a subir cierta extensión de terreno en el cual se ocultan las fuerzas enemigas

La artillería montada se emplea para cooperar a la acción de la caballería. Su equipo es muy parecido al de la artillería ligera, estudiándose en ella la reducción del peso, del cañón y del vagón de municiones, de tal manera que los seis caballos puedan arrastrar los dos vehículos manteniéndose al lado de la caballería en las marchas largas y rápidas. En la artillería ligera los soldados que sirven las piezas, viajan sentados en las cureñas, aumentando así el peso de estas; pero en la artillería montada cada soldado va a caballo.

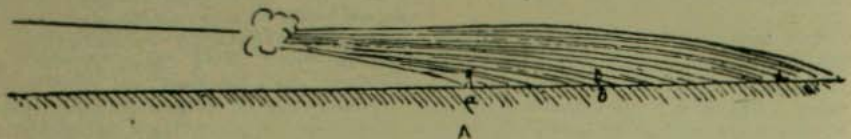
La artillería de montaña está destinada a evolucionar en parajes accidentados: en las montañas, o en parajes montañosos o boscosos, en los cuales las sendas no están adaptadas al paso de carruajes. Los cañones y todo el equipo se transporta a lomo de mula, las que llevan en sus lomos de 250 a 300 libras de peso. Los artilleros expertos arman y desarman las

piezas de esta artillería con suma rapidez y aunque el peso de los proyectiles que disparan esta clase de cañones es más o menos el mismo de la artillería montada los disparos se efectúan con más lentitud.

La artillería pesada o de sitio está formada por cañones de mayor calibre, howitzers y morteros que se emplean para destruir objetos materiales tales como las

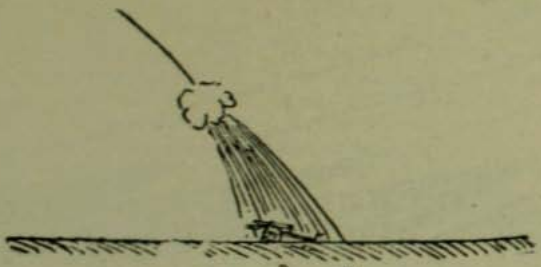
CAÑONES USADOS POR DIVERSAS NACIONES EUROPEAS

Todas las potencias de la Europa han imitado las innovaciones introducidas en los cañones ligeros de artillería francesa, hace más o menos doce años, época en que descubrieron el movimiento de retroceso del cañón, lo que permitía una fijeza ab-



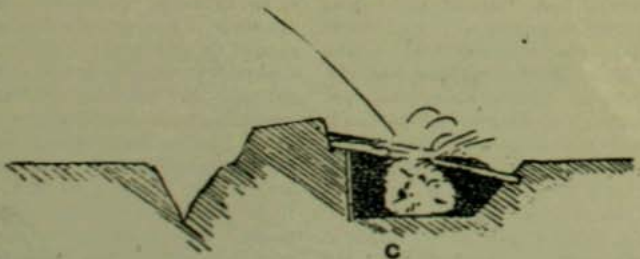
A

Estallido de los shrapnels.—A. Shrapnel disparado por un cañón de gran poder, calculado para atacar fuerzas de infantería en terreno descubierto



B

Estallido de los shrapnels.—B. Shrapnel disparado por un cañón Howitzer contra las piezas de la artillería enemiga



C

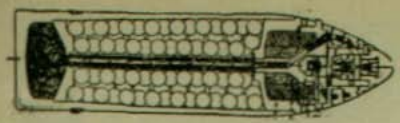
Estallido de los shrapnels.—C. Shrapnel que estalla al tocar el suelo y cuyos proyectiles alcanzan a las tropas que se encuentran protegidas por las obras de defensa de sus trincheras

obras de las fortificaciones o para cooperar a la acción de los cañones livianos en el ataque de fuerzas enemigas a largas distancias o que están bien atrincheradas. La variedad del calibre de esta clase de cañones, fluctúa entre 4 y 6 pulgadas los que disparan proyectiles de 40 a 120 libras, hasta los morteros o howitzers de 11 pulgadas que disparan proyectiles que pesan hasta 800 libras.

soluta en la puntería, imitando, asimismo el uso de los accidentes del suelo por medio del empleo de la puntería indirecta.

Sólo la habilidad en el manejo de las piezas puede señalar la eficacia de la artillería de alguna potencia determinada.

La artillería pesada o de sitio ha progresado en forma mucho más uniforme. A medida que la eficiencia de los cañones



Shrapnel de alto poder explosivo.—Si se regula la mecha mecánica, el proyectil estalla en el aire, descargándose la carga de la base que empuja y esparce los proyectiles en forma de lluvia; en caso contrario, el proyectil estalla al chocar

livianos de campaña ha aumentado, la tendencia natural ha sido comenzar las acciones a mayor distancia, usando más y más los accidentes del suelo. Los japoneses emplearon para el sitio de Port Arthur morteros de 11 pulgadas y, probablemente, como resultado de estas experiencias, los rusos se han provisto de un howitzer de este mismo calibre que dispara una shell que pesa 800 libras. Los alemanes concentraron sus esfuerzos para mejorar esta clase de armas sabiendo que en la ruta que se proponían seguir había fortificaciones que requerían cañones ultra poderosos para su aniquilamiento. Los principales cañones pesados que ahora emplea el ejército alemán son: un mortero de 6 pulgadas que dispara granadas de 88 libras de peso con un radio de acción de cuatro y media millas y otro de 11 pulgadas que dispara granadas de 750 libras con un alcance de seis millas. Este último mortero es probablemente el arma a que han aludido los telegramas al describir el ataque y caída de los fuertes de Lieja y Namur; y el primero, es, probablemente, el howitzer o mortero empleado también por los alemanes en las batallas sobre las márgenes del Marne y del Aisne. Cada cuerpo de ejército alemán lleva dieciséis cañones de esta clase.

Los franceses, por su parte, durante largo tiempo han discutido los méritos y los inconvenientes de la artillería pesada y según parece no han adoptado los cañones o howitzers de mayor calibre. El único cañón pesado que poseen es un mortero de 6 pulgadas que dispara granadas de 95 libras de peso con un radio de acción de cuatro y media millas. Cada cuerpo de ejército francés debe tener doce piezas de esta clase en pie de guerra. Los cuerpos de ejército ingleses llevan, con cada una de sus divisiones de infantería, cuatro cañones pesados que disparan shells de 60 libras.

ARTILLERIA DE CAMPAÑA Y SU ORGANIZACION

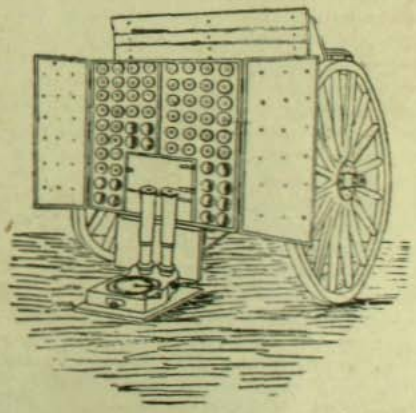
Cada batería comprende de cuatro a ocho cañones. Francia tiene cuatro cañones en cada batería, Inglaterra, Alemania y Austria tienen seis y Rusia ocho. Cada batería lleva además consigo de ocho a doce vagones de municiones con cien shells cada una. La batería está al mando de un capitán, dos a cuatro tenientes y ciento setenta y cinco hombres.

El batallón (llamado por los ingleses "brigada" y "groupe" por los franceses) comprende tres baterías. Está mandado por un mayor o teniente coronel que tiene un estado mayor de oficiales y ordenanzas encargados de la misión de asegurar las informaciones y de comunicarlas a los comandantes de las baterías. Cada regimiento está compuesto de dos, tres y hasta ocho batallones mandados por un coronel que tiene a sus órdenes un estado mayor similar al del comandante de un batallón y encargado de la misma misión.

La brigada comprende dos regimientos mandados por un brigadier-general.

MUNICIONES

Se usan dos clases de proyectiles: los shrapnels y shells. Varios ejércitos usan en la actualidad una sola clase de proyectiles, llamados shrapnels de alto po-



Un vagón para las municiones.—Este vagón se coloca al lado de la pieza que entra en acción. El aparato que se ve colocado en el suelo es una mecha mecánica que regula el punto exacto de la proyectoria en que debe estallar el proyectil

Gran tren de los morteros alemanes de 11 pulgadas arrastrado por un automóvil

der, destinados a reunir las cualidades y los efectos de los shrapnels y de shells.

La forma de todos los proyectiles es más o menos idéntica: un cilindro hueco de acero con la cabeza puntiaguda, con una cinta blanda de metal cerca de su base, que encierra las balas y da al proyectil el movimiento circular que lo mantiene en posición durante el curso de la trayectoria.

El shrapnel tiene una mecha de combinación de tiempo y de percusión. Si la fuse de tiempo va preparada para cierta distancia, una parte de la pólvora empieza a encenderse a medida que avanza el proyectil por el espacio y la llama va en marcha a un depósito de pólvora situado en la base del proyectil, estallando y despedazando el proyectil en el aire, a la distancia calculada por el artillero. Frente a este depósito de pólvora contenido en el proyectil se encuentra una masa de 250 balas o balines que al momento de estallar la granada salen con la cabeza puntiaguda del centro de la caja cilíndrica. La caja queda intacta y desempeña el papel de un pequeño mortero que se descarga en el aire. Los balines al salir de la caja cilíndrica se esparcen y si el estallido ocurre a una altura conveniente cubren una área de 20 yardas de extensión y de 150 yardas de profundidad. Si la fuse de tiempo no está bien graduada o si deja de hacer su efecto la mecha de percusión ésta obra automáticamente al tocar el suelo el proyectil; pero, el efecto que produce queda localizado a una extensión mucho menor que cuando estalla en el aire.

Se puede comprender el efecto que produce el estallido de estas granadas al leer el siguiente extracto de la carta de un soldado publicada en un diario inglés: "Los alemanes emplean toda clase de estratagemas para ocultar sus baterías y gran parte del efecto que producen es debido al hecho de que las granadas caen sobre nosotros cuando menos lo pensamos. Uno de sus ardides favoritos es el de mantener una batería escondida durante varias horas y en seguida cuando nuestras líneas de infantería están desplegándose, sin la idea de tener el enemigo tan cerca, las shells alemanas empiezan a caer como las hojas secas de los árboles al soplo del huracán. Esto nos produce una extraña impresión nerviosa, o nos producía al principio, pero ahora ya estamos acostumbrados."

EMPLEO TACTICO DE LA ARTILLERIA DE CAMPAÑA

El rol que debe desempeñar la artillería de campaña es cooperar a la acción de las fuerzas de infantería. La artillería, por sí sola, no puede ganar las batallas. Para derrotar y dispersar al enemigo la infantería debe avanzar y luchar cuerpo a cuerpo con las fuerzas de que éste se compone. Por otra parte, la infantería no podría avanzar si el fuego enemigo no fuese apagado. Las dos armas deben obrar en completa armonía y en estrecha cooperación para obtener los mejores resultados. Para ilustrar esta afirmación vamos a bosquejar el ataque de una división de infantería. (Las divisiones europeas se componen, aproximadamente, de 12,000 hombres y de 36 a 72 cañones).

Supongamos que la vanguardia de la división haya establecido su contacto con el enemigo, al que hace retroceder para obtener una posición favorable y determinar con la mayor exactitud sus disposiciones. La artillería de la vanguardia apoya este movimiento y trata de provocar el fuego de la artillería enemiga para fijar sus posiciones. Los oficiales reconocen el campo enemigo, haciendo croquis de sus posi-

ciones, especialmente de la artillería y examinando los caminos y senderos que conducen al campo contrario para ocupar posiciones apropiadas para su propia artillería. Los aeroplanos y las avanzadas montadas que exploran el campo ayudan a esta tarea. El comandante de la división explica al jefe de la artillería sus planes de ataque. El jefe de la artillería, acompañado de sus comandantes de regimientos y batallones, se dirigen a la vanguardia y reciben los informes de los oficiales exploradores y señala la tarea que deben desempeñar los comandantes tácticos auxiliares. El primer objetivo es desarrollar el fuego dominándolo y para conseguirlo, el fuego de los grupos de cañones converge sobre las posiciones de la artillería enemiga, a medida que son descubiertas. Este trabajo preliminar puede efectuarse a larga distancia, a cuatro, a cinco y aún a seis mil yardas de distancia.

Entretanto, la infantería avanza bajo la protección de estos fuegos. No puede esperar, pues de otra manera la artillería puede gastar sus municiones y quedar incapacitada para ayudar en los momentos críticos que siguen al avance. Además, su avance obliga al enemigo a revelar sus posiciones haciéndose así blanco de los fuegos de la artillería. En las guerras anteriores prevalecía la idea que debía efectuarse un duelo de artillería preliminar para determinar la superioridad del fuego de las artillerías antes que avanzase la infantería; pero, como en la actualidad las artillerías de ambos bandos ocupan posiciones ocultas, puede haber un largo combate indeciso. Para llegar a conseguir algún resultado uno de los bandos debe avanzar.

En la actual guerra europea se han hecho grandes esfuerzos para atemorizar la infantería hostil con un fuego de metralla sostenido, antes de lanzar la infantería al ataque. Según las versiones publicadas en la prensa diaria, Sir John French comunicaba a su gobierno lo siguiente, con fecha 24 de septiembre:

"El objeto que persiguen los alemanes con su gran cantidad de piezas de artillería, es abatir la resistencia de su enemigo por medio de una lluvia de metralla concentrada y de gran duración, sacudiendo sus nervios con explosivos de gran poder, antes de largar su infantería al ataque. Parece haber confiado en obtener éxito aplicando este sistema con el ejército inglés, pero, hasta ahora, no han conseguido su objetivo, a pesar de las dolorosas pérdidas que han debido sufrir para llegar a este convencimiento.

En los puntos en que se presenta una fuerte resistencia al avance de la infantería, se ordena concentrar el fuego. A medida que la infantería gana terreno la artillería se mueve hacia adelante, preferiblemente de noche, atrincherándose convenientemente. Finalmente, la infantería llega al punto en que debe emprender su ataque decisivo. El comandante de la división escoge la parte de la posición enemiga en la que debe concentrar todos sus esfuerzos y a medida que avanza la infantería, la artillería trata de dominar la localidad con una lluvia de shrapnels. Cuando la infantería llega a cien o doscientas yardas de la posición enemiga, la artillería debe variar sus disparos a las vecindades de la línea enemiga o a las reservas del enemigo que vienen a retaguardia. Mientras ciertos grupos de artillería atienden esta operación, otros avanzan rápidamente para ocupar las posiciones capturadas y disparando sobre los enemigos en retirada, impiden la llegada de nuevos refuerzos.

Naturalmente, cada batalla presenta una fase especial y no puede seguirse siempre el mismo plan. La relación hecha sólo trata de bosquejar la forma en que cooperan entre sí la infantería y la artillería.

EXPOSICION WIEDNER

Wiedner fué contratado por la revista "Sucesos" en Buenos Aires hará cosa de 7 años más o menos.

Desde ese entonces ha desarrollado su actividad de dibujante en las mejores revistas ilustradas de Chile.

La exposición reciente da una idea aproximada de lo que significa la labor de este trabajador infatigable, que no ha cesado un instante de producir, semanalmente.

Antes que el humor de su linea, si es que así se puede explicar la gracia especial en el dibujo de un caricaturista, nos agrada en su obra el conjunto del trabajo que no se valoriza solamente por tal o cual rasgo atrevido como sucede en los monos de Sem o de Heine. Wiedner hace de cada uno de sus cartones una pequeña obra en la que el detalle del color, del medio tono y del dibujo contribuyen a realzar el aspecto completo de la estampa. Como este caricaturista es un meticuloso del dibujo, con tendencias de verdadero pintor (es preciso conocer sus bocetos de acuarelas) no se contenta sólo con desdibujar una silueta o un rostro: deforma, pero lo hace de un modo acabado, minucioso hasta la fatiga del detalle.

Tomad, al azar, uno de sus dibujos: por ejemplo aquella portada del **Zig-Zag**, hecha para un número del Centenario, aquel dibujo en el cual aparece un cráneo coronado por un casco prusiano y notaréis de cerca de cómo están valorizados los tonos más insignificantes de los planos y de cómo una cinta o un rostro de mujer están terminados con una paciencia benedictina. De aquí proviene, pues, que muchos crean que antes que un simple caricaturista, que un jugador malabar de la línea, sea Wiedner un perfecto dibujante, un gran dibujante decorativo. Cierta es tal afirmación pero sin menoscabo de sus cualidades de caricaturista. Si él no sigue muy de cerca la tendencia ultra-contemporánea de los **bufones** del lápiz, como les ha llamado Kraker, es porque conoce demasiado las tendencias bien poco cultivadas de nuestros públicos; ¿podríamos creer por un instante que gustasen entre nosotros las obras de un Sem? Jamás. No poco nos ha costado acostumbrarnos a sufrir las innovaciones de ciertos caricaturistas que, desde hace unos cinco años, vienen luchando por independizarse dentro de sus maneras peculiares. Desde aquellos buenos tiempos en que sólo Rojas luchaba en las páginas de la "Lira Chilena", hasta los días actuales, hemos realizado progresos vertiginosos. El público comienza a acostumbrarse a ciertas bizarrías y sabe discernir, no mucho todavía, sobre los valores que en progresos de las revistas de monos representan. Wiedner ha comprendido al público porque es necesario: la necesidad de vivir suele ser una tirana que impone valores y modalidades absurdas. Sin embargo, de entre su obra vasta, hay no pocos cartones que en los cuales muchos apenas si reparar y que valen por muchos de las mejores obras que se hacen en las revistas de Europa: recordemos aquellas sabrosas líneas de la caricatura de Eduardo García Guerrero, tan inquietas y vivas; la espiritualidad de la delicada silueta dedicada al violinista von Vecsey; aquel Cristo que, mirado desde lejos, parece abrir sus ojos hacia la eternidad; Gómez García, cuando se asoma a los abismos infernales a pedirle consejos al demonio; el soberbio affiche de un Arlequín loco y de un Pierrot triste que se apoyan sobre una máscara. Tantas y tantas de sus obras, cuya intención fluye firmemente de ellas. Es preciso mirarlas atentamente, con ojos de analista para verlas intensamente, como se deben ver estos dibujos.

Wiedner ha realizado no sólo una obra propia sino que también una labor de cultura en nuestros cenáculos artísticos. Muchos le han imitado y más de alguno lo sigue de cerca. La sola obra de Wiedner realizada en **Zig-Zag** y en **Sucesos** bastaría para consagrarle como uno de los caricaturistas más laboriosos que hemos tenido.

A.

✚ ✚

—¿Conoces al autor de esos atentados? dijo con repugnancia el coronel

El señor del Castillo Negro

Por

A. CONAN - DOYLE

Con ilustraciones

Desde hacía un mes, los prusianos victoriosos acampaban en los Andelys y el suelo del país normando resonaba bajo la bota del invasor. Un descorazonamiento sin nombre había sucedido a la fiebre de los primeros días y el país aparecía triste, quebrantado de dolor y de pena. Sin embargo, los soldados alemanes que iban y venían por las calles de la ciudad no tenían la insolente alegría del triunfo: una especie de terror reinaba en todo el continente.

Casi todas las noches, en efecto, eran asesinados en su puesto los centinelas aislados y al día siguiente se les encontraba muertos en el campo, el cráneo atravesado por una bala, o bien patrullas enteras enviadas en reconocimiento no volvían jamás a las líneas prusianas.

El coronel von Gramm, comandante de la guarnición, había tentado todos los recursos para castigar a los asesinos, pero en vano: ni el terror ni la violencia le daban resultado: resolvió entonces probar el poder del oro he hizo anunciar por medio de carteles que se le entregaría una suma de quinientos francos a toda persona que

pudiera darle noticias sobre el autor o los autores de estos atentados. Nadie se presentó. Ofreció ochocientos y los campesinos permanecieron incorruptibles. Por fin, loco de furor por el asesinato de uno de sus sargentos de la guardia, llegó hasta prometer una suma de mil francos, y consiguió, gracias a esta generosidad, comprar la conciencia de un cierto Francisco Revane, un pequeño propietario, cuya avaricia normanda era más fuerte que su patriotismo.

UNA DENUNCIA.—EN PERSECUCION DEL "MATADOR DE PRUSIANOS"

—¿Conocéis al autor de estos atentados?—dijo el coronel interrogando con repugnancia al hombre vestido de una blusa azul, cuyo rostro de garduña tenía delante le él.

—Sí, coronel.

—Y es...

—Deme usted primero los mil francos prometidos.

—No le daré a usted ni un centavo antes de haber hecho verificar que lo que dices es cierto. Veamos, ¿quién es el que ha asesinado a mis soldados?

—Es el conde Eustaquio del Castillo Negro!

—Usted miente, exclamó el coronel montando en cólera. Un gentilhombre es incapaz de cometer semejantes crímenes.

El campesino alzó los hombros.

—¿El Castillo Negro está a cuatro leguas de aquí? preguntó el oficial alemán.

—Está exactamente a trece kilómetros, respondió el campesino.

—¿Conoce usted el lugar?

—He trabajado allí en otro tiempo.

El coronel von Gramm agitó una campanilla.

—Dadle de comer a este hombre y no lo perdáis de vista,—dijo al sargento.

—¿Por qué me guardáis, coronel? Yo no puedo decir nada más.

—Os necesitaremos para que nos sirváis de guía.

—¡De guía!... Pero el conde!... ¿si yo caigo en sus manos?... ¡Ah, coronel!...

El comandante prusiano hizo un gesto con la mano para que lo desembarazaran de él, y dijo:

—Que venga en seguida el capitán Baumgarten.

El oficial que se presentó era un hombre de edad mediana, de mandíbulas fuertes, ojos azules, con un mostacho rubio y rizado, y con una cara roja como una jaiba. Soldado de inteligencia un poco pesada, era valiente y seguro.

—Váis a hacer un reconocimiento al Castillo Negro esta misma noche, capitán, —le dijo.—He conseguido procurarme un guía. Arresta reo al conde y lo conduciréis aquí.

Si procura evadirse no vaciléis en tirar sobre él.

—¿Cuántos hombres debo llevar conmigo, coronel?

—Nosotros estamos rodeados de espías, y nuestra ventaja consistiría en arrojarnos de él y apoderarnos de nuestra persona antes de que tenga tiempo de conocer nuestra expedición. Una tropa demasiado numerosa llamaría la atención; por otra parte, no hay que arriesgarse a que os corten la retirada.

—Podría dirigirme hacia el norte, como si fuese a reunirme con el general Goeben. En seguida tomaré esta ruta que veo indicaba en vuestra carta y llegaré al Castillo Negro antes de que se haya oído hablar de nosotros. En tal caso, creo que con veinte hombres...

—Muy bien, capitán. Espero veros mañana con vuestro prisionero.

El capitán Baumgarten salió de la pequeña ciudad de Andelys en plena noche con sus veinte soldados del regimiento Posen, y se dirigió hacia el noroeste, siguiendo el camino público. A cuatro kilómetros más allá lo dejó para tomar un estrecho sendero lleno de huellas de carretones, que debía conducirlo rápidamente hacia el fin de su expedición. La lluvia caía, fina y helada, sobre las ramas desnudas de los altos álamos. El capitán caminaba adelante y tenía delante de sí un viejo sargento, que llevaba, sujeto al suyo el puño del campesino. Se había tenido cuidado de prevenirle que en caso de emboscada el primer tiro sería para él. Detrás de ellos, los veinte soldados avanzaban penosamente en la obscuridad, la cabeza inclinada bajo la lluvia, y sus botas chapoteando sobre el barro resbaladizo.

Eran cerca de las once cuando el pequeño destacamento había salido de Andelys.

A las once y media, el guía se detuvo en un lugar en donde dos altos pilares coronados por un arco con emblemas heráldicos, se levantaban formando marco a una pesada reja de hierro. El muro que antes formaba un anillo de defensa a la propiedad, yacía en ruinas, pero el portal se elevaba, todavía majestuoso, en medio de arbustos y de malas hierbas que habían crecido a su antojo. Los prusianos lo rodearon y avanzaron con precaución bajo un techo de encinas que formaban una larga avenida en donde las hojas de los árboles, amontonados por el otoño, apagaban el ruido de sus pasos. Llegados al final hicieron alto para reconocer los alrededores.

La llegada al castillo misterioso

El Castillo Negro estaba delante de ellos. Todo estaba silencioso; una luz solitaria brillaba en una de las ventanas del piso bajo.

El capitán murmuró algunas órdenes a su tropa. Una parte de ellas debía asegurar la puerta principal; otra, la de la puerta posterior. Por último, algunos hombres fueron designados para vigilar los costados. Acompañado del sargento, Baumgarten se aproximó en la punta de los pies a la ventana iluminada.

Sólo pudieron ver una pieza humildemente amoblada. Un hombre de cierta edad, al parecer un doméstico, estaba sentado leyendo un periódico a la luz de una vela humeante. Estaba sentado sobre una silla de madera, y sus pies reposaban en una caja; una botella de vino blanco y un vaso estaban al alcance de su mano sobre un taburete.

El sargento quebró un vidrio con el cañón de su fusil; el hombre lanzó un grito y se levantó instantáneamente.

—¡Silencio, si tenéis cariño a vuestra vida!—dijo el capitán; la casa está cercada, y toda resistencia es imposible. Abre la puerta; si no, ten cuidado...

—¡No tiréis, por el amor de Dios! Yo os abriré... Voy a abriros,—exclamó el pobre diablo.

El salió de su departamento después de haber arrugado vivamente el diario entre sus manos. Un instante después, el chirrido de una llave en las viejas cerraduras se dejó oir, y la puerta se abrió. Los

Se había tenido cuidado de advertir al campesino denunciante que en caso de emboscada, el primer tiro sería para él

prusianos se precipitaron en el zaguán.

¿En dónde está el conde Eustaquio del Castillo Negro?

—¿Mi amo?... Ha salido.

—Ha salido a esta hora de la noche?... Juega usted su vida si tiene la audacia de mentir.

—Es sin embargo, la verdad, señor, ha salido realmente.

—¿A dónde fué?

—Yo no lo sé.

—¿En qué dirección?

—No sé nada. Es inútil que me amenace con su revólver. Usted podrá matarme, si quiere; pero no conseguirá nunca hacerme decir lo que no sé.

—¿Sale a menudo, por costumbre, a esta hora?

—Sí, eso le ocurre frecuentemente.

—¿A qué hora tiene por costumbre volver?

—Poco antes de la aurora.

El capitán Baumgarten dejó escapar un juramento. Había errado el golpe. Las respuestas de este hombre eran verdaderamente sinceras. El hubiera debido esperarse. Por lo menos, iba a hacer un reconocimiento minucioso del castillo.

Dejando un piquete en la puerta de entrada, y otro por la parte posterior, el sargento y él dieron orden al mayordomo de que los precediera. La luz de la bujía temblorosa proyectaba siluetas extrañas sobre los viejos tapices y los techos con envigados de encina. Buscaron inútilmente en toda la mansión, desde la inmensa cocina enlosada de los bajos hasta un enorme comedor que caía a una galería. No encontraron nada.

La mansión era difícil de explorar, las escaleras estrechas no permitían más que el paso de un solo hombre a la vez. Ellas iban a desembocar, unas y otras a corredores tortuosos; los muros eran tan espesos que no se oía el menor ruido de una pieza a otra. Enormes chimeneas se abrían en las paredes con aspecto sorprendido y todas las ventanas tenían por lo menos seis pies de profundidad en el muro. El capitán Baumgarten golpeaba el suelo con sus botas, arrancaba las tapicerías, daba golpes redoblados sobre los muros enormes con el pomo de su sable; pero nada resonaba a hueco.

Por fin, convencido de que la casa estaba vacía, dijo a media voz a su sargento:

—Va usted a tener a la vista a este hombre y a vigilar de que no se comunique con nadie.

—Está bien, mi capitán.

—Colocará cuatro centinelas delante del castillo y hará otro tanto en la parte posterior. Es seguro que al amanecer nuestro pájaro no dejará de volver a su nido.

—¿Qué haré con el resto del destacamento, capitán?

—Dadles de cenar a los hombres en la cocina e invitad a este individuo a que los provea de comida y de vino. La noche es muy mala y estaremos mejor aquí que no en el camino mojándonos.

—¿Y usted, mi capitán?

—Yo cenaré aquí, en el comedor. El fuego está preparado en la chimenea; no hay más que encenderlo. Llamadme a la primera alerta... ¿Qué puedes darme de comer, ¡eh! tú?

—¡Ay, señor!—dijo el campesino, todo lo que puedo hacer es traeros una botella de vino del año, y un trozo de pollo frío.

—No está mal, respondió el alemán. Haced acompañar al buen mozo de un soldado que le hará sentir la punta de su bayoneta en el caso de que tuviera la intención de jugarnos alguna buena pasada, agregó, volviéndose al sargento.

BUENA CENA, BUEN ALOJAMIENTO

El capitán Baumgarten era un viejo veterano. Había aprendido durante las campañas contra el Austria a alojarse bien en el país conquistado. Mientras que el mayordomo le traía su cena, se creyó en el deber de hacer todos los preparativos necesarios para pasar confortablemente la noche. Comenzó por encender un candelabro provisto de diez bujías que había colocado en la mesa de centro. El fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea, dejando penetrar en la pieza una humareda azul y picante. El capitán se acercó a la ventana y miró hacia afuera. La luna se había ocultado y llovía con fuerza, dejándole oir el profundo gemido del viento. Veía la masa sombría de los árboles formando como un confuso entrevero, y esta vista le hizo apreciar mejor su posición en una habitación abrigada, el pollo friambre y la botella de vino que el mayordomo acababa de traerle.

La larga caminata que había hecho recién lo tenía fatigado y le había abierto

el apetito. Dejando sobre una silla su sable, su casco y su revólver, atacó enérgicamente su cena. Cuando hubo terminado, se tendió sobre un sofá, poniendo a su lado un vaso de vino, y con un buen cigarro entre los labios, echó una ojeada en derredor.

Se hallaba a plena luz, y el resplandor de las bujías hacía centellear sus charreteras plateadas y marcaba su semblante color de terracota, sus gruesas cejas y su bigote dorado. En torno de ese círculo luminoso, todo era vago y sombrío. Dos de los lienzos de pared estaban cubiertos por un zócalo de encina, y a los otros dos costados estaba suspendida una tapicería descolorida, que representaba a unos cazadores, con sus perros en persecución de un ciervo. Encima de la chimenea se alzaban los escudos historiados con las armas de la familia del castellano o de sus alianzas.

Cuatro retratos de antiguos señores del Castillo Negro estaban colocados frente a la chimenea. Todos eran personas de nariz aguileña, de rasgos acentuados, y se parecían tanto, que sólo el traje permitía distinguir el cruzado del caballero de la Fronda.

El francés levantó el arma y con la otra mano rechazó al alemán, que cayó en el sillón

UNA APARICION

El capitán Baumgarten, adormecido por la comida, se preguntaba por qué ironía de la suerte él, un hombre de las costas del Báltico había venido a cenar en la sala de los antepasados de estos fieros jefes de guerra normandos.

Como el fuego estaba bueno, los ojos del capitán se entrecerraban y su cabeza cayó sobre su pecho.

De repente, un ligero ruido lo hizo estremecerse. Le pareció que uno de los retratos del frente había salido de su marco, y se restregó los ojos, creyendo soñar: al lado de la mesa, a una brazada de él, un hombre de estatura descomunal estaba de pie, silencioso e inmóvil, y le miraba con ojos terribles. Sus cabellos eran negros, el color de su piel aceitunado, con la barba recortada en punta, la nariz fuertemente dibujada y sobre la cual parecían concentrarse todos los rasgos de su fisonomía. Las mejillas estaban arrugadas, pero la línea de su espalda y sus manos largas y musculosas denotaban una fuerza que la edad no había podido vencer. Sus brazos se cruzaban sobre el pecho, y por sus labios vagaba una sonrisa.

—No se incomode en buscar sus armas, se lo ruego, dijo, al ver al prusiano que echaba una mirada rápida sobre la silla en que las había dejado. Permítame decirle que ha sido algo imprudente en ponerse tan a sus anchas en una casa cuyas paredes y sus secretos le son desconocidos. Usted se sentirá sin duda muy satisfecho al saber que cuarenta de mis hombres le han vigilado durante toda su comida... Pero, ¿qué es esto?

El capitán Baumgarten había avanzado un paso con los puños crispados. El francés alzó su revólver que tenía empuñado en la mano derecha, y con su izquierda rechazó al alemán que cayó de nuevo en su asiento.

—Siéntese no más, dijo, usted no tiene ningún motivo para preocuparse por su gente. Todas sus necesidades están satis-

fechas. Es asombroso cómo este pavimento impide oir lo que ocurre en el piso de abajo. Usted ha sido relevado de su comando, y ahora no tiene por qué preocuparse más que de sí mismo. ¿querría tener la extrema atención de hacerme saber su nombre?

—Cho soy el capitán Baumgarten del figésimo cuarto de infantería de Bosen!

—¿Sabéis sin duda quien os habla?

—El conde de Chateau-Noir.

—¡El mismo! Habría sentido mucho que usted se tomara el trabajo de visitar mi castillo sin que yo tuviera el placer de conversar un poco con usted. He tenido mucho que ver con los soldados alemanes, pero es la primera vez que me es permitido conversar con un oficial. Tengo mucho que decirle.

El capitán Baumgarten permaneció inmóvil en su asiento. Sus ojos recorrieron todas las puertas de la habitación, pero sus armas habían desaparecido, y se dió cuenta de que en una lucha cuerpo a cuerpo estaría a la merced de aquel gigante.

El conde había empuñado la botella de vino y la aproximaba a la luz.

—Psch! dijo. Esta fué la mejor botella que Pedro ha podido encontrar para usted. Realmente me da vergüenza mirarlo cara a cara. Es preciso que hallemos algo mejor que esto.

Dió un silbido, y el viejo mayordomo penetró instantáneamente en el comedor.

—Traiga Chambertin, de la cueva número 15, dijo.

Un momento después el mayordomo se presentó con una botella polvorienta, cubierta de telarañas. El conde llenó dos copas hasta los bordes.

—Beba, capitán; es de lo mejor que tengo en mis bodegas. Usted no encontrará nada parecido entre Rouen y París. Beba!... ¡A su salud! Abajo hay guisos fríos, hay también una langosta fresca que acaba de llegar de Honfleur. ¿No desea nuevamente cenar algo más apetitoso que en la primera?

VIEJOS RENCORES QUE SE PAGAN

El oficial alemán movió la cabeza. Sin embargo, vació su copa, y su huésped se apresuró a llenarla de nuevo, a la vez que lo rogaba preparara él mismo la lista de la cena.

—Todo lo que hay en mi castillo está a su disposición; no tiene más que pedir. Y ahora, mientras se bebe su vino permítame contarle una historia. Ha mucho tiempo que deseo dársela a conocer a un oficial alemán! Ella se refiere a mi hijo, a mi hijo único, Eustaquio de Chateau-Noir, hecho prisionero al comienzo de la guerra y que encontró su fin en una evasión. Es un relato harto curioso, y creo poder asegurarle que usted no lo olvidará nunca.

"Ha de saber, para comenzar, que mi hijo era oficial de artillería. Era un hermoso joven, capitán Baumgarten; era el orgullo y la alegría de su madre, la que murió al saber la muerte de su hijo. Fué un camarada de mi hijo quien nos contó cómo había sucumbido, y yo quiero participarle todo lo que él me refirió.

"Eustaquio, fué hecho prisionero el 4 de agosto, en Wissenburg. Los cautivos fueron divididos en grupos y conducidos a Alemania por diferentes caminos. Eustaquio llegó al día siguiente a una aldea llamada Lanterburg, donde fué bien acogido por el oficial alemán que comandaba. Este excelente coronel invitó a mi hijo a cenar, le ofreció lo mejor que tenía, haciendo destapar para él la botella de su vino más añejo, tal como yo he procurado hacerlo con usted, sacando todavía de su cartera un cigarro... ¿Podría ofrecer a usted uno de los míos?..."

El alemán movió negativamente la cabeza.

—El coronel, continuó el castellano, fué exquisito con mi hijo; pero desgraciadamente, al otro día los prisioneros fueron conducidos a Ettaingen, a la otra orilla del Rhin. En esta ciudad el encargado de vigilarlos era un bárbaro y un pícaro, capitán Baumgarten: y se dió el placer de humillar y de maltratar a las buenas gentes que habían caído en su poder. Aquella noche, por una réplica un poco viva de mi hijo, le golpeó violentamente en un ojo... así!...

El ruido que hizo el golpe lanzado por el señor al oficial, resonó en la habitación. El alemán cayó de bruces y se llevó bruscamente la mano a la cara; la sangre corría por entre sus dedos. El conde volvió a sentarse en su sillón y continuó con el mismo tono tranquilo:

—Mi hijo quedó desfigurado a consecuencia de ese golpe, y el pícaro encontró

en su aspecto un nuevo tema para sus burlas.

"A propósito, su cara de usted no deja de ser rara, y si lo viera su coronel no dejaría de decir que se ha metido usted en un mal negocio!...

"Con todo, la juventud de mi hijo y también su mísero aspecto de hambriento, hicieron vibrar en el corazón de un mayor el sentimiento de la piedad, y le prestó diez escudos sin pedirle ni siquiera un recibo. Yo debo poner en sus manos esas monedas, capitán Baumgarten, ya què no he podido llegar a saber el nombre del dador.

"El tirano que mandaba la escolta acompañó el triste convoy de prisioneros hasta Durboch, y de allí a Karlsruhe. No tan sólo abrumaba a injurias a mi hijo, sino que, el muy cobarde, se atrevió a golpear a palmadas y puntapiés, a arrancarle pelos del bigote... así... y así... y así...!"

Inútilmente el alemán procuraba luchar, porque resultaba impotente al lado de aquel gigante que hacía llover los golpes sobre él. Al fin, cuando ya cegado y casi sin conocimiento consiguió enderezarse sobre sus pies, un empujón lo arrojó violentamente contra el inmenso sillón de encina. El oficial sollozaba de ira y de vergüenza.

—Mi hijo también lloró más de una vez en presencia de las humillaciones de que era objeto, dijo burlonamente el conde, me comprenderá usted fácilmente si le digo, que es cosa terrible encontrarse frente a un enemigo insolente y sin delicadeza. Al llegar a Karlsruhe con su cara amoratada, fué vendado por un joven oficial bávaro que se sintió conmovido por su infortunio.

"Yo mismo lamento ver su ojo en tal estado; permítame que lo vende con mi pañuelo.

¿Sin duda es Ud. casado? padre de familia tal vez, a juzgar por su aspecto... En fin, una viuda más o menos no tiene importancia. Por lo demás, las mujeres no se quedan mucho tiempo en la viudez... ¡Quédese sentado, el muy perro! Continuando mi relato, diré que mi hijo y un amigo consiguieron evadirse al terminar la quincena. No quiero fatigarlo inútilmente contándole los peligros que corrieron, las privaciones porque pasaron. Ocultándose de día y marchando de noche solamente, lograron llegar casi hasta la frontera, y allí, a dos kilómetros nada más del último límite de las líneas alemanas, fueron arrestados por una patrulla de ulanos.

El conde silbó por dos veces en su silbato de plata, y tres campesinos de fisonomías rudas entraron en la habitación.

—Ellos representarán a mis ulanos, continuó... El capitán que los mandaba al descubrir en las líneas alemanas a dos oficiales disfrazados, se puso a la obra de hacerles ahorcar sin más ceremonia.... Yo me figuro, Juan, que la viga del centro es la más sólida, ¿no es así?

Un momento después, el oficial se vió arrastrado de su sillón y conducido junto a una cuerda nueva, terminada en un nudo corredizo atado a una de las enormes vigas del techo. La lazada fué pasada en torno a su cuello, y ya comenzaba a sentir en su garganta el apretón fatal. Los tres campesinos habían tomado el otro extremo de la cuerda y miraban al conde en espera de sus órdenes.

El oficial estaba muy pálido, con los brazos cruzados y en la mirada un aire de desafío para el hombre que lo torturaba.

—Helo aquí frente a la muerte, dijo el conde, y noto que sus labios se mueven como si rezara. Mi hijo también se hallaba frente a la muerte y como usted igualmente oraba. Un oficial general del ejército alemán pasó en ese momento: oyó al joven que murmuraba el nombre de su madre, y su corazón se conmovió, porque él también era padre de familia. Ordenó a los ulanos que se alejaran, y se quedó junto a los dos condenados en compañía de su ordenanza. Cuando los prisioneros le hubieron relatado todos sus sufrimientos, cuando supo de mi desgraciado hijo que era el único descendiente de una antigua y noble familia, que su madre era de una salud delicada, él mismo retiró la cuerda que apretaba el cuello de mi hijo, al igual que lo hago con ésta, lo besó en ambas mejillas como yo mismo le beso a usted, y le obligó a partir en seguida, como yo se lo ordeno ahora. Puedan esta vez todos los votos de ese noble general, ya que no pudieron detener la fiebre que se llevó a mi pobre hijo días más tarde, proteger vuestra vida!"

En estas condiciones fué cómo el capitán Baumgarten, desfigurado, ciego y ensangrentado, se encontró algunos momentos después fuera del castillo, bajo la lluvia y el viento de un amanecer de invierno.

La guerra de las trincheras

Vista panorámica de unas trincheras alemanas, tal como son las de la línea del Aisne

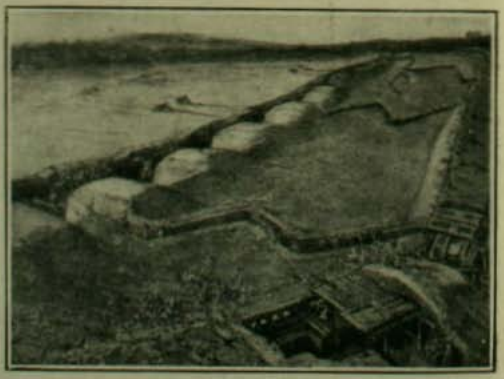
¡Todo es nuevo en esta guerra gigantesca, tan diferente de todas las que le precedieron! La **trinchera** ha modificado completamente el aspecto del campo de batalla; los combatientes encuentran en ellas abrigo contra las balas de fusil y de cañón y pueden permanecer a la defensiva en las mismas durante semanas. Nada tan sugestivo como una visita a estas fortificaciones.

Corte seccional de las líneas de trincheras

En el campo de batalla moderno, nada indica la acción, antes bien la campiña aparece desierta; de tiempo en tiempo, la tierra tiembla y el trueno estalla; se oye trepitar la fusilería, y allá a lo lejos se apercibe ligeras nubecillas de azulado humo. Silban las balas en el aire, y levantan polvareda al enroscarse en la tierra produciendo secos ruidos.

Los alemanes han transformado las mesetas del norte de Soissons, de Reims y Chalons-sur-Marne, en una especie de fortaleza enorme, cuyo frente se extiende 170 kilómetros de cuádruples líneas de trincheras ligadas entre sí.

En tres horas, gracias al método y disciplina, construyen 100 metros de trinchera, bajo el fuego del enemigo. Obras admirables y singularmente complicadas y de una eficacia militar absoluta.



Detalle que permite apreciar bien el sistema de trinchera, para lo cual el dibujante ha dejado sin cubrir la primera línea y pasos de comunicación

VAGABUNDO

Sí, soy un mendigo ¿por qué reprochármelo? ¿No le sirvo a Su Señoría para que ejercite buenas acciones? ¿Esas buenas acciones no le traen un poco de tranquilidad?

Alegraos a mi paso, ¡oh! tristes hermanos míos, os presento una oportunidad nunca vista, un negocio estupendo, por una ínfima moneda rescataréis vuestros pecados canallescos haciéndoos gratos ante los ojos del Señor. ¡Pensad en lo que sería de vuestra maldad si yo no existiera!

Por añadidura os embelesaré con los melosos cantos del agradecimiento: "gracias, Su Merced, que viva muchos años, que Dios le bendiga y le pague con la gloria del cielo, su caridad".

Antiguamente, nosotros maldecíamos a los mezquinos, y las infelices gentes, temerosas de nuestros maleficios, nos socorrían. Hoy nadie cree en tales patrañas y más de una vez nos responden sobre las costillas. ¡Ah! pero nos queda la bendición, ella no es suficiente. Siempre habrá hombres lo bastante estúpidos que desprecien a los adivinos y sonrían regocijados ante los buenos augurios.

Y por esa suma tan insignificante, os daréis el raro espectáculo de contar en el país con un hombre libre y perezoso. Qué cuadro más emocionante!

Al cruzar por las calles, bajo los diluvios del invierno, regalo a los que me ven a través de los cristales de sus mansiones, más abrigo que sus pieles, que sus chimeneas, que sus alfombras y cortinajes. Cuando me ven aprecian con exageración sus comodidades y refinamientos. Vosotros no sabéis que el mal tiempo es menos malo si se le recibe que si se le observa.

Primos y hermanos míos, cuando os sentís desilusionados, viejos, enfermos, y medio podridos con la gangrena de la codicia y la vanidad, pensáis, al verme, que tal vez bajo mis harapos yo sea feliz, porque tampoco tengo camisa como el labriego de la fábula. ¡Ay! hermanos y primos de mi corazón ¿no os proporciono siquiera una alegría al haceros imaginar que la felicidad no es una vana palabra?

Contribuyo a traer la paz sobre la ciudad avara y abrumada por los remordimientos y vos contribuís a darme la pereza y la libertad.

Santa pereza! madre de todos mis pensamientos; pasar y pasar de la sangre silenciosa corriendo por mis venas sin hastío ni esperanza. Santa libertad, santa! al viento me entrego como una hoja seca, al viento me opongo como una roca firme.

Antes de que os canséis de vuestras limosnas, yo me he cansado de vuestras miradas aviesas, de vuestra ciudad y su aire envenenado. Saldré a los suburbios y a los campos. A ellos no me lleva nada, pero parece que me llevara algo. Cómo sonrío, al creer que busco, cuando bien sé que nada busco. Recibo, aguardo, mi placer es el acaso. ¡Ah! un caminante dormido, es una buena presa y no lo es mala un borracho fanfarrón.

Soy modesto, no levanto gran ruido al andar por el polvo suelto de los caminos. Más, los perros han de salir de todas las heredades a ladrarme con furia loca. Miserables perros! El buey ara, el caballo arrastra el coche. Vosotros ¿qué hacéis? Nada, cien veces nada. Para que se os crea útiles ladráis cuando se levanta la luna o pasa un mendigo. Ruines animales, sois mendigos sin libertad. Emponzoñada baba la vuestra. Las heridas que hicistéis en mis piernas, se enconan a menudo. Rara vez diviso a vuestro único pariente noble, al perro vagabundo. La sarna se lo come, pero aún puede alimentar a tantas pulgas como hombres alimenta la tierra. Sus ojos son vivos e inteligentes y sus patas, que saben de la libertad, prefieren los senderos solitarios que van a campo traviesa.

No a los melosos caminantes a ellos saludo ¡Adiós! hermanos.

❦ ❦

Avanzada la tarde llegué a la ciudad. Para entrar esperaré que la noche me transforme en un bulto como otro cualquiera.

Aguardaré aquí al pie de estos muros de piedra todavía tibios. Las malezas rotas y tendidas, han sido siempre un blando y oloroso lecho.

Abajo pasa un río turbio y amarillo; deben tener sus árboles polvorientos.

Pero, ¿dónde estoy? Estos muros son los de una prisión! Con las primeras sombras dan en lamentarse los presos y suenan las cadenas contra las baldosas.

¿Quién les contesta? Son los centinelas que caminan entre las almenas por sobre la muralla. ¡Alerta! ¡Alerta! Y suenan los manojos de sus gruesas llaves. Los centinelas dicen: "También estamos presos. Ustedes no pueden salir por nosotros, nosotros no podemos salir por ustedes". Los manojos de llaves suenan como las cadenas que se arrastran.

Quiero huir de este sucio lugar, de estas piedras tibias de la ribera de este río turbio. Pero mi cansancio, las heridas emponzoñadas hechas por los perros, son también mi cadena. Si quiero escapar, cómo crujen mis huesos!

¡Ah! maldita sea la noche en que pasaré escuchando los lamentos dañinos de los hombres presos y miserables.

II

LAS MALEZAS

Todo el año de un invierno a otro invierno, las malezas luchan desesperadamente. Cuando en la tierra morena, cavada, cernida y limpia, no se distingue ni una hebra del pasto arrancado, jardineros, no creáis haber vencido a las malezas. A ellas no les bastan vuestros cuadros, aparecen en los senderos. Son vagabundas, viven a la orilla de las aguas corrientes. Entre las piedras de las calles, en los muros de las casas, en las concavidades de las rocas, sobre los troncos podridos, y en el agua que se detiene, viven su batalla con resolución y porfía. Son las primeras yerbas que se enseñorean de una ruina y las primeras flores que se abren sobre una tumba. Son modestas de tamaño, pero fuertes y resistentes a la helada y la sequía. Tienen flores tan pequeñas que, algunas, como las flores del mastuerzo, no son capaces de contener una gota de rocío; pero los niños, que llevan los ojos más cerca de la tierra, las prefieren y ufanos, forman con ellas gruesos ramilletes. Porque son insignificantes nadie repara en la forma y el color de sus pétalos y de sus hojas, y son mil veces más variadas que las flores de los jardines más soberbios. Sus semillas finas y abundantes, como nada esperan del hombre que las odia y las persigue, han aprendido a navegar sobre el agua, a volar en el viento, a trepar sobre los animales, a valerse de los pájaros y de los insectos.

¿Qué desean? ¿Por qué tanta tenacidad? ¡Ah! mis amigos jardineros! todas las plantas han sido un tiempo maleza despreciables. Mas, a unas primero, a otras después se les ha tocado, con la curiosidad, el cultivo y la selección, algo así como un resorte oculto, y las yerbas vulgares comenzaron a dar hojas más grandes, flores más hermosas, frutos más dulces.

Empero, tan pronto que esto aconteció, su tenacidad se hizo menor, sus semillas menos abundantes y menos hábiles; el sol se tornó temible; el agua fué más necesaria y toda su vida se trocó en perezosa y falta de voluntad, aunque cien veces más llena de gracia y esplendidez.

¿Era esto lo que buscaba su energía de antaño? Es posible, porque ahora reposan y sonríen como ante un bien alcanzado.

Transeunte, no miréis con desprecio a un viejo jardín si lo inunda la maleza, porque cada una de ellas posee un resorte oculto que puede convertir su existencia en algo más útil y más bello.

Reparad en que el cielo es el aliado de todas las malezas.

Nunca podrás conseguir que la lluvia humedezca sólo las semillas que has sembrado; millones de otras ocultas aprovecharán sus aguas.

Cuando tú riegas, ¿no sientes un goce mayor que cuando siembras? Tú no lo sabes, pero yo lo adivino: tu goce proviene de que el riego es más justo y sabio que la siembra; él ampara tanta fuerza en acción, tanto deseo irrealizado, tantas cosas que aguardan y que hacen que siempre en el mundo palpite una nueva esperanza!

PEDRO PRADO.

Hemiciclo de la Sorbona

Puvis de Chavannes

Por

JOSE BACKHAUS

Con ilustraciones

Señoras, señores:

Estudiaremos en esta conferencia la obra de uno de los pintores más geniales que ha producido la humanidad: **Pierre Puvis de Chavannes.**

El escaso tiempo de que disponemos no nos permitirá hacer un estudio completo; sólo podremos pasar una revista rápida y muy sumaria a su obra. Seguramente no conseguiré dar a conocer todo el alcance que tiene esta obra a causa de los escasos medios de que disponemos, pero espero en la benevolencia del distinguido público que me escucha, para que haga un esfuerzo en seguirme por el camino difícil que es la descripción de la obra de un artista, tomando en cuenta más mi atención que mi manera de expresarme.

El Renacimiento produjo tres grandes genios que caracterizaron cada uno de ellos algunos de los sentimientos del espíritu humano: Miguel Angel sintetizó la fuerza y la pasión; Rafael, la gracia; Leonardo, el misterio; Puvis en nuestra época nos ha revelado el secreto de la armonía. Su obra serena y grandiosa surge como un oasis de paz en medio de la producción atormentada e incierta de las mil escuelas diferentes que ha habitado desde el Renacimiento hasta hoy. Su alma poderosa nos levanta a las cimas del pensamiento, a esas regiones en que reina la paz del espíritu y la serenidad del alma. Por medio de su arte nos hace presentir un mundo de ensueños que sería muy grato habitar. Mundo ideal, pero profundamente basado en la realidad, que tiene todas sus raíces en la naturaleza y en la vida y que sin desviarse jamás de ellas nos introduce en las regiones más elevadas del espíritu.

Puvis de Chavannes, nacido en Laón, el año 1824 de una noble y vieja familia borgoñona, sus padres pensaban hacer de él un politécnico, pero una grave enfermedad lo sorprendió la víspera de los exámenes de admisión. Un viaje a Italia que hizo en su convalecencia decidió de su carrera. La vista de tantas y tan bellas obras de arte lo impresionaron profundamente y volvió a Francia con el propósito de estudiar la pintura.

Ary Shefer fué su primer maestro y después, durante un corto tiempo, Delacroix y Tomás Coutures. En ninguno de ellos encontró el ideal de arte que presentía, y descontento de la enseñanza de aquel tiempo decidió buscar su camino sin el auxilio de los profesores. Arrendó

"Concordia", de Puvis de Chavannes

el taller de la Place Pigalle que conservó toda su vida y en donde estudió durante largos años sin otro guía que su propio instinto. En medio del bullicio de París supo aislarse de las influencias exteriores y escuchó únicamente las voces de su espíritu que debían conducirlo por un camino tan glorioso.

Sus primeros cuadros no fueron comprendidos, y durante largos años permanecieron cerradas para él las puertas del Salón. Sólo en 1854 el jurado fué menos recalcitrante y aceptó el envío de Puvis. Este era un fragmento de la decoración que Puvis había ejecutado para el comedor de la casa de su hermano en Saone. Uno de los más grandes escritores de aquel tiempo y que fué más tarde su más ferviente amigo y admirador, Teófilo Gautier, fué el primero que llamó la atención del público sobre este cuadro, escribiendo un artículo elogioso. En él decía: "El sentido ornamental y decorativo se siente hasta en los menores accesorios..." "Este joven artista en un tiempo de prosa y de realismo, es naturalmente épico y monumental..." "No es un pintor de caballete: él necesita el andamiaje y las vastas murallas."

Desgraciadamente, para un desconocido como era Puvis entonces, había muy pocas probabilidades de que pudiera ensayarse sobre vastas murallas. Pero sus condiciones de fortuna le permitieron encargarse a sí mismo las dos grandes composiciones que iban a llamar definitivamente sobre él la atención del público: Concordia y Bellum.

"La luz brilla sobre Puvis, escribe Gautier en esta ocasión; su éxito ha sido muy grande y esto hace honor al público". El Estado compró uno de estos cuadros, el que representa la Paz, y Puvis, deseando no separar el uno del otro, cedió graciosamente el panneau de la Guerra.

La descripción de Marius Vachon, que ha sido uno de los más fervientes propagadores de la obra de Puvis, nos ayudará a comprender este cuadro.

"La Paz". En un fresco valle, rodeado de altas montañas que lo protegen contra el sol ardiente y las brisas, los guerreros van a reposarse. Un grupo al pie de un laurel-rosa en flor habla con los campesinos del bienestar de la paz que va a devolverles sus alegrías y sus trabajos y de la concordia que une a los defensores y a los proveedores de la Patria. Mujeres ofrecen frutas en canastos;

aquí se ordeña una cabra; allí se vacía un ánfora llena de vino. Otros habitantes del valle corren apresuradamente para traer abundantes provisiones. En el segundo plano, en un vasto claro, corredores jóvenes, vigorosos, luchan en rapidez con hábiles caballeros; palomas vuelan del laurel-rosa a los olmos y a las encinas para tomar su parte en el festín campestre. Todo es serenidad, expansión de vida y alegría".

En "La Guerra" el grupo principal muestra menos la acción tumultuosa y horrible que el fin que la explica. Los guerreros a caballo suenan con sus trompetas gigantescas, a todos los rincones del horizonte las fanfarras de la victoria delante del botín amontonado: mujeres y animales. El abuelo grita sus imprecaciones delante del cadáver del que ha muerto por defenderlo; el campesino amarrado a un poste injuria a los vencedores; las vacas mugen de espanto. En el último plano, en la penumbra de un cielo de crepúsculo empañado por el humo del incendio que quema las casas, se adivinan escenas de pillaje y de matanza.

Puvis de Chavannes ha obedecido instintivamente a la idea de profunda filosofía, al sentimiento de delicadeza que en la antigüedad griega hacía siempre elegir a los artistas el momento psicológico, sea antes, sea después del acontecimiento en el cual la figura humana revestiría toda su belleza bajo la exaltación de una idea o en la realización".

Estos cuadros fueron destinados al Museo de Amiens que estaba en construcción en aquel tiempo. El efecto admirable que produjeron una vez colocados en la muralla decidieron al arquitecto Die, constructor de ese edificio, a solicitar del gobierno que hiciera el encargo a Puvis de Chavannes de nuevos panneaux para completar la decoración del Museo.

El Trabajo, el Reposo y Ave Picardía Nutrix fueron los temas de estas decoraciones. En ellas Puvis da un paso más en el perfeccionamiento de su arte y llega a la amplitud de su desarrollo, que en "Bellum" y en "Concordia" no ha alcanzado aún. Las particularidades del modelo y el deseo de hacer ver su ciencia pintando directamente los trozos del natural le impiden llegar a la amplitud sintética que obtuvo más tarde.

En Ave Picardía Nutrix, dice René Jean, el pintor divide su poema en dos cantos: en uno dirá los trabajos y las alegrías que proporciona el río, y el otro

El bosque sagrado

La guerra (Museo de Picardía)

evocará los rebaños abundantes y celebrará la cosecha de las manzanas.

Separados el uno del otro por una puerta, los dos temas continúan un pasaje de una misma luz suave, de una misma atmósfera serena y tranquila por la cual está expresada toda la intimidad de los campos atravesados por el Somme. En un lado están los campos y los árboles; en el otro el río, sus praderas y sus sauces. Es la Picardía con toda su calma apacible y su suave abandono, habitada por una raza que conoce sólo los trabajos bienhechores y sanos al aire libre que hacen conservar a los hombres la altiva belleza de las formas primitivas.

En el fondo, siluetados sobre un cielo sereno, los carpinteros trabajan en construir el puente que facilitará la comunicación y los cambios. Para esta tarea el vigor espléndido de los músculos no basta. Cerca de los rudos obreros dos compañeros discuten y meditan. Pues la obra es noble y reclama todas las fuerzas, las de la inteligencia tanto como las otras, fuerzas diferentes y no desiguales y cuya unión solamente puede llevar al éxito.

El agua, ese espejo móvil de la vida del cielo, nos trae a los hombres solamente la poesía de sus espectáculos cambiantes. Los peces que la recorren son una presa para el pescador. Se le ve a este cargado de una red en la distancia detrás de un islote. En el primer plano, a la izquierda, un grupo de mujeres repara las redes. Están rodeadas de niños, encarñación de la esperanza para la continuidad de los esfuerzos laboriosos. En la derecha otras mujeres piden al río la alegría del reposo y los encantos del baño.

La belleza espléndida de las formas que no aflige ninguna neurosis, ninguna enfermedad, ninguna imperfección, existe en todos los cuerpos. La vejez misma no ofrece el espectáculo lamentable de su decrepitud.

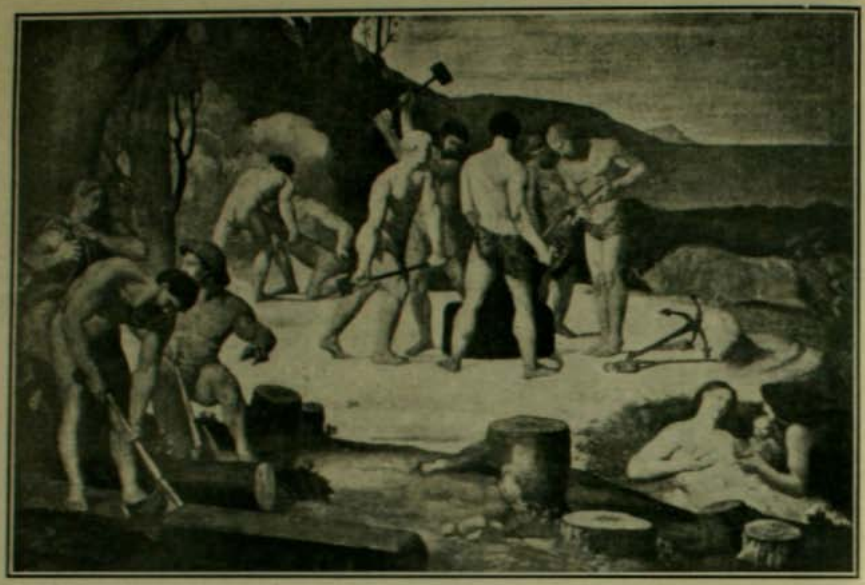
En el panneaux que celebra los productos del suelo, el espectáculo que no anima la alegría del agua parece más austero. Todo cuenta el trabajo y nada habla de juego. Mientras que al fondo, a la izquierda, bajo un hangar rústico, cuatro hombres mueven la pesada piedra en donde se exprimen las manzanas en el primer plano; en lo alto de una escalera, apoyada a la cuba en la cual vierte los canastos que le traen, otro hombre, especie de dios silénico, cinturado de pámpanos dionisiacos forma como la cima de una pirámide. La base se eleva a la derecha desde la mujer recostada hasta las dos mujeres en pie que traen las manza-

nas a la cuba; la línea baja a la izquierda, siguiendo la silueta de una madre atenta que sostiene con sus manos el canasto cargado que un niño cree levantar con sus pequeños brazos débiles. Delante de ellos la pareja ancestral los mira, la abuela sentada, sin interrumpir para mirar a su nieto el juego rápido de sus dedos ocupados en hilar. El abuelo, de pie y pensativo, apoyado en el bastón que sus dos manos retienen. Sentada al lado de ellos, ocupada solamente de su maternidad, orgullosa, una mujer, grave como una sacerdotisa, tiene sobre sus rodillas dos niños rollizos. El uno se ha dormido; el otro bebe del robusto pecho de su madre la vida misteriosa que a él afluye.

En el fondo, cerca de los bosques, cabras y ovejas pacen; sobre un andamiaje, albañiles edifican los muros de una habitación nueva. Ahí nada habla de juegos; todo a pesar habla de alegría; alegría de respirar la pureza del aire, alegría de la familia que se perpetúa. Estas alegrías están siempre presentes en las composiciones de Puvis de Chavannes. Pues, ¿en qué otra parte iría a buscar las razones de su bello optimismo; sobre qué se apoyaría él para afirmar que la esperanza humana no es "Le cadavre fletri" del que ha hablado De Musset? Son poco numerosos los grandes sentimientos que los hombres han creado, para tener nuevas razones de creer en la virtud del sacrificio del amor, de rechazar la amargura de la duda y la desesperación, para enorgullecerse de la vida como el niño en quien reina la ilusión y que se contenta de vivir con plenitud y de obrar sin pensar, según los consejos obscuros de su instinto. El fondo común de los sentimientos y de las ideas en donde se alimenta el pintor y el poeta es en apariencia muy poco, pero este poco tiene el privilegio de ser inagotable y de variar de aspecto para el corazón de cada hombre".

Quince años más tarde Puvis completa la decoración del Museo de Amiens con

El pobre pescador (Museo del Luxemburgo)



El trabajo (Museo de Picardía)

su gran composición "Ludus pro Patria", composición inmensa que termina el poema de la Picardía primitiva.

El recuerdo inolvidable de este conjunto decorativo, que es uno de los más completos que existen. Toda la historia de un pueblo o más bien dicho la historia de la humanidad está contada en esta serie de cuadros.

El otoño (Museo de Lyon)

En 1872 la municipalidad de Poitiers encarga a Puvis de Chavannes la decoración de la escalera monumental de su Hotel de Ville. El artista aceptó y eligió como temas dos episodios de la historia: "Radegunda, retirada en el convento de Sainte-Croix, da asilo a los poetas y protege las letras contra la barbarie de su tiempo", y "Charles Martel en el año 732 salva a los cristianos por su victoria contra los Sarracenos cerca de Poitiers.

La leyenda medioeval nos instruirá sobre estos temas: "Radegunda, hija de Werther, penúltimo rey de los Turingios, a la edad de trece años cayó como botín de guerra a Clotario, rey de Neustria. Su belleza y su inteligencia presagian una mujer superior. Clotario hace educar como a una princesa a la pequeña cautiva. Juntamente con las ricas herederas de la Galia, le enseñaron las letras latinas y griegas, las ciencias profanas y sa-

gradas. Como su juventud realizara todas las promesas de su infancia, Radegunda impresionó vivamente al rey Clotario, quien la desposó en cuanto hubo alcanzado su edad núbil. Pero la vida común con el rey no tardó en ser insoportable para Radegunda. En los festines ensangrentados por la ebriedad de los comensales, en las cazas peligrosas contra las fieras, en las fiestas militares que son a menudo verdaderos combates, ella prefiere hablar con los poetas que la generosidad de Clotario atrae a la corte, visitar a los pobres, a los huérfanos, o a los enfermos. Su palacio lo convirtió casi en hospicio; el dinero destinado a sus vestidos y sus joyas se va todo en obras de caridad. "Me he casado con una monja, no con una reina", repetía a sus compañeros de orgía el rey guerrero, y sin embargo su amor por Radegunda aumentaba, y la perseguía en todos los conventos en donde ella se refugiaba. Después de varias peripecias trágicas, la pobre reina obtuvo el permiso de habitar en Poitiers. Allí fundó el convento de Sainte-Croix, en donde el estudio de las artes y de las letras figura en el primer rango de las ocupaciones cotidianas impuestas a las religiosas. Entre los ejercicios de piedad las monjas hilan, cosen o bordan, otras copian manuscritos o cultivan flores.

Junto a la fuente (1879)

Habiendo llegado a Poitiers un poeta latino llamado Fortunat, que recorría la Galia diciendo versos en los palacios de los príncipes francos y galos, discutiendo sobre literatura o teología con los mon-

"Bellum" (la guerra)

Ludos pro-Patria

jes y obispos, deteniéndose tanto por curiosidad como por devoción en todos los lugares de peregrinaje famosos, en todas partes era deseado, festejado por su talento, por su elegancia y por su distinción. Conoció a Radegunda en Neustria, y como quedara vivamente impresionado por sus encantos y belleza, su primera visita fué para Sainte-Croix. La religiosa, muerta para el mundo, pero no para la vida intelectual, acogió al viajero con gracia. Fortunat no pensaba quedarse sino algunos días en esta ciudad que era sólo una etapa de su viaje de turista. Pues se quedó veinte años, y murió obispo de Pictons. Fué el huésped de esta noble señora que le inspiró un amor casto y delicado, que se revela en cada línea de sus poesías y de sus cartas".

Es el claustro de este convento pintoresco que Puvis de Chavannes tomó como tema de su composición.

*

La decoración del Palacio de las Artes de Lyon es otro conjunto decorativo de los más completos que ejecutó Puvis. Está compuesto de tres grandes panneaux y un marco de puerta: "El bosque sagrado grato a las musas", "La visión antigua", "La inspiración cristiana" y "El Rhone y Saone".

El mismo Puvis en una carta explica su idea diciendo que quiso hacer en este conjunto una glorificación de los esfuerzos humanos hacia el ideal. "El bosque sagrado" es la composición generadora de los otros dos asuntos: "Visión antigua" e "Inspiración cristiana". El arte está comprendido entre estos dos términos, de los cuales el uno evoca la idea de la forma, y el otro la del sentimiento. El cuarto panneaux simboliza la fuerza y la gracia.

A orillas de un lago que refleja un cielo dorado y un paisaje ideal de serenidad y belleza, las Musas están reunidas. Calliope pronuncia un discurso, las otras la escuchan atentamente. Algunos genios trenzan coronas de laurel que las Musas repartirán más tarde a los predestinados.

En esta composición Puvis ha llegado a la expresión de la más pura belleza griega. Los más grandes artistas del siglo de Pericles no habrían desdeñado firmarla y habría sido colocada con honra en cualquiera de los más bellos palacios de la Acrópolis. La nobleza distinguida y elegante de los movimientos, el tacto exquisito con que ha sabido agrupar a las

divinidades de las artes, dándole a cada una su importancia sin preferencia, haciéndolas hermanas que se ayudan entre sí en la causa común que es el ideal de la belleza; sin negarse ni discutirse, sino uniéndose en un solo pensamiento de perfección indicado por la mano alzada al cielo de Caliope; es una idea plástica digna de la más bella época helénica, y su ejecución es tan sobria y de un tenor tan elevado como el de los mármoles de Fidias y Praxiteles.

No menos pura de belleza es la "Visión antigua". En un paisaje asoleado y tranquilo surge un grupo de mujeres o divinidades griegas que contemplan indolentes las bellezas de la naturaleza. Ningún pensamiento, ninguna preocupación las inquieta; sólo desean respirar las delicias que la naturaleza les brinda, dejar que la luz vivificante del sol admire y realce las formas puras de sus bellos cuerpos intachables. La paz, la armonía, el placer de dejar escurrirse la vida sin otra preocupación que la de vivir, que la de someterse y gozar de las leyes tan sabias de la naturaleza, sin pensar en el porvenir, sin recordar el pasado, respirando a plenos pulmones la tranquilidad del presente, las delicias del aire, de la luz y de la existencia. Es la vida expansiva de la forma humana que ha llegado a la plenitud de sus refinamientos y que tal vez presiente ya la evolución que ha de venir y que traerá consigo otras torturas y otros placeres.

Esta evolución, esta metamorfosis del sér humano nos la muestra Puvis en su "Inspiración cristiana". Aquí las formas han desaparecido, las largas túnicas cubren los cuerpos y son los cerebros y las almas los que han entrado en acción. Cristo ha redimido a los hombres y ellos se ocupan en glorificar su historia y en seguir su doctrina que ha de abrirles las puertas de la vida futura. Monjas y seglares en un claustro de arcadas ojivales que tienden al cielo, se ocupan de pintar en sus muros la vida y la pasión de Jesús, de discurrir sobre ellas, de rendirle culto encendiendo luces en su homenaje y de practicar sus preceptos, atendiendo a los pobres y desvalidos que acuden a pedir auxilio al convento.

*

Sería muy largo continuar describiendo las obras de Puvis de Chavannes; se podría escribir un libro sobre cada una de ellas, tal es el poder subjetivo y la vida sintética que encierran. El tiempo nos falta para hacerlo, y por esto nos limitaremos a mencionar solamente algunas de las composiciones que ejecutó más tarde. Todas ellas siguen la misma línea de las que hemos visto hasta ahora, siendo además cada obra nueva un nuevo esfuerzo hacia la perfección.

Hoy podemos notar que de Poitiers a la Sorbonne y de aquí al Hotel de Ville y al Panteón hay muchas investigaciones y muchas experiencias recogidas, y éstas tienden siempre a aumentar la fuerza de la expresión emotiva y a desarrollar las

Jóvenes picardos ejercitándose con la lanza ..

cualidades plásticas y decorativas en sus cuadros. Estas últimas, sobre todo, eran el objeto de sus mayores desvelos. El quería que su obra fuera plástica antes que intelectual y manifestaba siempre mucho desagrado cuando se elogiaban sus cualidades de pensador y de filósofo. A veces decía, después de haber leído una revista o un folleto que elogiaba su obra: "Quieren por fuerza que yo sea un erudito, cuando soy solamente un pintor".

La verdad es que sus estudios clásicos fueron muy completos y que salió del liceo Henri IV más penetrado de Homero y de Virgilio que sus compañeros que aspiraban a la asignatura de ciencias. Pero de aquí a la erudición hay mucha distancia y es más bien su comprensión de la humanidad y su instinto lo que lo guía en la concepción de sus asuntos. Bourget dice en un pasaje: "La abeja que penetra en la campánula perfumada del cáliz de una flor no cuenta ni sus pétalos ni sus estambres; sólo pide a la flor justamente lo que necesita para hacer su miel. En cambio, el sabio botánico conoce todo lo que contiene la planta excepto el arte de gozar de ella como esta ignorante abeja".

Antes de terminar digamos una palabra sobre la que fué la compañera abnegada de la vida de Puvis de Chavannes y el colaborador más importante de su obra, la princesa María Cantacuzéne. El artículo de André Michel publicado en su libro sobre Puvis nos cuenta en pocas palabras la historia de su vida:

"Puvis era todavía un desconocido cuando encontró en el taller de Chassériau a la que debía ser amiga de toda su vida.

La vigilia de Santa Genoveva

Es suficiente haber visto la emoción que provoca en aquellos que la conocieron el solo nombre de la princesa Cantacuzéne, para renunciar a hacer un retrato digno de ella. Un dibujo delicioso de Chassériau (firmado en 1855) y la admirable obra de Puvis expuesta en 1889, y conservada hoy en el Museo de Lyon hace además superfluo todo lo que se podría decir de su noble sencillez, de su alta inteligencia, de su gran corazón. Toda su vida es de interés y abnegación: "Se la viene a ver para consolarla, decía Cazin, y es ella quien da el consuelo".

Ella tuvo por Puvis de Chavannes una afección apasionada e inalterable, capaz de todos los sacrificios que exigía a veces el temperamento fogoso de su amigo. No había más que una mujer en

Visión antigua

el mundo capaz de asociarse en todos los instantes a una vida de artistas completamente subordinada al trabajo.

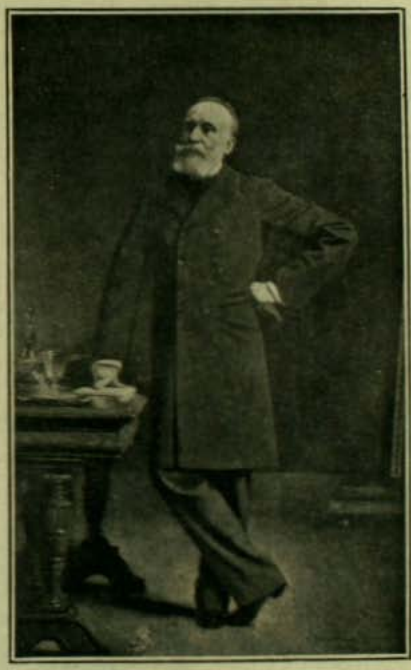
Cuando ella había asistido como confidente discreta y sin embargo activa a la concepción de una obra nueva, cuando algunas de sus actitudes expresivas, algunos de sus bellos movimientos graves se habían fijado en la tela, se conmovía verdaderamente si Puvis pedía para ella una parte de los elogios expresados por sus íntimos sobre su obra.

Puvis tuvo el gran dolor de verla partir la primera: "¡Qué decirle de mi pobre enferma,—escribía en agosto de 1898"— de día en día, de hora en hora, gota a gota la vida se escapa, yo no me muevo de casa; sé que es preciso que sea visto, pues la debilidad es tal, que toda palabra es imposible".

Y, algunos días más tarde: "A las noches lúgubres suceden los días lúgubres en los que con el alma en tensión espera un momento de vida.

Puvis no le sobrevivió más que dos meses. El pincel cayó de sus manos el día en que terminó enteramente la tela en que reviven en una justa glorificación los rasgos de Madame Puvis de Chavannes, la obra que encarna de manera tan emocionante su abnegación y su piadosa solicitud.

"Santa Genoveva velando sobre la ciudad de París".



Retrato de Puvis de Chavannes por Bonnat

La Isla del Aepyornis

Por
HUGO H. WELLS

Yo era joven,—me decía mi raro interlocutor.—Era joven y robusto. Había vivido dos años en las Indias Orientales, siete en el Brasil y luego una temporada en la isla de Madagascar. Habíame trasladado a ella por cuenta de Dawsons...

A propósito, ¿nunca oyó hablar usted de cierto Butcher?

—¿Butcher? ¿Butcher?

Ese nombre no me era desconocido; reflexioné un poco y recordé luego perfectamente, exclamando:

—¡Cómo! ¿Es usted el que naufragó en una isla desierta y allí vivió cuatro años?

—Yo soy.

—Cuénteme usted las extrañas peripecias de esa aventura.

—De mil amores... ¿No recuerda haber oído hablar de Aepyornis?

—Algo. Oí decir que no ha mucho descubrieron un fémur de esa ave colosal. Afirmáronme que dicho hueso medía un metro de largo. El animal habría ido, pues, un monstruo gigantesco.

—Ya lo creo. Era un monstruo enorme. Pero, ¿cuándo fué descubierto el fémur?

Hará cosa de dos o tres años... ¿Por qué me pregunta tal cosa?

—¿Por qué?... Porque veinticinco años hace, hice yo un descubrimiento análogo. Y creo, más aún, tengo la certeza de que habrá sido en el mismo sitio, esto es en una especie de laguna, a noventa millas al norte de Atanarivo. ¿Conoce usted aquellos parajes? Se va hasta allá en barca, costeando la isla. Acaso lo recuerde usted.

—No, no me acuerdo. Pero, me han dicho que el fémur se encontró en una laguna.

—Será probablemente el paraje visitado por mí. ¿No sabe si encontraron también huevos de Aepyornis? Yo encontré algunos. Entre ellos los había de dieciocho centímetros de largo! Recuerdo muy bien que nos hallábamos en una barca, en una de aquellas piraguas propias de los indígenas, yo y dos de éstos. Sondábamos el fondo del lago con bicheros de hierro en busca de huevos. Generalmente el huevo se encuentra roto y casi nunca entero. Sabe Dios los siglos que transcurrieron desde que se extinguieron los Aepyornis en la isla!

Nosotros habíamos tenido la suerte de hallar huevos enteros. Sí, enteros y le aseguro que, frescos, como si hubieran sido puestos en aquel instante. Porque debe saber usted que uno de mis indígenas rompió un huevo dejándolo caer sobre una piedra. Pues bien: el huevo estaba fresco! No despedía el menor olor. Y se sabe que la hembra debe haber muerto hace cuatro siglos, cuando menos. Afortunadamente pude encontrar otros ejemplares, que fueron, según creo, los últimos que se descubrieron. En efecto, cuando muchos años después, visité en Londres el Museo de Zoología, vi muchos huevos de Aepyornis, ¡pero en qué estado! La mayor parte estaban rotos y los pocos ejemplares completos, se habían integrado con trozos encolados. Los que yo encontré eran perfectamente sanos.

—¿Y qué hizo usted con esos huevos?—le pregunté entonces.

—Ahí está, precisamente, el punto más extraño de mi historia. Me quedaban todavía tres huevos sanos y frescos. Los coloqué en el fondo del esquife y desembarcamos en la playa, cerca de nuestra carpa, para preparar un poco de café. Recuerdo que me hallaba ocupado en hacer hervir el agua con mi calentador de aguardiente. Es una operación que siempre hice yo mis-

mo en todas mis expediciones. Miré por casualidad la laguna iluminada por los últimos rayos del sol poniente y, mientras estaba absorto mirando los reflejos purpúreos del agua inmóvil y negruzca, me sorprendió un rumor detrás de mí.

Volvíme rápidamente y vi a mis dos indígenas en la piragua, alejados ya unos veinte metros de la playa, remando con ímpetus desesperados. Comprendí de inmediato su intención. Querían abandonarme, dejándome sólo provisiones para tres días, un barril de agua y una carpa. Y mi fusil estaba casualmente en la carpa. Pero, aunque lo hubiese tenido a mano, no me habría prestado mayor servicio porque se me habían agotado los cartuchos de bala. Me quedaban algunos de munición. Felizmente llevaba en el bolsillo un pequeño revólver. Lo saqué al punto y eché a correr a lo largo de la costa, gritando a los fugitivos: Vuelvan atrás, vuelvan atrás! Pero, los muy canallas maldito el caso que hacían de mis gritos e imprecaciones. Hice puntería sobre el que remaba, disparé y erré el tiro. Sus risas acabaron por exasperarme. Después la segunda bala y mi hombre se estremeció. No se rió más. Hice el tercer disparo y esta vez di en el blanco de tal modo que el herido cayó al agua, y con él un remo. Para haber tirado a cuarenta metros de distancia, no era mala puntería. Ignoro si murió ahogado o a consecuencia del balazo. Lo positivo es que desapareció y nunca volví a saber de él. Le intimé entonces al sobreviviente que regresara, pero el hombre trataba de poner agua de por medio. Inútilmente seguí disparando. Comprendí que estaba haciendo una figura de imbécil. Solo, como un perro en un islote, tenía a mis espaldas la inmensa laguna; por delante el mar y aquella piragua que seguía alejándose. Pocos motivos me quedaban para estar alegre. Grité desaforadamente. Y después de haber enronquecido a gritos, me arrojé al agua, decidido a dar alcance a la maldita piragua. Nadé con todas mis fuerzas, llevando entre los dientes mi cuchillo de caza. Triunfé, pues al cabo toqué la piragua. Y esta me parecía negra, negra, en medio del mar fosforescente y luminoso. Había ya bajado el sol y las aguas semejaban, gracias a las miradas de noctilocuos, una inmensa extensión de fuego líquido y vivo. Subí cautelosamente a la piragua por la popa. El negro estaba a proa, al parecer dormido. Sin embargo, aferré mi cuchillo, dispuesto a luchar con mi enemigo. Este no se movió, ni pareció darse cuenta de mi presencia.

Poco después, viendo que no despertaba, empecé a llamarlo por su nombre. No se movió. Rendido de cansancio, no quise entonces exponerme al riesgo de despertarlo para combatir con él. Me recosté en el extremo opuesto y quedé dormido. Cuando desperté, dos horas más tarde, conocí que mi compañero había muerto. A sus pies blanqueaban los tres huevos de Aepyornis y algunos huesos. Observé atentamente al muerto y vi que tenía el rostro extrañamente hinchado y violáceo. Deduje que su muerte había sido causada por la mordedura de alguna serpiente o escorpión, o bien por algún miriáodo. Sin perder tiempo levanté aquel cadáver inútil y lo eché al mar.

Regocijéme luego con un bizcocho y un poco de agua del barrilito que me había arrebatado en la fuga y empecé a observar en derredor mío. Me hallaba en pleno mar, de aguas tranquilas como una balsa de aceite, pero ninguna tierra a la vista en todo el horizonte. ¿Dónde demonios me hallaba, pues? Le aseguro que mis ideas se emsombrecieron de un modo terrible. Por lo menos hubiese tenido un remo. Habían caído con el primer negro al agua. ¿En qué dirección estaría la isla de Madagascar?

Pasé una noche horrible y cuando el sol del día siguiente empezó a flechar sus rayos; nada había variado para mí. ¡Y qué sol! Hubo momentos en que me pareció sentir perder mi cerebro. Me humedecí la cabeza con agua del mar y mis miradas recayeron sobre una hoja del Diario del Cabo, en que los indígenas envolvieran los bizcochos. Tendíme en el fondo del esquife y me entregué a la lectura, a la par que me defendía contra los rayos solares. ¡Bien haya aquel diario! En mi vida gocé tanto con una página de diario. Figúrese que leí sus columnas lo menos veinte veces! Pero, en la piragua empezaba a calentarse el alquitrán, a humear, ¡tanto era el calor! Creí que había llegado mi última jornada. ¿Querrá usted creerlo? Vagué sin rumbo por el océano durante diez días y otras tantas noches. Contarlo... ahí es nada. No es posible imaginarse semejante tortura sin haberla sufrido. Al sexto día acertó a pasar un buque a poca distancia. Recuerdo que a bordo de aquella nave sonaban músicas

alegres. Grité, hice señales. Nadie me vió. Pasé los otros días no recuerdo cómo, alimentándome de bizcochos, hasta que, agotada la provisión, me decidí a comer un huevo de Aepyornis. Rompí uno y sorbí su contenido. No puedo decirle que fuera exquisito, no por cierto. Pero, no estaba yo en condiciones de atender al paladar. Cuando al octavo día, rompí el segundo huevo, me quedé sorprendido y espantado. Sí, ¡espantado! Porque, si piensa usted que aquellos huevos habían estado unos cuatrocientos años bajo las aguas en el fango, y le dijera ahora que en cuanto rompí la cáscara, apareció la cabeza de un ave, usted también se quedaría estupefacto. Y sin embargo, no me engañé. Mis ojos habían constatado una realidad. Tenía ante mí, en aquel huevo, un pollo vivo y robusto. ¡Y qué pollo! grande como una gallina. Y había nacido allí en medio del Océano Indico, en una piragua, después de cuatro siglos de incubación!

Para fortuna mía, después de la décima jornada divisé un islote. Como mejor pude, bogando con las manos, me acerqué a aquella tierra bendita, y tras inauditos esfuerzos, pude desembarcar. Era una isla de coral, de unos seis kilómetros de largo por dos de ancho. Pocos árboles formaban manchas acá y acullá y hallé una fuente de agua dulce en su centro. Sus costas estaban recubiertas de mariscos alimenticios. Pero, ¡qué triste es una isla de coral! De niños no podemos imaginarnos nada más deleitable que las aventuras de Róbinson Crusoe; pero, el islote en que yo bajé, me parecía más triste y monótono que un día de lluvia.

Recorrí toda la isla buscando algo que comer y razonando. Antes de ponerse el sol me sentía ya hastiado hasta desear la muerte. ¡Qué destino! El mismo día de mi desembarco, el tiempo cambió. Una tormenta venía avanzando del norte sobre el islote y durante la noche se desencadenó un diluvio, en medio de un formidable huracán. Como se comprende, poco bastó para echarme a pique el esquife... mi cama. El huevo estaba depositado en la arena, sobre la parte más alta de la playa. Lo primero que me despertó fué un ruido como de un centenar de piedras arrojadas contra la piragua; luego una columna de agua cayó sobre mi cuerpo. Soñaba en aquel momento en Atanarivo; me levanté y pregunté a la diosa Intoshi qué ocurría, al mismo tiempo que me precipitaba sobre la silla en que dejaba los fósforos. Sólo entonces recordé donde me hallaba. Había como vagos seres fosforescentes que giraban en mi derredor para hacer presa en mí. Más allá, la noche era negra como tinta seca. El viento, después del primer instante, soplaba dulcemente; las nubes, muy bajas, parecían rozarme la cabeza y la lluvia recrudecía como si se hubiese roto el dique de un lago.

Inquieto sobre la suerte del huevo, en cuanto dejé la piragua lo busqué a tientas. Se había conservado a pesar del viento y del agua. ¡Qué noche! Antes de amanecer, todo rastro de tormenta había desaparecido y, a las primeras luces del alba, contemplé con tristeza los restos de mi pobre piragua. Menos mal que las tablas me dieron todavía alguna ocupación y utilidad, porque con ellas construí una especie de refugio contra los rigores del tiempo. Aquel mismo día el polluelo de Aepyornis salió completamente del cascarón. Sí, señor, y mientras yo estaba durmiendo sentí un golpe vigoroso, un leve rumor gutural y me levanté. Era el ave que, libre ya y, con una pequeña cabeza obscura, me contemplaba en actitud curiosa.

—Oh!—exclamé—Bienvenido!

Era de veras un hermoso y buen animal, del tamaño de una gallina, semejante a la mayor parte de los otros polluelos, pero más grande.

Recubría su cuerpo una lanosidad obscura y una delgada capa de plumas. Imposible es expresar el júbilo que yo sentía al ver a mi inesperado compañero. Robinson Crusoe no ha hecho hablar bastante todavía de su soledad. Yo por lo menos tenía quien mitigara la desesperante soledad de mi isla. El Aepyornis me contemplaba pestañeando y con la cabeza vuelta del mismo modo que suelen mirar las gallinas; emitió un sorprendente pío-pío y se dedicó a picotear el suelo acá y acullá como si no hubiera sucedido nada durante los siglos de atraso con que mi animal vino al mundo.

Satisfecho y todo como estaba, no dejó de preocuparme su alimentación. Empecé a ofrecerle pececillos, que tragaba glotonamente, haciéndome con el pico gestos indicativos de aumentarle la ración. Menos mal, pues en el caso de rehusarse a tal alimento, no hubiera yo tenido más remedio que matarle para comérmelo.

No puede usted imaginarse cuán interesante era aquel pichón de Aepyornis. Me siguió desde el primer día; a mi lado estaba mientras yo me entretenía pescando; cual si hubiese querido cerciorarse de que no le disfrutaría nada de cuanto llegara a pescar. ¡Y era de un gusto muy exigente! Sí, señor. En la playa abundaban unos pequeños gusanos rojos. Probó uno y lo tiró en seguida con repugnancia. Desde entonces desechó tal substancia alimenticia

iba engrosando a ojos vista. Como yo había sido siempre muy sociable, su adhesión de todas las horas me resultaba sumamente grata. Dos años más tarde éramos todo lo felices que cabía serlo en una isla desierta. No tenía yo que preocuparme sino en cuidar a mi Aepyornis que crecía, crecía...

Al fin y al cabo,—pensaba yo,—al abandonar algún día este dominio, el ave me proporcionaría un magnífico "modus vivendi" exhibiéndola en las ferias. Después de cambiar el primer pelo, se hizo muy hermosa, pues realzaba su cabeza una soberbia cresta y sobre las aterciopeladas plumas de su dorso se destacaba una línea brillante de otras verdes. Durante los días de huracán y en la estación lluviosa, nos quedábamos recluídos en el pobre refugio que construyera con las tablas de la piragua. Le hablaba entonces de mi casa, de mis amigos... Terminada la tempestad, recorríamos los contornos de la isla para ver si había llegado a sus costas algún resto de naufragio. Era, en fin, una especie de idilio. Mi dicha hubiera sido "completa" de haber dispuesto de un poco de tabaco.

Pero, a fines del segundo año, mi dicha empezó a enturbiarse. El Aepyornis medía ya cerca de cuatro metros hasta el pico. Su cabeza era tan larga y ancha como una azada y sus ojos, dispuestos como los de un hombre y no como los de una gallina; lateralmente, eran negros y contorneados de círculos amarillos. Sus plumas eran muy livianas, más parecidas a las de la cazoarina que a las de una avestruz.

Empezó, primero, a rebelarse, a adquirir un aire insolente, a evidenciar rasgos de carácter perverso. Por último, un día en que mi pesca había resultado infructuosa, se me aproximó en actitud extraña que me dió mucho que pensar. Tuve entonces dudas de que hubiese comido algas o cualquier otro producto nocivo para su estómago. En realidad estaba irritado conmigo y me manifestaba su cólera. Pero yo también estaba hambriento y cuando finalmente pude sacar del agua un pescado, creí podérmelo reservar. Aquella mañana nuestro humor estaba agriado. El Aepyornis dió un picotazo al pescado y yo le dí entonces un golpe en la cabeza para hacerle dejar la presa. Nunca lo hiciera! Se me rebeló furioso.

Aquí tiene usted la cicatriz de la herida que me hizo en la frente. En seguida empezó a patearme como un cuadrúpedo. Yo me levanté, y viendo que no tenía intenciones de sosegarse, eché a correr, protegiéndome el rostro con los brazos cruzados. Mi enemigo me persiguió alcanzando distintas veces a darme golpes en la cabeza con una violencia comparable a la de un martillazo. No tuve entonces más recurso que entrar en el agua hasta el cuello.

Detúvose el Aepyornis porque tenía horror a mojarse los pies y empezó a emitir un graznido ruidoso y continuado que me ensordecía. Después se alejó por la playa, pavoneándose. Reconocí que, francamente, me sentía débil ante aquel fósil que me dominaba. La sangre me inundaba la cara, la cabeza, el cuello. Mi cuerpo estaba herido y magullado.

Resolví dirigirme a lo largo de la costa hacia el palmar, a la espera de que el ave se calmase. Trepé a la copa de una palmera me senté y reconstruí los acontecimientos de la mañana. No recuerdo haber experimentado nunca dolor más agudo y amargura más profunda que la de aquellas horas. Podía haber previsto semejante ingratitud. Yo había sido como un hermano para el Aepyornis: más todavía, puesto que yo mismo lo había criado. ¡Un ave fósil... Imponiéndose a un hombre de este siglo! Era un colmo. En mi ofuscación hasta me pareció que el animal pensaría en la enormidad cometida y lamentaría su conducta para conmigo. Me pregunté si debía yo ir a pescar para ofrecerle algunos pescados con indiferencia. Tal vez, de este modo lo impresionaría bien. Tardé mucho para convencerme del implacable rencor de las aves fósiles... ¡Y qué rencor! No quiero contarle todas las pequeñas estratagemas que inventé para aplacarlo. Sería imposible. Cuando vuelvo a recordarlo, siento todavía ímpetus de cólera. Probé al fin la violencia. Le arrojé desde lejos trozos de coral, que él trataba de desmenuzar y tragárselos. Quise reducirlo por hambre y dejé de pes-

car para él. Pero los gusanos de la playa fueron entonces su recurso y lo iba pasando discretamente. Yo entretanto vivía tan pronto con el agua hasta el cuello, tan pronto encaramado en las palmeras. Uno de aquellos árboles tenía la altura suficiente para que mi endiablado animal pudiese divertirse picoteándome canallescamente. Aquello se me hizo insoportable. Ignoro si sabe usted lo que es dormir en las ramas de un árbol. Lo que puedo asegurarle es que yo sufría unas pesadillas espantosas. Y a más, piense usted en lo ridículo de mi situación. He ahí,—me decía.—al representante de una raza extinguida, reinando sobre mi isla como un déspota, sin permitirme que posara el pie en tierra.

¡Las cosas que le dije al monstruo anacrónico de aquel Aepyornis!... Y él, como única contestación, castañeteaba endemoniadamente el pico. ¡Oh, qué horrible aquel animal todo cuello y zancas!

No quiero decirle a usted lo que duró aquel estado de cosas. ¡Ah! Si hubiese dispuesto de medios, lo habría muerto de inmediato. Sin embargo, tracé un plan para conseguir mi liberación.

Este medio era el lazo de boleadoras que yo había visto hacer en la América del Sur. Até por las extremidades todas mis líneas de pescar con filamentos de algas marinas y obtuve una cuerda de unos doce metros, en cuya extremidad aseguré bien dos pesados trozos de coral. Este trabajo me llevó, naturalmente, mucho tiempo, porque, como siempre, debía pasar horas en el agua y otras en las palmeras, según me lo permitiera el capricho de mi perseguidor.

Un día, cabalmente desde el agua, arrojé mis boleadoras contra el Aepyornis. Erré el golpe la primera vez. Pero, en la segunda, la cuerda se enroscó en torno de las zancas que vaciló próximo a caer. Arrastrélo entonces aguas adentro y en cuanto tuvo medio cuerpo sumergido, cayó. Ahogándose estaba cuando con mi pequeño cuchillo le asesté un golpe en el cuello, resuelto a ultimarlo.

Me entristezco hoy al recordarlo. Mientras cumplía mi venganza, considerábame poco menos que como un asesino, por más que la cólera me enceguecía. Cuando me arrojé sobre él, cuando vi las arenas colorearse con su sangre, cuando vi sus enormes y hermosas zancas y su cuello estremeciéndose en las convulsiones de la agonía... No, no,... es demasiado horrible este recuerdo.

Después del drama, el tedio de la soledad me oprimía como una maldición. Usted no puede imaginarse el vacío dejado por la muerte del Aepyornis. Sentéme sobre su cuerpo, lloré desoladamente y temblaba contemplando mi islote desierto. Evoqué los primeros días del polluelo, sus primeras gracias, sus primeras astucias tan llenas de encanto, su fidelidad en acompañarme. Pregunténme por qué no traté de reducirlo a mejores sentimientos en vez de acabar con él. Si hubiera sido un hombre, no pudiera ser mayor mi conmoción. No tuve ánimo de comer su carne y arrojé su cadáver al agua, donde los peces lo devoraron poco a poco. Ni siquiera salvé las plumas.

Dudando estaba yo de si debía arrojarme al mar o seguir comiendo pescado y gusanos marinos, cuando un buque ancló en las aguas del islote para una exploración.

Vendí el esqueleto del ave al British Museum, donde se le clasificó sucesivamente como de un "Aepyornis vastus" primero, de Aepyornis máximum luego y al fin, de Aepyornis Titan.

Allá la ciencia con sus clasificaciones. Lo que no podrá negar usted es que mi aventura es de las que no se repiten.

Verandah del departamento del Kaiser a bordo del "Imperator"

La estética en el hogar

Conferencia dada por don Ramón Subercaseaux en la Universidad Católica.

Ilustraciones fotográficas

El sentimiento de lo bello

La teoría o ciencia de la belleza se halla mucho más esparcida de lo que generalmente se cree. Se la llama a veces sentimiento de lo bello, o simplemente buen gusto; pero en el fondo todo es la misma cosa; y se debe a la discreción de lenguaje o a la modestia, naturales cualidades en la gente de buen trato, el que se empleen de preferencia estos últimos términos cuando se habla de cualquiera cuestión de estética corriente o se hace, en otros términos, juicio familiar sobre la hermosura de algún objeto.

Se puede decir que todo el mundo, salvo raras excepciones, abriga este sentimiento o amor a lo bello. Hay quienes lo ostentan; hay otros que también lo abrigan aunque no saben expresar la emoción que de él resulta; hay, por fin, quienes se encuentran animados del amor, pero que por falta de suficiente instinto o de educación de arte siguen su inclinación sin tomar rumbo, o tomándolo al revés, es decir, sin espíritu crítico seguro.

Dice Carlyle que entre los salvajes de las islas se observa que lo son siempre en menor grado aquellos que gustan de adornarse con cuentas de vidrio y trapos vistosos. Es el instinto del relumbrón, la seducción del oropel precediendo a la sensación de la verdadera hermosura. Todos tenemos, pues, si se quiere, un germen, un puntillo de artista, en el supuesto de que aquellas inclinaciones y gustos traen

en su desarrollo el cultivo y adiestramiento de las facultades que nos hacen después conocer, apreciar y aún intentar producir la obra de arte.

Admitida esta verdad, se hace fácil para cada cual la formación de su conciencia de arte, en cuanto corresponde al conocimiento que se le debe y al goce que de él se espera. Es casi un deber estudiarse a sí mismo en esta materia. De este estudio, y de la observación de las influencias exteriores en el mismo orden, deduce uno su propia situación, ve sus aptitudes y se entrega después en la medida proporcionada.

No existe ni debe existir ya entre nosotros persona tan negada que no sea capaz de estimar lo bello, mucho o poco, que se produce delante de sus propios ojos, o que en torno de él falta de un modo indiscutible; tal persona sería un sordo y ciego de espíritu.

¿Es una revelación? El ha salido después de un día de ocupación y de encierro, a distraerse, a caminar. Pasa a la orilla del río o a la Alameda, y como es la tarde, se detiene un momento a mirar el brote tierno de los árboles, las perspectivas de los edificios, las aristas nevadas de la cordillera y el cielo de más arriba con sus arreboles carminosos. Ve ahí algo como un cuadro, y se figura vagamente que eso podría también pintarse. Después, en la playa de Viña del Mar, digamos, son dos los que miran hacia la hora del medio día el azul liso del horizonte y el océano tranquilo. No hay nada más; pero es un espectáculo magnífico que atrae, amarra y hace olvidar el tiempo; el alma se eleva al Dios Creador. Ambos se han quedado extáticos como aquel grupo tan conocido de la pintura de Ary Scheffer, representando a Mónica y su hijo el gran San Agustín, que miran al cielo frente al mar de Ostia. Y encontramos otra vez al hombre de trabajo, en el campo ahora, llegando a caballo, preocupado y silencioso. Va por medio de la alameda obscura que entre sus troncos descubre prados verdes y árboles en flor arrimados a casitas humildes cubiertas de carrizo. Olvida su negocio y todas sus cuitas; se pone soñador y sigue embelesado sin cuidar ni de sujetar la rienda.

Un puro sentimiento de lo bello ha ganado ya a esas almas; las ha vencido dejándolas dispuestas a nuevas y más repetidas emociones. No son almas rehacias; se dan cuenta de la impresión recibida y del motivo. Un poco más, y se moverán activamente en dirección del ideal que han descubierto. Que entren ahora dentro de ellas mismas, y que se convenzan de que en realidad posee ese noble estímulo de la belleza; que lo cultiven y lo ilustren; y que vean en seguida que esa belleza, atributo y don divino, tiene mil manifestaciones que por lo que concierne al ingenio y a la fuerza del hombre se llaman el Arte, que no duden de que el discernimiento del arte es cosa útil y de aplicación frecuente, ni de que con todo eso una fuente de aspiraciones nuevas y muy gratas queda a su libre disposición para allegar deleite a los días de la vida. Sí; hay cosas nuevas reveladas al alma y a los sentidos.

La casa

Pero lleguemos a la casa. Como el aspecto de ella no puede ya ser indiferente, habrá que mirarla con ojos entendidos, buscando ante todo la justa proporción entre el edificio que se mira y el objeto a que está destinado. Que no vaya a parecer palacio cuando se trata de una simple morada cómoda, cuando la fortuna del dueño no dispone a la vida de las grandes recepciones sociales ni a un cuerpo numeroso de servidumbre doméstica. Es mala toda arquitectura que no se armoniza con la destinación de la fábrica emprendida. Y ya que miramos la casa por fuera, convengamos en que si sus líneas no son buenas, es, sin ir más lejos, porque no hemos empleado un buen arquitecto, acaso temiendo que sea más caro que otro. ¿Se prefiere la sencillez en la fachada? Enhorabuena; pero cuidado, que las formas simples en la arquitectura son las que requieren mayor atención. Sólo un artista muy distinguido es capaz de levantar una casa de aspecto simple y severo, sin caer en el mismo defecto de la gravedad y de la pretensión que a veces notamos con prontitud en las personas que quieren presumir de personajes.

Pero no basta que sea hábil el arquitecto. Conviene que también sepa que está en Chile y construye para chilenos; de suerte que sus planos no deben ser para

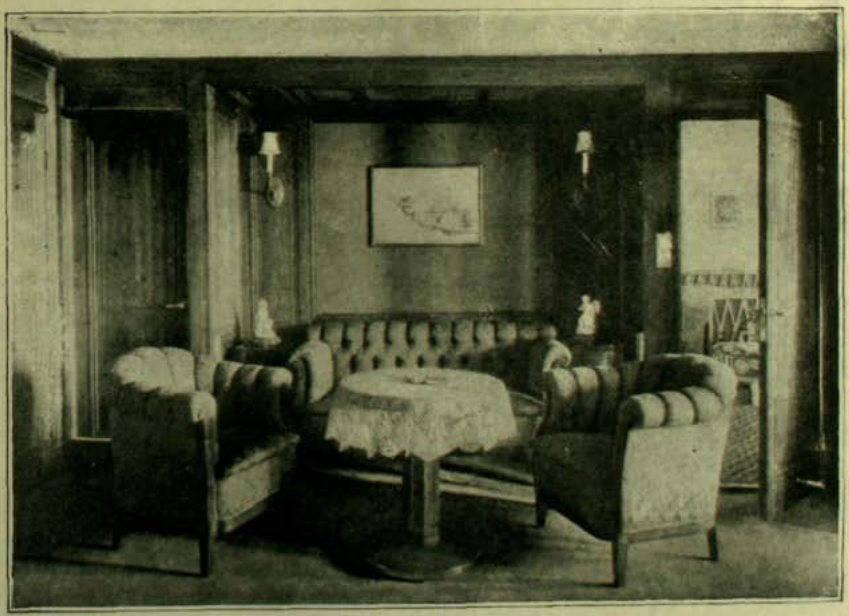
habitación de París, por ejemplo, sino destinados al clima y costumbres de Santiago o de otra de nuestras ciudades. Ni olvidemos que, entrando la arquitectura de lleno en el reino del arte, debemos decidirnos resueltamente por un estilo adecuado a la naturaleza del sitio y al ambiente de la nación. Inspirémonos en los antiguos modelos griegos y romanos, en los cuales el mármol y los estucos tomaban un gran valor ornamental, reflejando el sol o la intensa luz de aquellos cielos parecidos al de Chile.

Como, por otra parte, hay nuevos métodos y materiales que emplear, productos de la invención moderna, optemos, si nos parece o si nos obliga la escasez de espacio, por las nuevas ideas de la estética arquitectural corrientes en Inglaterra, en Estados Unidos y Alemania. Ahí florecen nuevos estilos artísticos, que, a pesar de su alejamiento de los principios clásicos, son razonables, sencillos y aún hermosos, en medio de su atrevida novedad.

La buena presencia y el decoro exterior de la casa son como la acogida sonriente que nos hace la persona a quien nos dirigimos. Entremos.

Hay un vestíbulo o **hall**, un zaguán o patio. Los primeros son abrigados y cómodos; los segundos están llenos de aire y luz y los cubre sólo el velo azul del espacio. Que cada cual siga sus preferencias. El dueño de casa, iniciado ya en las nociones primeras del arte o movido por el impulso original, por la inclinación latente y misteriosa hacia lo bello de que ya hemos hablado, sabrá sacar partido de uno u otro plan.

Y ahora, siguiendo más adentro, vamos a los salones, en los cuales basta una ligera inspección, bajo la luz mitigada, para que el ojo experto descubra por las simples apariencias de los muebles, decorados y obras de arte, la calidad social e intelectual del propietario. Las casas suelen ser iguales a sus dueños. ¿Hay armonía en los colores del ajuar, se nota selección esclarecida en los libros, en los pequeños objetos y fruslerías de las mesas y estantes, cuelgan de las paredes cuadros interesantes? Estamos en casa de gente ilustrada y bien nacida, aunque no posea gran fortuna. ¿Hay, a más, ricos artesonados y muebles antiguos de precio, puestos sobre rica alfombra de Persia, y macetas con



Una salita en las habitaciones del Kaiser, en damasco azul

flores raras? La familia tiene mucha distinción, si no mucha fortuna; no hay que dudarlo.

Pero, ¿dominan los espejos redorados y cortinajes de seda lustrosa, lucen muebles de bronce e incrustaciones flamantes, y como obras de arte esculturas italianas recientes o bronces de imitación vistos el día anterior en las vidrieras de la calle del Estado?...

No. Sepamos tener cosas buenas de verdad, o sepamos complacer por la sencillez. En estos terrenos ya no se engaña a nadie. Querría decir, no más, que siendo lo bueno muy costoso, mucho más costoso que lo relumbrante, resulta que la extremada distinción y el buen gusto sumo van parejos con el lujo. Y no es fácil decir entonces que lo recomendable es lo costoso, lo lujoso. Pero tampoco es fácil decir lo contrario, visto que la fabricación de los objetos de precio da la vida y sustento a obreros superiores y artistas que sin eso caerían en condición de artesanos o gañanes. Agregaré, para desvanecer más escrúpulos, y colocándome en punto de vista principalmente chileno, que tanto el complemento ornamental del edificio entero como en gran parte su ajuar, pueden hoy ser encomendados a artífices del país, a los cuales hay un noble gusto en ayudar o proteger.

El ajuar y los objetos de arte

Lo dicho respecto de las salas de recibo se aplica a las demás piezas, naturalmente, y muy especial al comedor de la casa, donde el convidado se divierte en el tiempo de espera mirando y remirando cuanto tiene a su alcance. Aquí, en esta pieza, eminentemente de familia y de sociedad, es donde más se requiere que todo sea elegante, cuanto se quiera o cuanto se pueda. El buen gusto ha proscripto todo relumbrón, todo destello de la pieza o de los muebles; los brillos son dejados exclusivamente a la plata o los plaqués, a los cristales y porcelanas. Los colores y la luz son discretos en el comedor; pero se deja ya de mano la antigua teoría que exigía matices sólo obscuros o negruzcos. Cosa parecida puede decirse de escritorios, salas de biblioteca y cuartos de escalera; la sobriedad y la discreción son ahí las condiciones del buen gusto, del arte del mueble y del decorado de interior.

Si pasamos ahora a las estancias privadas, a los dormitorios, comencemos por notar que la llaneza es indispensable, y que sólo cumplen bien con esta fundada exigencia las piezas de empapelado fresco, que contienen los muebles necesarios nada más, y que están desprovistos de cortinas inútiles. Un dormitorio que parezca una gran celda blanca, con muebles de líneas netas, es un ideal, en la estética y en la higiene.

Y observemos todavía, antes de pasar a ocuparnos en las obras u objetos de arte propiamente dicho, que nada hay de ocioso en considerar con seriedad este tema del discernimiento de todo un menaje de casa, dentro de los principios verdaderos del decoro y del buen gusto. Un interior feo, desarreglado, ridículo, como los hay en buen número, no atrae a los moradores; resulta que, cada cual por su lado, se escapa del hogar sin darse cuenta del por qué, y entera su tiempo en la calle, en las tiendas o en el club. En este caso, la estética no va con la higiene, sino con la moral o con otros fines o conveniencias superiores de la vida.

Entiéndase, por fin, que este cuidado de mantener dentro del requerido gusto y buen tono el menaje entero, no ha de significar gastos desproporcionados a las fuerzas de la familia. El programa puede ser realizado dentro de límites de toda moderación si se aguza el ingenio y si se consulta a la gente más competente y experimentada en la materia. Gente de esta condición, la hay y no poca, en Santiago mismo.

Al pasar esta rápida revista del amueblado o de lo que llamaremos el inventario artístico de la casa, comencemos haciéndonos esta reflexión que en cierto modo sintetiza todas las enseñanzas del caso: ni compremos ni admitamos por ningún título, objeto alguno que no tenga en su esencia un grado cualquiera de la calidad de lo bello. El dinero habrá sido fatalmente perdido, porque el objeto nos cansará y un día lo tiraremos. Mejor se ven las paredes lisas y las vitrinas vacías que pobladas de mamarrachos.

Con igual lógica puede establecerse que los cuadros, sean al óleo, a la acuarela, o de procedimiento de grabado o de foto-

Una pieza de recibo

grafía, deben de ser elegidos con sumo cuidado, y bajo consejos de artista entendido, si hay lugar. Un cuadro al óleo de regular tamaño comprado por barato, a 500 pesos, puede resultar, sin esas precauciones, de valor casi nulo, mientras que uno de mil pesos, de verdadero mérito, hace conservar, con su valor intrínseco, los mismos mil pesos que ha costado, y mucho más aún.

Se ha dicho que un jardín sin fuente o laguna es como una cara sin ojos; del mismo modo una pieza sin una imagen cualquiera que reproduzca un paisaje o escena descriptiva, o paso histórico, o por lo menos un retrato, es un lugar mudo que nada dice a la imaginación, a la inteligencia o al corazón. ¿Cómo hacer, entonces, si hay que poseer algo y no se tiene a la mano ni la persona a quien consultar ni el dinero necesario? No se corre gran riesgo en este caso de equivocarse al renunciar, por ejemplo, a obras originales y costosas. Ahí están, en cambio, las reproducciones, que hoy las hacen de todo punto artísticas, de las obras clásicas del renacimiento italiano o de épocas y escuelas posteriores; y las hay de todos precios, tamaños y condiciones. Una simple tricromía de algunas de las composiciones preferidas, por ejemplo, de Miguel Angel y Rafael, del Tiziano, del Veronese o de Rembrandt, allega una cierta grandeza imponente al sitio en que se las encuentra. Su vista y contemplación ni cansa ni puede cansar, desde que son admiradas y cada vez más estimadas desde hace cuatro siglos. El último destello de esos genios es capaz de llevar luz y confort a cualquier rincón de aposento, a cualquier hogar de la tierra, por retirado que se encuentre.

Hay temperamentos que en el arte se inclinan a la forma antes que a la línea y al color. Para ellos se inventó la escultura.

Pero no confundamos con el arte, ya que estamos haciendo el despojo de las nulidades, esos bustos del comercio y figurillas de alabastro que seducen a los eternos incautos de la estética, a aquellos que persiguen el ideal y no logran tocar más que materia de pacotilla. Desterrémoslos

de la casa; mandémoslos al campo, más allá del campo, esos malos productos de mala industria.

Formemos, pues, nuestra colección con todo cuidado, y sin olvidar que no es mucho dinero lo que necesitamos para acertar dentro de las condiciones relativamente modestas que nos corresponden. Discernimiento y buen consejo es lo principal. En esta preocupación resultará no haber nada de superficial o inconveniente; al contrario: los de casa y principalmente los niños reciben influencias misteriosas del arte, transmitidas hasta por los más pequeños objetos; justo es entonces que estas influencias sean levantadas y oportunas. Una escena infunde ideas de heroísmo, otra da lección de caridad, otra magnifica al patriotismo y la fuerza. Una estampa liviana o mal intencionada puede, por su parte, ser como una mala compañía, y guiar al camino de la disipación, de la perversión, y abrir brecha en el hogar.

Hay un objeto de arte que no falta en casa alguna. Se le encuentra en las piezas de recibo y en el escritorio; domina en los interiores. Muchas veces es obra plástica de pintura, pero más generalmente lo es de escultura y tiene por materia el marfil o la plata, el bronce o las maderas preciosas. Cuelga de las paredes en la testera de honor o señorea sobre la mesa de trabajo. Es el crucifijo, o la imagen del eterno amigo que abre los brazos.

Nada más natural entonces que poner esmero en la selección del crucifijo. Los más grandes artistas dedicaron en todo tiempo su empeño a descollar en pinturas o esculturas de este fin que, a la vez de satisfacer su inspiración, da modelo y ocasión ininterrumpida de trabajo al artífice. Esos grandes artistas se llamaban, a más de los que he nombrado, Van Dyck, Velázquez y Rubens. El modelo más celebre de crucifijo en escultura es el de Juan de Bolonia. No es indiferente, señores, encontrar en buena forma, desde la mañana, la amada imagen que encamina nuestra invocación diaria, y ante la cual tendremos que deponer, antes de dormirnos, por lo menos un eco de injuria, un resentimiento, un desengaño grande o pequeño de los que componen la trama ordinaria de la vida.

Y, del mismo modo que al simple rezo del Padre Nuestro sigue el Ave María, la iconografía del hogar trae casi en igual predilección que el crucifijo las imágenes de la Virgen. ¿Alguien ha visto una casa en que no se encuentre, rodeada de cariñosa veneración, la figura celestialmente maternal que ha movido en el mundo a los primeros genios de la poesía, de la piedad y del arte? El mal gusto, la pura trivialidad, son imperdonables, si aquí llegan a dominar en vez de una preferencia acertada. Las reproducciones y copias son innumerables, fuera de los originales más o menos meritorios, que ponen al alcance de todos una buena imagen de la Virgen. Salta al recuerdo entre muchísimas la figura encantadora de la Madona de San Sixto y la gloriosa escena de la Concepción de Murillo. Esas creaciones del arte tocan en los confines de la belleza absoluta, lo cual no obsta a que los hábiles procedimientos del fotógrafo y del impresor las multipliquen, en reducción naturalmente, hasta hacerlas obras de esparcimiento popular y de goce fácil y verdaderamente universal.

La música

La educación que hace la obra de arte plástico puesta continuamente a la vista, es completada por la música que llega al oído repitiendo sin cesar sus ondas de variados sonidos que originan sentimientos. Y la emoción primera que comunica este arte impalpable y divino no es menos profunda y durable que la de la imagen ya considerada.

Por eso, la casa donde ha penetrado el justo aprecio y conocimiento que se merece el arte, adopta y fija su criterio musical, y no se aparta de él; ahí es sabido que del piano, del canto, del violín, nacen influencias e impresiones que no quedarán en la sola superficie del ser impresionado o influenciado. No es del caso traer ejemplos y citas de la importancia que en todas épocas y lugares ha ejercido pública y notoriamente el arte de la música. Voy a recordar, no más, que el historiador Polibio atribuía, ya más de un siglo antes de Jesucristo, la decadencia en que había caído el pueblo arcadio a la falta de las buenas influencias musicales de que antes había sido objeto. ¿Qué de extraño, entonces, que las piezas fútiles, por ejemplo,

sacadas de opereta o de los bailes del día, encaminen los gustos de los niños, y aún de los que ya no lo son, a la futileza? Cuánto es natural, por otra parte, que la música seria, venga de la ópera o de otro género del repertorio de los grandes autores, eleve el gusto y guíe a la imaginación y al sentimiento hacia lo pulcro, lo noble y lo santo!

El hogar que ya se encuentra animado por el prestigio del arte cambia de ambiente interior; pero entendiéndose otra vez que el arte se ha hecho general mediante el cultivo que de ellos mismos y de sus facultades han hecho los morado res. Este ambiente de arte es mantenido de una manera constante por el ejercicio de la música. Por la mañana se oyen las escalas y estudios que dan flexibilidad a la mano y prontitud al ojo. Luego se deja oir un trozo de Chopin que también parece estudio, y que en realidad es pieza de gran belleza melancólica y como una estrofa de poesía penetrante, expresada en voces rápidas y tenues. ¿Quién estudia seriamente el piano sin practicar ante todo las producciones de ese compositor, todas admirables y variadas, en medio de su aparente similitud?

Podría llamársele el rey del piano a Chopin, si no se opusiera la sombra dominante de aquel genio inmenso que en el reino del piano como en el de la música entera no admite ni superior ni igual. Beethoven está encima de todos los autores; y en el hogar, como fuera de él, ha de imperar, quizá para siempre, su peregrino arte de pasmosa belleza, de inagotable riqueza, de inspiración extraña. Parece que su música se oye con los sentidos del alma, en la cual penetra como en el cuerpo lo haría la garra de un león.

Véase la expresión que en su fisonomía demuestra el oyente. Se ha recogido, se pone algo pálido y arruga el ceño; calla, mira a lo alto y le cuesta no abrir los brazos y manos; en seguida agacha la cabeza cerrando los ojos y oyendo los latidos de su propio corazón. Es la música de Beethoven.

El cuarto de vestir, en una casa a la moderna

Sonríe con malicia inoportuna y sin sentido; menea el cuerpo siguiendo el compás y haciendo sonar pueril mente el taco y la planta del pie. Es lo que se llama música ligera. ¿Cuál de los dos géneros, cuál de los dos extremos, si se quiere, es el que ha de predominar en el hogar donde ya ha entrado el arte, impregnándolo con sus verdaderas, bien intencionadas y sanas deducciones?

La música clásica es la base. Acaso es más difícil estimarla y amarla desde la primera audición; pero luego se impone sin esfuerzo; y cuando ya se deja ella conocer a fondo y en la infinita variedad de su reino, el alma no se siente fácilmente emocionada por otra música, por las que demasiado de ella se apartan, por lo menos. Es un error creerla más difícil de ejecución que cualquiera otra; antes, los grandes autores se han complacido en alternar sus magníficas sinfonías y sonatas con trozos de sencillez infantil de belleza cristalina, que pueden estudiar en la casa las niñas que se sientan al piano nada más que con el maestro al lado. Las sonatinas de Mozart y de otros clásicos son piezas encantadoras, de melodías y armonías que cautivan desde la primera vez, sin ninguna complicación ni obscuridad. Ejercen influencia buena en el espíritu y llenan la casa de emociones alegres; parece que limpiaran el ambiente interior de toda mancha.

El arte en la vida y en las costumbres

Aún no ha sido nombrado, en este corto análisis de las cosas buenas y bellas de la habitación, el jardín y la flor, que tan justamente seducen el alma y los sentidos. El gusto ilustrado, sin embargo, y el cultivo bien entendido en esta materia, han progresado más entre nosotros que en las otras materias que he venido tocando. Aquí hay un arte, fino y predilecto, que es suerte ver surgir sin necesidad de estímulos y enseñanzas especiales; cada casa quiere tener jardín; y se admite que los que no saben admirar una planta o una flor no son capaces de admirar nada.

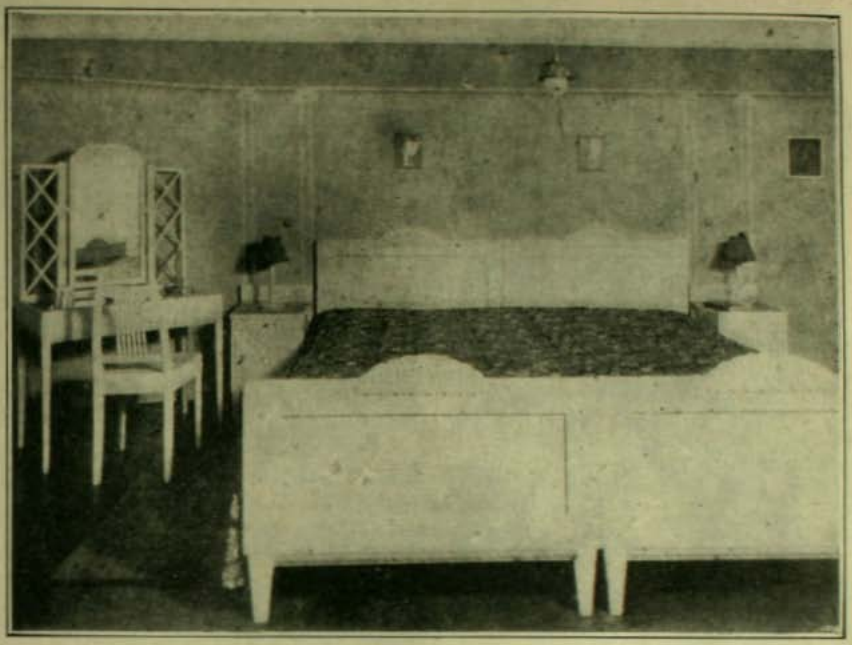
Pero la familia de alta cultura, y sus miembros más pulidos en inteligencia y sentidos, ponen su verdadero embeleso en el jardín; plantan y guían ellos mismos el ramito o pie de las especies que han escogido, y espían el momento del florecimiento para coger con satisfacción orgullosa la rosa, el lirio o la rama de lilas que esperaban.

La flor, pues, obra maestra y alhaja del reino de la naturaleza; la planta de hojas lindas, pintadas, aterciopeladas o lustrosas; el jardín entero tomado como elemento decorativo que hace juego con la arquitectura y da variedad de colores en el césped y en los macizos, han de completar, y en modo brillante y mil veces grato, el cuadro de las hermosuras del hogar. En el jardín hay también lecciones útiles que recoger; hay enseñanzas científicas para el estudioso, para el observador. Hay resortes que tocan blandamente la sensibilidad y abren por medio de ella, al espíritu, el camino que sube a la contemplación y que llega, subiendo más y más, hasta el convencimiento instintivo de la existencia del supremo artista, del Dios autor de todo primor.

Pero, ¿dónde no entra el arte, dónde no hay sitio ni ocasión de sentir su voz argentina y mesurada, su influencia, su infiltración?

Ya hemos discurrido, haciendo la crítica del comedor de la casa donde se encuentran reunidos, a horas fijas, los deudos y los amigos. Si antes desechamos todo objeto de color chillón y de forma desapacible, como que serían en el ajuar muestra de mal estilo y de gusto advenedizo, más razón hay ahora para condenar, sea en el servicio ordinario, sea en el día de convite, el exceso de manjares, la demasiada variedad de platos, la profusa exageración de los postres y los dulces. No son famélicos los amigos que llamamos a nuestra mesa. Ni son bebedores insaciables; antes seguramente hemos hecho agregar asientos para hombres y señoras de educación no inferior a la nuestra, a quienes se hace el agasajo y se ofrece el regalo de una comida que forzosamente ha de ser menos delicada cuanto más abundante. Los soberanos, los más grandes, ricos y elegantes personajes, cuando convidan a su mesa, ofrecen platos seguramente muy buenos, viandas admirablemente preparadas, vinos escogidísimos; pero nunca pensaron en que el honrado huésped se retirara ponderando la cantidad de guisos que le había tocado.

Del arte de hablar o de mantener el diá-



Dormitorio, de blanco

logo y la conversación, del arte de salir de visita o al paseo y espectáculo, del arte de bailar, tendría no poco que decir dentro de las ideas o reglas generales que han quedado diseñadas. En todo y para todo existen maneras especiales que forman conjunto, y completan el carácter y sello. Aquellos que vemos envolverse ya en el nuevo ropaje son los que han comprendido por completo la lección esencial del arte en la vida y costumbres. Existe positivamente hasta un modo de andar que exterioriza tales disposiciones y hace pensar en el acto en la calidad, no inferior, del caballero o señora que lo usa.

La indumentaria es el complemento visible, la marca más clara, personal y auténtica de la persona que se revela a sí misma. A fuerza de ser cosa superficial, el vestido llega a ser todo lo contrario; es decir que por él, por su corte, su color, su calidad y su adaptación, se da a saber de un modo instantáneo la condición y la esfera de quien lo lleva puesto. La moda no es un soberano absoluto; podríamos llamarla soberano constitucional. Sabe dejar campo, la veleidosa reina, a las exigencias individuales, a los variados tipos y temperamentos, sobre todo de las mujeres. Quien la sigue a ciegas no tiene personería suficiente, carece de idea y de plan propios, y ni sabe bien lo que es moda. Un sastre principal de Europa decía una vez que su secreto estaba en no adelantarse nunca, sino en seguir más bien con un estudiado retraso los dictados de la moda. Hoy, por ejemplo, parece que la reina se hubiera vuelto loca. ¿Cómo seguirla entonces y obedecerla sin reparo?

La mujer que posee la facultad de sentir y apreciar lo bello y lo feo, y que así comprende el arte de la moda (porque aquí también hay arte innegable) no se adelanta nunca; espera, por lo contrario, con atinada paciencia y discreción, que pase el mal momento, que vuelvan las ideas tranquilas; contemporiza, sabiendo no llamar la atención ni por avanzada ni por rezagada en sus determinaciones. Consiste la razonada elegancia en cumplir la condición que reclamaba San Francisco de Sales, el ilustre obispo de Ginebra: que la

Comedor en palisandro, tapizado de verde, lámparas de amarillo claro, alfombra de terciopelo café

gran dama verdadera no fuera ni la primera, en el vestir, ni la última.

Este importantísimo vestir femenino tiene que ser muy variado. Va, entre nosotros, desde el porte del manto hasta el complicado atavío del baile. El manto, que es empleado como traje de mañana y para asistir al templo, comunica un aire digno y compuesto a la mujer la cual (no necesita le sea declarado en conferencia) se ve decorada, entre los pliegues negros, de un cierto fúlido y tinte misterioso, nada exento de gracia. Es la vestal cristiana, clásica de envoltura, dulcemente majestuosa en el movimiento, fija de mirada y recta de intención. En manera del todo opuesta, el vestido de baile y sarao es de color claro, rico y vistoso, y sobre todo costoso. Es menos sentador que el manto, aunque parezca paradoja decirlo, y lo es menos aún, fuera, naturalmente de explicables excepciones, cuando el aderezo trae una escotadura pronunciada.

Ved, pues, señores, que el puntillo aquel de arte o del estudio de la belleza, viene apareciendo por sobre todas las fases del vivir. Es seguro que un observador fino puede encontrarlo hasta en el modo de saludar de la gente, hasta en la pronunciación y fuerza que se emplea en el hablar, entendiéndose digamos de paso, que es vulgaridad de educación el decir demasiado en alto diálogos o gritar en la conversación usual, cuando no hay motivo que lo justifique.

Seguir como norma en toda materia los dictados y principios de lo que es hermoso en lo material y en lo metafísico, es la manera de elevar y hacer más grata la existencia. Y lo hermoso en lo metafísico es lo bueno, supuesto que no puede en este reino ser hermoso lo que es malo. Acrecentar el valor de este hecho y ponerlo aunque sea muy deficientemente, en evidencia ante vosotros, es lo que he pretendido en la presente ocasión.

Acaso habría creído, viendo la novedad que el asunto trae, que más valía considerar por ahora temas de más segura y admitida importancia y oportunidad. Pero me ha animado el ver cómo en otras partes algunos grandes autores, algunos grandes hombres, diré, no tuvieron reparo en abordar especialmente el estudio y difusión, por el pensamiento, por la letra y la palabra, de las obras de belleza, en cualquier estado en que se produjeran. Repetir aquí el empeño es seguir, dentro de la correspondiente modestia, la estela que dejaron Ruskin, a quien hoy se elevan monumentos en Inglaterra y en Italia; Taine, el historiador y filósofo; Thiers Presidente que fué de Francia, y Víctor Hugo, el gran poeta.

Los Viejos Estandartes Británicos

Con ilustraciones

¡La bandera del regimiento! Esta simple frase basta para acelerar los latidos del corazón del soldado y para humedecer los ojos del espectador que ve desfilar las tropas que marchan a la guerra! Ella simboliza el honor de la fuerza armada, las glorias de la patria y la unidad de sus defensores.

Las viejas banderas es la historia flameante de los hechos heroicos de un país, y llevan en cada arruga un recuerdo de combates, y a través de cada uno de sus agujeros se imagina una escena de lucha desesperada por la posesión de la insignia guerrera.

El viejo estandarte del 2.° de infantería de Oxfordshire

Entre los antiguos estandartes británicos el de apariencia más magnífica es tal vez el de la Household Cavalry, formada por el 1.° y 2.° regimiento de

Del 30.° regimiento (2.° de somersetshire)

Life Guards y del Royal Horse Guards. Estas tropas pelearon bajo las órdenes del general French en la guerra anglo-boer. La antigüedad de estos cuerpos remonta, al igual que los granaderos de la guardia y los del Coldstreams, a 1660. En Waterloo, estos tres estandartes flamearon sobre el monte St. Jean y el comportamiento de sus hombres mereció una mención especial del duque de Hierro, Wellington.

La famosa brigada de la Unión, compuesta por los tres regimientos de

Banderas del 75°, llamados los salvadores de la India

dragones, los Reales, los Escoceses Grises y los del Juniórskillings, cuentan también con gloriosos estandartes. De ellos es el lema: "Nunca segundos" y el otro "Nemo me impune lacessit": "nadie me ofende impunemente."

Pendón y banderas de los Reales Escoceses Grises

Bandera de los Granaderos de la Guardia

El estandarte de los granaderos de la Guardia tiene entre sus inscripciones nombres históricos como Waterloo, Inkermann, Sebastopol, y los de la campaña de Sud-Africa.

Entre los gloriosos pendones que las balas han acariciado rudamente, se

Estandartes y pendones de las trompetas de la Horsehold Cavalry

cuenta el del 2.° batallón de Oxfordshire de infantería, uno de los que cubrían la guarnición de la India. ¡Cuántos recuerdos trae su nombre! Ciudad Rodrigo, los porfiados avances y retrocesos de la campaña de Portugal y España, y el largo día de Waterloo!

Otros estandartes de descolorido damasco han salido esta vez a refrescarse a las rachas de los combates; y las banderas que antes entrechocaron tantas veces, la listada de Inglaterra y la tricolor de Francia, se enlazan ahora con igual fuerza a la de sus antiguas rivalidades, para afrontar a los terribles pendones de las águilas imperiales.

Un trozo del estandarte del batallón de Middlesex

Los Orígenes de la Cenicienta

Por A. BOSSERT

Es sabido que Perrault nada inventó; pero, ¿su gloria es por esto menor? Al contrario, su mayor mérito ha consistido en repetir fielmente lo que oía contar a su derredor. No hay duda que se habría sorprendido muchísimo si le hubieran dicho que los "Cuentos" que escribía para entretenimiento de su hijo le conducirían a la inmortalidad con más seguridad que sus grandes "Paralelos de antiguos y modernos", y esta ignorancia en que estaba respecto de sí mismo fué probablemente para su genio una condición más de espontaneidad. Acaso si hubiera sabido que su obra pasaría a la posteridad, hubiese querido acicalarla más. Felizmente nada de esto hizo, reduciéndole a recoger con toda sencillez lo que brotaba desde siglos atrás de boca de las madres.

Por lo demás, ¿quién se atrevería a inventar un cuento para niños? ¿Quién podría descubrir en lo maravilloso inherente a tal género la justa ponderación de lo que no deja de ser verosímil, y por así decirlo, natural? El niño no se extraña de ver a Pulgarcito ponerse las botas de siete leguas, o a la Bella dormida en el bosque despertarse de su largo sueño al beso del héroe joven que trae de nuevo la primavera. Sólo la tradición popular es capaz de obrar tales milagros, y el escritor que pretendiera hacer otro tanto, correría el riesgo de caer en invenciones sosas o absurdas.

¿Pero dónde comienza la tradición misma, y cómo se propaga? Es ella como un manantial que ha corrido bajo tierra un largo trecho antes de aparecer en la superficie, que se esconde por momentos bajo el musgo o el follaje para brillar de repente al sol y atraer a sí los hilos de agua que halla a su paso. El tema del Pájaro azul, que ha sido renovado por Mme. d'Aulnoy, se encuentra ya en María de Francia, una poetisa del siglo XIII. La historia de la Bella dormida en el bosque es un antiguo mito escandinavo. Es probable que nuestros cuentos más bonitos, aquellos que tienen realmente el sello popular, remonten a una gran antigüedad, a una de esas épocas que llamamos la infancia de la humanidad, por estar tan alejadas de nosotros aunque en realidad estuvieran ya en un estado de civilización tan avanzado como el nuestro.

La zapatilla de cristal de Cenicienta, aquella zapatilla tan pequeña que sólo su pie podía caber en ella, era conocida desde hace más de dos mil años. Perteneció primero a una cortesana, eso sí que hay que advertir que antiguamente las cortesanas no eran menospreciadas, sobre todo como ocurría ordinariamente cuando eran hermosas. Se llegaba hasta levantarles estatuas, se les erigían altares, por considerarse la belleza como una perfección y toda perfección como un símbolo de la divinidad. Un retórico del siglo III, llamado Eliano, que vivía en Roma pero que escribió en griego, cuenta que Rodopis o la Bella de rosadas mejillas, se bañaba un día en el Nilo. Había dejado sus vestidos y su calzado en el ribazo, al cuidado de su servidumbre, cuando ocurre que un águila se precipita desde el cielo sobre uno de los zapatos y vuelve a elevarse con él. Era la hora en que el rey Psammético hacía justicia rodeado de sus consejeros delante de su palacio. Deslizándose de entre las garras del águila, el zapato cae a sus pies. El rey lo examina, admira la fineza y la elegancia de la obra, y como dice el texto griego, el ritmo de la delicada prenda. Piensa además que el vuelo del pájaro tal vez haya sido dirigido por una voluntad superior. Al punto, olvidando a sus conse-

jeros y a los litigantes da orden de buscar por todo el reino a la mujer que tenga en su poder el otro zapato, y se casa con ella. Rodopis sobrevivió a su marido; reinó siete años aún, y su cuerpo fué depositado en la tercera de las pirámides de Giseh.

Aún la antigüedad conocía otra Rodopis, no menos célebre que la primera, aunque de historia menos fabulosa. Herodoto la hace vivir cerca de medio siglo, más tarde, bajo el reinado de Amasis. Cuenta que ella fué primero la compañera de esclavitud del fabulista Esopo en Samos; què su dueño Xantus la llevó a Egipto a ejercer el oficio de cortesana, y que el hermano de la poetisa Safo, Caraxos, la compró y le devolvió la libertad. También ella quiso legar su nombre a la posteridad, consagrando su fortuna a fabricar asadores tan firmes como para quemar un buey entero y los ofreció al templo de Delfos, donde Heródoto asegura haberlos visto apilados detrás del altar.

Heródoto nos enseña que ya en su época las dos Rodopis se confundían en la memoria, o al menos que se atribuía a la segunda lo que la tradición conservaba de la primera. Tales asimilaciones no son raras en la leyenda. Muy pronto no quedó de la Bella de rosadas mejillas más que el recuerdo de una joven condenada al trabajo de las esclavas y ascendida de repente al rango supremo. Y en el porvenir, de acuerdo con la época, ella deberá su cambio de fortuna bien a la protección de Venus o bien a la varilla mágica de un hada. Si ella tiene enemigos, o por lo menos envidiosos, la conciencia popular sabrá humillarlos. Pero el instrumento de su elevación será siempre el trabajo maravilloso y la revelación más maravillosa todavía de un minúsculo zapato: eso será el centro invariable del relato. El cuento tiene su lógica particular: gusta de lo maravilloso, pero como no cae nunca en la extravagancia, es natural a su manera. Tampoco le falta su moraleja: cualesquiera que sean las aventuras a que someta a sus héroes, sin presentarles muy fácil el camino de la virtud, no soporta ante todo que triunfe la injusticia.

Una vez fijados los puntos principales del cuento, los detalles se agruparán diferentemente en el curso de las edades, y aún se le agregarán elementos extraños. Guillermo Grimm declara en el prefacio de su colección de cuentos, la más completa que se haya hecho, que se atuvo sobre todo a la tradición oral, y cita especialmente a una campesina de los alrededores de Cassel cuyos relatos seguía pluma en mano. "Aquel, decía, que se sienta inclinado a creer que la tradición está expuesta a alterarse fácilmente, que ella debe perderse tarde o temprano por la negligencia de aquellos que hacen de depositarios, ese debió oir con qué exactitud escrupulosa ella se ajustaba al dictado de su memoria. Jamás cambiaba nada al repetir un cuento, pero se interrumpía cuando notaba que se le había escapado una falta. El apego a la tradición en las gentes que perseveran por mucho tiempo en un mismo género de vida, es más poderoso de lo que nosotros podemos imaginarnos en nuestra mudable naturaleza de hombres cultos." A la larga, sin embargo, y a medida que la tradición pasa de boca en boca, es imposible que la imaginación no recobre sus derechos, y el mismo Grimm declara que ha debido combinar tres versiones diferentes para sacar de su cuento de Aschenputtel la Cinicienta Alemana.

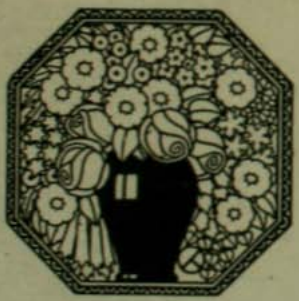
En las modernas versiones del cuento, los males tratamiento que la Cenicienta se ve obligada a soportar, le son infligidos por una malvada madrastra y por las dos hijas que ésta trae a la casa y que son tan malvadas como ella. El padre es un hombre débil, o se convierte él mismo en cruel con Cenicienta. El cuento alemán comienza con estas palabras: "Un hombre rico tenía enferma a su mujer. Cuando ella sintió que se aproximaba su muerte, llamó a su hijita única a su cabecera y le dijo: Hija querida, sé siempre buena y piadosa, que el buen Dios te protegerá, y yo velaré sobre ti desde el cielo y estaré "a tu lado". Dicho esto, cerró los ojos para siempre. La niña iba cada día a llorar sobre la tumba de su madre, y siguió siendo piadosa y buena. La llegada del invierno cubrió la sepultura con un blanco sudario, y cuando el sol de primavera hubo retirado este manto, el padre tomó otra mujer por esposa."

La madre es aquí el hada bienhechora. Cuando "Aschenputtel", la noche del baile en que ha quedado sola en casa, se dirige al sitio en que ordinariamente da curso a su pena, un pájaro que baja del cielo deja

caer a sus plantas un traje magnífico y un par de chinelas bordadas de oro. El toque de media noche que la hace volver a su primitiva forma, está en Perrault. En el cuento alemán, el príncipe trata en vano de retenerla en el baile; pero ha tenido además la peregrina idea de hacer cubrir la escalera con untura de pez, en la que una de las chinelas se queda pegada. Según Mme. d'Aulnoy, Finette Cendron, "queriendo llegar a casa antes que sus hermanas, deja caer en su apresuramiento una de sus zapatillas en el camino real". El príncipe se la encuentra al día siguiente al salir de caza, y desde este momento, "no come, se pone triste y abatido". Se le echa a la cama, poniendo la zapatilla bajo su almohada, y los médicos, "después de observarlo durante tres días y tres noches sin perderlo de vista, llegan al fin a la conclusión de que está enamorado". Ya se ve que eran los tiempos galantes del Gran Rey.

El cuento no olvida a las dos hermanas. En el de Grimm, al dirigirse a la iglesia el cortejo nupcial, dos se precipitan sobre ellas y les sacan los ojos. Es demasiado cruel. La Cenicienta francesa, "que es tan buena como bella", las perdona y las casa con dos caballeros de su corte

Todas estas variantes que no alteran el fondo original, muestran solamente lo perdurable de la tradición. Atravesando los siglos, parece desaparecer un instante para renacer bajo una nueva forma, acomodándose siempre a las costumbres y al espíritu del tiempo. Se detiene en la amable heroína que es familiar a nuestros hijos, y remonta en su nacimiento hasta la Bella de rosadas mejillas que duerme en una de las pirámides de Egipto.



La Estación Central

SANTIAGO EN 1890

(De un artículo de Teodoro Child en "The Harper's Magazine")

Con ilustraciones

Tomando muy en cuenta las costumbres que prevalecían en tiempo de los filibusteros, la capital de Chile fué ubicada en el interior del país, al pie de la gran cordillera de los Andes, y en la actualidad a una distancia de cuatro horas en expreso de Valparaíso. Es una agradable y opulenta ciudad, altamente favorecida por el clima, y destinada a ser con el curso del tiempo una de las más importantes ciudades del hemisferio sur.

Al presente pasa por un periodo de trancisión.

El pavimento de sus calles es muy irregular; palacios y casuchas están pared por medio; el poco cuidado que se presta a los paseos y jardines les da un marcado sabor provinciano; los edificios públicos tienen en pocos casos un estilo arquitectónico propio; los hoteles son demasiado poca cosa para una capital como ésta, y sus casas de comercio carecen de las comodidades y del cachet que exigen las modernas ideas comerciales. Sin embargo, Santiago es el Paris de Chile, adonde se vuelven los ojos del provinciano y adonde van a gastarse tarde o temprano las grandes fortunas.

El clima es delicioso, visto que el invierno dura sólo cuatro meses y la temperatura no oscila más de los 70 grados Fahrenheit a los 52°, y que el

sol luce varios días de la semana hasta en lo más avanzado del invierno.

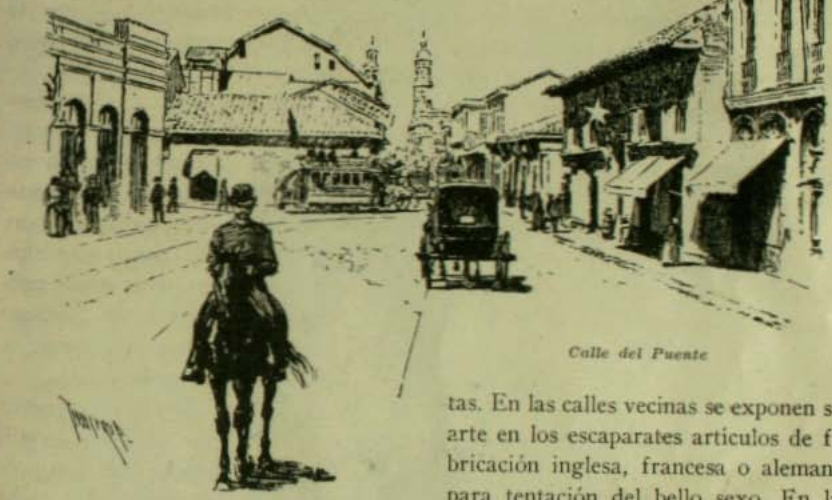
La planta de la ciudad es el acostumbrado tablero colonial, con la plaza al centro de una serie de manzanas simétricas. Dos costados de la plaza tienen portales donde se vende géneros y flores. El Correo es un edificio distribuído al estilo norte-americano, servido por atentas señoritas y por empleados que aquí como en los demás países de hispano América se empecinan en disputar a la mujer puestos indicados para ella.

La plaza es el centro del movimiento santiaguino, el término de la carrera de los tranvías, la gran estación de coches, el paseo de lujo de la tarde, mientras toca una banda en el kiosco de la música. ¡Qué aspecto tan alegre tiene una plaza latina! ¡Y qué rol tan importante desempeña en la vida de una ciudad! ¡Y cómo se compadece a nuestros pueblos sajones que no han sabido seguir este sabio precepto de los antiguos españoles que por primera medida dotaban a sus poblaciones de una ancha plaza, que viene a ser para ellos como el corazón de la ciudad donde repercuten sus placeres y sus negocios, a semejante del antiguo Foro romano!

La Plaza, la Catedral, la Municipalidad, la Intendencia, representan la invariable decoración del centro de una ciudad hispano-americana, e invariablemente será el punto de más entretenida concurrencia. La plaza está plantada de árboles y provista de escaños para ofrecer sombra y descanso a los ciudadanos, a las madres, a las nodrizas; a los grandes como a los chicos. La Plaza de Armas de Santiago es de holgada proporción y adornada

Arzobispado y Catedral

con hermosas plantas que le dan bello aspecto y exquisito perfume. Los jardines están protegidos por guardianes, a los que se encarga de cerrar cada noche a las diez en punto las rejas de la plaza; porque, como me lo decía una señora irlandesa que vino a Chile hace muchos años a dirigir un asilo para huérfanas: "El vicio nacional es el robo. Las medidas de vigilancia son indispensables".



Calle del Puente

A la hora del paseo dan vueltas alrededor de la plaza lujosos coches y victorias, tiradas por lindos troncos, en contraste con los caballejos de miserable aspecto de los carruajes de alquiler, que maneja el menos recomendable y el más estúpido auriga, sentado bajo un miserable capote en el pescante del coche.

La chilena no entra nunca a la iglesia sin cubrirse con el manto, que las viste uniformemente de negro, ciñéndoles la cabeza en una orla obscura que hace resaltar la blancura de su tez y el brillo de sus ojos. Este traje no excluye, sin embargo, la elegancia ni cierta coquetería, y del conjunto se escapa un encanto particular al menor movimiento del austero tocado.

La plaza está llena de "baratillos" en que se venden cigarros, flores, artículos menudos y frutas. En las calles vecinas se exponen sin arte en los escaparates artículos de fabricación inglesa, francesa o alemana, para tentación del bello sexo. En las librerías resaltan las obras francesas, entre las que están incluídas las más escandalosas del género.

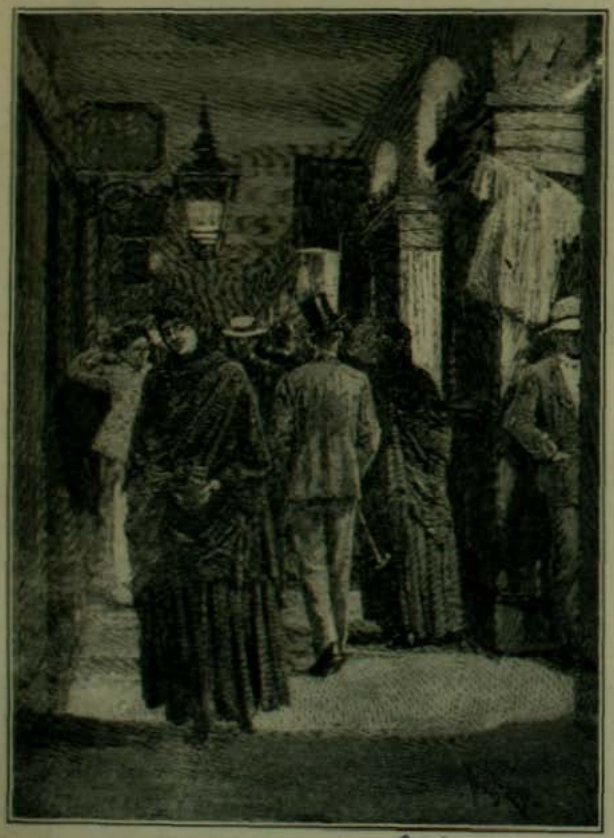
Volviendo a los negocios, se hace notar como rasgo de la indolencia criolla, el poco tiempo que permanecen abiertos; se dedica el menor tiempo posible a los negocios y el mayor que es posible al fumar, a la charla, a la meditación devota. No es éste un reproche; es simplemente la comprobación de que el temperamento chileno es contrario al madrugar, al esfuerzo continuo, a la energía excesiva.

Se muestra en el criollo una tendencia, por fortuna en camino de co-

rregirse, hacia la indolencia y el desaseo, a pesar de su afición de considerarse como los yanquis de Sud-América, y la república más progresista desde el Cabo de Hornos al Mar Caribe.

En la Biblioteca Nacional, con sus 70,000 volúmenes catalogados y sus 25,000 manuscritos de historia americana, encontré nueve lectores. Algo que me llamó la atención es que los empleados de un establecimiento donde se guardan manuscritos valiosos para la nación, no se despegaban el cigarro de la boca, y aquí, como en los tranvías y en los trenes, se ve absoluta libertad en el uso del cigarro. Si no se fuma en la iglesia creo que será porque van pocos hombres a ella.

Habia visto ya la plaza y sus alrededores, y no dejé de encontrarle cierto carácter original. Las demás calles, interminables, y cruzadas a trechos irregulares por otras calles, me parecieron suficientemente monótonas. Cuando hube visto dos o tres calles, la plaza, la Alameda y el Cerro San Lucía, había visto ya toda la ciudad; el resto es la ciudad vulgar; extendida en un espacio de varias millas cuadradas, porque Santiago ocupa una irrazonable proporción de terreno comparativamente a su población.



En el portal 1890

Desde la guerra con el Perú, según parece, las mujeres son empleadas como cobradoras en los tranvías. Su uniforme consiste en un sombrero varonil, un portamonedas y un delantal blanco; lo demás queda al gusto o a los recursos de cada cual. Este es el único país del mundo en que he visto a las mujeres en semejante ocupación.

Los teléfonos son verdaderamente po-

pulares en Santiago, pues sus hilos innumerables atraviesan sobre sus principales arterias, sin aumentar en nada su belleza.

La mayor parte de las casas son hechas de "adobe", o sea ladrillos cocidos al sol, y el segundo piso, cuando lo hay, de "caña de Guayaquil", ornamentadas sus paredes en mucho o en ningún grado. Generalmente se las construye de un piso, y en el mayor espacio posible, por temor a los temblores. Muchas son de proporciones patriarcales, con habitaciones para tres generaciones de la familia, y un comedor para cincuenta o sesenta personas. Muchas de estas casas tienen considerable mérito arquitectónico, y ostentan, además, verdadero mármol. ¡Pero la mayoría!... ¡Ay! desde que don Pedro de Valdivia fundó a Santiago, hace trescientos cincuenta años, sus habitantes no han tenido tiempo de crearse una personalidad distintiva, y han preferido ir a buscar su inspiración en los templos griegos del siglo de Pericles y en los castillos medioevales de la época de las cruzadas, como se manifiesta en el edificio del Congreso, en la Catedral y en las torres del Santa

La "conductora"

Lucía. Una ausencia semejante, no sólo de originalidad, sino también de las más elementales ideas de adaptación a un fin útil, a la comodidad, etc., se manifiesta en muchas mansiones particulares que la riqueza o la vanidad han erigido. Un señor tiene una casa al estilo de Pompeya, otro se ha hecho construir un sombrío edificio de un falso estilo Tudor, y otro ha querido ser más original y ha pedido un palacete turco-siamés con cúpulas y minaretes. La más suntuosa mansión de Santiago, la de la señora Isidora de Cousiño, está más desprovista de originalidad que las otras. Es una valiosa construcción de dos pisos con pilastras jónicas y capiteles de fayenza azul y amarilla a lo largo de la fachada. El jardín que rodea la casa también recuerda la horticultura europea.

Esta casa ha sido proyectada por un arquitecto francés, y decorada y amoblada por artistas y artesanos franceses. Y eso está aquí, a centenares de centenares de millas de Europa, en un país que tiene su flora y su fauna, incomparables riquezas minerales, un característico paisaje de montañas, valles y costas, una interesante raza aborigen, sus trajes populares, sus especiales métodos agrícolas. Seguramente que ello daría temas decorativos como fuente de inspiración.

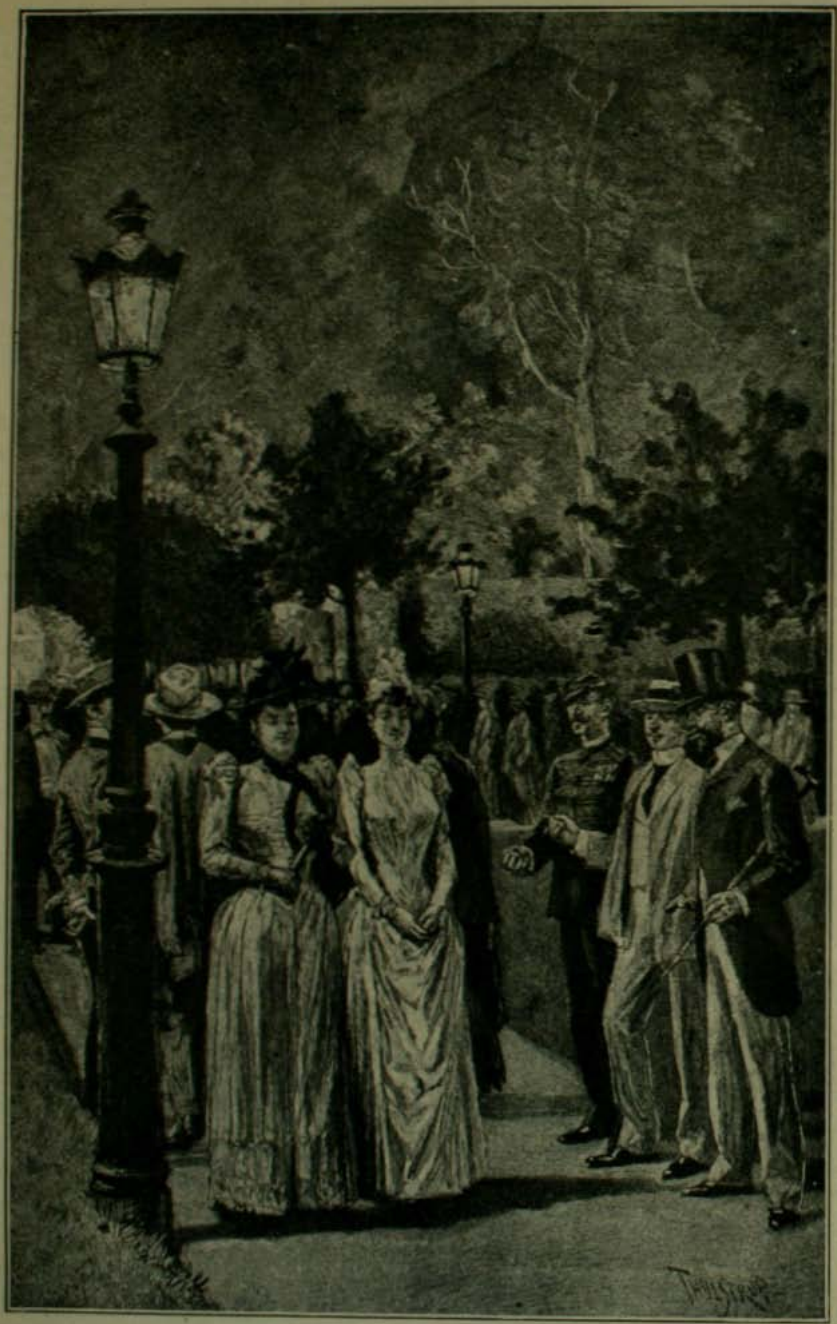
La genuina casa chilena es la antigua casa española edificada en torno de un ancho patio, y separada de la calle por una reja de hierro y macisas puertas que se cierran al caer la noche, tal como las he visto en

La Alameda

En el Santa Lucía

Córdoba o Sevilla, con su frente oculto por los naranjos y las plantas del jardín que lucen en la clausura del "patio"; esta es la semi-oriental morada de Andalucía, sagrado refugio de la familia no abierto a los extraños. De estas casas coloniales, de anchos aleros de labradas vigas, con las puertas claveteadas y gruesas rejas de hierro en las ventanas, quedan muchas en Santiago.

Los pobres viven en anti-higiénicos conventillos y casuchas, en que se manifiesta un abandono más miserable que el del campesino ruso. Para los "peones" la vida es realmente una prueba en que el sobreviviente ha debido pasar por las críticas penalidades de la infancia, y gracias a esto, la mortalidad entre las clases pobres es enorme. Convencidos de que el alma de los "angelitos" se ha ido directamente al cielo, el funeral da ocasión a manifestaciones de regocijo, en que se invita a los vecinos y amigos a beber y a bailar. Luego las madres irán en el tranvía, llevando el cadáver del pequeño en los brazos, a dejar un recuerdo a la fotografía. En el punto donde muere un angelito, habrá por lo menos una semana de jolgorio, y en una aldea que yo visité donde una epidemia de sarampión les había dado una media docena de angelitos, no se trabajó por cerca de tres semanas en varias mi-



La plaza de noche

llas a la redonda. Esta costumbre de velar a los "angelitos" también prevalece en el Perú, en Bolivia y la Argentina.

De la vida en las casas elegantes de Santiago, nada digo: una invitación a comer no es tan corriente como en los países anglo-sajones; el círculo de la familia es muy cerrado; la vida de hogar entre dos o tres generaciones les basta. La animación social se concentra en los teatros y demás sitios públicos. Aunque parezca extraño juzgando por la bondad del clima, los cafés no gozan del favor público en Santiago, ni se ven esas mesitas a lo largo de la vereda donde se puede, como en Paris, tomar un refresco, siguiendo *le spectacle de la rue.*

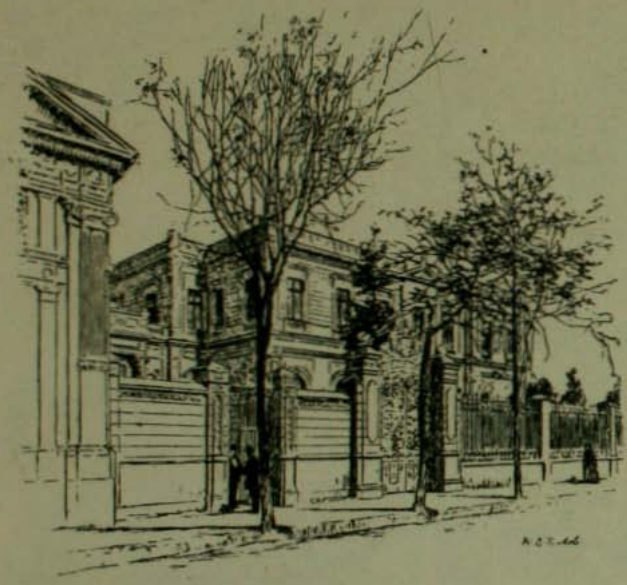
Procesión de Corpus

La vista de que se goza desde el Santa Lucía en una noche de luna, es de un encanto insuperable. El juego de luz y sombra, el brillo plateado de las montañas y las combinaciones de luces de la capital, prestan una misteriosa seducción a la vasta ciudad.

La Alameda es otro de los paseos de Santiago, una magnífica avenida de árboles limitada por dos líneas de edificios suntuosos, que le dan el carácter de los Campos Elíseos de la capital de Chile. Es el barrio de las casas elegantes, el paseo favorito del santiaguino y el centro de los monumentos que le recuerdan las glorias pasadas y presentes de la nación. Pero el mármol y el bronce están descuidados, la avenida sólo tiene un buen aspecto en un estrecho espacio

donde se pasea en carruaje ciertos días de la semana. El pueblo encuentra aquí pilas de sandías y sencillos refrescos bajo toldo de lona.

La Alameda es un caso típico de la índole chilena: contando con los elementos para ser un excelente paseo, a costa de energía, de atención y de continuo esfuerzo, permanece en un descuido irritante.



El palacio Cousiño

El peón chileno es el más inteligente de los operarios en toda clase de trabajos, y no hay en Europa obrero que le iguale en vigor y resistencia. Véase por ejemplo el curioso trabajo de las minas.

Medio desnudo y empleando los viejos métodos de explotación de pañoles, horada la roca por espacio de diez horas diarias, mientras que su compañero, el apir, trepa con una carga de dos o más quintales a cuestas por las escaleras formadas por una viga labrada aquí y allá por un corte de hacha.

Igual ocurre con los cargadores de puerto, *rotos* también.

Estos individuos tienen unas fuerzas enormes y el mayor desprecio por los medios mecánicos de transporte, viéndoseles cargar enormes pesos sobre su cabeza o a su espalda. Ambos, mineros y cargadores, parecen niños grandes por lo que respecta al gobierno de su vida. Trabajan sin descanso hasta el momento en que pueden reunir algunos pesos, para en seguida presentarse al patrón, diciéndole: *"No quiero trabajar más, patrón"*, despedirse lo más amigablemente posible y un rato después hallarse bailando furiosas *cuecas*.

Cuando el roto llega a viejo, cosa que ocurre pocas veces, porque el abuso del licor le trae pulmonías o debilidad al corazón, viéndose sin recursos se va a vivir con el hermano, el compadre o el *tocayo*. El roto emigra, por lo demás, en gran número a la Argentina, y otros países, donde goza de mejores salarios, y así ocurre que Chile es abandonado por muchos de sus mejores hombres.

✣ ✣

Chuquicamata.—Se calcula que hay en este mineral 220.000,000 de toneladas de cobre del 2.2%

La Introducción de Capitales Americanos en Chile

Por

CARLOS G. AVALOS

Ilustraciones Fotográficas

Algunos espíritus nuestros absolutamente teóricos y por lo mismo muy recelosos, consideran con inquietud la reciente y considerable introducción de capitales de esa procedencia que se está verificando en Chile.

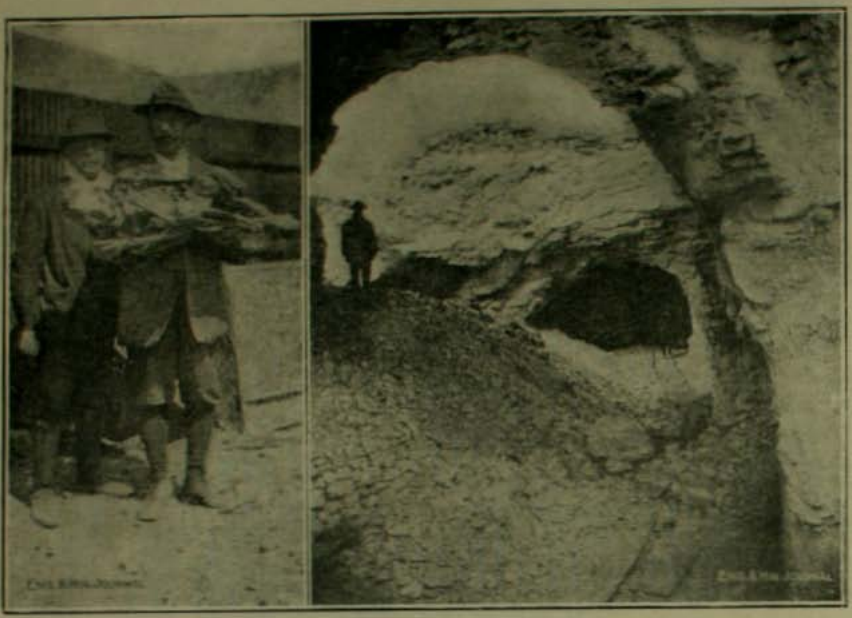
Recuerdan esos espíritus lo deplorable y excesivamente prolongado de la situación interna de Méjico, atribuyéndola a la acción americana que mañosamente estaría preparando el terreno para darle soluciones de un carácter más fundamental, político, de aumento de su territorio en desmedro de la nacionalidad mejicana.

Aún sin dejarse dominar por maliciosa imaginación, difícil sería prevenir la imputación de semejante acción, ante la conducta en extremo silenciosa del Gobierno de los Estados Unidos. Según otros, tal conducta es la consecuencia práctica del elevado concepto del Presidente Wilson, ajeno a toda sugestión de aumento de la capacidad de su territorio, y obedeciendo sólo a móviles superiores.

Sólo el porvenir podrá saber y juzgar en definitiva si se mantendrá en los Estados Unidos la mentalidad de su Presidente o será substituída por el considerable número de sus compatriotas que aspiran a una acción distinta de la actual, yendo a la acción de incorporar a su bandera parte del territorio de Méjico.

En tan complejo problema, cualquiera que sea la solución que los acontecimientos deparen, sólo bajo el punto de vista teórico, tendrá algún interés para nosotros.

Mientras tanto, la acción americana en-



Un esqueleto hallado en las antiguas obras por M. Claude Vautin — *Interior del túnel en las obras antiguas de Chuquicamata*

tre nosotros, en los negocios que ha emprendido, se ha movido libremente, sin solicitar amparo ni protección que en Chile es hábito conceder a todo el mundo.

Hasta la fecha son tres las empresas mineras americanas que trabajan con formidable empeño en nuestro país: las de cobre en Chuquicamata y el Teniente, en la cordillera de Rancagua, y el arriendo de la mina del Tofo, en Coquimbo.

De una manera general se puede decir que es única la condición del territorio, que ha inducido a los americanos a preferir esos yacimientos con su poderosa acción, la de la reducida distancia a la costa que los favorece.

Acostumbrados los americanos a llevar su acción a sitios distantes de miles de kilómetros del mar, ha encontrado en Chile atractivo singular para desarrollarla a distancias mucho menores.

Por otra parte, la mentalidad americana no se altera ni se perturba, pasando de padres a hijos. Estos se enorgullecen y son siempre dominados por los mirajes que enriquecieron a sus padres.

Siguen así un camino muy distinto al habitual entre nosotros en que es corriente que el hijo abandone los ideales del padre y sobre todo cuando éste ha sido minero

Así en el Directorio actual de la "Chile Exploration Co.", nombre que tiene en Estados Unidos la Compañía propietaria de Chuquicamata, figuran además de su presidente, Daniel Guggenheim, otros cuatro individuos del mismo apellido, en todo cinco, en un total de once directores. Los Guggenheim son descendientes del alemán del mismo nombre que tuvo un éxito extraordinario en los manejos de la Sociedad The Refining Company, y en el laboreo de las minas Santa Eulalia, en Méjico. Se ha seguido, pues, la tradición en su familia.

Una circunstancia singular que sin duda ha inducido a los americanos a interesarse en negocios mineros en nuestro territorio, está en la relativa reducida distancia de la costa que los separa.

La distancia que separa Chuquicamata de Tocopilla, en que se construirá la es-

tación de fuerza, es sólo de ciento veinte kilómetros, distancia que aparece reducida delante de las considerables que separan los distritos mineros de los Estados Unidos de Nevada, Montana a la de sus costas, de muchas veces esas cifras.

Situación análoga es la que se encuentra en nuestro lejano Teniente comparado a los distritos semejantes en los Estados Unidos.

Según datos recientes, del mes de enero último, la situación de Chuquicamata y sus expectativas serían las siguientes:

El mineral se encuentra distribuído uniformemente en una superficie de 2,400 metros de longitud por 150 a 350 metros de latitud. Hasta cierta profundidad se ha comprobado un término medio de ley de cobre de 2 por ciento, presentándose como poseyendo tal carácter doscientos millones de toneladas de mineral.

Bajo este carácter, es sin duda el más alto conocido depósito metalífero existente en el mundo.

Los sondajes del terreno han dado leyes más altas a mayor profundidad, de más de 3 por ciento (3.17 por ciento). El mayor sondaje adquirido alcanzó a la profundidad de 1,285 pies ingleses.

Está ya en construcción la instalación de la fuerza motriz en Tocopilla y de las obras de lexiviación en Chuquicamata.

La capacidad de tratamiento de éstas variará entre diez mil y veinte mil toneladas al día de mineral, lo que les permite asegurar una producción de sesenta mil toneladas de cobre al año.

Actualmente trabajan mil quinientos hombres y se espera así que las instalaciones principien a dar resultados en dos años más. Hasta aquí no se necesita mentalidad muy atrevida para entrar y desarrollar un negocio semejante. Se le exige sí para manejarlo contando con la necesidad de vencer todos los inconvenientes, grandes y pequeños, que se opondrán a la acción de los que la inicien. Serán de toda naturaleza y principalmente procedentes del beneficio que se trata de aplicar al aprovechamiento del cobre contenido en los minerales.

Favorecidos los americanos por el enorme capital de la Chile Explotation Co., de ciento diez millones de dólares y por su mente y temperamento, no hay duda que vencerán, dando una nueva prueba de sus excelentes condiciones en ese terreno.

Creemos sinceramente que tamaña y riesgosa empresa no ha podido ser acometida por otra raza que la invicta en este terreno, que la americana.

Es ingeniero consultor de la nueva Empresa Mr. Pope Teatman, el conocido ingeniero de minas de reputación mundial y la representa en su acción en Chuquicamata el igualmente conocido ingeniero Mr. Federico Hellmann.

Hasta alguna vez acercarse a semejantes hombres para comprender a fe ciega que son capaces de cumplir lo que prometen.

De época anterior a la Empresa de Chuquicamata por los americanos, es la de Braden en El Teniente, en Rancagua, dotando por lo menos su acción de diez años.

Sus reservas de mineral fueron apreciadas por su ingeniero consultor, Mr. Pope Teatman, en sesenta millones de tone-

Antiguos desmontes en Chuquicamata

El área de las antiguas obras es enorme

ladas de 2½ por ciento de contenido de cobre, ahora un año atrás, en abril de 1913.

Su producción última ha sido de mil toneladas de cobre al mes, y se espera establecer próximamente una de 1,500 toneladas mensuales, o sean 18,000 toneladas al año.

En 1913 se explotaron de las minas 780 mil toneladas de mineral. En el nacimiento y desarrollo de las minas se han invertido hasta la fecha tres millones de libras esterlinas.

Los intereses de semejante Empresa suman al año, al tipo de 7 por ciento—doscientas mil libras esterlinas,—lo que significa gravar con ese capítulo la tonelada de cobre producida, con cinco libras.

Con los procedimientos recientes de la aplicación del **Flotation**, se estima que se aprovechará cerca de un 80 por ciento del cobre contenido en el mineral.

Se sigue todavía luchando tras de ese ideal sin haberlo todavía prácticamente dominado.

Merecería ser objeto de estudio y de consideración especial la manera cómo se ha luchado con los inconvenientes ofrecidos por la naturaleza para llegar a la situación actual. De ese examen surge espontáneamente un justificado y entusiasta tributo de admiración a los capitalistas e ingenieros que lo han emprendido.

Los americanos propietarios de Braden son precisamente los mismos Guggenheim dueños de Chuquicamata.

Se tiene, pues, así que Chile en dos o tres años, por la acción americana, principiará a aumentar su reducida producción de cobre en ochenta mil toneladas—sesenta mil con Chuquicamata y veinte mil con Braden.

La tercera empresa americana comparable a las anteriores que ha principiado a trabajar en Chile, es la de Bethlehem, arrendataria de la mina del Tofo, de propiedad de la Francesa de los Altos Hornos de Corral.

Esa mina constituye hasta hoy el depósito más considerable y de más explotación de minerales de fierro existentes en Chile.

Sin obra alguna de reconocimiento en depósito propiamente superficial, contiene cientos de millones de toneladas, y a tan reducida distancia de la costa, que basta una sola operación de transporte por gravedad, por andarivel, desde el arranque del mineral a la bodega del buque en la Caleta de Cruz Grande.

La ley del mineral reconocida varía entre 67 y 68 por ciento, libre de toda substancia dañosa de azufre o de fósforo.

Desde julio del presente año se espera explotar ahí 1,000 toneladas diarias de mineral para exportar a Estados Unidos,

entrando en el programa de desarrollo elevar esa cantidad a cinco y diez mil toneladas diariamente.

En presencia de tales expectativas de producción probable, considerable de los dos metales, cobre y fierro, la Sociedad Nacional de Minería ha obrado patrióticamente, llamando la atención pública de que apenas principien a realizarse será necesario gravarlas con algún moderado derecho de exportación.

Procedimiento distinto, silencioso, habría llevado con justicia la acción de los americanos cuando después por la fuerza de los acontecimientos fáciles de prever se hubiese llegado al impuesto.

Si en obedecimiento a una aviesa política se hubiese dejado introducir los capitales americanos con el propósito encubierto de sorprenderlos abiertamente en la hora undécima con un impuesto de exportación, se habría con semejante procedimiento justificado sus quejas y reclamos.

Con el procedimiento seguido, de dar publicidad a nuestras ideas a este respecto con anticipación, estamos ciertos de no incurrir en reclamo alguno.

Por lo demás, en España misma, país gran productor de minerales de fierro, se grava con un impuesto de 0.30 cts. de peseta el valor de cada tonelada de mineral que se produce. Muy distinto el caso del Perú, que soporta la exportación de su petróleo sin gravamen alguno, a extranjeros que lo explotan sin beneficio alguno para la comunidad.

En la vida moderna no son los impuestos los que deben rechazarse, sino el objeto a que se les destine, siendo laudables los que se emplean en servicio comunal.

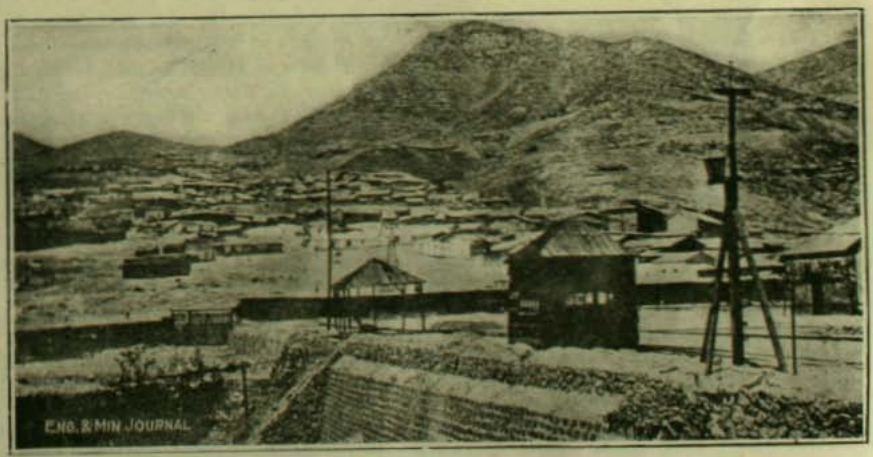
La acción preferente de Bethlehem en el Tofo o de otros interesados europeos, en la adquisición de depósitos mineros de fierro en esa provincia y en la de Atacama, aún sin conocimiento de los propios directores de esa Empresa, en esas provincias se ha difundido la idea de que luego vendrá, después de la acción minera, la metalúrgica, y que Chile pasará pronto a ser productor de fierro fundido y en barras.

Sensible es tener que destruir tan halagüeñas expectativas.

La producción de una tonelada de fierro fundido exige igual peso de coke—circunstancia muy distinta de la corriente en la metalurgia de los minerales de cobre en la que por una de combustible se tratan cinco a siete veces de mineral.

Por lo demás, el coke es un material de difícil o por lo menos de costoso transporte por su débil densidad. El buque no puede aisladamente transportarlo. Necesita combinarlo con cargas de mayor peso.

Por la circunstancia fundamental indicada de elevada proporción de coke que exige la metalurgia del fierro y dificultad de su transporte, se explica así que éste



La Higuera, a cuatro millas de los minerales del Tofo

Caleta de Cruz Grande, a cinco millas de las minas

no acuda allí donde sería necesario bajo otros puntos de vista, para producirlo. Por el contrario, se produce el movimiento opuesto de que el mineral acuda ahí donde está el coke.

Así vemos hoy el mineral del Norte del Lago Superior, soportar un transporte de más de mil millas por vía de agua y terrestre para llegar a Estado carbonífero de Ohio, de los Estados Unidos.

De esta manera se han transportado ya 500 millones de toneladas de esa procedencia, no habiendo existido ni tentativas para procurar un movimiento distinto.

De igual manera pasan las cosas hoy en Cuba, en las propiedades mineras de los Bethlehem transportan a sus establecimientos habituales del Oeste de los Estados Unidos, y así se están desarrollando las cosas en Venezuela.

En todas partes se mueve el mineral en demanda del coke.

Para que se produzca el movimiento contrario sería menester el transcurso del tiempo que agote los yacimientos de fierro de 50 y 60 por ciento que hoy se tratan. Cualquiera que sea la demanda que de ellos se haga a Chile, debemos creer que tenemos para 100 años. Transcurrido este plazo quedarán los minerales de ley inferior, de difícil movimiento, y será extensivo a todo el mundo el transporte del coke y su funcionamiento.

En el orden material de las cosas quedará, pues, postergado por ese período de tiempo la satisfacción nacional que en alguna ocasión se creyó próxima, de ocupar Chile algún lugar en la siderurgia mundial.

Se tiene, pues, acaso con la excepción de las últimas empresas indicadas, ocupada la acción americana en llevar adelante otras sin atractivo singular de riqueza extraordinaria y que habían permanecido durante mucho tiempo, sin llamar la atención de nadie. Es bien justificado, pues, nuestro entusiasmo, porque semejante acción se haya producido anticipándose a la acción natural de los acontecimientos de los hombres.

La explotación de nuestro suelo ha dado feliz nacimiento a la formación de considerables sumas de parte de nacionales y extranjeros, pero a ninguno de ellos se les habría ocurrido jamás entrar en las negociaciones que han emprendido los americanos. Tan honrosa excepción merece un movimiento respetuoso hacia el alto espíritu que los domina al emprenderlas, junto con la voluntad enérgica y tenaz para que produzcan resultados, manejándolos con corrección.

Para apreciar la obra semejante de los americanos en Méjico, debe recordarse primeramente el capital de más de doscientos millones de libras esterlinas (£ 216 millones), que sus cincuenta mil nacionales tienen invertido en empresas de toda naturaleza en ese país y sobre todo en ferrocarriles y empresas mineras.

En los ciento veinte millones de dólares producidos por Méjico en 1910 en oro, plata y cobre, 65 por ciento se han debido a la producción americana hecha en Méjico.

Se comprende bien hasta qué punto habrán sufrido semejantes capitales en su ejercicio en Méjico durante el año último.

Por causas políticas ha sido el año más calamitoso que ha sufrido ese país durante los cuarenta años últimos—con todas sus consecuencias de paralización del tra-

bajo en sus minas y construcción de ferrocarriles.

Ha producido la repatriación del 80 por ciento de los ciudadanos americanos que vivían en él antes de la actual guerra y la destrucción de millones en las propiedades que dejaron.

Por ejemplo, la producción del cobre de Méjico, que llegó a 70,000 toneladas en 1912, bajó a 50,000 en 1913, y seguirá deprimida durante el presente año.

Estudiando semejante situación, recordando los altos móviles de civilización y de progreso que han podido inducir a los americanos y los más bajos de amparo del interés pecuniario de sus connacionales, que habrían podido inducirlos también a una acción más enérgica, y observando que ésta por lo menos se retarda, se inclina a llegar al convencimiento que no es la política aviesa del dólar lo que ahí domina. Que se sobrepone la alta mentalidad del Presidente Wilson y de sus compañeros que gobiernan los Estados Unidos.

Napoleon en la antigua caricatura alemana

Napoleón, el casca nueces

El asador de Leipzig

Los peluqueros de Leipzig

El festín de los cuervos en Leipzig

La tocata final dirigida por Napoleón

La gran cacería de pájaros en Leipzig

EL CRIMEN DE GRAMERCY PARK

Por A. K. GREENE

Miss Amelia Butterworth, solterona empedernida observa desde la ventana de su alcoba que a la media noche llega un carruaje a la puerta de la residencia vecina, cuyos propietarios se encuentran en Europa. De ese carruaje descienden un joven y una dama y penetran a la casa, de la que sale el hombre pasados diez minutos, sin que se le vea regresar. Intrigada Miss. Butterworth, sugiere a un policía la conveniencia de que penetre a la casa, en la que cree ha pasado algo anormal. En aquel momento se presenta con las llaves la criada encargada del aseo, y después de varias réplicas accede el policía a penetrar a la casa, encontrando en el saloncito el cadáver de una mujer, sobre cuyo rostro ha caído un enorme aparador que la desfigura por completo la fisonomía. Empiezan las investigaciones, cuando se presenta el propietario de la casa Mr. Silas Van Burnam, que regresa de Europa. Las sospechas de Mr. Gryce, el detective encargado de la averiguación, parecen inclinarse hacia Howard Van Burnam, hijo menor de Silas, pues su esposa ha desaparecido desde el día anterior y el cadáver presenta una cicatriz que, según confesión de Howard, es parecida a una que tenía su mujer, a pesar de lo cual se niega a reconocer la posibilidad de que ésta haya podido penetrar por la noche acompañada de un hombre a una casa vacía. Miss Butterworth se apasiona por descubrir el misterio, y habiendo vuelto a la casa Van Burnam, se encuentra allí con Mr. Gryce, a quien ayuda a descubrir la mitad del alfiler del sombrero que sirvió para cometer el asesinato de la mujer; descubre también Miss Butterworth que tenía cuerda el péndulo que se encontraba sobre el aparador y que se paró a las cinco de la mañana, lo que viene a hacer más confuso el problema. Suplica Mr. Gryce a Miss Amelia que observe desde su ventana las personas que en esa noche y las subsiguientes lleguen a las doce en punto a la casa Van Burnam, para ver si alguna se asemeja al individuo que penetró a la casa la noche del crimen. Junto al comedor encuentra Mr. Gryce un sombrero y unos guantes de mujer, que se cree pertenecen también a la mujer de Howard. En la averiguación oficial, para esclarecer la muerte de la mujer, declara Miss Butterworth lo que había visto. Comparece también el empleado de una casa de comercio que asegura haber vendido un equipo completo para mujer, que se le pidió del hotel D... adonde lo envió con un empleado, el cual, a su vez, aseguró que no había visto a la compradora; que lo hizo depositar el pedido a la puerta del cuarto, ordenándole se retirara y recibiendo en la misma forma el importe de la factura. Comparecieron en seguida los cocheros que habían conducido a la misteriosa pareja desde el hotel de D... hasta Madison Square y de allí a Gramercy Park. Fué en seguida llamado Franklin Van Burnam, quien declaró que las llaves de la casa las había entregado a su hermano Howard el día del crimen por la mañana. Tocó a su vez el turno a Howard, quien indicó que su esposa había hecho el viaje a Nueva York con el fin de tener una entrevista definitiva con su suegro y que no había vuelto a verla desde que se separaron; que las llaves las había extraviado sin poder decir en dónde y le fué imposible precisar el empleo de su tiempo en los momentos en que se consumaba el crimen. Pero, al presentarle el coroner el sombrero que había encontrado Mr. Gryce en la residencia Van Burnam, Howard lo reconoció como el que llevaba su esposa cuando de ella se había separado; en su actitud se operó un cambio radical desde aquel momento, pues abandonó su aire altanero y se dirigió apresuradamente a recoger del depósito al cadáver. En la sesión vespertina declaró que él había sido quien acompañara a Mrs. Van Burnam a la casa de su padre, en donde la había dejado pasados diez minutos, atribuyendo su muerte a un acceso de pánico que bien pudo experimentar la joven al encontrarse en aquella casa vacía. Compareció en seguida un Mr. Stone, muy conocido en Nueva York por estar en vísperas de casarse con una riquísima heredera: declaró que hacia las cuatro de la mañana había visto a Howard en la escalinata de entrada de la casa Van Burnam. La narradora, Miss Butterworth, es visitada en demanda de ayuda por las hermanas de Howard, a quien se ha encarcelado. Ofrece dárselas y, al efecto, visita en secreto la casa en que se cometió el crimen, donde hace algunos curiosos descubrimientos. Pónese en seguida a averiguar el sitio donde abandonaron sus paquetes los personajes que el día del crimen estuvieron en el hotel D... a cuyo efecto recorre las mismas calles que se dice atravesaron ellos y da con una lavandería donde efectivamente se encontraban las ropas de la mujer misteriosa que las había dejado para que se las lavaran y plancharan, aunque sin conseguir que el chino, dueño del establecimiento, entregue la ropa a Miss Butterworth por falta del boleto. Creyendo seguir la pista a Luisa Van Burnam, Miss Butterworth, después de hábiles gestiones, descubre en la casa de la riquísima Miss Althorpe a una joven llamada Oliver, que es, sin duda, la dueña de las prendas dejadas en la lavandería. Al hacerle algunas preguntas, la joven se trastorna: como cae enferma, queda al cuidado y bajo la vigilancia de Miss Amelia. Pero al salir ésta por poco tiempo, desaparece la enferma, que había quedado vigilada por una criada. No tardó Miss Butterworth en encontrarla frente a la lavandería del chino, llevándola de nuevo a la casa de Miss Althorpe. Allí recibió una carta de Mr. Gryce, en la que el famoso detective le indicaba que había descubierto al autor del asesinato, que era nada menos que Franklin Van Burnam. En una visita que a la solterona hizo posteriormente Mr. Gryce, acompañado por otro inspector de la policía, puso a Miss Butterworth en antecedentes de cierta pasión que Franklin había experimentado por la esposa de su hermano antes del matrimonio de éste, atribuyendo a este motivo el asesinato de la joven. Como prueba concluyente aseguró Mr. Gryce que las sortijas de la muerta se habían encontrado en el escritorio de Franklin, no siendo pequeña la sorpresa de ambos policías cuando Miss Butterworth afirmó que Franklin era inocente y que el asesinato había sido cometido por una mujer.

(Conclusión)

XXX

Accediendo a los justos deseos de Mr. Gryce, le indiqué sobre quién pesaban mis sospechas y entonces toda la cuestión quedó reducida a saber cuál de los dos hermanos Van Burnam había acompañado a Miss Oliver a la casa de Gramercy Park. Al efecto, convinimos en que conduciría a los dos hermanos en coches separados frente a la casa de Miss Althorpe, confrontando a Miss Oliver con el uno y con el otro para saber cuál era el que estaba complicado en aquel asunto. Una vez que llegamos a este acuerdo, me dirigí yo a la casa de Miss Althorpe, mientras que Mr. Gryce se marchaba a las oficinas de policía para llevar a los hermanos Van Burnam a la experiencia, de la que habría de deducirse la culpabilidad del uno y la inocencia del otro.

No tardó uno de los criados en advertirme que una persona nos esperaba en el vestíbulo, y comprendiendo que se trataba de Mr. Gryce, alenté a mi enferma para que se vistiera y bajara conmigo. Llegadas al piso bajo de la casa, observé que la figura del detective no producía el menor efecto en Miss Oliver, quien se encontraba muy lejos de suponer que hablara yo con un personaje de la policía. Mr. Gryce me dijo al oído que a la puerta esperaban dos carruajes con los hermanos Van Burnam y nos dirigimos Miss Oliver y yo, seguidos por él, al primero de los cupés que se encontraban estacionados frente a la casa. Abrimos la portezuela del carruaje, ocupado por Franklin, y la mirada que éste y Miss Oliver se dirigieron mutuamente nos convenció a los testigos de que se veían por primera vez en su vida.

Obedeciendo a una señal del detective, hice como si me hubiera equivocado, entonces nos dirigimos al carruaje que ocupaba Howard. En aquel momento daba vuelta por la tercera Avenida una victoria descubierta, en la que Miss Althorpe regresaba de su paseo por el Parque, acompañada de su prometido. Miss Oliver los vió tan claramente como yo; pero como en aquel momento abriera Mr. Gryce la portezuela del coche de Howard, la joven lanzó una mirada al interior y, presa de incomprensible emoción, se introdujo rápidamente en el interior, cerrando la portezuela tras de sí.

Me sorprendí tanto como Mr. Gryce del resultado de su experiencia, y como intentara lanzarme en persecución del carruaje que partía rápidamente, el detective me detuvo asegurándome que no había por qué abrigar el menor temor de que se nos escapara la prófuga, puesto que tanto el cochero como el lacayo eran policías de toda su confianza que conducían a la pareja a la comisaría más próxima.

Allá nos dirigimos Mr. Gryce y yo en un coche y no fué poca nuestra sorpresa al observar que Howard se mostraba muy mortificado porque Miss Oliver no había cesado de llorar ni un instante en el trayecto. Por más que la interrogué, no quiso confesarme que conociera al joven: lo único que de ella pude obtener, fué que me manifestara el deseo de hablar con alguna persona de la policía.

—Voy a llevaros delante de un inspector, le dijo Mr. Gryce.

Como por encanto se secaron las lágrimas de la joven, y, sin mirar siquiera a Howard, bajó del carruaje y se dirigió resueltamente al interior del edificio, frente al cual se había detenido el cupé.

XXXI

Dentro de quince días, ni uno antes

Apenas había franqueado la puerta cuando pareció arrepentirse y al oído me dijo que necesitaba reflexionar. Pero ya era tarde, y cuando Mr. Gryce le dijo que la iba a conducir ante el comisario principal, la joven replicó que se la llevara ante la persona que tuviera derecho de detenerla o de ponerla en libertad.

Una vez frente al comisario, toda su actitud cambió por completo. Cuanto de ingenuo tenía a su aspecto, había desaparecido y en su lugar dejaba ver una expresión tan firme y tan amenazadora, que no parecía solamente una mujer ordinaria, sino que tenía toda la apariencia de una mujer resuelta y peligrosa.

—Caballero, dijo al comisario antes de que éste pudiera interrogarla, por lo que puedo colegir, se me ha traído aquí a propósito de un crimen que he tenido la desgracia de ver cometer. En cuanto a mí, soy inocente de ese crimen; pero aparte del culpable mismo, no hay nadie que pueda deciros cómo, ni por qué, ni por

quién se cometió. Por ese crimen se ha arrestado a un hombre y hay otro a quien ni se ha inquietado. Si queréis concederme quince días de libertad absoluta, me comprometo a indicaros el verdadero criminal y quiera el cielo tener piedad de su alma.

El comisario hizo una señal a Mr. Gryce, como para indicarle que la joven había perdido la razón; pero el detective movió la cabeza negativamente.

—Sé, continuó la joven sin el menor vestigio de la timidez que hasta entonces había observado en ella, que semejante petición debe pareceros audaz de mi parte; pero esta es la única manera de que podáis asegurarse del asesino de Mrs. Van Burnam. Porque no hablaré nunca si no se me deja en libertad de hablar cuando y como me convenga. Es preciso que obtenga alguna recompensa por las angustias que he sufrido. De otra suerte, moriría de horror y de pena. He dicho que no hablaré antes de quince días; quince días durante los cuales estaré en libertad de hacer lo que me plazca.

"Recuerdo las horas lejanas durante las cuales mi marido y yo nos paseábamos bajo los pinos de Michigán

Después de consultar a Mr. Gryce, el comisario se aproximó de nuevo a Miss Oliver y le preguntó si estaba segura de que no se aprovechara el asesino de aquella tregua para evadir la acción de la justicia. La joven respondió:

—Si pudiera concebir la menor sospecha de lo que aquí está pasando, jamás podría yo detener a ese hombre. Juradme, pues, ambos, que el hecho mismo de mi existencia quedará como un secreto entre nosotros. De otra suerte, no levantaré ni un solo dedo para entregarlo a la justicia. ¡No, ni aún para salvar a un inocente.

—No tenemos necesidad de jurároslo, pero si nos obligamos a hacerlo como lo deseáis. Y ahora, ¿cuándo os veremos de nuevo?

—Dentro de quince días, a las ocho en punto. Encontrárs a mi lado dondequiera que yo esté. Me veréis poner la mano sobre el brazo de un hombre.

Aquel será el brazo que mató a Mrs. Van Burnam.

XXXII

A las ocho en punto

No me gusta por lo general, estar presente en un matrimonio; pero por grande que fuese el interés que me inspiraban los asuntos de Miss Oliver, era para mí evidente que no podía excusarme de asistir a la boda de Miss Althorpe.

Había llegado una de las primeras según mi costumbre, y esto me dió ocasión de examinar a mis anchas los adornos florales con que había sido decorada la nave. Todo causaba el mejor efecto, porque el gusto de Miss Althorpe es de los más seguros. Al fin se vió la iglesia llena; ya comenzaba a reinar el silencio que precede por lo general a la llegada de la novia, cuando de pronto observé a un personaje de aire respetable, sentado en uno de los bancos laterales, que tenía todo el aspecto del digno detective Mr. Gryce. Esto me emocionó, por más que su presencia no tuviera todavía nada de alarmante para mí. Sin duda Miss Althorpe le había hecho el favor de enviarle una invitación.

No le abandoné, sin embargo, con la vista, una vez que hube notado su presencia, y continué vigilando la expresión de su rostro, que en vano quería simular la indiferencia, pues dejaba traslucir cierta ansiedad inexplicable en una persona que tan sólo hubiera asistido a una fiesta mundana.

La entrada del oficiante y los sonoros acordes del órgano tocando una conocida marcha nupcial, hicieron que volviera mi atención a la ceremonia. Precisamente el novio salía de la sacristía para ir a esperar a la futura esposa cerca del altar. Me llamó la atención su aire imponente y de orgullo, mezclado con regocijo mientras que dirigía su mirada al cortejo nupcial que se iba aproximando.

Pero de pronto se produjo un movimiento entre la brillante concurrencia. El oficiante volvió el rostro y el novio se estremeció. El ruido de pasos dejó de escucharse y vi que se adelantaba, viniendo de una puerta situada del otro lado del altar, una segunda novia, vestida por completo de blanco y llevando un largo velo que ocultaba del todo su rostro. ¡Una segunda novia! La primera, Miss Althorpe, no se encontraba todavía sino a la mitad de la nave. ¿Quién era, pues, la segunda novia?

El oficiante, que, como toda la concurrencia, parecía haber perdido sus facultades, se esforzó por hablar. Pero la mujer que se adelantaba y sobre la que estaban fijas todas las miradas, lo detuvo con un ademán autoritario. Hasta allí había reinado un silencio profundo en la iglesia. Pero ante aquel acto audaz contestó un grito lastimero y aterrorizado de Miss Althorpe, mientras que la mujer velada, levantando la mano, la extendía hacia el novio.

—¿Por qué vacilái, pues?—le preguntó con voz vibrante. ¿No reconocéis a la única mujer con la que tenéis derecho de presentaros lo mismo ante el altar de Dios que en presencia de los hombres? ¿Acaso porque soy vuestra mujer legítima desde hace cinco años, me está prohibido venir con este velo cuando vos, hombre casado a quien la ley no ha devuelto su libertad, osáis penetrar en este templo con la intención de contraer nuevo matrimonio?

Era, sin duda, Ruth Oliver la que hablaba. Reconocí su voz; pero la emoción que había despertado en mí su presencia, las pretensiones casi increíbles que sostenía, todo quedó borrado por el sentimiento de horror que me inspiraba de pronto el hombre a quien así se acusaba públicamente. Ningún ángel caído salido del infierno hubiera podido expresar una mezcla más horrible de las pasiones humanas, como lo hacía Randolph Stone ante aquella horrible acusación. Si Ellen Althorpe, medio desvanecida de vergüenza y de dolor en medio de la iglesia, le vió en aquel momento como yo le vi, en toda la abyección del criminal desenmascarado, es seguro que nada podía salvar su amor, por poderoso que fuese, de una muerte súbita.

Y, sin embargo, aquel monstruo trató de defenderse.

—¡Es falso! exclamó. Aquella que yo llamaba mi mujer ha muerto.

—¡Muerta Oliver Randolph! ¡Miserable, asesino! replicó la joven. ¡El golpe que diste en la obscuridad encontró otra víctima!

Y al decir estas palabras, arrancó el velo que cubría su rostro, se adelantó hasta él y colocó su mano temblorosa sobre su brazo con ademán firme y decidido.

¿Eran aquellas palabras, el contacto de aquella mano o el sonido del reloj que daba las ocho campanadas en el gran campanario que se encontraba sobre nuestras cabezas, lo que de pronto lo brumó por completo? En el momento mismo en que resonaba en el espacio la última campana de la hora que debía verlo unido a Miss Althorpe, profirió en un grito como con seguridad jamás se había escuchado en el recinto de aquel edificio sagrado y se desplomó como una masa en el lugar mismo donde, algunos minutos antes, se mantenía con la cabeza erguida, con todo el orgullo y con todo el esplendor del futuro esposo de la más bella y de la más rica heredera de Nueva York.

XXXIII

El secreto aclarado

Pasaron muchas horas antes de encontrarme en estado de comprender claramente el alcance de la escena de que había sido testigo, escena que tenía un sen-

tido más profundo y más terrible todavía de lo que podía imaginar la generalidad del público. Por su terrible intervención para impedir la indignidad que iba a cometerse, Ruth Oliver no había tan sólo reivindicado públicamente sus derechos de esposa ultrajada, sino que había designado a Randolph Stone a los ojos de todos como el autor del crimen que hacía tiempo ocupaba la atención del público.

Pensando que el lector podrá encontrar la misma dificultad para comprender ese hecho inaudito, y a fin de evitarle el estado de incertidumbre en el que hacía tiempo me encontraba sumergida, concluyo mi relato con la declaración escrita que hizo esta mujer muchas semanas después. Está firmado: Oliver Stone, nombre al que aquella desventurada mujer tenía derecho:

"Fué en el Estado de Michigán, hace poco más de cinco años, donde por primera vez vi al que en Nueva York se conoce con el nombre de Randolph Stone. Se llamaba entonces John Randolph y a él corresponde explicar cómo es que después agregó al suyo el nombre de Stone.

"Había yo nacido en Michigán y hasta los diez y ocho años viví con mi padre. Este era viudo y yo era su única hija. Vivíamos en una pequeña casita baja, en medio de las colinas de arena que bordan la ribera oriental del lago.

"No era bonita y, sin embargo, tanto en la playa como en las calles de la pequeña ciudad, adonde íbamos para hacer nuestras compras o para asistir al servicio divino, nadie pasaba a mi lado sin detenerse para seguirme con la vista.

"Pocos días antes de cumplir los diez y ocho años vi por primera vez a John Randolph. Salía de la iglesia cuando nos encontramos. Cuando me repuse de la emoción que en mi corazón produjeron su bello rostro y su exterior lleno de elegancia, noté que él también me miraba con admiración.

"No habitaba nuestra ciudad, en la que sólo se encontraba de paso. El dardo que había atravesado mi corazón había herido también al suyo, y vi bien pronto que no podía salir de mi casa sin encontrármelo, siendo la única e inolvidable impresión que me queda de aquella época la expresión de su rostro cuando en una tarde bellísima me puso la mano sobre el brazo y me llevó hacia el lago para ver morir las olas a nuestros pies.

Hice señas a un coche que pasaba...

Mi padre, que no era ciego, comprendió muy claramente todo lo que había de egoísmo en el carácter de mi simpático caballero. No vió con gusto nuestra intimidad cada día en aumento; pero aprovechándose de la primera oportunidad, acorraló a Mr. Randolph. Le dijo que era preciso que se casara conmigo o que dejara por completo de verme. No quería admitir ningún retardo ni ninguna transacción.

"John Randolph, conociendo el carácter de mi padre, se aprestó a abandonar la ciudad, declarando que no podía casarse con nadie en aquel momento. Pero antes de poner en obra su proyecto, volvió a ver a mi padre decidido a contraer el matrimonio.

"Como yo no dudé que la dicha me esperaba, contraje aquella unión y no experimenté el menor arrepentimiento hasta que se verificó nuestra primera separación. Aquel día ocurrió algo que me hizo comprender lo que el porvenir guardaba para mí, si no me elevaba bien pron-

to a la altura de la condición social de mi esposo. En el curso de un paseo encontramos a una dama amiga de Randolph. Estaba bien vestida y yo no; pero no me había dado cuenta del aire distinguido que da a las personas un traje discreto. El modo de hablar de aquella mujer hacía que mi voz pareciese ruda y vulgar y me privaba del sentimiento de superioridad con el que hasta entonces había tratado a todas las jóvenes conocidas mías.

"Pero no fué, sin embargo, la observación de aquellas ventajas la que me llevó al conocimiento de mi verdadera posición. Fué la sorpresa experimentada por aquella dama, sorpresa sobre cuya razón no podía caber la menor duda, cuando Randolph me presentó a ella como a su esposa. Quiso disimular el efecto que yo la había producido; pero no por eso dejó de abrir en mí una herida, habiéndome dado cuenta de que otro tanto había ocurrido con mi marido. No me asombré en manera alguna al verle, después de que se despidió su amiga, volverse para examinarme por primera vez con mirada crítica.

"—Quitáos ese sombrero, exclamó.

"Y cuando se lo hube entregado, le arrancó la guirnalda de flores que había sido, según mi modo de ver, su más bello adorno y la arrojó a un lado del camino. En seguida me devolvió el sombrero y me pidió el abrigo de seda que tanto me agradaba. Habiéndoselo entregado y viendo que lo ponía en su bolsillo, comprendí que él quería hacer que yo me semejara más a la dama que acabábamos de encontrar.

"—¡No es eso lo que causa la diferencia, John!—exclamé con vehemencia. Es mi voz, es mi manera de andar y mi manera de hablar. Sois rico; hacedme dar una educación y veremos entonces si hay alguna otra mujer que pueda eclipsarme ante vuestra mirada.

"Pero su amor propio había recibido una herida que lo hacía cruel para conmigo. Me respondió con una frase irónica y no abrió ya la boca durante el resto de nuestro paseo.

"—Sé muy bien, le dije al regresar a casa, que no soy ni tan bonita ni tan distinguida como las damas que estáis acostumbrado a frecuentar; pero tengo un corazón que jamás ha conocido otro sentimiento que el de mis deberes para con vos, y de semejante corazón puede y debe nacer una mujer distinguida. Proporcionadme tan sólo la ocasión, John, haciéndome aprender a leer y a escribir.

"Pero se encontraba en un estado de espíritu incrédulo y acabó por marcharse sin decir nada sobre este particular. Se dirigía a San Francisco, donde tenía que tratar un asunto, y me prometió volver antes de un mes.

"Antes de que hubieran transcurrido las cuatro semanas, me escribió que no podía regresar sino en cinco, después que en seis y acabó por decirme que no regresaría sino hasta que hubiera terminado un gran negocio que acababa de emprender y que debía producirle una fuerte cantidad de dinero. No sabía si debía creerle o no; pero, por otro lado, no me desagradaba demasiado verle aplazar su regreso, porque me había puesto a estudiar sin su cooperación y estaba en camino de poner rápidamente las bases de una buena educación.

"Era mi padre quien me ayudaba a subvenir a aquellos gastos, porque, ahora que era ya demasiado tarde, comprendía la absoluta necesidad en que yo me encontraba de elevar un poco mi nivel social. Las horas que consagré al estudio en aquel primer año, fueron numerosas, y, sin embargo, trabajé más el año siguiente, porque sólo me llegaban contadas cartas de mi marido y me veía obligada a absorberme en mi trabajo para matar la pena que me iba minando y para no dejarme llevar de la desesperación. Bien pronto cesó por completo su correspondencia, y al fin del segundo año, cuando al menos me era posible expresarme correctamente, comprendí al fin que todo mi trabajo era perdido. Parecía, en efecto, que si el azar no me proporcionaba algún indicio que me permitiera encontrarle en el mundo, no me quedaba más que resignarme a pasar el resto de mis días en el abandono y la desolación.

"Por entonces ocurrió el fallecimiento de mi padre. Me dejaba mil dólares y no vi qué mejor uso podía hacer de aquel dinero que el de aplicarlo a la ingrata tarea de encontrar a mi marido. Me puse en camino inmediatamente después del entierro. No llevaba ocho días de viaje, cuando comprendí la locura que era esperar volver a ver a mi lado a John Ran-

dolph. Vi las casas que habitan los hombres como él, y en los ferrocarriles y en los buques me encontré en contacto con el género de personas que, sin duda, debía de frecuentar para sentirse feliz. Sentí que entre él y yo existía un abismo que ningún poder humano podría llenar.

"Pero si la esperanza se debilitaba en mí, jamás perdí de vista mi antigua ambición de hacerme tan digna de él como lo consintieran mis circunstancias. Solamente leía los mejores libros y buscaba el trato de las personas más distinguidas. Viendo que mi compañía no les era desagradable, perdí poco a poco mi encogimiento. Acabé, en una palabra, por darme cuenta de que llegaría un día en que todos vieran en mí una mujer de sociedad.

"Sin embargo, no había avanzado un paso en el fin que me había propuesto, y habiendo perdido toda esperanza de hallar a mi marido, me encontré en Toledo. Bien pronto hallé allí trabajo y, lo que valía más todavía para una mujer ambiciosa como yo, la ocasión de agregar al conjunto de mis conocimientos un poco de francés y de música.

"Más tarde me familiaricé con el uso de la máquina de escribir y fué para encontrar un empleo de estenógrafa para lo que vine a Nueva York hace tres meses.

"No conocía la ciudad y a mi llegada pasé dos o tres días en busca de un alojamiento conveniente. Me encontraba en la calle para dirigirme a la casa de Mrs. Desberger, cuando vi venir a mi encuentro un caballero, cuyo aspecto me recordaba vagamente al marido que me había abandonado cinco años antes. Experimenté tal impresión que no pude dominarme. Temblando esperé que se aproximara, y cuando se encontró cerca de mí y comprendí, por el sobresalto que experimentó al verme, que era, sin duda él, lancé un gran grito y le tomé de uno de sus brazos con mis dos manos. De nuevo se sobresaltó y una terrible expresión se pintó en su rostro. En aquel momento atribuí sus manifestaciones a la sorpresa; pero he comprendido después que se debían a las violentas y peores emociones de que un hombre es capaz.

"—John, John! exclamé.

"Su primer movimiento fué para rechazarme; pero me encontraba muy sujeta a él; entonces cambió su actitud por completo. Hizo vanos esfuerzos por calmarme y porque nos retiráramos de aquel lugar. Viendo que no lo conseguía, levantó el brazo con cólera. Pero bien pronto lo dejó caer, y mirando a derecha e izquierda, se echó de pronto a reir y como por arte de magia se convirtió en el marido cariñoso de antaño.

"—¿Pero de veras sois vos, querida mía? ¡Qué sorpresa más agradable! No sabía qué era lo que me faltaba desde hacía ya tanto tiempo; pero ahora me doy cuenta de que érais vos. ¿Venís conmigo, o bien soy yo quien debo acompañaros a vuestra casa?

"—No tengo casa, le contesté. Acabo de llegar a Nueva York.

"—Entonces no queda sino una cosa que hacer. (Sonrió, ¡y qué poder tenía su sonrisa cuando quería ejercitarla!) Es preciso que vengáis a mi casa. ¿Queréis hacerlo?

"—Soy vuestra esposa, le contesté sencillamente.

"Había pasado mi brazo bajo el suyo y sentí claramente el movimiento que hizo al escuchar aquella palabra. Pero sus labios seguían sonriendo y la alegría no me dejaba ver las cosas claramente.

"—Preciso es confesar que os habéis convertido en una mujer verdaderamente encantadora, contestó dando algunos pasos.

"De pronto se detuvo y sentí de nuevo el frío entre nosotros.

"Las horas que consagré al estudio fueron numerosas"

"—Vais muy pobremente vestida, querida mía.

"No era verdad. Mi traje no tenía ciertamente el aspecto tan pobre como el del guardapolvo que a él lo cubría.

"—Bueno, entremos en este almacén y compremos un guardapolvo que os libre de la lluvia que empieza a caer. A la vez servirá para cubrir vuestro traje. No quiero llevaros a mi casa como estáis vestida.

"Aquellas palabras me sorprendieron, porque sabía perfectamente que mi traje era correcto; pero como no tenía deseo alguno de discutir con él, lo acompañé al almacén que me había designado y me compré un guardapolvo que él se apresuró a pagar. Una vez que me ayudó a ponérmelo y que me hubo cubierto el rostro con mi velo, pareció sentirse más a gusto y me ofreció el brazo con cierta bondad.

"—Ahora, me dijo, tenéis mejor aspecto. Pero pensemos un poco en el momento en que os sea necesario quitaros ese guardapolvo. Creedme, si queréis que os deje tranquila, debéis cambiar de traje por completo.

"Y de nuevo le vi dirigir en torno suyo miradas furtivas e inquietas, de las que me habría asombrado más si hubiera sabido que nos encontrábamos en un barrio de la ciudad donde no tenía la menor probabilidad de tropezar con ningún conocido.

"No dejó de llamarme la atención, en un hombre tan elegante como él, lo usado del guardapolvo que llevaba; he aquí la explicación del caso: Howard Van Burnam no había sido el único que se presentó en las oficinas de Duane Street la mañana del día que precedió al crimen. Randolph Stone también se había encontrado allí, por más que no viera a ninguno de los dos hermanos. Sabiendo que estaban encerrados en la oficina de Franklin, había preferido no molestarlos. Como era muy conocido, su presencia no despertó la menor curiosidad y nadie notó su partida. Bajaba la escalera que conduce a la calle y se preparaba a salir de la casa, cuando observó que el cielo tenía un aspecto amenazador. Estaba vestido para ir a almorzar a la casa de Miss Althorpe y no quería mojarse mientras que encontraba un carruaje. Se volvió, pues, al vestíbulo y se puso a buscar a tientas un paraguas en un estante colocado bajo la escalera donde en ocasión parecida había encontrado ya uno.

"Mientras que de ello se ocupaba, oyó a Howard que bajaba la escalera y nada se oponía ya a que pudiera ver a Franklin, disponiéndose a subir de nuevo con ese fin, cuando el segundo hermano bajó a su vez y salió a la calle.

"Su primer movimiento fué el de ir a unírsele; pero reflexionó que, sin duda se mojaría y, para evitarlo, se apoderó de un viejo guardapolvo que se encontraba en el estante. Cuando llegó a la calle no vió ya a Franklin y no sospechaba, sin duda por qué senderos de crimen, ni de disimulo iba él mismo a introducirse. Porque fué el hecho de haberse puesto aquella mañana sin ninguna mala intención el viejo guardapolvo lo que sugirió a John Randolph la idea de cometer un crimen. Si hubiera salido sin ponérselo, habría, sin duda tomado la dirección de Broadway y, en ese caso, no me hubiera encontrado.

"Es, pues, John Randolph y no Franklin Van Burnam, quien se aproximó al lugar donde se encontraba Howard, quien vió caer las llaves y se las guardó en el bolsillo. Este acto, tan inocente como el de haberse puesto el guardapolvo, y, sin embargo, debía acarrear las peores consecuencias para él y para los demás.

"Era de la misma talla que Franklin Van Burnam, a quien se asemejaba también por su aspecto general y por el color de sus cabellos. Llevaba en aquel momento un bigote que, después del crimen, se rasuró. Todo ha sido muy natural y no es de llamar la atención que su disfraz haya dado lugar a una lamentable confusión. Vistos de espalda en la semi-obscuridad de una oficina de hotel, los dos hombres podían ser fácilmente confundidos, por más que, estudiados de cerca, no hay entre ellos ninguna semejanza.

"Pero reanudo el curso de mi relato. Mi marido me condujo por calles que no conocía y bien pronto me hizo detener frente a la puerta de un hotel importante.

"—Escuchadme, me dijo, lo mejor que podemos hacer es entrar aquí, pedir un cuarto y enviar a un almacén para que

os remitan la ropa necesaria y podáis presentaros como una mujer de sociedad.

"Yo sólo deseaba serle agradable desde el momento en que no me obligaba a abandonarle. Acepté, pues, su proposición y le seguí con gusto a la oficina del hotel. No sabía entonces que era un hotel de segundo orden, y aunque lo hubiera sabido, aquello en nada habría influído en mi decisión. Ya he dicho que nada por su aspecto me hacía suponer que fuese un personaje importante ni menos aún que, al dirigirse a aquel hotel, fuera con el único objeto de no ser reconocido. El, que era muy a propósito para llamar la atención, se ingenió en el hotel de tal manera que nadie reparó en su persona. Había adoptado un aire tan común, que le miré con sorpresa sin sospechar sin embargo, que lo hacía también para no ser reconocido.

"—Guardemos nuestro secreto, me dijo, hasta que podáis aparecer delante de las gentes debidamente ataviada. Id, amiga mía, a alquilar la pieza. Yo soy muy torpe para esta clase de asuntos.

"Me sentía confundida por tan inesperada petición; pero bajo el imperio de mis sentimientos nada podía rehusarle. Me contenté con decir:

"—¿Y si se me pide que inscriba nuestro nombre?

"—Dadles un nombre imaginario. Supongo que no habréis permanecido todo este tiempo sin aprender a escribir.

"Picada en lo vivo por este insulto, pero más enamorada de él que nunca, me dirigí a obedecer sus indicaciones.

"—Deseo una pieza, dije.

Y cuando se me pidió que inscribiera nuestro nombre en un registro, puse el primero que se me vino a la imaginación. Escribí con la mano enguantada y esto fué lo que dió a mi letra la extraña apariencia que hizo que se creyera que estaba disfrazada.

"Hecho esto, fuí a unirme con él sin parar mientes en sus excentricidades. Me sentía tan feliz por haberle encontrado, que accedí con gusto a todo lo que me pidió, sin pensar en otra cosa que en el feliz presente. Se veía tan hermoso sin sombrero y sin el guardapolvo, que por primera vez en mi vida me sentí frente al hombre *perfecto de sociedad*. Su actitud hacia mí cambió por completo. Volvió a ser el hombre amable y bueno que me re-

Mientras corrían por mi rostro ardorosas lágrimas, él me quitó el alfiler

las gentes debidametne ataviada. Id, amipasadas en las riberas del lago Michigán.

"Después de una pausa, sacó de su bolsillo dos llaves unidas por un hilo. Miró la etiqueta que llevaban adherida con un aire tan extraño, que hasta después llegué a comprender.

"Aquellas llaves eran las que el esposo de Mrs. Van Burnam había dejado caer y que Randolph había recogido antes de encontrarme. Colocándolas de nuevo en su bolsillo se puso a hablar con mayor libertad que antes y de una manera más uniformemente tierna.

"*Creo que hasta entonces no había* madurado su proyecto, ese proyecto que, según él, debía privarme de la vida. En cuanto a mí, nada absolutamente sospeché, y cuando quiso a toda fuerza hacerme traer ropa para cambiar de la cabeza a los pies y que escribí bajo su dictado la lista de los objetos que necesitaba, creí sinceramente que tenía empeño, siendo mi esposo, en que llevara yo únicamente objetos que él mismo me hubiera comprado. Cándida como era, jamás me hubiera imaginado que tan sólo buscaba el mejor medio de disfrazar mi identidad.

"Cuando vinieron los paquetes y después de recibidos con todas las precauciones misteriosas que ya sabe el público, no vi en aquella excesiva desconfianza sino un juego que debía terminarse con mi partida del hotel para ir a gustar en su compañía una vida de amor, de felicidad y de abundancia.

"Fué al menos así como puedo explicarme mi conducta, porque la precaución

que tuve de no quitarme el calzado en donde llevaba oculto mi dinero, parecería indicar que inconscientemente abrigaba alguna duda respecto de sus intenciones.

"Si es así, no me di cuenta, ni él tampoco. Los que han sufrido la miseria, comprenderán aquel acto de una pobre joven habituada ya a no contar sino consigo misma.

"—Vamos ahora a instalarnos desde esta noche en nuestra propia casa, me declaró. No he pasado por ella hace algún tiempo y tal vez os falten algunas comodidades; pero mañana pondremos el remedio. Todo es preferible a permanecer aquí bajo un nombre supuesto y no creo conveniente conduciros a mi departamento de soltero.

"La estratagema de que se sirvió para no dejar subsistir ningún lazo entre nosotros y la pareja Poppe, inscrita en los registros del hotel, habría, sin duda bastado para despertar mis sospechas. Pero no fué así; el deseo que me expresó de no llevar a la casa nada que pudiera recordar nuestra antigua vida, me pareció tal vez un poco loca, pero seguramente simpática, y cuando me propuso que legáramos nuestros guardapolvos al cochero del carruaje, reí gustosa y le ayudé a doblarlos y a colocarlos bajo los cojines. No dejó de llamarme la atención que con su navaja quitara un pedacito de género en el interior del cuello de mi abrigo; pero su explicación me satisfizo:

"—Es la primera cosa que os he comprado y tengo el deseo de guardar aunque sea este fragmento como un recuerdo.

"Al detenerse el carruaje me hizo tomar una dirección que era para mí totalmente desconocida. No me dijo lo que íbamos a hacer; pero me condujo hacia la tienda de un lavandero chino, donde me ordenó dejara mi ropa para lavarla, mientras que él dejaba el paquete que yo le había confiado en la boca de un resumidero en el momento en que subíamos a la acera. Y a todo esto no me ocurría la menor sospecha.

"El trayecto hasta Gramercy Park, que hicimos en un segundo carruaje, no fué largo. Le bastó, sin embargo, para entregarme algún dinero, ordenándome que pagara al cochero, mientras que él se apoderaba del arma que probablemente deseaba desde hacía algún rato. Nunca le perdonaré la forma en que lo hizo, pues atrayendo mi cabeza sobre su hombro, me quitó el velo, diciendo que era la única cosa comprada por mí que aún llevaba encima y que quería dejarla en aquel carruaje, como habíamos dejado los guardapolvos en el otro.

"—Solamente voy a dejarlo de tal manera que ninguna mujer pueda nunca usarlo, dijo riendo y cortándolo en cuatro partes con su navaja.

"Encontré de mi gusto aquel rasgo, y fué entonces, mientras que mi corazón se enternecía y que las lágrimas subían a mis ojos, cuando me quitó el alfiler del sombrero, asegurándome en respuesta a mis observaciones, que detestaba verme con la cabeza cubierta y que ningún sombrero era tan bonito como mis cabellos castaños.

"Aquello me pareció una niñería; como el carruaje empezara a detener su paso, me puse el sombrero, pero sin lograr encontrar el alfiler que mi esposo aseguró que se le había caído.

"Cuando hube pagado al cochero y se alejó el carruaje, tuve ocasión de mirar la casa ante la que nos habíamos detenido. Su aspecto imponente me intimidó y subí corriendo los escalones del pórtico, presa de una alegría febril. No podía encontrarme más mal preparada para los acontecimientos lúgubres que me esperaban en aquella casa sombría.

"No lograba hacer entrar la llave en la cerradura y le oí murmurar un juramento. Pero bien pronto se abrió la puerta y penetramos en lo que me pareció una caverna obscura.

"—No tengáis miedo, me dijo para tranquilizarme. Voy a encender la luz inmediatamente.

"Cerró con cuidado la puerta de la calle y extendió la mano para tomar la mía, o al menos así me pareció, porque en voz baja y con tono impaciente le oí decir:

"—¿Dónde estáis?

"Me encontraba en la puerta del salón hacia donde me había adelantado a tientas, mientras que él cerraba la puerta de entrada, y le respondí también en voz baja:

"—Aquí...

"Pero no pude agregar más, porque en el mismo momento oí en las profun-

didades obscuras del salón un ligero ruido que me causó tal temor, que me hizo retroceder hasta junto a la escalera. En el mismo instante mi esposo pasó a mi lado y entró en aquella pieza de la que partiera el ruido que tanto me asustó.

"—¿Estáis allí?, dijo en voz baja.

"Y continuó avanzando en la obscuridad con paso inseguro, hasta que de pronto, gracias a una facultad que no me explico, me pareció ver débil, pero distintamente, lo que allí pasaba.

"Percibí la silueta confusa de una mujer de pie ante él, y le vi abrazarla, lanzando una exclamación que a él pudo parecerle natural, pero que a mí me hizo el efecto de la mayor ferocidad. La retuvo un momento contra él, y cuando la abandonó, la pobre lanzó un gemido que me heló la sangre y se desplomó inmediatamente a sus pies. En el mismo momento escuché un ruido metálico que no pude explicarme entonces. Sé ahora que era la cabeza del alfiler que había ido a chocar en la boca del calorífero.

Volví a vestir el cadáver con mis propias prendas

"El horror me cortaba a la vez el uso de la voz y el movimiento de mis miembros, porque comprendí que aquel golpe me había sido destinado. Me pegué contra los escalones, esperando a que saliera de la casa. No lo hizo inmediatamente. Se detuvo un instante cerca del cuerpo inanimado, al que empujó con el pie para ver si su víctima estaba bien muerta. Me pareció que transcurría una eternidad antes de que a tientas llegara a la puerta de la calle, una eternidad durante la cual me pasaron por la imaginación todos los actos de mi vida y durante la cual vinieron a torturarme el alma y a aumentar el horror de aquel horrible despertar, todas las palabras de que se había servido para llevarme hasta allí.

"El tono satisfecho con el que pronunció al salir las palabras: "¡Bien trabajado!" no expresaba ningún remordimiento, y la alegría salvaje con la que añadió que el diablo debió de haberle ayudado a dar el golpe seguro y mortal, probaba no tan sólo que, además de haber puesto en obra toda su habilidad para realizar su crimen, se regocijaba por el resultado obtenido.

"Este estado de espíritu no le abandonó, pues de otra suerte no se hubiera presentado al día siguiente en las oficinas de los Van Burnam para colgar, en su lugar habitual, las llaves de la casa de Gramercy Park.

"Cuando se hubo cerrado al fin la puerta de la calle y comprendí que se había marchado, llevando consigo la convicción de que era mi cadáver el que dejaba tras de sí, se me apareció claramente todo el horror de mi situación.

"No me vino al espíritu ninguna explicación del misterio que me rodeaba, y permanecí largo tiempo enloquecida por el terror que me inspiraba el hombre que en un momento había cambiado mi sueño de dicha por un suplicio digno del infierno. Pero al cabo de cierto tiempo me vino la idea de que la mujer que se encontraba tendida delante de mí tenía suficiente semejanza conmigo para permitirme guardar el secreto de mi vida, e impedir, al que había querido asesinarme, que abrigara la sospecha de que había logrado escapar al destino que me había reservado.

"Explíquelo quien pueda; pero esa era ahora la única idea que dominaba mi espíritu. Quería que mi marido me creyese

muerta. Quería estar segura de que toda relación entre nosotros quedaba rota. Verdaderamente me había matado. Al matar la fe que en él tenía, había matado cuanto de bueno existía en mí y por ningún motivo hubiera querido encontrarme en su presencia, haciendo valer los derechos que sobre él tenía y que ahora me proponía olvidar tan por completo como si nunca hubieran existido.

"Cuando se hubo apagado el cerillo que encendí y que me había sugerido aquella idea, no tuve valor para encender otro y me alejé en la obscuridad para ir a escuchar al pie de la escalera. Como me di cuenta de que ningún ruido se dejaba oir en los pisos superiores, me atreví a abrigar la esperanza, confirmada bien pronto, de que la casa estaba vacía.

"Se me ha preguntado, como se ha preguntado también a Miss Buterworth, cómo nos explicábamos que, encontrándose Mrs. Van Burnam en la casa, no manifestara ningún miedo a nuestra entrada ni al aproximársele Mr. Stone. Por mi parte, me lo explico así: se recuerda que en la chimenea se encontraban dos cerillos quemados. Yo fuí quien puso allí uno y el otro, probablemente, había servido a la víctima para encender el mechero de gas del comedor. Si ardía ese mechero todavía en el momento de nuestra llegada, la pobre mujer, al escuchar el ruido, debió apagarlo para ocultarse por si fuera su suegro quien llegara. Si, por el contrario, el gas no ardía ya en aquel momento, sería, sin duda porque la joven lo había apagado y había sido despertada de pronto de su sueño, al que bien pudo entregarse en el canapé del salón. He aquí mi idea; pero Miss Butterworth piensa que la pobre mujer debió creer que era Franklin quien llegara, hasta que escuchó mi voz. En aquel momento se asombró a tal extremo, que permaneció como paralizada sin poder moverse ni lanzar un grito.

"A los primeros rayos de luz que penetraron a través de los postigos, me levanté y puse en práctica el plan que había estado madurando. Sostenida por una resolución tan inmutable como la que había empujado al crimen a mi marido, me puse a desnudar el cadáver, al que vestí con mi propia ropa con excepción, tan sólo, del calzado. Después, habiéndome vestido con el traje de la muerta, apelé a todo mi valor e hice caer sobre ella el aparador de tal manera que quedó desfigurada, haciendo imposible establecer su identidad.

"No puedo comprender hoy de dónde saqué las fuerzas necesarias, ni cómo pude contemplar el resultado de mi acto sin lanzar un solo grito. Tal vez el demonio que había poseído a mi marido durante su horrible tarea, entró en mi pecho para hacer posible aquello.

"Notando que el traje que acababa de ponerme era de seda escocesa bastante vistosa, cambié la falda contra el refajo de seda obscura, y viendo que este último sobresalía bastante de la falda, como necesariamente tenía que ocurrir, recorrí la casa en busca de alfileres para remediar aquel defecto. Vestida así, temí todavía llamar la atención, sobre todo porque no tenía sombrero que ponerme, porque el mío se me había caído y se encontraba bajo el cuerpo de la víctima, al que por nada en el mundo me atrevería a tocar de nuevo.

"Durante cierto tiempo vacilé en salir de la casa, contenida por el terror loco que me inspiraba mi marido, terror que había guiado todos mis movimientos y que me había sostenido en tan horrible tarea como mujer alguna ha realizado.

"Me figuraba que no debía encontrarse muy distante, pues había oído decir repetidas veces que el asesino siempre vuelve al lugar donde ha cometido su crimen. No podía, pues, decidirme a salir; pero por otro lado, no me atrevía a permanecer en aquella casa más tiempo, y, haciendo uso de todo mi valor, me precipité al exterior.

"Nadie había en la calle; llegué a Broadway antes de encontrar alma viviente. Una vez allí, encontré el medio de deslizarme a lo largo de las casas sin que nadie me hablase. Al fin vi con gusto abrirse un almacén donde compré un sombrero

"Se conocen mis actos a partir de este momento. Llegué sin molestia alguna a la casa de Mrs. Desberger, de donde partí para entrar al servicio de Miss Althorpe.

"Es inútil decir que no sospechaba que la suerte de esta dama se encontrase ligada con la mía en alguna forma, ni que el Randolph Stone fuese el mismo John

Randolph de cuyas garras acababa de escapar. Más todavía: por increíble que esto pueda parecer, continué ignorando esta circunstancia mientras permanecí en la casa. Como todo el mundo me inspiraba horror, me mantuve siempre en mi pieza y jamás salí de ella mientras que se encontraba en la casa el prometido de Miss Althorpe. Toda manifestación de afecto me era insoportable, y a pesar de la admiración y el respeto que me inspiraba Miss Althorpe, no podía decidirme a encontrar al hombre con quien iba a unir ella su destino.

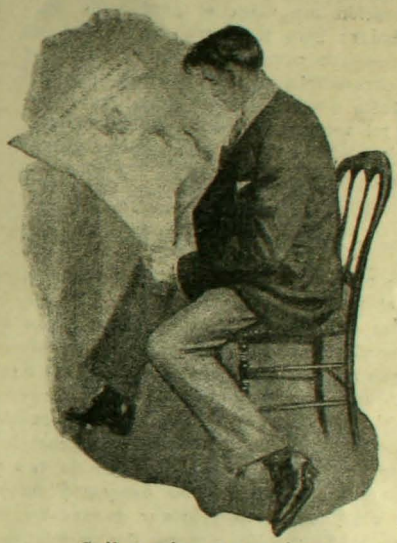
"Había también un detalle que yo ignoraba: era la inmensa curiosidad que habían hecho nacer en el público las circunstancias misteriosas del crimen. No sabía que se hubiera reconocido a la víctima ni que hubiera sido detenido un inocente acusado del asesinato. En una palabra, no sabía de todo aquel asunto sino lo que había visto por mí misma, y evitaba con cuidado la lectura de los periódicos, por temor de encontrar en ellos el horrible relato y perder el poco valor que me quedaba.

"Había quitado las sortijas de las manos de la muerta y, sin duda, a causa de su gran valor, la posesión de aquellas alhajas pesaba sobre mi conciencia. Me producía a mí misma el efecto de una ladrona. Acabé por ocultarlas en una bola de lana, de la que me servía para tejer.

"Por entonces sorprendí, en los intervalos de lucidez que me dejó la fiebre, una conversación entre Miss Althorpe y Miss Butterworth. Supe así que la mujer asesinada era una cierta Mrs. Van Burnam y que su marido o algunos parientes suyos tenían sus oficinas en alguna parte de la ciudad. Me entró entonces tal deseo de volverles las sortijas, que aproveché la primera oportunidad para levantarme y ponerme en busca de esas oficinas.

"No podía ocurrirme la idea de que les siguiera ningún perjuicio devolviéndoselas. Aún diré que mi cerebro nada tuvo que ver en el asunto y que obedecía a un instinto ciego. Parece que he dado prueba, en la ejecución de mi proyecto, de toda la astucia proverbial a los locos; por mi parte, no puedo recordar ni cómo encontré el camino de Duane Street ni por qué operación de mi cerebro enfermo colocué las sortipas en el escritorio de Mr. Van Burnam.

"No tengo necesidad de explicar la emoción que me produjo el descubrimiento inexplicable del hecho de que me encontraba yo mezclada a aquella tragedia. El efecto que en otra época sintiera por John Randolph, se había cambiado en hiel y en rencor; pero había llegado a concebir tal miedo por aquel hombre, que no me ocurrió la idea de denunciarlo a las autoridades.



Cuáles serían sus emociones al abrir el diario

"El Destino quiso, sin embargo, indicarme mi deber. Vi a mi marido en un carruaje sentado al lado de Miss Althorpe y comprendí inmediatamente que él era el hombre a quien mi protectora estaba a punto de unirse y que había sido para conservar su posición por lo que había tratado de asesinarme.

"Aquel era el golpe más cruel que podía venirme de sus manos; fué también el último. Un instinto irresistible me empujó a introducirme en el carruaje en que se encontraba Mr. Van Burnam, para escapar un encuentro al que me sentía incapaz de sobrevivir. Pero a partir de aquel instante estaba resuelta, no solamente a salvar a Miss Althorpe de un matrimonio con semejante criminal, sino también a vengarme.

"Lamento amargamente hoy que esta venganza, por la manera pública con que se ejecutó, haya acarreado sobre Miss Althorpe una especie de afrenta, que por ningún concepto merece; pero la locura que turbaba mi cerebro me hacía ciega a todo pensamiento que no fuera el del odio.

"No me atrevo a esperar que esta consideración me valga el perdón de Miss Althorpe; pero sí espero que vendrá un día en que comprenda que mi acto fué tan irresistible como el Destino; que fué el único que me pareció capaz de asegurar mi venganza y de dar a los inocentes la ruidosa reparación a que tenían derecho."

XXXIV

Con la despedida de Miss Butterworth

Se me ha dicho que Mr. Gryce no es ya el mismo hombre desde que se hizo la luz sobre este misterioso asunto; que su confianza se ha debilitado; que repite que cuando un hombre tiene setenta y siete años, es tiempo ya de que renuncie a toda participación activa en los trabajos de la policía. Por mi parte no comparto su opinión. Sus errores, si de tales pueden calificarse, no provenían de una disminución en el vigor de sus facultades. Fueron los errores de un hombre que tenía en ellas demasiada confianza, a quien toda una serie de triunfos pasados le hacían dudar de todos los métodos que no fueran los suyos.

Si hubiera querido escucharme...; pero es inútil desarrollar este tema.

Howard Van Burnam recibió la noticia de su libertad, como había aceptado su arresto, con una sangre fría aparente que no se desmintió nunca. La explicación dada por Mr. Gryce respecto de los motivos que habían impulsado a Howard a declarar falsamente ante el coroner, era la verdadera. Y si la mayoría del público se admiró de este exceso de orgullo, no por eso faltaron personas que comprendieran su carácter y que encontraran que su conducta se ajustaba en todo a su naturaleza, a la vez despreocupada y puntillosa en cuestiones de honor.

La sinceridad con la que lleva todavía el luto por su mujer, muestra hasta qué punto sintió su fin prematuro.

No me atrevo ya a hablar de Miss Althorpe. Era, y es todavía, la mujer más admirable que conozco. Cuando la sombra del infortunio que ahora pesa sobre ella se haya desvanecido, recobrará sin duda en la sociedad el lugar que se merece. Es así al menos como interpreto la paciente sonrisa que da a su rostro entristecido una expresión de infinita dulzura.

A petición mía, Oliver Randolph se ha instalado en mi casa. El encanto que parece haber ejercido sobre otros, lo ha ejercido también sobre esta vieja solterona, y mucho dudo que alguna vez me resigne a separarme de ella. En cambio, me manifiesta la pobre joven un afecto que estoy ya en edad de apreciar en todo su valor. La simpatía que experimenta por mí y su agradecimiento hacia Miss Althorpe, son los únicos bienes que le quedan del naufragio de su existencia. Me encargaré de velar porque los conserve largo tiempo.

Muy conocido es el fin de Randolph Stone para que sea necesario que me extienda sobre este punto. Pero antes de dejarlo en el olvido para siempre, quiero consignar aquí algunas de las reflexiones que sobre él he hecho desde que oí su lacónica confesión: "Sí, soy yo quien cometió el crimen, del modo y por los motivos que mi mujer ha dicho." ¡Qué impresiones contradictorias ha debido experimentar este hombre durante la investigación del coroner y al escuchar el relato de los testigos! Convencido, como debía estarlo, de que la víctima era su esposa, oyó a su amigo Howard, no solamente reconocerla por Mrs. Van Burnam, sino también afirmar que era él, su esposo, quien la había acompañado a aquella casa donde debía encontrar la muerte. No ha querido levantar el velo que cubre esas horas terribles y ahora con seguridad que no lo hará. Pero daría mucho por saber cuáles han sido sus sensaciones, no solamente en el momento mismo del crimen, sino cuando supo por los periódicos que la mujer que había dejado muerta, con el cerebro atravesado por un alfiler de sombrero, había sido encontrada aplastada bajo un aparador. ¿Por qué hipótesis logró llegar a explicarse un enigma tan indescifrable?

FIN